Guy de Maupassant

Cuentos esenciales

Traducción de José Ramón Monreal

Ilustraciones de Ana Juan

El portentoso talento de Maupassant encontró su forma ideal en el cuento, género que consolidó, renovó y en el que no tiene rival. Realista, romántico, fantasmagórico, terrorífico, fantástico o poético, Maupassant transitó en sus cuentos por todos los caminos de la imaginación. La presente edición recoge el cuerpo esencial de su narrativa e incorpora muchas piezas no traducidas hasta ahora.

Guy de Maupassant (1850-1893) fue discípulo literario de Flaubert y miembro relevante del grupo de jóvenes escritores naturalistas que se formó alrededor de Zola. Está considerado el maestro del relato breve francés decimonónico, pero fue además autor de seis novelas, como Una vida o Bel Ami.

Guy de Maupassant

Cuentos esenciales

ePUB r1.0

Mística & GONZALEZ 03.05.13

Título original: *Contes*
© 2008, Marie-Helène Badoux, por la selección
© 2008, José Ramón Monreal, por la traducción
Ilustraciones: Ana Juan

ePub base r1.0

EL PAPÁ DE SIMON*

Acababan de dar las doce del mediodía. La puerta de la escuela se abrió y los chiquillos se precipitaron, dándose empujones, para salir más deprisa. Pero en vez de dispersarse rápidamente e ir a sus casas a comer, como hacían cada día, se detuvieron a unos pasos, formaron corrillos y se pusieron a cuchichear.

El hecho es que aquella mañana Simon, el hijo de la Blanchotte, había ido a la escuela por primera vez.

Todos habían oído hablar en familia de la Blanchotte; y aunque en público le pusieran buena cara, las madres hablaban de ella entre sí con una especie de actitud compasiva un tanto despectiva que había sido transmitida a los hijos, sin que éstos supieran muy bien por qué.

No conocían siquiera a Simon, porque no salía nunca y no iba con ellos a hacer travesuras por las calles del pueblo o a orillas del río. Por eso no le tenían ninguna simpatía; y habían acogido con una cierta alegría, mezclada de notable asombro, repitiéndosela unos a otros, la frase de un chaval de catorce o quince años, que parecía sabérselas todas por su astuta manera de guiñar el ojo:

—¿Sabéis?…, Simon…, no tiene padre.

El hijo de la Blanchotte apareció a su vez en la puerta de la escuela.

Tenía siete u ocho años. Estaba un poco pálido, iba muy aseado y era de aspecto tímido y casi torpe.

Se dirigía de vuelta a casa cuando sus compañeros, que seguían cuchicheando en grupitos y mirándole con ojos maliciosos y crueles de niños que están pensando en gastar una mala pasada, le fueron rodeando poco a poco hasta encerrarle completamente en medio. Él se quedó allí, inmóvil en medio de ellos, sorprendido e incómodo, sin comprender qué pretendían hacerle. El chaval que había dado la noticia, orgulloso del éxito que ya había obtenido, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Simon —respondió.

—¿Simon qué? —preguntó el otro.

El niño, muy confuso, repitió:

—Simon.

El chaval le gritó:

—Uno se llama Simon algo… Simon a secas no es un nombre completo.

Y él, a punto de llorar, respondió por tercera vez:

—Me llamo Simon.

Los zagales se echaron a reír. El chaval, exultante, alzó la voz:

—Como veis, no tiene padre.

Se hizo un gran silencio. Los niños estaban estupefactos por aquel hecho insólito, imposible, monstruoso —un chico sin padre—; lo miraban como si fuera un fenómeno, un ser al margen de la naturaleza, y sentían crecer dentro de sí ese desprecio, hasta ese momento inexplicado, de sus madres hacia la Blanchotte.

Simon se había apoyado en un árbol para no caerse; permanecía como aterrado por un desastre irreparable. Quería explicarse. Pero no sabía qué responder y cómo desmentir aquella cosa tremenda de no tener padre. Finalmente, lívido, les gritó a la buena de Dios:

—¡Sí que lo tengo!

—¿Y dónde está? —preguntó el chaval.

Simon se calló; no lo sabía. Los niños reían, excitadísimos; y aquellos hijos de los campos, tan próximos a los animales, sentían ese instinto cruel que empuja a las gallinas de un corral a acabar con la vida de una de ellas apenas ha sido herida. Simon reparó de repente en un vecino suyo, hijo de viuda, a quien había visto ir siempre solo con su madre, como él.

—Tampoco tú tienes padre —dijo.

—Sí que lo tengo —respondió el otro.

—¿Y dónde está? —preguntó Simon.

—Está muerto —declaró el niño con soberbio orgullo—, mi papá está en el cementerio.

Un murmullo de aprobación corrió entre los pillastres, como si tener al padre muerto en el cementerio hubiera engrandecido a su compañero y aplastado a aquel otro que no lo tenía en absoluto. Y aquellos bribonzuelos, que tenían padres que eran, en su mayoría, unos malos padres, borrachos, ladrones y duros con sus mujeres, se empujaban apretujándose cada vez más, como si ellos, los legítimos, quisieran ahogar con su presión a aquel que estaba fuera de la ley.

De repente, uno de ellos, que se encontraba pegado a Simon, le sacó la lengua con cara burlona y le gritó:

—¡No tiene papá! ¡No tiene papá!

Simon le cogió del pelo con ambas manos y la emprendió a patadas con él, mordiéndole ferozmente una mejilla. Se armó una gran trifulca. Los dos combatientes fueron separados y Simon acabó en el suelo, golpeado, desollado, magullado, en medio del corro de pilluelos que aplaudían. Mientras se incorporaba, limpiándose con

gesto maquinal su bota toda sucia de polvo, alguien le gritó:

—Anda a contárselo a tu papá.

Entonces sintió una gran punzada en el pecho. Eran más fuertes que él, le habían pegado y no podía contestarles nada, porque sabía muy bien que era cierto que no tenía papá. Lleno de orgullo, trató durante unos segundos de luchar contra las lágrimas que le ahogaban. Le dio un sofoco y acto seguido rompió a llorar en silencio, con grandes sollozos que le sacudían espasmódicamente.

Entonces estalló entre sus enemigos una feroz alegría y, espontáneamente, como los salvajes en sus terribles manifestaciones de júbilo, se cogieron de la mano y se pusieron a bailar en corro a su alrededor, repitiendo como un estribillo:

—¡No tiene papá! ¡No tiene papá!

Pero Simon dejó de repente de sollozar. Enloqueció de rabia. Había en el suelo, a sus pies, unas piedras; las recogió y, con todas sus fuerzas, las lanzó contra sus verdugos. Dos o tres recibieron su impacto y escaparon dando gritos; tenía un aspecto tan terrible que a los otros les dominó el pánico. Cobardes, como lo es siempre la multitud ante un hombre furioso, huyeron en desbandada.

Al quedarse solo, el niño sin padre echó a correr hacia los campos, porque se había acordado de una cosa que le había hecho tomar una gran decisión. Quería ahogarse en el río.

Le había vuelto a la mente, en efecto, que, ocho días antes, un pobre diablo que se dedicaba a mendigar se había arrojado al agua por haberse quedado sin un real. Simon estaba presente cuando lo sacaron del agua; y el triste pobretón, que normalmente le parecía tan miserable, sucio y feo, le había impresionado entonces por su aire tranquilo, sus mejillas pálidas, su larga barba empapada de agua y sus ojos abiertos, de mirada muy serena. En torno decían: «Está muerto». Alguien había añadido: «Ahora es feliz». Por eso también Simon quería ahogarse porque no tenía padre, como ese miserable que no tenía un real.

Llegó cerquita del agua y la miró correr. Algunos peces traveseaban, veloces, en la corriente clara, y de vez en cuando brincaban fuera atrapando las moscas que revoloteaban sobre la superficie. Dejó de llorar para mirarlos, pues sus jugueteos le despertaban gran interés. Pero a veces, así como en los momentos de calma de una tempestad pasan de improviso grandes ráfagas de viento que hacen gemir los árboles y se pierden en el horizonte, le volvía a la mente con vivísimo dolor este pensamiento: «Voy a ahogarme porque no tengo papá».

Hacía mucho calor, muy buen tiempo. El agradable sol calentaba la hierba. El agua brillaba como un espejo. Y Simon disfrutó de unos momentos de dicha, de esa languidez que sigue a las lágrimas, que le hacía sentir unas grandes ganas de tumbarse para dormir en la hierba, al calor del sol.

Una ranita verde saltó entre sus pies. Trató de cogerla. Se le escapó. La persiguió

y por tres veces no pudo echarle el guante. Finalmente la atrapó por el extremo de sus patas traseras y se echó a reír al ver los esfuerzos que hacía el bicho por escapar. Encogía sus grandes patas y, distendiéndose bruscamente, las alargaba de súbito, rígidas como dos barras; al tiempo que, abriendo sus redondos ojos ribeteados de oro, azotaba el aire con sus patas delanteras, agitándolas como manos. Ello le recordó un juguete hecho con unas estrechas tablillas de madera clavadas en zigzag unas sobre otras, que, con parecido movimiento, hacían marchar a unos soldaditos pegados encima. Entonces pensó en su casa, luego en su madre, y, embargado de una gran tristeza, se puso de nuevo a llorar. Unos temblores recorrían sus miembros; se arrodilló y dijo la oración que recitaba antes de dormirse. Pero no pudo terminarla, porque le volvieron los sollozos, tan continuos y tumultuosos que le dominaron por entero. No pensaba en nada ni veía ya nada a su alrededor, tan sólo lloraba.

De pronto, una pesada mano se posó sobre uno de sus hombros y un vozarrón le preguntó:

—¿Qué es lo que tanto te aflige, amigo?

Simon se volvió. Un obrero alto, de barba y pelo negro muy rizados, le miraba con aire bondadoso. Él contestó, con los ojos bañados en lágrimas y un nudo en la garganta:

—Me han pegado… porque… yo…, yo… no tengo… papá…, no tengo papá.

—Pero ¡cómo! —dijo el hombre con una sonrisa—, si todo el mundo tiene uno.

El niño prosiguió no sin esfuerzo en medio de los espasmos de su dolor:

—Yo…, yo, no tengo.

Entonces el obrero se puso serio; había reconocido al hijo de la Blanchotte, y, aunque nuevo en el lugar, conocía vagamente su historia.

—Vamos, chiquillo —dijo—, consuélate, y ven conmigo a casa de tu madre. Ya te daremos… un papá.

Se pusieron en camino, el grande llevando de la mano al pequeño, y el hombre sonreía de nuevo, porque no le desagradaba en absoluto la idea de ver a la Blanchotte, que era, por lo que decían, una de las mujeres más guapas del lugar; y acaso pensaba para sus adentros que quien había cometido un pecado de juventud bien podía tropezar otra vez.

Llegaron ante una casita blanca, muy limpia.

—Es aquí —dijo el niño, y exclamó—: ¡Mamá!

Se asomó una mujer y el obrero dejó bruscamente de sonreír, pues enseguida comprendió que no se bromeaba con aquella pálida mocetona que permanecía erguida y con expresión severa en la puerta, como para impedir que un hombre cruzase el umbral de esa casa donde ya otro hombre la había traicionado. Intimidado y con la gorra en la mano, balbució:

—Aquí le traigo, señora, a su pequeño que andaba perdido por la orilla del río.

Pero Simon saltó al cuello de su madre, y le dijo echándose de nuevo a llorar:

—No, mamá, quería ahogarme porque los otros me han pegado…, me han pegado…, porque no tengo papá.

Las mejillas de la joven se tiñeron de un rubor abrasador y, mortificada hasta lo más hondo de su carne, besó a su hijo con violenta efusión al tiempo que unas prontas lágrimas surcaban su rostro. El hombre, conmovido, se quedó inmóvil, sin saber cómo hacer para irse. Pero Simon de repente corrió hacia él y le dijo:

—¿Quiere usted ser mi papá?

Se hizo un gran silencio. La Blanchotte, muda y muerta de vergüenza, se apoyaba en la pared, con ambas manos sobre el corazón. El niño, al ver que no se le respondía, prosiguió:

—Si no quiere, volveré al río para ahogarme.

El obrero se tomó la cosa a broma y respondió entre risas:

—Pues claro que quiero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el niño—. Así podré decírselo a los otros cuando quieran saber tu nombre.

—Philippe —respondió el hombre.

Simon permaneció un momento callado para grabar aquel nombre en su mente, luego extendió los brazos, ya consolado, diciendo:

—Bien, Philippe, eres mi papá.

El obrero, levantándolo del suelo, lo besó bruscamente en las dos mejillas, y se marchó acto seguido muy deprisa a grandes zancadas.

Cuando, al día siguiente, el niño entró en la escuela, fue recibido con risas malévolas; y a la salida, cuando el chaval quiso empezar de nuevo, Simon le espetó a la cara estas palabras, como si fueran una piedra:

—Mi papá se llama Philippe.

De todas partes estallaron gritos de alegría:

—¿Philippe qué?… ¿Philippe qué?… ¿Quién es ese Philippe?… ¿De dónde has sacado a tu Philippe?

Simon no contestó nada; e, inquebrantable en su fe, les desafiaba con la mirada, dispuesto a dejarse martirizar antes que huir delante de ellos. El maestro le liberó y él volvió a casa de su madre.

Durante tres meses, el grandullón Philippe pasó a menudo cerca de la casa de la Blanchotte, y a veces se atrevía hasta a dirigirle la palabra cuando la veía coser junto a la ventana. Ella le respondía educadamente, siempre seria, sin reír nunca ni dejarle entrar en su casa. Sin embargo, él, algo presuntuoso como todos los hombres, se imaginaba que ella, cuando le hablaba, se ruborizaba más que de costumbre.

Pero una buena reputación perdida es tan difícil de recuperar, y sigue siendo siempre tan frágil, que, pese a la recelosa reserva de la Blanchotte, ya se empezaba a

murmurar en el pueblo.

Por lo que hace a Simon, quería mucho a su nuevo papá y casi cada atardecer se iba de paseo con él. Acudía asiduamente a la escuela y pasaba por entre sus compañeros con mucha dignidad, sin contestarles nunca una palabra.

Sin embargo, un día, el chaval que había sido el primero en atacarle le dijo:

—Eres un embustero, no tienes un padre que se llame Philippe.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Simon muy agitado.

El chaval se frotaba las manos. Prosiguió:

—Porque si tuvieras uno, sería el marido de tu madre.

Simon se turbó ante lo justo del razonamiento, pero respondió no obstante:

—Es mi padre, a pesar de todo.

—Es posible —dijo el chaval, riéndose burlonamente—, pero no por eso es tu padre del todo.

El hijo de la Blanchotte agachó la cabeza y se fue pensativo hacia la herrería del tío Loizon, donde trabajaba Philippe.

Estaba esta fragua como sepultada bajo los árboles. En su interior reinaba una gran oscuridad; sólo el rojo resplandor de un formidable fogón iluminaba con grandes reflejos a cinco forjadores con los brazos desnudos que descargaban golpes en sus yunques con gran estruendo. Estaban de pie, encendidos como demonios, los ojos clavados en el hierro candente que torturaban, mientras sus pesados pensamientos subían y bajaban al ritmo de sus martillos.

Simon entró sin que nadie le viera y fue a dar un ligero tirón de manga a su amigo. Éste se volvió. De pronto el trabajo se interrumpió, y todos los hombres miraron, muy atentos. Entonces, en aquel insólito silencio, se oyó la frágil vocecilla de Simon.

—Oye, Philippe, el hijo de la Michaude me ha dicho hace un momento que no se puede decir que seas mi padre del todo.

—¿Y por qué? —preguntó el operario.

El niño respondió con todo su candor:

—Porque no eres el marido de mi mamá.

Nadie rió. Philippe se quedó inmóvil, con la frente apoyada en el dorso de sus gruesas manos que descansaban en el mango de su martillo plantado sobre el yunque. Pensaba. Sus cuatro compañeros le miraban y, minúsculo entre aquellos gigantes, Simon esperaba ansioso. De repente, uno de los forjadores, interpretando el pensamiento de todos, le dijo a Philippe:

—La verdad es que, pese a su desgracia, la Blanchotte es una buena chica, trabajadora y formal, y sería una digna esposa para un hombre honrado.

—Es cierto —dijeron los otros tres.

El operario continuó:

—¿Fue culpa de la chica si cometió un error? Le dieron promesa de matrimonio, y conozco a más de una que hizo lo mismo y hoy bien que se la respeta.

—También esto es cierto —respondieron al unísono los tres hombres.

Philippe continuó:

—Las que ha tenido que pasar la pobre para criar sola a su hijo, y lo que ha llorado, desde que sale nada más que para ir a la iglesia, sólo Dios lo sabe.

—Ni que lo digas —dijeron los otros.

Entonces se oyó ya sólo el resoplar del fuelle que activaba el fuego del fogón. De golpe Philippe se inclinó hacia Simon:

—Ve a decirle a tu mamá que iré a hablar con ella al caer la tarde.

Y empujó al niño fuera por los hombros.

Volvió a su trabajo y los cinco martillos cayeron, en un solo golpe, sobre los yunques. Y así estuvieron remachando los hierros hasta la noche, fuertes, poderosos, alegres como martillos satisfechos. Pero, así como la campana mayor de una catedral suena los días de fiesta con mayor fuerza que el repicar del resto de campanas, también el martillo de Philippe, dominando el estruendo de los de sus compañeros, caía de segundo en segundo con ensordecedor estrépito. Y, con mirada de fuego, forjaba apasionadamente, de pie entre las chispas.

El cielo estaba tachonado de estrellas cuando fue a llamar a la puerta de la Blanchotte. Llevaba su blusón de los domingos, una camisa limpia y se había afeitado. La joven apareció en el umbral y le dijo con aire apesadumbrado:

—No está bien presentarse en casa de la gente al caer la noche, señor Philippe.

Él quiso responder, balbució y se quedó confuso delante de ella.

Ella prosiguió:

—Supongo que comprenderá usted que no deben correr más habladurías sobre mí.

Entonces, él dijo de repente:

—¡Y qué importa eso, si quiere ser usted mi esposa!

No hubo respuesta, pero le pareció oír en la oscuridad de la habitación el ruido de un cuerpo que se vence. Entró deprisa; y Simon, que estaba acostado en su cama, distinguió el sonido de un beso y algunas palabras que su madre murmuraba muy bajito. Luego, de repente, sintió que las manos de su amigo le aferraban, y éste le gritó, levantándole con sus brazos hercúleos:

—Les dirás a tus compañeros que tu papá es Philippe Remy, el herrero, y que les dará un tirón de orejas a todos los que se atrevan a molestarte.

Al día siguiente, con la escuela llena y a punto de empezar la clase, el pequeño Simon se levantó, muy pálido y con los labios trémulos, y dijo:

—Mi papá es Philippe Remy, el herrero, y me ha prometido que le dará un tirón de orejas a quien se atreva a molestarme.

Esta vez nadie rió, porque todos conocían muy bien al tal Philippe Remy, el herrero, y éste era un papá del que cualquiera hubiera estado orgulloso.

BOLA DE SEBO*

Durante días y días los jirones del ejército en fuga habían pasado por la ciudad. No eran soldados, sino hordas en desbandada. Los hombres, con la barba larga y sucia, los uniformes hechos pedazos, avanzaban con paso cansino, sin bandera, sin mando. Todos parecían abrumados, derrengados, incapaces de pensar o de decidir nada, siguiendo adelante sólo por inercia, y apenas se detenían se caían del cansancio. Se veían sobre todo soldados movilizados, gente pacífica, rentistas tranquilos, inclinados bajo el peso del fusil; jóvenes marmitones de la Guardia Nacional, avispados, proclives a asustarse y a entusiasmarse, prestos tanto para el ataque como para la fuga; en medio de ellos algunos pantalones rojos, restos de una división destrozada en una gran batalla; sombríos artilleros en fila con soldados de infantería heterogéneos; y, de vez en cuando, el casco reluciente de un dragón de paso pesado que seguía no sin esfuerzo la marcha más ligera de los soldados de infantería.

Pasaban luego legiones de francotiradores de nombres heroicos —los «Vengadores de la Derrota», los «Ciudadanos de la Tumba», los «Consagrados a la Muerte»—, con trazas de bandidos.

Sus jefes, antiguos comerciantes de tejidos o de granos, ex vendedores de sebo o de jabón, guerreros de circunstancias, nombrados oficiales por su dinero o por la largura de sus bigotes, cubiertos de armas, de franela o de galones, hablaban con voz estentórea, discutían planes de campaña y pretendían sostener por sí solos, sobre sus hombros de fanfarrones, a la Francia agonizante; pero a veces también temían a sus propios soldados, gente de horca, a menudo exageradamente valerosos, saqueadores y disolutos.

Corría el rumor de que los prusianos estaban a punto de entrar en Ruán.

La Guardia Nacional, que, desde dos meses antes hacía prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, disparando a veces a sus propios centinelas, y preparándose para el combate cuando un gazapo se movía por entre la maleza, había regresado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, todo su mortífero aparato con el que espantaba no hacía mucho en los límites de los caminos nacionales a tres leguas a la redonda, habían desaparecido súbitamente.

Los últimos soldados franceses habían conseguido por fin atravesar el Sena para

ganar el Pont-Audemer a través de Saint-Sever y de Bourg-Achard; y a la cola de todos el general, desesperado, sin poder intentar nada con aquel tropel de andrajosos, también él perdido en la gran derrota de un pueblo habituado a vencer y batido desastrosamente a pesar de su bravura legendaria, iba a pie, entre dos oficiales de ordenanza.

Luego una calma profunda, una espera aterrada y silenciosa se había cernido sobre la ciudad. Muchos burgueses panzudos, emasculados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temblando sólo de pensar que pudieran ser considerados como armas sus asadores y sus grandes cuchillos de cocina.

Parecía que la vida se hubiera detenido, las tiendas estaban cerradas, las calles silenciosas. De vez en cuando un vecino, atemorizado por aquel silencio, se escabullía presuroso pegado a las paredes.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

La tarde del día siguiente a la marcha de las tropas francesas, algunos ulanos, salidos de no se sabe dónde, atravesaron raudos la ciudad. Al poco una masa negra bajó por la cuesta de Sainte-Catherine, mientras otras dos oleadas de invasores aparecían por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos de ejército convergieron en el mismo momento en la plaza del Ayuntamiento; y de todas las calles cercanas llegaba el ejército alemán, desplegando sus batallones que hacían resonar el empedrado con su paso duro y cadencioso.

A lo largo de las casas que parecían muertas y desiertas subían las órdenes gritadas por una voz desconocida y gutural, mientras, detrás de los postigos cerrados, unos ojos acechaban a estos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de las vidas y haciendas por «derecho de conquista». En las habitaciones en penumbra, los vecinos estaban trastornados por el espanto que provocaban los cataclismos, los grandes y mortíferos trastornos telúricos, contra los que resultan vanas toda fuerza y toda prudencia. Porque, cada vez que el orden establecido de las cosas se ve trastornado, cuando no hay ya seguridad, cuando todo lo que estaba protegido por las leyes de los hombres o de la naturaleza se halla a merced de una feroz e inconsciente brutalidad, entonces aflora de nuevo la misma sensación. El terremoto que aplasta debajo de las casas a un pueblo entero; el río que, desbordándose, arrastra a los campesinos ahogados junto con los cadáveres de los bueyes y las vigas rotas de los techos; o el ejército glorioso que masacra a quien trata de defenderse y hace prisioneros a los otros, que saquea en nombre de la espada y da gracias a Dios con el retumbo del cañón, son otros tantos flagelos espantosos que minan cualquier fe en la justicia eterna, cualquier confianza que nos haya sido enseñada en la protección del cielo y en la razón del hombre.

Llamaban a cada puerta pequeños destacamentos de soldados y desaparecían dentro de las casas. Era la ocupación después de la invasión. Empezaba para los

vencidos el deber de ser corteses con los vencedores.

Pasado un tiempo y desvanecido el primer miedo, se instauró una nueva calma. En muchas familias el oficial prusiano comía en la mesa. Tratándose a veces de una persona bien educada, éste, por cortesía, expresaba su conmiseración por Francia y manifestaba su repugnancia por tener que tomar parte en semejante guerra. Le estaban agradecidos por estos sentimientos; sin contar que un día u otro podían tener necesidad de su protección. Tratándole bien quizá pudieran conseguir el tener que alimentar a algún soldado menos. Y además, ¿para qué ponerse en contra a alguien de quien se dependía por completo? Semejante comportamiento habría sido más temerario que audaz; y la temeridad no es un defecto de los burgueses de Ruán, como lo fuera en tiempos de las heroicas defensas que hicieron ilustre a su ciudad. Y, por último —motivo esencial fruto de la urbanidad francesa—, se decían que estaba permitido ser gentiles con los soldados extranjeros, en la intimidad, a condición de no mostrar familiaridad en público con ellos. Por la calle no se conocían, pero en casa se charlaba de buen grado, y cada noche el alemán se quedaba más rato, calentándose junto al hogar común.

También la ciudad recuperaba poco a poco su aspecto acostumbrado. Por el momento los franceses salían poco, pero los soldados prusianos pululaban por las calles. Por lo demás, los oficiales de húsares azules que hacían resonar con arrogancia en el empedrado sus grandes instrumentos de muerte, no parecía que tuvieran por los ciudadanos comunes y corrientes un desprecio mayor que el que, el año antes, habían demostrado los oficiales franceses de caballería bebiendo en los mismos cafés.

Sin embargo, había algo en el ambiente, algo sutil y desconocido, una insoportable atmósfera extraña, como una especie de olor difuso, el olor de la invasión. Llenaba las casas y los lugares públicos, cambiaba el gusto de las comidas, dando la impresión de que se estuviera de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los vecinos pagaban siempre; por lo demás, eran ricos. Pero cuanto más crece la opulencia de un negociante normando, más padece éste por cualquier sacrificio, por cualquier miaja de su patrimonio que ve pasar a manos ajenas.

Mientras tanto, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores sacaban a menudo del fondo del agua el cadáver de algún alemán hinchado en su uniforme, muerto a cuchilladas o a golpes, con la cabeza aplastada por una piedra o empujado al agua desde lo alto de un puente. El cieno del río sepultaba estas venganzas, salvajes y legítimas, heroísmos desconocidos, asaltos silenciosos, más peligrosos que las batallas a la luz del día y sin la resonancia de la gloria.

Pues el odio al extranjero arma siempre la mano de algunos intrépidos dispuestos

a morir por un ideal.

Finalmente, dado que los invasores, pese a haber sometido a la ciudad a su inflexible disciplina, no habían perpetrado ninguno de los horrores que tenían fama de cometer en su marcha triunfal, creció el arrojo, y la necesidad de dedicarse a los negocios comenzó a agitar de nuevo los corazones de los comerciantes del lugar. Algunos tenían grandes intereses en Le Havre, que estaba en poder de las tropas francesas, y quisieron tratar de llegar a ese puerto, yendo por vía terrestre a Dieppe, donde se embarcarían.

Recurrieron a la influencia de los oficiales alemanes que habían conocido y obtuvieron una autorización para partir del general en jefe.

Así, alquilada para el viaje una gran diligencia de cuatro caballos, con diez personas que habían reservado su plaza al cochero, se decidió partir un martes por la mañana antes del amanecer, para evitar aglomeraciones.

Desde hacía ya tiempo, las heladas habían endurecido la tierra, y el lunes, a eso de las tres, unos negros nubarrones procedentes del norte trajeron la nieve, que cayó ininterrumpidamente durante toda la tarde y noche.

A las cuatro y media de la madrugada los viajeros se encontraron en el patio del Hôtel de Normandie, de donde saldría la diligencia.

Estaban aún somnolientos y tiritaban de frío bajo sus ropas. Apenas si se veía en la oscuridad, y la acumulación de pesadas ropas de invierno hacía asemejar todos esos cuerpos a los de los curas cebones con sus largas sotanas. Dos hombres se reconocieron, un tercero se acercó, se pusieron a hablar. «Yo me llevo a mi mujer», dijo uno. «También yo.» «Y yo también.» El primero añadió: «No volveremos a Ruán y, si los prusianos se acercan a Le Havre, partiremos para Inglaterra». Todos tenían los mismos planes, siendo de igual naturaleza.

Sin embargo, el coche no estaba todavía enganchado. Un farolillo, que llevaba un mozo de cuadra, salía de vez en cuando por una puerta oscura y desaparecía de inmediato por otra. Se oían del fondo del establo el ruido, amortiguado por el estiércol, de los caballos que piafaban y una voz de hombre que les hablaba a los animales y blasfemaba. Un leve cascabeleo anunció que se había empezado a poner los arneses; este sonido no tardó en convertirse en un estremecimiento claro y continuo, acompasado por los movimientos del animal, interrumpido a veces y reanudado por una brusca sacudida acompañada por el sordo ruido de un casco herrado que golpeaba en el suelo.

La puerta se cerró de improviso. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, ya no hablaban: permanecían inmóviles y rígidos.

Una cortina ininterrumpida de blancos copos espejeaba sin cesar al descender hacia el suelo: anulaba las formas, espolvoreándolo todo de una espuma helada; y en el gran silencio de la ciudad calma y sepultada bajo el invierno se oía tan sólo el

indecible, vago y fluctuante roce de la nieve que caía, sensación más que ruido, mezcla de leves átomos que parecían llenar el espacio, recubrir el mundo.

Reapareció el hombre del farolillo, tirando del ronzal de un caballo tristón, que le seguía de mala gana. Lo colocó contra la lanza, enganchó los tiros, les dio varias vueltas para asegurar los arreos, pues no podía usar más que una mano al sostener la luz con la otra. Cuando iba a buscar al segundo animal vio a todos esos viajeros inmóviles, ya blancos de nieve, y dijo:

—¿Por qué no suben al coche? Al menos estarán a cubierto.

Ni se les había ocurrido, y se precipitaron adentro. Los tres hombres hicieron acomodarse al fondo a sus mujeres, luego subieron ellos; a continuación las otras formas vagas y veladas ocuparon a su vez las últimas plazas, sin intercambiar una palabra.

El suelo de la diligencia estaba cubierto de paja, en la que se hundían los pies. Las señoras del fondo, que se habían traído unos pequeños calentadores de cobre con carbón químico, encendieron esos aparatos, y, durante un rato, enumeraron en voz baja sus ventajas, repitiendo cosas sabidas por todas desde hacía tiempo.

Cuando por fin fueron enganchados a la diligencia seis caballos en vez de cuatro, a causa del tiro más fatigoso, una voz del exterior preguntó: «¿Están todos?». Una voz de dentro respondió: «Sí».Y la diligencia partió.

El coche avanzaba lentamente, al paso. Las ruedas se hundían en la nieve; la caja entera gemía entre sordos crujidos; los animales resbalaban, resoplaban, bufaban, y el gigantesco látigo del cochero restallaba sin descanso, hacia todos los lados, anudándose y desanudándose como una fina serpiente, azotando bruscamente las rellenas grupas, que entonces se tensaban en un esfuerzo más violento.

Imperceptiblemente la luz iba en aumento. Los ligeros copos que un viajero, ruanés de pura cepa, había comparado con una lluvia de algodón, no caían ya. Una luz turbia se filtraba a través de unos nubarrones oscuros y pesados que hacían más deslumbrante la blancura de la campiña donde aparecía ora una hilera de grandes árboles cubiertos de escarcha, ora una cabaña encapuchada de nieve.

En el coche los viajeros se miraban con curiosidad, a la triste claridad de aquella aurora.

Al fondo, en las plazas mejores, dormitaban uno enfrente del otro el señor y la señora Loiseau, comerciantes de vinos al por mayor en la rue Grand-Pont.

Antiguo empleado de un comerciante que se había arruinado en los negocios, Loiseau había comprado los fondos y había hecho fortuna. Vendía muy barato pésimos vinos a los pequeños detallistas rurales, y era considerado por conocidos y amigos un pícaro impenitente, un verdadero normando todo astucia y jovialidad.

Su fama de pícaro estaba tan consolidada que una noche, en la prefectura, el señor Tournel, autor de fábulas y de canciones, espíritu fino y mordaz, una gloria local, al

ver a las señoras un poco somnolientas, les había propuesto jugar al «Loiseau vole»;[1] la chanza voló a través de los salones del prefecto, llegó a oídos de los de la ciudad e hizo reír durante un mes a todas las mandíbulas de la provincia.

Loiseau era también famoso por sus bromas de todo género y por sus chistes buenos o malos, y nadie hablaba de él sin añadir: «Ese Loiseau, no hay otro como él».

De pequeña estatura, tenía una tripa como un globo coronada por un rostro rubicundo entre las patillas entrecanas.

Su mujer, alta, robusta, resuelta, de voz fuerte y rápida en sus decisiones, representaba el orden y la contabilidad de la firma comercial, que él animaba con su alegre dinamismo.

Junto a ellos, más digno por pertenecer a una casta superior, estaba el señor Carré-Lamadon, persona de respeto, bien situado en el campo del algodón, propietario de tres hilaturas, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Mientras duró el Imperio había sido líder de la oposición moderada, sólo para hacerse pagar más cara su adhesión a la causa que él —para usar su expresión— combatía con armas corteses. La señora Carré-Lamadon, bastante más joven que su marido, era el consuelo de los oficiales de buena familia enviados de guarnición a Ruán.

Estaba de frente a su marido, muy menuda, muy graciosa, muy linda, arrebujada en sus pieles, y miraba con ojos de aflicción el interior desolador de la diligencia.

Sus vecinos, el conde y la condesa Hubert de Bréville, llevaban uno de los apellidos más antiguos y más nobles de Normandía. El conde, viejo gentilhombre de gran porte, trataba de acentuar, mediante los artificios en el vestir, su parecido natural con Enrique IV, el cual, según una gloriosa leyenda de familia, habría dejado embarazada a una señora de Bréville, por cuyo hecho el marido se convirtió en conde y gobernador provincial.

Colega de Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Hubert representaba en el departamento al partido orleanista. La historia de su matrimonio con la hija de un pequeño armador de Nantes había permanecido siempre rodeada de misterio. Pero como la condesa era persona de gran tono, sabía recibir mejor que cualquier otra y se decía que había sido amada también por uno de los hijos de Luis Felipe, toda la nobleza la recibía con los brazos abiertos y su salón era el primero de la región, el único en que había sobrevivido la antigua cortesía y donde era difícil entrar.

La fortuna de los Bréville, toda en bienes inmuebles, se decía que ascendía a quinientas mil libras de renta.

Estas seis personas, que ocupaban el fondo del coche, representaban la parte de la sociedad rica, serena y fuerte, la gente honesta que es religiosa y tiene principios.

Por una extraña casualidad, todas las mujeres se encontraban en el mismo banco;

las otras próximas a la condesa eran dos monjas que desgranaban largos rosarios murmurando padrenuestros y avemarías. La una era vieja y tenía la cara picada de viruelas, como si le hubieran disparado a bocajarro una descarga de metralla en pleno rostro. La otra, muy enclenque, tenía una cabecita graciosa y enfermiza sobre un pecho de tísica consumida por esa fe devoradora que genera a los mártires y a los iluminados.

Enfrente de las dos religiosas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, perfectamente conocido, era el demócrata Cornudet, el terror de la gente respetable. Desde hacía veinte años remojaba su barba pelirroja en las jarras de todos los cafés democráticos. Había dilapidado con hermanos y amigos un buen patrimonio heredado de su padre, antiguo pastelero, y esperaba impacientemente la llegada de la República para obtener por fin el puesto al que se había hecho merecedor con tantas consumiciones revolucionarias. El 4 de septiembre,[2] quizá por una broma, creyó que había sido nombrado prefecto; pero cuando quiso entrar en funciones, los alguaciles, que habían quedado como únicos árbitros de la situación, se habían negado a reconocerle, obligándole a la retirada. Muy buena persona, por lo demás, inofensivo y servicial, se había encargado con entusiasmo incomparable de organizar la defensa. Había hecho abrir unos hoyos en el llano, talar todos los árboles jóvenes de los bosques vecinos, había sembrado trampas por todos los caminos y, al acercarse el enemigo, satisfecho de sus preparativos, se había replegado deprisa hacia la ciudad. Ahora pensaba que sería más útil en Le Havre, donde serían necesarias nuevas fortificaciones.

Su mujer, una de esas llamadas galantes, era célebre por su precoz abundancia de carnes, que le había hecho ganarse el apodo de Bola de Sebo. Menuda, toda redondita, mantecosa, con unos dedos hinchados, estrangulados en las falanges, parecidos a ristras de cortas salchichas, la piel lustrosa y tensa, un pecho enorme que le hinchaba el vestido, seguía siendo a pesar de todo apetecible y deseable, tan agradable de ver era su lozanía. Su rostro era una manzana roja, un capullo de peonía a punto de florecer, en el que se abrían, arriba, dos espléndidos ojos negros sombreados por unas largas pestañas espesas, y, abajo, una encantadora boquita de piñón, húmeda, para besarla, adornada con unos dientecitos relucientes y microscópicos.

Tenía, además, por lo que se decía, muchísimas e inestimables cualidades.

Apenas fue reconocida, unos indignados cuchicheos corrieron entre las mujeres honestas, y las palabras «prostituta» y «vergüenza pública» fueron bisbiseadas tan fuerte que ella levantó la cabeza y paseó por sus vecinos una mirada tan atrevida y provocativa que enseguida se hizo un gran silencio y bajaron todos los ojos, a excepción de Loiseau, quien la miraba excitado.

Pero poco después las tres señoras reanudaron la conversación, vueltas de

improviso amigas, casi íntimas, debido a la presencia de la muchacha. Les parecía que debían reunir en un haz sus dignidades de esposas ante aquella desvergonzada perdida; pues el amor legal mira siempre por encima del hombro a su libre hermano.

También los tres hombres, unidos por un instinto de conservadores a la vista de Cornudet, hablaban de dinero, con un cierto tono desdeñoso para con los pobres. El conde Hubert enumeraba los perjuicios que había sufrido por culpa de los prusianos, el ganado robado, las cosechas perdidas, con la desenvoltura del gran señor diez veces millonario que al cabo de un año habría superado toda aquella ruina. El señor Carré-Lamadon, muy afectado en sus negocios de algodón, había tenido la precaución de mandar seiscientos mil francos a Inglaterra, una nimiedad que tenía en reserva para cualquier eventualidad. Loiseau, por su parte, se las había arreglado para vender a la Intendencia francesa todo el vino común que le había quedado en la bodega, por lo que el Estado le debía una suma enorme que esperaba cobrar en Le Havre.

Los tres se lanzaban rápidas y amistosas miradas. Por más que fuesen de distinta condición, se sentían hermanados por el dinero, formando parte de la gran francmasonería de quienes lo poseen, de quienes hacen tintinear el oro metiéndose la mano en el bolsillo.

La diligencia iba tan lenta que a las diez de la mañana apenas si había recorrido cuatro leguas. Los hombres bajaron tres veces para subir a pie las cuestas. Comenzó a despertarse una cierta inquietud porque estaba previsto comer en Tôtes y ya había pocas esperanzas de llegar allí antes del anochecer. Mientras todos miraban al camino por si asomaba alguna posada, la diligencia se encalló en un montón de nieve y llevó dos horas liberarla.

El apetito iba en aumento nublando las mentes; y no se veía ninguna taberna, ningún comercio de vinos, porque la llegada de los prusianos y el paso de las famélicas tropas francesas habían desalentado cualquier negocio.

Los hombres fueron en busca de provisiones a las alquerías que había a lo largo del camino, pero no encontraron siquiera un poco de pan, pues los campesinos, desconfiados, escondían sus reservas por temor a los soldados, que, al no tener nada que llevarse a la boca, tomaban por la fuerza lo que encontraban.

Hacia la una Loiseau declaró que sentía un gran hueco en el estómago. Pero ya todos, desde hacía un buen rato, estaban como él; y la imperiosa necesidad de comer, que no dejaba de aumentar, había matado la conversación.

De vez en cuando alguno bostezaba, imitado casi enseguida por otro; a su vez cada uno, según su carácter, educación y posición social, abría ruidosamente o con modestia la boca, tapando enseguida con la mano el agujero abierto de par en par por el que salía vaho.

Bola de Sebo se había inclinado varias veces, como para buscar algo debajo de

sus enaguas. Permanecía unos instantes dubitativa, miraba a sus vecinos, y acto seguido se incorporaba con calma. Los semblantes de los viajeros estaban pálidos y crispados. Loiseau declaró que habría pagado mil francos por un codillo de jamón. Su mujer esbozó un gesto de protesta, pero luego se calmó. Oír hablar de dinero malgastado siempre la hacía sufrir y era incapaz de comprender cómo se podía bromear sobre el particular.

—El hecho es que no me siento bien —dijo el conde—. Quién sabe por qué no he pensado en traer algo de comer.

Todos se hacían el mismo reproche.

Sin embargo, Cornudet tenía una petaca llena de ron; la ofreció, pero los otros rehusaron con frialdad, excepto Loiseau, que aceptó un traguito y al devolverla le dio las gracias diciendo:

—Sienta bien de todas formas, calienta y engaña el apetito.

El alcohol le puso de buen humor y propuso hacer como en el pequeño navío de la canción: comerse al más gordo de los viajeros. La indirecta alusión a Bola de Sebo disgustó a las personas respetables. Nadie respondió, sólo Cornudet sonrió. Las dos monjas habían dejado de mascullar avemarías y con las manos metidas en las grandes mangas estaban inmóviles, con los ojos obstinadamente gachos, sin duda ofreciendo al cielo, que se los mandaba, sus sufrimientos.

Finalmente, a las tres, cuando se encontraban en medio de una llanura interminable sin un pueblo siquiera a la vista, Bola de Sebo se inclinó con presteza y sacó de debajo del asiento un ancho cesto cubierto con un paño blanco.

Sacó primero un platito de loza, un delicado cubilete de plata, luego una gran marmita que contenía dos pollos enteros en gelatina, ya troceados; y se veían en el cesto todavía más cosas sabrosas envueltas: varios pasteles de carne, fruta, dulces, todas las provisiones para un viaje de tres días, para no tener que recurrir a la cocina de las posadas. Los golletes de cuatro botellas despuntaban por entre los envoltorios. La muchacha cogió un ala de pollo y empezó a comérsela resueltamente, con uno de esos panecillos que en Normandía reciben el nombre de «Regencia».

Todas las miradas estaban vueltas hacia ella. Luego el olor se expandió, hizo dilatarse las ventanillas de las narices y las bocas agua, provocó una dolorosa contracción en la juntura de las mandíbulas. El desprecio de las señoras por la muchacha se volvió feroz, casi en unas ganas de matarla y arrojarla fuera de la diligencia, a la nieve, a ella, a su cubilete, a su cesto y todo cuanto contenía.

Loiseau devoraba con los ojos la marmita del pollo. Dijo:

—La señora ha sido más prudente que nosotros. Hay personas que piensan en todo.

Ella alzó la cabeza hacia él:

—¿Gusta, señor? Es poco agradable estar en ayunas desde la mañana.

Él se levantó el sombrero:

—Francamente, no digo que no, no puedo más. Hay que hacer de necesidad virtud, ¿verdad, señora? —Y, mirando en derredor, añadió—: En momentos como éste, es grato encontrar a alguien que le hace un favor a uno.

Para no ensuciarse los pantalones desplegó un periódico que llevaba siempre en el bolsillo, clavó la punta de una navaja en un muslo recubierto de gelatina, le hincó los dientes y se puso a comer, masticando con un placer tan visible que se oyó en el coche un gran suspiro de angustia.

Entonces Bola de Sebo, con voz humilde y dulce, propuso a las monjas compartir su colación. Aceptaron inmediatamente las dos y, sin alzar los ojos, comenzaron a comer muy deprisa tras haber balbuceado un agradecimiento. Tampoco Cornudet rehusó el ofrecimiento de su vecina y, junto con las religiosas, desplegando unos periódicos sobre las rodillas, se formó una especie de mesa.

Las bocas se abrían y cerraban sin descanso, tragaban, masticaban, engullían ferozmente. Loiseau, en su rincón, trabajaba duro y exhortaba en voz baja a su mujer a hacer lo propio. Ésta se resistió largo rato, pero un calambre que le recorrió las tripas la hizo ceder. Entonces su marido, redondeando su frase, preguntó a su «encantadora compañera» si le permitía ofrecer un trocito a la señora Loiseau. Ella respondió: «No faltaría más, señor», con una graciosa sonrisa, y alargó la marmita.

Hubo un momento de incomodidad cuando se descorchó la primera botella de burdeos, porque había un solo cubilete. Los viajeros se lo pasaron tras haberlo secado. Sólo Cornudet, sin duda por galantería, posó sus labios en el punto donde había quedado la húmeda huella de los labios de su vecina.

Entonces, rodeados de personas que comían, ahogados por las emanaciones de la comida, el conde y la condesa de Bréville, así como el señor y la señora Carré-Lamadon sufrieron el odioso suplicio que ha recibido el nombre de Tántalo. De repente la joven mujer del industrial soltó un suspiro que hizo volverse todas las cabezas; estaba blanca como la nieve del exterior; cerró los ojos, su frente se abatió: se había desmayado. Su marido, fuera de sí, imploró la ayuda de todos. Nadie sabía qué hacer, cuando la monja de más edad, sosteniendo la cabeza de la indispuesta, le deslizó entre los labios el cubilete de Bola de Sebo, haciéndole tragar un poco de vino. La joven se rebulló, abrió los ojos, sonrió y declaró con voz moribunda que ahora se sentía muy bien. Pero, para que ello no se repitiera, la religiosa la obligó a tomarse un vaso lleno de burdeos, y agregó:

—Es el hambre, y nada más.

Entonces Bola de Sebo, ruborizada e incómoda, balbució mirando a los cuatro viajeros que se habían quedado en ayunas:

—Dios mío, si los señores y las señoras tienen el gusto…

Y se calló, temiendo ofenderles. Intervino Loiseau:

—Pues claro, en estos casos todos somos hermanos y tenemos que ayudarnos. Vamos, señoras, déjense de ceremonias: acepten, ¡qué diablos! Ni siquiera estamos seguros de poder encontrar un sitio donde pasar la noche. A este paso no llegaremos a Tôtes antes de mañana al mediodía.

Los otros dudaban aún; nadie se sentía con ánimos de asumir la responsabilidad de un «sí». Pero el conde cortó por lo sano. Volviéndose hacia la gorda muchacha intimidada le dijo con sus aires de gran señor:

—Aceptamos agradecidos, señora.

El primer paso era el más difícil. Una vez pasado el Rubicón, todo fue como una seda. El cesto fue vaciado. Contenía aún un pastel de hígado y otro de alondras, un pedazo de lengua ahumada, unas peras de Crassane, un queso de Pont-l'Évêque, pastelillos y una taza llena de pepinillos y cebollitas en vinagre, que a Bola de Sebo, como a todas las mujeres, la volvían loca.

No era posible comerse las provisiones de esta muchacha sin dirigirle la palabra. Por eso comenzaron a hablar, primero con reserva, luego, como se comportaba muy bien, con mayor cordialidad. Las señoras de Bréville y Carré-Lamadon, que tenían un gran tacto, se mostraban delicadamente corteses. Sobre todo la condesa hizo gala de la amable condescendencia propia de las nobilísimas damas a las que ningún contacto puede contaminar, y fue encantadora. La robusta señora Loiseau, que tenía alma de gendarme, siguió mostrándose arisca, hablando poco y comiendo mucho.

Naturalmente, se habló de la guerra. Se contaron hechos horribles de los prusianos, episodios de valor de los franceses; y toda aquella gente que huía rindió homenaje al valor ajeno. Pronto se pasó a las historias personales y Bola de Sebo, con ese calor que tienen a veces las mujeres para expresar sus emociones verdaderas, contó en qué circunstancias se había ido de Ruán.

—Al principio creí que podría quedarme —dijo—. Mi casa estaba bien provista y prefería dar de comer a algunos soldados que escapar quién sabe dónde. ¡Pero el ver a los prusianos me superó! La rabia me hizo rebullir la sangre, y lloré de vergüenza durante todo el día. ¡Ah, si hubiera sido hombre! Les miraba por la ventana, a esos grandes cerdos con el casco en punta, y mi criada me aferraba de las manos para impedir que les arrojara encima los muebles. Luego vinieron algunos a quedarse en mi casa; le salté a la garganta al primero. ¡No es tan difícil estrangularlos! Hubiera acabado con ése si no me hubieran cogido por los pelos para retenerme. Tras lo cual, tuve que esconderme. A la primera oportunidad me he marchado, y aquí me tienen.

Recibió muchas felicitaciones. La estima de sus compañeros por ella crecía al escucharla, los cuales no habían sido tan resueltos como ella; y Cornudet, al oírla, sonreía con la benevolencia y la aprobación de un apóstol, como un sacerdote que oye a un fiel alabar a Dios, dado que los demócratas de luenga barba tienen el monopolio del patriotismo, como los hombres con sotana tienen el de la religión. A

su vez habló, con tono doctrinal, con el énfasis aprendido de las proclamas pegadas a diario en las paredes, y concluyó con un fragmento de elocuencia en el que despellejaba magistralmente a ese «crápula de Badinguet».[3]

Pero Bola de Sebo se molestó enseguida porque era bonapartista. Se puso roja como la grana y, balbuceando de la indignación, dijo:

—Ya me hubiera gustado verles a ustedes en su lugar. ¡Hubiera sido bonito, oh, sí! ¡Fueron ustedes quienes traicionaron a ese hombre! ¡Mejor irse de Francia que ser gobernados por una gentuza como ustedes!

Cornudet permaneció impasible, con una sonrisa desdeñosa y de superioridad, pero se mascaba que iban a saltar las palabras gruesas, cuando el conde se interpuso y consiguió, no sin esfuerzo, calmar a la enfurecida muchacha, afirmando con autoridad que todas las opiniones sinceras eran respetables. Sin embargo, la condesa y el industrial, que alimentaban en su corazón el odio irracional de la gente respetable contra la República y el instintivo afecto que todas las mujeres sienten por los gobiernos empenachados y despóticos, se sentían a su pesar atraídos por aquella prostituta llena de dignidad, que pensaba de modo muy parecido a ellos.

El cesto estaba vacío. Entre diez habían dado buena cuenta de él, lamentando que no fuera más grande. La conversación se prolongó un rato más, aunque languideciendo ahora que no había ya nada que comer.

Caía la noche, poco a poco la oscuridad se hizo más honda, y el frío, más sensible durante la digestión, hacía estremecerse a Bola de Sebo, a pesar de su gordura. Entonces la señora de Bréville le ofreció su calientapiés, cuyo carbón había sido cambiado varias veces desde la mañana, y la otra no se hizo de rogar, pues sentía los pies helados. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau ofrecieron los suyos a las dos monjas.

El cochero había encendido los faroles, que iluminaron con un vivo resplandor una nube de vapor que subía de las sudorosas grupas de los caballos de tronco, y, a ambos lados del camino, la nieve que parecía desplegarse bajo los cambiantes reflejos de las luces.

Dentro del coche no se veía ya nada; pero de improviso se produjo un ligero movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, que escrutaba en la oscuridad con la mirada, creyó ver al hombre barbudo apartarse rápidamente, como si hubiera recibido un buen sopapo propinado sin ruido.

Unos puntitos luminosos aparecieron en el fondo del camino. Era Tôtes. Llevaban once horas de trayecto, lo que, con las dos horas de descanso concedidas a los caballos, en cuatro ocasiones, para darles avena y que recuperaran el aliento, sumaban catorce. El coche entró en el pueblo y fue a detenerse delante del Hôtel du Commerce.

La portezuela se abrió. Un ruido bien conocido hizo estremecerse a todos los

viajeros: era la funda de un sable que golpeaba contra el suelo. Al punto la voz de un alemán exclamó algo.

La diligencia estaba parada, pero nadie bajaba, como si esperasen, si salían, ser masacrados. Se asomó el postillón sosteniendo uno de los faroles que iluminó de improviso, hasta el fondo del coche, las dos hileras de cabezas aterradas, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas de la sorpresa y del espanto.

A plena luz, al lado del cochero, había un oficial alemán, un joven alto, extremadamente delgado y rubio, embutido en su uniforme como una muchacha en su corsé, con su gorra de plato encerada, ladeada que le hacía asemejarse al botones de un hotel inglés. Sus bigotes desmedidos, con pelos largos y rectos que se adelgazaban indefinidamente a ambos lados para terminar en un solo pelo rubio tan largo que no se veía el final, parecía que le pesasen en las comisuras de la boca y, atirantando la mejilla, imprimiesen a los labios un pliegue caído.

En un francés de alsaciano invitó a los viajeros a salir, diciendo con un tono rígido:

—¿Quiegen bagar, señoges y señogas?

Las dos monjas fueron las primeras en obedecer con una docilidad de santas mujeres habituadas a todo tipo de sumisiones. Detrás de ellas aparecieron el conde y la condesa, seguidos del industrial y de su mujer, y luego de Loiseau, que empujaba delante de él a su media naranja. Éste, poniendo pie a tierra, dijo al oficial: «Buenos días, señor», más por un sentido de la prudencia que por cortesía. El otro, insolente como todas las personas omnipotentes, le miró sin responder.

Bola de Sebo y Cornudet, por más que se encontrasen cerca de la portezuela, bajaron los últimos, serios y altivos delante del enemigo. La gorda muchacha trataba de dominarse y de no perder la calma: el demócrata, con mano trágica y un tanto temblorosa, torturaba su larga barba pelirroja. Querían mantener la dignidad, habiendo comprendido que en tales circunstancias cada uno representa un poco a su propio país; disgustados los dos por la docilidad de sus compañeros, ella trataba de parecer más fiera que sus vecinas las mujeres honestas, mientras que él, perfectamente consciente de que tenía que dar ejemplo, seguía manteniendo con su actitud la misión de resistencia iniciada abriendo hoyos en los caminos.

Entraron en la amplia cocina del hotel, y el alemán, tras haber pedido la autorización de viaje firmada por el general en jefe, en la que venían relacionados los nombres, la descripción y la profesión de cada viajero, examinó largamente a cada uno, comparando a cada persona con la información escrita.

Luego dijo bruscamente: «Está bien», y desapareció.

Entonces todos respiraron. Tenían aún hambre y pidieron les fuera servida la cena. Llevaría media hora prepararla; y, mientras dos camareras parecía que se ocupasen de ello, fueron a ver las habitaciones. Estaban todas en un mismo largo

pasillo que terminaba en una puerta vidriera marcada con un número elocuente.

Estaban a punto de sentarse a la mesa, cuando apareció el dueño del hotel. Era un antiguo tratante de caballos, un hombretón asmático que no paraba de emitir silbidos, gorgoteos y carraspeos. Su padre le había transmitido el nombre de Follenvie.[4]

Preguntó:

—¿La señorita Élisabeth Rousset?

Bola de Sebo se estremeció, se volvió:

—Soy yo.

—Señorita, el oficial prusiano desea hablar con usted inmediatamente.

—¿Conmigo?

—Sí, si es usted la señorita Élisabeth Rousset.

Turbada, reflexionó un momento, luego dijo con decisión:

—Es posible, pero no iré.

Se produjo un rebullicio en torno a ella; todos discutían, preguntándose el porqué de aquella orden. El conde se acercó:

—Comete un error, señora, pues su negativa puede acarrear graves molestias, no sólo a usted misma, sino también a todos sus compañeros. Nunca hay que resistirse a quien es más fuerte que uno. Esta llamada seguro que no es peligrosa; será sin duda por alguna formalidad olvidada.

Todos se unieron a él, le rogaron, la presionaron, la sermonearon y terminaron por convencerla; pues todos temían las complicaciones que pudieran derivarse de una cabezonería. Finalmente ella dijo:

—Estén seguros de que sólo lo hago por ustedes.

La condesa le tomó la mano:

—Y nosotros le estamos agradecidos por ello.

Bola de Sebo salió. Los otros la esperaron para sentarse a la mesa. Todos se lamentaban de no haber sido elegidos en vez de aquella muchacha impetuosa e irascible, y preparaban mentalmente algunas bellaquerías por si se les llamaba.

Al cabo de diez minutos reapareció resoplando, congestionada, fuera de sí. Balbuceaba:

—¡Oh, el muy canalla, el muy canalla!

Todos estaban ansiosos por saber, pero ella no abrió la boca; y ante las insistencias del conde respondió, con mucha dignidad:

—Son cosas que no le incumben, no puedo decírselo.

Entonces se sentaron en torno a una gran sopera de la que salía un olor a col. A pesar del incidente, la cena fue alegre. La sidra era buena y tomaron de ella, para ahorrar, el matrimonio Loiseau y las monjas. El resto pidió vino; Cornudet tomó cerveza. Tenía éste una manera particular de descorchar la botella, de hacer espumar el líquido, de observarlo inclinando el vaso y alzándolo luego a contraluz entre la

lámpara y el ojo para apreciar bien el color. Mientras bebía, su gran barba, que había conservado el matiz de su bebida favorita, parecía estremecerse de ternura; torcía sus ojos para no perder de vista el vaso y parecía cumplir la única función para la que había nacido. Se hubiera dicho que dentro de sí hacía un cotejo y que encontraba una especie de afinidad entre las dos grandes pasiones que dominaban su vida: la cerveza y la revolución; seguramente no podía probar la primera sin pensar en la segunda.

El matrimonio Follenvie comía en un extremo de la mesa. El hombre, que emitía un estertor como de locomotora escacharrada, sentía el pecho demasiado oprimido para poder hablar mientras comía; pero la mujer no se estaba callada un momento. Contó todas sus impresiones sobre la llegada de los prusianos, sobre lo que hacían y decían, expresando su odio primero porque le costaban dinero y luego porque tenía dos hijos en el frente. Se dirigía sobre todo a la condesa, halagada de poder hablar con una verdadera señora.

Bajaba la voz cuando tenía que decir ciertas cosas delicadas y de vez en cuando su marido la interrumpía: «Mejor sería que te callaras, señora Follenvie». Pero ella hacía caso omiso y continuaba:

—Sí, señora, esa gente no hace más que comer patatas y cerdo, cerdo y patatas. Y no vaya a creer que son limpios. ¡Oh, no! Defecan por todas partes, con perdón. Y tendría que verles cuando hacen instrucción, durante horas y días seguidos; se reúnen en un campo: y de frente, media vuelta, vuelta aquí y vuelta allá. ¡Si al menos cultivasen la tierra, o trabajasen en los caminos de su país! Pero no, señora, esos militares no son de provecho para nadie. ¡El pueblo llano debe mantenerlos para que aprendan sólo a masacrar! Yo no soy más que una vieja sin instrucción, es cierto, pero cuando les veo derrengarse haciendo ejercicio de la mañana a la noche, me digo: «¡Y pensar que hay gente que para ser útil se dedica a hacer descubrimientos, mientras que únicamente se esfuerza en hacer daño! La verdad, ¿no es algo abominable matar gente, ya sean prusianos, ingleses, polacos o franceses? Si uno se venga de quien le ha hecho un daño comete un error y de hecho se le condena; pero cuando exterminan a nuestros chicos como si fueran piezas de caza, con fusiles, entonces se ve que está bien, pues incluso dan una medalla a quien se carga más. ¡Esto no conseguiré comprenderlo nunca!».

Cornudet alzó la voz:

—La guerra es una barbarie cuando se arremete contra un vecino pacífico; es un deber sagrado cuando se defiende a la patria.

La vieja bajó la cabeza:

—Sí, cuando uno se defiende es otra cosa; pero, entonces, ¿no sería mejor matar a todos los reyes que hacen la guerra por simple gusto?

La mirada de Cornudet se encendió:

—Bravo, ciudadana —dijo.

Carré-Lamadon estaba reflexionando profundamente. No obstante su fanatismo por los grandes capitanes, el buen sentido de aquella campesina le había hecho pensar en el bienestar que habrían traído al país tantos brazos inactivos, y por consiguiente ruinosos, tantas fuerzas que se mantienen improductivas, si se las empleara en los grandes trabajos industriales que requerirán siglos en ser terminados.

En cambio, Loiseau, levantándose de su sitio, fue a hablar bajito con el hotelero. El hombretón reía, tosía, escupía; su enorme vientre brincaba de gozo con las gracias de su interlocutor, y le compró seis tonelillos de burdeos para la primavera, cuando los prusianos se hubieran ido.

Recién acabada la cena, muertos de cansancio, se fueron a dormir.

Sin embargo, Loiseau, que había estado al tanto de todo, hizo meterse en la cama a su mujer, luego pegó ya el oído, ya el ojo al ojo de la cerradura, para tratar de descubrir lo que él llamaba «los misterios del pasillo».

Al cabo aproximadamente de una hora, oyó un frufrú, miró enseguida y vio a Bola de Sebo, que parecía más rellenita aún debajo de una bata de casimir azul, ribeteada de puntillas blancas. Sostenía en la mano una bujía y se dirigía hacia la puerta con el número elocuente al fondo del pasillo. Pero una puerta, justo al lado, se entreabrió y cuando, al cabo de algunos minutos, volvió, Cornudet la siguió en mangas de camisa. Hablaban bajito, luego se detuvieron. Bola de Sebo parecía defender la entrada de su habitación enérgicamente. Por desgracia, Loiseau no conseguía captar las palabras, pero finalmente, dado que los dos alzaban la voz, percibió algo. Cornudet insistía vivamente. Decía:

—Vamos, no sea tonta, ¿qué más le da?

Ella parecía indignada, y respondió:

—No, querido, hay momentos en que esas cosas no se hacen; y además, aquí, sería una vergüenza.

Indudablemente el otro no comprendía, y preguntó el porqué. Ella entonces se enojó, levantando más el tono de voz:

—¿Que por qué? ¿No comprende por qué? ¿Cuando hay prusianos en el hotel y tal vez en la habitación de al lado?

Se calló. Ese pudor patriótico de pelandusca que negaba sus favores carnales cerca del enemigo debió de despertarle en el corazón la vacilante dignidad, porque, limitándose a darle un beso, volvió de puntillas a su habitación.

Loiseau, bastante excitado, dejó la cerradura, dio unos pasos de baile por la habitación, se puso el gorro de dormir, levantó la sábana debajo de la cual yacía la dura carcasa de su compañera y la despertó con un beso, susurrando:

—¿Me quieres, tesoro?

Entonces toda la casa quedó en silencio. Pero he aquí que, en alguna parte, en una dirección indeterminada que podía ser tanto el sótano como el desván, no tardó en

alzarse un ronquido poderoso, uniforme, regular, un ruido sordo y prolongado, con borbotones de caldera a presión. El señor Follenvie dormía.

Como habían decidido partir a las ocho del día siguiente, se encontraron todos en la cocina; pero el coche, con la baca cubierta de nieve, se alzaba solitario en medio del patio, sin caballos ni cochero. Buscaron en vano a éste en la cuadra, en el almacén, en la cochera. Todos los hombres salieron, decididos a explorar el lugar. Se encontraron en la plaza, con la iglesia en el fondo y a ambos lados casas bajas donde se veían soldados prusianos. El primero que vieron estaba pelando patatas. El segundo, más lejos, fregaba la barbería. Otro, barbudo hasta los ojos, llevaba en brazos a un crío llorón y le acunaba sobre sus rodillas para tratar de apaciguarlo; y las gordas campesinas que tenían a sus maridos en el frente indicaban con gestos a los obedientes vencedores el trabajo que había que hacer: cortar leña, echar más caldo a las sopas, moler café; había uno que hasta lavaba la ropa de su anfitriona, una vieja desvalida.

El conde, asombrado, le preguntó al sacristán que salía en ese momento de la rectoría. El viejo chupacirios le respondió:

—Oh, ésos no son malos; no son prusianos, por lo que se dice. Son de más lejos, no sé de dónde. Todos han dejado a una mujer e hijos en su país; no les divierte hacer la guerra, créame. Y estoy seguro de que también a ellos se les añora en su país y que tanta miseria habrá para ellos como para nosotros. Aquí, por el momento, no somos tan desgraciados porque no hacen daño y trabajan como si estuvieran en su casa. Entre gente pobre, señor, hay que ayudarse… La guerra la hacen los peces gordos.

Cornudet, indignado por las cordiales relaciones establecidas entre vencedores y vencidos, se fue, prefiriendo encerrarse en el hotel. Loiseau dijo una frase ingeniosa: «Están repoblando el lugar». El señor Carré-Lamadon sólo una agudeza seria: «Lo arreglan». Pero seguían sin encontrar al cochero. Por fin lo descubrieron en el café del pueblo, fraternalmente sentado a la misma mesa con el ordenanza del oficial. El conde le interpeló:

—¿No tenía órdenes de enganchar los caballos para las ocho?

—Sí, pero luego recibí otra orden.

—¿Cuál?

—No engancharlos.

—¿Quién le ha dado esa orden?

—El comandante prusiano, por supuesto.

—¿Por qué?

—Yo no sé nada. Vaya a preguntárselo a él. Me prohíben enganchar y yo no engancho. Eso es todo.

—¿Se lo ha dicho él en persona?

—No, señor, el hotelero me lo ha pedido de su parte.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Ayer por la noche, cuando me iba a dormir.

Los tres hombres volvieron muy inquietos al hotel.

Preguntaron por el señor Follenvie, pero la camarera respondió que el amo, debido al asma, no se levantaba nunca antes de las diez. Tenía categóricamente prohibido que le despertasen antes, salvo en caso de incendio.

Trataron de ver al oficial, pero era absolutamente imposible, aunque residiera en el hotel. Solamente el señor Follenvie estaba autorizado a hablar con él, cuando se trataba de asuntos civiles. Entonces esperaron. Las mujeres subieron de nuevo a sus habitaciones, ocupándose de cosas fútiles.

Cornudet se instaló en la cocina debajo de la alta chimenea, donde ardía un gran fuego. Se hizo traer una de las mesitas del café, una jarra de cerveza y se sacó la pipa, que entre demócratas gozaba de una consideración casi como la suya, como si, sirviendo a Cornudet, sirviese a la patria también ella. Era una magnífica pipa de espuma admirablemente quemada, tan negra como los dientes de su propietario, pero olorosa, bien curvada, reluciente, que le era familiar a la mano y completaba su fisonomía. Se quedó inmóvil, fijando la mirada ya en las llamas, ya en la espuma que coronaba la jarra, y cada vez que bebía se pasaba con aire satisfecho los largos y delgados dedos por entre el cabello pringoso, mientras se olía los bigotes ribeteados de espuma.

Loiseau, con la excusa de desentumecer las piernas, se fue a vender su vino a los taberneros del lugar. El conde y el industrial se pusieron a charlar de política. Hacían previsiones sobre el futuro de Francia. Uno creía en los Orleans, el otro en un salvador desconocido, un héroe que se revelaría en el momento más desesperado: ¿quizá un Du Guesclin, una Juana de Arco? ¿U otro Napoleón I? ¡Ah, si el príncipe imperial no hubiera sido tan joven! Cornudet sonreía, al escucharles, como hombre que sabe lo que puede deparar el destino. El olor de su pipa llenaba la cocina.

Dieron las diez cuando apareció el señor Follenvie. Inmediatamente le preguntaron, pero él sólo pudo repetir dos o tres veces y sin variantes estas palabras: «El oficial me dijo: Señor Follenvie, mañana debe impedir que se enganche el coche de esos viajeros. No deben partir sin una orden mía. ¿Entendido? Esto es todo».

Entonces quisieron hablar con el oficial. El conde le hizo llegar su tarjeta de visita, en la que Carré-Lamadon añadió su nombre y todos sus títulos. El prusiano mandó responder que admitiría a estos dos hombres para hablar con él una vez que hubiera almorzado, es decir, hacia la una.

Reaparecieron las señoras y, no obstante la preocupación, todos comieron algo. Bola de Sebo parecía sentirse mal y estaba extraordinariamente alterada.

Estaban terminando de tomarse el café cuando el ordenanza fue a llamar a los señores.

Loiseau se unió a los dos primeros; trataron de llevar también a Cornudet, para dar más solemnidad a su gestión, pero él declaró orgullosamente que no quería tener relación alguna con los alemanes, y volvió junto a la chimenea, pidiendo otra jarra.

Los tres hombres subieron y se les hizo entrar en la más bonita habitación del hotel, donde el oficial los recibió arrellanado en un sillón, con los pies sobre el bordillo de la chimenea, fumando una larga pipa de porcelana y envuelto en un florido batín, sustraído sin duda en la casa abandonada de algún burgués de mal gusto. No se levantó, ni les saludó ni miró. Era un magnífico exponente de la grosería propia del militar victorioso.

Finalmente, al cabo de unos instantes, dijo:

—¿Qué quieguen ustedes?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos partir, señor.

—No.

—¿Podría saber la causa de esta negativa?

—Pogque no quiego.

—Quisiera hacerle observar, con todos mis respetos, señor, que su general en jefe nos proporcionó una autorización de salida para llegar a Dieppe; y no creo que hayamos hecho nada para hacernos merecedores de su rigor.

—No quiego…, eso es todo… Fueden igse.

Los tres hicieron una reverencia y se retiraron.

La tarde fue desastrosa. No conseguían comprender el antojo de aquel alemán; y las suposiciones más estrambóticas turbaban sus mentes. Estaban todos en la cocina, discutiendo sin descanso, imaginando cosas inverosímiles. ¿Acaso querían retenerles como rehenes? Pero ¿con qué fin? ¿O bien hacerles prisioneros? ¿O más bien pedirles un gran rescate? Esta última posibilidad les aterró. Los más asustados eran los más ricos, que ya se veían obligados, para salvar su vida, a entregar sacos llenos de monedas de oro a ese insolente militar. Se devanaban los sesos para ingeniarse unos embustes aceptables, disimular sus riquezas, hacerse pasar por pobres, muy pobres. Loiseau se quitó la cadena del reloj y la escondió en el bolsillo. La llegada de la noche no hizo sino aumentar sus aprensiones. Se encendió la lámpara y, como faltaban dos horas para la cena, la señora Loiseau propuso jugar una partida a la treinta y una. Sería una distracción. Los otros aceptaron. Hasta Cornudet tomó parte en el juego, tras haber apagado la pipa por educación.

El conde barajó las cartas, las repartió. Bola de Sebo hizo enseguida treinta y una, y pronto el interés del juego aplacó los temores que asaltaban las mentes. Pero Cornudet se dio cuenta de que el matrimonio Loiseau estaba conchabado para trampear.

Al ir a sentarse a la mesa reapareció el señor Follenvie, que dijo, con su voz

catarrosa:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Élisabeth Rousset si no ha cambiado aún de idea.

Bola de Sebo permaneció de pie, palidísima; luego, poniéndose roja como un tomate, tuvo un ataque tal de rabia que no conseguía siquiera articular palabra. Al final estalló:

—Dígale a ese crápula, a ese cerdo, a ese buitre carroñero de prusiano, que no querré en la vida; que le quede absolutamente claro, en la vida.

El gordo hotelero salió. Entonces rodearon todos a Bola de Sebo, preguntándole, invitándola a revelar el misterio de aquella visita. Primero ella trató de resistirse; luego, llevada por la exasperación, exclamó: «¿Qué quiere…? ¿Qué quiere? ¡Quiere acostarse conmigo!». La indignación fue tan viva que la expresión no escandalizó a nadie. Cornudet rompió la jarra, golpeándola con fuerza contra la mesa. Se alzó un vocerío de reprobación contra aquel innoble militarote, un viento de cólera, una unión de todos para resistir, como si a cada uno le hubiera sido pedida una parte del sacrificio que se pretendía de la muchacha. El conde declaró con asco que aquella gente se comportaba como los antiguos bárbaros. Las mujeres, especialmente, testimoniaron a Bola de Sebo una conmiseración enérgica y afectuosa. Las monjas, que sólo aparecían a la hora de las comidas, habían agachado la cabeza y no decían esta boca es mía.

Aplacado el primer furor, cenaron; pero hablaron poco, reflexionaban.

Las señoras se retiraron temprano; y los hombres, mientras fumaban, organizaron una partida de *écarté*, a la que fue invitado también el señor Follenvie para poder sondearle hábilmente sobre los medios que convenía emplear para vencer la resistencia del oficial. Pero él no pensaba más que en las cartas, no escuchaba ni respondía y repetía sin cesar: «Atentos al juego, señores, atentos al juego». Tan concentrado estaba que se olvidaba de lanzar gargajos; y ello provocaba que le saliese, a veces, un sonido de órgano del pecho. Sus silbantes pulmones recorrían toda la gama del asma, desde las notas graves y profundas hasta el agudo gorjeo de los jóvenes gallos intentando cantar.

Se negó incluso a subir cuando su mujer, que se caía de sueño, fue a buscarle. Se fue sola, porque ella era «diurna», siempre de pie con la luz, mientras que su hombre era «un ave nocturna», siempre dispuesto a pasar la noche con amigos. Él le gritó: «¡Déjame la yema batida delante del fuego!», y volvió a su partida. Cuando quedó claro que no había nada que sonsacarle, los otros dijeron que era hora de dejarlo y todo el mundo se fue a la cama.

También al día siguiente se levantaron bastante temprano, con una vaga esperanza, unas mayores ganas de irse, y el terror a tener que pasar otro día en aquel horrendo hotelito.

Ay, los caballos seguían en la caballeriza, y el cochero permanecía invisible. A fin de matar el tiempo en algo, se pusieron a dar vueltas en torno a la diligencia.

El desayuno fue muy triste; y se había producido una cierta frialdad respecto a Bola de Sebo, porque la noche, que es buena consejera, había cambiado un poco las opiniones. Casi estaban resentidos con ella, por no haber ido a escondidas a hacer una visita al prusiano para dar así una grata sorpresa a sus compañeros al despertar. ¡Habría sido tan simple! Y, por otra parte, ¿quién se hubiera enterado? Habría podido salvar las apariencias haciendo decir al oficial que lo hacía por compasión a la angustia de sus compañeros. ¡Para ella eso tenía tan poca importancia!

Pero nadie confesaba por el momento estos pensamientos.

Por la tarde, dado que se aburrían mortalmente, el conde propuso dar un paseo por los alrededores del pueblo. Se abrigaron bien y se fueron todos, excepto Cornudet, que prefería quedarse al amor del fuego, y las dos hermanas, que se pasaban todo el día en la iglesia o en la parroquia.

El frío, más intenso de día en día, atería cruelmente narices y orejas; y los pies dolían hasta el punto de que cada paso era un sufrimiento; apenas tuvieron los campos a la vista, éstos les parecieron tan espantosamente lúgubres que volvieron sobre sus pasos, con el alma helada y el corazón encogido.

Las cuatro mujeres caminaban delante, los tres hombres las seguían, a cierta distancia.

Loiseau, que se hacía cargo de la situación, preguntó de repente si «aquella pelandusca» les haría quedarse por mucho tiempo aún en semejante lugar. El conde, siempre cortés, dijo que no se podía pretender de una mujer tan penoso sacrificio, que éste debía ser espontáneo. El señor Carré-Lamadon observó que si los franceses, según lo que se decía, tenían intención de lanzar una contraofensiva desde Dieppe, el choque debía de producirse por fuerza en Tôtes. Esta posibilidad preocupó a los otros dos. «¿Y si tratásemos de escapar a pie?», preguntó Loiseau. El conde se encogió de hombros: «¿Con toda esta nieve? ¿Y con nuestras mujeres? Además, seríamos perseguidos enseguida, apresados al cabo de diez minutos y hechos prisioneros, a merced de los soldados». Era cierto. Callaron todos.

Las señoras hablaban de trapos; pero un cierto malestar parecía desunirlas.

De repente, en el fondo de la calle, apareció el oficial. Sobre la nieve que cerraba el horizonte se dibujaba su alta figura de avispa en uniforme que caminaba, con las rodillas abiertas, con el andar típico de los militares que se esfuerzan en no manchar sus botas cuidadosamente lustradas.

Al pasar por el lado de las señoras hizo una inclinación, y miró despectivamente a los hombres, que, por lo demás, mostraron la suficiente dignidad de no quitarse el sombrero, por más que Loiseau hubiera hecho un amago.

Bola de Sebo había enrojecido hasta las cejas; y las tres mujeres casadas sentían

una gran humillación de ser vistas por ese militar en compañía de la muchacha tratada por él con tanta insolencia.

Comenzaron a hablar de él, de su aspecto, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que había conocido a muchos oficiales y podía juzgarlos competentemente, dijo que no estaba nada mal; incluso lamentaba que no fuera francés, porque sin duda habría sido un apuesto húsar, capaz de hacer perder la cabeza a todas las mujeres.

Tras haber vuelto al hotel, no supieron ya qué hacer. Incluso se cruzaron agrias palabras por naderías. La cena, silenciosa, duró poco y todos se fueron a la cama esperando dormir para matar el tiempo.

A la mañana siguiente bajaron con cara de cansancio y los ánimos exasperados. Las mujeres apenas si dirigían la palabra a Bola de Sebo.

Sonó una campana. Era por un bautismo. La gorda muchacha tenía un hijo que era criado por unos campesinos de Yvetot. No le veía más que una vez al año y no se acordaba nunca de él; pero pensar en aquel que iban a bautizar despertó en ella una repentina y violenta ternura por el suyo, y quiso asistir sin falta a la ceremonia.

Apenas hubo salido, los otros se miraron y acercaron sus sillas, pues sentían que era aquél el momento de tomar una decisión. Loiseau tuvo una inspiración: según él había que proponer al oficial que retuviera sólo a Bola de Sebo y dejara marcharse a los demás.

El señor Follenvie se encargó una vez más de cumplir el encargo, pero bajó casi enseguida. El alemán, que conocía la naturaleza humana, le había cerrado la puerta en las narices. Su intención era retener a todo el mundo mientras su deseo no se viera satisfecho.

Entonces estalló la naturaleza plebeya de la señora Loiseau:

—Me niego a que nos muramos de viejos aquí. Ya que el oficio de esta mujerzuela es ir con todos los hombres, me parece a mí que no tiene derecho a rechazar a uno o a otro. Se lo digo yo, ha pillado todo lo que ha encontrado en Ruán, ¡hasta cocheros!, ¡sí, señora, el cochero de la prefectura! Lo sé porque él nos compra el vino a nosotros. ¡Y hoy que debería sacarnos de este apuro se hace la estrecha, la mocosa esta! Yo creo que el oficial se comporta correctamente. Tal vez está en ayunas desde hace algún tiempo, y es a nosotras tres a las que hubiera preferido. En cambio no, se contenta con la que va con todo el mundo. Respeta a las mujeres casadas. Piénsenlo por un momento, es el amo. Le bastaría con decir: «Quiero», y podría hacernos suyas a la fuerza con sus soldados.

Las otras dos mujeres tuvieron un pequeño estremecimiento. Los ojos de la graciosa señora Carré-Lamadon brillaban, y estaba algo pálida, como si ya se sintiese poseída a la fuerza por el oficial.

Los hombres, que discutían aparte, se acercaron. Loiseau, furibundo, quería

entregar a «aquella miserable» al enemigo, atada de pies y manos. Pero el conde, que descendía de tres generaciones de embajadores, y tenía aspecto físico de diplomático, era partidario de la astucia:

—Hay que convencerla —dijo.

Entonces se pusieron a conspirar.

Las mujeres hicieron un corrillo, bajaron el tono de voz y la conversación se generalizó porque todos querían dar su parecer. Por lo demás, fue algo bastante correcto. Las señoras sobre todo usaron delicados giros de frase, expresiones de admirable sutileza, para decir las cosas más escabrosas. Un extraño no habría comprendido nada, tantas eran las precauciones al hablar. Pero, como el ligero barniz de pudor que recubre a toda mujer de mundo es sólo superficial, disfrutaban con aquella aventura licenciosa, en lo más profundo de sí mismas se divertían locamente, se sentían en su elemento, procediendo en el amor con la sensualidad de un cocinero sibarita que prepara la comida a otro.

La alegría volvía por sí sola, tan divertida les parecía después de todo la historia. Al conde se le ocurrieron unas gracias un tanto subidas de tono, pero tan bien dichas que hacían sonreír. A su vez Loiseau soltó algunas bromas más gruesas, que no ofendieron a nadie; y la frase brutalmente expresada por su mujer era lo que todos pensaban: «Dado que el oficio de esta muchacha es el que es, ¿por qué hacer discriminaciones entre uno u otro?». La gentil señora Carré-Lamadon parecía pensar incluso que, en su lugar, rechazaría menos a éste que a otro.

Prepararon largamente el cerco, como para el sitio de una fortaleza. Se pusieron de acuerdo sobre el papel que desempeñaría cada uno, los argumentos en que se apoyaría, las maniobras que debería ejecutar. Establecieron el plan de ataque, las astucias que se debían emplear y las sorpresas del asalto, para obligar a aquella ciudadela viviente a recibir al enemigo en la plaza fuerte.

Cornudet, sin embargo, permanecía al margen, completamente ajeno al asunto.

Estaban tan profundamente pendientes que no oyeron volver a Bola de Sebo. Pero el conde dijo un ligero «chitón» y todos alzaron la vista. Allí estaba. Callaron de golpe y un cierto embarazo impidió de entrada que le dirigiesen la palabra. La condesa, más hecha que las otras a la hipocresía de los salones, le preguntó:

—¿Ha estado bien el bautismo?

La gorda muchacha, todavía emocionada, lo contó todo, habló de las caras y de las actitudes, y del aspecto mismo de la iglesia. Y añadió:

—A veces sienta tan bien rezar.

Hasta la hora del almuerzo, las señoras se limitaron a mostrarse amables con ella, para aumentar su confianza y su docilidad a sus consejos.

En cuanto estuvieron en la mesa, empezaron las primeras maniobras de aproximación. Al principio fueron vagos discursos sobre la abnegación. Se citaron

antiguos ejemplos: Judit y Holofernes, luego, sin que viniera a cuento, Lucrecia y Sexto, Cleopatra, que hacía pasar por su lecho a todos los generales enemigos reduciéndolos a un servilismo de esclavos. Se expuso entonces una historia fantasiosa, alumbrada por la mente de esos millonarios ignorantes, en que las ciudadanas de Roma iban a Capua para adormecer a Aníbal entre sus brazos y, con él, a sus lugartenientes y a las falanges de los mercenarios. Se citó a todas las mujeres que han detenido el avance de los conquistadores, haciendo de su cuerpo un campo de batalla, un medio para dominar, un arma, que han vencido con sus heroicas caricias a seres repulsivos u odiados, sacrificando su castidad por venganza y abnegación.

Hablaron, con medias palabras, hasta de esa inglesa de gran alcurnia, que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitírsela a Bonaparte, salvado de puro milagro, por una debilidad súbita, a la hora de la cita fatal.

Todo esto era contado de forma conveniente y moderada, pero a veces con un vibrante entusiasmo capaz de suscitar emulación.

En fin, se hubiera podido creer que la tarea de la mujer, en esta guerra, era un continuo sacrificio de sí misma, un perpetuo abandonarse a los caprichos de la soldadesca.

Las dos monjas, inmersas en profundos pensamientos, parecía que no oyesen nada. Bola de Sebo no abría la boca.

La dejaron reflexionar durante toda la tarde. Pero, en vez de llamarla «señora» como habían hecho hasta ese momento, la llamaban «señorita», y nadie sabía muy bien por qué, como si hubieran querido rebajarla un grado en la estima que había alcanzado, hacerle sentir la vergüenza de su situación.

En el momento en que se servía la sopa, reapareció el señor Follenvie, repitiendo la frase de la víspera:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Élisabeth Rousset si no ha cambiado aún de idea.

Bola de Sebo respondió a secas:

—No, señor.

Durante la cena la coalición se debilitó. Loiseau dejó escapar tres frases desafortunadas. Cada uno se estrujaba los sesos para encontrar nuevos ejemplos, sin dar con nada, cuando la condesa, tal vez inopinadamente, por la vaga necesidad de rendir homenaje a la religión, preguntó a la religiosa de más edad sobre los grandes hechos de la vida de los santos. Muchos de ellos habían llevado a cabo actos que a nuestros ojos se dirían delitos, pero la Iglesia absuelve sin dificultad tales fechorías, cuando se llevan a cabo para mayor gloria de Dios o por el bien del prójimo. Era un argumento poderoso y la condesa lo aprovechó. Así, ya fuese a causa de aquel tácito

entendimiento o a esas veladas complacencias en que descuella cualquiera que lleve un hábito eclesiástico, ya simplemente debido a una feliz incomprensión o a una favorable estupidez, lo cierto es que la anciana monja prestó una grandísima ayuda a la conspiración. Creían que era tímida y se reveló atrevida, parlanchina, vehemente. No se sentía en absoluto cohibida por las vacilaciones de la casuística; su doctrina parecía una barra de hierro; su fe no vacilaba jamás; su conciencia carecía de escrúpulos. El sacrificio de Abraham le parecía algo natural, porque habría dado muerte inmediatamente a su padre y a su madre si la orden hubiera venido de arriba; según ella, nada podía desagradar al Señor cuando la intención era loable. La condesa, aprovechando la autoridad sagrada de su inesperada cómplice, le hizo hacer una especie de edificante paráfrasis de este axioma moral: «El fin justifica los medios».

Ella le preguntaba:

—Así que, hermana, ¿cree usted que Dios acepta todos los caminos y perdona cualquier acción, cuando el motivo es puro?

—¿Quién podría dudarlo, señora? Una acción reprobable en sí se vuelve a menudo meritoria por el pensamiento que la inspira.

Y continuaron así, poniendo en claro la voluntad de Dios, previendo sus decisiones, haciéndole interesarse en cosas que, a decir verdad, no le atañían en absoluto.

Todos estos discursos eran algo encubierto, hábil, discreto. Y, sin embargo, cada palabra de la santa mujer con toca hacía mella en la resistencia indignada de la cortesana. Luego la conversación se desvió un poco y la mujer del rosario habló de las casas de su Orden, de su superiora, de sí misma y de su graciosa acompañante, la querida sor San Nicéfora. Las habían llamado a Le Havre para atender en los hospitales a cientos de soldados afectados de viruelas. Describió a esos pobres miserables, explicó su enfermedad. Así, mientras estaban paradas en el camino a causa de un capricho de aquel prusiano, podían morir muchísimos franceses que tal vez ellas hubieran podido salvar. Su especialidad era precisamente cuidar soldados: había estado en Crimea, en Italia, en Austria, y al contar sus campañas se reveló de repente como una de esas religiosas batalladoras que parecen hechas que ni pintadas para seguir a las tropas acampadas, para recoger heridos en medio de la refriega de las batallas, y, mejor que un jefe, para poner freno con una simple palabra a los viejos soldados indisciplinados. Una auténtica hermana Rataplán cuyo rostro devastado, acribillado de innumerables hoyuelos, parecía representar las devastaciones de la guerra.

Nadie añadió una palabra a cuanto ella había dicho, a tal punto pareció el efecto excelente.

Una vez terminada la cena subieron todos enseguida a sus habitaciones, bajando,

al día siguiente, bastante tarde.

El almuerzo fue tranquilo. Se daba tiempo a la simiente plantada la víspera para que germinase y diera sus frutos.

La condesa propuso ir a dar un paseo por la tarde; y el conde, tal como había sido establecido, tomó del bracete a Bola de Sebo, y se quedó con ella detrás de los demás.

Le habló con ese tono familiar, paternal, algo desdeñoso, que los hombres situados emplean con las muchachas, llamándola «mi querida niña», tratándola desde la altura de su posición social, de su indiscutida honorabilidad. Fue enseguida al grano:

—Entonces, ¿prefiere dejarnos aquí, expuestos, como usted misma por lo demás, a todas las violencias subsiguientes a una derrota del ejército prusiano, que consentir a uno de esos favores que en su vida ha concedido tan a menudo?

Bola de Sebo no respondió nada.

Él intentó ganársela mediante la dulzura, el razonamiento, los sentimientos. Supo seguir siendo «el señor conde» al tiempo que se mostraba galante cuando era preciso, cumplimentero, en fin, amable. Exaltó el favor que ella les haría, habló de su gratitud; luego, de repente, tuteándola alegremente, agregó:

—Querida mía, y así él podría enorgullecerse de haber disfrutado de una bonita muchacha como no encontrará muchas otras en su país.

Bola de Sebo no respondió y se unió al grupo.

En cuanto regresaron al hotel, subió a su habitación y no volvió a aparecer. La inquietud era mayúscula. ¿Qué haría? ¡Si se seguía resistiendo, bonito embrollo!

Sonó la hora de la cena; la esperaron en vano. El señor Follenvie, que entraba en aquel momento, anunció que la señorita Rousset se sentía indispuesta y que podían sentarse a la mesa. Todos aguzaron los oídos. El conde se acercó al hotelero y, en voz baja, le dijo: «¿Ya está?» «Sí.» Por corrección, no dijo nada a sus compañeros, limitándose sólo a hacer un ligero signo con la cabeza dirigido a ellos. Inmediatamente todos los pechos exhalaron un gran suspiro de alivio, los rostros se volvieron alegres. Loiseau exclamó: «¡Recórcholis! Pago el champán si lo hay en este establecimiento»; y la señora Loiseau se sintió presa de la angustia cuando el patrón regresó con cuatro botellas en las manos. Todos se habían vuelto súbitamente comunicativos y ruidosos; una alegría chocarrera dominaba los corazones. El conde pareció caer en la cuenta de que la señora Carré-Lamadon era encantadora, el industrial dijo unos cumplidos a la condesa. La conversación fue animada, festiva, ingeniosa.

De pronto, Loiseau, con expresión ansiosa, levantó los brazos y gritó:

—¡Silencio!

Todos se callaron, sorprendidos, ya casi espantados. Entonces aguzó el oído rogando silencio con las dos manos, alzó los ojos hacia el techo, escuchó de nuevo, y

prosiguió, con su voz natural:

—No teman, todo va bien.

En un primer momento no comprendieron, luego sonrieron.

Al cabo de un cuarto de hora volvió a empezar la misma broma y la repitió a menudo durante la velada; fingía llamar a alguien en el piso de arriba, le daba consejos de doble sentido, germinados en su fantasía de vendedor de comercio. De vez en cuando adoptaba un aire triste para suspirar: «Pobre muchacha!» o bien murmuraba entre dientes con aire rabioso: «¡Prusiano canalla!». O bien, cuando ya nadie pensaba en ello, exclamaba varias veces con voz vibrante: «¡Basta, basta!», añadiendo, como hablando para sí: «Con tal de que podamos volver a verla; no quisiera que ese miserable la hiciese morir…».

A pesar de que estas chanzas fuesen de un gusto deplorable, divertían y no ofendían a nadie, pues la indignación depende de los ambientes como todo, y el ambiente que poco a poco se había creado entre ellos estaba cargado de pensamientos licenciosos.

A los postres, también las mujeres hicieron alusiones ingeniosas y discretas. Los ojos estaban relucientes; se había bebido mucho. El conde, que, incluso cuando se pasaba de la raya, sabía mantener su continente de seriedad, estableció un parangón que fue muy apreciado sobre el final de las invernadas en el polo y la alegría de los náufragos que ven abrirse camino hacia el Sur.

Loiseau, ya lanzado, se levantó con una copa de champán en la mano: «¡Bebo por nuestra liberación!». Todos se alzaron aclamándole. Hasta las dos monjas, incitadas por las señoras, aceptaron mojarse los labios con aquel vino espumante que no habían probado nunca. Declararon que se parecía a la limonada gaseosa, pero que era sin embargo más fino.

Loiseau resumió la situación.

—Es una lástima que no tengamos piano porque podríamos trenzar una cuadrilla.

Cornudet no había abierto la boca, ni había hecho un gesto; parecía incluso sumido en muy serios pensamientos y de vez en cuando se mesaba, con gesto furioso, su gran barba que parecía querer alargar aún más. Finalmente, hacia medianoche, cuando iban a separarse, Loiseau, que se tambaleaba un poco, le dio una palmadita en el estómago y le dijo farfullando:

—No está usted para bromas esta noche; ¿no dice nada, ciudadano?

Pero Cornudet alzó bruscamente la cabeza y, paseando por el grupo una mirada refulgente y terrible, manifestó:

—¡Les digo a todos ustedes que acaban de cometer una infamia!

Se levantó, ganó la puerta y repitió una vez más: «¡Una infamia!» y desapareció.

Primero esta frase les dejó a todos helados. Loiseau, desconcertado, estaba como alelado; pero, tras recobrar su aplomo, de improviso repitió, desternillándose de risa:

—Esa uva está demasiado verde, amigo, está demasiado verde.

Y, como los otros no comprendían, contó «los misterios del pasillo». Entonces hubo de nuevo un estallido de alegría. Las señoras se divertían como locas. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban de las carcajadas. No se lo podían creer.

—¿De veras? ¿Está seguro? Quería…

—Le digo que lo vi.

—Y ella se negó…

—Porque el prusiano estaba en la habitación de al lado.

—No me lo puedo creer.

—Se lo juro.

El conde se ahogaba. El industrial se sujetaba la tripa con ambas manos de la risa. Loiseau continuaba:

—Y, como ustedes comprenderán, esta noche no le hace ninguna gracia, pero ninguna.

Y los otros tres reanudaron sus risas hasta sentirse mal, ahogándose y tosiendo.

Se separaron aún entre risas. Pero la señora Loiseau, que era como las ortigas, hizo observar a su marido, mientras estaban a punto de meterse en la cama, que «aquella arpía» de Carré-Lamadon tenía una risa amarga durante toda la velada:

—Las mujeres, ya sabes, cuando tienen debilidad por los uniformes, les importa poco que se trate de franceses o de prusianos. ¡Es algo repugnante, Dios mío!

Durante toda la noche la oscuridad del pasillo se vio recorrida como por vibraciones, leves ruidos apenas perceptibles semejantes a alientos, roces de pies desnudos, crujidos imperceptibles. Y seguramente todos se durmieron muy tarde porque por debajo de las puertas se vieron durante mucho rato hilos de luz. El champán produce este efecto; dicen que altera el sueño.

Al día siguiente, un sol claro de invierno hacía resplandecer la nieve. La diligencia, enganchada por fin, esperaba delante de la puerta, mientras un ejército de blancos palomos, engallados bajo su espeso plumaje, con los ojos de color rosa manchados en el centro por un punto negro, paseaban con aire grave por entre las patas de los seis caballos y buscaban su alimento en el estiércol humeante que dispersaban.

El cochero, envuelto en su pelliza de piel de cordero, se estaba fumando una pipa en el pescante, mientras los viajeros, radiantes, hacían empaquetar provisiones para el resto del viaje.

Sólo faltaba Bola de Sebo. Apareció.

Parecía un poco agitada, avergonzada; avanzó tímidamente hacia sus compañeros, los cuales, todos, con un mismo movimiento, se dieron la vuelta como si no la hubieran visto. El conde tomó con dignidad el brazo de su mujer y la alejó de aquel contacto impuro.

La gorda muchacha se detuvo, estupefacta; entonces, haciendo acopio de valor, abordó a la mujer del industrial con un «buenos días, señora» humildemente susurrado. La otra se limitó a hacer con la cabeza un ligero saludo impertinente que acompañó con una mirada de virtud ultrajada. Todo el mundo parecía atareado y se mantenía alejado de ella como si sus faldas estuvieran infectadas. Luego se precipitaron dentro del coche y ella entró sola, la última, volviendo a ocupar en silencio el sitio que había ocupado en la primera parte del viaje.

Parecía que no la viesen, que no la conocieran; pero la señora Loiseau, mirándola distante con indignación, dijo en voz baja a su marido:

—Por suerte no estoy cerca de ella.

El pesado vehículo se puso en movimiento y se reanudó el viaje.

Primero nadie habló. Bola de Sebo no se atrevía a alzar los ojos. Estaba furiosa contra sus compañeros de viaje y al mismo tiempo humillada por haber cedido, mancillada por los besos de aquel prusiano entre cuyos brazos la habían arrojado hipócritamente.

Pero, la condesa, volviéndose hacia la señora Carré-Lamadon, rompió el embarazoso silencio.

—Creo que conoce usted a la señora de Etrelles.

—Sí, es una de mis amigas.

—¡Qué mujer más encantadora!

—¡Fascinante! Un espíritu superior, muy culta por lo demás, y artista hasta los tuétanos; canta como los ángeles y dibuja a la perfección.

El industrial charlaba con el conde, y en medio del tintineo de los cristales destacaba de vez en cuando una frase: «Cupón…, vencimiento…, prima…, plazo».

Loiseau, que había birlado el viejo mazo de cartas del hotel, pringoso por los cinco años de roce sobre las mesas mal limpiadas, se puso a jugar una báciga con su mujer.

Las monjas cogieron el largo rosario que colgaba de sus cinturas, hicieron al mismo tiempo la señal de la cruz y de repente sus labios empezaron a moverse con gran rapidez, acelerándose cada vez más, apresurando su vago murmullo, como para una competición de *oremus*; de vez en cuando besaban una medalla, se santiguaban de nuevo y recomenzaban su barboteo rápido y continuo.

Cornudet, inmóvil, pensaba.

Al cabo de tres horas de camino, Loiseau recogió las cartas diciendo:

—Tengo hambre.

Su mujer cogió un paquete atado con un cordel y sacó un pedazo de ternera fría. La cortó perfectamente en finas y sólidas lonchas, y los dos se pusieron a comer.

—Podríamos hacer lo mismo nosotros —dijo la condesa.

Los otros se mostraron de acuerdo y ella desenvolvió las provisiones preparadas

para las dos parejas. En uno de esos recipientes ovalados con una liebre de loza sobre la tapa para indicar que contienen un pastel de liebre, había unos suculentos embutidos, en los que blancas tiras de tocino mechaban la carne oscura de la caza, mezclada con otras carnes en picadillo. Un buen trozo de gruyère, envuelto en un periódico, conservaba impreso en su pasta untuosa: «Sucesos».

Las dos hermanas desenvolvieron una rodaja de salchichón que olía a ajo; y Cornudet, hundiendo sus dos manos en los bolsillos de su abrigo, sacó de uno cuatro huevos duros y del otro un mendrugo de pan. Descascaró los huevos, echando la cáscara a sus pies entre la paja, y se los comió a mordiscos, haciendo caer sobre su barbaza unos trocitos de yema que parecían estrellas perdidas allí en medio.

Bola de Sebo, que se había levantado deprisa y corriendo, muy agitada, no había pensado en llevarse nada; y miraba exasperada, conteniendo su rabia, a toda esa gente que comía tan tranquila. Primero la dominó una ira tumultuosa y abrió la boca para cantarles las cuarenta con un torrente de injurias que le subía a los labios; pero era tal su exasperación que no le salía ni una palabra.

Nadie la miraba ni pensaba en ella. Se sentía ahogada en el desprecio de aquellos honestos miserables que primero la habían sacrificado y luego rechazado como a una cosa sucia e inútil. Entonces pensó en su cesto lleno hasta los topes de cosas buenas que habían devorado con gula, en sus dos pollos relucientes de gelatina, en sus pasteles de carne, en sus peras, en sus cuatro botellas de burdeos; y su furor se desvaneció de repente como una cuerda demasiado tensa que se rompe y sintió que estaba al borde de las lágrimas. Hizo esfuerzos terribles, se puso tiesa, se tragó los sollozos como hacen los niños, pero el llanto subía, relucía al borde de sus párpados y pronto dos lagrimones rodaron lentamente de sus ojos por las mejillas. Siguieron otros más rápidos, que fluían como las gotas de agua que se filtran de una roca y que caían regularmente sobre la curva redondeada de su pecho. Ella permanecía derecha, la mirada fija, la cara rígida y pálida, confiando en que no la vieran.

Pero la condesa se dio cuenta y avisó a su marido con una seña. Éste se encogió de hombros como diciendo: «¿Qué quieres? No es culpa mía». La señora Loiseau mostró una sonrisa muda de triunfo y murmuró:

—Llora su vergüenza.

Las dos monjas habían vuelto de nuevo a sus rezos tras haber enrollado en un papel el resto de su salchichón.

Entonces Cornudet, que estaba digiriendo los huevos, extendió sus largas piernas debajo del banco de enfrente, dejó caer la cabeza, se cruzó de brazos, sonrió como un hombre que acaba de acordarse de una buena broma y se puso a silbar *La Marsellesa*.

Todos los semblantes se ensombrecieron. Aquel canto popular no era, seguramente, del agrado de sus compañeros de viaje. Se pusieron nerviosos, irritados, y parecían a punto de gritar como perros que oyen un organillo.

Él no lo advirtió y no paró ya. De vez en cuando canturriaba las palabras:

¡*Amor sagrado de la patria,*
conduce y sostén nuestros brazos vengadores,
libertad, libertad querida,
lucha junto a tus defensores!

El coche iba más deprisa al estar la nieve más dura; y hasta Dieppe, durante las largas horas mortecinas del viaje, en medio del traqueteo del camino, en el crepúsculo y luego en la profunda oscuridad del coche, continuó, con feroz obstinación, su silbido vengativo y monótono, obligando a los ánimos cansados y exasperados a seguir el canto de principio a fin, a recordar cada palabra aplicándola a cada compás.

Bola de Sebo seguía llorando; y a veces un sollozo que no había logrado contener se perdía, entre una estrofa y otra, en las tinieblas.

EN FAMILIA*

El tranvía de Neuilly acababa de pasar por la puerta Maillot y enfilaba ahora la gran avenida que va a dar al Sena. La pequeña máquina, con el vagón enganchado atrás, pitaba para sortear los obstáculos, expulsaba vapor, jadeaba como una persona que corre sofocada; y sus pistones hacían un ruido precipitado de piernas de hierro en movimiento. El calor bochornoso de un final de día de verano se dejaba sentir en la calzada de la que se alzaba, sin que soplase la menor brisa, un polvo blanco, cretáceo, opaco, sofocante y cálido, que se pegaba a la piel húmeda, se metía en los ojos, penetraba en los pulmones.

Algunos se asomaban a las puertas, en busca de aire.

Los cristales del vehículo estaban bajados, y todas las cortinillas flotaban, agitadas por la veloz carrera. Iba poca gente en el interior, porque en los días calurosos se prefería el imperial o las plataformas. Eran señoras gordas con divertidos atuendos, esas burguesas de la periferia que, en vez de la distinción que no poseen, hacen gala de una dignidad fuera de lugar; y hombres cansados de la oficina, de semblante amarillento, cargados de espaldas y un hombro más alto que el otro por las largas horas de trabajo inclinados sobre la mesa. Sus caras inquietas y tristes reflejaban también las preocupaciones domésticas, la continua necesidad de dinero, las antiguas esperanzas definitivamente defraudadas; pues todos pertenecían a ese ejército de pobres diablos agotados que vegetan parcamente en sus miserables casitas de yeso, donde un arriate hace las veces de jardín, en medio de los terrenos convertidos en vertederos que rodean París.

Muy cerca de la puerta, un hombre bajito y gordo, de rostro abotargado, el vientre caído entre las piernas abiertas, vestido todo de negro y luciendo una condecoración, estaba charlando con un hombre alto y flaco, de aspecto desaliñado, que llevaba un traje de tela blanca muy sucio e iba tocado con un viejo panamá. El primero hablaba despacio, con titubeos que le hacían parecer a veces tartamudo; era el señor Caravan, archivero jefe en el Ministerio de la Marina. El otro, ex oficial de sanidad a bordo de un buque mercante, había acabado por instalarse en la rotonda de Courbevoie, donde ponía en práctica con la mísera población del lugar los vagos conocimientos médicos que le quedaban de su vida aventurera. Se apellidaba Chenet, y se hacía llamar

doctor. Corrían rumores sobre su moralidad.

El señor Caravan había llevado siempre la vida normal del burócrata. Desde hacía treinta años iba invariablemente a la oficina cada mañana, haciendo siempre el mismo trayecto, encontrando siempre, a la misma hora y en los mismos lugares, a las mismas personas que se dirigían a sus quehaceres; y volvía a casa, cada tarde, haciendo el mismo camino donde reencontraba las mismas caras, que había visto envejecer.

Todos los días, tras haber comprado su diario de perra chica[1] en la esquina del faubourg Saint-Honoré, iba a buscar sus dos panecillos y entraba en el Ministerio como un culpable que se entrega a la autoridad; llegaba a toda prisa a su despacho, lleno de inquietud, esperando siempre recibir una reprimenda por alguna negligencia que hubiera podido cometer.

Nada había cambiado nunca el orden monótono de su existencia, pues ningún acontecimiento le interesaba fuera de las cosas de la oficina, de los ascensos y de las gratificaciones. Tanto en el Ministerio como en casa (se había casado, sin dote, con la hija de un colega), hablaba solamente del trabajo. Nunca en su mente atrofiada por el embrutecedor trabajo cotidiano había otros pensamientos, otras esperanzas, otros sueños que los relativos a su función. Pero su satisfacción de empleado se veía siempre empañada por una amargura: el acceso de los comisarios de Marina, los *hojalateros*, como los llamaban por los galones plateados, a los puestos de subjefes y de jefes; y cada noche, a la hora de la cena, argumentaba acaloradamente con su mujer, que compartía su odio, para demostrar que era injusto, desde todo punto de vista, conceder empleos en París a gente destinada a la navegación.

Se había hecho ya viejo, sin darse cuenta de que se le había pasado la vida, porque la oficina había sido la prolongación de la escuela y los celadores que le hacían temblar en el pasado habían sido sustituidos por unos jefes, por los que sentía un gran espanto. La puerta de esos déspotas de café le hacía estremecer de los pies a la cabeza; y aquel continuo temor hacía que tuviese una torpe manera de presentarse, una actitud humilde y una especie de balbuceo nervioso.

Conocía París como puede conocerlo un ciego llevado cada día por su perro a la misma puerta; y cuando leía en su diario de perra chica los sucesos y escándalos, se le antojaban como cuentos fantásticos inventados expresamente para distracción de los empleados de medio pelo. Persona de orden, reaccionario sin un partido concreto, pero enemigo de las *novedades*, se saltaba siempre las noticias políticas, que su gaceta, por lo demás, tergiversaba siempre en favor de determinados intereses; y todas las tardes, al subir por la avenida de los Campos Elíseos, miraba a la multitud agitada de paseantes y a la incesante marea de coches como hace el viajero desorientado que recorre regiones lejanas.

Al cumplirse, precisamente ese año, el treintenio obligatorio de servicio, le habían conferido el 1 de enero la cruz de la Legión de Honor, con la que, en las

administraciones militarizadas, se recompensa la larga y miserable servidumbre (se dice: *leales servicios*) de esos tristes forzados encadenados al papelorio. Aquella inesperada dignidad, que le había dado una nueva y elevada idea de sus capacidades, cambió por completo sus costumbres. A partir de entonces no llevó ya pantalones de color y chaquetas de fantasía, sino solamente pantalones negros y largas levitas en las que su *cinta*, muy larga, destacaba mejor; se afeitaba a diario, se limpiaba las uñas con más esmero, se cambiaba de ropa interior un día sí y otro no por un legítimo sentido de las conveniencias y de respeto por el *Orden* nacional del que formaba parte: se había convertido, en definitiva, de la noche a la mañana en otro Caravan, pulcro, majestuoso y altanero.

En casa se refería a «mi cruz» cada dos por tres. Era tal el orgullo que sentía que no podía soportar que otros llevasen en el ojal cintas de ningún tipo. Sobre todo se exasperaba al ver condecoraciones extranjeras —«en Francia no debería estar permitido llevarlas»— y la tenía tomada en particular con el *doctor* Chenet, a quien se encontraba todas las tardes en el tranvía con una cinta distinta: blanca, azul, naranja o verde.

Por lo demás, la conversación de los dos hombres, desde el Arco de Triunfo hasta Neuilly, era siempre la misma; y aquel día, como los anteriores, hablaron primero de los diferentes abusos locales que disgustaban a ambos, porque el alcalde de Neuilly hacía su real gana. Luego, como sucede infaliblemente en compañía de un médico, Caravan tocó el tema de las enfermedades, esperando obtener así algún pequeño consejo gratuito o incluso un diagnóstico, si sabía arreglárselas bien, sin que se le viera el plumero. Desde hacía un tiempo estaba preocupado por su madre. Sufría síncopes frecuentes y prolongados y, pese a tener noventa años cumplidos, no quería ni oír hablar de seguir un tratamiento.

Caravan se enternecía por la avanzada edad de su madre y le repetía continuamente al *doctor* Chenet:

—¿Ve llegar a muchos a esa edad? —Y se frotaba las manos del contento, no porque le importase mucho ver perpetuarse a la anciana en este mundo, sino porque la larga duración de la vida materna era como un buen augurio para él. Prosiguió—: ¡Ah, sí! En mi familia somos muy longevos; en cuanto a mí, estoy seguro de que, si no me ocurre algún percance, moriré de muy viejo.

El oficial sanitario le miró con aire compasivo; observó durante unos instantes el rostro rubicundo de su compañero, el cuello adiposo, el vientre que le caía entre las piernas fláccidas y rollizas, toda aquella rotundidad apoplética de viejo empleado de cerebro reblandecido; y, levantando con gesto rápido el panamá grisáceo que cubría su cabeza, respondió sardónico:

—No esté tan seguro, amigo mío; su madre es un palillo, mientras que usted es un barrigudo.

Caravan, turbado, no respondió.

El tranvía estaba llegando a la parada. Los dos amigos bajaron y el señor Chenet le invitó a tomar un vermú en el Café du Globe, justo enfrente, que uno y otro solían frecuentar. El dueño, un amigo, les alargó dos dedos que ellos estrecharon por encima de las botellas del mostrador; luego fueron a reunirse con tres aficionados al dominó que llevaban jugando desde el mediodía. Se intercambiaron saludos cordiales, con el «¿Qué hay de nuevo?» de rigor. Luego los jugadores reanudaron la partida; al cabo de un rato Chenet y Caravan les dieron las buenas noches. Ellos alargaron las manos sin alzar la cabeza; y cada uno se fue a cenar.

Caravan vivía, cerca de la rotonda de Courbevoie, en una casita de dos pisos cuya planta baja ocupaba un peluquero.

Dos habitaciones, un comedor y una cocina con unas sillas desvencijadas que iban de una estancia a otra según las necesidades, constituían todo el piso, que la señora Caravan limpiaba de la mañana a la noche, mientras su hija Marie-Louise, de doce años, y su hijo Philippe-Auguste, de nueve, hacían de las suyas en las cunetas de la avenida, con todos los pilluelos del barrio.

En el piso de arriba, Caravan había instalado a su madre, famosa en los alrededores por su avaricia y tan flaca que hacía decir que Dios había empleado con ella sus propios principios de cicatería. Siempre de mal humor, no pasaba día sin disputas y furiosos ataques de ira. Desde la ventana apostrofaba a los vecinos en sus puertas, a las verduleras ambulantes, a los barrenderos y también a los chiquillos que, para vengarse, cuando salía la seguían y desde lejos le gritaban: «¡Mala bruja!».

Una joven criada normanda, increíblemente atolondrada, hacía las labores de la casa y se acostaba en el segundo piso cerca de la anciana, por temor a que le pasara algo.

Cuando Caravan volvió a casa, su mujer, que tenía la enfermedad crónica de la limpieza, estaba sacando brillo con un trapo de franela a las sillas de caoba perdidas en la soledad de las habitaciones. Llevaba siempre unos guantes de hilo, adornaba su cabeza con una pequeña cofia de cintas multicolores vencida siempre sobre un ojo y repetía, cada vez que la encontraban encerando, barriendo, abrillantando o lavando: «No soy rica, en mi casa todo es de escaso valor, pero la limpieza es mi lujo, y en el fondo un lujo siempre es un lujo».

Dotada de un terco sentido práctico, era en todo la guía de su marido. Todas las noches, en la mesa, y luego en la cama, discutían largo rato de las cosas de la oficina y, aunque veinte años mayor que su mujer, Caravan confiaba en ella como en un director espiritual y seguía en todo y para todo sus consejos.

Guapa no lo había sido nunca; pero ahora era precisamente fea, baja de estatura y flacucha. Su falta de gusto en el vestir había ocultado siempre sus escasos atributos femeninos, que hubieran tenido que verse realzados con las ropas adecuadas. Sus

faldas parecían siempre de medio lado; y se rascaba a menudo, dondequiera que fuese, sin preocuparle quien se hallase delante, por una especie de manía que era casi un tic. La única gala que se permitía era una profusión de cintajos de seda, entrelazados sobre las pretenciosas cofias que solía llevar en casa.

Apenas vio al marido se levantó y, besándole en las patillas, le preguntó:

—Querido, ¿te has acordado de Potin?

Era un encargo que le había prometido hacer.

Pero él se dejó caer espantado en una silla; se había olvidado por cuarta vez:

—Es una fatalidad —decía—, una verdadera fatalidad; pienso en ello durante todo el día y por la tarde siempre me olvido.

Parecía tan apesadumbrado que ella le consoló:

—No importa, ya lo harás mañana. ¿Alguna novedad en el Ministerio?

—Sí, una noticia importante: otro hojalatero nombrado subjefe.

Ella se puso muy seria:

—¿En qué negociado?

—En el de Comercio Exterior.

Ella se enojó:

—O sea, en el puesto de Ramon, justo el que yo quería para ti; y Ramon, ¿qué?, ¿se jubila?

Él balbució:

—Se jubila.

Ella se puso rabiosa, la cofia se ladeó sobre un hombro:

—Se acabó, ¿comprendes? Asunto concluido. ¿Y cómo se llama tu interventor?

—Bonassot.

Ella cogió el anuario de la Marina, que tenía siempre al alcance de la mano, y buscó: «Bonassot —Toulouse—. Nacido en 1851. —Aspirante a interventor en 1871, subinterventor en 1875».

—¿Se ha embarcado alguna vez?

A esta pregunta, Caravan se tranquilizó. Le embargó una alegría que le sacudía el vientre:

—Como Balin, exactamente como Balin, su jefe. —Y contó, riendo más fuerte, una vieja historieta que hacía las delicias de todo el Ministerio—: Habrá que procurar no enviarles por mar a inspeccionar la estación naval de Point-du-Jour, porque se marearían como una sopa en las golondrinas.

Ella seguía seria como si no le hubiera oído, luego susurró rascándose lentamente la barbilla:

—¡Si pudiéramos meternos a algún diputado en el bolsillo! Cuando sepan en la Cámara todo lo que pasa allí dentro, el ministro saltará de inmediato…

La interrumpieron unos gritos procedentes de la escalera. Marie-Louise y

Philippe-Auguste, de vuelta de la calle, se intercambiaban bofetones y patadas a cada escalón. La madre acudió corriendo, furiosa, y, cogiendo a cada uno de un brazo, los metió de malos modos en casa, sacudiéndoles de lo lindo.

Apenas vieron a su padre, se le echaron encima y él les besó cariñosa, largamente; luego se sentó, les tomó sobre sus rodillas y se puso a charlar con ellos.

Philippe-Auguste era un niño feo, despeinado, sucio de pies a cabeza, con cara de bobo. Marie-Louise se parecía a su madre, hablaba como ella, repetía sus mismas palabras, imitaba incluso sus ademanes. También ella preguntó:

—¿Ninguna novedad en el Ministerio?

Caravan le respondió con regocijo:

—Tu amigo Ramon, que viene a cenar todos los meses, está a punto de dejarnos, hijita. Hay un nuevo subjefe en su lugar.

Ella alzó los ojos hacia su padre, y, con una conmiseración de niña precoz, dijo:

—Otro más que se te ha adelantado.

Él dejó de reír y no respondió; luego, para cambiar de tema, se dirigió a su mujer, que estaba ahora limpiando los cristales:

—¿Cómo anda mamá, arriba?

La señora Caravan dejó de frotar, se dio la vuelta, se enderezó la cofia que se le había desplazado hacia la espalda y contestó con los labios trémulos:

—¡Ah, sí, hablemos de tu madre! ¡Buena me la ha hecho! Figúrate que la señora Lebaudin, la mujer del barbero, subió hace rato a pedirme prestado un paquete de almidón, y como yo había salido, tu madre la ha echado con cajas destempladas llamándola «pordiosera». Por lo que le he cantado las cuarenta. Ella ha fingido no oír, como cada vez que se le dicen cuatro verdades…, pero es tan sorda como yo; no son más que pamemas, y la prueba de ello es que se ha vuelto enseguida a su cuarto, sin decir esta boca es mía.

Caravan, desconcertado, callaba, cuando entró a toda prisa la criada anunciando la cena. Entonces, para avisar a la madre, cogió un mango de escoba que siempre había guardado en un rincón y dio tres golpes en el cielo raso. Luego pasaron al comedor y la señora Caravan, la joven, sirvió la sopa, mientras esperaban a la anciana. Pero ésta no aparecía y la sopa se enfriaba. Por eso se pusieron a comer despacito y, cuando los platos estuvieron vacíos, esperaron un poco más. La señora Caravan, furiosa, la emprendía con el marido:

—Lo hace aposta, ¿sabes?, y tú te pones siempre de su parte.

Él, muy perplejo, atrapado entre las dos, mandó a Marie-Louise a buscar a la abuela, y se quedó inmóvil, con la mirada baja, mientras su mujer golpeaba con la punta del cuchillo rabiosamente en el culo del vaso.

La puerta se abrió de par en par de improviso y reapareció la niña, sola, palidísima y sin aliento; dijo atropelladamente:

—La abuela se ha caído al suelo.

Caravan se puso en pie de un salto, y, tirando la servilleta sobre la mesa, se lanzó escalera arriba, donde resonó su paso pesado y precipitado, mientras su mujer, creyendo que se trataba de una malévola argucia de su suegra, subía más despacio, encogiéndose de hombros con desprecio.

La anciana yacía cuan larga era boca abajo en medio de la habitación y, cuando su hijo le hubo dado la vuelta, apareció, inmóvil y seca, con su piel amarillenta, arrugada y curtida, los ojos cerrados, los dientes apretados y su flaco cuerpo rígido.

Caravan, de rodillas cerca de ella, gemía:

—¡Pobre mamá, pobre mamá!

Pero la otra señora Caravan, tras haberla mirado un instante, declaró:

—Bah, le ha dado otro síncope, eso es todo; lo hace para no dejarnos cenar, no te quepa la menor duda.

Trasladaron el cuerpo a la cama, lo desvistieron por completo; y todos, Caravan, su mujer, la criada, se pusieron a hacerle fricciones. A pesar de sus esfuerzos, no recuperó el conocimiento. Entonces mandaron a Rosalie a buscar al *doctor* Chenet. Vivía en el muelle, hacia Suresnes. Estaba lejos, la espera fue larga. Por fin llegó y, tras haber observado, palpado, auscultado a la anciana, dijo:

—Es el fin.

Sacudido por continuos sollozos, Caravan se arrojó sobre el cuerpo; y besaba con frenesí el rostro rígido de su madre llorando tan exageradamente que sus lagrimones caían como gotas de agua sobre el rostro de la difunta.

La señora Caravan, la joven, tuvo una oportuna crisis de dolor, y, de pie detrás de su marido, gemía débilmente frotándose los ojos con obstinación.

Caravan, con el rostro abotargado, los cuatro pelos alborotados, feísimo en su sincero dolor, se incorporó de repente:

—Pero… ¿está seguro, doctor…, está seguro?…

El oficial sanitario se acercó rápidamente, y manejando el cadáver con destreza profesional, como un negociante que hace valer su artículo, manifestó:

—Mire, amigo, los ojos.

Levantó el párpado, y debajo de su dedo reapareció la mirada de la anciana, inmutable, y quizá con la pupila un tanto agrandada. Caravan sintió una punzada en el corazón y un escalofrío le recorrió el espinazo. El señor Chenet aferró el brazo agarrotado, forzó los dedos para abrirlos e, irritado como ante alguien que le llevara la contraria, dijo:

—Mire esta mano, mire; yo no me equivoco nunca, esté seguro de ello.

Caravan se dejó caer de nuevo sobre la cama retorciéndose, casi mugiendo, mientras su mujer, que seguía lloriqueando, comenzó a hacer lo que había que hacer. Acercó la mesilla de noche, extendió un paño, colocó encima cuatro velas y las

encendió, cogió un manojo de boj, que estaba colgado detrás del espejo de la chimenea, y lo puso entre las velas, sobre un platillo que llenó de agua fresca, a falta de la bendita. Luego, tras reflexionar unos momentos, echó en el agua un pellizco de sal, imaginando sin duda que con ello realizaba una especie de consagración.

Cuando hubo acabado la representación que debe acompañar a la Muerte, se quedó inmóvil, de pie. El oficial sanitario, que la había ayudado a colocar los objetos, le dijo al oído:

—Hay que llevarse a Caravan.

Ella hizo un gesto de asentimiento y, acercándose a su marido, que seguía sollozando de rodillas, lo levantó agarrándole por un brazo, mientras el señor Chenet le cogía por el otro.

Primero le hicieron sentarse en una silla y su mujer, besándole en la frente, comenzó a hablarle. El oficial sanitario apoyaba sus razonamientos, aconsejando entereza, valor, resignación, todo cuanto es imposible tener cuando ocurren desgracias fulminantes. Luego los dos le cogieron de nuevo por los brazos y se lo llevaron.

Él lloriqueaba como un niño mayor, con hipidos convulsos, hecho polvo, con los brazos colgándole, las piernas flojas, y bajó la escalera sin saber lo que se hacía, moviendo los pies maquinalmente.

Le dejaron en el sillón que ocupaba siempre en la mesa, delante de su plato casi vacío donde su cuchara seguía todavía inmersa en un resto de sopa. Y allí se quedó, sin un movimiento, la mirada fija en su vaso, tan atontado que ni siquiera pensaba en nada.

La señora Caravan, en un rincón, hablaba con el doctor, se informaba sobre las formalidades con las que había que cumplir, preguntaba por todos los requisitos de orden práctico. Finalmente, el señor Chenet, que parecía esperar algo, cogió su sombrero y, declarando que no había cenado, hizo un saludo y ademán de irse. Ella exclamó:

—Pero ¡cómo!, ¿no ha cenado usted? Pues ¡quédese, doctor, quédese! Se le servirá de lo que hay, pues comprenderá que nosotros no estamos para comer gran cosa.

Él rehusó, excusándose; ella insistió:

—Pero ¡cómo!, quédese. En momentos como éste, se agradece la compañía de los amigos; y tal vez consiga que mi marido se reconforte un poco; necesita recobrar fuerzas.

El doctor se inclinó, y, dejando su sombrero sobre un mueble, dijo:

—En tal caso, acepto, señora.

Ella le dio unas órdenes a Rosalie, que estaba como enloquecida, luego se sentó también ella a la mesa, «para aparentar que comía», decía, «y hacerle compañía al

doctor».

Volvieron a tomar sopa fría. El señor Chenet repitió. Luego llegó una bandeja de callos a la lionesa olorosos a cebolla y la señora Caravan decidió probarlos.

—Buenísimos —dijo el *doctor*.

Ella sonrió:

—¿De veras? —Y, volviéndose hacia su marido, añadió—: Prueba unos pocos, mi pobre Alfred, para que no te quedes con el estómago vacío; ¡piensa que va a ser una noche larga!

Él alargó su plato dócilmente, como se habría ido a la cama si se lo hubiera mandado, obedeciendo a todo sin resistencia y sin reflexión. Y comió.

El doctor, sirviéndose él mismo, repitió tres veces, mientras la señora Caravan, de vez en cuando, picaba un trocito con los dientes del tenedor y se lo tragaba con una especie de estudiada distracción.

Cuando apareció una fuente llena de macarrones, el doctor murmuró:

—¡Caramba, esto si que es bueno!

Y esta vez la señora Caravan sirvió a todos. Llenó incluso los platillos en los que marraneaban los niños, quienes, sin vigilancia, bebían vino puro y empezaban ya a propinarse puntapiés por debajo de la mesa.

El señor Chenet recordó el amor de Rossini por ese manjar italiano; luego de repente dijo:

—Pero vaya, si hasta rima; podría ser el comienzo de una composición poética.

Le maestro Rossini
aimait le macaroni…

Nadie le prestaba oídos. La señora Caravan, que se había quedado de repente pensativa, reflexionaba sobre las probables consecuencias de lo sucedido, mientras su marido hacía bolitas de miga de pan y las ponía en fila sobre el mantel, mirándolas con aire de lelo. Como le devoraba una sed insaciable, se llevaba sin cesar a la boca su vaso lleno hasta los topes de vino; y su razón, ya trastornada por la impresión y el dolor, comenzaba a fluctuar, pareciéndole que le bailase en la súbita modorra de la digestión, iniciada fatigosamente.

Por su parte, el doctor bebía como una esponja, emborrachándose a ojos vista; y hasta la señora Caravan sufría la reacción subsiguiente a toda conmoción nerviosa, estaba agitada y se sentía turbada incluso, pese a no beber más que agua, y con la cabeza nublada.

El señor Chenet se había puesto a contar anécdotas de fallecimientos que juzgaba chuscas. Pues en aquel suburbio parisino, donde abundaba la gente procedente de provincias, se daba la misma indiferencia de los campesinos hacia la muerte, ya se trate de un padre o de una madre, esa falta de respeto, esa inconsciente ferocidad tan

comunes en el campo y tan raras en París. Decía:

—La semana pasada, por ejemplo, me llaman urgentemente a la rue de Puteaux: me voy para allí corriendo, encuentro al enfermo ya muerto y, en torno a la cama, la familia que estaba tan tranquila acabándose una botella de anisete comprada la víspera para satisfacer un capricho del moribundo.

Pero la señora Caravan no le escuchaba, pensando en todo momento en la herencia; y Caravan, con la cabeza a pájaros, no comprendía nada.

Se sirvió el café, muy cargado para sostener la moral. Cada tacita, regada con coñac, hizo súbitamente enrojecer las mejillas, confundiendo aún más las pocas ideas de aquellas mentes ya vacilantes.

De repente el *doctor* echó mano a la botella de aguardiente y sirvió a todos la copita de después del café. Sin decir nada, embotados por el dulce calor de la digestión, presos a su pesar del bienestar animal causado por el alcohol después de haber cenado, se enjuagaron la boca lentamente con el coñac azucarado que formaba un jarabe amarillento en el fondo de las tacitas.

Los niños se habían dormido y Rosalie los llevó a la cama.

Entonces Caravan, obedeciendo maquinalmente a la necesidad de aturdirse que empuja a todos los desventurados, repitió varias veces de aguardiente; y le relucían los ojos de pasmarote.

Finalmente el *doctor* se levantó para irse y, tras coger por el brazo a su amigo, le dijo:

—Vamos, venga conmigo; un poco de aire le sentará bien; no hay que estarse quieto cuando se sufre.

El otro obedeció dócilmente, se caló el sombrero, tomó el bastón y salió; y los dos, cogidos del brazo, bajaron hacia el Sena, a la clara luz de las estrellas.

Flotaba en la cálida noche un airecillo embalsamado, porque todos los jardines de alrededor estaban en aquella estación llenos de flores cuyas fragancias, adormecidas de día, parecían despertarse ante la cercanía de la noche y se esparcían, mezcladas con las leves brisas que corren por la oscuridad.

La amplia avenida estaba desierta y silenciosa con sus dos filas de mecheros de gas que llegaban hasta el Arco de Triunfo. Allá lejos, envuelto en una roja neblina, se oía el bullicio de París. Era una especie de rodar continuo, al que parecía que a veces respondiese, en lontananza, el pitido de un tren que llegaba a todo vapor o que huía, a través de la provincia, hacia el océano.

El aire libre sorprendió a los dos hombres golpeándoles en pleno rostro, trastornó el equilibrio del *doctor* y aumentó los vértigos que se habían apoderado de Caravan desde el momento de la cena. Éste caminaba como en sueños, con la mente aletargada, paralizada, sin dolor agudo, presa de una especie de embotamiento moral que le impedía sufrir, es más, sintiendo incluso un alivio acrecido por las tibias

exhalaciones expandidas en la noche.

Tras llegar al puente, tomaron a la derecha y el río les embistió con su fresco aliento. Corría, melancólico y tranquilo, delante de una cortina de altos álamos; y parecía que las estrellas nadasen en el agua, movidas por la corriente. Una neblina blancuzca que ondeaba en la orilla opuesta traía a los pulmones húmedos efluvios; y de improviso Caravan se detuvo, turbado por aquel olor a río que removía en su corazón recuerdos viejísimos.

De repente volvió a ver a su madre en los lejanos tiempos de la infancia, arrodillada delante de la puerta de casa, allá en Picardía, en el arroyuelo que atravesaba el jardín, lavando la ropa amontonada junto a ella. Volvía a oír el ruido de la paleta en el plácido silencio del campo y su voz que llamaba: «Alfred, tráeme el jabón». Y sentía ese mismo olor a agua que corre, esa misma niebla que se alza de la tierra empapada, ese vaho de aguazal, cuyo inolvidable sabor había guardado, dentro de sí, y que ahora reencontraba, precisamente la noche de la muerte de su madre.

Se detuvo, rígido ante un nuevo asalto impetuoso de la desesperación. Fue como si un relámpago de luz hubiera iluminado de improviso toda la magnitud de su desgracia; y el encuentro de ese soplo errante le arrojó al negro abismo de los dolores sin consuelo. Sintió su corazón destrozado por el pensamiento de la separación sin fin. Su vida estaba partida en dos y su entera juventud desaparecía, tragada por aquella muerte. Se había terminado el pasado; los recuerdos de la adolescencia se esfumaban; nadie podría ya hablarle de viejas cosas, de gente conocida antaño, de su tierra, de sí mismo, de la intimidad de su vida pasada: una parte de su ser había terminado de existir, ahora le tocaba morir a la otra.

Comenzó el desfile de los recuerdos. Volvía a ver a «mamá» más joven, con unos vestidos que se habían estropeado de tanto usarlos, llevados tanto tiempo que parecían inseparables de su persona; la volvía a ver en mil circunstancias olvidadas: expresiones desvanecidas, sus gestos, sus entonaciones, sus costumbres, sus manías, sus momentos de ira, las arrugas de su rostro, los movimientos de sus dedos enjutos, todas las actitudes familiares que no tendría más.

Se puso a gemir, agarrándose al *doctor*. Las fláccidas piernas le temblaban, todo su grueso cuerpo se veía sacudido por los sollozos y balbuceaba:

—¡Mi mamá, mi pobre mamá, mi pobre mamá!

Pero su compañero, todavía ebrio y deseoso de terminar la velada en los lugares que frecuentaba a escondidas, se impacientó por aquella aguda crisis de dolor, le hizo sentarse en la hierba de la orilla y casi enseguida le dejó con la excusa de ir a ver a un enfermo.

Caravan lloró largo rato; luego, cuando no le quedaron ya lágrimas, cuando su sufrimiento, por así decir, se hubo agotado, sintió de nuevo un alivio, un descanso, una tranquilidad repentina.

Había asomado la luna y bañaba el horizonte con su plácida luz. Los altos álamos se erguían con reflejos de plata y, en la llanura, la niebla se hubiera dicho nieve flotante; y el río, no surcado ya por las estrellas que nadaban en él, parecía cubierto de nácar y fluía, rizado por brillantes temblores. El aire era suave y olorosa la brisa. Una especie de abandono embargaba el sueño de la tierra, y Caravan bebía esta dulzura de la noche; respiraba hondo, teniendo la sensación de que un frescor, una paz, un sosiego sobrehumano penetraba hasta la raíz de sus miembros.

Sin embargo, se resistía a aquel bienestar que le invadía, repitiéndose: «Mamá, mi pobre mamá», esforzándose en llorar por una especie de sentido del deber de persona de bien; pero ya no lo conseguía; y ya no despertaban ninguna tristeza en él los pensamientos que poco antes le habían provocado tan grandes sollozos.

Entonces se levantó para volver a casa y empezó a caminar a pequeños pasos, envuelto por la calma indiferencia de la naturaleza serena, y el corazón aplacado a su pesar.

Al llegar al puente, vio el farol del último tranvía a punto de arrancar y, detrás, los escaparates iluminados del Café du Globe.

Entonces sintió la necesidad de contarle a alguien la catástrofe, de despertar conmiseración, de hacerse el interesante. Puso cara de lástima, empujó la puerta del café y fue hacia el mostrador donde el dueño destacaba como siempre. Esperaba producir un efecto, que todo el mundo se levantaría, irían a su encuentro dándole la mano: «¿Qué le ha pasado?». Pero nadie reparó en la desolación de su semblante. Entonces se acodó en el mostrador y, cogiéndose la frente entre las manos, susurró:

—¡Dios mío, Dios mío!

El dueño le miró:

—¿Se siente usted mal, señor Caravan?

Él respondió:

—No, querido amigo; pero acaba de fallecer mi madre.

El otro dejó caer un «¡Ah!» distraído; y como en ese momento un parroquiano pedía en voz alta desde el fondo de la sala: «¡Otra cerveza, por favor!», respondió enseguida con voz tonante: «¡Enseguida, marchando!», y corrió a servirle, dejando a Caravan atónito.

En la misma mesa de antes los tres apasionados del dominó seguían, absortos e inmóviles, jugando. Caravan se les acercó, en busca de compasión. Dado que parecía que no reparaban en su presencia, se decidió a hablar él.

—Desde que nos vimos —dijo—, me ha ocurrido una gran desgracia.

Apenas si levantaron la cabeza los tres al mismo tiempo, pero siempre con un ojo en el juego que tenían entre manos.

—¿Qué ha pasado?

—Ha fallecido mi madre.

Uno de ellos murmuró un «¡ah, diablos!» con ese tono falsamente apesadumbrado de los indiferentes. Otro, no sabiendo qué decir, meneó la cabeza emitiendo una especie de silbido de tristeza. El tercero volvió a ponerse a jugar, como si hubiera pensado: «¿Eso es todo?».

Caravan esperaba una de esas frases que se dicen «salidas del corazón». Viéndose acogido de ese modo, se marchó, indignado por la indiferencia ante el dolor de un amigo, aun cuando ese dolor, en ese momento, se había adormecido tanto que casi ya no lo sentía.

Salió.

Su mujer le esperaba en camisón, sentada en una silla baja junto a la ventana abierta, sin dejar de pensar en la herencia.

—Quítate la ropa —le dijo—, hablaremos cuando estemos en la cama.

Él levantó la cabeza e, indicando el techo con la mirada, dijo:

—Pero… arriba… no hay nadie.

—Disculpa, está con ella Rosalie y tú irás a sustituirla a las tres, después de que hayas echado una cabezadita.

Se quedó, no obstante, en paños menores para estar listo para cualquier eventualidad, se anudó un pañuelo en la cabeza y se reunió con su mujer, que se había metido en la cama.

Permanecieron un rato sentados uno al lado del otro. Ella pensaba.

Incluso a esas horas, su tocado estaba adornado con un lazo rosa y algo ladeado sobre una oreja, como por una invencible costumbre de todas las cofias que llevaba.

De improviso, volviendo la cabeza hacia él, dijo:

—¿Sabes si tu madre ha hecho testamento?

Él dudó:

—Yo…, yo… no creo… No, sin duda, no lo ha hecho.

La señora Caravan miró a su marido a los ojos, y, en voz baja y rabiosa, añadió:

—Pues es una indignidad, ¿sabes? ¡Porque llevamos diez años desviviéndonos por cuidarla y dándole casa y sustento! ¡No hubiera hecho tanto tu hermana por ella, y tampoco yo de haber sabido que iba a recibir semejante recompensa! Sí, es una vergüenza para su memoria. Me dirás que nos paga el hospedaje; es cierto, pero los cuidados de los hijos no se pagan con dinero; deben reconocerse en el testamento, tras la muerte. Eso es lo que hace la gente como Dios manda. ¡Así me veo pagada por todos mis esfuerzos y desvelos! ¡Ah, buena la he hecho, buena la he hecho!

Caravan, desconcertado, repetía:

—Querida, querida, te lo ruego, te lo suplico.

Al final ella se calmó y prosiguió, con su tono acostumbrado:

—Mañana por la mañana habrá que avisar a tu hermana.

Él se sobresaltó:

—Es cierto, no había pensado en ello; le mandaré un telegrama apenas se haga de día.

Pero ella le interrumpió, como persona que ha pensado en todo:

—No, mándaselo entre las diez y las once, así tendremos tiempo de respirar antes de que llegue. De Charenton hasta aquí habrá como mucho dos horas. Diremos que perdiste la cabeza. ¡Mandándole aviso por la mañana no nos comprometemos!

Pero Caravan se dio un cachete en la frente y, con el tono tímido que siempre tenía hablando de su superior, que le hacía temblar sólo de pensar en él, dijo:

—Tengo que avisar también en el Ministerio.

Ella repuso:

—¿Avisar para qué? En casos semejantes siempre es excusable un olvido. No avises, hazme caso; tu jefe no podrá decir nada y le pondrás en un buen aprieto.

—Sí, sí —dijo él—, se pondrá furioso si no me ve llegar. Tienes razón, es una magnífica idea. Cuando le diga que ha fallecido mi madre, tendrá que callarse la boca.

Y el empleado, encantado de la broma, se frotaba las manos pensando en la cara que pondría su jefe, mientras arriba el cuerpo de la anciana yacía junto a la criada dormida.

La señora Caravan parecía inquieta, como obsesionada por una preocupación difícil de expresar. Finalmente se decidió:

—¿No te había regalado tu madre su reloj de pared, ese con la muchacha y el boliche?[2]

Él hizo memoria y respondió:

—Sí, sí, me dijo, aunque hace ya mucho de ello, cuando vino a quedarse con nosotros, me dijo: «El reloj de pared será para ti, si me cuidas como es debido».

La señora Caravan se serenó, ya más tranquila:

—Pues entonces habrá que ir a buscarlo, porque si viene tu hermana nos lo impedirá.

Él vacilaba:

—¿Tú crees?

Ella se puso rabiosa:

—Claro que lo creo: si está en nuestra casa, nos pertenece a nosotros. Y lo mismo ocurre con la cómoda de su habitación, la que tiene el tablero de mármol; me la regaló un día que estaba de buenas. La bajaremos junto con el reloj.

Caravan parecía incrédulo:

—¡Pero, querida, es una gran responsabilidad!

Ella se volvió hacia él, furiosa:

—¡Ah!, ¿de veras? ¡Nunca cambiarás! Dejarías morir de hambre a tus hijos antes que mover un dedo. Esa cómoda, en vista de que me la regaló, es nuestra, ¿no crees?

¡Y si a tu hermana no le parece bien, que venga a decírmelo a mí! Mucho me importa lo que diga tu hermana. Vamos, levántate, que nos llevaremos enseguida lo que tu madre nos dio.

Tembloroso y derrotado, salió de la cama, y, cuando hizo ademán de ponerse los pantalones, ella se lo impidió:

—No vale la pena que te vistas, vamos, quédate en calzón, estás bien así; yo iré tal como voy.

Y los dos salieron, en paños menores, subieron la escalera sin hacer ruido, abrieron la puerta con precaución y entraron en el cuarto donde las cuatro velas encendidas en torno al platillo con el boj bendecido parecían ser las únicas en velar a la anciana en su rígido descanso; pues Rosalie, arrellanada en el sillón con las piernas extendidas, las manos cruzadas sobre la falda, la cabeza reclinada hacia un lado, también inmóvil y boquiabierta, dormía con un leve ronquido.

Caravan cogió el reloj. Era uno de esos objetos grotescos, como ha producido tantos el arte Imperio. Una jovencita de bronce sobredorado, con la cabeza adornada con varias flores, sostenía en una mano un boliche, cuya bola hacía de péndola.

—Dámelo a mí —dijo su mujer— y tú coge el tablero de mármol de la cómoda.

Él obedeció resoplando, y con un gran esfuerzo cargó con el mármol.

Salieron. Caravan tuvo que agacharse al pasar por la puerta y comenzó a bajar haciendo temblar la escalera, mientras su mujer, andando de espaldas, le alumbraba con una mano, al tener el péndulo debajo del otro brazo.

Una vez dentro de su casa, ella soltó un gran suspiro:

—Lo peor está hecho —dijo—. Ahora vamos a por el resto.

Pero los cajones de la cómoda estaban repletos de trapos viejos de la anciana: había, pues, que esconderlos en algún sitio.

La señora Caravan tuvo una idea:

—Vamos, ve a por el arcón que hay en el vestíbulo; es de pino y no vale ni cuatro chavos, se puede poner allí.

Y cuando hubo llegado el arcón, comenzaron el traslado.

Sacaron, uno tras otro, los manguitos, los cuellos de encaje, las camisas, los gorros, todos los pobres trapos viejos de la buena mujer allí tendida, detrás de ellos, y los disponían metódicamente dentro del arcón de manera que engañase a la señora Braux, a la hija de la difunta, que vendría a la mañana siguiente.

Terminado esto, bajaron primero los cajones, y luego el cuerpo del mueble agarrándolo cada uno de un extremo del mismo; y durante un buen rato los dos buscaron el lugar donde quedaría mejor. Se decidieron por la habitación, enfrente de la cama, entre las dos ventanas.

Una vez la cómoda en su sitio, la señora Caravan la llenó con su propia ropa interior. El reloj fue a parar a la repisa de la chimenea de la sala; y la pareja se puso a

contemplar el efecto que hacía. Enseguida quedaron muy satisfechos.

—Queda muy bien, la verdad.

Él respondió:

—Sí, muy bien.

Y entonces se fueron a la cama. Ella apagó de un soplo la vela; y no tardaron todos en dormir en los dos pisos de la casa.

Era ya pleno día cuando Caravan volvió a abrir los ojos. Se despertó con una gran confusión mental, y necesitó varios minutos antes de acordarse de lo sucedido. El recuerdo le produjo un gran impacto en el pecho; y saltó de la cama, muy emocionado de nuevo, al borde de las lágrimas.

Subió a toda prisa a la habitación de arriba, donde Rosalie seguía durmiendo, en la misma postura de la víspera, sin despertarse en toda la noche. La mandó a sus labores, sustituyó las velas que se habían consumido y observó a su madre, mientras rumiaba esos aparentes pensamientos profundos, esas banalidades religiosas y filosóficas que atormentan los intelectos mediocres frente a la muerte.

Pero, como su mujer le llamaba, bajó. Había preparado una lista de lo que había que hacer aquella mañana y se la alargó, espantándole.

Leyó:

1. Informar al Ayuntamiento.
2. Llamar al médico forense.
3. Encargar el ataúd.
4. Pasarse por la iglesia.
5. Por las pompas fúnebres.
6. Por la imprenta para las esquelas.
7. Por el notario.
8. Por telégrafos para avisar a la familia.

Amén de un montón de pequeños encargos. Cogió el sombrero y salió.

Había corrido la noticia y las vecinas comenzaban a llegar pidiendo ver a la difunta.

A este respecto, había tenido lugar en la peluquería de la planta baja una escena entre marido y mujer, mientras aquél estaba afeitando a un cliente.

La mujer, que hacía calceta, murmuró: «Una menos, pero ésta era una avara como hay pocas. Aunque es cierto que no me caía simpática, tendré que ir a verla igualmente».

El marido rezongó, mientras seguía enjabonando la barbilla del cliente: «¡Qué ocurrencias! ¡Hay que ser mujer para eso! No les basta con fastidiarte en vida, ni aun después de muertas te dejan tranquilo». Su mujer, sin inmutarse, continuó: «Es algo que me supera, pero no puedo dejar de ir. Llevo dándole vueltas toda la mañana. Si no fuera a verla, creo que no podría dejar de pensar en ella en toda mi vida. Pero una vez que la haya observado bien para quedarme con su cara, me daré por satisfecha».

El hombre con la navaja se encogió de hombros y le confesó al cliente cuya mejilla rasuraba: «¡Para que vea usted las ideas que se les ocurren a estas condenadas mujeres! ¡A mí no me hace ninguna gracia ver un muerto!». Pero como su mujer le había oído, sin inmutarse, le respondió: «Las cosas son así, son así». Y, tras dejar la calceta sobre la caja, subió al primer piso.

Habían llegado otras dos vecinas y estaban hablando de lo sucedido con la señora Caravan, la cual suministraba todos los detalles.

Se dirigieron hacia la cámara mortuoria. Las cuatro mujeres entraron de puntillas, una tras otra asperjaron la sábana con el agua salada, se arrodillaron, se santiguaron murmurando una oración, por último se incorporaron y, con los ojos desorbitados y la boca abierta, observaron largamente el cadáver, mientras la nuera de la muerta se ponía un pañuelo sobre el rostro para simular un sollozo desesperado.

Cuando se volvió para salir, vio a Marie-Louise y a Philippe-Auguste de pie cerca de la muerta, ambos en camisa de noche, que miraban llenos de curiosidad. Entonces olvidó su fingido dolor y cayó sobre ellos con la mano levantada, exclamando rabiosa:

—¡Fuera de aquí, sinvergüenzas!

Volvió a subir diez minutos después con otra hornada de vecinas y, tras haber vuelto a sacudir el boj sobre la cama de la suegra y haber rezado, lagrimeado y cumplido con todos sus deberes, al darse la vuelta vio de nuevo a sus dos hijos, que habían regresado detrás de ella. Les dio un capón por deber de conciencia; pero la vez siguiente no se preocupó más de ellos; y, a cada nuevo grupo de visitantes, los dos críos iban detrás, arrodillándose también en un rincón y repitiendo invariablemente todo cuanto veían hacer a su madre.

A primera hora de la tarde, la afluencia de curiosos disminuyó. Pronto no vino ya nadie. La señora Caravan, vuelta abajo, se ocupaba de preparar la ceremonia fúnebre; y la muerta se quedó sola.

La ventana del aposento estaba abierta. Entraba un tórrido calor con nubes de polvo; las llamas de las cuatro velas se agitaban junto al cuerpo inmóvil; y sobre la sábana, sobre la cara con los ojos cerrados, sobre las dos manos extendidas, unas pequeñas moscas trepaban, iban y venían, se paseaban sin cesar, visitaban a la anciana, esperando su hora próxima.

Marie-Louise y Philippe-Auguste se habían ido a zanganear por la avenida. No tardaron en verse rodeados de compañeros, niñas sobre todo, más despiertas y predispuestas a presentir los misterios de la vida. Hacían preguntas como las personas mayores: «¿Ha muerto tu abuela?». «Sí, ayer por la noche.» «¿Y cómo es un muerto?» Entonces, Marie-Louise daba explicaciones, describía las velas, el boj, el semblante. Se despertó en todos los chicos una gran curiosidad, y pidieron subir también ellos a donde estaba la difunta.

Enseguida Marie-Louise organizó una primera expedición, cinco chicas y dos chicos: los mayores, los más valientes. Les obligó a quitarse los zapatos para que no les descubrieran: el grupo penetró en la casa y subió ligero como un ejército de ratones.

Una vez en el cuarto, la chiquilla, imitando a su madre, dispuso el ceremonial. Guió solemnemente a sus compañeros, se arrodilló, se santiguó, movió los labios, se incorporó, asperjó el lecho y, mientras los niños, en apretado grupo, se acercaban entre espantados, llenos de curiosidad y extasiados, para contemplar el rostro y las manos, ella fingió de repente sollozar, cubriéndose los ojos con el pañuelito. No tardó en consolarse pensando en los que aguardaban en la puerta, y se llevó a la carrera a los visitantes, trayendo enseguida a otro grupo y luego a un tercero, dado que todos los golfillos del lugar, y hasta los pequeños mendigos harapientos, acudían a disfrutar de la nueva diversión; y ella volvía a hacer cada vez, con absoluta perfección, las fingidas muecas maternas.

A la larga, se cansó. Otro juego llevó a otra parte a los niños; y la anciana abuela se quedó sola, completamente olvidada por todos.

Las sombras invadieron la habitación, y en su rostro seco y arrugado las trémulas llamitas de las velas hacían bailar unos claros destellos.

Hacia las ocho, subió Caravan, cerró la ventana y cambió las velas. Entraba ahora ya tranquilamente, acostumbrado a ver el cadáver, como si llevara allí meses. Constató incluso que no aparecía aún signo alguno de descomposición y se lo hizo notar a su mujer cuando se sentaron a la mesa para la cena. Ella respondió:

—Ya lo creo: es de madera; se conservaría así durante un año entero.

Se tomaron las sopas sin pronunciar palabra. Los niños, dejados libres durante todo el día, extenuados de cansancio, dormitaban en sus sillas y todos estaban en silencio.

De repente la claridad del quinqué disminuyó.

La señora Caravan se apresuró a girar la llave para subir la mecha; pero el aparato emitió un ruido cavernoso, como de quien carraspea, y la luz se apagó. ¡Se habían olvidado de comprar aceite! Ir a la droguería retrasaría la cena: buscaron unas velas, pero habían quedado tan sólo las encendidas arriba, sobre la mesilla de noche.

La señora Caravan, rápida en sus decisiones, mandó enseguida a Marie-Louise a coger dos; y la esperaron en la oscuridad.

Se oían claramente los pasos de la chiquilla que subía la escalera. A continuación se produjo un silencio de unos segundos; luego la niña bajó precipitadamente. Abrió la puerta, aterrada, más trastornada aún que la víspera al anunciar la catástrofe, y murmuró, sin aliento:

—¡Oh, papá, la abuela se está vistiendo!

Caravan se alzó con tal sobresalto que mandó su silla contra la pared. Balbució:

—Pero ¿qué dices? ¿Qué estás diciendo?

Marie-Louise, estrangulada por la emoción, repitió:

—Que la abuela…, la abuela se está vistiendo…, está a punto de bajar.

Él se lanzó escaleras arriba como un loco, seguido por su estupefacta mujer; pero se detuvo delante de la puerta del segundo piso, temblando del miedo, sin valor para entrar. ¿Qué iba a ver? La señora Caravan, más atrevida, giró el pomo y entró en la habitación.

La estancia parecía más oscura; y, en medio, se movía una gran forma enjuta. Era la anciana, de pie: al despertarse del sueño letárgico, antes incluso de recobrar plenamente el conocimiento, volviéndose de lado e incorporándose sobre un codo, había apagado tres de las cuatro velas que ardían junto al lecho fúnebre. Luego, recobrando fuerzas, se había puesto en pie para buscar su ropa. Primero la desaparición de su cómoda la había dejado desconcertada, luego había encontrado su ropa dentro del arcón de madera y se había vestido tan tranquila. Tras haber derramado el agua del platito y haber devuelto el boj detrás del espejo y las sillas a su sitio, se disponía a bajar, cuando aparecieron ante ella su hijo y su nuera.

Caravan se lanzó hacia delante, le cogió las manos, la besó con lágrimas en los ojos, mientras detrás de él su mujer repetía con tono hipócrita:

—¡Qué suerte, oh!, ¡qué suerte!

Pero la anciana, sin conmoverse ni dar muestras siquiera de comprender, rígida como una estatua, con la mirada gélida, se limitó a decir:

—¿Está lista la cena?

Él balbució, fuera de sí:

—Claro, mamá, te estábamos esperando.

Y, con insólita solicitud, la cogió del bracete, mientras la señora Caravan joven, vela en mano, les alumbraba por la escalera, bajando delante de ellos, andando de espaldas, escalón tras escalón, como había hecho esa misma noche delante del marido que llevaba el tablero de mármol.

A punto estuvo en el primer piso de chocar con las personas que subían. Eran su familia de Charenton: la señora Braux seguida de su marido.

La mujer, alta y gorda, con una barriga de hidrópica que le desplazaba el busto hacia atrás, puso unos ojos como platos, dispuesta a escapar. Su marido, un zapatero socialista, un hombrecillo velludo hasta la nariz, una especie de simio, murmuró sin emoción:

—¿Y ahora qué? ¿Ha resucitado?

En cuanto la señora Caravan les hubo reconocido, hizo signos desesperados; luego, en voz alta, dijo:

—¡Vaya, habéis venido, qué grata sorpresa!

La señora Braux, patidifusa, no entendía nada; y respondió a media voz:

—Hemos venido por el telegrama; creíamos que había fallecido.

Su marido, detrás de ella, le daba pellizcos para hacerla callar. Luego dijo con una sonrisa maliciosa disimulada por la poblada barba:

—Ha sido muy amable por vuestra parte habernos invitado; hemos venido enseguida —en alusión a la hostilidad que reinaba desde hacía tiempo entre las dos familias.

Luego, mientras la anciana llegaba a los últimos escalones, fue presta a su encuentro, le frotó contra las mejillas el pelo que le cubría el rostro y le gritó al oído, a causa de su sordera:

—¿Cómo va, mamá? Usted siempre tan fuerte, ¿eh?

La señora Braux, asombrada de encontrar viva y coleando a la que esperaba ver muerta, no osaba siquiera abrazarla, y su vientre enorme obstruía todo el rellano, impidiendo a los otros avanzar.

La anciana, inquieta y suspicaz, pero sin abrir la boca en ningún momento, miraba a toda aquella gente que la rodeaba, y sus ojillos grises, duros y escrutadores, miraban fijamente ya a éste, ya a aquél, llenos de visibles pensamientos que incomodaban a sus hijos.

Para dar una explicación, Caravan dijo:

—Se ha sentido un poco indispuesta, pero ahora se encuentra muy bien, muy bien, ¿verdad, mamá?

Entonces la buena de la mujer, echando a andar, respondió con su voz cascada y que parecía venir de lejos:

—Ha sido un síncope; oía todo lo que decíais.

Siguió un silencio embarazoso. Entraron en el comedor y se sentaron delante de una cena improvisada en pocos minutos.

Sólo el señor Braux había conservado su aplomo. Su cara de gorila malo era una pura mueca; y soltaba frases de doble sentido que incomodaban a todos.

El timbre de la entrada sonaba a cada momento; y Rosalie, azoradísima, iba a buscar a Caravan, que se levantaba arrojando la servilleta. Su cuñado le preguntó incluso si era aquél el día que recibían. Él balbució:

—No, nada, simples recados.

Llegó un paquete y lo abrió atolondradamente: aparecieron las esquelas de defunción, enmarcadas de negro. Entonces, enrojeciendo hasta las cejas, cerró el envoltorio y se lo metió dentro del chaleco.

Su madre no lo había visto; miraba obstinadamente su péndulo cuyo boliche dorado se balanceaba sobre la chimenea. Y la incomodidad fue en aumento en medio de un silencio glacial.

Entonces la anciana, volviendo hacia su hija su cara arrugada de bruja, dijo, con un destello de malicia en la mirada:

—El lunes tráeme a tu pequeña, me gustaría verla.

La señora Braux, con el rostro radiante, exclamó:

—Sí, mamá —mientras la señora Caravan joven palidecía y se sentía desfallecer de la angustia.

Mientras tanto los hombres, poco a poco, comenzaron a charlar; y, casi sin motivo, entablaron una discusión de política. Braux, que profesaba doctrinas revolucionarias y comunistas, se agitaba, con los ojos encendidos en su peludo rostro, gritando:

—¡La propiedad, señor mío, es un robo al obrero; la tierra pertenece a todo el mundo; la herencia es una infamia y una vergüenza…!

Pero se detuvo bruscamente, confuso como un hombre que acaba de decir una sandez; luego, en un tono más suave, añadió:

—Pero no es momento éste de discutir de estas cosas.

La puerta se abrió; apareció el *doctor* Chenet. Durante un instante pareció espantado, pero se recobró enseguida y, acercándose a la anciana, dijo:

—Ah, la mamá está hoy bien. Me lo temía, ¿saben? Justo cuando subía las escaleras, pensaba: «Apuesto algo a que la abuela está de pie. —Y dándole una palmadita en la espalda, añadió—: Está fuerte como el Pont-Neuf; nos enterrará a todos, ya verán».

Se sentó, aceptó el café que le ofrecían y se inmiscuyó enseguida en la conversación entre los dos hombres, apoyando a Braux, porque también él había tomado parte en la Comuna.

La anciana, sintiéndose cansada, quiso retirarse. Caravan acudió presuroso. Entonces ella le clavó los ojos en la cara y le dijo:

—En cuanto a ti, devuélveme enseguida la cómoda y el reloj.

Y mientras él balbuceaba: «Sí, mamá», la anciana se apoyó en el brazo de su hija y desapareció con ella.

Los dos Caravan estaban espantados, mudos, hundidos en un terrible desastre, mientras que Braux se frotaba las manos tomando a sorbitos el café.

De repente la señora Caravan, enloquecida de ira, se arrojó sobre él, aullando:

—Es usted un ladrón, un bribón, un canalla… Le escupo a la cara, le…, le…

No encontraba las palabras, se sofocaba; pero él reía mientras seguía bebiendo.

En ese momento bajó su mujer y se lanzó hacia su cuñada; ambas, la una enorme con su barrigón amenazante, la otra epiléptica y flaca, con la voz alterada, las manos temblorosas, se vomitaron torrentes de injurias.

Chenet y Braux se interpusieron y este último, aferrando a su media naranja por los hombros, la empujó hacia fuera gritando:

—¡Vamos, so burra, que rebuznas demasiado!

Se les oyó pelearse en la calle mientras se alejaban.

El señor Chenet se despidió.

Los Caravan se quedaron cara a cara.

Entonces el hombre se dejó caer sobre una silla con un sudor frío en las sienes y murmuró:

—¿Qué voy a decirle a mi jefe?

HISTORIA DE UNA MOZA DE HACIENDA*

I

Hacía tan buen tiempo que la gente de la alquería había comido más deprisa que de costumbre para volver a los campos.

Rose, la moza de servicio, se quedó sola en la espaciosa cocina, donde un rescoldo se estaba apagando en el hogar, bajo el caldero lleno de agua caliente. De vez en cuando sacaba una poca y fregaba sin prisas la vajilla, interrumpiéndose para mirar los dos recuadros luminosos que el sol, a través de la ventana, proyectaba sobre la larga mesa, en los que se veían las imperfecciones de los cristales.

Tres osadísimas gallinas buscaban migas por debajo de las sillas. Olores a corral, un tibio tufo a establo entraban por la puerta entreabierta; y en el silencio del calurosísimo mediodía se oía cantar a los gallos.

Terminadas las tareas domésticas, y tras haber secado la mesa, limpiado la chimenea y guardado los platos en el alto aparador del fondo, próximo al reloj de madera de sonoro tictac, la muchacha respiró, algo aturdida, un poco acongojada sin saber por qué. Miró las paredes renegridas de arcilla, las vigas tiznadas del techo del que colgaban telarañas, arenques ahumados y ristras de cebollas; luego se sentó, molesta por los rancios olores que el calor del día hacía emanar del suelo de tierra batida donde se habían secado tantas cosas derramadas a lo largo de los años. Mezclábase con ello también el olor acre de la leche que formaba nata al fresco en el cuarto de al lado. Quiso ponerse a coser como solía, pero le faltaron las fuerzas y salió a la puerta a que le diera el aire.

Entonces, acariciada por la luz ardiente, sintió el corazón transido de dulzura, los miembros invadidos de una sensación de bienestar.

Delante de la puerta, el estiércol exhalaba de continuo un ligero vaho reverberante. Las gallinas se revolcaban encima, tumbadas de costado, escarbando un poco con una sola pata para encontrar algún gusano. En medio de ellas se erguía el gallo, soberbio. De tanto en tanto elegía una y daba vueltas en torno a ella con un leve cloqueo de reclamo. La gallina se alzaba con desgana y lo recibía tranquila, doblando las patas y sosteniéndolo sobre las alas; luego se sacudía el plumaje del que salía

polvo, y volvía a echarse sobre el estiércol, mientras el gallo cantaba, enumerando sus triunfos; y desde todos los corrales los otros gallos le respondían, casi lanzándose desafíos amorosos de una alquería a otra.

La criada los miraba sin pensar; luego alzó los ojos y quedó deslumbrada por el fulgor de los manzanos en flor, blancos como cabezas empolvadas.

De repente un potrillo, loco de alegría, pasó por delante de ella al galope. Dio dos vueltas alrededor de las regueras arboladas, se detuvo a continuación de golpe y volvió la cabeza, como si se asombrara de estar solo.

También ella sentía grandes ganas de correr, una necesidad de moverse y al mismo tiempo de tumbarse, de estirar los miembros, de descansar en el aire inmóvil y caluroso. Dio unos pasos, indecisa, con los ojos cerrados, embargada de un bienestar animal; luego se fue sin prisas a buscar los huevos al gallinero. Había trece, los cogió y se los llevó. Tras guardarlos en el aparador, los olores de la cocina la molestaron de nuevo, así que salió para ir a sentarse en la hierba un rato.

El corral de la alquería, cerrado por los árboles, parecía sumido en el sueño. La alta hierba, donde las flores amarillas de los dientes de león resplandecían como luces, era de un verde intenso, un verde novísimo de primavera. La sombra de los manzanos se concentraba en torno a sus pies; y las techumbres de paja trillada de los edificios, en cuyo alto despuntaban unos lirios de hojas lanceoladas, humeaban un poco, como si la humedad de las cuadras y de los graneros se hubiera filtrado a través de la paja.

La sirvienta se acercó al cobertizo donde se guardaban los carretones y los vehículos. Había allí, delante de la vaguada, un gran hoyo verde lleno de violetas que expandían su olor y, más allá del ribazo, se veían la campiña, un vasto llano donde crecían las mieses, con pequeñas arboledas diseminadas y, de vez en cuando, en lontananza, pequeños grupos de labradores, diminutos como muñequitas, caballos blancos como de juguete, que tiraban de un arado de niño, guiado por un hombrecito de un dedo de alto.

Fue a coger una gavilla de paja al granero y la echó dentro del hoyo para sentarse encima; pero no estaba cómoda, por lo que la desató, esparció la paja y se tumbó boca arriba, con los brazos bajo la cabeza y las piernas extendidas.

Cerró los ojos lentamente, amodorrada en un delicioso abandono. Estaba a punto de dormirse cuando sintió que dos manos le cogían los pechos y se incorporó de golpe. Era Jacques, el mozo de labranza, un picardo alto y bien plantado, que la cortejaba desde hacía un tiempo. Aquel día trabajaba en el aprisco y, habiéndola visto tumbarse a la sombra, llegó a la chita callando, conteniendo la respiración, con los ojos brillantes y alguna que otra brizna de paja en el pelo.

Intentó besarla, pero la muchacha, robusta como él, le dio una bofetada, y él, taimado, suplicó clemencia. Entonces se sentaron uno al lado del otro y se pusieron a

charlar amistosamente. Hablaron del tiempo, favorable para la cosecha, de la añada, que se anunciaba buena, del amo, un buen hombre, luego del vecindario, de todo el pueblo, de ellos mismos, de su aldea, de su juventud, de sus recuerdos, de sus padres a los que habían dejado por mucho tiempo, quizá para siempre. Ella se emocionaba ante aquellos pensamientos, y él, con su idea fija en la cabeza, se iba acercando, se rozaba contra ella estremecido, lleno de deseo. Ella decía:

—Hace mucho que no veo a mi madre; es muy duro estar separadas tanto tiempo.

Y su mirada perdida miraba a lo lejos, a través del espacio, hasta el pueblo que había dejado allí, en el Norte.

De improviso, él la cogió por el cuello y la besó de nuevo; pero ella le golpeó tan fuerte con el puño cerrado en pleno rostro que le hizo sangrar la nariz. Él se levantó y fue a apoyar la cabeza en el tronco de un árbol; ella se compadeció y, acercándose, le preguntó:

—¿Te duele?

Él rompió a reír. No, no era nada; sólo que le había dado justo en pleno rostro. Él susurraba: «¡Condenado demonio!» y la miraba con admiración, presa de un respeto, de un sentimiento nuevo, germen del verdadero amor, por aquella gallarda y recia moza.

Cuando la nariz dejó de sangrarle, él le propuso dar una vuelta, temiéndose, si se quedaban el uno al lado del otro, el duro puñetazo de ella. Pero por propia iniciativa ella le tomó del brazo, como hacen los novios cuando van por la tarde de paseo por la alameda, y le dijo:

—No está bien, Jacques, despreciarme así.

Él protestó. No la despreciaba en absoluto: simplemente estaba enamorado, eso era todo.

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó ella.

Él dudó, luego se puso a mirarla de soslayo mientras ella mantenía la mirada perdida a lo lejos. Tenía las mejillas coloradas y llenas, un pecho generoso que hinchaba la indiana de su blusa, los labios gruesos y frescos, y el escote, muy pronunciado, estaba perlado de gotitas de sudor. Sintió que volvía a dominarle el deseo y le susurró al oído:

—Sí que quiero.

Entonces ella le echó los brazos al cuello y le besó tan largamente que se quedaron ambos sin aliento.

A partir de aquel momento comenzó entre ellos la eterna historia de amor. Bromeaban en los rincones; se citaban al claro de luna, al abrigo de un almiar, y se hacían por debajo de la mesa morados en las piernas con sus zapatones claveteados.

Luego, poco a poco, Jacques pareció cansarse de ella; la evitaba, no le hablaba ya ni buscaba estar a solas con ella. Entonces a ella le entraron dudas y una gran tristeza;

y, al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que estaba encinta.

Primero se quedó consternada, luego la dominó una ira que iba en aumento de día en día, porque no conseguía ya verle, tanto cuidado ponía él en evitarla.

Hasta que finalmente, una noche, mientras todos dormían en la alquería, ella salió sin hacer ruido, en enaguas y descalza, atravesó el patio y llegó hasta la puerta del establo donde Jacques estaba tumbado en el pajar, encima de sus caballos. Al oírla llegar, él fingió roncar; pero ella trepó hasta llegar a su lado y lo zarandeó hasta que él se incorporó.

Cuando se hubo sentado, preguntando: «¿Qué quieres?», le dijo ella entre dientes, temblando de furia:

—¿Que qué quiero? Quiero que te cases conmigo, porque me lo prometiste.

Él se echó a reír y contestó:

—¿De veras? Si hubiera que casarse con todas las chicas con las que se hace algo, apañados íbamos a estar.

Pero ella le agarró por la garganta, le derribó sin que él pudiera librarse de su salvaje apretón y, estrangulándolo, le gritó muy cerca de la cara:

—Estoy embarazada, ¿comprendes? ¡Embarazada!

Él jadeaba, sofocado; y se quedaron los dos inmóviles, mudos en la silenciosa oscuridad tan sólo turbada un poco por el ruido de las quijadas de un caballo que tiraba de la paja del pesebre y la masticaba despacito.

Jacques comprendió que ella era la más fuerte y balbució:

—De acuerdo, me casaré contigo si así están las cosas.

Pero ella ya no creía en sus promesas.

—Enseguida —dijo—, que se publiquen las amonestaciones.

Él contestó:

—Enseguida.

—Júralo por Dios.

Él vaciló unos instantes y luego se decidió:

—Lo juro por Dios.

Entonces ella aflojó los dedos y, sin añadir palabra, se marchó.

Durante unos días no consiguió hablar con él y, dado que el establo estaba ahora cerrado todas las noches con llave, ella no se arriesgaba a armar ruido por temor a un escándalo.

Hasta que, una mañana, vio llegar a la mesa a otro mozo. Le preguntó:

—¿Se ha ido Jacques?

—Sí —dijo el otro—, yo le sustituyo.

Le entró un temblor tan fuerte que ya no conseguía desenganchar el caldero; y cuando todos se fueron al trabajo subió a su cuarto y lloró con el rostro contra la almohada para que no la oyeran.

Durante el día trató de recabar información sin despertar sospechas, pero la obsesionaba tanto el pensamiento de su desgracia que creía ver reír maliciosamente a todas las personas a las que preguntaba. Por lo demás, no pudo enterarse de nada, salvo de que había abandonado definitivamente la región.

II

Comenzó entonces para ella una vida de continuo tormento. Trabajaba como una máquina, sin pensar en lo que hacía, con una idea fija en la cabeza: «¡Si llegaran a enterarse!».

Esta obsesión constante no la dejaba ya razonar, hasta el punto de que no buscaba siquiera la manera de evitar ese escándalo que sentía acercarse cada día más, irreparable y seguro como la muerte.

Todas las mañanas se levantaba mucho antes que los demás y, con una tenacidad encarnizada, trataba de mirar su talle en un trocito de espejo roto que le servía para peinarse, muy ansiosa por saber si no sería aquel el día que se le notaría.

Y, durante la jornada, interrumpía constantemente su trabajo para observar de arriba abajo si el volumen de su vientre no le alzaba excesivamente el delantal.

Pasaban los meses. Ya casi no hablaba y, cuando se le preguntaba alguna cosa, no comprendía, asustada, con la mirada alelada y las manos temblorosas, lo cual le hacía decir al amo:

—¡Pobre hija, qué tonta estás desde hace un tiempo!

En la iglesia, se ocultaba tras una pilastra y ya no tenía el valor de confesarse, por temor al párroco, a quien atribuía el poder sobrehumano de leer en las conciencias.

En la mesa se sentía ahora morir si sus compañeros la miraban, y siempre se imaginaba que era descubierta por el vaquero, un mocetón precoz y taimado que no le quitaba sus ojos relucientes de encima.

Una mañana, el cartero le entregó una carta. Nunca había recibido ni una y se quedó tan trastornada que tuvo que sentarse. ¿Acaso era de él? Pero como no sabía leer se quedó ansiosa y temblando delante de aquel papel emborronado de tinta. Se lo

guardó en el bolsillo, al no atreverse a confiar su secreto a nadie; y a menudo dejaba de trabajar para mirar largamente aquellas líneas uniformemente espaciadas que terminaban en una firma, imaginándose de forma confusa que de pronto comprendería su sentido. Finalmente, sintiéndose enloquecer de impaciencia e inquietud, fue a ver al maestro de escuela, que la hizo sentarse y leyó:

Mi querida hija: La presente es para anunciarte que estoy muy mala; nuestro vecino, el señor Dentu, ha tomado la pluma para decirte que vengas si te es posible.

En nombre de tu queridísima madre,
Césaire Dentu, vicealcalde

Ella no dijo una palabra y se fue; pero apenas estuvo sola, se dejó caer a la vera del camino, con las piernas rotas; y allí se quedó hasta el anochecer.

Cuando volvió a casa, contó su desgracia a su amo, que la dejó irse por el tiempo que fuera menester, prometiendo que mandaría a una jornalera que hiciera sus tareas y que la volvería a tomar a su vuelta.

Su madre agonizaba; murió el mismo día de llegar ella; y, al siguiente, Rose daba a luz a un niño sietemesino, un pequeño esqueleto espantoso, tan escuálido que daba miedo verlo y parecía sufrir continuamente, porque contraía dolorosamente sus pobres manitas, descarnadas como las patas de un cangrejo.

No obstante, vivió.

Ella contó que se había casado, pero que no podía ocuparse del niño, y se lo dejó a unos vecinos que prometieron cuidarlo bien.

Regresó.

Pero entonces, en su corazón atribulado desde hacía tanto tiempo, despuntó, como una aurora, un amor desconocido por aquella criaturita enclenque que había dejado allí; y también aquel amor era un nuevo padecimiento, un padecimiento de cada hora y de cada minuto, porque estaba separada de él.

Sobre todo la martirizaba una loca necesidad de besarle, de estrecharle entre sus brazos, de sentir pegado a su carne el calor de aquel cuerpecito. Por la noche no pegaba ojo; y pensaba en él todo el santo día; y, por la tarde, al terminar su trabajo, se sentaba al amor del fuego, mirándolo fijamente como quien piensa en cosas muy lejanas.

Comenzaron incluso a murmurar sobre ella, a bromear sobre el enamorado que sin duda tenía, a preguntarle si era guapo, si era alto, si era rico, para cuándo la boda, para cuándo el bautismo… A menudo se escondía para llorar a solas, porque aquellas preguntas le traspasaban la carne como agujas.

También para distraerse de aquellos fastidios comenzó a trabajar con furia y, pensando siempre en su hijo, buscó la manera de amasar para él mucho dinero.

Decidió trabajar tanto que tendrían que subirle el sueldo.

Poco a poco acaparó todos los trabajos, hizo despedir a una moza de servicio que se había vuelto inútil desde que ella trabajaba por dos, empezó a ahorrar en el pan, el aceite, las velas, el pienso que se daba a los pollos con demasiada largueza, el forraje de los animales que se malgastaba un poco. Se mostró avara con el dinero del amo como si hubiera sido suyo, y a fuerza de hacer compras ventajosas, de vender caro los productos de la casa y de desbaratar las astucias de los campesinos que venían a ofrecer sus productos, se encargó ella sola de las compras y las ventas, de dirigir el trabajo de los braceros, de llevar las cuentas de las provisiones; y en poco tiempo se volvió indispensable. Ejercía tal vigilancia en torno a ella que, bajo su dirección, la hacienda prosperó de modo prodigioso. A diez leguas a la redonda se hablaba de la «criada del amo Vallin»; y éste decía por todas partes: «Esa muchacha vale más que el oro».

Sin embargo, pasaba el tiempo y su sueldo seguía siendo el mismo. Su trabajo forzado era aceptado como cosa debida por cualquier sirvienta abnegada, simple signo de buena voluntad; se puso a pensar con cierta amargura que, aunque el hacendado ingresaba, gracias a ella, cincuenta o cien escudos más cada mes, ella seguía cobrando sus doscientos cuarenta francos anuales, ni uno más ni uno menos.

Decidió pedir un aumento. Por tres veces fue a ver a su amo, pero, cuando estaba delante de él, hablaba de otra cosa. Sentía una especie de pudor en pedir dinero, como si hubiera sido una acción un tanto vergonzosa. Por fin, un día que el amo estaba comiendo solo en la cocina, le dijo más bien incómoda que quería hablar con él en privado. Asombrado, él alzó la cabeza, con las manos sobre la mesa, una con el cuchillo apuntando al aire, la otra con un pedazo de pan, y le clavó los ojos en la cara. Ella se sintió turbada por aquella mirada y pidió ocho días de permiso para ir a su pueblo, porque no se sentía muy bien.

Él se los concedió al instante y, un tanto turbado a su vez, agregó:

—También yo he de hablar contigo a tu vuelta.

III

El niño estaba a punto de cumplir ocho meses: ella no lo reconoció. Se había puesto sonrosado, mofletudo, regordete, como un fardillo de grasa viviente. Sus deditos, separados por roscas de carne, se movían lentamente con evidente satisfacción. Ella se le arrojó encima como sobre una presa, con un impulso animal, y lo abrazó tan apasionadamente que él se puso a berrear de miedo. Entonces ella también comenzó a llorar porque él no la reconocía y tendía los brazos hacia la nodriza apenas la veía.

A partir del día siguiente, sin embargo, se acostumbró a su cara, y reía al verla. Ella se lo llevaba al campo, corría como una loca sosteniéndole en el extremo de sus manos, se sentaba a la sombra de los árboles; luego, por primera vez en su vida, abrió

su corazón a alguien, por más que no lo comprendiera, contándole sus penas, sus trabajos, sus preocupaciones, sus esperanzas, y fatigándole constantemente con la vehemencia y obstinación de sus caricias.

Sentía una alegría infinita en palparle, en lavarle, en vestirle, era feliz hasta de limpiar sus cacas de niño, como si esos cuidados íntimos representaran una confirmación de su maternidad. Le miraba, siempre asombrada de que fuera suyo, y balaceándolo en sus brazos se repetía en voz baja: «Es mi pequeñín, es mi pequeñín».

Sollozó durante todo el camino de vuelta a la alquería; y apenas acababa de llegar el amo la llamó a su habitación. Ella fue, muy asombrada y turbada sin saber por qué.

—Siéntate aquí —dijo.

Ella así lo hizo y durante unos instantes permanecieron así, el uno al lado del otro, incómodos los dos, con los brazos inertes y entorpecidos, sin mirarse a la cara, como hacen los campesinos.

El hacendado, un hombrón de cuarenta y cinco años, dos veces viudo, jovial y testarudo, sentía una incomodidad evidente, insólita en él. Por fin se decidió y empezó a hablar con tono inseguro, balbuceando un poco y mirando a un punto lejano del campo.

—Rose —dijo—, ¿nunca has pensado en casarte?

Ella palideció como una muerta. Al ver que no respondía, continuó:

—Eres una buena chica, formal, trabajadora y ahorradora. Una mujer como tú haría la fortuna de un hombre.

Ella seguía inmóvil, con la mirada despavorida, sin tratar siquiera de comprender, a tal punto su mente era un hervidero de pensamientos, como ante la proximidad de un gran peligro. Él esperó unos instantes y prosiguió:

—Como puedes ver, una hacienda sin ama no puede tirar adelante, ni siquiera con una sirvienta como tú.

Y se calló, sin saber qué más decir. Rose le miraba con la cara de espanto de quien cree estar delante de un asesino y se prepara para huir a su primer gesto.

Por fin, al cabo de cinco minutos, preguntó:

—¿Qué? ¿Te parece bien?

Ella respondió, como asombrada:

—¿El qué, amo?

Y entonces él, con tono brusco, repuso:

—¡Pues casarte conmigo, diantre!

Ella se puso en pie de golpe, pero volvió a caer en la silla, como rota, quedándose allí sin moverse, como alguien fulminado por una gran desgracia. El amo acabó impacientándose:

—Bueno, ¿qué quieres, entonces?

Ella le miraba, alarmada; de improviso, le asomaron las lágrimas a los ojos y

repitió por dos veces con voz entrecortada:

—¡No puedo, no puedo!

—¿Y por qué? —preguntó el hombre—. Vamos, no seas tonta: te doy tiempo hasta mañana para pensártelo.

Y se apresuró a irse, aliviadísimo de haber puesto fin a aquella petición que tanto le incomodaba y convencido de que al día siguiente la criada aceptaría una propuesta tan inesperada para ella como ventajosa para él, porque de ese modo hacía suya para siempre a una mujer que sin duda le reportaría más beneficios que la mejor dote de la región.

No podía existir, por otra parte, entre ellos ningún escrúpulo en cuanto a la diferencia de posición, ya que en el campo son todos más o menos iguales: el amo trabaja igual que lo hace el mozo, el cual, las más de las veces, se convierte a su vez un día u otro en amo, y las sirvientas constantemente en señoras sin que por ello se produzca cambio alguno en sus vidas o hábitos.

Rose no pegó ojo aquella noche. Cayó sentada en la cama, sin fuerzas siquiera para llorar, tal era su anonadamiento. Permanecía inerte, ya no sentía su cuerpo, y con la mente dispersa, como si se la hubieran desmenuzado con uno de esos instrumentos de que se sirven los cardadores para deshilachar la lana de los colchones.

Sólo por momentos conseguía reunir como briznas de reflexiones y se espantaba ante la sola idea de lo que pudiera suceder.

Sus terrores fueron en aumento y cada vez que en el silencio soñoliento de la casa el gran reloj de la cocina daba lentamente las horas, le venían unos sudores fríos de angustia. Perdía la cabeza, las pesadillas se sucedían, la vela se apagó; entonces comenzó el delirio, ese delirio de persecución de la gente de campo que se cree víctima de un sortilegio, con una necesidad loca de irse, de huir, de correr ante la desgracia como un navío ante la tempestad.

Chilló una lechuza; ella se estremeció, se levantó, se pasó las manos por la cara, entre el pelo, se palpó el cuerpo, como loca; luego, andando como una sonámbula, bajó. Ya en el patio, se arrastró a cuatro patas para no ser vista por algún granuja que anduviera merodeando por allí, pues la luna, a punto de ocultarse, difundía una viva claridad sobre los campos. En vez de abrir la cancela, trepó por el ribazo; luego, cuando estuvo frente a la campiña, partió. Caminaba recto, con paso elástico y apresurado, y de vez en cuando, sin querer, lanzaba un grito agudo. Su sombra desproporcionada, proyectada en el suelo a su lado, corría con ella y un ave nocturna venía a veces a revolotear sobre su cabeza. Los perros, al oírla pasar, ladraban en los patios de las alquerías; uno saltó el foso y la persiguió para morderla, pero ella se volvió contra él gritando de tal modo que el animal, asustado, escapó y fue en silencio a acurrucarse en su caseta y se calló.

A veces una joven camada de lebratillos retozaba por un campo; pero al ver

acercarse a la furiosa corredora, semejante a una Diana en delirio, las temerosas bestias huían en desbandada; los lebratillos y la madre desaparecían agazapados en un surco, mientras el padre brincaba a toda velocidad y a veces su sombra saltarina, con las grandes orejas tiesas, pasaba por encima de la luna en su declinar, que ahora se hundía en el confín del mundo e iluminaba la llanura con su luz oblicua, como un enorme farol posado en tierra en el horizonte.

Las estrellas se desvanecían en el profundo cielo; los pájaros comenzaban a trinar; estaba naciendo el día. La muchacha, extenuada, jadeaba; y, cuando el sol asomó por entre los arreboles de la aurora, se detuvo.

Sus pies hinchados se negaban a andar; pero divisó una charca, una gran charca donde el agua estancada parecía sangre bajo los rojos reflejos del nuevo día y a pasito, cojeando, con la mano en el corazón, fue a sumergir las piernas en ella.

Se sentó sobre una mata de hierba, se quitó los zapatones polvorientos y las medias, y sumergió las lívidas pantorrillas en el agua inmóvil donde a veces rompían pompas de aire.

Un delicioso frescor le subió desde los talones hasta el pecho; y de repente, mientras miraba fijamente la honda charca, le dominó el vértigo, un deseo furioso de sumergirse toda en ella. Allí dentro dejaría de sufrir, dejaría de sufrir para siempre. Ya no pensaba en su hijo; quería la paz, el reposo absoluto, un sueño sin fin. Entonces se levantó, con los brazos en alto, y dio dos pasos hacia delante. Estaba hundiéndose hasta los muslos y a punto de lanzarse, cuando unos pinchazos que le escocían en los tobillos la hicieron dar un salto hacia atrás lanzando un grito desesperado, porque desde las rodillas hasta las puntas de los pies unas largas sanguijuelas negras le chupaban la vida y se hinchaban, adheridas a su carne. No se atrevía a tocarlas y aullaba de horror. Sus alaridos desesperados hicieron acudir a un campesino que pasaba con su carro a lo lejos. Éste arrancó las sanguijuelas una por una, cerró las heridas con hierbas y llevó de regreso a la muchacha en su carreta hasta la alquería de su amo.

Guardó cama durante quince días y la mañana que se levantó, mientras estaba sentada delante de la puerta, el amo llegó de improviso y se plantó delante de ella.

—¿Qué? —dijo—, ¿asunto concluido?

Ella no contestó primero nada, pero dado que él seguía allí de pie, escrutándola con su mirada obstinada, articuló con esfuerzo:

—No, amo, no puedo.

Entonces él montó de súbito en cólera.

—¿Qué quiere decir que no puedes, eh, muchacha? ¿Qué quiere decir?

Ella rompió de nuevo a llorar y repitió:

—No puedo.

Mirándola fijamente, él le gritó a la cara:

—Entonces, ¿tienes un enamorado?

Temblando de vergüenza, ella balbució:

—Puede que lo tenga.

El hombre, rojo como un tomate, farfullaba de ira:

—¡Ah, así que lo confiesas, pelandusca! ¿Y quién es ese pájaro? ¿Un desarrapado, un pelagatos, un harapiento, un muerto de hambre? ¿Quién es?, ¡di!

Y, como ella no respondía nada, agregó:

—¡Ah!, no quieres… Voy a decírtelo yo: ¿es Jean Bandu?

—¡Oh!, no, él no.

—Entonces, ¿es Pierre Martin?

—¡Oh, no! No, amo.

Le iba nombrando a tontas y a locas a todos los mozos del lugar, mientras ella, agobiada, negaba, secándose continuamente las lágrimas con el pico de su delantal azul. Pero él seguía buscando, con su obstinación de bruto, hurgando en ese corazón para conocer su secreto, como un perro de caza hurga en una madriguera todo un día para atrapar al animal que huele en el fondo. De repente el hombre exclamó:

—¡Ah, claro, es Jacques, el mozo del año pasado; todos decían que si hablabais y que os habíais prometido!

Rose se sofocó; una oleada de sangre encendió su rostro, se le agotaron de golpe las lágrimas, secándose en las mejillas como gotas de agua sobre un hierro candente. Exclamó:

—¡No, no es él! ¡No es él!

—¿Estás segura? —preguntó el astuto campesino, que comenzaba a olerse un principio de verdad.

Ella respondió precipitadamente:

—Se lo juro, se lo juro…

Buscaba algo por lo que jurar, sin atreverse a invocar las cosas sagradas. Él la interrumpió:

—Pues te perseguía por todas partes, y en la mesa se te comía con los ojos. Dime, ¿te prometiste con él?

Esta vez ella miró a la cara a su amo:

—No, nunca, y le juro por Dios que, si viniera ahora a pedirme la mano, le rechazaría.

Parecía tan sincera que el amo dudó. Como hablando para su coleto, añadió:

—Pues, ¿entonces? Si te hubiera pasado alguna desgracia se habría sabido. Y, como no ha habido consecuencias, una criada no puede rechazar a su amo sólo por este motivo. Algo tiene que haber detrás de todo esto.

Ella no respondía ya nada, estrangulada por la angustia.

Él preguntó de nuevo:

—¿No quieres?

Ella dijo con un suspiro:

—No puedo, amo.

Y se fue.

Creyó haber dejado zanjado el asunto y pasó el resto del día casi tranquila, pero tan rendida y extenuada como si la hubieran puesto desde el amanecer en el lugar del viejo caballo blanco para trillar el trigo.

Se fue a dormir lo más pronto que pudo y se durmió de inmediato.

A eso de medianoche, la despertaron dos manos que palpaban su cama. Ella se sobresaltó de terror, pero enseguida reconoció la voz del hacendado que le decía:

—No temas, Rose, soy yo que vengo a hablar contigo.

Primero se quedó asombrada; luego, como él trataba de meterse en la cama, comprendió qué quería y empezaron a sacudirla fuertes temblores, sintiéndose sola en la oscuridad, soñolienta aún, y completamente desnuda, junto a aquel hombre que la deseaba. No es que consintiera, ni mucho menos, pero resistía con flaqueza, luchando ella misma contra el instinto que es siempre más poderoso en las naturalezas simples, y escasamente protegida por la voluntad indecisa de los temperamentos inertes y blandos. Volvía la cabeza ya hacia la pared, ya hacia la habitación para evitar el contacto con la boca del amo que buscaba la suya, y su cuerpo se retorcía ligeramente bajo la manta, extenuado por el esfuerzo de la pugna. Él, ebrio de deseo, se volvía brutal. La destapó con un gesto brusco, y ella comprendió que no podía ya resistir. Obedeciendo a un pudor de avestruz, ocultó su rostro entre las manos y no se defendió ya.

El amo pasó la noche con ella. Volvió a la siguiente, y luego cada noche.

Vivieron juntos.

Una mañana le dijo:

—He mandado publicar las amonestaciones, nos casaremos el mes que viene.

Ella no respondió. ¿Qué podía decir? No se opuso. ¿Acaso podía hacer otra cosa?

IV

Se casó con él. Se sentía hundida en un agujero de bordes inaccesibles, del que no podría salir ya nunca, con toda clase de desgracias cerniéndose sobre su cabeza, como grandes pedruscos que caerían a la primera ocasión. Tenía la impresión de haberle robado a su marido y que un día u otro se daría cuenta. Y luego pensaba en su pequeño, causa de todas sus desgracias, pero también de su felicidad en este mundo.

Iba a verle dos veces por año y volvía más triste cada vez.

Sin embargo, con la costumbre, sus aprehensiones se calmaron, su corazón se aplacó y vivía más tranquila, aunque le había quedado en el alma un vago temor.

Pasaron algunos años; el niño estaba a punto de cumplir los seis años. Ahora ella era casi feliz, cuando de pronto el humor del hacendado se ensombreció.

Hacía ya dos o tres años que parecía incubar una inquietud, llevar dentro una preocupación, una enfermedad mental que aumentaba paulatinamente. Tras la cena se demoraba en la mesa, con la cabeza hundida entre las manos y tristísimo, corroído por la pesadumbre. Sus palabras eran más acerbas, a veces brutales; parecía incluso que guardara un secreto rencor contra su mujer porque le respondía en ocasiones con dureza, casi con ira.

Un día que el chiquillo de una vecina había venido a por huevos, y ella le trató un tanto ásperamente, atareada como estaba, apareció de improviso su marido para decirle de malos modos:

—Si fuera tuyo, no le tratarías así.

Ella se quedó sobrecogida, incapaz de responder, entró en casa y volvieron a dominarla todas sus antiguas penas.

En la mesa él no le dirigió la palabra, ni siquiera la miró, y parecía que la detestase, que la despreciase, que por fin supiese algo.

Fuera de sí, ella no tuvo valor de quedarse a solas con él, tras haber comido; escapó y se fue a todo correr hacia la iglesia.

Anochecía; la estrecha nave estaba a oscuras, pero en el silencio resonaban unos pasos, en el fondo, en la parte del coro, donde el sacristán estaba preparando la luz del sagrario para la noche. Aquella trémula llamita, ahogada en las tinieblas de la bóveda, le pareció a Rose como la última esperanza y, clavando la mirada en ella, se postró de rodillas.

La mariposa de luz subió hacia lo alto con un ruido de cadenas. Al poco resonó en el pavimento el paso regular de unos zuecos, seguido del roce de una cuerda colgante, y la endeble campana difundió el *Ángelus* del atardecer entre la creciente bruma. Cuando el hombre se disponía a salir, ella le alcanzó.

—¿Está el señor cura? —preguntó.

Él le respondió:

—Creo que sí, cena siempre a la hora del *Ángelus*.

Entonces, temblando, ella empujó la puerta de la rectoría.

Justo en aquel momento el sacerdote se estaba sentando a la mesa. Inmediatamente la hizo tomar asiento.

—Sé de qué se trata, su marido me ha hablado ya del motivo que la trae aquí.

La pobre mujer se sentía desfallecer. El sacerdote añadió:

—¿Qué quiere hacerle, hija mía?

Engullía rápidamente cucharadas de sopa, algunas de cuyas gotas caían sobre su sotana pringosa y tensa en la panza.

Rose no tenía ya valor de hablar, de implorar, de suplicar; se levantó; el párroco le

dijo:

—Ánimo…

Ella salió.

Volvió a la alquería sin saber lo que se hacía. El amo la esperaba, los braceros se habían ido en su ausencia. Entonces se dejó caer pesadamente a los pies de él y gimió llorando a lágrima viva.

—¿Qué tienes contra mí?

Él se puso a gritar, blasfemando:

—¡Lo que tengo es que no tengo hijos, pardiez! La gente no se casa para quedarse solos los dos hasta el final. Eso es lo que tengo. Cuando una vaca no tiene terneros, quiere decir que no vale para nada. Cuando una mujer no tiene hijos, quiere decir que no vale tampoco para nada.

Ella lloraba y balbuceando repetía:

—¡No es culpa mía, no es culpa mía!

Él se dulcificó un poco y agregó:

—No te culpo a ti, pero no deja de ser de todos modos una contrariedad.

V

A partir de aquel día no tuvo más que un pensamiento: tener un hijo, otro; y confió su deseo a todo el mundo.

Una vecina le aconsejó un remedio: hacerle tomarse todas las noches a su marido un vaso de agua con un pellizco de cenizas. El hacendado accedió a ello, pero sin resultado.

Y se dijeron: «Tal vez haya algún secreto». Y empezaron a preguntar. Se enteraron así de la existencia de un pastor que vivía a diez leguas de allí; y el amo Vallin enganchó un buen día su tílburi y fue a consultarle. El pastor le dio una hogaza en la que hizo unos signos, una hogaza amasada con unas hierbas, de la que debían comer cada uno un bocado por la noche, antes y después de sus cohabitaciones.

Se acabaron toda la hogaza sin conseguir resultado alguno.

Un maestro de escuela les desveló ciertos secretos, prácticas amorosas desconocidas en el campo y, según él, infalibles. Nada.

El párroco aconsejó una peregrinación a la Preciosísima Sangre de Fécamp. Rose fue con la muchedumbre a prosternarse en la abadía; y, mezclando su súplica con los deseos groseros que brotaban de los corazones de todos aquellos campesinos, le pidió a Aquel a quien todos imploraban que la hiciera fecunda una vez más. Fue en vano. Entonces creyó que era un castigo por su primera culpa y se sintió embargada de un inmenso dolor.

El pesar la consumía; también su marido envejecía, «se quemaba la sangre»,

decían, se corroía en inútiles esperanzas.

Estalló la guerra entre ellos. Él la insultaba, le pegaba. No hacía sino discutir todo el santo día con ella y por la noche, en la cama, jadeante y odioso, le lanzaba a la cara ultrajes y obscenidades.

Finalmente, una noche, sin saber ya qué inventar para hacerla sufrir más, le ordenó que se levantara y fuera a esperar el día delante de la puerta, bajo la lluvia. En vista de que no obedecía, la cogió por el cuello y empezó a darle puñetazos en el rostro. Ella no rechistó ni se movió. Él, fuera de sí, le saltó con las rodillas sobre el vientre y, con los dientes apretados, loco de rabia, la empezó a moler a golpes. Entonces ella tuvo un arranque de desesperada rebelión, lo rechazó contra la pared con un gesto furioso e, incorporándose, con voz demudada, silbante, gritó:

—¡Yo tengo un niño, sí, tengo uno! Lo tuve con Jacques; sí, ya sabes, Jacques. Tenía que casarse conmigo, pero se fue.

El hombre, estupefacto, permanecía allí, tan trastornado como ella; balbucía:

—Pero ¿qué dices? ¿Qué dices?

Entonces ella se puso a sollozar y, a través de las lágrimas que brotaban, balbució:

—¡Por eso no quería casarme contigo, por eso! No podía decírtelo porque me hubieras despedido, nos habrías dejado sin pan a mí y a mi pequeño. Tú no tienes hijos, ¡no sabes lo que es, no lo sabes!

En un estupor creciente, él repetía maquinalmente:

—¿Que tú tienes un hijo? ¿Que tienes un hijo?

Entre sollozos, ella dijo:

—Me conseguiste por la fuerza, ¿no te acuerdas? Yo no quería casarme contigo.

Entonces él se levantó, cogió la candela y se puso a pasear por la habitación, con las manos cogidas tras la espalda. Ella seguía llorando, echada en la cama. De repente él se plantó delante de ella:

—¿De modo que sería culpa mía el que no te haya hecho hijos?

Ella no respondió.

Se puso a andar otra vez; luego, deteniéndose de nuevo, preguntó:

—¿Cuántos años tiene tu pequeño?

Ella susurró:

—Cumplirá seis años.

De nuevo preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella gimió:

—¿Acaso podía?

Él permanecía de pie, inmóvil.

—Vamos, levántate —dijo.

Ella se levantó con esfuerzo; luego, cuando estuvo en pie, apoyada en la pared, él

rompió de repente a reír, con su fuerte risotada de los buenos tiempos; y, como ella seguía trastornada, agregó:

—Iremos a buscar a ese pequeño, dado que no hemos tenido uno los dos.

Ella mostró tal espanto que, si hubiera tenido fuerzas para ello, seguramente habría huido. Pero el hacendado se frotaba las manos y murmuraba:

—Quería adoptar uno, y va y lo encuentro, lo encuentro. Le había pedido un huerfanito al párroco.

Luego, sin dejar de reír, besó en las dos mejillas a su mujer desconsolada y pasmada, y exclamó, como si ella no le oyera:

—Vamos, mamá, vamos a ver si queda algo de sopa; a gusto me tomaría toda una olla.

Rose se puso la falda y bajaron; y mientras ella de rodillas volvía a encender el fuego debajo del caldero, él, radiante, seguía andando de un lado para otro de la cocina, repitiendo:

—Ah, sí, la verdad, me alegra mucho; no lo digo por decir, estoy contento, muy contento.

UNA PARTIDA DE CAMPO*

Desde hacía cinco meses habían hecho planes de ir a comer a los alrededores de París, el día del santo de la señora Dufour, de nombre Pétronille. Así que aquella mañana, tras haber esperado esta partida de campo con impaciencia, se habían levantado muy temprano.

El señor Dufour le había pedido prestada la tartana al lechero y la conducía personalmente. Era de dos ruedas, muy presentable, con la capota sostenida por cuatro montantes de hierro de los que colgaban unas cortinillas, que habían sido descorridas para ver el paisaje. La de atrás, suelta, ondeaba al viento a modo de una bandera. La mujer, junto a su esposo, no cabía en sí de gozo dentro de un extraordinario vestido de seda color cereza. Detrás, en dos sillas, iban una anciana abuela y una muchacha. También se veía la melena rubia de un chico que, a falta de asiento, se había tumbado en el fondo, dejando asomar tan sólo la cabeza.

Tras haber seguido la avenida de los Campos Elíseos y cruzado las fortificaciones de la puerta Maillot, se habían puesto a contemplar en derredor.

Al llegar al puente de Neuilly, el señor Dufour había dicho: «¡Por fin estamos en el campo!» y su mujer, a esa señal, se había emocionado deshaciéndose en alabanzas a la naturaleza.

En el cruce de caminos de Courbevoie les llenó de admiración la lejanía del horizonte. A la derecha, a lo lejos, estaba Argenteuil, con su campanario que despuntaba; más arriba, aparecían los cerros de Sannois y el Moulin d’Orgemont. A la izquierda, se dibujaba en el claro cielo de la mañana el acueducto de Marly, y también se descubría, en lontananza, el terraplén de Saint-Germain; mientras que delante, en el extremo de una cadena de colinas, unas tierras removidas indicaban el nuevo fuerte de Cormeilles. Justo al fondo, en la profunda lejanía, por encima de otras llanuras y pueblos, se columbraba un oscuro verdear de bosques.

El sol comenzaba a abrasar los rostros; el polvo llenaba sin cesar los ojos y, a ambos bordes del camino, se extendía una campiña interminablemente desnuda, sucia y maloliente. Se hubiera dicho que una epidemia la había devastado y se había contagiado incluso a las casas, ya que unos esqueletos de construcciones hundidas y abandonadas, o unas casuchas que habían quedado a medio acabar por falta de pago a

los contratistas, proyectaban al cielo sus cuatro paredes destechadas.

De trecho en trecho despuntaban en el estéril suelo altas chimeneas de fábricas, única vegetación de aquellos pútridos campos por los que la brisa primaveral difundía un olor a petróleo y a pizarra, mezclado con otro olor menos agradable aún.

Habían cruzado luego el Sena por segunda vez y, en el puente, se había producido el encantamiento. El río resplandecía de luz; absorbida por el sol, se alzaba del agua una neblina, y se sentía una dulce quietud, un benéfico frescor al respirar por fin un aire más puro, no corrompido por el humo negro de las fábricas o los miasmas de los vertederos.

Un caminante había dicho el nombre del pueblo: Bezons.

La tartana se detuvo y el señor Dufour se puso a leer el incitante letrero de un figón: «Restaurante Poulin, calderetas y frituras, salas de banquetes, cenadores y columpios».

—¿Qué, señora Dufour? ¿Te parece bien éste? ¿Vas a decidirte por fin?

La mujer leyó a su vez: «Restaurante Poulin, calderetas y frituras, salas de banquetes, cenadores y columpios». Luego estuvo largo rato mirando la casa.

Era una posada de campo, blanca, levantada al borde de la carretera. Por la puerta abierta se veía el cinc brillante del mostrador, delante del cual había dos obreros endomingados.

Finalmente, la señora Dufour se decidió:

—Sí, está bien —dijo—; y, además, tiene una bonita vista.

El vehículo entró en un vasto terreno plantado de grandes árboles que se extendía detrás de la posada y que separaba del Sena nada más que el camino de sirga.

Pusieron pie a tierra. El marido fue el primero en saltar, luego abrió los brazos para recibir a su mujer. El estribo, sostenido por dos barras de hierro, estaba muy distante, por lo que, para alcanzarlo, la señora Dufour no pudo evitar enseñar el nacimiento de la pantorrilla, cuya primera finura desaparecía ahora bajo una invasión de grasa que descendía de los muslos.

El señor Dufour, ya excitado por el campo, le dio un buen pellizco en la pantorrilla, la cogió seguidamente por las axilas y la depositó pesadamente en tierra como un enorme fardo.

Ella se sacudió con la mano el vestido de seda para hacer caer el polvo y miró en derredor.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, metida en carnes, granada y de buen ver. Respiraba con dificultad, violentamente estrangulada por el abrazo del corsé demasiado ceñido; y la presión de aquel arnés empujaba hasta la doble papada la masa fluctuante de su exuberante pechuga.

Luego la joven, posando la mano sobre el hombro de su padre, saltó con ligereza, sin ayuda. El chico del pelo rubio había bajado posando un pie sobre la rueda, y

ayudó al señor Dufour a apear a la abuela.

Entonces desengancharon el caballo y lo ataron a un árbol; la tartana se venció hacia delante, con los varales en el suelo. Los hombres, tras haberse despojado de la levita, se lavaron las manos en un balde de agua y se reunieron con las damas que se habían instalado ya en los columpios.

La señorita Dufour, de pie sobre uno de ellos, trataba de columpiarse por sí sola, pero sin conseguir el impulso suficiente. Era una guapa muchacha de unos dieciocho a veinte años, una de esas mujeres que cuando se las encuentra uno por la calle se siente fustigado por un súbito deseo, que deja hasta la noche una inquietud vaga y una excitación de los sentidos. Alta, delgada de talle y de anchas caderas, era muy morena de piel y tenía unos ojazos y el cabello negrísimo. Su vestido dibujaba nítidamente la firme rotundez de sus carnes, acentuada aún más por el esfuerzo que hacía con los riñones para bambolearse. Con los brazos extendidos apretaba las cuerdas encima de su cabeza, de manera que a cada impulso su pecho se alzaba sin un temblor. Una ráfaga de viento se le había llevado el sombrero, haciéndolo caer tras ella; el columpio iba paulatinamente cobrando movimiento y a cada retorno le descubría sus delgadas piernas hasta las rodillas y mandaba al rostro de los dos hombres, que miraban entre risas, el viento de sus faldas, más embriagador que los efluvios etílicos del vino.

Sentada en el otro columpio, la señora Dufour gemía con tono monótono e insistente: «¡Cyprien, ven a empujarme; vamos, ven a empujarme, Cyprien!». Por fin él se decidió y, tras haberse arremangado las mangas como antes de empezar un trabajo, consiguió con infinito esfuerzo hacer mover a su mujer.

Agarrada a las cuerdas, ella mantenía las piernas rectas para no dar con sus huesos en tierra, y disfrutaba con el aturdimiento causado por el ir y venir del columpio. Sus carnes, remecidas, temblaban sin cesar como gelatina en un plato. Pero, cuando aumentaron los impulsos, fue presa del vértigo y del miedo. Cada vez que bajaba soltaba un grito agudo que hacía acudir corriendo a todos los chiquillos del lugar; de modo que allí, delante de ella, por encima del seto del jardín, divisaba confusamente un proliferar de cabezas de mirada picarona que reían cada una con una mueca distinta.

Se presentó una camarera y encargaron el almuerzo.

—Una fritada de pescaditos del Sena, un conejo salteado, ensalada y postre —profirió la señora Dufour con tono de importancia—. Y traiga también dos litros de vino de la casa y una botella de burdeos —dijo su marido.

—Comeremos en la hierba —añadió la muchacha.

La abuela, enternecida de ver al gato de la casa, hacía diez minutos que iba detrás de él llamándolo inútilmente con los nombres más dulces. El animal, sin duda interiormente halagado por tanta atención, se quedaba siempre al alcance de la mano

de la anciana, pero no se dejaba atrapar y daba vueltas tranquilamente en torno a los árboles, frotándose contra ellos, con la cola levantada y un leve ronroneo de placer.

—¡Mira! —exclamó de improviso el joven del pelo rubio que exploraba los alrededores—. ¡Esto sí que son barcas bonitas!

Fueron a ver. Debajo de un pequeño cobertizo de madera había suspendidas dos magníficas yolas de regata, finas y trabajadas como muebles de lujo. Descansaban una al lado de la otra, semejantes, en su reluciente y esbelta largura, a dos altas y delgadas muchachas, y hacían venir ganas de deslizarse por el agua en los hermosos atardeceres tibios o en las claras mañanas de verano, de costear las floridas riberas donde los árboles sumergen las ramas en el agua, donde tiembla el eterno estremecerse de las cañaveras y desde donde, cual relámpagos azules, emprenden el vuelo los martín pescadores.

Toda la familia las contempló con respeto.

—Son bonitas de verdad —repitió con aire serio el señor Dufour.

Y daba explicaciones sobre ellas como un entendido. También él, en sus tiempos, decía, había practicado el remo; es más, con aquéllos en la mano (y hacía el movimiento de tirar hacia sí de los remos), les daba cien vueltas a todos. En otro tiempo, en las regatas de Joinville, había ganado a más de un inglés; y bromeó sobre la palabra «damas»[1] con la que se designa los dos estribaderos que sostienen los remos, diciendo que los remeros, con razón, no salían nunca sin sus «damas». Así perorando se había calentado y se empeñaba en querer apostar a que con una embarcación de aquéllas habría hecho, sin apresurarse demasiado, seis leguas por hora.

—Ya está todo listo —dijo la sirvienta asomándose a la entrada.

Todos corrieron; pero he aquí que en el sitio mejor, aquel en el que la señora Dufour imaginaba iba a instalarse, había ya dos jóvenes comiendo. Eran seguramente los propietarios de las yolas, porque iban vestidos de remeros.

Estaban recostados en unas sillas, casi tumbados. Tenían la cara tostada por el sol y el pecho cubierto sólo por una delgada camiseta blanca de algodón, que dejaba desnudos sus brazos, robustos como los de los herreros. Eran dos fornidos mocetones, que hacían mucha exhibición de fuerza, pero que mostraban en cada movimiento esa gracia elástica de los miembros que se adquiere con el ejercicio, tan distinta de la deformación que imprime al obrero el esfuerzo penoso, siempre el mismo.

Rápidamente intercambiaron una sonrisa al ver a la madre, luego una mirada al fijarse en la hija.

—Cedámosles nuestro sitio —le dijo el uno al otro— y así entablaremos conversación.

El otro se levantó al punto y, con la gorra medio roja, medio negra en la mano,

ofreció caballerosamente ceder a las señoras el único sitio del jardín donde no daba el sol. Aceptaron deshaciéndose en disculpas; y, para que todo fuera más campestre, la familia se instaló en la hierba sin mesa ni sillas.

Los dos jóvenes desplazaron sus platos algo más lejos y se pusieron de nuevo a comer. Sus brazos desnudos, que lucían de continuo, incomodaban un poco a la muchacha. Incluso fingía volver la cabeza y no advertir su presencia, mientras que la señora Dufour, más audaz y movida por una curiosidad femenina que acaso no era sino deseo, les miraba a cada rato, comparándolos sin duda con pesar con las secretas fealdades de su marido.

Se había dejado caer en la hierba, con las piernas encogidas a la manera de los sastres, y se meneaba continuamente con la excusa de que le habían entrado las hormigas por algún sitio. El señor Dufour, malhumorado por la presencia y la amabilidad de los dos extraños, buscaba sin encontrarla una postura cómoda, en tanto el joven del pelo rubio comía como una lima, en silencio.

—Bonito día, ¿verdad, señor? —dijo la gruesa señora a uno de los remeros.

Quería ser amable, dado que les habían cedido el sitio.

—Sí, señora —respondió él—. ¿Salen a menudo al campo?

—Sólo una vez o dos por año, para tomar un poco el aire; ¿y usted, señor?

—Yo vengo a dormir aquí cada noche.

—Debe de ser realmente agradable.

—Sí, por supuesto, señora.

Y contó poéticamente su vida de cada día, haciendo resonar en el corazón de aquellos burgueses, carentes de hierba y hambrientos de caminatas por los campos, ese estúpido amor por la naturaleza que durante todo el año les obsesiona detrás del mostrador de su tienda.

La muchacha, emocionada, alzó la vista y miró al remero. El señor Dufour habló por primera vez.

—Esto sí que es vida —dijo. Y agregó—: ¿Un poco más de conejo, querida?

—No, gracias, tesoro.

Se volvió de nuevo hacia los dos jóvenes y dijo, indicando sus brazos:

—¿No tienen nunca frío yendo así?

Ambos se echaron a reír y asustaron a la familia con el relato de sus prodigiosos esfuerzos, de sus chapuzones cubiertos de sudor, de sus carreras en medio de la neblina nocturna; y se daban violentos golpes de pecho para demostrar cómo sonaba.

—Ya se ve lo fuertes que están —dijo el marido, que ya no hablaba de cuando ganaba a los ingleses.

Ahora la muchacha los estudiaba de soslayo; y el joven del pelo rubio, atragantándose al beber, tosió violentamente y espurreó de líquido el vestido color

cereza de la dueña, que se irritó e hizo traer un poco de agua para lavar las manchas.

Mientras tanto el calor apretaba fuerte. El río cabrilleante parecía un brasero ardiente, y los efluvios del vino turbaban las mentes.

El señor Dufour, tras verse sacudido por un violento hipo, se había desabotonado el chaleco y la parte superior de los pantalones; y su mujer, presa de las palpitaciones, se desabrochaba poquito a poco el vestido. El aprendiz sacudía alegremente sus greñas de un rubio pajizo y se servía un vaso tras otro. La abuela, sintiéndose ebria, permanecía tiesa y muy digna. En cuanto a la muchacha, no dejaba traslucir nada; sólo los ojos le brillaban vagamente y su morenísima tez se teñía en las mejillas de un matiz más rosado.

El café les remató. Se propuso la idea de cantar y cada uno recitó su coplilla, que era aplaudida por los demás con frenesí. Luego se levantaron con dificultad y mientras las dos mujeres, aturdidas, respiraban con fuerza, los dos hombres, completamente borrachos, se pusieron a hacer gimnasia. Pesados, fláccidos, con el semblante de un rojo encendido, se colgaban torpemente de las anillas sin conseguir elevarse; y sus camisas amenazaban continuamente con escapar de sus pantalones para agitarse libremente como banderas.

Mientras tanto, los remeros habían metido las yolas en el agua y fueron a proponer gentilmente a las señoras un paseo por el río.

—Señor Dufour, ¿me dejas? ¡Por favor! —exclamó su mujer.

Él la miró con aire de beodo, sin comprender. Entonces uno de los remeros se acercó, con dos cañas de pescar en la mano. La esperanza de pescar algún gobio, que es el ideal de los tenderos, hizo relucir los ojos de mirada mortecina del buen hombre, quien consintió a todo cuanto querían y se instaló debajo del puente, a la sombra, con los pies colgándole sobre el agua, junto al joven del pelo rubio que no tardó en dormirse.

Uno de los remeros se sacrificó: tomó con él a la madre.

—¡Al bosquecillo de la isla de los ingleses! —gritó mientras se alejaba.

La otra yola iba más lentamente. El remero miraba a su compañera con tanta fijeza que no pensaba en nada más, y le embargaba tal turbación que paralizaba su energía.

La muchacha, sentada en el asiento del timonel, se abandonaba a la dulzura de estar en el agua. Se sentía presa de un vacío mental, de una laxitud de los miembros, de un abandono de sí, como inundada de una múltiple embriaguez. Se había puesto totalmente roja y respiraba entrecortadamente. El aturdimiento del vino, acrecentado por el calor torrencial que la envolvía, hacía oscilar a su paso todos los árboles de la orilla. Una necesidad indefinida de gozar, un rebullir de la sangre, recorrían su carne ya excitada por los ardores de aquella jornada, y también se sentía turbada por aquella intimidad en el agua, en medio de aquellos lugares despoblados por el incendio del

cielo, con aquel joven, que la consideraba hermosa, cuyos ojos le besaban la piel y cuyo deseo era incisivo como el sol.

La impotencia para hablar no hacía sino aumentar su turbación, y miraban alrededor. Finalmente, haciendo un esfuerzo, él le preguntó cómo se llamaba:

—Henriette —dijo ella.

—¡Vaya casualidad!, yo me llamo Henri —dijo él.

El sonido de sus voces les había calmado y volvieron a su interés por la orilla. La otra yola se había detenido y parecía esperarles. El joven que la pilotaba gritó:

—Nos reuniremos con vosotros en el bosque; nos vamos hasta Robinson, porque la señora tiene sed.

Luego se dobló sobre los remos y se alejó tan presuroso que le perdieron casi enseguida de vista.

Mientras tanto, un rugido continuo que se percibía desde hacía rato se acercaba muy rápido. El río mismo parecía estremecerse, como si el sordo ruido saliera de sus profundidades.

—¿Qué es lo que se oye? —preguntó ella.

Era el salto de agua de la presa de contención que cortaba el río en dos en el extremo de la isla. Él se enzarzó en una explicación, cuando, a través del rumorear de la cascada, fueron sorprendidos por el canto de un pájaro que parecía muy lejano.

—Vaya —dijo él—, ¡los ruiseñores están cantando de día! Lo que quiere decir que las hembras están incubando.

¡Un ruiseñor! Ella no había oído nunca ninguno, y la idea de escuchar uno provocó en su corazón una visión de poéticos efectos. ¡Un ruiseñor!, es decir, ¡el invisible testigo de las citas que Julieta invocaba desde su balcón; esa música del cielo concedida a los abrazos de los humanos; ese eterno inspirador de todas las lánguidas romanzas que abren azules ideales a los pobres corazoncillos de las muchachas emocionadas!

Iba a escuchar, pues, a un ruiseñor.

—No hagamos ruido —dijo su compañero—, podemos bajar en el bosque y situarnos cerca de él.

Parecía que la yola se deslizase. Asomaron algunos árboles en la isla, cuya orilla era tan baja que los ojos se perdían en la espesura del bosque. Pararon; atada la barca, se adentraron por entre las ramas, Henriette apoyada en el brazo de Henri. Él le pidió que se agachase. Ella así lo hizo y penetraron en un inextricable enredijo de lianas, de follaje y de cañas, en un refugio inencontrable que era necesario conocer y que el joven llamaba entre risas su «salón privado».

Justo encima de sus cabezas, posado en uno de los árboles que les cubrían, el pájaro seguía desgañitándose. Lanzaba trinos y gorgoritos, luego soltaba grandes notas vibrantes que llenaban el aire y parecían perderse en el horizonte,

desarrollándose a lo largo del curso del río y volando por encima de los llanos a través del silencio de fuego que se hacía sentir sobre la campiña.

No hablaban, por temor a espantarlo. Estaban sentados uno al lado del otro y poco a poco el brazo de Henri ciñó la cintura de Henriette, apretándola con suave presión. Ella apartó tranquilamente la osada mano, y siguió apartándola cada vez que se le acercaba, sin sentir incomodidad alguna por aquella caricia, como si hubiera sido algo de lo más natural que ella rechazaba con la misma naturalidad.

Estaba escuchando al pájaro, extasiada. La embargaban infinitos deseos de felicidad, súbitos impulsos de afecto, revelaciones de sobrehumana poesía, un tan gran debilitamiento de los nervios y del corazón, que lloraba sin saber la razón. Ahora el joven la estrechaba contra sí; y ella no lo rechazaba ya, ni siquiera pensaba en ello.

De súbito el ruiseñor se calló. Una voz lejana gritó:

—¡Henriette!

—No conteste —dijo él en voz muy baja—, espantaría al pájaro.

Ella ni siquiera pensaba en responder.

Se quedaron un rato así. La señora Dufour debía de estar sentada en algún sitio, pues se oían vagamente de vez en cuando los grititos de la oronda señora, a la que sin duda sobaba el otro remero.

La muchacha seguía llorando, embargada de muy dulces sensaciones, con la piel ardorosa y unos cosquilleos desconocidos por todo el cuerpo. La cabeza de Henri reposaba en uno de sus hombros; y, bruscamente, la besó en los labios. Ella se rebeló furiosa y, para evitarle, se echó hacia atrás. Entonces él se le arrojó encima, cubriéndola con todo su cuerpo. Buscó largo rato la boca que se le hurtaba y, tras encontrarla, pegó la suya en la de ella. Entonces, loca de un intensísimo deseo ella le devolvió el beso apretándole contra sí y toda su resistencia se vino abajo, como aplastada por un peso demasiado fuerte.

Reinaba una gran calma alrededor. El pájaro reanudó su canto. Primero emitió tres notas penetrantes que parecían un reclamo amoroso, luego, tras un breve silencio, comenzó con tono débil unas lentísimas modulaciones.

Sopló una débil brisa, provocando un susurro de hojas, y por entre las profundidades de las ramas se alzaban dos ardientes suspiros que se mezclaban con el canto del ruiseñor y el leve aliento del bosque.

Una especie de embriaguez invadía al pájaro, y su canto, aumentando poco a poco como un incendio que se propaga o una pasión que crece, parecía que acompañase bajo el árbol un crepitar de besos. Luego se desencadenó desenfrenado el delirio cantor. Se lanzó a largos deliquios, sosteniendo una nota, y a grandes espasmos melódicos.

A veces descansaba un poco, emitiendo nada más que dos o tres sonidos ligeros

que terminaba de improviso en una nota sobreaguda. O bien se lanzaba a una carrera enloquecida, entre un brotar de gamas diversas, de estremecimientos, de sobresaltos, como un canto furibundo de amor seguido de gritos triunfales.

Pero se calló, al oír debajo de él un gemido tan hondo, que podía confundirse con el adiós de un alma. El ruido se prolongó durante un rato y terminó en un sollozo.

Estaban los dos muy pálidos cuando dejaron el lecho de verdura. Les pareció que el cielo azul se había oscurecido; el sol abrasador se había apagado para sus ojos; notaban la soledad y el silencio. Caminaban deprisa, cerca el uno del otro, sin hablarse ni tocarse, como si se hubieran vuelto enemigos irreconciliables, como si entre sus cuerpos se hubiese interpuesto una repugnancia y un odio entre sus espíritus.

De vez en cuando Henriette gritaba:

—¡Mamá!

Hubo un rebullicio debajo de un matorral. A Henri le pareció haber visto una falda blanca bajarse rápidamente sobre una gruesa pantorrilla; y apareció la enorme señora, un tanto confusa y más colorada aún, con los ojos muy relucientes y el pecho agitado, demasiado cerca quizá de su compañero. Éste debía de haber visto cosas sumamente graciosas, porque en su rostro se esbozaban unas risitas involuntarias.

La señora Dufour le tomó del brazo con un aire de ternura y se encaminaron hacia las embarcaciones. Henri, que iba delante, siempre en silencio al lado de la muchacha, creyó oír en un determinado momento el ruido ahogado de un gran beso.

Finalmente regresaron a Bezons.

El señor Dufour, despejada la melopea, esperaba impaciente. El joven del pelo rubio estaba comiendo un bocado antes de dejar la posada. El vehículo estaba enganchado en el patio, y la abuela, que había ya montado, se desesperaba porque temía que le sorprendiese la oscuridad por el camino, pues los alrededores de París no eran precisamente nada seguros.

Se intercambiaron unos apretones de manos, y la familia Dufour se fue.

—Hasta la vista —exclamaban los remeros.

Un suspiro y una lágrima les respondieron.

Dos meses después, pasando por la rue des Martyrs, Henri leyó en una puerta: «Dufour, ferretero».

Entró.

La gorda señora desbordaba sus carnes sobre el mostrador. Se reconocieron al instante, y, tras mil cortesías, él pidió noticias.

—¿Cómo está la señorita Henriette?

—Muy bien, gracias, se ha casado.

—¡Ah!

Se sintió turbado y añadió:

—¿Y… con quién?

—Con el joven que estaba con nosotros, ¿se acuerda? Es el quien tomará las riendas del negocio.

—Ah, ya, ya.

Se iba bastante mohíno, sin saber muy bien por qué. La señora Dufour le llamó:

—¿Y qué es de su amigo? —preguntó tímidamente.

—Está bien.

—Dele muchos recuerdos, ¿eh? Y si pasa por aquí, dígale que entre a vernos…

Se puso como la grana, luego añadió:

—Dígale que me gustaría mucho.

—Descuide, así lo haré. ¡Adiós!

—No…, hasta pronto.

Al año siguiente, un domingo muy caluroso, todos los detalles de esta aventura, que Henri nunca había olvidado, le vinieron súbitamente a la mente, tan precisos y deseables, que volvió solo a su habitáculo del bosque.

Se quedó de piedra al entrar en él. Ella estaba allí, sentada en la hierba, con aire triste, mientras que a su lado, también esta vez en mangas de camisa, su marido, el joven del pelo rubio, dormía a pierna suelta, como un bruto.

Al ver a Henri se puso tan pálida que a él le pareció a punto de sufrir un desvanecimiento. Luego se pusieron a charlar con naturalidad, como si entre ellos no hubiera pasado nada.

Pero cuando él le contó que le gustaba mucho aquel lugar y que iba a menudo a descansar allí, los domingos, evocando de nuevo muchos recuerdos, ella le miró largamente a los ojos.

—Yo pienso en ello todas las noches —dijo ella.

—Vamos, querida —dijo bostezando su marido—, creo que ya es hora de volver.

LA CASA TELLIER*

I

Acudían allí todas las noches, a eso de las once, ni más ni menos que como al café.

Se encontraban seis o siete, siempre los mismos, no unos juerguistas, sino gente respetable, comerciantes, jóvenes de la ciudad; se tomaban su chartreuse bromeando un poco con las muchachas, o bien hablando de cosas serias con la *madame*, que era respetada por todos.

Volvían a casa antes de medianoche. Los jóvenes a veces se quedaban más rato.

La casa era familiar, bastante pequeña, pintada de amarillo, en la rinconada de una calle de detrás de la iglesia de Saint-Étienne; y por las ventanas se veía la dársena llena de barcos que descargaban, la gran salina conocida como «la Represa» y, detrás, la cuesta de la Virgen con su vieja capilla toda gris.

La *madame*, nacida en el seno de una buena familia de labriegos del departamento del Eure, había aceptado esa profesión exactamente como se habría hecho modista o costurera. El prejuicio de deshonra ligado a la prostitución, tan fuerte y arraigado en la ciudad, no existe en el campo normado. El campesino dice: «Es un buen oficio»; y manda a su hija a regentar un harén de muchachas como la mandaría a dirigir un internado de educandas.

La casa, por otra parte, era herencia de un viejo tío que había sido su propietario. *Monsieur* y *madame*, otrora posaderos en las cercanías de Yvetot, habían liquidado rápidamente su negocio, considerando más lucrativo para ellos el de Fécamp; y una buena mañana habían llegado para tomar las riendas del negocio, que iba a menos en ausencia de sus dueños.

Eran buena gente que enseguida se hizo querer por el personal y el vecindario.

El marido murió de un ataque apoplético un par de años después. Al obligarle la nueva profesión a una vida muelle e inmóvil, había engordado muchísimo, y había muerto de un exceso de salud.

La *madame*, desde que era viuda, era deseada en vano por todos los clientes del establecimiento; pero gozaba de fama de ser una mujer discreta y ni sus mismas pupilas habían podido descubrir el menor desliz.

Era alta, opulenta, atractiva. Su tez, pálida en la oscuridad de aquel antro siempre cerrado, resplandecía como bajo un barniz de almáciga. Un fino aderezo de cabellos rebeldes, postizos y rizados adornaba su frente dándole un aspecto juvenil que contrastaba con la madurez de sus formas. Siempre alegre y contenta, bromeaba con gusto, con un matiz de comedimiento que sus nuevas ocupaciones no habían conseguido hacerle perder. Las palabras malsonantes la impresionan siempre un poco; y cuando algún mozo maleducado llamaba por su verdadero nombre al establecimiento que ella regentaba, se enfadaba, indignada. En suma, tenía un alma delicada y, aunque tratara a sus mujeres como amigas, repetía de buen grado que «no eran de su misma raza».

A veces, durante la semana, salía en coche de alquiler con una parte de su tropa; e iban a retozar en la hierba a orillas del riachuelo que corre por las tierras de Valmont. Eran excursiones de colegiales de vacaciones, carreras locas, juegos infantiles, alegrías de prisioneras embriagadas por el aire libre. Comían embutidos en la hierba, tomando sidra, y volvían a la caída de la tarde deliciosamente cansadas, tiernamente lánguidas; y en el coche abrazaban a la *madame* como a una buena madre, mansa y complaciente.

La casa tenía dos entradas. En la rinconada, una especie de cafetucho abría por la noche para el pueblo llano y los marineros. Dos de las personas dedicadas a las tareas específicas del negocio estaban particularmente reservadas a atender a esa parte de la clientela. Con la ayuda del camarero, que se llamaba Frédéric, un rubiecito imberbe y fuerte como un buey, ellas servían medios cuartillos de vino y botellas de cerveza en las cojeantes mesas de mármol y, echando los brazos al cuello de los clientes o sentadas de medio lado sobre sus rodillas, les incitaban a beber.

Las otras tres señoritas (eran cinco en total) constituían una especie de aristocracia y estaban reservadas a los frecuentadores del primer piso, a menos que hicieran falta en la planta baja y el primero estuviese vacío.

El salón de Júpiter, donde se reunían los burgueses de la zona, estaba empapelado de azul y embellecido por un gran dibujo que representaba a Leda tendida debajo de un cisne. Se llegaba a él por una escalera de caracol cerrada por una estrecha puerta y de apariencia modesta, que daba a la calle, encima de la cual brillaba durante toda la noche, detrás de un enrejado, un farolillo como los que se encienden en ciertas ciudades a los pies de las vírgenes, en capillitas en las paredes.

El edificio, húmedo y vetusto, apestaba ligeramente a moho. A ratos, una exhalación de agua de Colonia cruzaba por los pasillos, o bien una puerta entreabierta abajo hacía prorrumpir por toda la casa, como el estallido de un trueno, los gritos plebeyos de los hombres sentados en la planta baja, haciendo asomar en los rostros de los señores del primer piso una mueca de inquietud y de desagrado.

La *madame*, íntima de los clientes amigos suyos, no dejaba nunca el salón y se

interesaba en los chismes de la ciudad que éstos le contaban. Su conversación seria le servía de evasión a las charlas sin ton ni son de las tres mujeres; era como un descanso en medio de los chistes licenciosos de los panzudos burgueses que todas las noches se abandonaban a la honesta y mediocre disipación de la copita en compañía de mujeres públicas.

Las tres señoritas del primer piso se llamaban Fernande, Raphaële y Rosa la Pelirroja.

Dado que el personal era limitado, se había procurado que cada una de ellas fuera como un modelo, el compendio de un tipo femenino, de manera que cada cliente pudiese encontrar allí, en mayor o menor medida, la encarnación de su ideal.

Fernande representaba la *rubia guapa*, altísima, casi obesa, fofa, hija del campo cuyas pecas se resistían a desaparecer, con los cabellos rubios de estopa, muy cortos, claros y desteñidos, semejantes a cáñamo peinado, que le cubrían a duras penas el cráneo.

Raphaële, una marsellesa, desecho de todos los puertos de mar, desempeñaba el papel indispensable de la *guapa judía*, flaca, con los pómulos salientes pintarrajeados de rojo. Los cabellos negros, abrillantados con médula de buey, formaban en sus sienes unos ricitos acaracolados. Sus ojos habrían sido bonitos de no haber tenido el derecho una nube. La nariz corva le caía sobre la pronunciada mandíbula, donde dos dientes superiores, postizos, contrastaban con los de abajo, que con los años habían adquirido un matiz oscuro, como de madera vieja.

Rosa la Pelirroja, una bolita de carne, toda tripa y con dos piernecitas minúsculas, cantaba de la mañana a la noche, con voz cascada, coplillas ya salaces, ya sentimentales, contaba historias interminables y banales, dejaba de hablar sólo para comer y de comer sólo para hablar, era un azogue, ágil como una ardilla a pesar de su gordura y de sus cortas piernecitas; y sus carcajadas, una cascada de gritos agudos, estallaban sin cesar, aquí y allá, en un cuarto, en el desván, en el café, en todas partes, sin motivo.

Las dos mujeres de la planta baja, Louise, apodada Cacerola, y Flora, llamada Columpio, porque cojeaba un poco, la primera siempre en traje de *Libertad* con un cinturón tricolor, la otra de española de fantasía con unos pendientes de cobre que bailoteaban entre los cabellos color zanahoria a cada uno de sus pasos desiguales, tenían el aire de dos mozas de cocina vestidas para un carnaval. Parecidas a todas las mujeres del pueblo, ni más feas ni más guapas, verdaderas mozas de posada, en el puerto eran designadas con el sobrenombre de las dos Bombas.[1]

Una paz celosa, pero rara vez turbada, reinaba entre estas cinco mujeres, gracias al conciliador sentido común de la *madame* y a su inagotable buen humor.

El establecimiento, único en la pequeña ciudad, era frecuentado asiduamente. La *madame* había sabido darle una apariencia tan respetable; era tan amable, tan solícita

con todos; su buen corazón era tan conocido, que disfrutaba de una cierta consideración. Los asiduos hacían gastos desacostumbrados por ella, orgullosos cuando demostraba una más marcada simpatía por alguno de ellos; y si se encontraban durante el día por algún asunto, se decían: «Hasta esta noche, donde ya sabe», igual que se dice: «Nos vemos en el café después de cenar».

En suma, la casa Tellier era una bicoca, y raramente alguien faltaba a la cita diaria.

Ahora bien, una noche, a finales de mayo, el señor Poulin, maderero y ex alcalde, fue el primero en llegar y se encontró la puerta cerrada. El farolillo, tras el enrejado, estaba apagado; ningún ruido llegaba de la casa, que se hubiera dicho muerta. Llamó primero suavecito y luego más fuerte; nadie respondió. Por lo que volvió a subir calle arriba despacio y, al llegar a la place du Marché, se encontró con el señor Duvert, el armador, que se dirigía al mismo lugar.

Volvieron allí juntos los dos, sin más éxito que antes. Pero de repente estalló un gran alboroto muy cerca de ellos y, tras dar una vuelta a la casa, vieron a un nutrido grupo de marineros ingleses y franceses que aporreaban con los puños los postigos cerrados del café.

Los dos burgueses escaparon enseguida de allí para no verse comprometidos; pero un ligero «pssst» le hizo pararse: era el señor Tournevau, el salador de pescado, que les había visto y les llamaba. Le pusieron al corriente y se quedó tanto más chafado cuanto que, casado, padre de familia y muy vigilado, no acudía allí más que los sábados, *securitatis causa*, como decía él, en alusión a una medida de la policía sanitaria cuyas visitas periódicas le había revelado un amigo, el doctor Borde. Aquélla era precisamente su noche e iba a verse así privado por toda la semana.

Los tres hombres dieron un gran rodeo hasta el muelle, encontraron por el camino al joven señor Philippe, el hijo del banquero y cliente fijo, y al señor Pimpesse, el recaudador de impuestos. Volvieron entonces todos juntos, pasando por la calle «de los judíos» para hacer un último intento. Pero los marineros enfurecidos estaban asediando la casa, tiraban piedras, gritaban; y los cinco clientes del primer piso volvieron sobre sus pasos lo más deprisa posible y se pusieron a vagar por las calles.

También se encontraron al señor Dupuis, el agente de seguros, y al señor Vasse, juez del Tribunal de Comercio; y dio comienzo un largo paseo que les llevó primero al muelle. Se sentaron en fila en el pretil de granito para ver el cabrillear del oleaje. La espuma, en la cresta de las olas, formaba en la oscuridad luminosos blancores que se apagaban al instante, y el monótono rumor del mar que rompía contra las rocas se prolongaba en la noche a lo largo de todo el acantilado. Después de que los tristes paseantes se hubieran quedado allí un largo rato, el señor Tournevau dijo:

—Esto no es muy alegre que digamos.

—No, ciertamente —respondió el señor Pimpesse; y regresaron despacito.

Tras haber recorrido la calle que domina la costa, y que recibe el nombre de «Sotobosque», tomaron por el puente de madera de la Represa, pasaron por el lado de la vía del tren y se encontraron nuevamente en la place du Marché, donde de pronto se inició una discusión entre el recaudador de impuestos, el señor Pimpesse, y el salador, el señor Tournevau, a propósito de una seta comestible que uno de ellos afirmaba haber encontrado en los alrededores.

Los ánimos estaban exacerbados por el tedio y quizá habrían llegado los dos a las manos de no haberse interpuesto los demás. El señor Pimpesse, furioso, se largó; y acto seguido se produjo otro altercado entre el ex alcalde, el señor Poulin, y el agente de seguros, el señor Dupuis, a propósito de los emolumentos del recaudador y de los beneficios que podía procurarse. Llovían injurias por ambas partes, cuando se desencadenó una tremenda tempestad de gritos y la turba de los marineros, hartos de esperar en vano ante la casa cerrada a cal y canto, llegó a la plaza. Avanzaban cogidos del brazo de dos en dos, en larga procesión, vociferando furiosamente. El grupito de burgueses se escondió dentro de un portal y la aullante horda desapareció en dirección a la abadía. Por espacio de bastante rato se siguió oyendo el clamoreo, que disminuía como una tempestad que se aleja; y volvió a hacerse el silencio.

El señor Poulin y el señor Dupuis, enfadados el uno con el otro, se fueron cada cual por su lado sin despedirse siquiera.

Los otros cuatro prosiguieron su camino, volviendo instintivamente hacia la casa Tellier. Ésta seguía cerrada, muda, impenetrable. Un borracho, tranquilo y obstinado, daba golpecitos en los postigos cerrados del café, interrumpiéndose para llamar a media voz al camarero Frédéric. En vista de que nadie respondía, pensó que lo mejor que podía hacer era sentarse en el escalón de la entrada y esperar acontecimientos.

Iban los burgueses a retirarse cuando la turbamulta tumultuosa de los hombres del puerto reapareció en el extremo de la calle. Los marineros franceses cantaban a voz en grito *La Marsellesa*, los ingleses la *Rule Britannia*.[2] Se abalanzaron todos a la vez sobre el edificio; luego la oleada de brutos se dirigió hacia el muelle, donde estalló una pelea entre los marineros de ambas naciones. En la reyerta, un inglés acabó con un brazo roto y un francés con la nariz partida.

El borracho, que seguía delante de la puerta, lloraba ahora como lloran los beodos o los niños contrariados.

Finalmente, los burgueses se dispersaron.

Poco a poco volvió la calma a la perturbada ciudad. De vez en cuando se oía alzarse aquí y allá un rumor de voces que se debilitaba en la lejanía.

Sólo un hombre seguía vagando, el señor Tournevau, el salador, desolado de tener que esperar al sábado siguiente; quizá confiaba en algún azar venturoso, sin comprender, sintiéndose furioso por el hecho de que la policía permitiera el cierre de un local de utilidad pública vigilado y custodiado por ella misma.

Volvió una vez más, husmeando las paredes, para descubrir la razón; y advirtió que del tejadillo de la puerta colgaba un cartelito. Encendió al punto una cerilla y leyó estas palabras, trazadas con unas letras mayúsculas desiguales: «Cerrado por primera comunión».

Entonces se fue, convencido de que no había nada que hacer.

El borracho se había dormido, tumbado cuan largo era en el inhóspito umbral.

Al día siguiente todos los clientes, uno tras otro, se las arreglaron para pasar por aquella calle, con unos papeles bajo el brazo para adoptar una actitud correcta; y, con mirada furtiva, todos leyeron el misterioso aviso: «Cerrado por primera comunión».

II

El hecho era que la *madame* tenía un hermano que era carpintero en su pueblo natal de Virville, en el Eure. Desde los tiempos en que la *madame* era todavía posadera en Yvetot, había sacado de pila a la hija de este hermano a la que puso el nombre de Constance, Constance Rivet; y Rivet era también su apellido de soltera. El carpintero, sabedor de la buena posición de su hermana, no la perdía de vista, aunque no se vieran a menudo, atado como estaba cada uno por sus propias obligaciones y viviendo lejos el uno del otro. Pero ahora que la chiquilla estaba a punto de cumplir doce años y aquel año hacía la primera comunión, aprovechó la ocasión para propiciar un acercamiento y le escribió a su hermana que contaba con su presencia en la ceremonia. Los viejos padres habían ya muerto, y ella no podía decir que no a su ahijada; de modo que aceptó. Su hermano, que se llamaba Joseph, esperaba que a fuerza de cortesías conseguiría tal vez que ella testara a favor de la niña, dado que la *madame* no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le creaba ningún problema de conciencia; y, por otra parte, nadie del pueblo lo sabía. Al referirse a ella se limitaban a decir: «La señora Tellier es una burguesa de Fécamp», lo cual podía hacer pensar que vivía de renta. De Fécamp a Virville hay por lo menos unas veinte leguas; y veinte leguas para los campesinos son más difíciles de recorrer que el océano para una persona civilizada. Los vecinos de Virville no habían pasado nunca de Ruán; y nada podía atraer a la gente de Fécamp a un pueblo de mala muerte de quinientas almas, perdido en medio de la llanura y perteneciente, además, a otro departamento. En fin, nadie sabía nada.

Pero, al acercarse la fecha de la comunión, la *madame* se vio en un buen aprieto. No tenía encargada, y nunca se le habría pasado por las mientes dejar la casa ni siquiera por un día. Las rivalidades entre las señoritas de arriba y las de abajo habrían estallado de forma irremediable; no dudaba lo más mínimo de que Frédéric se habría embriagado, y cuando él estaba borracho sacudía a las personas por un quítame allá

esas pajas. Finalmente, decidió llevarse consigo a toda su gente, salvo al camarero, a quien dio dos días de permiso.

El hermano, consultado, no puso ninguna objeción, y se comprometió a alojar a toda la compañía por una noche. Por eso, el sábado por la mañana, el expreso de las ocho llevó a la *madame* y a sus acompañantes en un coche de segunda clase.

Fueron solas hasta Beuzeville y charlaron como cotorras. Pero en esa estación subió una pareja. El hombre, un viejo labrador, llevaba un blusón azul, de cuello fruncido, largas mangas cerradas en los puños y adornadas de encaje blanco, iba tocado con un sombrero de copa alta de corte antiguo, cuyo pelo rojizo parecía erizado, sostenía en una mano un inmenso paraguas verde y en la otra un gran cesto que dejaba asomar las despavoridas cabezas de tres patos. La mujer, tiesa en su rústico atavío, tenía cabeza de gallina, con la nariz en punta como un pico. Tomó asiento enfrente de su hombre y se quedó inmóvil, impresionada de encontrarse en medio de tan buena compañía.

Había, en efecto, en el vagón un deslumbramiento de colores chillones. La *madame*, vestida de seda azul de pies a cabeza, llevaba un chal de falso cachemir francés, rojo, deslumbrante, fulgurante. Fernande resoplaba embutida en un traje escocés cuyo corsé, atado muy prieto por sus compañeras, levantaba su fláccido pecho en una doble cúpula en permanente oscilación, que se hubiera dicho líquida bajo la tela.

Raphaële, con un tocado de plumas imitando un nido lleno de pájaros, llevaba un atuendo lila, recamado de lentejuelas de oro, algo oriental que casaba con su fisonomía de judía. Rosa la Pelirroja, con una falda rosa de amplios volantes, parecía una niña demasiado gorda, una enana obesa; y las dos Bombas se hubiera dicho que habían cortado sus extraños atuendos en unas viejas cortinas de ventana, esas viejas cortinas rameadas que datan de tiempos de la Restauración.

En cuanto dejaron de estar ya solas en el compartimiento, esas damas adoptaron un continente serio, y se pusieron a hablar de cosas elevadas para causar buena impresión. Pero en Bolbec subió un señor de patillas rubias, con unas sortijas y una cadena de oro, que colocó en el maletero de encima de su cabeza varios paquetes envueltos en hule. Tenía un aire guasón y bonachón. Saludó, sonrió y preguntó con desenvoltura:

—¿Cambian las señoras de guarnición?

Esta pregunta creó en el grupo una embarazosa confusión. La *madame* recuperó, finalmente, su aplomo, y respondió secamente, para vengar el honor del cuerpo:

—¡Podría ser usted más educado!

Él se disculpó:

—Perdón, quería decir de monasterio.

La *madame*, no encontrando nada que replicar, o juzgando acaso la rectificación

suficiente, frunció los labios haciendo un digno saludo con la cabeza.

Entonces el señor, que estaba sentado entre Rosa la Pelirroja y el viejo labrador, empezó a guiñar el ojo a los tres patos que asomaban la cabeza del gran cesto; luego, cuando vio que estaba conquistando a su público, cosquilleó a las aves debajo del pico, hablando de manera divertida para distender el ambiente:

—¿Así que hemos dejado nuestro laguito…, ¡cuac!, ¡cuac!, ¡cuac!, para conocer el asadorcito?, ¡cuac!, ¡cuac!, ¡cuac!

Las pobres aves retorcían el cuello para evitar las caricias, hacían terribles esfuerzos por salir de su prisión de mimbre; y de pronto las tres soltaron un quejumbroso grito de desesperación: «¡Cuac!, ¡cuac!, ¡cuac!». Entonces las mujeres soltaron unas carcajadas. Se inclinaban, se empujaban para ver; sentían un loco interés por los patos; y aquel señor redoblaba sus gracias, su ingenio y sus arrumacos.

Rosa se entrometió e, inclinándose sobre las piernas de su vecino, besó el pico a las tres aves. De inmediato cada una de las muchachas quiso besarlas a su vez; y aquel señor sentaba a esas damas sobre sus rodillas, las hacía saltar, les daba pellizcos; y a continuación se puso a tutearlas.

Los dos campesinos, más atemorizados aún que sus aves, revolvían unos ojos de posesos sin atreverse a hacer un gesto, y en sus viejas caras arrugadas no había ni sonrisa ni temblor.

Entonces el señor, que era viajante de comercio, quiso en plan de guasa ofrecer unos tirantes a las damas y, cogiendo uno de sus paquetes, lo abrió. Era una argucia, porque el paquete contenía ligas.

Las había de seda azul, de seda rosa, de seda roja, de seda violeta, de seda malva, de seda color de amapola, con hebillas metálicas formadas por dos corazoncitos entrelazados y dorados. Las muchachas soltaron unos grititos de alegría, luego examinaron las muestras, vueltas a la natural seriedad de toda mujer que manosea prendas de vestir. Se consultaban con una mirada o con una palabra susurrada, se respondían de igual modo, y la *madame* palpaba con agrado un par de ligas de color naranja, más anchas e imponentes que las otras: unas verdaderas ligas de ama.

El señor aguardaba, rumiando una idea:

—Vamos, gatitas —dijo—, hay que probárselas.

Se desencadenó un huracán de exclamaciones; y todas apretaban sus faldas entre las piernas como si temieran algún acto de violencia. Él, tranquilo, esperaba su momento. Dijo:

—¿No les interesan? Pues entonces las guardo.

Y luego, astutamente, agregó:

—Le regalo un par de su gusto a la que se las pruebe.

Pero ellas no querían saber nada, muy dignas y tiesas. Las dos Bombas, sin embargo, parecían tan decepcionadas que les reiteró la propuesta. Flora Columpio

sobre todo estaba claramente dubitativa, atormentada por el deseo. Él insistió:

—Vamos, hija, un poco de coraje; mira esas de color lila, te sentarían muy bien con tu vestido.

Entonces se decidió y, levantándose la falda, descubrió una robusta pierna de vaquera, mal ceñida en una media basta. El señor, inclinándose, abrochó la liga primero por debajo de la rodilla y luego por encima; y cosquilleaba ligeramente a la muchacha para provocar que lanzara grititos y tuviera bruscos estremecimientos. Cuando hubo terminado, entregó el par de ligas lila y preguntó:

—¿A quién le toca ahora?

Gritaron todas al unísono:

—¡A mí! ¡A mí!

Empezó con Rosa la Pelirroja, que descubrió un muslamen informe, todo redondo, sin tobillo, un verdadero «brazuelo de cerdo embutido», como decía Raphaële. Fernande fue cumplimentada por el viajante de comercio, entusiasmado por sus dos poderosas columnas. Las tibias descarnadas de la guapa judía lograron menos éxito. Louise Cacerola, para hacer una broma, cubrió la cabeza del señor con su falda; y la *madame* se vio obligada a intervenir para interrumpir esa broma inconveniente. Al final la misma *madame* extendió su pierna, una bonita pierna normanda, rolliza y musculosa; y el viajante de comercio, sorprendido y encantado, se levantó galantemente el sombrero para saludar a aquella pantorrilla con perfecta galantería francesa.

Los dos campesinos, de piedra por el asombro, miraban de soslayo, con un solo ojo, y se parecían de manera tan perfecta a dos pollos que el hombre de las patillas rubias, al levantarse, les soltó en las narices un «quiquiriquí», desencadenando otro huracán de alegría.

Los viejos se apearon en Motteville, con su cesto, sus patos y su paraguas; y mientras se alejaban se oyó a la mujer que le decía a su hombre:

—Son unas pelanduscas que van a ese París del demonio.

El ameno viajante ambulante se apeó a su vez en Ruán, tras haberse mostrado tan grosero que la *madame* se vio obligada a ponerle en su sitio enérgicamente. Añadió, a modo de moraleja:

—Así aprenderemos a no hablar con el primero que se presenta.

En Oissel cambiaron de tren y en la estación siguiente encontraron esperándolas al señor Joseph Rivet, con una gran carreta llena de sillas y enganchada a un caballo blanco.

El carpintero besó cortésmente a todas las señoras y las ayudó a subir a su carricoche. Tres se sentaron en tres sillas del fondo; Raphaële, la *madame* y su hermano en las tres de delante; Rosa, al no tener asiento, se acomodó mal que bien sobre las rodillas de la grandullona Fernande; y el birlocho se puso en camino. Pero

enseguida el trote traqueteante de la jaca lo sacudía de modo tan terrible que las sillas empezaron a bailar, arrojando a las viajeras por los aires, a derecha e izquierda, con movimientos de títeres, muecas de espanto y gritos de terror truncados por un barquinazo más fuerte. Se agarraban a los laterales del birlocho; los sombreros caían sobre la espalda, sobre la nariz o hacia un hombro; y el caballo blanco seguía su andadura, estirando la cabeza, con la cola tiesa, una cola de rata pelona con la que se sacudía las ancas de vez en cuando. Joseph Rivet, con un pie alargado sobre un varal, la otra pierna replegada debajo del cuerpo, los codos altos, sujetaba las riendas y a cada instante salía de su garganta una especie de cloqueo que hacía poner las orejas tiesas a la jaca y acelerar su paso.

A ambos lados del camino se extendía la verde campiña. La colza en flor formaba de trecho en trecho grandes mantos amarillos ondulantes de los que se alzaba un sano y poderoso olor, un olor penetrante y agradable, que el viento se llevaba muy lejos. En el centeno ya alto unos acianos mostraban sus cabezuelas azuladas que las mujeres querían coger, pero el señor Rivet se negó a pararse. Luego, a veces, un campo entero parecía anegado de sangre, tan invadido estaba de amapolas. Y en medio de aquellas extensiones tan coloreadas por las flores de la tierra, el birlocho, que parecía también llevar un ramillete de flores de colores más encendidos, pasaba al trote del caballo blanco, desaparecía detrás de los grandes árboles de una alquería y reaparecía en el fondo del follaje, llevando de paseo entre las amarillas y verdes mieses, punteadas de rojo y de azul, a aquella llamativa carretada de mujeres que huía bajo el sol.

Daba la una cuando llegaban ante la puerta del carpintero.

Estaban muertas de cansancio y pálidas por el hambre, pues llevaban en ayunas desde la salida. Acudió la señora Rivet, las hizo bajar una tras otra, besándolas apenas ponían pie en tierra; y no se cansaba de besuquear a su cuñada, a la que quería ganarse. Comieron en el taller, que había sido desembarazado de los bancos para la comida del día siguiente.

Una buena tortilla a la que siguió un embuchado de carne de cerdo a la parrilla, regado con una buena sidra espumosa, devolvió la alegría a todos. Rivet había cogido un vaso para brindar y su mujer servía, cocinaba, traía los platos, los retiraba, susurrando al oído de cada una: «¿No se habrá quedado con hambre?». Montones de tablas alineadas contra las paredes y las virutas amontonadas en los rincones difundían un olor a madera cepillada, un olor a carpintería, el efluvio resinoso que penetra hasta el fondo de los pulmones.

Se interesaron por la niña, pero estaba en la iglesia y no volvería hasta la noche.

Entonces la compañía salió para dar una vuelta por el pueblo.

Era un pueblecito que atravesaba un camino real. Una decena de casas alineadas a lo largo de esta única calle albergaban a los comerciantes del lugar, el carnicero, el

droguero, el carpintero, el cafetero, el zapatero y el panadero. La iglesia, en el extremo de esa especie de calle, estaba rodeada por un exiguo cementerio; y cuatro enormes tilos desmesurados, plantados frente al pórtico, le daban sombra por completo. Había sido construida con bloques de sílex tallado, sin ningún estilo, y rematada por un campanario de pizarra. Detrás se reanudaba la campiña, interrumpida aquí y allá por unos sotos de árboles que ocultaban las alquerías.

Aunque en traje de trabajo, Rivet daba ceremoniosamente el brazo a su hermana, avanzando con majestuosidad. Su mujer, impresionadísima por el vestido con hilillos de oro de Raphaële, se había colocado entre ésta y Fernande. La rechoncha Rosa apuraba el paso detrás junto con Louise Cacerola y Flora Columpio, que renqueaba, extenuada.

Los vecinos se asomaban a las puertas, los niños dejaban de jugar, un visillo levantado dejaba entrever una cabeza con una cofia de indiana; una anciana con muletas, casi ciega, se persignó como al paso de una procesión; y todos seguían largo rato con la mirada a todas aquellas guapas señoras de ciudad, llegadas de tan lejos para la primera comunión de la hija de Joseph Rivet. Ello hacía ganar una inmensa consideración al carpintero.

Al pasar por delante de la iglesia oyeron cantar a unos niños: un cántico dirigido a gritos al cielo por unas vocecitas agudas; pero la *madame* no quiso que entrasen, para no molestar a los querubines.

Tras una vuelta por los campos, con la enumeración de las principales propiedades, del rendimiento de la tierra y de la producción del ganado, Joseph Rivet hizo regresar a su rebaño de mujeres y lo instaló en su casa.

Dada la falta de espacio, las habían puesto en las habitaciones de dos en dos.

Por esa vez, Rivet dormiría en el taller, sobre las virutas; su mujer compartiría su cama con su cuñada, y, en la habitación de al lado, Fernande y Raphaële descansarían juntas. Louise y Flora estaban instaladas en la cocina en un colchón en el suelo; y Rosa ocupaba sola un cuartito oscuro encima de la escalera, pegado a la entrada de un estrecho camaranchón, donde, esa noche, dormiría la comulgante.

Cuando volvió la pequeña a casa, cayó sobre ella una lluvia de besos; todas las mujeres querían hacerle mimos, con esa necesidad de tiernas efusiones, esa costumbre profesional de las zalamerías, que en el tren las habían empujado a todas a besar a los patos. Todas la sentaron sobre sus rodillas, acariciaron sus finos cabellos rubios, la abrazaron con exagerados y espontáneos arrebatos de afecto. La niña, muy formal, llena de piedad, como si la absolución la hubiera encerrado en sí misma, se dejaba hacer, paciente, seria.

La jornada había sido pesada para todos y tras la cena se fueron enseguida a la cama. El infinito silencio de los campos, que se diría casi religioso, envolvía al pueblecito: un silencio tranquilo, penetrante, que se extendía hasta las estrellas. Las

muchachas, habituadas a las veladas tumultuosas de la casa pública, se sentían conmovidas por aquel mudo descanso de la campiña adormecida. Se sentían estremecer, pero no de frío, sino que eran estremecimientos de soledad causados por el corazón inquieto y turbado.

Tan pronto como estuvieron en la cama, de dos en dos, se abrazaron como para defenderse de la invasión de aquel calmo y profundo silencio de la tierra. Pero Rosa la Pelirroja, sola en su oscuro cuchitril y poco habituada a dormir con los brazos vacíos, se sintió presa de una vaga y desagradable agitación. Se revolvía en la yacija, sin conseguir conciliar el sueño, cuando oyó, detrás del tabique de madera pegado a su cabeza, unos débiles sollozos como de un niño que llora. Asustada, llamó suavecito y le respondió una vocecita jadeante. Era la niña que, acostumbrada a dormir siempre con su madre, tenía miedo en aquel exiguo camaranchón.

Feliz, Rosa se levantó y, moviéndose despacito, para no despertar a nadie, se fue a buscar a la niña. Se la trajo a su cama calentita, la abrazó estrechándola contra su pecho, le hizo mimitos, la arropó en su exagerada ternura y luego, tranquila también ella, se durmió. Y hasta la mañana la comulgante recostó la frente sobre el pecho desnudo de la prostituta.

Desde las cinco, a la hora del *Ángelus*, la pequeña campana de la iglesia echada al vuelo despertó a las señoritas que dormían de ordinario toda la mañana para reponerse de las fatigas nocturnas. En el pueblo los campesinos estaban ya en pie. Las aldeanas, atareadas, iban de una puerta a otra charlando animadamente, llevando con precaución unos cortos vestidos de muselina almidonados como cartón; o bien cirios desmesurados, con un atadijo de seda ribeteada de oro en medio y unas muescas en la cera para indicar el lugar de la mano. El sol ya alto irradiaba en el cielo totalmente azul que conservaba, hacia el horizonte, un tono ligeramente rosado, como un desvaído rastro de la aurora. Tropeles de gallinas escarbaban delante de las casas; y aquí y allá un gallo negro con el cuello reluciente alzaba la cabeza tocada de púrpura, agitaba las alas y lanzaba al viento su canto broncíneo que los otros gallos repetían.

De los pueblos vecinos llegaban carretas que descargaban en el umbral de las puertas a altas normandas con trajes oscuros, con el chal cruzado sobre el pecho y prendido con un broche de plata secular. Los hombres se habían puesto el blusón azul sobre la levita nueva o sobre el viejo traje de paño verde del que se veían apuntar los dos faldones.

Una vez llevados los caballos a la cuadra, quedó a lo largo de la calle mayor una doble fila de carricoches rústicos, carretas, cabriolés, tílburis, faetones, vehículos de todo tipo y edad, inclinados de morro o aculados en tierra y con los varales en alto.

Reinaba en la casa del carpintero una actividad de colmena. Las señoras, en chambra y enaguas, los cabellos desparramados sobre la espalda, unos cabellos cortos

castigados que se hubieran dicho desteñidos y gastados por el uso, se ocupaban en vestir a la niña.

La pequeña, de pie sobre una mesa, no se movía, mientras la señora Tellier dirigía los movimientos de su batallón volante. Le lavaron la cara, la peinaron, le pusieron el tocado, la vistieron y con mil alfileres le arreglaron los pliegues del vestido, ajustaron el talle excesivamente ancho, perfeccionaron la elegancia del atuendo. Terminado esto, hicieron sentar a la pobre víctima, rogándole que no se moviera; y, a su vez, el intranquilo enjambre de mujeres se fue corriendo a acicalarse a su vez.

En la iglesuela tocaban de nuevo. El tenue tañido de la modesta campana parecía ascender hasta perderse en el cielo, como una voz demasiado floja, rápidamente ahogada en la azul inmensidad.

Los que hacían la comunión salían por las puertas, dirigiéndose hacia el edificio municipal que reunía las dos escuelas y el Ayuntamiento en un extremo del pueblo, mientras que en el otro se hallaba la «casa de Dios».

Los padres, en traje de fiesta, con el aire torpe y esos gestos desmañados de los cuerpos constantemente encorvados en el trabajo, seguían a sus chavales. Las niñas desaparecían en una nube de níveo tul que se hubiera dicho nata batida, mientras que los hombrecillos, semejantes a embriones de mozos de café, engominados, caminaban con las piernas abiertas para no ensuciarse los pantalones negros.

Era una gloria para la familia el que el muchacho estuviera rodeado de una multitud de parientes venidos de lejos: por eso el triunfo del carpintero fue completo. El regimiento Tellier, con la patrona a la cabeza, iba detrás de Constance: el padre daba el brazo a su hermana, la madre iba al lado de Raphaële, Fernande con Rosa y las dos Bombas juntas, la tropa se desplegaba majestuosamente como un Estado Mayor en uniforme de gala.

En el pueblo el efecto fue fulminante.

En la escuela, las niñas se alinearon bajo la toca de la monja, los niños bajo el sombrero del maestro, un hombre de buena presencia que ejercía de representante;[3] y echaron a andar entonando un cántico.

En cabeza, los varones formaban una doble fila entre las dos hileras de vehículos desenganchados, seguían las hembras en el mismo orden; y dado que los vecinos, por respeto, habían concedido la precedencia a las señoras de la ciudad, iban inmediatamente después de las niñas, prolongando más aún la doble fila de la procesión, tres a la derecha y tres a la izquierda, con sus atuendos llamativos como un castillo de fuegos artificiales.

Su entrada en la iglesia provocó un revuelo entre el gentío. Se apretujaban, volvían la cabeza, se empujaban para verlas. Algunas devotas hablaban casi en voz alta, más atónitas ante el espectáculo de aquellas señoras más engalanadas que los roquetes de los cantores. El alcalde ofreció su banco, el primero de la derecha junto al

coro, y la señora Tellier tomó asiento en él con su cuñada, mientras Fernande y Raphaële, Rosa la Pelirroja y las dos Bombas ocuparon el segundo banco junto con el carpintero.

El coro de la iglesia estaba atestado de muchachos de rodillas, varones por una parte, hembras por la otra, y los largos cirios que sostenían en la mano parecían lanzas inclinadas en todas direcciones.

Delante del facistol, tres hombres de pie cantaban a plena voz. Prolongaban indefinidamente las sílabas sonoras del latín, eternizando los *amén* con unos *a-a* imprecisos, sostenidos por el sonido monótono e infinito que mugía el serpentón por su larga garganta de cobre. La voz aguda de un niño daba la réplica, y, de vez en cuando, un sacerdote sentado en un escaño del coro, tocado con un birrete, se levantaba, farfullaba algo y volvía a sentarse, mientras los tres cantores volvían a entonar, clavando la mirada en el libraco del canto gregoriano abierto delante de ellos y sostenido por las alas desplegadas de un águila de madera montada sobre un pivote.

Luego se hizo el silencio. Los fieles, todos a la vez, se pusieron de rodillas y apareció el celebrante, anciano, venerable, con el pelo blanco, reclinado sobre el cáliz que sostenía en la mano izquierda. Le precedían dos clérigos con hábito rojo y, detrás, apareció un grupo de cantores calzados con zapatones que se alinearon a ambos lados del coro.

En medio del gran silencio tintineó una campanilla. Dio comienzo el oficio divino. El sacerdote pasaba lentamente por delante del tabernáculo de oro, hacía genuflexiones, salmodiaba con su voz cascada, trémula por la vejez, las oraciones preparatorias. Apenas calló, todos los cantores y el serpentón estallaron al unísono, y también algún hombre se puso a cantar en la iglesia, pero con voz menos alta y más humilde, como conviene a los fieles.

De repente el *Kyrie Eleison* subió a los cielos, salido de todos los pechos y de todos los corazones. Motas de polvo y briznas de madera carcomida llovían de la bóveda antigua, sacudida por esta explosión de gritos. El sol que daba en las pizarras del tejado había encendido la pequeña iglesia como un horno; y una gran conmoción, una espera ansiosa, el acercarse del inefable misterio, encogía el corazón de los niños, hacía un nudo en la garganta de sus madres.

El sacerdote, que se había sentado un momento, volvió a subir hacia el altar y, con la cabeza desnuda y cubierta de pelo plateado, con gestos temblorosos se acercaba al instante sobrenatural.

Se volvió hacia los fieles y, extendiendo las manos hacia ellos, dijo: «Orate, fratres», «rezad, hermanos». Todos se pusieron a rezar. El viejo párroco balbuceaba ahora en voz baja las palabras misteriosas y supremas; la campanilla tintineaba una y otra vez; la multitud prosternada invocaba a Dios; los niños languidecían en una desmedida ansiedad.

En ese momento Rosa, con la frente entre las manos, se acordó de repente de su madre, de la iglesia de su pueblo, de su primera comunión. Tuvo la impresión de que había vuelto a ese día, cuando era muy chiquitina, inundada en su vestido blanco, y se puso a llorar. Primero lloró quedamente, lentas lágrimas le brotaban de los párpados, luego, con los recuerdos, aumentó la emoción y, con el cuello hinchado, el pecho palpitante, empezó a sollozar. Se había sacado el pañuelo, se secó los ojos, se tapó nariz y boca para no gritar, pero fue en vano: una especie de estertor salió de su garganta, al que respondieron otros dos suspiros profundos, desgarradores; y era que las dos que tenía al lado, Louise y Flora, postradas junto a ella, asaltadas por los mismos lejanos recuerdos, gemían también derramando torrentes de lágrimas.

Pero como las lágrimas son contagiosas, la *madame* sintió a su vez que se le humedecían los párpados y, volviéndose hacia su cuñada, vio que todo su banco lloraba también.

El sacerdote daba vida al cuerpo de Dios. Los niños tenían la mente en blanco, doblados sobre las losas por una especie de religioso temor, y, en la iglesia, aquí y allá, una mujer, una madre, una hermana, embargada por la extraña simpatía de las emociones profundas, y conmovida también por aquellas guapas señoras arrodilladas, sacudidas por convulsiones e hipos, humedecía su pañuelo de indiana a cuadros y, con la mano izquierda, se apretaba con fuerza el palpitante corazón.

Como la yesca que prende fuego a un campo de mieses maduras, las lágrimas de Rosa y de sus compañeras contagiaron en un instante a todo el mundo. Hombres, mujeres, ancianos, mozalbetes con blusón nuevo, todos sollozaron al punto, y sobre su cabeza parecía gravitar algo sobrehumano, un alma expandida, el aliento prodigioso de un ser invisible y todopoderoso.

Entonces, en el coro de la iglesia resonó un toquecito seco: la monja, golpeando sobre su libro, daba la señal de la comunión; y los niños, temblando de una fiebre divina, se acercaron a la mesa del Señor.

Toda una fila se arrodilló. El viejo párroco, portando el copón de plata sobredorada, pasaba por delante de ellos, ofreciéndoles con dos dedos la sagrada hostia, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo. Ellos abrían la boca entre espasmos y visajes nerviosos, con los ojos cerrados y el semblante palidísimo; y el largo paño extendido bajo sus barbillas temblaba como agua que fluye.

De pronto la iglesia se vio recorrida por una especie de locura, por un rumor de multitud en delirio, por una tempestad de sollozos y de gritos ahogados. Fue como una de esas ventoleras que doblegan los bosques; y el sacerdote permanecía de pie, inmóvil, con una hostia en la mano, paralizado por la emoción, diciéndose: «Es Dios, Dios que viene en medio de nosotros, que manifiesta su presencia, que a mi llamada desciende sobre su pueblo postrado de rodillas». Y balbucía oraciones atropelladas, sin dar con las palabras, oraciones del alma, en un furioso impulso hacia el cielo.

Acabó de dar la comunión con tal sobreexcitación de fe que le flaqueaban las piernas, y cuando él mismo hubo bebido la sangre de su Señor se entregó a una enardecida acción de gracias.

A sus espaldas el pueblo se iba calmando poco a poco. Los cantores, realzados en su dignidad por el roquete blanco, reanudaron el canto con voces menos seguras, bañadas aún en lágrimas; y hasta el serpentón parecía enronquecido, como si también él hubiera llorado.

Entonces el sacerdote alzó las manos, haciendo una seña de que se guardara silencio y, pasando entre las dos filas de comulgantes extasiados de felicidad, avanzó hasta la reja del coro.

Los fieles se habían sentado en medio de un ruido de sillas, y todos se sonaban ahora la nariz con fuerza. Cuando vieron al cura guardaron silencio, y él empezó a hablar con un tono de voz muy bajo, vacilante, velado:

—Amadísimos hermanos y hermanas, hijos míos, os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón: me acabáis de dar la más grande alegría de mi vida. He sentido descender a Dios sobre nosotros a mi llamada. Ha venido, estaba aquí, presente, llenaba vuestras almas, hacía que vuestros ojos se desbordaran. Soy el más viejo sacerdote de la diócesis y hoy soy también el más feliz. Se ha obrado un milagro en medio de nosotros: un verdadero, grande y sublime milagro. Mientras Jesucristo entraba por primera vez en el cuerpo de estos chiquillos, el Espíritu Santo, la paloma celestial, el aliento de Dios, ha descendido sobre vosotros, se ha adueñado de vosotros, os ha agarrado y doblado como cañas al viento.

Luego, con voz más clara, volviéndose hacia los dos bancos en los que estaban las invitadas del carpintero, agregó:

—Gracias sobre todo a vosotras, mis amadas hermanas, que habéis acudido de tan lejos, y que con vuestra fe manifiesta, con vuestra piedad tan viva nos habéis dado a todos nosotros un ejemplo saludable. Vosotras sois un modelo para mi parroquia, pues con vuestra emoción habéis dado calor a todos los corazones y quizá, sin vosotras, esta jornada no habría tenido este carácter verdaderamente divino. A veces basta con una sola oveja elegida para decidir al Señor a descender en medio de su grey.

Le fallaba la voz. Añadió:

—Es la gracia que os deseo a todos. Amén.

Y volvió a subir al altar para concluir el oficio.

Todos ahora tenían prisa por irse. También los niños se agitaban, cansados de una tan larga tensión espiritual. Tenían, por otra parte, hambre y los padres comenzaron poco a poco a salir, sin esperar al evangelio final, para terminar los preparativos de la comida.

A la salida se produjo un barullo, un barullo ruidoso, un guirigay de voces

chillonas, marcadas por el acento normando. La gente hacía calle, y cuando aparecieron los chiquillos, cada familia se precipitó hacia el suyo.

Constance se vio rodeada, aferrada, besada por todo el mujerío de la casa. Rosa, sobre todo, no se cansaba de besarla. Al final la cogió de una mano, la señora Tellier de la otra; Raphaële y Fernande le levantaban la larga falda de muselina para que no la arrastrase por el polvo; Louise y Flora cerraban el cortejo con la señora Rivet; y la niña, en actitud de recogimiento, llena del Dios que llevaba dentro de sí, echó a andar en medio de la escolta de honor.

El banquete estaba servido en el taller en unos largos tablones colocados sobre caballetes.

La puerta abierta, que daba a la calle, dejaba entrar toda la alegría del pueblo. En todas partes la gente se regalaba. Por todas las ventanas se veía a personas endomingadas en la mesa y se oían gritos de jolgorio en todas las casas. Los campesinos, en mangas de camisa, bebían sidra pura a trago limpio, y en medio de cada grupo se veía a dos niños, aquí a dos chiquillas, allá a dos chavales, que comían en esta o aquella familia.

De vez en cuando, bajo el pesado calor del mediodía, un faetón cruzaba el pueblo al trote saltarín de una vieja jaca, y el hombre con blusón que conducía echaba una mirada de envidia ante toda aquella exhibición de manjares.

En casa del carpintero, la alegría mantenía una cierta reserva, un resto de la emoción de la mañana. Sólo Rivet estaba alegre y empinaba el codo de lo lindo. La señora Tellier consultaba la hora a cada instante, pues para no tener cerrado dos días seguidos había que coger el tren de vuelta de las 3.55 que llegaría a Fécamp hacia el atardecer.

El carpintero hacía todo lo posible para distraer a sus huéspedes a fin de retenerlas hasta el día siguiente; pero la *madame* no se dejaba engatusar; no había broma que valiera cuando andaban los negocios de por medio.

Inmediatamente después del café, ordenó a sus pupilas que fueran a prepararse deprisa; luego se dirigió a su hermano:

—Ve enseguida a enganchar el caballo. —Y ella misma fue a acabar de prepararse.

Cuando bajó, la cuñada la estaba esperando para hablarle de la niña, y se entabló una larga conversación, en la que no se llegó a ningún resultado. La campesina ponía en juego su astucia, fingiéndose emocionada, pero la señora Tellier, que tenía a la pequeña sobre sus rodillas, no se comprometió a nada e hizo promesas vagas: ya se ocuparía de la niña, tiempo había para ello, y además volverían a verse.

Mientras tanto el birlocho no llegaba y las mujeres no bajaban. Es más, de arriba llegaban unas grandes carcajadas, bullicio, estallidos de gritos, aplausos. Entonces, mientras la mujer del carpintero iba al establo a ver si la tartana estaba lista, la

madame decidió subir.

Rivet, muy bebido y a medio desvestir, trataba en vano de forzar a Rosa, que se partía de risa. Las dos Bombas le retenían por los brazos y trataban de calmarle, disgustadas por aquella escena después de la ceremonia de la mañana; pero Raphaële y Fernande le pinchaban, tronchándose y aguantándose la tripa; y soltando gritos agudos a cada inútil intento del borracho. Él, furioso, el rostro encendido y despechugado, se sacudía de encima con violentos esfuerzos a las dos mujeres que le tenían agarrado y, tirando con todas sus fuerzas de las faldas de Rosa, farfullaba:

—¿Por qué no quieres, so guarra?

La *madame*, indignada, se abalanzó sobre su hermano, le cogió por los hombros y lo echó fuera con tanta violencia que lo estampó contra la pared.

Un minuto después se le oyó en el patio echarse agua sobre la cabeza con la bomba; y cuando reapareció con el birlocho estaba ya totalmente apaciguado.

Se pusieron en camino como la víspera, y el caballejo blanco partió con su trote vivo y saltarín.

Bajo el ardiente sol renació la alegría que se había mitigado durante la comida. Ahora las muchachas se divertían con los barquinazos del carricoche, e incluso empujaban las sillas de las vecinas, rompiendo a reír a cada instante, alegradas también por los vanos intentos de Rivet.

Una refulgente luz llenaba los campos, una luz que cegaba los ojos; y las ruedas levantaban dos surcos de polvo que remolineaban largo rato detrás del vehículo por el camino real.

De pronto Fernande, que era aficionada a la música, le suplicó a Rosa que cantara algo; y ésta atacó gallardamente «El gordo cura de Meudon». Pero la *madame* la hizo callar de inmediato, pareciéndole que aquella cancioncilla era poco adecuada para aquel día.

—Cántanos, más bien, algo de Béranger —añadió.

Rosa, tras vacilar unos segundos, hizo su elección y con voz cascada atacó «La abuela»:

Ma grand-mère, un soir à sa fête,
De vin pur ayant bu deux doigts,
Nous disait, en branlant la tête:
Que d'amoureux j'eus autrefois!
Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu![4]

Y el coro de muchachas, dirigido por la *madame* misma, repetía:

Combien je regrette
Mon bras si dodu,

Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu!

—¡Bien dicho! —declaró Rivet, encendido por el estribillo; y continuó al punto:

Quoi, maman, vous n'étiez pas sage?
—Non, vraiment! et de mes appas,
Seule, à quinze ans, j'appris l'usage,
Car, la nuit, je ne dormais pas.[5]

Todas vociferaron al unísono el estribillo; y Rivet golpeaba con el pie en el varal, marcando el compás con las riendas sobre la grupa de la blanca jaca, que se puso a galopar, como si también ella se viera transportada por el ritmo vivo, un galope desenfrenado que hizo estampar a aquellas señoras contra el fondo del birlocho, amontonadas unas sobre otras.

Ellas se incorporaron riendo como locas. Y la canción continuó, cantada a voz en grito a través de los campos, bajo el sol abrasador, en medio de las mieses en sazón, al paso endiablado del caballejo que ahora se desbocaba a cada repetición del estribillo, y cada vez recorría cien metros al galope, para gran alegría de los viajeros.

De trecho en trecho, algún picapedrero alzaba la cabeza y, a través de la careta de malla metálica, miraba el carricoche endemoniado y aullante correr en medio del polvo.

Cuando se apearon delante de la estación, el carpintero se emocionó:

—Lástima que os vayáis, nos lo habríamos pasado en grande.

La *madame* le respondió con sensatez:

—Cada cosa a su debido tiempo, la diversión no puede durar eternamente.

Entonces una idea iluminó la mente de Rivet:

—Bien, iré a veros a Fécamp el mes próximo.

Y miró a Rosa con aire astuto, con ojos relucientes y picarones.

—Está bien —concluyó la *madame*—, hay que ser sensato; ven pues, si quieres, pero no te dejaré hacer tonterías.

Él no respondió y, como se oía pitar el tren, se puso inmediatamente a dar un beso a todas. Cuando le tocó a Rosa, se empeñó en encontrar su boca, que ella, riendo tras sus labios cerrados, le hurtaba cada vez haciéndose rápidamente a un lado. La estrechaba entre sus brazos, pero no podía lograr su propósito, molestado por la gran fusta que llevaba en la mano y que, en sus esfuerzos, agitaba desesperadamente tras la espalda de la mujer.

—¡Viajeros para Ruán, al tren! —gritó el jefe de estación.

Ellas subieron.

Se oyó un débil silbato, repetido de inmediato por el pitido poderoso de la locomotora que expulsó ruidosamente el primer chorro de vapor, mientras las ruedas comenzaban a girar con visible esfuerzo.

Rivet, tras salir de la estación, se fue corriendo al paso a nivel para ver una vez más a Rosa; y cuando el coche lleno de aquella mercancía humana pasó por delante de él, hizo restallar su fusta, dando saltos y gritando a voz en grito:

Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite
Et le temps perdu!

Y se quedó mirando cómo se alejaba un pañuelito blanco que agitaban.

III

Durmieron hasta la llegada, con el plácido sueño de quien tiene la conciencia tranquila; y cuando volvieron a casa, frescas y descansadas, para el trabajo de todas las noches, la *madame* no pudo dejar de decir:

—¿Sabéis que añoraba ya mi casa?

Cenaron rápido y, tras ponerse de nuevo el traje de combate, esperaron a la clientela habitual; y la lamparilla encendida, la lamparilla de capillita, indicaba a los viandantes que la grey había vuelto al redil.

La noticia corrió en un abrir y cerrar de ojos, no se sabe cómo ni por medio de quién. El señor Philippe, el hijo del banquero, llevó su amabilidad hasta el punto de informar con un telegrama al señor Tournevau, prisionero de su familia.

Todos los domingos el salador invitaba a cenar a varios primos, y estaban tomando el café cuando se presentó un hombre con una misiva. El señor Tournevau, bastante emocionado, rasgó el sobre y palideció: «Recobrado cargamento de bacalao; barco entrado en puerto; buen negocio para nosotros. Venga rápido».

Se hurgó en los bolsillos, dio veinte céntimos de propina al mandadero y, ruborizándose de repente hasta las cejas, dijo:

—Tengo que irme.

Y alargó a su mujer el lacónico y misterioso billete. Llamó y, cuando se presentó la criada, dijo:

—Rápido, rápido, el gabán y el sombrero.

Apenas estuvo en la calle, echó a correr silbando, y su impaciencia era tan viva que el trayecto le pareció el doble de largo.

Reinaba en la casa Tellier un ambiente de fiesta. En la planta baja, las voces estruendosas de los descargadores del puerto armaban un ruido ensordecedor. Louise y Flora no sabían ya a quién atender, bebían con uno y con otro, mereciendo más que nunca el apelativo de las dos Bombas.[6] Las llamaban todos a la vez; no daban ya abasto y para ellas la noche se presentaba llena de trabajo.

El cenáculo del primer piso estaba ya al completo desde las nueve. El señor

Vasse, juez del Tribunal de Comercio y adorador oficial pero platónico de la *madame*, estaba charlando bajito con ella en un rincón; y ambos sonreían como si fueran a cerrar un acuerdo. El señor Poulin, ex alcalde, tenía a horcajadas sobre sus piernas a Rosa, la cual, con la nariz pegada a él, paseaba sus cortas manos sobre las patillas canas del buen hombre. La falda de seda amarilla, levantada, enseñaba dos dedos de muslo desnudo que resaltaban sobre el negro de los pantalones; y ceñía las medias rojas una liga azul, regalo del viajante.

La alta Fernande, tumbada en el sofá, apoyaba los dos pies sobre la panza del señor Pimpesse, el recaudador de impuestos, y el torso contra el chaleco del joven señor Philippe, a quien rodeaba el cuello con la mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía el cigarrillo.

Raphaële parecía estar en tratos con el señor Dupuis, el agente de seguros, y concluyó la conversación con estas palabras:

—Sí, tesoro, esta noche con mucho gusto. —Luego, haciendo sola un rápido giro de vals por el salón, añadió—: Esta noche todo lo que quiera —gritó.

Se abrió bruscamente la puerta de par en par y apareció el señor Tournevau.

—¡Viva Tournevau!

Y Raphaële, que estaba aún haciendo piruetas, fue a parar encima de él.

Él la estrechó en un abrazo extraordinario y, sin decir una palabra, alzándola del suelo como si fuera una pluma, atravesó la sala, llegó a la puerta del fondo y desapareció escalera arriba hacia las habitaciones, con su fardo viviente, en medio de los aplausos.

Rosa, que encendía al ex alcalde, besándole una y otra vez y tirándole al mismo tiempo de las patillas para mantenerle erguida la cabeza, aprovechó el ejemplo:

—Vamos, haga como él —dijo.

Entonces el buen hombre se levantó y, reajustándose el chaleco, siguió a la muchacha mientras se rebuscaba en el bolsillo donde dormía su dinero.

Fernande y la *madame* se quedaron solas con los cuatro hombres, y el señor Philippe exclamó:

—Invito a champán: señora Tellier, mande a buscar tres botellas.

Entonces Fernande, abrazándole, le susurró al oído:

—¿Por qué no nos toca algo para que bailemos?

Él se levantó y, sentado delante de la secular espineta, olvidada en un rincón, hizo salir del vientre gemebundo del instrumento un vals ronco, lacrimoso. La alta muchacha cogió por el talle al recaudador, la *madame* se confió a los brazos del señor Vasse, y las dos parejas empezaron a hacer evoluciones intercambiándose besos. El señor Vasse, que había bailado antaño en sociedad, se prodigaba en cumplidos, y la *madame* le miraba fascinada, con esa mirada que dice «sí», un «sí» más discreto y

delicioso que una palabra.

Frédéric trajo el champán. Saltó el primer corcho y el señor Philippe tocó la invitación para una contradanza.

Los cuatro bailarines ejecutaron el paseo como se hace en sociedad, dignamente, con distinción, entre reverencias y saludos.

Después, comenzaron a beber. Reapareció el señor Tournevau, satisfecho, aliviado, radiante. Exclamó:

—No sé qué le pasa a Raphaële, pero esta noche está perfecta.

Se bebió de un trago la copa que le ofrecieron, diciendo:

—¡Por Dios, qué lujos!

Inmediatamente, el señor Philippe se marcó una animada polca y el señor Tournevau se puso a bailar con la guapa judía, a la que mantenía elevada en el aire, sin hacerle tocar el suelo con los pies. El señor Pimpesse y el señor Vasse empezaron con renovado brío. De vez en cuando una de las parejas se paraba delante de la chimenea para apurar ávidamente una copa de vino espumoso; y parecía que aquel baile no fuera a acabarse nunca, cuando Rosa abrió la puerta con una palmatoria en la mano. Iba con el pelo suelto, en zapatillas, en camisa, excitada y con el rostro encendido:

—Quiero bailar —exclamó.

—¿Y tu viejo? —preguntó Raphaële.

Rosa soltó una carcajada:

—¿Ése? Ya duerme, se duerme enseguida.

Cogió al señor Dupuis, que se había quedado desocupado en el diván, y la polca se reanudó.

Pero las botellas estaban vacías.

—Yo pago una —dijo el señor Tournevau.

—También yo —anunció el señor Vasse.

—Y yo otra —concluyó el señor Dupuis.

Entonces todos rompieron en aplausos.

La cosa se iba organizando, se convertía en un verdadero baile. De vez en cuando incluso, Louise y Flora subían a toda prisa, daban una rápida vuelta de vals, mientras sus clientes, abajo, se impacientaban; luego regresaban a todo correr a su café, con el corazón apesadumbrado.

A medianoche, se seguía bailando. A veces una de las muchachas desaparecía, y cuando se la buscaba para formar otra pareja, reparaban en que faltaba también un hombre.

—¿De dónde salís? —preguntó en tono guasón el señor Philippe, justo en el momento en que el señor Pimpesse volvía con Fernande.

—De ver dormir al señor Poulin —respondió el recaudador.

Aquella salida tuvo un enorme éxito; y todos, por turno, subían a ver dormir al señor Poulin, con una u otra de las señoritas, que, aquella noche, dieron prueba de una gentileza inimaginable. La *madame* hacía la vista gorda; y en los rincones tenía largos conciliábulos con el señor Vasse, como para ponerse de acuerdo sobre los últimos flecos de un asunto ya concluido.

Finalmente, a eso de la una, los dos hombres casados —el señor Tournevau y el señor Pimpesse— anunciaron que se iban y quisieron pagar la cuenta. Sólo se les cobró el champán y, por si fuera poco, a seis francos la botella en vez de los habituales diez. Y como parecían extrañados de tanta generosidad, la *madame*, radiante, les respondió:

—No todos los días es fiesta.

LA CHICA DE PAUL*

El restaurante Grillon, ese falansterio de los aficionados al remo, se vaciaba lentamente. Delante de la entrada reinaba una confusión de gritos, de llamadas; y los mocetones en camiseta blanca gesticulaban con los remos al hombro.

Las mujeres, con claros atuendos primaverales, embarcaban con precaución en las yolas, se sentaban al timón, acomodando sus vestidos, mientras el dueño del restaurante, un hombrón de barba pelirroja, famoso por su fuerza, daba la mano a las lindas mujercitas mientras mantenía en equilibrio las frágiles embarcaciones.

Los remeros se colocaban a su vez, con los brazos desnudos y sacando pecho, posando para la galería, una galería formada de burgueses endomingados, de obreros y de soldados acodados en la baranda del puente y muy atentos a aquel espectáculo.

Una a una, las embarcaciones se despegaban del pontón. Los remeros se inclinaban hacia delante, para luego echarse hacia atrás con un movimiento regular; y, bajo el empuje de los largos remos curvos, las rápidas yolas se deslizaban por el río, se alejaban, se hacían diminutas, hasta desaparecer finalmente bajo el otro puente, el del ferrocarril, rumbo a la «Charca de las Ranas».

Se había quedado sólo una pareja. El joven, casi imberbe aún, delgado, pálido de rostro, tenía cogida de la cintura a su amante, una morenita flaca que se movía como un saltamontes; y de tanto en tanto se miraban al fondo de los ojos.

El dueño gritó:

—Vamos, señor Paul, dese usted prisa.

Y los dos se acercaron.

De todos los clientes de la casa, el señor Paul era el más querido y respetado. Pagaba bien y puntualmente, mientras que los demás se hacían mucho de rogar, cuando no desaparecían sin pagar. Y, además, representaba para el local una especie de publicidad viviente, porque su padre era senador. Cuando un extraño preguntaba: «¿Quién es ese mozuelo, que está tan loquito por su damisela?», algún cliente respondía a media voz, con tono de importancia y de misterio: «Es Paul Baron, ¿no le conoce?, el hijo del senador…». E invariablemente el otro no podía dejar de decir: «¡Pobrecito! Sí que está colado por ella».

La señora Grillon, una buena mujer, conocedora del negocio, llamaba al joven y a

su compañera «mis tortolitos», y parecía muy enternecida por aquel amor que era rentable para su local.

La pareja avanzaba despacito; la yola *Madeleine* estaba lista; en el momento de subir a ella se besaron, entre las risas del público que atestaba el puente. Luego el señor Paul cogió los remos y se dirigió asimismo hacia la Charca de las Ranas.

Cuando llegaron eran casi las tres, y el gran café flotante regurgitaba de gente.

La enorme balsa, cubierta con un tejado alquitranado que sostienen unas columnas de madera, está unida con la encantadora isla de Croissy por dos pasarelas, una de las cuales se adentra hasta el centro de ese local acuático, mientras que la otra une su extremo con un minúsculo islote en el que hay plantado un árbol que recibe el nombre del «Tiesto de flores», y, desde allí, llega hasta tierra, junto a la casa de baños.

Paul amarró su embarcación a un lado de la balsa, salvó la barandilla del café y acto seguido, cogiendo a su amante de las manos, la alzó, y los dos se sentaron en un extremo de una mesa, frente por frente.

Al otro lado del río, en el camino de sirga, había alineada una larga fila de carruajes de lujo. Los coches de plaza alternaban con los elegantes carruajes de los lechuguinos: los unos pesados, con el enorme vientre que aplastaba los resortes, enganchados a un rocín con la testuz inclinada y las rodillas castigadas; esbeltos los otros, airosos sobre sus delgadas ruedas, con caballos de patas finas y tensas, el cuello erguido, bocados blancos de espuma, mientras el cochero, muy digno con su librea, con la cabeza rígida dentro de su gran cuello, se mantenía tieso con la fusta sobre una rodilla.

La orilla estaba atestada de gente que llegaba en familia o en grupos, en pareja o sola. Arrancaban alguna brizna de hierba, bajaban hasta el agua, volvían a subir hasta el camino, y todos, una vez llegados al mismo punto, se paraban en espera del barquero. La pesada balsa iba continuamente de una orilla a la otra, descargando a los viajeros en la isla.

El brazo del río (llamado el brazo muerto), al que se asoma ese café flotante, parecía dormir, tan débil era la corriente. Flotas de yolas, de esquifes, de piraguas, de podoscafos, de *gigs*, de embarcaciones de toda forma y tipo, surcaban las inmóviles aguas, se cruzaban, se mezclaban, se abordaban, se paraban bruscamente por una sacudida de los brazos, para ponerse de nuevo en movimiento con un brusco esfuerzo de los músculos, deslizándose velozmente como largos peces amarillos o rojos.

A continuación llegaban otras sin cesar: las unas de Chatou, aguas arriba; las otras de Bougival, aguas abajo; y en el agua, de una barca a la otra, se cruzaban carcajadas, llamadas, preguntas, insultos. Los remeros exponían al ardor del sol la carne bronceada y modelada de sus bíceps; y, semejantes a flores exóticas, a flores flotantes, se abrían en la popa de las canoas las sombrillas de seda roja, verde, blanca

o azul de las timoneras.

Un sol de julio llameaba en medio del cielo; el aire parecía colmado de una encendida alegría; ni siquiera un soplo de brisa movía las hojas de los sauces y de los álamos.

A lo lejos, enfrente, el inevitable Mont-Valérien ostentaba en la cruda luz sus escarpas fortificadas; mientras que, a la derecha, el encantador collado de Louveciennes, siguiendo la curva del río, se redondeaba en semicírculo, dejando entrever a veces, a través de la frondosa y oscura vegetación de los grandes jardines, los muros blancos de las casas de campo.

En las cercanías de la Charca de las Ranas, una multitud de paseantes circulaba bajo los árboles gigantescos que hacen de ese rincón de la isla el parque más delicioso del mundo. Mujeres y muchachas de cabellos rubios, senos desmesuradamente grandes, nalgas exageradas, caras embadurnadas de afeite, ojos sombreados con crayón, labios color sangre, llenas de lazos y ceñidísimas en unos vestidos extravagantes, paseaban por los frescos céspedes el mal gusto chillón de sus atavíos; mientras que a su lado posaban unos jóvenes ridículamente vestidos según los figurines de moda, con guantes de color claro, botas de charol, junquillos delgados como hilos y monóculos que no hacían sino acentuar lo estúpido de su sonrisa.

Justo en la Charca de las Ranas la isla queda estrangulada y, en la orilla opuesta, donde también funciona una barcaza que transporta ininterrumpidamente a la gente de Croissy, el brazo de agua rápido, lleno de torbellinos, remolinos y espuma, discurre como un torrente. Un destacamento de pontoneros, en uniforme de artillería, acampa en esa orilla, y los soldados, sentados en fila en un largo madero, miraban pasar las aguas.

En el café flotante reinaba una tremenda y vociferante barahúnda. Las mesas de madera, en las que las bebidas derramadas formaban delgados arroyuelos pringosos, estaban cubiertas de vasos medio vacíos y rodeadas de personas medio ebrias. Todo este gentío gritaba, cantaba, berreaba. Los hombres, con el sombrero echado hacia atrás, los rostros enrojecidos y los ojos brillosos de los borrachos, se agitaban voceando, por esa necesidad de armar jaleo propia de los brutos. Las mujeres, en busca de una presa para la noche, se hacían pagar la bebida mientras esperaban; y en el espacio libre entre las mesas, dominaba el acostumbrado público de aquellos lugares, una legión de remeros vocingleros con sus compañeras en faldilla de franela.

Uno de ellos bregaba con el piano y parecía tocar con pies y manos; cuatro parejas bailaban dando saltos una contradanza, observados por algunos jóvenes elegantes y correctos, que habrían parecido respetables si, a pesar de todo, la tara del vicio no hubiera sido evidente.

Pues, en efecto, en aquel lugar puede olerse a pleno pulmón toda la hez de la

sociedad, toda la crápula distinguida, toda la podredumbre del mundo parisino: mezcla de horteras, de comicastros, de periodistas de ínfima categoría, de caballeros de sangre en cargos de curador, de turbios bolsistas, de juerguistas de mala nota, de viejos vividores podridos; equívoca mezcolanza de todos los seres dignos de sospecha, conocidos a medias, perdidos a medias, respetados a medias, deshonrados a medias, timadores, bribones, proxenetas, caballeros de industria de aspecto digno, aire de matasiete que parece decir: «Al primero que me trate de bribón, me lo cargo».

Aquel lugar rezuma estupidez, apesta a la canallada y a la galantería propia de un bazar. Varones y hembras están cortados por el mismo patrón. Flota en el ambiente un tufillo a amor y se enzarzan por un quítame allá esas pajas, a fin de defender unas reputaciones podridas que el sable o las balas de pistola no hacen sino hundir más aún.

Algunos vecinos de los alrededores van allí a curiosear los domingos; algunos jóvenes, muy jóvenes, llegan cada año, para aprender a vivir. Algunos paseantes van a dar una vuelta por el lugar; algunos ingenuos a perderse allí.

Con razón se le llama la Charca de las Ranas. Al lado de la balsa cubierta donde se sirven bebidas, y muy cerca del «Tiesto de Flores», la gente se baña. Las mujeres con suficientes redondeces acuden allí a mostrar al desnudo su mercancía y en busca de clientes. Las otras, desdeñosas y bien rellenas de algodón, sostenido a fuerza de elásticos, enderezadas por aquí, modificadas por allá, miran cómo chapotean sus hermanas con aire de desprecio.

Sobre una pequeña plataforma se apretujan los nadadores para zambullirse. Hechos unos espárragos, redondos como calabazas, nudosos como ramas de olivo, curvados hacia delante o echados hacia atrás a causa de su gran panza e invariablemente feos, saltan al agua salpicando a quienes están tomando algo en el café.

Pese a los inmensos árboles que se curvan sobre la casa flotante y a la proximidad del agua, un calor sofocante llenaba aquel lugar. Los efluvios de los licores derramados se mezclaban con el olor de los cuerpos y de los fuertes perfumes de que estaba impregnada la piel de las vendedoras de amor, y que se evaporaban en aquel horno. Pero por debajo de todos aquellos distintos olores flotaba un aroma ligero a polvos de tocador que a veces desaparecía, reaparecía, y siempre se reencontraba, como si una mano escondida hubiera sacudido en el aire una borla para polvos invisible.

El espectáculo estaba en el río, donde el ir y venir incesante de las barcas atraía las miradas. Las remeras se exhibían en los asientos, delante de sus varones de recias muñecas, y ellas miraban con desprecio a las mendigantes de cenas que rondaban por la isla.

A veces, al pasar un equipo lanzado a toda velocidad, los amigos que habían

descendido a tierra lanzaban unos gritos y todo el público, presa de repentina locura, se ponía entonces a dar alaridos.

En el recodo del río, hacia Chatou, se veían de continuo nuevas barcas. Éstas se acercaban, se hacían más grandes y, a medida que se reconocía los rostros, se alzaban otros clamores.

Un bote cubierto con una toldilla, con cuatro mujeres a bordo, descendía lentamente la corriente. La que remaba era menuda, flaca, ajada, vestida de grumete con el pelo recogido bajo un sombrero de hule. Enfrente de ella, una rubia fondona, vestida de hombre, con una chaqueta de franela blanca, estaba tumbada de espaldas en la popa del bote, con las piernas al aire a ambos lados del banco de la remera, y fumaba un cigarrillo, mientras que a cada golpe de remos su pecho y su vientre temblaban, zarandeados por la sacudida. Detrás, debajo de la toldilla, dos guapas muchachas altas y esbeltas, la una morena y la otra rubia, estaban cogidas de la cintura sin apartar la vista de sus compañeras.

Partió un grito de la Charca de las Ranas: «¡Ya llega Lesbos!» y, de golpe, se alzó un clamor de furia; se produjo un espantoso bullicio; los vasos caían; la gente se subía a las mesas; todos, en medio de un ruidoso delirio, vociferaban: «¡Lesbos! ¡Lesbos! ¡Lesbos!». El grito se extendía, se volvía indistinto, hasta no ser ya sino una especie de espantoso aullido, y de repente parecía alzarse de nuevo, ascender a los cielos, cubrir la llanura, hinchar el tupido follaje de los grandes árboles, expandirse hasta las colinas lejanas, alcanzar el sol.

La remera, al oír esta ovación, se detuvo tranquilamente. La gorda rubia tumbada en el fondo del bote volvió la cabeza con un aire indolente, incorporándose sobre los codos; y las dos guapas muchachas, desde detrás, se echaron a reír saludando a la multitud.

Entonces redobló el vocerío, haciendo temblar el café flotante. Los hombres alzaban sus sombreros, las mujeres agitaban sus pañuelos, y todas las voces, agudas o graves, gritaban al unísono: «¡Lesbos!». Se hubiera dicho que aquella muchedumbre, aquella panda de corrompidos, saludara a un caudillo, como esas escuadras que disparan los cañones cuando un almirante pasa por delante de ellas.

También la nutrida flotilla de barcas aclamaba al bote de las mujeres, que prosiguió su marcha soñolienta para tocar tierra algo más lejos.

El señor Paul, al contrario que los demás, se había sacado una llave del bolsillo y silbaba con todas sus fuerzas. Su amante, nerviosa y más pálida aún, le agarraba del brazo para hacerle callar y le miraba fijamente, esta vez con ojos de ira. Pero él parecía exasperado, como sublevado por unos celos de macho, por un furor profundo, instintivo, desordenado. Balbució, con los labios temblorosos de indignación:

—¡Es una vergüenza! ¡Deberían ahogarlas como a unas perras, con una piedra al cuello!

De repente, Madeleine montó en cólera; su agria vocecita se volvió silbante, expresándose con locuacidad, como para defender su propia causa:

—¿Y a ti qué te importa? ¿No son libres de hacer lo que les plazca, pues no deben dar cuenta a nadie de nada? Déjalas en paz con tus modales, y ocúpate de tus asuntos…

Pero él la cortó.

—¡Ya se encargará la policía de ello, y yo de que las metan en Saint-Lazare![1]

Ella se sobresaltó:

—¿Tú?

—¡Sí, yo! Y, mientras tanto, te prohíbo hablar con ellas, ¿entendido? ¡Te lo prohíbo!

Entonces ella se encogió de hombros y, calmada de repente, dijo:

—Mira, guapo, yo hago lo que me da la gana y me place; y si no te parece bien ya puedes largarte ahora mismo. No soy tu mujer, así que cállate.

Él no contestó y se quedaron así, cara a cara, con la boca contraída y la respiración jadeante.

Por el otro extremo del gran café de madera hacían su entrada las cuatro mujeres. Las dos vestidas de hombre caminaban delante: la una delgada y que parecía un mozalbete avejentado, con canas amarillentas en las sienes; la otra llenaba con su gordura el traje de franela blanca, abombando con sus nalgas los anchos pantalones y contoneándose como una oca cebada, con unos muslos enormes y las rodillas hundidas. Les seguían sus dos amigas y la multitud de remeros iba a darles la mano.

Habían alquilado entre las cuatro un chalecito a orillas del agua, y vivían allí, como dos parejas casadas.

Su vicio era público, oficial, patente. Se hablaba de él como de algo natural, que las hacía casi simpáticas, y se cuchicheaban en voz baja historias extrañas, dramas nacidos de furiosos celos femeninos, y de visitas secretas a la caseta de la orilla del río de mujeres conocidas, de actrices.

Un vecino, indignado por aquellos rumores escandalosos, había dado aviso a la gendarmería, y se había presentado el cabo con un gendarme para efectuar una investigación. Era una misión delicada; al fin y al cabo, no podía reprocharse nada a aquellas mujeres que no se dedicaban a la prostitución. El cabo, muy perplejo y hasta ignorando la naturaleza de los presuntos delitos de que se trataba, hizo algunas preguntas al buen tuntún y redactó un informe descomunal en que se las declaraba inocentes.

Las risas se habían oído hasta en Saint-Germain.

Cruzaron a paso lento, como unas reinas, el establecimiento de la Charca de las Ranas; parecían orgullosas de su celebridad, felices de las miradas fijas en ellas, superiores a esa multitud, a esa turba, a esa plebe.

Madeleine y su amante las miraban venir y en los ojos de la muchacha se encendía una llama.

Cuando las dos primeras estuvieron en el extremo de la mesa, Madeleine exclamó:

—¡Pauline!

La gorda se volvió, se detuvo, sin soltar del brazo a su pequeño grumete hembra:

—Vaya, pero si es Madeleine… Ven a charlar un momento conmigo, querida.

Paul contrajo los dedos en la muñeca de su amante; pero ésta dijo con tal tono: «Oye, guapo, por mí puedes largarte», que él no respondió nada y se quedó solo.

Entonces se pusieron las tres a charlar bajito, de pie. Afloraban a sus labios sonrisas de alegría; hablaban por los codos y Pauline, de vez en cuando, miraba a Paul de pasada, con una sonrisa burlona y malvada.

Finalmente, no pudiendo aguantar más, se levantó de repente y se fue hacia ella en un arrebato, temblando todo él:

—Ven aquí, te lo ordeno —dijo—, te he prohibido que hables con estas desvergonzadas.

Pero Pauline, alzando la voz, se puso a vomitarle todo su repertorio de pescadera. La gente reía a su alrededor, algunos se acercaban; otros se ponían de puntillas para ver mejor. Y él permanecía desconcertado ante aquel diluvio de sucias injurias; tenía la impresión de que las palabras que salían de la boca de ella y caían sobre él le ensuciasen como inmundicias; entonces, ante el escándalo inminente, volvió sobre sus pasos y fue a apoyarse con los codos en la baranda, frente al río, de espaldas a las tres mujeres victoriosas.

Se quedó allí, mirando al agua, y a veces, con gesto rápido, como para arrancársela, se limpiaba nerviosamente con el dedo una lágrima que se le había formado en la comisura de un ojo.

El caso es que estaba locamente enamorado, sin saber por qué, pese a sus instintos delicados, pese a su razón, incluso pese a su voluntad. Había caído en ese amor como puede caerse en un hoyo lleno de barro. De natural emotivo y delicado, había soñado con amores exquisitos, ideales y apasionados; y he aquí que aquella chiquilicuatro de mujer, tonta, como todas las mujerzuelas, de una estupidez desesperante, ni siquiera guapa, escuálida e irascible, le había pescado, cautivado, poseído de pies a cabeza, de cuerpo y de alma. Y él sufría aquel hechizo femenino, misterioso y omnipotente, aquella fuerza desconocida, aquella prodigiosa dominación, nacida no sabía de dónde, del demonio de la carne, y que pone al hombre más equilibrado a los pies de una cualquiera sin que nada en ella explique su poder fatal y soberano.

Presentía que a sus espaldas se estaba urdiendo alguna infamia. Algunas carcajadas transieron su corazón. ¿Qué hacer? Lo sabía perfectamente, pero no podía.

Miraba fijamente, en la orilla opuesta, a un pescador con la caña, inmóvil.

De pronto éste sacó con un gesto brusco del río un pececillo plateado que se agitaba en el extremo del sedal. Luego trató de sacar el anzuelo, lo torció, lo giró, pero fue en vano; entonces, presa de la impaciencia, se puso a tirar de él saliendo toda la garganta sanguinolenta del pobre pez junto con una masa de entrañas. Y Paul se estremeció, sintiéndose también él lacerado hasta el corazón; le pareció que aquel anzuelo era su amor, y que, si hubiera que arrancarlo, todo lo que tenía dentro del pecho saldría así en la punta de un hierro curvado prendido en el fondo de su ser y cuyo hilo sujetaba Madeleine.

Una mano se posó en uno de sus hombros; se sobresaltó, se volvió, tenía a su amante junto a él. No se dijeron nada, ella se apoyó en la baranda como él, con los ojos clavados en el río.

Él pensaba en lo que debía decir, pero no se le ocurría nada. Ni siquiera acertaba a desentrañar lo que le pasaba; todo cuanto sentía era una alegría de verla a su lado, que había regresado, y una vergonzosa cobardía, una necesidad de perdonarlo todo, de permitirlo todo con tal de que ella no le dejara.

Finalmente, tras algunos instantes, él le preguntó con voz muy dulce:

—¿Quieres que nos vayamos? En la barca se estará mejor.

Ella respondió:

—Sí, tesoro.

La ayudó a subir a bordo de la yola, sosteniéndola, apretándole las manos, totalmente emocionado, con los ojos aún húmedos. Ella le miró sonriendo y se besaron de nuevo.

Remontaron el río despacito, bordeando la orilla plantada de sauces, recubierta de hierba, bañada y tranquila en la tibieza de las primeras horas de la tarde.

Cuando volvieron al restaurante Grillon eran apenas las seis; de modo que, dejando la yola, se fueron a pie por la isla, en dirección a Bezons, a través de los prados, siguiendo los altos álamos que bordeaban el río.

Los prados de heno ya crecido, a punto de siega, estaban llenos de flores. El sol declinante extendía sobre ellos un manto de luz rojiza y en el calor amortiguado del día moribundo las fluctuantes fragancias de la hierba se mezclaban con los húmedos olores del río, impregnando el aire de una dulce languidez, de una leve felicidad, como de una emanación de bienestar.

Ganaba los ánimos un suave desfallecimiento y una especie de comunión con ese plácido esplendor de la tarde, con ese vago y misterioso estremecimiento de la vida expandida, con la penetrante y melancólica poesía que parecía desprenderse de las plantas, de las cosas y abrirse, revelada a los sentidos en aquella agradable y recogida hora.

Él sentía todo eso; pero ella no comprendía nada. Caminaban uno al lado del otro;

y he aquí que, de repente, cansada de estar callada, se puso a cantar. Con su voz estridente y en falsete cantó un motivo de moda, un estribillo que estaba en la mente de todos, que rompió bruscamente la profunda y serena armonía de la tarde.

Él la miró, y sintió entre ellos dos un abismo infranqueable. Ella azotaba la hierba con su sombrilla, con la cabeza un tanto gacha, mirándose los pies, y cantando, soltando agudos, intentando gorgoritos, atreviéndose con trinos.

¡Así que aquella pequeña y estrecha frente, que tanto le gustaba, estaba hueca, hueca! Dentro no había más que esa música de organillo; y los pensamientos que se formaban en ella como por azar eran iguales a aquella música. Ella no le comprendía en absoluto; la separación era más grande que si no hubieran vivido juntos. ¿No iban sus besos nunca más allá de sus labios?

En aquel momento ella alzó los ojos hacia él y sonrió de nuevo. Trastornado hasta la médula, abrió de par en par los brazos y, en un arrebato de amor, la abrazó apasionadamente.

Pero como le arrugaba el vestido, ella se desprendió, murmurando en compensación:

—¡Te quiero, gatito mío!

Él la cogió por la cintura y, como loco, se la llevó a la carrera, besándola en las mejillas, en las sienes, en el cuello, saltando de alegría. Cayeron, jadeantes, al pie de un matorral incendiado por los rayos del sol poniente, y, antes de haber recobrado el aliento, se unieron, sin que ella comprendiera el porqué de su exaltación.

Volvían, cogidos los dos de la mano, cuando de pronto vieron a través de los árboles, en el río, el bote con las cuatro mujeres. También la gorda Pauline les vio porque se levantó, mandando besos a Madeleine. Luego gritó:

—¡Hasta la noche!

Madeleine respondió:

—¡Hasta la noche!

Paul tuvo la impresión de que el corazón se le cubría de repente de hielo.

Y regresaron para cenar.

Se instalaron en uno de los cenadores que había al borde del agua y se pusieron a comer en silencio. Al caer la noche, trajeron una vela encerrada dentro de un globo de cristal, que les alumbró con un tenue y vacilante resplandor; y en todo momento se oían los estallidos de gritos de los remeros en la gran sala del primer piso.

A los postres, Paul, tomando cariñosamente la mano de Madeleine, le dijo:

—Me siento muy cansado, preciosa; si no tienes inconveniente, nos acostaremos temprano.

Pero ella comprendió la astucia, y le lanzó una mirada enigmática, esa mirada de perfidia que asoma de repente en el fondo de los ojos de una mujer. Tras haber reflexionado, respondió:

—Puedes irte tú si quieres a la cama, pero yo he prometido ir al baile de la Charca de las Ranas.

Él esbozó una sonrisa penosa, una de esas sonrisas con las que se disimulan los más horrendos sufrimientos, pero respondió con tono acariciante y apesadumbrado:

—Podrías darme el gusto de quedarte conmigo.

Ella denegó con la cabeza, sin abrir la boca. Él insistió:

—Te lo ruego, tesoro…

Entonces ella le cortó de inmediato:

—Ya has oído lo que te he dicho. Si no te parece bien, ahí tienes la puerta. Nadie te lo impide. Por lo que hace a mí, lo he prometido e iré.

Él apoyó los codos sobre la mesa sosteniéndose la frente con las manos, y se quedó así, enfrascado en dolorosos pensamientos.

Los remeros volvieron a bajar sin dejar de armar alboroto en ningún momento. Volvían a partir en sus yolas para el baile de la Charca de las Ranas.

Madeleine le dijo a Paul:

—Decídete, si vienes o no, de lo contrario pediré a uno de estos señores que me acompañe.

Paul se puso en pie y susurró:

—¡Vamos!

Y se fueron.

La noche estaba negra, tachonada de estrellas, y era recorrida por un hálito abrasador, un soplo pesado, cargado de ardores, de fermentos, de gérmenes vivos, que, mezclados con la brisa, demoraban su avance. Paseaba por los rostros una caricia cálida, hacía respirar más rápido, jadear un poco, tan densa y cargada parecía.

Las yolas comenzaban a moverse, con un farolillo veneciano en la proa. No se vieron ya las embarcaciones, sino tan sólo esos faroles de mano de color, rápidos y danzarines, semejantes a luciérnagas enloquecidas; y por doquier corrían voces en la oscuridad.

La yola de los dos jóvenes se deslizaba lentamente. A veces, al pasar junto a ellos una embarcación en plena carrera, descubrían de improviso la espalda blanca del remero, iluminada por el farolillo.

Una vez que hubieron doblado el recodo del río, apareció en lontananza la Charca de las Ranas. Estaba engalanada de fiesta, con girándulas, guirnaldas de globos de color y racimos de luces. Por el Sena circulaban lentamente barquichuelas representando cúpulas, pirámides, monumentos complicados, con fuegos de todos los matices. Festones inflamados llegaban hasta el agua; y a veces un farol rojo o azul, en lo alto de una inmensa caña de pescar invisible, parecía una gran estrella suspendida.

Todas aquellas luminarias difundían un resplandor en torno al café, iluminaban de abajo arriba los grandes árboles de la orilla cuyo tronco se destacaba en un color gris

pálido, y las hojas de un verde lechoso, sobre el negro profundo de los campos y del cielo.

La orquesta, integrada por cinco artistas de barrio, hacía llegar hasta lo lejos su música de baile de candil, sencilla y saltarina, que hizo cantar de nuevo a Madeleine.

Quiso entrar enseguida. Paul quería dar primero una vuelta por la isla; pero tuvo que ceder.

La clientela se había depurado. Quedaban casi tan sólo los remeros, algún raro burgués y algunos jóvenes acompañados de mujerzuelas. El director y organizador de aquel cancán, majestuoso en su raído traje negro, paseaba por todas partes su rostro devastado de viejo traficante de placeres públicos a precios populares.

La gorda Pauline y sus compañeras todavía no habían llegado. Paul respiró.

La gente estaba bailando: las parejas, cara a cara, hacían enloquecidas cabriolas, echando sus piernas al aire hasta la nariz de sus compañeros.

Las hembras, descoyuntando sus muslos, daban saltos en medio de un torbellino de faldas que hacía que se viera su ropa interior. Sus pies se alzaban por encima de sus cabezas con pasmosa facilidad y balanceaban sus vientres, se contoneaban, meneaban sus pechos, expandiendo en torno un fuerte olor a sudor femenino.

Los varones se agachaban como sapos con gestos obscenos, se contorsionaban, gesticulantes y horrendos, hacían la rueda cogidos de las manos, o bien, esforzándose en hacerse los graciosos, esbozaban unos ademanes ridículos.

Una gorda camarera y dos mozos servían las consumiciones.

Aquel café flotante estaba cubierto nada más que por una techumbre, sin tabique alguno que lo separara del exterior, por lo que el baile desencadenado se desarrollaba enfrente de la noche pacífica y del firmamento tachonado de estrellas.

De repente el Mont-Valérien, allá lejos, enfrente, pareció iluminarse como si un incendio hubiera prendido detrás. El resplandor se extendió, se acentuó, invadiendo paulatinamente el cielo, describiendo un gran círculo luminoso, de una luz pálida y blanca. A continuación apareció algo rojo, se hizo más grande, de un rojo encendido como un metal sobre el yunque. Lentamente tomaba forma, se redondeaba, parecía salir de la tierra, y la luna, separándose del horizonte, ascendió lentamente en el espacio. A medida que se elevaba, su color púrpura se atenuaba, haciéndose amarillo, un amarillo claro y esplendente; y el astro parecía empequeñecerse al alejarse.

Paul lo miró largamente, extraviado en esa contemplación, y se olvidó de su amante. Cuando se volvió, había desaparecido.

La buscó inútilmente. Recorría las mesas con la mirada ansiosa, iba sin cesar de aquí para allá, preguntando a éste y al otro. Nadie la había visto.

Vagaba así, jadeando de la inquietud, cuando uno de los camareros le dijo:

—¿Busca a la señorita Madeleine? Justo acaba de salir, con la señorita Pauline…

En ese mismo instante, Paul descubrió, de pie en el otro extremo del café, a la

grumete y a las dos bellas muchachas, cogidas todas de la cintura, que le miraban de soslayo, cuchicheando entre sí.

Comprendió, y se lanzó como un loco hacia la isla.

Primero corrió en dirección a Chatou; pero, una vez llegado a la llanura, se volvió atrás. Entonces comenzó a rebuscar entre la espesura de matorrales, a vagabundear como un loco, parándose de vez en cuando a escuchar.

Los sapos, a lo largo de todo el horizonte, emitían su canto breve y metálico.

Hacia Bougival, un pájaro desconocido modulaba algunos sonidos que llegaban debilitados por la distancia. La luna derramaba sobre los prados una tenue claridad, como un polvillo de algodón en rama; penetraba a través del follaje, hacía filtrar su luz hasta dar en la corteza plateada de los álamos, acribillaba con su lluvia brillante las copas estremecidas de los grandes árboles. La poesía embriagadora de aquella noche estival penetraba a su pesar en Paul, transía su tremenda angustia, agitaba su corazón con feroz ironía, despertando rabiosamente en su alma dulce y contemplativa la necesidad de un afecto ideal, de apasionadas efusiones en el regazo de una mujer adorada y fiel.

Se vio obligado a detenerse, estrangulado por unos sollozos precipitados, desgarradores.

Pasada la crisis, siguió caminando.

De pronto le pareció haber recibido una cuchillada; se estaban besando, allí, detrás de aquel matorral. Corrió hacia allí; había una pareja de enamorados, cuyas dos siluetas se alejaron a paso vivo al acercarse él, enlazados, unidos en un beso sin fin.

No se atrevía a llamar, sabiendo perfectamente que Ella no respondería; y tenía también un tremendo miedo a descubrirlas de improviso.

Los ritornelos de las contradanzas con los solos desgarradores del cornetín de pistón, las falsas risas de la flauta, las agudas rabias del violín le encogían el corazón, exasperando su sufrimiento. La música endiablada y sincopada se difundía bajo los árboles, ya debilitada, ya acrecida por un soplo pasajero de brisa.

De repente pensó que tal vez Ella había vuelto. Sí, había vuelto; ¿por qué no? Había perdido la cabeza sin razón, estúpidamente, arrebatado por sus terrores, por las sospechas desordenadas que le asaltaban de un tiempo acá.

Y, en uno de esos momentos de extraña calma que a veces atraviesan los más grandes momentos de desesperación, volvió hacia el local.

Recorrió de un vistazo la sala. No estaba. Dio un rodeo a las mesas y bruscamente se encontró de nuevo a las tres mujeres. Debía de tener un aspecto desesperado y ridículo, pues las tres al unísono soltaron la risa.

Escapó de allí, volvió a la isla, se precipitó a través de los sotos, jadeando. Se puso de nuevo a escuchar, y se quedó durante un largo rato, ya que le zumbaban los oídos; pero, por fin, creyó oír algo más lejos una risita aguda que conocía

perfectamente; y avanzó despacito, arrastrándose, apartando las ramas, con el corazón brincándole de tal modo en el pecho que le cortaba la respiración.

Dos voces susurraban palabras que aún no distinguía. Luego enmudecieron.

Entonces le entraron unas imperiosas ganas de escapar, de no ver, de no saber nada, de irse para siempre lejos de aquella pasión furiosa que le destruía. Iría a Chatou, tomaría el tren, no volvería ni la vería nunca más. Pero he aquí que de repente le asaltó la imagen de ella; y la vio mentalmente cuando se despertaba por las mañanas, en su cama tibia, y toda lánguida se apretaba contra él, echándole los brazos al cuello, con el pelo suelto, algo alborotado en la frente, con los ojos todavía cerrados y los labios abiertos para el primer beso; y el imprevisto recuerdo de esa caricia matutina le llenó de una frenética nostalgia y de un deseo loco.

Se habían puesto de nuevo a hablar; se acercó, con el cuerpo arqueado. Luego se oyó un gritito bajo las ramas, muy cerca de él. ¡Un gritito! Uno de esos grititos de amor que había aprendido a conocer en las horas frenéticas de su intimidad. Seguía avanzando, más aún, casi involuntariamente, atraído invenciblemente, sin tener conciencia de nada… y las vio.

¡Oh! ¡Si al menos la otra hubiese sido un hombre! ¡Pero eso! ¡Eso! Se sentía encadenado por su propia infamia. Y permanecía allí, aniquilado, trastornado, como si hubiera descubierto de improviso un cadáver amado y mutilado, un monstruoso delito contra natura, una inmunda profanación.

Con un relámpago involuntario, pensó en el pescadito al que había visto arrancar las tripas… Pero Madeleine susurró: «¡Pauline!» con el mismo acento apasionado que cuando decía: «¡Paul!», y le recorrió tal dolor que huyó lo más rápidamente posible.

Se dio de bruces contra dos árboles, tropezó con una raíz, prosiguió y se encontró de golpe delante del río, delante del brazo rápido iluminado por la luna. La corriente torrencial formaba amplios remolinos donde danzaba la luz. La alta ribera dominaba el agua como un acantilado, dejando a su pie una ancha franja oscura en la que se oían los remolinos en la oscuridad.

En la otra orilla, las casas de campo de Croissy se extendían escalonadas a plena luz.

Paul vio todo esto como en sueños, o como a través de un recuerdo: no pensaba en nada, no comprendía nada, y todo, hasta su existencia misma, aparecía indeciso, lejano, olvidado, acabado.

El río estaba allí. ¿Comprendía lo que hacía? ¿Quería morir? Estaba loco. Volvió, sin embargo, hacia la isla, hacia Ella; y, en el aire calmo de la noche en la que seguían danzando los ritornelos debilitados y obstinados del baile, lanzó con voz desesperada, agudísima, sobrehumana, un grito espantoso:

—¡Madeleine!

Su llamada desgarradora atravesó el vasto silencio del cielo, corrió por todo el horizonte.

Luego, con un salto extraordinario, un salto de bestia, se tiró al río. El agua se lo tragó, se cerró, y, en el punto donde había desaparecido, se formaron uno tras otro unos grandes círculos que fueron ensanchando hasta la otra orilla sus luminosas ondas.

Las dos mujeres habían oído. Madeleine se levantó:

—Es Paul. —Le entró una sospecha—. Se ha ahogado —dijo.

Y se lanzó hacia la orilla, donde la alcanzó la gorda Pauline.

Una pesada barcaza con dos hombres a bordo daba vueltas y vueltas en el agua. Uno de los dos barqueros remaba, el otro sumergía en el agua un largo bichero, como si buscase algo. Pauline gritó:

—¿Qué hacen? ¿Qué ha pasado?

Una voz desconocida respondió:

—Es un hombre que acaba de ahogarse.

Las dos mujeres, abrazadas la una a la otra, trastornadas, seguían las evoluciones de la barca. La música de la Charca de las Ranas continuaba enloquecida a lo lejos, parecía acompañar rítmicamente los movimientos de los sombríos pescadores; y el río, que escondía ahora un cadáver, remolineaba bajo la luz.

La búsqueda se prolongaba. La horrible espera hacía temblar a Madeleine. Finalmente, al cabo de al menos media hora, uno de los dos hombres anunció:

—Ya lo tengo.

Y tiró despacito del largo bichero. Algo grueso apareció a flor de agua. El otro barquero dejó los remos y los dos, uniendo sus fuerzas, haciendo palanca sobre la masa inerte, la hicieron subir a su barca.

Luego ganaron la orilla, buscando un lugar de atraque bajo e iluminado. Precisamente cuando estaban tocando tierra llegaron también las mujeres.

Apenas lo hubo visto, Madeleine retrocedió, horrorizada. A la luz de la luna parecía ya verde, con la boca, los ojos, la nariz, las ropas llenas de cieno. Sus dedos apretados y rígidos eran espantosos. Todo el cuerpo estaba cubierto de una especie de capa negruzca y líquida. El rostro parecía hinchado y de los cabellos pegoteados por el lodo chorreaba continuamente un agua sucia.

Los dos hombres lo examinaron.

—¿Le conoces? —dijo uno.

El otro, el barquero de Croissy, dudaba:

—Sí, me parece haber visto esta cara; pero en este estado no se puede reconocer bien a nadie. —Luego, de golpe, exclamó—: ¡Pero si es el señor Paul!

—¿Quién es el señor Paul? —preguntó su compañero.

El primero continuó:

—Es el señor Paul Baron, el hijo del senador, ese muchacho tan enamorado.

El otro añadió filosóficamente:

—¡Bah! Ahora ha terminado de divertirse; ¡y es precisamente una lástima cuando se es rico!

Madeleine, desplomada en el suelo, sollozaba. Pauline se acercó al cadáver y preguntó:

—¿Está muerto de verdad? ¿Sin remedio?

Los hombres se encogieron de hombros:

—¡Oh! Después de todo este tiempo, por supuesto.

Luego uno de ellos preguntó:

—¿Dónde vivía?, ¿en Grillon?

—Sí —respondió el otro—. Hay que llevarle allí, algo nos caerá.

Volvieron a subir a la barcaza y partieron, alejándose lentamente debido a la rápida corriente: y durante bastante rato aún, después de perderlos de vista desde el lugar donde se habían quedado las dos mujeres, continuó oyéndose el batir regular de los remos.

Entonces Pauline tomó en sus brazos a la pobre Madeleine deshecha en llanto, la acunó, la besó largamente, la consoló:

—¿Qué le vas a hacer? No es culpa tuya, ¿no crees? Imposible impedir que los hombres hagan tonterías. ¡Si lo ha querido así, peor para él! —Luego, levantándola, agregó—: Vamos, tesoro, ven a dormir a mi casa; esta noche es evidente que no puedes quedarte en Grillon. —La besó de nuevo y dijo—:Ya verás como nosotras haremos que te sientas mejor.

Madeleine se levantó y sin dejar de llorar, aunque con sollozos más débiles, la cabeza recostada en el hombro de Pauline, como en el refugio de un afecto más íntimo y seguro, más familiar y digno de confianza, se fue caminando a pequeños pasos.

UNA AVENTURA PARISINA*

¿Existe un sentimiento más acusado que la curiosidad femenina? ¡Oh! ¡Experimentar, conocer, tocar lo que se ha soñado! ¿Qué no haría por conseguirlo? Una mujer, cuando se ha despertado su curiosidad impaciente, cometerá cualquier locura, cualquier imprudencia, cualquier audacia, no retrocederá ante nada. Me refiero a las mujeres de verdad, dotadas de este espíritu de triple fondo que parece, en la superficie, frío y juicioso, pero que tiene sus tres compartimientos secretos llenos: uno de inquietud femenina siempre agitada; el otro de astucia disfrazada de buena fe, la astucia de las personas devotas, que es refinada y temible, y, finalmente, el último, de una encantadora bajeza, de exquisitos engaños, de deliciosa perfidia, de todas esas cualidades perversas que empujan al suicidio a los amantes estúpidamente crédulos, pero que encantan a los demás.

Aquella cuya aventura quiero contar era una modesta provinciana, hasta entonces de una chata honestidad. Su vida, tranquila en apariencia, transcurría en casa, entre un marido muy atareado y dos niños que ella educaba como una mujer intachable. Pero en su corazón alentaba una curiosidad insatisfecha, unas ganas locas de algo desconocido. Pensaba continuamente en París y leía con avidez en los diarios la crónica mundana. Las descripciones de las fiestas, de los atavíos, de las joyas, hacían hervir sus deseos; pero sobre todo la turbaban misteriosamente los ecos de sociedad llenos de sobreentendidos, los velos que descorrían a medias hábiles frases, dejando entrever horizontes de placeres pecaminosos y que hacían estragos.

De lejos, vislumbraba París en una apoteosis de lujo magnífico y corrupto.

Y durante las largas noches de ensueño, acunada por el ronquido monótono de su marido, que dormía a su lado boca arriba, con un pañuelo atado a la cabeza, pensaba en esos hombres conocidos cuyos nombres aparecían en primera plana de los periódicos como grandes estrellas en un firmamento oscurecido; y se imaginaba su vida frenética, en una disipación continua, orgías a la antigua terriblemente voluptuosas y refinamientos de sensualidad tan complicados que no era capaz siquiera de concebirlos.

Los bulevares se le antojaban como una especie de abismo de las pasiones humanas; y seguramente todas sus casas escondían prodigiosos misterios de amor.

Mientras tanto se sentía envejecer. Envejecía sin haber conocido nada de la vida, excepto esas ocupaciones rutinarias, detestablemente monótonas y triviales que constituyen, dicen, la felicidad del hogar. Todavía era bonita, conservada en esa vida tranquila como un fruto invernal guardado en un armario cerrado; pero estaba devorada, devastada y trastornada por secretos ardores. Se preguntaba si se moriría sin haber conocido esas culpables ebriedades, sin haberse zambullido una vez, al menos una sola vez pero por entero, en esa oleada de placeres parisinos.

Con mucha perseverancia preparó un viaje a París, se inventó un pretexto, se hizo invitar por unos parientes y, como su marido no podía acompañarla, partió sola.

En cuanto llegó, se inventó excusas que le permitirían, en caso necesario, quedarse fuera dos días o mejor dos noches, diciendo que había vuelto a establecer contacto con determinados amigos que vivían en el extrarradio.

Se puso a la busca. Recorrió los bulevares sin ver nada, al margen del vicio peripatético y oficial. Inspeccionó con la mirada los grandes cafés, leyó con atención los anuncios por palabras de *Le Figaro*, que cada mañana le parecía como una campana al vuelo, una llamada del amor.

Pero nunca encontraba nada que la pusiera sobre la pista de las grandes orgías de artistas y de actrices; nada que le revelase los templos del libertinaje, que se figuraba cerrados por una palabra mágica, como la cueva de *Las mil y una noches* y las catacumbas de Roma donde se celebraban en secreto los misterios de una religión perseguida.

Sus parientes, unos pequeñoburgueses, no podían hacerle conocer a ninguno de aquellos hombres de nota, cuyos nombres le rondaban por la cabeza; y, desesperada, pensaba ya en regresar, cuando el azar vino en su ayuda.

Un día, mientras bajaba por la rue de la Chaussée-d'Antin, se detuvo a mirar un escaparate lleno de esas figurillas japonesas tan coloristas que alegran un poco la vista. Estaba contemplando los preciosos y divertidos marfiles, los grandes jarrones de esmaltes llameantes, los bronces extravagantes, cuando reparó en que dentro de la tienda, el dueño, entre mil reverencias, estaba enseñándole a un hombrecillo gordo, calvo y de barbilla cana, un enorme buda panzudo, que según decía era un ejemplar único.

A cada frase del vendedor, el nombre del cliente, un nombre famoso, resonaba como un trompetazo. Los otros clientes, jóvenes mujeres, hombres elegantes, se volvían para mirar con rápidas ojeadas furtivas al famoso escritor, que, por su parte, miraba con pasión el buda de porcelana. Eran tan feos el uno como el otro, feos como dos hermanos salidos de la misma matriz.

El vendedor decía:

—A usted, señor Jean Varin, se lo dejo por mil francos, justo lo que me costó a mí. Para cualquier otro serían mil quinientos francos; pero yo tengo a mi clientela de

artistas, a la que hago precios especiales. Vienen todos a mi tienda, señor Jean Varin. Ayer, el señor Busnach vino a comprar una gran copa antigua. El otro día vendí dos candelabros como ésos (¿bonitos, verdad?) al señor Alejandro Dumas. Y esta pieza que tiene en la mano, si la viese el señor Zola, estaría ya vendida, señor Varin.

El escritor dudaba, muy indeciso, tentado por el objeto, pero pensando también en el precio, y tan poco preocupado por las miradas ajenas como si hubiera estado en el desierto.

Ella entró temblando, con los ojos descaradamente fijos en él, sin preguntarse siquiera si era apuesto, elegante y joven. Era Jean Varin en persona, ¡Jean Varin!

Tras larga lucha consigo mismo y dolorosa vacilación, éste dejó la porcelana sobre la mesa.

—No, es demasiado caro —dijo.

El vendedor redoblaba su elocuencia.

—¡Oh!, señor Jean Varin, ¿demasiado caro? ¡Pero si vale dos mil francos a ojos cerrados!

El literato replicó con tristeza, mientras seguía mirando el buda de ojos de esmalte:

—No digo que no, pero es demasiado caro para mí.

Entonces se adelantó ella, presa de una audacia insólita, y dijo:

—A mí, ¿cuánto me costaría esta figurilla?

El vendedor, sorprendido, replicó:

—Mil quinientos francos, señora.

—Me la quedo.

El escritor, que hasta aquel momento ni siquiera había reparado en ella, se volvió bruscamente, y la miró de pies a cabeza, observándola con los ojos entornados; luego, como persona entendida, la examinó en detalle.

Estaba encantadora, animada, iluminada de repente por esa llama que hasta entonces había dormido en ella. Por otra parte, una mujer que compra una figurilla de mil quinientos francos no es una cualquiera.

Ella tuvo entonces un arranque de encantadora delicadeza; y volviéndose hacia él, con voz trémula, le dijo:

—Disculpe, señor, he sido demasiado impulsiva; quizá usted no se había decidido aún.

Él hizo una inclinación:

—Me había decidido, señora.

Y ella, emocionada, repuso:

—Señor, si hoy u otro día, fuera a cambiar de idea, recuerde que esta figurilla es suya. La he comprado sólo porque le gustaba a usted.

Él sonrió, visiblemente halagado:

—¿Sabe, pues, quién soy? —preguntó él.

Entonces ella le expresó su admiración, citó sus obras, se mostró elocuente.

Para hablar, el escritor se había apoyado con los codos en un mueble y, clavando sus penetrantes ojos en ella, trataba de intuirla.

De vez en cuando, el vendedor, feliz de tener aquella publicidad viviente, a la entrada de nuevos clientes gritaba, desde el otro extremo de la tienda:

—Mire, señor Varin, ¿no le parece bonito esto?

Todas las cabezas se volvían, y ella se estremecía por el placer de que la vieran hablar confidencialmente con un personaje ilustre.

Embriagada, tuvo una audacia suprema, como un general que se dispone a ordenar un asalto, y dijo:

—Señor, hágame un favor, un grandísimo favor. Permítame regalarle esta porcelana como recuerdo de una mujer que le admira muchísimo y con la que ha pasado diez minutos.

Él rehusó. Ella insistió. Muy divertido, el escritor se resistía, riendo con gusto.

Obstinada, ella dijo:

—¡Vamos! Se la llevaré enseguida a casa, ¿dónde vive?

Él se negó a dar su dirección; pero ella se la pidió al vendedor y, tras haber pagado su compra, se fue a escape a tomar un coche. El escritor corrió detrás de ella para alcanzarla, no queriendo recibir un regalo tan injustificado que no sabría a quién devolver. La alcanzó cuando ella saltaba dentro del coche, y él se abalanzó, cayéndole casi encima, derribado por la sacudida del coche que partía; luego se sentó a su lado, muy incomodado.

Por más que rogó, insistió, ella se mostró inconmovible. Cuando estuvieron delante del portal puso sus condiciones.

—Aceptaré no dárselo —dijo ella—, si hoy cumple todos mis deseos.

Le pareció tan divertida la petición que aceptó.

Ella preguntó:

—¿Qué hace usted normalmente a esta hora?

Tras unos momentos de vacilación, él respondió:

—Voy a dar un paseo —respondió él.

Con voz resuelta ella ordenó:

—¡Al Bois de Boulogne!

El coche partió.

Tuvo que enumerarle todas las mujeres conocidas, y sobre todo las más viciosas, con detalles íntimos sobre ellas, sobre su vida, sobre sus costumbres, sobre sus casas, sobre sus vicios.

Caía la tarde.

—¿Qué hace usted cada día a esta hora? —preguntó ella.

Él respondió entre risas:

—Me tomo un ajenjo.

Entonces, con aire serio, ella añadió:

—Pues, entonces, señor, vamos a tomar un ajenjo.

Entraron en un gran café del bulevar que frecuentaba, y donde encontró a unos colegas. Se los presentó a todos. Ella estaba loca de alegría. Resonaban de continuo en su mente estas palabras: «¡Por fin! ¡Por fin!».

El tiempo pasaba, ella preguntó:

—¿Es hora de cenar?

—Sí, señora —respondió él.

—Entonces, vamos a cenar.

Al salir del restaurante Bignon, le preguntó:

—¿Qué hace por la noche?

La miró con fijeza:

—Depende. Algunas veces voy al teatro.

—De acuerdo, señor, vayamos al teatro.

Fueron al Vaudeville, gratis, gracias a él, y, gloria suprema, toda la platea la vio al lado de él, sentada en los asientos del piso principal.

Terminada la función, él le besó la mano galantemente:

—Señora, no me queda más que darle las gracias por el delicioso día…

Ella le interrumpió:

—¿A estas horas qué hace, cada noche?

—Pues…, pues… vuelvo a casa.

Ella rió con una risa trémula.

—Entonces, señor, vayamos a su casa.

No hablaron más. Por momentos ella se estremecía, temblando de los pies a la cabeza, tenía ganas de huir y de quedarse, pero muy en el fondo de su corazón sentía la firme voluntad de llegar hasta el final.

Por las escaleras se agarraba al pasamano, tanta era su emoción; y él subía delante, jadeando, con un fósforo en la mano.

En cuanto ella estuvo en la habitación, se desnudó enseguida y se metió en la cama sin decir una palabra; y ella esperó acurrucada contra la pared.

Pero ella era simple como puede serlo la esposa legítima de un notario de provincias, y él era más exigente que un pachá de tres colas. No hubo ningún entendimiento entre ellos, en absoluto.

Entonces él se durmió. Pasó la noche, tan sólo turbada por el tictac del reloj de péndulo, y ella, inmóvil, pensaba en las noches conyugales; y bajo los rayos amarillos de un farolillo chino miraba, desolada, al hombrecillo tendido boca arriba a su lado, rechoncho, con la panza como una pelota que levantaba la sábana como un globo

lleno de gas. Roncaba, con un ruido de tubo de órgano, entre bufidos prolongados, estrangulamientos ridículos. Sus cuatro pelos en guerrilla aprovechaban aquel descanso para erizarse de extraño modo, cansados de verse obligados a la acostumbrada posición inmutable sobre el cráneo desnudo cuyas devastaciones debían esconder. Y un hilillo de baba le manaba de una comisura de la boca entreabierta.

Finalmente, la aurora filtró un poco de luz por entre las cortinas corridas. Ella se levantó, se vistió sin hacer ruido, y, había abierto ya la mitad de la puerta, cuando hizo chirriar la cerradura y él se despertó frotándose los ojos.

Fueron necesarios algunos segundos antes de que volviera completamente en sí; luego, cuando se hubo acordado de toda la historia, preguntó:

—¿Se va usted así como así?

Ella se detuvo, confusa, y balbució:

—Pues sí, ya es de día.

Él se incorporó:

—Veamos —dijo—, ahora me toca a mí hacerle una pregunta.

Ella no respondía y él siguió:

—Ayer me asombró usted de verdad. Sea sincera, dígame por qué lo ha hecho, porque yo no he comprendido nada.

Se le acercó despacito, ruborizándose como una virgen:

—He querido conocer el vicio…, pero…, pero… no es divertido.

Salió a escape, bajó la escalera, se encontró en la calle.

Un ejército de barrenderos estaba barriendo. Barrían las aceras, las calzadas, lanzando todas las inmundicias al arroyo. Con el mismo movimiento regular, con un movimiento de los segadores en los prados, empujaban delante de sí, en semicírculo, las barreduras; y se los encontraba de calle en calle, como títeres que anduviesen maquinalmente, movidos por el mismo resorte.

Le parecía que también dentro de ella había sido barrido algo, que sus sueños exaltados habían sido empujados hacia el arroyo, hacia la alcantarilla.

Regresó a casa jadeante, helada, guardando tan sólo en su cabeza la sensación de aquel movimiento de escobas limpiando París por la mañana.

Y, tan pronto como estuvo en su cuarto, empezó a sollozar.

EL PASTEL*

Pongamos que se llamaba señora Anserre, para no revelar su verdadero nombre.

Era uno de esos meteoros parisinos que dejan tras de sí una cola de fuego. Escribía versos y novelas cortas, tenía un alma poética y era de una belleza arrebatadora. Recibía poco, tan sólo a personas de excepción, de esas a las que se llama comúnmente los príncipes de alguna cosa. Ser recibido en su casa constituía una patente, una verdadera patente de inteligencia; o al menos éste era el valor que se daba a sus invitaciones.

Su marido hacía el papel de oscuro satélite. Ser el marido de un astro no es cosa fácil. En cualquier caso, éste había tenido una buena idea, crear un Estado dentro del Estado, tener su mérito personal, aunque fuera un mérito de segundo orden; y por eso mismo, en los días en que su mujer recibía, recibía también él; tenía su público particular que le apreciaba, le escuchaba, le concedía más atención que a su brillante compañera.

Se había dedicado a la agricultura; a la agricultura de salón. Existen, en efecto, generales de salón —¿no lo son acaso todos los que nacen, viven, mueren en las oficinas del Ministerio de la Guerra?—, marineros de salón, véase en el Ministerio de la Marina, colonizadores de salón, etcétera, etcétera. Había estudiado agricultura y la había estudiado a fondo, en sus relaciones con las otras ciencias, con la economía política, con las artes —se mezcla a las artes con todas las salsas, dado que se llama «obras de arte» a los horribles puentes de los ferrocarriles—. En fin, había conseguido que se dijera de él: «Es un hombre entendido». Se le citaba en las revistas técnicas; su mujer había conseguido hacerle nombrar miembro de una comisión del Ministerio de Agricultura.

Aquella modesta gloria le bastaba.

Con la excusa de reducir gastos invitaba a los amigos el día que su mujer invitaba a los suyos, de manera que se mezclaban, o mejor dicho, se formaban dos grupos. La señora, con su escolta de artistas, de académicos, de ministros, ocupaba una especie de galería, amueblada y decorada en estilo Imperio. El señor de ordinario se retiraba con sus labriegos a una estancia más pequeña, que servía de fumadero, y que la señora Anserre llamaba irónicamente el salón de la Agricultura.

Los dos campos estaban bien delimitados. A veces el señor, no por celos, por otra parte, entraba en la Academia, intercambiando cordiales apretones de manos, pero la Academia desdeñaba completamente al salón de la Agricultura, y era raro que uno de los príncipes de la ciencia, del pensamiento o de cualquier otra cosa se mezclara con los labriegos.

Estas recepciones no comportaban casi gastos: un té, una torta, eso era todo. El señor, en los primeros tiempos, había reclamado dos tortas, una para la Academia, la otra para los labriegos; pero la señora había observado justamente que con ese proceder se delimitarían dos sectores, dos recepciones, dos partidos. El señor no había insistido, de suerte que no se servía más que una sola torta, cuyos honores hacía primero la señora Anserre en la Academia y que pasaba a continuación al salón de la Agricultura.

Ahora bien, esta torta no tardó en convertirse para la Academia en uno de los más curiosos motivos de observación. La señora Anserre no la cortaba nunca personalmente, sino que dicha función era siempre asignada a uno u otro de los ilustres invitados. Esta función especial, particularmente honorable y solicitada, duraba para cada uno más o menos tiempo; a veces tres meses, raras veces más; y se observó que el privilegio de «cortar la torta» parecía comportar una serie de otras superioridades, una especie de realeza o de vicerrealeza muy acentuada.

El cortador en funciones hablaba con voz más alta, con un manifiesto tono imperativo; y todos los favores de la anfitriona eran para él, todos.

Estos afortunados eran llamados en la intimidad, a media voz, entre bambalinas, «los favoritos de la torta», y todo cambio de favorito comportaba una especie de revolución en la Academia. El cuchillo era un cetro, el pastel un emblema; se felicitaba a los elegidos. Nunca tocaba a los labriegos el honor de cortar la torta. El propio anfitrión era siempre excluido, por más que se comiera su parte.

La torta fue cortada sucesivamente por poetas, pintores y novelistas. Un gran músico midió las porciones durante algún tiempo, un embajador le sucedió. A veces un hombre menos conocido, pero elegante y solicitado, uno de esos que son llamados, según la época, un verdadero *gentleman* o un cumplido caballero o un *dandy* o de cualquier otro modo, se sentó a su vez delante del simbólico pastel. Cada uno de ellos, durante su efímero reinado, testimoniaba al marido la mayor

consideración; luego, llegado el momento de su caída, pasaba el cuchillo a otro y volvía a mezclarse con la multitud de los seguidores y admiradores de la «bella señora Anserre».

Tal estado de cosas duró muchísimo tiempo; pero los meteoros no brillan siempre con igual esplendor. Todo envejece en este mundo. Se hubiera dicho que, poco a poco, la solicitud de los cortadores disminuía; a veces parecían dudar cuando se les alargaba la bandeja; esta carga antes tan envidiada se volvía menos solicitada; duraba menos tiempo; provocaba menos orgullo. La señora Anserre era pródiga en sonrisas y amabilidades; pero, ¡ay!, no se cortaba ya con gusto. Los recién llegados parecía que rehusasen. Los «ex favoritos» reaparecieron uno a uno cual príncipes destronados que se reponía temporalmente en el poder. Luego los elegidos empezaron a escasear, cada vez más. Durante todo un mes, ¡oh milagro!, el señor Anserre cortó el pastel; luego pareció cansarse; y una tarde se vio a la señora Anserre, la bella señora Anserre, cortarlo personalmente.

Pero parecía que ello le aburriese sobremanera; y al día siguiente insistió tanto con un invitado que éste no se atrevió a negarse.

Ahora ya el símbolo era hasta demasiado conocido; los invitados se miraban de reojo, con semblantes espantados, ansiosos. Cortar la torta no suponía nada, pues los privilegios a los que este favor había dado siempre derecho asustaban ahora; de manera que, en cuanto aparecía la bandeja, los académicos se pasaban en desorden al salón de la Agricultura como para ponerse al abrigo detrás del marido que no paraba de sonreír. Y cuando la señora Anserre, ansiosa, aparecía en la puerta con la torta en una mano y el cuchillo en la otra, parecía que todos se agruparan en torno a su marido como pidiéndole protección.

Pasaron otros años. Nadie cortaba ya; pero, por una inveterada costumbre, aquella a la que se seguía llamando galantemente «la bella señora Anserre» buscaba con la mirada, en cada velada, a un fiel que tomara el cuchillo, y cada vez se producía en torno a ella el mismo movimiento: una estampida general, hábil, con maniobras combinadas y sabias, para evitar el ofrecimiento que a ella le venía a los labios.

He aquí que un día se presentó en su casa un joven, ingenuo e ignorante. Éste no conocía el misterio de la torta; de modo que cuando apareció el pastel y cuando todos huyeron, cuando la señora Anserre cogió de las manos del criado la bandeja con el pastel, él se quedó tranquilamente a su lado.

Tal vez ella creyó que estaba al corriente; sonrió y, con voz emocionada, dijo:

—¿Quisiera, señor, ser tan amable de cortar esta torta?

Con solicitud, él se quitó los guantes, dichoso del honor.

—Por supuesto, señora, con mucho gusto.

A distancia, desde los ángulos de la galería, desde el vano de la puerta abierta al salón de los labriegos, miraban unos rostros asombrados. Luego, tras haber visto que

el recién llegado cortaba sin vacilar, se acercaron rápidamente.

Un viejo poeta bromista dio una palmadita en el hombro del neófito.

—¡Bravo, muchacho! —le dijo al oído.

Lo observaban con curiosidad. El propio marido pareció sorprendido. En cuanto al joven, asombrado por la consideración que de repente se le demostraba, no comprendía sobre todo las cortesías manifiestas, el favor evidente y aquella especie de silencioso reconocimiento que le testimoniaba la anfitriona.

Sin embargo, pareció que al final hubiera comprendido.

¿En qué momento, en qué lugar se produjo la revelación? No se sabe; pero cuando él volvió a aparecer, a la velada siguiente, tenía un aire preocupado, casi avergonzado, y miraba con inquietud en derredor. Llegó la hora del té. Apareció el criado. La señora Anserre, sonriente, tomó la bandeja, buscó con la mirada a su joven amigo; pero éste había escapado tan deprisa que ya no estaba. Ella fue a buscarlo y no tardó en descubrirlo en el fondo del salón de los labradores. Había tomado del brazo a su marido y le estaba consultando angustiosamente acerca de los medios empleados para acabar con la filoxera.

—Mi querido señor —dijo ella—, ¿querría ser tan amable de cortar esta torta?

Él se ruborizó hasta las cejas, balbuceando con extravío. Entonces el señor Anserre se compadeció de él y, volviéndose hacia su mujer, dijo:

—Pero, querida, ¿serías tan amable de no molestarnos? Estamos hablando de agricultura. Haz cortar esta torta a Baptiste.

Y desde aquel día nadie más cortó ya la torta de la señora Anserre.

EL SALTO DEL PASTOR*

De Dieppe a Le Havre, la costa es un acantilado ininterrumpido, de unos cien metros de alto y recta como una muralla. De trecho en trecho, esta gran línea de rocas blancas desciende bruscamente y un vallecito angosto, de pronunciadas pendientes cubiertas de hierba corta y de aulagas, desciende del llano cultivado hacia un fondo gredoso donde desemboca por un barranco semejante al lecho de un torrente. La naturaleza ha formado estos valles, las lluvias torrenciales los han hecho terminar en esos barrancos, recortando la parte restante del acantilado, excavando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de lugar de paso a los hombres.

A veces algún pueblecito se apelotona en estos pequeños valles, donde penetra con violencia el viento de alta mar.

He pasado el verano en una de esas concavidades de la costa, hospedado por un campesino en su casa, orientada hacia el oleaje y por cuya ventana veía un gran triángulo de agua azul enmarcada por los verdes flancos del valle, y maculada aquí y allá por las velas blancas que pasaban a lo lejos en un relámpago de sol.

El camino hacia el mar seguía el fondo de la garganta, y se sumergía de improviso entre dos paredes de marga, se transformaba en una especie de surco profundo, antes de desembocar en una bonita explanada de cantos rodados, pulidos y alisados por la caricia secular de las olas.

Este paso encajonado se llama el «Salto del Pastor».

He aquí el drama que le dio nombre.

*

Se cuenta que en otro tiempo ese pueblo estaba gobernado por un joven sacerdote austero y violento. Había salido del seminario lleno de odio hacia quienes viven siguiendo las leyes naturales y no las de su Dios. De inflexible severidad para consigo mismo, demostró ser de una implacable intolerancia para con los demás, pero una cosa sobre todo provocaba su ira y su desagrado: el amor. Si hubiera vivido en la ciudad, en medio de personas civilizadas y refinadas que esconden detrás de los delicados velos del sentimiento y del afecto los actos brutales impuestos por la

naturaleza, si hubiera confesado en la sombra de las altas naves elegantes a las pecadoras perfumadas, cuyos errores parecen dulcificados por la gracia de la caída y por el halo ideal que rodea el contacto físico, probablemente no habría tenido esas locas rebeliones, esos ataques de furia desordenados que le entraban al ver los torpes ayuntamientos de los harapientos en el fango de una zanja o bien en la paja de un granero.

Para él, aquella gente que no conocía el amor y que sólo se unían como animales, eran semejantes a los brutos; y los odiaba por la tosquedad de su alma, por el sucio desahogo de su instinto, por la repugnante alegría de los viejos cuando hablaban aún de esos inmundos placeres.

Acaso también él, a su pesar, estaba atormentado por lo angustioso de los apetitos insatisfechos y secretamente torturado por la lucha de su cuerpo en rebeldía contra una mente despótica y casta.

Pero todo lo relativo a la carne le indignaba, le ponía fuera de sí; y sus violentos sermones, llenos de amenazas y de furibundas alusiones, hacían reír burlonamente a los chicos y chicas que se miraban de reojo de unos bancos a otros de la iglesia; mientras los campesinos en blusón azul y las campesinas en mantilla negra decían, al salir de misa, de vuelta a la casucha cuya chimenea arrojaba al cielo un hilo de humo azul: «No bromea sobre estos asuntos, el señor cura…».

En cierta ocasión, y sin que mediara un verdadero motivo, casi llegó a perder el oremus. Se dirigía a visitar a un enfermo. Apenas llegado al patio de la alquería, vio a un montón de niños, de la casa y de los vecinos, reagrupados en torno a la caseta del perro. Estaban mirando algo con curiosidad, inmóviles, con una atención concentrada y silenciosa. El sacerdote se acercó. La perra estaba pariendo. Delante de la caseta ya cinco cachorrillos se meneaban en torno a la madre, la cual los lamía cariñosamente y, en el momento en que el párroco asomaba la cabeza por encima de las de los niños, apareció un sexto cachorro. Entonces todos los niños, llenos de alegría, se pusieron a dar palmas gritando: «¡Ahí va otro, otro más!». Para ellos era un juego, un juego natural en el que no había nada de impuro: contemplaban aquel nacimiento como habrían mirado caer las manzanas. Pero el hombre de la sotana negra se corroía de la indignación y, fuera de sí, levantando el gran parasol azul, se puso a pegar a los niños, que escaparon a todo correr. Entonces él, delante de la perra que paría, la golpeó con todas sus fuerzas. Encadenada no podía huir, y mientras se debatía gimiendo, se montó sobre ella, aplastándola bajo sus pies, le hizo traer al mundo un último cachorrillo, y la remató a talonazos. Luego dejó el cuerpo sangrante en medio de los recién nacidos, que daban vagidos y se movían pesadamente, buscando ya las mamas.

Daba largos paseos solitarios, andando a grandes zancadas, con aire arisco.

Una tarde de mayo, mientras regresaba de una larga caminata bordeando el

acantilado para volver al pueblo, le sorprendió un gran chaparrón. No había ninguna casa a la vista, sólo la costa desnuda acribillada por las flechas de agua del temporal.

En el mar encrespado ondeaba el oleaje: y los oscuros nubarrones acudían del horizonte mientras redoblaba la lluvia. El viento silbaba, ululaba, doblegaba las jóvenes cosechas, y embestía al chorreante cura, pegaba a sus piernas la sotana calada, llenando de ruido sus oídos y de tumulto su corazón exaltado.

Se descubrió, exponiendo la frente a la tempestad, y poco a poco se acercó a la pendiente que llevaba al pueblo. Pero fue embestido por una ráfaga tal que no pudo ya seguir avanzando, y de pronto vio, detrás de un aprisco, la cabaña ambulante de un pastor.

Era un refugio, y corrió en esa dirección.

Los perros, azotados por el huracán, no se movieron al verle acercarse; y él pudo llegar hasta la cabaña de madera, una especie de caseta posada sobre unas ruedas que los guardianes de ganado, durante el verano, llevan de un pasto a otro.

Encima de un escabel, la puerta baja estaba abierta, dejando ver la paja del interior.

Iba el cura a entrar cuando percibió en la sombra a una pareja de enamorados abrazados. De golpe, cerró el sobradillo y lo atrancó; luego, enganchándose a los varales y tirando como un caballo, curvado bajo el esfuerzo su flaco cuerpo, y jadeando bajo la sotana empapada, corrió, arrastrando hacia la pina pendiente, la pendiente mortal, a los jóvenes sorprendidos en el abrazo, los cuales aporreaban con los puños la pared de madera, pensando sin duda que se trataba de una broma de alguien que pasaba por allí.

Apenas estuvo en lo alto de la pendiente, soltó la ligera morada, que se puso a rodar por la inclinada cuesta.

Aceleraba su carrera, arrastrada locamente, cada vez más rápido, saltando, tropezando como un animal, golpeando los varales en el suelo.

Un viejo mendigo acurrucado en una zanja la vio pasar como una exhalación por sobre su cabeza, y oyó salir unos gritos espantosos de la caja de madera.

De repente perdió una rueda arrancada por un topetazo, se venció sobre un lado y comenzó a rodar como una bola, como una casa arrancada que cae rodando desde la cima de un monte, hasta que, llegando al borde del último barranco, saltó describiendo una parábola en el aire y acabó en el fondo, chafada como un huevo.

Recogieron a los dos enamorados, triturados, con todos los miembros rotos, pero abrazados aún, con los brazos enlazados al cuello tanto en el miedo como en el placer.

El párroco no permitió que los dos cadáveres fueran llevados a la iglesia y negó la bendición a sus féretros.

Aquel domingo, desde el púlpito, habló con vehemencia del séptimo

mandamiento de Dios, amenazando a los enamorados con un brazo vengativo y misterioso y citando el ejemplo terrible de los dos desdichados muertos en pecado.

Cuando salía de la iglesia dos gendarmes le detuvieron.

Un aduanero lo había visto, desde su puesto de guardia. Fue condenado a trabajos forzados.

*

El labriego que me contó esta historia concluyó con seriedad:

—Yo le conocí, señor. Era un hombre duro; no le gustaban las tonterías.

MADEMOISELLE FIFI*

El mayor, comandante prusiano, conde de Farlsberg, estaba terminando de leer la correspondencia, arrellanado en un gran sillón tapizado, con los pies calzados con botas apoyados en el elegante mármol de la chimenea, donde sus espuelas, en los tres meses que hacía que ocupaba el castillo de Uville, habían abierto dos surcos profundos que cada día se hacían más grandes.

Una tacita de café humeaba en un *guéridon* de marquetería, manchado por los licores, quemado por los cigarros y cortado por el cortaplumas del oficial conquistador, que, a veces, mientras sacaba punta a un lápiz, se detenía y trazaba en el gracioso mueble cifras o dibujos, según la fantasía del momento.

Cuando hubo terminado las cartas y hojeado los periódicos alemanes que el furriel acababa de traerle, se levantó y, tras haber puesto en el fuego tres o cuatro enormes leños verdes, pues esos señores para calentarse estaban talando poco a poco el parque, se acercó a la ventana.

Llovía a cántaros, una de esas lluvias normandas que parecen desencadenadas por una mano furiosa, una lluvia al bies, tupida como una cortina, semejante a una especie de muro de franjas oblicuas, una lluvia que azotaba, salpicaba, lo inundaba todo, una verdadera lluvia de los alrededores de Ruán, orinal de Francia.

El oficial contempló largo rato los prados inundados y, al fondo, el Andelle crecido que se desbordaba; y tamborileaba con los dedos en el cristal un vals del Rin, cuando un ruido le hizo volverse: era su segundo, el barón de Kelweingstein, de grado equivalente al de capitán.

El mayor era un gigante, ancho de hombros, que gastaba una larga barba en abanico que se extendía sobre su pecho; su figura solemne hacía pensar en un pavo real militar, un pavo real que tuviera la cola desplegada debajo de la barbilla. Tenía los ojos azules, fríos y dulces, una mejilla con una cicatriz fruto de un sablazo recibido en la guerra de Austria; y gozaba de fama de ser tan buena persona como buen oficial.

El capitán, un hombrecillo rubicundo con una gran panza ceñida por el cinturón, llevaba casi completamente afeitada la barba llameante, cuyos hilos de fuego hubieran hecho pensar, bajo una cierta luz, que tenía el rostro espolvoreado de

fósforo. Debido a dos dientes que había perdido no se sabía muy bien cómo, en una noche de francachela, articulaba las palabras con un tono ronco no siempre comprensible; y era calvo tan sólo en la parte superior del cráneo, tonsurado como un fraile, con un vellón de pelillos rizados, dorados y brillantes, en torno a ese círculo de carne desnuda.

El comandante le dio un apretón de manos y se tragó de un sorbo el café (la sexta taza desde la mañana), mientras escuchaba el parte de su subordinado sobre las incidencias del servicio, luego los dos se acercaron a la ventana declarando que aquello no era muy alegre. El mayor, hombre tranquilo, casado en su patria, se adaptaba a todo; pero el capitán barón, empecinado vividor, frecuentador de prostíbulos, empedernido putañero, estaba furioso de verse constreñido desde hacía tres meses a la castidad, en aquel puesto perdido.

Se oyó llamar suavecito a la puerta, el comandante gritó que entraran y un hombre, uno de esos soldados autómatas, apareció en el umbral, anunciando con su sola presencia que la comida estaba lista.

Había ya en la sala tres oficiales de graduación inferior: un teniente, Otto de Grossling, y dos subtenientes, Fritz Scheunaubourg y el marqués Wilhelm von Eyrik, un rubiecito altanero y brutal con los hombres, duro con los vencidos y violento como un arma de fuego.

Desde que estaba en Francia, sus compañeros le llamaban Mademoiselle Fifi. Se había ganado este apelativo por su porte coqueto, su fino talle que se habría dicho ceñido por un corsé, su rostro pálido en el que apenas si apuntaba un incipiente bigote, así como porque había adquirido la costumbre, para expresar su soberano desprecio por las personas y las cosas, de emplear continuamente la expresión francesa *fi, fi donc*,[1] pronunciándola con un ligero silbido.

El comedor del castillo de Uville era una vasta y regia estancia, cuyos espejos de cristal antiguo, rotos en estrella por los disparos, y los grandes tapices flamencos rajados a sablazos y con algunas tiras desgarradas colgando, revelaban cuáles habían sido los pasatiempos de Mademoiselle Fifi en sus horas de holganza.

En las paredes, tres retratos de familia: un guerrero con armadura, un cardenal y un alto magistrado, fumaban en largas pipas de porcelana, y, en su marco desdorado por los años, una noble dama de pecho fajado lucía con arrogancia un enorme bigote dibujado con carbón.

El almuerzo de los oficiales se desarrolló casi en silencio en aquella estancia mutilada, ensombrecida por el chaparrón, entristecida por su aspecto derrotado, cuyo viejo parqué de roble se había vuelto inmundo como el suelo de una hostería.

A la hora del cigarro, una vez terminada la comida, comenzaron a beber y, como cada día, a hablar de su aburrimiento. Las botellas de coñac y de licores pasaban de mano en mano; y todos, recostados sobre el respaldo de sus asientos, bebían a

pequeños sorbos repetidos, mantenían en la comisura de la boca el largo tubo curvado que terminaba en un huevo de cerámica, siempre pintado como para encantar a unos hotentotes.

Apenas se vaciaba la copa, la llenaban con gesto de resignada desgana. En cambio, Mademoiselle Fifi rompía cada vez la suya, y al punto un soldado le traía otra.

Una nube de humo acre les envolvía y parecía que les sumiera en una somnolienta y triste ebriedad, en esa mortecina embriaguez de quien no tiene nada que hacer.

Pero el barón se puso en pie de golpe, movido por un arrebato de rebeldía; blasfemó:

—¡Maldita sea!, esto no puede seguir así, hay que inventar algo.

El teniente Otto y el subteniente Fritz, dos alemanes con los típicos rostros germanos inexpresivos y serios, respondieron al unísono:

—¿El qué, mi capitán?

Él pensó durante unos instantes y prosiguió:

—¿El qué? Pues bien, hay que organizar una fiesta, con el permiso del comandante.

El mayor dejó la pipa:

—¿Qué fiesta, capitán?

El barón se acercó:

—Ya me encargo yo de todo, mi comandante. Mandaré a Ruán a *Deber*, que nos traerá a unas señoritas; sabe dónde encontrarlas. Prepararemos aquí una cena; no nos falta de nada, por otra parte, y al menos así pasaremos una agradable velada.

El conde de Farlsberg se encogió de hombros sonriendo:

—Está usted loco, amigo.

Pero todos los oficiales se habían levantado y rodeaban a su superior, suplicándole:

—Déjelo en manos del capitán, mayor, este lugar es tan triste…

El mayor acabó por ceder:

—Está bien —dijo.

E inmediatamente el barón mandó llamar a *Deber*. Era éste un viejo suboficial al que nunca nadie había visto reír, pero que cumplía fanáticamente todas las órdenes de sus superiores, cualesquiera que fuesen.

De pie, impasible, recibió las instrucciones del barón; luego salió; y cinco minutos después un gran vehículo de convoy militar, con entalamadura de lona impermeable tensada en forma de cúpula, partía raudo y veloz bajo la recia lluvia, al galope de cuatro caballos.

Pareció entonces que un estremecimiento de desperezo recorriera las mentes: los

lánguidos cuerpos se recompusieron, los rostros se animaron y dio comienzo la conversación.

Por más que el chaparrón continuase con idéntica furia, el mayor afirmó que estaba menos oscuro y el teniente Otto anunció convencido de que el cielo aclararía. Mademoiselle Fifi no podía parar quieto. Se levantaba, luego volvía a sentarse. Su mirada clara y dura buscaba algo que romper. De repente, mirando fijamente a la dama con los bigotes, el rubiecito se sacó el revólver.

—Tú no verás nada —dijo y, sin levantarse del asiento, la apuntó. Dos balas, una tras otra, destrozaron los ojos del retrato. Luego exclamó—: ¡Pongamos un barreno!

La conversación se interrumpió de golpe, como si hubiera dominado a todos un interés poderoso y nuevo.

Lo del barreno era una invención suya, su sistema para destruir, su diversión favorita.

Al dejar el castillo, su legítimo propietario, el conde Fernand d'Amoys d'Uville, no había tenido tiempo de llevarse o de esconder nada, salvo los objetos de plata, ocultos en un hueco de la pared. Ahora bien, como era riquísimo y espléndido, antes de su precipitada huida el gran salón que daba al comedor parecía la galería de un museo.

Colgaban de las paredes preciadas telas, dibujos y acuarelas, mientras que sobre los muebles, en las estanterías y en las elegantes vitrinas, mil chucherías, jarrones, estatuillas, figuritas de Sajonia y de China, marfiles antiguos y vasos de Venecia, poblaban el espacioso salón, multitud bizarra y preciosa.

Ahora no quedaba ya casi nada. No es que los hubieran saqueado, porque el mayor, conde de Farlsberg, no lo habría permitido; pero Mademoiselle Fifi, de tanto en tanto, preparaba el *barreno*; y, cuando eso sucedía, todos los oficiales se divertían realmente durante cinco minutos.

El marquesito fue al salón a buscar lo que necesitaba. Volvió con una preciosa tetera china «familia rosa»[2] y la llenó de pólvora de cañón, introdujo por el pico con delicadeza un largo trozo de yesca, la encendió y corrió a llevar el ingenio infernal a la estancia contigua.

Luego regresó rápido, tras cerrar la puerta. Todos los alemanes esperaban, de pie, con los semblantes sonrientes de infantil curiosidad; y, tan pronto como la explosión sacudió el castillo, se precipitaron todos juntos.

Mademoiselle Fifi, que fue el primero en entrar, aplaudía con delirio delante de una Venus de terracota cuya cabeza había volado por los aires; y todos se pusieron a recoger pedacitos de porcelana, asombrándose de los extraños rebordes dentellados de los fragmentos, examinando los nuevos daños, poniendo en duda otros, que atribuían a una explosión anterior; y el mayor miraba con aire paternal el gran salón puesto patas arriba por aquella metralla a lo Nerón y sembrado de restos de objetos

artísticos. Fue el primero en salir, declarando con bonachonería:

—Esta vez ha salido de maravilla.

Pero había entrado tal tromba de humo en el comedor, mezclándose con la del tabaco, que era imposible respirar allí. El comandante abrió la ventana, y todos los oficiales, vueltos para tomar el último trago de coñac, se le acercaron.

El aire húmedo penetró en la estancia trayendo una especie de polvillo de agua que empolvaba las barbas y un olor a inundación. Contemplaban los grandes árboles azotados por el aguacero, el amplio valle cubierto de bruma por la descarga de las nubes oscuras y bajas y, en la lejanía, el campanario de la iglesia enhiesto como una lanza gris en medio de la recia lluvia.

Desde su llegada, no había sonado más. Por lo demás, la del campanario era la única resistencia que habían encontrado los invasores en la región. El párroco no se había negado en absoluto a recibir y alimentar a los soldados prusianos; es más, en más de una ocasión había aceptado tomarse una botella de cerveza o de burdeos con el comandante enemigo, el cual a menudo se servía de él como benévolo intermediario; pero no debía pedírsele el menor repique de campana; antes se habría dejado fusilar. Era su manera de protestar contra la invasión, protesta pacífica, protesta silenciosa, la única, según decía él, propia de un sacerdote, hombre piadoso y no sanguíneo; y todos, en diez leguas a la redonda, alababan la firmeza y el heroísmo del reverendo Chantavoine, que tenía la valentía de afirmar el luto público, de proclamarlo, por medio del obstinado mutismo de su iglesia.

Todo el pueblo, entusiasmado por aquella resistencia, estaba dispuesto a dar su apoyo a su pastor hasta las últimas consecuencias, a arrostrarlo todo, considerando aquella tácita protesta como una salvaguarda del honor nacional. Los campesinos creían tener más méritos, ante la patria, que Belfort y que Estrasburgo,[3] de haber dado un ejemplo igual, de haber inmortalizado el nombre de su aldea; y aparte de ello, no les negaban nada a los prusianos vencedores.

El comandante y los oficiales se reían de aquel inofensivo valor; y, como toda la población se mostraba servicial y dócil, toleraban de buen grado aquel silencioso patriotismo.

Únicamente el marquesito Wilhem habría querido hacer sonar por la fuerza las campanas. La condescendencia política de su superior con el párroco le sacaba de quicio y no pasaba día sin que le suplicara al comandante que le dejase hacer «ding-dong-ding-dong» una vez, aunque sólo fuera una vez, aunque sólo fuera para reírse un poco. Y se lo pedía con monerías de gata, zalamerías de mujer y dulce voz de amante que ansía locamente algo, pero el comandante no cedía, y Mademoiselle Fifi, para resarcirse de ello, ponía un barreno en el castillo de Uville.

Los cinco hombres permanecieron allí agrupados, delante de la ventana durante un rato, respirando la humedad. Luego el teniente Fritz dijo, con una risa pastosa:

—Las teñoritas no tendrán puen dempo para su baseo.

Dicho esto, se separaron, yéndose cada uno a cumplir su servicio, y el capitán a ocuparse de los muchos preparativos para la cena.

Cuando volvieron a encontrarse, a la caída de la noche, rompieron a reír al verse todos acicalados y relucientes como en los días que había que pasar revista general, engominados, perfumados, como nuevos. El pelo del comandante parecía menos cano que por la mañana, y el capitán se había afeitado, dejándose sólo el bigote, que hacía el efecto de una llama bajo la nariz.

Pese a la lluvia, dejaron la ventana abierta; y de vez en cuando uno de ellos se asomaba a escuchar. A las seis y diez el barón llamó la atención sobre un ruido de ruedas en la lejanía. Acudieron todos; y no tardó en llegar el gran vehículo, con sus cuatro caballos a galope tendido, embarrados hasta la grupa, despidiendo vaho y resoplando.

Y cinco mujeres se apearon en la escalinata, cinco bellas muchachas elegidas con buen ojo por un colega del capitán al que *Deber* había llevado un billete del oficial.

No se habían hecho de rogar, convencidas como estaban de que se les pagaría bien, conociendo como conocían a los prusianos, desde los tres meses que hacía que los trataban, sabiéndose adaptar a los hombres como a las circunstancias. «Gajes del oficio», decían durante el trayecto, para responder sin duda a la secreta comezón de un resto de mala conciencia.

Enseguida entraron todos en el comedor. Éste, iluminado, parecía todavía más lúgubre, en aquel lamentable deterioro, y la mesa cubierta de carnes, de una magnífica vajilla y de cubertería de plata encontrada dentro del muro donde la había escondido el propietario, daba a aquel lugar el aspecto de una taberna de ladrones que cenan tras el saqueo. El capitán, radiante, se apoderó de las mujeres como de algo que le resultaba familiar, valorándolas, abrazándolas, olisqueándolas, juzgándolas en su valor de mozas de fortuna; y como los tres jóvenes querían tomar enseguida a una para cada uno, él se opuso con autoridad, reservándose el hacer el reparto, de modo equitativo, de acuerdo con el grado, para no ofender en nada a la jerarquía.

Por tanto, para evitar toda discusión, protesta o sospecha de parcialidad, las puso en fila por orden de altura, y dirigiéndose a la más alta, con tono de mando preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Ella respondió levantando el tono de voz:

—Pamela.

El capitán sentenció:

—Número uno, la llamada Pamela adjudicada al comandante.

Tras haber dado un beso a Blondine, la segunda, en señal de propiedad, ofreció al teniente Otto la rozagante Amanda, Eva *la Tomate* al subteniente Fritz, y la más menuda de todas, Rachel, una jovencísima morenita de ojos negros como manchas de

tinta, una judía que con su naricita respingona confirmaba la regla general de la nariz ganchuda propia de los de su raza, le tocó al oficial más joven, al enclenque marqués Wilhem von Eyrik.

Por otra parte, todas eran graciosas y estaban rellenitas, sin una gran diferencia de fisonomía, como vueltas casi iguales de aspecto y de piel por las diarias prácticas amorosas y por la vida en común en las casas públicas.

Los tres jóvenes pretendían llevarse enseguida a sus mujeres, con la excusa de ofrecerles cepillos y jabón para limpiarse; pero el capitán se opuso prudentemente a ello, afirmando que estaban lo suficientemente aseadas para sentarse a la mesa y que si alguno subía con la suya querría cambiar al bajar, importunando así a las demás parejas. Su experiencia se impuso. No hubo más que besos, muchos besos, besos de espera.

De repente, Rachel se ahogó, tosiendo hasta las lágrimas y echando humo por la nariz. El marqués, con la excusa de darle un beso, le había soplado una bocanada de humo en la garganta. Ella no reaccionó, no dijo una palabra, pero miró fijamente a su poseedor con una ira que le resplandecía en el fondo de las pupilas negras.

Se sentaron a la mesa. Hasta el comandante parecía encantado; colocó a su derecha a Pamela, Blondine a su izquierda y, desplegando su servilleta, declaró:

—Tuvo usted una estupenda idea, capitán.

Los tenientes Otto y Fritz, correctos como si estuvieran con unas damas, intimidaban un poco a sus compañeras de mesa; pero el barón de Kelweingstein, hecho al vicio, radiante, soltaba frases licenciosas, parecía en llamas con su corona de pelos rojizos. Decía galanterías en un francés de la zona del Rin, y sus cumplidos tabernarios, expulsados por el agujero de sus dos dientes rotos, llegaban a las muchachas en medio de una metralla de saliva.

Ellas no entendían nada, por lo demás; y su inteligencia pareció despertarse tan sólo cuando profirió unas palabras obscenas, unas expresiones crudas, deformadas con su pronunciación. Entonces, todas juntas, rompieron a reír como locas, doblándose sobre la panza de quienes tenían al lado, repitiendo las palabras que el barón se puso entonces a deformar a posta para inducirlas a decir obscenidades. Ellas, borrachas desde las primeras botellas de vino, las vomitaban a voluntad y, volviendo a ser ellas mismas, abriendo la puerta a la costumbre, besaban los bigotes de la derecha y los bigotes de la izquierda, pellizcaban brazos, soltando gritos furiosos, bebían en todos los vasos, cantaban tonadillas francesas y fragmentos de canciones alemanas aprendidas en su trato diario con el enemigo.

Muy pronto también los hombres ebrios por aquellas carnes de mujer exhibidas ante sus ojos y bajo sus manos perdieron la cabeza y se pusieron a gritar, a romper platos, mientras a sus espaldas unos soldados impasibles les servían.

Sólo el comandante mantenía la compostura.

Mademoiselle Fifi había cogido a Rachel sobre sus rodillas y, excitándose en frío, ya le besaba como loco los ricitos de ébano de su nuca, aspirando en el breve espacio entre el vestido y la desnuda carne el dulce calor del cuerpo y el perfume de toda la persona; ya la pellizcaba furiosamente a través de la tela hasta hacerla gritar, presa de una ferocidad rabiosa, agitado por su necesidad de destrucción. También a menudo, sujetándola con los dos brazos y estrechándola como para fundirse con ella, oprimía largamente los labios sobre la fresca boca de la judía, besándola hasta quedar sin aliento, pero de repente le dio un mordisco tan profundo que un fino reguero de sangre corrió por la barbilla de la joven, resbalando hasta su corpiño.

También esta vez ella le miró con fijeza y, limpiándose la herida, murmuró:

—Estas cosas se pagan.

Él se echó a reír, con una risa forzada.

—Pagaré —dijo.

Habían llegado a los postres; se estaba sirviendo el champaña. El comandante se levantó y, con el mismo tono con el que habría brindado por la emperatriz Augusta, bebió:

—¡Por nuestras damas!

Y empezaron una serie de brindis, brindis de una galantería de militarotes y de beodos, entremezclados de bromas obscenas, vueltas más brutales aún por la ignorancia de la lengua.

Se levantaban uno tras otro, tratando de hacerse los ingeniosos, esforzándose en parecer divertidos, y las mujeres, borrachas como cubas, con la mirada extraviada y la boca pastosa, aplaudían cada vez a rabiar. El capitán, con la intención de dar a la orgía un tono galante, levantó una vez más el vaso, exclamando:

—¡Por nuestras victorias sobre los corazones!

Entonces el teniente Otto, especie de oso de la Selva Negra, se irguió, inflamado y saturado de bebida. E, invadido de improviso de patriotismo alcohólico, exclamó:

—¡Por nuestras victorias sobre Francia!

Por más que estuvieran ebrias, las mujeres enmudecieron; y Rachel replicó:

—Sabes, conozco a franceses ante los cuales no hablarías así.

El marquesito, reteniéndola en todo momento sobre sus rodillas, se echó a reír, muy alegre por el vino bebido:

—¡Ja, ja, ja!, ¡nunca he conocido a ninguno! ¡Basta con que lleguemos nosotros para que ellos salgan por piernas!

La muchacha, indignadísima, le gritó a la cara:

—¡Mientes, cerdo!

Durante unos segundos él la miró con sus ojos claros, como miraba los cuadros que acribillaba a pistoletazos, luego rió:

—¡Por supuesto, hablemos de ello, hermosa! ¡Aquí estaríamos nosotros, si ellos

fueran valientes! —Y se animaba—: ¡Nosotros somos sus amos! ¡Francia es nuestra!

Con una sacudida, Rachel se alzó de sus rodillas y volvió a caer sobre la silla. Él se levantó, alargó el vaso hasta el centro de la mesa y repitió:

—¡Nuestros son Francia y los franceses, los bosques, los campos y las casas de Francia!

Los otros, completamente ebrios, reaccionando de golpe ante el entusiasmo militar, un entusiasmo de brutos, cogieron los vasos y vociferaron:

—¡Viva Prusia! —Y los vaciaron de un trago.

Las muchachas no protestaron ni rechistaron, atemorizadas. También Rachel callaba, incapaz de responder.

Entonces el marquesito posó sobre la cabeza de la judía la copa de champán llena de nuevo:

—¡Nuestras son también todas las mujeres de Francia! —exclamó.

Ella se levantó con tal impulso que la copa, volcándose, derramó, como en un bautismo, el vino amarillo sobre sus cabellos negros, y cayó al suelo haciéndose trizas. Con los labios temblorosos, desafiaba la mirada del oficial, que seguía riendo, y con voz rota por la rabia dijo:

—¡Esto…, precisamente esto no es cierto! ¡No conseguiréis a las mujeres de Francia!

Él se sentó para reír cómodamente y, tratando de hablar con acento parisino, dijo:

—Ésta sí que es buena, buena de verdad. Pues, entonces, ¿qué haces tú aquí, pequeña?

Primero ella se calló, sin comprender muy bien en su turbación, pero luego, apenas hubo captado claramente lo que le había dicho, exclamó con vehemencia, indignada:

—¿Yo?, yo no soy una mujer, soy una puta, precisamente lo que necesitáis vosotros los prusianos.

No había terminado de decirlo cuando él la abofeteó con violencia; y cuando levantaba de nuevo la mano, ella, loca de rabia, cogió de encima de la mesa un cuchillito de postre con la hoja de plata y con tal rapidez que nadie se percató de ello, se lo clavó en el cuello, justo en el hueco del nacimiento del pecho.

La palabra que se disponía a decir se vio truncada en la garganta; y se quedó con la boca abierta y una mirada espantosa.

Todos lanzaron un rugido y se levantaron en tumulto; pero, tras haber arrojado su silla entre las piernas del teniente Otto que acabó cuan largo era por los suelos, ella corrió hacia la ventana, la abrió antes de que hubieran podido echarle el guante, y se lanzó al vacío de la noche, bajo la lluvia que seguía cayendo.

En dos minutos, Mademoiselle Fifi estuvo muerto. Entonces Fritz y Otto desenvainaron los sables para masacrar a las mujeres que se habían arrojado a sus

pies. El mayor, no sin esfuerzo, impidió la escabechina e hizo encerrar en un cuarto, bajo la custodia de dos soldados, a las cuatro muchachas trastornadas; luego, como si dispusiera las tropas para el combate, organizó la búsqueda de la fugitiva, segurísimo de apresarla.

Cincuenta hombres, fustigados por amenazas, fueron mandados al parque. Otros doscientos rebuscaron por los bosques y en todas las casas del valle.

La mesa, retirada en un instante, servía ahora de lecho mortuorio, y los cuatro oficiales, rígidos, desembriagados, con el duro semblante de los hombres de guerra en acción, estaban de pie cerca de las ventanas, escrutando en la oscuridad.

La lluvia torrencial continuaba. Un continuo tamborileo llenaba las tinieblas, un murmullo flotante de agua que cae y de agua que mana, de agua que gotea y de agua que brota.

De pronto resonó un disparo, luego, muy lejos, otro; y durante cuatro horas se siguieron oyendo de vez en cuando disparos cercanos o lejanos, gritos de reunión, palabras extrañas lanzadas como una llamada por unas voces guturales.

Por la mañana, regresaron todos. Dos soldados habían muerto y otros tres habían sido heridos por sus propios compañeros en la excitación de la caza y en la confusión de esta persecución nocturna.

Rachel no había sido encontrada.

Los vecinos fueron aterrorizados, todas sus casas puestas patas arriba, se recorrió, batió y registró toda la región. La judía no parecía haber dejado una sola pista de su paso.

Avisado, el general ordenó echar tierra sobre el asunto, para no dar un mal ejemplo al ejército, e impuso un castigo disciplinario al comandante, que castigó a su vez a sus inferiores. El general había dicho: «No se hace la guerra para divertirse y acostarse con mujeres públicas». Y el conde de Farlsberg, exasperado, decidió vengarse de la región.

Como necesitaba un pretexto para aplicar un castigo sin freno, llamó al párroco y le ordenó que tocase la campana para el funeral del marqués Von Eyrik.

En contra de lo esperado, el sacerdote se mostró dócil, humilde, considerado. Y cuando el cuerpo de Mademoiselle Fifi, llevado por unos soldados, precedido, rodeado, seguido de soldados que marchaban con el fusil cargado, dejó el castillo de Uville, camino del cementerio, por primera vez la campana dobló a muerto con un ritmo alegre, como si una mano amiga la acariciara.

Sonó también por la noche, y asimismo al día siguiente, y todos los días; repicó cuanto quisieron. A veces incluso, por la noche, se ponía a tocar sola, y lanzaba despacio, en la oscuridad, dos o tres tañidos, extrañamente alegre, despertada no se sabe por qué. Todos los campesinos del lugar dijeron entonces que estaba embrujada; y nadie, fuera del párroco y del sacristán, se acercó más al campanario.

El hecho es que una pobre muchacha vivía allí arriba, en medio del miedo y de la soledad, alimentada a escondidas por los dos hombres.

Allí se quedó hasta la marcha de las tropas alemanas. Luego, una noche, el párroco pidió prestada la tartana al panadero y llevó personalmente a su prisionera hasta la puerta de Ruán. Llegados allí, el sacerdote la abrazó; ella se apeó y a paso vivo no tardó en llegar a la casa pública, donde la creían muerta.

Poco tiempo después, la sacó de allí un patriota sin prejuicios, que, tras enamorarse primero de ella por su proeza, la quiso luego por sí misma y se casó con ella, convirtiéndola en una señora que no lo fue menos que otras muchas.

EL CIEGO*

¿Qué es la alegría del primer sol? ¿Por qué esa luz que cae sobre la tierra nos colma de felicidad de vivir? El cielo está totalmente azul, la campiña totalmente verde, las casas totalmente blancas; y nuestros extasiados ojos beben estos vivos colores y extraen de ellos alegría para nuestra alma. Y nos entran ganas de bailar, de correr, de cantar, una feliz levedad del pensamiento, una especie de afecto expansivo; se querría abrazar al sol.

Los ciegos, junto a las puertas, impasibles en su eterna oscuridad, permanecen tranquilos como siempre en medio de esta alegría nueva, y, sin comprender, apaciguan a cada instante a su perro que quisiera ponerse a dar brincos.

De vuelta a casa, al final de la jornada, del brazo de un hermano o de una hermanita más jóvenes, si el niño dice: «¡Qué buen día ha hecho hoy!», el otro responde: «Sí, ya he notado que hacía un bonito día, Lulú no paraba quieto».

Conocí a uno de estos hombres cuya vida fue uno de los más crueles martirios que imaginarse pueda.

Era un campesino, hijo de un labriego normando. Mientras vivieron el padre y la madre, recibió más o menos cuidados; no sufrió debido a su espantosa invalidez; pero cuando los viejos pasaron a mejor vida, dio comienzo para él una existencia atroz. Recogido por una hermana, todo el mundo en la alquería le trataba como a un pordiosero que come el pan ajeno. A cada comida le echaban en cara el sustento; le llamaban haragán, palurdo; y, aunque el cuñado se hubiera apropiado de su parte de la herencia, le daban de mala gana un poco de sopas, lo justo para que no se muriera de inanición.

Tenía un rostro palidísimo y dos ojos blancos como obleas; permanecía impasible ante la injuria, tan cerrado en sí mismo que no se sabía si la oía o no. Por otra parte, nunca había conocido afecto alguno y su propia madre siempre le había maltratado un poco, puesto que no le quería; porque en el campo los inútiles son considerados algo perjudicial y los campesinos con gusto harían como las gallinas, que matan a las que nacen con alguna imperfección.

En cuanto se había tomado las sopas, iba a sentarse delante de la puerta en verano, pegado a la chimenea en invierno, y ya no se movía de allí hasta la noche. No

hacía ningún gesto ni movimiento; sólo sus párpados, movidos por una especie de dolencia nerviosa, se cerraban de vez en cuando sobre la blanca mancha de los ojos. ¿Tenía una mente, un pensamiento, una clara conciencia de su vida? Nadie se lo preguntaba.

Durante unos años las cosas fueron así. Pero su impotencia para hacer cualquier cosa, unida a su impasibilidad, acabaron por irritar a sus parientes, de suerte que se convirtió en un hazmerreír, en una especie de bufón mártir, en una presa arrojada a la innata ferocidad, a la salvaje alegría de los brutos que le rodeaban.

Se ingeniaron todas las bromas crueles que podía inspirar su ceguera. Y, a fin de cobrarse el gasto que suponía su sustento, sus comidas se convirtieron en horas de diversión para los vecinos y de suplicio para el impotente.

Los campesinos de las casas aledañas asistían a aquella diversión; se llamaban de puerta en puerta y la cocina de la alquería estaba llena a diario. A veces ponían sobre la mesa, delante del plato en el que el ciego había empezado a tomarse las sopas, un gato o un perro. La bestia olía instintivamente la invidencia del hombre y se acercaba sigilosamente, comiendo en silencio, lamiendo con delicadeza; y, cuando un chasquido de la lengua un tanto fuerte llamaba la atención del pobre desventurado, se apartaba con prudencia para evitar el golpe que lanzaba a ciegas con la cuchara a su alrededor.

Entonces estallaban risas, había codazos, pataleos de los espectadores apretujados a lo largo de las paredes. Él, sin decir nunca esta boca es mía, se ponía de nuevo a comer con la mano derecha y con la izquierda adelantada protegía y defendía su plato.

Otras veces le daban de comer trozos de corcho, de madera, hojas o incluso porquerías, que no podía distinguir.

Luego se cansaron también de las bromas; y el cuñado, irritado por tener que mantenerle, comenzó a sacudirle, a abofetearle sin cesar, riéndose de sus inútiles esfuerzos por parar los golpes o devolverlos. Hubo así un nuevo juego: el de las bofetadas. Los mozos de labranza, el criado, la sirvienta, le daban en todo momento manotazos en la cara, cosa que imprimía a sus párpados un vivo movimiento. No sabía donde esconderse y estaba siempre con los brazos extendidos para evitar que se le acercaran.

Finalmente le obligaron a mendigar. Le dejaban en los caminos en los días de mercado y, apenas oía un ruido de pasos o el rodar de un carro, alargaba el sombrero, murmurando: «Una limosnita, por compasión…».

Pero el campesino no es pródigo, y pasaban semanas sin que trajera ni una perra chica.

Entonces se desencadenó el odio contra él, implacable. Y he aquí cómo murió.

Un invierno, la tierra estaba cubierta de nieve y tremendamente helada. Ahora

bien, su cuñado le llevó una mañana bastante lejos, a un camino real para hacerle pedir limosna. Lo dejó allí durante toda la jornada y, al caer la noche, dijo a los suyos que no lo había encontrado. Luego añadió: «¡Pero bah! No hay que preocuparse, alguno se lo habrá llevado al verle muerto de frío… ¡Pardiez!, seguro que no se ha perdido. Mañana lo tendremos aquí de nuevo para tomarse sus sopas».

Pero al día siguiente no volvió.

Tras haber esperado largas horas, aterido de frío, sintiéndose morir, el ciego se había echado a andar. Al no lograr reconocer el camino sepultado bajo aquella capa de hielo, anduvo errante a la ventura, cayendo en las zanjas, levantándose de nuevo, siempre mudo, buscando una casa.

Pero el entumecimiento de la nieve le había ido dominando poco a poco; las piernas debilitadas ya no le sostenían, y se sentó en medio de un campo. No volvió a levantarse.

Los blancos copos, que seguían cayendo, lo sepultaron. El cuerpo rígido desapareció bajo la acumulación de aquella masa infinita; y nada indicaba ya el lugar donde yacía el cadáver.

Durante ocho días sus parientes fingieron informarse, buscarle. Hasta lloraron.

El invierno era duro, y el deshielo tardaba en llegar. Un domingo, yendo a misa, los campesinos advirtieron una bandada de cuervos que revoloteaban sin fin sobre la llanura, luego se abatían como una lluvia negra, todos sobre el mismo punto, en un ir y venir incesante.

A la semana siguiente aquellas oscuras aves seguían allí. En el cielo había una nube de ellas, como si se hubieran reunido de todos los puntos del horizonte; y se dejaban caer con grandes chillidos sobre la nieve deslumbrante, que llenaban de extrañas manchas, y hurgaban obstinados.

Un zagal se acercó a ver qué hacían y descubrió el cuerpo del ciego, ya medio devorado, dilacerado. Los ojos pálidos habían desaparecido, vaciados por los largos picos voraces.

Y ya no puedo nunca disfrutar de la animada alegría de los días de sol sin un triste recuerdo y un pensamiento melancólico por aquel pobrecillo, tan desheredado en la vida que su horrible muerte fue un alivio para todos los que le habían conocido.

UN HIJO*

A René Maizeroy

Dos viejos amigos paseaban por un jardín totalmente florido, en el que la alegre primavera despertaba de nuevo la vida.

El uno era senador, el otro miembro de la Academia Francesa, ambos serios, dados a los razonamientos muy lógicos pero solemnes, personas de respeto y de calidad.

Primero hablaron de política, intercambiaron pareceres, no ya sobre ideas sino sobre hombres: en esta materia las personalidades priman siempre sobre la razón. A continuación, evocaron algunos recuerdos; luego se callaron, siguieron andando lado a lado, tonificados por la tibieza del aire.

Un gran macizo de alhelíes exhalaba unos aromas dulzones y delicados; flores de mil especies y de mil colores expandían sus olores en la brisa, mientras que un cítiso revestido de racimos amarillos esparcía al viento su fino polvillo, humo de oro que olía a miel y que llevaba su simiente bienoliente, semejante a los voluptuosos polvos de los perfumeros, a través del espacio.

El senador se detuvo, aspiró la nube fecundadora que flotaba, observó el árbol amoroso que resplandecía como un sol y cuyos gérmenes se iban volando. Y dijo:

—¡Y pensar que estos átomos imperceptibles y fragantes crearán vida a cientos de leguas de aquí, harán estremecerse las fibras y las savias de los árboles hembra y producirán seres con raíces, nacidos de un germen como nosotros, mortales como nosotros, y que serán sustituidos por otros seres de la misma esencia, como nosotros y para siempre!

Luego, plantándose delante del cítiso radiante que a cada estremecimiento del aire esparcía en torno sus aromas vivificadores, el senador agregó:

—Ah, truhán, si tuvieras que llevar la cuenta de todos los hijos que tienes, te verías en un buen aprieto. Tú sí que los haces fácilmente, los abandonas sin ningún remordimiento y no te preocupas por ellos.

El académico dijo:

—También nosotros hacemos otro tanto, amigo mío.

—Oh, sí, no lo niego —dijo el senador—, algunas veces los abandonamos, pero al menos lo sabemos y en esto radica nuestra superioridad.

El otro meneó la cabeza:

—No, no me refería a eso; verá, mi querido amigo, no existe hombre que no tenga hijos que desconoce, esos que se dicen «de padre desconocido», hechos casi de modo inconsciente, como se reproduce este árbol.

»Si tuviéramos que contar las mujeres que hemos tenido, ¿no es cierto que nos veríamos en un buen compromiso, como se vería el árbol al que usted se ha dirigido si tuviera que enumerar a toda su descendencia?

»En fin, de los dieciocho a los cuarenta años, incluyendo en la lista los encuentros fugaces, los contactos de una hora, se puede perfectamente decir que se ha tenido… relaciones íntimas con doscientas o trescientas mujeres.

»Ahora bien, amigo mío, ¿puede estar seguro de que en ese número no ha fecundado al menos a una y que por tanto no tiene andando por ahí, o en la cárcel, a un ganapán de hijo que roba y mata a gente honesta, o sea, a nosotros; o bien a una hija en un lugar de mala nota, o tal vez, si ha tenido la suerte de haber sido abandonada por su madre, cocinera en alguna familia?

»Piense, además, que casi todas las mujeres que llamamos *públicas* tienen uno o dos hijos cuyo padre no saben quién es, hijos engendrados en el azar de los abrazos a diez o veinte francos. En todos los oficios hay que cuantificar los beneficios y las pérdidas. Esos vástagos representan las «pérdidas» de su profesión. ¿Y quién los ha engendrado? ¡Usted, yo, todos nosotros, los hombres llamados *respetables*! Son la consecuencia de nuestras alegres comidas con amigos, de las noches de francachela, de las horas en que nuestra carne satisfecha nos empuja a ayuntamientos fortuitos.

»Los ladrones, los vagabundos, todos los miserables, en una palabra, son hijos nuestros. Y menos mal que no somos nosotros hijos suyos, ¡porque también esos pillastres se reproducen!

»Mire, yo por mi parte, tengo sobre mi conciencia una historia muy desagradable, que quisiera contarle. Para mí es un remordimiento continuo, es más, una duda continua, una inagotable incertidumbre que a veces me tortura de forma terrible.

*

A los veinticinco años emprendí un viaje a Bretaña, a pie, con un amigo, hoy consejero de Estado.

Al cabo de quince o veinte días de loca marcha, después de haber visitado las Côtes-du-Nord y una parte del Finistère, llegamos a Douarnenez, y de ahí, en una etapa, ganamos la punta salvaje de Raz a través de la bahía de los Trépassés, e hicimos noche en una aldea como tantas, cuyo nombre terminaba en *of*; pero, cuando

se hizo de día, un extraño cansancio retuvo a mi compañero en la cama. Digo en la cama por costumbre, porque nuestra yacija estaba formada simplemente de dos gavillas de paja.

Imposible caer enfermo en aquel lugar. Así que le obligué a levantarse y a eso de las cuatro o las cinco de la tarde llegamos a Audierne.

Al día siguiente se sentía un poco mejor y reanudamos el viaje; pero por el camino le entraron unos dolores insoportables, y sólo a fuerza de un gran esfuerzo conseguimos llegar a Pont-Labbé.

Al menos allí había una posada. Mi amigo se metió en cama y el médico, al que hicimos venir de Quimper, comprobó que tenía una fiebre muy alta, sin especificar el motivo.

¿Conoce Pont-Labbé? ¿No? Pues bien, es la ciudad más bretona de toda esa Bretaña bretañizante que va desde la punta del Raz hasta el Morbihan, de esa región en la que se encuentra la esencia de las costumbres, de las leyendas, de los usos bretones. Todavía hoy aquel rincón de tierra casi no ha cambiado. Digo «todavía hoy» porque ahora, por desgracia, ¡voy allí todos los años!

Un viejo castillo baña el pie de sus torres en un gran embalse, tristísimo, sobre el que vuelan unas aves salvajes. De él nace un río que los barcos de cabotaje remontan hasta la ciudad. Y en sus estrechas calles, de casas antiguas, los hombres llevan sombrero alto, chaleco bordado y las cuatro casaquillas superpuestas: la primera, grande como una mano, apenas si cubre los omóplatos, la última les llega justo a la altura de los calzones.

Las muchachas, altas, bellas, lozanas, llevan el pecho aplastado por un chaleco de paño que es como una coraza, oprimiéndolas, sin dejar adivinar siquiera su poderoso y martirizado pecho; y van tocadas de extraño modo: dos alas bordadas de colores encuadran el rostro en las sienes, aprietan los cabellos que caen en cascada sobre la nuca para, subiendo de nuevo, recogerse en lo alto de la cabeza bajo una extraña toca entretejida a menudo de oro o de plata.

La moza de nuestra posada debía de tener dieciocho años a lo sumo, los ojos de un celeste claro picados por los dos puntitos negros de las pupilas; y los dientes pequeños, apretados, que enseñaba sin cesar al reír, parecían hechos para moler granito.

No sabía una palabra de francés, sólo hablaba bretón como la mayor parte de sus paisanos.

Mientras tanto mi amigo no mejoraba y, aunque no se manifestaba ninguna enfermedad, el médico le prohibía partir, ordenándole guardar reposo absoluto. De manera que yo pasaba los días a su lado y la joven moza no hacía más que entrar y salir, trayendo ya la cena para mí, ya la tisana.

Yo bromeaba un poco con ella, y parecía que eso la divertía, pero naturalmente no

hablábamos nunca porque era imposible entenderse.

Una noche que me había quedado hasta muy tarde con el enfermo, al volver a mi habitación me crucé con la muchachita que regresaba a la suya. Estaba justo a la altura de mi puerta abierta; y he aquí que bruscamente, sin pensar lo que hacía, en plan de broma más que otra cosa, la cogí por la cintura y antes de que ella hubiera podido recuperarse del asombro, la había empujado y encerrado en mi cuarto. Ella me miraba espantada, enloquecida, aterrada, sin atreverse a gritar por temor a armar un escándalo, a que la pusieran de patitas en la calle primero sus amos sin duda, y luego tal vez su padre.

Yo lo había hecho todo por simple broma; pero cuando ella estuvo en mi habitación me entraron ganas de poseerla. Fue como una lucha larga y silenciosa cuerpo a cuerpo, como los atletas, con los brazos extendidos, crispados, contorsionados, la respiración entrecortada, la piel sudorosa. ¡Oh!, ella forcejeó valientemente; y a veces nos dábamos contra un mueble, un tabique, una silla; entonces, enlazados en todo momento, nos quedábamos inmóviles varios segundos con el temor de que el ruido hubiera despertado a alguien; luego reanudábamos nuestra encarnizada batalla, yo atacándola, ella resistiendo.

Agotada al fin, sucumbió; y yo la poseí brutalmente en el suelo, sobre el piso.

En cuanto se hubo levantado, corrió hacia la puerta, descorrió el cerrojo y salió huyendo.

Apenas si me la encontré los días siguientes. No me dejaba acercarme a ella. Luego, como mi compañero estaba curado y teníamos que reanudar nuestro viaje, la vi entrar, la víspera de nuestra partida, a medianoche, descalza, en camisón, en mi habitación a la que yo acababa de retirarme.

Ella se echó en mis brazos, me estrechó apasionadamente, luego, hasta que fue de día, me besó, me acarició, llorando, sollozando, dándome, en fin, todas las muestras de afecto y de desesperación que nos puede dar una mujer cuando no conoce siquiera una palabra de nuestra lengua.

Ocho días después había olvidado aquella aventura, normal y frecuente cuando se viaja, dado que las mozas de posada están generalmente destinadas a distraer de este modo a los viajeros.

Pasaron treinta años sin que pensara de nuevo en ello, y sin volver a Pont-Labbé.

En 1876 pasé casualmente por allí, durante una excursión por Bretaña que había emprendido para documentar un libro mío, y para compenetrarme con esos paisajes.

No me pareció que hubiera cambiado nada. El castillo seguía bañando sus muros grisáceos en el embalse, a la entrada de la pequeña ciudad; y la posada era la misma, pero arreglada, remozada, de aspecto más moderno. Al entrar, fui recibido por dos jóvenes bretonas de dieciocho años, lozanas y amables, acorazadas en el estrecho chaleco de paño, con la toca plateada y las grandes alas bordadas a la altura de las

orejas.

Serían cerca de las seis de la tarde. Me senté a la mesa para la cena y mientras el posadero mismo se apresuraba a servirme, fue sin duda la fatalidad la que me hizo decir: «¿Conoció usted a los viejos propietarios de esta casa? Pasé aquí un par de semanas, hace de eso treinta años. Hablo de cosas lejanas».

Él respondió: «Eran mis padres, señor».

Entonces le conté en qué circunstancias había hecho una parada allí, retenido por la indisposición de un compañero. No me dejó terminar.

«Sí, lo recuerdo perfectamente. Tenía yo por entonces quince o dieciséis años. Usted dormía en la habitación del fondo y su amigo en esa que ahora es la mía, la que da a la calle.»

Sólo en aquel momento me asaltó muy vivo el recuerdo de la joven sirvienta. Pregunté: «¿Se acuerda de una graciosa sirvienta que tenía entonces su padre, con unos bonitos ojos azules y unos dientes sanos?».

«Sí, señor —respondió—. Murió de parto al poco.»

Y alargando la mano hacia el patio, donde un hombre flaco y cojo estaba removiendo el estiércol, agregó: «Ése es su hijo».

Me eché a reír. «No es lo que se dice guapo, y no se parece en nada a su madre. Sin duda ha salido a su padre.»

«Es posible —dijo el posadero—. Pero no se ha sabido nunca quién fue. Murió sin revelar nada y nadie sabía aquí que tuviera un enamorado. Fue una gran sorpresa cuando nos enteramos de que estaba encinta. Nadie se lo quería creer.»

Tuve una especie de desagradable estremecimiento, uno de esos penosos encogimientos de corazón que son como la premonición de una gran desgracia. Miré al hombre del patio. Estaba sacando agua para los caballos y llevaba los dos cubos cojeando, con un esfuerzo doloroso de la pierna más corta. Era un andrajoso, iba horriblemente sucio, con los cabellos rubios y largos tan enredados que le caían sobre las mejillas como si fueran cuerdas.

El posadero añadió: «No sirve para gran cosa, lo hemos mantenido en casa por caridad. Quizá habría salido mejor de haberse criado como todo el mundo. Pero ¿qué quiere, caballero? ¡Ni padre, ni madre, ni dinero! Mis padres se compadecieron de él, pero no era hijo suyo, usted ya me entiende».

No respondí nada.

Dormí en mi antigua habitación; y durante toda la noche no hice más que pensar en aquel horrendo mozo de cuadra, repitiéndome: «¿Y si fuera hijo mío? ¿Será posible que yo matara a esa muchacha y engendrara a ese ser?». Era posible, después de todo.

Decidí hablar con aquel hombre y enterarme de la fecha exacta de su nacimiento. Una diferencia de dos meses podría sacarme de dudas.

Al día siguiente lo mandé llamar. Pero tampoco él hablaba francés. Parecía no entender nada, además, y cuando una de las mozas le preguntó de mi parte cuántos años tenía no supo qué responder. Permaneció delante de mí con aire de idiota, revolviéndose el pelo entre las zarpas nudosas y asquerosas, riendo estúpidamente, con algo de la antigua risa de su madre en las comisuras de los labios y de los ojos.

Había venido entretanto el posadero, que fue a buscar la partida de nacimiento del pobre miserable. Éste había venido al mundo ocho meses y veintiséis días después de mi paso por Pont-Labbé, porque yo recordaba perfectamente haber llegado a Lorient el 15 de agosto. La partida de nacimiento llevaba la indicación: «Padre desconocido». La madre se llamaba Jeanne Kerradec.

Entonces mi corazón se puso a latir aceleradamente. No conseguía ya hablar de tan sofocado como me sentía; y miraba a ese bruto cuyos largos cabellos rubios parecían un estercolero más mugriento que el de los animales; y el pordiosero, incómodo por mi mirada, dejaba de reír, volvía la cabeza, trataba de irse.

Durante todo el día estuve deambulando por la orilla del riachuelo, enfrascado en dolorosos pensamientos. Pero ¿de qué me servía pensar? No conseguía concentrarme en nada. Durante horas y horas sopesé todas las razones a favor y en contra de mi paternidad, extenuándome en conjeturas inextricables, que infaliblemente me devolvían a la misma horrible incertidumbre y luego a la convicción, más atroz aún, de que aquel hombre era hijo mío.

No pude cenar y me fui a mi habitación. Permanecí bastante rato sin pegar ojo; finalmente pude conciliar un sueño lleno de pesadillas insoportables. Veía a aquel palurdo que se reía en mi cara, me llamaba «papá» y luego se convertía en perro y me mordía en las pantorrillas, y por más que yo trataba de ponerme a salvo, él me perseguía incansablemente y, en vez de ladrar, hablaba, insultándome; luego comparecía delante de mis colegas de la Academia reunidos para decidir si yo era su padre; y uno de ellos exclamaba: «¡Es indudable! Miren cómo se le parece». Y, en efecto, yo me daba cuenta de que aquel monstruo se me parecía. Y me desperté con esta idea metida en la cabeza y con el deseo loco de volver a ver al hombre para decidir si, sí o no, teníamos rasgos comunes.

Le alcancé mientras estaba yendo a misa (era domingo) y le di un escudo mientras lo escrutaba ansiosamente. Se echó a reír de nuevo de modo horrible, cogió el dinero, y luego, nuevamente confundido por mi mirada, se largó tras haber farfullado un sonido casi inarticulado, que sin duda quería decir «gracias».

La jornada transcurrió para mí entre las mismas angustias de la anterior. Hacia el atardecer hice venir al posadero y, con muchas precauciones, habilidad y sutilezas, le dije que me interesaba por aquel pobre abandonado por todos y privado de todo, y que deseaba hacer algo por él.

Pero el hombre replicó: «¡Oh!, ni pensarlo, caballero, no vale la pena, sólo se

buscará disgustos. Yo le hago limpiar el establo, es cuanto es capaz de hacer. Por eso le doy de comer y duerme con los caballos. No sirve para nada más. Si tiene unos pantalones viejos, déselos, pero dentro de ocho días estarán hechos jirones».

No insistí, reservándome el tomar una decisión más tarde.

Aquella noche el miserable volvió a casa espantosamente borracho, a punto estuvo de prender fuego a la casa, la emprendió a golpes de pico con un caballo y, por último, se durmió en el barro bajo la lluvia, gracias a mi largueza.

Al día siguiente me rogaron que no le diera más dinero. El aguardiente le hacía enfurecerse, y apenas tenía cuatro cuartos en el bolsillo se los gastaba en bebida. El posadero agregó: «Darle dinero significa querer su muerte». Aquel hombre no había tenido nunca nada, salvo algún céntimo que le lanzaban los viajeros, y no conocía otro destino para aquel vil metal que la taberna.

Comencé a pasar horas y horas en mi cuarto, con un libro abierto que fingía leer cuando no hacía otra cosa que mirar a aquel bruto, ¡hijo mío!, ¡hijo mío!, tratando de descubrir si tenía algo de mí. A fuerza de buscar, me pareció reconocer unas líneas semejantes en la frente y en la raíz de la nariz, y no tardé en convencerme de que existía un parecido disimulado por la vestimenta distinta y por la horrenda pelambrera de aquel hombre.

Pero no podía quedarme por más tiempo sin despertar sospechas, y partí, con el corazón destrozado, tras haber dejado al posadero algún dinero para dulcificar la vida de su mozo.

Ahora bien, desde hace seis años, vivo con este pensamiento, esta horrible incertidumbre, esta duda abominable. Y, todos los años, una fuerza invencible me lleva a Pont-Labbé. Cada año me condeno al suplicio de ver a aquel bruto chapotear en su estercolero, imaginarme que guarda un parecido conmigo, tratando, siempre en vano, de hacer algo por él. Y cada año vuelvo aquí, más indeciso, más atormentado, más ansioso.

He tratado de darle instrucción. Es un idiota irremediable.

He tratado de hacerle menos penosa la vida. Es un borracho empedernido y se gasta en beber todo el dinero que recibe y sabe vender muy bien las ropas nuevas para procurarse aguardiente.

Ofreciendo siempre dinero, he tratado de apiadar a su amo para que le trate mejor. El posadero, que comenzaba a asombrarse, me respondió muy cuerdamente: «Todo cuanto haga por él sólo servirá para echarlo a perder. Hay que tenerlo como a un preso. Apenas dispone de tiempo libre o mejora algo su situación se vuelve peligroso. Si quiere usted hacer una buena obra, no faltan los expósitos, pero elija a uno que le corresponda».

¿Qué podía responderle?

Y si dejara traslucir una sombra siquiera de las dudas que me torturan, sin duda

aquel cretino se volvería astuto para aprovecharse de mí, comprometerme, arruinarme, me llamaría «papá» como en el sueño que tuve.

Me digo que maté a la madre y eché a perder a ese ser atrofiado, larva de establo, brotado y crecido entre el estiércol, ese hombre que, criado como los demás, habría sido igual que los demás.

No se puede imaginar la sensación extraña, confusa e insoportable que experimento ante él pensando que eso salió de mí, que está unido a mí por ese vínculo íntimo que liga al hijo con el padre, que, gracias a las terribles leyes de la herencia, él es como yo en mil cosas, en la sangre y en la carne, que posee los mismos gérmenes de enfermedad, los mismos fermentos de pasión.

De continuo siento la necesidad implacable y dolorosa de verle; y el verle me hace sufrir horriblemente; y desde mi ventana, allí abajo, le observo durante horas y horas moverse y cargar el estiércol de los animales, repitiéndome: «Es mi hijo».

Y siento, a veces, unas ganas tremendas de abrazarlo. Nunca he tocado su sucia mano.

*

El académico calló. Su compañero, el político, murmuró:

—Sí, es cierto, deberíamos ocuparnos un poco más de los niños sin padre.

Una ráfaga de viento atravesó el gran árbol amarillo, sacudió sus racimos, envolviendo en una nube fina y olorosa a los dos viejos, que la respiraron a grandes bocanadas.

El senador agregó:

—De veras es bonito tener veinticinco años e incluso hacer hijos de ese modo.

CONFLICTOS DE RISA*

Desde la ruidosa expulsión de los monjes, hemos entrado en la era de los conflictos entre la autoridad civil y la dominación eclesiástica. Ya en los asombrados departamentos asisten al duelo heroico del prefecto y del obispo; ya Francia entera se queda boquiabierta ante el combate singular de un ministro y de un cardenal.

Pero los conflictos entre los dos poderes que hasta ese momento se repartían el país adquieren un interés muy especial cuando se producen entre un simple alcalde y un humilde párroco, entre un fraile y un maestro. Asistimos entonces a pugnas en verdad hilarantes, con el debido respeto a la fe, que nada tiene que ver en ello.

Se citaba el otro día, en este periódico, un artículo de Henri Rochefort a propósito de la nueva ley contra las publicaciones inmorales, ley que pone nuevos rayos en las manos de todos los Pinard y los Bétolaud[1] del futuro; y a este propósito el mordaz escritor recordaba que muchos monumentos se han visto mutilados por el exceso de celo de unos curas ferozmente honestos. A él dedico la siguiente historia, verídica de todo punto, pero ya antigua.

*

Un pueblecito normando tenía una iglesia antiquísima, declarada monumento histórico. Así pues, sólo el conservador de los antedichos monumentos podía autorizar cambios o arreglos.

No existe mucho respeto por los monumentos históricos cuando éstos son también monumentos religiosos. Por ejemplo, la iglesia románica de Étretat ha sido embellecida hoy con pinturas y vidrieras tales que hacen poner el grito en el cielo a todos los artistas, mientras que los repugnantes ornamentos de estilo jesuítico han estropeado para siempre gran cantidad de edificios notables.

La pequeña iglesia a la que me refiero tenía una portada esculpida, una de esas portadas en semicírculo en las que la fantasía libre de artistas ingenuos ha plasmado escenas bíblicas en su sencillez y desnudez primigenias.

En el centro, Adán, la figura principal, presentaba a Eva su homenaje. Nuestro primer padre se alzaba en vivas carnes, y Eva, sumisa como debe serlo toda esposa,

recibía con abandono los favores de su señor.

De ellos salían, como un doble río, las generaciones humanas: los hombres, de Adán; las mujeres, de Eva.

El pueblecito tenía un párroco, muy buena persona, pero de un pudor que sangraba cada vez que tenía que pasar por delante de aquella representación demasiado natural. Primero sufrió en silencio, ulcerado en lo más profundo. Pero ¿qué podía hacer?

Una mañana, tras la misa, dos forasteros, dos viajeros, parados delante de la fachada de la iglesia, se echaron a reír al verle salir.

Uno de ellos le preguntó:

—¿Es su enseña, señor cura?

E indicaba a nuestros primeros padres, eternamente inmóviles en su libre actitud.

El sacerdote se fue a escape, humillado hasta las lágrimas, herido en su corazón, admitiendo para sí que realmente su iglesia mostraba en la fachada un emblema vergonzoso, como si fuera un lugar de mala nota.

Y se fue a ver al alcalde, que dirigía el Consejo de Fábrica. Éste era un librepensador.

Dejo a la imaginación del lector cuáles fueron los argumentos del sacerdote y las respuestas del ciudadano.

El reverendo, fuera de sí, suplicaba a la autoridad civil a fin de que permitiera, aunque sólo fuera un poco, disminuir a nuestro padre Adán, nada más que un poco, un simple retoque a la turca. Ello no estropearía nada, muy al contrario. El conservador de los monumentos históricos ni lo notaría. El alcalde se mostró inflexible y despidió al ministro de Dios tachándole de retrógrado.

Al domingo siguiente, la asombrada población reparó en que Adán llevaba pantalones; sí, unos pantalones de tela cuidadosamente adaptados con lacre. De aquel modo el monumento y el primer hombre estaban intactos y el pudor a salvo.

Pero el funcionario civil dio un brinco de furor y ordenó al guarda rural retirar los pantalones a nuestro antepasado. Lo que fue ejecutado en medio de la diversión de los parroquianos.

Pero llegó el momento en que hubo que dedicar una serie de sermones en honor a un santo curador, cuya efigie milagrosa estaba expuesta en el coro de la iglesia; y esta vez el párroco no podía soportar la idea de que todos los fieles que pudieran acudir de todos los puntos del departamento desfilaran en procesión por debajo de nuestro impúdico antepasado de piedra.

Se consumía de disgusto; imploraba que el cielo le iluminara. El cielo le iluminó, pero mal.

Una noche, un vecino que vivía en las inmediaciones de la iglesia fue despertado por unos extraños ruidos. Se puso a la escucha. Eran unos golpes violentos,

resonantes. En las cercanías los perros aullaban. El hombre se levantó, cogió la escopeta y salió. Delante de la iglesia se movía un extraño grupo; y a los resplandores de un farol parecía tratarse de un intento de robo por escalo, o mejor dicho, por rotura, ya que los golpes indicaban que se trataba de echar abajo la puerta, sin duda para robar el cepillo de las limosnas y los objetos de adorno del altar.

Asustado, pero temeroso, el vecino corrió a casa del alcalde; éste mandó avisar a sus ayudantes, quienes se armaron y mandaron llamar a los bomberos. Los mozos de labranza se unieron a sus amos y la tropa, erizada de hoces, de horcas y de armas de fuego, avanzó prudentemente realizando un movimiento envolvente.

Los ladrones estaban aún allí. Indudablemente la puerta resistía. Con mil precauciones los defensores del orden avanzaron pegados a la iglesia; y de pronto el alcalde, que iba el último, gritó con voz furiosa:

—¡Adelante, apresadles!

Los bomberos se lanzaron a por ellos… y vieron, encima de dos sillas, al párroco y a su ama disminuyendo los atributos de Adán.

El ama, en enaguas, sostenía con ambas manos su farol, mientras el sacerdote golpeaba con todas sus fuerzas en la dura piedra, que cedió justo en ese momento.

—¡En nombre de la ley, queda usted detenido! —gritó el oficial del estado civil, y se llevó al reverendo desesperado y al ama hecha un mar de lágrimas, mientras el guarda rural recogía, como cuerpo del delito, el fragmento que acababa de perder el generador de la Humanidad, aparte del farol y del martillo.

Largas entrevistas tuvieron lugar entre el obispo y un conciliador prefecto para echar tierra sobre este grave asunto.

*

Otro conflicto.

Últimamente varios periódicos han publicado la carta indignada de un buen párroco al maestro de su pueblo, para intimar a éste a declarar si era o no cierto que se había referido a la Historia Sagrada como si fuera una pura patraña.

Los periódicos religiosos se han sentido ofendidos; los periódicos liberales han argumentado doctoralmente.

Ahora bien, la cuestión me parece delicada y difícil.

Según la nueva ley, parece que se ha prohibido a los maestros de primaria la enseñanza de la Historia Sagrada. ¿Quién deberá enseñarla? Nadie. Por tanto, los niños no la conocerán nunca.

Pero si el maestro es autorizado a contar las aventuras de ese compendio de maravillosas anécdotas llamado Antiguo Testamento, ¿puede pretenderse que él afirme como artículos de fe la creación del mundo en seis días, la detención del sol

ordenada por Josué, la destrucción musical de las murallas de Jericó, el paseo de Jonás en el misterioso interior de la ballena, etcétera?

Cuando les enseñe a los futuros electores a no creer en las varillas de avellano de los brujos, ¿les contará el milagro a lo Vespasiano de Moisés, haciendo brotar el agua con un medio que, por lo que sostiene la Biblia, no parece en absoluto anormal? Si debe afirmar que la mujer de Lot fue convertida en estatua de sal, ¿cómo podrá impedírsele que proclame enérgicamente la completa autenticidad de las metamorfosis narradas por Ovidio? Si pone a la Historia Sagrada en el mismo plano que la mitología; si define a la primera como «la narración de las fábulas sagradas de la Iglesia cristiana» y a la segunda como «la narración de las fábulas sagradas del paganismo», ¿quién podrá censurárselo o reprochárselo?

Os aseguro que, en estos momentos, de una punta a la otra de Francia, están surgiendo conflictos indecibles.

¡Y cómo nos gustaría escuchar los argumentos que intercambian con sus partidarios y sus adversarios, por la noche, en el jardín de la escuela o bajo el cenador de la rectoría, estos irreconciliables rivales!

DE VIAJE*

Sainte-Agnès, 6 de mayo

Mi querida amiga:

Me pidió que le escribiera a menudo para contarle sobre todo cosas que hubiera visto. Asimismo me pidió que hurgara entre mis recuerdos de viajes para encontrar en ellos esas breves historias, aprendidas de un campesino que conocí, de un posadero, de un desconocido que pasaba, que dejan en la memoria como un rastro indeleble de un lugar. Con un paisaje esbozado en unas pocas líneas y una breve historia narrada en unas pocas frases, créame que puede mostrarse el verdadero carácter de una región, volverla viva, visible, dramática.

Lo intentaré, de acuerdo con su deseo. Le mandaré, pues, de vez en cuando, cartas en las que no se hablará ni de mí ni de usted, sino sólo del horizonte y de los hombres que se mueven en él. Empiezo, pues.

*

La primavera es la época en que, en mi opinión, deberíamos beber y nutrirnos de paisaje. Es la estación de los estremecimientos, igual que el otoño es la estación de la reflexión. En primavera el campo excita la carne, en otoño penetra en el espíritu.

Este año he querido respirar la flor de azahar y he partido para el Sur, en la época en que todos vuelven de allí. He pasado por Mónaco, ciudad de peregrinos, rival de la Meca y de Jerusalén, sin dejar dinero en los bolsillos ajenos; y he subido a la alta montaña, bajo un techo de limoneros, de naranjos y de olivos.

¿Ha pasado alguna vez una noche, amiga mía, en un naranjal florido? El aire que allí se respira con delicia es la quintaesencia de los aromas. Esa fragancia intensa y suave, sabrosa como una golosina, parece confundirse con nosotros, nos impregna, nos embriaga, nos hace languidecer, nos provoca un amodorramiento soñoliento y soñador. Se diría un opio preparado por la mano de las hadas y no por la de los boticarios.

Es ésta la tierra de los barrancos. La dorsal de las montañas está por doquier

quebrada y recortada y en todos esos repliegues sinuosos crecen verdaderos bosques de limoneros. De trecho en trecho, donde los escarpados valles se detienen en una especie de escalinata, los hombres han construido embalses que retienen el agua de las tormentas. Son grandes hoyos de paredes lisas, sin ningún asidero que se ofrezca a la mano de quien pueda caer allí.

Iba yo lentamente por uno de estos valles, mirando a través del follaje los frutos brillantes que colgaban todavía de las ramas. La angostura de la garganta hacía más penetrantes los intensos olores de las flores; y el aire, allí abajo, parecía adensarse. Me sentí cansado y busqué un lugar en el que sentarme. Gotas de agua resbalaban por la hierba y, pensando que me hallaba cerca de un manantial, subí un poco más para encontrarlo. En cambio, llegué al borde de uno de esos embalses amplios y profundos. Me senté a la turca, con las piernas cruzadas, y me quedé soñando despierto delante de aquel agujero que parecía lleno de tinta, de tan negra y estancada como estaba el agua. A lo lejos, a través de las ramas, descubría, como manchas, retazos de Mediterráneo, de un brillo cegador. Pero mi mirada volvía siempre al gran pozo oscuro, que no parecía habitado por ningún animal acuático, tan inmóvil era su superficie.

De pronto una voz hizo que me sobresaltara. Un anciano señor, que andaba buscando flores (ésa es la más rica región de Europa para los herbolarios), me estaba preguntando:

—¿Es usted pariente de esos pobres niños?

Le miré, estupefacto.

—¿Qué niños, señor?

Entonces pareció incómodo y agregó, inclinándose:

—Disculpe usted. Al verle tan absorto delante del embalse, he creído que pensaba usted en el drama espantoso que aquí ocurrió.

Esta vez fui yo quien quiso saber y le rogué que me contara la historia.

Se trata de una historia muy sombría y desgarradora, mi querida amiga, al tiempo que bastante trivial. Un simple suceso de gacetilla. No sé si hay que atribuir mi conmoción al modo dramático en que me fue contada, al escenario de las montañas, al contraste entre la alegría del sol y de las flores con el agujero negro y mortífero, pero el hecho es que me quedé con el corazón en un puño y los nervios a flor de piel por ese relato que tal vez a usted no le parezca tan doloroso cuando lo lea en su habitación, sin tener ante los ojos el paisaje del drama.

Fue en la primavera de uno de estos últimos años. Dos niños iban a menudo a jugar al borde de esta alberca, mientras su preceptor leía un libro, tumbado bajo un árbol. En una cálida tarde un grito vibrante despertó al hombre que dormitaba, y el ruido de una caída dentro del agua le hizo ponerse de repente en pie. El más pequeño de los niños,

de once años, daba alaridos, de pie cerca del depósito de agua que se estremecía, se ondulaba, tragándose al mayor, que se había caído mientras corría a lo largo de la cornisa de piedra.

Fuera de sí, sin esperar ni pensárselo, el preceptor se zambulló en la sima, y no volvió a aparecer porque se había golpeado con la cabeza en el fondo.

En el mismo instante, el muchacho, vuelto a flor de agua, agitaba los brazos hacia el hermano. Éste se extendió en el suelo, se estiró, y enseguida las cuatro manos se asieron, se apretaron, contraídas, enlazadas.

Ambos sintieron la honda alegría de la vida salvada, el escalofrío del peligro pasado. Y el mayor trató de subir, pero sin conseguirlo; la pared era recta; y su hermano, demasiado débil, resbalaba poquito a poco hacia el agujero. Permanecieron inmóviles, dominados nuevamente por el espanto. Y esperaron.

El más pequeño apretaba con todas sus fuerzas las manos del mayor y lloraba nerviosamente mientras repetía: «No puedo sacarte, no puedo sacarte». Y de repente se puso a gritar: «¡Socorro! ¡Auxilio!».

Pero su voz aguda apenas si lograba traspasar la bóveda de follaje de encima de sus cabezas.

Así permanecieron largo rato, horas y horas, cara a cara, esos dos chiquillos, con el mismo pensamiento, la misma angustia y el espantoso temor a que uno de los dos, agotado, aflojara la débil presión de sus manos. Y pedían ayuda, siempre en vano.

Hasta que, finalmente, el mayor, que temblaba de frío, le dijo al menor: «No resisto más. Voy a soltarme. Adiós, hermanito». El otro, jadeante, repetía: «Todavía no, todavía no, espera».

Cayó la noche, la noche tranquila, con sus estrellas reflejadas en el agua.

El mayor, extenuado, dijo: «Déjame libre una mano, voy a darte mi reloj».

Se lo habían regalado unos días antes; y desde entonces era su mayor preocupación. Consiguió cogerlo, se lo alargó al pequeño, que, sollozando, lo dejó a su lado en la hierba.

Era noche cerrada. Las dos pobres criaturas postradas no aguantaban sino a duras penas. El mayor, finalmente, sintiéndose perdido, susurró aún: «Adiós, hermanito, dales un beso a mamá y a papá».

Y sus dedos paralizados se abrieron. Se zambulló y no volvió ya a aparecer.

El pequeño, tras quedarse solo, empezó a llamarlo como loco: «¡Paul! ¡Paul!», pero el otro no volvía. Entonces se fue corriendo por la montaña, tropezando con las piedras, trastornado por el dolor más atroz que pueda oprimir el corazón de un niño, y llegó, que parecía un muerto, al salón donde esperaban sus padres.

Y de nuevo se perdió al llevarles al oscuro depósito. No encontraba ya el camino. Finalmente, reconoció el lugar. «Sí, es allí, es allí».

Pero fue preciso vaciar aquella alberca; y el propietario no quería permitirlo, pues

necesitaba el agua para sus limoneros.

Los dos cuerpos no fueron encontrados hasta el día siguiente.

*

Como puede ver, mi querida amiga, es un simple caso de crónica de sucesos. Pero si hubiera visto usted ese pozo, se habría quedado, como yo, con el corazón encogido pensando en la agonía de aquel muchacho colgado de las manos de su hermano, en la lucha interminable de esos dos chiquillos acostumbrados sólo a reír y a jugar, y en ese simple detalle, el reloj dado a su hermano.

Me decía entre mí: «¡Que el Azar me preserve de recibir nunca semejante reliquia!». No conozco nada más espantoso que el recuerdo ligado a un objeto familiar del que no podemos ya desprendernos. Piense que cada vez que toque ese sagrado objeto, el superviviente volverá a ver la horrible escena, el depósito, el muro, el agua calmada y el rostro descompuesto de su hermano, vivo y tan perdido como si estuviera ya muerto. Durante toda su vida, a cada hora, retornará esa visión, despertada de nuevo apenas la punta del dedo roce el bolsillo de su chaleco.

Me quedé triste hasta la noche. Dejé, subiendo en todo momento, la región de los naranjales por la región de los olivos, y la de los olivos por la región de los pinos, luego pasé por un valle pedregoso, llegando a continuación a las ruinas de un antiguo castillo, levantado, se afirma, en el siglo X, por un caudillo sarraceno, hombre prudente, que se hizo bautizar por amor a una muchacha.

Por todas partes, en torno a mí, montañas, y delante el mar, el mar con una mancha casi indistinta: Córcega, o mejor la sombra de Córcega.

Pero en las cimas ensangrentadas por el sol poniente, en el vasto cielo y en el vasto mar, en todo aquel horizonte soberbio que había ido a contemplar, no veía más que a dos pobres niños, uno tumbado al borde de un pozo lleno de agua negra, el otro sumergido hasta el cuello, atados por las manos, llorando cara a cara, trastornados. Y me parecía oír continuamente una vocecilla agotada que repetía: «Adiós, hermanito, te doy mi reloj».

Esta carta le parecerá, mi querida amiga, muy lúgubre. Otro día trataré de ser más alegre.

UN BANDIDO CORSO*

El camino subía suavemente en medio del bosque de Aitona. Los altísimos abetos desplegaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa, dejaban oír una especie de lamento continuo y triste, mientras a derecha e izquierda sus troncos delgados y rectos formaban como un ejército de tubos de órgano del que parecía salir esa música monótona del viento en las cumbres.

Al cabo de tres horas de marcha, la profusión de estos largos fustes intrincados se aclaró; de trecho en trecho, un gigantesco pino rodeno, aislado entre los demás, abierto como un enorme paraguas, extendía su copa de un verde oscuro; y de pronto llegamos al lindero del bosque, unos cien metros por debajo del desfiladero que lleva al valle salvaje del Niolo.

En las dos esbeltas cimas que dominan este paso, algunos viejos árboles retorcidos se diría que hubiesen escalado penosamente, como exploradores que preceden a la multitud apiñada detrás. Dándonos la vuelta, descubrimos todo el bosque, extendido debajo de nosotros, semejante a una inmensa hondonada de verdor cuyos bordes, formados por rocas desnudas que lo encerraban por todos lados, parecían tocar el cielo.

Reanudamos el camino, y al cabo de diez minutos llegamos al desfiladero.

Entonces vi unas tierras sorprendentes. Más allá de otro bosque, un valle, pero un valle como no había visto nunca otro igual, una soledad de piedra de unas diez leguas de extensión, encajonada entre montañas de dos mil metros de altura, sin un campo ni un árbol a la vista. Es el Niolo, la patria de la libertad corsa, la inaccesible ciudadela de la que los invasores nunca han conseguido expulsar a los montañeses.

Mi compañero me dijo:

—Es también aquí donde se han refugiado todos nuestros bandidos.

Pronto estuvimos en el fondo de aquel hoyo salvaje y de indecible belleza.

Ni una hierba ni una planta: granito, nada más que granito. Delante de nosotros, hasta donde se perdía la vista, un desierto de granito destellante, calentado como un horno por un sol de justicia que parece suspendido a propósito por encima de aquella garganta de piedra. Cuando uno alza los ojos hacia las crestas se detiene deslumbrado y asombrado. Parecen rojas y dentelladas como encajes de coral, pues todas las cimas

son de pórfido; y el cielo encima de ellas parece violeta, lila, descolorido por la cercanía de esas extrañas montañas. Más abajo el granito es de un gris centelleante y bajo los pies parece raspado, triturado; caminamos sobre un polvo reluciente. A la derecha, en un largo surco tortuoso, brama y corre un tumultuoso torrente. Y uno se tambalea bajo este calor, en esta luz, en este valle ardiente, árido, impracticable, cortado por ese barranco de agua turbulenta que parece tener prisa por huir, al no conseguir fecundar las rocas, perdida en ese horno que la bebe ávidamente sin ser nunca penetrado y refrescado por ella.

Pero de repente aparece a nuestra derecha una pequeña cruz de madera hincada en un montoncito de piedras. Un hombre había sido asesinado allí; le dije a mi compañero:

—Hábleme, pues, de los bandidos de este lugar.

Él contestó:

—Conocí al más célebre de ellos, al terrible Santa Lucia, voy a contarle su historia.

*

Su padre había caído en una reyerta, a manos de un joven de su mismo pueblo, por lo que se decía; y Santa Lucia se había quedado solo con su hermana. Era un muchacho débil y tímido, menudo, siempre achacoso, sin energía alguna. Y no declaró la *vendetta* al asesino de su padre. Todos los parientes fueron a verle, suplicándole que se vengara; pero él hizo oídos sordos a sus amenazas y súplicas.

Entonces, siguiendo la vieja costumbre corsa, su hermana, indignada, le despojó de sus ropas negras, a fin de que no llevara luto por un muerto que había quedado sin venganza. Él se mostró insensible incluso a este ultraje, y, antes que descolgar de la pared la escopeta de su padre, aún cargada, se encerró, no salió más de casa, sin atreverse a desafiar las miradas de desprecio de los jóvenes del lugar.

Pasaron algunos meses. Parecía que se hubiera olvidado hasta del crimen y seguía conviviendo con su hermana, metido en casa.

Un buen día, el que se sospechaba era el asesino, se casó. Santa Lucia no pareció inmutarse por la noticia; y he aquí que, con el fin sin duda de desafiarlo, el novio, al ir a la iglesia, pasó por delante de la casa de los dos huérfanos.

Hermano y hermana estaban en la ventana comiendo unas pastas cuando el joven vio desfilar al cortejo nupcial por delante de su casa. De pronto se puso a temblar, se levantó sin decir una palabra, se santiguó, cogió la escopeta colgada en la chimenea y salió.

Cuando más tarde contaba el hecho, decía: «No sé qué me dio: como una llamarada de calor en la sangre. Sentí que era preciso hacerlo; que, a pesar de los

pesares, no habría sido capaz de resistirme; y entonces fui a esconder la escopeta en un matorral del camino de Corte».

Volvió al cabo de una hora, con las manos vacías, con el aire de siempre, triste y cansado. Su hermana creyó que ya no pensaba en ello.

En cambio, al caer la noche desapareció.

Aquella misma tarde su enemigo, junto con sus dos pajes de honor, tenía que ir a pie a Corte.

Caminaban cantando, cuando Santa Lucia se plantó delante de ellos y, mirando fijamente al asesino, gritó: «¡Ha llegado tu hora!», y le disparó a quemarropa, hundiéndole el pecho.

Uno de los pajes escapó, el otro miraba al joven repitiendo: «Pero ¿qué has hecho, Santa Lucia?».

Luego quiso correr hasta Corte a pedir ayuda. Pero Santa Lucia le gritó: «Si das un paso más, te destrozo una pierna». El otro, sabiendo que hasta entonces había sido tímido, le dijo: «No tienes valor…», e hizo ademán de moverse. Cayó enseguida con un muslo destrozado por una bala.

Santa Lucia se le acercó y dijo: «Ahora examinaré tu herida; si no es grave, te dejaré aquí; si es mortal, te remataré».

Observó la herida, consideró que era mortal, volvió a cargar lentamente la escopeta, exhortó al herido a rezar y acto seguido le voló los sesos.

Al día siguiente estaba en las montañas.

¿Sabe qué hizo luego este Santa Lucia?

Toda su familia fue detenida por los gendarmes. Su tío párroco, sospechoso de haberle incitado a la venganza, también fue encarcelado y acusado por los parientes del muerto. Pero consiguió escapar, cogió a su vez una escopeta y se reunió con su sobrino en el monte.

Entonces Santa Lucia mató uno tras otro a los acusadores de su tío, sacándoles los ojos a fin de que los demás aprendieran a no testificar nunca acerca de lo que no habían visto con sus propios ojos.

Mató a todos los parientes, a todos los aliados de la familia enemiga. En su vida dio muerte a catorce gendarmes, incendió las casas de sus adversarios y hasta su muerte fue el bandido más terrible que se recuerda.

*

El sol desaparecía tras el monte Cinto y la gran sombra de la montaña de granito se recostaba sobre el granítico valle. Apretamos el paso para llegar antes del anochecer a la aldea de Albertacce, especie de cúmulo de piedras pegadas al pétreo flanco de la garganta salvaje. Dije, pensando en el bandido:

—¡Qué terrible costumbre esta de vuestra *vendetta*!
Mi compañero respondió con resignación:
—¿Qué quiere? ¡Hay que cumplir con el propio deber!

EL VELATORIO*

Había muerto sin agonía, tranquilamente, como una mujer de vida intachable; y descansaba ahora en su lecho, boca arriba, con los ojos cerrados, las facciones serenas, los largos cabellos blancos cuidadosamente peinados, como si se hubiera arreglado el pelo diez minutos antes de morir, el rostro pálido de difunta tan recogido, tan relajado, tan resignado, que se notaba perfectamente qué alma bondadosa había habitado ese cuerpo, qué vida sin perturbaciones había llevado aquella abuela serena, qué final sin agitaciones ni remordimientos había tenido aquella discreta mujer.

De rodillas, junto al lecho, su hijo, un magistrado de principios inflexibles, y su hija, Marguerite, en religión sor Eulalia, lloraban a lágrima viva. Desde la infancia ella los había armado de una moral muy rígida, enseñándoles una religión sin flaquezas, el deber sin componendas. Él, el varón, se había hecho juez y, esgrimiendo la ley, castigaba sin piedad a los débiles, a los vacilantes; ella, la hembra, totalmente imbuida de la virtud que había mamado en esa familia de austeras costumbres, se había casado con Dios, por rechazo hacia los hombres.

Apenas si habían conocido a su padre; sólo sabían que había hecho desgraciada a su madre, sin entrar en detalles.

La religiosa besaba como loca la mano colgante de la difunta, una mano de marfil parecida al gran crucifijo que yacía sobre el lecho. Del otro lado del cuerpo extendido, la otra mano parecía seguir sujetando el paño arrugado por ese gesto errático conocido como el pliegue de los moribundos; y en la sábana habían quedado unas pequeñas ondas de tela, como un recuerdo de esos últimos movimientos que preceden a la eterna inmovilidad.

Unos ligeros golpes en la puerta hicieron alzarse las dos cabezas sollozantes; y entró de nuevo el cura, que acababa de cenar. Estaba colorado, sin aliento, porque había empezado la digestión; había puesto bastante coñac en el café, para luchar contra la fatiga de las últimas noches pasadas y de la noche en vela que comenzaba.

Parecía triste, con esa fingida tristeza del eclesiástico para el que la muerte es un medio de ganarse el pan. Hizo la señal de la cruz, y, acercándose con gesto profesional, dijo:

—Hijos míos, vengo a ayudarles a pasar estas tristes horas.

Pero, de repente, sor Eulalia se levantó:

—Gracias, padre, pero mi hermano y yo desearíamos estar a solas con ella. Son los últimos momentos que pasaremos en su compañía, y quisiéramos estar los tres como en otro tiempo, cuando…, cuando éramos pequeños y nuestra po…, pobre mamá…

No consiguió terminar, tantas eran las lágrimas que derramaba, tanto el dolor que la oprimía.

Tranquilizado, el cura inclinó la cabeza, pensando ya en su cama.

—Como quieran, hijos.

Se arrodilló, se santiguó, oró, se volvió a levantar y salió despacito, murmurando:

—Era una santa.

Se quedaron solos, la muerta con sus hijos. Un reloj de pared oculto lanzaba en la oscuridad su tictac regular; y por la ventana abierta entraban los suaves olores del heno y del bosque, junto con una languideciente claridad de luna. Ningún ruido en los campos, salvo el croar lejano de los sapos y a veces un zumbido de insecto nocturno que entraba como una bala, chocando contra una pared. Una paz infinita, una divina melancolía, una silenciosa serenidad rodeaban a aquella muerta, parecían emanar de ella, difundirse en derredor, aplacar a la naturaleza misma.

Entonces el magistrado, que seguía estando de rodillas, con la cabeza hundida entre la ropa de la cama, gritó con una voz lejana, desgarradora, a través de las sábanas y las mantas:

—¡Mamá, mamá, mamá!

Y la hermana, tras dejarse caer sobre el entarimado, golpeando contra la madera su frente de fanática, convulsa, retorcida y vibrante, como en un ataque epiléptico, gimoteó:

—¡Jesús mío, Jesús mío, mamá, Jesús mío!

Y sacudidos ambos por un huracán de dolor, jadeaban, emitían estertores de agonizante.

Luego, poco a poco, la crisis se aplacó y reanudaron los lloros de modo más tranquilo, como los momentos de bonanza siguen a las borrascas en el mar agitado.

Al cabo de un buen rato, se levantaron y se pusieron a contemplar el querido cadáver. Y los recuerdos, aquellos recuerdos lejanos, ayer tan gratos, hoy tan atormentadores, asaltaban sus mentes con todos esos pequeños detalles, íntimos y familiares, que hacen revivir al ser desaparecido. Recordaban hechos, palabras, sonrisas, entonaciones de voz de aquella que nunca más hablaría con ellos. La volvían a ver feliz y tranquila, recordaban las frases que les decía, y un pequeño movimiento de la mano que hacía a veces, como para llevar el compás, cuando anunciaba cosas importantes.

La querían como nunca la habían querido. Y calibrando la magnitud de su

desesperación, tomaban conciencia de cuánto la habían querido y lo solos que ahora se encontrarían.

Desaparecía su sostén, su guía, su entera juventud, toda la parte feliz de su vida, se ponía fin a su vínculo con la vida, la madre, la mamá, la carne engendradora, los lazos con los mayores. Pasaban a ser unos solitarios, aislados, no podían mirar ya tras de sí.

La monja le dijo a su hermano:

—¿Te acuerdas de que mamá releía siempre sus viejas cartas? Están todas ahí, en su cajón. ¿Y si también nosotros las leyésemos, si reviviésemos esta noche toda su vida, a su lado? Será como un vía crucis, una manera de conocer a la madre de mamá, a nuestros desconocidos abuelos, cuyas cartas tenemos y de los que tan a menudo nos hablaba, ¿recuerdas?

Cogieron del cajón una decena de pequeños fajos de cartas amarillentas, cuidadosamente atados y puestos unos sobre otros. Echaron sobre la cama esas reliquias y, eligiendo uno en el que había escrito la palabra «padre», lo abrieron y leyeron.

Eran esas viejísimas epístolas que se encuentran en los viejos secreteres de familia, epístolas que conservan el olor del pasado siglo. La primera decía: «Querida mía»; otra: «Mi niña hermosa»; luego otras: «Mi querida niña», y «Mi querida hija». De repente, la hermana comenzó a leer en voz alta, a releer a la muerta su historia, todos sus afectuosos recuerdos. Y el magistrado, con un codo apoyado en la cama y los ojos clavados en la madre, escuchaba. El cadáver inmóvil parecía feliz.

Sor Eulalia se detuvo de repente y dijo:

—Deberíamos meterlas en la tumba, hacer con ellas como un lienzo y enterrarla dentro de él.

Cogió otro paquetito en el que no había escrita palabra indicadora alguna. Comenzó, en voz alta:

—«Adorada mía: Te amo con locura. Desde ayer sufro como un condenado encendido por tu recuerdo. Siento tus labios contra los míos, tus ojos clavados en los míos, tu carne contra mi carne. ¡Te amo, te amo! Me has hecho enloquecer. Mis brazos se abren, jadeo con esfuerzo presa de un inmenso deseo de poseerte de nuevo. Todo mi cuerpo te llama, te quiere. He conservado en mi boca el sabor de tus besos…»

El magistrado se había incorporado; la religiosa se interrumpió; él le arrebató la carta de la mano, buscó la firma. No la había, sólo debajo de estas palabras: «El que te adora», el nombre: «Henry». Su padre se llamaba René. No era, pues, él. Entonces el hijo rebuscó con mano rápida en el paquetito de cartas, cogió otra y leyó: «Y no puedo vivir sin tus caricias…». Y de pie, severo como en su tribunal, miró a la muerta impasible. La religiosa, derecha como una estatua, con un resto de lágrimas

en las comisuras de los ojos, mirando a su hermano, aguardaba. Entonces él cruzó la habitación a paso lento, ganó la ventana y, con la mirada perdida en la noche, se quedó pensativo.

Cuando se volvió, sor Eulalia, con los ojos ya secos, seguía de pie, cerca de la cama, con la cabeza gacha.

Se acercó, recogió las cartas con gesto rápido, tirándolas desordenadamente dentro del cajón; luego cerró las cortinas del lecho.

Y cuando la luz del día hizo palidecer las candelas que velaban sobre la mesa, el hijo lentamente dejó su sillón y, sin volver a mirar por última vez a su madre, que, condenada, había excluido de sus vidas, dijo parsimoniosamente:

—Ahora, vámonos, hermana.

OTROS TIEMPOS*

Cuando, en el pasado siglo, un caballero arruinaba galantemente a su amante, veía aumentar enseguida su buena reputación. Si la amante así despojada era una gran dama; si, abandonada tan pronto como su bolsa estaba vacía, era sustituida por otra a la que el seductor desvalijaba con no menos facilidad e igual apetito, el caballero se convertía en un libertino, en una persona de moda, considerado, envidiado, respetado, admirado, profundamente reverenciado, que gozaba del pleno favor de los poderosos y de las mujeres.

Pero ¡ay!, ¡ay!, un siglo después la juventud, que se dice escolarizada, proclamando y profesando una moral completamente distinta de la de los grandes señores del pasado, fanatizándose en nombre de unos rígidos principios, cae con furia sobre los pocos que han quedado en representación de la tradición del pasado y los echa al agua para ver si flotan.

Y estas víctimas supuestas, pero no convictas, estos descendientes de los libertinos son unos desdichados, unos pobres, unos desheredados de la fortuna, sin medios en las calles de París, y sin embargo creados con unos instintos de millonarios, con la necesidad de gastar que contrasta con una indolencia innata que los mantiene apartados del trabajo.

Han razonado de un modo que podría parecer acertado si no supiéramos que es falso, a saber: que en el mundo existen miles de mujeres cuya única profesión consiste en arruinar a los hombres aprovechándose de los sentimientos malsanos que les inspiran; así pues, resulta equitativo quitarles a esas mujeres el dinero ganado con esos medios deshonestos, provocando a su vez en ellas sentimientos no menos malsanos.

No es otro que el principio de la medicina homeopática aplicado a la moral: el mal tratado con el peor veneno; ahora bien, si el método homeopático cura… Saquemos nuestras propias conclusiones.

El resultado de todo ello ha sido que los vengadores de la honestidad han sido derrotados, encarcelados, aplastados, machacados por las tropas encargadas de velar por el orden público; y que los ahogados eran simples e inocuos burgueses que volvían de la oficina a casa; que los traficantes de mujeres, llamados rufianes,

conseguirán beneficiarse con la publicidad que se les hace así gratuitamente; que los guardianes del orden que han cumplido con su deber se verán sustituidos, y el prefecto de policía, que ya no sabe por dónde salir, seguramente trasladado.

Así pues, todo va del mejor modo posible en el mejor de los mundos.

Para esto es para lo que sirven las revueltas por la buena causa, las revoluciones, las indignaciones y, en general, todos los sentimientos valerosos que arman el brazo de los hombres abnegados.

*

En el campo la gente es sin duda más sensata. La escena que sigue no es sino un relato fiel de los hechos.

Es más, yo fui testigo de ella, la vi con mis propios ojos.

En la sala del juez de paz, en Normandía.

El juez, un obeso hombre asmático, está sentado tras una gran mesa, flanqueado por su secretario. Viste un ropón gris con los botones metálicos y habla con parsimonia, tosiendo el aire que silba en sus conductos respiratorios como si hubiera un escape en ellos.

En el fondo de la gran sala, unos campesinos con blusón azul, sentados en unos bancos, con la gorra o el sombrero entre las piernas. Están serios, con cara de cretinos y astutos, y preparan dentro de sí los argumentos en favor de su causa. Escupen sin cesar junto a sus pies, calzados con unos zapatones grandes como barcas de pesca; y un charco de saliva marca el territorio de cada uno.

Enfrente del juez, justo al otro lado de la mesa, las partes cuyo litigio se dirime en ese momento.

La denunciante es una señora de campo que frisa en los cincuenta, de cara rojiza, que resplandece bajo un sombrero hortelano que se diría lleno de espárragos, de rábanos y de cebollas. Es seca, esquinada, horrible y pretenciosa, con unos manguitos de punto, y los cintajos de su toca revolotean en torno a su cabeza como las banderolas de un navío.

El acusado, un mocetón de veintiocho años, mofletudo y bobalicón, parece un monaguillo cebado y engordado demasiado deprisa. Ella y él se lanzan miradas feroces.

Él es asistido y defendido por su padre, un viejo campesino idéntico a un ratón, y por su joven mujer, roja de furor pero también lozana, una moza recia campesina, sana y con el pelo cardado, carne de reproducción, de primer premio en un concurso agrícola.

He aquí los hechos. La señora, viuda de un oficial sanitario, había criado a mesa y mantel al joven campesino, reservándoselo para sus placeres. Tras los muchos

servicios prestados por él, ella le había regalado una pequeña finca en reconocimiento de su buena voluntad. Pero el muchacho, apenas recibida la dote, se había casado, dejando a la vieja, que, furibunda, reclamaba lo suyo: o el muchacho o la finca, a elección.

El juez, muy perplejo, había terminado de escuchar la denuncia de la señora. Entre el público nadie reía. La causa era seria y merecía reflexión.

A su vez, el jovenzuelo se levantó para responder.

El juez le interrogó.

—¿Qué tiene que alegar?

—La finca me la dio ella.

—¿Por qué se la dio? ¿Qué hizo usted para merecerla?

Indignado, el jovenzuelo enrojeció hasta las cejas.

—¿Que qué he hecho, señor juez, que qué he hecho? ¡Desde hace quince años esa arpía me ha chupado la sangre, no se puede decir que no me la haya merecido!

Esta vez se alzó un murmullo entre el público, y unas voces convencidas repetían:

—¡Ah, seguro que se la ha merecido!

El padre consideró llegado el momento de intervenir:

—¿Cree que le habría entregado a un chiquillo de quince años de no haber contado con una gratificación?

Por su parte, su joven mujer se adelantó furiosa, exasperada y, levantando la mano hacia la señora impasible y roja, dijo:

—¡Pero mírela usted, señor juez, mírela! ¿Cómo se puede decir que no se la ha merecido?

El juez miró y observó largamente a la vieja, consultó al secretario, comprendió que verdaderamente se la merecía y desestimó el caso. Todo el público aprobó la decisión.

Et nunc erudimini.[1]

CONFESIONES DE UNA MUJER*

Me ha pedido usted, querido amigo, que le cuente los recuerdos más vivos de mi vida. Soy muy vieja, sin parientes ni hijos; por eso puedo confesarme libremente con usted. Prométame tan sólo no revelar nunca mi nombre.

Fui muy amada, como usted sabe; y yo misma amé a menudo. Era muy bella; puedo decirlo hoy que no queda nada de ello. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Habría preferido morir antes que vivir sin afectos, sin un pensamiento siempre pendiente de mí. Las mujeres pretenden con frecuencia amar una sola vez con toda la fuerza de su corazón; me ha ocurrido a menudo querer tan apasionadamente que creía imposible que mis arrebatos pudieran tener fin. Y, sin embargo, se apagan siempre de forma natural, como el fuego al que falta la leña.

Hoy le contaré mi primera aventura; no fue por culpa mía, pero ella determinó todas las demás.

La horrible venganza de ese espantoso boticario de Pecq me ha traído de nuevo a la mente el drama espantoso al que tuve que asistir a mi pesar.

Llevaba casada un año con un hombre rico, el conde Hervé de Ker…, un bretón de vieja estirpe al que, naturalmente, yo no amaba. El amor, el verdadero, tiene, en mi opinión, necesidad de libertad a la vez que de obstáculos. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es acaso amor? Un beso legal no valdrá nunca lo que un beso robado.

Mi marido era de alta estatura, elegante y con maneras de auténtico señor. Pero no era inteligente. Hablaba de un modo tajante, expresando pareceres que cortaban como cuchillos. Se notaba que su mente estaba llena de ideas preconcebidas, inculcadas por su padre y su madre, que las habían recibido a su vez de sus antepasados. No dudaba nunca, tenía acerca de todo una opinión inmediata y limitada, sin vacilar nunca ni comprender que podía existir otra manera de ver las cosas. Se notaba la cerrazón de aquella mente, por la que no circulaban ideas, esas ideas que renuevan y orean el espíritu igual que el viento que entra en una casa donde se han abierto de par en par puertas y ventanas.

El castillo en que vivíamos se encontraba en unas tierras completamente desiertas. Era un gran edificio triste, enmarcado por unos enormes árboles cubiertos

de musgo que hacían pensar en las blancas barbas de los ancianos. El parque era un verdadero bosque, circundado por un hondo foso, auténtico foso defensivo, y al fondo, del lado del páramo, había dos grandes embalses llenos de cañaveras y de plantas flotantes. Entre ellos, a orillas del riachuelo que los unía, mi marido había hecho construir una pequeña cabaña para dispararles a los patos salvajes.

Aparte de los criados ordinarios, había un guarda, una especie de bruto fiel a mi marido hasta la muerte, y una doncella, casi una amiga, muy apegada a mí. Me la había traído de España, cinco años antes. Era una niña abandonada. Se la hubiera tomado por una gitana, con su tez morena, sus ojos negros, sus cabellos espesos como un bosque y siempre erizados en torno a la frente. Tenía entonces dieciséis años, pero aparentaba veinte.

Estábamos a comienzos de otoño. Se iba mucho de caza, tanto en nuestros dominios como en los de nuestros vecinos; y puse mis ojos en un joven, el barón de C…, cuyas visitas al castillo se hacían particularmente asiduas. Luego dejó de venir, y yo no volví a pensar más en él; pero me di cuenta de que mi marido se comportaba conmigo de un modo distinto.

Parecía taciturno, preocupado, no me besaba ya; y aunque no entrara nunca en mi alcoba, que yo había querido que estuviese separada de la suya para estar un poco sola, oía a menudo de noche unos pasos acercarse furtivamente a mi puerta y alejarse al cabo de un momento.

Dado que mi ventana estaba en la planta baja, me pareció a menudo también oír a alguien merodear en la oscuridad en torno al castillo. Se lo hice saber a mi marido, que me miró de hito en hito durante unos instantes, y contestó:

—No hay nadie: es el guarda.

Ahora bien, una noche, cuando estábamos terminando de cenar, Hervé que, cosa rara en él, parecía muy alegre, de una alegría un tanto burlona, me preguntó:

—¿Le gustaría pasarse tres horas al acecho para matar a un zorro que viene todas las noches a comerse mis gallinas?

Me quedé sorprendida: vacilaba; pero, como él me miraba con extraña persistencia, acabé por responder:

—Por supuesto, querido.

Preciso es que le diga que yo cazaba el lobo y el jabalí como un varón. Era, pues, algo muy natural que se me propusiera ese acecho.

Pero, de pronto, mi marido pareció extrañamente nervioso; durante toda la noche no hizo sino agitarse, levantándose y volviéndose a sentar febrilmente.

Hacia las diez me dijo de repente:

—¿Está lista?

Me levanté y, mientras él me alargaba el rifle, pregunté:

—¿He de cargarlo con bala o con balines?

Pareció sorprendido y dijo:

—Con balines; será suficiente, no le quepa duda.

Al cabo de unos instantes, añadió con tono extraño:

—Puede enorgullecerse de tener una gran sangre fría…

Me eché a reír:

—¿Yo? ¿Y por qué? ¿Sangre fría para ir a matar un zorro? ¿En qué está pensando, amigo?

Y he aquí que nos ponemos en camino, sin hacer ruido, a través del parque. Todos en casa dormían. La luna llena parecía teñir de amarillo el viejo edificio oscuro cuyo tejado de pizarra relucía. Las dos torrecillas que lo flanqueaban mostraban en la punta dos manchas de luz, y ningún ruido turbaba el silencio de esa noche clara y triste, agradable y pesada, que parecía muerta. Ni un temblor de aire, ni un croar de sapo, ni un gemido de lechuza; gravitaba sobre todo un lúgubre sopor.

Una vez bajo los árboles del parque, sentí un gran fresco y un olor a hojas caídas. Mi marido no decía nada: estaba a la escucha, observaba, parecía que quisiera husmear en la oscuridad, dominado totalmente por la pasión de la caza.

Pronto llegamos a orillas de los embalses.

Su cabellera de juncos estaba inmóvil, ninguna brisa la acariciaba; pero el agua se veía recorrida por unos estremecimientos casi imperceptibles. A veces, se movía un punto en la superficie y partían de él unos ligeros círculos semejantes a arrugas luminosas, que se agrandaban sin fin.

Cuando llegamos a la cabaña donde habíamos de apostarnos, mi marido me hizo entrar primero a mí, luego armó lentamente su rifle y el ruido seco del rastrillo de la llave me produjo un extraño efecto.

Él advirtió mi estremecimiento y me preguntó:

—¿Acaso le basta con esto? Entonces, puede irse.

Respondí, bastante sorprendida:

—De ninguna manera. No he venido para irme. Pero, ¿sabe?, esta noche está usted muy raro.

Murmuró:

—Como quiera.

Permanecimos inmóviles.

Cerca de media hora después, dado que nada turbaba la pesada y límpida claridad de la noche otoñal, dije en voz muy baja:

—¿Está seguro de que pasará por aquí?

Hervé se sobresaltó, como si le hubiera mordido, y, con la boca en mi oído, dijo:

—Sí que lo estoy: escuche.

Y se hizo de nuevo el silencio.

Creo que comenzaba a amodorrarme cuando mi marido me apretó el brazo; y su

voz silbante, demudada, dijo:

—¿Lo ve, allá, debajo de los árboles?

Por más que yo miraba, no distinguía nada. Y lentamente Hervé encaró el rifle, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. También yo estaba lista para disparar, cuando he aquí que aparece a unos treinta pasos delante de nosotros, en plena luz, un hombre que avanzaba a paso ligero, con el cuerpo inclinado, como si huyese.

Me quedé tan pasmada que lancé un gran grito; pero antes incluso de que pudiera darme la vuelta una llama cruzó por delante de mis ojos, un disparo me aturdió, y vi al hombre rodar por tierra como un lobo que recibe una bala.

Empecé a dar agudos gritos, espantada, enloquecida; entonces una mano furiosa, la mano de Hervé, me aferró la garganta. Fui arrojada al suelo, luego levantada por sus robustos brazos. Corría, llevándome en volandas, hacia el cuerpo extendido sobre la hierba, y me tiró encima de él con violencia, como si hubiera querido romperme la cabeza.

Me sentí perdida; iba a matarme y ya levantaba el talón sobre mi cabeza, cuando a su vez fue aferrado, derribado, sin que yo hubiera podido comprender aún qué estaba pasando.

Me levanté de golpe y vi, arrodillada sobre Hervé, a mi doncella Paquita, la cual, agarrada a él como un gato enfurecido, convulsa, fuera de sí, le arrancaba los pelos de la barba, de los bigotes y la piel del rostro.

Luego, como cambiando bruscamente de idea, se levantó y, echándose sobre el cadáver, lo abrazó, comenzó a besarlo en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando la respiración y el beso profundo de los amantes.

Mi marido, que se había levantado, miraba. Comprendió y, dejándose caer a mis pies, dijo:

—Perdóname, querida, he sospechado de ti y he dado muerte al amante de esta muchacha. El guarda me ha engañado.

Yo miraba los extraños besos del muerto y de la viva; y los sollozos de ella, y sus arrebatos de amor desesperado.

A partir de aquel momento comprendí que le sería infiel a mi marido.

UN GALLO CANTÓ*

A René Billotte

Hasta entonces, la señora Berthe d'Avancelles había rechazado todas las súplicas de su desesperado admirador, el barón Joseph de Croissard. Durante el invierno, en París, la había perseguido insistentemente, y ahora daba por ella fiestas y organizaba partidas de caza en su castillo normando de Carville.

El marido, el señor de Avancelles, no veía ni sabía nada, como siempre pasa. Se decía que vivía separado de su mujer, debido a una debilidad física que la señora no le perdonaba. Era un hombre bajito y gordo, calvo, corto de brazos, de piernas, de cuello, de nariz, de todo.

La señora de Avancelles era, por el contrario, una mujer alta, morena y decidida, que se reía estruendosamente en las mismas barbas de su señor, le llamaba públicamente «señora Cataplasma» y miraba con un cierto aire prometedor y afectuoso los anchos hombros, el cuello robusto y los largos bigotes rubios de su adorador oficial, el barón Joseph de Croissard.

Con todo, no le había hecho aún ninguna concesión. El barón se estaba arruinando por ella. Había fiestas, partidas de caza, nuevas diversiones incesantes a las que invitaba a la nobleza de los castillos de los contornos.

Durante todo el día, los perros corrían ladrando por los bosques detrás de zorros y jabalíes, y todas las noches espléndidos fuegos artificiales mezclaban con las estrellas sus penachos de fuego, mientras las ventanas iluminadas del salón proyectaban sobre los vastos céspedes franjas de luz por las que cruzaban sombras.

Era otoño, la estación pardo rojiza. Las hojas revoloteaban sobre los prados cual bandadas de aves. Se percibían flotando en el aire olores a tierra húmeda, a tierra desnuda, como se percibe un olor a carne desnuda, cuando, tras el baile, cae el vestido de una mujer.

Un atardecer de la última primavera, durante una fiesta, la señora de Avancelles había respondido al señor de Croissard, que la acosaba con sus ruegos:

—Si he de ceder, amigo, no será antes de la caída de las hojas. Este verano tengo demasiadas cosas que hacer para encontrar un momento.

Él se había acordado de esa frase burlona y atrevida; e insistía cada día más, cada día sus aproches eran más atrevidos, ganaban un paso en el corazón de la bella audaz, que, por lo que parecía, ya sólo se resistía por pura formalidad.

Se había organizado una gran partida de caza. Y, la noche antes, la señora Berthe le había dicho, entre risas, al barón:

—Barón, si mata al animal, se verá premiado.

Desde el amanecer, él estaba en pie para descubrir dónde se escondía el jabalí solitario. Acompañó a sus monteros, dispuso las jaurías, lo organizó todo él mismo para preparar su triunfo; y, cuando los cuernos dieron la señal de partida, apareció él con un ajustado traje de caza rojo y oro, ceñido de cintura, ancho el busto, la mirada radiante, lozano y vigoroso como si acabara de abandonar el lecho.

Los cazadores partieron. Descubierto el jabalí, éste huyó por entre los matorrales perseguido por los perros que daban ladridos; y los caballos se lanzaron al galope, llevando a amazonas y jinetes por los estrechos senderos de los bosques, mientras los coches que acompañaban a la partida de caza a distancia circulaban sin hacer ruido por los aplanados caminos.

La señora de Avancelles retuvo maliciosamente cerca de sí al barón, retrasándose, al paso, por una gran alameda interminablemente recta y a lo largo de la cual cuatro filas de robles se curvaban formando una bóveda.

Temblando de amor y de inquietud, él escuchaba con un oído el parloteo burlón de la joven y con el otro seguía el canto de los cuernos y el ladrar de los perros que se alejaban.

—¿No me ama ya? —dijo ella.

Él respondía:

—¿Cómo puede decir eso?

Ella seguía:

—Me parece que la partida de caza le interesa más que yo.

Él gemía:

—¿No me ha mandado matar usted misma al animal?

Y ella continuaba, seria:

—Es cierto, cuento con ello. Debe matarlo en presencia mía.

Entonces él se estremeció en la silla, espoleando al caballo que brincaba, y exclamó, impacientado:

—¡Por Dios, señora! ¡Es imposible si nos quedamos aquí!

Ella le hablaba afectuosamente, posando la mano en su brazo o acariciando, casi distraída, las crines de su caballo.

Luego le decía, entre risas:

—Ha de ser como he dicho…, si no…, lo siento por usted.

Doblaron a la derecha por un sendero cubierto y de pronto, para evitar una rama

que cerraba el camino, ella se inclinó hacia él, tan vencida que él sintió en el cuello el cosquilleo de sus cabellos. Entonces él la abrazó brutalmente y, apoyando en la sien sus grandes bigotes, la besó con furia.

Primero ella no se movió, quieta ante aquella violenta efusión; luego volvió la cabeza de golpe y, ya fuese por casualidad o por propia voluntad, los pequeños labios de ella encontraron los labios de él, bajo la cascada de pelos rubios.

Entonces, bien por confusión, bien por remordimiento, ella espoleó los ijares de su caballo, que partió a galope tendido. Anduvieron de aquel modo durante un largo rato, sin siquiera mirarse.

El tumulto de la caza se acercaba; la maleza parecía estremecerse y de pronto, rompiendo las ramas, cubierto de sangre, quitándose de encima a los perros que se abalanzaban sobre él, pasó el jabalí.

El barón gritó con una carcajada de triunfo:

—¡Quien me quiera, que me siga! —Y desapareció entre los arbustos, como si le hubiera tragado la floresta.

Cuando, minutos después, ella llegó a un calvero, él se levantaba sucio de barro, rota la casaca, las manos ensangrentadas: su cuchillo de monte estaba clavado hasta la empuñadura en el lomo del animal tendido.

El encarne se hizo a la luz de las antorchas, en la agradable y melancólica noche. La luna hacía palidecer la llama roja de las antorchas que aromatizaban la oscuridad con su humo resinoso. Los perros se comían las fétidas entrañas del jabalí y ladraban, disputando. Los monteros y los ojeadores, dispuestos en círculo alrededor del encarne, soplaban en los cuernos a pleno pulmón. La fanfarria se difundía en la clara noche más allá de los bosques, repetida por los ecos que se perdían en los valles lejanos, despertando a los ciervos inquietos, a los zorros aulladores y turbando el retozo de los conejos de gris pelaje, en el lindero del claro del bosque.

Las aves nocturnas, espantadas, revoloteaban sobre la jauría enloquecida. Y algunas mujeres, enternecidas por todas aquellas cosas agradables y violentas, apoyándose delicadamente en el brazo de los hombres, ya se alejaban por las alamedas, antes de que los canes hubiesen terminado de comer.

Lánguida a causa de aquel día de esfuerzo y de afecto, la señora de Avancelles le dijo al barón:

—¿Quiere dar una vuelta por el parque, amigo mío?

Él, sin responder, tembloroso, desfalleciente, se la llevó.

Se besaron enseguida. Fueron despacio, bajo las ramas casi desnudas por entre las que se filtraba la luz de la luna; y su amor, sus deseos, su necesidad de unirse se habían vuelto tan violentos que a punto estuvieron de caer al pie de un árbol.

Los cuernos no resonaban ya. Los perros, agotados, dormían en la perrera.

—Regresemos —dijo la joven.

Y volvieron sobre sus pasos.

Cuando estuvieron delante del castillo, ella susurró con voz lánguida:

—Me siento tan cansada que voy a acostarme, amigo mío.

Y, como él abría los brazos para robarle un último beso, ella escapó, dejándole como despedida:

—No…, me voy a dormir… ¡Quien me quiera que me siga!

Una hora después, cuando todo el castillo silencioso parecía muerto, el barón salió de la habitación de puntillas y fue a llamar suavecito a la puerta de su amiga. Al no oír respuesta, trató de abrir. No habían echado el cerrojo.

Ella fantaseaba, acodada en la ventana.

Él se arrojó a sus rodillas, besándolas apasionadamente a través de su bata. Ella no decía nada, hundiendo sus dedos finos, de una manera acariciante, en los cabellos del barón.

Y de repente, desprendiéndose como si hubiera tomado una gran decisión, murmuró con su tono atrevido, pero en voz baja:

—Vuelvo enseguida. Espéreme.

Y apuntando con el dedo en la sombra le indicó en el fondo de la habitación la mancha blanca e indefinida del lecho.

A tientas, con las manos temblorosas, desatinado, él se desnudó deprisa, metiéndose entre las frescas sábanas. Se tendió con deleite, casi olvidándose de su amiga, tan agradable era la caricia de la ropa de cama sobre su cuerpo cansado de movimiento.

Ella no volvía, sin embargo; sin duda se divertía haciéndole languidecer. Cerró los ojos, en medio de un exquisito bienestar; y soñaba dulcemente, en la grata espera de lo que tanto había deseado. Pero poco a poco los miembros se le entumecieron, su pensamiento se embotó, se volvió inseguro, fluctuante. Finalmente le venció el agotamiento; se durmió.

Durmió con el sueño pesado, invencible, de los cazadores extenuados. Durmió hasta el amanecer.

De repente, por la ventana que había quedado entreabierta, cantó un gallo, encaramado en un árbol próximo. Entonces, el barón, sorprendido por aquel sonoro canto, abrió los ojos.

Al sentir contra el suyo un cuerpo de mujer, encontrándose en un lecho que no reconocía, sorprendido, y sin acordarse ya de nada, balbució, en la turbación del despertar:

—Pero ¿dónde estoy? ¿Qué sucede?

Entonces ella, que no había dormido, mirando a aquel hombre despeinado, con los ojos enrojecidos, los labios gruesos, respondió con el tono altanero que empleaba con su marido:

—No es nada. Un gallo que canta. Siga durmiendo, caballero, es algo que no le atañe.

EL CERROJO*

A Raoul Denisane

Las cuatro copas estaban ahora medio llenas delante de los comensales, lo que indica por lo general que los invitados están llenos del todo. Se empezaba a hablar sin escuchar las respuestas, cada cual preocupado tan sólo de lo que ocurría dentro de sí mismo; y las voces se volvían chillonas, los gestos exagerados, los ojos alumbrados.

Era una cena de solteros, de solterones empedernidos. Unos veinte años atrás habían dado comienzo a aquella comida periódica, bautizándola como «el celibato». Entonces eran catorce, totalmente decididos a no casarse jamás. Ya sólo quedaban cuatro: tres habían muerto, los otros siete se habían casado.

Aquellos cuatro se mantenían fieles a su promesa y observaban escrupulosamente, en la medida de lo posible, las reglas establecidas al principio de su extraña asociación. Habían jurado, con un apretón de manos, apartar del llamado recto camino al mayor número posible de mujeres, preferiblemente a las de los amigos, y más aún a las de los amigos más íntimos. Por lo que, apenas alguno de ellos dejaba la sociedad para crear una familia, se apresuraba a romper definitivamente con sus viejos compañeros.

También debían, en cada cena, confesarse, contando, con nombre y apellido, pelos y señales, sus aventuras más recientes. De ahí esa especie de dicho familiar entre ellos: «Mentir como un soltero».

Profesaban el más completo desprecio por la Mujer, a la que consideraban como «un animal de placer». Citaban a cada paso a Schopenhauer, su dios; reclamaban el restablecimiento de los harenes y de los tornos,[1] habían hecho bordar en el mantel y las servilletas usadas para las cenas del «celibato» el antiguo precepto: *Mulier, perpetuus infans* y, debajo, el verso de Alfred de Vigny:

La femme, enfant malade et douze fois impure! [2]

De suerte que, a fuerza de despreciar a las mujeres, no pensaban más que en ellas, no vivían más que para ellas, hacia ellas tendían todos sus esfuerzos, todos sus deseos.

Aquellos de entre ellos que se habían casado les llamaban viejos galancetes, les tomaban el pelo y les temían.

Las confidencias de la cena del «celibato» debían comenzar precisamente en el momento del champán.

Aquella noche, estos viejos, porque viejos eran ya y, cuando más envejecían, más aventuras extraordinarias contaban, se mostraron inagotables. Cada uno de los cuatro, en un mes, había seducido al menos a una mujer al día; ¡y qué mujeres!, ¡las más jóvenes, las más nobles, las más ricas, las más bellas!

Una vez que terminaron sus historias, uno de ellos, el primero que había hablado y que luego había tenido que escuchar a todos los demás, se puso en pie.

—Y ahora que se han acabado las bromas —dijo—, quisiera contaros no mi última, sino mi primera aventura; me refiero a la primera aventura de mi vida, mi primera caída (sí, pues de una caída se trata) en los brazos de una mujer. No pretendo con ello contaros mi…, ¿cómo decir?, mi primera iniciación, no, por supuesto. El primer salto del foso (lo digo en sentido figurado) no tiene nada de interesante. Por lo general resulta fangoso, y nos levantamos de él un poco sucios, con una bonita ilusión menos, un vago asco, cierta tristeza. La realidad del amor, la primera vez que se toca, es un poco repugnante: uno pensaba que era una cosa muy distinta, más delicada, más fina. Se queda uno con una sensación moral y física de náusea, como cuando se pone por casualidad la mano sobre algo viscoso y no hay agua para lavarse. Por más que uno se frote, no se va.

»¡De todos modos, uno se acostumbra, y deprisa! ¡Y cómo se acostumbra! Por mi parte, siempre lamento no haber podido aconsejar al Creador en el momento en que organizó el asunto. No sé muy bien qué se me habría ocurrido, no lo sé exactamente; pero creo que lo habría hecho de otro modo. Habría buscado una combinación más conveniente y poética, sí, más poética.

»Me parece a mí que Dios se mostró en verdad demasiado…, demasiado… naturalista. No hubo poesía en su invención.

»Así pues, lo que quiero contaros es mi primera aventura con una mujer de la buena sociedad, la primera mujer de mundo a la que seduje. Perdón, quiero decir la primera mujer de mundo que me sedujo. Pues, al principio, somos nosotros los que nos dejamos cazar, mientras que luego… sucede lo mismo.

*

Era una amiga de mi madre, una mujer encantadora por lo demás. Una de esas personas que, cuando son castas, es normalmente por estupidez y, cuando están enamoradas, se vuelven como locas. ¡Se nos acusa de corromperlas! ¡Pues bien, sí! Con ellas, es siempre el conejo quien empieza, nunca el cazador. ¡Oh! Se diría que no

piensen nunca en ello, bien lo sé, cuando no piensan en otra cosa; hacen de nosotros lo que se les antoja, sin que se note; y luego nos acusan de haberles arruinado la vida, deshonrado, envilecido, ¡y qué sé yo qué más!

Esa a la que me refiero ardía sin duda en deseos de que yo la envileciera. Debía de tener treinta y cinco años; yo apenas si contaba veintidós. No pensaba en seducirla más de lo que pensaba en hacerme trapense. Ahora bien, un buen día que había ido a hacerle una visita y examinaba asombrado su atuendo, una bata de mañana notablemente abierta, abierta como la puerta de la iglesia cuando tocan a misa, ella me tomó de la mano, la apretó, ya sabéis, la apretó como ellas aprietan en esos momentos y, con un lánguido suspiro, uno de esos que salen de lo hondo, me dijo: «Muchacho mío, no me mire así».

Naturalmente me puse más colorado que un tomate y estuve más tímido de lo habitual. Tenía unas grandes ganas de marcharme, pero ella me sujetaba de la mano, con firmeza. Se la posó sobre su pecho, un pecho generoso, y me dijo: «Mire, sienta cómo me palpita el corazón…».

Claro que palpitaba. Yo comenzaba a comprender, pero no sabía qué hacer, ni por dónde empezar. Luego he cambiado.

Como seguía con una mano apoyada en el voluminoso revestimiento de su corazón, y con el sombrero en la otra, y no dejaba de mirarla con una sonrisa confusa, una sonrisa boba, una sonrisa atemorizada, ella se alzó de golpe y, con voz irritada, dijo: «¡Ah, qué hace, jovencito! ¡Es usted un indecente y un maleducado!».

Retiré enseguida la mano, dejé de sonreír, balbuceé unas disculpas, me levanté y me fui, pasmado y trastornado.

Pero estaba ya atrapado y pensaba en ella… Me parecía encantadora, adorable; me convencí de que la amaba, de que la había amado siempre, decidí ser osado, ¡hasta temerario!

Cuando volví a verla, me dirigió una sonrisita de inteligencia. ¡Cuánto me turbó aquella sonrisita! Y su apretón de manos fue largo, de una insistencia elocuente.

Desde aquel día le hice la corte, por lo que parece. Al menos, ella pretendió después que yo la había seducido, conquistado, deshonrado, con un raro maquiavelismo, una habilidad extrema, una perseverancia de matemático y una astucia de apache.

Pero una cosa me turbaba extrañamente. ¿En qué lugar se vería consumado mi triunfo? Yo vivía con mi familia, que se mostraba en este aspecto intransigente. No tenía la audacia necesaria para franquear, en pleno día, la puerta de un hotel del brazo de una mujer, y no sabía a quién pedir consejo.

Ahora bien, mi amiga, charlando conmigo en plan de broma, me dijo que todo joven que se precie debe tener una habitación propia en la ciudad. Estábamos en París. Fue un relámpago de luz: alquilé una habitación y ella vino.

Vino un día de noviembre. Aquella visita, que hubiera querido posponer, me perturbó mucho porque no tenía fuego. Y no lo tenía porque mi chimenea humeaba. Justo la víspera le había armado una escena a mi casero, un viejo comerciante, y me había prometido venir personalmente con el deshollinador, antes de dos días, para examinar atentamente los trabajos que había que hacer.

En cuanto ella hubo entrado, le declaré: «No tengo fuego, porque mi chimenea humea». Dio la impresión de que ni siquiera me hubiera oído y balbució: «No pasa nada, ya lo tengo yo…». Al ver mi cara de sorpresa, se interrumpió, confusa; luego dijo: «Ya no sé lo que me digo…, estoy loca…, he perdido la cabeza… Pero ¡qué hago, Dios mío! ¿Por qué he venido aquí, desgraciada de mí? ¡Oh, qué vergüenza!». Y se arrojó sollozando en mis brazos.

Yo creí en sus remordimientos y juré respetarla. Pero ella se postró de rodillas delante de mí, gimiendo: «Pero ¿es que no te das cuenta de que te amo, de que me has conquistado, de que me has hecho perder la cabeza?».

Creí llegado el momento de empezar el ataque. Pero ella se estremeció, se levantó y fue hasta el armario para esconderse en él, gritando: «No me mires, no, no. Me avergüenzo con esta luz. Si al menos no me vieses, si estuviéramos a oscuras, si fuera de noche… ¡Piénsalo! ¡Qué maravilla! ¡Ah, esta luz!».

Me lancé hacia la ventana, cerré los postigos, corrí las cortinas, coloqué un abrigo encima de un hilillo de luz que aún se filtraba; luego, con las manos extendidas para no acabar encima de las sillas, con el corazón palpitándome, la busqué, la encontré.

Fue otro viaje, a dos, a tientas, con los labios unidos, hacia el ángulo opuesto donde se encontraba mi alcoba. Estoy seguro de que no íbamos derechos, pues primero encontré la chimenea y luego la cómoda y, por último, lo que andábamos buscando.

Entonces lo olvidé todo en un éxtasis frenético. Fue una hora de locura, de transporte, de alegría sobrehumana; luego, embargados de una deliciosa lasitud, nos dormimos, en brazos el uno del otro.

Y soñé. Pero he aquí que en mi sueño me pareció que me llamaban, que pedían socorro; luego recibí un impacto violento; ¡abrí los ojos!…

¡Oh!… El sol poniente, rojo, magnífico, entrando todo él por mi ventana abierta de par en par, parecía mirarnos desde la línea del horizonte, iluminando con un resplandor apoteósico la cama revuelta en la que una mujer enloquecida daba alaridos, se debatía, se contorsionaba, agitaba manos y pies para atrapar un trocito de sábana, o de cortina, cualquier cosa, mientras, de pie en medio de la habitación, estupefactos, uno al lado del otro, el dueño de la casa en levita, acompañado del portero y de un deshollinador negro como un demonio, nos contemplaban con caras de pasmarotes.

Me levanté furioso, dispuesto a saltarles al cuello, y grité: «¿Qué hacen ustedes en

mi habitación, maldita sea?».

Al deshollinador le entró una risa irresistible y dejó caer la chapa que sostenía en la mano. El portero parecía enloquecido; el casero balbució: «Pero, caballero…, hemos venido por la chimenea…, la chimenea…». Yo grité: «¡Lárguense de aquí, rediós!».

Entonces se quitó su sombrero con aire confundido y cortés. Y, andando hacia atrás, murmuró: «Le pido excusas, caballero, le pido perdón, de haber imaginado que iba a molestarle no habría venido… El portero me dijo que había salido usted. Disculpe».

Y se fueron.

Desde ese día, como comprenderéis, no cierro nunca las ventanas; pero echo siempre el cerrojo.

UNA BROMA NORMANDA*

A A. de Joinville

El cortejo desfilaba por la vereda, a la que daban sombra los altos árboles crecidos en los ribazos de las alquerías. Delante iban los recién casados, luego los parientes, seguían los invitados, a continuación los pobres del pueblo, y los chiquillos, que daban vueltas como moscas alrededor, pasaban por entre las filas, trepaban a las ramas de los árboles para ver mejor.

El novio era un buen mozo, Jean Patu, el más rico hacendado de la región. Era, ante todo, un cazador empedernido, que perdía la cabeza por satisfacer su pasión, y gastaba a manos llenas en perros, guardias, hurones y rifles.

La esposa, Rosalie Roussel, había sido muy cortejada por los mejores partidos de los contornos, porque era considerada hermosa y se sabía que contaba con una buena dote; pero había elegido a Patu, acaso porque le gustaba más que los otros, o, más probablemente, como normanda juiciosa que era, porque tenía más posibles que los demás.

Cuando franquearon la gran cancela de la alquería marital, estallaron cuarenta escopetazos sin que se viera a los tiradores ocultos en las zanjas. Ante aquel ruido, se apoderó una gran alegría de los hombres, que pataleaban fuerte embutidos en sus trajes de fiesta: y, dejando a su mujer, Patu saltó sobre un mozo que vio detrás de un árbol, le cogió el rifle y también él soltó un disparo dando saltos como un pollino.

Luego reanudaron la marcha bajo los manzanos cargados ya de fruto, a través de la alta hierba, en medio de los terneros que miraban con sus grandes ojos, se alzaban lentamente y se quedaban derechos, con el morro hacia el cortejo.

A medida que se acercaba la hora de la comida, los hombres adoptaban de nuevo un semblante serio. Algunos, los ricos, lucían altos sombreros de lustrosa seda que, en aquel sitio, desentonaban; otros llevaban antiguos cubrecabezas de pelo largo, que parecían de piel de topo; los más humildes iban tocados con gorras.

Todas las mujeres llevaban chales echados sobre los hombros, cuyos picos sujetaban ceremoniosamente sobre los brazos. Eran rojos, abigarrados, llamativos; y su colorido parecía asombrar a las negras gallinas del estercolero, a los patos del

borde de la charca y a los palomos sobre las techumbres de bálago.

Todo el verde de los campos, el verde de la hierba y el de los árboles parecía más intenso en contacto con aquella púrpura encendida, y los dos colores así combinados se tornaban cegadores bajo el sol de mediodía.

Al fondo de la bóveda que formaban los manzanos, la gran alquería parecía a la espera. Una especie de vapor salía por la puerta y las ventanas abiertas, así como fuertes olores de cocina se expandían del vasto edificio, por todas sus aberturas, por las mismas paredes.

Como una serpiente, el cortejo de invitados se alargaba a través del patio. Los primeros en llegar a la casa rompían la cadena, se dispersaban, mientras que por allá abajo seguían entrando por la cancela abierta. Las zanjas estaban llenas ahora de zagales y de pobres, que curioseaban; y los disparos continuaban y retumbaban por todas partes, esparciendo en el aire una neblina de pólvora y ese olor que embriaga como el ajenjo.

Delante de la puerta, las mujeres se sacudían las faldas polvorientas, desanudaban las oriflamas que hacían las veces de cintas de sus sombreros, se quitaban los chales poniéndoselos sobre un brazo, luego entraban en casa para desembarazarse por fin de aquellos aderezos.

La mesa estaba instalada en la gran cocina, con capacidad para cien personas.

Se sentaban a la mesa a las dos. A las ocho seguían comiendo. Los hombres despechugados, en mangas de camisa, con la cara enrojecida, engullendo vorazmente. La rubia sidra relucía en los grandes vasos, alegre, clara y dorada, al lado del vino de color intenso y oscuro, color sangre.

Entre un plato y otro se tomaba una copita, una copita de aguardiente normando[1] que encendía el cuerpo y hacía enloquecer las cabezas.

De vez en cuando, un invitado, lleno como una cuba, salía hasta los árboles cercanos, se aliviaba y luego volvía adentro con hambre renovada.

Las mujeres, congestionadas, oprimidas, con los corpiños tensos como balones, seccionadas en dos por el corsé, hinchadas de arriba abajo, se quedaban en la mesa por pudor. Pero tras haber salido una de ellas, más apurada, se levantaron todas a continuación. Volvían más alegres, dispuestas a reír. Y comenzaron las bromas pesadas.

Con una gran carga de obscenidad, fueron disparadas a través de la mesa, todas sobre la noche de bodas. El arsenal del ingenio campesino fue vaciado. Desde hacía cien años, se decían las mismas chocarrerías en las mismas circunstancias y, aunque todos las conocieran, siempre hacían efecto, provocando sonoras carcajadas en las dos hileras de convidados.

Un viejo de pelo canoso llamaba:

—¡Viajeros para Mézidon,[2] al coche!

Y se daban gritos de alegría.

Justo en un extremo de la mesa, cuatro jovenzuelos del vecindario estaban preparando una broma a los recién casados, y debía de habérseles ocurrido algo extraordinario, puesto que mientras bisbiseaban pataleaban en el suelo.

Uno de ellos, aprovechando un momento de calma, gritó:

—¡Menuda noche con esta luna para los cazadores furtivos!… Oye, Jean, ¿no estarás tú al acecho con esta luna?

El marido se volvió de golpe:

—¡Diles a los cazadores furtivos que vengan!

El otro rompió a reír:

—¡Claro que pueden hacerlo, pues no irás tú a dejar lo que tengas entre manos por ellos!

Todos los de la mesa estallaron en una risa de alegría. Tembló el suelo, retemblaron los vasos.

Pero el novio, ante la idea de que pudiera aprovecharse su noche de bodas para cazar furtivamente en sus tierras, se enfureció:

—Sólo te digo una cosa: ¡que se atrevan a venir!

Entonces cayó un diluvio de indecencias de doble sentido que hacían ruborizarse un poco a la novia, toda temblorosa por la expectativa.

Finalmente, tras haber sido vaciados varios barriles de aguardiente, se fueron todos a dormir; y los recién casados entraron en su alcoba, situada, como en todas las alquerías, en la planta baja; y, como hacía algo de calor, abrieron la ventana y cerraron la persiana. Una lamparilla de mal gusto, regalo del padre de la mujer, ardía sobre la cómoda; la cama estaba lista para recibir a la nueva pareja, que no preparaba su primera cohabitación con todo el ceremonial de los burgueses de ciudad.

La joven se había quitado ya el tocado y el vestido, y permanecía en enaguas, desatándose los botines, en tanto Jean se acababa su cigarro, mirando de soslayo a su compañera.

La espiaba con ojos relucientes, una mirada más sensual que cariñosa; pues la deseaba más que la quería; y, de pronto, con un movimiento brusco, como alguien que va a ponerse manos a la obra, se quitó el traje.

Ella se había desatado ya los botines, y ahora se estaba quitando las medias; acto seguido le dijo, tuteándole como hacía desde la infancia:

—Ve y ponte detrás de la cortina, que yo me meteré en la cama.

Él fingió negarse, pero luego fue, con aire socarrón, ocultándose totalmente menos la cabeza. Ella reía, trataba de taparle los ojos, y jugaban alegre y amorosamente, sin falsos pudores ni embarazo.

Por fin él cedió y ella, en cuestión de segundos, se desató la última falda, que se deslizó a lo largo de sus piernas, cayó en torno a los pies y se posó en redondo en el

suelo. Allí la dejó, pasando por encima, desnuda bajo su holgado camisón y se metió en la cama, cuyos muelles chirriaron bajo su peso.

Enseguida llegó él, descalzo, en pantalones, y se inclinaba hacia su mujer, buscando sus labios que ella escondía contra la almohada, cuando resonó un disparo a lo lejos, en dirección al bosque de las Râpées, le pareció.

Él se enderezó inquieto, con el corazón en un puño, y, corriendo hacia la ventana, abrió la persiana.

La luna llena bañaba el patio de una luz amarillenta. La sombra de los manzanos formaba unas manchas oscuras a sus pies; y, a lo lejos, la campiña, cubierta de mieses en sazón, relucía.

Cuando Jean se inclinó hacia fuera, acechando todos los ruidos de la noche, dos brazos desnudos se anudaron en torno a su cuello, y su mujer, tirando de él hacia atrás, murmuró:

—Déjalo estar, qué te importa, ven.

Él se volvió, la cogió, la estrechó, palpándola bajo la tela ligera; y, alzándola con sus brazos robustos, se la llevó hacia la cama.

Justo cuando la depositaba en el lecho, que se dobló bajo su peso, resonó una nueva detonación, más próxima ésta.

Entonces Jean, trastornado por una cólera tumultuosa, juró:

—Maldita sea, ¿se creen que no voy a salir por ti?… ¡Espera, espera!

Se calzó, cogió su rifle que siempre permanecía colgado al alcance de su mano y, como su mujer se arrastraba agarrada a sus rodillas y le suplicaba fuera de sí, se desprendió con energía, corrió a la ventana y saltó al patio.

Ella esperó una hora, dos horas, hasta que se hizo de día. Su marido no regresó. Entonces perdió la cabeza, llamó, contó el ataque de furia de Jean y su salida tras los cazadores furtivos.

Los criados, los arrieros, los mozos partieron enseguida en busca de su amo.

Le encontraron a dos leguas de la alquería, atado de pies a cabeza, medio muerto de rabia, con la escopeta retorcida, los pantalones bajados, tres liebres muertas en torno al cuello y un cartelito en el pecho:

«Quien mucho abarca poco aprieta».

Y, más tarde, cuando contaba su noche de bodas, añadía:

—Oh, como broma fue realmente una buena broma. Me echaron el lazo como a un conejo, los muy canallas, y me engatusaron como a un pardillo. ¡Pero si les cojo algún día, van apañados!

Así se divierten en Normandía en el día de la boda.

UNA PASIÓN*

El mar estaba cabrilleante y calmado, apenas mecido por la marea, y en el muelle toda la ciudad de Le Havre miraba entrar los barcos.

Se divisaban a lo lejos, en gran número: los unos, los grandes buques de vapor, empenachados de humo; los otros, los veleros, arrastrados por remolcadores casi invisibles, que alzaban hacia el cielo sus mástiles desnudos, como árboles sin ramas ni hojas.

Acudían de todos los puntos del horizonte hacia la estrecha bocana del muelle que engullía a todos aquellos monstruos, los cuales gemían, gritaban, silbaban, expulsando chorros de vapor como si resoplasen.

Dos jóvenes oficiales se paseaban por el muelle lleno de gente, saludaban, eran saludados, a veces se detenían a charlar.

De repente, uno de ellos, el más alto, Paul d'Henricel, apretó el brazo de su compañero, Jean Renoldi, y le dijo en voz baja:

—Mira, ahí está la señora Poinçot; presta atención, pues estoy seguro de que te guiña el ojo.

Ésta llegaba del bracete con su marido, un rico armador. Era una mujer de unos cuarenta años, muy bella aún, algo gordita, pero justo por eso mismo lozana como si hubiera tenido veinte años. Los amigos la llamaban la Diosa, por su porte altanero, sus ojazos negros, la nobleza de su figura. Gozaba de una reputación sin tacha; nunca una sospecha había rozado su vida. Se la ponía como ejemplo de mujer honrada y sencilla, tan digna que ningún hombre había osado nunca hacerse ilusiones respecto a ella.

Y, sin embargo, desde hacía un mes Paul d'Henricel le repetía a su amigo Renoldi que la señora Poinçot le echaba miradas cariñosas; e insistía:

—Estoy seguro de no equivocarme; lo veo claro, te ama; te ama apasionadamente, como una mujer honesta que no ha amado nunca. Cuarenta años es una edad terrible para las mujeres honestas que no son un témpano de hielo. Se vuelven locas y hacen locuras. Ésta está tocada, amigo mío; como un pájaro herido, está cayendo, y caerá en tus brazos… Mira…

La guapa mujer, que caminaba precedida por sus dos hijas, una de doce, otra de

quince años, había palidecido de golpe, al ver al oficial. Le miraba con ardor, con una mirada fija, y parecía no ver ya nada a su alrededor, ni a sus hijas, ni a su marido, ni a la gente. Devolvió el saludo de los jóvenes sin bajar la mirada, encendida por una tal llama que finalmente la duda se infiltró en la mente del teniente Renoldi.

Su amigo murmuró:

—Estoy convencido de ello. ¿Has visto, esta vez? ¡Diantre, es aún un buen bocado!

Pero Jean Renoldi no quería amoríos mundanos. Poco dado al amor, ansiaba ante todo una vida tranquila y se contentaba con las relaciones ocasionales que un joven encuentra siempre. Todo ese conjunto de sentimentalismo, atenciones, ternuras que exige una mujer de clase, le fastidiaba. La cadena, aunque ligera, que siempre ata semejantes aventuras, le espantaba. Decía: «Al cabo de un mes estoy hasta la coronilla, y he de tener paciencia otros seis meses por educación». Sin contar con las rupturas, que le exasperaban, las escenas, las alusiones, los incordios de la mujer abandonada.

Evitó coincidir con la señora Poinçot.

Pero una noche ocurrió que se encontró al lado de ella, en la mesa, durante una cena, y sintió continuamente en la piel, en los ojos y hasta en el alma, la ardiente mirada de su compañera de mesa; sus manos se encontraron y casi involuntariamente se estrecharon. Era ya el comienzo de una relación.

La volvió a ver, siempre involuntariamente. Se sentía amado; ello le emocionó, presa de una especie de compasión vanidosa por la intensa pasión de aquella mujer. Por tanto se dejó adorar y se limitó a ser galante con ella, esperando que la relación no pasara de lo sentimental.

Pero un día ella le dio una cita, para poder verse, dijo, y charlar libremente. Cayó en sus brazos, con deliquio, y se vio obligado a convertirse en su amante.

La cosa duró seis meses. Ella le amó de modo desenfrenado, anhelante. Atrincherada en esta pasión fanática, no pensaba en nada más; se había entregado por entero: cuerpo, alma, reputación, posición, felicidad, lo había sacrificado todo a esa llama de su corazón, como en otros tiempos se arrojaban, por sacrificio, todos los objetos preciosos a la hoguera.

Desde hacía ya bastante tiempo él estaba harto, y añoraba vivamente sus fáciles conquistas de apuesto oficial; pero estaba atado, retenido, prisionero. Ella le decía sin cesar:

—Te lo he dado todo, ¿qué más quieres?

Él hubiera querido responder: «Pero yo no quería nada, es más, te ruego que recuperes lo que me has dado».

Sin preocuparse de ser vista, comprometida, perdida, ella iba a su casa todas las

noches, cada vez más inflamada. Se arrojaba en sus brazos, le estrechaba, languidecía en besos frenéticos que a él le aburrían tremendamente. Le decía con voz cansina:

—Vamos, no exageres…

Ella respondía:

—Te amo.

Y caía a sus pies para contemplarlo largamente en actitud de adoración. Ante aquella mirada obstinada él acababa perdiendo la paciencia, quería que se levantase.

—Vamos, siéntate, charlaremos.

Ella murmuraba:

—Déjame.

Y se quedaba allí, en éxtasis.

Él le decía a su amigo D'Henricel:

—Acabaré por darle una tunda. No puedo más, ya no la amo. ¡Tengo que acabar con esto, y enseguida!

Y añadía:

—¿Qué me aconsejas?

El otro respondía:

—Plántala…

Pero Renoldi añadía, encogiéndose de hombros:

—Es muy fácil decirlo, te crees que no cuesta nada dejar plantada a una mujer que te martiriza con sus atenciones, que te tortura con sus deferencias, que te persigue con su afecto, cuya única preocupación es gustarte y el único error el haberse entregado a pesar tuyo.

Pero he aquí que, una mañana, se supo que el regimiento iba a cambiar de guarnición; Renoldi se puso a bailar de la alegría. ¡Estaba salvado sin escenas, sin gritos! ¡Salvado!… ¡Ya sólo se trataba de tener paciencia dos meses!… ¡Salvado!…

Aquella noche ella llegó a casa de él más exaltada que de costumbre. Se había enterado de la terrible noticia y, sin quitarse siquiera el sombrero, le tomó de las manos, estrechándoselas nerviosamente y, mirándole con fijeza a los ojos, le dijo con voz vibrante y decidida:

—Estás a punto de partir, lo sé. Al principio me ha roto el corazón; pero luego he comprendido lo que debía hacer. Ya no tengo dudas. Vengo a darte la mayor prueba de amor que puede ofrecer una mujer: me voy contigo. Por ti dejo a mi marido, a mis hijas, a mi familia. Arruino mi vida, pero soy feliz. Es como si me entregara de nuevo a ti. Hago el último sacrificio, el mayor: ¡soy tuya, para siempre!

Él sintió que le corrían unos sudores fríos por la espalda y fue presa de una rabia sorda y furiosa, una ira de persona débil. Sin embargo, se calmó y, con tono desinteresado y dulce voz, rechazó el sacrificio, trató de calmarla, de hacerla razonar, ¡de hacerle ver su locura! Ella le escuchaba mirándole a la cara con sus ojos negros,

un rictus de desdén, sin responder nada. Cuando hubo terminado, ella se limitó a decirle:

—¿No serás acaso un cobarde? ¿No serás de esos que seducen a una mujer y la abandonan por el primer capricho?

Él palideció y se puso de nuevo a razonar; le describió las inevitables consecuencias de una acción semejante, hasta su muerte: sus vidas rotas, la sociedad que les rechazaría… Ella respondía obstinadamente:

—¿Qué importa, cuando se ama?

Entonces él estalló de sopetón:

—Pues bien, no. Yo no quiero, ¿entendido? No quiero, te lo prohíbo.

Luego, movido por sus largos rencores, desembuchó lo que llevaba dentro:

—Diantre, hace demasiado tiempo que me amas a pesar mío, y ahora sólo faltaría que te llevase conmigo. ¡Muchas gracias!

Ella no contestó nada, pero su rostro lívido se contrajo lenta y dolorosamente, como si todos sus nervios y músculos se hubieran crispado. Y se marchó sin despedirse de él.

Aquella misma noche se envenenó. Se la creyó perdida durante ocho días. Y en la ciudad murmuraban de ella, la compadecían, disculpaban su error por la violencia de su pasión; pues los sentimientos extremos, vueltos heroicos por su arrebato, se hacen perdonar siempre lo que tienen de condenable. Una mujer que se quita la vida deja de ser, por así decirlo, adúltera. Y no tardó en caer una especie de reprobación general sobre el teniente Renoldi que se negaba a volver a verla, un sentimiento unánime de censura.

Se contaba que la había abandonado, traicionado, pegado. El coronel, apiadado, le dijo algo al oficial por medio de una discreta alusión. Paul D'Henricel fue a ver a su amigo:

—Diantre, amigo, no se deja morir a una mujer de este modo, no es manera de comportarse…

El otro, exasperado, hizo callar a su amigo, que pronunció la palabra *infamia*. Se batieron. Renoldi fue herido, para satisfacción general, y guardó cama largo tiempo.

Ella se enteró, y le amó más aún, creyendo que se había batido por ella; pero, dado que no podía abandonar su habitación, no pudo verle antes de la partida del regimiento.

Estaba desde hacía tres meses en Lille cuando recibió, una mañana, la visita de una joven, la hermana de su antigua amante.

Tras largos padecimientos y una desesperación que no había podido superar, la señora Poinçot iba a morir. Estaba condenada sin esperanza. Deseaba verle un minuto, nada más que un minuto, antes de cerrar los ojos para siempre.

La ausencia y el tiempo habían aplacado el agobio y la cólera del joven; se sintió

enternecido, lloró, y partió para Le Havre.

Se la hubiera dicho en la agonía. Les dejaron solos; y él tuvo, en el lecho de esa moribunda que había matado a su pesar, una crisis de espantosa tristeza. Sollozó, la besó con labios dulces y apasionados, como nunca antes lo había hecho. Balbuceaba:

—No, no, no te morirás, te curarás, nos amaremos…, nos amaremos… siempre.

Ella murmuró:

—¿Es cierto? ¿Me amas?

Y él, en su desolación, juró, prometió esperarla hasta que se curase, se conmovió largo rato besando las manos tan enflaquecidas de la pobre mujer cuyo corazón latía como loco.

Al día siguiente, regresó a su guarnición.

Seis semanas más tarde, ella se reunía con él, muy envejecida, desconocida, y más enamorada aún.

Desesperado, él la aceptó de nuevo. Pero como se habían puesto a vivir juntos, como si estuvieran unidos legalmente, el mismo coronel, que antes se había indignado por el abandono, se rebeló ahora ante aquella situación ilegítima, incompatible con el buen ejemplo que los oficiales deben dar en un regimiento. Primero advirtió a su subordinado, luego comenzó a atormentarlo: y Renoldi presentó su baja.

Se fueron a vivir a una quinta a orillas del Mediterráneo, el clásico mar de los enamorados.

Pasaron otros tres años. Renoldi, doblegado bajo el yugo, estaba vencido, acostumbrado a aquel pertinaz apego. Ella tenía ahora todo el pelo cano.

Él se consideraba un hombre acabado, aniquilado. Cualquier esperanza, cualquier carrera, cualquier satisfacción, cualquier alegría, le estaban ahora vedadas.

Una mañana le trajeron una tarjeta de visita: «Joseph Poinçot, armador. Le Havre». ¡El marido! El marido que no había dicho nada, comprendiendo que no vale la pena luchar contra estas obstinaciones desesperadas de las mujeres. ¿Qué querría?

Estaba esperando en el jardín, tras haber rehusado entrar en la quinta. Saludó cortésmente, no quiso sentarse, ni siquiera en un banco de una de las alamedas, y se puso a hablar clara y parsimoniosamente.

—No he venido, señor, para hacerle ningún reproche; demasiado bien sé cómo ocurrieron las cosas. Yo sufrí…, sufrimos… una especie de fatalidad. Nunca hubiera venido a molestarle a su lugar de retiro si la situación no hubiese cambiado. Tengo dos hijas, señor. Una de ellas, la mayor, ama a un joven, que le corresponde. Pero la familia de este muchacho se opone al matrimonio, arguyendo la situación de la… madre de mi hija. No siento ni ira ni rencor, pero adoro a mis hijas, señor. Vengo, pues, a reclamarle a mi…, mi esposa; espero que hoy ella acepte volver a mi casa conmigo…, a su casa. En cuanto a mí, fingiré haberlo olvidado todo por…, por mis

hijas.

Renoldi sintió un fuerte impacto en el corazón y se sintió inundado de un delirio de alegría, como un condenado que recibe el perdón.

Balbució:

—Pues sí…, ciertamente, señor… también yo…, créame…, sin duda…, es más que justo.

Hubiera querido darle un apretón de manos, abrazarle, darle dos besos en las mejillas.

Prosiguió:

—Entre; en el salón estará mejor: voy a llamarla.

Esta vez el señor Poinçot no se resistió y tomó asiento.

Renoldi subió la escalera a toda prisa, delante de la puerta de su amante se dominó y entró muy serio:

—Preguntan por ti abajo, es para darte una noticia relativa a tus hijas.

Ella se levantó de golpe.

—¿De mis hijas? ¿Qué sucede?, ¿qué ha pasado? ¿Han muerto?

Él dijo:

—No, pero es un asunto serio que sólo tú puedes solucionar.

Ella no quiso escuchar nada más y bajó rápidamente.

Trastornadísimo, él se dejó caer en una silla y esperó.

Esperó largo rato, mucho rato; luego, oyendo llegar hasta él un ruido de voces irritadas, decidió bajar.

La señora Poinçot estaba de pie, furiosa, a punto de salir, mientras su marido la retenía por el vestido, diciendo:

—Pero ¡debe comprender que de este modo arruina a nuestras hijas, a sus hijas, a nuestras niñas!

Ella respondía tercamente:

—No volveré nunca a su casa.

Renoldi lo comprendió todo, se acercó sintiéndose desfallecer, balbuceando:

—Pero ¡cómo! ¿Te niegas?

Ella se volvió y, por una especie de pudor, no le tuteó en presencia de su legítimo esposo:

—¿Sabe lo que me está pidiendo? ¡Quiere que vuelva a su casa!

Y se reía con inmenso desprecio hacia aquel hombre casi arrodillado que le suplicaba.

Entonces Renoldi, con la decisión del desesperado que se juega la última baza, comenzó a su vez a hablar, defendió la causa de las pobres hijas, la causa del marido, su causa. Y cuando se interrumpía, buscando algún argumento nuevo, el señor Poinçot, no sabiendo ya qué decir, murmuraba, tuteándola, vuelto instintivamente a las viejas costumbres:

—Vamos, Delphine, piensa en tus hijas…

Ella abarcó a ambos en una sola mirada de supremo desprecio y, huyendo a la

carrera hacia la escalera, gritó:

—¡Sois dos miserables!

Tras quedarse solos, los dos se miraron, tan abatido y apesadumbrado el uno como el otro; el señor Poinçot recogió el sombrero, que le había caído al lado, se sacudió con la mano el polvo de los pantalones, y luego, con gesto desesperado, mientras Renoldi lo acompañaba hasta la puerta, dijo, al despedirse:

—Somos realmente desgraciados, señor.

Y se alejó con paso pesado.

¿LOCO?*

¿Estoy loco? ¿O sólo soy celoso? No lo sé, pero he sufrido horrores. He cometido, lo admito, un acto de locura, de locura furiosa; pero ¿acaso unos celos desesperantes, el amor exaltado, traicionado, condenado, el atroz dolor que sufro, todo ello no basta para hacernos cometer delitos y locuras sin ser verdaderos criminales de corazón y de mente?

¡Oh!, he sufrido, sufrido, sufrido, de forma continua, aguda, espantosa. Amé a esa mujer con verdadero frenesí… Y sin embargo… ¿es cierto que la amé? No, no, no. Me poseyó en cuerpo y alma, me absorbió y encadenó. He sido, y soy, una cosa suya, su juguete. Pertenezco a su sonrisa, a su boca, a su mirada, a las líneas de su cuerpo, a las facciones de su rostro; me falta el aliento ante el dominio que ejerce sobre mí su apariencia exterior; pero a Ella, la mujer de todo esto, al ser de ese cuerpo, yo la odio, la desprecio, la execro, la he odiado siempre, despreciado, execrado. Porque es pérfida, bestial, inmunda, impura; es la *mujer de perdición*, el animal sensual y falso que carece de alma, en el que el pensamiento no circula como aire libre y vivificador; es la bestia humana; peor aún, es nada más que un regazo, una maravilla de carne dulce y redonda en la que habita la Infamia.

El primer período de nuestra relación fue extraño y delicioso. Entre sus brazos siempre abiertos me agotaba en una furia de deseo inagotable. Sus ojos me hacían abrir la boca, como si me hubieran hecho venir sed. Eran grises a mediodía, sombreados de verde a la caída de la tarde, y azules al sol naciente. No estoy loco: juro que tenían estos tres colores.

En las horas de amor eran azules, como amoratados, con unas pupilas enormes y nerviosas. Por entre sus labios, movidos por un temblor, salía a veces la punta de la lengua, palpitante como la de un reptil; y sus párpados pesados se alzaban lentos, descubriendo esa mirada ardiente y anonadada que me hacía enloquecer.

Estrechándola entre los brazos miraba sus ojos y temblaba, trastornado tanto por el impulso imperioso de matar a esa bestia como por la necesidad de poseerla sin descanso.

Cuando andaba por mi habitación, el ruido de cada uno de sus pasos me producía una conmoción en el corazón; y cuando ella empezaba a desvestirse, dejando caer su

vestido, y saliendo, infame y espléndida, de la ropa interior que le caía en torno, yo sentía en todos los miembros, en los brazos, en las piernas, en el pecho jadeante, un desfallecimiento infinito y cobarde.

Un día me di cuenta de que estaba cansada de mí. Lo vi en sus ojos cuando se despertó. Cada mañana, inclinado sobre ella, esperaba su primera mirada. La esperaba, lleno de rabia, de odio, de desprecio por aquella bestia dormida cuyo esclavo era. Pero cuando el azul pálido de su pupila, aquel azul líquido como agua, se mostraba todavía lánguido, fatigado, agotado por las caricias recientes, era como una llama rápida que me quemaba, exacerbando mis ardores. Aquel día, cuando se abrieron sus párpados, vi una mirada indiferente y triste que no deseaba ya nada.

Vi, supe, sentí, comprendí enseguida. Se había acabado, acabado para siempre. Tuve la prueba de ello a cada hora, a cada minuto.

Cuando la llamaba con los brazos y los labios, ella se volvía, enojada, murmurando: «¡Déjame estar!» o «¡Eres odioso!» o «¿Es que no puedo estar nunca tranquila?».

Me volví celoso, pero celoso como un perro, fui astuto, desconfiado, simulador. Sabía perfectamente que comenzaría de nuevo pronto, que vendría otro para volver a encender sus sentidos.

Fui frenéticamente celoso; pero no estoy loco, no, seguro que no.

Esperé; estaba en guardia; no iba a conseguir engañarme; pero ella seguía fría, adormecida. Decía a veces: «Estoy harta de los hombres». Y era cierto.

Entonces me volví celoso de ella misma; celoso de su indiferencia, celoso de la soledad de sus noches, celoso de sus gestos, de sus pensamientos, que siempre me parecían innobles, celoso de todo lo que intuía. Y cuando a veces se despertaba con esa mirada lánguida que antes era la consecuencia de nuestras noches ardientes, como si alguna concupiscencia hubiera invadido su alma y despertado de nuevo su deseo, me dominaban impulsos de ira, temblores de indignación, unas ganas de estrangularla, de doblegarla bajo mi rodilla para hacerle confesar, acogotándola, todos los secretos vergonzosos de su corazón.

¿Estoy loco? No.

Hasta que, una noche, sentí que era feliz. Sentí que habitaba en ella una pasión nueva. Estaba seguro, incontestablemente seguro. Palpitaba como después de mis caricias; su mirada echaba chispas, sus manos estaban calientes, todo su cuerpo vibrante exhalaba ese efluvio de amor que a mí me había hecho perder la cabeza.

Fingí no comprender, pero mi atención la envolvía como una red.

Sin embargo, no conseguía descubrir nada.

Esperé una semana, un mes, una estación. Ella se abría en el germinar de un ardor incomprensible; se aplacaba en la felicidad de una cópula inasible.

¡Y, de improviso, comprendí! No estoy loco. ¡Lo juro, no estoy loco!

¿Cómo expresarlo? ¿Cómo hacerme entender? ¿Cómo expresar esa cosa abominable e incomprensible?

He aquí de qué modo me di cuenta.

Una noche, ya lo he dicho, una noche, cuando volvió de un largo paseo a caballo, ella se dejó caer en una silla baja delante de mí, con las mejillas encendidas, el pecho palpitante, las piernas molidas, los ojos amoratados. ¡Ya la había visto así! ¡Estaba enamorada! ¡No podía equivocarme!

Entonces, fuera de mí y para no mirarla más, me volví hacia la ventana y vi a un mozo que llevaba de la brida hacia el establo al gran caballo, que se encabritaba.

También ella seguía con la mirada al animal fogoso y piafante. Y cuando hubo desaparecido, se durmió de golpe.

Me pasé toda la noche reflexionando. Me parecía que me adentraba en unos misterios que nunca había imaginado. ¿Quién explorará las perversiones de la sensualidad femenina? ¿Quién podrá comprender sus inverosímiles caprichos y su extraña forma de satisfacer las más extrañas fantasías?

Cada mañana, al amanecer, se iba a galopar por los llanos y los bosques; y cada vez volvía lánguida como después de un frenesí de amor.

¡Había comprendido! Ahora estaba celoso del corcel nervioso y galopante; celoso del viento que le acariciaba el rostro cuando volaba en sus locas carreras; celoso de las hojas que a su paso le besaban las orejas; de los raudales de luz que le caían sobre la frente a través de las ramas; celoso de la silla que la llevaba y que ella estrechaba entre los muslos.

Era todo esto lo que la hacía feliz, la exaltaba, la saciaba, la dejaba agotada y me la devolvía insensible y casi en deliquio.

Decidí vengarme. Fui amable y estuve lleno de atenciones para con ella. Le alargaba la mano cuando estaba a punto de saltar a tierra después de las desenfrenadas carreras. El animal furioso se me echaba encima y ella lo aplacaba acariciándole el cuello arqueado, lo besaba en los ollares trémulos sin siquiera secarse los labios después; y el perfume de su cuerpo, empapado de sudor como después de la tibieza del lecho, se mezclaba en mis fosas nasales con el olor acre y salvaje de la bestia.

Esperé el día y el momento. Cada mañana ella pasaba por el mismo sendero, en un bosquecillo de abedules que se perdía en la floresta.

Salí antes de la aurora, con una cuerda en la mano y mis pistolas escondidas en el pecho, como si fuera a batirme en duelo.

Corrí hacia su camino favorito: tendí la cuerda entre dos árboles y luego me escondí entre las hierbas.

Tenía el oído pegado al suelo; oí su galope lejano; luego la vi llegar a la carrera, desde el fondo, bajo la bóveda de ramas. ¡No me había equivocado, era justo como

pensaba! Ella estaba exultante, tenía las mejillas teñidas de rubor y la locura pintada en los ojos; el movimiento precipitado de la carrera hacía vibrar sus nervios en un goce solitario y frenético.

El animal tropezó en la cuerda con las patas delanteras y rodó por tierra, con gran quebranto de huesos. Ella cayó entre mis brazos. Soy tan fuerte que podría llevar a un buey. Cuando la hube posado en el suelo me acerqué a Él que nos miraba y, mientras trataba aún de morderme, le puse una pistola en la oreja… y lo maté… como a un hombre.

Pero caí también yo, con el rostro marcado por dos fustazos; y cuando ella se me arrojó de nuevo encima le disparé en el vientre la bala que quedaba.

Decidme: ¿estoy loco?

LA HERRUMBRE*

Durante toda su vida había tenido una sola pasión inagotable: la caza. Iba de caza todos los días, de la mañana a la noche, con un impulso frenético. Iba de caza en invierno y en verano, en primavera y en otoño, al pantano, cuando los reglamentos vedaban el llano y los bosques; iba de caza a la escopeta, de montería, con perros de muestra, con sabuesos, al acecho, con señuelo, con hurones. No hablaba más que de caza, soñaba con la caza, repetía sin cesar: «¡Qué desgraciados deben de ser aquéllos a los que no les gusta cazar!».

Tenía ya cincuenta años cumplidos, pero se conservaba muy bien, se mantenía joven, aunque calvo, algo gordo, pero fortachón; y llevaba los bigotes recortados, para dejar bien a la vista los labios y libre el contorno de la boca para poder tocar más fácilmente el cuerno de caza.

En la región le designaban sólo con el nombre de pila: el señor Hector. Se llamaba barón Hector Gontran de Coutelier.

Vivía en una casita de campo, en medio de los bosques, que había heredado; y aunque conocía a toda la nobleza de la provincia y se encontraba con todos los representantes barones en las cacerías, frecuentaba asiduamente sólo a una familia: los Courville, unos vecinos amables, emparentados desde hacía siglos con su linaje.

En casa de éstos le cuidaban, le querían, le mimaban, y decía: «Si no fuera cazador, me pasaría la vida con ustedes». El señor de Courville era su amigo y compañero desde la infancia. Hidalgo campesino, vivía tranquilo con su mujer, su hija y su yerno, el señor de Darnetot, el cual, con la excusa de realizar estudios históricos, no hacía nada.

El barón de Coutelier iba a menudo a comer a casa de sus amigos, sobre todo para contarles sus aventuras de caza. Eran largas historias de perros y de hurones, de los que hablaba como de personajes importantes a los que conociera mucho. Revelaba sus pensamientos e intenciones, los analizaba y explicaba: «Cuando Médor ha visto que la polla de agua le hacía correr tanto, se ha dicho: “Espera, espera, tunanta, que ya verás cómo nos vamos a reír”. Entonces, haciéndome una seña con la cabeza, me ha indicado que fuera a situarme en un ángulo del campo de trébol, y ha empezado a acecharla transversalmente, armando gran ruido, agitando las hierbas para empujar

así al animal hacia el ángulo en el que ya no podía escapar. Todo ha ido según lo previsto por él: la polla de agua se encuentra de golpe en el lindero. Imposible rebasarlo sin descubrirse. Piensa:“¡Este demonio de perro me ha pescado!” y se agazapa. Entonces Médor se detiene de golpe mirándome, yo le hago una seña y él la obliga a salir. Brrrr… La polla de agua levanta el vuelo, yo apunto, ¡pam!, y cae. Médor me la trae, moviendo la cola como diciéndome: “Nos la hemos hecho, ¿eh, señor Hector?”».

Courville, Darnetot y las dos mujeres se reían como locas con estos relatos pintorescos en los que el barón ponía toda su alma. Se animaba, movía los brazos, gesticulaba con todo su cuerpo; y cuando llegaba a la muerte del animal estallaba en una formidable carcajada, diciendo siempre, a modo de conclusión: «Es buena ésta, ¿eh?».

Si hablaban de otra cosa dejaba de escuchar y se ponía por su parte a canturrear fanfarrias. De modo que, en los momentos de silencio entre dos frases, en esos momentos de imprevista tregua que interrumpen el ruido de las palabras, se oía de golpe una tonadilla de caza: «Ton, ton, ton, ten, ton, ton», que el barón soltaba hinchando las mejillas como si soplase su cuerno.

Había vivido solamente para la caza y envejecía sin pensar ni tener conciencia de ello. Inesperadamente sufrió un ataque de reuma y tuvo que guardar cama dos meses. A punto estuvo de morir de tristeza y de aburrimiento. Como no tenía doncella y había de cocinarle un viejo criado, no contaba ni con cataplasmas calientes ni con pequeños cuidados, ni nada de lo que precisan los enfermos. Le hizo de enfermero su montero, el cual, aburriéndose tanto como su amo, dormitaba día y noche en un sillón, mientras el barón juraba y se exasperaba entre las sábanas.

Las señoras de Courville iban de vez en cuando a verle; y para él ésas eran horas de sosiego y de bienestar. Le preparaban la tisana, vigilaban el fuego, le servían amablemente el almuerzo en la cama; y cuando se iban murmuraba: «¡Por Dios, deberían venirse a vivir ustedes aquí!». Y ellas reían con ganas.

Cuando se hubo repuesto, y hubo reanudado su caza en el pantano, una noche fue a cenar a casa de sus amigos; pero ya no tenía la alegría y los ánimos de otro tiempo. Se sentía atormentado por una idea fija, el temor a que le volvieran los dolores antes de que se levantara la veda. Cuando se disponía a despedirse, mientras las señoras le arrebujaban en un mantón, anudándole una bufanda al cuello, y él por primera vez en su vida se dejaba hacer, murmuró con tono triste:

—Si recaigo, soy hombre acabado…

Apenas hubo salido, la señora de Darnetot le dijo a su madre:

—Habría que buscarle mujer al barón.

Todos levantaron los brazos. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Durante toda la velada buscaron entre las viudas que conocían, y la elección recayó en una mujer

de cuarenta años, bonita aún, bastante rica, bienhumorada y con buena salud, que se llamaba Berthe Vilers.

La invitaron a pasar un mes en el castillo. Se aburría y aceptó. Estaba llena de vida y de alegría; el señor de Coutelier le gustó enseguida. Se divertía con él como si fuera un juguete viviente y se pasaba horas y horas preguntándole con guasa sobre los sentimientos de los conejos y las astucias de los zorros. Él hacía serias distinciones entre las diferentes maneras de ver de los distintos animales, a los que atribuía designios y sutiles razonamientos como si se tratara de hombres que conocía.

La atención que ella le demostraba le encantó; y una noche, para demostrarle su aprecio, le rogó que fuera de caza con él, cosa que no había hecho nunca con mujer alguna. A ella le pareció tan divertida la invitación que aceptó. Fue una fiesta proporcionarle el equipo; todo el mundo se puso a ello, le ofreció algo; y ella apareció vestida como una amazona, con botas, calzones de hombre, faldilla, una chaquetilla de terciopelo demasiado estrecha para su pecho, y una gorra de mozo de jauría.

El barón parecía emocionado como si fuera a hacer su primer disparo con rifle. Le explicó minuciosamente la dirección del viento, los diferentes modos de hacer pararse a los perros, la manera de disparar a la caza; luego la llevó por los campos siguiéndola paso a paso, como una nodriza que ve andar a su niño de pecho por primera vez.

Médor olisqueó, se arrastró, se detuvo y levantó la pata. El barón, detrás de su alumna, temblaba como una hoja. Balbuceaba:

—Cuidado, cuidado, per…, per…, perdices.

No había terminado de decirlo cuando se alzó un gran ruido —brrr, brrr, brrr— y un regimiento de grandes aves se elevó por los aires aleteando.

La señora de Vilers, asustada, cerró los ojos, disparó dos veces y dio unos pasos atrás a causa del retroceso del arma; luego, cuando recobró su sangre fría, vio al barón que bailaba como un loco, y a Médor que traía dos perdices en su boca.

A partir de aquel día el señor de Coutelier se enamoró de ella.

—¡Qué mujer! —decía alzando los ojos, y cada noche volvía al castillo para hablar de caza.

Un día, el señor de Courville, mientras le acompañaba de regreso a casa escuchándole decir maravillas de su nueva amiga, le preguntó a bocajarro:

—¿Por qué no se casa con ella?

El barón se quedó sorprendido:

—¿Yo, yo, casarme con ella? Pues… la verdad…

No añadió nada más. Luego, dándole un apretón de manos a su amigo, murmuró:

—Hasta la vista, amigo. —Y desapareció a grandes pasos en la oscuridad.

Estuvo tres días sin que se le viera el pelo. Cuando reapareció, estaba un tanto

pálido por sus reflexiones, y más serio que de costumbre. Haciendo un aparte con el señor de Courville, le dijo:

—Tuvo usted una magnífica idea. Trate de prepararla para que me acepte. Por Dios, una mujer así, se diría hecha para mí. Cazaremos juntos todo el año.

El señor de Courville, seguro de que no sería rechazado, repuso:

—Haga su petición de mano enseguida, amigo mío. ¿Quiere que me encargue yo?

Pero el barón se turbó de repente; y, balbuceando, dijo:

—No…, no…, primero es preciso que haga un breve viaje…, un breve viaje a París. En cuanto vuelva, le daré una respuesta definitiva.

No se pudo saber más sobre el particular, y él partió al día siguiente.

El viaje duró largo tiempo. Pasó una semana, pasaron dos, tres: el señor de Coutelier no volvía. Los Courville, asombrados y preocupados, no sabían ya qué decirle a su amiga, a quien habían puesto al corriente de las intenciones del barón. Cada dos días mandaban a por noticias a su casa, pero el personal de servicio no sabía nada.

Una noche, mientras la señora Vilers estaba cantando acompañándose del piano, una criada fue a buscar al señor de Courville con gran misterio para decirle en voz baja que un señor preguntaba por él. Era el barón en traje de viaje, cambiado, envejecido. Apenas vio a su amigo, le tomó de las manos y dijo, con voz un poco cansina:

—Acabo de llegar, y he venido enseguida para aquí. No puedo más. —Titubeó, visiblemente incómodo—: Quería decirle enseguida que…, que ese asunto…, ya sabe usted cuál, se ha ido al agua.

El señor de Courville le miró, asombrado:

—Pero cómo que al agua, ¿y por qué?

—Por favor no me pregunte, son cosas que no pueden contarse; pero esté seguro de que me estoy portando como… una persona honorable. No puedo…, no tengo derecho, ya me entiende, derecho a casarme con esa señora. Esperaré a que ella se haya ido para volver a su casa; me resultaría demasiado doloroso verla de nuevo. Adiós.

Y se fue corriendo.

Toda la familia deliberó, discutió, se entregó a mil conjeturas. Concluyeron que en la vida del barón debía de haber un gran misterio, que tal vez tenía hijos naturales y una vieja relación. En definitiva, la cosa parecía seria, y, para no complicarla más, se lo comunicaron prudentemente a la señora Vilers, que volvió a irse viuda como había llegado.

Transcurrieron otros tres meses. Una noche el señor de Coutelier, tras haber cenado opíparamente y bebido tal vez un poco más de la cuenta, mientras estaba fumando en pipa con el señor de Courville, le dijo:

—Si supiera lo a menudo que pienso en la amiga de ustedes, se compadecería de

mí.

El otro, un tanto molesto por la conducta del barón en esa circunstancia, le expresó claramente lo que pensaba:

—Por Dios, amigo, cuando se tienen secretos que esconder en la vida, no se va tan lejos como fue usted; a fin de cuentas, podía sin duda prever el motivo de su marcha atrás.

El barón, confundido, dejó de fumar.

—Sí y no. En fin, no creía que fuera a suceder lo que sucedió.

—Hay que preverlo todo —dijo el señor de Courville, perdiendo la paciencia.

Pero el señor de Coutelier, escrutando en la oscuridad para cerciorarse de que nadie les estaba escuchando, añadió en voz baja:

—Bien veo que les ofendí a ustedes y voy a contárselo todo para que me disculpen. Desde hace veinte años, amigo mío, sólo vivo para la caza. Es lo único que me gusta, ya lo sabe usted, y nada más me interesa. Así que, antes de contraer unas obligaciones con esa señora, me entraron escrúpulos de conciencia. Desde que perdí la costumbre del…, del amor, no sabía ya si sería aún capaz de…, de…, en fin, ya sabe. Piense, hace ya dieciséis años exactamente que…, que…, que por última vez, ya me entiende. En este lugar no es fácil…, no lo es…, ya sabe. Y tenía, además, otras cosas que hacer. Prefiero disparar un rifle. Resumiendo, antes de comprometerme ante el alcalde y ante el cura a…, a… eso, sentí miedo. Me dije: «Demonio…, pero ¿y si…, y si… fuera a fallar? Un hombre honesto no falta nunca a sus compromisos; y yo iba a adquirir un compromiso sagrado con esa persona. En fin, para salir de dudas, pensé en ir a pasar ocho días a París.

»Al cabo de ocho días…, nada, pero nada de nada. Y no es que no lo intentase. Me conseguí lo mejor y de todo tipo; y le aseguro que ellas hicieron todo cuanto pudieron… Sí…, ciertamente, no descuidaron nada. Pero ¿qué quiere? Cada vez acababan con…, con el morral vacío.

»Esperé entonces quince días, tres semanas, sin perder la esperanza. En el restaurante comía un montón de cosas especiadas, que me estropearon el estómago y…, y… nada…, nunca nada.

»Comprenderá usted que, en tales circunstancias, ante esa constatación, no podía sino…, sino retirarme. Cosa que hice.

El señor de Courville se retorcía para no soltar la carcajada. Dio con aire serio un apretón de manos al barón diciéndole:

—Le compadezco. —Y le acompañó hasta mitad de camino de su casa.

Luego, cuando estuvo a solas con su mujer, se lo contó todo, conteniendo a duras penas la risa. Pero la señora de Courville no reía en absoluto; escuchaba con suma atención y, cuando su marido hubo terminado, le dijo con gran seriedad:

—El barón es un cándido, querido. Tenía miedo y nada más. Le escribiré de

inmediato a Berthe para que vuelva, deprisa.

Y como el señor de Courville le oponía las largas e infructuosas tentativas de su amigo, ella añadió:

—Bah, si uno quiere a su mujer, sépalo…, eso siempre acaba funcionando.

El señor de Courville no replicó nada, un poco incómodo él mismo.

LA SILLERA*

A Léon Hennique

En casa del marqués de Bertrans, la comida del levantamiento de la veda estaba a punto de acabar. Once cazadores, ocho señoritas y el médico del lugar se hallaban sentados en torno a la gran mesa iluminada, llena de fruta y de flores.

La conversación recayó sobre el amor y se originó una gran discusión, la eterna discusión, para saber si se podía amar de verdad una o varias veces. Se citaron ejemplos de gente que no había tenido más que un amor serio; se citaron también otros ejemplos de personas que habían amado a menudo y con pasión. Los hombres, en general, sostenían que la pasión, como las enfermedades, puede afectar varias veces al mismo individuo, y herirle de muerte si se interpone algún obstáculo. Por más que esta manera de ver las cosas pudiera parecer incontestable, las mujeres, basándose más en la poesía que en la observación, afirmaban que el amor, el verdadero amor, el gran amor, podía descender sólo una vez sobre un mortal, que era parecido al rayo, y que el corazón del que era tocado por él se encontraba luego tan vaciado, trastornado, dañado por el incendio, que ningún otro sentimiento profundo, ni siquiera en la fantasía, podía germinar de nuevo ya en él.

El marqués, que había amado mucho, era vivamente contrario a esta idea:

—En cambio, yo les digo que se puede amar varias veces con todas las fuerzas y con toda el alma. Como prueba de la imposibilidad de una segunda pasión me citan ustedes a personas que se han quitado la vida por amor. Yo les respondo que, si no hubieran cometido la tontería de suicidarse, la cual les ha quitado toda posibilidad de recaída, se habrían curado; y habrían vuelto a empezar, siempre, hasta el día de su muerte natural. Los enamorados son como los bebedores. Quien ha bebido beberá, quien ha amado amará. Es una cuestión de temperamento.

Fue elegido como árbitro el médico, un viejo médico parisino que se había retirado al campo, y se le pidió que expusiera su parecer.

Y justamente no tenía ninguno:

—Como ha dicho el marqués, es una cuestión de temperamento; por mi parte, sé de una pasión que duró cincuenta y cinco años sin un día de pausa y que sólo acabó

con la muerte.

La marquesa aplaudió.

—¿No les parece hermoso? ¡Qué sueño, ser amados así! ¡Qué felicidad vivir durante cincuenta y cinco años rodeados de un semejante afecto porfiado y profundo. ¡Qué feliz debió de ser y cuánto debió de bendecir la vida quien fue adorado de ese modo!

El médico sonrió:

—En efecto, señora, no se equivoca en este punto, la persona amada fue un hombre. Ustedes le conocen, es el señor Chouquet, el boticario del pueblo. En cuanto a la mujer, ustedes también la conocieron, es la vieja sillera que venía todos los años al castillo. Pero quisiera explicarme mejor.

El entusiasmo de las mujeres había terminado; y sus caras de desencanto decían: «¡Puaf!», como si el amor tuviera que ser sólo cosa de personas finas y distinguidas, las únicas dignas de interés para la gente *comme il faut*.

El médico prosiguió:

*

Hace tres meses fui llamado junto al lecho de muerte de esa anciana. Había llegado, la víspera, en la carreta que era su casa, tirada por un rocín que habrán visto, y acompañada por sus dos perrazos negros, sus amigos y guardianes. El párroco ya estaba allí. Nos nombró sus ejecutores testamentarios, y nos contó toda su vida para que pudiéramos comprender bien el sentido de sus últimas voluntades. Nunca hubiera imaginado nada más curioso y desgarrador.

Su padre había sido sillero y su madre también. Ella no tuvo nunca una casa con cimientos.

Desde niña andaba errante, harapienta, piojosa, mugrienta. Se paraban a la entrada de los pueblos, a lo largo de las cunetas; desenganchaban la carreta; el caballo pacía; el perro dormía, con el hocico entre las patas; y la pequeña se revolcaba por la hierba mientras su padre y su madre, a la sombra de los olmos del camino, arreglaban las sillas viejas de todo el municipio. Hablaban poco en esa casa ambulante. Tras las pocas palabras necesarias para decidir quién iría a dar una vuelta por las casas lanzando el conocido grito: «¡Se arreglan sillas!», se ponían a trenzar la paja, sentados cara a cara o de lado. Cuando la niña se alejaba demasiado, o trataba de hacer amistad con algún mozalbete del pueblo, la voz airada del padre la llamaba: «¡Vuelve aquí, perdida!». Eran las únicas palabras afectuosas que oía.

Cuando fue más mayor, la mandaron a recoger los asientos desfondados de las sillas. Así, de un pueblo a otro, conoció a algún joven; pero esta vez eran los padres de sus nuevos amigos quienes llamaban brutalmente a sus hijos: «¡Quieres volver a

casa, sinvergüenza! ¡Que no te vuelva a ver más charlando con andrajosos!».

A menudo los zagales la emprendían con ella a pedradas.

Cuando algunas señoras le daban alguna perra chica, ella se la guardaba celosamente.

Un buen día —contaba a la sazón once años—, estando de paso por nuestro pueblo, se encontró detrás del cementerio al pequeño Chouquet, que lloraba porque un compañero le había robado dos ochavos. Esas lágrimas de un niño de la burguesía, uno de esos niños que en su cabecita de pobre miserable imaginaba siempre felices y contentos, la trastornaron. Se acercó, y, cuando hubo sabido el motivo de su pena, depositó en sus manos todos sus ahorros, siete sueldos que él aceptó con naturalidad, secándose las lágrimas. Entonces, loca de la alegría, fue tan atrevida que le dio un beso. Él, que estaba observando con atención el dinero, la dejó hacer. Al ver que no la rechazaba ni le pegaba, volvió a empezar; le abrazó, le estrechó apasionadamente. Luego se largó.

¿Qué había ocurrido dentro de aquella pobre cabecita? ¿Se había apegado a aquel mocoso porque había sacrificado por él su tesoro de vagabunda, o bien porque le había dado el primer beso afectuoso? El misterio es el mismo en los pequeños que en los mayores.

Durante meses soñó con aquel rincón de cementerio y aquel chiquillo. Con la esperanza de volver a verle robó a sus padres, arañando un sueldo de aquí, un sueldo de allá, de un asiento que había arreglado o de las provisiones que iba a comprar.

Cuando volvió tenía en el bolsillo dos francos, pero apenas si consiguió entrever al pequeño boticario, muy aseado, detrás de los cristales de la tienda paterna, entre un tarro rojo y una solitaria.

Le amó más aún, seducida, emocionada, extasiada por aquella maravilla del agua colorada, por aquella apoteosis de cristales centelleantes.

Conservó su imborrable recuerdo y cuando, al año siguiente, se lo encontró detrás de la escuela jugando a las canicas con sus compañeros, ella se arrojó sobre él, le cogió en sus brazos y le besó tan efusivamente que él se puso a gritar de miedo. Para calmarlo, le dio todo el dinero que tenía: tres francos y veinte céntimos, un verdadero tesoro que él miraba con ojos como platos.

Cogió el dinero y se dejó acariciar a voluntad.

Durante otros cuatro años ella le entregó todos sus ahorros y él se los embolsó con toda conciencia, a cambio de unos besos consentidos. Una vez fueron treinta sueldos, otra dos francos, una tercera doce sueldos (lloró por ello de dolor y de vergüenza, pero había sido un mal año), y la última vez cinco francos, un bonito escudo redondo que a él le hizo reír del contento.

No pensaba en nada más que en él; y él esperaba su regreso con cierta impaciencia, corriendo a su encuentro apenas la veía, lo cual hacía brincar de alegría

el corazón de la chiquilla.

Luego él desapareció. Le habían puesto interno en un colegio. Ella se enteró, preguntando hábilmente. Entonces recurrió a una diplomacia infinita para cambiar el itinerario de sus padres y hacerles pasar por allí en el tiempo de las vacaciones. Lo consiguió, pero tras un año de astucias. Llevaba, pues, dos años sin verle; y apenas si le reconoció de tan cambiado como estaba, crecido, guapo, imponente en su uniforme de botonadura de oro. Él fingió no verla y pasó orgullosamente por su lado.

Ella lloró durante dos días; y desde entonces sufrió constantemente.

Todos los años ella volvía; pasaba por delante de él sin atreverse a saludarle y sin que él se dignara siquiera volver la vista hacia ella. Ella le amaba con locura. Me dijo: «Es el único hombre que había visto sobre la faz de la tierra, señor doctor; no sabía siquiera si existían otros».

Sus padres murieron. Ella continuó el oficio, pero se consiguió dos perros en vez de uno, dos bestias terribles a las que nadie se atreviera a enfrentarse.

Un día, volviendo al pueblo donde había dejado su corazón, vio salir de la botica Chouquet a una joven, del brazo de su querido. Era su mujer. Se había casado.

Esa misma noche se tiró a la charca que hay junto a la plaza del Ayuntamiento. Un borracho rezagado la repescó y la llevó a la farmacia. El joven Chouquet bajó en batín para socorrerla y, sin dar muestras de reconocerla, le quitó las ropas, le dio unas friegas y con un tono duro de voz le dijo: «¡Está usted loca! ¡No se puede ser tan estúpido!».

Bastó esto para curarla: ¡le había dirigido la palabra! Sólo con eso iba a ser feliz durante un tiempo.

Él no quiso aceptar compensación alguna por sus servicios, por más que ella insistiera vivamente en pagarle.

Así transcurrió toda su vida. Arreglaba sillas pensando en Chouquet. Le veía todos los años tras los cristales. Adquirió la costumbre de comprar en su botica provisiones de pequeños medicamentos. Así le veía de cerca, le hablaba y le daba otra vez dinero.

Como les he dicho al comienzo, murió la primavera pasada. Después de haberme contado su triste historia, me rogó que entregara a aquel a quien había amado con tanto tesón todos los ahorros de su vida, dado que había trabajado solamente para él, me decía, incluso ayunando para economizar, y estar segura de que pensaría en ella, al menos una vez, cuando hubiera muerto.

Me entregó, pues, dos mil trescientos veintisiete francos. Le di al señor cura los veintisiete francos para el entierro y me llevé el resto cuando ella hubo exhalado el último suspiro.

Al día siguiente, me dirigí a casa de los Chouquet. Acababan de almorzar, uno enfrente del otro, gordos y colorados, importantes y satisfechos, y apestando a botica.

Me hicieron sentar; me invitaron a un kirsch, que acepté; y comencé a hablar con voz emocionada, convencido de que iban a ponerse a llorar.

Tan pronto como Clouquet comprendió que había sido amado por esa vagabunda, por esa sillera, por esa harapienta, estalló, indignado, como si ella le hubiera despojado de su buen nombre, del aprecio de la gente de bien, de su honra, de algo de delicado que le era más querido que su vida.

Su mujer, tan indignada como él, no hacía sino repetir: «¡Esa pordiosera!, ¡esa pordiosera!, ¡esa pordiosera!»…, incapaz de decir otra cosa.

Él se había puesto de pie y andaba a grandes pasos por detrás de la mesa, con el gorro griego que se le resbalaba sobre una oreja. Rezongaba:

«Pero ¿en qué cabeza cabe, doctor? ¡Son cosas tremendas para un hombre! ¿Qué hacer? De haberlo sabido en vida de ella, la habría hecho detener por los gendarmes y encarcelar. ¡No hubiera salido ya, se lo aseguro!».

Yo estaba estupefacto por el resultado de mi gestión piadosa. No sabía qué decir ni qué hacer. Pero tenía que acabar de cumplir con mi cometido. Proseguí:

«Ella me encargó que le hiciera entrega de sus ahorros, que ascienden a dos mil trescientos francos. Pero, dado que lo que le acabo de comunicar parece desagradarle tanto, mejor sería dar este dinero a los pobres».

Marido y mujer me miraron, patidifusos.

Me saqué del bolsillo el dinero, el miserable dinero de todos los países, de todos los tamaños, oro y moneda menuda mezclados. Luego pregunté:

«¿Qué deciden?».

La señora Chouquet fue la primera en hablar:

«Pero… en vista de que fue la última voluntad de esa mujer…, encuentro difícil renunciar».

El marido, algo confuso, agregó:

«Siempre podremos comprar algo para nuestros hijos».

Respondí con tono seco:

«Como quieran».

Él dijo:

«Dénoslo, ya que ha sido encargado para ello; ya encontraremos la manera de emplearlo en alguna buena obra».

Yo entregué el dinero, me despedí y me fui.

Al día siguiente Chouquet vino a verme y me dijo de sopetón:

«Esa…, esa mujer ha dejado aquí su carreta. ¿Qué piensa hacer con ella?».

«Nada, quédesela si quiere.»

—Perfecto, me irá bien; haré una cabaña con ella para el huerto.

Y se fue. Le llamé.

«Ha dejado también un caballo y sus dos perros. ¿Los quiere?»

Se detuvo, asombrado:

«Ah, no, eso no: ¿de qué iban a servirme? Disponga de ellos a su antojo.»

Y reía. Luego me alargó la mano y se la estreché. ¿Qué quieren? En un pueblecito el médico y el boticario no pueden ser enemigos.

Los perros me los llevé yo a mi casa. El párroco, que tiene un gran patio, se quedó con el caballo. La carreta sirve como cabaña a Chouquet, quien, con el dinero, se compró cinco obligaciones de los ferrocarriles.

He aquí el único amor profundo que he conocido en toda mi vida.

*

El médico se calló.

La marquesa, con lágrimas en los ojos, suspiró:

—¡Decididamente, sólo las mujeres saben amar!

UN PARRICIDIO*

El abogado había alegado demencia. ¿Cómo explicar de otro modo aquel extraño crimen?

Una mañana habían sido encontrados, en un cañaveral próximo a Chatou, dos cadáveres abrazados, un hombre y una mujer, de la buena sociedad, conocidos, ricos, ya no muy jóvenes y casados hacía apenas un año, siendo la mujer viuda desde hacía tres.

No se les conocían enemigos, ni les habían robado. Parecía que habían sido arrojados al río desde la orilla, tras haber sido golpeados, uno tras otro, con un largo objeto puntiagudo de hierro.

La investigación no conducía a nada. Los barqueros interrogados no habían visto nada; estaban a punto de interrumpirse las pesquisas, cuando un joven carpintero de un pueblo vecino, que se llamaba Georges Louis, apodado «el Señorito», se entregó.

A todas las preguntas sólo respondía:

—Conocía al hombre desde hacía dos años y a la mujer desde hacía seis meses. Venían a menudo a que les restaurara muebles antiguos, ya que tengo práctica en el oficio.

Y cuando le preguntaban:

—¿Y por qué los mató?

Él respondía con terquedad:

—Los maté porque me dio la gana.

No le pudieron sacar nada más.

Este hombre era un hijo natural sin duda, que había sido dado a criar en otro tiempo en la región y luego abandonado. Su único nombre era Georges Louis, pero como, al crecer, se había vuelto extremadamente inteligente, con gustos y delicadezas naturales que no tenían sus compañeros, le habían apodado «el Señorito» y no le llamaban ya de otro modo. Tenía fama de gran destreza en el oficio de ebanista que había elegido. También hacía alguna que otra escultura de madera. Se decía que era, además, muy fanático, partidario de las doctrinas comunistas e incluso nihilistas, apasionado lector de novelas de aventuras, de novelas de dramas sangrientos, votante influyente y hábil orador en las reuniones públicas de obreros o de campesinos.

El abogado había alegado demencia.

Pues, en efecto, ¿cómo era posible admitir que aquel obrero hubiera dado muerte a sus mejores clientes, a unos clientes ricos y generosos (lo reconocía él mismo), que en los últimos dos años le habían encargado trabajos por valor de tres mil francos (como resultaba de sus libros de contabilidad). Sólo una explicación parecía posible: la demencia, la idea fija del desclasado que se venga en la persona de dos burgueses de todos los burgueses, y el abogado hizo una hábil alusión a ese sobrenombre de «el Señorito», con el que conocían en el pueblo a aquel abandonado; exclamaba:

—¿No es una ironía, y una ironía capaz de fanatizar más aún a este desventurado muchacho sin padre ni madre? Él es un apasionado republicano. ¿Qué digo? Pertenece incluso a ese partido político al que en otros tiempos la República reservaba el fusilamiento y la deportación y que hoy acoge con los brazos abiertos, ese partido para el que el incendio es un principio y el asesinato un simple medio.

»Estas tristes doctrinas, hoy aclamadas en toda reunión pública, han arruinado a este hombre. ¡Ha oído a algunos republicanos y a mujeres, sí, hasta a mujeres, pedir la muerte de Gambetta,[1] la muerte de Grévy;[2] su mente enferma se trastornó y quiso sangre, sangre de burgueses!

»¡No es a él a quien hay que condenar, señorías, sino a la Comuna![3]

Se oyeron unos murmullos de aprobación. Se percibía que la causa era ganada por el abogado. El ministerio público no replicó.

Entonces el presidente planteó la pregunta de costumbre:

—Acusado, ¿tiene algo más que alegar en su defensa?

El hombre se puso en pie:

Era de pequeña estatura, de un rubio pajizo, con unos ojos grises, fijos y claros. Una voz fuerte, decidida y sonora salía de aquel joven endeble, modificando bruscamente, desde las primeras palabras, la primera impresión que había causado.

Habló vivamente, con un tono declamatorio, pero tan claro que sus menores palabras se oían hasta desde el fondo de la gran sala:

—Señor presidente, puesto que no quiero acabar en un manicomio y prefiero la guillotina, se lo contaré todo.

»Maté a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres.

»Ahora, escúcheme y júzgueme.

*

Una mujer, tras haber dado a luz, mandó a su hijo a un cierto lugar para que lo criasen. Sólo ella supo el nombre del pueblo al que su cómplice llevó a esa criatura inocente, pero condenada a la miseria eterna, a la vergüenza del nacimiento ilegítimo, más aún: a la muerte, dado que fue abandonado y la nodriza habría podido, como

hacen a menudo, al no recibir ya la pensión mensual, dejar que desmejorase, sufriese hambre y muriese de abandono.

La mujer que me amamantó fue honrada, más honrada, más buena, más grande, más madre que mi propia madre. Me crió. Hizo mal cumpliendo con su deber. Sería mucho mejor dejar morir a esos pobres miserables mandados a los pueblos de los suburbios, como se tira la basura a la calle.

Crecí con la indefinible impresión de llevar la deshonra encima. Los otros niños me llamaron un día «bastardo». No sabían qué significaba esta palabra, oída decir por uno de ellos en su casa. Tampoco yo lo sabía, pero me dolió.

Puedo decir que en la escuela era uno de los más inteligentes. Habría sido un hombre honesto, señor presidente, quizá un hombre superior, si mis padres no hubieran cometido el crimen de abandonarme.

Este crimen lo cometieron contra mí. Yo fui su víctima, ellos los culpables. Yo estaba indefenso, ellos fueron despiadados. Hubieran debido amarme y me rechazaron.

A ellos les debía la vida; pero ¿es la vida un regalo? La mía, en cualquier caso, no era sino una desgracia. Tras su vergonzoso abandono, estaba en deuda con ellos en una sola cosa: la venganza. Cometieron conmigo la acción más inhumana, más infame, más monstruosa que puede cometerse contra alguien.

Un hombre ofendido golpea; un hombre al que roban recupera por la fuerza lo que es suyo. Un hombre engañado, burlado, martirizado, mata; un hombre abofeteado mata; un hombre deshonrado mata. Yo he sido más robado, engañado, martirizado, moralmente abofeteado, deshonrado, que todos esos de cuya ira ustedes absuelven.

Me he vengado; he matado. Estaba en mi legítimo derecho. Me he cobrado su vida feliz a cambio de la horrenda vida que me impusieron.

¡Han hablado de parricidio! Pero ¿acaso eran mis padres esas personas para las que fui una abominable carga, un temor, una mancha infamante; para las que mi nacimiento fue una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta, tuvieron un hijo imprevisto. Eliminaron al hijo. Llegó mi turno de hacer lo mismo con ellos.

Y, sin embargo, hasta no hace mucho tiempo, estaba dispuesto a quererles.

Como le he dicho, hace dos años que ese hombre, mi padre, vino a verme por primera vez. No sospechaba nada. Me encargó dos muebles. Posteriormente me enteré de que había recabado información del párroco, bajo secreto de confesión, naturalmente.

Volvió a menudo: me daba trabajo y me pagaba bien. A veces hasta charlaba un poco de esto y de lo otro. Sentía por él un cierto afecto.

A principios de este año trajo a su mujer, mi madre. Cuando entró, ella temblaba tanto que creí que tenía una enfermedad nerviosa. Luego pidió una silla y un vaso de

agua. No dijo nada; miraba mis muebles con ojos de loca y respondía sí o no, a tontas y a locas, a todas las preguntas que se le hacían. Cuando se fue, llegué a la conclusión de que estaba un poco tocada del ala.

Ella volvió al mes siguiente. Estaba calmada y era dueña de sí. Ese día se quedaron bastante rato charlando, y me hicieron un gran encargo. Volví a verla otras tres veces, sin adivinar nada; pero un buen día comenzó a hablar de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Respondí: «Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron». Entonces se llevó la mano al corazón y se desmayó. Pensé enseguida: «¡Es mi madre!», pero me guardé mucho de dejarlo entrever. Quería que diese ella el primer paso.

Mientras tanto, también yo recabé información. Supe que llevaban casados desde el mes de julio del año anterior, ya que mi madre era viuda desde hacía nada más que tres años. Mucho se había comentado que habían sido amantes ya en vida de su primer marido, pero no había pruebas. La prueba era yo, la prueba que primero había sido ocultada, en espera de destruirla posteriormente.

Esperé. Volvió a aparecer una tarde, siempre acompañada de mi padre. Esa vez parecía bastante conmovida, no sé por qué. En el momento de irse me dijo: «Le aprecio, porque me parece un muchacho honrado y trabajador; sin duda un día querrá casarse; quisiera ayudarle a elegir libremente la mujer que le convenga. Yo me casé en contra de mi voluntad una vez y sé lo que se sufre. Ahora soy rica, sin hijos, libre y dueña de mi patrimonio. Aquí tiene su dote».

Y me alargó un gran sobre lacrado.

La miré fijamente y le dije: «¿Es usted mi madre?».

Ella dio tres pasos atrás y se tapó los ojos con la mano para no mirarme. Él, el hombre, mi padre, la sostuvo entre los brazos y me gritó: «¡Está usted loco!».

Respondí: «En absoluto. Sé muy bien que ustedes son mis padres. No pueden engañarme. Admítanlo y mantendré el secreto, no les guardaré rencor y seguiré siendo lo que soy, un ebanista».

Él retrocedió hacia la salida sin dejar de sostener a su mujer, que comenzaba a sollozar. Corrí a cerrar la puerta, me guardé la llave en el bolsillo y proseguí: «Pero mírela, y atrévase a negarme una vez más que es mi madre».

Entonces él se enfureció, se puso palidísimo, espantado ante la idea de que el escándalo evitado hasta entonces pudiera estallar de improviso; que su posición, su buen nombre, su reputación se vieran arruinados de golpe; y balbuceaba: «Es usted un canalla que lo único que quiere es sacarnos dinero. ¡Como para hacer el bien a la gente, a estos patanes, ayudarles, socorrerles!».

Mi madre, espantada, no hacía sino repetir: «Vámonos, vámonos».

Delante de la puerta cerrada él gritó: «¡Si no abre enseguida, haré que le metan en la cárcel por chantaje y secuestro!».

Había mantenido la sangre fría, abrí la puerta y les vi desaparecer en la oscuridad.

Entonces tuve la impresión de haberme vuelto huérfano de golpe, de ser abandonado, arrojado al arroyo. Una espantosa tristeza mezcla de ira, odio, asco, me dominó; era como una rebelión de todo mi ser, una rebelión de la justicia, de la rectitud, del honor, del amor rechazado. Eché a correr para darles alcance a lo largo del Sena, que debían seguir para llegar a la estación de Chatou.

No tardé en darles alcance. La noche estaba oscurísima. Caminaba por la hierba sin hacer ruido, y ellos no me oyeron llegar. Mi madre seguía llorando. Mi padre le decía: «Es culpa tuya. ¿Por qué le quisiste ver? Era una locura, en nuestra situación. Habríamos podido ayudarle a distancia, sin darnos a conocer. Puesto que no podemos reconocerle, ¿de qué sirven estas visitas peligrosas?».

Me planté delante de ellos, suplicante. Balbucí: «¿Ven como son mis padres? Me rechazaron ya una vez, ¿quieren hacerlo de nuevo?».

Entonces, señor presidente, él levantó la mano, se lo juro por mi honor, la ley, la República. Me golpeó y, cuando yo le cogí de la pechera, se sacó del bolsillo un revólver.

Me enfurecí, no sé nada más, sólo que llevaba en mi bolsillo el compás y le golpeé con él, le golpeé tanto como pude.

Ella se puso a dar alaridos: «¡Socorro! ¡Al asesino!», dándome tirones de la barba. Parece que la maté también a ella. ¿Cómo saber lo que hice en ese momento?

Luego, cuando les vi a los dos en el suelo, sin pensármelo dos veces los arrojé al Sena.

Eso es todo. Ahora, júzgueme usted.

*

El acusado se volvió a sentar. Tras esta revelación, el juicio fue aplazado hasta la sesión siguiente. Pronto se resolverá. Si fuéramos miembros de jurado, ¿qué haríamos con este parricida?

UNA ASTUCIA*

El viejo médico y la joven enferma estaban charlando al amor del fuego. Ella estaba aquejada, de forma leve, de una de esas dolencias femeninas que afectan a menudo a las mujeres bonitas: un poco de anemia, los nervios algo alterados y un cierto cansancio, ese cansancio que sienten a veces los recién casados a finales del primer mes de unión, si ha sido un matrimonio por amor.

Estaba tumbada en su hamaca y decía:

—No, doctor, nunca me cabrá en la cabeza que una mujer engañe a su marido. Puedo llegar a admitir que no le quiera, que no mantenga las promesas y los juramentos hechos. Pero ¿cómo atreverse a entregarse a otro hombre? ¿Cómo esconderlo a los ojos de todos? ¿Cómo conseguir amar en la mentira y en la traición?

El médico sonreía.

—En cuanto a eso, la cosa es fácil. Le garantizo que no se piensa en absoluto en esas sutilezas cuando se tiene ganas de cometer un desliz. Estoy seguro incluso de que una mujer no está madura para el verdadero amor antes de que no haya pasado por toda la promiscuidad y todos los ascos del matrimonio, el cual, según un ilustre personaje, no es más que un intercambio de malos humores por el día y de malos olores por la noche.[1] Nada más cierto. Una mujer sólo puede amar con pasión después de haber estado casada. Si me estuviera permitido compararla con una casa, diría que sólo es habitable cuando un marido la ha estrenado con todos sus inconvenientes.

»Por lo que hace al disimulo, todas las mujeres tienen para dar y regalar en esas circunstancias. Las más simples son un prodigio, encuentran salidas geniales en los más difíciles apuros.

Pero la joven parecía incrédula…

—No, doctor, uno sólo se da cuenta después de lo que hubiera tenido que hacer en los momentos peligrosos; y sin duda las mujeres pierden la cabeza más fácilmente que los hombres.

El médico levantó los brazos.

—¿Después, dice usted? A nosotros sí que las ideas nos vienen después. ¡Pero a ustedes!… A propósito, quisiera contarle una breve historia que le sucedió a una

clienta mía, a la que, como se dice, yo le habría dado la comunión sin siquiera confesarla.

*

Ocurrió esto en una ciudad de provincias.

Una noche, mientras dormía a pierna suelta, con ese sueño pesado que es tan difícil de turbar, me pareció, en un oscuro sueño, que todas las campanas de la ciudad se ponían a tocar a rebato.

Me desperté de golpe: era la campanilla, la de mi puerta de entrada, la que sonaba desesperadamente. Como mi criado no respondía, tiré yo mismo del cordoncito que colgaba en mi cama y enseguida oí golpear de puertas e irrumpir pasos en el silencio de la casa dormida; apareció Jean con una carta que decía: «La señora Lelièvre ruega encarecidamente al doctor Siméon que se dirija de inmediato a su casa».

Me quedé unos instantes reflexionando; pensaba: «Crisis de nervios, flatos, tararí, tarará, estoy demasiado cansado». Y respondí: «El doctor Siméon, muy indispuesto, ruega a la señora Lelièvre que llame a su colega Bonnet».

Entregué el billete, dentro de un sobre, y me volví a dormir.

Cerca de media hora después, sonaba de nuevo la campanilla de la puerta y Jean vino a decirme: «Hay una persona, no sé muy bien si hombre o mujer, pues va muy embozada, que desearía hablar de inmediato con el señor. Dice que está en juego la vida de dos personas».

Me levanté. «Hágala pasar.»

Esperé, sentado en la cama.

Apareció una especie de fantasma negro que, apenas hubo salido Jean, se descubrió. Era la señora Berthe Lelièvre, una mujer jovencísima casada desde hacía tres años con un importante comerciante de la ciudad, de quien se decía que se había casado con la más bella mujer de la provincia.

Estaba espantosamente pálida, con esas contracciones del rostro de las personas fuera de sí; le temblaban las manos; por dos veces trató de hablar, sin que le saliera una sola palabra. Al final balbució: «Rápido, rápido…, rápido…, doctor…, venga. Mi…, mi amante ha muerto en mi habitación…».

Se detuvo, sin aliento, luego siguió: «Mi marido está a punto de volver del círculo…».

Me puse en pie de un salto, sin pensar siquiera que estaba en camisa de dormir, y en pocos segundos me vestí. Luego le pregunté: «¿Fue usted quien vino hace un rato?». Ella, inmóvil como una estatua, petrificada por la angustia, murmuró: «No, era mi criada…, está al tanto de todo…». Luego, tras una pausa, añadió: «Yo me quedé… a su lado». Se le escapó de los labios como un grito de dolor horrible, y, tras

un ahogo que le provocó un estertor, lloró, lloró a lágrima viva, entre sollozos y espasmos, durante un minuto o dos. De pronto sus lágrimas cesaron, se agotaron, como secadas interiormente por un fuego; y, tras volver a estar trágicamente serena, dijo: «¡Vamos, rápido!». Yo estaba listo, pero exclamé: «¡Santo cielo, no he avisado que engancharan el coche!». Me respondió: «Tengo uno, es el suyo, el que espera». Se cubrió hasta los cabellos y partimos.

Cuando estuvo a mi lado en la oscuridad del coche, me cogió de repente la mano y, torturándola con sus delgados dedos, balbució con voz espasmódica, por espasmos provocados por el corazón roto: «¡Oh!, ¡si supiera cuánto sufro, cuánto! Le amaba, le amaba perdidamente, como una loca, desde hace seis meses».

Pregunté: «¿Se ha despertado alguien en su casa?». Ella respondió: «Nadie, fuera de Rose, que lo sabe todo».

Nos paramos delante de su portal; en la casa todos dormían, en efecto; entramos sin hacer ruido con una llave maestra y subimos la escalera de puntillas. La criada, espantada, estaba sentada en el último escalón, con una vela encendida al lado, sin haber tenido el valor de quedarse junto al muerto.

Entré en la habitación. Estaba toda patas arriba, como tras una lucha. La cama revuelta, arrugada, deshecha, estaba abierta, como en espera; una sábana caída hasta la alfombra; algunas toallas mojadas, con las que se había humedecido las sienes del joven, estaban por el suelo junto a una palangana y un vaso. Y un extraño olor a vinagre de cocina mezclado con exhalaciones de agua de Lubin[2] causaba náuseas desde la puerta.

Cuan largo era, tendido de espaldas, en medio de la habitación, estaba extendido el cadáver.

Me acerqué, le examiné, le palpé, le abrí los ojos, le toqué las manos, y luego, volviéndome hacia las dos mujeres que temblaban como si estuvieran heladas, dije: «Ayúdenme a ponerle sobre la cama». Lo colocamos despacio. Le ausculté el corazón, le puse un espejo delante de la boca; luego murmuré: «Está muerto. ¡Vistámosle enseguida!». ¡Fue un espectáculo espantoso!

Le cogí los miembros, uno tras otro, como si hubiera sido un enorme muñeco, tratando de ponerle las prendas a medida que me las iban alargando las dos mujeres. Le pusimos los calcetines, los calzoncillos, los pantalones, el chaleco y, por último, la levita, en la que nos costó un gran esfuerzo conseguir hacer entrar los brazos.

Cuando hubo que abrochar los botines, las dos mujeres se arrodillaron, mientras yo las alumbraba; fue terriblemente difícil porque, mientras tanto, los pies se le habían hinchado un poco. Al no encontrar el abotonador, se valieron de sus horquillas.

Apenas acabamos con la horrible tarea de vestirlo, examiné nuestra obra y dije: «Habría que peinarle un poco». La criada fue a buscar el escarpidor y la bruza de su

ama; pero como ella temblaba y atusaba, con movimientos involuntarios, los largos y enredados cabellos, la señora Lelièvre se apoderó violentamente del peine, y arregló la melena con suavidad, como si le acariciase. Volvió a hacer la raya, cepilló la barba, luego ensortijó lentamente los bigotes en su dedo, tal como estaba acostumbrada a hacerlo, sin duda, en los momentos de amorosa intimidad.

De repente, dejando lo que tenía en las manos, cogió la cabeza inerte de su amante y miró larga, desesperadamente esa cara muerta que no le sonreiría más; luego, abatiéndose sobre él, lo abrazó, lo besó con furia. Sus besos caían, como golpes, sobre la boca cerrada, sobre los ojos sin vida, sobre las sienes, sobre la frente. Luego, acercándose al oído, como si él pudiera oír aún, como para balbucear la palabra que hace más ardientes los abrazos, repitió, diez veces seguidas, con una voz desgarradora: «Adiós, querido».

Pero el reloj de pared dio las doce de la noche.

Me sobresalté: «¡Caramba, medianoche! Es la hora en que cierra el círculo. ¡Vamos, señora, energía!».

Ella se enderezó. Yo ordené: «Llevémosle al salón». Le cogimos los tres y, una vez allí, lo dejamos sentado en un diván y yo encendí los candelabros.

Se abrió el portón y se cerró pesadamente. Era ya Él. Exclamé: «Rápido, Rose, tráigame las toallas y la palangana, y arregle la habitación. ¡Vamos, dese prisa, por el amor de Dios! El señor Lelièvre está a punto de entrar».

Oía subir, acercarse los pasos. Unas manos, en la oscuridad, tanteaban las paredes. Entonces exclamé: «Por aquí, amigo: ha habido un accidente».

Y el marido, estupefacto, apareció en el umbral, con un puro en la boca. Preguntó: «¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Qué es esto?».

Fui a su encuentro: «Amigo, estamos en un buen aprieto. Me he entretenido charlando con su mujer y este amigo que me ha traído en su coche. Y he aquí que de repente se desmaya y, dos horas después, pese a los cuidados, no ha recobrado aún el conocimiento. No he querido llamar a ningún extraño. Ayúdeme a bajarle. En su casa le atenderé mejor».

El marido, sorprendido pero sin desconfiar, se quitó el sombrero; luego cogió de los brazos a su rival ya inofensivo. Yo me coloqué entre sus piernas, como un caballo entre los varales; y comenzamos a bajar la escalera, con su mujer alumbrándonos.

Cuando estuvimos delante de la puerta, enderecé el cadáver y le hablé, animándole para engañar al cochero: «Vamos, amigo, no será nada; se siente ya mejor, ¿no? Ánimo, vamos, un poco de valor, haga un pequeño esfuerzo, y se acabó».

Como presentía que iba a desplomarse, pues se me deslizaba de las manos, le di un golpetazo con el hombro que le lanzó hacia delante y le hizo bascular en el coche, luego subí detrás de él.

El marido, inquieto, me preguntaba: «¿Cree que es grave?». Yo respondí: «No»,

sonriendo, y miré a la mujer. Ella había cogido del brazo a su legítimo esposo y clavaba la mirada en el fondo oscuro del coche.

Nos dimos un apretón de manos, y di orden de partir. A lo largo de todo el camino, el muerto se me iba cayendo sobre la oreja derecha.

Cuando llegamos a su casa, dije que se había desvanecido por el camino. Ayudé a subirlo a su habitación, luego certifiqué su muerte: y representé otra comedia delante de su familia consternada. Al final me volví a la cama, no sin haber jurado contra los enamorados.

*

El doctor se calló, sin dejar de sonreír.

La joven, crispada, le preguntó:

—¿Por qué me ha contado esta espantosa historia?

Él se inclinó galantemente:

—Para ofrecerle mis servicios, si los requiere.

PIERROT*

La señora Lefèvre era una señora pueblerina, una viuda, una de esas medio campesinas con cintajos y pomposos sombreros, de esas personas que trabucan las palabras, que en público se dan grandes aires y ocultan bajo una apariencia cómica y emperifollada un espíritu vulgar y pretencioso, así como disimulan bajo sus guantes de seda cruda las manos gruesas y enrojecidas.

Tenía de criada a una buena y sencilla campesina, llamada Rose.

Las dos mujeres vivían en una casita con las persianas verdes, a la vera del camino, en Normandía, en el centro de la región de Caux.

En el jardincillo de delante de casa cultivaban algunas hortalizas.

Una noche les robaron una docena de cebollas.

Rose, apenas reparó en el hurto, corrió a dar aviso a su señora, que bajó en falda de lana. Fue un espanto, una desesperación. ¡Habían robado, robado a la señora Lefèvre! Por tanto, había ladrones en la región, y podían volver.

Las dos mujeres, espantadas, contemplaban las huellas de los pasos, hablaban, hacían conjeturas:

—Sí, han pasado por aquí; han trepado por la tapia; han saltado dentro del cercado.

Estaban asustadas por el futuro. ¿Cómo poder dormir tranquilas en adelante?

La noticia del robo cundió. Se presentaron los vecinos, hicieron sus comprobaciones, expresando cada uno su parecer; y las dos mujeres, a cada nuevo recién llegado, le exponían sus observaciones e ideas.

Un campesino de las cercanías les dio el consejo siguiente: «Tendrían que tener ustedes un perro».

Era cierto; tenían que tener un perro, aunque sólo fuera para dar la alarma. No un perro grande, ¡Dios mío! ¿Qué harían ellas con un perro grande? Había para arruinarse manteniéndolo. Sino un perrito (en Normandía lo llaman *quin*), un chiquilicuatro de *quin* que ladrara.

Una vez que se hubieron ido todos, la señora Lefèvre discutió largo y tendido esta idea del perro. Tras pensarlo bien, ponía mil objeciones, y le aterraba por la simple imagen de un cuenco lleno de comida, pues era de esas señoras pueblerinas cicateras

que siempre llevan en el bolsillo unos céntimos para dar ostentosamente limosna a los pobres de la calle y en las cuestaciones dominicales.

Rose, a quien le gustaban los animales, adujo sus razones y las defendió con astucia. Así pues, se decidió que tendrían un perro, un perrito chiquitín.

Se pusieron a buscarlo, pero no encontraban más que grandes, esos devoradores de sopa para ponerse a temblar. El tendero de Rolleville tenía uno, uno muy canijo; pero pretendía que le pagasen dos francos, para cubrir los gastos de crianza. La señora Lefèvre declaró que estaba dispuesta a mantener un *quin*, pero de ningún modo a comprarlo.

Una mañana, el panadero, que estaba al corriente de lo sucedido, trajo, en su vehículo, un extraño animalito amarillento, casi sin patas, con un cuerpecito de cocodrilo, la cabeza de zorro y la cola encorvada hacia arriba, un verdadero penacho tan grande como el resto del cuerpo. Un cliente quería deshacerse de él. A la señora Lefèvre le pareció muy bonito aquel horrendo gozque, que no costaba nada. Rose lo besó y preguntó cómo se llamaba. El panadero respondió: «Pierrot».

Le instalaron en una vieja caja para guardar los jabones y primero le dieron de beber agua. Se la bebió. Luego le pusieron delante un pedazo de pan. Se lo comió. La señora Lefèvre, preocupada, tuvo una idea: «Una vez que se haya acostumbrado a la casa, le dejaremos libre. Ya encontrará él qué comer por el pueblo».

Lo dejaron libre, pero esto no fue óbice para que tuviera siempre hambre. Sólo ladraba para pedir de comer; y en ese caso ladraba obstinadamente.

Cualquiera podía entrar en el jardín. Pierrot les hacía fiestas a todos y se quedaba completamente mudo.

Sin embargo, la señora Lefèvre se había acostumbrado al animal. También ella le había tomado cariño y de vez en cuando le daba algún bocado de pan que mojaba en la salsa de su guiso.

Pero no había pensado en absoluto en el impuesto municipal, y cuando vinieron a cobrarle los ocho francos —¡ocho francos, señora!— por aquel chiquilicuatro de *quin* que ni siquiera ladraba, poco faltó para que le diera un síncope.

Inmediatamente decidieron desembarazarse del perro. Nadie lo quiso. Todos los vecinos en el radio de diez leguas a la redonda lo rechazaron. Entonces decidieron, a falta de otro medio, hacerle *piquer du mas*.

Piquer du mas significa «comer marga». Se hace *piquer du mas* a todos los perros de los que uno desea desembarazarse.

En medio de una vasta llanura se ve una especie de cabaña, o más bien una pequeña techumbre de bálago, plantada en el suelo. Es la entrada de la marguera. Un gran pozo desciende en vertical unos veinte metros bajo tierra, para desembocar en una serie de largas galerías de mina.

Se baja una vez al año a esa cantera, en la estación en que se abona los campos

con marga. El resto del tiempo sirve de cementerio de los perros condenados; y a menudo, cuando se pasa cerca del pozo, se oyen salir gritos quejumbrosos, ladridos furiosos o desesperados, llamadas desgarradoras.

Los perros de los cazadores y de los pastores huyen despavoridos de las inmediaciones de aquel pozo gemebundo; y, cuando uno se asoma a él, sale un pestilente olor a putrefacción.

Horrendas tragedias acontecen en aquella oscuridad.

Mientras un animal agoniza desde hace diez o doce días en el fondo, nutriéndose de los restos inmundos de los que le han precedido, es arrojado de improviso otro animal, más gordo, y sin duda más vigoroso. Están solos, hambrientos, con los ojos relucientes. Se acechan, se siguen, vacilan, ansiosos. Pero el hambre aprieta: se asaltan, luchan largo rato encarnizadamente; y el más fuerte se come al más débil, devorándolo vivo.

En cuanto se decidió que se haría *piquer du mas* a Pierrot, se pusieron a buscar un ejecutor. El peón caminero que quitaba la hierba de la carretera pidió diez sueldos por tomarse la molestia. A la señora Lefèvre le pareció una verdadera locura. El mozo del vecino se contentaba con cinco sueldos; seguía siendo demasiado; y, tras haber hecho ver Rose que sería mejor llevarlo personalmente, para que no fuera maltratado por el camino y no se diera cuenta de cuál iba a ser su destino, decidieron ir ellas dos al caer la noche.

Primero le dieron unas buenas sopas con dos dedos de manteca. Él se las zampó hasta la última gota y, mientras movía la cola de contento, Rose le cogió en su delantal.

Fueron a paso largo por el llano, como dos merodeadores. No tardaron en divisar la marguera y cuando llegaron la señora Lefèvre se asomó para oír si gemía algún animal. No, no había ninguno, Pierrot estaría solo. Entonces Rose, llorando, lo besó y lo tiró dentro del pozo; acto seguido las dos se inclinaron, aguzando el oído.

Primero oyeron un ruido sordo; luego el lamento agudo, desgarrador, de un animal herido y una sucesión de grititos de dolor, a continuación llamadas desesperadas, súplicas de perro implorante, con el hocico alzado hacia la abertura.

¡Ladraba, oh, si ladraba!

Les entraron remordimientos, sintieron espanto, un miedo irracional e inexplicable; y escaparon a todo correr. Y, como Rose iba más rápido, la señora Lefèvre gritaba:

—¡Espéreme, Rose, espéreme!

Pasaron una noche de espantosas pesadillas.

La señora Lefèvre soñó que estaba sentada a la mesa para tomarse las sopas y, cuando levantaba la tapa de la sopera, dentro estaba Pierrot, que saltaba y le mordía la nariz.

Se despertó y le pareció oírle ladrar. Se puso a la escucha; estaba en un error.

Volvió a dormirse y soñó que se encontraba en una gran carretera y caminaba por esa carretera interminable. De pronto, justo en medio, aparecía una de esas cestas grandes de granjero, allí abandonada; y aquella cesta le infundía miedo.

Pero al final la abría y Pierrot, que estaba acurrucado dentro, le mordía la mano, sin soltar su presa; y ella escapaba espantada, llevando en el extremo del brazo al perro colgando, con las fauces apretadas.

Se levantó al alba, medio loca, y corrió a la marguera.

Él ladraba; ladraba aún, había ladrado toda la noche. Ella se puso a sollozar y le llamó con mil diminutivos cariñosos. Él respondió con todas las inflexiones tiernas de su voz perruna.

Entonces quiso volver a verle, prometiéndose hacerle feliz hasta su muerte.

Corrió a casa del pocero encargado de la extracción de la marga y le contó la cosa. El hombre escuchaba sin decir nada. Cuando ella hubo terminado, dijo:

—¿Quiere a su perrito? Pues le costará cuatro francos.

Le dio un patatús; todo su dolor se esfumó de golpe.

—¡Cuatro francos! ¡Antes muerta que pagar cuatro francos!

Él respondió:

—¿Se cree usted que voy a llevar mis cuerdas, mis manivelas, montarlo todo y bajar allí con mi ayudante para que me muerda su maldito *quin*, por la simple satisfacción de devolvérselo? ¡No hubiera tenido que tirarlo!

Ella se fue indignada:

—¡Cuatro francos!

Apenas llegó a casa, llamó a Rose y le contó las pretensiones del pocero. Rose, resignada como siempre, repetía:

—¡Cuatro francos! Es dinero, señora…

Luego añadió:

—¿Y si le echásemos de comer a ese pobre perrito para no dejarle morirse así?

Toda contenta, la señora Lefèvre dio su aprobación; y helas de nuevo en marcha, con un buen pedazo de pan untado con manteca.

Lo cortaron a rebanadas, que echaban una tras otra, hablándole alternativamente a Pierrot. Y tan pronto como éste se había acabado un pedazo, ladraba para reclamar el siguiente.

Regresaron por la tarde, luego al día siguiente, todos los días. Pero ya no hacían más que un viaje.

Ahora bien, una mañana, justo en el momento en que iban a dejar caer la primera rebanada, oyeron de repente un ladrido formidable en el pozo. ¡Eran dos! ¡Habían tirado a otro perro, a uno grande!

Rose exclamó:

—¡Pierrot!

Y Pierrot ladró y ladró. Entonces se pusieron a tirarle el alimento, pero, cada vez, distinguían perfectamente una gresca tremenda, luego los gritos quejumbrosos de Pierrot mordido por su compañero, que se lo comía todo, al ser más fuerte.

Por más que especificaban: «¡Es para ti, Pierrot!», a Pierrot, evidentemente, no le llegaba nada.

Las dos mujeres se miraron desconcertadas; y la señora Lefèvre dijo con acritud:

—No puedo dar de comer a todos los perros que tiren aquí dentro. No hay más remedio que renunciar.

Y, aterrada ante la idea de que todos aquellos perros vivieran a su costa, se fue, llevándose también lo que quedaba del pan, que se comió por el camino.

Rose la seguía, secándose las lágrimas con el pico de su delantal azul.

UN NORMANDO*

A Paul Alexis

Acabábamos de salir de Ruán e íbamos a buen trote por la carretera de Jumièges. El ligero carruaje corría, atravesando la llanura; luego el caballo se puso a andar al paso para subir la cuesta de Canteleu.

Es uno de los más espléndidos panoramas del mundo. Detrás de nosotros, Ruán, la ciudad de las iglesias, de agujas góticas minuciosamente trabajadas como figuritas de marfil; enfrente, Saint-Sever, el suburbio de las manufacturas, que alza hacia el cielo sus mil chimeneas humeantes, justo enfrente de los mil pequeños campanarios sagrados de la ciudad vieja.

Aquí el pináculo de la catedral, la cima más alta de los monumentos humanos; y allá la «Bomba contra Incendios» del «Rayo», su rival casi tan desmesurada como la otra, y que supera en un metro a la más alta pirámide de Egipto.

Delante de nosotros se desplegaba, serpenteante, el Sena, sembrado de islas, bordeado a la derecha de blancos acantilados coronados por un bosque, y a la izquierda de unos inmensos prados delimitados, al fondo, muy al fondo, por otro bosque.

De vez en cuando, grandes barcos anclados a lo largo de las orillas del ancho río. Tres enormes barcos de vapor iban, uno tras otro, hacia Le Havre; y un rosario de buques, formado por uno de tres palos, dos goletas y un *brick*, navegaba río arriba hacia Ruán, tirado por un pequeño remolcador que vomitaba una nube de humo negro.

Mi compañero, natural del lugar, no echaba siquiera un vistazo al maravilloso paisaje; pero sonreía continuamente, como si se riese para sus adentros. De sopetón exclamó:

—¡Oh, oh!, está a punto de ver algo divertido; la capilla del compadre Mathieu. Querido amigo, es una obra maestra.

Le miré, asombrado. Prosiguió:

—Le haré sentir un perfume de Normandía que le quedará en la nariz. El compadre Mathieu es el más buen normando de la provincia, y su capilla es, sin

disputa, una de las maravillas del mundo. Pero antes se hacen necesarias unas pocas palabras de explicación.

*

El compadre Mathieu, también conocido como «el Curda», es un ex sargento mayor que volvió a su pueblo natal. Reúne en admirable proporción, formando un conjunto perfecto, la fanfarronería del viejo soldado y la astucia maliciosa del normando. Tras volver a su pueblo, llegó a ser, gracias a sus muchos protectores y a una diplomacia increíble, guardián de una capilla milagrosa, una capilla protegida por la Virgen y frecuentada principalmente por las muchachas embarazadas. Ha rebautizado su maravillosa estatua como «la Virgen del Bombo», y la trata con burlona familiaridad, no carente sin embargo de cierto respeto. Compuso él mismo e hizo imprimir una oración especial para su BONDADOSA VIRGEN. Esta oración es una obra maestra de ironía involuntaria, de ingenio normando, en el que la burla se mezcla con el temor a lo SAGRADO, con el temor supersticioso a la influencia secreta de algo sobrenatural. No cree mucho en su patrona; pero un poco sí, por prudencia, y la trata bien, por política.

He aquí como comienza la extraordinaria oración:

«Virgen María, bondadosa madre nuestra, patrona natural de las muchachas-madres, en este país y en toda la tierra, protege a tu sierva que ha tenido un desliz en un momento de descuido».

(…)

La súplica termina así:

«Y no te olvides, sobre todo, de mí ante tu Santo Esposo e intercede ante Dios Padre para que me sea concedido un buen marido como el tuyo».

La plegaria, prohibida por el clero, la vende bajo mano, y parece que resulta saludable para aquellas que la dicen con unción.

En suma, habla de la Beata Virgen como podría hacerlo de su amo el camarero de un gran príncipe, del que conoce todos sus secretillos íntimos. Se sabe sobre ella un gran número de historias divertidas, que les cuenta en voz baja a los amigos después de haber bebido.

Pero ya lo verá por usted mismo.

Como las ganancias que le reportaba la Patrona no le parecían suficientes, amplió el negocio de la Virgen principal con un pequeño comercio de santos. Los tiene todos, o casi todos. Como en la capilla no hay sitio suficiente, los almacena en la leñera, de donde los saca a medida que se los piden los fieles. Las estatuillas de madera, extraordinariamente cómicas, las talló él mismo, y las pintó todas de verde el año que le repintaron las persianas. Ya sabe usted que los santos curan las

enfermedades; pero cada uno tiene su especialidad y no hay que cometer confusiones ni errores. Están celosos los unos de los otros como comicastros.

Para no equivocarse, las viejecitas van a consultar a Mathieu.

«¿Qué santo es el mejor para el dolor de oídos?»

«San Ósimo es bueno, pero tampoco está mal san Pánfilo.»

Pero esto no es todo.

Como Mathieu anda sobrado de tiempo, bebe; pero bebe como un artista, tan a conciencia que cada noche está, normalmente, borracho. Está borracho, pero controla; tanto controla que cada día anota el grado exacto de su borrachera. Ésta es su principal ocupación; la capilla pasa a un segundo plano.

Y ha inventado, escuche bien y agárrese, ha inventado el borrachímetro.

Aunque el instrumento no existe, las observaciones de Mathieu son precisas como las de un matemático.

Se le oye decir sin cesar: «El lunes pasé de los cuarenta y cinco».

O bien: «Estaba entre cincuenta y dos y cincuenta y ocho».

O: «Tenía de sesenta y seis a setenta».

O: «¡Condenado aparato, creía estar a cincuenta y ahora caigo en la cuenta de que estaba a setenta y cinco!».

Nunca yerra.

Afirma no haber alcanzado nunca el metro, pero como confiesa que sus observaciones dejan de ser exactas en cuanto ha rebasado los noventa, uno no puede fiarse del todo de su afirmación.

Cuando Mathieu admite haber superado los noventa, esté seguro de que estaba borracho como una cuba.

En tales ocasiones su mujer, Mélie, otra maravilla, monta en terribles cóleras. Le espera en la puerta y, cuando él vuelve, le grita: «¡Ya estás aquí, cerdo asqueroso, borrachuzo!».

Entonces Mathieu, que ya no se ríe, se planta delante de ella y dice con tono severo: «Cállate, Mélie, no es éste momento para charlas. Déjalo para mañana».

Y si ella continúa ladrando, se le acerca y, con voz temblorosa, le dice: «¡Cierra el pico, estoy en noventa, no me controlo; cuidadito, que se me va a ir la mano!».

Entonces, Mélie se bate en retirada.

Si al día siguiente ella trata de volver sobre el asunto, él se le ríe en la cara y dice: «¡Vamos, vamos! Ya hemos hablado demasiado, ahora ya ha pasado. Hasta que no llegue a un metro, no pasa nada. Pero, si supero el metro, te doy permiso para que me reprendas, ¡palabra de honor!».

*

Habíamos llegado a lo alto de la cuesta. La carretera se internaba en el admirable bosque de Roumare.

El otoño, el maravilloso otoño, mezclaba su oro y su púrpura con los últimos restos de vegetación que habían quedado vivos, como si unas gotas de sol fundido hubieran manado del cielo sobre la espesura de los bosques.

Pasamos por Duclair; luego, en vez de seguir hacia Jumièges, mi amigo torció a la izquierda y, tomando por un camino transversal, se adentró en el monte bajo.

Y de pronto, desde lo alto de una gran pendiente, descubrimos de nuevo el espléndido valle del Sena y el tortuoso río que serpenteaba a nuestros pies.

A la derecha, una minúscula construcción con el tejado de pizarra, y rematada en un pequeño campanario tan alto como un quitasol, estaba adosado a una graciosa casita con las persianas verdes, enteramente revestida de madreselva y de rosales.

Un vozarrón gritó:

—¡Ahí va gente amiga!

Y apareció Mathieu en el umbral. Era un hombre de unos sesenta años, flaco, con perilla y unos largos bigotes blancos.

Mi compañero le dio la mano, me presentó y Mathieu nos hizo pasar a una cocina fresca, que hacía también las veces de salón. Decía:

—Mi casa, caballero, no es muy elegante. No me gusta estar lejos de los fogones. Las cacerolas me hacen compañía.

Luego, volviéndose hacia mi amigo, añadió:

—¿Por qué han venido en jueves? Sabe perfectamente que es el día de consulta de mi Patrona. Esta tarde no puedo salir.

Y, corriendo hacia la puerta, lanzó un espantoso bramido: «¡Mélie-e-e!» que tuvo que hacerles alzar la cabeza a los marineros de los barcos que bajaban o remontaban el río, allá abajo, al fondo del hondo valle.

Mélie no respondió.

Entonces Mathieu guiñó un ojo con malicia.

—La tiene tomada conmigo, ¿saben?, pues anoche estaba en noventa.

Mi compañero rompió a reír:

—¡Noventa, Mathieu! ¿Cómo fue eso?

Mathieu respondió:

—Se lo explico. El año pasado no coseché más que veinte rasieras[1] de camuesas. No había más; pero para la sidra no hay de mejor. Pude llenar una cuba, que me dio por probar ayer. Para decir la verdad, es puro néctar; ya me dirán ustedes qué les parece. Estaba conmigo Polyte; tomamos un sorbo, luego otro, sin sentirnos nunca saciados porque uno seguiría bebiendo hasta el día siguiente. Y, d e trago en trago, siento un cierto fresquito en el estómago. Le digo a Polyte: «¿Y si nos tomáramos una copita de aguardiente para entrar en calor?». Él asiente. Pero el aguardiente te

enciende el cuerpo, y hay que volver entonces a la sidra. Y así, de frío a calor y de calor a frío, me doy cuenta de que había llegado a noventa. Polyte estaba rozando el metro.

Se abrió la puerta. Apareció Mélie y, antes incluso de dar los buenos días, exclamó:

—Cerdo asqueroso, no mientas; te aseguro que estabais a un metro los dos…

Entonces Mathieu se ofendió:

—No digas eso, Mélie, no digas eso, yo al metro no he llegado nunca.

Nos ofrecieron una comida exquisita, delante de la puerta, bajo los tilos, junto a la capillita de la «Virgen del Bombo», y enfrente del imponente panorama. Y Mathieu nos contó, con una malicia mezclada con inesperadas credulidades, inverosímiles historias de milagros.

Habíamos bebido bastante de esa sidra exquisita, espumante y dulzona, fresca y embriagadora, que él prefería a cualquier otra bebida; y estábamos fumando en pipa, a horcajadas de las sillas, cuando se presentaron dos monjas.

Eran viejas, secas, encorvadas. Después de haber saludado, pidieron un san Blanco. Mathieu nos guiñó el ojo y respondió:

—Ahora mismo voy a buscarlo.

Y desapareció en la leñera.

Permaneció allí cinco largos minutos; regresó con semblante afligido, levantando los brazos:

—Ya no sé dónde está, no lo encuentro. Pero estoy seguro de que lo tenía.

Haciendo bocina con las manos, bramó nuevamente:

—¡Mélie-e-e!

Desde el fondo del patio respondió la mujer:

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está san Blanco? ¡No lo he encontrado en la leñera!

Entonces Mélie le dio esta explicación:

—¿No será el que cogiste la otra semana para tapar el agujero de la conejera?

Mathieu se estremeció:

—¡Caray! ¡Debe de ser cierto!

Dijo a las mujeres:

—Síganme.

Ellas le siguieron. Nosotros hicimos otro tanto, aguantándonos como pudimos la risa.

En efecto, san Blanco, hincado en el suelo como si de una estaca se tratara, manchado de barro y de excrementos, formaba uno de los ángulos de la conejera.

En cuanto lo vieron, las dos viejas cayeron de rodillas, se santiguaron y comenzaron a mascullar avemarías. Mathie se precipitó.

—Esperen, ¿no ven que están metidas en el barro? Ahora mismo les traigo un poco de paja…

Fue en busca de paja y la dispuso a modo de reclinatorio. Luego, mirando al santo enfangado y sin duda temiendo que su negocio se viera desacreditado, prosiguió:

—Esperen que lo limpio un poco.

Cogió un cubo de agua, un cepillo y se puso a lavar enérgicamente el muñeco de madera, mientras las dos viejas seguían rezando.

Cuando hubo terminado, dijo:

—Ahora ha quedado muy bien.

Y regresamos a tomar otro trago.

Mientras se acercaba el vaso a los labios, se detuvo y, con un tono un poco confuso, dijo:

—¿Qué quieren? Cuando puse a san Blanco con los conejos, creía que no iba a sacar un céntimo por él, pues hacía dos años que nadie lo pedía ya. Pero los santos, ya ven, no pasan nunca de moda.

Bebió y siguió diciendo:

—Vamos, echemos otro trago. Con los amigos hay que llegar al menos a cincuenta; y ahora estamos apenas a treinta y ocho…

EL PERDÓN*

Había sido educada en una de esas familias que viven encerradas en sí mismas, y que siempre parecen vivir de espaldas a todo. Ignoran los acontecimientos políticos, aunque se hable de ellos en la mesa; pero los cambios de gobierno les son tan ajenos que hablan de ellos como si de un hecho histórico se tratara, como si fuese la muerte de Luis XVI o el desembarco de Napoleón.

Las costumbres cambian, las modas se suceden. Apenas si repara en ello la tranquila familia en la que se siguen siempre las costumbres tradicionales. Y si ocurre alguna historia escabrosa en los alrededores, el escándalo muere en la puerta de casa. Cuando están solos, el padre y la madre, una noche, intercambian algunas palabras sobre el particular, pero, eso sí, en voz baja, porque las paredes oyen. Y, discretamente, el padre dice: «¿Te has enterado de esa tremenda historia de los Rivoli?». La madre responde: «¿Quién se lo hubiera imaginado? ¡Es espantoso!».

Los hijos no sospechan nada y llegan a la edad en que les toca vivir a ellos, con una venda en los ojos y en la mente, sin sospechar el revés de la existencia, sin saber que no se piensa como se habla y que no se habla como se actúa; ignorando que hay que vivir en guerra con todos, o al menos en una paz armada, sin comprender que el ingenuo es siempre engañado, el sincero burlado y el bueno maltratado.

Algunos llegan hasta la muerte en esta ceguera de probidad, de lealtad, de honor; tan íntegros que nada puede hacerles abrir los ojos.

Otros, desilusionados, sin saber muy bien el porqué, se acaban extraviando, desesperados, y mueren convencidos de haber sido el juguete de una fatalidad excepcional, míseras víctimas de unos acontecimientos funestos y de unos hombres particularmente criminales.

Los Savignol casaron a su hija Berthe a los dieciocho años. Se unió en matrimonio con un joven de París, Georges Baron, que se dedicaba a los negocios de Bolsa. Era un buen mozo, se expresaba bien y tenía la apariencia de persona proba que era conveniente, pero para sus adentros se mofaba un poco de sus anticuados suegros, a los que llamaba con los amigos «mis queridos fósiles».

Él era de buena familia; y la muchacha, rica. Se la trajo a vivir a París.

Se convirtió en una de esas provincianas de París, cuya raza abunda. No llegó a

conocer la gran ciudad, su sociedad elegante, sus diversiones, sus costumbres, tal como había permanecido ignorante de la vida, de sus perfidias y de sus misterios.

Siempre encerrada en casa, no conocía nada más que su calle y, cuando se aventuraba a otro barrio, le parecía que hacía un viaje lejos, a una ciudad desconocida y extranjera. Por la noche decía:

—Hoy he cruzado los bulevares.

Dos o tres veces al año, su marido la llevaba al teatro. Eran fiestas cuyo recuerdo ya no se extinguía y de las que se volvía a hablar continuamente.

A veces en la mesa, tres meses después, rompía de repente a reír, exclamando:

—¿Te acuerdas de ese actor vestido de general que imitaba el canto del gallo?

Todas sus relaciones se limitaban a dos familias emparentadas entre sí que, para ella, representaban a la Humanidad entera. Hablaba de ellas haciendo preceder su apellido por el artículo «los»: los Martinet y los Michelint.

Su marido vivía a su guisa, volviendo a casa cuando se le antojaba, a veces de madrugada, pretextando asuntos de negocios, sin preocuparse en absoluto por ello, convencido de que nunca una sospecha rozaría esa alma cándida.

Pero una mañana ella recibió un anónimo.

Se quedó perpleja, siendo como era demasiado recta para comprender la infamia de las denuncias, para despreciar esa carta, cuyo autor decía que le movía el interés por su felicidad, el aborrecimiento del mal y el amor a la verdad.

Le revelaba que desde hacía dos años su marido tenía una amante, una joven viuda, la señora Rosset, en cuya casa pasaba todas las veladas.

No supo fingir, ni disimular, ni espiar, ni usar de ardides. Cuando él volvió para almorzar, ella le tiró sollozando la carta y escapó a su habitación.

Él tuvo tiempo de comprender, de prepararse la respuesta y fue a llamar a la puerta de su mujer. Ella abrió enseguida y sin atreverse a mirarle. Él sonreía; se sentó, la atrajo sobre sus rodillas y, con voz tierna y un tanto burlona, le dijo:

—Mi querida pequeña, la señora Rosset es, efectivamente, amiga mía desde hace diez años y la quiero mucho. Puedo añadir que conozco a otras veinte familias de las que no te he hablado nunca, sabiendo que la vida de sociedad, las fiestas y los conocidos nuevos no son de tu agrado. Pero, para acabar de una vez por todas con estas infames denuncias, te ruego que te vistas cuando acabes de comer y vengas conmigo a conocer a esa joven señora, que, estoy convencido, se convertirá en amiga tuya.

Berthe abrazó ardorosamente a su marido y, por una de esas curiosidades femeninas que, una vez despertadas, no vuelven ya a dormirse, no se negó a ir a ver a esa desconocida, que, a pesar de todo, se le antojaba un tanto sospechosa. Presentía instintivamente que el peligro, cuando es conocido, casi puede evitarse.

Entró en un pequeño piso, coqueto, lleno de chucherías, adornado con gusto en la

cuarta planta de una bonita casa. Al cabo de cinco minutos de espera en un salón penumbroso por las colgaduras, las *portières*, las cortinas graciosamente drapeadas, se abrió una puerta y apareció una joven, muy morena, menuda, algo gordita, asombrada y sonriente.

Georges hizo las presentaciones.

—Mi esposa, la señora Julie Rosset.

La joven viuda lanzó un ligero grito de asombro y de alegría, y se adelantó con los brazos abiertos. No se habría esperado nunca, dijo, semejante dicha, sabiendo que la señora Baron no frecuentaba a nadie; ¡era tan, tan feliz! ¡Apreciaba tanto a Georges (decía simplemente Georges, con fraternal familiaridad) que tenía unas ganas enormes de conocer a su mujer y también de quererla!

Al cabo de un mes, las dos nuevas amigas eran ya inseparables. Se veían todos los días, a menudo incluso dos veces, en casa de una o de la otra. Georges ahora no salía ya casi nunca, no ponía ya la excusa de los negocios y decía adorar el estar al amor del fuego.

Y cuando quedó libre un piso en el edificio donde vivía la señora Rosset, la señora Baron se apresuró a alquilarlo, para estar más cerca y verse más a menudo.

Durante dos años enteros hubo una amistad sin nubes, una amistad de corazón y de alma, plena, afectuosa, abnegada, deliciosa. Berthe era incapaz ya de decir nada sin pronunciar el nombre de Julie, que para ella representaba la perfección.

Era feliz, de una felicidad completa, tranquila y agradable.

Pero la señora Rosset cayó enferma. Berthe no la dejó un solo momento. Pasaba las noches en blanco, se desesperaba; también su marido estaba asustado.

Una mañana el médico, tras la visita, hizo un aparte con Georges y su mujer para decirles que consideraba el estado de su amiga muy grave.

Apenas se hubo ido, los dos jóvenes, postrados, se sentaron cara a cara; y, de golpe, estallaron en lágrimas. Aquella noche velaron juntos al lado de la cama; y Berthe besaba sin cesar a la enferma mientras Georges, derecho al pie del lecho, la contemplaba en silencio con tenaz persistencia.

Al día siguiente, estaba aún peor.

Pero hacia la noche dijo sentirse mejor y obligó a sus amigos a ir a su casa a cenar.

Estaban sentados a la mesa, muy tristes, casi sin probar la comida, cuando la criada le entregó una carta a Georges. Él la abrió, palideció y, poniéndose en pie, dijo a su mujer, con aire extraño:

—Espérame, tengo que salir un momento, vuelvo dentro de diez minutos. Por favor, no te muevas.

Y fue a su habitación a coger su sombrero.

Berthe le esperó, atormentada por una nueva inquietud. Pero, dócil como siempre,

no quiso volver a subir a casa de su amiga antes de que él hubiera vuelto.

Pero no volvía, y se le ocurrió ir a la habitación de él a ver si había cogido los guantes, cosa que habría indicado que había ido a alguna parte.

Los vio al primer vistazo. A su lado, yacía un papel arrugado, tirado allí.

Lo reconoció de inmediato como el que acababa de ser entregado a Georges.

Por primera vez en su vida la dominó una fuerte tentación de leer, de saber. Su conciencia indignada se revelaba, pero el acicate de una curiosidad aguda y dolorosa le movía la mano. Cogió la hoja, la desdobló, reconoció enseguida la caligrafía de Julie, una caligrafía temblorosa, a lápiz. Leyó: «Mi pobre amigo, ven a abrazarme, pero ven solo, me estoy muriendo».

Al principio no comprendió, y se quedó como estupefacta, impresionada sobre todo por la idea de la muerte. Luego, de repente, le llamó la atención el tuteo; y fue como un relámpago que iluminase toda su vida, haciéndole ver toda la infame verdad, toda su traición, toda su perfidia. Comprendió su larga astucia, sus miradas, su buena fe burlada, su confianza traicionada. Les volvió a ver cara a cara, de noche, sentados junto a la tulipa, leyendo el mismo libro, consultándose con la mirada al final de las páginas.

Y su corazón henchido de indignación, desgarrado de dolor, se hundió en una infinita desesperación.

Oyó un ruido de pasos y huyó a encerrarse en su habitación.

Poco después su marido la llamó.

—Ven rápido, la señora Rosset está a punto de morir.

Berthe apareció en la puerta y, con los labios temblorosos, dijo:

—Vuelva usted solo a su lado, ella no me necesita.

Él la miró con ojos de loco, agobiado por la tristeza, y prosiguió:

—Rápido, rápido, se muere.

Berthe respondió:

—Seguro que usted preferiría que fuese yo…

Tal vez entonces comprendió, y se fue, subiendo de nuevo para estar junto a la agonizante.

La lloró sin disimulo, sin pudor, indiferente al dolor de su mujer que ya no le hablaba, ni le miraba, y vivía solitaria encerrada en el asco, en una ira indignada y rezando a Dios de la mañana a la noche.

Y, sin embargo, vivían juntos, comían el uno enfrente del otro, mudos y desesperados.

Luego él se fue calmando paulatinamente, pero ella no le perdonaba.

Y la vida siguió así, dura para ambos.

Durante un año fueron tan extraños el uno para el otro como si no se conocieran. Berthe estuvo a punto de enloquecer.

Hasta que una mañana ella salió al amanecer y volvió a casa a eso de las ocho, trayendo entre los brazos un enorme ramo de rosas blancas, completamente blancas.

Mandó decir a su marido que quería hablar con él.

Él fue a su encuentro, agitado y turbado.

—Salgamos juntos —le dijo—. Tome estas flores, son demasiado pesadas para mí.

Él cogió el ramo y siguió a su mujer. Les esperaba un coche, que se puso en movimiento apenas hubieron montado.

Se detuvo delante de la verja del cementerio. Entonces Berthe, cuyos ojos se inundaban de lágrimas, le dijo a Georges:

—Lléveme a su tumba.

Él temblaba sin comprender, y se puso a caminar delante de ella, llevando en todo momento las flores en sus brazos. Por fin se detuvo delante de una lápida de mármol blanco y la señaló sin decir nada.

Entonces ella le cogió el gran ramo y, arrodillándose, lo depositó al pie de la tumba. ¡Luego se recogió en una oración desconocida y suplicante!

De pie detrás de ella, su marido, asaltado por los recuerdos, lloraba.

Ella se levantó y le tendió las manos.

—Si le parece bien, seremos amigos —le dijo.

LA RELIQUIA*

Al reverendo padre Louis d'Ennemare, Soissons

Querido reverendo:

Te comunico que el noviazgo con tu prima se ha roto de la manera más estúpida, por una broma pesada que le gasté casi sin querer a mi prometida.

Recurro a ti, mi viejo compañero, en mi apurada situación, porque tú puedes sacarme de este aprieto. Te estaré agradecido toda la vida.

Ya conoces a Gilberte, o mejor dicho, crees conocerla; pero ¿acaso se conoce jamás a las mujeres? Todas sus opiniones, sus creencias, sus ideas son siempre una sorpresa, llenas como están de tortuosidades, de subterfugios, de imprevistos, de razonamientos incomprensibles, de lógica al revés, de empecinamientos que se dirían inamovibles y que ceden porque un pajarito se ha posado en el alféizar de una ventana.

No es necesario que te diga lo muy religiosa que es tu prima, educada por las hermanas blancas o negras de Nancy.

Lo sabes mejor que yo. Lo que, sin duda, ignoras es que ella se entusiasma por la religión como por cualquier otra cosa. Su cerebro se pone a volar como una hoja a merced del viento; y es mujer, o mejor dicho, muchacha, más que ninguna otra, propensa a la emoción y a la ira, lanzándose al galope por el amor y el odio, y no menos tornadiza; y bonita…, como ya sabes; e indeciblemente encantadora… como tú no podrás saber nunca.

Así pues, estábamos prometidos; yo la adoraba como la adoro todavía. Ella parecía quererme.

Una noche recibí un telegrama que me reclamaba en Colonia para una consulta, a la que seguiría probablemente una operación seria y complicada. Como tenía que salir al día siguiente, me fui corriendo a despedirme de Gilberte y a explicarle por qué no podría ir a comer el miércoles a casa de mis futuros suegros, sino que lo haría el viernes, fecha de mi vuelta. ¡Oh!, ¡ten cuidado con los viernes, pues te aseguro que son funestos!

Cuando le hablé de mi marcha, vi una lágrima en sus ojos; pero cuando le anuncié

que no tardaría en volver, dio unas palmas y exclamó: «¡Qué felicidad! Me traerá usted algo; un detalle, un simple recuerdo, pero un recuerdo elegido expresamente para mí. Debe adivinar qué puede hacerme realmente ilusión, ¿entendido? Así veré si tiene imaginación».

Reflexionó unos segundos, luego añadió: «Le prohíbo que invierta en ello más de veinte francos. Quisiera verme impresionada por la intención, la inventiva, caballero, no por lo que pueda costar». Luego, tras un nuevo silencio, dijo a media voz, con los ojos gachos: «Si eso no le cuesta nada, en dinero, y si es algo ingenioso y delicado… yo…, yo le daré un beso».

Al día siguiente estaba en Colonia. Se trataba de un terrible accidente que tenía desesperada a toda una familia. Había que amputar de urgencia. Me dieron hospedaje, poco menos que me encerraron; operé a un moribundo que a punto estuvo de irse al otro mundo entre mis manos; me quedé dos noches a su lado; luego, cuando vi una posibilidad de salvación, pedí que me acompañaran a la estación.

Me había equivocado en cuanto a la hora de salida, así que disponía de una hora. Me puse a dar vueltas por las calles, mientras seguía pensando en el pobre enfermo, cuando me abordó un individuo.

Yo no sé alemán; él tampoco sabía francés; pero al final comprendí que me ofrecía unas reliquias. Me vino a la mente el recuerdo de Gilberte; conocía su fe fanática: ése era el regalo. Seguí al hombre hasta una tienda de objetos religiosos y escogí «un begueño fragmento de güeso de las once mil fírgenes».

La pretendida reliquia estaba custodiada dentro de una preciosa cajita de plata antigua, que acabó de hacer que me decidiera.

Me metí el objeto en el bolsillo y, ya en la estación, subí a mi coche.

Una vez en casa, quise examinar de nuevo mi adquisición. La cogí… ¡La cajita estaba abierta y la reliquia ya no estaba! Por más que rebusqué en mi bolsillo y lo volví del revés, el huesecillo, no mayor que medio alfiler, había desaparecido.

Ya conoces, querido reverendo, mi indiferencia en asuntos de fe, y tienes la nobleza de sentimiento y la amistad de tolerar mi frialdad y de dejar que actúe libremente, confiando en el futuro, como tú dices; pero soy absolutamente incrédulo en cuanto a las reliquias de los barateros de la fe; y sé que compartes mi total desconfianza al respecto. Por ello la pérdida de esta porción de esqueleto de cordero no me sumió en la desolación; me conseguí fácilmente otro pedacito que pegué con cuidado dentro de la cajita.

Me fui a ver a mi prometida.

Apenas me vio entrar, vino a mi encuentro, ansiosa y sonriente:

«¿Qué me ha traído?»

Fingí haberme olvidado de ello, pero ella no me creyó. Me hice de rogar, suplicar incluso, y cuando la vi fuera de sí por la curiosidad, le entregué la sagrada cajita.

Ella se mostró feliz:

«¡Una reliquia! ¡Oh, una reliquia!».

Y besaba con pasión la cajita. Me avergoncé de mi engaño.

Pero se despertó en ella una inquietud que no tardó en convertirse en un horrible temor; y, mirándome fijamente, dijo:

«¿Está seguro de que es auténtica?».

«Absolutamente seguro.»

«¿Cómo es posible?»

Me había cazado. Habría estado perdido de confesar que había comprado el huesecillo a un vendedor ambulante. ¿Qué podía decirle? Se me pasó por la cabeza una idea loca, y respondí a media voz, con tono misterioso:

«La he robado para usted».

Me miró con sus ojazos maravillados y arrobados:

«La ha robado… ¿y dónde?».

«En la catedral, concretamente en el relicario de las once mil vírgenes.»

Le palpitaba el corazón, se sentía desfallecer de tan exultante como estaba; y murmuró:

«¡Oh! ¡Ha hecho esto… por mí! ¡Cuente…, cuéntemelo todo!».

Ya no podía echarme atrás. De modo que me inventé una historia fantástica, con detalles precisos y sorprendentes. Le dije que había dado cien francos al guardián de la iglesia para visitarla a solas; que estaban reparando el relicario y que yo había ido a parar allí justo a la hora en que estaban comiendo los operarios y los curas; que, retirando una tablilla que luego volví a colocar en su sitio con sumo cuidado, había cogido el huesecillo (pequeñísimo) entre los muchísimos otros (dije eso pensando en los muchos que podían resultar de los restos de once mil esqueletos de vírgenes). Luego había ido a un platero y había comprado un estuche digno de la reliquia.

No tuve empacho en hacerle saber también que la cajita me había costado quinientos francos.

Pero ella no pensaba en absoluto en esto, y me escuchaba temblando, en éxtasis. Murmuró: «¡Cuánto le amo!», y se echó en mis brazos.

Fíjate bien en esto: por ella había cometido un sacrilegio; había robado; había profanado una iglesia, violado un relicario y robado unas sagradas reliquias. Por eso me adoraba; me encontraba cariñoso, perfecto, divino. Así son las mujeres, querido reverendo, todas las mujeres.

Durante dos meses fui para ella el más admirable de los novios. Había instalado en su habitación una especie de capilla magnífica para poner en ella esa porción de costillita que me había hecho cometer, creía ella, ese divino delito de amor; y ella se entusiasmaba allí delante, mañana y noche.

Yo le había rogado que guardara el secreto ante el temor, así se lo dije, de verme

detenido, condenado, entregado a Alemania. Ella me había dado su palabra.

Pero ocurrió que a comienzos del verano se le antojó ver el lugar de mi hazaña. Tanto y tan bien rogó a su padre (sin confesarle su secreta razón) que éste la llevó a Colonia, sin decirme nada a mí del viaje, de acuerdo con el deseo de ella.

No necesito decirte que nunca he visto el interior de la catedral. No sé dónde está el sepulcro (¿hay un sepulcro?) de las once mil vírgenes. Parece que, ¡ay!, no se puede acceder al sepulcro.

Ocho días después recibí unas breves líneas con las que me era devuelta la palabra dada, amén de una carta de explicaciones del padre, tardío confidente.

Al ver el relicario, ella había comprendido al instante mi engaño, mi mentira y, de paso, mi completa inocencia. Al preguntarle al vigilante de las reliquias si se había cometido algún robo, éste se había echado a reír demostrándole la imposibilidad de semejante fechoría.

Puesto que no había forzado ningún recinto sagrado y no había metido mi profana mano entre los venerables vestigios, no era digno ya de mi rubia y frágil prometida.

Se me prohibió la entrada en su casa. Ruegos, súplicas, nada hizo apiadarse a la bella devota.

Caí enfermo del disgusto.

La semana pasada la señora de Arville, prima suya y por tanto tuya, me rogó que fuera a verla.

He aquí las condiciones del perdón. Debo traer una reliquia, una verdadera y auténtica reliquia de una virgen y mártir cualquiera, con un certificado de Su Santidad el Papa.

Me estoy volviendo loco, por la preocupación y la inquietud.

Iré a Roma, si es necesario. Pero no puedo presentarme de buenas a primeras ante el Papa y contarle mi necia aventura. Además, no creo que se entregue a los particulares reliquias auténticas.

¿No podrías recomendarme a algún monseñor, o simplemente a algún prelado francés que posea fragmentos de una santa? ¿No tendrás tú mismo, por casualidad, entre tus colecciones, el preciado objeto requerido?

¡Sálvame, mi querido reverendo, y yo te prometo convertirme con diez años de anticipación!

La señora de Arville, que se toma este asunto en serio, me dijo: «La pobre Gilberte no se casará nunca».

Mi querido amigo, ¿quieres dejar a tu prima morir víctima de un estúpido camelo? Te lo suplico, haz que ella no sea la virgen once mil una.

Disculpa, soy un réprobo; pero te mando un abrazo y te quiero de todo corazón.

Tu viejo amigo,

Henri Fontal

EL MIEDO*

A J.-K. Huysmans

Acabada la cena, subimos de nuevo a cubierta. Delante de nosotros, ni un estremecimiento en toda la superficie del Mediterráneo, que una luna llena y plácida tornasolaba. El gran barco se deslizaba lanzando al cielo, que parecía tachonado de estrellas, una gran serpiente de humo negro; y detrás de nosotros el agua blanquísima, revuelta por el rápido paso del pesado navío, batida por la hélice, espumaba y parecía retorcerse, removiendo tal cantidad de claros fulgores que se hubiera dicho luz de luna en ebullición.

Éramos siete u ocho, en silenciosa admiración, con el ojo puesto en el África lejana, hacia la cual nos dirigíamos. El comandante, que fumaba un puro en medio de nosotros, retomó de repente lo que había empezado a contar en la cena.

—Sí, esa vez pasé miedo. Mi barco se quedó seis horas con ese escollo en el casco, batido por el mar. Por fortuna, a eso del atardecer, fuimos recogidos por un barco carbonero inglés que nos avistó.

Entonces un hombre alto, de rostro tostado y aspecto serio, uno de esos hombres que se intuye han atravesado grandes países desconocidos, en medio de peligros continuos, y cuya mirada serena parece guardar, en su hondura, algo de los paisajes extraños que ha visto, uno de esos hombres que se adivinan templados en el coraje, abrió la boca por primera vez:

—Comandante, dice usted que pasó miedo; no me lo creo. Creo que se equivoca de palabra y acerca de la sensación que tuvo. Un hombre enérgico no tiene nunca miedo frente a la amenaza del peligro. Puede estar emocionado, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El comandante prosiguió entre risas:

—¡Diantre! ¡Le garantizo que pasé miedo de verdad!

Entonces el hombre de tez tostada dijo con voz parsimoniosa:

*

¡Permítame explicarme! El miedo (y hasta los hombres más arrojados pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo tremendo del pensamiento y del corazón, cuyo simple recuerdo produce escalofríos de angustia. Pero eso no les sucede a las personas valerosas ni durante un asalto, ni ante la certeza de la muerte, ni ante cualquier peligro normal: sólo sucede en determinadas circunstancias anormales, bajo algunos influjos misteriosos, ante riesgos indefinidos. El verdadero miedo es algo así como una reminiscencia de los fantásticos terrores de antaño. Un hombre que crea en los fantasmas, y que se imagine que ve un espectro en la oscuridad, sentirá el miedo en todo su espantoso horror.

Yo he sentido el miedo en pleno día, hace unos diez años de ello. Lo sentí de nuevo el pasado invierno, en una noche de diciembre.

Y, sin embargo, he pasado por muchos peligros, por muchas aventuras que parecían mortales. Me he batido a menudo. He sido dejado por muerto por unos ladrones. He sido condenado a la horca por revolucionario, en América, y en las costas de China fui arrojado al mar desde la cubierta de un barco. Cada una de esas veces me creí perdido, y me resigné enseguida a mi situación, sin emoción ni tampoco lamentarme.

Pero eso no es el miedo.

Yo lo presentí en África. Y, sin embargo, él es hijo del Norte; el sol lo disuelve como una niebla. Noten bien esto, señores. Para los orientales la vida no cuenta nada; se resignan enseguida; sus noches son claras y vacías de leyendas, así como también sus almas están vacías de las sombrías inquietudes que acosan los cerebros en los países fríos. En Oriente, se puede conocer el pánico, pero se ignora el miedo.

Pues bien, he aquí lo que me sucedió en esa tierra de África:

Estaba atravesando las grandes dunas al sur de Uargla. Es uno de los más extraños lugares del mundo. Ya conocen ustedes las arenas lisas y rectas de las interminables playas del océano. Pues bien, imagínense el mismo océano convertido en arena durante un huracán; imaginen una tempestad silenciosa de inmóviles olas de polvo amarillo. Estas olas desiguales, diferentes, son altas como montañas, alzadas precisamente como oleajes desencadenados, pero todavía más grandes, y estriadas como el muaré. Sobre este mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol abrasador del sur derrama su llama implacable y directa. Hay que trepar esas olas de ceniza de oro, bajar, subir de nuevo, subir sin tregua, sin descanso y sin sombra. Los caballos agonizan, se hunden hasta los corvejones y se deslizan al bajar la otra vertiente de esas sorprendentes colinas.

Éramos dos amigos a los que seguían ocho *spahis* y cuatro camellos con sus respectivos camelleros. Ya no hablábamos siquiera, muertos de calor, de fatiga y devorados por la sed como ese desierto ardiente. De repente, uno de estos hombres

lanzó una especie de grito; todos se detuvieron; y nosotros nos quedamos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros de esas regiones perdidas.

En alguna parte, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; redoblaba claramente, unas veces más vibrante, debilitado otras, deteniéndose y luego volviendo a empezar con su redoble fantástico.

Los árabes, asustados, se miraban; y uno dijo, en su lengua: «La muerte se cierne sobre nosotros». Y he aquí que de repente mi compañero, mi amigo, casi un hermano, cayó del caballo, de cabeza, fulminado por una insolación.

Y durante dos horas, mientras yo trataba en vano de reanimarle, aquel tambor continuó atronándome los oídos con su ruido monótono, intermitente e incomprensible; y yo sentía que me dominaba el miedo, el verdadero miedo, el miedo horrible, delante de aquel querido cadáver, en aquella hondonada incendiada por el sol entre cuatro montes de arena, mientras que el eco desconocido nos traía, a doscientas leguas de todo pueblo francés, el frenético redoble del tambor.

Aquel día comprendí qué quería decir pasar miedo; y lo comprendí mejor aún en otra ocasión…

El comandante interrumpió al narrador:

—Disculpe, señor, pero ¿qué era ese tambor?

El viajero respondió:

No lo sé en absoluto. Nadie lo sabe. Los oficiales, que se ven sorprendidos a menudo por este extraño ruido, lo atribuyen normalmente al eco, aumentado, multiplicado, desmesuradamente ampliado por las ondulaciones de las dunas, provocado por una lluvia de granitos de arena arrastrados y estampados por el viento contra unas matas de hierba secas; pues, se ha observado, en efecto, que el fenómeno se produce en las proximidades de pequeñas plantas abrasadas por el sol y duras como pergamino.

Ese tambor, por tanto, sería una especie de espejismo del sonido. Eso simplemente. Pero no lo supe hasta más tarde.

Ahora voy a mi segundo espanto.

Fue el invierno pasado, en un bosque del nordeste de Francia. El cielo estaba tan oscuro que anocheció dos horas antes. Tenía como guía a un campesino que caminaba a mi lado por un sendero, bajo una bóveda de abetos que el viento desencadenado hacía aullar. Entre las cimas, veía correr unas nubes en desbandada, unas nubes perdidas que parecían huir ante algo que les daba miedo. A veces, bajo una inmensa ráfaga, todo el bosque se doblaba del mismo lado con un gemido de dolor; y el frío me invadía, a pesar de mi paso rápido y mis ropas de abrigo.

Teníamos que cenar y dormir en casa de un guardabosque, que vivía no lejos de donde estábamos. Yo iba allí de caza.

De vez en cuando mi guía alzaba la vista y murmuraba: «¡Pinta mal tiempo!». Luego me habló de la gente a cuya casa íbamos. El padre, dos años antes, había dado muerte a un cazador furtivo, y, desde entonces, estaba sombrío, como acosado por su recuerdo. Sus dos hijos, casados, vivían con él.

Las tinieblas eran densas. No veía nada delante ni alrededor de mí, y el ramaje azotado de los árboles llenaba la noche de un ruido continuo. Finalmente, vi una luz y poco después mi compañero llamaba a una puerta. Gritos agudos de mujeres nos respondieron. Luego, una voz masculina, una voz rota, preguntó: «¿Quién va?». El guía dijo su nombre. Entramos. Fue una visión inolvidable.

Un viejo de blancos cabellos, mirada de loco, rifle cargado en mano, nos esperaba de pie en medio de la cocina, mientras dos mocetones armados con hachas estaban de guardia en la puerta. En los ángulos oscuros vi a dos mujeres de rodillas, con el rostro oculto contra la pared.

Dije quién era. El viejo volvió a apoyar el arma en la pared y mandó que me preparasen la habitación; luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente: «Sepa, señor, que maté a un hombre, hará dos años esta noche. El año pasado vino a llamarme. Y ahora le espero».

Añadió, con un tono que me hizo sonreír: «Por eso estamos intranquilos».

Le tranquilicé como pude, feliz de haber llegado justo en ese momento y de poder asistir a ese espectáculo de terror supersticioso. Conté unas historias, y conseguí calmar un poco a casi todo el mundo.

Junto al hogar, un viejo perro, casi ciego y bigotudo, uno de esos perros que se parecen a personas que uno conoce, dormía con el hocico entre las patas.

Afuera, la tempestad azotaba con saña la casita, y, por una estrecha ventana, una especie de mirilla situada cerca de la puerta, veía de repente a la luz de los relámpagos un revoltijo de árboles zarandeados por el viento.

A pesar de mis esfuerzos, me daba cuenta de que dominaba a aquella gente un profundo terror y, apenas dejaba yo de hablar, les veía aguzar el oído. Cansado de aquellos estúpidos temores, estaba a punto de pedir permiso para retirarme a dormir, cuando el viejo guardabosque saltó de su silla, cogió de nuevo el rifle y balbució con voz quebrada: «¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Le oigo!». Las dos mujeres volvieron a postrarse de rodillas en sus rincones, tapándose la cara, y los hijos volvieron a coger sus hachas. Iba yo a tratar de apaciguarles de nuevo, cuando el perro dormido se despertó bruscamente y, alzando su cabeza, tensando el cuello, mirando hacia el fuego con su mirada casi apagada, lanzó uno de esos lúgubres aullidos que hacen estremecerse a los viajeros, por la noche, en el campo. Todos los ojos se volvieron hacia él, que ahora estaba inmóvil, derecho sobre sus patas, como poseído por una

visión, y luego empezó de nuevo a aullar hacia algo invisible, desconocido, pero no por eso menos espantoso, porque se le erizaba todo el pelaje. El guardabosque, lívido, gritó: «¡Lo siente! ¡Lo siente! ¡Estaba también él cuando le maté!». Y las dos mujeres, aterradas, se pusieron a dar alaridos junto con el perro.

Inmediatamente, un gran escalofrío recorrió mi espinazo: ver al animal, en aquel lugar y a aquella hora, en medio de esa gente trastornada, era algo espantoso.

Durante una hora el perro aulló sin moverse, aulló como en un sueño angustioso; y el miedo, el tremendo miedo, entraba en mí; ¿miedo a qué? ¡Qué sé yo! Era miedo y punto.

Nos quedamos inmóviles, pálidos, en espera de un acontecimiento horrible, aguzando el oído, el corazón palpitante, trastornados al mínimo ruido. El perro comenzó a dar vueltas por la habitación, husmeando las paredes y siguiendo con sus gemidos. ¡Aquel animal nos hacía enloquecer! Entonces el campesino que me había hecho de guía se le echó encima en pleno paroxismo de terror y, abriendo una puerta que daba a un pequeño patio, lo arrojó fuera.

Enmudeció enseguida, y nos vimos sumidos en un silencio más espantoso aún. De improviso, todos a la vez, nos sobresaltamos: un ser se arrastraba pegado a la pared del lado que daba al bosque; luego rozó la puerta y pareció que la tantease, con mano insegura; no se oyó nada más durante un par de minutos que nos hicieron enloquecer; luego volvió, siempre rozando la pared; y raspó despacito, como podría hacerlo un niño con una uña. Y de pronto, pegada al cristal de la mirilla apareció una cabeza blanca con dos ojos relucientes como los de una fiera; salía de su boca un ruido indistinto, un murmullo quejumbroso.

Entonces se oyó un ruido tremendo en la cocina. El viejo guardabosque había disparado. Y al punto los hijos se precipitaron a tapar la ventanita levantando contra ella la gran mesa, reforzándola con el aparador.

Les juro que al ruido de la descarga del rifle, que no me esperaba, sentí tal angustia en el corazón, en el alma y en el cuerpo que me sentí desfallecer, casi a punto de morir de miedo.

Hasta el amanecer fuimos incapaces de movernos, de decir una sola palabra, crispados en un indescriptible espanto.

Sólo cuando vimos entrar por los postigos un hilo de luz nos atrevimos a desatrancar la salida.

Al pie de la pared, contra la puerta, yacía el viejo perro, con el hocico destrozado por una bala.

Había salido del patio abriendo un agujero por debajo de la cerca.

*

El hombre de rostro tostado calló; luego añadió:

—Esa noche no corrí ningún peligro; y, sin embargo, preferiría volver a vivir todas las horas en que me he enfrentado a los peores peligros, antes que el sólo instante de la descarga del rifle contra esa cabeza barbuda de la mirilla.

EN EL CAMPO*

A Octave Mirbeau

Las dos chozas estaban una al lado de la otra, al pie de una colina, en las cercanías de una pequeña ciudad balnearia. Los dos campesinos trabajaban duramente la tierra infecunda para mantener a todos sus hijos. Cada familia tenía cuatro. Delante de las dos puertas contiguas, toda aquella chiquillería era un hervidero de la mañana a la noche. Los dos mayores tenían seis años y los más pequeños en torno a los quince meses: los matrimonios y luego los nacimientos se habían producido casi simultáneamente en ambas casas.

Las dos madres apenas si eran capaces de reconocer a sus retoños en medio de aquel montón; y los padres los confundían totalmente. Sus ocho nombres les bailaban en la cabeza, mezclándose de continuo; y los hombres, cuando tenían que llamar a uno, a menudo gritaban tres nombres, antes de acertar con el verdadero.

La primera de las dos casas, según se llegaba de la estación termal de Rolleport, estaba ocupada por los Tuvache, que tenían tres hembras y un varón; en la otra cabaña vivían los Vallin, con una hembra y tres varones.

Todos vivían a duras penas a base de sopas, patatas y aire libre. A las siete de la mañana, luego al mediodía y seguidamente a las seis de la tarde, las amas de casa reunían a sus hijos para darles de comer, como los que crían ocas reúnen a sus aves. Los niños estaban sentados, por orden de edad, delante de la mesa de madera, lustrosa por cincuenta años de uso. El último chiquillo apenas si llegaba con la boca a la altura de la mesa. Delante de cada uno de ellos se ponía una escudilla llena de pan remojado en agua en la que habían cocido las patatas, media col y tres cebollas, y toda la fila comía hasta saciarse. La madre atiborraba por su cuenta al más pequeño. Un poco de carne de cocido, los domingos, era una fiesta para todos; y ese día el padre se quedaba más rato en la mesa repitiendo: «Firmaría por comer todos los días así».

Una tarde de agosto, un carruaje ligero se detuvo bruscamente delante de las dos cabañas, y una joven, que conducía ella misma, le dijo al señor que iba sentado a su lado:

—¡Oh, mira, Henri, ese montón de niños! ¡Qué monada de criaturas revolcándose

así en el polvo!

El hombre no respondió, habituado a semejantes expresiones de admiración que para él eran un motivo de pesar y casi un reproche hacia él.

La joven añadió:

—¡Tengo que darles un beso! ¡Ah, cómo me gustaría tener uno como ése, el más chiquitín!

Y, tras saltar del coche, corrió hacia los niños, cogió a uno de los dos últimos, el de los Tuvache, y, alzándolo en brazos, le besó efusivamente en sus sucias mejillas, en su rubio pelo rizado y pegoteado de tierra, en sus manitas que él agitaba para liberarse de aquellas fastidiosas caricias.

Luego volvió a montar en su coche y partió al trote largo. Pero a la semana siguiente volvió, se sentó en el suelo, cogió al chiquillo entre los brazos, lo atiborró de dulces y dio caramelos a todos los demás; jugó con ellos como una chiquilla, mientras su marido esperaba pacientemente en su endeble coche.

Volvió de nuevo, trabó conocimiento con los padres, luego vino todos los días, con los bolsillos llenos de dulces y de dinero.

Se llamaba señora de Henri de Hubières.

Una mañana, recién llegados, su marido se apeó con ella; y sin pararse donde estaban los niños, que ahora ya la conocían bien, entró en casa de los campesinos.

Éstos estaban cortando leña para cocer las sopas; se enderezaron sorprendidos, les invitaron a sentarse y esperaron. Entonces la joven, con voz entrecortada y temblorosa, comenzó diciendo:

—Buenas gentes, vengo a verles porque querría…, querría llevarme conmigo a su…, a su hijo más pequeño.

Los campesinos, estupefactos y sin saber qué pensar, no respondieron.

Ella recuperó el aliento y continuó:

—No tenemos hijos; mi marido y yo estamos solos… Lo tendríamos con nosotros…, ¿quieren?

La campesina comenzaba a comprender. Preguntó:

—¿Quieren quedarse con Charlot? ¡Ah, no!, por supuesto que no.

Entonces intervino el señor de Hubières:

—Mi mujer se ha explicado mal. Nosotros quisiéramos adoptarlo, pero vendría a verles. Si la cosa fuese bien, como todo hace suponer, será nuestro heredero. Si, por casualidad, tuviéramos hijos propios, compartiría igualmente la herencia con ellos. Pero, si no respondiera a nuestras atenciones, le entregaríamos, cuando fuera mayor, veinte mil francos, que serán inmediatamente depositados a su nombre ante un notario. Y, como hemos pensado también en ustedes, tendrán hasta su muerte una renta de cien francos mensuales. ¿Han comprendido lo que acabo de explicarles?

El ama de casa se levantó, hecha una furia.

—¿Quieren ustedes que les vendamos a Charlot? ¡Ah, eso nunca! No son cosas que se piden a una madre. ¡Ah, eso nunca! Sería algo indigno.

El hombre no decía nada, serio y pensativo; pero daba su aprobación a su mujer con un continuo cabeceo.

La señora de Hubières, fuera de sí, se echó a llorar, y, volviéndose hacia su marido, con voz sollozante, una voz de niña cuyos más mínimos deseos son siempre satisfechos, balbució:

—¡No quieren, Henri, no quieren!

Hicieron un último intento.

—Pero, amigos míos, piensen en el futuro de su hijo, en su felicidad, en…

La campesina, exasperada, la interrumpió:

—Está todo visto, entendido y pensado… Lárguense y que no les volvamos a ver nunca más por aquí. ¡Es intolerable que quieran llevarse a un niño así!

Entonces, la señora de Hubières, al salir, se percató de que había dos pequeños, y preguntó lagrimeando, con una tenacidad de mujer testaruda y mimada a quien no le gusta esperar nunca:

—Pero ¿el otro niño no es suyo?

Tuvache padre respondió:

—No, es de los vecinos; vayan, si quieren, a verles.

Y regresó a casa, donde resonaba la voz indignada de su mujer.

Los Vallin estaban en la mesa, comiendo lentamente rebanadas de pan en las que untaban un poco de manteca que cogían con la punta del cuchillo de un plato colocado entre ambos.

El señor de Hubières empezó de nuevo a hacer su propuesta, esta vez de modo más insinuante, con más precauciones oratorias, con más astucia.

Los dos campesinos meneaban la cabeza en señal de rechazo; pero cuando supieron que recibirían cien francos mensuales, se miraron indecisos, consultándose con la mirada.

Se quedaron largo rato en silencio, torturados, dubitativos. Finalmente, la mujer preguntó:

—¿Qué dices tú a eso, marido mío?

Él manifestó con tono sentencioso:

—No me parece que sea algo de despreciar.

Entonces la señora de Hubières, temblando de ansiedad, habló del futuro del pequeño, de su felicidad y de todo el dinero que podría darles a sus padres más tarde.

El campesino preguntó:

—¿Esta renta de mil doscientos francos será escriturada ante notario?

El señor de Hubières respondió:

—Por supuesto, a partir de mañana mismo.

El ama de casa, que estaba reflexionando, añadió:

—Cien francos mensuales no son suficientes para que nos desprendamos del pequeño; dentro de unos años podrá trabajar: tienen que ser ciento veinte francos.

La señora de Hubières, que pataleaba de la impaciencia, se lo concedió al instante; y, como quería llevarse al niño, dio cien francos de gratificación mientras su marido preparaba el documento acreditativo. El alcalde y un vecino, llamados de inmediato, hicieron de buen grado de testigos.

Y la joven, exultante, se llevó al chiquillo que chillaba, como se lleva uno una figurita deseada de una tienda.

Los Tuvache, en su puerta, les miraban partir, mudos, severos, lamentando tal vez su negativa.

No se oyó hablar más del pequeño Jean Vallin. Todos los meses los padres recibían del notario los ciento veinte francos; y estaban disgustados con sus vecinos porque la madre Tuvache les cubría de improperios, repitiendo sin cesar de puerta a puerta que había que ser un desnaturalizado para vender a su hijo, que era un horror, una asquerosidad, un acto de corrupción.

A veces tomaba en sus brazos con ostentación a su Charlot, gritándole, como si hubiera podido comprenderla:

—Yo no te he vendido, no te he vendido, pequeño mío. Yo no soy de esas que venden hijos. No soy rica, pero no por eso vendo a mis hijos.

Durante años y años, cada día fue así; cada día groseras alusiones que eran vociferadas delante de la puerta, para que así entraran en la casa vecina. La madre de los Tuvache había terminado por creerse superior a todas las madres de la región, porque no había vendido a Charlot. Quien hablaba de ella decía:

—Sin duda, habría sido una tentación para cualquiera, pero a pesar de ello se ha comportado como una buena madre.

La citaban a menudo como un ejemplo; y Charlot, que iba a cumplir ya los dieciocho años, criado en esta idea que le repetían sin descanso, se creía él mismo superior a sus compañeros, porque no había sido vendido.

Los Vallin iban tirando sin estrecheces, gracias a la pensión. Tal era la razón de la implacable rabia de los Tuvache, que se habían quedado en la miseria.

Su hijo mayor sentó plaza de soldado. El segundo murió; y Charlot se quedó solo para ayudar a su viejo padre a dar de comer a la madre y a las dos hermanas menores que tenía.

Contaba veintiún años cuando, una mañana, un espléndido coche se detuvo delante de las dos cabañas. Un joven señor, con una bonita cadena de reloj de oro, bajó dando la mano a una señora mayor, de cabellos blancos. Ésta le dijo:

—Ésa es, hijo mío, la segunda casa.

Él entró en la casucha de los Vallin como si hubiera sido su casa.

La anciana madre estaba lavando unos delantales; el padre, valetudinario, dormitaba junto al hogar. Los dos levantaron la cabeza, mientras el joven decía:

—Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Los dos se pusieron en pie trastornados. A la campesina, emocionada, se le cayó el jabón dentro del agua y balbució:

—¿Eres tú, hijo mío? ¿Eres tú, hijo mío?

Él la estrechó entre sus brazos y la besó, repitiendo: «Buenos días, mamá». Y mientras tanto el viejo, tembloroso, decía con el tono sereno que siempre tenía: «¿Así que has vuelto, Jean?» como si le hubiera visto el mes anterior.

Dicho esto, los padres quisieron salir enseguida para que todo el pueblo viera a su hijo. Le llevaron a casa del alcalde, del vicealcalde, del párroco, del maestro.

Charlot, de pie en el umbral de su choza, le miraba pasar.

Por la noche, a la hora de la cena, dijo a sus ancianos padres:

—¡Hay que haber sido estúpidos para dejar que se llevaran al hijo de los Vallin!

Su madre respondió, obstinada:

—¡No queríamos vender a nuestro hijo!

El padre callaba.

—¡Es una desgracia haber sido sacrificado de ese modo!

Entonces Tuvache padre dijo, con tono colérico:

—¿Acaso pretendes reprocharnos el haberte mantenido a nuestro lado?

El joven respondió brutalmente:

—Sí, os lo reprocho, no valéis para nada. Padres como vosotros son la desgracia de los hijos. Os merecerías que me fuese.

La anciana mujer lloraba sobre su plato. Gimió, mientras seguía tragando cucharadas de sopa, derramando la mitad.

—¡Y una se mata para sacar adelante a los hijos!

El joven dijo con aspereza:

—Para lo que soy, más habría valido no haber nacido. Apenas he visto a ese otro, me ha hervido la sangre y he pensado: «¡Y ahora yo sería así!».

Se levantó.

—Oídme, pienso que lo mejor que podría hacer es no quedarme aquí, porque os lo reprocharía de la mañana a la noche y os haría la vida imposible. Porque, oídme bien, ¡no podré perdonároslo nunca!

Los dos viejos no decían nada, atemorizados y llorosos.

Él continuó:

—No, sería demasiado duro, con este pensamiento en la cabeza. ¡Mejor será que me vaya en busca de fortuna a cualquier otra parte!

Abrió la puerta. Entró un ruido de voces. Los Vallin estaban agasajando a su hijo que había vuelto.

Entonces Charlot dio una pataleta y, volviéndose hacia sus padres, gritó:
—¡Palurdos, iros al diablo!
Y desapareció en la oscuridad de la noche.

EL TESTAMENTO*

Yo conocía a aquel grandullón que se llamaba René de Bourneval. Era persona de trato amable, aunque un poco tristón, parecía de vuelta de todo, muy escéptico, de un escepticismo riguroso y mordaz, especialmente hábil en desmontar con una palabra las hipocresías mundanas. Repetía a menudo: «No existen personas honestas; o, si existen, es comparadas con los facinerosos».

Tenía dos hermanos, los señores de Courcils, con los que no se trataba. Yo creía que era hijo de otro matrimonio, dado que sus apellidos eran distintos. Me habían comentado en varias ocasiones que había ocurrido una extraña historia en esa familia, pero sin entrar en detalles.

Hacía buenas migas con aquel hombre, y pronto entablamos amistad. Una noche, en su casa, tras haber cenado a solas le pregunté como quien no quiere la cosa:

—¿Es usted hijo del primer o del segundo matrimonio de su madre?

Le vi palidecer ligeramente, y acto seguido ruborizarse; y se quedó unos segundos en silencio, visiblemente confuso. Luego sonrió, de esa manera suya melancólica y amable, y dijo:

—Mi querido amigo, si no le aburro, quisiera darle detalles muy curiosos sobre mi origen. Sé que es usted persona inteligente, por lo que creo que nuestra amistad no se resentirá por ello, y, si así fuera, entonces no me interesaría tenerle ya como amigo.

*

Mi madre, la señora de Courcils, era una pobre mujercita tímida, con un marido que se había casado con ella por su fortuna. Toda su vida fue un martirio. De natural cariñoso, medroso, delicado, fue maltratada de forma continua por aquel que hubiera debido de ser mi padre, uno de esos rústicos que responden al nombre de hidalgos campesinos. Al cabo de un mes de matrimonio, vivía ya con una sirvienta. Tuvo, además, como queridas a las mujeres y a las hijas de sus colonos; lo que no fue óbice para que tuviera dos hijos de su mujer; debería decir tres, contándome también a mí. Mi madre callaba; vivía en esa casa siempre ruidosa como esos ratoncillos que corretean por debajo de los muebles. Olvidada, como si no estuviera, temblorosa,

miraba a la gente con sus ojos inquietos y claros, siempre vagarosos, los ojos de una persona perdida, dominada continuamente por el miedo. Y, sin embargo, era bonita, muy bonita, muy rubia, de un rubio ceniza, de un rubio tímido; como si sus cabellos se hubieran descolorido un poco por sus continuos temores.

Entre los amigos del señor de Courcils que venían constantemente al castillo, había un ex oficial de caballería, viudo, hombre temido, afectuoso y violento, capaz de las más enérgicas decisiones, el señor de Bourneval, cuyo apellido llevo. Era un real mozo alto, flaco, con unos grandes bigotes negros. Yo me le parezco mucho. Este hombre era persona leída, y no pensaba en absoluto como los de su clase. Su bisabuela había sido amiga de Jean-Jacques Rousseau y se habría dicho que había heredado algo de esa relación de una antepasada. Se sabía de memoria *El contrato social*, *La nueva Eloísa* y todos esos libros de filosofía que prepararon a distancia el futuro trastorno de nuestras antiguas costumbres, de nuestros prejuicios, de nuestras leyes caducas, de nuestra estúpida moral.

Amó a mi madre, según parece, y fue correspondido. Sus lazos fueron tan secretos que nadie sospechó nada. La pobre mujer, abandonada y triste, tuvo que apegarse desesperadamente a él y, frecuentándolo, se le pegó su manera de pensar, las teorías del sentimiento libre, las audacias del amor sin barreras; pero, como era tan temerosa que no se atrevía a hablar nunca en voz alta, todo eso se vio reprimido, condensado y encerrado en su corazón, que no se abrió jamás.

Mis dos hermanos eran duros con ella como su padre, no le demostraron nunca afecto y, habituados a ver que en casa era un cero a la izquierda, la trataban poco menos que como a una criada.

Yo fui el único de sus hijos que la quiso de verdad y al que ella quiso.

Falleció. Yo tenía por entonces dieciocho años. Debo añadir, para que pueda comprender lo que seguirá, que a su marido se le había impuesto una tutela judicial, que se había pronunciado una separación de bienes a favor de mi madre, la cual había mantenido, gracias a las argucias legales y a los inteligentes desvelos de un notario, el derecho a testar libremente.

Se nos avisó, pues, de que había depositado en aquella notaría un testamento, y fuimos invitados a asistir a su lectura.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue una escena grandiosa, dramática, burlesca, sorprendente, provocada por la rebelión póstuma de la difunta, por su grito de libertad, por la reivindicación desde el fondo de la tumba de esa mártir oprimida, en vida, por nuestras costumbres, la cual hacía, desde su ataúd cerrado, una desesperada invocación a la independencia.

Aquel que creía era mi padre, un hombretón sanguíneo que hacía pensar en un matarife, y mis hermanos, dos robustos jóvenes de veinte y veintidós años, esperaban, sentados tranquilamente. El señor de Bourneval, que había sido invitado a

presentarse, entró y se puso detrás de mí. Ceñido en su levita, muy pálido, se mordisqueaba repetidamente los bigotes, ya un poco canos. Sin duda imaginaba lo que estaba a punto de suceder.

El notario cerró la puerta con doble vuelta de llave y dio comienzo a la lectura, tras haber abierto delante de nosotros el sobre sellado con lacre rojo, cuyo contenido ignoraba.

Bruscamente, mi amigo se calló, se levantó, luego fue a coger de su secreter un viejo papel, lo desplegó, lo besó largamente y prosiguió:

He aquí el testamento de mi querida madre:

«Yo, la abajo firmante, Anne-Catherine-Geneviève-Mathilde de Croixluce, esposa legítima de Jean-Léopold-Joseph-Gontran de Courcils, hallándome sana de cuerpo y de mente, expongo aquí mis últimas voluntades.

»En primer lugar, pido perdón a Dios, y luego a mi querido hijo René, del acto que voy a llevar a cabo. Creo que mi hijo tiene el suficiente corazón para comprenderme y perdonarme. He sufrido durante toda mi vida. Contraje un matrimonio de conveniencia por parte de mi marido y luego fui despreciada, ignorada, oprimida, engañada continuamente por él.

»Le perdono, pero nada le debo.

»Mi hijos mayores no me quisieron nunca y a duras penas si me han tratado como a una madre.

»En vida, hice por ellos cuanto debía hacer; tras mi muerte, ya nada les debo. Los lazos de sangre no pueden existir sin el afecto permanente y sagrado de cada día. Un hijo ingrato es menos que un extraño: es culpable, porque no tiene derecho a mostrarse indiferente para con su madre.

»Siempre he temblado delante de los hombres, delante de sus leyes inicuas, de sus costumbres inhumanas, de sus infames prejuicios. Delante de Dios, nada temo ya. Muerta, rechazo de mí la vergonzosa hipocresía; me atrevo a decir lo que pienso, a confesar y firmar el secreto de mi corazón.

»Así pues, dejo en usufructo toda la parte de mi fortuna de que me permite disponer la ley a mi querido amante Pierre-Germer-Simon de Bourneval, para que a continuación vaya a parar a nuestro querido hijo René.

(Esta disposición está, además, formulada, más detalladamente, en una escritura notarial.)

»Delante del Juez Supremo que me está escuchando afirmo que habría maldecido al cielo y la vida de no haber contado con el amor profundo, devoto, tierno, inquebrantable de mi amante, de no haber comprendido en sus brazos que el Creador hizo a los seres humanos para amarse, prestarse apoyo, consolarse y llorar juntos en las horas de aflicción.

»Mis dos hijos mayores tienen por padre al señor de Courcils, sólo René debe la vida al señor de Bourneval. Suplico al Supremo Hacedor de los hombres y de sus destinos que sitúe por encima de los prejuicios sociales al padre y al hijo, que les haga quererse hasta el día de su muerte y sigan queriéndome a mí en la tumba.

»Tal es mi último pensamiento y mi última voluntad.

Mathilde de Croixluce»

El señor de Courcils, que se había puesto en pie, gritó: «¡Éste es el testamento de una loca!». Entonces el señor de Bourneval dio un paso adelante y declaró con voz fuerte, con voz tajante: «Yo, Simon de Bourneval, declaro que este escrito no contiene sino la pura verdad. Estoy dispuesto a defenderlo delante de quien sea y a probarlo incluso con las cartas que obran en mi poder».

Entonces el señor de Courcils se fue directo hacia él. Creí que iban a tener una agarrada. Se plantaron cara temblando, altos los dos, el uno gordo, el otro flaco. El marido de mi madre articuló, balbuceando: «¡Es usted un miserable!». El otro replicó, con el mismo tono enérgico y seco: «Nos veremos las caras en otra parte, caballero. Hace tiempo que le habría abofeteado y provocado, si no me hubiera importado ante todo, mientras vivió, la tranquilidad de la pobre mujer a la que usted tanto hizo sufrir».

Luego se volvió hacia mí: «Es usted mi hijo. ¿Quiere venir conmigo? No tengo derecho a llevármelo, pero le aceptaré si usted quiere venir conmigo».

Le di un apretón de manos sin responder. Y salimos juntos. Ciertamente, yo estaba medio enloquecido.

Dos días después, el señor de Bourneval mataba en duelo al señor de Courcils. Mis hermanos, por temor a un terrible escándalo, guardaron silencio. Les cedí, y ellos lo aceptaron, la mitad del patrimonio dejado por mi madre.

Tomé el apellido de mi verdadero padre, renunciando al que me atribuía la ley, y que no era el mío.

El señor de Bourneval murió hace cinco años. Todavía no me he consolado de su pérdida.

*

Se levantó, dio unos pasos y, poniéndose delante de mí, dijo:

—Pues bien, afirmo que el testamento de mi madre es una de las cosas más hermosas, más leales y más grandes que una mujer puede hacer. ¿No está de acuerdo?

Le tendí las dos manos:

—Sí, sin duda, amigo mío.

EL LOBO*

Esto es lo que nos contó el viejo marqués de Arville al final de la comida de San Huberto,[1] en casa del barón de Ravels.

Ese día se había acosado a un ciervo. El marqués era el único de los invitados que no había participado en la batida, porque no cazaba nunca.

Mientras duró la comilona no se había hablado más que de matanzas de animales. También las mujeres se interesaban en las historias sangrientas y con frecuencia inverosímiles, y los oradores imitaban las acometidas y las luchas de los hombres contra los animales, levantaban los brazos, ahuecaban la voz.

El señor de Arville se expresaba bien, con una cierta poesía un tanto rimbombante, pero muy efectista. Debía de haber repetido a menudo esa historia, porque la contaba de corrido, sin dudar en la hábil elección de las palabras más adecuadas para conseguir el efecto que buscaba.

*

Señores, nunca he ido de caza, mi padre tampoco, ni mi abuelo, y así remontándose hasta mi bisabuelo. Éste era hijo de un hombre que fue de caza más que todos ustedes juntos. Murió en 1764. Les contaré en qué circunstancias.

Se llamaba Jean, estaba casado, y era el padre del que sería mi tatarabuelo, y vivía con su hermano menor, François d'Arville, en nuestro castillo de Lorena, en medio de los bosques.

François d'Arville se había quedado soltero por amor a la caza.

Iban de caza juntos desde principios hasta finales del año, sin descanso, sin tregua, sin acusar la fatiga. No les gustaba otra cosa, no comprendían nada más, era su único tema de conversación, no vivían más que para eso.

Estaban dominados por esa pasión terrible, inexorable. Les consumía, habiéndoles poseído por completo, sin dejar lugar para ninguna otra cosa.

Habían prohibido que, bajo ningún concepto, se les molestara cuando estaban de caza. Mi tatarabuelo nació mientras su padre estaba persiguiendo a un zorro, y no por ello Jean d'Arville interrumpió su seguimiento, pero maldijo: «¡Por todos los diablos,

ese cretino hubiera podido esperar al menos el alalí!».[2]

Su hermano François era más apasionado aún que él de la caza. Apenas se levantaba, se iba a ver a los perros, luego a los caballos, y a continuación se ponía a disparar a los pájaros de los alrededores del castillo hasta el momento de salir para acosar a alguna pieza de caza mayor.

Eran conocidos en la región como el señor marqués y el segundón, porque los nobles de aquel entonces no hacían como la actual nobleza improvisada, deseosa de establecer en los títulos una jerarquía descendente; pues el hijo de un marqués no es más conde, ni el hijo de un vizconde más barón, que el hijo de un general, coronel de nacimiento. Pero la mezquina vanidad de hoy día saca provecho de semejantes acomodos.

Vuelvo a mis antepasados.

Eran, según parece, desmesuradamente altos, huesudos, peludos, violentos y vigorosos. El menor, más alto aún que el mayor, tenía una voz tan fuerte que, según una leyenda de la que se sentía orgulloso, todas las hojas del bosque se agitaban cuando él gritaba.

Y cuando los dos montaban en la silla para salir de caza, debía de ser un soberbio espectáculo el ver a esos dos gigantes montar a horcajadas sus grandes caballos.

Ahora bien, hacia mediados de invierno de aquel año de 1764, el frío fue muy riguroso y los lobos se volvieron feroces.

Atacaban incluso a los campesinos rezagados, merodeaban por la noche en torno a las casas, aullaban desde la puesta del sol hasta el alba y depredaban los establos.

Comenzó a circular un rumor. Se hablaba de un lobo colosal, de pelaje grisáceo, casi blanco, que se había comido a dos niños, devorado el brazo de una mujer y degollado a todos los perros guardianes del lugar y que entraba sin miedo en los cercados para ir a olfatear por debajo de las puertas. Todos los vecinos afirmaban haber oído su respirar que hacía oscilar las llamas de las luces. Pronto cundió el pánico por toda la provincia. Nadie se atrevía ya a salir después de la puesta del sol. Las tinieblas se hubieran dicho encantadas por la imagen de aquella bestia…

Los hermanos de Arville decidieron dar con su paradero y matarlo, e invitaron a todos los gentileshombres de la región a unas grandes batidas.

Todo fue en vano. Por más que recorrieron los bosques y rebuscaron entre los matorrales, no lo vieron en ninguna ocasión. Se mataban lobos, pero a aquél no. Y a cada noche subsiguiente a la caza del animal, como en venganza, éste asaltaba a algún caminante o devoraba alguna res, siempre lejos de donde le habían estado buscando.

Una noche se introdujo incluso en el chiquero del castillo de Arville y se comió a los dos lechones más hermosos.

Los dos hermanos se encendieron de cólera y consideraron aquella incursión

como una bravata del monstruo, una ofensa directa, un desafío. Cogieron a sus sabuesos más resistentes, habituados a perseguir a los animales peligrosos y dieron comienzo a la caza, llenos de furia.

Desde el amanecer hasta la hora en que el sol color púrpura se pone tras los grandes árboles desnudos, exploraron la espesura sin encontrar nada.

Volvían finalmente sobre sus pasos, furibundos y desconsolados, con los caballos que iban al paso por una alameda flanqueada de zarzas, asombrados de que todo su saber cinegético se viera aventajado por aquel lobo y dominados de repente por una especie de temor misterioso.

El mayor dijo:

«No es una bestia cualquiera. Parece razonar como un hombre».

El menor respondió:

«Quizá convendría hacer bendecir una losa[3] por nuestro primo el obispo, o pedirle a algún cura que diga las oraciones oportunas».

Luego guardaron silencio.

Jean prosiguió:

«Mira qué rojo está el sol. El gran lobo causará esta noche alguna desgracia».

No había terminado de decirlo cuando su caballo se encabritó; el de François se puso a soltar coces. Un gran matorral cubierto de hojas muertas se abrió delante de ellos, y salió de él un animal colosal, todo gris, que escapó a través del bosque.

Los dos soltaron una especie de gruñido de alegría, e, inclinándose sobre el cuello de sus pesados caballos, los arrojaron hacia delante con el impulso de sus propios cuerpos, lanzándolos a tal velocidad, excitándolos, arrastrándolos, enloqueciéndolos con la voz, con los gestos y con la espuela, que los fuertes jinetes parecían llevar sus pesadas bestias entre sus muslos y elevarlas como si volasen.

Iban así, a galope tendido, abriéndose paso por la maleza, atajando por los sotos, trepando por las pendientes, precipitándose por las gargantas y soplando el cuerno a pleno pulmón para llamar a su gente y a sus perros.

Y he aquí que de pronto, en aquella loca carrera, mi antepasado se golpeó la frente contra una enorme rama que le rompió el cráneo; y dio con sus huesos por tierra, muerto, mientras su caballo, enloquecido, se desbocó y desapareció en la oscuridad que rodeaba los bosques.

El menor de los Arville se detuvo en seco, saltó a tierra, cogió en sus brazos a su hermano, y vio que se le salía el cerebro por la herida con la sangre.

Se sentó junto al cadáver, colocó la cabeza desfigurada y roja sobre sus rodillas y se quedó contemplando el rostro inmóvil de su hermano mayor. Poco a poco le iba invadiendo un extraño miedo, un miedo que antes no había conocido jamás, el miedo a la oscuridad, el miedo a la soledad, el miedo al bosque desierto y también el miedo al fantástico lobo que acababa de matar a su hermano para vengarse de ellos.

Las tinieblas se adensaban, el intenso frío hacía crujir los árboles. François se levantó, temblando, incapaz de quedarse allí por más tiempo, sintiéndose casi desfallecer. No se oía ya nada, ni el ladrido de los perros ni el sonido de los cuernos, estaba todo mudo hasta el invisible horizonte; y ese silencio mortecino del glacial atardecer tenía algo de pavoroso y de extraño.

Cogió en sus manos de coloso el corpachón de Jean, lo enderezó y lo colocó sobre la silla de montar para llevarlo al castillo; luego se puso de nuevo en camino lentamente, con la mente turbada como si estuviera ebrio, perseguido por unas imágenes horribles y sorprendentes.

Y, de pronto, por el sendero que invadía la noche, cruzó una gran forma. Era la bestia. Una sacudida de espanto agitó al cazador; algo frío, como una gota de agua, se deslizó a lo largo de sus riñones, y como un monje obsesionado con el demonio, hizo una gran señal de la cruz, enloquecido por la inesperada reaparición del terrible merodeador. Pero su mirada volvió a caer sobre el cuerpo inerte que yacía delante de él, y de repente, pasando bruscamente del temor a la ira, se estremeció de incontenible rabia.

Espoleó a su caballo y se lanzó tras el lobo.

Le seguía a través de los sotos, los barrancos y los oquedales, atravesando bosques que ya no reconocía, la mirada fija en la mancha blanca que huía en la noche que había descendido sobre la tierra.

Su caballo también parecía animado por una fuerza y un ardor desconocidos. Galopaba con el cuello tenso, recto delante de él, golpeándose con árboles y rocas, la cabeza y los pies del muerto colocados de través sobre la silla. Los abrojos le arrancaban los cabellos; la frente, topando con enormes troncos, los salpicaba de sangre; las espuelas arrancaban pedazos de corteza.

Y de repente, el animal y el jinete salieron del bosque y enfilaron por un valle, cuando asomaba la luna por encima de los montes. Era aquél un valle pedregoso, cerrado por unas rocas enormes, sin salida posible; y el lobo, acorralado, retrocedió.

Entonces François lanzó un alarido de alegría que los ecos repitieron como el rugir de la tormenta, y saltó del caballo, machete en mano.

La bestia, con el pelaje hirsuto y el lomo arqueado, le esperaba; sus ojos relucían como dos estrellas. Pero, antes de librar combate, el robusto cazador, embrazando a su hermano, lo sentó sobre una roca, y, sosteniendo con unas piedras su cabeza que no era más que una mancha de sangre, le gritó al oído, como si le hablara a un sordo: «¡Mira, Jean, mira esto!».

Luego se arrojó sobre el monstruo. Se sentía tan fuerte como para derribar una montaña, para romper piedras con las manos. El animal intentó morderle, tratando de abrirle el vientre; pero él, sin hacer uso del machete, le cogió del cuello y empezó a estrangularlo lentamente, aguzando el oído para escuchar cómo se detenía su respirar

y los latidos de su corazón. Y reía, disfrutaba una barbaridad, aumentando cada vez más el tremendo apretón, gritando, en un delirio de alegría: «¡Mira, Jean, mira!». No notó ya ninguna resistencia, el cuerpo del lobo se puso fláccido. Estaba muerto.

Entonces François, cogiéndolo entre los brazos, fue a arrojarlo a los pies de su hermano mayor, repitiendo con voz emocionada: «¡Mira, mira, querido Jean, aquí lo tienes!».

Colocó sobre la silla los dos cadáveres, uno sobre otro; y emprendió el camino de vuelta.

Entró en el castillo llorando y riendo como Gargantúa al nacer Pantagruel, lanzando gritos de triunfo y pataleando de alegría al contar la muerte del animal, gimiendo y mesándose la barba al referir la de su hermano.

Y a menudo, más tarde, al aludir a aquel día, decía, con lágrimas en los ojos: «¡Si al menos el pobre Jean hubiera podido verme mientras lo estrangulaba, estoy seguro de que se habría muerto contento!».

La viuda de mi antepasado inspiró a su hijo huérfano el horror por la caza, horror que se ha transmitido, de padre a hijo, hasta mí.

*

El marqués de Arville calló. Uno le preguntó:

—¿Eso es una leyenda, no?

El narrador respondió:

—Les aseguro que es cierto de principio a fin.

Entonces una señora afirmó con una dulce vocecita:

—Da lo mismo, es hermoso tener semejantes pasiones.

ESE CERDO DE MORIN*

A M. Oudinot

I

—Oye, amigo —le dije a Labarbe—, acabas de pronunciar de nuevo estas cuatro palabras: «ese cerdo de Morin». ¿Por qué, diablos, no he oído hablar yo nunca de Morin sin que se le trate de «cerdo»?

Labarbe, actualmente diputado, me miró con ojos de autillo.

—Pero ¡cómo! ¿No conoces la historia de Morin, y eres de La Rochelle?

Confesé que no conocía la historia de Morin. Entonces Labarbe se frotó las manos y dio comienzo a su relato.

—Conociste a Morin, ¿no?, y recordarás la gran mercería que tenía en el quai de La Rochelle…

—Sí, perfectamente.

—Pues bien, has de saber que en mil ochocientos sesenta y dos o sesenta y tres Morin fue a pasar quince días a París, en viaje de placer, o para sus placeres, con la excusa de renovar su género. Ya sabes lo que, para un comerciante de provincias, suponen quince días en París. Es como para coger un calentón. Todas las noches espectáculos, roce con mujeres, una excitación mental constante. Para volverse loco, vamos. No ve uno más que a bailarinas en maillot, actrices escotadas, piernas torneadas, hombros generosamente descubiertos: todo ello casi al alcance de la mano, pero sin que uno se atreva o pueda tocarlo. Es ya mucho si puedes saborear, una o dos veces, algún manjar menos delicado. Y te vas con el corazón aún agitado, los ánimos excitados y una especie de comezón de besuqueos cosquilleándote los labios.

*

Morin se encontraba en ese estado cuando sacó un billete para La Rochelle en el expreso de las 8.40 de la noche. Y se paseaba lamentándose de lo que se había perdido y lleno de turbación por el gran vestíbulo de la estación de Orleans, cuando se detuvo en seco delante de una joven que abrazaba a una anciana señora. Se había

alzado el velo y Morin, encantado, murmuró: «¡Diantre, qué hermosura de muchacha!».

Tras haberse despedido de la anciana, la joven entró en la sala de espera y Morin la siguió; luego fue hasta el andén y Morin la seguía todavía; a continuación subió a un vagón vacío, con Morin siempre detrás.

Había pocos viajeros en el expreso. La locomotora pitó; el tren partió. Estaban solos.

Morin se la comía con los ojos. Parecía tener de diecinueve a veinte años; era rubia, alta, con aspecto de rompe y rasga. Se envolvió las piernas con una manta de viaje y se tumbó en el asiento para dormir.

Morin se preguntaba: «¿Quién será?». Y se le pasaron por la cabeza mil suposiciones, mil ideas. Se decía: «Se cuentan tantas aventuras de viaje en tren. Quizá ésta me toque a mí. ¿Quién sabe? Un golpe de fortuna puede tenerlo cualquiera. Tal vez me bastaría con ser audaz. ¿No fue Danton quien dijo:“¡Audacia, audacia y siempre audacia!”. Y si no fue Danton, debe de haber sido Mirabeau. En fin, qué importa. El hecho es que yo audacia no tengo. ¡Oh, si se supiera, si fuéramos capaces de leer en la mente de las personas! Apuesto a que dejamos pasar a diario, sin darnos cuenta, ocasiones magníficas. Bastaría, sin embargo, con un gesto de su parte para indicarme que no pide nada mejor que…».

Entonces, se puso a pensar en una serie de tretas que pudieran llevarle al éxito. Imaginaba una manera caballerosa de trabar conocimiento; pequeños favores que le haría, una conversación animada, galante, que desembocaría en una declaración que acabaría en…, en lo que tú piensas.

Pero lo que siempre le faltaba era el pasar al ataque, el pretexto. Y, con el corazón agitado y la cabeza trastornada, esperaba una circunstancia favorable.

La noche, sin embargo, pasaba y la guapa muchacha seguía durmiendo, mientras Morin meditaba sobre su capitulación. Se hizo de día y pronto el sol lanzó su primer rayo, un largo rayo llegado del extremo horizonte, sobre el dulce rostro de la durmiente.

Ella se despertó, se sentó, miró la campiña, luego a Morin y sonrió. Sonrió como una mujer feliz, de un modo seductor y alegre. Morin se estremeció. Aquella sonrisa estaba destinada sin duda a él, era una discreta invitación, la señal soñada que esperaba. Aquella sonrisa quería decir: «Es usted un tonto, un ingenuo, un pánfilo, al haberse quedado ahí, tieso como una estaca, en su asiento desde ayer noche. Vamos, míreme, ¿acaso no me encuentra bonita? ¿Y es capaz de pasarse toda la noche a solas con una mujer bonita sin atreverse a nada, tonto más que tonto?».

Ella seguía sonriendo mientras le miraba; incluso comenzaba a reír; y él perdió la cabeza, buscando unas palabras de circunstancias, un cumplido, algo que decir por fin, sin importar el qué. Pero no encontraba nada, nada. Entonces, presa de una

audacia de pusilánime, pensó: «Me juego el todo por el todo», y de pronto, sin decir ni pío, se adelantó, con las manos extendidas, los labios golosos y, cogiéndola entre sus brazos, la besó.

Ella se levantó de un brinco dando un grito: «¡Socorro!» y aullando de espanto. Abrió la puerta, agitando fuera los brazos, loca de miedo, tratando de saltar, mientras Morin, enloquecido, convencido de que iba a lanzarse la vía, la retenía por la falda balbuceando: «¡Señora…, oh, señora!».[1]

El tren ralentizó la marcha, se detuvo. Dos empleados se precipitaron a las señas desesperadas de la joven, que cayó en sus brazos balbuciendo: «Este hombre ha querido…, ha querido…». Y se desvaneció.

Estaban en la estación de Mauzé. El gendarme allí presente detuvo a Morin.

Cuando la víctima de su brutalidad hubo vuelto en sí, prestó declaración. La

autoridad instruyó un atestado. El pobre mercero no pudo regresar a su domicilio hasta la noche, acusado de atentado en lugar público contra las buenas costumbres.

II

Yo era por aquel entonces redactor jefe de *Le Fanal des Charentes*; y veía a Morin, cada noche, en el Café du Commerce.

Al día siguiente de su aventura vino a verme, sin saber qué hacer. Yo no le callé lo que pensaba sobre el particular: «No eres más que un cerdo. Uno no se comporta así».

Lloraba; su mujer le había dado una tunda; veía su negocio arruinado, su buen nombre enlodado, deshonrado, sus amigos, indignados, retirándole el saludo. Acabó dándome pena y llamé a mi colaborador Rivet, un hombrecillo guasón y buen consejero, para saber cuál era su parecer.

Me sugirió que me dirigiera al fiscal del Tribunal Supremo, que era amigo mío. Hice volver a casa a Morin y fui a ver a ese funcionario.

Me enteré de que la mujer ultrajada era una muchacha, la señorita Henriette Bonnel, que acababa de hacer su aprendizaje como institutriz en París y que, al no tener padre ni madre, pasaba sus vacaciones en casa de sus tíos, unos buenos pequeño burgueses de Mauzé.

La situación de Morin era grave precisamente porque el tío había puesto una denuncia. El fiscal aceptaba archivar la causa si se retiraba la misma. Esto era lo que había que conseguir.

Volví a casa de Morin. Le encontré en la cama, enfermo de miedo y de pena. Su mujer, una mujerona huesuda y barbada, le maltrataba sin descanso. Me hizo entrar en la habitación gritándome a la cara:

—¿Viene a ver a ese cerdo de Morin? ¡Pues ahí lo tiene, mírelo bien, al muy pájaro!

Se plantó delante de la cama, en jarras. Yo le expuse la situación; y entonces él me suplicó que fuera a ver a la familia. Era una misión delicada, pero la acepté. El pobre repetía:

—Te garantizo que ni siquiera la besé. ¡Te lo juro!

Respondí:

—No importa, eres un cerdo.

Y cogí los mil francos que me entregó para emplearlos del modo que estimase más oportuno.

Pero como no me hacía ninguna gracia aventurarme solo a la casa de los parientes, le rogué a Rivet que me acompañase. Él aceptó, a condición de que partiéramos de inmediato, pues al día siguiente, a primera hora de la tarde, tenía un

asunto urgente en La Rochelle.

Y, dos horas después, llamábamos a la puerta de una bonita casa de campo. Una guapa muchacha vino a abrirnos. Era ella seguramente. Le dije bajito a Rivet:

—Diantre, comienzo a comprender a Morin.

El tío, el señor Tonnelet, estaba suscrito precisamente a *Le Fanal*, era un ferviente correligionario político que nos recibió con los brazos abiertos, nos felicitó, se congratuló, nos dio un apretón de manos, entusiasmado de recibir en su casa a los dos redactores de su periódico. Rivet me sopló al oído:

—Creo que conseguiremos solucionar el asunto de ese cerdo de Morin.

La sobrina se había ido; y yo afronté el delicado asunto. Hice entrever el fantasma del escándalo, y puse el acento sobre el inevitable descrédito que la joven sufriría, tras el ruido que provocaría un caso semejante, pues nunca se iba a creer que había sido un simple beso.

El buen hombre parecía dubitativo; pero no podía decidir nada sin su mujer, que no regresaría hasta entrada la noche. De repente soltó un grito de triunfo:

—Oigan, se me acaba de ocurrir una idea. Están ustedes aquí y les retendré. Cenarán y dormirán aquí los dos; y, una vez que haya vuelto mi mujer, espero que lleguemos a un entendimiento.

Rivet se resistía; pero el deseo de sacar del aprieto a ese cerdo de Morin le hizo decidirse, y aceptamos la invitación.

El tío se levantó, radiante, llamó a su sobrina y nos propuso dar un paseo por su propiedad, proclamando:

—Las cosas serias para la noche.

Rivet y él se pusieron a charlar de política. En cuanto a mí, pronto me encontré unos pasos detrás, junto a la muchacha. ¡Era en verdad encantadora, encantadora!

Con infinitas precauciones, comencé a hablarle de su aventura para tratar de hacer de ella una aliada.

Pero no pareció en absoluto incómoda; y me escuchaba con el aire de quien se divierte mucho.

Yo le decía:

—Piense, señorita, en todas las molestias que va a tener que sufrir. Habrá de comparecer ante el tribunal, enfrentarse a las miradas maliciosas, hablar delante de todo el mundo, contar públicamente esa lamentable escena del vagón. Vamos a ver, entre usted y yo, ¿no habría sido mejor no decir nada, llamar al orden a ese truhán sin recurrir a los empleados del tren y cambiar simplemente de vagón?

Ella se echó a reír:

—¡Es cierto lo que dice! Pero ¿qué quiere? Tuve miedo; y, cuando se tiene miedo, no se razona. Tras haber comprendido la situación, lamenté mis gritos; pero ya era demasiado tarde. Piense también que ese imbécil se abalanzó sobre mí como un loco

furioso, sin pronunciar una palabra, con aspecto de demente. No sabía siquiera lo que pretendía.

Me miró a la cara, sin sentirse turbada o intimidada. Yo me decía: «Buena pieza, esta muchacha. Comprendo que ese cerdo de Morin pudiera llamarse a engaño».

Proseguí en tono de broma:

—Vamos a ver, señorita, confiese que era disculpable, pues no puede encontrarse uno delante de una persona tan hermosa como usted sin sentir el deseo absolutamente legítimo de besarla.

Ella se rió más fuerte, enseñando los dientes.

—Entre el deseo y la acción, caballero, cabe el respeto.

La frase tenía su gracia, aunque fuera poco clara. Pregunté bruscamente:

—Bien, veamos, si yo la besara, ahora, ¿qué haría usted?

Ella se detuvo para mirarme de arriba abajo, y luego dijo tan tranquila:

—Oh, no es lo mismo.

Bien sabía yo, claro está, que no era lo mismo, pues era conocido en toda la provincia como «Labarbe el guapo». Tenía treinta años a la sazón, pero aun así pregunté:

—¿Y eso por qué?

Ella se encogió de hombros y respondió:

—¡Vaya! Porque no es usted tan tonto como él. —Luego añadió, mirándome de soslayo—: Ni tan feo.

Antes de que ella hubiera podido hacer un movimiento para evitarme, le había estampado un buen beso en la mejilla. Ella dio un salto hacia un lado, pero demasiado tarde. Luego dijo:

—Vaya, tampoco usted se anda con chiquitas. Pero, yo en su lugar, no lo intentaría de nuevo.

Adopté un aire humilde y le dije a media voz:

—¡Oh, señorita! Si algún deseo tengo es encontrarme delante de un tribunal por el mismo motivo que Morin.

Esta vez fue ella quien me preguntó:

—¿Por qué?

La miré de hito en hito, con seriedad.

—Porque es una de las más bellas criaturas que existen; porque tener que emplear la violencia sería para mí una patente, un orgullo, un motivo de gloria. Porque, después de haberla visto, la gente diría: «Cierto, Labarbe se merece lo que le pasa, pero valía la pena».

De nuevo ella rompió a reír con ganas.

—¡Es usted realmente divertido!

No había terminado de decir la palabra «divertido», cuando ya la estrechaba entre

mis brazos, y le estampaba besos voraces por todas partes por donde encontrase un sitio, en el pelo, en la frente, en los ojos, en la boca a veces, en las mejillas, por todo el rostro del que ella no podía evitar descubrir siempre alguna parte para proteger otra.

Al final, se desprendió, sonrojada y herida.

—Es usted un grosero, caballero, y hace que me arrepienta de haberle prestado oídos.

Le cogí la mano, un poco confundido, balbuceando:

—Perdón, perdón, señorita. ¡La he ofendido; he sido brutal! No me guarde rencor. Si usted supiera…

Busqué en vano una disculpa.

Ella pronunció, al cabo de un momento:

—No tengo nada que saber, caballero.

Pero la había encontrado; exclamé:

—¡Señorita, hace un año que la amo!

Se quedó verdaderamente sorprendida y alzó la vista. Proseguí:

—Sí, señorita, escúcheme. Yo no conozco a Morin y me importa un comino. Me importa muy poco que vaya a la cárcel y ante los tribunales. Yo la vi aquí, el año pasado, estaba usted allí, delante de la verja. Me produjo una fuerte impresión el verla y su imagen ya no me ha abandonado. Poco me importa que me crea o no. Me pareció adorable; su recuerdo me poseía; he querido volver a verla; he aprovechado la excusa de ese tonto de Morin; y aquí me tiene. Las circunstancias han hecho que me pasara de la raya; ruego me disculpe, perdóneme.

Ella intentaba adivinar en mi mirada qué había de cierto en todo ello, a punto de sonreír de nuevo; murmuró:

—Es usted un bromista.

Alcé la mano y, con un tono sincero (creo incluso que era sincero), dije:

—Le juro que no miento.

Ella se limitó a decir:

—Vamos, hombre.

Estábamos solos, completamente solos, al haber desaparecido por las sinuosas alamedas Rivet y el tío; y le hice una declaración en toda regla, larga, dulce, estrechándole y besándole los dedos. Ella la escuchaba como algo agradable y nuevo, sin saber muy bien si creérsela o no.

Acabé por sentirme turbado, convencido de lo que decía; estaba pálido, oprimido, tenía estremecimientos y, con dulzura, le pasé un brazo alrededor de la cintura.

Le hablé en voz baja, entre los ricitos de la oreja. Estaba tan pensativa que parecía muerta.

Luego su mano encontró la mía y la apretó; yo estreché lentamente su talle con

una presión primero temblorosa y luego cada vez más fuerte; ella no se movía ya en absoluto; yo rozaba su mejilla con mi boca; y de golpe mis labios, sin buscar, encontraron los suyos. Fue un largo, largo beso, y habría durado aún de no haber oído un «hum, hum» algunos pasos detrás de mí.

Ella escapó por entre un grupo de árboles. Me volví y vi a Rivet que venía a mi encuentro.

Se plantó en medio del camino y, sin reír, dijo:

—Bien, bien, ya veo cómo arreglas tú el asunto de ese cerdo de Morin.

Respondí con fatuidad:

—Se hace lo que se puede, amigo. ¿Y el tío? ¿Qué has conseguido? Yo respondo por la sobrina.

Rivet declaró:

—Yo he tenido menos suerte con el tío.

Le cogí del brazo para volver adentro.

III

La cena acabó de hacerme perder la cabeza. Estaba yo al lado de ella y mi mano reencontraba sin cesar la suya bajo el mantel; mi pie presionaba el suyo; nuestras miradas se unían, se fundían.

Dimos a continuación una vuelta al claro de luna y le susurré en el alma toda la ternura que brotaba de mi corazón. La mantenía estrechada contra mí, besándola ininterrumpidamente, humedeciendo mis labios en los suyos. Delante de nosotros el tío y Rivet discutían. Sus sombras les seguían gravemente por la arena de los caminos.

Volvimos adentro. Poco después el empleado de telégrafos trajo un telegrama de la tía anunciando que no volvería hasta la mañana siguiente, a las siete, con el primer tren.

El tío dijo:

—Bien, Henriette, ve a enseñar sus habitaciones a estos señores.

Dimos un apretón de manos al buen hombre y subimos. Ella nos llevó primero a la habitación de Rivet, el cual me bisbiseó al oído: «No se le ha ocurrido llevarnos primero a la tuya…». Luego me acompañó a mí. Al quedarnos solos, la cogí de nuevo entre mis brazos, tratando de hacerle perder la cabeza y vencer su resistencia. Pero, cuando sintió que estaba a punto de ceder, salió huyendo.

Me metí entre las sábanas muy descontento, agitado y humillado, sabiendo que no pegaría ojo, y preguntándome qué torpeza podía haber cometido, cuando oí llamar suavecito a la puerta.

Pregunté:

—¿Quién es?

Una débil voz respondió:

—Soy yo.

Me vestí deprisa, abrí, entró ella.

—He olvidado —dijo— preguntarle qué toma por la mañana, si chocolate, té o café.

La había estrechado impetuosamente, devorándola con caricias y balbuceando «Me enciendes…, me enciendes…, me enciendes…». Pero ella se escurrió de entre mis brazos, apagó la luz de un soplo y desapareció.

Me encontré solo, en la oscuridad, furioso, buscando los fósforos sin encontrarlos. Hasta que por fin di con ellas y, medio enloquecido, salí al pasillo con la palmatoria en la mano.

¿Qué me rondaba por la cabeza? No razonaba ya; quería encontrarla y quería poseerla. Di unos pasos sin pensar en nada. De repente me dije: «Y si entro en la habitación del tío, ¿qué le diré?…». Me quedé inmóvil, con la cabeza vacía y el corazón a punto de estallarme. Al cabo de unos instantes se me ocurrió la respuesta: «¡Pues claro!, diré que buscaba la habitación de Rivet para hablarle de una cosa urgente».

Y me puse a inspeccionar las puertas, tratando de descubrir la de ella. Pero nada podía guiarme. Di la vuelta al azar a una llave que encontré. Abrí, entré… Henriette, sentada en la cama, me miraba despavorida.

Entonces hice correr despacio el cerrojo y, acercándome de puntillas, le dije:

—He olvidado, señorita, pedirle algo para leer.

Ella se debatía; pero pronto yo abrí el libro que andaba buscando. No diré el título. Era en verdad la más maravillosa de las novelas y el más divino de los poemas.

Una vez vuelta la primera página, me lo dejó hojear a mi antojo; y hojeé tantos capítulos que sólo quedaron los cabos de nuestras velas.

Luego, tras haberle dado las gracias, volvía, de puntillas, a mi habitación, cuando una mano brutal me detuvo; y una voz, la de Rivet, me cuchicheó en la nariz:

—¿Así que no has terminado aún de arreglar el asunto de ese cerdo de Morin?

A las siete de la mañana, ella misma me trajo una jícara de chocolate. Nunca había probado uno igual. Un chocolate que estaba de muerte, suave, aterciopelado, aromático, embriagador. Era incapaz de separar mi boca de los bordes deliciosos de su jícara.

Apenas la muchacha hubo salido, entró Rivet. Parecía un poco nervioso, irritado como alguien que ha dormido apenas; me dijo con un tono malhumorado:

—Si sigues con esto, ¿sabes?, acabarás por estropear el asunto de ese cerdo de Morin.

A las ocho, llegó la tía. La discusión fue breve. Aquella buena gente retiró la

denuncia y yo dejaba quinientos francos para los pobres del lugar.

Entonces, quisieron retenernos para que pasáramos la jornada con ellos. Organizarían incluso una excursión para ir a visitar unas ruinas. Henriette, tras las espaldas de sus parientes, me hacía señas con la cabeza:

—Sí, quédese.

Acepté, pero Rivet se empecinó en irse.

Hice un aparte con él; le rogué, le supliqué; le decía:

—Vamos, querido Rivet, hazlo por mí.

Pero él parecía exasperado y me repetía en la cara:

—A ver si te enteras de que ya tengo bastante del asunto de ese cerdo de Morin.

Me vi obligado a marcharme también yo. Fue uno de los momentos más duros de mi vida. Habría seguido arreglando aquel asunto toda mi vida.

En el vagón, tras los enérgicos y mudos apretones de mano de los adioses, le dije a Rivet:

—No eres más que un imbécil.

Él respondió:

—Amigo, empiezas a irritarme y no sabes cuánto.

Al llegar a las oficinas de *Le Fanal*, vi a un gentío que nos esperaba… Gritaron apenas nos vieron: «Bueno, ¿habéis arreglado el asunto de ese cerdo de Morin?».

Toda La Rochelle estaba preocupada por ello. A Rivet, cuyo mal humor se había disipado por el camino, le costó aguantarse la risa al declarar: «Sí, asunto solucionado, gracias a Labarbe».

Y nos fuimos para casa de Morin.

Éste estaba arrellanado en un sillón, con unas cataplasmas en las piernas y unas compresas de agua fría en la cabeza, desfallecido de la angustia. Y tosía sin parar, con una tosecilla de agonizante, sin que se supiera dónde había podido haber cogido aquel constipado. Su mujer le miraba con ojos de tigresa presta a devorarle.

En cuanto nos vio, tuvo un estremecimiento que le sacudía las muñecas y las rodillas. Dije:

—Está arreglado, asqueroso, pero no vuelvas a las andadas.

Él se levantó, sofocándose, me cogió las manos, las besó como si fueran las de un príncipe, lloró, a punto estuvo de desfallecer, abrazó a Rivet, abrazó incluso a la señora Morin, que le arrojó de un empellón hacia el sillón.

Pero no se recuperó nunca de aquel golpe, su emoción había sido demasiado brutal.

Era conocido en toda la región únicamente como «ese cerdo de Morin», y era como si recibiese una estocada cada vez que oía este epíteto.

Cuando un gamberro gritaba por la calle: «Cerdo», él instintivamente volvía la cabeza. Sus amigos le acribillaban a bromas horribles, preguntándole, cada vez que

comían jamón: «¿Es del tuyo?».

Murió dos años después.

En cuanto a mí, cuando me disponía a presentarme a las elecciones de 1875, fui a hacer una visita interesada al nuevo notario de Tousserre, que se llamaba Belloncle. Fui recibido por una hermosa mujer, alta y opulenta.

—¿No me reconoce? —preguntó ella.

Yo balbucí:

—Pues no…, no…, señora.

—Henriette Bonnel.

—¡Ah!

Y sentí que palidecía.

Ella parecía perfectamente a sus anchas, y sonreía mientras me miraba.

Apenas me quedé a solas con el marido, éste me estrechó la mano, apretándomela hasta casi rompérmela:

—Hace tanto tiempo, querido señor, que deseaba conocerle... Mi mujer me ha hablado mucho de usted. Sé, sé perfectamente en qué dolorosas circunstancias la conoció, sé lo correcto que se mostró usted, lleno de delicadeza, de tacto, de dedicación en ese asunto… —Dudó, luego, en voz más baja, como si dijera una grosería, añadió—: En el asunto de ese cerdo de Morin.

LA SEÑORA BAPTISTE*

Cuando entré en el vestíbulo de la estación de Loubain, mi primera mirada fue para el reloj. Tenía que esperar dos horas y diez minutos para el expreso de París.

Me sentí repentinamente cansado como si hubiera hecho diez leguas a pie; luego miré en derredor como si fuera a descubrir en las paredes un modo de matar el tiempo; acto seguido salí de nuevo y me detuve delante de la puerta de la estación, con el espíritu absorbido por el deseo de que se me ocurriera algo que hacer.

La calle, una especie de bulevar plantado de raquíticas acacias, entre dos hileras de casas desiguales y diferentes, de casas de pequeña ciudad, subía hacia una especie de colina; y en el fondo se descubrían unos árboles, como si desembocara en un parque.

De tanto en tanto cruzaba la calle un gato, saltando ágilmente los arroyos. Un perrito presuroso olisqueaba el pie de todos los árboles en busca de restos de comida. No se veía un alma.

Me entró un lúgubre desaliento. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Pensaba ya en la interminable e inevitable espera en el cafetucho de la estación, delante de una cerveza imbebible y del ilegible periodicucho local, cuando descubrí un cortejo fúnebre que doblaba por una calle lateral para tomar por aquella en la que yo me encontraba.

El ver el coche fúnebre fue un alivio para mí. Eran al menos diez minutos ganados.

Pero de pronto mi atención se redobló. El cortejo del muerto estaba formado únicamente por ocho señores, uno de los cuales lloraba. Los otros charlaban amigablemente. No lo acompañaba ningún sacerdote. Pensé: «Un entierro civil», pero acto seguido reflexioné que en una ciudad como Loubain debía de haber un centenar al menos de librepensadores que se habrían sentido obligados a dejarse ver. ¿Qué era, entonces, aquello? El paso rápido del cortejo indicaba inequívocamente que el muerto era enterrado sin ceremonias y, por tanto, sin oficios religiosos.

Mi ociosa curiosidad se lanzó a las más enrevesadas hipótesis; pero, cuando el coche fúnebre pasaba por delante de mí, se me ocurrió una idea extravagante: seguir a los ocho señores. Al menos así tendría ocupada una hora, y eché a andar, con aire triste, detrás de los otros.

Los dos últimos volvieron la cabeza con asombro, luego se dijeron algo en voz baja. Sin duda se preguntaban si era yo de la ciudad. Luego consultaron a los dos de delante, que se pusieron a su vez a mirarme. Esta atención inquisitiva me incomodaba, y, para acabar con ella, me acerqué a los dos señores más próximos a mí. Tras saludarles, dije:

—Perdonen, caballeros, que les interrumpa. Pero al ver un entierro civil me he apresurado a seguirlo sin conocer siquiera al difunto al que acompañan.

—Es una difunta —dijo uno de aquellos dos señores.

Me quedé sorprendido y pregunté:

—Pero es un entierro civil, ¿no?

El otro señor, que evidentemente deseaba informarme, tomó la palabra:

—Sí y no. El clero nos ha prohibido la entrada en la iglesia.

Esta vez se me escapó un «¡Ah!» de asombro. No comprendía ya nada.

Mi servicial acompañante me susurró en voz baja:

—¡Oh!, es una larga historia. Esta joven se ha quitado la vida, y ésta es la razón por la que no se le ha podido hacer un entierro religioso. Ese que llora, ¿lo ve?, el primero, es el marido.

Entonces dije, dudando:

—Me parece asombroso lo que dice, caballero, y me interesa sobremanera. ¿Sería una indiscreción pedirle que me contara esta historia? Si le molesta, hágase cuenta de que no le he dicho nada.

El señor me tomó del brazo con familiaridad:

—No me molesta en absoluto. Sí, quedémonos un poco atrás. Le prevengo de que se trata de una historia muy triste. Tenemos todo el tiempo antes de llegar al cementerio, cuyos árboles ve allí arriba, pues la subida es dura.

Y comenzó:

*

Sepa que esta joven, la señora Paul Hamot, era hija de un rico comerciante de la región, el señor Fontanelle. De niña, a la edad de once años, tuvo una experiencia terrible: un criado abusó de ella. Poco faltó para que muriese, desgarrada por ese miserable al que su misma brutalidad delató. Hubo un espantoso proceso, que reveló que desde hacía tres meses la pobre mártir era víctima de las prácticas vergonzosas de ese bruto, que fue condenado a trabajos forzados de por vida.

La niña creció, marcada por la infamia, aislada, sin compañía; los adultos apenas si la besaban, como si rozar su frente fuera a ensuciar sus labios.

Se había convertido en la ciudad en una especie de monstruo, en un fenómeno. Se decía en voz baja: «La pequeña Fontanelle, ya sabe…». Por la calle todos se daban la

vuelta cuando ella pasaba. No se encontraban siquiera criadas para acompañarla de paseo, pues las de las otras familias se mantenían alejadas, como si emanase de la muchacha un contagio que pudiera infectar a cualquiera que se le acercase.

Daba pena ver a esa pobre pequeña por los patios a los que van a jugar los niños por las tardes. Se estaba allí sola, de pie junto a la criada, mirando tristemente a los demás niños que se divertían. A veces, cediendo al irresistible deseo de mezclarse con ellos, se acercaba tímida y con actitud temerosa, y se metía en un grupo con paso furtivo, como si fuera consciente de su indignidad. Pero al punto acudían, de todos los bancos, madres, criadas, tías, que cogían de la mano a las pequeñas confiadas a su custodia, llevándoselas brutalmente con ellas. La pequeña Fontanelle se quedaba aislada, perdida, sin entender nada; y se echaba a llorar, con el corazón roto de dolor. Sollozando, corría a ocultar su rostro en el delantal de su criada.

Creció; fue peor aún. Las muchachas eran obligadas a apartarse de ella como de una apestada. Pues piense que esta joven no tenía ya nada que aprender, nada; que no tenía ya derecho a la simbólica flor de azahar; que había penetrado, casi antes de saber leer, en el temible misterio que las madres apenas si dejan entrever, temblando, sólo el día de la boda.

Cuando pasaba por la calle, acompañada de su ama de llaves, como si no se la perdiera de vista ante el continuo temor a una nueva y terrible aventura, cuando pasaba por la calle, digo, siempre con los ojos gachos por la misteriosa vergüenza que sentía pesar sobre ella, las otras muchachas, menos ingenuas de lo que pueda creerse, la miraban de reojo, cuchicheando y riéndose burlonamente, y volviendo inmediatamente la cabeza con aire distraído si por casualidad ella las miraba.

Apenas si la saludaban. Sólo unos pocos hombres levantaban su sombrero. Las madres fingían no verla. Algún granujilla la llamaba «la señora Baptiste», con el nombre del criado que la había ultrajado y destrozado la vida.

Nadie conocía los secretos tormentos de su alma, porque hablaba raras veces y no reía nunca. Sus propios padres parecían incómodos delante de ella, como si le guardaran rencor eterno por una culpa irreparable.

¿Acaso no es cierto que un hombre honesto no daría de buen grado la mano a un forzado salido de la cárcel, aunque fuera su propio hijo? El matrimonio Fontanelle trataba a su hija como lo habrían hecho con un hijo salido de galeras.

Era hermosa y pálida, alta, delgada, distinguida. Me habría gustado mucho, caballero, de no haber sido por este asunto.

Ahora bien, cuando llegó el nuevo subprefecto, hace unos dieciocho meses, se trajo consigo a su secretario particular, un extraño mozo que, por lo que parece, la había corrido en el Barrio Latino.

Apenas vio a la señorita Fontanelle, se enamoró de ella. Le contaron todo. Él se limitó a responder: «Bah, es precisamente una garantía para el futuro. Prefiero que

sea antes que después. Con esta mujer, dormiré tranquilo».

La cortejó, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Entonces, como era un fresco, hizo unas visitas de boda como si tal cosa. Algunas personas les correspondieron, otras se abstuvieron. Por fin la gente empezaba a olvidar y ella iba ocupando su sitio en la sociedad.

Tengo que decirle que ella adoraba a su marido como si fuera un dios. Piense que le había devuelto la honra, que la había recuperado para la vida de la comunidad, que había desafiado, doblegado a la opinión pública, afrontado las injurias, que, en resumidas cuentas, había llevado a cabo un acto de coraje del que pocos hombres son capaces. Por eso alimentaba ella por él una pasión exaltada y recelosa.

Se quedó encinta y, cuando se supo que estaba en estado, hasta las personas más quisquillosas le abrieron su puerta, como si hubiera sido definitivamente purificada por la maternidad. Es extraño, pero es así…

Todo iba, pues, a pedir de boca, cuando celebramos, el otro día, la fiesta del patrono de la ciudad. El prefecto, rodeado de su estado mayor y de las autoridades, presidía el concurso de rondallas y, tras haber pronunciado su discurso, dio comienzo al reparto de premios imponiendo las medallas que su secretario particular, Paul Hamot, entregaba a los vencedores.

Ya sabe usted que en este tipo de concursos siempre hay celos y rivalidades que hacen perder a la gente el sentido de la mesura.

Todas las señoras de la ciudad se encontraban en el palco.

Cuando le llegó el turno, se adelantó el jefe de la rondalla del pueblo de Mormillon. Su rondalla no había conseguido más que la medalla de bronce. No se puede dar a todos la medalla de plata, ¿no le parece?

Cuando el secretario particular le hizo entrega de la medalla, aquel hombre se la tiró a la cara gritando: «Puedes guardarte la medalla para Baptiste. Es más, deberías darle la de plata, le corresponde igual que a mí».

Un montón de gente rompió a reír. El pueblo no es caritativo ni delicado, y todos los ojos se volvieron hacia esa pobre señora.

—Oh, señor, ¿ha visto usted alguna vez a una mujer volverse loca?

—No.

—Pues bien, ¡nosotros asistimos a ese espectáculo! Ella se levantó y se dejó caer de nuevo en su asiento tres veces seguidas, como si hubiera querido huir y comprendido que no podría cruzar por entre toda aquella multitud que la rodeaba.

Una voz entre el público gritó de nuevo: «¡Oh, señora Baptiste!». Se desencadenó una algazara en la que se mezclaban la alegría y la indignación.

Aquello era un pandemónium, un tumulto; todas las cabezas se meneaban. Repetían la palabra; se alzaban para ver la cara que ponía la pobre desgraciada;

algunos maridos levantaban a sus mujeres en brazos para enseñársela; la gente preguntaba: «¿Cuál, la de azul?». Los chiquillos lanzaban gallitos; estallaban carcajadas aquí y allá.

Ella no se movía ya, enloquecida, en su asiento de ceremonia, como si hubiera sido colocada allí para ser exhibida al público. No podía ni desaparecer, ni moverse, ni ocultar su rostro. Parpadeaba sin cesar, como si una gran luz le quemara los ojos; y jadeaba como un caballo que sube una cuesta.

Rompía el corazón verla.

El señor Hamot había agarrado de la garganta a ese grosero personaje, y habían rodado por tierra en medio de un tumulto espantoso.

Se interrumpió la ceremonia.

Una hora después, cuando los Hamot volvían a casa, la joven, que no había dicho aún una palabra desde la afrenta, pero que temblaba como si un resorte le hubiera hecho bailar todos los nervios, saltó de pronto el pretil del puente sin que a su marido le diera tiempo a retenerla, tirándose al río.

El agua es profunda debajo de los arcos. Se requirieron dos horas para repescarla; muerta, naturalmente.

*

El narrador guardó silencio. Luego añadió:

—Quizá era lo mejor que podía hacer en su situación. Hay cosas que no se borran. Ahora comprenderá por qué el párroco le ha negado su entrada en la iglesia. ¡Oh!, si se hubiera celebrado el funeral religioso, habría asistido toda la ciudad. Pero comprenderá usted que, con el suicidio que venía a añadirse a la otra historia, las familias se han abstenido; y, además, aquí es muy difícil celebrar un funeral sin sacerdotes.

Franqueamos la puerta del cementerio. Muy conmovido, esperé a que hubieran descendido el féretro en la fosa para acercarme al pobre joven sollozante, y le di un fuerte apretón de manos.

Me miró asombrado, entre las lágrimas, y acto seguido dijo:

—Gracias, caballero.

Y yo no lamenté haber seguido ese cortejo.

MI MUJER*

Ocurría esto al final de una comida entre viejos amigos, todos casados, que se reunían ocasionalmente sin sus mujeres, en plan de solteros, como antaño. Comían durante largas horas, bebían mucho; hablaban de todo, sacando a relucir viejos y alegres recuerdos, esos gratos recuerdos que, a pesar de uno, hacen sonreír los labios y estremecerse el corazón. Decían:

—¿Te acuerdas, Georges, de nuestra excursión a Saint-Germain con esas dos chavalas de Montmartre?

—¡Pues claro! ¡Cómo no me voy a acordar!

Y se recuperaban detalles, esto y lo otro, mil cosillas que todavía agradaba recordar hoy.

Se pusieron a hablar del matrimonio y todos dijeron con tono sincero:

—¡Ah, si uno pudiera empezar de nuevo!

Georges Duportin agregó:

—Es realmente extraordinaria la facilidad con que se cae. Estás firmemente decidido a no casarte nunca; pero luego en un día de primavera sales al campo; hace calor; se anuncia un buen verano; los prados están floridos; conoces a una chica en casa de unos amigos…, y ¡zas!, la cosa está hecha. Vuelves a casa casado.

Pierre Létoile exclamó:

—¡Es cierto! Es justo lo que me pasó a mí; sólo cambian los detalles…

Su amigo le interrumpió:

—Tú no puedes quejarte. Tienes la mujer más encantadora del mundo, hermosa, amable, perfecta; sin duda eres el más feliz de todos nosotros.

El otro dijo:

—No es mérito mío.

—¿Cómo es eso?

—Es verdad que tengo una mujer perfecta; pero me casé con ella a pesar mío.

—Vamos, pero ¿qué dices?

*

Sí… He aquí como sucedió la cosa. Tenía yo treinta y cinco años, y no pensaba en casarme más de lo que pudiera hacerlo en colgarme. Las chicas me parecían insulsas y a mí me encantaba divertirme.

Me invitaron, en el mes de mayo, a la boda de mi primo Simon d'Erabel, en Normandía. Fue una auténtica boda normanda. Nos sentábamos a la mesa a las cinco de la tarde, y a las once seguíamos comiendo. Me habían emparejado para la circunstancia con una tal señorita Dumoulin, hija de un coronel retirado, una joven rubia, de aire militar, de buena figura, atrevida y parlanchina. Me absorbió por completo durante todo el día, me llevó a un parque, me hizo bailar, quieras que no, en fin, me dejó medio muerto.

Yo me decía: «Por hoy pase, pero mañana me largo. Ya tengo bastante».

A eso de las once las mujeres se retiraron a sus aposentos; los hombres se quedaron a fumar y a beber, o si preferís, a beber fumando.

Por la ventana abierta se veía el baile popular. Rústicos y rústicas saltaban formando rueda mientras vociferaban un motivo de baile salvaje que era acompañado débilmente por dos violinistas y un clarinete situados sobre una gran mesa de cocina que hacía de tablado. A veces el tumultuoso canto de los campesinos ahogaba por completo el sonido de los instrumentos; y la tenue música desgarrada por las voces desencadenadas parecía caer del cielo a trocitos, en fragmentos de unas pocas notas dispersas.

Dos grandes barricas, rodeadas de unas antorchas llameantes, aprovisionaban de bebida a la multitud. Dos hombres enjuagaban los vasos o las jarras para ponerlas de inmediato debajo de la espita de la que manaba el hilo rojo del vino o el hilo de oro de la sidra pura; y los bailarines sedientos, los viejos tranquilos, las muchachas sudorosas se apretujaban, alargaban los brazos para coger a su vez un vaso cualquiera y beberse a grandes tragos, con la cabeza echada hacia atrás, el líquido que preferían.

En una mesa había pan, mantequilla, quesos y salchichas; y de cuando en cuando la gente se acercaba allí a tomar un bocado; y, bajo un firmamento iluminado de estrellas, era un gusto ver aquella sana y desmadrada fiesta, y daban ganas de beber del vientre de aquellos grandes toneles y de comer el pan duro con mantequilla y una cebolla cruda.

Me entraron unas ganas locas de participar de aquellas diversiones y dejé a mis compañeros. Debo confesar que quizá estaba un poco achispado; pero no tardé en estarlo del todo.

Había tomado de la mano a una robusta campesina jadeante y la hice saltar y saltar hasta quedar sin aliento.

Luego me tomé un vaso de vino y cogí a otra moza recia. Acto seguido para refrescarme, me trinqué una jarra llena de sidra y reanudé los saltos como un poseído. Yo era ágil; los mozos, embelesados, me contemplaban tratando de imitarme; las

chicas querían bailar todas conmigo y saltaban pesadamente con la elegancia propia de unas vacas.

Finalmente, de baile en baile, entre vaso de vino y jarra de sidra, a las dos de la mañana estaba tan borracho que no me sostenía de pie.

Pero tomé conciencia del estado en que me encontraba y quise volver a mi habitación. La casa de campo, oscura y silenciosa, estaba sumida en el sueño.

No tenía cerillas y todo el mundo se había acostado. Apenas estuve en el vestíbulo, me sentí mareado; me costó lo mío encontrar el pasamano; finalmente, andando a tientas, di con él por casualidad y me senté en el primer peldaño de la escalera, tratando de poner un poco de orden en mis ideas.

Mi habitación estaba en la segunda planta, tercera puerta a la derecha. Menos mal que me acordaba. Alentado por este recuerdo, me levanté de nuevo, no sin esfuerzo, y empecé la ascensión, escalón a escalón, con las manos soldadas a los barrotes de hierro a fin de no caer, y con la idea fija de no hacer ruido.

Sólo tres o cuatro veces erré el paso y me caí de rodillas; pero gracias a la fuerza de mis brazos y a una tenaz voluntad, evité un completo batacazo.

Por fin llegué a la segunda planta y enfilé por el pasillo tanteando las paredes. Encontré una puerta y conté «Una», pero un repentino mareo me obligó a dejar la pared y a hacer una extraña pirueta que me arrojó contra el tabique opuesto. Quise retomar la línea recta. La travesía fue larga y difícil. Por fin reencontré la subida, que de nuevo empecé a seguir con prudencia; y di con otra puerta. Para cerciorarme de que no me equivocaba, conté otra vez en voz alta: «Dos», y reanudé mi marcha. Acabé por encontrar la tercera. Dije: «Tres, es la mía» y di la vuelta a la llave en la cerradura. La puerta se abrió. No obstante mi estado, pensé: «Si se abre, es que es mi habitación». Y me adentré en la oscuridad, tras haber cerrado despacito. Choqué con algo blando: mi tumbona. Me dejé caer enseguida en ella.

En mi estado no debía empeñarme en buscar la mesilla de noche, la vela, las cerillas; me habría llevado dos horas por lo menos, y habrían sido necesarias otras tantas para quitarme la ropa, y tal vez no lo hubiera conseguido. Renuncié, pues.

Tan sólo me quité los botines; me desabroché el chaleco que me estrangulaba, me desceñí el pantalón y me dormí como un tronco.

Debí de dormir largas horas, sin duda.

Me despertó bruscamente una voz vibrante que decía, muy cerca de mí: «Pero ¡cómo!, perezosa, ¿todavía estás acostada? Son las diez, ¿sabes?».

Una voz de mujer respondió: «¡Ya! Estaba muy cansada de ayer».

Yo me preguntaba con estupefacción qué quería decir este diálogo. ¿Dónde estaba? ¿Qué había hecho? Mi espíritu flotaba envuelto aún en una densa nube.

La primera voz prosiguió: «Voy a descorrer las cortinas».

Y oí unos pasos acercarse a mí. Me enderecé para sentarse, sintiéndome

completamente perdido. Entonces una mano se posó sobre mi cabeza. Hice un brusco movimiento. La voz preguntó enérgicamente: «¿Quién es usted?». Naturalmente, me abstuve de responder. Dos manos furiosas me aferraron. También yo agarré a alguien y se inició una terrible pugna. Rodamos por los suelos, derribando algunos muebles, golpeándonos contra las paredes.

La voz femenina daba espantosos alaridos: «¡Socorro! ¡Auxilio!».

Acudieron criados, vecinos, señoras asustadas. Abrieron los postigos, descorrieron las cortinas. ¡Me estaba zurrando con el coronel Dumoulin!

Había dormido junto a la cama de su hija.

Una vez que nos hubieron separado, me fui a escape a mi habitación, aturdido por el estupor. Me cerré con llave, me senté, con los pies sobre una silla porque había dejado los botines en la habitación de la muchacha. Oía un gran ruido en toda la casa de campo, puertas que se abrían y cerraban, murmurar de voces, pasos rápidos.

Al cabo de media hora llamaron a mi puerta. «¿Quién es?», grité. Era mi tío, el padre del novio de la víspera. Abrí.

Estaba pálido y furioso; me habló con dureza: «Te has comportado, en mi propia casa, como un grosero, ¿entendido?». Y añadió, con tono más benévolo: «¡Mira que dejarte sorprender, imbécil que eres, a las diez de la mañana! Quedarte dormido como un tronco en esa habitación, en vez de irte enseguida…, inmediatamente después».

Exclamé: «Tío, le doy mi palabra de que no ha pasado nada…, estaba borracho y me equivoqué de puerta».

Él se encogió de hombros: «Vamos, no digas tonterías». Alcé la mano: «Se lo juro por mi honor». «Sí, sí, está bien», dijo mi tío. «Es lo que conviene decir.»

Me molesté a mi vez y le conté toda mi malandanza. Él me miraba con ojos como platos, sin saber qué creer.

Luego salió para ir a hablar con el coronel. Supe a continuación que se había formado también una especie de tribunal de madres, al que se sometían las distintas fases de la situación.

Volvió al cabo de una hora, se sentó con aspecto de juez y comenzó diciendo: «Sea como fuere, no veo otra salida a este embrollo que casarte con la señorita Dumoulin».

Di un brinco de espanto: «Ah, no. ¡Esto jamás!».

Preguntó con seriedad: «¿Qué piensas hacer, pues?».

Respondí con simplemente: «Pues… irme, cuando me hayan devuelto mis botines».

Mi tío prosiguió: «Dejémonos de bromas, por favor. El coronel está decidido a saltarte la tapa de los sesos en cuanto te vea. Y ten la seguridad de que no amenaza en vano. Le he hablado de un duelo; me ha respondido:“¡Pero qué duelo ni qué porras, le he dicho que le saltaré la tapa de los sesos!”».

»Examinemos ahora la cuestión desde otro punto de vista.

»O has seducido a la muchacha y, entonces, peor para ti, muchacho, porque no se hacen estas cosas con las chicas.

»O te equivocaste porque, como tú dices, estabas borracho, y peor para ti de nuevo. No hubieras tenido que meterte en una situación tan estúpida.

»En cualquier caso, la reputación de esa pobre muchacha está arruinada, porque nadie creerá en tu explicación de que estabas borracho. La verdadera víctima, la única víctima de esta historia es ella. Piénsalo.

Y se fue, mientras le gritaba a sus espaldas:

«Diga todo lo que quiera, que no me casaré.»

Me quedé solo durante otra hora.

Luego le tocó el turno a mi tía de venirme a ver. Lloró. Hizo uso de todos los razonamientos. Nadie creía en mi error. Era inconcebible que esa joven hubiera olvidado cerrar su puerta con llave en una casa llena de gente. El coronel le había dado una azotaina. Ella sollozaba desde la mañana. Era un escándalo terrible, imborrable. Y la buena de mi tía añadía:

«Pídela en matrimonio. Quizá podamos sacarte de este apuro discutiendo las condiciones de las capitulaciones.»

Esta perspectiva me alivió. Y acepté escribir mi petición.

Una hora después partía de vuelta para París.

Al día siguiente supe que la petición había sido aceptada.

Entonces, en tres semanas, sin que hubiera podido dar con ninguna artimaña, una escapatoria, se publicaron las amonestaciones, se mandaron las participaciones de boda, se firmaron las capitulaciones; y, un lunes por la mañana, me encontré en el coro de una iglesia toda iluminada, junto a la muchacha bañada en lágrimas, después de haber declarado al alcalde que aceptaba tomarla por esposa… hasta que la muerte nos separara.

No la había vuelto a ver, y la observaba de reojo con un cierto estupor malévolo. Tuve que reconocer que no era fea en absoluto. Me decía: «Ésta no va a tener una vida fácil».

Ella no me miró siquiera una vez hasta por la noche, ni me dirigió la palabra.

A eso de medianoche, entré en la cámara nupcial, decidido a darle a conocer mis decisiones, dado que ahora quien mandaba era yo.

La encontré sentada en un sillón, vestida como durante el día, con los ojos enrojecidos y pálido el rostro. Apenas entré, se levantó y vino a mi encuentro muy seria:

«Caballero —me dijo—, estoy dispuesta a hacer lo que usted mande. Si quiere, me quitaré la vida».

Estaba encantadora en esa actitud heroica, la hija del coronel. Le di un beso,

estaba en mi derecho.

Y enseguida me di cuenta de que no había sido estafado.

Llevo cinco años casado; nunca lo he lamentado.

*

Pierre Létoile se calló. Sus compañeros reían. Uno de ellos dijo:

—El matrimonio es una lotería; no se deben elegir nunca los números, los del azar son los mejores.

Y otro añadió, a modo de conclusión:

—Sí, pero no hay que olvidar que el dios de los borrachos ha elegido por Pierre.

LA LOCA*

A Robert de Bonnières

¡Pues, hombre!, dijo el señor Mathieu d'Endolin, a mí las becadas me traen a la memoria un siniestro episodio de la guerra.

Ya conocen ustedes mi propiedad en la zona periférica de Cormeil. Yo vivía allí a la llegada de los prusianos.

Tenía por entonces de vecina a una especie de loca, que había perdido la razón por una serie de desgracias. A sus veinticinco años, perdió en un solo mes a su padre, a su marido y a su hijo recién nacido.

La pobre joven, aniquilada de dolor, se metió en cama, deliró durante seis semanas. A la crisis aguda le siguió una especie de calma postración, y se quedó paralizada, casi sin tomar alimento y moviendo sólo los ojos. Cada vez que querían hacerla levantarse, ella se ponía a gritar como si la matasen. Por lo que la dejaron siempre acostada, sacándola tan sólo de entre las sábanas para asearla y darle la vuelta al colchón.

Tenía siempre a su lado a una vieja criada que de vez en cuando le daba de beber o le hacía masticar un poco de carne fría. ¿Qué pasaba en esa alma desesperada? Nunca se supo, porque dejó de hablar. ¿Pensaba en los muertos? ¿O vivía tristemente ensoñada, sin recuerdos concretos? ¿O bien su mente anulada estaba inmóvil como el agua estancada?

Por espacio de quince años, permaneció así, cerrada e inerte.

Llegó la guerra; y los prusianos entraron en Cormeil en los primeros días de diciembre.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Hacía un frío de helar las piedras; y yo estaba arrellanado en un sillón, inmovilizado por la gota, cuando oí el golpeteo pesado y cadencioso de sus pasos. Por la ventana, les vi pasar.

Desfilaban interminablemente, todos iguales, con su típico movimiento de fantoches. Luego los mandos procedieron al reparto de sus hombres entre los vecinos. A mí me correspondieron diecisiete. A mi vecina, la loca, le tocaron doce, entre ellos un comandante, verdadero militarote, tosco y violento.

Durante los primeros días todo transcurrió normalmente. Le habían dicho al oficial de al lado que la señora estaba enferma; lo cual le trajo sin cuidado. Pero pronto aquella mujer que no se dejaba ver nunca le irritó. Preguntó qué mal tenía; le respondieron que su anfitriona estaba en cama desde hacía quince años a causa de una abrumadora tristeza. Evidentemente no se lo creyó, imaginándose que la pobre demente no quería levantarse por orgullo, por no ver a los prusianos, para no tener que hablar ni rozarse con ellos.

Exigió que le recibiera; le hicieron entrar en su cuarto. Él preguntó en tono brusco:

«Le pido, señora, que se levante, y baje para que la veamos.»

Ella volvió hacia él sus ojos de mirada vagarosa e inexpresiva y no respondió.

Él añadió:

«No tolero insolencias. Si no se levanta de buen grado, ya encontraré la manera de hacerla caminar por sí sola.»

Ella no hizo ni un ademán, inmóvil en todo momento como si no lo viera.

Él se enfureció, tomando aquel calmo silencio por un signo de soberano desprecio; y dijo:

«Si mañana no ha bajado…».

Y salió.

Al día siguiente, la anciana criada, atemorizada, trató de vestirla; pero la loca se puso a dar alaridos y a soltarse. El oficial subió inmediatamente; y la criada se echó a sus pies, exclamando:

«No quiere, señor, no quiere. ¡Perdónela, es muy desgraciada!».

El militar se sentía incómodo porque, pese a su ira, no se atrevía a mandar a sus hombres que la sacaran de la cama por la fuerza. Pero, de repente, se echó a reír y dio algunas órdenes en alemán.

Al poco se vio salir a un destacamento que llevaba un colchón como se lleva a un herido. En aquella cama que no había sido deshecha, siempre silenciosa, ella permanecía tranquila, indiferente a los acontecimientos con tal de que la dejaran seguir acostada. Seguía un soldado que llevaba un hatillo de ropas femeninas.

Y el oficial, frotándose las manos, manifestó:

«Ya veremos si usted puede o no vestirse sola y dar un pequeño paseo».

Se vio al cortejo alejarse hacia el bosque de Imauville.

Dos horas después los soldados regresaron, solos.

La loca no fue vista nunca más. ¿Qué habían hecho con ella? ¿Adónde la habían llevado? Nunca se supo.

Ahora nevaba día y noche, sepultando los campos y los bosques bajo un manto de espuma helada. Los lobos venían a aullar hasta nuestras puertas.

El recuerdo de esa mujer desaparecida me perseguía, e hice varios intentos ante

las autoridades prusianas para tener noticias de ella. Poco faltó para que me fusilaran.

Volvió la primavera. Las tropas de ocupación partieron. La casa de mi vecina seguía estando cerrada; en las alamedas crecían en abundancia los hierbajos.

La vieja criada había muerto durante el invierno. Nadie se preocupaba ya de aquel asunto; sólo yo pensaba en él continuamente.

¿Qué habían hecho de aquella mujer? ¿Había huido a través del bosque? ¿La habían recogido en algún lugar y recluido en un hospital sin poder obtener de ella información alguna? Nada aliviaba mis dudas; pero, poco a poco, el tiempo aplacó la preocupación de mi corazón.

Ahora bien, al otoño siguiente, las becadas pasaron en masa; y, como mi gota me concedía una cierta tregua, me dirigí con dificultad hasta el bosque. Había matado ya cuatro o cinco de aquellas aves de largo pico, cuando abatí una que desapareció dentro de un hoyo lleno de ramas. Me vi obligado a bajar a él para recogerla. Fui a parar al lado de una calavera. Y de repente me asaltó el recuerdo de la loca como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho. Muchos otros habían expirado en aquellos bosques tal vez en aquel año siniestro; pero no sé por qué estaba seguro, os digo, de que reconocí la cabeza de esa pobre maníaca.

Y de repente comprendí, lo intuí todo. La habían abandonado, sobre aquel colchón, en el frío y desierto bosque; y ella, fiel a su idea fija, se había dejado morir bajo el espeso y ligero edredón de nieve y sin mover brazos o piernas.

Luego los lobos la habían devorado.

Y los pájaros habían hecho su nido con la lana de su cama desgarrada.

Conservo esta triste osamenta. Y hago votos para que nuestros hijos no vean nunca más una guerra.

UNA PILLERÍA*

—¿Las mujeres?

—Sí, ¿qué pasa con las mujeres?

—Pues que no hay prestidigitadores más hábiles para pegárnosla en cualquier ocasión, con razón o sin ella, a menudo por el simple gusto de actuar con astucia. Y lo hacen de forma increíblemente sencilla, con una sorprendente audacia y una insuperable sutileza. Y nos la pegan de la mañana a la noche, y todas, hasta las más honestas, las más rectas, las más sensatas.

»Añádase a ello que con frecuencia se ven un poco obligadas a hacerlo. El hombre tiene siempre terquedades de imbécil y antojos de tirano. Un marido, en su casa, impone permanentemente su ridícula voluntad. Está cargado de manías; su mujer las secunda, engañándole. Le hace creer que una cosa cuesta tanto, porque le gritaría si supiera que vale más. Y siempre sabe salirse con la suya de manera tan fácil e ingeniosa que, cuando por casualidad nos damos cuenta, nos quedamos estupefactos. Y decimos, asombrados: «Pero ¿cómo no nos habíamos dado cuenta?».

El hombre que hablaba era un ex ministro del Imperio, el conde de L***, muy disoluto, por lo que se decía, y de espíritu superior.

Un grupo de jóvenes escuchaba.

Prosiguió:

—A mí me la pegó una mujer de medio pelo, de un modo cómico y magistral. Les contaré cómo fue la cosa, para que les sirva de instrucción.

*

Era yo a la sazón ministro de Asuntos Exteriores y todas las mañanas tenía por costumbre dar un largo paseo a pie por los Campos Elíseos. Era el mes de mayo y caminaba aspirando con avidez el buen olor de las primeras hojas.

No tardé en darme cuenta de que me encontraba todos los días a una adorable mujercita, una de esas asombrosas y graciosas criaturas que llevan la marca de fábrica de París. ¿Bonita? Sí y no. ¿Bien hecha? No, más que eso. Su talle era

demasiado delgado, los hombros demasiado rectos, y tenía demasiado pecho; pero yo prefiero esas deliciosas muñecas regordetas al gran costal de huesos de la Venus de Milo.

Y andan, además, a pasitos cortos y muy deprisa de un modo incomparable; y basta un simple estremecimiento de su miriñaque para que el deseo nos corra por las venas. Me parecía que al pasar me miraba. Pero esas mujeres son pura apariencia; y nunca se sabe.

Una mañana la vi sentada en un banco, con un libro abierto en la mano. Me apresuré a sentarme a su lado. Cinco minutos después éramos amigos. A partir de entonces, cada día, tras un alegre saludo risueño: «Buenos días, señora», «Buenos días, señor», nos poníamos a charlar. Me contó que era la mujer de un empleado, y que su vida era triste, escasas sus distracciones, muchas sus preocupaciones, y otras mil cosas.

Le dije quién era, por casualidad y quizá también por vanidad; ella simuló muy bien su asombro.

Al día siguiente vino a verme al Ministerio y volvió tan a menudo que los ordenanzas, que ya la conocían, apenas la veían se susurraban en voz baja el sobrenombre con el que la habían bautizado: «La señora Léon». Léon no es otro que mi nombre de pila.

La vi durante tres meses todas las mañanas, sin que me aburriera ni un segundo, tan bien sabía variar y salpimentar su afecto. Pero un buen día me di cuenta de que tenía los ojos amoratados y relucientes de lágrimas contenidas, que le costaba hablar, perdida en secretas angustias.

Le rogué, le supliqué que me confiara la preocupación de su corazón; y al final ella balbució, temblando:

«Estoy…, estoy embarazada».

Y rompió en sollozos. Yo hice una mueca horrenda, y creo que palidecí, como suele ocurrir al recibir tales noticias. No pueden imaginarse qué desagradable impacto en el pecho produce el anuncio de una paternidad no esperada. Antes o después, lo sabrán. A mi vez, balbucí:

«Pero…, pero… está usted casada, ¿no?».

Respondió:

«Sí, pero mi marido está en Italia desde hace dos meses y aún tardará un tiempo en volver».

Yo quería, al precio que fuese, desentenderme de aquella responsabilidad. Dije:

«Debe reunirse con él de inmediato».

Se puso roja como una amapola y, bajando los ojos, dijo:

«Sí, pero…».

No se atrevió o no quiso terminar la frase.

Había comprendido y le di, con discreción, un sobre que contenía el dinero para los gastos del viaje.

Ocho días después, me mandaba una carta desde Génova. A la semana siguiente recibí una de Florencia. Luego llegaron otras de Livorno, de Roma, de Nápoles. Me escribía: «Estoy bien, amor mío, pero me he puesto horrenda. No quiero que me veas antes de que haya pasado todo, pues dejarías de quererme. Mi marido no ha sospechado nada. Como su misión le obliga a quedarse largo tiempo aún en este país, no volveré a Francia hasta después de haber dado a luz».

Al cabo de aproximadamente ocho meses recibí de Venecia esta única frase: «Es un varón».

Algún tiempo después, entró de improviso en mi despacho, más lozana y graciosa que antes, y se arrojó en mis brazos.

Y se reanudó nuestro viejo cariño.

Yo dejé el Ministerio; ella vino a mi palacete de la rue de Grenelle. Me hablaba a menudo del niño, pero yo no le prestaba atención; no era asunto mío. De vez en cuando le entregaba una bonita suma, limitándome a decir: «Ingresa esto en el banco para él».

Pasaron otros dos años y ella estaba cada vez más empeñada en darme noticias del pequeño, «de Léon». A veces lloraba: «¡No le quieres…, te niegas a verle…, si supieras la pena que ello me da!».

Finalmente, tanto me insistió que un buen día le prometí ir al siguiente a los Campos Elíseos, a la hora en que se lo llevaba de paseo.

Pero, cuando me disponía a salir, me detuvo un temor. El hombre es débil y necio; ¿quién sabe qué pasaría en mi corazón? ¿Y si empezaba a querer a esa criatura nacida de mí? ¡A mi hijo!

Me había puesto ya el sombrero y tenía los guantes en la mano. Tiré los guantes sobre el escritorio y el sombrero sobre una silla: «No, será mucho mejor que no vaya».

Se abrió la puerta. Entró mi hermano. Me alargó una carta anónima recibida esa misma mañana: «Avise al conde de L***, su hermano, de que la mujercita de la rue Cassette se burla descaradamente de él. Que se informe acerca de ella».

Nunca había dicho nada a nadie de ese viejo amorío. Me quedé estupefacto y le conté la historia a mi hermano de punta a cabo. Y añadí: «No quiero ocuparme de ello, y te estaré agradecido si vas tú». Tras salir mi hermano, pensé: «¿De qué manera puede haberme engañado? ¿Tiene otros amantes? ¡Qué me importa! Es joven, lozana y graciosa, no le pido más. Parece que me quiere y, a fin de cuentas, no me sale excesivamente cara. La verdad, no lo comprendo».

Mi hermano no tardó en regresar. En la policía, le habían informado perfectamente en cuanto al marido. «Empleado en el Ministerio del Interior, correcto,

de buena reputación, bienpensante, pero casado con una mujer muy agraciada, cuyos gastos parecían un tanto excesivos para su modesta condición.» Eso era todo.

Ahora bien, tras haberla buscado mi hermano en su domicilio y enterarse de que había salido, hizo hablar a la portera, a precio de oro:

—La señora D… es una muy buena mujer, y su marido un hombre buenísimo, no son orgullosos, ni ricos, pero sí generosos.

Mi hermano preguntó, por decir algo:

«¿Y el niño cuántos años tiene ahora?».

«Ella no tiene ningún hijo, señor…»

«Pero ¡cómo! El pequeño Léon…»

«No, caballero, está usted en un error.»

«El que nació durante su viaje a Italia, hará cosa de dos años…»

«No ha estado nunca en Italia, caballero, en los cinco años que lleva viviendo aquí no ha dejado nunca su casa.»

Mi hermano, sorprendido, la había interrogado, sondeado de nuevo, llevando lo más lejos posible sus indagaciones. De niño nada, y tampoco de viaje.

Yo estaba muy asombrado, pues no comprendía el propósito último de toda aquella comedia.

—Quiero cerciorarme —dije—. Voy a pedirle que venga aquí mañana. La recibirás tú en mi lugar; si me ha engañado, dale estos diez mil francos y que desaparezca de mi vista. Comienzo realmente a estar harto de ella.

Cuesta de creer, pero el día antes estaba disgustado de tener un hijo de esa mujer y ahora estaba irritado, humillado y herido de no tenerlo ya. Estaba libre, liberado de toda obligación, de toda inquietud; y me sentía furioso.

Al día siguiente, mi hermano la esperó en mi despacho. Ella entró como de costumbre con presteza, corriendo hacia él con los brazos abiertos, y se detuvo en seco al verle.

Saludó y se excusó.

«Le pido perdón, señora, por encontrarme aquí en lugar de mi hermano; pero él me ha encargado que le pida explicaciones, que a él le habría resultado penoso obtener por sí mismo.»

Entonces, mirándola al fondo de los ojos, le dijo bruscamente:

«Sabemos que no tiene usted un hijo de él.»

Tras el primer momento de estupor, ella había recobrado el aplomo, se había sentado y miraba sonriendo a ese juez. Se limitó a responder:

«No, no tengo ningún hijo».

«También sabemos que no ha estado nunca en Italia.»

Esta vez se echó a reír sin empacho.

«No, nunca he estado en Italia.»

Mi hermano, patidifuso, prosiguió:

«El conde me ha encargado que le entregue este dinero y que le diga que todo se ha acabado».

Ella recuperó su seriedad, se metió tan tranquila el dinero en el bolsillo y preguntó con candor:

«Así que… ¿no volveré a ver más al conde?».

«No, señora.»

Pareció contrariada y añadió con un tono calmo:

«Lástima, pues le quería».

Al ver que ella se resignaba tan fácilmente, mi hermano sonrió a su vez y le preguntó:

«Vamos a ver, ahora dígame por qué se inventó usted toda esa larga y complicada artimaña del viaje y del niño».

Ella miró a mi hermano, estupefacta, como si le hubiera hecho una pregunta estúpida, y repuso:

«Ah, esa pillería. ¿Cree usted que una pobre mujer insignificante como yo habría conseguido tener durante tres años al conde de L***, ministro, gran señor, hombre a la moda, rico y seductor, sin hacérsela tragar un poco? Ahora se acabó. Lástima. La cosa no podía durar siempre. Al menos lo conseguí durante tres años. Dele muchos recuerdos de mi parte».

Se levantó. Mi hermano prosiguió:

«Pero… ¿y el hijo? ¿Habría dispuesto de uno para enseñarlo?».

«Por supuesto, el hijo de mi hermana. Ella me lo prestaba. Apostaría a que ha sido ella quien les ha advertido.»

«Y bien, ¿y todas esas cartas de Italia?»

Volvió a sentarse para reír más a sus anchas.

«¡Oh!, esas cartas…, es toda una novela… No por nada el conde era ministro de Asuntos Exteriores.»

«¿Así que…?»

«Es un secreto que me guardo. No quisiera comprometer a nadie.»

Y, despidiéndose con una sonrisa un tanto burlona, salió sin ninguna turbación, como una actriz cuyo papel ha terminado.

*

Y el conde de L*** añadió, a modo de moraleja:

—¡Fíense ustedes de esas lagartas!

LA LEYENDA DEL MONTE SAINT-MICHEL*

La había visto primero desde el Cancale, ese castillo de hadas plantado en el mar. La había visto confusamente, sombra gris erguida en el cielo brumoso.

La volví a ver desde Avranches, a la puesta de sol. La inmensidad de sus arenas era roja, el horizonte rojo, toda la inmensa bahía roja también; en cambio, aislada, la escarpada abadía, encaramada allí arriba, lejos de la tierra, como una fantástica mansión, asombrosa como un palacio de ensueño, increíblemente extraña y bella, aparecía casi negra entre los arreboles purpúreos del día que moría.

Me encaminé hacia ella al día siguiente, al alba, a través de las arenas, con la mirada fija en esa monstruosa gema, tan grande como una montaña, cincelada como un camafeo y vaporosa como una muselina. Cuanto más me acercaba, más aumentaba mi admiración, porque quizá no hay en el mundo nada tan extraordinario y perfecto.

Vagué, sorprendido como si hubiera descubierto la morada de un dios, por aquellas salas sostenidas por unas columnas ligeras o pesadas, por aquellos corredores calados, alzando mis maravillados ojos hacia esos pináculos que semejan cohetes lanzados hacia el cielo y hacia ese inconcebible enmarañamiento de torrecillas, de gárgolas, de ornamentos esbeltos y encantadores, fuegos de artificio de piedra, encaje de granito, grandiosa y delicada obra maestra de arquitectura.

Mientras estaba allí extasiado, un campesino de la Baja Normandía se me acercó para contarme la historia de la gran disputa entre san Miguel y el diablo.

Un escéptico genial dijo: «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, pero el hombre le ha pagado con la misma moneda».[1]

Es una frase de una eterna verdad y sería muy interesante escribir, para cada continente, la historia de las divinidades locales y, para cada una de nuestras provincias, la de sus santos patronos. El negro tiene ídolos feroces, devoradores de hombres; el musulmán polígamo llena de mujeres su paraíso; los griegos, gente práctica, habían divinizado todas las pasiones.

Cada pueblo de Francia está puesto bajo la advocación de un santo patrón, modelado a imagen y semejanza de sus habitantes.

San Miguel vela por la Baja Normandía, san Miguel, el ángel radiante y

victorioso, que empuña la espada flamígera, el héroe del cielo, el triunfador, el dominador de Satán.

Pero he aquí como el habitante de la Baja Normandía, astuto, cauteloso, burlón y trapacero, entiende y cuenta la lucha del gran santo contra el diablo.

Para ponerse al abrigo de las maldades de su vecino, el demonio, san Miguel había construido con sus propias manos, en pleno océano, aquella morada digna de un arcángel; de hecho, sólo un santo como él podía hacerse semejante residencia.

Pero, como seguía temiendo las asechanzas del maligno, rodeó su propiedad de arenas movedizas más pérfidas que el mismo mar.

El diablo vivía en una humilde choza, en la costa; pero poseía las praderas bañadas por el agua salada, las bonitas tierras feraces donde se dan las fértiles cosechas, los valles ricos y las fecundas laderas de toda la región; mientras que el santo sólo reinaba sobre las arenas. De manera que Satanás era rico y san Miguel pobre como un desarrapado.

Tras algunos años de ayuno, el santo, cansado de aquella situación, pensó en llegar a un acuerdo con el diablo; pero la cosa no se presentaba nada fácil, pues Satanás estimaba en mucho sus cosechas.

Reflexionó, pues, durante seis meses; luego, una mañana, se encaminó hacia tierra. Estaba el demonio tomando las sopas delante de su puerta cuando vio al santo; corrió enseguida a su encuentro, besó su bocamanga, le hizo entrar y le invitó a tomar algo fresco.

Tras haberse tomado un cuenco de leche, san Miguel tomó la palabra:

—He venido para proponerte un buen negocio.

El diablo, cándido y sin desconfianza, respondió:

—Eso me interesa.

—Se trata de lo siguiente. Me cederás todas tus tierras.

Satanás, inquieto, quiso hablar.

—Pero…

El santo prosiguió:

—Primero escucha. Me cederás todas tus tierras. Yo me encargaré de su mantenimiento, del trabajo, de la labranza, de la siembra, de abonar, en fin, de todo, y nos repartiremos la cosecha a medias. ¿Qué te parece?

El diablo, de natural perezoso, aceptó.

Sólo pidió aparte algunos de los deliciosos salmonetes que se pescan alrededor del solitario monte. San Miguel se los prometió.

Se dieron la mano, escupieron a un lado en señal de que el negocio estaba sellado y el santo añadió:

—Escucha, no quiero que tengas quejas de mí. Elige lo que prefieras: la parte de la cosecha que se dé sobre la tierra o la parte que se dé bajo tierra.

Satanás exclamó:

—Elijo la que se dé sobre la tierra.

—De acuerdo —dijo el santo.

Y se fue.

Cuando llegó la primavera siguiente, en la inmensa propiedad del diablo no se veían más que zanahorias, nabos, cebollas, achicorias, todas las plantas cuyas raíces grasas son buenas y sabrosas, y cuyas inútiles hojas sirven a lo sumo como forraje para los animales.

Satanás no recibió nada y quiso romper el trato, acusando a san Miguel de «malicia».

Pero el santo le había tomado gusto al cultivo de la tierra; volvió para ver al diablo:

—Te aseguro que no fue algo premeditado; la cosa salió así y yo no tengo ninguna culpa. Pero, para resarcirte, este año te propongo que te quedes con todo lo que se produzca bajo tierra.

—Me interesa —dijo Satanás.

A la primavera siguiente, toda la extensión de tierras del Espíritu del Mal estaba cubierta de frondosos trigales, de avena de unos granos gruesos como campánulas, de lino, de una magnífica colza, de rojos tréboles, de guisantes, de coles, de alcachofas, de todo lo que, grano o fruto, madura al sol.

Tampoco esta vez Satanás recibió nada y se puso hecho una furia.

Recuperó prados y campos y no escuchó ninguna otra oferta de su vecino.

Pasó un año entero. Desde lo alto de su solitaria mansión san Miguel contemplaba la tierra lejana y fecunda y veía al diablo dirigir las labores, recolectar las cosechas, trillar el trigo. Estaba rabioso, exasperándose de impotencia. Al no poder volver a engatusar a Satanás, decidió vengarse y fue a invitarle para el lunes siguiente.

—No has tenido suerte en los negocios conmigo —le dijo—, lo sé; pero no quiero que me guardes rencor y te pido que vengas a comer conmigo. Te prepararé cosas buenas.

Satanás, tan comilón como perezoso, aceptó al punto. El mencionado día se puso sus mejores galas y emprendió camino hacia el Monte.

San Miguel le hizo sentarse a una magnífica mesa. De entrante le sirvió un *vol-au-vent* de crestas y menudillos de gallo, con albondiguillas de carne de longaniza, luego dos grandes salmonetes a la crema, a continuación un pavo blanco relleno de castañas confitadas en vino, al que siguió una pierna de cordero cebado, tierno como un pastel; luego unas legumbres que se fundían en la boca y una buena torta recién salida del horno, que humeaba difundiendo un aroma a mantequilla.

Bebieron sidra pura, espumosa y dulzona, y vino tinto y espiritoso, y, tras cada plato, se tomaban una copita de un aguardiente añejo de manzanas.

El diablo bebió y comió como una lima, tanto y tan bien que se le aflojaron los esfínteres.

Entonces san Miguel, alzándose con su físico imponente, exclamó con voz tonante:

—¡En mi presencia! ¡En mi presencia, canalla! Te atreves…, en mi presencia…

Satanás, espantado, salió huyendo, y el santo, tras coger un garrote, le persiguió.

Corrían por las salas de la planta baja, dando vueltas alrededor de las pilastras, subiendo escaleras aéreas, galopando por las cornisas, saltando de gárgola en gárgola. El pobre demonio, que se sentía morir, huía, ensuciando la morada del santo. Hasta que finalmente se encontró en la última terraza, en lo más alto de todo, desde donde se divisa la inmensa bahía con sus poblaciones lejanas, sus arenas y sus pastos. No tenía ya escapatoria; el santo le propinó un fuerte puntapié en las posaderas, lanzándole como una bala a través del espacio.

Voló por los aires como una jabalina y fue a caer pesadamente delante de la ciudad de Mortain. Los cuernos de su frente y las garras de sus miembros penetraron profundamente en la roca, que conserva para la eternidad las huellas de la caída de Satanás.

Se levantó cojeando, lisiado hasta la consumación de los siglos; y, mirando de lejos el Monte fatal, recto como una aguja en la luz del ocaso, comprendió que siempre sería vencido en aquella lucha desigual, y se fue arrastrando la pierna, dirigiéndose hacia países lejanos y dejando a su enemigo sus campos, sus laderas, sus valles y sus prados.

He aquí de qué manera san Miguel, patrono de Normandía, derrotó al demonio.

Otro pueblo habría imaginado de otro modo esta lucha.

LOS ZUECOS*

A Léon Fontaine

El viejo párroco farfullaba las últimas palabras de su sermón por encima de las blancas tocas de las campesinas y de los cabellos hirsutos o engominados de los labradores. Las grandes cestas de las granjeras llegadas de lejos para oír misa estaban colocadas en el suelo a su lado; y el pesado calor de un día de julio hacía que se desprendiera de todo el mundo un olor a ganado, a husmo de rebaño. Los cantos de los gallos entraban por la gran puerta abierta, así como los mugidos de las vacas echadas en un campo cercano. A veces un soplo de aire cargado de aromas de los campos penetraba por la puerta y, levantando a su paso los largos cintajos de los tocados, hacía vacilar sobre el altar las llamitas amarillentas de los cabos de los cirios… «Hágase la voluntad de Dios. Amén», decía el cura. Luego se calló, abrió su libro de rezos y se puso, como cada semana, a hacer las acostumbradas recomendaciones a sus fieles sobre los pequeños asuntos privados de la comunidad. Era un anciano de blanco cabello que estaba al cargo de la parroquia haría pronto cuarenta años, y se servía de la predicación para comunicarse de modo familiar con sus feligreses.

Prosiguió:

—Recomiendo a vuestras oraciones a Désiré Vallin, que está muy enferma y también a la Paumelle, para que se recupere pronto del parto.

No le venía a la mente nada más; buscó las hojitas metidas en un breviario. Por fin encontró dos y continuó:

—Los mozos y las mozas no deben seguir yendo al cementerio por la tarde, como hacen actualmente, porque me veré obligado a dar cuenta de ello al guardia rural. El señor Césaire Omont desearía encontrar a una muchacha honesta para que le sirva. —Tras otro momento de reflexión, añadió—: Es todo, hermanos, ésta es la gracia que os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y bajó del púlpito para terminar su misa.

Una vez que los Malandain hubieron regresado a su casucha, la última de la aldea de

la Sablière, a la vera del camino de Fourville, el padre, un viejo campesino, bajito, enjuto y arrugado, se sentó a la mesa y, mientras su mujer descolgaba la olla y su hija Adélaïde sacaba del aparador los vasos y los platos, dijo:

—Quizá esta colocación en casa del señor Omont no sería mala cosa, pues es viudo, no se lleva bien con su nuera, está solo y tiene dinero. Quizá haríamos bien mandándole a Adélaïde.

La mujer dejó sobre la mesa la olla renegrida, levantó la tapa, y, mientras subía al techo un vaho de sopa olorosa a col, reflexionó.

Él prosiguió:

—Dinero tiene, eso seguro. Pero tendría que ser un poco espabilada, y Adélaïde no lo es ni pizca.

Dijo entonces la mujer:

—No cuesta nada probar. —Y, volviéndose hacia su hija, una mocetona de aire ingenuo, cabellos rubios, mejillas regordetas y coloradas como la piel de las manzanas, exclamó—: ¿Has oído, tontorrona? Irás a ver al señor Omont para ofrecerte como sirvienta, y deberás hacer todo lo que él te mande.

La muchacha se echó a reír neciamente y no respondió. Luego los tres se pusieron a comer.

Al cabo de diez minutos, el padre continuó diciendo:

—Escucha lo que voy a decirte, hija mía, y trata de no echarlo en saco roto…

Le expuso con calma y minucia toda una regla de comportamiento, previendo los más mínimos detalles y preparándola para la conquista del viejo viudo en malos términos con la familia.

La madre había dejado de comer para escuchar y estaba con el tenedor en suspenso, mirando ya al marido, ya a la hija, mientras seguía con concentrada y silenciosa atención la lección.

Adélaïde permanecía inerte, con la mirada perdida y vaga, dócil y estúpida.

En cuanto hubieron terminado de comer, la madre le hizo ponerse su gorro, y salieron las dos para ir a ver al señor Césaire Omont. Vivía éste en una especie de pequeño chalecito de ladrillo adosado a los edificios de la explotación agrícola ocupados por sus colonos. Pues él se había retirado de la gestión directa para vivir de rentas.

Rondaba los cincuenta y cinco años; era gordo, jovial y brusco, como buen ricachón. Reía y vociferaba tan fuerte que parecía que fueran a venirse abajo las paredes, se tomaba vasos llenos de sidra y aguardiente y se le tenía por calenturiento, pese a sus años.

Le gustaba pasear por los campos, con las manos tras la espalda, hundiendo sus zuecos de madera en la tierra feraz, mientras examinaba cómo despuntaba el trigo o florecía la colza, con ojo de entendido que disfruta con ello, pero manteniéndose al

margen.

Decían de él: «Es un bendito, aunque se levante algunos días con el pie izquierdo».

Recibió a las dos mujeres, con la panza sobre la mesa, mientras se terminaba el café. Echándose sobre el respaldo de la silla, preguntó:

—¿Qué desean ustedes?

Habló la madre:

—Vengo a ofrecerle los servicios como sirvienta de nuestra hija Adélaïde, según lo dicho por el señor cura esta mañana.

El señor Omont miró de arriba abajo a la muchacha y, de repente, dijo:

—¿Cuántos años tiene el pichoncito?

—Cumplirá veinte para San Miguel, señor Omont.

—Está bien; le daré quince francos mensuales, alojamiento y comida. La espero mañana para hacer las sopas a primera hora.

Y despidió a las dos mujeres.

Adélaïde asumió sus funciones al día siguiente y se puso a trabajar duro, sin decir una palabra, como hacía en casa de sus padres.

A eso de las nueve, mientras limpiaba los cristales de la cocina, el señor Omont la llamó:

—¡Adélaïde!

Ella acudió presurosa.

—Aquí me tiene, amo.

Cuando la tuvo delante, con las manos enrojecidas y descuidadas, la mirada turbia, declaró:

—Óyeme, quiero dejar las cosas bien claras entre nosotros. Tú eres mi sirvienta, pero nada más, ¿entendido? No pienses que vamos a mezclar nuestros zuecos.[1]

—Sí, amo.

—Cada uno en su sitio, hija mía, tú en la cocina y yo en mi salita. Aparte de esto, todo es de los dos por igual. ¿De acuerdo?

—Sí, amo.

—Muy bien, vuelve a tu trabajo.

Y ella reanudó sus faenas domésticas.

A mediodía llevó la comida del señor a la salita revestida de papel pintado, y luego, con las sopas ya en la mesa, fue a avisar al señor Omont.

—Ya se las he servido, amo.

Él entró, se sentó, miró a su alrededor, desplegó su servilleta, dudó un segundo y luego, con voz tonante, llamó:

—¡Adélaïde!

Ella se presentó, espantada. Él gritó como si fuera a asesinarla.

—Pero bueno, ¡rediez!…, ¿y tu sitio cuál es?

—Pero…, amo…

Él vociferaba:

—No me gusta comer solo, ¡rediez!… O te sientas aquí o ahí tienes la puerta. Corre a buscarte un plato y un vaso.

Aterrada, ella se trajo su cubierto, balbuceando:

—Aquí me tiene, amo.

Y se sentó enfrente de él.

Entonces él se volvió jovial; trincaba, descargaba puñetazos sobre la mesa, contaba historias que ella escuchaba con los ojos gachos, sin atreverse a decir ni pío.

De vez en cuando se levantaba para ir a buscar pan, sidra, platos.

Al traer el café, puso una sola taza delante de él, que se enfureció de nuevo y gruñó:

—Bien, ¿y para ti?

—Yo no tomo, amo.

—¿Y por qué no tomas?

—Porque no me gusta.

Entonces él estalló de nuevo:

—Pues a mí no me gusta tomarme solo el café, ¡rediez!… Si no quieres tomarlo, ahí tienes la puerta, maldita sea… Ve a buscarte una taza y deprisa.

Ella fue a buscar una taza, se volvió a sentar, probó el negro líquido, hizo una mueca, pero, ante la mirada enfurecida del amo, se lo tragó todo. Luego tuvo que beber la primera copita de aguardiente de después del café, la segunda y la espuela.

Luego el señor Omont la despidió:

—Ahora ve a lavar los platos, eres una buena chica.

En la cena ocurrió otro tanto. A continuación, tuvo que jugar la partida de dominó y después la mandó a la cama.

—Vete a dormir, yo subo dentro de poco.

Ella subió a su habitación, una buhardilla bajo la techumbre. Dijo su oración, se desvistió y se metió entre las sábanas.

Pero de repente dio un salto, aterrada. Un grito furioso hacía temblar la casa.

—¡Adélaïde!

Ella abrió su puerta y respondió desde la buhardilla:

—Ya voy, amo.

—¿Dónde estás?

—Pues en mi cama, amo.

Entonces él vociferó:

—Haz el favor de bajar, ¡rediez!… No me gusta dormir solo, maldita sea…, y si no quieres, ahí tienes la puerta, ¡rediez!…

Entonces ella, despavorida mientras buscaba la candela, respondió desde arriba:

—¡Ya voy, amo!

Y él oyó el ruido de sus pequeños zuecos abiertos en la escalera de abeto; y, cuando estuvo en los últimos escalones, la cogió de un brazo y, tras haber dejado delante de la puerta sus estrechas almadreñas de madera junto a los enormes zuecos del amo, él la empujó dentro de la habitación, rezongando:

—Pero, date prisa, date prisa, ¡rediez!…

Y ella repetía sin cesar, sin saber ya lo que se decía:

—Ya voy, ya voy, amo.

Seis meses después, cuando un domingo fue a ver a sus padres, su padre la examinó con curiosidad, luego preguntó:

—¿No estarás preñada?

Ella se miró la barriga, asombrada, repitiendo:

—Pues no, no creo.

Entonces, él la interrogó, queriendo saberlo todo:

—Dime si no habéis mezclado vuestros zuecos alguna noche.

—Sí, los mezclé la primera noche y luego las otras.

—Pues, entonces, bombo al canto.

Ella estalló en sollozos, repitiendo:

—¿Qué sabía yo?, ¿qué sabía yo?

El viejo Malandain la observaba con ojos de vivales y cara de satisfacción. Preguntó:

—¿Qué es lo que no sabías?

Dijo ella saltándose las lágrimas:

—No sabía que los niños se hacen así.

En ese momento entraba la madre. El hombre le dijo, sin ira y separando bien las palabras:

—Aquí la tienes, preñada ya.

Pero la mujer se enojó, rebelándose por instinto, insultando a voz en grito a su hija llorosa, llamándola «palurda» y «pelandusca».

Entonces el viejo la hizo callar. Y cuando cogía su gorra para ir a hablar de sus asuntos con el señor Césaire Omont, declaró:

—Es más tonta incluso de lo que yo creía. No sabía ni lo que hacía, esta cateta…

En el sermón del domingo siguiente el viejo cura publicaba las amonestaciones del matrimonio entre el señor Onufre-Césaire Omont y Céleste-Adélaïde Malandain.

LA TOS*

A Armand Sylvestre

Mi querido colega y amigo:

Tengo un cuentecillo para usted, un cuentecillo anodino. Espero que le guste si consigo contárselo bien, tan bien como aquella que me lo ha contado a mí.

No es tarea fácil, porque mi amiga es una mujer de enorme ingenio y que no tiene pelos en la lengua. Yo no cuento con las mismas dotes. No puedo, como ella, poner esa alegría loca en lo que cuento; y, ante la necesidad de no usar palabras demasiado específicas, me declaro incapaz de encontrar, como usted, delicados sinónimos.

Mi amiga, que es también una mujer de teatro de gran talento, no me ha autorizado a hacer pública su historia.

Por eso me apresuro a reservarle los derechos de autor para el caso de que quiera, un día u otro, escribir ella misma esta aventura. Lo haría mejor que yo, sin duda. Al ser más experta en el tema, encontraría mil otros detalles divertidos que yo soy incapaz de inventar.

Ya ve usted en qué aprieto me hallo. Desde la primera palabra necesitaría un término equivalente, que querría fuera genial. La *tos* no es asunto mío. Para que se me entienda, necesitaré al menos de un comentario o de una perífrasis a la manera del abate Delille:

La toux dont il s'agit ne vient point de la gorge.[1]

*

Estaba (mi amiga) durmiendo con un hombre al que amaba. Era, por supuesto, de noche.

Conocía poco a ese hombre, o mejor dicho, desde hacía poco. Son cosas que a veces pasan, sobre todo en el mundo del teatro. Dejemos que los burgueses se asombren por ello. En cuanto a dormir con un hombre, qué importa que se le conozca poco o mucho, pues la manera de actuar en el secreto del lecho no cambia en

absoluto. Creo que, si yo fuera mujer, preferiría a los amigos nuevos. Deben de ser más agradables, en todos los sentidos, a los habituales.

En la llamada buena sociedad, existe una distinta manera de ver las cosas que no es la mía. Lo siento por las mujeres de dicha sociedad; pero yo me pregunto: ¿puede la manera de ver las cosas cambiar de modo considerable la forma de actuar?…

Así pues, ella dormía con un amigo nuevo. Se trata de algo delicado y extremadamente difícil. Con un viejo compañero se siente uno cómodo, sin molestias, se puede dar uno la vuelta a su gusto, soltar patadas, invadir tres cuartos de la cama, tirar de toda la manta y enrollarse en ella, roncar, gruñir, toser (digo toser a falta de una palabra mejor) o estornudar (¿qué le parece el estornudo como sinónimo?).

Pero para llegar a esto se requieren al menos seis meses de intimidad. Y me refiero a las personas de una naturaleza campechana. Los otros siempre guardan ciertas reservas, que yo apruebo por mi parte. Pero quizá no tenemos la misma manera de pensar al respecto.

Cuando se trata de una relación nueva que podemos suponer sentimental, hay que tomar por fuerza algunas precauciones para no fastidiar a nuestro compañero de cama, y para mantener un cierto prestigio, algo de poesía, y una cierta autoridad.

Ella dormía. Pero de repente la recorrió un dolor, interno, punzante, sin un punto fijo. Éste se inició en la boca del estómago y empezó a desplazarse descendiendo hacia…, hacia…, hacia las gargantas inferiores con un discreto ruido de tempestad intestinal.

El hombre, el amigo nuevo, yacía, tranquilo, tendido de espaldas, con los ojos cerrados. Ella le miró con el rabillo del ojo, inquieta, vacilante.

Se habrá encontrado usted alguna vez, querido colega, en algún estreno teatral, con un catarro. Toda la platea está ansiosa, jadea en medio de un absoluto silencio; pero usted no escucha ya nada, espera, espantado, un momento de ruido para toser. Tienen, a lo largo de toda su garganta, unos cosquilleos, unos picores insoportables. Al final no puede más; tanto peor para los que tiene a su lado. Tose usted. Y toda la sala se pone a gritar: «¡Fuera!».

Pues bien, ella se encontraba en el mismo caso, atribulada y torturada por unas ganas locas de toser. (Y cuando digo toser, le ruego que haga la transposición.)

Le parecía que dormía; respiraba tranquilo. Sin duda dormía.

Se dijo: «Tomaré precauciones. Trataré sólo de soplar, muy despacito, para no despertarle». E hizo como los que se tapan la boca con la mano y tratan de liberar, sin hacer ruido, su garganta expulsando el aire con habilidad.

Ya sea porque había calculado mal, ya porque la comezón era muy fuerte, lo cierto es que tosió.

Al punto perdió la cabeza. ¡Si lo había oído, qué vergüenza! ¡Y qué peligro! ¡Oh!

¿Y si, por casualidad, no dormía? ¿Cómo saberlo? Ella le miró fijamente, y, a la luz de la lamparilla de noche, creyó ver sonreír su rostro de ojos cerrados. Pero si reía…, es que no dormía…, ¿y si no dormía?…

Trató con su boca, la verdadera, de producir un ruido parecido, para… desviar la atención de su compañero.

No se le parecía en absoluto.

Pero él, ¿dormía?

Se dio la vuelta, se agitó, lo empujó, para saberlo con certeza.

Él no se movió.

Comenzó entonces a canturrear.

El señor no se movía.

Fuera de sí, le llamó:

«¿Ernest?».

Él no hizo movimiento alguno, pero respondió de inmediato:

«¿Qué quieres?».

Le empezó a palpitar el corazón. No dormía; ¡no había dormido en ningún momento!…

Ella preguntó:

«¿No duermes?».

Él murmuró con resignación:

«Ya ves que no».

Ella no sabía ya qué decir, enloquecida. Prosiguió al fin:

«¿No has oído nada?».

Él respondió, en todo momento inmóvil:

«No».

A ella le venían unas ganas locas de abofetearle, y, sentándose en la cama, dijo:

«Sin embargo, me ha parecido…».

«¿El qué?»

«Que caminaban por la casa.

Él sonrió. Cierto, esta vez le había visto sonreír, y él dijo:

«Déjame ya en paz, llevas media hora fastidiándome».

Ella se estremeció.

«¿Yo…? Me parece un poco exagerado. Me he despertado hace un momento. ¿Así que no has oído nada?»

«Sí.»

«¡Ah, por fin! ¡Has oído algo! ¿El qué?»

«He oído… toser.»

Ella dio un brinco y exclamó, furiosa:

«¿Toser? ¿Dónde? ¿Quién ha tosido? ¿Estás loco? ¡Responde inmediatamente!».

Él empezaba a perder la paciencia.

«Vamos, ¿quieres acabar con esto de una vez? Sabes perfectamente que has sido tú.»

Esta vez ella se indignó, vociferando:

«¿Yo? ¿Yo? ¿Yo? ¿Que yo he tosido? ¡He tosido, dice! ¡Ah, me insulta usted, me ofende, me desprecia! ¡Pues bien, adiós! No pienso seguir junto a un hombre que me trata así.».

E hizo un movimiento enérgico para salir de la cama.

Con voz cansada, buscando la paz a toda costa, él dijo:

«Vamos, quédate tranquila. He sido yo quien ha tosido».

Entonces ella tuvo un nuevo arranque de ira:

«Pero ¡cómo! ¿Ha tosido usted en mi cama…, a mi lado…, mientras yo dormía? Y encima lo confiesa. Pues es usted un plebeyo. ¿Y cree usted que yo voy a seguir con un hombre que… tose a mi lado?… Pero ¿por quién me toma?».

Y se puso de pie sobre la cama, tratando de pasar por encima de él para irse.

Tranquilo, él la cogió por los pies haciéndola caer a su lado, y reía, burlón y alegre:

«Vamos, Rose, ¿quieres tranquilizarte de una vez por todas? Has sido tú quien ha tosido. Precisamente tú. No protesto ni me ofendo; es más, me divierte. Pero ¿quieres meterte de nuevo en la cama, maldita sea?».

Esta vez ella se le escabulló de un brinco y saltó al suelo; y, mientras buscaba desesperadamente sus ropas, repetía:

«¿Y cree usted que voy a quedarme al lado de un hombre que permite a una mujer… toser en su cama? Es usted un plebeyo, querido mío».

Entonces él se levantó, y, en primer lugar, la abofeteó. Luego, mientras ella se debatía, le propinó una serie de pescozones; por último, tomándola entre los brazos, la arrojó de un empellón sobre la cama.

Mientras ella permanecía tendida, inerte y lloriqueante de cara a la pared, él se tumbó a su lado, y luego, tras hacerle darse la vuelta, tosió…, tosió repetidamente…, con pausas y repeticiones. De vez en cuando preguntaba: «¿Tienes bastante?» y, puesto que ella no respondía, volvía a empezar.

De repente ella estalló a reír como una loca, gritando:

«¡Ah, qué divertido! ¡Ah, qué divertido!».

Y le abrazó de golpe pegando su boca a la de él, murmurando entre dientes:

«Te amo, tesoro…».

No durmieron ya, hasta el amanecer.

*

Ésta es mi historia, querido Silvestre. Perdóneme que sea una incursión en su dominio. Pero he aquí otra palabra impropia. No es «dominio» la palabra que habría que emplear. Me divierte usted tan a menudo que no he podido resistir las ganas de seguir un poco su estela.

Pero le seguirá perteneciendo a usted la gloria de habernos abierto, ampliamente, este camino.

DOS AMIGOS*

París estaba cercado, hambriento y en las últimas. Los gorriones empezaban a escasear en los tejados, y el alcantarillado se despoblaba. Se comía cualquier cosa.

Mientras paseaba tristemente, en una clara mañana de enero, por el bulevar de circunvalación, con las manos en los bolsillos del pantalón de su uniforme y la panza vacía, el señor Morissot, relojero de profesión y guardia nacional por azares de la vida, se detuvo de golpe delante de un colega en el que reconoció a un amigo. Era el señor Sauvage, un conocido de la orilla del río.

Todos los domingos, antes de la guerra, Morissot salía al despuntar el día, con una caña de bambú en una mano y un bote de lata a la espalda. Tomaba el tren para Argenteuil, se apeaba en Colombes, para llegar luego a pie hasta la isla Marante. Una vez en este lugar de sus sueños, se ponía a pescar; pescaba hasta la noche.

Cada domingo encontraba allí a un hombrecillo rechoncho y jovial, el señor Sauvage, mercero de la rue Notre-Dame-de-Lorette, otro pescador fanático. A menudo pasaban media jornada el uno al lado del otro, caña en mano y los pies colgantes por encima de la corriente; y habían acabado haciéndose amigos.

Algunos días no hablaban. Otras veces charlaban; pero se entendían a las mil maravillas sin decirse nada, pues los dos tenían los mismos gustos e idéntica sensibilidad.

En las mañanas de primavera, a eso de las diez, cuando un rejuvenecido sol hacía flotar sobre el río tranquilo ese ligero vaho que corre junto con las aguas, y derramaba sobre las espaldas de los dos pescadores empedernidos el benéfico calor de la nueva estación, Morissot le decía a veces a su vecino: «¡Qué bien se está!», y el señor Sauvage respondía: «No conozco nada mejor». Lo cual les bastaba para comprenderse y apreciarse.

En otoño, al final del día, cuando el cielo teñido de color sangre por el sol poniente proyectaba en el agua figuras de nubes escarlatas, empurpuraba el río entero, encendía el horizonte, enrojecía de color de fuego a los dos amigos, doraba los árboles ya pardorrojizos y temblorosos de un escalofrío invernal, el señor Sauvage miraba risueño a Morissot y decía: «¡Qué espectáculo!». Y Morissot, maravillado, respondía, sin apartar la vista de su flotador: «Cuánto mejor es esto que el bulevar,

¿eh?».

Apenas reconocerse, se estrecharon enérgicamente la mano, emocionados de volver a verse en una situación tan distinta. Suspirando, el señor Sauvage murmuró:

—Cuántas cosas han pasado…

Morissot, muy triste, gimió:

—¡Y qué tiempecito! Hoy es el primer día bueno del año.

En efecto, el cielo estaba totalmente azul y muy luminoso.

Echaron a andar lado a lado, tristes y pensativos. Morissot continuó:

—Y qué me dice de la pesca… ¡Qué buenos recuerdos!

El señor Sauvage preguntó:

—¿Cuándo volveremos a ir?

Entraron en un cafetín y se tomaron los dos un ajenjo; luego reanudaron su paseo por las aceras.

Morissot se detuvo de golpe:

—¿Otra copita?

El señor Sauvage aceptó:

—A mandar.

Y entraron en otra taberna.

A la salida estaban muy aturdidos, mareados como cualquier persona en ayunas con el estómago lleno de alcohol. Hacía buen tiempo. Una brisa acariciadora les cosquilleaba el rostro.

El señor Sauvage, a quien el aire tibio acababa de achispar, se detuvo:

—¿Y si fuéramos?

—¿Adónde?

—A pescar, claro está.

—Pero ¿dónde?

—Pues a nuestra isla. Las avanzadillas francesas están del lado de Colombes. Conozco al coronel Dumoulin; nos dejará pasar.

Morissot se estremeció de deseo:

—No se hable más. De acuerdo.

Y se separaron para ir a buscar sus aparejos.

Una hora más tarde, caminaban lado a lado por el camino real. Luego llegaron a la quinta que ocupaba el coronel. Éste sonrió al oír su petición y consintió a su capricho. Reanudaron su camino, provistos de un salvoconducto.

No tardaron en franquear las avanzadillas, pasaron por un Colombes abandonado y se encontraron al borde de los pequeños viñedos que descienden hacia el Sena. Eran cerca de las once.

Enfrente, el pueblo de Argenteuil parecía muerto. Las alturas de Orgemont y de Sannois dominaban toda la región. La planicie que se extiende hasta Nanterre estaba

vacía, totalmente vacía, con sus cerezos desnudos y sus tierras grises.

El señor Sauvage, señalando con el dedo las cimas, murmuró:

—¡Los prusianos están allí arriba!

Y una inquietud paralizó a los dos amigos delante de aquellas tierras desiertas.

¡Los prusianos! Nunca habían visto a ninguno, pero desde hacía meses notaban su presencia, en torno a París, destruyendo, invisibles y omnipotentes, Francia, saqueando, masacrando, matando de hambre a la población. Una especie de terror supersticioso venía a añadirse al odio hacia ese pueblo desconocido y victorioso.

Morissot farfulló:

—¿Y si nos los encontráramos?

El señor Sauvage respondió, con esa jactancia parisina siempre viva a pesar de todo:

—Pues les invitaríamos a pescado frito.

Pero dudaban entre aventurarse o no en la campiña, intimidados por el silencio que les rodeaba a todo su alrededor.

Finalmente, el señor Sauvage se decidió:

—¡Vamos, en marcha!, pero con precaución.

Y bajaron a un viñedo, doblados en dos, reptando, aprovechando los matorrales para cubrirse, con la mirada inquieta y el oído alerta.

Quedaba una franja de tierra desnuda que atravesar para llegar a la orilla del río. Echaron a correr; y, una vez que hubieron alcanzado la ribera, se agazaparon en el seco carrizo.

Morissot pegó su mejilla a tierra para escuchar si andaba alguien por los alrededores. No oyó nada. Estaban totalmente solos, los dos.

Se tranquilizaron y se pusieron a pescar.

Enfrente de ellos, la isla Marante, abandonada, les ocultaba de la otra orilla. La casita del restaurante estaba cerrada, parecía abandonada desde hacía años.

El señor Sauvage pescó el primer gobio, Morissot el segundo, y a cada rato levantaban sus cañas con un pescadito plateado agitándose en el extremo del sedal: una verdadera pesca milagrosa.

Metían delicadamente los peces en una bolsa de tupida malla, sumergida en el agua a sus pies. Y sentían que les invadía una deliciosa alegría, la alegría de quien recupera uno de sus placeres favoritos del que se ha visto privado por mucho tiempo.

El agradable sol derramaba su calor sobre sus hombros; no oían ni pensaban ya en nada, ignoraban al resto del mundo, pescaban.

Pero de pronto un ruido sordo que parecía llegar de debajo de tierra hizo temblar el suelo. El cañón comenzaba a rugir de nuevo.

Morissot volvió la cabeza y vio por encima de la orilla, al fondo a la izquierda, la gran silueta del Mont-Valérien, coronado de un penacho de humo, una nubecilla de

pólvora que acababa de escupir.

Inmediatamente después otra bocanada de humo salió de la cima de la fortaleza; y al cabo de unos instantes se oyó retumbar otra detonación.

Siguieron otras y, a intervalos, la montaña echaba su aliento de muerte, expulsaba sus vapores lechosos que se alzaban lentamente en el cielo sereno, formando una nube por encima de ella.

El señor Sauvage se encogió de hombros:

—Ya empiezan de nuevo —dijo.

A Morissot, que miraba con ansiedad cómo se hundía una vez tras otra la caña de pluma de su boya, le dominó la cólera repentina del hombre pacífico, contra esos violentos que se batían de aquel modo, y gruñó:

—Hay que ser estúpidos para matarse así.

El señor Sauvage apostilló:

—No son sino unos idiotas.

Y Morissot, que acababa de pescar una breca, declaró:

—Y pensar que siempre será así mientras haya gobiernos.

El señor Sauvage le interrumpió:

—La República no habría declarado la guerra…

Morissot le cortó:

—Con los reyes, la guerra se hace en el exterior; con la República, tenemos la guerra en el interior.

Y se pusieron tranquilamente a discutir, desentrañando las grandes cuestiones políticas con su sano criterio de hombres bonachones y limitados, coincidiendo en un punto: que nunca serían libres. Y el Mont-Valérien tronaba sin descanso, demoliendo a cañonazos casas francesas, segando vidas, aplastando a personas, acabando con muchos sueños, muchas alegrías esperadas, muchas felicidades anheladas, causando en corazones de mujeres, en corazones de muchachas, en corazones de madres, allí y en otros países, un sinfín de sufrimientos.

—Así es la vida —afirmó el señor Sauvage.

—Dirá más bien que así es la muerte —añadió entre risas el señor Morissot.

Se estremecieron, aterrados, al oír unos pasos detrás de ellos; y, al volverse, descubrieron, de pie a sus espaldas, a cuatro hombres, cuatro altos hombres armados y barbudos, vestidos como criados en librea, con la cabeza tocada con gorras de plato, que les apuntaban con sus fusiles.

Las dos cañas se les escaparon de las manos y se fueron río abajo.

En unos segundos, fueron apresados, maniatados, llevados, arrojados dentro de una barca y transportados hasta la isla.

Y, detrás de la casa que habían creído abandonada, vieron a una veintena de soldados alemanes.

Una especie de gigante velludo, que fumaba en una gran pipa de porcelana, a horcajadas de una silla, les preguntó en un excelente francés:

—Bien, señores, ¿han tenido buena pesca?

Entonces un soldado depositó a los pies del oficial la bolsa llena de peces, que había tenido la precaución de llevarse. El prusiano sonrió:

—¡Ja, ja! Ya veo que no ha estado nada mal. Pero no es esto lo que importa. Escúchenme y no se inquieten.

»Para mí, son ustedes dos espías enviados para acecharme. Les cojo y les fusilo. Aparentaban estar pescando, para así disimular mejor sus planes. Han caído en mis manos, lo siento por ustedes; es la guerra.

»Pero como han atravesado las avanzadillas, tendrán seguramente una contraseña para pasar a su vuelta. Dénmela y les perdonaré la vida.

Los dos amigos, lívidos, uno al lado del otro, con las manos agitadas por un ligero temblor nervioso, callaban.

El oficial prosiguió:

—Nadie lo sabrá nunca, regresarán tan tranquilos. El secreto desaparecerá con ustedes. Si se niegan, sepan que morirán, e inmediatamente. Así que elijan.

Ellos permanecían inmóviles sin abrir la boca.

El prusiano, sin perder en ningún momento la calma, prosiguió extendiendo la mano hacia el río:

—Piensen que en cinco minutos estarán en el fondo de esas aguas. ¡En cinco minutos! Supongo que ustedes tienen parientes.

El Mont-Valérien seguía rugiendo.

Los dos pescadores permanecían de pie y en silencio. El alemán dio unas órdenes en su lengua. Luego cambió su silla de sitio para no encontrarse demasiado cerca de los prisioneros; y doce hombres fueron a situarse a veinte pasos, con el fusil en posición de descanso.

El oficial prosiguió:

—Les doy un minuto, ni dos segundos más.

Luego se levantó bruscamente, se acercó a los dos franceses, cogió a Morissot del brazo, se lo llevó más lejos y le dijo en voz baja:

—Rápido, ¿cuál es la contraseña? Su amigo no sabrá nada, fingiré apiadarme.

Morissot no respondió nada.

El prusiano se llevó entonces al señor Sauvage y le hizo la misma pregunta.

El señor Sauvage no respondió nada.

Volvieron a encontrarse el uno al lado del otro.

Y el oficial asumió el mando. Los soldados alzaron sus armas.

Entonces la mirada de Morissot cayó por casualidad sobre la bolsa llena de gobios, que había quedado en la hierba, a unos pocos pasos de él.

Un rayo de sol hacía brillar el montón de peces que todavía se agitaban. Y se sintió desfallecer. A pesar de sus esfuerzos, sus ojos se anegaron en lágrimas.

Balbució:

—Adiós, señor Sauvage.

El señor Sauvage respondió:

—Adiós, señor Morissot.

Se dieron un apretón de manos, sacudidos de pies a cabeza por unos incontenibles temblores.

El oficial gritó:

—¡Fuego!

Los doce disparos se confundieron en uno.

El señor Sauvage cayó de bruces. Morissot, más alto, osciló, giró sobre sí mismo y se desplomó de través sobre su compañero, con la cara mirando al cielo, mientras unos borbotones de sangre brotaban de su guerrera agujereada en el pecho.

El alemán dio otras órdenes.

Sus hombres se dispersaron, volvieron con cuerdas y piedras que colgaron de los pies de los dos muertos; luego los trasladaron hasta la orilla.

El Mont-Valérien, coronado ahora de una montaña de humo, no dejaba de retumbar.

Dos soldados cogieron a Morissot por la cabeza y las piernas; otro tanto hicieron otros dos con el señor Sauvage. Los cuerpos, balanceados con fuerza durante unos instantes y luego lanzados lejos, describieron una parábola y fueron a caer directamente en el río, hundiéndose por el peso de las piedras atadas a sus pies.

El agua salpicó, burbujeó, se estremeció y luego se calmó, mientras unas pequeñas ondas llegaban hasta las orillas.

Flotaba en ella un poco de sangre.

El oficial, sin perder en ningún momento la calma, dijo con voz queda:

—Los peces acabarán el trabajo.

Y volvió hacia la casa.

Y de pronto vio en medio de la hierba la bolsa con los gobios. La recogió, la observó, sonrió y llamó:

—¡Wilhem!

Acudió un soldado con un delantal blanco. El prusiano, echándole la pesca de los dos fusilados, ordenó:

—Haz que frían inmediatamente estos pescaditos mientras están vivos. Serán deliciosos.

Y se puso a fumar de nuevo con su pipa.

EN EL MAR*

A Henry Céard

Últimamente se pudo leer estas líneas en los periódicos:

«Boulogne-sur-Mer, 22 de enero. Nos escriben:

»Una espantosa desgracia ha causado consternación entre nuestras gentes de la mar, puestas ya tan a prueba desde hace dos años. El barco de pesca pilotado por el patrón Javel fue lanzado, a su entrada en el puerto, hacia el oeste y acabó estrellándose contra las rocas del rompeolas del muelle.

»Pese a los esfuerzos del barco de salvamento y de las cuerdas lanzadas mediante el oportuno fusil lanzacabos, perecieron cuatro hombres y el grumete.

»El mal tiempo continúa. Se temen nuevos siniestros».

¿Quién es ese patrón Javel? ¿El hermano del manco?

Si el pobre hombre arrastrado por el oleaje, y quizá muerto bajo los restos de su barco hecho añicos, es el mismo que creo yo, éste había sido testigo, dieciocho años antes, de otro drama, simple y terrible como siempre son esos formidables dramas de la mar.

En aquella época Javel era propietario de un bou.

El bou es la embarcación de pesca por excelencia. De una solidez a prueba de cualquier tipo de tiempo, de panza redonda, zarandeada sin cesar por las olas como un corcho, siempre azotada por los fuertes vientos salinos del canal de la Mancha, faena en el mar, infatigable, con la vela henchida, arrastrando en uno de sus costados una gran red que barre el fondo del océano, desprendiendo y recogiendo todas las bestias dormidas en las rocas, los peces planos pegados a la arena, los pesados cangrejos de pinzas ganchudas, los bogavantes de bigotes puntiagudos.

Cuando la brisa es fresca y las olas cortas, el barco se pone a pescar. Se asegura su red a lo largo de un gran tronco de madera reforzado de hierro que deja descender por medio de dos cables que se deslizan sobre dos rodillos situados a ambos extremos de la embarcación. Y el barco, yendo a la deriva de la corriente, a sotavento, arrastra consigo este aparejo que causa estragos y devasta el fondo marino.

Javel llevaba a bordo a su hermano pequeño, a cuatro hombres y a un grumete.

Había salido de Boulogne con un buen tiempo despejado para echar la red de enmalle.

Ahora bien, no tardó en levantarse viento, y sobrevino una borrasca que obligó al bou a emprender la huida. Ganó las costas de Inglaterra; pero el mar embravecido azotaba los acantilados, se abalanzaba sobre tierra, hacía impracticable la entrada de los puertos. El pequeño barco puso de nuevo rumbo a alta mar y regresó a las costas de Francia. La tempestad seguía haciendo infranqueables los espigones, envolviendo de espuma, ruido y peligro todos los accesos de los abrigos.

El bou volvió a hacerse a la mar, avanzando a lomos de las olas, bamboleado, sacudido, chorreante, abofeteado por golpes de mar, pero no obstante muy gallardo, acostumbrado como estaba a esos temporales que lo tenían cinco o seis días errando entre los dos países sin poder atracar ni en uno ni en otro.

Pero la galerna se calmó al fin cuando estaba en alta mar, y, aunque el oleaje fuera aún bravo, el patrón mandó que se largara la red.

Pasaron, pues, por encima de la borda el gran aparejo, y dos hombres a proa y otros dos a popa empezaron a soltar los cables de los rodillos que la sostenían. La red tocó fondo de improviso; pero, al inclinar una alta ola el barco, el menor de los Javel, que se encontraba en proa y dirigía la maniobra de largar la red, se tambaleó, y uno de sus brazos quedó atrapado entre la cuerda momentáneamente destensada por el embate y la madera por la que ésta se deslizaba. Hizo un esfuerzo desesperado, tratando con la otra mano de levantar la amarra, pero la red le arrastraba ya y el cable rígido no cedió.

Retorciéndose de dolor, el hombre llamó. Acudieron todos. Su hermano dejó el timón. Se abalanzaron sobre la cuerda, tratando de soltar el miembro que trituraba. Fue inútil.

—Hay que cortar —dijo un marinero, y se sacó de un bolsillo un largo cuchillo, que podía, de dos golpes, salvar el brazo del menor de los Javel.

Pero cortar suponía perder la red de enmalle, y aquella red valía su dinero, mucho dinero, mil quinientos francos; y pertenecía al mayor de los Javel, que sentía apego por sus bienes.

Gritó con el corazón atormentado:

—No, no cortes, espera, voy a poner proa a barlovento.

Y corrió hacia el gobernalle, haciendo girar todo el timón.

El barco apenas si obedeció, paralizado por esa red que inmovilizaba su impulso y arrastrado a otra parte por la fuerza de la deriva y del viento.

El menor de los Javel se había dejado caer de rodillas con los dientes apretados y unos ojos de mirada despavorida. No decía nada. Volvió su hermano, temiendo el cuchillo del marinero:

—Espera, espera, no cortes, hay que echar el ancla.

Se echó el ancla, se soltó toda la cadena, luego se puso a virar el cabestrante para aflojar las amarras de la red. Se aflojaron al fin, y liberaron el brazo inerte, bajo la manga de lana ensangrentada.

El menor de los Javel parecía idiotizado. Le quitaron la marinera y vieron una cosa horrible, una papilla de carne de la que brotaba la sangre a chorros que se hubieran dicho bombeados. Entonces el hombre miró su brazo y murmuró:

—Perdido.

Luego, como la hemorragia formaba un charco en la cubierta, uno de los marineros gritó:

—Se está desangrando, hay que hacerle un torniquete.

Cogieron entonces un cordel, un grueso cordel pardo y embreado, y, atando el miembro por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas. Los chorros de sangre se fueron deteniendo poco a poco hasta cesar del todo.

El menor de los Javel se levantó, con el brazo colgándole pegado al costado. Lo cogió con la otra mano, lo levantó, lo reviró, lo sacudió. Estaba todo destrozado, con los huesos rotos; sólo los músculos retenían aquel fragmento de su cuerpo. Él lo examinaba con mirada triste, mientras reflexionaba. Luego se sentó sobre una vela plegada, y sus compañeros le aconsejaron que se humedeciera constantemente la herida para impedir el mal negro.[1]

Le pusieron al lado un cubo y, minuto a minuto, sacaba con un vaso agua de él y humedecía la horrible herida derramando sobre ella un hilillo de agua clara.

—Estarías mejor abajo —le dijo su hermano.

Bajó, pero al cabo de una hora volvió a subir, porque no se sentía bien solo. Y prefería, además, el aire libre. Se sentó sobre la vela y empezó de nuevo a humedecer su brazo.

Había una buena pesca. Los grandes peces de blanco vientre yacían a su lado, sacudidos por los espasmos de la muerte; los miraba sin dejar de humedecer su carne triturada.

Cuando estaban a punto de llegar a Boulogne, se desencadenó otro temporal; y el pequeño barco reinició su loca carrera, cabeceando y empinándose, sacudiendo al triste herido.

Llegó la noche. El tiempo siguió revuelto hasta la aurora. A la salida del sol se divisaba de nuevo Inglaterra, pero, como la mar estaba menos encrespada, volvieron orzando a poner rumbo para Francia.

Hacia el atardecer, el menor de los Javel llamó a sus compañeros y les mostró unas manchas negras de putrefacción en la parte del miembro malherido.

Los marineros miraban y expresaban su parecer:

—Podría ser el mal negro —conjeturaba uno.

—Habría que echarle agua salada —sugería otro.

Trajeron el agua salada y la derramaron sobre la herida. El herido se puso lívido, sus dientes rechinaron, se retorció un poco; pero no gritó.

Luego, cuando se hubo calmado la sensación de quemazón, le dijo a su hermano:

—Dame tu cuchillo.

El hermano se lo alargó.

—Mantenme el brazo levantado, bien recto, estira.

Se hizo lo que pedía.

Entonces se puso a cortar él mismo. Cortaba despacito, con cabeza, sajando los últimos tendones con aquella hoja afilada como el filo de una navaja de afeitar; y pronto no le quedó más que un muñón. Dejó escapar un profundo suspiro y declaró:

—Era necesario. Estaba perdido.

Parecía aliviado y respiraba con fuerza. Volvió a empezar a derramar agua sobre el tronco de miembro que le quedaba.

Hizo otra mala noche y no se pudo atracar.

Cuando se hizo de día, el menor de los Javel cogió su brazo arrancado y lo examinó largamente. La putrefacción era evidente. También sus compañeros se acercaron a examinarlo, y se lo pasaban de mano en mano, palpándolo, dándole la vuelta, oliéndolo.

Su hermano dijo:

—Ahora hay que echarlo al mar.

El menor de los Javel se enfadó:

—¡Ah, no, no! No quiero. Es mío, ¿o no?, puesto que es mi brazo.

Lo cogió de nuevo y se lo colocó entre las piernas.

—Así no va a dejar de pudrirse —manifestó el mayor.

Entonces al herido se le ocurrió una idea. Para conservar el pescado cuando se pasaba largo tiempo en el mar, se apilaba en barriles llenos de sal.

Preguntó:

—Podríamos ponerlo en salmuera.

—Es verdad —declararon los otros.

Entonces vaciaron uno de los barriles, lleno ya de pescado de los últimos días; y, en el fondo, colocaron el brazo. Encima echaron sal, luego se volvió a colocar, uno a uno, los pescados.

Uno de los marineros hizo la siguiente broma:

—Con tal de que no se venda en la lonja.

Y todo el mundo rió, excepto los dos Javel.

El viento seguía soplando. Se orzó de nuevo a la vista de Boulogne hasta las diez de la mañana del día siguiente. El herido seguía sin cesar echando agua en su herida.

De vez en cuando se levantaba y caminaba de un extremo al otro del barco.

Su hermano, que estaba al timón, le seguía con la mirada mientras meneaba la cabeza.

Finalmente, entraron en el puerto.

El médico examinó la herida y declaró que estaba en buenas condiciones. Se la vendó completamente y le ordenó reposo. Pero Javel no quiso acostarse sin haber recuperado su brazo y regresó deprisa al puerto para localizar el barril que había marcado con una cruz.

Lo vaciaron delante de él y se apoderó de su miembro, bien conservado en salmuera, arrugado, enfriado. Lo envolvió en una servilleta que había traído expresamente y regresó a su casa.

Su mujer y sus hijos examinaron largamente aquel resto del padre, palpando los dedos, quitando los restos de sal que habían quedado debajo de las uñas; luego hicieron venir al ebanista que tomó la medida para un pequeño ataúd.

Al día siguiente la tripulación al completo del bou siguió el entierro del brazo cortado. Los dos hermanos, uno al lado del otro, presidían el duelo. El sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo su axila.

El menor de los Javel dejó de navegar. Consiguió un modesto empleo en el puerto, y, cuando se refería más tarde a su accidente, confiaba muy bajito a su interlocutor:

—Si mi hermano hubiera querido cortar la red, yo tendría hoy todavía mi brazo, seguro. Pero él miraba por lo suyo.

LA SEÑORITA COCOTTE*

Nos disponíamos a salir del manicomio cuando en un ángulo del patio vi a un hombre alto y flaco que hacía el simulacro de llamar obstinadamente a un perro imaginario. Gritaba, con voz dulce y cariñosa: «Cocotte, mi pequeña Cocotte, ven aquí, Cocotte, ven aquí, preciosa», dándose palmadas en un muslo con la mano, como se hace para atraer a los animales. Le pregunté al médico:

—¿Quién es ése?

Me respondió:

—¡Ah!, nada interesante. Es un cochero, que se llama François, el cual se volvió loco después de haber ahogado a su perro.

Insistí:

—Cuénteme su historia. Las cosas más simples e insignificantes son a veces las que más nos llegan al corazón.

Y ésta es la historia de ese hombre, historia que se supo por entero gracias a un mozo de caballerizas, compañero suyo.

En la periferia de París vivía una familia de ricos burgueses. Habitaba una elegante quinta en medio de un parque, a orillas del Sena. El cochero era el tal François, un chico de campo, algo tosco pero buena persona, simplón y fácil de embaucar.

Un atardecer, cuando volvía a casa de sus amos, un perro empezó a seguirle. Al principio no se preocupó; pero pronto la obstinación del animal, que se había pegado a sus talones, le obligó a volver la cabeza. Lo miró, para ver si lo conocía. Pero no, no lo había visto nunca.

Era una perra de una flacura espantosa, con unas grandes mamas colgantes. Correteaba detrás de él con un aspecto lamentable y famélico, el rabo entre las piernas, las orejas pegadas a la cabeza, parándose cuando él se paraba, echando a andar de nuevo cuando él lo hacía.

Trató de ahuyentar a aquel esqueleto de bestia y gritó: «¡Largo! ¡Largo!».

Ella se alejó unos pasos, y se quedó sentada, a la espera; luego, en cuanto el cochero reanudó su marcha, ella se puso a andar de nuevo detrás de él.

Él hizo ademán de coger unas piedras; el animal huyó un poco más lejos, en

medio de un gran bamboleo de sus fláccidas tetas; pero volvió en cuanto el hombre se hubo dado la vuelta.

Entonces el cochero François, compadecido, la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el lomo arqueado y las costillas que se le marcaban bajo la piel. El hombre acarició aquellos huesos salientes y, conmovido por ese miserable animal, dijo: «¡Vamos, ven conmigo!». Inmediatamente ella agitó el rabo, al verse bien acogida, adoptada y, en lugar de quedarse pegada a las pantorrillas de su nuevo amo, se puso a correr delante de él.

La instaló en el pajar del establo; luego se fue a toda prisa a la cocina en busca de un poco de pan. Una vez que hubo comido hasta la saciedad, se durmió con la cabeza entre las patas.

Informados al día siguiente los amos por el cochero, le dieron permiso para quedársela. Era un buen animal, cariñoso y fiel, inteligente y dócil.

Pero no tardaron en advertir su terrible defecto. Estaba en celo desde principios hasta final de año. En poco tiempo conoció a todos los perros de la zona, que empezaron a rondarla día y noche. Repartía sus favores entre ellos con la indiferencia de una prostituta, hacía buenas migas con todos, llevaba tras de sí a una verdadera jauría formada por los más variados ejemplares de la raza ladradora, algunos del grosor de un puño, otros grandes como asnos. Se los llevaba por los caminos en carreras interminables y, cuando se paraba en la hierba para descansar, formaban corro en torno a ella y la contemplaban con la lengua fuera.

Los lugareños la consideraban un fenómeno, nunca habían visto una cosa igual. El veterinario no entendía nada.

Por la noche, cuando volvía a las caballerizas, la multitud de perros asediaba la casa. Se introducían por todas las aberturas del seto vivo que cercaba el parque, devastando los arriates, arrancando las flores, abriendo hoyos en los parterres, sacando de quicio al jardinero. Y ladraban noches enteras en torno al edificio donde se albergaba su amiga, sin que nada les hiciera decidirse a marcharse.

De día, penetraban hasta dentro de la casa. Era una invasión, una plaga, un desastre. Los amos se encontraban a cada momento en la escalera, y hasta en las habitaciones, gozquecillos amarillos de cola empenachada, perros de caza, bulldogs, perros lobo sin dueño todos sucios, vagabundos sin casa ni techo, enormes terranovas que asustaban a los niños.

Entonces se vio también en el lugar a perros desconocidos en diez leguas a la redonda, llegados de no se sabe dónde, que vivían no se sabía cómo y que no tardaban en desaparecer.

Sin embargo, François adoraba a Cocotte. Le había puesto el nombre de Cocotte, sin malicia, pues se tenía bien merecido su apelativo; y repetía sin cesar: «Este animal es una persona. Sólo le falta poder hablar».

Le había hecho hacer un magnífico collar de cuero rojo, con una plaquita de cobre que llevaba grabadas estas palabras: «Señorita Cocotte, propiedad del cochero François».

Se había puesto tremenda. Tan flaca como era antes lo era ahora gorda, con una panza hinchada bajo la que pendían siempre sus largas tetas bamboleantes. Había engordado de repente y ahora andaba no sin esfuerzo, con las patas abiertas como hace la gente demasiado obesa, la boca abierta para resoplar, extenuada apenas trataba de correr.

Se mostraba, por otra parte, de una fecundidad fenomenal, casi siempre preñada de nuevo tan pronto como había parido, pues daba a luz cuatro veces al año un rosario de animalitos pertenecientes a todas las variedades de la raza canina. François, tras haber elegido el destinado a «acabarse su leche», cogía a los otros en su mandil de caballerizo y, sin apiadarse, se los llevaba para tirarlos al río.

Muy pronto la cocinera se sumó a las protestas del jardinero. Se encontraba perros hasta dentro del horno, en el aparador, en la carbonera, y se zampaban todo cuanto encontraban.

El amo, perdida la paciencia, ordenó a François desembarazarse de Cocotte. El pobre hombre, desolado, trató de colocarla en alguna parte. Nadie la quiso. Entonces se mostró decidido a perderla, y se la confió a un cochero que debía abandonarla en los campos del otro lado de París, pasado Joinville-le-Pont.

Esa misma noche, Cocotte estaba de vuelta.

Había que tomar una decisión radical. Tras previo pago de cinco francos, fue entregada a un jefe de tren que se dirigía a Le Havre, que debía soltarla apenas llegar.

Tres días después volvió a las caballerizas, extenuada, agotada, desollada, sin resuello.

El amo, compadecido, no insistió.

Pero no tardaron en regresar los perros en mayor número que antes y más tenaces que nunca. Y una noche que daban una gran cena, voló un capón cebado por obra y gracia de un dogo, ante las mismas narices de la cocinera que no se atrevió a disputárselo.

Esta vez, el amo se enojó de verdad y, tras haber hecho llamar a François, le dijo airado: «Si por la mañana no has tirado al agua a este animal, te pongo de patitas en la calle, ¿entendido?».

El hombre se sintió aterrado y subió a su habitación para liar su hato, prefiriendo dejar el trabajo. Pero luego pensó que no podría encontrar trabajo en ninguna otra parte en tanto llevara tras él a ese incómodo animal; pensó que estaba en una buena casa, bien pagado, bien alimentado, y se dijo que un perro no valía el sacrificio; procuró animarse pensando en sus propios intereses; y acabó por decidir resueltamente que se desharía de Cocotte en cuanto apuntara el día.

Sin embargo, durmió mal. Al amanecer estaba ya en pie y, tras haber cogido una recia cuerda, fue a despertar a la perra. Ésta se levantó con lentitud, se sacudió, estiró los miembros y fue a hacerle fiestas a su amo.

Entonces a él le faltó el valor, y comenzó a abrazarla cariñosamente, acariciándole las largas orejas, besándola en el hocico, llamándola con todos los nombres cariñosos que conocía.

Pero un reloj cercano dio las seis. No cabían más vacilaciones. Abrió la puerta. «Vamos», dijo. El animal agitó la cola, al comprender que saldrían.

Llegaron a la orilla del río y él eligió un punto donde el agua parecía profunda. Entonces anudó un cabo de la cuerda al bonito collar de cuero y, tras coger una gran piedra, la ató al otro extremo. Luego tomó a Cocotte entre los brazos y la besó con efusión, como a una persona que se está a punto de dejar. La estrechaba contra su pecho, la acunaba, la llamaba «mi bonita Cocotte, mi pequeña Cocotte», y ella le dejaba hacer, gruñendo de placer.

Diez veces intentó tirarla, pero siempre le faltó el coraje.

De improviso se decidió y, con todas sus fuerzas, la tiró lo más lejos que pudo. Primero ella trató de nadar, como cada vez que la bañaban, pero la cabeza tirada por la piedra se hundía una vez tras otra; y lanzaba a su amo miradas extraviadas, miradas que parecían humanas, debatiéndose como una persona a punto de ahogarse. Luego toda la parte delantera del cuerpo se sumergió, mientras las patas traseras se agitaban locamente fuera del agua; por último, también ellas desaparecieron.

Entonces, durante cinco minutos, estallaron burbujas en la superficie, como si el río se hubiera puesto a hervir; y François, despavorido, enloquecido, con el corazón palpitándole, creía ver a Cocotte retorciéndose en el cieno; se decía, en su simpleza de campesino: «¿Qué pensará de mí, ahora, este pobre animal?».

Por poco no perdió la cabeza; estuvo enfermo durante un mes; y, cada noche, soñaba con su perra; sentía que lamía sus manos; la oía ladrar. Fue preciso llamar al médico. Finalmente mejoró; y sus amos, hacia finales de junio, se lo llevaron a sus tierras de Biessard, cerca de Ruán.

También allí estaba a orillas del Sena. Se puso a tomar baños. Iba cada mañana con el mozo de caballerizas, y ambos cruzaban el río a nado.

Ahora bien, un buen día, mientras se divertían bromeando en el agua, François le gritó de repente a su compañero: «Mira lo que viene. Voy a darte a probar una costilla».

Era una carroña enorme, hinchada, pelada, que venía hacia ellos, con las patas al aire siguiendo la corriente.

François se acercó con unas brazadas; y, continuando con sus bromas, dijo: «¡Cristo bendito! Fresca no está, amigo. ¡Qué peste! Pero flaca tampoco».

Y daba vueltas alrededor, manteniéndose a distancia de la enorme bestia en

putrefacción.

Luego, de repente, guardó silencio y la miró con singular atención; se acercó acto seguido de nuevo como para tocarla. Examinaba fijamente el collar; luego adelantó el brazo, cogió el cuello, le dio la vuelta a la carroña, la atrajo muy cerca de él, y leyó en el cobre que había criado cardenillo y que seguía adherido al cuero descolorido: «Señorita Cocotte, propiedad del cochero François».

¡La perra muerta había reencontrado a su amo a sesenta leguas de su casa!

Él lanzó un grito espantoso y se puso a nadar con todas sus fuerzas hacia la orilla, sin dejar de dar alaridos; y, cuando hubo alcanzado tierra, totalmente desnudo como iba, escapó a campo traviesa. ¡Se había vuelto loco!

LAS JOYAS*

El señor Lantin, tras conocer a aquella muchacha en una velada, en casa de su subjefe de oficina, quedó tan cautivado de amor como si hubiera sido atrapado en una red.

Era hija de un recaudador de provincias, muerto hacía varios años. A continuación se había establecido en París con su madre, que frecuentaba a algunas familias burguesas de su barrio con la esperanza de encontrarle marido a la joven. Eran pobres y honradas, tranquilas y agradables. La muchacha parecía el modelo perfecto de mujer honesta a la que un joven sensato sueña confiar su vida. Su modesta belleza poseía el encanto de un pudor angélico, y la imperceptible sonrisa que nunca abandonaba sus labios parecía un reflejo de su corazón.

Todos cantaban sus alabanzas; todos los que la conocían repetían sin cesar: «Dichoso el que se la lleve. Imposible encontrar a una mejor».

El señor Lantin, que entonces era oficial de primera en el Ministerio del Interior, con un sueldo anual de tres mil quinientos francos, pidió su mano y se casaron.

Fue increíblemente feliz a su lado. Ella gobernó la casa con tan hábil sentido de la economía que parecía que vivieran con lujo. No había atenciones, delicadezas, carantoñas que no prodigara a su marido; y su seducción personal era tan grande que él, seis años después de su primer encuentro, la amaba aún más que los primeros días.

Únicamente le reprochaba dos costumbres, la del teatro y la de las joyas falsas.

Sus amigas (conocía a algunas mujeres de modestos funcionarios) le proporcionaban de continuo invitaciones a palcos para las comedias de éxito, incluso para los estrenos; y ella arrastraba, de buen o mal grado, a su marido a esas diversiones que le fatigaban espantosamente después de su jornada laboral. Entonces él le suplicó que fuera a los espectáculos con alguna señora conocida, que la acompañase luego de vuelta a casa. Ella se resistió largo tiempo antes de ceder, considerándolo inconveniente. Al final se decidió, para complacerle, y él le estuvo infinitamente agradecido.

Ahora bien, muy pronto este gusto por el teatro hizo nacer en ella la necesidad de engalanarse. Sus atavíos siguieron siendo muy sencillos, siempre de buen gusto pero modestos; y su dulce, irresistible gracia, humilde y risueña, parecía adquirir un sabor nuevo gracias a la sencillez de sus vestidos; pero adquirió la costumbre de colgar de

sus orejas dos gruesas piedras del Rin que semejaban diamantes, y de llevar collares de perlas falsas, pulseras de similor, peinetas adornadas con abalorios varios imitando piedras finas.

Su marido, un tanto molesto por ese gusto por el oropel, repetía a menudo:

—Querida, cuando no se cuenta con medios para comprarse joyas auténticas, una no se muestra sino adornada con su belleza y su gracia, que son siempre las joyas más preciosas.

Pero ella sonreía con dulzura y respondía:

—¿Qué quieres que le haga? Me gusta. Es mi vicio. Sabes que, aunque tienes razón, no puedo cambiar. ¡Me hubiera gustado tanto tener joyas!

Y se pasaba entre los dedos los collares de perlas, hacía espejear las facetas de los cristales tallados, diciendo:

—Mira lo bien hechas que están. Juraría uno que son auténticas.

Él sonreía declarando:

—Tienes gustos de zíngara.

Algunas veces por la noche, cuando estaban sentados los dos al amor del fuego, ella sacaba a la mesa donde tomaban el té la caja de tafilete en la que guardaba bajo llave las «baratijas», en palabras del señor Lantin; y se ponía a examinar esas joyas de imitación con apasionada atención, como si hubiera saboreado algún secreto y profundo placer; y se empeñaba en poner a la fuerza un collar en torno al cuello de su marido, y acto seguido se reía con ganas, exclamando: «¡Qué gracioso estás!». Luego se echaba en sus brazos y le besaba con pasión.

Una noche de invierno volvió de la Ópera aterida de frío. Al día siguiente tosía. Ocho días después moría de una pleuresía.

A punto estuvo Lantin de seguirla a la tumba. Fue tal su desesperación que, en un mes, encaneció. Lloraba de la mañana a la noche, con el alma desgarrada por un sufrimiento insoportable, perseguido por el recuerdo, la sonrisa, la voz, por todos los encantos de la difunta.

El tiempo no aplacó el dolor. A menudo, durante las horas de oficina, mientras sus colegas comentaban las cosas del día, se veía a menudo hincharse sus mejillas, arrugarse su nariz, humedecerse sus ojos; hacía una mueca espantosa y comenzaba a sollozar.

Había dejado intacta la habitación de su compañera y se encerraba allí todos los días para pensar en ella; y todos los muebles, sus mismos vestidos seguían estando en su sitio tal como se encontraban en su último día.

Pero la vida comenzaba a volverse dura para él. Su sueldo, que en manos de su mujer bastaba para todas las necesidades de la casa, era insuficiente ahora para él solo. Se preguntaba con asombro cómo había conseguido ella ingeniárselas para darle de beber siempre unos vinos exquisitos y de comer unos platos deliciosos, que ahora

no lograba procurarse ya con sus modestos ingresos.

Contrajo algunas deudas y se preocupó por el dinero como todas las personas que se ven obligadas a vivir del cuento. Finalmente una mañana, encontrándose con los bolsillos vacíos una semana antes de que terminara el mes, pensó en vender alguna cosa; y enseguida se le ocurrió desembarazarse de las «baratijas» de su mujer, porque en el fondo de su corazón le había quedado una especie de rencor por aquellas «engañifas» que antaño le irritaban. El simple hecho de verlas, cada día, le arruinaba un poco el recuerdo de su amada.

Buscó largo rato entre el montón de oropel que ella había dejado, porque hasta los últimos días de su vida había seguido obstinadamente comprando, trayendo algo nuevo casi cada tarde; y se decidió por el gran collar, que parecía ser el preferido de ella, pensando que podía valer siete u ocho francos, porque, para ser falso, era un trabajo de filigrana.

Se lo metió en el bolsillo y se dirigió hacia el Ministerio pasando por los bulevares y buscando una joyería que le inspirase confianza.

Encontró por fin una y entró, un tanto avergonzado por mostrar su miseria de este modo, yendo a vender un objeto de tan escaso valor.

—Caballero —le dijo al vendedor—, quisiera saber en cuánto valora usted esto.

El hombre lo cogió, lo examinó, le dio la vuelta, lo sopesó, cogió una lente, llamó al encargado, le hizo algunos comentarios en voz baja, dejó el collar sobre el mostrador y lo miró a distancia para juzgar mejor el efecto.

El señor Lantin, incómodo por todas aquellas ceremonias, abrió la boca para decir: «Oh, sé muy bien que no vale nada…» cuando el joyero dijo:

—Este collar, caballero, vale de doce a quince mil francos, pero no puedo comprarlo si no me indica su proveniencia exacta.

El viudo puso unos ojos como platos y se quedó con la boca abierta, sin comprender. Finalmente, balbució:

—Pero, de verdad, ¿está usted seguro?

El otro interpretó mal su asombro y dijo con toco seco:

—Puede usted ir a otra parte para ver si le ofrecen más por él. Para mí, vale a lo sumo quince mil francos. Siempre puede volver si no encuentra una oferta mejor.

El señor Lantin, completamente anonadado, cogió el collar y se fue, obedeciendo a una confusa necesidad de estar solo y de reflexionar.

Pero, apenas en la calle, le entraron ganas de reír y se dijo: «¡Qué imbécil, oh, pero qué imbécil he sido! ¡Hubiera tenido que tomarle la palabra! Un joyero que no es capaz siquiera de distinguir lo verdadero de lo falso».

Entró en otra joyería, al principio de la rue de la Paix. Apenas hubo visto la pieza, el joyero exclamó:

—¡Ah!, caramba, conozco muy bien este collar; salió de aquí.

El señor Lantin, muy turbado, preguntó:

—¿Cuánto vale?

—Señor, yo lo vendí por veinticinco mil. Estoy dispuesto a recomprarlo por dieciocho mil, cuando usted me haya indicado, en cumplimiento de las prescripciones legales, cómo llegó a sus manos.

Esta vez el señor Lantin tuvo que sentarse, anonadado por el asombro.

—Pero…, pero examínelo muy atentamente, señor, hasta hoy lo había creído… falso.

El joyero prosiguió:

—¿Le importaría decirme cómo se llama, señor?

—En absoluto. Me llamo Lantin, y soy empleado del Ministerio del Interior, vivo en el número dieciséis de la rue des Martyrs.

El vendedor abrió sus registros, buscó y dijo:

—En efecto, este collar fue mandado a la dirección de la señora Lantin, rue des Martyrs número dieciséis, el veinte de julio de mil ochocientos setenta y seis.

Y los dos hombres se miraron a los ojos, el funcionario trastornado por la sorpresa, el joyero oliéndose un ladrón.

Este último añadió:

—¿Puede dejármelo sólo por veinticuatro horas? Le hago un resguardo.

El señor Lantin balbució:

—Sí, sí…, por supuesto.

Y salió con la hojita, que dobló y se guardó en el bolsillo.

Luego atravesó la calle, subió por ella, advirtió que se había equivocado de camino, volvió a bajar hasta las Tullerías, cruzó el Sena, se dio cuenta de que se había equivocado de nuevo, volvió a los Campos Elíseos sin tener en la cabeza una idea clara. Trataba de razonar, de comprender. Su mujer no había podido comprar un objeto de tanto valor. Sin duda no. ¡Entonces era un regalo! ¿Un regalo? Pero ¿un regalo de quién? ¿Y por qué?

Se había parado, inmóvil en medio de la avenida. La duda terrible afloró. ¿Ella? Entonces, ¿también todas las demás joyas eran regalos? Le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies; que un árbol, delante de él, caía; extendió los brazos y se desplomó, sin sentido.

Recuperó el conocimiento en una botica adonde le habían llevado unos paseantes. Pidió que le llevaran a su casa, y se encerró.

Lloró hasta la noche con desespero, mordiendo un pañuelo para no dar alaridos. Luego se acostó, roto de cansancio y de dolor, y durmió con un sueño pesado.

Le despertó un rayo de sol y se levantó lentamente para ir al Ministerio. Tras semejante impacto era difícil ponerse de nuevo a trabajar. Pensó que podría excusarse con su jefe de oficina, y le escribió. Luego pensó que debía volver a la joyería; y se

ruborizó de vergüenza. Se quedó largo rato reflexionando. De todas formas, no podía dejar el collar en la tienda de aquel hombre. Se vistió y salió.

Hacía un bonito día, el cielo azul se extendía sobre la ciudad que parecía sonreír. Algunos paseantes iban delante de él con las manos en los bolsillos.

Lantin se dijo, mirándoles pasar: «¡Dichoso del que tiene fortuna! Con dinero se pueden olvidar hasta las penas, ir a donde se quiera, viajar, distraerse. ¡Oh! ¡Si fuera rico!».

Se dio cuenta de que tenía hambre, porque estaba en ayunas desde hacía dos días. Pero tenía los bolsillos vacíos, y se acordó del collar. ¡Dieciocho mil francos! ¡Dieciocho mil francos! ¡Aquello sí que era una buena suma!

Llegó a la rue de la Paix y comenzó a pasear arriba y abajo por la acera, por delante de la tienda. ¡Dieciocho mil francos! Veinte veces estuvo a punto de entrar, refrenado siempre por la vergüenza.

Pero tenía hambre, mucha hambre, y ni un céntimo siquiera en el bolsillo. De pronto se decidió, atravesó a la carrera la calle para no darse tiempo a reflexionar y se precipitó dentro de la joyería.

Apenas le hubo visto, el vendedor acudió solícito, le ofreció una silla con sonriente cortesía. También vinieron los dependientes, y miraban de soslayo a Lantin, con un asomo de regocijo en los labios y en los ojos.

El joyero declaró:

—Me he informado, señor, y si no ha cambiado usted de idea, estoy dispuesto a pagarle la suma que le propuse.

—Por supuesto —balbució el empleado.

El joyero sacó de un cajón dieciocho grandes billetes, los contó, se los alargó a Lantin, que firmó un pequeño acuse de recibo y se metió con mano temblorosa el dinero en el bolsillo.

Luego, cuando se disponía a salir, se volvió hacia el vendedor que seguía sonriendo, y, bajando los ojos, dijo:

—Tengo…, tengo otras joyas…, que recibí de la misma herencia. ¿Estaría también dispuesto a adquirirlas?

El vendedor hizo una inclinación:

—Por supuesto, señor.

Uno de los encargados salió, para reírse más a sus anchas; otro se sonaba ruidosamente.

Lantin, impasible, rojo y serio, dijo:

—Ahora mismo se las traigo.

Y cogió un coche para ir a recoger las joyas.

Cuando, una hora después, volvió a la tienda, no había comido aún. Comenzaron a examinar las joyas una por una, valorándolas. Provenían casi todas de aquella

joyería.

Ahora Lantin discutía las tasaciones, se encolerizaba, pretendía ver los registros de venta y, a medida que la suma aumentaba, hablaba con voz cada vez más alta.

Los grandes pendientes de brillantes valían veinte mil francos, las pulseras treinta y cinco mil, los broches, las sortijas y los medallones dieciséis mil, un aderezo de esmeraldas y de zafiros catorce mil; el total ascendía a la suma de ciento noventa y seis mil francos.

El vendedor dijo, con burlona bonachonería:

—No está nada mal para una persona que se gastaba en joyas todos sus ahorros.

Lantin dijo con seriedad:

—Es una manera como otra cualquiera de invertir el dinero.

Y se fue, tras haber acordado con el comprador un peritaje de comprobación para el día siguiente.

Apenas estuvo en la calle miró la column Vendôme con ganas de escalarla, como si fuera el palo de la cucaña. Y se sentía tan ligero que habría saltado a pie juntillas la estatua del emperador encaramada allá arriba en el cielo.

Se fue a comer a Voisin y bebió vino de veinte francos la botella.

Luego tomó un coche y se dio una vuelta por el Bois de Boulogne. Miraba los otros coches con un cierto desprecio, deseoso de gritar a los que pasaban: «También yo soy rico. ¡Tengo doscientos mil francos!».

Le vino a la mente el Ministerio. Se hizo llevar a él, entró resueltamente en el despacho de su jefe y anunció:

—Señor, vengo a presentar mi baja. He heredado trescientos mil francos.

Fue a despedirse de sus ex colegas, haciéndoles partícipes de sus planes de llevar una nueva vida; luego se fue a comer al Café Anglais.

Encontrándose al lado de un señor que le pareció refinado, no pudo reprimirse el confiarle, con una cierta coquetería, que acababa de heredar cuatrocientos mil francos.

Por primera vez en su vida no se aburrió en el teatro, y pasó la noche con algunas chicas de vida alegre.

Seis meses más tarde se volvía a casar. Su segunda mujer era la honestidad personificada, pero tenía un carácter difícil. Le hizo sufrir mucho.

SAN ANTONIO*

A X. Charmes

Era conocido como San Antonio porque se llamaba Antonio, y quizá también porque era un vividor, jovial, bromista, buen tragaldabas y buen bebedor, y vigoroso castigador de sirvientas, por más que tuviera más de sesenta años pasados.

Era un gran terrateniente de la comarca de Caux, coloradote, ancho de pecho y panzudo, y plantado sobre unas largas piernas que parecían demasiado delgadas para su corpachón.

Viudo, vivía solo con su criada y sus dos mozos en su hacienda que dirigía como un lagartón, velando por sus intereses, entendido como era en los negocios, en la cría de ganado y en el cultivo de sus tierras. Sus dos hijos y sus tres hijas, bien casados, vivían en los alrededores e iban a comer con su padre una vez al mes. Su vigor era famoso en los contornos; circulaba el dicho: «Es fuerte como San Antonio».

Al producirse la invasión prusiana, San Antonio prometía en la taberna comerse vivo a todo un ejército, porque era jactancioso como buen normando, algo cobarde y fanfarrón. Descargaba puñetazos sobre la mesa de madera, que se estremecía haciendo bailar tazas y vasos y, con el rostro rojo y mirada maliciosa, gritaba con fingida ira de vividor: «¡Me los tendré que comer, rediós!». Estaba convencido de que los prusianos no llegarían nunca a Tanneville; pero, cuando supo que se encontraban en Rautôt, no salió ya de su casa, y por la ventana de la cocina no perdía de vista el camino, esperando de un momento a otro ver pasar las bayonetas.

Una mañana, mientras se tomaba las sopas con sus servidores, abrió la puerta y apareció el alcalde del municipio, el señor Chicot, seguido de un soldado que llevaba un casco negro con la punta de cobre. San Antonio se puso en pie de un salto; y toda su gente le miraba, esperando verle hacer pedazos al prusiano. En cambio, se limitó a dar la mano al alcalde, que le dijo:

—Hay uno para ti, San Antonio. Han venido esta noche. Te ruego que no hagas tonterías, pues hablan de fusilar y prender fuego a todo a la más mínima. Estás avisado. Dale de comer, parece un buen chico. Me despido, pues he de ir a casa de otros. Hay para todos.

Y salió.

San Antonio había palidecido, y miró a su prusiano. Era un mocetón metido en carnes y blanco, de ojos azules, rubio, barbudo hasta los pómulos, con aspecto de idiota, tímido y bonachón. El malicioso normando comprendió enseguida con quién se las tenía que ver y, tranquilizado, le hizo seña de que se sentara. Luego le preguntó:

—¿Quieres un poco de sopa?

El extranjero no comprendió. Entonces Antonio, en un impulso de audacia, le empujó bajo la nariz un plato lleno:

—Toma y come, cerdo.

El soldado respondió: *Ya* y se puso a comer con gula mientras el hacendado triunfante, sintiendo que había reconquistado su reputación, guiñaba el ojo a sus servidores que hacían extrañas muecas, sintiendo a la vez un gran miedo y ganas de reír.

Cuando el prusiano se hubo zampado su plato, San Antonio le sirvió otro que él hizo desaparecer igualmente, pero se echó atrás ante el tercero, que el hacendado quería hacerle comer a la fuerza, repitiendo:

—Vamos, para dentro. ¡Lo que no mata engorda, cerdo!

Y el soldado, creyendo que no querían hacerle sino comer hasta saciarle, reía con expresión de contento, haciendo señas para indicar que estaba lleno.

Entonces San Antonio, con gran familiaridad, le dio una palmadita en la tripa exclamando:

—¡Está llena, ¿eh?, la panza de mi cerdo!

Pero de repente se retorció, rojo como si fuera a darle un ataque, sin poder ya hablar. Se le había ocurrido una idea que le hacía ahogarse de la risa:

—Eso, eso, san Antonio y su cerdo. ¡Aquí tenéis a mi cerdo!

Y los tres sirvientes estallaron a reír a su vez.

El viejo estaba tan contento que hizo traer aguardiente, del bueno, del de primera calidad y muy fuerte, y puso para todos. Brindaron con el prusiano, quien hizo chasquear la lengua a modo de cumplido, para indicar que le parecía exquisito. Y San Antonio le gritaba en las mismas barbas:

—¡Éste sí que es bueno! En tu país, cerdo mío, no tomas cosas como ésta.

A partir de aquel día San Antonio no salió ya sin su prusiano. Había encontrado lo que le convenía, era su venganza, su venganza de lagartón. Y todo el pueblo, que estaba muerto de miedo, se reía como loco a espaldas de los vencedores con la burla de San Antonio. La verdad es que, en cuestión de bromas, era único. ¡Sólo él era capaz de inventarse una así, el muy tunante!

Iba a casa de los vecinos, todos los días después de comer, del brazo con su alemán, al que presentaba alegremente, dándole una palmadita en el hombro:

—¡Aquí tenéis a mi cerdo! ¡Ved lo gordo que está, el muy bestia!

Y los campesinos se lo pasaban en grande.

—¡Qué divertido es, este demonio de San Antonio!

—Césaire, te lo vendo por tres pistolas.

—Me lo quedo, Antonio, y te invito a comer morcillas.

—Yo, en cambio, quiero los pies.

—Tócale la panza, y verás lo grasito que está.

Y todos guiñaban el ojo sin reírse demasiado fuerte, por temor a que el prusiano acabara comprendiendo que se burlaban de él. Sólo San Antonio, que se volvía cada día más osado, le daba unos pellizcos en los muslos al tiempo que exclamaba: «Grasa nada más»; le daba una palmada en el trasero gritando: «Es pura corteza»; lo levantaba entre sus brazos de viejo coloso capaz de cargar con un yunque, diciendo: «Pesa seiscientos, y sin desperdicio».

Y había adquirido la costumbre de hacer que invitaran a comer a su cerdo por todas partes adonde iba con él. Era el gran placer, la gran diversión de todos los días: «Denle lo que quieran, que se lo traga todo». Y le daban al hombre aquel pan y mantequilla, patatas, guisos fríos y embutido con el comentario: «Casero y de primera calidad».

El soldado, estúpido y bonachón, comía por cortesía, encantado de tales atenciones, se ponía enfermo por no rehusar; y la verdad era que iba engordando, el uniforme le apretaba ya, lo que encantaba a San Antonio y le hacía repetir: «¿Sabes?, cerdo mío, habrá que mandar hacerte otro chiquero».

Se habían vuelto, por otra parte, los mejores amigos del mundo; y cuando el viejo se iba a sus asuntos por los alrededores, el prusiano le acompañaba por propia iniciativa por el simple gusto de estar con él.

Hacía un tiempo riguroso; todo estaba helado; el terrible invierno de 1870 parecía hacer caer a la vez todo tipo de flagelos sobre Francia.

El viejo San Antonio, que preparaba las cosas con tiempo y aprovechaba las ocasiones, previendo que le iba a faltar el estiércol para las labores del campo de primavera, compró el de un vecino que pasaba penurias; y convinieron en que cada noche iría con su carreta a buscar una carga de estiércol.

Así todos los días, al caer la noche, se ponía en camino para ir a la alquería de los Haules, que estaba a una media legua de distancia, acompañado siempre de su cerdo. Y cada día era una fiesta alimentar al muy bestia. Todo el pueblo acudía allí como se va, los domingos, a misa mayor.

Sin embargo, el soldado empezaba a tener la mosca tras la oreja; y cuando se reían demasiado fuerte revolvía sus ojos inquietos, que, a veces, se encendían de una llama de ira.

Ahora bien, una noche, una vez que hubo comido hasta quedar satisfecho, se negó

a tragarse un bocado más; y trató de levantarse para irse. Pero San Antonio le detuvo retorciéndole una muñeca y, poniéndole sus dos poderosas manos sobre los hombros, le hizo sentarse de nuevo tan enérgicamente que la silla se rompió bajo el hombre.

Estalló un huracán de alegría; y Antonio, radiante, levantando a su cerdo fingió ponerle un vendaje para las heridas; luego dijo:

—¡Puesto que no quieres comer, entonces beberás, rediós!

Y mandaron a buscar aguardiente a la taberna.

El soldado miraba a su alrededor con ojos de mirada malvada; pero bebió, no obstante, bebió tanto como quisieron; y San Antonio, en medio del júbilo de los presentes, le sostenía la cabeza.

El normando, rojo como un tomate, la mirada de fuego, llenaba las copas y trincaba voceando: «¡A tu salud!». Y el prusiano, sin abrir la boca, se echaba al coleto tragos de aguardiente uno tras otro.

¡Fue una lucha, una batalla, una revancha! ¡A ver quién conseguía beber más, maldita sea! Cuando se acabó la botella, ninguno de los dos podía con su alma. Pero ninguno había salido perdedor. Estaban empatados. ¡Iban a tener que volver a empezar al día siguiente!

Salieron tambaleándose y echaron a andar junto a la carreta de estiércol de la que tiraban lentamente los dos caballos.

Empezaba a caer la nieve, y la noche sin luna se iluminaba tristemente con esa claridad mortecina propia de las llanuras. Cogieron frío los dos, lo cual aumentó su ebriedad, y San Antonio, descontento por no haber ganado, se divertía dándole empellones en el hombro a su cerdo para hacerle caer en la cuneta. El otro evitaba los ataques mediante retiradas; y pronunciaba cada vez unas palabras en alemán en un tono de irritación que hacía reír a carcajadas al campesino. Hasta que, finalmente, el prusiano se molestó; y, justo en el momento en que Antonio le daba otro empellón, respondió con un terrible puñetazo que hizo tambalearse al coloso.

Entonces, encendido por el aguardiente, el viejo cogió al hombre por la cintura, le sacudió unos segundos como si fuera un niño pequeño y lo lanzó de un impulso al otro lado del camino. Luego, satisfecho del resultado, se cruzó de brazos para seguir riéndose.

Pero el soldado se puso rápidamente en pie, con la cabeza descubierta, pues se le había caído el casco, desenvainó el sable y se abalanzó sobre el compadre Antonio.

Al ver esto, el campesino cogió su fusta por el medio, su gran fusta de acebo, recta, fuerte y elástica como un vergajo.

El prusiano se lanzó hacia delante, con la cabeza gacha y acometiendo con su arma, seguro de matar. Pero el viejo atrapó con la mano la hoja que estaba a punto de reventarle el vientre, la desvió, y propinó con el mango de su fusta un golpe seco en la sien de su enemigo, que cayó a sus pies.

Luego miró, espantado, anonadado de asombro, el cuerpo primero sacudido por los espasmos, luego inmóvil sobre el vientre. Se inclinó, le dio la vuelta, lo examinó un rato. El hombre tenía los ojos cerrados; y un hilillo de sangre brotaba de una brecha de un lado de su frente. A pesar de la oscuridad, el compadre Antonio distinguía la mancha oscura de aquella sangre en la nieve.

Permanecía allí, trastornada la cabeza, mientras su carreta seguía adelante al paso tranquilo de los caballos.

¿Qué hacer? ¡Le fusilarían! ¡Prenderían fuego a su alquería, destruirían el pueblo! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Cómo esconder el cuerpo, ocultar el fallecimiento, engañar a los prusianos? Oyó voces a lo lejos, en el gran silencio de las nieves. Se espantó y, tras recoger el casco, se lo puso en la cabeza a su víctima, y luego, cogiéndole por los costados, lo levantó, echó a correr, alcanzó el carro y arrojó el cuerpo sobre el estiércol. En casa, ya se le ocurriría algo.

Iba a paso corto, devanándose los sesos, sin que se le ocurriera nada. Se veía y se sentía perdido. Entró en el patio de su casa. Se veía luz en un ventanillo de la buhardilla, su sirvienta no dormía aún; entonces hizo recular rápidamente el carro hasta el borde de la entrada del estercolero. Pensaba que, volcando la carga, el cuerpo depositado encima acabaría debajo, en la fosa; e hizo bascular la carretada.

Como había previsto, el hombre quedó enterrado bajo el estiércol. San Antonio igualó el montón con la horquilla y la hincó en el suelo, al lado. Llamó a su mozo, ordenó que metiera los caballos en las caballerizas; y entró en su habitación.

Se acostó, sin dejar de cavilar ni un momento en lo que iba a hacer, pero, como no se le ocurría ninguna idea, su espanto iba en aumento en la inmovilidad del lecho. ¡Le fusilarían! Sudaba del miedo; le castañeteaban los dientes; se levantó temblando, incapaz como se sentía de seguir estando entre las sábanas.

Entonces bajó a la cocina, cogió la botella del buen aguardiente del aparador y volvió a subir. Se bebió dos grandes copas seguidas, añadiendo una nueva borrachera a la anterior, pero sin calmar la angustia de su alma. ¡Buena la había hecho, imbécil de él!

Ahora iba de un lado para otro, tratando de dar con alguna estratagema, explicación o astucia; y, de tanto en tanto, se echaba un trago al gaznate, para cobrar ánimos.

Y no se le ocurría nada. Nada de nada.

Hacia medianoche, su perro guardián, una especie de medio lobo llamado Devorador, se puso a ladrar a la luna. El compadre Antonio se estremeció hasta los tuétanos; y, cada vez que el animal reanudaba su gañido lúgubre y prolongado, un escalofrío de miedo recorría el espinazo del viejo.

Se había derrumbado sobre una silla, con las piernas molidas, atontado, sin poder más, esperando con ansiedad que Devorador comenzara de nuevo su quejido, y

sacudido por todos los sobresaltos del terror que crispan nuestros nervios.

El reloj de abajo dio las cinco. El perro no callaba. El campesino se estaba volviendo loco. Se levantó para soltar al animal, y dejar así de oírlo. Bajó, abrió la puerta, avanzó en medio de la noche.

Seguía nevando. Todo estaba blanco. Los edificios de la alquería formaban grandes manchas oscuras. El hombre se acercó a la perrera. El perro tiraba de su cadena. Lo soltó. Entonces Devorador dio un salto, se detuvo a continuación en seco, con el pelaje erizado, las patas tensas, enseñando los dientes, el hocico vuelto hacia el estiércol.

Temblando de pies a cabeza, San Antonio balbució: «¿Qué te pasa, chucho?» y avanzó algunos pasos, escrutando con la mirada la imprecisa sombra, la sombra borrosa del patio.

¡Entonces vio una forma, una forma de hombre sentado sobre su estiércol!

Lo miró jadeando, paralizado por el terror. Pero, de improviso, vio junto a sí el mango de su horquilla hincada en tierra; la arrancó y, en uno de esos impulsos de miedo que tornan temerarias a las personas más cobardes, se lanzó hacia delante, para ver.

Era su prusiano, salido enfangado de su yacija de inmundicias que le había recalentado y hecho volver en sí. Se había sentado maquinalmente, y permanecía allí, bajo la nieve que le blanqueaba, empapado de suciedad y de sangre, atontado aún por la borrachera, aturdido por el golpe, debilitado por la herida.

Vio a Antonio, y, demasiado anonadado para entender nada, hizo ademán de levantarse. Pero el viejo, apenas le hubo reconocido, se puso a echar espumarajos como una bestia rabiosa.

Farfullaba:

—¡Ah, cerdo, cerdo, así que no te has muerto aún! Quieres denunciarme, ¿eh?…, pues, espera, espera…

Y, abalanzándose sobre el alemán, acometió con toda la fuerza de sus dos brazos con la horquilla enristrada como una lanza, y le hundió hasta el mango en el pecho los cuatro dientes de hierro.

El soldado cayó de espaldas lanzando un largo suspiro de muerte, mientras el viejo campesino retiraba su arma de las heridas para clavársela de nuevo, una vez tras otra, en la panza, en el estómago, en la garganta, lanzando golpes como un loco, acribillando de pies a cabeza el cuerpo palpitante del que brotaba la sangre a borbotones.

Luego se detuvo, sofocado por lo violento de su tarea, tomando aire a grandes bocanadas, aplacado por el crimen consumado.

Entonces, cuando cantaban los gallos en los gallineros e iba a despuntar el día, se puso manos a la obra para enterrar el cadáver.

Abrió un hoyo en el estiércol, encontró tierra, excavó más hondo aún, trabajando sin ningún orden, en un arrebato enérgico con furiosos movimientos de brazos y de todo el cuerpo.

Cuando el hoyo fue lo bastante profundo, hizo rodar con la horquilla el cadáver en su interior, lo rellenó con la tierra y la apisonó largo rato; luego colocó de nuevo en su sitio el estiércol, y al ver que la espesa nieve completaba su tarea, y cubría las huellas con su blanco manto, sonrió.

Luego volvió a hincar la horquilla sobre el montón de inmundicia y entró de nuevo en su casa. Su botella medio llena aún de aguardiente había quedado sobre una mesa. La vació de un trago, se tumbó en la cama y se durmió con un sueño profundo.

Se despertó lúcido, con el ánimo sereno y alerta, capaz de juzgar lo sucedido y de prever los acontecimientos.

Al cabo de una hora corría al pueblo a pedir por todas partes noticias de su soldado. Fue a ver a los oficiales para saber, decía, por qué se habían llevado a su hombre.

Como conocían su relación, no sospecharon de él; e incluso dirigió las labores de búsqueda afirmando que el prusiano se iba cada noche de picos pardos.

Un viejo gendarme retirado, que tenía una posada en el pueblo vecino y una bonita hija, fue detenido y fusilado.

LA AVENTURA DE WALTER SCHNAFFS*

A Robert Pinchon

Desde su entrada en Francia con el ejército invasor, Walter Schnaffs se consideraba el más desdichado de los hombres. Era gordo, andaba con esfuerzo, resoplaba mucho y sufría espantosamente de los pies que tenía muy planos y grandes. Era, además, pacífico y bonachón, nada magnánimo o sanguinario, padre de cuatro niños a los que adoraba y estaba casado con una joven rubia, cuyo cariño, pequeñas atenciones y besos echaba desesperadamente de menos cada noche. Le gustaba levantarse tarde y acostarse temprano, comer despacio cosas buenas y tomar cerveza en las cervecerías. Pensaba, además, que todo lo que es agradable de la vida acaba con ésta; y sentía en su corazón un odio terrible, instintivo y racional al mismo tiempo, hacia los cañones, los fusiles, los revólveres y los sables, pero sobre todo hacia las bayonetas, incapaz como se sentía de manejar lo bastante diestramente esa arma rápida para defender su barrigón.

Y, cuando, al caer la noche, se acostaba en el suelo envuelto en su capote al lado de sus camaradas que roncaban, pensaba un buen rato en sus seres queridos de los que estaba tan lejos y en los peligros de que estaba sembrado su camino: «Si me matasen, ¿qué sería de mis pequeños? ¿Quién los criaría y educaría? Y no son ricos además, a pesar de las deudas que contraje al partir para dejarles algún dinero». Y Walter Schnaffs lloraba a veces.

Al comienzo de las batallas sentía tal flojera en las piernas que se habría dejado caer al suelo de no haber pensado que todo el ejército le pasaría por encima. Cuando oía silbar las balas se le ponía la piel de gallina.

Desde hacía meses vivía así en medio del terror y de la angustia.

El cuerpo del ejército al que pertenecía avanzaba hacia Normandía; y un buen día fue mandado en una misión de reconocimiento con un escaso destacamento que debía limitarse a explorar una parte de la región y replegarse acto seguido. Todo parecía en calma en los campos; nada indicaba una resistencia organizada.

Ahora bien, cuando los prusianos bajaban tranquilamente por un pequeño valle, que cortaban unos barrancos profundos, una violenta descarga de fusilería les hizo

detenerse en seco, abatiendo a una veintena de ellos; y una escuadra de francotiradores, saliendo de pronto de un bosquecillo grande como la palma de una mano, se lanzó hacia delante, con la bayoneta calada.

En un primero momento Walter Schnaffs se quedó inmóvil, tan sorprendido y desesperado que ya no pensaba siquiera en huir. Luego le dominó un deseo loco de poner pies en polvorosa; pero enseguida pensó que corría como una tortuga en comparación con los delgados franceses que llegaban dando saltos como un rebaño de cabras. Viendo entonces a seis pasos delante de él un ancho hoyo lleno de maleza cubierta de hojas secas, saltó dentro a pie juntillas, sin pensar siquiera en lo profundo que pudiera ser, como se salta de un puente a un río.

Pasó, como una flecha, a través de una espesa capa de bejucos y zarzas pinchudas que le rasguñaron cara y manos, yendo a caer pesadamente de culo sobre un lecho de piedras.

Alzando al punto los ojos, vio el cielo por el agujero que había hecho. Aquel agujero revelador podía delatarle, por lo que se arrastró con precaución, gateando, hasta el fondo de aquella cavidad, bajo la techumbre de ramaje entrelazado, yendo lo más rápidamente posible, alejándose del lugar del combate. Luego se detuvo y se sentó de nuevo, agazapado como una liebre en medio de las altas hierbas secas.

Durante un rato siguió oyendo algunas detonaciones, gritos y lamentos. Luego el clamor de la lucha se debilitó. Todo se volvió de nuevo mudo y calmo.

Algo se movió de repente junto a él. Tuvo un sobresalto espantoso. Era un pajarillo que, tras haberse posado sobre una rama, hacía agitarse unas hojas secas. Durante cerca de una hora, el corazón de Walter Schnaffs latió con grandes palpitaciones aceleradas.

Caía la noche, cubriendo el barranco de sombra. Y el soldado se puso a pensar. ¿Qué haría? ¿Qué iba a ser de él? ¿Reunirse con su ejército?… Pero ¿cómo? Pero ¿por dónde? ¡Tendría que empezar de nuevo la horrible vida de angustias, de espantos, de fatigas y de sufrimientos que llevaba desde el comienzo de la guerra! ¡No! ¡Ya no se sentía con valor para ello! Ya no tendría la energía que se requería para soportar las marchas y afrontar los peligros de cada minuto.

Pero ¿qué hacer? No podía quedarse en aquel barranco y ocultarse hasta el final de las hostilidades. No, por supuesto. De no haber tenido que comer, esa perspectiva no le habría aterrado demasiado; pero comer había que comer, y además todos los días.

Y se encontraba así totalmente solo, armado, en uniforme, en territorio enemigo, lejos de los que podían defenderle. Unos escalofríos recorrían su espinazo.

De repente pensó: «¡Si al menos fuera prisionero!», y su corazón se estremeció de deseo, de un deseo violento y desmedido, de ser prisionero de los franceses. ¡Prisionero! Estaría salvado, alimentado, alojado, al abrigo de las balas y de los

sables, sin recelo posible, en una buena prisión bien protegida. ¡Prisionero! ¡Qué sueño!

Y tomó inmediatamente una decisión: «Voy a entregarme».

Se levantó, decidido a llevar a cabo su plan sin pérdida de tiempo. Pero se quedó inmóvil, asaltado de pronto por reflexiones molestas y por nuevos terrores.

¿Dónde se entregaría prisionero? ¿Y cómo? ¿Por qué lado? Y unas imágenes espantosas, imágenes de muerte, atenazaron su alma.

Iba a correr peligros terribles aventurándose solo, por los campos, con su casco en punta.

¿Y si se encontraba con unos campesinos? ¡Esos campesinos, al ver a un prusiano perdido, a un prusiano inerme, le matarían como a un perro vagabundo! ¡Le masacrarían con sus horcas, sus picos, sus hoces, sus palas! Le harían picadillo, papilla, con el encarnizamiento de los vencidos exasperados.

¿Y si se encontraba con unos francotiradores? Esos francotiradores, unos desalmados sin ley ni disciplina, le fusilarían por simple diversión, para pasar una hora riéndose en sus barbas. Y se veía ya de espaldas contra el muro, delante de doce cañones de fusil que parecían mirarle con sus bocachas negras y redondas.

¿Y si se encontraba con el ejército francés? Los hombres de la vanguardia le tomarían por un explorador, por un soldado astuto y audaz que había ido solo de reconocimiento, y le dispararían. Oía ya las detonaciones intermitentes de los soldados tendidos entre los matorrales, mientras él, de pie en medio de un campo, se desplomaba, acribillado como un cedazo por las balas que sentía penetrar en sus carnes.

Desesperado, volvió a sentarse. Le parecía estar realmente en un callejón sin salida.

Era ya noche cerrada, una noche negra y silenciosa. Ya no se movía y se estremecía a cada ruido desconocido y ligero que cruzaba las tinieblas. Un conejo, al golpear con su trasero el borde de la madriguera, a punto estuvo de hacerle huir. Los chillidos de las lechuzas le partían el alma, provocándole miedos repentinos, dolorosos como heridas. Desorbitaba los ojos para tratar de ver en la sombra; y se imaginaba en todo momento que oía andar cerca de él.

Al cabo de interminables horas y de angustias de condenado, percibió, a través de su techumbre, que el cielo empezaba a clarear. Le embargó entonces un inmenso alivio; sus miembros se relajaron, descansados de repente; su corazón se apaciguó; sus ojos se cerraron. Se durmió.

Al despertar, le pareció que el sol había llegado a su cenit; debía de ser mediodía. Ningún ruido turbaba la paz mortecina de los campos; y Walter Schnaffs se dio cuenta de que tenía un hambre canina.

Bostezaba, se le hacía la boca agua sólo de pensar en el salchichón, en el buen

salchichón de los soldados; y le dolía el estómago.

Se levantó, dio unos pasos, sintió flojera en las piernas y volvió a sentarse para pensar. Durante dos o tres horas más sopesó los pros y los contras, dividido entre las más opuestas ideas.

Finalmente prevaleció una decisión que encontró lógica y práctica: esperar a que pasara un campesino, solo, desarmado y sin peligrosas herramientas de trabajo, correr a su encuentro y ponerse en sus manos, haciéndole ver inequívocamente que se rendía.

Entonces se quitó el casco, que con su punta podía delatarle, y, con infinitas precauciones, asomó la cabeza fuera de su agujero.

No se veía alrededor ni un alma. Al fondo a la derecha, un pueblecito mandaba hacia el cielo el humo de sus tejados, ¡el humo de las cocinas! Al fondo a la izquierda, en el extremo de una avenida arbolada, divisó un gran castillo flanqueado por unas torrecillas.

Esperó hasta el atardecer, entre atroces padecimientos, viendo sólo vuelos de cuervos, oyendo únicamente los sordos quejidos de sus entrañas.

Una vez más la noche descendió sobre él.

Se tumbó al fondo de su refugio y se durmió con un sueño febril, poblado de pesadillas, el sueño de un hombre famélico.

Se alzó la aurora de nuevo sobre su cabeza. Reanudó la observación. Pero el campo estaba vacío como el día anterior; y entonces otro miedo se apoderó de Walter Schnaffs, ¡el miedo a morir de hambre! Se veía tumbado al fondo de su agujero, tendido de espaldas, con los ojos cerrados. Luego unas bestias, bestezuelas de todo tipo se acercaban a su cadáver y empezaban a comérselo, atacándole por todas partes a la vez, introduciéndose en sus ropas para morder su piel fría. Y un gran cuervo le picaba en los ojos con su afilado pico.

Entonces enloqueció, imaginándose que se desvanecería de debilidad y no podría ya caminar. Y se disponía a lanzarse hacia el pueblo, resuelto a atreverse a todo, a arrostrarlo todo, cuando vio a tres campesinos que iban a los campos con sus horcas al hombro, y se volvió a meter en su escondite.

Pero, cuando la noche oscureció la llanura, salió lentamente del agujero y se puso en camino, encorvado, temeroso, con el corazón palpitándole, hacia el castillo lejano, prefiriendo entrar allí que en el pueblo, que le parecía temible como una guarida llena de tigres.

Había luz en las ventanas de la planta baja. Una de ellas estaba incluso abierta; y un fuerte olor a carne asada salía de allí, un olor que penetró bruscamente en la nariz y hasta el fondo del estómago de Walter Schnaffs, que le crispó, le hizo jadear, atrayéndole irresistiblemente, infundiéndole en el corazón una audacia desesperada.

Y brusca e irreflexivamente apareció, con el casco puesto, en el marco de la

ventana.

Ocho criados estaban cenando en una gran mesa. Pero de pronto una criada se quedó boquiabierta, dejando caer su vaso, con la mirada fija. ¡Todas las miradas siguieron a la suya!

¡Vieron al enemigo!

¡Señor mío! ¡Los prusianos atacaban el castillo!…

Primero se oyó un grito, un solo grito, formado de ocho gritos lanzados en ocho tonos distintos, un grito de espanto horrible, luego un levantarse tumultuoso, alboroto, confusión, una huida desesperada hacia la puerta del fondo. Las sillas caían, los hombres derribaban a las mujeres y pasaban por encima de ellas. En dos segundos, la estancia quedó vacía, abandonada, con la mesa cubierta de manduca delante de un Walter Schnaffs estupefacto, que seguía de pie ante la ventana.

Tras unos instantes de vacilación, salvó el pretil y avanzó hacia los platos. Su hambre excitada le hacía temblar como quien tiene fiebre: pero un terror le refrenaba, le paralizaba aún. Escuchó. Toda la casa parecía temblar; puertas que se cerraban, correr de pasos apresurados por el piso de arriba. Inquieto, el prusiano aguzaba el oído a esos confusos sonidos; luego oyó unos sordos ruidos como si unos cuerpos hubieran caído en la blanda tierra, al pie de los muros, cuerpos humanos saltando desde la primera planta.

Después cesaron todo movimiento, toda agitación, y en el gran castillo reinó un silencio sepulcral.

Walter Schnaffs se sentó delante de un plato que había quedado intacto y se puso a comer. Comía a grandes bocados como si temiera verse interrumpido demasiado pronto y no poder tragar lo bastante. Se llevaba los bocados con ambas manos a su boca abierta como una trampilla; y un montón de comida iba a parar una y otra vez a su estómago, hinchando al pasar su garganta. A veces se interrumpía, a punto de reventar como un tubo demasiado lleno. Entonces cogía la jarra de sidra y se destaponaba el esófago igual que se desemboza un conducto obturado.

Vació todos los platos, todas las fuentes y todas las botellas; luego, saciado de comida y de bebida, atontado, rojo, sacudido por los hipos, trastornada la cabeza y la boca grasienta, se desabrochó el uniforme para respirar, incapaz por otra parte de dar un paso. Sus ojos se cerraban, tenía la mente embotada; apoyó su frente que le pesaba entre los brazos cruzados sobre la mesa, y poco a poco perdió la noción de las cosas y de los hechos.

La luna en cuarto menguante iluminaba vagamente el horizonte por encima de los árboles del parque. Era la hora de frío que precede al día.

Numerosas y mudas sombras se deslizaban por la espesura; y a veces un rayo de luna hacía relucir en la sombra una punta de acero.

El tranquilo castillo alzaba su gran silueta oscura. Sólo en dos ventanas había luz

aún en la planta baja.

De repente, una voz tonante gritó:

—¡Adelante, al asalto, muchachos!

Entonces, en cuestión de segundos, las puertas, los postigos y los cristales se hundieron ante la marea de hombres que se lanzaron, rompiéndolo, aplastándolo todo, e invadieron la casa. En un instante cincuenta soldados armados hasta los dientes se plantaron en la cocina donde descansaba pacíficamente Walter Schnaffs, y, apuntándole en el pecho cincuenta fusiles cargados, le derribaron, haciéndole rodar, le apresaron, le ataron de pies a cabeza.

Él jadeaba de asombro, demasiado atontado para entender, golpeado, pateado y loco de miedo.

Y de repente, un militar gordo recargado de entorchados le plantó un pie sobre la panza vociferando:

—¡Es usted mi prisionero, ríndase!

El prusiano comprendió sólo la palabra «prisionero» y gimió: *Ya, ya, ya*.

Fue levantado, atado a una silla y examinado con viva curiosidad por sus vencedores que resoplaban como ballenas. Varios se sentaron, extenuados por la emoción y el cansancio.

¡Él sonreía, ahora sonreía, convencido como estaba de haber sido hecho al fin prisionero!

Entró otro oficial y dijo:

—Mi coronel, los enemigos han escapado; varios parecen haber sido heridos. Tenemos el control de la situación.

El gordo militar, que se estaba secando la frente, vociferó:

—¡Victoria!

Y escribió en una pequeña agenda comercial que se había sacado del bolsillo: «Tras una lucha encarnizada, los prusianos han tenido que batirse en retirada, llevándose a sus muertos y heridos, que se estiman en cincuenta hombres fuera de combate. Varios han caído en nuestras manos».

El joven oficial prosiguió:

—¿Qué medidas he de tomar, mi coronel?

El coronel respondió:

—Vamos a replegarnos para evitar una contraofensiva del enemigo, provisto de artillería y de fuerzas superiores.

Y dio la orden de retirarse.

La columna volvió a formar en la sombra, bajo los muros del castillo, y se puso en marcha, rodeando por todas partes a un Walter Schnaffs agarrotado, sujetado por seis guerreros que empuñaban el revólver.

Se mandó a algunos exploradores para que vigilasen el camino. Avanzaban con

prudencia, haciendo un alto de vez en cuando.

Llegaron, al rayar el día, a la subprefectura de La Roche-Oysel, cuya Guardia Nacional había llevado a cabo este hecho de armas.

La ansiosa y sobrexcitada población aguardaba. Cuando vieron el casco del prisionero, estalló un formidable clamor. Las mujeres levantaban los brazos; las ancianas lloraban; un abuelo lanzó su muleta contra el prusiano e hirió en la nariz a uno de sus guardianes.

El coronel daba alaridos.

—Velen por la seguridad del prisionero.

Llegaron por fin al Ayuntamiento. Se abrió la prisión, y Walter Schnaffs fue arrojado dentro, libre de ataduras.

Doscientos hombres armados montaron la guardia en torno al edificio.

Entonces, a pesar de los síntomas de indigestión que le torturaban desde hacía un buen rato, el prusiano, loco de alegría, se puso a bailar, a bailar como un loco, alzando brazos y piernas, a bailar dando gritos frenéticos, hasta el momento en que cayó, agotado al pie de una de las paredes.

¡Era prisionero! ¡Estaba salvado!

Fue así como el castillo de Champignet fue recuperado de manos del enemigo al cabo de sólo seis horas de ocupación.

El coronel Ratier, comerciante en paños, que había dirigido la operación a la cabeza de los guardias nacionales de La Roche-Oysel, fue condecorado.

EL COMPADRE MILON*

Desde hacía un mes, un gran sol derrama su lumbre sobre los campos. La vida brota radiante bajo este diluvio de fuego; la tierra es puro verdor hasta donde alcanza la vista. Hasta los confines del horizonte, el cielo es azul. Las alquerías normandas diseminadas por la llanura, vistas a distancia, se dirían bosquecillos, encerrados en su cercado de esbeltas hayas. De cerca, cuando se abre la cancela carcomida, se tiene la impresión de ver un gigantesco jardín, pues todos los viejos manzanos, huesudos como campesinos, están en flor. Sus añosos troncos negros, encorvados, retorcidos, en línea respecto al corral, despliegan bajo el cielo sus espléndidas copas blancas y rosas. El dulce aroma de su floración se mezcla con los olores grasos de los establos abiertos y con los vahos del estiércol que fermenta, cubierto de gallinas.

Es mediodía. La familia come a la sombra del peral plantado ante la puerta: el padre, la madre, los cuatro niños, las dos sirvientas y los tres mozos. Nadie habla. Se toman las sopas, luego destapan la cacerola del guisote lleno de patatas con tocino.

De cuando en cuando, una sirvienta se levanta y va a la bodega a llenar la jarra de sidra.

El hombre, un mocetón de unos cuarenta años, contempla una parra desnuda pegada a la pared de la casa, que corre retorcida como una serpiente, bajo las persianas, a todo lo largo del muro.

Al final dice:

—La parra de papá echa brotes pronto este año. Tal vez dé uva.

También la mujer se vuelve y mira sin decir nada.

La parra está plantada justo donde fue fusilado el padre.

Sucedió durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban toda la región. El general Faidherbe, con el ejército del Norte, les hacía frente.

Ahora bien, el Estado Mayor prusiano había sentado sus reales en esa alquería. El propietario, el compadre Milon, de nombre Pierre, les había acogido y dado hospedaje lo mejor posible.

Desde hacía un mes, la vanguardia alemana estaba en el pueblo en tareas de observación. A unas diez leguas, los franceses permanecían inmóviles; y, sin

embargo, cada noche desaparecían ulanos.

Todos los exploradores aislados, aquellos a los que mandaban de patrulla, cuando iban sólo dos o tres, no volvían nunca.

Los encontraban muertos por la mañana, en un campo, junto a un corral, en una cuneta. Hasta sus caballos yacían a lo largo de los caminos, degollados de un sablazo.

Tales asesinatos parecían perpetrados por las mismas personas, que no se conseguía descubrir.

Se aterrorizó a los lugareños. Se fusiló a campesinos por una simple denuncia, se encarceló a mujeres, se trató, por medio del miedo, de hacer hablar a los niños. Pero no se descubrió nada.

Pero he aquí que una mañana vieron al compadre Milon tendido en su establo, con la cara señalada por un tajo.

Dos ulanos eviscerados fueron encontrados a tres kilómetros de su alquería. Uno de ellos tenía empuñada aún su arma ensangrentada. Se había batido, defendido.

Tras formarse de inmediato un consejo de guerra, al aire libre, delante de la alquería, el viejo fue conducido ante él.

Contaba sesenta y ocho años. Era menudo, flaco, algo cargado de espaldas, con unas manazas parecidas a pinzas de cangrejo. Sus cuatro pelos descoloridos y ligeros como el plumón de un patito dejaban entrever por todas partes la carne del cráneo. La piel atezada y rugosa del cuello mostraba unas gruesas venas que desaparecían bajo las mandíbulas para reaparecer en las sienes. Tenía fama en la comarca de persona avara y duro de pelar en los negocios.

Le colocaron de pie, entre cuatro soldados, delante de la mesa de la cocina que habían sacado afuera. Cinco oficiales y el coronel se sentaron enfrente de él.

El coronel tomó la palabra en francés.

—Compadre Milon, desde que estamos aquí no podemos sino decir bondades de usted. Siempre se ha mostrado complaciente e incluso atento con nosotros. Pero hoy pesa una terrible acusación sobre usted, y es preciso aclarar las cosas. ¿Cómo se hizo esta herida que tiene en la cara?

El campesino no respondió nada.

El coronel continuó:

—Su silencio le condena, compadre Milon. Pero quiero que usted me responda, ¿entendido? ¿Sabe quién mató a los dos ulanos que fueron encontrados esta mañana cerca del Calvario?

El viejo articuló claramente:

—Fui yo.

El coronel, sorprendido, guardó silencio unos segundos, mirando con fijeza al prisionero. El compadre Milon permanecía impasible, con su aire cerril de campesino, los ojos gachos como si hablara con su cura. Sólo una cosa podía revelar

una íntima turbación, y era que tragaba una y otra vez saliva, con un visible esfuerzo, como si tuviera la garganta completamente estrangulada.

La familia del buen hombre, su hijo Jean, su nuera y dos niños pequeños, estaban a diez pasos, espantados y consternados.

El coronel continuó:

—¿Sabe quién ha matado a todos los exploradores de nuestro ejército, que encontramos cada mañana, desde hace un mes, en los campos?

El viejo contestó con la misma impasibilidad de bruto:

—Fui yo.

—¿Los ha matado todos usted?

—Todos yo, sí.

—¡Usted solo!

—Yo solo.

—Cuénteme cómo lo hizo.

Esta vez el hombre pareció emocionado, visiblemente incómodo por la necesidad de tener que hablar extensamente. Balbució:

—¿Qué sé yo? Lo hice tal como se terciaba.

El coronel prosiguió:

—Debo advertirle que tendrá que contármelo todo. Hará bien en decidirse cuanto antes. ¿Cómo empezó?

El hombre lanzó una mirada inquieta a su familia, que estaba a la escucha detrás de él. Dudó un poco más, luego, de golpe, se decidió.

—Una noche, de vuelta a casa, debían de ser las diez, al día siguiente de llegar ustedes. Ustedes y sus soldados me habían quitado más de cincuenta escudos en heno, aparte de una vaca y dos ovejas. Pensé: «Cada vez que me quiten veinte escudos, me las pagarán». Y había, además, otras cosas que no podía tragar, como le contaré. Veo a uno de sus jinetes que estaba fumando en pipa en la reguera de detrás del granero. Voy, descuelgo la hoz y me le acerco por detrás sigilosamente, para que no se diera cuenta. Le corté la cabeza de un solo tajo, como si fuera una espiga, y no le dio ni tiempo de soltar un lamento. Basta con que lo busquen en el fondo de la charca, está dentro de un saco de carbón, con una piedra de la cancela.

»Tenía un plan. Cogí todas sus cosas, desde las botas hasta la gorra, y las escondí dentro del horno de la yesería del bosque Martin, detrás del corral.

El viejo se calló. Los oficiales se miraban pasmados. Luego se reanudó el interrogatorio, y he aquí de lo que se enteraron:

Tras haber perpetrado su crimen, el viejo había vivido sólo con esta idea: «¡Matar prusianos!». Los odiaba con un odio solapado y feroz, como campesino codicioso y también patriota que era. Tenía un plan, como él decía. Esperó algunos días.

Gozaba de libertad para ir y venir, entrar y salir a su antojo, tan humilde se había

mostrado con los vencedores, sumiso y complaciente. Ahora bien, cada atardecer veía partir las estafetas; y, una noche, salió tras haber oído el nombre del pueblo al que se dirigían los jinetes y haber aprendido, gracias a la frecuentación de los soldados, las pocas palabras de alemán que necesitaba saber.

Salió por el corral, se internó en el bosque, llegó a la yesería, se introdujo en una profunda galería y localizó en el fondo, en el suelo, las ropas del muerto. Se vistió con ellas.

Entonces se puso a dar vueltas por los campos, reptando, siguiendo los ribazos para esconderse, pendiente de los menores ruidos, inquieto como un cazador furtivo.

Cuando creyó llegada la hora, se acercó al camino y se ocultó detrás de un matorral. Siguió aguardando. Finalmente, hacia medianoche, oyó resonar el galope de un caballo en la dura tierra del camino. El hombre pegó el oído a tierra para asegurarse de que sólo se acercaba un jinete, luego se preparó.

El ulano llegaba a trote ligero, trayendo unos despachos. Iba con la mirada atenta y aguzando el oído. Cuando no estuvo más que a diez pasos, el compadre Milon se arrastró hacia el centro del camino gimiendo: «*Hilfe, hilfe*! ¡Socorro, socorro!». El jinete se detuvo, reconoció a un alemán desarzonado, le pareció que estaba herido, se apeó del caballo, se acercó sin sospechar nada y, cuando se disponía a inclinarse sobre el desconocido, recibió en pleno estómago la larga hoja curva del sable. Cayó, sin agonía, apenas sacudido por los estremecimientos de la hora suprema.

Entonces el normando, exultante de una muda alegría de viejo campesino, se levantó y, por simple gusto, le cortó el gaznate al cadáver. Luego lo arrastró hasta la cuneta y lo dejó allí tirado.

El caballo esperaba tranquilamente a su amo. El compadre Milon montó en la silla y partió al galope por los campos.

Al cabo de una hora vio a otros dos ulanos que volvían juntos al centro de mando. Se fue directo hacia ellos, gritando de nuevo: *«Hilfe, hilfe!»*. Los prusianos le dejaron acercarse, al reconocer el uniforme, sin desconfianza alguna. Y el viejo pasó, como una bala por entre los dos, abatiéndolos uno tras otro con su sable y un revólver.

Luego degolló a los caballos, ¡unos caballos alemanes! A continuación regresó tan tranquilo a su yesería y escondió el caballo en el fondo de la oscura galería. Se despojó de su uniforme, volvió a ponerse sus andrajos y, tras volver a su cama, durmió hasta la madrugada.

Durante cuatro días no salió, esperando el final de la investigación que se había abierto; pero, al quinto día, partió de nuevo, y dio muerte a otros dos soldados con la misma estratagema. Y a partir de entonces ya no paró. Cada noche, andaba errante, deambulaba a la ventura, abatiendo a prusianos unas veces aquí, otras allá, galopando por los campos desiertos, a la luz de la luna, ulano perdido, cazador de hombres. Luego, una vez terminada su faena, dejando en pos de sí cadáveres tendidos a lo largo

de los caminos, el viejo jinete volvía para esconder su caballo y su uniforme en el fondo de la yesería.

Iba hacia mediodía, con aire tranquilo, a llevar avena y agua a su cabalgadura, que se había quedado en el fondo del subterráneo, y la alimentaba sin escatimar, exigiendo de ella un gran trabajo.

Pero, la víspera, uno de los que había atacado estaba en guardia y le hizo de un sablazo un tajo en la cara al viejo campesino.

¡De todas formas, él los había matado a los dos! Luego había vuelto, había escondido el caballo y se había puesto de nuevo sus humildes ropas; pero, de regreso, le había entrado una gran debilidad y se había arrastrado hasta el establo, sin conseguir llegar a casa.

Le encontraron, todo ensangrentado, sobre la paja…

Una vez que hubo terminado su relato, alzó de golpe la cabeza y miró con aire fiero a los oficiales prusianos.

El coronel, atusándose los bigotes, le preguntó:

—¿No tiene nada más que decir?

—No, nada más; las cuentas cuadran: maté a dieciséis, ni uno más ni uno menos.

—¿Sabe usted que va a morir?

—No les he pedido clemencia.

—¿Fue usted soldado?

—Sí. Estuve de campaña, en otros tiempos. Y además, mataron ustedes a mi padre, que fue soldado con el primer emperador; y el mes pasado me mataron a François, mi hijo pequeño, cerca de Évreux. Estaban en deuda conmigo, ahora estamos en paz.

Los oficiales se miraron.

El viejo continuó:

—Ocho por mi padre, ocho por mi hijo, y la cuenta cuadra. ¡No he sido yo quien ha buscado pelea! Ni siquiera les conozco. No tengo ni idea de dónde vienen. Están ustedes en mi casa, y mandan en ella como si fuera la suya. Me he vengado con esos otros; y no me arrepiento.

Enderezó su espalda torcida y se cruzó de brazos en la pose de un humilde héroe.

Los prusianos estuvieron bastante rato charlando en voz baja. Un capitán, que había perdido también a su hijo, el mes anterior, defendía a aquel magnánimo desarrapado.

Entonces el coronel se levantó y, acercándose al compadre Milon, le dijo, bajando la voz:

—Escuche, anciano, tal vez existe una manera de salvarle la vida…

Pero el viejo ya no escuchaba y, con los ojos clavados en los del oficial vencedor, mientras el viento le agitaba la pelusilla de la cabeza, hizo una mueca horrenda que

crispó su cara chupada que cruzaba el chirlo, e, hinchando el pecho, escupió, con todas sus fuerzas, en plena cara del prusiano.

El coronel, enloquecido, alzó la mano, y el hombre, por segunda vez, le escupió en la cara.

Todos los oficiales se habían levantado y gritaban órdenes a la vez.

En menos de un minuto, el buen hombre, impasible en todo momento, fue empujado contra la pared y fusilado, mientras dirigía unas sonrisas a Jean, su hijo mayor, a su cuñada y a los dos niños pequeños, que miraban desesperados.

EL AMIGO JOSEPH*

Se habían tratado íntimamente durante todo el invierno en París. Tras haberse perdido de vista, como ocurre siempre, al dejar el colegio, los dos amigos volvieron a encontrarse, una noche, en sociedad, ya viejos y canosos, el uno soltero, el otro casado.

El señor de Méroul pasaba seis meses en París y seis meses en su castillejo de Tourbeville. Tras haberse casado con la hija de un castellano de los alrededores, había vivido apacible y agradablemente en la indolencia del hombre que no tiene nada que hacer. De temperamento tranquilo y cabeza asentada, sin audacias intelectuales ni rebeliones de independencia, pasaba su tiempo sintiendo una dulce nostalgia del pasado, deplorando las costumbres e instituciones del presente, y repitiéndole en todo momento a su mujer, que alzaba los ojos al cielo, y a veces también las manos en señal de asentimiento enérgico: «¡Pero bajo qué Gobierno vivimos, Dios mío!».

La señora de Méroul se asemejaba intelectualmente a su marido, como si hubieran sido hermano y hermana. ¡Sabía, por tradición, que hay que respetar en primer lugar al Papa y al Rey!

Y ella les quería y respetaba en el fondo de su corazón, sin conocerles, con exaltación poética, abnegación hereditaria y un cariño de mujer bien nacida. Era buena como un pedazo de pan. No había tenido hijos y siempre lo lamentaba.

Cuando el señor de Méroul encontró en un baile a su viejo compañero Joseph Mouradour, sintió por ello una honda y candorosa alegría, porque de jóvenes se habían querido mucho.

Tras las exclamaciones de asombro sobre los cambios producidos por la edad en sus cuerpos y caras, se habían informado acerca de sus respectivas vidas.

Joseph Mouradour, un meridional, había llegado a consejero general[1] en su región. De modales francos, hablaba con vivacidad y desenvoltura, diciendo lo que pensaba sin pelos en la lengua. Era republicano; de esa raza de republicanos campechanos para quienes las maneras atrevidas son ley, para quienes la independencia de palabra llevada hasta la brutalidad se convierte en una pose.

Fue a casa de su amigo, siendo bien acogido en ella de inmediato por su sencilla cordialidad, pese a sus ideas avanzadas. La señora de Méroul exclamaba: «¡Qué

lástima! ¡Un hombre tan encantador!».

El señor de Méroul le decía a su amigo, con tono convencido y confidencial: «No te das cuenta del daño que hacéis a nuestro país». Sin embargo, le quería; porque nada es más sólido que las amistades de la infancia reanudadas en edad madura. Joseph Mouradour les tomaba el pelo a la mujer y al marido, llamándoles «mis queridos galápagos», y a veces se entregaba a rimbombantes declamaciones contra las gentes atrasadas, contra los prejuicios y las tradiciones.

Cuando descargaba así el torrente de su elocuencia democrática, los dos esposos, incómodos, no decían nada por educación y cortesía; luego el marido trataba de cambiar de tema de conversación para evitar fricciones. Se veían con Joseph Mouradour sólo en la intimidad.

Llegó el verano. Los Méroul no tenían mayor alegría que recibir a sus amigos en sus posesiones de Tourbeville. Era una alegría íntima y sana, una alegría de buena gente y de terratenientes. Salían al encuentro de sus invitados hasta la cercana estación y les llevaban en su coche, esperando sus cumplidos sobre el lugar, la vegetación, el estado de los caminos del departamento, la limpieza de las casas de los labriegos, la gordura del ganado que se veía en los campos, en fin, sobre todo cuanto se veía alrededor.

Hacían notar que su caballo trotaba de forma sorprendente para ser un animal empleado parte del año en las labores agrícolas; y esperaban con ansiedad la opinión del recién llegado sobre su posesión, sensibles a la mínima palabra, agradecidos por la mínima cortesía.

Joseph Mouradour fue invitado y anunció su llegada.

Marido y mujer fueron a recogerle a la estación, encantados de tener que hacer los honores de la casa.

Apenas verles, Joseph Mouradour saltó de su vagón con una animación que no hizo sino aumentar su satisfacción. Les estrechaba las manos, les felicitaba, embriagándoles de cumplidos.

Durante todo el trayecto estuvo encantador, asombrándose de la altura de los árboles, de la abundante cosecha, de la rapidez del caballo.

Ya en la escalinata del castillo, el señor de Méroul le dijo, con una cierta solemnidad amistosa:

—Ahora estás en tu casa.

Joseph Mouradour respondió:

—Gracias, amigo, no esperaba menos de ti. Por otra parte, yo no me ando con cumplidos con mis amigos. No concibo la hospitalidad de otra forma.

Acto seguido subió a su habitación para vestirse, como él decía, a la campesina, y bajó ataviado todo de azul, tocado con un sombrero de paja, calzado con unos zapatos de cuero amarillo, en suma, vestido de parisino de trapillo que se va de francachela.

También parecía haberse vuelto más llano, más jovial, más familiar, como si, con el traje campero, se hubiera revestido de unos modales despreocupados y desenvueltos, que consideraba adecuados a la circunstancia. Su nuevo atuendo escandalizó un tanto al señor y a la señora de Méroul, los cuales seguían siendo incluso en sus tierras serios y dignos, como si la partícula que precedía a su apellido les obligase a un cierto ceremonial hasta en la intimidad.

Tras haber comido, fueron a visitar las alquerías: y el parisino dejó anonadados a los respetuosos labriegos por su campechanía.

Por la noche, estaba invitado a cenar el párroco, un viejo cura cebón, huésped habitual de los domingos, que había sido llamado excepcionalmente aquella noche para honrar al recién llegado.

Al verle, Joseph arrugó la nariz, luego le estudió con asombro, como a un ser raro de una raza especial que nunca hubiera visto de tan cerca. Durante la comida contó unas anécdotas subidas de tono, permitidas en el seno de la intimidad, pero que los Méroul juzgaron fuera de lugar en presencia de un eclesiástico. No le decía a éste «señor cura», sino simplemente «señor»; y le puso en un aprieto con determinadas consideraciones filosóficas sobre las diversas supersticiones existentes sobre la faz de la tierra. Decía: «Su Dios, señor, es de los que hay que respetar, pero también discutir. El mío se llama Razón; y en todas las épocas ha sido enemigo del suyo…».

Desesperados, los Méroul, hacían esfuerzos por cambiar de tema. El párroco se marchó muy pronto.

Entonces el marido dijo con tono amable:

—¿No te parece que te has excedido un poco delante de ese sacerdote?

De inmediato Joseph exclamó:

—¡Ésta sí que es buena! ¡Cómo si tuviera yo que andarme con remilgos con un tragasantos! ¿Sabes?, por otra parte, me harás el favor de no imponerme más a ese buen hombre durante las comidas. Disfrutadlo vosotros tanto como queráis, el domingo y los días laborables, pero, ¡voto a Dios!, no se lo endilguéis a los amigos.

—Pero, amigo, su carácter sagrado…

Joseph Mouradour le interrumpió:

—¡Sí, ya sé, hay que tratarles como a doncellas virtuosas! ¡Este cuento me lo sé de memoria, amigo! Pero cuando estas personas respeten mis ideas yo respetaré las suyas.

Eso fue todo, por ese día.

Cuando la señora de Méroul entró en su salón, al día siguiente por la mañana, vio en medio de su mesa tres periódicos que la hicieron echarse para atrás: *Le Voltaire*, *La République française* y *La Justice*.[2]

Al punto apareció en la puerta Joseph Mouradour, que seguía vistiendo de azul, leyendo con atención *L'Intransigeant*.[3] Exclamó:

—Hoy hay un excelente artículo de Rochefort. Este Rochefort es realmente extraordinario.[4]

Lo leyó en voz alta, impostando la voz en determinados puntos, tan entusiasmado que no se dio cuenta de la llegada de su amigo.

El señor de Méroul llevaba en la mano el *Gaulois* para él y el *Clairon* para su mujer.[5]

La ardiente prosa del ilustre escritor que derribó el Imperio, declamada con violencia, cantada con el acento meridional, resonaba en el pacífico salón, hacía tremolar las viejas cortinas de rectos pliegues, parecía salpicar las paredes, los grandes sillones tapizados, los muebles clásicos que llevaban un siglo en los mismos sitios, de una granizada de palabras saltarinas, descaradas, irónicas y devastadoras.

El hombre y la mujer, de pie uno y sentada la otra, escuchaban con estupor, tan

escandalizados que no hacían gesto alguno.

Mouradour lanzó la última andanada como se lanza una traca final y concluyó con aire triunfal:

—¿Qué os parece? Es de aúpa, ¿eh?

Pero de repente vio los dos periódicos que traía su amigo, y también él se quedó pasmado. Luego anduvo hacia él, a grandes pasos, preguntando con tono furioso:

—¿Qué piensas hacer con estos papeles?

El señor de Méroul respondió dudando:

—¡Pero si… son… mis diarios!

—Tus diarios… ¡Pero vamos, te burlas de mí! Me vas a hacer el favor de leer los míos, que te aclararán un poco las ideas, y en cuanto a éstos, mira lo que hago con ellos…

Y, antes de que su desconcertado anfitrión pudiera impedírselo, cogió los dos periódicos y los tiró por la ventana. Luego, muy serio, depositó en las manos de la señora de Méroul *La Justice*, entregó *Le Voltaire* al marido y él se repantingó en un sillón para acabar de leer *L'Intransigeant*.

Marido y mujer, por delicadeza, fingieron leer un poco y le devolvieron los periódicos republicanos sujetándolos con la punta de los dedos, como si estuvieran envenenados.

Mouradour se echó a reír de nuevo y declaró:

—Ocho días de este alimento y os convertiré a mis ideas.

Al cabo de ocho días, en efecto, gobernaba la casa. Había prohibido la entrada al párroco, a quien la señora de Méroul tenía que ir a ver a escondidas; había prohibido que el *Gaulois* y el *Clairon* entrasen en el castillo, por lo que un criado iba a buscarlos en secreto a correos y eran escondidos, cuando volvía, debajo de los cojines del canapé; lo regulaba todo a su antojo, siempre agradable, siempre cordial, tirano jovial y omnipotente.

Tenían que llegar otros amigos, personas pías y legitimistas. Los castellanos consideraron imposible un encuentro y, no sabiendo qué hacer, una noche anunciaron a Joseph Mouradour que un pequeño asunto les obligaba a ausentarse durante unos días, y le rogaron que se quedara solo. Él no se inmutó y respondió:

—Muy bien, no me importa, os esperaré cuanto queráis. Ya os lo he dicho, entre amigos nada de cumplidos. No os falta razón de preocuparos por vuestros asuntos, ¡qué demonios! No me ofendo por ello, claro está, es más, me hace sentir más cómodo con vosotros. Id, amigos; os esperaré.

Al día siguiente el señor y la señora de Méroul partieron.

Todavía les está esperando.

LA MADRE DE LOS MONSTRUOS*

Me acordé de esta horrible historia y de esa horrible mujer al ver pasar el otro día, por una de las playas favoritas de la gente rica, a una parisina conocida, joven, elegante, encantadora, adorada y respetada por todos.

Mi historia data de antiguo, pero estas cosas no se olvidan jamás.

Había sido invitado por un amigo a pasar un tiempo en su casa de una pequeña ciudad de provincias. Para hacerme los honores del terruño, me paseó por todas partes, llevándome a ver los alabados paisajes, los castillos, las industrias, las ruinas; me enseñó los monumentos, las iglesias, las viejas puertas talladas, unos árboles de una enorme altura o de extrañas formas, el roble de san Andrés y el tejo de Roqueboise.

Una vez que hube visto con exclamaciones de entusiasmo condescendiente todas las curiosidades de la comarca, mi amigo me declaró con aire desconsolado que ya no había nada más que visitar. Respiré de alivio. Iba, pues, a poder descansar un poco, a la sombra de los árboles. Pero de repente dijo lanzando un grito:

—¡Ah, sí! Tenemos a la madre *de los monstruos*, tienes que conocerla.

Pregunté:

—¿Qué es eso de la madre de los monstruos?

Prosiguió:

—Es una mujer abominable, un verdadero demonio, un ser que da a luz todos los años, por propia voluntad, a niños deformes, horrendos, espantosos, monstruos, en una palabra, y que luego vende a los exhibidores de fenómenos.

»Esos horribles empresarios van a informarse de vez en cuando de si ella ha engendrado algún nuevo aborto, y cuando el engendro les gusta, se lo llevan, pagándole una renta a la madre.

»Tiene once retoños de esta naturaleza. Es rica.

»Seguro que crees que bromeo, que me lo invento, que exagero. Pues no, amigo. No te cuento nada más que la verdad, la pura verdad.

»Vamos a ver a esta mujer. Y a continuación te contaré cómo se convirtió en una fábrica de monstruos.

Me llevó a las afueras.

Ella vivía en una bonita casita a la vera del camino real. Era graciosa y estaba bien conservada. El jardín lleno de flores olía bien. Se hubiera dicho la vivienda de un notario retirado de los negocios.

Una criada nos hizo entrar en una especie de salita de estar de pueblo, y apareció la miserable.

Tendría unos cuarenta años. Era una persona alta de rasgos duros, pero bien formada, vigorosa y sana, el verdadero tipo de campesina robusta, medio bestia, medio mujer.

Conocía la reprobación que pesaba sobre ella y parecía recibir a la gente con una hostil humildad.

Preguntó:

—¿Qué desean los señores?

Mi amigo contestó:

—Me han dicho que su último hijo es como el resto del mundo y no se parece en nada a sus hermanos. He querido asegurarme de ello. ¿Es cierto?

Nos lanzó una mirada socarrona y furiosa, y repuso:

—¡Oh, no! ¡Oh, no!, señor mío. Es más feo casi que los otros. No tengo suerte, la verdad, no tengo suerte. Son todos así, caballero, todos así, es una desesperación, ¿es posible que el Señor se ensañe tanto con una pobre mujer sola en el mundo, es posible?

Hablaba deprisa, con los ojos gachos, aire hipocritón, semejante a una bestia feroz amedrentada. Dulcificaba el tono áspero de su voz, y uno se asombraba de que esas palabras lacrimógenas y dichas en falsete salieran de ese corpachón huesudo, demasiado fornido, de rudas angulosidades, que parecía hecho para los gestos vehementes y para aullar como los lobos.

Mi amigo prosiguió:

—Nos gustaría ver a su pequeño.

Me pareció que ella enrojecía. ¿O acaso me equivocaba? Al cabo de unos instantes de silencio, dijo levantando el tono de voz:

—¿Para qué?

Y había levantado la cabeza, dirigiéndonos unas miradas hoscas y encendidas.

Mi compañero continuó:

—¿Por qué no quiere que lo veamos? Hay mucha gente a quien usted se lo enseña. ¡Ya sabe a quién me refiero!

Tuvo un sobresalto y, desatando su lengua y dando rienda suelta a la ira, se puso a gritar:

—¡Ah!, ¿así que han venido para esto? Para ofenderme, ¿verdad? ¿Porque mis hijos son como bestias, dice? Pues no los verán, no y no, no los verán; lárguense,

lárguense. ¿Por qué tienen que atormentarme todos así?

Venía hacia nosotros, con las manos en jarras. Al sonido brutal de su voz, llegó del cuarto contiguo una especie de gemido, o más bien de maullido, un lastimoso grito de idiota. Me estremecí hasta los tuétanos. Retrocedimos ante ella.

Mi amigo dijo con tono severo:

—Ándese con cuidado, Diablesa —la llamaban así en el pueblo—, ándese con cuidado, pues el día menos pensado esto le acarreará una desgracia.

Ella se puso a temblar de furia, agitando sus puños, trastornada, vociferando:

—¡Fuera de aquí! ¿Qué me va a acarrear una desgracia? ¡Fuera de aquí! ¡Descreídos!

Estaba a punto de saltarnos encima. Salimos pitando, con el corazón en un puño.

Cuando estuvimos delante de la puerta, mi amigo me preguntó:

—¿Qué?, ¿la has visto? ¿Qué me dices?

Yo respondí:

—Cuéntame la historia de esta bestia.

Y he aquí lo que me contó volviendo a paso lento por la blanca carretera general, bordeada de mieses ya maduras, que un viento ligero, al pasar racheado, hacía ondear como un mar en calma.

*

Había trabajado en otro tiempo de moza en una alquería, y era una muchacha hacendosa, ordenada y ahorradora. No se le conocían enamorados, ni se le sospechaban debilidades.

Tuvo un desliz, como todas, una noche en plena recolección, en medio de las gavillas recién segadas, bajo un cielo tormentoso, cuando el aire pesado y detenido parece lleno de un calor de horno, y empapa de sudor los cuerpos morenos de mozos y mozas.

No tardó en darse cuenta de que estaba embarazada y la torturaban la vergüenza y el miedo. Como quería ocultar a toda costa su desgracia, se apretaba violentamente el vientre con un sistema de su invención, un corsé de fuerza, hecho a base de tablillas y de cuerdas. Cuanto más se hinchaba su seno bajo el empuje del niño que crecía, más apretaba ella el instrumento de tortura, sufriendo un verdadero martirio, pero valerosa como era ante el dolor, siempre sonriente y ágil, sin dejar ver ni sospechar nada.

Malformó en sus entrañas a la pequeña criatura apretada por el espantoso ingenio; la comprimió, la deformó, hizo de ella un monstruo. Su cráneo presionado se alargó, acabando en punta con dos grandes ojos que parecían salirse de la frente. Los miembros oprimidos contra el cuerpo crecieron torcidos como cepas de vid, se alargaron en exceso, terminando en unos dedos como patas de araña.

El torso quedó raquítico y redondo como una nuez.

Dio a luz en pleno campo una mañana de primavera.

Cuando las escardadoras, que habían ido en su ayuda, vieron la bestia que salía de su cuerpo emprendieron la huida dando grandes gritos. Y corrió la noticia por la comarca de que había traído al mundo a un demonio. Desde entonces se la conoce como «la Diablesa».

La despidieron de su empleo. Vivió de la caridad y acaso de amores furtivos, pues era una buena moza, y no todos los hombres le temen al infierno.

Crió a su monstruo, al que odiaba, por otra parte, con un odio salvaje y que acaso habría estrangulado si el cura, previendo el crimen, no la hubiese asustado amenazándola con la justicia.

Ahora bien, un buen día, unos exhibidores de fenómenos que pasaban por el lugar oyeron hablar del espantoso aborto y pidieron verlo para llevárselo si era de su agrado. Les gustó, y le entregaron a la madre quinientos francos contantes y sonantes. Al principio, ella, avergonzada, se negaba a dejar ver a esa especie de animal; pero cuando descubrió que valía dinero, que despertaba la codicia de aquella gente, comenzó a mercadear, a discutir sueldo a sueldo, excitándoles con las deformidades de su hijo, elevando su precio con una tenacidad de campesino.

Para no ser estafada, firmó un papel con ellos. Y se comprometieron a pagarle además cuatrocientos francos anuales, como si hubieran tomado a esa bestia a su servicio.

Esta ganancia inesperada enloqueció a la madre, a quien le entraron bien pronto unas grandes ganas de traer otro fenómeno al mundo, para hacerse una renta, igual que una burguesa.

Y como era fecunda, se salió con la suya y, según parece, aprendió a variar la forma de los monstruos, según las presiones a las que los sometía durante el embarazo.

Los hizo largos y cortos, algunos parecidos a cangrejos, otros a lagartijas. Algunos murieron, cosa que lamentó mucho.

Aunque la justicia trató de intervenir, no se consiguió probar nada, por lo que la dejaron fabricar tranquilamente sus fenómenos.

Hoy tiene once vivitos y coleando, que le reportan, un año con otro, de cinco a seis mil francos. Sólo uno no le ha sido posible colocar, el que no ha querido que viéramos. Pero no lo tendrá por mucho tiempo con ella, pues es conocida hoy por todos los charlatanes del mundo, que vienen de vez en cuando vienen para ver si tiene alguna novedad.

Ha llegado incluso a hacer pujas entre ellos, cuando el engendro lo merecía.

*

Mi amigo se calló. Un profundo asco me revolvía las tripas, y una ira exacerbada, una pena por no haber estrangulado a esa mala bestia cuando la tuve al alcance de mi mano.

Pregunté:

—¿Quién es el padre?

Respondió:

—No se sabe. Él o ellos sienten un cierto pudor. Él o ellos se esconden. Acaso comparten los beneficios.

Ya no pensaba en esa lejana aventura, cuando el otro día vi, en una playa de moda, a una mujer elegante, encantadora, coqueta, amada, rodeada de hombres que la respetan.

Iba yo por la playa de arenal, del brazo de un amigo, el médico de la ciudad costera. Diez minutos más tarde, vi a una criada que vigilaba a tres niños que se revolcaban en la arena.

Un par de pequeñas muletas descansaban en el suelo, lo que me conmovió. Entonces vi que esas tres criaturas eran deformes, jorobadas y contrahechas, horrendas.

El doctor me dijo:

—Son el fruto de la encantadora mujer que acabas de conocer.

Una profunda compasión por ella y por ellos embargó mi alma. Exclamé:

—¡Oh, pobre madre! ¿Cómo puede aún reír?

Mi amigo prosiguió:

—No la compadezca tanto, amigo. Quienes son de compadecer son los pobres pequeños. Son el resultado de unos cuerpos que conservaron la figura hasta el último día. Esos monstruos fueron fabricados con corsé. Ella sabe perfectamente que pone en riesgo su vida con ese proceder. ¡Pero qué le importa a ella, con tal de estar bella y de ser amada!

Y me acordé de la otra, la campesina, la Diablesa, que vendía a sus fenómenos.

EL HUÉRFANO*

La señorita Source había adoptado a aquel chico en otro tiempo en circunstancias muy tristes. Contaba por aquel entonces treinta y seis años y su deformidad (de niña se había resbalado de las rodillas de su niñera cayendo en el fuego de la chimenea y su rostro, que había sufrido horribles quemaduras, era espantoso) la había hecho decidirse a no contraer matrimonio, porque no quería que se casasen con ella por su dinero.

Una vecina, que había enviudado durante el embarazo, murió de parto, sin dejar un céntimo. La señorita Source recogió al recién nacido, le puso una nodriza, le crió, le mandó interno y le recuperó a la edad de catorce años, para tener en su casa vacía a alguien que la quisiera, se ocupara de ella y le hiciera agradable la vejez.

Vivía en una pequeña finca campestre a cuatro leguas de Rennes, y ahora no tenía sirvienta. Al haber aumentado los gastos más del doble desde la llegada de aquel huérfano, sus tres mil francos de renta no alcanzaban ya para alimentar a tres bocas.

Ella misma hacía las faenas domésticas y cocinaba, y mandaba al pequeño a hacer los encargos, el cual se ocupaba también de cuidar el jardín. Era dulce, tímido, silencioso y amoroso. Y ella sentía una alegría profunda, una alegría nueva en que él la besara, sin que pareciera sorprendido o espantado de su fealdad. La llamaba tía y la trataba como a una madre.

Por la noche se sentaban los dos al amor del fuego, y ella le preparaba alguna gollería. Ponía a calentar vino y tostaba una rebanada de pan, y era una deliciosa sobrecena antes de irse a la cama. A menudo le sentaba sobre sus rodillas y le cubría de caricias mientras le susurraba al oído palabras de una ternura apasionada. Le llamaba: «Mi florecilla, mi querubín, mi ángel adorado, mi divina joyita». Y él se dejaba hacer complacientemente, escondiendo la cabeza en el hombro de la solterona.

Por más que se acercara a los quince años, había quedado enclenque y menudo, con un aire algo enfermizo.

A veces, la señorita Source le llevaba a la ciudad a ver a dos parientas que tenía, primas lejanas suyas, casadas en un barrio suburbano, su única familia. Las dos mujeres le seguían guardando rencor por la adopción del niño, a causa de la herencia; pero, pese a todo, la recibían con solicitud, esperando todavía su parte, un tercio sin

duda, si el reparto se hacía de un modo equitativo.

Ella era feliz, muy feliz, ocupándose siempre de su niño. Le compró libros para cultivar su espíritu y él empezó a leer con pasión.

Por la noche no se sentaba ya sobre sus rodillas para mimarla como en otros tiempos, sino que tomaba asiento enseguida en su sillita al amor del fuego y abría un libro. La lámpara puesta en el borde de la repisa, por encima de su cabeza, iluminaba su pelo rizado y parte de la piel de su frente; no se movía ya ni levantaba la vista, ni hacía gesto alguno. Leía, enfrascado, absorbido por completo en la historia del libro.

Sentada enfrente de él, ella le contemplaba con mirada ardiente y fija, asombrada de su atención, celosa, a menudo a punto de romper a llorar.

Le decía de vez en cuando: «¡Vas a cansarte, tesoro!» esperando que levantase la cabeza y fuera a abrazarla; pero él ni siquiera respondía, pues no había oído ni entendido; nada, fuera de lo que leía en aquellas páginas, le importaba.

En dos años devoró un número incalculable de libros. Su carácter cambió.

Varias veces le pidió dinero a la señorita Source y ella se lo dio. Pero quería cada vez más y al final ella se negó, porque era ordenada y enérgica y sabía ser razonable cuando era menester.

A fuerza de súplicas, una noche logró sacarle, una vez más, una gran suma; pero cuando le imploró de nuevo unos días más tarde, ella se mostró inflexible y ya no cedió.

Él pareció resignarse.

Se volvió tranquilo como en otro tiempo; le gustaba estarse sentado durante horas y horas sin moverse, con los ojos gachos, sumido en sus ensoñaciones. Ya no hablaba siquiera con la señorita Source, apenas si respondía a lo que ella le decía, con frases lacónicas y precisas.

No obstante, era amable con ella, y estaba lleno de atenciones, pero ya no la besaba nunca.

Ahora, por la noche, cuando permanecían sentados cara a cara, a ambos lados de la chimenea, inmóviles y silenciosos, a veces él le daba miedo. Hubiera querido sacarle de su ensimismamiento, decir algo, cualquier cosa, con tal de salir de ese silencio espantoso como las tinieblas de un bosque. Pero él parecía no oírla ya siquiera, y ella temblaba de un terror de pobre mujer débil, cuando le dirigía la palabra durante cinco o seis veces seguidas sin sacarle una palabra.

¿Qué tenía? ¿Qué pasaba por aquella cabeza cerrada? Cuando había permanecido así dos o tres horas enfrente de él, se sentía enloquecer dispuesta a huir, a escapar al campo, para evitar ese mudo y eterno estar cara a cara, y también un vago peligro que no sospechaba, pero que presentía.

¿Qué tenía? Bastaba con que ella manifestara un deseo para que él obedeciese sin rechistar. Si necesitaba algo de la ciudad, él iba enseguida. ¡No tenía ciertamente

motivos de queja de él! Y sin embargo…

Pasó otro año y le pareció que en la misteriosa mente del joven se había producido un nuevo cambio. Ella lo advirtió, lo sintió, lo intuyó. ¿De qué modo? Quién sabe. Estaba segura de no equivocarse; pero no habría sabido decir de qué modo los desconocidos pensamientos de ese extraño joven habían cambiado.

Le pareció que hasta ese momento había sido como un hombre dubitativo, que de golpe hubiera tomado una decisión. Se le ocurrió este pensamiento una noche al toparse con la mirada de él, una mirada fija y extraña que ella no conocía.

A partir de entonces comenzó a observarla de continuo, a tal punto que ella tenía ganas de esconderse para evitar esos ojos fríos, clavados en ella.

La miraba con fijeza durante veladas enteras, desviando sólo la mirada cuando ella, agotada, le decía:

—No me mires así, hijo mío…

Entonces él agachaba la cabeza.

Pero no bien le daba la espalda, sentía de nuevo su mirada encima de ella. Fuera donde fuese, la seguía con esa mirada obstinada.

A veces, cuando paseaba por el jardincito, le descubría de repente agazapado detrás de un arbusto, como emboscado; o bien, cuando se sentaba delante de la casa para zurcir unas medias, y él estaba entrecavando un cuadro de hortalizas, la espiaba, sin dejar de trabajar, solapada y permanentemente.

Por más que le preguntaba:

—¿Qué te pasa, pequeño mío? Desde hace tres años has cambiado mucho. Ya no te reconozco. Dime qué te pasa, en qué piensas, te lo suplico.

Él decía invariablemente con un tono tranquilo y cansino:

—¡Pero si no me pasa nada, tía!

Y cuando ella insistía, suplicándole:

—Vamos, hijo mío, respóndeme, por favor, cuando te hablo. Si supieras lo triste que me pones, no dejarías nunca de responderme y no me mirarías así. ¿Hay algo que te aflige? Dímelo, te consolaré…

Él se iba con un aire cansado mientras murmuraba:

—Te aseguro que no me pasa nada.

No había crecido mucho, seguía teniendo un aspecto infantil, por más que sus rasgos faciales fueran los de un adulto. Eran duros, pero como inacabados. Se hubiera dicho incompleto, mal logrado, nada más que esbozado, e inquietante como un misterio. Era cerrado, impenetrable, parecía que en él se llevara a cabo sin descanso un trabajo mental, activo y peligroso.

La señorita Source sentía todo esto y no dormía ya del miedo. Se encerraba en su cuarto y atrancaba la puerta, torturada por el espanto.

¿De qué tenía miedo?

No lo sabía.

¡Miedo de todo, de la oscuridad, de las paredes, de las formas que proyectaba la luna a través de los visillos blancos de las ventanas y sobre todo miedo de él!

¿Por qué?

¿Qué podía temer? ¡Si al menos lo hubiera sabido!…

¡Ya no podía seguir viviendo así! Estaba segura de que la amenazaba una desgracia, una desgracia tremenda.

Una mañana partió a escondidas para ir a la ciudad, a casa de sus parientas. Con voz rota les contó todo. Las dos mujeres pensaron que estaba a punto de volverse loca y trataron de tranquilizarla.

Decía:

—¡Si supierais cómo me mira, de la mañana a la noche! No me quita ojo de encima un solo momento. ¡A veces me dan ganas de pedir auxilio, de llamar a los vecinos, del miedo que tengo! Pero ¿qué podría decirles? A fin de cuentas, no hace más que mirarme.

Las dos primas preguntaron:

—¿Ha sido tal vez en alguna ocasión malo contigo o te contesta de malos modos?

Ella respondió:

—No, nunca: hace todo cuanto quiero. Es trabajador y ordenado. Pero yo me muero de miedo. Está tramando algo, estoy segura, segurísima de ello. No quiero seguir más con él, sola en pleno campo.

Las parientas, asustadas, trataron de hacerle entender que la gente se extrañaría, que no lo entendería; y le aconsejaron que no hablara de sus temores y de sus planes, pero no la disuadieron de la idea de trasladarse a la ciudad, esperando en compensación toda la herencia.

Le prometieron ayudarla incluso a vender su casa y encontrarle otra cerca de la suya.

La señorita Source regresó a su casa. Pero tenía tan trastornada la cabeza que se sobresaltaba al mínimo ruido y le temblaban las manos por cualquier nimiedad.

Volvió otras dos veces para ponerse de acuerdo con sus parientas, totalmente decidida a no seguir por más tiempo en aquella casa apartada. Por fin encontró, en aquel barrio, un chalecito que le interesó y lo compró a escondidas.

El contrato se firmó un martes por la mañana, y la señorita Source pasó el resto del día preparando el traslado.

A las ocho de la tarde, la diligencia la traía a un kilómetro de su casa; y se detuvo en el lugar donde el conductor tenía costumbre de dejarla. El hombre le gritó al tiempo que fustigaba a sus caballos:

—¡Buenas noches, señorita Source, buenas noches!

Ella respondió mientras se alejaba:

—Buenas noches, tío Joseph.

Al día siguiente, a las siete y media de la mañana, el cartero que trae las cartas al pueblo observó en un cruce, no lejos del camino real, una gran mancha de sangre todavía fresca. Se dijo entre sí: «Vaya…, algún borracho que habrá echado sangre por la nariz…». Pero, diez pasos más adelante, vio un pañuelo de bolsillo también manchado de sangre. Lo recogió: era de tela fina. Sorprendido, el cartero se acercó a la cuneta, donde le pareció descubrir una cosa extraña.

La señorita Source yacía en la hierba del fondo, degollada de una cuchillada.

Al cabo de una hora los gendarmes, el juez instructor y varias autoridades se hallaban en torno al cadáver haciendo conjeturas.

Las dos parientas, llamadas para testificar, contaron los miedos de la señorita y sus últimas intenciones.

El huérfano fue arrestado. Tras la muerte de la que lo había adoptado, lloraba de la mañana a la noche, hundido, al menos en apariencia, en el mayor de los dolores.

Demostró que había pasado la velada, hasta las once, en un café. Diez personas le habían visto, pues se habían quedado hasta que él se fue.

El cochero de la diligencia declaró haber dejado en el camino a la muerta entre las nueve y media y las diez. El delito había sido cometido en el tramo del camino real hasta la casa, no más tarde de las diez.

El acusado fue puesto en libertad.

Un testamento, ya de antigua fecha, depositado en una notaría de Rennes, le nombraba heredero universal; y heredó.

Durante bastante tiempo los vecinos del pueblo le tuvieron en cuarentena, pues seguían sospechando de él. Su casa, la de la difunta, era tenida por maldita. Por la calle le evitaban.

Pero él se mostró tan afable, tan abierto, tan cordial, que poco a poco la terrible duda fue olvidada. Era generoso, atento, charlaba con los más humildes, de todo, tanto como quisieran.

El notario, el señor Rameau, fue uno de los primeros en cambiar de opinión sobre él, seducido por su risueña locuacidad. Una noche declaró, en una cena en casa del recaudador:

—Un hombre tan locuaz y siempre de buen humor no puede tener un delito semejante sobre su conciencia.

Impresionados por este argumento, los presentes se pusieron a reflexionar y también ellos recordaron las largas conversaciones de ese hombre que les paraba en las esquinas, casi a la fuerza, para exponerles sus ideas, que les obligaba a entrar en su casa cuando pasaban por delante de su jardín, que era más ocurrente incluso que el teniente de la gendarmería, y de una alegría tan expansiva que, a pesar de la repugnancia que inspiraba, no podían evitar reír siempre en compañía suya.

Todas las puertas se abrieron para él.
Actualmente es el alcalde del municipio.

DENIS*

A Léon Chapron

I

El señor Marambot abrió la carta que le había entregado su criado Denis y sonrió.

Denis, que llevaba veinte años de servicio en la casa, un hombrecillo rechoncho y jovial, a quien todo el mundo en la comarca tenía por un modelo, preguntó:

—¿Está contento el señor? ¿Ha recibido el señor buenas noticias?

El señor Marambot no era rico. Antiguo boticario del lugar, soltero, vivía de una pequeña renta amasada con esfuerzo vendiendo medicamentos a los campesinos. Respondió:

—Sí, amigo mío. El viejo Malois se echa atrás ante el proceso con el que le amenazo; mañana recibiré mi dinero. Cinco mil francos no están nada mal para la caja de caudales de un soltero.

Y el señor Marambot se frotaba las manos. Era un hombre de un carácter resignado, más triste que alegre, incapaz de un esfuerzo prolongado, dejado en sus asuntos.

Habría podido disfrutar, sin duda, de una vida más holgada de haber sabido sacar partido de la muerte de sus colegas establecidos en las poblaciones más importantes, para ir a ocupar su lugar y hacerse con su clientela. Pero el fastidio del traslado, y el pensar en todas las gestiones que tendría que hacer, le habían retenido sin cesar; y se limitaba a decir después de dos días de pensárselo:

—¡Basta! Otra vez será. Nada pierdo con esperar. Puede que salga algo mejor.

Denis, por el contrario, incitaba a su amo a ser más emprendedor. De un carácter activo, repetía sin cesar:

—¡Oh!, de haber contado yo con un capital inicial, habría hecho mi fortuna. Con sólo mil francos, la cosa estaría hecha.

El señor Marambot sonreía sin responder y salía a su jardincito, por donde se paseaba, con las manos tras la espalda, ensoñado.

Durante todo el día Denis no hizo sino cantar, como un hombre lleno de alegría, estribillos y tonadillas de la región. Se mostró incluso de una actividad inusitada,

pues limpió los cristales de las ventanas de la casa, secándolos con entusiasmo, mientras entonaba a voz en grito sus coplillas.

El señor Marambot, asombrado por su celo, le dijo en varias ocasiones, sonriendo:

—Trabajando así, amigo mío, mañana no tendrás nada que hacer.

Al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, el cartero le entregó a Denis cuatro cartas para su amo, una de ellas muy pesada. El señor Marambot se encerró enseguida en su habitación hasta media tarde. Entonces le entregó a su criado cuatro sobres para el correo. Uno de ellos, dirigido al señor Malois, era sin duda un acuse de recibo del dinero.

Denis no hizo preguntas a su amo; pareció tan triste y sombrío aquel día como alegre había estado la víspera.

Llegó la noche. El señor Marambot se acostó a la hora de costumbre y se durmió.

Le despertó un extraño ruido. Se incorporó enseguida en la cama y permaneció a la escucha. Pero bruscamente se abrió la puerta y apareció Denis en el umbral, con una vela en una mano y un cuchillo de cocina en la otra, unos grandes ojos de mirada fija, los labios y las mejillas contraídos como los de alguien agitado por una horrible emoción, y tan pálido que se hubiera dicho un aparecido.

El señor Marambot, desconcertado, creyó que se había vuelto sonámbulo, y se disponía a levantarse para correr a su encuentro cuando el criado apagó la vela de un soplo al tiempo que se abalanzaba sobre la cama. El amo extendió las manos para parar el golpe que le tumbó de espaldas, y trató de aferrar las manos del criado, que creía se había vuelto loco, para detener las cuchilladas frenéticas que le asestaba.

Fue alcanzado la primera vez en un hombro, la segunda en la frente y la tercera en el pecho. Se debatía desesperadamente, agitando sus manos en la oscuridad, lanzando también patadas y gritando:

—¡Denis! ¡Denis! ¡Estás loco, pero vamos, Denis!

Pero el otro, jadeando, se ensañaba, seguía golpeando, repelido unas veces por una patada, otras por un puñetazo, pero volviendo furiosamente a la carga. Marambot fue herido otras dos veces en la pierna y en el vientre. Pero de repente se le ocurrió una idea y se puso a gritar:

—Pero para ya, para ya, Denis, que no he recibido el dinero.

El hombre se detuvo al punto; y su amo oía, en la oscuridad, su respiración silbante.

El señor Marambot prosiguió al instante:

—No he recibido nada. El señor Malois se ha desdicho, y se celebrará el juicio; por eso has llevado las cartas a correos. Lee si no las que están en mi secreter.

Y, en un postrer esfuerzo, cogió las cerillas de encima de su mesilla de noche y encendió la vela.

Estaba todo cubierto de sangre; hasta las paredes habían salpicado los fuertes chorros. Sábanas, cortinas, todo estaba rojo. Denis, ensangrentado de pies a cabeza, estaba plantado en medio de la habitación.

Al ver aquello, el señor Marambot se creyó muerto y sufrió un desvanecimiento.

Volvió en sí al despuntar el día. Tardó un rato en recuperar el sentido, en comprender, en recordar. Pero de repente le volvió el recuerdo de la agresión y de sus heridas, y sintió tanto miedo que cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de unos minutos se calmó su espanto, y empezó a reflexionar. Al no haber muerto por el ataque, quería decir que podía recuperarse. Se sentía débil, muy débil, pero sin un vivo sufrimiento, si bien sentía en distintos puntos del cuerpo una sensible molestia, como pinchazos. También se sentía helado y totalmente húmedo, oprimido, como envuelto en un vendaje. Pensó que esa humedad se debía a la sangre derramada; y le sacudían unos escalofríos de angustia sólo de pensar en ese líquido rojo salido de sus venas y del que estaba cubierta la cama. Le trastornó la idea de volver a presenciar ese espectáculo espantoso, por lo que mantenía los ojos cerrados con fuerza como si fueran a abrirse a pesar suyo.

¿Qué había sido de Denis? Probablemente había escapado.

Pero ¿qué iba a hacer, ahora, él, Marambot? ¿Levantarse? ¿Pedir socorro? Ahora bien, bastaría con que hiciera un solo movimiento para que sus heridas se abriesen sin duda de nuevo; y caería muerto, desangrado.

Oyó de pronto abrirse la puerta de la habitación. Casi se le paró el corazón: era sin duda Denis que venía a rematar la faena. Contuvo la respiración para que el asesino no se diera cuenta de que seguía con vida, es más, para que creyera lo contrario.

Notó que retiraban la sábana y que alguien le tocaba la tripa. Un dolor agudo, cerca de la cadera, le hizo estremecerse. Ahora le estaban lavando delicadamente con agua fría. ¡Esto significaba que la fechoría había sido descubierta, que le estaban curando, que estaba salvado! Le embargó una alegría incontenible; pero por prudencia no quiso hacer ver que había vuelto en sí, y entreabrió sólo un ojo, con la máxima cautela.

Reconoció a Denis de pie junto a él. ¡Denis en persona! ¡Misericordia! Volvió a cerrar enseguida el ojo.

¡Denis! ¿Qué hacía? ¿Qué quería? ¿Qué monstruosos planes urdía?

¿Que qué hacía? ¡Pues le lavaba para hacer desaparecer las huellas! ¿Le enterraría a continuación en el jardín, diez metros bajo tierra, para que no le descubrieran? ¿O tal vez en la bodega, bajo las botellas del vino de reserva?

Y el señor Marambot se puso a estremecerse con tan fuertes temblores que todos sus miembros palpitaban.

Se decía: «¡Estoy perdido, perdido!». Y apretaba desesperadamente los párpados

para no ver llegar la última cuchillada. Y no la recibió. Denis, ahora, le levantaba y le envolvía en un lienzo. Luego se puso a vendar con sumo cuidado la herida de la pierna, tal como había aprendido a hacer cuando su amo tenía la botica.

No había posibilidad de equívoco para alguien del oficio como él: su criado, tras haber intentado darle muerte, trataba ahora de salvarle.

Entonces el señor Marambot, con voz débil, le dio este consejo práctico:

—¡El lavado y la cura hazlos disolviendo catramina[1] en agua!

Denis respondió:

—Es lo que estoy haciendo, señor.

El señor Marambot abrió los dos ojos.

No había ni rastro de sangre ni en la cama ni en la habitación, ni en el asesino. El herido estaba tumbado en unas sábanas de un blanco impoluto.

Los dos hombres se miraron.

Finalmente, el señor Marambot dijo con dulzura:

—Has cometido un delito muy grave.

Denis repuso:

—Lo estoy reparando, señor. Si usted no me denuncia, le serviré fielmente como en el pasado.

No era aquél momento de descontentar a su criado. El señor Marambot articuló cerrando los ojos:

—Te juro que no te denunciaré.

II

Denis salvó a su amo. Pasó noches y días sin pegar ojo, sin abandonar la habitación del enfermo, preparándole medicamentos, tisanas, pociones, tomándole el pulso y contando ansiosamente los latidos, cuidándole con habilidad de enfermero y dedicación de hijo.

Le preguntaba a cada momento:

—¿Cómo se siente, señor?

El señor Marambot respondía con débil voz:

—Algo mejor, amigo mío, gracias.

Y cuando el herido se despertaba, por la noche, veía a menudo a su cuidador llorando en el sillón y secándose los ojos en silencio.

Nunca el antiguo boticario había estado tan cuidado, tan mimado, tan bien atendido. De entrada, se había dicho para sus adentros: «En cuanto esté curado, me sacaré a este granuja de encima».

Ahora estaba convaleciente y posponía de un día para otro el momento de separarse de su asesino. Pensaba que nadie tendría con él tantos miramientos y tantas

atenciones, que tenía cogido a ese criado por el miedo; y le avisó de que había depositado en una notaría un testamento denunciándole a la justicia en caso de que ocurriera un nuevo accidente.

Esta precaución le parecía garantía suficiente para el futuro contra cualquier nuevo ataque; y entonces se preguntaba si no sería incluso más prudente conservar a su lado a aquel hombre para vigilarlo atentamente.

Como en otro tiempo, cuando dudaba de si adquirir o no alguna farmacia más importante, era incapaz de decidirse a tomar una resolución.

«Siempre se está a tiempo», se decía.

Denis continuaba mostrándose un incomparable servidor. El señor Marambot se había curado. Y lo mantuvo a su servicio.

Ahora bien, una mañana, cuando acababa de comer, oyó de pronto un gran ruido en la cocina. Acudió a toda prisa. Denis se debatía, apresado por dos gendarmes. El sargento estaba tomando con aire serio unas notas en un cuaderno.

Apenas vio a su amo, el criado se puso a sollozar, gritando:

—Me ha denunciado, señor; eso no está bien, después de lo que prometió. ¡No tiene usted palabra, señor Marambot; no está bien, no está bien!…

El señor Marambot, estupefacto y desolado de ver que se sospechaba de él, alzó la mano:

—Juro por Dios, amigo mío, que no te he denunciado. Desconozco totalmente cómo han podido conocer los señores gendarmes la tentativa de asesinato contra mí.

El sargento tuvo un sobresalto:

—¿Dice usted que quiso matarle, señor Marambot?

El boticario, confuso, respondió:

—Pues sí… Pero yo no le denuncié… Yo no he dicho nada… Juro que no he dicho nada… Me ha servido muy bien desde entonces…

El sargento manifestó con aire grave:

—Tomo nota de su declaración. La justicia valorará este nuevo delito que ignoraba, señor Marambot. He sido encargado de arrestar a su criado por el hurto de dos patos que se ha cometido en casa del señor Duhamel, y hay testigos del delito. Le pido disculpas, señor Marambot. Daré parte de su declaración…

Y, volviéndose hacia sus hombres, ordenó:

—¡Vamos, en marcha!

Los dos gendarmes se llevaron a Denis.

III

El abogado acababa de alegar demencia, relacionando entre sí ambos delitos con miras a reforzar su argumentación. Había probado inequívocamente que el hurto de

los patos tenía su razón de ser en el mismo estado mental que las ocho cuchilladas asestadas a Marambot. Había analizado con sutileza todas las fases de dicho trastorno mental transitorio, curable sin duda con unos meses de cuidados en un buen sanatorio. Había descrito en términos entusiastas la continua y abnegada dedicación de aquel honesto sirviente, los cuidados incomparables que había prodigado a su amo herido por él en un momento de extravío.

Profundamente impresionado por ese recuerdo, el señor Marambot tenía los ojos bañados en lágrimas.

El abogado reparó en ello, abrió los brazos haciendo un aspaviento, desplegando sus largas mangas negras como alas de murciélago. Y, con tono vibrante, exclamó:

—Vean, vean, vean, señores del jurado, vean esas lágrimas. ¿Qué más podría decir ahora a favor de mi cliente? ¿Qué discurso, qué argumento, qué razonamiento puede valer tanto como las lágrimas de su amo? Su voz es más fuerte que la mía, más fuerte que la misma ley, y dice: «¡Perdonen un momento de locura! ¡Ellas imploran, absuelven, bendicen!».

Calló y se sentó.

Entonces el presidente, volviéndose hacia Marambot, cuya declaración había sido muy favorable para el criado, le preguntó:

—Pero, en fin, señor, admitiendo incluso que usted haya considerado a ese hombre como un demente, ello no explica por qué le siguió manteniendo en su casa. No dejaba de ser por ello menos peligroso.

Marambot respondió secándose los ojos:

—¡Qué quiere, señor presidente!, es tan difícil encontrar un criado con los tiempos que corren…, no podía encontrar uno mejor.

Denis fue absuelto e ingresó, a expensas de su amo, en un manicomio.

MISS HARRIET*

A la señora…

Éramos siete en el break, cuatro mujeres y tres hombres, uno de los cuales iba en el pescante junto al cochero, y subíamos al paso de los caballos la gran cuesta por la que serpenteaba la carretera.

Habíamos salido de Étretat al alba para ir a visitar las ruinas de Tancarville, y estábamos aún dormitando, entumecidos por el fresquito de la madrugada. Sobre todo las mujeres, poco acostumbradas a los madrugones del cazador, cerraban a cada momento los párpados, inclinaban la cabeza o bien bostezaban, insensibles a la emoción de la salida del sol.

Era otoño. A ambos lados del camino se extendían los campos desnudos, amarillentos por los rastrojos de avena y de trigo segados que cubrían el suelo como una barba mal afeitada. La tierra calinosa parecía humear. Unas alondras cantaban en los aires, otros pájaros piaban en los matorrales.

Finalmente, se alzó el sol delante de nosotros, todo rojo en la línea del horizonte; y a medida que ascendía, haciéndose cada vez más claro, parecía que también la campiña se despertara y sonriera, se sacudiera y se quitara, como una muchacha que abandona el lecho, su camisa de blancos vapores.

El conde de Étraille gritó desde el pescante: «¡Miren, una liebre!», y extendió el brazo a la izquierda, en dirección a un campo de trébol. El animal corría, casi oculto por la hierba, dejando ver tan sólo sus grandes orejas; luego huyó velozmente a través de un campo arado, se detuvo, volvió a partir en una loca carrera, cambió de dirección, se detuvo de nuevo, inquieto, espiando todo posible peligro, indeciso sobre el camino a tomar; echó de nuevo a correr con grandes saltos de las patas traseras y desapareció en un vasto campo de remolachas. Todos los hombres se despertaron, siguiendo la marcha del animal.

René Lemanoir manifestó:

—No somos galantes esta mañana. —Y mirando a su vecina, la pequeña baronesa de Sérennes, que luchaba contra el sueño, le dijo a media voz—: Piensa usted en su marido, baronesa. Tranquilícese, no volverá hasta el sábado. Aún le quedan cuatro

días.

Ella respondió con una sonrisa aletargada:

—¡Qué tonto es usted! —Luego, sacudiéndose la modorra de encima, añadió—: Veamos, díganos algo que nos haga reír. Usted, señor Chenal, a quien se considera más afortunado en amores que el duque de Richelieu,[1] cuéntenos una historia de amor que haya vivido, la que usted quiera.

Léon Chenal, un viejo pintor que había sido muy apuesto, muy fuerte, muy orgulloso de su físico, y muy amado, se cogió con la mano su luenga barba blanca y sonrió; luego, al cabo de unos momentos de reflexión, se puso de repente serio.

—No será alegre, señoras; voy a contarles el más lamentable amor de mi vida. Deseo a mis amigos que no inspiren uno semejante.

I

Tenía yo por aquel entonces veinticinco años y hacía de pintorzuelo por las costas normandas.

Entiendo por «hacer de pintorzuelo» ese vagabundear con el hato al hombro, de posada en posada, con la excusa de hacer estudios y paisajes del natural. No conozco nada mejor que esa vida errante, a la ventura. Uno es libre, no tiene obligaciones de ningún tipo, ni preocupaciones, ni que pensar siquiera en el mañana. Tomas el camino que te place, sin más guía que la fantasía, sin más consejero que el puro recreo de la vista. Te paras porque un riachuelo te seduce, porque hoy sale un agradable olor a patatas fritas por la puerta de una posada. A veces la elección se hace por un perfume de clemátide o por la candorosa mirada de una moza de posada. No son de despreciar estos rústicos amores. Pues también esas muchachas tienen alma y sentidos, unas mejillas firmes y unos labios carnosos; y sus arrebatados besos son sabrosos e intensos como una fruta de bosque. El amor tiene siempre su valor, venga de donde venga. Un corazón que palpita cuando uno llega, un ojo que lagrimea cuando uno se va, son cosas tan raras, dulces y preciosas que no deben despreciarse jamás.

He conocido las citas en regueras llenas de prímulas, detrás del establo donde duermen las vacas, y en los pajares de los graneros tibios aún del calor del día. Guardo el recuerdo de la basta tela gris sobre unas carnes elásticas y ásperas, y nostalgias de ingenuas y francas caricias, más delicadas, en su sincera brutalidad, que los sutiles placeres obtenidos de mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que sobre todo le gusta a uno en estas excursiones a la ventura es el campo, los bosques, las salidas del sol, los crepúsculos, los claros de luna. Para los pintores, éstos son viajes de nupcias con la tierra. Estás solo, muy cerca de ella, en esa larga cita tranquila. Te tumbas en un prado, en medio de las margaritas y de las

amapolas, y, con los ojos abiertos, bajo un claro raudal de luz solar, miras a lo lejos el pueblecito con su campanario puntiagudo que da las doce del mediodía.

Te sientas al borde de una fuente que mana al pie de un roble, en medio de una melena de frágiles hierbas, altas, relucientes de vida. Te arrodillas, te inclinas, bebes esa agua fría y cristalina que te moja nariz y bigote, la bebes con placer físico, como si se besara el mismo manantial, boca con boca. A veces, cuando encuentras un pozo, a lo largo de estos estrechos cursos de agua, te zambulles, totalmente desnudo, y sientes en la piel, de pies a cabeza, como una caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

Estás alegre en una colina, melancólico a orillas de los embalses, exaltado cuando el sol desaparece en un mar de nubes sanguinolentas y lanza sobre los ríos reflejos rojos. Y, por la noche, bajo la luna que cruza el alto cielo, piensas en las mil cosas extrañas que nunca se te pasarían por la cabeza a la ardiente claridad del día.

Y he aquí que, vagando así por estas mismas tierras en que estamos este año, llegué un atardecer al pueblecito de Bénouville, en la Falaise, entre Yport y Étretat. Venía de Fécamp siguiendo la costa, la escarpada costa recta como una muralla, con sus salientes de rocas yesosas que se recortan a pico sobre el mar. Llevaba caminando desde la mañana por aquel césped corto, fino y mullido como una alfombra, que crece al borde del abismo bajo el viento salino del mar abierto. Y cantando a voz en grito, caminando a grandes zancadas, mirando ya la fuga lenta y arqueada de una gaviota que pasea por el cielo azul la blanca curva de sus alas, ya, sobre el verde mar, la vela parda de una barca de pesca, había pasado un día feliz de despreocupación y de libertad.

Me indicaron una pequeña alquería donde se daba hospedaje a los viajeros, una especie de posada regentada por una campesina, en medio de un patio a la normanda rodeado de una doble ringlera de hayas.

Dejando el acantilado, llegué, pues, al caserío encerrado dentro de sus grandes árboles y me presenté en casa de la tía Lecacheur.

Era una vieja mujer de campo, arrugada, severa, que parecía recibir siempre a los clientes de mala gana, con una especie de desconfianza.

Estábamos en mayo, los manzanos en flor cubrían el patio con una techumbre de flores aromáticas, derramando sin cesar una lluvia de revoloteantes pétalos rosas que caían sin fin sobre la gente y la hierba.

Pregunté:

—Señora Lecacheur, ¿tendría una habitación para mí?

Asombrada de ver que conocía su nombre, respondió:

—Depende, está todo ocupado, pero se podría intentar arreglar la cosa.

En cinco minutos nos pusimos de acuerdo y fui a dejar mi hato sobre el suelo de tierra batida de una habitación rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa

y un aguamanil. Daba a la cocina, grande y ahumada, donde los huéspedes comían con el personal de la hacienda y con la dueña, que era viuda.

Me lavé las manos y salí. La vieja estaba preparando un guiso de gallina para cenar en su ancha chimenea de donde pendía una cadena renegrida por el humo.

—¿Así que tiene otros viajeros en este momento? —pregunté.

Ella respondió con su aire disgustado:

—Tenemos a una señora, una inglesa de edad. Ocupa la otra habitación.

Con un suplemento de cinco sueldos al día tuve el derecho a comer solo en el patio los días de buen tiempo.

Me prepararon la mesa delante de la puerta y comencé a despedazar a dentelladas los entecos miembros de la gallina normanda, bebiendo una sidra clara y masticando un pan blanco de cuatro días atrás, pero muy bueno.

De pronto la cancela de madera que daba al camino se abrió y una extraña persona se dirigió hacia la casa. Era de una extrema delgadez, muy alta, tan arrebujada en un chal escocés a cuadros rojos que se la hubiera creído privada de brazos de no haberse visto asomar una larga mano a la altura de las caderas, que sujetaba una sombrilla blanca de turista. Su cara de momia, enmarcada por unos largos bucles grises que parecían morcillas y que saltaban a cada paso que daba, me hizo pensar, quién sabe por qué, en un arenque ahumado con bigudíes. Pasó por delante de mí a paso vivo, los ojos gachos, y entró en la casa.

Aquella extraña aparición me alegró; era sin duda mi vecina, la vieja inglesa a la que se había referido nuestra posadera.

No la volví a ver aquel día. Al siguiente, cuando estaba instalado para pintar al fondo de aquel valle encantador que ya conocen y que desciende hasta Étretat, al levantar de repente la vista vi algo extraño enhiesto en la cresta de la ladera; se hubiera dicho un mástil empavesado. Era ella. Al verme, desapareció.

Volví a mediodía para comer y me senté a la mesa común, para así poder conocer a esa vieja original. Pero ella no respondió a mis gentilezas, se mostró insensible a mis pequeñas atenciones. Yo le ponía siempre agua, le pasaba solícitamente los platos. Un leve cabeceo, casi imperceptible, y una palabra inglesa susurrada en voz tan baja que no la oía, eran sus únicas muestras de agradecimiento.

Dejé de ocuparme de ella, por más que inquietaba mi pensamiento.

Al cabo de tres días sabía sobre ella tanto como la propia señora Lecacheur.

Se llamaba miss Harriet. Buscando un pueblo perdido donde pasar el verano, se había detenido en Bénouville, seis semanas antes, y no parecía dispuesta a irse. No hablaba nunca en la mesa, comía deprisa, mientras leía un librito de propaganda protestante. Repartía esos libritos entre todo el mundo. El cura mismo había recibido cuatro traídos por un chaval al que ella pagó dos sueldos por hacer el encargo. Decía a veces a nuestra posadera, de golpe, sin que nada justificara tal declaración: «Yo

amar al Señor más que a nada; yo admirar a él en toda su Creación, adorar a él en toda su naturaleza, yo llevar a él siempre en mi corazón». Y le entregaba acto seguido a la atónita campesina uno de sus folletos destinados a convertir al Universo.

En el pueblo no caía bien. Desde que el maestro había dicho: «Es una atea», pesaba sobre ella una especie de reprobación. Consultado por la señora Lecacheur, el cura había respondido: «Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador, y creo que es una persona de una perfecta moralidad».

Las palabras «atea-hereje», cuyo preciso significado se ignoraba, hacían dudar a la gente. Se decía, por otra parte, que la inglesa era rica y que se había pasado la vida viajando por todos los países del mundo, porque su familia la había echado. ¿Por qué la había echado su familia? Por su impiedad, naturalmente.

Era, en verdad, una de esas fanáticas de principios, una de esas puritanas contumaces como produce tantas Inglaterra, una de esas insoportables solteronas respetables que infestan todas las casas de huéspedes de Europa, que echan a perder Italia, envenenan Suiza, vuelven inhabitables las deliciosas ciudades del Mediterráneo, llevan a todas partes sus extrañas manías, sus costumbres de vestales petrificadas, su indescriptible vestimenta y un cierto olor a caucho, que haría creer que de noche duermen dentro de un estuche.

Cuando descubría a una en un hotel, me largaba como los pájaros que ven un espantapájaros en un campo.

Ésta, sin embargo, me parecía tan singular que no me desagradaba en absoluto.

La señora Lecacheur, hostil por instinto a todo cuanto no fuera rural, sentía en su mentalidad estrecha una especie de odio por las poses extáticas de la vieja solterona. Había dado con un término para calificarla, un término despectivo sin duda, que quién sabe cómo había llegado a sus labios, quién sabe por medio de qué confusas y misteriosas elucubraciones mentales. Decía: «Es una demoníaca». Y esta palabra, aplicada a ese ser austero y sentimental, me parecía de un cómico irresistible. Yo ya no la llamaba sino «la demoníaca», sintiendo un extraño placer en pronunciar muy alto estas sílabas apenas la veía.

—¿Qué ha hecho hoy nuestra demoníaca? —preguntaba yo a la señora Lecacheur.

Y la campesina respondía con aire escandalizado:

—¿Se creerá usted, señor, que ha recogido un sapo al que había aplastado una pata, se lo ha llevado a su habitación, lo ha puesto en el aguamanil y le ha hecho una cura como si fuera un ser humano? ¡No me dirá usted que esto no es un verdadero sacrilegio!

En otra ocasión, mientras paseaba por el pie del acantilado, había comprado un gran pez recién pescado, nada más que para volver a echarlo al mar. El pescador, por más que había sido pagado con largueza, la había cubierto de insultos, más cabreado

que si le hubiera cogido el dinero del bolsillo. Al cabo de un mes seguía siendo incapaz de hablar de ello sin montar en cólera y sin proferir insultos. ¡Oh, sí! Miss Harriet era una demoníaca, la tía Lecacheur había tenido una ocurrencia genial bautizándola así.

El mozo de cuadra, al que apodaban Zapador porque había servido en África en sus años mozos, era de muy otra opinión. Decía con expresión maliciosa: «Es una vieja que ha vivido lo suyo».

¡Si la pobre se hubiera enterado!

La joven moza Céleste no la servía de muy buena gana, sin que yo hubiera podido comprender la razón. Tal vez era sólo porque era extranjera, de otra raza, de otra lengua y de otra religión. ¡Era una demoníaca, en fin!

Pasaba su tiempo vagando por los campos, buscando y adorando a Dios en la naturaleza. Me la encontré, una tarde, arrodillada ante un matorral. Habiendo distinguido algo rojo a través de las hojas, aparté las ramas, y se levantó miss Harriet, confusa de haber sido vista así, clavando en mí unos ojos espantados como los de los autillos sorprendidos a plena luz del día.

A veces, cuando yo trabajaba en medio de las rocas, la veía de repente en el borde del acantilado, semejante a una señal de semáforo.[2] Ella miraba apasionadamente el vasto mar dorado de luz y el gran cielo enrojecido de fuego. A veces la distinguía al fondo de un pequeño valle, caminando deprisa, con su paso elástico de inglesa; e iba hacia ella, atraído no sé por qué, nada más que para ver su rostro de iluminada, su rostro enjuto, indescriptible, que irradiaba una íntima y profunda alegría.

A menudo me la encontraba también junto a una alquería, sentada en la hierba, a la sombra de un manzano, con su librito bíblico abierto sobre las rodillas, y la mirada perdida a lo lejos.

Tampoco yo me iba ya de allí, apegado como me sentía a aquel tranquilo pueblo por mil lazos de amor por sus amplios y agradables paisajes. Estaba bien en aquella alquería ignorada, lejos de todo, cerca de la tierra, de la buena, sana, hermosa y verde tierra que nosotros mismos un día abonaremos con nuestro cuerpo. Tal vez, debo confesarlo, me retenía también un poco la curiosidad en casa de la tía Lecacheur. Me hubiera gustado conocer un poco a esa extraña miss Harriet y saber lo que pasa en las almas solitarias de esas viejas inglesas trotamundos.

II

Entablamos relación de un modo bastante singular. Acababa yo de terminar un estudio que me parecía bastante original, y lo era. Fue vendido quince años después por diez mil francos. Era más simple, por otra parte, que dos y dos son cuatro y al margen de las reglas académicas. Todo el lado derecho de mi tela representaba una

roca, una enorme roca llena de protuberancias, cubierta de algas pardas, amarillas y rojas, sobre las que se derramaba el sol como si fuera aceite. La luz, sin que se viera el astro oculto tras de mí, caía sobre la piedra y la doraba de fuego. Eso era todo. Un primer plano impresionante de claridad, encendido, magnífico.

A la izquierda, el mar, pero no el mar azul, color de pizarra, sino el mar de jade, verduzco, lechoso e incluso áspero bajo el cielo oscuro.

Estaba tan contento de mi trabajo que bailaba mientras lo traía a la posada. Quería que todo el mundo lo viera enseguida. Recuerdo que se lo enseñé a una vaca que había al borde del sendero, gritándole:

—Mira esto, bonita. No verás muchos parecidos.

Al llegar delante de la casa, llamé enseguida a la tía Lecacheur chillando a voz en grito:

—¡Eh! ¡Eh!, posadera, venga corriendo a ver esto.

La campesina llegó y examinó mi obra con su mirada de pasmarote que no distinguía nada, que no veía siquiera si eso representaba un buey o una casa.

Miss Harriet, de vuelta, pasaba por detrás de mí justo en el momento en que, sosteniendo yo mi tela en el extremo del brazo, se la enseñaba a la posadera. La demoníaca no pudo dejar de verla, pues yo había procurado presentarla de modo que no pudiera escapar a su mirada. Se detuvo en seco, impresionada, estupefacta. Era su roca, al parecer, aquella a la que ella trepaba para soñar a sus anchas.

Murmuró un «¡oh!» británico tan acentuado y tan halagüeño, que me di la vuelta hacia ella sonriendo; y le dije:

—Es mi último estudio, señorita.

Ella murmuró, extasiada, cómica y enternecedora:

—¡Oh!, señor, usted comprender la naturaleza de manera palpitante.

Me ruboricé, a fe mía, más emocionado por este cumplido que si hubiera provenido de una reina. Estaba seducido, conquistado, vencido. ¡Le habría dado un beso, palabra de honor!

En la mesa me senté a su lado, como siempre. Por primera vez habló, continuando en voz alta su pensamiento:

—¡Oh!, ¡yo amar tanto la naturaleza!

Le ofrecí pan, agua, vino. Ella aceptaba ahora con una sonrisita de momia. Y yo me puse a hablar del paisaje.

Tras la comida, nos levantamos al mismo tiempo y nos pusimos a pasear por el patio; luego, atraído sin duda por el maravilloso incendio provocado en el mar por el sol poniente, abrí la pequeña cancela de la parte del acantilado, y salimos juntos, uno al lado del otro, contentos como dos personas que se han comprendido y compenetrado.

Hacía una tarde tibia, agradable, uno de esos atardeceres de bienestar que hacen

felices la carne y el espíritu. Todo es disfrute y encanto. El aire suave, embalsamado, lleno de olores a hierbas y a algas, acaricia el olfato con su fragancia salvaje, acaricia el paladar con su sabor marino, acaricia la mente con su penetrante dulzura. Ahora andábamos por el borde del abismo, sobre el vasto mar que, cien metros por debajo de nosotros, encrespaba sus olitas. Y con la boca abierta y los pulmones dilatados bebíamos ese viento fresco que había atravesado el océano y acariciaba lentamente nuestra piel, salino por el largo beso de las olas.

Arrebujada en su chal a cuadros, en actitud inspirada, con los dientes al viento, la inglesa miraba cómo el enorme sol descendía hacia el mar. Delante de nosotros, allí en el fondo, en el límite donde alcanzaba la vista, un buque de tres palos con las velas desplegadas dibujaba su contorno en el cielo en llamas, y un vapor, más próximo, pasaba dejando detrás de sí una nube infinita de humo que cortaba el horizonte.

El globo rojo seguía descendiendo lentamente. Y no tardó en alcanzar el agua, justo detrás del navío inmóvil que apareció, como en un marco de fuego, en medio del astro refulgente. Se hundía poco a poco, devorado por el océano. Lo vimos descender, disminuir, desaparecer. Se había acabado. Sólo el pequeño velero se recortaba sobre el fondo dorado del cielo lejano.

Miss Harriet contemplaba con mirada apasionada el espléndido final del día. Y sin duda sentía un inmenso deseo de abrazar el cielo, el mar, el horizonte entero.

Ella murmuró:

—¡Oh!, gustar…, gustar…, gustar… —Vi unas lágrimas en sus ojos. Prosiguió —:Yo querer ser una avecilla para volar hacia el firmamento.

Y permanecía de pie, como la había visto a menudo, como enhiesta en el acantilado, roja también ella con su chal de púrpura. Me dieron ganas de hacerle un esbozo en mi cuaderno de apuntes. Se hubiera dicho la caricatura del éxtasis.

Me volví para no sonreír.

Luego le hablé de pintura, como habría hecho con un colega, haciendo notar las tonalidades, las relaciones, las intensidades, usando expresiones técnicas. Ella me escuchaba con atención, comprendía, trataba de penetrar en el oscuro significado de las palabras, de entender mi pensamiento. De vez en cuando decía:

—Sí, comprender…, comprender. Ser muy palpitante.

Regresamos.

Al día siguiente, apenas me vio vino a mi encuentro tendiéndome la mano. Y enseguida nos hicimos amigos.

Era una buena persona que tenía una especie de alma que funcionaba por impulsos, con arrebatos de entusiasmo. Carecía de equilibrio, como todas las mujeres que están solteras a los cincuenta años. Parecía cristalizada en una inocencia agriada; pero había guardado en su corazón algo de muy joven, de exaltado. Amaba la naturaleza y los animales, con un amor fanático, fermentado como una bebida

demasiado añeja, un amor sensual que no había dado a los hombres.

Era evidente que el ver a una perra amamantando, a una yegua corriendo por el prado con su potro entre las patas, un nido lleno de pajarillos piando, con el pico abierto, la cabeza enorme, el cuerpo totalmente desplumado, la hacía palpitar con una emoción exagerada.

¡Pobres seres solitarios, errantes y tristes de las casas de huéspedes, pobres seres ridículos y lamentables, os amo desde que la conocí a ella!

Pronto me di cuenta de que tenía algo que decirme, pero que no se atrevía, y encontré divertida su timidez. Cuando yo me iba por la mañana con mi caja a la espalda, ella me acompañaba hasta el extremo del pueblo, muda, visiblemente ansiosa y buscando sus palabras para comenzar. Luego me dejaba bruscamente y se iba rápido, con su paso saltarín.

Finalmente, un día cobró valor:

—Querer ver cómo usted pintar. ¿Posible? Yo sentir mucha curiosidad. —Y enrojeció como si hubiera dicho algo muy audaz.

La llevé hasta el fondo del Petit-Val, donde empecé un gran estudio.

Permaneció de pie detrás de mí, siguiendo cada uno de mis gestos con reconcentrada atención.

Luego de repente, temiendo tal vez molestarme, me dijo: «Gracias», y se fue.

Pero en breve me tomó más confianza y empezó a acompañarme todos los días, con evidente gusto. Llevaba bajo el brazo su silla de tijera, no quería que la ayudase, y se sentaba a mi lado. Se estaba inmóvil y silenciosa durante horas y horas, siguiendo con la mirada cada movimiento del pincel. Cuando conseguía obtener, aplicando directamente con la espátula una amplia capa de color, un efecto apropiado e inesperado, dejaba escapar sin querer un pequeño «oh» de asombro, de alegría y de admiración. Tenía por mis telas un sentimiento de afectuoso respeto, un respeto casi religioso por aquella representación humana de una partícula de la obra divina. Mis estudios le parecían como una especie de cuadros de santidad; y a veces me hablaba de Dios, tratando de convertirme.

¡Oh! Era un tipo curioso ese Dios suyo, una especie de filósofo de pueblo sin grandes medios ni grandes poderes, pues ella se lo imaginaba siempre afligido por las ofensas cometidas ante sus ojos, como si no hubiera podido evitarlas.

Por otra parte, estaba en excelentes términos con él, y parecía incluso la confidente de sus secretos y contrariedades. Decía: «Dios así lo quiere» o bien: «Dios no lo quiere», como el sargento que anuncia al recluta: «El coronel así lo ordena».

Deploraba de corazón mi ignorancia de los designios celestes que ella se esforzaba en revelarme; y cada día encontraba en mis bolsillos, en mi sombrero cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de pinturas, en mis zapatos lustrados delante de la puerta, esos pequeños folletos píos que sin duda ella recibía directamente del

Paraíso.

Yo la trataba como a una vieja amiga, con una franqueza cordial. Pero no tardé en darme cuenta de que sus modales habían cambiado un poco. En los primeros tiempos no presté atención a ello.

Mientras trabajaba, ya fuera al fondo de mi valle, ya en algún sendero encajonado, la veía aparecer de improviso, con su andar rápido y acompasado. Se sentaba bruscamente, jadeando como si hubiera corrido o como si la agitase alguna honda emoción. Estaba muy roja, de ese rojo inglés que ningún otro pueblo tiene; luego, sin mediar razón para ello, palidecía, se volvía de color terroso y parecía a punto de desfallecer. Poco a poco, sin embargo, la veía recobrar su fisonomía habitual y se ponía a hablar.

Luego, de repente, dejaba una frase a medias, se levantaba y se largaba tan rápida y extrañamente que yo me ponía a pensar si había hecho algo que hubiera podido desagradarle o herirla.

Acabé por convencerme de que aquéllos debían de ser sus modales normales, seguramente algo modificados en mi honor en los primeros tiempos de conocernos.

Cuando volvía a la alquería después de haber caminado durante horas por la costa azotada por el viento, sus largos cabellos retorcidos en espirales a menudo se habían soltado y colgaban como si su muelle se hubiera roto. Antes a ella esto la traía sin cuidado y venía tranquilamente a sentarse a la mesa, en el estado en que la había dejado su hermana la brisa.

Ahora, en cambio, subía a su habitación para reajustar lo que yo llamaba sus tubos de lámpara; y cuando le decía, con una galante familiaridad que siempre la escandalizaba: «Hoy está hermosa como una estrella, miss Harriet…», un ligero arrebol teñía sus mejillas, arrebol de jovencita, arrebol de quinceañera.

A continuación se volvió de nuevo completamente huraña y dejó de venir a verme pintar. Pensé: «Es una crisis, ya se le pasará». Pero no se le pasaba en absoluto. Cuando le dirigía la palabra, ahora, me respondía, ya con una indiferencia afectada, ya con sorda irritación. Se mostraba brusca, impaciente, nerviosa. Tan sólo la veía en la mesa y ya no hablábamos. Acabé por convencerme de que la había ofendido de algún modo, y una tarde le pregunté:

—Miss Harriet, ¿por qué ha cambiado tanto conmigo? ¿Acaso he hecho algo que le ha desagradado? Lo siento muchísimo.

Respondió, con una entonación colérica bastante divertida:

—Con usted yo ser siempre igual. No ser cierto, no cierto. —Y corrió a encerrarse en su habitación.

A veces me miraba de extraño modo. Me he dicho a menudo, desde entonces, que los condenados a muerte deben de tener esa mirada cuando les anuncian su último día. Había en su mirar una especie de locura, una locura mística y violenta; y, otra

cosa más, ¡una fiebre, un deseo exasperado, impaciente e impotente de lo irrealizado y de lo irrealizable! Y me parecía que había también dentro de ella una pugna en la que su corazón luchaba contra una fuerza desconocida que ella quería domeñar, y tal vez algo más… ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!

III

Fue verdaderamente una extraña revelación.

Desde hacía algún tiempo estaba trabajando, todas las mañanas desde la aurora, en un cuadro del siguiente tema:

Una barranca profunda, encajonada, dominada por dos ribazos llenos de zarzas y de árboles, se alargaba, perdida e inmersa en ese vapor lechoso, en ese algodón que flota a veces sobre los valles, al romper el día. Y al fondo de esta niebla espesa y transparente se veía, o mejor dicho, se adivinaba a una pareja, un joven y una muchacha, ella con la cabeza levantada hacia él, él inclinado hacia ella, boca con boca.

Un primer rayo de sol, filtrándose por entre las ramas, atravesaba aquel vapor de la aurora, lo iluminaba de reflejos rosados detrás de los dos rústicos enamorados, teñía sus sombras inciertas de un plateado fulgor. En mi opinión, estaba muy logrado.

Trabajaba en la pendiente que lleva al vallecito de Étretat. Por suerte para mí, aquella mañana había precisamente la niebla adecuada.

Algo se alzó delante de mí, como un fantasma: era miss Harriet. Al verme, quiso huir. Pero la llamé a voz en grito:

—Venga, venga, señorita, tengo un pequeño cuadro para usted.

Ella se acercó, como a pesar suyo. Yo le alargué mi esbozo. Ella no dijo nada, pero permaneció largo rato inmóvil mirando, y bruscamente rompió a llorar. Lloraba con espasmos nerviosos como alguien que ha luchado mucho contra las lágrimas y que ya no puede más, que se abandona resistiendo aún. Yo me levanté como movido por un resorte, yo mismo emocionado por esa tristeza que me resultaba incomprensible, y le cogí las manos en un impulso de afecto brusco, un verdadero impulso de francés que actúa más rápido de lo que piensa.

Ella dejó por unos segundos sus manos en las mías, y las sentí temblar como si todos sus nervios se hubieran retorcido. Luego las retiró bruscamente, o más bien, las arrancó.

Yo había reconocido ese estremecimiento por haberlo ya sentido; y nada podía llamarme a engaño. ¡Ah! El estremecimiento de amor de una mujer, ya tenga quince o cincuenta años, ya sea de una pueblerina o de una mujer de mundo, me llega tan directamente al corazón que nunca dejo de reconocerlo.

Todo su pobre ser había temblado, vibrado, desfallecido. Yo l o sabía. Ella se fue

sin que hubiera dicho una palabra, dejándome sorprendido como ante un milagro, y desolado como si hubiera cometido un crimen.

No regresé para comer. Me fui a dar una vuelta por el borde del acantilado, con ganas tanto de llorar como de reír, pareciéndome la aventura cómica y deplorable, sintiéndome ridículo y considerándola a ella desgraciada hasta el punto de poder volverse loca.

Me preguntaba qué debía hacer.

Consideré que no me quedaba más remedio que irme, y me decidí enseguida.

Tras haber estado vagando hasta la hora de cenar, un tanto triste, un tanto soñador, volví a la hora de la cena.

Nos sentamos a la mesa como de costumbre. Miss Harriet estaba allí, comía con expresión seria, sin hablar con nadie ni levantar los ojos. Tenía, por otra parte, su aspecto y sus modales habituales.

Esperé a que terminara la cena, luego me volví hacia la posadera:

—Bien, señora Lecacheur, no tardaré en dejarla.

La buena mujer, sorprendida y apenada, exclamó con su voz tonante:

—Pero ¿qué habla usted, señor mío, de dejarnos? ¡Pero si estamos tan acostumbrados a usted!

Miré con el rabillo del ojo a miss Harriet; su rostro permanecía impasible. Pero Céleste, la joven moza, acababa de alzar los ojos hacia mí. Era una gorda muchacha de dieciocho años, coloradota, lozana, robusta como un caballo, y aseada, cosa rara. La besaba algunas veces por los rincones, por costumbre de frecuentador de posadas; nada más.

Terminó la cena.

Me fui a fumar en pipa bajo los manzanos, paseando adelante y atrás de un extremo al otro del patio. Todas mis reflexiones durante el día, el extraño descubrimiento de la mañana, ese amor grotesco y apasionado por mí, los recuerdos que se habían sucedido a raíz de esta revelación, recuerdos encantadores y turbadores, tal vez también esa mirada de moza levantada hacia mí al anuncio de mi marcha, todo ello mezclado y combinado me había puesto en el cuerpo un ardor, un prurito de besos en los labios y, en las venas, esa cosa inexplicable que empuja a hacer tonterías.

Caía la noche, insinuando sus sombras bajo los árboles, y vi a Céleste que iba a cerrar el gallinero por el lado opuesto del cercado. Me lancé a toda prisa, corriendo con paso tan ligero que ella no oyó nada, y, cuando se alzaba tras haber cerrado la puertecita por la que entraban y salían las gallinas, la cogí entre los brazos, haciendo caer sobre su rostro ancho y mofletudo una lluvia de besos. Ella se debatía, riendo a pesar de todo, acostumbrada a ello.

¿Por qué la dejé de golpe? ¿Por qué me volví de repente? ¿Cómo presentí que

había alguien detrás de mí?

Era miss Harriet que entraba, y nos había visto, y que permanecía inmóvil como ante un espectro. Luego desapareció en la noche.

Volví adentro avergonzado, turbado, más disgustado por haber sido sorprendido de aquel modo que si me hubiera visto cometer una acción criminal.

Dormí mal, nervioso en exceso, acosado por tristes pensamientos. Me pareció oír llorar. Sin duda me equivocaba. También varias veces creí que alguien andaba por la casa y que abrían la puerta exterior.

Hacia el amanecer, muerto de cansancio, el sueño me venció. Me desperté tarde y no bajé hasta la hora de comer, confuso aún e inseguro acerca de cómo comportarme.

No habían visto a miss Harriet. La esperamos; no apareció. La tía Lecacheur entró en su habitación, la inglesa se había ido. Debía de haber salido al amanecer, como hacía a menudo, para ver la salida del sol.

Nadie se asombró y nos pusimos a comer en silencio.

Hacía calor, mucho calor, era uno de esos días abrasadores y pesados en los que no se mueve ni una hoja. Se había sacado la mesa afuera, bajo un manzano; y de vez en cuando Zapador iba a llenar a la bodega la jarra de sidra, de tanto como se bebía. Céleste traía los platos de la cocina, un guiso de cordero con patatas, un conejo salteado y una ensalada. Luego nos puso delante un plato de cerezas, las primeras de la temporada.

Como yo quería lavarlas y refrescarlas, le rogué a la joven moza que fuera a sacar un cubo de agua muy fría.

Volvió a los cinco minutos declarando que el pozo estaba seco. Tras dejar descender toda la cuerda, el cubo había tocado fondo, subiendo luego vacío. La tía Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma de ello, y fue a mirar por la boca del pozo. Regresó anunciando que se veía algo extraño al fondo de su pozo. Seguramente algún vecino había echado dentro una gavilla de paja por venganza.

También yo quise mirar, esperando poder distinguir mejor y me incliné sobre el borde. Percibí vagamente un objeto blanco. Pero ¿qué era? Entonces se me ocurrió la idea de introducir una linterna atada en el extremo de una cuerda. El resplandor amarillo bailaba en las paredes de piedra, hundiéndose paulatinamente. Estábamos los cuatro inclinados sobre la abertura. Zapador y Céleste se habían unido a nosotros. La linterna se detuvo encima de una masa indistinta, blanca y negra, singular, incomprensible. Zapador exclamó:

—Es un caballo. Veo la pezuña. Se habrá caído esta noche tras haber escapado del prado.

Pero de repente me estremecí hasta los tuétanos. Acababa de reconocer un pie, luego una pierna levantada; el cuerpo entero y la otra pierna desaparecían debajo del agua.

Balbuceé, muy bajito, y temblando tan fuerte que la linterna bailaba como loca encima del zapato:

—Es una mujer lo que…, que…, que hay aquí dentro…, es miss Harriet.

Zapador fue el único que ni pestañeó. ¡Había visto otros casos parecidos en África!

La tía Lecacheur y Céleste se pusieron a lanzar agudos gritos y huyeron a todo correr.

Hubo que repescar a la muerta. Até firmemente al mozo por la cintura y a continuación lo descendí por medio de la polea, muy lentamente, viéndole hundirse en lo oscuro. Mantenía en mis manos la linterna y otra cuerda. Pronto su voz, que parecía provenir del centro de la tierra, exclamó: «Pare»; y vi que repescaba alguna cosa en el agua, la otra pierna, luego ató los dos pies juntos y exclamó de nuevo: «Tire».

Le ayudé a subir; pero me sentía los brazos rotos, los músculos flojos, temía que se me soltara la cuerda y dejarle caer. Cuando apareció la cabeza a la altura del brocal le pregunté: «¿Qué?» como si esperase noticias de la que había allí al fondo.

Subimos los dos sobre el reborde, uno enfrente del otro, e, inclinados sobre la oquedad, comenzamos a tirar del cuerpo hacia arriba.

La tía Lecacheur y Céleste nos espiaban a distancia, escondidas detrás del muro de la casa. Cuando vieron, saliendo de la boca del pozo, los zapatos negros y las medias blancas de la ahogada, desaparecieron.

Zapador la aferró por los tobillos y la sacamos fuera, a la pobre y casta soltera, en la postura más inmodesta. La cabeza estaba espantosa, negra y rasguñada; y sus largos cabellos grises, sueltos, lisos para siempre, pendían, goteantes y fangosos. Zapador dijo con tono despectivo:

—¡Por Dios, qué flaca está!

La llevamos a su habitación, y, como las dos mujeres no reaparecían, el mozo de cuadra y yo preparamos a la muerta.

Yo lavé su triste cara descompuesta. Bajo la presión de mi dedo, un ojo se abrió un poco, que me miró con esa mirada pálida, esa mirada fría, esa mirada terrible de los cadáveres, que parece venir de más allá de la vida. Arreglé como pude sus alborotados cabellos, y, con mis manos inhábiles, compuse sobre su frente un peinado nuevo y singular. Luego le quité sus ropas empapadas de agua, descubriendo un poco, con vergüenza, como si cometiera una profanación, sus hombros y su pecho, y sus largos brazos delgados como ramas.

Luego fui a buscar unas flores, amapolas, acianos, margaritas y hierbas frescas y aromáticas, con las que cubrí su lecho fúnebre.

A continuación tuve que llevar a cabo las formalidades de rigor, al ser el único que la conocía. En una carta encontrada en uno de sus bolsillos, escrita en el último

momento, pedía ser enterrada en aquel pueblo donde había pasado sus últimos días. Un pensamiento espantoso me encogió el corazón. ¿No habría sido yo la causa de que ella quisiera quedarse en aquel lugar?

Hacia la noche, las comadres del vecindario vinieron para ver a la difunta; pero yo impedí que entrasen; quería permanecer solo a su lado; y la velé toda la noche.

Contemplé al resplandor de las velas a aquella miserable mujer desconocida de todos, muerta tan lejos, tan lastimosamente. ¿Dejaba amigos, parientes en alguna parte? ¿Qué infancia y vida había tenido? ¿De dónde provenía, tan sola, errabunda, perdida como un perro expulsado de su casa? ¿Qué secreto sufrimiento y desesperación guardaba en ese cuerpo poco agraciado, en ese cuerpo llevado, como una tara vergonzosa, durante toda su vida, ridícula envoltura que había mantenido alejado de ella cualquier afecto o amor?

¡Qué desdichadas pueden ser las personas! ¡Yo sentía pesar sobre esa criatura humana la eterna injusticia de la implacable naturaleza! ¡Para ella todo había terminado, sin que, quizá, hubiera tenido nunca lo que sostiene a los más desheredados, la esperanza de ser amada una vez! Pues ¿por qué se ocultaba así, huía de los demás? ¿Por qué amaba con una ternura tan apasionada todas las cosas y todos los seres vivos que no fuesen hombres?

Comprendía que creyera en Dios y hubiera esperado en otro mundo la compensación a su miseria. Ahora estaba a punto de descomponerse, y convertirse a su vez en planta. Florecería al sol, sería pacida por las vacas, llevada en semilla por los pájaros, y, carne de las bestias, volvería a convertirse en carne humana. Pero lo que llamamos el alma se había apagado en el fondo del pozo oscuro. Ya no sufría. Había trocado su vida por otras vidas que nacerían de ella.

Pasaban las horas en aquel estar a solas siniestro y mudo. Una pálida luz anunció el alba; luego un rayo rojo llegó hasta el lecho, imprimiendo una barra de fuego sobre la sábana y las manos de ella. Era la hora que tanto le gustaba. Los pájaros, despertados, cantaban entre los árboles.

Abrí de par en par la ventana, descorrí las cortinas para que el cielo entero nos viese e, inclinándome sobre el cadáver helado, cogí entre las manos esa cabeza desfigurada y lentamente, sin miedo ni repugnancia, deposité un largo beso en aquellos labios que no habían recibido nunca ninguno…

Léon Chenal calló. Las mujeres lloraban. Se oía al conde de Étraille, en su asiento, sonarse una y otra vez. Sólo el cochero dormitaba. Y los caballos, al no sentir ya el látigo, habían demorado la marcha y tiraban débilmente. La pequeña diligencia apenas si avanzaba, vuelta pesada de repente, como si estuviese cargada de tristeza.

LA ENFERMEDAD DE ANDRÉ*

A Edgar Courtois

La fachada de la notaría daba a la plaza. En la trasera, se extendía un bonito jardín bien cultivado hasta el callejón de las Piques, siempre desierto, del que lo separaba un muro.

En el fondo de aquel jardín, la mujer del notario Moreau había dado cita por primera vez al capitán Sommerive, que la cortejaba desde hacía tiempo.

El marido se había ido por ocho días a París. Se encontraba, pues, libre durante toda la semana. El capitán se lo había rogado tanto, le había implorado con tan dulces palabras, y ella estaba convencida de que la quería con locura, y se sentía tan sola, incomprendida y desatendida, en medio de los contratos que constituían la única ocupación del notario, que se había dejado ganar su corazón sin siquiera preguntarse si un día le haría más concesiones.

Luego, tras meses de amor platónico, de manos apretadas, de rápidos besos robados tras una puerta, el capitán había declarado que dejaría inmediatamente la ciudad pidiendo un cambio de destino si no conseguía una cita, una verdadera cita, a la sombra de los árboles, durante la ausencia del marido.

Ella había cedido; se lo había prometido.

Ahora le esperaba, acurrucada contra el muro, con el corazón palpitándole, estremeciéndose al menor ruido.

De repente oyó que escalaban el muro, y estuvo a punto de salir corriendo. ¿Y si no era él? ¿Si era un ladrón? Pero no; una voz llamaba dulcemente «Mathilde». Ella respondió: «Étienne». Y un hombre se dejó caer en el caminito con un ruido de chatarra.

¡Era él! ¡Qué beso!

Permanecieron largo rato de pie, enlazados, con los labios unidos. Pero de pronto se puso a lloviznar, y las gotas, deslizándose de hoja en hoja, producían en la sombra un temblor acuoso. Ella se estremeció cuando recibió la primera gota en el cuello.

Él le decía:

—Mathilde, querida mía, adorada mía, amiga mía, ángel mío, entremos en su

casa. Es medianoche, no hay nada que temer. Vayamos a su casa; se lo suplico.

Ella respondía:

—No, querido, tengo miedo. ¿Quién sabe lo que puede ocurrirnos?

Pero él la tenía apretada en sus brazos y le murmuraba al oído:

—Sus criados están en el tercer piso y sus aposentos dan a la plaza. Su habitación se halla en el primero y da al jardín. Nadie nos oirá. La amo, quiero amarte libremente, por entero, de pies a cabeza.

Y la estrechaba con violencia, cubriéndola de besos.

Ella se resistía aún, aterrada, incluso avergonzada. Pero él la cogió por la cintura, la levantó y se la llevó bajo la lluvia que empezaba a arreciar.

La puerta había quedado abierta; subieron a tientas la escalera; luego, una vez dentro de la habitación, ella echó el cerrojo, mientras él encendía un fósforo.

Pero cayó desfallecida en un sillón. Él se había puesto de rodillas y, lentamente, la desvestía, tras haber comenzado por los botines y las medias, para besar sus pies.

Ella decía, jadeando:

—¡No, no, Étienne, se lo suplico, déjeme seguir siendo honesta, pues luego le guardaría rencor! ¡Es una cosa tan fea, tan grosera! ¿Es que no se puede amar sólo con las almas?…, Étienne.

Con una destreza digna de una camarera y una rapidez de hombre impaciente, él desabrochaba, desanudaba, desprendía los corchetes, desataba los lazos sin descanso. Y cuando ella quiso levantarse y huir para escapar a sus audacias, salió bruscamente de su vestido, de sus faldas y de su ropa interior totalmente desnuda, como una mano sale de un manguito.

Espantada, corrió hacia la cama para esconderse detrás de las cortinas. Era un refugio peligroso. Él la siguió. Pero, con las prisas por alcanzarla, su sable, desprendido demasiado deprisa, cayó sobre el parqué con resonante ruido.

Inmediatamente un grito agudo, un lamento quejumbroso y continuo, un llanto de niño, llegó de la habitación contigua, cuya puerta había quedado entreabierta.

—Ha despertado a André —murmuró ella—. Ahora no voy a conseguir que se duerma de nuevo.

Su hijo tenía quince meses y dormía cerca de ella, a fin de poder vigilarle en todo momento.

El capitán, enardecido, no hacía caso.

—¿Qué importa?, ¿qué importa? Te amo; eres mía, Mathilde.

Pero ella se debatía, desolada, espantada.

—¡No!, ¡no! Escucha cómo grita; va a despertar a la nodriza. Si ella viene, ¿qué haremos? ¡Estaríamos perdidos! Étienne, escucha, cuando hace eso, por la noche, su padre le trae a nuestra cama para calmarle. Se calla enseguida, enseguida, no hay otra manera. Deja que le coja, Étienne…

El niño berreaba, lanzaba esos clamores agudos que atraviesan las paredes más espesas, que se oyen desde la calle al pasar cerca de las casas.

El capitán, consternado, se enderezó, y Mathilde se fue presurosa a buscar al pequeño, al que trajo a su cama. Éste se calló.

Étienne se sentó a horcajadas en una silla y se lió un pitillo. Al cabo de apenas cinco minutos, André dormía. La madre murmuró:

—Ahora voy a dejarle de nuevo.

Y fue a poner de nuevo al niño en su cuna con precauciones infinitas.

Cuando volvió, el capitán la esperaba con los brazos abiertos.

La abrazó, loco de amor. Y ella, vencida al fin, balbuceaba mientras la estrechaba:

—¡Étienne…, Étienne…, amor mío! ¡Oh!, si tú supieras… cómo…

André se puso a berrear de nuevo. El capitán, furioso, juró:

—¡Demonio de niño! ¡No va a callarse este mocoso!

No, no se callaba el mocoso, sino que bramaba.

Mathilde creyó oír que se movían arriba. Era la nodriza que venía, sin duda. Se apresuró, cogió a su hijo, y se lo trajo a su cama de nuevo. Enmudeció al punto.

Tres veces seguidas volvieron a acostarle en su cuna. Tres veces seguidas hubo que ir a cogerle de nuevo.

El capitán Sommerive partió una hora antes del alba, echando pestes.

Pero, para calmar su impaciencia, Mathilde le había prometido recibirle de nuevo, esa misma noche.

Llegó, como la víspera, pero más impaciente, más encendido, enfurecido por la espera.

Tuvo buen cuidado de dejar su sable con suavidad sobre los dos brazos de un sillón; se quitó las botas como un ladrón, y habló tan bajito que Mathilde ni le oía. Finalmente, iba a ser feliz, completamente feliz, cuando el parqué o algún mueble, o, quizá, la cama misma, crujió. Fue un ruido seco como si algún soporte se hubiera roto; y, enseguida un grito, primero débil pero luego sobreagudo, respondió. André se había despertado.

Gañía como un zorro. De continuar así, ciertamente, todos en la casa se levantarían.

La madre, enloquecida, se apresuró a ir a buscarle y lo trajo. El capitán no se levantó. Rabiaba. Entonces, muy suavemente, alargó la mano, cogió entre dos dedos un poco de carne de la criatura, sin importar de dónde, del muslo o bien del trasero, y le dio un pellizco. El niño se debatió, aullando a voz en grito. Entonces el capitán, fuera de sí, pellizcó más fuerte, por todas partes, con furia. Cogía con fuerza la molleja y la retorcía apretándola violentamente, luego la soltaba para coger otra en otra parte, luego otra más lejos, y luego otra más.

El niño chillaba como una gallina a la que degüellan o un perro que es azotado.

La madre, bañada en lágrimas, le besaba, le acariciaba, trataba de calmarle, de ahogar sus gritos con los besos. Pero André se ponía morado como si fuera a tener una convulsión, y agitaba sus piececitos y manitas de manera espantosa y lastimosa.

El capitán dijo con dulce voz:

—Trate de llevarle de nuevo a su cuna; tal vez se tranquilice.

Y Mathilde se fue hacia la otra habitación con su hijo en brazos.

Apenas hubo salido de la cama de su madre, gritó menos fuerte; y tan pronto como ésta le metió en la suya, se calló, con algunos sollozos ocasionales.

El resto de la noche fue tranquila; y el capitán fue feliz.

A la noche siguiente, volvió de nuevo. Como hablaba un poco fuerte, André se volvió a despertar y se puso a chillar. Su madre fue enseguida a buscarle; pero el capitán le pellizcó tan bien, tan fuerte y prolongadamente que el crío se sofocó, con los ojos revirados y echando espumarajos por la boca.

Le pusieron en su cuna. Se calmó enseguida.

Al cabo de cuatro días, ya no lloraba por ir al lecho materno.

El notario regresó el sábado por la noche. Volvió a ocupar su sitio en el hogar y en el dormitorio conyugal.

Se acostó temprano, pues estaba cansado del viaje; luego, una vez que hubo reanudado sus costumbres y cumplido escrupulosamente con todos sus deberes de hombre honesto y metódico, se asombró:

—Vaya, esta noche André no llora. Ve a buscarle un momentito, Mathilde, pues me gusta sentirle entre nosotros dos.

La mujer se levantó al punto y fue a coger al niño, pero en cuanto se vio en aquella cama donde tanto le gustaba dormir sólo unos días antes, la espantada criatura se retorció y se puso a gritar tan furiosamente que hubo que devolverle a su cuna.

Al señor Moreau no le cabía en la cabeza:

—Tiene gracia. Pero ¿qué le pasa esta noche? ¿Tendrá sueño?

Su mujer respondió:

—Ha reaccionado siempre así en tu ausencia. No he podido cogerlo una sola vez.

Por la mañana, el niño despierto se puso a jugar y a reír agitando sus manitas.

El notario, enternecido, fue a besar a su retoño, luego le levantó en brazos para llevarle al lecho conyugal. André reía, con ese asomo de sonrisa de las criaturas en las que el pensamiento es todavía vago. De repente vio la cama, a su madre dentro de ella; y su carita feliz se frunció, desencajada, mientras unos gritos furiosos salían de su garganta y se debatía como si le martirizasen.

El padre, asombrado, murmuró:

—Este niño tiene algo. —Y de un impulso natural le levantó la camisita.

Lanzó un «¡ah!» de estupor. Las pantorrillas, los muslos, la cintura, todo el trasero del pequeño estaban jaspeados de manchas azuladas, grandes como monedas de un

sueldo.

El señor Moreau gritó:

—¡Mathilde, mira esto, es espantoso!

La madre, como loca, acudió corriendo. Cada una de las manchas parecía atravesada por una línea morada, donde se había coagulado la sangre. Era, sin duda, alguna enfermedad espantosa y rara, un principio de una especie de lepra, de una de esas afecciones extrañas en las que la piel se torna unas veces pustulosa como el dorso de los sapos, otras escamosa como la de los cocodrilos.

Pero Mathilde, más pálida que una muerta, contemplaba fijamente a su hijo tan manchado como un leopardo. Y de repente, lanzando un grito, un grito agudo, irreflexivo, como si hubiera visto a alguien que le provocara pavor, soltó:

—¡Oh!, ¡el miserable!…

El señor Moreau, sorprendido, preguntó:

—¿Eh? ¿De quién hablas? ¿Qué miserable es ése?

Ella enrojeció hasta los cabellos y balbució:

—Nada…, es…, ves…, intuyo…, es…, no hay que ir a buscar al médico…, seguramente es esa miserable nodriza que pellizca al pequeño para hacerle callar cuando grita.

El notario, exasperado, fue a buscar a la nodriza y poco faltó para que le atizara. Ella negó con aplomo, pero fue puesta de patitas en la calle.

Y su conducta, denunciada a la municipalidad, le impidió encontrar otros empleos.

UN DUELO*

La guerra había terminado; los alemanes ocupaban Francia; el país estaba convulsionado como un luchador vencido caído bajo la rodilla del vencedor.

De un París enloquecido, hambriento, desesperado, comenzaban a salir los primeros trenes, en dirección a las nuevas fronteras, atravesando lentamente campos y pueblos. Los primeros viajeros miraban por las ventanillas las llanuras devastadas y las aldeas incendiadas. Delante de las puertas de las casas que habían quedado en pie, unos soldados prusianos, con el casco negro de punta de cobre, fumaban en pipa a horcajadas de una silla. Otros trabajaban, o charlaban como si formaran parte de las familias. Al pasar por las ciudades, se veían regimientos enteros haciendo maniobras en las plazas, y, a pesar del ruido de las ruedas, llegaban a ratos las broncas órdenes.

El señor Dubuis, que había formado parte de la Guardia Nacional de París mientras duró el sitio, se dirigía a Suiza para reunirse con su mujer y su hija, mandadas por prudencia al extranjero antes de la invasión.

El hambre y las fatigas no habían hecho disminuir su gran panza de rico y pacífico comerciante. Había soportado los terribles acontecimientos con desconsolada resignación y amargas palabras sobre la ferocidad de los hombres. Pero ahora que, terminada la guerra, se dirigía hacia la frontera, veía por primera vez a los prusianos, pese a haber cumplido con su deber en las murallas y montado muchas guardias en las frías noches.

Miraba con irritado terror a esos hombres armados y barbudos instalados como si estuvieran en su casa en tierra francesa, y sentía en el alma una especie de fiebre de patriotismo impotente al tiempo que esa gran necesidad, que ese instinto nuevo de prudencia que ya no nos ha abandonado desde entonces.

En su compartimiento dos ingleses, venidos para ver, miraban con ojos tranquilos y curiosos. Eran ambos también gordos y hablaban en su lengua, consultando a veces su guía, que leían en voz alta tratando de reconocer los lugares indicados.

De repente, el tren se detuvo en la estación de una pequeña ciudad, y un oficial prusiano subió los dos escalones del vagón armando gran ruido con su sable. Era alto, llevaba un uniforme ceñido y una barba hasta los ojos. Su cabello pelirrojo parecía llamear, y sus largos bigotes, más pálidos, se prolongaban a ambos lados del rostro,

cortándolo transversalmente.

Al punto los ingleses se pusieron a contemplarlo con unas sonrisas de curiosidad satisfecha, mientras el señor Dubuis fingía leer un diario. Permanecía acurrucado en su rincón, como un ladrón frente a un gendarme.

El tren se puso de nuevo en marcha. Los ingleses seguían charlando, buscando los lugares precisos de las batallas; y de repente, cuando uno de los dos extendía el brazo hacia el horizonte indicando un pueblo, el oficial prusiano dijo en francés, mientras estiraba sus largas piernas y se recostaba sobre su espalda:

—Yo maté a doce franceses en ese pueblo. Hice más de cien prisioneros.

Los ingleses, interesadísimos, preguntaron enseguida:

—¡Oh! ¿Cómo se llama ese pueblo?

El prusiano respondió:

—Pharsbourg.

Prosiguió:

—Cogí a esos bribones franceses por las orejas.

Y miraba al señor Dubuis riendo orgullosamente entre sus pelos.

El tren seguía su marcha, pasando siempre por aldeas ocupadas. Se veía a los soldados alemanes a lo largo de las carreteras, al borde de los campos, de pie en un extremo de las barreras o charlando delante de un café. Cubrían la tierra como langostas africanas.

El oficial extendió la mano:

—Si hubiera mandado yo, habría tomado París, lo habría quemado todo y matado a todo el mundo, ¡y así se habría acabado Francia!

Los ingleses, por cortesía, se limitaron a decir:

—*Oh, yes*…

El otro continuó:

—Dentro de veinte años toda Europa, toda, será nuestra. Prusia es más fuerte que todos.

Los ingleses, inquietos, ya no respondieron. Sus semblantes, vueltos impasibles, parecían de cera, entre sus largas patillas. Entonces el oficial prusiano se echó a reír. Y, mientras seguía echado hacia atrás, comenzó con sus bromas. Bromeó sobre Francia aplastada, insultó a los enemigos postrados; bromeó sobre Austria vencida hacía poco; bromeó sobre la defensa encarnizada e impotente de los departamentos; bromeó sobre la guardia móvil, sobre la inútil artillería. Anunció que Bismarck, con los cañones apresados, haría construir una ciudad de hierro. Y de repente posó sus botas contra el muslo del señor Dubuis, quien apartaba la mirada, rojo como un tomate.

Los ingleses parecían haberse vuelto indiferentes a todo, como si de pronto se hubieran visto encerrados en su isla, lejos del mundanal ruido.

El oficial se sacó la pipa y, mirando fijamente al francés, dijo:

—¿No tiene tabaco?

—No, señor.

El alemán prosiguió:

—Pues le ruego que vaya a comprar cuando pare el tren.

Y continuó, entre risas:

—Le daré una propina.

El tren pitó y ralentizó la marcha. Pasó por delante de los edificios incendiados de una estación y se detuvo.

El alemán abrió la puerta y, aferrando a Dubuis de un brazo, dijo:

—¡Vaya a hacer lo que le he dicho, rápido, rápido!

Un destacamento prusiano ocupaba la estación. Otros soldados miraban, de pie a lo largo de la empalizada de madera. La locomotora pitaba ya a punto de partir de nuevo. Entonces, de repente, el señor Dubuis irrumpió en el andén y, a pesar de los gestos del jefe de estación, se precipitó en el compartimiento vecino.

¡Estaba solo! Se desabrochó el chaleco, de tanto como le latía el corazón, y se secó la frente, jadeando.

El tren se paró de nuevo en una estación. Y de repente el oficial apareció en la puerta y subió, seguido al punto por los dos ingleses movidos por la curiosidad. El alemán se sentó enfrente del francés y, riendo de nuevo, dijo:

—No ha querido hacer mi encargo.

El señor Dubuis respondió:

—No, señor.

El tren acababa de arrancar.

El oficial dijo:

—Ahora le cortaré los bigotes para llenar mi pipa.

Y alargó una mano hacia el rostro de su vecino.

Los ingleses, siempre impasibles, miraron con sus ojos fijos.

Había aferrado ya el alemán un pellizco de pelos y tiraba de ellos, cuando el señor Dubuis le levantó el brazo de un manotazo y, agarrándole del cuello, le arrojó sobre el asiento. Luego, cegado por la ira, con las sienes hinchadas y los ojos inyectados en sangre, siguió estrangulándole con una mano, y con la otra cerrada comenzó a propinarle furiosos puñetazos en el rostro. El prusiano, debatiéndose, trataba de desenvainar el sable, de aferrar a su adversario tumbado sobre él. Pero el señor Dubuis lo aplastaba con el enorme peso de su panza y golpeaba, golpeaba sin descanso, sin tomar aliento, sin ver dónde caían sus puños. La sangre brotaba; el alemán, estrangulado, agonizaba, escupía los dientes, trataba en vano de rechazar a aquel gordo exasperado que le molía a golpes.

Los ingleses se habían levantado, acercándose para ver mejor. Permanecían de

pie, llenos de regocijo y de curiosidad, dispuestos a apostar por uno o por otro de los contrincantes.

De repente el señor Dubuis, extenuado por el gran esfuerzo, se alzó y se sentó sin decir palabra.

El prusiano no se le arrojó encima, de tan aterrado, aturdido por el asombro y el dolor como estaba. Tras recuperar el aliento, dijo:

—Si no quiere darme satisfacción a pistola, le mataré.

El señor Dubuis respondió:

—Cuando usted quiera. Me parece bien.

El alemán prosiguió:

—Ahí está la ciudad de Estrasburgo, donde tomaré a dos oficiales por padrinos. Tenemos tiempo antes de que el tren parta de nuevo.

El señor Dubuis, que resoplaba tanto como la locomotora, dijo a los ingleses:

—¿Quieren ser ustedes mis padrinos?

Ambos respondieron a la vez:

—*Oh, yes*!

El tren se detuvo.

En cuestión de un minuto, el prusiano había encontrado a dos camaradas que trajeron las pistolas, y ganaron las murallas.

Los ingleses sacaban de continuo sus relojes, apretando el paso, apresurando los preparativos, inquietos por la hora para no perder el tren.

El señor Dubuis no había cogido nunca una pistola. Le pusieron a veinte pasos de su enemigo. Le preguntaron:

—¿Está usted listo?

Al responder «Sí, señor», vio que uno de los ingleses había abierto su paraguas para protegerse del sol.

Una voz ordenó:

—¡Fuego!

El señor Dubuis disparó, al azar, sin esperar, y vio con estupor que el prusiano de pie delante de él se tambaleaba, levantaba los brazos y caía redondo. Le había matado.

Uno de los ingleses exclamó un «oh» vibrante de alegría, de curiosidad satisfecha y de dichosa impaciencia. El otro, que seguía teniendo su reloj en la mano, cogió al señor Dubuis por el brazo, y se lo llevó, a paso gimnástico, hacia la estación.

El primer inglés marcaba el paso, corriendo, con los puños cerrados, los codos pegados al cuerpo.

—¡Uno, dos!, ¡uno, dos!

Y trotaban los tres de frente, pese a sus barrigas, como tres caricaturas de un periódico humorístico.

El tren partía. Saltaron dentro de su coche. Entonces, los ingleses, quitándose sus gorras de viaje, las levantaron agitándolas, y luego, por tres veces seguidas, gritaron:

—¡Hip, hip, hip, hurra!

Acto seguido, con expresión seria, tendieron uno tras otro la mano derecha al señor Dubuis y volvieron a sentarse uno al lado del otro en su rincón.

EL CASO DE LA SEÑORA LUNEAU*

A Georges Duval

El juez de paz, un gordo con un ojo cerrado y otro apenas abierto, escucha a los demandantes con expresión disgustada. A veces suelta una especie de gruñido, como anticipo de su opinión, e interrumpe con una voz aguda, como la de un niño, para interrogar.

Acaba de juzgar la causa entre el señor Joly y el señor Petitpas, a propósito de una linde que habría sido desplazada inadvertidamente por el carretero del señor Petitpas mientras araba un campo.

Ahora cita para la causa de Hippolyte Lacour, sacristán y quincallero, contra la señora Céleste-Césarine Luneau, viuda de Anthime-Isidore.

Hippolyte Lacour tiene cuarenta y cinco años; alto, flaco, con el pelo largo y afeitado como un eclesiástico, habla con voz parsimoniosa, cansina y cantarina.

La señora Luneau aparenta unos cuarenta años. Su físico de luchadora hincha por todas partes su vestido estrecho y ceñido. Sus enormes caderas soportan un pecho desbordante por delante, y, por detrás, unos omóplatos gordos como senos. Su ancho cuello sostiene una cabeza de marcadas facciones; y su voz llena, sin ser grave, suelta notas que hacen vibrar cristales y tímpanos. Está embarazada, con un barrigón que se diría una montaña.

Los testigos de descargo esperan su turno.

El señor juez de paz aborda la cuestión.

—Hyppolyte Lacour, exponga su reclamación.

El demandante toma la palabra.

—Pues verá usted, señor juez de paz. Hará nueve meses, por San Miguel, la señora Luneau vino a verme una tarde, tras el *Ángelus*, para exponerme su situación respecto a su esterilidad.

JUEZ DE PAZ: Sea más explícito, por favor.

HIPPOLYTE: Me explicaré, señor juez. Pues bien, quería un hijo y me pedía mi participación. Yo no puse ninguna objeción, y ella me prometió cien francos. Una vez acordado y regulado todo, ella se niega hoy a cumplir con lo prometido. Por ello se lo

reclamo ante usted, señor juez de paz.

JUEZ DE PAZ: No entiendo del todo. ¿Dice usted que quería un hijo? Pero ¿cómo? ¿Qué tipo de hijo? ¿Un hijo para adoptarlo?

HIPPOLYTE: No, señor juez, uno nuevo.

JUEZ DE PAZ: ¿Qué entiende usted por «uno nuevo»?

HIPPOLYTE: Entiendo un niño por nacer, que teníamos que hacer juntos, como si fuéramos marido y mujer.

JUEZ DE PAZ: Mucho me sorprende usted. Pero ¿qué finalidad podía perseguir haciéndole tan insólita propuesta?

HIPPOLYTE: La finalidad, señor juez, no la comprendí al principio, y también yo me quedé un poco parado. Y como nunca hago nada si no es a conciencia, quise saber sus razones, que ella me explicó. Su marido Anthime-Isidore, al que tanto usted como yo conocimos, había muerto la semana anterior, y todos sus bienes volvían a manos de su familia. Viéndose perjudicada económicamente, ella se fue a ver a un hombre de leyes que la asesoró sobre el caso de un nacimiento dentro de los diez meses siguientes. Quiero decir que si daba a luz en los diez meses siguientes al fallecimiento del difunto Anthime-Isidore, el vástago sería considerado como legítimo y daría derecho a la herencia. Decidió en el acto asumir las consecuencias y vino a verme a la salida de la iglesia, como he tenido el honor de decirle, dado que soy padre legítimo de ocho hijos, todos vivos, el primero de los cuales trabaja de droguero en Caen, en el departamento de Calvados, unido en legítimo matrimonio con Victoire-Élisabeth Rabou…

JUEZ DE PAZ: Éstos son detalles superfluos. Vaya al grano.

HIPPOLYTE: A ello voy, señor juez. Así pues, ella me dijo: «Si lo logras, te daré cien francos en cuanto el médico certifique mi embarazo». Me preparé, señor juez, para poder satisfacerla. Al cabo de seis semanas o dos meses, en efecto, me enteré con satisfacción de que la cosa había tenido éxito. Pero, tras haber pedido los cien francos, ella me los negó. Se los reclamé nuevamente en distintas ocasiones sin obtener un céntimo. Llegó a llamarme filibustero e impotente, cuya prueba en contrario a la vista la tiene usted.

JUEZ DE PAZ: ¿Qué tiene usted qué decir, señora Luneau?

SEÑORA LUNEAU: ¡Lo que digo, señor juez, es que este hombre es un filibustero!

JUEZ DE PAZ: ¿Qué prueba aporta usted en apoyo de su afirmación?

SEÑORA LUNEAU (*roja, sofocada, balbuceando*): ¿Qué prueba?, ¿qué prueba? No tengo más que una prueba, una verdadera prueba, la prueba de que el niño no es suyo. No, no es suyo, señor juez, se lo juro por la cabeza de mi marido que en paz descanse, no es suyo.

JUEZ DE PAZ: Entonces, ¿de quién sería?

SEÑORA LUNEAU (*balbuceando de rabia*): ¿Qué sé yo? ¿Acaso puedo saberlo? De

todos. Mire usted, ahí tiene a mis testigos: están todos ahí. Y son seis. Hágales hablar, hágalo, y ellos le responderán…

JUEZ DE PAZ: Cálmese, señora Luneau, cálmese y responda sin encenderse. ¿Qué motivos tiene para dudar de que este hombre sea el padre del niño que lleva en su seno?

SEÑORA LUNEAU: ¿Motivos? No uno, sino cien tengo, doscientos, diez mil, un millón e incluso más… Tras haberle hecho la propuesta que ya conoce con la promesa de darle cien francos, me enteré de que era un cornudo, dicho sea con todo el respeto, y que ninguno de sus hijos era suyo, ¡ni uno!

HIPPOLYTE LACOUR (*con calma*): No son más que mentiras.

SEÑORA LUNEAU (*exasperada*): ¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Hay que tener valor! ¡Basta con decir que su mujer ha ido con todos, con todos, le digo! Ahí los tiene, a mis testigos, señor juez, mírelos. Hágales hablar.

HIPPOLYTE LACOUR (*con frialdad*): No son más que mentiras.

SEÑORA LUNEAU: ¡Qué cara dura! ¿Y a esos pelirrojos, los has hecho tú a esos pelirrojos?

JUEZ DE PAZ: Nada de personalizar, por favor, de lo contrario me veré obligado a tomar medidas.

SEÑORA LUNEAU: Así pues, como me entró la duda acerca de sus capacidades, me dije, como bien reza el dicho, que hombre precavido vale por dos, y me fui a contarle mi caso a Césaire Lepic aquí presente, mi testigo; y él me dijo: «Me tiene a su disposición, señora Luneau», y me echó una mano por si Hippolyte me fallaba. Pero luego, tras enterarse los demás testigos de que yo quería ser precavida, de haber querido habría encontrado a más de cien, señor juez. El alto ese que ve ahí, que se llama Lucas Chandelier, me juró que me equivocaba queriendo darle cien francos a Hippolyte Lacour, puesto que no había hecho más que los demás que no pedían nada.

HIPPOLYTE LACOUR: Pues entonces no habérmelos prometido. Yo contaba con ellos, señor juez. Conmigo no valen los cuentos: lo prometido es deuda.

SEÑORA LUNEAU (*fuera de sí*): ¡Cien francos!, ¡cien francos! ¡Cien francos por eso, filibustero, cien francos! Ellos no me pidieron nada, ni un céntimo. Ahí los tiene, son seis. Hágales hablar, señor juez, y ellos le responderán, ya verá como responderán. (*A Hippolyte*:) ¡Mira, filibustero, si no valen más que tú! ¡Son seis, y si hubiera querido habrían sido cien, doscientos, quinientos, tantos como hubiera querido, y a cambio de nada, filibustero!

HIPPOLYTE: ¡Aunque hubieran sido cien mil!…

SEÑORA LUNEAU: Sí, cien mil, si hubiera querido…

HIPPOLYTE: No por ello dejé yo de cumplir con mi deber, lo que no modifica nuestro acuerdo.

SEÑORA LUNEAU (*dándose golpes con las dos manos en la barriga*): Prueba,

entonces, que es tuyo, pruébalo, pruébalo, filibustero. ¡Te desafío a que lo hagas!

HIPPOLYTE (*con calma*): Quizá es mío, quizá es de otro. Lo cual no quita que usted me prometiera cien francos a mí. Luego no hubiera tenido que ir con tantos otros. Eso no cambia nada. Lo habría hecho yo solo.

SEÑORA LUNEAU: ¡Eso no es cierto! ¡Filibustero! Interrogue a mis testigos, señor juez de paz. Ellos le responderán a buen seguro.

El juez de paz llama a los testigos de descargo. Son seis, sonrojados, con los brazos colgantes, atemorizados.

JUEZ DE PAZ: Lucas Chandelier, ¿tiene usted motivos para presumir que es el padre del niño que la señora Luneau lleva en su seno?

LUCAS CHANDELIER: Sí, señor.

JUEZ DE PAZ: Célestin-Pierre Sidoine, ¿tiene usted motivos para presumir que es el padre del niño que la señora Luneau lleva en su seno?

CÉLESTIN-PIERRE SIDOINE: Sí, señor.

(Los otros cuatro testigos hacen idéntica declaración.)

El juez de paz, tras un momento de recogimiento, sentencia:

—Considerando que Hippolyte Lacour tiene motivos para creerse padre del hijo deseado por la señora Luneau, y que también los llamados Lucas Chandelier, etcétera, etcétera, tienen motivos análogos para pretender la misma paternidad;

»Considerando que la señora Luneau había solicitado primero la asistencia del dicho Hippolyte Lacour mediante el pago de una indemnización convenida y aceptada de cien francos;

»Considerando, sin embargo, que, aunque puede considerarse absoluta la buena fe del dicho Lacour, es lícito discutir su estricto derecho a comprometerse de la forma en que lo hizo, dado que el demandante está casado y obligado por ley a serle fiel a su legítima esposa;

»Considerando, además, que etcétera, etcétera;

»Condena a la señora Luneau a pagar veinticinco francos a título de resarcimiento por daños y perjuicios al dicho Hippolyte Lacour, por pérdida de tiempo y seducción insólita.

MARTINE*

Sucedió un domingo después de misa. Él había salido de la iglesia y estaba recorriendo el sendero que llevaba a su casa, cuando se encontró con Martine, que volvía también a casa.

Su padre caminaba a su lado, con andares de rico hacendado. Desdeñaba el blusón y llevaba una especie de chaqueta de paño gris e iba tocado con un bombín de alas anchas.

Ella, embutida en un corsé que no ataba más que una vez por semana, iba tiesa, la cintura estrangulada, ancha de hombros y unas buenas caderas, contoneándose un poco.

Iba tocada con un sombrero de flores, confeccionado por una modista de Yvetot, que le dejaba completamente descubierta la nuca fuerte, llena, flexible, en la que oscilaban unos ricitos rebeldes, que rojeaban por el aire libre y el sol.

Benoist no la veía más que de espaldas; pero sabía perfectamente cómo era su rostro, pero sin haberlo observado nunca atentamente.

De repente se dijo: «Jolines, sí que es una buena moza esta Martine». La miraba caminar, lleno de admiración y de deseo. No hacía falta mirarla a la cara. Mantenía los ojos clavados en su talle, repitiéndose a sí mismo, como si hablase: «Pues sí, es una buena moza».

Martine tomó a la derecha para entrar en «la Martinière», la hacienda de su padre, Jean Martin; y ella se volvió echando una mirada tras ella. Vio a Benoist, que le pareció muy picarón. Ella exclamó:

—Buenos días, Benoist.

Él respondió:

—Buenos días, Martine, buenos días, señor Martin.

Y siguió adelante.

Al llegar a casa, tenía ya las sopas en la mesa. Se sentó enfrente de su madre, al lado del criado y el gañán, mientras la criada iba en busca de sidra.

Tomó unas cucharadas y luego rechazó su plato. Su madre preguntó:

—¿No te sientes bien?

Él respondió:

—Siento como un peso en el estómago que me quita el hambre.

Miraba comer a los demás, cortándose de vez en cuando una rebanada de pan que se metía lentamente en la boca masticándola un buen rato. Pensaba en Martine. «Es una buena moza». Y pensar que no se había dado cuenta hasta ese momento, y ahora le había cogido así, de improviso, tan fuerte que ya ni comía.

No probó casi el guiso. Su madre decía:

—Pero vamos, Benoist, esfuérzate un poco; es costilla de cordero, y te sentará bien. Cuando no se tiene apetito, hay que hacer un esfuerzo.

Él engullía algún bocado, pero luego rechazaba de nuevo su plato: no, no le pasaba, decididamente.

Tras la comida, se fue a dar una vuelta por sus tierras, y dejó libre al gañán, diciéndole que de paso ya se encargaría él de los animales.

La campiña estaba desierta, pues era día de asueto. De trecho en trecho, en un campo de trébol, unas vacas se habían echado pesadamente, con el vientre desparramado, y rumiaban bajo un sol de justicia. Unos arados desenganchados esperaban en la margen de un campo roturado; y las tierras labradas, listas para la siembra, desplegaban sus amplios cuadros pardos en medio de trozos amarillos en los que acababan de pudrirse los restos de rastrojo de trigo y de avena segados hacía poco.

Un viento otoñal algo seco atravesaba la llanura, anunciando una noche fresca tras la puesta del sol. Benoist se sentó en una cuneta, puso su sombrero sobre sus rodillas y dijo muy alto, en el silencio de los campos:

—Pues sí, es una buena moza.

Pensó en ella también por la noche, en su cama, y al día siguiente al despertar.

No estaba triste, ni descontento; no habría sabido decir qué le pasaba. Era algo que le tenía sorbido el seso, como adherido a su alma, una idea fija que le producía una especie de cosquilleo en el corazón. A veces hay un moscardón encerrado en un cuarto. Se le oye volar con un zumbido, y ese ruido os obsesiona, os irrita. De pronto se para; os olvidáis de él; pero de súbito vuelve a empezar, obligándoos a levantar la cabeza. Imposible atraparlo, ni echarlo, ni matarlo, ni hacer que se quede quieto. Apenas se ha posado, vuelve con el zumbido.

Pues bien, el recuerdo de Martine se agitaba en la mente de Benoist como una mosca aprisionada.

Luego le vinieron ganas de volver a verla, y pasó varias veces por delante de la Martinière. Por fin la vio, mientras tendía la ropa en una cuerda, entre dos manzanos.

Hacía calor; ella no llevaba más que una faldilla y la camisa sobre la piel desnuda le dibujaba perfectamente la curvatura de la cadera cuando levantaba el brazo para extender las prendas.

Él se quedó acurrucado contra la cuneta durante más de una hora, incluso después

de que ella se hubiera ido. Volvió a casa más pensativo aún que antes.

Por espacio de un mes no hizo más que pensar en ella. Se sobresaltaba si alguien la nombraba delante de él. No comía, y todas las noches sudaba tanto que no podía dormir.

El domingo, en misa, no le quitaba los ojos de encima. Ella se percató de ello y le dirigió alguna sonrisa, halagada por sentirse apreciada así.

Ahora bien, una tarde, en un sendero, se la encontró de improviso delante. Al verle venir, ella se detuvo. Él fue a su encuentro, sofocado por el miedo y la turbación, pero también decidido a dirigirle la palabra. Comenzó balbuceando:

—Sepa, Martine, que la cosa no puede seguir así.

Ella respondió, como burlándose de él:

—¿El qué no puede seguir así, Benoist?

Él prosiguió:

—Que yo piense en usted todas las horas del día.

Ella se puso en jarras:

—No soy yo quien le obliga a hacerlo.

Él balbució:

—Sí, es usted: ya ni duermo, ni descanso, ni tengo hambre, ni nada.

Ella dijo muy bajito:

—Entonces, ¿qué hay que hacer para curarle de esto?

Él se quedó como un pasmarote, con los brazos colgantes, unos ojos como platos y la boca abierta.

Ella le dio un fuerte manotazo en el estómago y escapó corriendo.

A partir de aquel día, se reencontraron por las cunetas, en los caminos encajonados, o bien, a la caída de la tarde, al borde de un campo, cuando él volvía con sus caballos y ella llevaba de vuelta sus vacas al establo.

Él se sentía llevado, tirado hacia ella por un fuerte impulso de su corazón y de su cuerpo. Hubiera querido estrecharla, estrangularla, comérsela, hacerla entrar dentro de sí. Y se estremecía de impotencia, de rabia, porque ella no fuera totalmente suya, como si no hubieran formado más que un solo ser.

En el pueblo se murmuraba. Decían que eran novios. Por lo demás, él le había preguntado si quería casarse con él y ella le había respondido: «Sí».

Esperaban la ocasión para hablarles de ello a sus padres.

Ahora bien, de repente, ella dejó de acudir a las horas de sus encuentros. No la veía ya siquiera cuando merodeaba por los alrededores de la hacienda. Sólo podía entreverla en misa los domingos. Y, justamente un domingo, el párroco anunció desde el púlpito, tras la lectura del evangelio, que Victoire-Adélaïde Martin y Joséphin-Isidore Vallin se habían dado palabra de matrimonio.

Benoist sintió algo en sus manos, como si se le hubiera retirado la sangre. Le

zumbaban los oídos; no oía ya nada, y al cabo de un rato se dio cuenta de que lloraba sobre su misal.

Durante un mes, no salió de su cuarto. Luego volvió al trabajo.

Pero no estaba curado en absoluto y seguía pensando en ello en todo momento. Evitaba pasar por los caminos que rodeaban su casa, para no ver siquiera los árboles del patio, lo que le obligaba a dar un gran rodeo cada mañana y tarde.

Ella estaba ahora casada con Vallin, el más rico hacendado del cantón. Benoist y él no se hablaban ya, por más que fuesen compañeros desde la infancia.

Ahora bien, una tarde, en que Benoist pasaba por delante de la alcaldía, se enteró de que ella estaba embarazada. No sintió un gran dolor, sino por el contrario una especie de alivio. Ahora se había acabado, acabado definitivamente. Estaban más separados por eso que por el matrimonio. La verdad, lo prefería así.

Pasaron meses y más meses. De vez en cuando la veía, mientras se dirigía al pueblo con su paso pesado. Al verle, ella se ruborizaba, y agachaba la cabeza apretando el paso. Y él se desviaba de su camino para no encontrársela y cruzarse con su mirada.

Pensaba con terror que una mañana u otra podía toparse cara a cara con ella y verse obligado a dirigirle la palabra. ¿Qué le diría, después de todo lo que le dijera en otro tiempo estrechándole las manos y besándola en el cabello cerca de las mejillas? A menudo pensaba aún en sus citas por las cunetas. Era algo feo lo que ella había hecho, después de tantas promesas.

Y, sin embargo, poco a poco el dolor desaparecía de su alma; no quedaba más que la tristeza. Y un día, por primera vez, retomó el viejo camino que pasaba junto a la alquería donde ella vivía. De lejos miraba los tejados de la casa. ¡Allí dentro! ¡Allí dentro vivía ella, con otro! Los manzanos estaban en flor, los gallos cantaban sobre el estiércol. La casa entera parecía vacía, habían salido todos al campo para las labores de la primavera. Se detuvo cerca de la cancela y miró al patio. El perro dormía delante de su caseta, tres terneros se iban con paso lento, uno detrás de otro, hacia la charca. Un gran pavo hacía la rueda, pavoneándose delante de las gallinas como un cantante en el escenario.

Benoist se apoyó en el pilar, sintiéndose de repente dominado de nuevo por unas grandes ganas de llorar. Pero he aquí que oyó un gran grito de socorro que salía de la casa. Asustado, permaneció a la escucha, con las manos crispadas en las tablas de madera. Otro grito, éste largo y desgarrador, penetró en sus oídos, en su alma y en su carne. ¡Era ella la que gritaba de aquel modo! Se lanzó a través del prado, empujó la puerta y la vio, tirada en el suelo, contraída, con el rostro lívido, los ojos extraviados, presa de los dolores del parto.

Se quedó parado, más pálido y tembloroso que ella, balbuceando:

—Aquí me tienes, aquí me tienes, Martine.

Ella respondió, jadeando:

—¡No me dejes, no me dejes, Benoist!

Él la miraba, sin saber qué decir o qué hacer. Ella se puso de nuevo a gritar:

—¡Oh, cómo me desgarra, oh, Benoist!

Y se retorcía espantosamente.

De repente Benoist sintió una necesidad imperiosa de ayudarla, de calmarla, de hacer que se le fuera el dolor. Se inclinó, la cogió, la levantó y la llevó a la cama; y, mientras ella seguía gimiendo, la desvistió, quitándole la chambra, el vestido, la falda. Ella se mordía los puños para no gritar. Entonces él hizo como solía con los animales, las vacas, las ovejas, las yeguas: la ayudó y recogió entre sus brazos a un niño lloriqueante.

Lo limpió, lo envolvió en un trapo de cocina que estaba secándose delante del fuego y lo dejó sobre un montón de ropa blanca para planchar que había sobre la mesa. Luego volvió a donde estaba la madre.

La depositó de nuevo en el suelo, cambió la cama y volvió a ponerla en ella. Martine balbuceaba:

—Gracias, Benoist, tienes un buen corazón.

Y lloraba un poco, como si le hubiera embargado la nostalgia.

Él ya no la amaba, en absoluto. La cosa se había terminado. ¿Por qué? ¿Cómo era posible? No lo sabía. Lo que acababa de ocurrir le había curado más que diez años de distanciamiento.

Ella, agotada y temblorosa, preguntó:

—¿Qué es?

Él respondió con voz serena:

—Es una bonita niña.

Se callaron de nuevo. Al cabo de unos segundos, la madre, con voz débil, dijo:

—Enséñamela, Benoist.

Él fue a buscarla y la presentó como si le alargase el pan bendito, cuando la puerta se abrió y apareció Isidore Vallin.

De entrada no comprendió; luego, de repente, lo intuyó.

Benoist, consternado, balbuceaba:

—Pasaba por aquí, pasaba y he oído que ella gritaba y he entrado…, ¡aquí tienes a tu hija,Vallin!

Entonces, el marido, con lágrimas en los ojos, dio un paso, tomó a la enclenque criatura que le tendía el otro, la besó, permaneció unos segundos sofocado, depositó a la niña sobre la cama y, alargando sus dos manos hacia Benoist, dijo:

—¡Chócala, chócala, Benoist;! ya no hay nada que aclarar ahora entre nosotros. ¡Si quieres, seremos amigos, amigos de verdad!

Y Benoist respondió:

—Claro que quiero, claro.

INFANTICIDIO*

Después de la cena, se pusieron a hablar de un aborto que acababa de producirse en el municipio. La baronesa estaba indignada: ¿cómo era posible algo semejante? ¡La muchacha, seducida por un oficial de carnicería, había tirado a su hijo en una cantera de mármol! ¡Qué horror! Incluso había sido probado que la pobre criatura no había muerto en el acto.

El médico, que cenaba en el castillo aquella noche, daba detalles horribles con aire tan tranquilo; y parecía asombrarse del coraje de aquella miserable madre, que, tras haber dado a luz sola, había hecho dos kilómetros a pie para asesinar a su hijo. Decía:

—Esa mujer es de hierro. ¡Y qué energía salvaje debió de tener para atravesar el bosque, de noche, con el niño llorando en brazos! No salgo de mi asombro ante semejantes sufrimientos morales. ¡Piensen en el terror de esa alma, en el desgarro de ese corazón! ¡Qué odiosa y miserable es la vida! Prejuicios infames, sí, señora, infames, un falso sentido de la honra más odioso que el delito mismo, todo un cúmulo de sentimientos artificiosos, de odiosa honorabilidad, de repugnante honestidad, empujan al delito, al infanticidio, a tantas pobres muchachas que han obedecido sin resistirse a la imperiosa ley de la vida. ¡Qué vergüenza para la Humanidad haber establecido una moral semejante y haber transformado en delito la libre unión de dos seres!

La baronesa había palidecido de la indignación.

Replicó:

—Así pues, doctor, pone usted el vicio por encima de la virtud, a la prostituta por delante de la mujer honrada. ¿La que se abandona a sus bajos instintos le parece equiparable a la esposa irreprochable que cumple con su deber con la conciencia íntegra?

El médico, un anciano que había curado en su vida muchas heridas, se levantó y dijo con fuerte voz:

—Habla usted de cosas que ignora, señora, ya que no ha conocido lo que son las pasiones invencibles. Permítame que le cuente una aventura reciente de la que fui testigo.

*

¡Oh, señora, sea usted siempre indulgente, buena y misericordiosa! No sabe…

¡Ay de aquellos a quienes la pérfida naturaleza ha dotado de unos sentidos insaciables! La gente tranquila, nacida sin instintos irrefrenables, vive por necesidad como personas honestas. Fácil resulta el deber para aquellos a quienes no atormentan nunca los deseos frenéticos.

Veo ya a pequeñoburguesas de sangre fría, de rígidas costumbres, espíritu mediocre y corazón morigerado, gritar de indignación al enterarse de los errores de las mujeres pecadoras.

¡Ah! Usted duerme tranquila en un lecho pacífico al que no acechan locas fantasías. Vive rodeada de personas como usted, que actúan como usted, preservadas por la prudencia instintiva de sus sentidos. Y apenas si tiene usted que luchar contra unas apariencias de seducción. Sólo su mente se ve agitada a veces por pensamientos malsanos, sin que su cuerpo se vea rozado por ninguna idea tentadora.

Pero para aquellos a quienes el azar ha hecho apasionados, señora, los sentidos son invencibles. ¿Puede usted detener el viento, aplacar el mar desencadenado? ¿Puede poner freno a las fuerzas de la naturaleza? No. Pues también los sentidos son fuerzas de la naturaleza, invencibles como el mar y el viento. Sublevan y arrastran al hombre, arrojándole a la voluptuosidad sin que él pueda resistir a la vehemencia de su deseo. Las mujeres irreprochables son las mujeres sin temperamento. Son cuantiosas. Pero yo no las alabo por su virtud, porque no han tenido que luchar. En cambio, una Mesalina y una Catalina,[1] óigame bien, nunca serán castas. No pueden. Fueron creadas para la cópula furiosa. Y sus órganos no se parecen a los suyos, su carne es distinta, más vibrante, más hirviente al mínimo contacto con otra carne; y sus nervios trabajan, las trastornan y las domeñan, cuando los suyos no han notado nada. Trate de alimentar a un gavilán con el alpiste que da usted a su lorito. Aunque son dos pájaros que tienen un gran pico corvo, sus instintos son diferentes.

¡Oh, los sentidos! Si supiera usted el poder que poseen. ¡Los sentidos que nos tienen jadeando durante noches enteras, con la piel ardiente, el corazón agitado, la mente acosada por unas visiones enloquecedoras! Mire, señora, las personas de principios inflexibles son simplemente gente fría, desesperadamente celosos de los demás, sin ellos saberlo.

Escúcheme.

La que llamaré señora Hélène era sensual; lo había sido desde su infancia. Los sentidos se habían despertado en ella con el uso de la palabra. Me dirán ustedes que era una enferma. Pero ¿por qué? ¿No son más bien ustedes unos flojos? Me consultaron cuando tenía doce años. Comprobé que estaba hecha ya una mujer y que se veía acosada sin descanso por deseos amorosos. Se presentía sólo verla. Tenía unos labios carnosos, prominentes, abiertos como flores, el cuello robusto, la piel ardiente,

la nariz larga, algo chata y palpitante, y unos ojazos claros que encendían de deseo a los hombres.

¿Quién habría podido calmar la sangre de aquella bestia ardiente? Se pasaba las noches llorando sin motivo. Sufría mortalmente de estar sin varón.

A los quince años, por fin, la casaron.

Dos años después, su marido moría tísico. Lo había extenuado.

Otro tuvo el mismo final en dieciocho meses. El tercero resistió cuatro años, luego la dejó. Justo a tiempo. Tras quedarse sola, quiso ser casta. Tenía todos los prejuicios que tienen ustedes. Un día me llamó, preocupada por sus crisis nerviosas. Enseguida me di cuenta de que estaba a punto de morir de viudedad.

Se lo dije. Era, señora, una mujer honesta; pese a los tormentos que sufría, no quiso seguir mi consejo de buscarse un amante.

En el pueblo la tachaban de loca. Salía de noche para hacer largas caminatas desenfrenadas y agotar así su cuerpo rebelde. Luego, tenía pérdidas de conciencia, a las que seguían tremendos espasmos.

Vivía sola en su quinta próxima a la de su madre y a las de sus parientes. Yo iba a verla de vez en cuando, sin saber qué hacer contra esa voluntad encarnizada de la naturaleza o contra su propia voluntad.

Ahora bien, una tarde, a eso de las ocho, entró en mi casa cuando acababa de cenar. Apenas estuvimos solos, me dijo:

«Estoy perdida. ¡Estoy embarazada!».

Di un respingo en mi silla.

«¿Qué quiere decir?»

«Que estoy embarazada.»

«¿Usted?»

«Sí, yo. —Y bruscamente, con voz rota, mirándome a la cara, dijo—: Embarazada de mi jardinero, doctor. Tuve un amago de desmayo mientras paseaba por el parque. Él, al verme caer, acudió y me cogió entre sus brazos para llevarme adentro. ¿Qué hice? No lo sé. ¿Le abracé, le besé? Tal vez. Ya conoce mi miseria, mi vergüenza. En resumen, ¡me poseyó! Soy culpable, porque me entregué a él al día siguiente, del mismo modo, y otras veces más. Estaba que no podía más… ¡No conseguía ya resistir!…»

Ahogó un sollozo en la garganta y continuó con tono de orgullo:

«Le pagaba, prefería esto al amante que me aconsejó usted que me buscara. Me he quedado embarazada».

»Me confieso a usted sin temor ni vacilación. He intentado provocarme un aborto. He tomado baños calientes; he montado caballos difíciles, he hecho ejercicios en el trapecio, he tomado drogas, ajenjo, azafrán y otras cosas. Pero nada ha dado resultado.

»¡Ya conoce usted a mi padre y a mis hermanos! Estoy perdida. Mi hermana está casada con un hombre honrado. Mi vergüenza recaerá también sobre ellos. Y piense, además, en todos nuestros amigos, en todos nuestros vecinos, en nuestro buen nombre…, en mi madre…

Empezó a sollozar. Yo la cogí de las manos, le pregunté. Luego le aconsejé que hiciera un largo viaje y fuera a dar a luz lejos.

Me respondía: «Sí…, sí…, sí… es lo mejor…», pero parecía que no me escuchase. Luego se fue.

Fui a verla varias veces. Se estaba volviendo loca.

La idea de aquel niño que crecía en su vientre, de aquella vergüenza viviente, había penetrado en su alma como una flecha aguzada. No hacía más que pensar en ello: no se atrevía ya a salir de día, ni a ver gente, por temor a que se descubriera su abominable secreto. Todas las noches se desnudaba delante del armario de luna para mirarse los costados deformados; luego se arrojaba al suelo apretando una toalla entre los dientes para ahogar así sus gritos. Se levantaba veinte veces durante la noche, encendía la vela y se volvía a poner delante del espejo donde se reflejaba la imagen deforme de su cuerpo desnudo. Entonces, fuera de sí, se propinaba grandes puñetazos en la barriga para matar al que le arruinaba la vida. Había una lucha tremenda entre ellos; pero él no se moría, es más, se agitaba de continuo como para defenderse. Ella rodaba por el parqué para aplastarlo contra el suelo, trató de dormir con un peso encima para ahogarlo. Le odiaba como se odia al enemigo encarnizado que amenaza nuestra vida.

Tras esas inútiles luchas, esos esfuerzos impotentes para liberarse de él, huía por los campos corriendo desesperadamente, fuera de sí por el dolor y el espanto. Una mañana la encontraron con los pies dentro de un arroyo, la mirada perdida; creyeron que había tenido un ataque de delirio, pero no se dieron cuenta de nada.

Tenía una idea fija. Arrancar de su cuerpo a aquel hijo maldito.

Una noche su madre le dijo entre risas: «Estás engordando, Hélène; si estuvieras casada, diría que estás embarazada».

Estas palabras fueron un golpe mortal para ella. Se fue casi enseguida y volvió a su casa.

¿Qué hizo? Sin duda, se miró un largo rato aquel vientre hinchado; sin duda, lo golpeó, lo machacó, dio con él contra los cantos de los muebles como hacía cada noche. Luego bajó, descalza, a la cocina, abrió el armario y cogió el cuchillo grande que se emplea para cortar la carne. Volvió a subir, encendió cuatro velas y se sentó, en una silla de mimbre, delante del espejo. Entonces, exasperada de odio contra aquel embrión desconocido y temible, queriendo arrancárselo y matarlo de una vez, tenerlo en sus manos, estrangularlo y arrojarlo lejos, apretó en el lugar donde se movía aquel feto y, de un solo tajo, se hendió el vientre con la afilada hoja. ¡Oh!, sin duda actuó

muy rápido y muy bien, porque consiguió aferrar a ese enemigo al que todavía no había podido atrapar. Lo cogió por una pierna, se lo arrancó y trató de echarlo en las cenizas del hogar. Pero él permanecía unido a ella por unos lazos que ella no había podido cortar, de manera que, antes quizá de haber comprendido qué le quedaba por hacer para separarlo de sí, cayó sin vida sobre el niño anegado en un charco de sangre.

¿Fue culpable, señora?

*

El médico se calló y esperó. La baronesa no respondió.

UN GOLPE DE ESTADO*

Acababa de llegar a París la noticia del desastre de Sedán. Se había proclamado la República. Francia entera jadeaba al comienzo de esa locura que duró hasta después de la Comuna. Se jugaba a los soldaditos de una punta a otra del país.

Los boneteros eran coroneles que hacían funciones de generales; se lucía pistolas y puñales en torno a las gruesas panzas pacíficas envueltas en unos cinturones rojos; pequeñoburgueses convertidos en guerreros de circunstancias mandaban batallones de voluntarios vociferantes y juraban como carreteros para darse aires.

Poseer armas y manejar fusiles automáticos había sido suficiente para hacer perder la cabeza a gente que hasta ese momento había manejado nada más que balanzas y, sin motivo alguno, la hacía peligrosa para cualquiera. Se ejecutaba a inocentes por el simple hecho de demostrar que se sabía matar; yendo por los campos aún vírgenes de prusianos se fusilaba a los perros sin dueño, a las vacas que rumiaban tranquilas, a los caballos enfermos que pastaban en los prados.

Todos se creían destinados a grandes hechos de armas. Los cafés de los pueblos más pequeños, llenos de comerciantes en uniforme, parecían cuarteles u hospitales militares ambulantes.

El pueblo de Canneville ignoraba aún las enloquecedoras noticias del ejército y de la capital; y, sin embargo, desde hacía cerca de un mes estaba en un estado de gran agitación, con los partidos adversos enfrentados.

El alcalde, el vizconde de Varnetot, un hombrecillo flaco, ya viejo, que se había vuelto legitimista desde hacía poco bajo el Imperio, por ambición, había visto surgir un adversario resuelto en el doctor Massarel, un hombre gordo y sanguíneo, líder del partido republicano en el distrito, venerable de la logia masónica de la cabeza de partido, presidente de la Sociedad Agrícola y del banquete de los bomberos, y organizador de la milicia rural que había de salvar a la región.

En quince días, había encontrado la manera de convencer a sesenta y tres voluntarios, casados y padres de familia, labradores prudentes y comerciantes del lugar, para que defendieran la región, y los adiestraba, cada mañana, en la plaza del pueblo.

Si, por una casualidad, el alcalde iba al Ayuntamiento, el comandante Massarel,

cargado de pistolas, pasando con aire orgulloso, sable en mano, por delante de su tropa alineada, hacía gritar a su gente: «¡Viva la patria!». Y este grito, como le habían hecho observar, agitaba al pequeño vizconde, quien veía en él sin duda una amenaza, un desafío y al mismo tiempo un odioso recuerdo de la gran Revolución.

La mañana del 5 de septiembre, el doctor, en uniforme, con la pistola encima del escritorio, estaba pasando consulta a una pareja de viejos campesinos; uno de ellos, el marido, que padecía de varices desde hacía siete años, había esperado a que las tuviese también su mujer para ir a que les visitara el médico. Llegó el cartero con el diario.

El señor Massarel lo abrió, palideció, se puso en pie bruscamente, y, levantando los brazos al cielo en un gesto de exaltación, se puso a vociferar con todo lo que daba su voz delante de los dos labriegos azarados:

—¡Viva la República!, ¡viva la República!, ¡viva la República!

Luego volvió a dejarse caer en su sillón, desfallecido de la emoción.

Y cuando el campesino proseguía diciendo: «La cosa me empezó precisamente con un hormigueo en las piernas», el doctor Massarel exclamó:

—Déjeme en paz; no tengo tiempo para ocuparme de sus tonterías. Ha sido proclamada la República, el emperador ha sido hecho prisionero, Francia está salvada. ¡Viva la República! —Y, corriendo hacia la puerta, bramó—: ¡Céleste, rápido, Céleste!

La espantada criada acudió presurosa; él farfullaba, de tan rápido como hablaba:

—¡Mis botas, mi sable, mi cartuchera y la faca española que está sobre mi mesilla de noche; venga, date prisa!

Como el campesino obstinado, aprovechando un momento de silencio, continuaba:

—Después me salieron unas ampollas que me dolían al caminar.

El médico, exasperado, aulló:

—¿Quiere dejarme en paz, puñeta? ¡Si se hubiera lavado los pies, no le habría pasado nada!

Luego, cogiéndole por la solapa, le espetó en la cara:

—¿Es que no comprendes que nos hemos convertido en una república, redomado idiota?

Pero el sentido del deber profesional le hizo calmarse enseguida, y empujó hacia la puerta a la pareja estupefacta, diciendo:

—Vuelvan mañana, vuelvan mañana, amigos míos. Hoy no tengo tiempo.

Mientras se equipaba de pies a cabeza, dio otra serie de órdenes urgentes a su criada:

—Corre a casa del teniente Picart y a la del subteniente Pommel, y diles que les espero aquí inmediatamente. Manda venir también a Torchebeuf con su tambor,

¡vamos, rápido, rápido!

Y cuando Céleste hubo salido, se recogió, preparándose para vencer las dificultades de la situación.

Llegaron los tres hombres juntos, en ropa de trabajo. El comandante, que se esperaba verles uniformados, tuvo un sobresalto.

—¿Acaso no saben ustedes nada, diantre? El emperador ha sido hecho prisionero, se ha proclamado la República. Hay que actuar. Mi posición es delicada, diré más, peligrosa.

Reflexionó unos segundos ante las caras de pasmo de sus subordinados, luego prosiguió:

—Hay que actuar y sin vacilaciones; los minutos valen por horas en momentos como éstos. Todo depende de la rapidez de las decisiones. Usted, Picart, vaya a ver al cura y ordénele que toque a rebato para reunir a la población, a la que voy a avisar. Usted, Torchebeuf, toque llamada en todo el municipio, hasta en las aldeas de la Gerisaie y de Salmare, para reunir a la milicia armada en la plaza. Y usted, Pommel, póngase rápidamente su uniforme, nada más que la casaca y el quepis. Vamos a ocupar juntos el Ayuntamiento y a intimar al señor de Varnetot a que me haga entrega de sus poderes. ¿Entendido?

—Sí.

—Cumplan con lo ordenado, y rápido. Le acompaño hasta su casa, Pommel, pues actuaremos conjuntamente.

Cinco minutos después, el comandante y su subalterno, armados hasta los dientes, aparecían en la plaza justo en el momento en que el pequeño vizconde de Varnetot, calzado con unas polainas como para una partida de caza, fusil al hombro, desembocaba a paso ligero por otra calle, seguido de sus tres guardas vestidos con guerrera verde, el machete en el muslo y el fusil terciado.

Mientras el doctor se detenía, estupefacto, los cuatro hombres penetraron en el Ayuntamiento cuya puerta se cerró tras ellos.

—Se nos han adelantado —murmuró el médico—, ahora hay que esperar refuerzos. Por el momento, no hay nada que hacer.

Volvió a aparecer el teniente Picart:

—El cura se ha negado a obedecer —dijo—, e incluso se ha encerrado en la iglesia con el sacristán y el suizo.

En la parte opuesta de la plaza, enfrente de la alcaldía blanca y cerrada, la iglesia, silenciosa y oscura, mostraba el gran portón de roble reforzado con herrajes.

Mientras los intrigados habitantes sacaban la nariz por las ventanas o se asomaban a los umbrales de las casas, de repente el tambor redobló, y apareció Torchebeuf, tocando con furia los tres golpes rápidos de llamada. Atravesó la plaza con paso gimnástico, luego desapareció en dirección a los campos.

El comandante desenvainó el sable, avanzó solo, a mitad de camino entre los dos edificios, donde se había parapetado el enemigo, y, agitando su arma por encima de su cabeza, bramó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República! ¡Muerte a los traidores!

Luego se replegó hacia donde estaban sus oficiales.

El carnicero, el tahonero y el boticario, inquietos, bajaron los postigos y cerraron sus establecimientos. Sólo permaneció abierta la tienda de comestibles.

Sin embargo, los hombres de la milicia llegaban poco a poco, vestidos de muy diverso modo y tocados todos con un quepis negro galoneado de rojo, pues el quepis constituía todo el uniforme del cuerpo. Iban armados con sus viejos fusiles herrumbrosos, esos viejos fusiles colgados desde hacía treinta años sobre las chimeneas de las cocinas, y se parecían mucho a un destacamento de guardas rurales.

Cuando tuvo unos treinta alrededor, el comandante, con pocas palabras, les puso al corriente de los acontecimientos; luego, volviéndose hacia su Estado Mayor, dijo:

—Ahora debemos actuar.

Los vecinos se agrupaban, observaban, parloteaban.

El médico no tardó en establecer un plan de ataque.

—Teniente Picart, avance hasta debajo de las ventanas del Ayuntamiento e intime al señor de Varnetot, en nombre de la República, a que me entregue la casa consistorial.

Pero el teniente, un maestro albañil, se negó:

—Es usted muy listo. Para que me larguen a mí un disparo de fusil, no, gracias. Como usted sabe, los de ahí dentro son buenos tiradores. Cumpla usted mismo sus órdenes.

El comandante enrojeció:

—Le ordeno que vaya, en nombre de la disciplina.

El teniente se rebeló:

—No soy yo de los que se dejan romper la cara sin una razón.

Los notables, reagrupados allí al lado, rompieron a reír. Uno de ellos gritó:

—Tiene razón, Picart, no es aún el momento.

Entonces el médico murmuró:

—¡Cobardes!

Y, tras haber entregado a un miliciano el sable y el revólver, se adelantó con paso lento, fija la mirada en las ventanas, esperando ver salir un cañón de fusil apuntándole.

Cuando no estaba más que a unos pasos del edificio, se abrieron las puertas de los dos extremos que daban entrada a las dos escuelas, y una oleada de criaturas, niños por aquí, niñas por allá, escaparon por ellas y se pusieron a jugar en la gran plaza desierta, piando, como una bandada de ocas, en torno al doctor, que no podía hacerse

oír.

Una vez que hubieron salido los últimos alumnos, las dos puertas se cerraron.

Cuando la mayor parte de los críos se hubo ido, el comandante llamó en voz alta:

—¡Señor de Varnetot!

Se abrió una ventana del primer piso y apareció el señor de Varnetot.

El comandante prosiguió:

—Señor, ya conoce los grandes acontecimientos que acaban de cambiar el cariz del Gobierno. El que usted representaba ya no existe. El que yo represento ha tomado el poder. En tales circunstancias dolorosas, pero decisivas, vengo a pedirle, en nombre de la nueva República, que ponga en mis manos las funciones de las que usted fue investido por el poder anterior.

El señor de Varnetot respondió:

—Señor doctor, soy el alcalde de Canneville, nombrado por las autoridades competentes, y seguiré siendo alcalde de Canneville hasta que no sea revocado y sustituido mediante un decreto de mis superiores. Como alcalde que soy, estoy en mi casa en el Ayuntamiento, y aquí seguiré. Lo único que puede hacer es intentar sacarme de aquí por la fuerza.

Y volvió a cerrar la ventana.

El comandante regresó a donde estaba su tropa. Pero, antes de explicarse, mirando de arriba abajo al teniente Picart, dijo:

—Es usted todo un valiente, un verdadero conejo, la vergüenza del ejército, y le degrado.

El teniente respondió:

—Me importa un bledo.

Y fue a reunirse con el grupo de los vecinos que murmuraba.

Entonces el doctor vaciló. ¿Qué hacer? ¿Lanzar el asalto? Pero ¿obedecerían sus hombres? Y, además, ¿tenía derecho a ello?

Una idea le iluminó. Corrió a telégrafos cuya oficina estaba enfrente de la alcaldía, al otro lado de la plaza. Y mandó tres telegramas:

A los señores miembros del Gobierno republicano, en París;

Al nuevo prefecto republicano de la Seine-Inférieure, en Ruán;

Al nuevo subprefecto republicano de Dieppe.

Exponía la situación, refiriendo el peligro corrido por el municipio que había quedado en manos del ex alcalde monárquico, brindaba sus servicios abnegados, pedía órdenes y firmaba haciendo seguir su nombre de todos sus títulos.

Luego regresó a donde estaba su cuerpo armado y, sacándose diez francos del bolsillo, dijo:

—Aquí tienen, amigos, vayan a comer y a tomarse una copa; dejen aquí solamente un destacamento de diez hombres para que nadie salga del Ayuntamiento.

Pero el ex teniente Picart, que estaba charlando con el relojero, lo oyó; se echó a reír burlonamente y manifestó:

—Naturalmente, si salen, será una ocasión para entrar. ¡De lo contrario, no le veo a usted allí dentro por ahora!

El doctor no respondió y se fue a comer.

Por la tarde hizo apostar centinelas en torno al municipio, como si existiera la amenaza de un ataque por sorpresa.

Pasó varias veces por delante de las puertas del Ayuntamiento y de la iglesia, sin notar nada sospechoso. Ambos edificios parecían desiertos.

El carnicero, el tahonero y el boticario reabrieron sus establecimientos.

En las casas mucho se comentaba el hecho. Si el emperador estaba preso, era porque había sido traicionado. Y no se sabía muy bien de qué tipo era la nueva República.

Cayó la noche.

A eso de las nueve, el doctor se acercó solo, sin hacer ruido, a la entrada de la casa consistorial, convencido de que su adversario había ido a acostarse; y, cuando se disponía a echar abajo la puerta a golpes de piqueta, una voz fuerte, la de un guarda, preguntó de repente:

—¿Quién va?

Y el señor Massarel, piernas para qué os quiero, se batió en retirada.

Amaneció sin que la situación hubiera cambiado en absoluto.

La milicia armada ocupaba la plaza. Todos los vecinos se habían agrupado en torno a esta tropa, esperando una solución. Los de los pueblos vecinos llegaban para ver.

Entonces, el doctor, comprendiendo que estaba en juego su reputación, decidió poner fin a aquello de una manera u otra; e iba a tomar una resolución cualquiera, sin duda enérgica, cuando se abrió la puerta de telégrafos y apareció la joven empleada de la telegrafista con dos papeles en la mano.

Ésta se dirigió primero al comandante y le entregó uno de los telegramas; luego atravesó el centro desierto de la plaza, intimidada por todos aquellos ojos clavados en ella, y con la cabeza gacha y pequeños pasos apresurados fue a llamar suavemente a la casa atrancada a cal y canto, como ignorando que allí dentro se ocultaba una facción armada.

La puerta se entreabrió; una mano de hombre cogió el mensaje y la chiquilla volvió sobre sus pasos con el rostro encendido y a punto de llorar porque toda la gente la miraba.

El doctor exclamó con voz vibrante:

—Un momento de silencio, por favor.

Y, apenas el vulgo calló, prosiguió con orgullo:

—He aquí el comunicado que me ha llegado del Gobierno. —Y sosteniendo en alto el telegrama, leyó:

Actual alcalde revocado. Den noticias lo antes posible. Recibirán ulteriores instrucciones.

Por el subprefecto, Sapin, consejero

El doctor estaba triunfante; le latía el corazón de alegría; sus manos temblaban, pero Picart, su ex subalterno, le gritó desde un grupo que tenía cerca:

—Todo esto está muy bien. Pero si ésos no salen, de mucho le servirá su papel.

Y el señor Massarel palideció. Si los otros no salían, en efecto, ahora iba a tener que avanzar. No sólo era su derecho, sino también su deber.

Miró ansiosamente al Ayuntamiento, esperando ver abrirse la puerta y replegarse a su adversario.

Pero la puerta permanecía cerrada. ¿Qué hacer? La multitud iba en aumento, y se agolpaba en torno a la milicia. Se reían.

Una reflexión sobre todo atormentaba al médico. Si daba el asalto, tendría que marchar a la cabeza de sus hombres; y, como si él caía muerto, cesaría toda contestación, era sobre él, únicamente sobre él, sobre quien dispararían el señor de Varnetot y sus tres guardas. Y disparaban bien, muy bien; Picart acababa de repetírselo una vez más. Pero una idea le iluminó y, volviéndose hacia Pommel, dijo:

—Vaya enseguida a pedirle al boticario que me preste una toalla y un palo.

El teniente se fue corriendo.

Iba a hacer una bandera parlamentaria, una bandera blanca, cuya visión tal vez alegrase el corazón legitimista del ex alcalde.

Pommel regresó con la toalla solicitada y un mango de escoba. Con un poco de hilo se preparó el estandarte, que el señor Massarel aferró con ambas manos; e inició el avance hacia el Ayuntamiento sosteniéndolo delante de él. Apenas estuvo ante la puerta, llamó de nuevo:

—¡Señor de Varnetot!

El portón se abrió al instante y en el umbral apareció el señor de Varnetot con sus tres guardas.

Instintivamente el doctor retrocedió; luego saludó cortésmente al enemigo y con voz rota por la emoción dijo:

—Señor, estoy aquí para comunicarle las instrucciones recibidas.

El gentilhombre, sin devolverle el saludo, respondió:

—Me retiro, señor, pero sepa que no es por miedo, ni por obediencia al odioso Gobierno que usurpa el poder. —Y, recalcando cada una de las palabras, declaró—: No quiero que parezca que sirvo a la República, ni por un solo día. Eso es todo.

Massarel, desconcertado, no respondió nada; y el señor de Varnetot, poniéndose

en marcha con paso rápido, desapareció por una esquina de la plaza, seguido en todo momento por su escolta.

Entonces el doctor, loco de orgullo, se volvió hacia la multitud y, cuando estuvo lo bastante cerca para que le oyeran, gritó:

—¡Hurra!, ¡hurra! ¡La República triunfa en toda línea!

No hubo ningún signo de emoción.

El médico continuó:

—El pueblo es libre, habéis sido liberados, sois independientes. ¡Estad orgullosos!

Los lugareños inertes le miraban sin que ninguna luz de gloria brillase en sus ojos.

También él les miró, indignado por tanta indiferencia, pensando en qué decir o qué hacer para causarles una gran impresión, para electrizar a aquel plácido pueblecito, para desempeñar su misión de nuevo líder.

Tuvo una inspiración y, volviéndose hacia Pommel, dijo:

—Teniente, vaya a por el busto del ex emperador que se encuentra en la sala de juntas del Consejo municipal, y tráigalo aquí junto con una silla.

Al poco el hombre volvió trayendo sobre el hombro derecho al Bonaparte de yeso y una silla de enea en la mano izquierda.

Massarel fue a su encuentro, cogió la silla, la posó en el suelo poniendo encima de ella el blanco busto, y luego, retrocediendo unos pasos, le apostrofó con voz sonora:

—Tirano, más que tirano, ahora has caído, caído en el fango, caído en el cieno. La patria moribunda agonizaba bajo tu bota. El Destino vengador te ha castigado. La derrota y la vergüenza te acompañarán; caes vencido, prisionero de los prusianos; y, en las ruinas de tu Imperio destruido se alza la República joven y radiante, recogiendo tu espada rota…

Se esperaba unos aplausos. Pero no resonaron ni un grito ni una palma. Los campesinos, aterrados, callaban; y el busto de bigotes con guías que sobresalían de las mejillas por cada lado, el busto inmóvil y bien peinado como en un letrero de barbero, parecía mirar al señor Massarel con su sonrisa de yeso, una sonrisa imborrable y burlona.

Estaban así el uno enfrente del otro, Napoleón en la silla y el médico de pie, a tres pasos. La ira se apoderó del comandante. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer para conmover a ese pueblo y lograr definitivamente esa victoria ante la opinión pública?

Su mano, por casualidad, se posó sobre su panza, y encontró, bajo su cinturón rojo, la culata de su revólver.

No tenía ya ninguna inspiración, ninguna frase que decir. Entonces se sacó el arma, dio dos pasos adelante y, a quemarropa, fulminó al ex monarca.

El proyectil hizo un agujerito en la frente, como una mancha, casi nada. El efecto había fallado. Massarel hizo otro disparo, que produjo otro agujero, luego un tercero, y a continuación, sin detenerse, los tres que le quedaban. La frente de Napoleón volaba hecha polvo blanco, pero los ojos, la nariz y las puntas finas de los bigotes permanecían intactas.

Fuera de sí, el doctor derribó la silla de un puñetazo y, posando un pie sobre los restos del busto, se dirigió en actitud de triunfador al público patidifuso, vociferando:

—¡Así perecen todos los traidores!

Pero como ningún entusiasmo se manifestaba aún, como los espectadores parecían anonadados por el asombro, el comandante gritó a los hombres de la milicia:

—Ahora podéis volver a vuestros hogares.

Y él mismo se dirigió a grandes pasos hacia su casa, como si hubiera huido.

Su criada, en cuanto le vio aparecer, le dijo que le esperaban unos enfermos desde hacía más de tres horas en su gabinete. Corrió hacia allí. Eran los dos campesinos de las varices, que habían vuelto desde el alba, obstinados y pacientes.

Y al punto el viejo reanudó su explicación:

—La cosa me empezó precisamente con un hormigueo en las piernas…

LA CONFESIÓN DE THÉODULE SABOT*

Bastaba con que Sabot entrase en la taberna de Martinville para que la gente se echara a reír. ¡Aquel tunante de Sabot era realmente divertido! Uno a quien, por ejemplo, no le hacían ni pizca de gracia los curas. ¡Ah, no, no! Era un verdadero comecuras.

Sabot (Théodule), maestro carpintero, representaba en Martinville al partido progresista. Era alto y delgado, con unos ojos grises de mirada burlona, el pelo pegado a las sienes, la boca fina. Cuando decía, de un cierto modo: «Nuestro Santísimo Padre el Curda», todos se desternillaban de risa. Siempre se las ingeniaba para trabajar los domingos durante la hora de misa. Y todos los años mataba el cerdo el Lunes Santo para tener morcillas hasta Pascua, y cuando pasaba el párroco siempre, en son de broma, decía: «Ahí tenéis a uno que acaba de tragarse a su Dios en el mostrador…».

El cura, un hombre gordo y también muy alto, le temía debido a su lengua, que le hacía ganar adeptos. El padre Maritime era diplomático, amigo de tener mano izquierda. La lucha entre ellos duraba desde hacía diez años, una lucha secreta, encarnizada, incesante. Sabot era concejal. Se creía que llegaría a alcalde, cosa que constituiría sin duda la derrota definitiva de la Iglesia.

Iban a celebrarse elecciones. El bando religioso temblaba en Martinville. Ahora bien, una mañana, el cura partió para Ruán, anunciándole a su ama que se iba al arzobispado.

Regresó dos días más tarde. Tenía un aire alegre, triunfante. Y todo el mundo supo al día siguiente que el coro de la iglesia iba a ser rehecho por completo. Monseñor había donado, de su propio bolsillo, una suma de seiscientos francos.

La antigua sillería de abeto debía ser destruida y reemplazada por una sillería nueva de roble macizo. Era un trabajo de carpintería de envergadura, del que se hablaba, esa misma noche, en todas las casas.

Théodule Sabot no se reía.

Cuando salió al día siguiente por el pueblo los vecinos, amigos o enemigos, le preguntaban en son de broma:

—¿Lo harás tú el coro de la iglesia?

Él no sabía qué responder, pero rabiaba, echaba chispas de la rabia.

Los más maliciosos añadían:

—Es un buen trabajo; y podrá sacarse al menos de doscientos a trescientos francos de beneficio.

Dos días después, se supo que la remodelación sería encargada a Célestin Chambrelan, el carpintero de Percheville. Posteriormente la noticia fue desmentida, para anunciarse a continuación que todos los bancos de la iglesia también serían sustituidos. Eso costaría unos dos mil francos que se pedirían al Gobierno. Grande fue la emoción.

Théodule Sabot ya no pegaba ojo. Nunca, que recuerde memoria humana, un carpintero del lugar había llevado a cabo una tarea semejante. Luego corrió un rumor. Se decía en voz baja que el cura estaba apenado por tener que dar dicho trabajo a un artesano de fuera del pueblo, pero que, sin embargo, las opiniones de Sabot impedían que le fuera confiado a él.

Sabot se enteró. Se dirigió a la rectoría al caer la noche. El ama le contestó que el cura estaba en la iglesia. Y para allí se fue.

Dos hijas de María, viejas solteras con cara de vinagre, estaban adornando el altar para el mes de María, bajo la dirección del sacerdote. Él, de pie en medio del coro, sacando su panza enorme, dirigía el trabajo de las dos mujeres, que, subidas en unas sillas, colocaban unos ramos de flores alrededor del sagrario.

Sabot se sentía incómodo allí dentro, como si hubiera entrado en casa de su mayor enemigo, pero el ánimo de lucro le aguijoneaba. Se acercó, gorra en mano, sin siquiera preocuparse de las hijas de María, que permanecían impresionadas, estupefactas, inmóviles sobre sus sillas.

Balbució:

—Buenos días, señor cura.

El sacerdote respondió, sin mirarle, totalmente ocupado en su altar:

—Buenos días, señor carpintero.

Sabot, desorientado, no encontraba nada más que decir. Pero, tras un momento de silencio, añadió:

—¿Está haciendo los preparativos?

El padre Maritime respondió:

—Sí, está cerca el mes de María.

Sabot añadió aún: «Ajá, ajá», pero luego se calló.

Sentía ahora ganas de retirarse sin hablar de nada, pero una mirada lanzada al coro le retuvo. Vio dieciséis escaños por hacer de nuevo, seis a la derecha y ocho a la izquierda, ocupando la puerta de la sacristía dos plazas. Dieciséis escaños de roble valían a lo sumo trescientos francos, y, dándoles un buen acabado, podían ganarse sin duda también doscientos francos por el trabajo, si se daba uno maña.

Entonces balbució:
—Vengo por la obra.
El párroco pareció sorprendido. Preguntó:
—¿Qué obra?
Sabot, desconcertado, murmuró:
—La obra que hay que hacer.
Entonces el sacerdote se volvió hacia él, y le miró a los ojos:
—¿Se refiere usted a la renovación del coro de mi iglesia?

Ante el tono adoptado por el padre Maritime, Théodule Sabot sintió que un escalofrío le recorría el espinazo, y volvió a tener unas imperiosas ganas de largarse a toda prisa. Sin embargo, respondió con humildad:
—Pues sí, señor cura.

Entonces el padre cruzó los brazos sobre su gran panza, y como fulgurado por el estupor, dijo:

—Pero ¡cómo!, usted…, usted…, usted, Sabot, viene a pedirme eso… Usted…, el único impío de la parroquia… Pero si sería un escándalo, un escándalo público. Monseñor me echaría una reprimenda, y quizá hasta me trasladaría.

Respiró unos segundos, luego prosiguió con tono más calmo:

—Comprendo que le resulte penoso ver un trabajo de esta envergadura confiado a un carpintero de una parroquia vecina. Pero no puedo hacer otra cosa que…, a menos que… Pero no, imposible, no aceptaría usted nunca. No hay, sin embargo, otra forma.

Sabot estaba mirando ahora la fila de bancos que se extendía hasta la entrada. ¡Caray, si hubiera que cambiar también todo eso!

Y preguntó:

—¿De qué se trata? Diga…

El sacerdote respondió con firmeza:

—Haría falta una prueba clara y patente de su buena voluntad.

Sabot murmuró:

—No digo que no, no digo que no…, quizá podamos llegar a un acuerdo…

El párroco declaró:

—Debe tomar la comunión delante de todos, en la misa cantada del próximo domingo.

El carpintero se sintió palidecer; no respondió, pero preguntó:

—¿Habrá que cambiar también todos los bancos?

El párroco dijo con tono seguro:

—Sí, pero más adelante.

Sabot prosiguió:

—No digo que no, no digo que no. No es que sea yo redhibitorio,[1] puesto que, por supuesto, acepto la religión; lo que no me gusta es la práctica, pero dadas las circunstancias no seré refractario.

Las hijas de María, que habían bajado de sus sillas, se habían escondido detrás del altar; y estaban a la escucha, pálidas de la emoción.

El párroco, viéndose victorioso, adoptó de repente un tono jovial, amigable:

—Está bien, está bien… Esto es hablar como una persona razonable. Verá, verá…

Sonriendo incómodo, Sabot preguntó:

—¿No se podría posponer un poco esta comunión?

Pero el sacerdote volvió a poner cara severa:

—Dado que los trabajos le serán asignados a usted, quiero asegurarme de su conversión.

Y prosiguió con un tono de voz normal:

—Venga mañana a confesarse, pues será preciso que le someta a un examen de

conciencia por lo menos un par de veces.

Sabot repitió:

—¿Un par de veces?

—Sí.

El sacerdote sonreía:

—Comprenderá usted que será necesario hacerle una limpieza general, un lavado a fondo. Así pues, le espero mañana.

El carpintero, muy inquieto, preguntó:

—¿Y dónde se hace eso?

—Pues… en el confesionario.

—¿En… esa caja del rincón?

—Sí.

—Pero es que…, que a mí esa caja no me va.

—¿Por qué?

—Porque…, porque no estoy acostumbrado a eso. Y soy además un poco duro de oído.

El párroco se mostró condescendiente:

—Está bien. Venga, pues, a la rectoría. Así estaremos los dos a solas. ¿Le parece bien?

—Sí, así está bien, pero su caja no.

—Bien, hasta mañana entonces, después del trabajo, a las seis.

—Entendido, de acuerdo; hasta mañana, padre. ¡Y gallina el que se desdiga!

Y alargó su tosca manaza sobre la que el sacerdote dejó caer ruidosamente la suya.

El ruido del manotazo resonó bajo las bóvedas y fue a apagarse en el fondo, detrás de los tubos del órgano.

Théodule Sabot no estuvo tranquilo durante todo el día siguiente. Sentía algo parecido al miedo que siente uno cuando tiene que ir a sacarse una muela. A cada momento le volvía este pensamiento: «Esta tarde tendré que confesarme». Y su alma turbada, un alma de ateo mal convencido, enloquecía ante el temor confuso y poderoso del misterio divino.

Se dirigió hacia la rectoría tan pronto como hubo terminado su trabajo. El párroco le esperaba en el jardín leyendo su breviario por un pequeño vial. Parecía radiante y lo abordó con una risotada:

—Bien, aquí estamos. Entre, entre, señor Sabot, que nadie se lo va a comer.

Y Sabot pasó el primero. Balbució:

—Si no le importa, preferiría despachar cuanto antes este asuntillo que tenemos entre manos.

El párroco respondió:

—Servidor de usted. Ahí tengo mi roquete. Deme un minuto y le escucho.

El carpintero, tan agitado que ya no comprendía nada, le miraba ponerse la blanca vestidura plisada. El cura le hizo un gesto:

—Arrodíllese sobre este cojín.

Sabot permanecía de pie, avergonzado de tener que arrodillarse; farfulló:

—¿Es necesario?

El párroco había adoptado una actitud solemne:

—Sólo de rodillas podemos acercarnos al tribunal de la penitencia.

Sabot se arrodilló.

El sacerdote dijo:

—Diga el *Confíteor*.

Sabot preguntó:

—¿El *Co*… qué?

—El *Confíteor*. Si ya no se acuerda, repita palabra por palabra lo que yo vaya diciendo.

Y el párroco articuló la oración sagrada, con voz parsimoniosa, separando las palabras que el carpintero repetía; luego dijo:

—Ahora, confiésese.

Pero Sabot no decía ya nada, pues no sabía por dónde empezar.

Entonces el padre Maritime vino en su ayuda:

—Hijo mío, le interrogaré yo, puesto que no parece estar usted muy al corriente. Tomaremos, uno por uno, los mandamientos de Dios. Escúcheme y no se inquiete. Responda con sinceridad y no tema en ningún momento irse de la lengua.

Amarás a Dios sobre todas las cosas.

—¿Ha amado a alguien o a algo tanto como a Dios? ¿Ha amado a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda la fuerza de su amor?

Sabot sudaba por el esfuerzo mental que hacía. Respondió:

—No. Oh, no, señor cura. Amo a Dios tanto como puedo. Ah, sí…, le amo. Pero no puedo decir que no ame a mis hijos. Decir que si tuviera que elegir entre ellos y Dios, esto no lo aseguro. Decir que si tuviera que perder cien francos por amor a Dios, esto no lo aseguro. Pero amarle le amo, ah, sí, le amo a pesar de todo.

El sacerdote, serio, declaró:

—Hay que amarle por encima de todas las cosas.

Sabot, lleno de buena voluntad, afirmó:

—Haré todo lo posible para amarlo, señor cura.

El padre Maritime prosiguió:

No tomarás el nombre de Dios en vano.

—¿Ha blasfemado alguna vez?

—No. ¡Oh, eso no! No he blasfemado jamás, jamás. Algunas veces, en un momento de ira, he dicho «por los clavos de Cristo». Pero blasfemias no digo.

El sacerdote exclamó:

—¡Esto son blasfemias!

Y, con seriedad, agregó:

—No lo haga más. Prosigo:

Santificarás las fiestas.

—¿Qué hace los domingos?

Esta vez, Sabot se rascó la oreja.

—Pues… santifico a Dios como puedo, padre. Lo santifico… en mi casa. Los domingos yo trabajo.

El párroco, magnánimo, le interrumpió.

—Lo sé…, compórtese mejor en el futuro. Me salto los tres mandamientos siguientes, seguro como estoy de que no ha pecado contra los dos primeros, y el sexto lo veremos junto con el noveno. Continúo:

No robarás.

—¿Ha sustraído alguna vez, por cualquier medio, algún bien ajeno?

Théodule Sabot se ofendió:

—¡Ah, no! ¡Esto sí que no! Yo soy una persona honrada, señor cura. Eso se lo juro, sin ninguna duda. No niego que alguna vez he contado alguna hora de más de trabajo a los clientes más pudientes, eso no lo niego. Ni tampoco niego que añado algún céntimo en mis facturas, algún céntimo nada más, no lo niego… Pero robar no. No y mil veces no.

El párroco dijo con firmeza:

—Sustraer aunque sólo sea un céntimo es ya un hurto. No lo haga más.

No dirás falsos testimonios ni mentiras.

—¿Ha dicho alguna vez mentiras?

—No, esto sí que no; no soy embustero. Es mi virtud. Sí, alguna vez he contado alguna bola, pero de broma, no lo niego. Y quizá he hecho también creer algo que no era cierto si me convenía. Pero una mentira, no; mentiroso no soy.

El sacerdote se limitó a decir:

—Vigílese más.

Luego dijo:

No consentirás ni pensamientos ni deseos impuros.

—¿Ha deseado alguna vez o poseído a otra mujer que no sea la suya?

Sabot exclamó con sinceridad:

—¡Ah, no, esto sí que no, señor cura! ¡Engañar a mi pobre mujer! ¡No! ¡No! Ni con la yema del dedo; no lo he hecho ni se me ha pasado por la cabeza. Palabra de honor.

Se quedó un momento en silencio, luego, en voz baja, como si le hubiera entrado una duda, dijo:

—No le diré que, cuando voy a la ciudad, no vaya nunca a cierta casa, ya sabe a lo que me refiero, señor cura, una casa de tolerancia, para reír y bromear un poco y cambiar de ambiente, no diré que no… Pero pago, señor cura, pago siempre; y como pago, lo comido por lo servido.

El párroco no insistió y le dio la absolución.

Théodule Sabot fue encargado de ejecutar los trabajos del coro y comulga todos los meses.

UNA «VENDETTA»*

La viuda de Paolo Saverini vivía sola, con su hijo en una pequeña casucha pegada a las murallas de Bonifacio. La ciudad, construida sobre un saliente de la montaña, suspendida incluso en algunos puntos sobre el mar, mira, por encima del estrecho erizado de escollos, a la costa más baja de Cerdeña. A su pie, en la parte opuesta, rodeándola casi por entero, una cortadura del acantilado, que se diría un gigantesco pasillo, le sirve de puerto, lleva hasta las primeras casas, tras un largo circuito entre dos abruptos murallones, a las barquichuelas de pesca italianas o sardas, y, cada quince días, el viejo vapor que parece asmático hace la travesía hasta Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el hacinamiento de casas parece más blanco aún. Se dirían nidos de aves salvajes, colgadas de ese modo de la roca, dominando ese estrecho terrible por el que no se aventuran casi nunca los barcos. El viento azota, sin tregua, el mar, la costa desnuda, socavada por él, apenas revestida de hierba; se introduce por el estrecho flagelando las dos orillas. Las crestas de espuma clara, colgadas de las negras puntas de las innumerables rocas que horadan por todas partes las olas, parecen jirones de telas flotando y palpitando en la superficie del agua.

Las tres ventanas de la casa de la viuda Saverini, asentada firmemente en el borde mismo del acantilado, daban a este horizonte salvaje y desolado.

Vivía allí sola, con su hijo Antoine y su perra Vivaracha, una gran bestia flaca, de larga y áspera pelambre, de la raza de los guardadores de ganados. Le servía al joven para cazar.

Una tarde, tras una disputa, Antoine Saverini murió a traición de una cuchillada, a manos de Nicola Ravolati, quien, aquella misma noche, huyó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que le trajeron unos caminantes, no derramó una sola lágrima, sino que se quedó largo rato inmóvil mirándole; luego, extendiendo su arrugada mano sobre el cadáver, le prometió venganza. No quiso que nadie se quedara con ella, y se encerró junto al cuerpo con la perra, que aullaba. Aullaba el animal sin descanso, plantado al pie de la cama, con el hocico tendido hacia su amo y el rabo apretado entre las patas. No se movía más de lo que lo hacía la madre, que, inclinada ahora sobre el cuerpo, mirándole fijamente, derramaba en silencio unos lagrimones.

El joven, boca arriba, con la chaqueta de grueso paño agujereada y desgarrada en el pecho, parecía dormir; pero estaba lleno de sangre: en la camisa, que le habían arrancado para prestarle los primeros auxilios, en el chaleco, en el pantalón, en el rostro, en las manos. Grumos de sangre se le habían coagulado en la barba y entre el pelo.

La anciana madre comenzó a hablar. Al sonido de esta voz la perra enmudeció.

—Sí, sí, serás vengado, hijo mío, pequeño mío, pobre muchacho… Duerme, duerme, serás vengado, ¿entendido? ¡Te lo promete tu madre! Y, como ya sabes, tu madre es persona de palabra.

Se inclinó lentamente sobre él, pegando sus fríos labios en los labios muertos.

Entonces, Vivaracha se puso de nuevo a gemir. Lanzaba un largo quejido monótono, desgarrador, horrible.

Se quedaron allí, los dos, la mujer y el animal, hasta la mañana.

Antoine Saverini fue enterrado al día siguiente, y pronto no se habló más de él en Bonifacio.

No había dejado ni hermano ni primos cercanos. No había ningún hombre para que pudiera encargarse de la *vendetta*. Únicamente la madre, la anciana, pensaba en ella.

De la mañana a la noche, al otro lado del paso, veía un punto blanco en la costa. Era un pueblecito sardo, Longosardo, refugio de los bandidos corsos a los que pisaban los talones. Ellos casi exclusivamente poblaban esta aldea, frente a las costas de su patria, en espera de volver, para echarse al monte. Allí se había refugiado Nicola Ravolati, y ella lo sabía.

Sola durante todo el día, sentada ante la ventana miraba hacia allí pensando en la *vendetta*. ¿Cómo podía llevarla a cabo, sin nadie, inválida como estaba y con un pie en la tumba? Pero lo había prometido, jurado sobre el cadáver. No cabía espera ni olvido. ¿Qué haría? Pasaba insomne las noches, sin paz ni descanso, buscando la manera con ahínco. La perra dormitaba a sus pies y, levantando la cabeza, de vez en cuando aullaba hacia lo lejos. Desde que ya no estaba su amo, ladraba a menudo así, como si le llamara, como si su alma de bestia, inconsolable, conservara también un recuerdo imborrable.

Ahora bien, una noche, justo cuando Vivaracha se puso a gañir de nuevo, la madre tuvo de repente una idea, una idea de venganza salvaje y feroz. La rumió hasta que se hizo de día y, levantándose a las primeras luces del alba, se fue para la iglesia. Rezó, prosternada en el pavimento, arrodillada ante Dios, suplicándole que la ayudara, la sostuviera y diera a su pobre cuerpo consumido la fuerza necesaria para vengar a su hijo.

A continuación volvió a casa. Tenía en el patio un viejo barril desfondado para recoger el agua de lluvia: lo volcó, lo vació, lo fijó en el suelo con unas estacas y unas piedras, ató a Vivaracha a esa especie de perrera y volvió adentro.

Estuvo paseando adelante y atrás por su habitación, con la mirada fija en todo momento en la costa de Cerdeña. El asesino estaba allí.

La perra ladró todo el día y toda la noche. A la mañana siguiente la anciana le trajo agua en un cuenco, y eso fue todo: ni sopas, ni pan.

También pasó aquel día. Vivaracha dormía, extenuada. Al día siguiente tenía los ojos relucientes y la pelambre erizada, y tiraba continuamente de la cadena.

Tampoco entonces la vieja le dio de comer. El animal, enfurecido, ladraba roncamente. También pasó aquella noche.

Entonces, al amanecer del día siguiente, la anciana Saverini fue a ver a un vecino y le pidió que le diera dos gavillas de paja, con las que rellenó unas ropas viejas de su marido, simulando un cuerpo humano.

Hincó un palo en el suelo, delante de la perrera de Vivaracha, y ató el fantoche, que parecía así estar de pie. Con unos viejos trapos le hizo una cabeza.

Sorprendida, la perra miraba a aquel hombre de paja y permanecía en silencio, aunque devorada por el hambre.

La anciana fue a comprarle al charcutero un buen trozo de morcilla negra. De vuelta a casa, encendió un fuego de leña en su patio, cerca de la perrera, y puso a asar la morcilla. Vivaracha, fuera de sí, saltaba, echando espumarajos por la boca y con la mirada clavada en el asador, que desprendía un olorcillo que iba directo a su estómago.

Con aquella papilla humeante hizo la anciana una corbata al hombre de paja. La ató con cuidado alrededor del cuello, como si quisiera metérsela dentro. Apenas hubo terminado, soltó a la perra.

De un gran salto, ésta alcanzó la garganta del fantoche y, tras apoyar las patas sobre sus hombros, empezó a desgarrarla. Volvía a caer al suelo, con un pedazo de su presa apretado entre los dientes, saltaba de nuevo, hundiendo sus colmillos en las cuerdas, arrancando otro bocado, volviendo a caer y saltando otra vez, con encarnizamiento. Desgarraba el rostro a grandes mordiscos, despedazaba el cuello por completo.

La anciana, inmóvil y silenciosa, miraba con ojos encendidos. Luego volvió a encadenar al animal, le hizo ayunar durante otros dos días y reinició su extraño adiestramiento.

Durante tres meses la acostumbró a aquella especie de lucha, a aquel alimento conquistado a fuerza de colmillos. Aunque no le ponía ya la cadena, la lanzaba con un gesto sobre el fantoche.

Le había enseñado a desgarrarlo y a devorarlo sin tener ya que esconder comida en su garganta. Luego le daba, a modo de recompensa, la morcilla asada para ella.

Apenas veía aquella forma, Vivaracha se estremecía y volvía los ojos hacia su ama, que le gritaba con voz silbante, alzando un dedo: «¡Ataca!».

Cuando consideró que había llegado el momento, la anciana Saverini fue a confesarse y a comulgar con extasiado fervor un domingo por la mañana; luego, tras vestirse de hombre, con la apariencia de un pobre viejo harapiento, llegó a un acuerdo con un pescador sardo, que la llevó, con la perra, al otro lado del estrecho.

Había puesto en un talego de tela un gran pedazo de morcilla. Vivaracha llevaba dos días en ayunas. La anciana le daba a oler en todo momento la comida, para así excitarla.

Entraron en Longosardo. La mujer andaba cojeando. Entró en una panadería y preguntó dónde vivía Nicola Ravolati. Éste había reanudado su viejo oficio de carpintero, y estaba trabajando solo en su carpintería.

La anciana empujó la puerta y le llamó:

—¡Eh, Nicola!

Él se volvió; entonces, soltando a su perra, gritó:

—¡Ataca, ataca, devora, devora!

Enloquecido, el animal se lanzó sobre la garganta del hombre, el cual extendió los brazos, la estrechó, rodó por tierra. Durante unos instantes se retorció, golpeando en el suelo con los pies, luego se quedó inmóvil mientras Vivaracha hurgaba en su cuello, desgarrándolo.

Dos vecinos, sentados en su puerta, recordaron perfectamente haber visto a un viejo mendigo con un perro negro muy flaco que, mientras caminaba, comía algo oscuro que le daba su amo.

Por la noche la anciana estaba ya en casa, y aquella noche durmió bien.

LA CONFESIÓN*

Marguerite de Thérelles iba a morir. Aunque no tenía más que cincuenta y seis años, aparentaba al menos setenta y cinco. Jadeaba, más pálida que sus sábanas, sacudida por unos estremecimientos espantosos, el rostro convulso, la mirada despavorida, como si se le hubiera aparecido algo horrible.

Su hermana mayor, Suzanne, seis años mayor que ella, de rodillas al lado de la cama, sollozaba. En una mesita próxima al lecho de la agonizante había una toallita y dos candeleros encendidos, en espera del sacerdote que debía administrar la extremaunción y la última comunión.

La estancia tenía ese aspecto siniestro que tienen las habitaciones de los moribundos, ese aire de despedida desesperada. Frascos encima de los muebles, ropa blanca en todos los rincones, amontonada de un puntapié o con la escoba. Hasta las sillas, en desorden, parecían espantadas como si hubieran corrido de un lado para otro. La temible muerte estaba allí, escondida, esperando.

La historia de las dos hermanas era enternecedora. Todos la conocían y había hecho derramar muchas lágrimas.

La mayor, Suzanne, había sido querida hasta la locura, en el pasado, por un joven al que también ella amaba. Se prometieron, y sólo esperaban el día fijado para las capitulaciones cuando Henry de Sampierre murió de forma repentina.

La desesperación de la joven fue tremenda; juró que no se casaría jamás. Mantuvo su palabra. Vistió ropas de viuda y no se las quitó ya nunca.

Entonces la hermana, su hermanita Marguerite, que sólo contaba a la sazón doce años, fue, una mañana, a arrojarse en los brazos de la mayor y le dijo: «Hermana mayor, no quiero que seas desgraciada. No quiero que te pases la vida llorando. ¡No te dejaré nunca, nunca, nunca! Tampoco yo me casaré y estaré siempre a tu lado; siempre, siempre, siempre».

Suzanne la abrazó, conmovida por aquella abnegación infantil, mas no se lo creyó.

Pero también la pequeña mantuvo su palabra y, no obstante los ruegos de sus padres y las súplicas de su hermana mayor, no quiso casarse. Era hermosa, bastante hermosa; rechazó a muchos jóvenes que parecían enamorados de ella y ya no dejó a

su hermana.

Vivieron juntas todos los días de su vida, sin separarse una sola vez. Permanecieron siempre juntas, inseparablemente unidas. Pero Marguerite parecía cada vez más triste, abrumada, más taciturna que su hermana mayor, como si tal vez su sublime sacrificio la hubiera quebrantado. Envejeció más deprisa, a los treinta años empezaron a plateársele los cabellos y, sintiéndose mal a menudo, parecía aquejada de una enfermedad desconocida que la minaba.

Y ahora a iba morirse la primera.

No hablaba ya desde hacía veinticuatro horas. Únicamente había dicho a las primeras luces del alba:

—Manda llamar al cura, ha llegado mi hora.

Y luego se había quedado inmóvil, boca arriba, sacudida por los espasmos, con los labios agitados como si unas palabras terribles le subieran del corazón sin poder salir, desorbitando los ojos aterrados, espantosos de ver.

Desgarrada por el dolor, su hermana lloraba desconsoladamente, con la frente apoyada en el borde de la cama, y repetía:

—¡Margot, pobre Margot, pequeña mía!

Siempre la había llamado «pequeña mía», como la menor la llamaba a ella «hermana mayor».

Se oyeron unos pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Apareció un monaguillo seguido del viejo sacerdote en roquete. Apenas lo vio, la moribunda se enderezó bruscamente, abrió los labios balbuceando dos o tres palabras y comenzó a arañar la sábana como si quisiera desgarrarla.

El padre Simon se acercó, le tomó la mano, la besó en la frente y dijo con dulce voz:

—Dios la perdona, hija mía; que no le falte el ánimo, ha llegado su hora. Hable.

Entonces Marguerite, temblando toda ella y sacudiendo la cama con sus movimientos nerviosos, balbució:

—Siéntate, hermana mayor, y escucha.

El sacerdote se inclinó hacia Suzanne, que seguía postrada a los pies de la cama, la hizo levantarse y sentarse en un sillón y, tomando en sus manos una mano de cada hermana, dijo:

—Dios Nuestro Señor, dales fuerzas, derrama sobre ellas tu misericordia.

Marguerite comenzó a hablar. Las palabras le salían del pecho una por una, roncas, escandidas y como extenuadas.

—¡Perdón, perdón, hermana mayor, perdóname! ¡Si supieras cuánto miedo he tenido de este momento durante toda mi vida!

Suzanne murmuró, entre lágrimas:

—¿Perdón de qué, pequeña mía? Pero si me lo has dado todo, si lo has sacrificado todo… Eres un ángel.

Pero Marguerite la interrumpió:

—¡Calla, calla! Déjame hablar…, no me interrumpas… Es espantoso… Déjame contártelo todo…, hasta el final, sin hablar… Escucha… ¿Te acuerdas…, te acuerdas… de Henry?

Suzanne se estremeció y miró a su hermana. Ésta prosiguió:

—Tienes que oírlo todo para comprender. Tenía yo doce años, doce nada más, ¿lo recuerdas, verdad? Era una niña mimada y hacía todo lo que quería… ¿Te acuerdas de cómo me mimaban?… Pues escucha… La primera vez que él vino a casa llevaba unas botas de charol. Se apeó del caballo delante de la escalinata, se excusó por el atuendo, pero tenía que darle una noticia a papá. ¿Te acuerdas, verdad? No, no digas nada…, escucha… Cuando le vi me quedé prendada, de tan guapo como me pareció, y permanecí de pie en un rincón del salón todo el tiempo que él estuvo hablando. Los niños son extraños… y terribles… Ah, sí…, empecé a pensar en él.

»Volvió… varias veces… y yo me lo comía con los ojos, con el alma…, pues era alta para mi edad… y bastante más lista de lo que pueda creerse… Volvió a menudo… Yo no hacía más que pensar en él. Decía en voz muy baja:

»¡Henry…, Henry de Sampierre!

»Luego me dijeron que se casaría contigo. Para mí fue un motivo de tristeza…, ¡oh!, ¡hermana mayor…, de tristeza…, de tristeza! Lloré durante tres noches, sin pegar ojo. Él venía todos los días, por la tarde, después de comer…, ¿lo recuerdas, verdad? No, no digas nada…, escucha. Tú le preparabas unos pasteles que le gustaban mucho…, con harina, mantequilla y leche… Oh, sé muy bien cómo se hacían… Sabría volver a hacerlos incluso ahora. Se los zampaba de un solo bocado, se tomaba un vaso de vino… y decía:“Están deliciosos”. ¿Recuerdas cómo lo decía?

»Yo estaba celosa, muy celosa… Se acercaba el día de tu boda; apenas si faltaban quince días. Me sentía enloquecer. Pensaba: “¡No ha de casarse con Suzanne, yo no quiero…! Ha de casarse conmigo, cuando sea mayor. Nunca querré igual a ningún otro…”. Pero una noche, diez días antes de las capitulaciones, tú te fuiste a dar un paseo con él por delante del castillo, a la luz de la luna… y allí…, bajo el abeto…, bajo el gran abeto…, te besó…, te besó… manteniéndote estrechada entre sus brazos largo rato…, sí… ¡Estabas tan pálida cuando volviste al salón!

»Os vi; yo estaba allí, escondida en el macizo de flores. ¡Sentí tanta rabia! ¡De haber podido os habría matado!

»Me dije:“No ha de casarse con Suzanne, ¡nunca! No ha de casarse con nadie. Sería demasiado desgraciada…”. Y de repente empecé a odiarlo ferozmente.

»Entonces, ¿sabes qué hice?… Escucha. Había visto al jardinero preparar las albóndigas para matar a los perros vagabundos. Rompía una botella con una piedra y

metía el cristal triturado dentro de la albóndiga de carne.

»Cogí del cuarto de mamá un frasquito vacío de medicamento, lo trituré con un martillo y me metí el cristal en el bolsillo. Era un polvillo brillante… Al día siguiente, apenas terminaste tú de hacer los pasteles, yo les hice un corte con el cuchillo e introduje el cristal… Él se comió tres, otro me lo comí yo… Los otros seis los tiré al estanque…, los dos cisnes murieron al cabo de tres días… ¿Lo recuerdas?… No, no digas nada…, escucha, escucha… La única que no murió fui yo…, pero he estado siempre enferma…, escucha… Él murió…, ya lo sabes…, escucha…, esto no es nada… Después…, más tarde…, siempre… ha sido lo más horrible…

»Mi vida, toda mi vida… ¡qué tormento! Me dije:“Estaré siempre con mi hermana… y en puertas de la muerte lo confesaré todo…”. Sí. Y desde entonces no he hecho más que pensar en este momento, en este momento en que te lo contaría todo… Ahora ha llegado…, es terrible…, ¡oh, hermana mayor!

»Mañana y tarde, día y noche, no he hecho sino pensar:“Debo decírselo, alguna vez…”. Esperaba… ¡Qué suplicio…! Ahora ya está… No digas nada… Ahora, tengo miedo…, tengo miedo…, ¡oh, cuánto miedo! Si volviera a verle, dentro de poco, cuando esté muerta… Volver a verle, ¿te lo imaginas? Yo, la primera… No me atrevería… Y, sin embargo, es preciso… Estoy a punto de morir… Quiero que me perdones. Lo quiero… No quiero presentarme ante él sin el perdón. Dígale que me perdone, padre, dígaselo…, se lo ruego. No puedo morir sin perdón…

Calló, y se quedó jadeando, mientras seguía arañando en la sábana con sus dedos crispados…

Suzanne se había tapado el rostro con las manos y no se movía ya. Pensaba en él, al que habría podido amar durante tanto tiempo. ¡Qué vida más dulce habrían llevado juntos! Volvía a verle, en los lejanos tiempos idos, en el viejo pasado desaparecido para siempre. ¡Muertos queridos, cómo desgarráis el corazón! ¡Oh, ese beso, su único beso! Lo había guardado en su alma. ¡Y luego nada, ya nada durante toda su vida!…

El sacerdote se enderezó de golpe y exclamó con voz fuerte y vibrante:

—¡Señorita Suzanne, su hermana está a punto de expirar!

Entonces Suzanne, separando las manos, descubrió su rostro bañado en lágrimas, y precipitándose hacia su hermana, la besó impetuosamente, balbuceando:

—Te perdono, pequeña mía, te perdono…

EL VENGADOR*

Cuando el señor Antoine Leuillet se casó con la viuda Mathilde Souris, llevaba enamorado de ella hacía casi diez años.

El señor Souris había sido su amigo, su viejo compañero de colegio. Leuillet lo quería mucho, pero le parecía un poco sandio. A menudo decía: «Ese pobre de Souris no ha inventado verdaderamente la pólvora».

Cuando Souris se casó con la señorita Mathilde Duval, Leuillet se quedó sorprendido y también un poco picado porque sentía una cierta inclinación por ella. Era la hija de una vecina, antigua tendera que se había retirado con un pequeño capitalito. Era bonita, fina e inteligente. Se casó con Souris por su dinero.

Entonces Leuillet tuvo otras esperanzas: cortejó a la mujer de su amigo. Era un buen mozo, no tenía nada de tonto y era también rico. Estaba seguro de tener éxito; en cambio, fracasó. Se enamoró entonces perdidamente y debido a la intimidad que tenía con el marido fue un enamorado discreto, tímido, azorado. La señora Souris se convenció de que no pensaba ya en ella con malas intenciones y se mostró sinceramente amiga suya. La cosa siguió así por espacio de nueve años.

Ahora bien, una mañana, un recadero le trajo a Leuillet un billete desesperado de la pobre mujer. Souris acababa de morir de repente por rotura de un aneurisma.

Ello le produjo un impacto tremendo, pues eran de la misma edad; pero casi de inmediato también una honda alegría, un alivio infinito, una sensación de liberación le recorrieron el cuerpo y la mente. La señora Souris estaba libre.

Supo mostrarse convenientemente afligido, esperó el tiempo prescrito, respetó todas las conveniencias. Al cabo de quince meses se casó con la viuda.

Su gesto fue considerado natural y hasta generoso. Era el comportamiento que cabía esperar de parte de un buen amigo, de un hombre honesto.

Finalmente fue feliz, completamente feliz.

Vivieron en la intimidad más cordial, pues se comprendían y apreciaban desde un buen comienzo. No existían secretos entre ellos y compartían sus más íntimos pensamientos. Leuillet quería ahora a su mujer serena y confiadamente, la quería como a una compañera cariñosa y abnegada, en una relación de pares, como a una

confidente. Pero a él le había quedado dentro un extraño e inexplicable rencor contra el difunto Souris, que había sido el primero en poseer a aquella mujer, que había disfrutado de la flor de su juventud y de su alma, y que la había despoetizado también un poco. El recuerdo del marido muerto estropeaba la felicidad del marido vivo; y aquellos celos póstumos atormentaban ahora día y noche el corazón de Leuillet.

Esto le llevaba a hablar continuamente de Souris, quería saber mil detalles íntimos y secretos de él, conocer todo acerca de sus costumbres y de su persona. Y le perseguía con sarcasmos hasta en la tumba, recordando con complacencia sus manías, reiterando sus defectos y sus taras.

A todas horas llamaba a su mujer de un extremo al otro de la casa:

—¿Mathilde?

—Sí, querido.

—Ven un momentito.

Ella acudía, siempre risueña, aun a sabiendas de que le hablaría de Souris y ella secundaría la inocua manía de su nuevo marido.

—Dime, ¿recuerdas esa vez que Souris quería demostrarme que los hombres bajitos tienen más éxito en el amor que los altos?

Y comenzaba a hacer observaciones desagradables sobre el difunto, bajito, y más bien halagüeñas para sí, que era alto.

La señora Leuillet le daba a entender que llevaba razón, mucha razón; y ella reía de todo corazón, burlándose bonachonamente del primer marido para mayor contento del nuevo, quien concluía siempre diciendo:

—¡Qué sandio era ese Souris!

Eran felices, completamente felices. Y Leuillet no se cansaba de demostrarle a su mujer, en todas sus manifestaciones habituales, su insaciable amor.

Ahora bien, una noche que no conseguían conciliar el sueño, emocionados ambos por un remozamiento, Leuillet, que estrechaba a su mujer entre sus brazos y la besaba con ardor, le preguntó de repente:

—Dime una cosa, tesoro.

—Sí, querido.

—Souris…, es un poco delicado lo que quiero preguntarte…. ¿Souris estaba tan… enamorado?

Ella le dio un gran beso y murmuró:

—Como tú no, tontito mío.

Halagado en su amor propio masculino, él prosiguió:

—Debía de ser… muy lerdo…, ¿verdad?

Ella no respondió. Tan sólo soltó una risita maliciosa, escondiendo el rostro en el cuello de su marido.

Él preguntó:

—Debía de ser un lerdo, y más bien…, más bien…, ¿cómo decirlo?, no muy bueno para…

Ella hizo con la cabeza un ligero movimiento que quería decir:

—Sí, no muy bueno.

—Y de noche —añadió él—, debía de ser un plasta, ¿no?

Esta vez le respondió, en un impulso de sinceridad:

—¡Oh, sí!

Leuillet la besó de nuevo por aquella respuesta y murmuró:

—¡Qué botarate el pobre! ¡Sin duda no eras feliz con él!

Ella contestó:

—No. Mi vida no era muy alegre que digamos.

Leuillet estaba en el séptimo cielo, y para sus adentros establecía un parangón, muy ventajoso para él, sobre la situación de su mujer, antes y ahora.

Permaneció un momento sin hablar, luego tuvo un sobresalto de alegría y preguntó:

—Dime una cosa.

—Sí.

—¿Quieres ser sincera, pero sincera de verdad?

—Por supuesto, querido.

—Pues, verás, ¿nunca tuviste la tentación de…, de…, de engañar a ese imbécil de Souris?

La señora Leuillet soltó un pequeño «¡oh!» de pudor, y apretó aún más el rostro contra el pecho del marido. Pero él se dio cuenta de que se estaba riendo.

Insistió:

—Vamos, dímelo… ¡Pues ese idiota tenía justamente cara de cornudo! ¡Sería tan divertido, tan divertido!… Pobre Souris. Vamos, querida, a mí puedes decírmelo, a mí, sobre todo a mí…

Insistía sobre el «a mí», pensando que, si alguna vez ella había tenido la intención de engañar a Souris, habría sido con él; y se estremecía de placer esperando esta confesión, convencido de que, si ella no hubiera sido una mujer honesta como era, se le habría entregado entonces.

Ella seguía sin responder, y riendo como si recordara algo enormemente cómico.

¡También Leuillet se echó a reír sólo de pensar que habría podido pegársela a Souris! ¡Menuda jugada! ¡Menuda broma! ¡Sí, una buena broma!

Balbuceaba, sacudido por su alegría:

—¡Pobre Souris, sí, pobre Souris, si tenía cara de cornudo, sí, sí!

La señora Leuillet se retorcía bajo las sábanas, reía hasta las lágrimas, casi soltando grititos.

Leuillet repetía:

—Vamos, dímelo, dímelo; sé sincera. Comprende que, a mí, ello no puede disgustarme.

Entonces ella, sin aliento, balbució:

—Sí, sí.

El marido insistía:

—¿Sí qué? Vamos, cuéntamelo todo.

Ahora reía con discreción y, levantando la boca hasta el oído de Leuillet, quien se esperaba una agradable confidencia, susurró:

—Sí, le traicioné.

Él sintió que un escalofrío le recorría el espinazo y farfulló, desconcertado:

—Tú…, tú…, le engañaste…, ¿en serio?

Ella creyó que él seguía divirtiéndose locamente con el asunto y respondió:

—Sí…, en serio…, en serio.

Leuillet se quedó tan impresionado que tuvo que sentarse en la cama, rota la respiración, tan trastornado como si se hubiera enterado de que el cornudo era él.

No dijo nada al principio; luego, al cabo de unos segundos, se limitó a pronunciar:

—¡Ah!

También ella había dejado de reír, cayendo en la cuenta demasiado tarde de su error.

Finalmente, Leuillet preguntó:

—¿Y con quién?

Ella se quedó callada, buscando una excusa.

Leuillet insistió:

—¿Con quién?

—Con un joven —contestó ella.

Volviéndose de golpe hacia su mujer, Leuillet dijo con voz seca:

—¡Me imagino que no sería con una cocinera! ¡Quiero saber con quién, con qué joven!

Ella no respondió. Leuillet cogió la sábana con la que ella se cubría la cabeza y la lanzó en medio de la cama, repitiendo:

—Quiero saber con qué joven, lo entiendes, ¿sí o no?

Ella dijo con esfuerzo:

—Pero si bromeaba.

Pero él temblaba de ira:

—¿Cómo que bromeabas? ¿Quieres bromear? Entonces, ¿me tomabas el pelo? ¿Es que te crees que soy tonto? ¡Dime el nombre de ese joven!

Ella no respondió, permaneciendo boca arriba, inmóvil.

Leuillet la cogió por un brazo, apretándoselo con fuerza:

—En una palabra, ¿quieres entender o no lo que te digo? ¡Cuando yo hago una pregunta quiero que me respondas!

Entonces ella dijo nerviosamente:

—¡Parece que te hayas vuelto loco…, déjame en paz!

Él temblaba de furia, tan irritado que no sabía ya qué decir, exasperado; y la sacudía con todas sus fuerzas, repitiendo:

—¿Entiendes lo que te digo?, ¿lo entiendes?

Ella hizo un gesto brusco para soltarse y con la yema de los dedos tocó la nariz de su marido, que se puso hecho un basilisco, creyendo que lo había hecho aposta, y se le echó encima en un arranque.

La tenía ahora debajo y la abofeteaba con todas sus fuerzas, gritando:

—¡Sí, sí, toma, toma, aquí tienes, asquerosa, furcia!, ¡furcia!

Luego, cuando se sintió sin aliento y extenuado, se levantó y fue hacia la cómoda para prepararse un vaso de agua con azucarillo con sabor a azahar, porque se sentía a punto de desfallecer.

Y ella lloraba en la cama, lanzando grandes sollozos, sintiendo que, por su culpa, se había acabado su felicidad.

Entonces, en medio de las lágrimas, ella balbució:

—Escucha, Antoine, ven aquí, te he mentido, lo comprenderás…, escucha…

Dispuesta a defenderse ahora, armada de razones y de astucias, alzó un poco la cabeza despeinada bajo la cofia torcida.

Volviéndose hacia ella, él se acercó, avergonzado de haberle pegado, pero sintiendo vivo en el fondo de su corazón de marido un inextinguible odio contra esa mujer que había engañado al otro, a Souris.

EL CORDEL*

A Harry Alis

Por todos los caminos de los alrededores de Goderville, los campesinos y sus mujeres se dirigían a pie al pueblo, pues era día de mercado. Los hombres iban, a paso tranquilo, con el cuerpo inclinado hacia delante a cada movimiento de sus largas piernas arqueadas, deformadas por el duro trabajo, por el esfuerzo sobre el arado que desequilibra el hombro izquierdo y hace desviarse también la cintura, por la siega del trigo que obliga a abrir las rodillas para tener un mayor equilibrio, por todas las labores lentas y fatigosas del campo. Sus blusones azules, almidonados y lustrosos, como barnizados, adornados en cuello y puños con un pequeño bordado de hilo blanco, hinchados en torno al torso huesudo, parecían un globo presto a volar, de donde salían una cabeza, dos brazos y dos pies.

Unos tiraban del extremo de una cuerda una vaca, un buey. Y, detrás del animal, sus mujeres le azotaban el lomo con una rama provista aún de sus hojas, para apresurar su marcha. En el brazo llevaban unas anchas cestas de donde salían cabezas de gallinas por aquí, cabezas de patos por allá. Caminaban a paso más corto y rápido que sus hombres, la figura seca y erguida y envuelta en un mantoncillo estrecho, abrochado sobre su pecho plano, la cabeza ceñida con un pañuelo blanco que cubría sus cabellos y coronada de una toca.

Al trote traqueteante de una jaca pasaba un carro que sacudía extrañamente a dos hombres sentados uno al lado del otro y a una mujer en el fondo del vehículo, que se agarraba a un lateral para amortiguar los fuertes bandazos.

En la plaza de Goderville había una infinidad de gente, un hervidero de humanos y de animales entremezclados. Los cuernos de los bueyes, los altos sombreros de pelo largo de los labriegos ricos y las tocas de las campesinas sobresalían por encima de aquella aglomeración. Y las voces chillonas, agudas, estridentes, armaban un griterío continuo y salvaje que dominaba a veces una gran risotada lanzada por el robusto pecho de un campesino contento, o por el largo mugido de una vaca atada al muro de una casa.

Todo allí olía a establo, a leche y a estercolero, a heno y a sudor, desprendía ese

regusto agrio, horrible, humano y bestial, particular de la gente de campo.

El compadre Hauchecorne, de Bréauté, acababa de llegar a Goderville, y se dirigía a la plaza, cuando vio en el suelo un trocito de cordel. El compadre Hauchecorne, ahorrador como verdadero normando que era, pensó que todo cuanto puede servir hay que recogerlo; y se agachó no sin esfuerzo, pues padecía de reumatismo. Cogió del suelo ese trozo de delgado cordel y se disponía a enrollarlo con cuidado cuando observó, en el umbral de su puerta, al compadre Malandain, el guarnicionero, que le miraba. Tiempo atrás habían tenido sus más y sus menos por un ronzal, y los dos seguían picados, pues ambos eran rencorosos. El compadre Hauchecorne sintió una cierta vergüenza por haber sido pillado así por su enemigo, recogiendo un cordel entre las cagarrutas. Se lo escondió rápidamente debajo de su blusón, y luego en un bolsillo del pantalón; y a continuación fingió seguir buscando por el suelo algo que no conseguía encontrar, hasta que finalmente se fue hacia el mercado, con la cabeza inclinada hacia delante, doblado en dos por sus dolores.

No tardó en perderse entre la multitud lenta y chillona, agitada por los tratos interminables. Los campesinos palpaban las vacas, se iban, volvían, indecisos, temiendo siempre que se la pegasen, sin atreverse nunca a decidirse, intentando leer en la mirada de los vendedores, tratando continuamente de descubrir la astucia del hombre y el defecto del animal.

Las mujeres, tras colocar a sus pies sus grandes cestas, habían sacado fuera sus aves de corral que estaban tiradas en el suelo atadas por las patas, los ojos despavoridos y la cresta escarlata.

Escuchaban las propuestas, mantenían el precio, con expresión desabrida y rostro impasible; o bien se decidían de golpe a la rebaja propuesta y le gritaban al cliente que se alejaba lentamente:

—De acuerdo, compadre Anthime, lléveselo.

Luego, poco a poco, la plaza se despejó y, mientras sonaba el *Ángelus* de mediodía, los que vivían lejos se distribuyeron por los mesones.

En el de Jourdain, la sala grande estaba llena de clientes, así como el vasto patio abarrotado de toda clase de vehículos, carretas, cabriolés, faetones, tílburis, innumerables carricoches, amarillentos de estiércol, deformados, recompuestos, que dirigían al cielo, como dos brazos, sus varales, o con la delantera en tierra y la trasera al aire.

Muy cerca de los comensales sentados a la mesa, la inmensa chimenea, desbordante de llamas luminosas, desprendía un vivo calor sobre las espaldas de la fila de la derecha. Tres asadores giraban, con pollos, pichones y piernas de cordero ensartados; y un delicioso olor a carne asada y a goteantes jugos sobre la piel dorada, salía del hogar, alegraba los ánimos y hacía las bocas agua.

Toda la aristocracia del arado comía allí, en el mesón de Jourdain, posadero y

chalán, un tipo listo que tenía muchos cuartos.

Pasaban las fuentes, se vaciaban lo mismo que las jarras de rubia sidra. Todos hablaban de sus negocios, de sus compras y de sus ventas. Se informaban sobre las cosechas. El tiempo que hacía era bueno para los prados, pero algo húmedo para los trigos.

De pronto, en el patio delantero de la casa se oyó el redoblar de un tambor. Se pusieron todos en pie, excepto unos pocos indiferentes, y corrieron a la puerta, a las ventanas, con la boca llena y servilleta en mano.

Terminado su redoble, el pregonero, con voz entrecortada y marcando el ritmo de las frases, vociferó:

—Se hace saber a los vecinos de Goderville, y al público en general, a las personas presentes en el mercado, que esta mañana se perdió, en el camino de Beuzeville, entre las nueve y las diez, una cartera de cuero negro, que contenía quinientos francos y documentos varios. Se ruega su devolución inmediata en la alcaldía, o en casa del compadre Fortuné Houlbrèque, de Manneville. Se gratificará con veinte francos.

Luego el hombre se fue. Se oyó de nuevo a lo lejos los sordos redobles del instrumento y la voz debilitada del pregonero.

La gente se puso entonces a hablar de aquel suceso, enumerando las probabilidades que tenía el compadre Houlbrèque de recuperar o no su cartera.

Y terminó la comida.

Estaban acabando de tomar el café, cuando el cabo de la gendarmería apareció en la puerta.

Preguntó:

—¿Se encuentra aquí el compadre Hauchecorne, de Bréauté?

El compadre Hauchecorne, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa, respondió:

—Soy yo.

Y el cabo prosiguió:

—Compadre Hauchecorne, ¿tendría la bondad de acompañarme a la alcaldía? El señor alcalde quiere hablar con usted.

El campesino, sorprendido e inquieto, se tomó de un trago su vaso, se levantó y, más encorvado aún que por la mañana, pues los primeros pasos después de cada descanso eran particularmente difíciles, se puso en marcha repitiendo:

—A su disposición, a su disposición.

Y siguió al cabo.

El alcalde le esperaba, sentado en un sillón. Era el notario del lugar, hombre obeso, grave, de frases pomposas.

—Compadre Hauchecorne —dijo—, se le ha visto recoger esta mañana, en el

camino de Beuzeville, la cartera perdida por el compadre Houlbrèque, de Manneville.

Desconcertado, el labrador miraba al alcalde, atemorizado ya por esa sospecha que pesaba sobre él, sin que comprendiera la razón.

—¿Que yo, yo, he recogido esa cartera?

—Sí, usted.

—Palabra de honor que no sé nada del asunto.

—Le han visto.

—¿Me han visto? ¿Y quién me ha visto?

—El señor Malandain, el guarnicionero.

Entonces el viejo se acordó, comprendió y, encendido de ira, exclamó:

—¡Ah, me ha visto, ese malaje! Lo que me ha visto recoger es este cordel, aquí lo tiene, señor alcalde.

Y, rebuscándose en el fondo del bolsillo, sacó el pequeño trozo de cordel.

Pero el alcalde, incrédulo, meneaba la cabeza.

—No querrá hacerme creer, compadre Hauchecorne, que el señor Malandain, que es persona digna de crédito, ha confundido ese hilo con una cartera.

El campesino, furioso, alzó la mano y escupió a un lado para atestiguar su honor, repitiendo:

—Pues es la pura verdad, la sacrosanta verdad, señor alcalde. Se lo juro por lo más sagrado, señor alcalde.

El alcalde continuó:

—Tras haber recogido la cartera siguió buscando usted largo rato entre el barro, por si se le hubiera escapado alguna moneda.

El viejo se sofocaba de indignación y de temor.

—¡Pero qué cosas son capaces de inventarse!…, ¡qué cosas!…, ¡mentiras así para calumniar a un hombre honrado! ¡Qué cosas!…

Pero por más que protestó, no le creyeron.

Se le sometió a un careo con el señor Malandain, que repitió y se mantuvo en lo dicho. Se injuriaron por espacio de una hora. A petición suya, el compadre Hauchecorne fue cacheado. No le encontraron nada encima.

Finalmente, el alcalde, muy indeciso, le dejó irse, advirtiendo que pondría el caso en conocimiento de la justicia y pediría que se instruyera una causa.

La noticia había corrido. A su salida de la alcaldía, el viejo se vio rodeado, interrogado con una curiosidad seria o guasona, pero en la que no había ni sombra de indignación. Y él se puso a contar la historia del cordel. No le creyeron. La gente se lo tomaba a risa.

Siguió andando, parado por todos, parando él mismo a sus conocidos, comenzando de nuevo sin cesar su relato y sus protestas, mostrando sus bolsillos vueltos del revés, para probar que no tenía nada.

Le decían:

—Pero ¡vamos, viejo zorro!

Y él se ofendía, se exasperaba, enardecido, desconsolado porque no le creían, sin saber qué hacer, y contando siempre su historia.

Llegó la noche. Había que irse. Se puso en camino con tres vecinos a los que indicó el lugar donde había recogido el trocito de cordel; y por el camino no habló sino de su historia.

Por la noche dio una vuelta por el pueblo de Bréauté para contársela a todos. Pero no encontró más que a incrédulos.

Pasó una noche infernal.

Al día siguiente, a eso de la una, Marius Paumelle, gañán del señor Breton, agricultor de Ymauville, devolvió la cartera con todo lo que contenía al compadre Houlbrèque de Manneville.

Decía haberla encontrado por el camino; pero, como no sabía leer, se la había llevado a casa para entregársela a su amo.

La noticia corrió por los alrededores. El compadre Hauchecorne fue informado de ello y se puso enseguida en circulación para contar su historia completada con el desenlace. Estaba triunfante.

—Lo que me dolía —decía— no era el hecho en sí, como comprenderán, sino la mentira. No hay nada peor que sufrir reprobación por una mentira.

Hablaba todo el santo día de su historia, la contaba por los caminos a la gente que pasaba y a la que estaba tomando un trago en la taberna, y a la salida de la iglesia al domingo siguiente. Paraba a los desconocidos para contársela. Aunque estaba ahora más tranquilo, algo le molestaba sin que supiera muy bien el qué. La gente parecía no tomarle en serio. Se hubiera dicho que estaban poco convencidos. Y tenía la impresión de que hacían comentarios a sus espaldas.

El martes de la semana siguiente se fue para el mercado de Goderville, nada más que movido por la necesidad de contar su caso.

Malandain, de pie en su puerta, se echó a reír al verle pasar. ¿Por qué?

Paró a un hacendado de Criquetot, que no le dejó terminar su relato y, dándole una palmadita en la panza, le gritó a la cara:

—Pero ¡vamos, viejo zorro! —Y se dio media vuelta.

El compadre Hauchecorne se quedó desconcertado y cada vez más inquieto. ¿Por qué le habían llamado «viejo zorro»?

Cuando se sentó a la mesa, en el mesón de Jourdain, se puso de nuevo a explicar su caso.

Un chalán de Montivilliers le gritó:

—¡Ya, ya, tunante, que me conozco la historia, qué cordel ni qué porras!

Hauchecorne balbució:

—¡Pero si se encontró la cartera!

El otro añadió:

—Mejor estarías calladito, abuelo, uno la encuentra y otro la devuelve. Y aquí no ha pasado nada.

El campesino se quedó sin habla. Finalmente había comprendido. Le acusaban de haber hecho devolver la cartera por mediación de un compadre, de un cómplice.

Trató de protestar. Todos en la mesa rompieron a reír.

Se fue sin haber terminado de comer, en medio de las burlas.

Volvió a casa avergonzado e indignado, atragantándose de la rabia, de la confusión, y tanto más aterrado cuanto que habría sido muy capaz, con su astucia de normando, de hacer aquello de lo que se le acusaba, e incluso de jactarse de ello como de una buena astucia. Siendo como era conocida su malicia, sentía confusamente que le era imposible demostrar su inocencia. Y se sentía herido por lo injusto de la sospecha.

Empezó entonces a contar de nuevo su aventura, alargándola cada día, añadiéndole cada vez nuevas justificaciones, protestas más enérgicas, juramentos más solemnes que pensaba y preparaba cuando se hallaba a solas, obsesionado con el asunto del cordel. Cada vez le creían menos, ahora que su defensa era más complicada y más sutiles sus argumentos.

—Éstas son las razones de un mentiroso —decían a sus espaldas.

Él lo oía, se hacía mala sangre, se agotaba en esfuerzos inútiles.

Se desmejoraba a ojos vista.

Ahora los guasones le hacían contar «la historia del cordel» sólo por diversión, como se hace contar sus batallitas al soldado que ha hecho una campaña. Su espíritu, profundamente afectado, se debilitaba.

Hacia finales de diciembre, se metió en cama.

Murió a principios de enero y, en el delirio de la agonía, atestiguaba su inocencia, repitiendo:

—Un trozo de cordel…, un trozo de cordel…, ese de ahí, señor alcalde.

LA MANO*

Formaban corro en torno al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso caso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, ese crimen inexplicable traía loco a todo París. Nadie entendía nada.

El señor Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con la mirada clavada en la boca afeitada del magistrado,[1] de la que salían serias palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su medrosa curiosidad, por esa ávida e insaciable necesidad de espanto que asalta su alma, las tortura como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante una pausa:

—Es horrible. Parece algo *sobrenatural*. No se conseguirá saber nunca nada.

El magistrado se volvió hacia ella:

—Sí, señora, es probable que no se llegue a saber nunca nada. En cuanto a la palabra «sobrenatural» que acaba usted de emplear, no tiene nada que ver con este caso. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido, muy hábilmente ejecutado, aunque tan envuelto de misterio que éste es inseparable de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero ya tuve, en otra ocasión, que seguir un caso en el que verdaderamente parecía mezclarse algo de fantástico. Hubo que abandonarlo, por otra parte, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron al mismo tiempo y tan deprisa que sus voces se convirtieron en una sola:

—¡Oh, cuéntenoslo!

El señor Bermutier sonrió con aire grave, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

—Al menos no vayan a creer que yo pude, ni por un momento, suponer la existencia en esta aventura de algo de sobrehumano. Yo no creo más que en las causas naturales. Pero si, en vez de emplear la palabra «sobrenatural» para expresar lo que no comprendemos, nos sirviéramos simplemente de la palabra «inexplicable», resultaría mucho más pertinente. De todas formas, en el caso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias ambientales, las circunstancias preparatorias las

que me impresionaron vivamente. En fin, he aquí los hechos.

*

Era yo por aquel entonces juez de instrucción en Ajaccio, una pequeña ciudad blanca, asentada en torno a un golfo admirable rodeado de altas montañas por todas partes.

Lo que allí tenía que perseguir eran sobre todo casos de *vendetta*. Los había magníficos, dramáticos hasta extremos inconcebibles, feroces, heroicos. Pueden encontrarse los más hermosos casos de *vendetta* que imaginarse pueda: odios seculares, aplacados momentáneamente, pero nunca olvidados, astucias abominables, asesinatos que se convierten en masacres y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, de ese terrible prejuicio corso que obliga a vengar toda ofensa en la persona que la ha cometido, en sus descendientes y parientes. Había visto degollar a viejos, niños, primos; tenía la cabeza llena de estas historias.

Un día me enteré de que un inglés acababa de alquilar por varios años un chalecito al final del golfo. Se había traído consigo un criado francés, contratado a su paso por Marsella.

Pronto todo el mundo se interesó por este personaje singular, que vivía solo en su casa y que no salía más que para ir de caza o de pesca. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad y, todas las mañanas, dedicaba una o dos horas a practicar tiro con pistola y con carabina.

Surgieron una serie de leyendas en torno a él. Había quien aseguraba que era un alto personaje huido de su patria por motivos políticos; luego hubo quien afirmó que se escondía después de haber cometido un crimen espantoso. Se referían incluso circunstancias particularmente horribles.

En mi calidad de juez instructor quise recabar alguna información sobre ese hombre; pero me fue imposible saber nada. Se hacía llamar John Rowell.

Me limité, pues, a vigilarle de cerca; pero nada, en realidad, me indicaba que fuera digno de sospecha.

Pero, como seguían circulando rumores sobre él, rumores que no hacían sino aumentar y extenderse, decidí que trataría de conocer personalmente a ese extranjero, y comencé a ir habitualmente de caza por los alrededores de su casa.

Esperé largo tiempo una oportunidad. Hasta que finalmente llegó en forma de una perdiz que maté precisamente en las mismas barbas del inglés. Mi perro me la trajo y yo, perdiz en mano, fui a disculparme por mi inconveniencia y a rogarle a sir John Rowell que aceptara el ave muerta.

Era un hombrón pelirrojo, de barba también rojiza, muy alto y grueso, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica y

me agradeció vivamente mi delicadeza en un francés con un marcado acento del otro lado del canal de la Mancha. Al cabo de un mes, habíamos hablado cinco o seis veces.

Finalmente, una tarde en que yo pasaba por delante de su puerta vi que estaba fumando en pipa, a horcajadas de una silla, en su jardín. Le saludé, y él me invitó a entrar para tomarnos una cerveza. No se lo hice repetir.

Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa, habló con elogio de Francia, de Córcega, declaró que le gustaba mucho *esta* país, y *este* costa.

Entonces yo le hice, con grandes precauciones y so pretexto de sentir un vivo interés, algunas preguntas sobre su vida, sobre sus proyectos. Él me respondió sin tapujos, contándome que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió entre risas:

«¡Yo vivir muchas aventuras!, *oh, yes*!».

Luego me puse a hablar de nuevo de la caza, y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso de la caza del gorila.

Dije yo:

«Todos esos animales son temibles».

Él sonrió:

—¡Oh!, no, el peor ser el hombre.

Se echó a reír abiertamente, con esa risotada muy suya de gordo inglés satisfecho:

«Yo haber mucho cazado también al hombre».

Luego habló de armas, y me invitó a entrar en su casa para enseñarme varios tipos de rifles.

El salón estaba tapizado en negro, de seda negra recamada de oro. Unas grandes flores amarillas se sucedían en el tejido oscuro, brillantes como fuego.

Me dijo:

«Ser tela japonesa».

Pero, en medio del entrepaño más amplio, un extraño objeto atrajo mi atención. En un marco de terciopelo rojo destacaba una cosa negra. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No la mano de un esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra disecada, con las uñas amarillentas, los músculos al descubierto y rastros de sangre antigua, de una sangre parecida a la roña, sobre los huesos seccionados por un corte limpio, como con un golpe de hacha, hacia la mitad del antebrazo.

En torno a la muñeca, una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro sucio, la sujetaba a la pared mediante una anilla lo bastante resistente como para mantener atado a un elefante.

Pregunté:

«¿Qué es eso?».

El inglés respondió tan tranquilo:

«Ser mi enemigo mejor. Venir de América. Haber sido cortada con el sable y arrancada la piel con una piedra cortante, y secada al sol durante ocho días. Ooh, muy buena para mí, ésta».

Toqué aquel resto humano, que debía de haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban unidos mediante unos tendones enormes que conservaban en algunos puntos tiras de piel. Esta mano era espantosa, tan desollada, y hacía pensar espontáneamente en una venganza de salvajes.

Dije:

«Este hombre debía de ser muy fuerte».

El inglés manifestó con tono suave:

«*Ooh*, *yes*; pero yo ser más fuerte que él. Tener esta cadena para sujetarle».

Creí que bromeaba. Dije:

«Esta cadena es ya inútil; la mano no puede huir».

Sir John Rowell me respondió, serio:

—Querer siempre escapar. Cadena necesaria.

Con una rápida ojeada escruté su rostro, diciéndome: «¿Es un loco o le gustan las bromas de mal gusto?».

Pero su rostro permanecía impenetrable, tranquilo y benévolo. Cambié de tema de conversación y me puse a mirar con admiración los rifles.

Sin embargo, observé que había tres revólveres cargados encima de los muebles, como si aquel hombre hubiera vivido con el temor constante de un ataque.

Volví varias veces a su casa. Luego dejé de ir. La gente se había acostumbrado a su presencia; resultaba indiferente para todos.

Pasó un año entero. Ahora bien, una mañana, hacia fines de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que sir John Rowell había sido asesinado por la noche.

Una media hora más tarde, entré en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, desconcertado y desesperado, lloraba delante de la puerta. Al principio sospeché de ese hombre, pero era inocente.

No se pudo encontrar nunca al culpable.

Al entrar en el salón de sir John, vi al primer vistazo el cadáver tumbado de espaldas, en medio de la estancia.

Su chaleco estaba desgarrado, una manga arrancada colgaba, todo anunciaba que se había producido una lucha terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro y abotargado, aterrador, parecía expresar un horrible espanto; mantenía algo entre sus dientes apretados; y el cuello, con cinco agujeros que se hubieran dicho hechos con unas puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Un médico vino al cabo de un rato. Examinó largamente las huellas de los dedos en la carne y pronunció estas extrañas palabras:

«Se diría que ha sido estrangulado por un esqueleto».

Un escalofrió me recorrió el espinazo, y dirigí la mirada hacia la pared, hacia el lugar donde había visto en otro tiempo la horrible mano de figura anatómica desollada. Ya no estaba. La cadena, rota, pendía.

Entonces me agaché sobre el muerto, y encontré en su boca crispada uno de los dedos de esa mano desaparecida, cortado o más bien serrado por los dientes exactamente en la segunda falange.

Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros guardianes no se habían despertado.

He aquí, en pocas palabras, la deposición del criado:

«Desde hacía un mes, su amo parecía agitado. Había recibido muchas cartas, que quemaba una vez leídas».

»A menudo, cogía una fusta, en un arranque de ira que se hubiera dicho locura, y golpeaba furiosamente con ella la mano disecada que estaba clavada en la pared y desaparecida, no se sabe cómo, en el mismo momento del crimen.

»Se iba a la cama muy tarde y se encerraba a cal y canto. Tenía siempre armas al alcance de la mano. A menudo, de noche, hablaba en voz alta, como si discutiera con alguien.

Aquella noche, por una casualidad, no había hecho ningún ruido, y el sirviente se había dado cuenta al entrar para abrir las ventanas de que sir John había sido asesinado. No sospechaba de nadie.

Referí cuanto sabía del muerto a los magistrados y a los agentes de la fuerza pública y se realizó una investigación minuciosa en toda la isla. No se descubrió nada.

Ahora bien, una noche, tres meses después del crimen, tuve una terrible pesadilla. Me pareció ver la mano, esa horrenda mano, correr como un escorpión o como una araña por las cortinas y las paredes de mi habitación. Tres veces me desperté, tres veces volví a dormirme, tres veces volví a ver esos restos asquerosos corretear alrededor de mi habitación moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron, la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell, enterrado allí al haber sido imposible dar con el paradero de su familia. Faltaba el dedo índice.

Éste es mi relato, señoras. No sé nada más.

*

Las señoras, espantadas, estaban pálidas y temblorosas. Una de ellas exclamó:

—¡Pero esto no es un desenlace! No existe explicación. No conseguiremos

dormir si no nos dice cómo se desarrollaron los hechos, según usted.

El magistrado sonrió con aire grave:

—¡Oh!, señoras, mucho me temo que voy a frustrar sus terribles elucubraciones. Creo simplemente que el legítimo propietario de la mano no había muerto y vino a buscarla, con la que le quedaba. Pero no conseguí saber cómo lo hizo. Fue una especie de *vendetta*.

Una de las mujeres murmuró:

—No, no debió de ser eso.

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, dijo a modo de conclusión:

—Ya les dije que mi explicación no las satisfaría.

COCO*

La hacienda de Lucas era conocida en los alrededores como «la Alquería». No se habría sabido decir el porqué. Los campesinos, sin duda, asociaban a la palabra «alquería» una idea de riqueza y de grandeza, pues esa granja era sin duda la más grande, la más opulenta y la mejor organizada de la comarca.

El patio, inmenso, rodeado de cinco filas de árboles magníficos para mantener al abrigo del fuerte viento de la llanura los manzanos achaparrados y delicados, encerraba largos edificios entejados para conservar el forraje y el grano, bonitos establos construidos con sílex, caballerizas para treinta caballos, y una vivienda de ladrillo rojo, que parecía un pequeño castillo.

Los estercoleros estaban cuidados; los perros guardianes vivían en perreras, una multitud de aves de corral andaban por la alta hierba.

Cada mediodía, quince personas, entre amos, criados y sirvientes, tomaban asiento en torno a la larga mesa de cocina donde humeaban las sopas en un gran recipiente de loza con unas flores azules.

Los animales, caballos, vacas, puercos y corderos, estaban gordos, cuidados y limpios; y el señor Lucas, un hombrón con una incipiente tripa, hacía su ronda tres veces al día, velando sobre todo y pensando en todo.

Se conservaba, por caridad, en la caballeriza, un caballo blanco muy viejo que la dueña quería alimentar hasta que muriera de muerte natural, porque lo había criado, conservado siempre y le traía muchos recuerdos.

Un gañán de quince años, llamado Isidore Duval, y conocido más simplemente como Zidore, se cuidaba de aquel inválido, le daba, durante el invierno, su ración de avena y su forraje, y tenía que ir, en verano, cuatro veces al día, a llevarlo a la pendiente donde se le ataba, para que tuviera abundancia de hierba fresca.

El animal, casi tullido, levantaba a duras penas sus pesadas patas, de rodillas gruesas e hinchadas por encima de los cascos. Su pelambre, que ya nunca se almohazaba, semejaba un pelo canoso, y unas pestañas muy largas daban a sus ojos un aire tristón.

Cuando Zidore le llevaba a la hierba, tenía que tirar del ronzal, tan lentamente caminaba el animal; y el chaval, encorvado, jadeando, maldecía contra él,

exasperándose por tener que cuidar a esa vieja yegua.

La gente de la alquería se divertía viendo la ira del mozo contra Coco y le hablaban continuamente del caballo a Zidore para exasperar al muchacho. Sus compañeros le hacían bromas sobre él. En el pueblo le llamaban Coco-Zidore.

El chaval rabiaba, sintiendo nacer en él el deseo de vengarse del caballo. Era un chico delgado y de piernas largas, muy sucio, pelirrojo, con unos pelos espesos, duros y erizados. Tenía cara de estúpido, hablaba balbuceando, con un esfuerzo infinito, como si las ideas no consiguieran tomar forma en su alma obtusa de bruto.

Desde hacía ya mucho tiempo, estaba asombrado de que conservaran aún a Coco, y se indignaba de ver cómo tiraban el dinero por ese inútil animal. Le parecía injusto, si ya no trabajaba, que le dieran de comer, le repugnaba ver malgastar la avena, una avena que costaba tan cara, para ese rocín paralítico. Ocurría a menudo que, pese a las órdenes del señor Lucas, ahorraba en el sustento del caballo, dándole sólo media ración de avena, escatimando también en la pajaza y en el heno. Y en su confuso cerebro de muchacho crecía el odio, un odio de campesino rapaz, de campesino solapado, feroz, brutal y cobarde.

A la vuelta del verano, tuvo que empezar de nuevo a sacar al animal hasta la pendiente. Era lejos. El mozo, cada mañana más furioso, salía con su paso pesado a través de los trigales. Los hombres que estaban trabajando en las tierras le gritaban en son de broma:

—Eh, Zidore, mis saludos respetuosos a Coco.

Él no contestaba; pero, al pasar junto a un seto, rompía una pequeña rama y, tras haber desplazado la estaca en la que ataba al viejo caballo, dejaba que se pusiera a pacer de nuevo y luego, acercándose a traición, le daba unos buenos golpes en los corvejones. El animal trataba de huir, de cocear, de escapar a los golpes, y daba vueltas en redondo tensando la cuerda, como si hubiera estado en una pista. Y el mozo lo fustigaba con rabia, corriendo tras él con saña, con los dientes apretados de la ira.

Luego se marchaba lentamente, sin volver la vista atrás; y el caballo le miraba alejarse, con su mirada de viejo, las costillas salientes, resoplando a causa del trote. Y no volvía a agachar hacia la hierba su cabeza huesuda y blanca hasta haber visto desaparecer en la distancia el blusón azul del joven campesino.

Como las noches eran calurosas, se dejaba pasar ahora a Coco la noche al raso, allí, al borde de la barranca, tras el bosque. Sólo Zidore iba a verlo.

El chico se divertía también tirándole piedras. Se sentaba a diez pasos de él, en un ribazo, y se quedaba una media hora lanzando de vez en cuando una piedra cortante al rocín, que permanecía de pie, atado delante de su enemigo, sin quitarle los ojos de encima y sin osar ponerse de nuevo a pacer hasta que no se hubiera ido.

Pero en la cabeza del gañán había siempre este pensamiento, fijo como un clavo:

«¿Por qué dar de comer a un caballo que no hacía ya nada?». Le parecía que aquel miserable jamelgo quitaba el alimento a los demás, les robaba a los hombres lo que era suyo, el bien de Dios, le robaba incluso a él, Zidore, que trabajaba.

Entonces, poco a poco, cada día, el mozo comenzó a disminuir la franja de pasto que concedía al animal desplazando la estaca a la que estaba atada la cuerda.

El animal ayunaba, adelgazaba, se desmejoraba. Demasiado débil para romper la atadura, estiraba la cabeza hacia la espesa y reluciente hierba, tan próxima, y cuyo olor le llegaba sin que pudiera tocarla.

Pero, una mañana, Zidore tuvo una idea: no desplazar más a Coco. Estaba harto de hacer tanto camino por ese costal de huesos.

Sin embargo, fue con él, para saborear su venganza. El inquieto animal le miraba. Aquel día no lo fustigó. Daba vueltas en torno a él, con las manos en los bolsillos. Incluso hizo ademán de cambiarle de sitio, pero volvió a hincar la estaca precisamente en el mismo agujero, y se marchó, encantado de su ocurrencia.

El caballo, al verle partir, relinchó para llamarle; pero el mozo se echó a correr, dejándole solo, totalmente solo, en su valle, bien atado, y sin una brizna de hierba al alcance de su quijada.

Hambriento, trató de alcanzar la hierba grasa que conseguía tocar con la punta de sus ollares. Se arrodilló, estirando el cuello y alargando sus grandes labios babosos. Pero fue en vano. Durante todo el día, el viejo animal se agotó en esfuerzos inútiles y terribles. Lo devoraba el hambre, vuelta más espantosa aún al ver todo aquel verde que se extendía hasta donde se perdía la vista.

Durante todo el día el gañán no volvió. Anduvo por los bosques buscando nidos.

Volvió a aparecer al día siguiente. Coco, extenuado, se había echado. Se levantó al ver al chico, esperando que le cambiara por fin de sitio.

Pero el joven campesino ni siquiera tocó la estaca clavada en la hierba. Se acercó, miró al animal, le lanzó al morro un terrón que se desmenuzó contra el blanco pelaje, y se volvió a ir silbando.

El caballo permaneció derecho mientras pudo ver al mozo; luego, intuyendo lo inútiles que serían sus esfuerzos por alcanzar la hierba, se echó de nuevo sobre un costado y cerró los ojos.

Al día siguiente, Zidore no fue.

Cuando a los dos días se acercó a Coco, que seguía echado, advirtió que había muerto.

Entonces se quedó de pie mirándolo, contento de lo que había hecho, así como asombrado de que todo hubiera acabado tan rápido. Lo tocó con el pie, le levantó una pata, la dejó caer, se sentó encima de él y permaneció así, mirando la hierba, sin pensar en nada.

Volvió a la alquería, pero no dijo nada porque quería seguir vagando durante las

horas en que, de ordinario, iba a cambiar al caballo de sitio.

Fue a verlo al día siguiente. Unos cuervos alzaron el vuelo a su llegada. Un sinfín de moscas se paseaba por encima del cadáver y zumbaban alrededor.

A su vuelta comunicó la muerte. El animal estaba tan viejo que nadie se asombró. El señor dijo a dos de sus mozos:

—Coged las palas e id a hacer un hoyo en el sitio donde se encuentra.

Los hombres enterraron al caballo donde éste había muerto de hambre.

Y la hierba brotó frondosa, verde y tupida, nutrida por aquel pobre cuerpo.

ROSE*

Las dos jóvenes parecen sepultadas bajo un manto de flores. Están solas en el inmenso landó cargado de ramos como un gigantesco canastillo. En el asiento delantero, dos banastillas de raso blanco están llenas de violetas de Niza, y sobre la piel de oso que cubre sus rodillas un montón de rosas, de mimosas, de alhelíes, de margaritas, de nardos y de flores de azahar, atadas con cintas de seda, parece aplastar los dos cuerpos delicados, sin dejar asomar de ese lecho espléndido y aromático más que los hombros, los brazos y un poco de los corpiños, uno de los cuales es azul y el otro lila.

El látigo del cochero está guarnecido de anémonas; los tiros de los caballos, acolchados con rabanillos; los rayos de las ruedas, revestidos de resedas; y, en el lugar de los faroles, dos ramos redondos, enormes, parecen los extraños ojos de ese animal rodante y florido.

El landó recorre a buen trote su ruta, la rue d'Antibes, precedido, seguido, acompañado por una multitud de otros vehículos enguirnaldados, llenos de mujeres desaparecidas bajo una oleada de violetas. Pues es la fiesta de las flores de Cannes.

Se llega al bulevar de la Foncière, donde tiene lugar la batalla. A todo lo largo de la inmensa avenida, una doble fila de carruajes adornados con guirnaldas va y viene como una cinta sin fin. De un lado a otro se lanzan flores. Éstas surcan el aire como proyectiles, van a dar en los rostros lozanos, voltean y caen en el polvo donde una legión de chiquillos las recoge.

Una multitud compacta, alineada en las aceras y contenida por la guardia a caballo que pasa brutalmente y empuja hacia atrás a los curiosos a pie como para no permitir a los villanos mezclarse con los ricos, mira, ruidosa y tranquila.

En los carruajes la gente se llama, se reconoce, se ametralla con rosas. Un carro lleno de bellas mujeres, vestidas de rojo como diablos, atrae y encanta las miradas. Un señor, que se asemeja a los retratos de Enrique IV, lanza con jovial energía un enorme ramo atado con un elástico. Ante la amenaza del impacto, las mujeres se cubren los ojos, los hombres bajan la cabeza, pero el gracioso proyectil, rápido y dócil, describe una parábola y retorna a su dueño, que lo vuelve a arrojar de inmediato hacia un nuevo blanco.

Las dos jóvenes vacían su arsenal a manos llenas y reciben una lluvia de ramos; luego, tras una hora de batalla, algo cansadas finalmente, ordenan al cochero seguir la carretera del golfo Juan, que bordea el mar.

El sol desaparece detrás del Esterel, dibujando, contra un sol poniente de fuego, la negra silueta crestada de la larga montaña. El mar calmo se extiende, azul y luminoso, hasta el horizonte donde se confunde con el cielo, y la escuadra naval, anclada en medio del golfo, semeja un rebaño de monstruosos animales inmóviles en el agua, bestias apocalípticas, acorazadas y gibosas, empenachadas de mástiles raquíticos cual plumas, con unos ojos que se encienden cuando cae la noche.

Las jóvenes, arrebujadas en la pesada piel, observan con languidez. Finalmente, una de ellas dice:

—Hay veladas deliciosas, que hacen que todo parezca hermoso. ¿No es cierto, Margot?

La otra dice:

—Sí, es hermoso, pero siempre se echa algo de menos.

—¿El qué? Yo me siento completamente feliz; no necesito nada.

—Sí. Lo que pasa es que no piensas en ello. Sea cual sea el bienestar que entorpece nuestro cuerpo, siempre deseamos algo más… para nuestro corazón.

La otra añade sonriendo:

—¿Un poco de amor?

—Sí.

Se callaron, con la mirada perdida a lo lejos; luego la que se llamaba Margot murmuró:

—La vida no me parece soportable sin el amor. Yo necesito ser amada, aunque sea por un perro. Somos todas así, querida Simone, por más que digas.

—No, no, querida. Prefiero no ser amada en absoluto que serlo por una persona cualquiera. ¿Crees que me gustaría que se enamorase de mí, por ejemplo…?

Pensaba en quién habría podido quererla, mientras paseaba la mirada por el vasto panorama. Sus ojos, tras haber recorrido el horizonte, se detuvieron en los dos botones de metal que relucían en la librea del cochero, y concluyó riendo:

—¿… mi cochero?

La señora Margot esbozó una sonrisa y dijo bajito:

—Te aseguro que es muy divertido verte amada por un criado. Es algo que me ha ocurrido un par o tres de veces. Te miran con una cara de bobos que es para morirse de risa. Naturalmente, cuanto más se enamoran más severa debes mostrarte, hasta que un buen día les pones de patitas en la calle con cualquier pretexto, porque te cubrirías de ridículo si alguien reparara en ello.

La señora Simone escuchaba, con la mirada perdida en el vacío, luego dijo:

—No, no, el corazón de mi mayordomo no me bastaría. Pero dime cómo hacías tú

para darte cuenta de que estaban enamorados de ti.

—Pues lo mismo que los demás hombres, porque se vuelven estúpidos.

—A mí los otros no me parecen tan estúpidos cuando se enamoran de mí.

—Más que estúpidos, diría idiotas, incapaces de charlar, de responder, de entender nada.

—Pero ¿cómo te sentías viéndote amada por un criado? ¿Cómo estabas…, emocionada…, halagada?

—¿Emocionada? No. Halagada, sí, un poco. A una siempre le halaga el amor de un hombre, cualquiera que éste sea.

—Pero ¡qué dices, Margot!

—De veras, querida. Quiero contarte una extraña aventura que me sucedió a mí, y te darás cuenta de lo extraño y confuso que es lo que nos pasa en tales casos.

*

Hará este otoño cuatro años, me encontraba sin doncella. Había probado a cinco o seis seguidas, todas ellas unas ineptas, y ya casi desesperaba de encontrar una cuando leí, en la sección de anuncios de un periódico, que una muchacha que sabía coser, bordar, peinar, buscaba una colocación contando con las mejores referencias. Hablaba además inglés.

Escribí a la dirección indicada y al día siguiente se presentó la muchacha: era bastante alta, delgada, pálida, de aspecto muy tímido. Tenía dos bonitos ojos negros, una tez encantadora; me gustó enseguida. Le pedí sus certificados; me dio uno en inglés, pues acababa de dejar, decía, la casa de lady Rymwell, donde había permanecido diez años.

El certificado atestiguaba que la muchacha se había ido por su propia voluntad para volver a Francia y que no había habido nada que reprocharle, durante su largo servicio, más que un poco de *coquetería francesa*.

La fórmula pudibunda de la frase me hizo hasta sonreír y contraté inmediatamente a la doncella.

Entró a servir ese mismo día; se llamaba Rose.

Al cabo de un mes la adoraba.

Era un verdadero descubrimiento, una joya, un fenómeno.

Sabía peinar con gusto infinito; disponía los encajes de un sombrero mejor que la mejor de las modistas, e incluso sabía hacer vestidos.

Yo estaba asombrada de sus facultades. Nunca me había visto servida así.

Ella me vestía rápido con una ligereza de manos asombrosa. Nunca sentía sus dedos sobre mi piel, pues nada me resulta tan desagradable como el contacto de una mano de criada. Me acostumbré en poco tiempo a una excesiva indolencia, tan

agradable me resultaba dejarme vestir, de pies a cabeza y de la camisa a los guantes, por esa alta muchacha tímida, siempre algo ruborosa, y que no hablaba nunca. Al salir del baño, me hacía fricciones y me masajeaba mientras yo me adormilaba un poco en mi diván; la consideraba, palabra de honor, más como una amiga de condición inferior que como a una simple criada.

Ahora bien, una mañana, mi portero pidió con misterio hablar conmigo. Me quedé sorprendida y le hice entrar. Era persona de toda confianza, un viejo soldado, ex ordenanza de mi marido.

Parecía incómodo por lo que tenía que comunicarme. Por último, dijo balbuceando:

—Señora, está abajo el comisario de policía del barrio.

Pregunté bruscamente:

«¿Qué quiere?».

«Quiere realizar un registro en la casa.»

La policía será útil, pero yo la detesto. Me parece a mí que no es un oficio noble. Y respondí, tan irritada como herida:

«¿Para qué esta indagación? ¿Con qué propósito? No entrará».

El portero prosiguió:

«Afirma que se oculta aquí un malhechor».

En ese momento me espanté y ordené hacer subir al comisario de policía para que me lo explicase. Era una persona bastante bien educada, condecorado con la Legión de Honor. Se disculpó, me pidió perdón, ¡y luego me dijo que entre mi personal de servicio había un forzado!

Me indigné y repliqué que respondía por cada criado de mi casa. Se los enumeré.

«El portero, Pierre Courtin, ex militar.»

«No es él.»

«El cochero François Pingau, un campesino de Champaña, hijo de un colono de mi padre.»

«Tampoco es él.»

«Un mozo de cuadra, tomado en Champaña igualmente, e hijo también de campesinos que yo conocía, más el lacayo que acaba de ver.»

«No es él.»

«Pues entonces, señor, usted mismo puede ver que está en un error.»

«Disculpe, señora, estoy seguro de no equivocarme. Como se trata de un criminal temible, ¿tendría la amabilidad de hacer comparecer aquí, delante de usted y de mí, a todo el mundo?»

Al principio me resistí, luego cedí, e hice subir a todo mi personal de servicio, hombres y mujeres.

El comisario de policía los examinó de una sola ojeada y luego declaró:

«No están todos».

«Perdón, señor, no quedan más que mi doncella, una joven soltera a la que no puede confundir usted con un forzado.»

Él preguntó:

«¿Puedo verla también?».

«Por supuesto.»

Llamé a Rose, que apareció al instante. Apenas hubo entrado cuando el comisario hizo una señal, y dos hombres, que no había visto por estar escondidos detrás de la puerta, se abalanzaron sobre ella, le asieron las manos y se las ataron con unas cuerdas.

Yo lancé un grito de furia, y quise salir en su defensa. El comisario me detuvo:

»Esta muchacha, señora, es un hombre que se llama Jean-Nicolas Lecapet, condenado a muerte en mil ochocientos setenta y nueve por asesinato precedido de violación. Su pena le fue conmutada por la de cadena perpetua. Se fugó hace cuatro meses. Llevamos buscándole desde entonces.»

Yo estaba como loca, aterrada. No me lo podía creer. El comisario prosiguió entre risas:

«Puedo proporcionarle una prueba. Tiene el brazo derecho tatuado».

Le arremangaron la manga. Era cierto. El policía agregó con un cierto mal gusto:

«Para el resto de comprobaciones, fíese de nosotros».

¡Y se llevaron a mi doncella!

*

—Créeme si te digo que en mí no predominaba la rabia por el hecho de que me hubieran tomado el pelo de ese modo, engañado y ridiculizado; no era tanto la vergüenza de haber sido vestida, desnudada, tocada y palpada por ese hombre…, sino una… humillación profunda…, una humillación de mujer. ¿Comprendes?

—No muy bien.

—Vamos a ver… Piensa… Había sido condenado… por violación, ese muchacho… Yo pensaba… en la que había violado… y eso…, eso me humillaba… Eso es… ¿Comprendes, ahora?

Y la señora Simone no respondió. Miraba delante de sí, con una mirada fija y singular, los dos botones relucientes de la librea, con esa sonrisa de esfinge que tienen a veces las mujeres.

APUNTES DE UN VIAJERO*

Las siete. Un pitido, partimos. El tren pasa por las plataformas giratorias con un ruido idéntico al de las tormentas en el teatro; luego se pierde en la noche, resoplando, expulsando su vapor, proyectando unos reflejos rojos en las paredes, en los setos, en los bosques, en los campos.

Somos seis, tres en cada asiento, bajo la luz del quinqué. Enfrente de mí, una señora gorda con un señor gordo, un viejo matrimonio. En el rincón de la izquierda hay un jorobado. A mi lado, un joven matrimonio, o, al menos, una joven pareja. ¿Están casados? La joven es bonita, parece modesta, pero va demasiado perfumada. ¿Qué es ese perfume? Lo conozco, pero no caigo cuál es. Ah, ya. ¡Piel de España![1] Pero eso no significa nada. Esperemos.

La señora gorda escruta al joven con una hostilidad que me da que pensar. El señor gordo cierra los ojos. ¡Ya! El jorobado se ha ovillado. Ya no veo dónde tiene las piernas. Sólo se ve su mirada brillante bajo un gorro griego con una borla roja. Luego se mete debajo de su manta de viaje. Se diría un pequeño fardo tirado sobre el asiento.

Sólo la vieja señora sigue despierta, suspicaz e inquieta, como un guardián encargado de velar por el orden y la moralidad del compartimiento.

Los dos jóvenes están inmóviles, con las piernas envueltas en el mismo mantón, los ojos cerrados, sin hablar. ¿Estarán casados?

También yo finjo dormir y espío.

Las nueve. La señora gorda va a sucumbir, cierra los ojos una y otra vez, reclina la cabeza sobre el pecho y la alza de nuevo de golpe. Ya está. Duerme.

¡Oh sueño, ridículo misterio que confieres al rostro los más grotescos aspectos, tú eres el revelador de la fealdad humana! ¡Haces aparecer todos los defectos, las deformidades y las taras! ¡Haces que cada rostro tocado por ti se convierta al punto en una caricatura!

Me levanto y cubro el quinqué con un ligero velo azul. Luego, me amodorro a mi vez.

De vez en cuando, la parada del tren me despierta. Un empleado vocifera el nombre de una ciudad, luego partimos de nuevo.

He aquí la aurora. Seguimos el Ródano, que desciende hacia el Mediterráneo. Todos duermen. Los jóvenes están abrazados. Un pie de la joven se ha salido del mantón. ¡Lleva medias blancas! Es lo normal: ¡están casados! No huele nada bien en el compartimiento. Abro una ventanilla para que se ventile. El frío despierta a todo el mundo, excepto al jorobado que ronca como un torno bajo la manta.

La fealdad de las caras se acentúa aún más con la luz del nuevo día.

La señora gorda, roja, despeinada, horrenda, echa una mirada malvada en torno a sus vecinos. La joven mira sonriendo a su compañero. ¡Si no estuviera casada, habría mirado primero a su espejo!

He aquí Marsella. Veinte minutos de parada. Desayuno. Volvemos a partir. Ya no tenemos al jorobado, pero sí a dos viejos señores más.

¡Entonces los dos matrimonios, el viejo y el joven, sacan sus provisiones!

¡Pollo por aquí, ternera fría por allá, sal y pimienta envueltas en un papel, pepinillos en un pañuelo, todo lo que puede quitaros las ganas de comer para el resto de vuestra vida! No conozco nada más vulgar, más grosero, más inconveniente y maleducado que comer en un compartimiento donde hay otros viajeros.

Si hiela, abrid las ventanillas; si hace calor, cerradlas y poneos a fumar en pipa aunque el tabaco os horripile; poneos a cantar, a ladrar, entregaos a las más molestas excentricidades, quitaos los zapatos y los calcetines y cortaos las uñas de los pies; en fin, tratad de pagar con la misma moneda a vuestros maleducados vecinos su falta de saber estar.

Un hombre previsor se trae consigo un frasco de gasolina o de petróleo para derramarlo sobre los cojines cuando en torno a uno se ponen a comer. Cualquier cosa es lícita, todo es demasiado poco para esos patanes que apestan con el olor de sus condumios.

Seguimos el mar azul. El sol cae como una lluvia sobre la costa poblada de ciudades llenas de encanto.

He aquí Saint-Raphaël. Allí abajo está Saint-Tropez, pequeña capital de esta región desierta, desconocida y encantadora llamada las Montagnes des Maures. Un gran río que no atraviesa puente alguno, el Argens, separa del continente a esta península salvaje, donde es posible caminar durante un día entero sin encontrar un alma, donde los pueblecitos, encaramados en los montes, han permanecido tal como eran antaño, con sus casas orientales, sus arcadas, sus puertas cimbradas, talladas y bajas.

Ni vía férrea ni transportes públicos se adentran por estos bellísimos y boscosos valles; sólo un antiguo patache trae el correo de Hyères a Saint-Tropez. El tren prosigue su marcha. Llegamos a Cannes, tan hermosa a orillas de sus dos golfos, enfrente de las islas de Lérins, que serían, si fuera posible unirlas con tierra, dos paraísos para los enfermos.

He aquí el golfo Juan; la escuadra naval parece dormida en el agua.

Estamos en Niza. Parece que en esta ciudad hay una exposición. Vamos a verla.

Se sigue un bulevar que más parece un pantano y se llega, en lo alto, a un edificio de un gusto dudoso y que se asemeja, en pequeño, al gran palacio del Trocadero.

Dentro hay algunas personas en medio de un caos de cajas.

La exposición, abierta desde hace ya tiempo, estará lista sin duda para el año que viene.

El interior sería bonito si estuviera terminado. Pero… ¡aún falta!

Dos secciones me atraen en especial: «Los comestibles y las Bellas Artes». ¡Ay! Fruta confitada de Grasse, peladillas, mil golosinas… Pero… está prohibido venderlas… Sólo se puede mirar… ¡Y ello para no perjudicar al comercio de la ciudad! Exponer golosinas tan sólo para el recreo de la vista y con la prohibición de probarlas me parece ciertamente una de las más bellas invenciones del espíritu humano.

Las Bellas Artes están… en preparación. No obstante, hay abiertas algunas salas donde es posible ver hermosísimos paisajes de Harpignies, de Guillemet, de Le Poittevin, un magnífico retrato de la señorita Alice Regnault, de Courtois, un delicioso Béraud, etcétera. El resto…, para cuando sea desembalado.

Como, cuando se hace una visita, hay que verlo todo, quiero regalarme con una ascensión libre y me voy a donde está el globo del señor Godard y Cía.

Sopla el mistral. El aerostato se balancea de un modo inquietante. Luego se oye una detonación. Son las cuerdas de la red que se rompen. Se prohíbe al público la entrada al recinto. También a mí me hacen salir.

Subo a mi vehículo y observo.

Otras cuerdas se van rompiendo, a cada segundo, con un ruido extraño, y la piel oscura del globo trata de escapar de las mallas que la retienen. Luego, de súbito, ante una racha más violenta, un enorme desgarro raja de abajo arriba la gran bola volante, que se desploma como una tela fláccida, reventada, muerta.

Al día siguiente, una vez despierto, me hago traer los periódicos de la ciudad y leo con estupor: «La tempestad que azota estos días nuestro litoral ha obligado a la agencia de globos cautivos y libres de Niza a desinflar su gran aerostato, para evitar así accidentes.

»El sistema de desinflado instantáneo utilizado por el señor Godard es una de las invenciones que más le honran».

¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

¡Pobre público!

Toda la costa del Mediterráneo es la California de los farmacéuticos. Hay que ser diez veces millonario para tener el valor de comprar siquiera sea una cajita de bálsamo

para el pecho de esos orgullosos comerciantes que venden la pomada de azufaifa al precio de los diamantes.

Se puede ir a Mónaco por la Corniche, siguiendo el mar. No hay nada más hermoso que esta carretera abierta en la roca, que bordea unos golfos, pasa por debajo de unas bóvedas, corre y circula por la ladera de la montaña en medio de un paisaje admirable.

He aquí Mónaco sobre su roca y, detrás, Montecarlo… ¡Pssst…! Se comprende que esta pequeña y bonita ciudad vuelva locos a los aficionados al juego. ¡Pero qué mortecina y triste es para los que no juegan! No hay allí ningún otro placer ni distracción.

Más lejos está Menton, el punto más caluroso de la costa y el más frecuentado por los enfermos. Allí maduran las naranjas y se curan los pechos.

Tomo el tren nocturno para regresar a Cannes. En mi vagón, dos señoras y un marsellés que cuenta obstinadamente dramas ferroviarios, asesinatos y robos.

—… Conocí a un corso, señora, que iba a París con su hijo. Hablo de hace ya muchos años, en los primeros tiempos de la línea P.L.M.[2] Subo con ellos, porque éramos amigos, y nos ponemos a charlar. El hijo, que tenía veinte años, no se cansaba de ver correr el tren y se pasaba todo el tiempo asomado a la ventanilla para mirar. Su padre le repetía: «Eh, ten cuidado, Mathéo, de no inclinarte demasiado, que puedes hacerte daño». Pero el chico ni siquiera respondía.

»Yo le decía al padre:“Vamos, déjele estar, si ello le divierte”.

»Pero el padre continuaba diciendo:“Vamos, Mathéo, no te inclines así”.

»Entonces, como el hijo hacía caso omiso, le cogió de la ropa para hacerle entrar en el vagón, y tiró de ella.

»Pero he aquí que el cuerpo cayó sobre nuestras rodillas. Ya no tenía la cabeza, señora…, se la había cortado en un túnel. Y el cuello ya no sangraba; había perdido la sangre a lo largo del trayecto…

Una de las señoras dejó escapar un suspiro, cerró los ojos, y se dejó caer encima de su vecina. Había perdido el conocimiento…

EL PROTECTOR*

¡Ni en sueños habría pensado tener tanta fortuna! Hijo de un ujier de provincias, Jean Marin había ido, como tantos otros, a estudiar leyes al Barrio Latino. En las diferentes cervecerías de las que se volvió asiduo parroquiano, había estrechado amistad con varios estudiantes lenguaraces que despreciaban la política mientras se tomaban unas cañas. Se sintió embargado de admiración por ellos y les seguía con obcecación, de café en café, pagando incluso sus consumiciones cuando tenía dinero.

Luego se hizo abogado y defendió causas que perdió. Ahora bien, he aquí que, una mañana, se enteró por la prensa de que uno de sus antiguos compañeros de barrio acababa de ser nombrado diputado.

Volvió a ser su perro fiel, el amigo que carga con todas las tareas, con todas las gestiones, a quien manda uno llamar cuando lo necesita y con el que no se anda con cumplidos. Por unos de esos azares propios de la vida parlamentaria sucedió que el diputado se convirtió en ministro; seis meses después, Jean Marin fue nombrado consejero de Estado.

Al principio tuvo un ataque de orgullo como para perder la cabeza. Iba por las calles por el simple placer de exhibirse, como si bastara con verle para comprender quién era. Encontraba la manera de decir, en las tiendas donde entraba, en el quiosco de la prensa, incluso a los cocheros de plaza, con los más triviales pretextos:

—Yo, que soy consejero de Estado…

Luego, como es natural, sintió como consecuencia de su dignidad, por prurito profesional, por deber de persona poderosa y generosa, una necesidad imperiosa de proteger. Ofrecía su apoyo a todos, en cualquier ocasión, con inagotable generosidad.

Cuando encontraba en los bulevares a alguien conocido, iba a su encuentro radiante, le cogía de las manos, se informaba sobre su salud y, sin esperar a que se lo pidieran, declaraba:

—¿Sabe?, soy consejero de Estado y me tiene a su entera disposición. Si puedo serle de ayuda en algo, no tenga reparos en pedírmelo. En mi posición, la influencia es mucha.

Y entonces entraba en los cafés con el amigo que había encontrado para pedir una

pluma, tinta y una hoja de papel de carta, «una hoja nada más, es para escribir una carta de recomendación».

Y escribía cartas de recomendación, diez, veinte o cincuenta por día. Las escribía en el Café Americain, en Bignon, en Tortoni, en la Maison-Dorée, en el Café Riche, en Helder, en el Café Anglais, en el Napolitain, en todas partes, donde se terciara. Y las escribía a todos los funcionarios de la República, desde jueces de paz hasta ministros. Y se sentía feliz, completamente feliz.

Una mañana que salía de su casa para dirigirse al Consejo de Estado, se puso a llover. Dudó entre coger un coche de plaza o no, pero decidió no hacerlo, y se fue a pie por las calles.

El aguacero se volvía terrible, anegaba las aceras, inundaba la calzada. El señor Marin se vio obligado a resguardarse bajo un portal. Había ya allí un sacerdote, un anciano sacerdote con el pelo blanco. Antes de convertirse en consejero de Estado, el señor Marin no sentía ninguna simpatía por el clero; pero ahora lo trataba con respeto, desde que un cardenal le había consultado cortésmente sobre un asunto peliagudo. Llovía a cántaros, lo que obligó a los dos hombres a retirarse hasta el interior de la portería para evitar así las salpicaduras. El señor Marin, que sentía siempre unas grandes ganas de hablar para darse postín, dijo:

—Qué tiempo de perros, reverendo padre.

El anciano sacerdote inclinó la cabeza:

—Oh, sí, señor, es muy desagradable cuando se viene a París sólo por unos pocos días…

—Ah, ¿es usted de provincias?

—Sí, señor, estoy de paso.

—Sí, la verdad, es un gran fastidio pasar unos pocos días en la capital con lluvia. Nosotros los funcionarios, que nos pasamos todo el año aquí, ni pensamos en ello.

El sacerdote no respondió. Miraba la calle, donde parecía que el aguacero había amainado. De repente se decidió y se levantó la sotana, como las mujeres se levantan las faldas, para sortear los arroyuelos.

Al verle irse, el señor Marin exclamó:

—Se va a poner como una sopa, reverendo. Espere un momentito más, pues está dejando de llover.

El anciano se detuvo, indeciso, y dijo:

—Me corre mucha prisa. Tengo una cita urgente.

El señor Marin parecía desolado.

—Pero es que se calará hasta los huesos. ¿Puedo preguntarle a qué barrio se dirige?

El sacerdote pareció dudar, luego dijo:

—Voy a la zona del Palais-Royal.

—En ese caso, si me lo permite, reverendo, le ofrezco la protección de mi paraguas. Yo voy al Consejo de Estado. Soy consejero de Estado.

El anciano sacerdote alzó la nariz y miró a su vecino, luego declaró:

—Se lo agradezco mucho, señor, acepto encantado.

Entonces el señor Marin le cogió del brazo y se lo llevó. Le dirigía, le vigilaba, le aconsejaba:

—Cuidadito con ese arroyo, reverendo… Desconfíe ante todo de las ruedas de los carruajes, que le salpican a veces a uno de pies a cabeza. Y preste atención a los paraguas de la gente que pasa. No hay nada más peligroso para los ojos que las puntas de las varillas. Pero las mujeres sobre todo son insoportables; no prestan atención a nada y te plantan siempre en plena cara las conteras de sus sombrillas o de sus paraguas. Y nunca se apartan por nadie. Se diría que la ciudad es suya. Son las reinas en la acera y en la calzada. Me parece a mí que su educación deja mucho que desear.

Y el señor Marin rompió a reír.

El sacerdote no respondía. Caminaba un tanto curvado, eligiendo con cuidado los puntos donde poner los pies para no mancharse de barro los zapatos o la sotana.

El señor Marin prosiguió:

—Imagino que ha venido a París en busca de un poco de distracción.

El anciano contestó:

—No, por un asunto.

—¿Ah, sí? ¿Algo importante? ¿Puedo preguntarle de qué se trata? Si puedo serle útil, me tiene a su entera disposición.

El sacerdote parecía incómodo; murmuró:

—No…, se trata de un pequeño asunto personal… Una desaveniencia con…, con mi obispo. No es algo que pueda interesarle. Es una… cuestión, digámoslo así…, interna…, de orden eclesiástico.

El señor Marin dijo solícitamente:

—Pero si es precisamente el Consejo de Estado el que regula estos asuntos. Me tiene a su disposición.

—Sí, señor, también yo me dirijo al Consejo de Estado. Es usted demasiado bueno. Tengo que verme con el señor Lerepère y con el señor Savon, y tal vez también con el señor Petitpas.[1]

El señor Marin se detuvo de golpe.

—Pero si son amigos míos, reverendo, son mis mejores amigos, excelentes colegas, personas amabilísimas. Le daré una calurosa recomendación para los tres. Cuente conmigo.

El sacerdote le dio las gracias, deshaciéndose en excusas, balbuceando mil expresiones de gratitud.

El señor Marin estaba encantado.

—¡Querido padre, ya puede estar contento del golpe de fortuna que ha tenido! Ya verá, ya verá que, gracias a mí, su asunto irá como la seda.

Llegaron al Consejo de Estado. El señor Marin hizo subir al sacerdote a su gabinete, le ofreció un asiento, le instaló delante del fuego, sentándose luego también él ante su mesa de despacho, y se puso a escribir:

«Mi querido colega, permítame recomendarle de la manera más calurosa a un venerable eclesiástico, persona de lo más digna y meritoria, el reverendo…»

Se interrumpió y preguntó:

—¿Su nombre?, por favor.

—Padre Ceinture.

El señor Marin se puso de nuevo a escribir:

«El padre Ceinture, que necesita de sus buenos oficios para un pequeño asunto del que él mismo le hablará.

»Celebro la circunstancia que me permite, querido colega…».

Y concluyó con los cumplidos de rigor.

Después de haber escrito las tres cartas, se las entregó a su protegido, que se fue deshaciéndose en muestras de agradecimiento.

El señor Marin despachó su trabajo, volvió a su casa, pasó tranquilamente el día, durmió plácidamente, se despertó de excelente humor y pidió que le trajeran la prensa.

El primero que abrió fue un periódico radical. Leyó:

«Nuestro clero y nuestros funcionarios.

»Nunca se acabarán las fechorías del clero. Cierto sacerdote, llamado Ceinture, convicto de haber conspirado contra el actual gobierno, acusado de actos indignos que ni siquiera mencionaremos, así como sospechoso de ser un ex jesuita disfrazado de cura seglar, suspendido por el obispo por razones, por lo que se dice, inconfesables, tras ser convocado a París para dar explicaciones sobre sus actos, ha encontrado un ardiente defensor en el consejero de Estado Marin, quien no ha dudado en proporcionar a ese delincuente con sotana las más vivas recomendaciones para todos los funcionarios republicanos colegas suyos.

»Quisiéramos llamar la atención del ministro sobre la actitud incalificable de este consejero de Estado…».

El señor Marin se puso en pie de un salto, se vistió, corrió a ver a su colega Petitpas, quien le dijo:

—Ah, es usted un loco por recomendarme a ese viejo conspirador.

Y el señor Marin, desconcertado, balbució:

—No…, verá usted…, fue un error…, tenía todo el aspecto de ser un buen hombre…, me la ha jugado…, me la ha jugado indignamente. Le ruego que le haga

condenar severamente, muy severamente. Voy a escribir. Dígame a quién hay que escribir para que le condenen. Me voy a ver al fiscal general y al arzobispo de París, sí, al arzobispo…

Y, sentándose bruscamente delante del escritorio del señor Petitpas, escribió:

«Excelentísimo Monseñor: Tengo el honor de poner en conocimiento de Su Ilustrísima que acabo de ser víctima de las intrigas y de las mentiras de un tal padre Ceinture, que abusó de mi buena fe.

»Engañado por las declaraciones de este sacerdote, creí.....».

Luego, cuando hubo firmado y lacrado su carta, se volvió hacia su colega y declaró:

—Querido amigo, que esto le sirva a usted de lección: ¡no recomiende jamás a nadie!

IDILIO*

A Maurice Leloir

El tren acababa de dejar atrás Génova, en dirección a Marsella, y seguía las largas ondulaciones de la costa rocosa, deslizándose como una serpiente de hierro entre el mar y la montaña, trepando por las playas de arena amarilla que el leve oleaje orlaba de una cenefa plateada, y entrando de repente en las fauces negras de los túneles como un animal en su guarida.

En el último vagón del tren, una mujer gorda y un joven permanecían frente por frente, sin hablar, y se miraban de vez en cuando. Ella debía de tener veinticinco años; y, sentada cerca de la ventanilla, contemplaba el paisaje. Era una robusta campesina piamontesa, de ojos negros, pecho voluminoso y mofletudas mejillas. Había metido varios hatillos debajo de la banqueta de madera y sostenía un cesto sobre las rodillas.

Él debía de frisar los veinte años; era flaco, tostado, con esa tez cetrina de los hombres que trabajan la tierra a pleno sol. Cerca de él, envuelta en un pañuelo, toda su fortuna: unos zapatos, una camisa, un calzón y una chaqueta. Debajo del banco había escondido también alguna cosa: un pico y una pala atados juntos con una cuerda. Iba a buscar trabajo a Francia.

El sol, ya alto en el cielo, derramaba sobre la costa una lluvia de fuego; era hacia finales de mayo, y unos olores deliciosos flotaban en el aire, penetraban en los vagones cuyas ventanillas permanecían bajadas. Los naranjos y los limoneros en flor, exhalando en el cielo sereno sus aromas azucarados, tan dulzones, tan intensos, tan turbadores, los mezclaban con la fragancia de las rosas que crecían por doquier cual hierbas, a lo largo de la vía férrea, en los magníficos jardines, delante de las puertas de las casuchas y también en el campo.

¡En esa costa las rosas están como en su casa! Embalsaban el lugar con su poderoso y ligero aroma, el aire se torna una exquisitez, algo más sabroso que el vino e igual de embriagador.

El tren avanzaba lentamente, como si quisiera demorarse en aquel jardín, en aquella molicie. Se paraba de continuo, en las pequeñas estaciones, delante de unas

pocas casas blancas, volvía a partir con su marcha tranquila, tras haber pitado largamente. Nadie subía a él. Se habría dicho que todos dormitaban, que en aquella calurosa mañana de primavera nadie se decidía a desplazarse.

La mujer gorda cerraba de vez en cuando los ojos, para luego volver a abrirlos de repente, cuando su cesto se le deslizaba de las rodillas, a punto de caer. Volvía a cogerlo con gesto rápido, miraba unos momentos por la ventanilla y se amodorraba de nuevo. Tenía la frente perlada de gotas de sudor y respiraba con esfuerzo, como si sufriera de una opresión en el pecho.

El joven había inclinado su cabeza y dormía con el sueño pesado de los rústicos.

De pronto, al salir de una pequeña estación, la campesina pareció despertarse, y, abriendo su cesto, sacó un pedazo de pan, huevos duros, un frasco de vino y unas ciruelas, unas bonitas ciruelas rojas; y se puso a comer.

El hombre se había despertado a su vez bruscamente y miraba, miraba cómo cada bocado iba de las rodillas a la boca. Permanecía con los brazos cruzados, los ojos fijos, las mejillas chupadas, los labios cerrados.

Ella comía como una mujer tragona, echándose al coleto a cada momento un trago de vino para que le pasaran los huevos y parándose a resoplar un poco.

Se lo zampó todo, el pan, los huevos, las ciruelas, el vino. Y cuando hubo terminado de comer, el muchacho cerró de nuevo los ojos. Entonces, sintiéndose un tanto agobiada, ella se desabrochó el corpiño y el joven de repente miró de nuevo.

Ella no se preocupó por ello, mientras seguía desabrochándose su vestido, y la fuerte presión de sus pechos abría la tela, mostrando, entre ellos, por la abertura que iba en aumento, algo de su ropa interior blanca y un poco de piel.

Cuando se sintió más a sus anchas, la campesina dijo en italiano:

—No se puede respirar de tanto calor como hace.

El joven respondió en la misma lengua y con idéntica pronunciación:

—Hace buen tiempo para viajar.

Ella preguntó:

—¿Es usted del Piamonte?

—Soy de Asti.

—Yo de Casale.

Eran paisanos. Se pusieron a charlar.

Se extendieron sobre las banalidades que la gente de pueblo repite sin cesar y que bastan para esas mentes lerdas y sin horizonte. Hablaron de su región. Tenían conocidos comunes. Mencionaron nombres, sintiéndose cada vez más amigos a medida que descubrían a una nueva persona conocida por los dos. Las frases rápidas y apresuradas salían de sus bocas con sus terminaciones sonoras y su cantinela italiana. Luego se interesaron cada uno por la vida del otro.

Ella estaba casada; tenía ya tres hijos, que había confiado a su hermana, porque

había encontrado una colocación de nodriza, una buena colocación en casa de una señora francesa, en Marsella.

Él buscaba trabajo. Le habían dicho que lo encontraría también por allí porque se construía mucho.

Luego callaron.

El calor se iba volviendo terrible, pues caía como una lluvia sobre el techo de los vagones. Una nube de polvo se arremolinaba detrás del tren y penetraba en él; el aroma de los naranjos y de las rosas se hacía más intenso, parecía adensarse, volverse más pesado.

Los dos viajeros se volvieron a dormir.

Abrieron de nuevo los ojos casi al mismo tiempo. El sol descendía hacia el mar, iluminando la extensión azul con un diluvio de claridad. El aire, más fresco, parecía más ligero.

La nodriza jadeaba, con el corpiño abierto, las mejillas lacias, los ojos empañados; y decía con voz cansina:

—No he dado el pecho desde ayer; y me siento como si fuera a desmayarme de un momento a otro.

No sabiendo qué decir, él no respondió. Ella continuó:

—La que tiene tanta leche como yo ha de dar el pecho tres veces al día, si no una se siente mal. Es como si tuviera un peso en el corazón; un peso que me quita la respiración y me deja chafada. Es una desgracia tener tanta leche.

Él dijo:

—Sí, es una desgracia. Debe de molestarle mucho.

Parecía muy indispuesta, en efecto, abrumada y desfallecida. Murmuró:

—Basta con presionar encima para que salga la leche como de una fuente. Es algo realmente curioso de ver. No se lo creería. En Casale, todos los vecinos venían a vérmelo hacer.

Él dijo:

—¿De veras?

—Sí, de veras. Se lo mostraría, pero no me serviría de gran cosa. Así no se hace salir lo bastante.

Y se calló.

El tren hizo una parada. De pie, cerca de un paso a nivel, una mujer sostenía en brazos a un niño que lloraba. Estaba delgada e iba hecha una andrajosa.

La nodriza la miraba. Dijo con tono compasivo:

—Ahí tiene a una a la que yo podría aliviar. Y el pequeño también podría aliviarme a mí. Mire, no soy rica, y la prueba está en que dejo mi casa y a mi gente y a mi último y querido hijito para ir a servir; pero con gusto daría cinco francos por tener a ese niño diez minutos y darle el pecho. Eso le calmaría a él y a mí. Creo que

me sentiría renacer.

Se calló de nuevo. Luego pasó varias veces su ardiente mano por su frente chorreante de sudor. Y gimió:

—No puedo aguantar más. Tengo la impresión de que me voy a morir.

Y, con un gesto inconsciente, abrió por completo su vestido.

Asomó su pecho derecho, enorme, turgente, con su pezón moreno. Y la pobre mujer gimoteaba:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer?

El tren se había puesto de nuevo en marcha y continuaba su trayecto en medio de las flores que exhalaban su penetrante aroma de las noches calurosas. A veces parecía que en el mar azul una barca de pesca se hubiera dormido, con su blanca vela inmóvil, que se reflejaba en el agua como si debajo hubiera otra barca invertida.

El joven balbució, turbado:

—Pero… señora… tal vez yo podría… aliviarla…

Ella respondió con voz rota:

—Sí, si quiere. Me haría un gran favor. No aguanto más, no puedo más.

Él se arrodilló delante de ella; y ella se inclinó hacia él llevando hacia su boca, con gesto de nodriza, el botón oscuro de su pecho. Al cogerlo ella con ambas manos para acercarlo al joven, apareció una gota de leche en la punta. Y él se la bebió con avidez, cogiendo como si fuera una fruta aquella pesada mama entre sus labios. Y se puso a succionar golosa y regularmente.

Había rodeado con los brazos la cintura de la mujer y la estrechaba para acercarla a sí; y bebía a tragos lentos con un movimiento del cuello parecido al de los niños.

De repente ella dijo:

—Basta con ésta, ahora coja la otra.

Él, dócil, cogió la otra.

La mujer había posado sus manos sobre la espalda del joven y ahora respiraba con fuerza, feliz, saboreando el efluvio de las flores mezclado con las ráfagas de aire que la marcha del tren lanzaba dentro de los vagones.

Ella dijo:

—¡Qué bien huele por estos lugares!

Él no respondió, seguía bebiendo de esa fuente de carne, y cerrando los ojos como para saborear mejor.

Ella le apartó suavemente:

—Ya es suficiente. Me siento mejor. Me ha devuelto la vida.

Él se había incorporado, secándose la boca con el dorso de la mano.

Ella le dijo, mientras hacía entrar de nuevo en su vestido aquellos dos odres vivientes que hinchaban su pecho:

—Me ha hecho usted un favor impagable. Muchas gracias, señor.

Y él respondió con un tono de agradecimiento:
—¡Soy yo quien debo agradecérselo, pues llevaba dos días sin comer nada!

EL COLLAR*

Era una de esas bonitas y encantadoras muchachas que nacen, como por un error del destino, en una familia de empleados. Sin dote, sin esperanzas, sin posibilidad alguna de ser conocida, comprendida, querida y casada con un hombre rico y distinguido, dejó que la unieran en matrimonio con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

Fue sencilla porque no podía engalanarse, pero desdichada como una persona venida a menos socialmente; pues las mujeres no tienen ni casta ni raza, constituyendo para ellas la belleza, la gracia y el encanto su cuna y su familia. Su innata finura, su instintiva elegancia, su rapidez mental son su única jerarquía, que iguala a las hijas del pueblo con las más grandes damas.

Sufría sin cesar, porque se sentía nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría por la pobreza de su casa, lo mísero de sus paredes, lo desgastado de las sillas, la fealdad de las telas. Todas estas cosas, a las que otra mujer de su condición no habría dado importancia, a ella la torturaban e indignaban. El ver a la pequeña bretona que hacía las humildes tareas del hogar despertaba en ella una triste añoranza y sueños locos. Soñaba con antecámaras silenciosas, acolchadas con colgaduras orientales, iluminadas por largos tederos de bronce, y con dos altos criados con calzón corto dormidos en anchos sillones, amodorrados por el pesado calor del calorífero. Pensaba en los grandes salones revestidos de seda antigua, en los muebles de precio adornados con chucherías inestimables, y en los saloncitos coquetos, perfumados, hechos para la conversación de cinco horas con los amigos más íntimos, los hombres conocidos y solicitados, a los que todas las mujeres codician y cuyas atenciones anhelan.

Cuando se sentaba para comer delante de la mesa redonda cubierta con un mantel que llevaba usándose tres días, enfrente de su marido que destapaba la sopera declarando con aire encantado: «¡Ah, qué buen cocido! Para mí no hay nada mejor…», pensaba en las comidas refinadas, en la platería reluciente, en los tapices que cubren las paredes de antiguos personajes y pájaros exóticos en medio de un bosque de cuento de hadas; pensaba en los platos exquisitos servidos en vajillas maravillosas, en las galanterías cuchicheadas y escuchadas con una sonrisa de

esfinge, mientras comía la carne sonrosada de una trucha o unas alas de pollita cebada.

No tenía ella galas femeninas, ni joyas, nada. Y eran las únicas cosas que le gustaban, aquellas para las que se sentía nacida. Hubiera deseado tanto gustar, ser envidiada, ser seductora y solicitada.

Tenía una amiga rica, una compañera del internado de las monjas a la que no quería ir a ver más, de tanto como sufría al volver a su casa. Y lloraba durante días enteros, de tristeza, de pesar, de desesperación y de desconsuelo.

Ahora bien, una noche, regresó su marido con aire triunfante y trayendo en la mano un gran sobre.

—Toma —dijo—, es para ti.

Ella desgarró nerviosamente el papel y extrajo una carta impresa que decía así: «El ministro de Instrucción Pública y la señora Georges Ramponneau tienen el honor de invitar al señor y a la señora Loisel a la velada que se celebrará el lunes día 18 de enero en los salones del Ministerio».

En vez de sentirse feliz, como se figuraba su marido, tiró con despecho la invitación sobre la mesa murmurando:

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Pero, querida, yo pensaba que te alegraría. ¡No sales nunca, y ésta es una oportunidad, una buena oportunidad! No sabes lo que me ha costado conseguirla. Todo el mundo quería una invitación; son muy solicitadas y no se dan muchas a los empleados. Verás a todo el mundo oficial.

Ella le miraba enfurruñada y declaró con impaciencia:

—¿Qué quieres que me ponga para ir allí?

Él no había pensado en ello; balbució:

—Pues el vestido que te pones para ir al teatro, me parece muy bonito.

Calló, asombrado y confuso, al ver que su mujer lloraba. Dos lagrimones rodaban lentamente de las comisuras de sus ojos hacia las de la boca; balbució:

—¿Qué te pasa?

Pero, con un violento esfuerzo, ella se dominó y contestó con tono calmo, secándose sus húmedas mejillas:

—Nada. Sólo que no tengo ningún vestido que ponerme y, por consiguiente, no puedo ir a la fiesta. Dale la invitación a algún colega que tenga una mujer con un mejor guardarropa que yo.

Él estaba disgustado. Dijo:

—Escucha, Mathilde. ¿Cuánto podría costar un vestido de gala conveniente, que podría servirte para otras ocasiones, algo muy sencillo?

Ella reflexionó durante unos segundos, haciendo sus cálculos y pensando también en la suma que podía pedir sin ganarse una negativa inmediata y una exclamación de

espanto del ahorrativo empleado.

Finalmente, respondió dudando:

—No sabría decírtelo con exactitud, pero quizá con cuatrocientos francos tendría bastante.

Él había palidecido un poco, pues justamente reservaba esa cantidad para comprarse un rifle con el que cazar al verano siguiente, en la plana de Nanterre, junto con algunos amigos que iban allí a dispararles a las alondras el domingo.

Sin embargo, dijo:

—Está bien. Te doy cuatrocientos francos. Pero trata de conseguir un bonito traje.

El día de la fiesta se acercaba, y la señora Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, tenía su vestido listo. Su marido le dijo una noche:

—¿Qué te pasa? Te veo extraña desde hace tres días.

Ella respondió:

—Estoy disgustada porque tampoco tengo ni una joya, ni una piedra preciosa, nada que ponerme. Pareceré una miserable. Casi preferiría no asistir a esa velada.

Él prosiguió:

—Te pondrás unas flores naturales. Es muy *chic* en esta estación. Por diez francos podrías conseguir dos o tres rosas magníficas.

Ella no estaba nada convencida.

—No… No hay nada más humillante que tener aspecto de pobretona entre mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

—¡Qué tonta eres! Ve a ver a tu amiga la señora Forestier y pídele que te preste unas joyas. Te une a ella una amistad lo suficientemente íntima como para poder hacerlo.

Ella lanzó un grito de alegría:

—Es cierto. No se me había ocurrido.

Al día siguiente, se dirigió a casa de su amiga y le contó el apuro en que se hallaba.

La señora Forestier fue hacia su armario de luna, cogió un gran estuche, lo trajo, lo abrió y le dijo a la señora Loisel:

—Elige tú, querida.

Ella vio primero unos brazaletes, luego un collar de perlas y, a continuación, una cruz veneciana, de oro y pedrería, de admirable factura. Se probaba las joyas delante del espejo, dudaba, era incapaz de decidirse a quitárselas, a devolverlas. Preguntaba en todo momento:

—¿No tienes otras?

—Pues sí. Ve mirando, no sé qué prefieres…

De golpe descubrió, en una caja de raso negro, un magnífico collar de brillantes;

y su corazón se puso a latir de un deseo inmoderado. Sus manos temblaban al cogerlo. Se lo ciñó a la garganta, sobre su vestido sin escote y se quedó extasiada delante de sí misma.

Luego, preguntó, dubitativa, llena de angustia:

—¿Puedes prestarme éste, nada más que éste?

—Pues claro, por supuesto.

Ella le saltó al cuello a su amiga, la besó arrebatadamente y luego se fue con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora Loisel triunfó. Estaba más bella que todas las demás, elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, buscaban serle presentados. Todos los secretarios de gabinete querían bailar con ella. El ministro reparó en su presencia.

Ella bailaba con ebriedad, con arrebato, embriagada por el placer, sin pensar en nada, en medio del triunfo de su belleza, de la gloria de su éxito, en una especie de nube de felicidad hecha de todos esos homenajes, de todas esas admiraciones, de todos esos deseos despertados, de esa victoria tan completa y tan dulce para el corazón de las mujeres.

Se fue hacia las cuatro de la noche. Su marido, desde medianoche, dormía en un saloncito desierto con otros tres señores cuyas mujeres se lo pasaban en grande.

Él le echó sobre los hombros las ropas que había traído para la salida, unas ropas modestas de diario, cuya pobreza contrastaba con la elegancia del vestido de baile. Ella se dio cuenta de ello y quiso escapar para no ser vista por las otras mujeres que se arropaban con magníficas pieles.

Loisel la retenía:

—Espera un momento, que vas a coger frío afuera. Llamaré a un coche.

Pero ella no le escuchaba y bajaba rápidamente la escalera. Cuando estuvieron en la calle, no encontraron coche alguno; se pusieron a buscar uno, gritando detrás de los cocheros que veían pasar a distancia.

Bajaron hacia el Sena, desesperados, tiritando. Finalmente encontraron en el muelle uno de esos viejos cupés noctámbulos que se ven en París al hacerse de noche, como si se avergonzaran de su miseria durante el día.

Los llevó hasta la puerta de casa, en la rue des Martyrs, y subieron tristemente a su hogar. Se había acabado para ella. Y él pensaba que tendría que estar en el Ministerio a las diez.

Delante del espejo, ella se quitó las ropas con las que había arropado sus hombros a fin de verse una vez más en su gloria. Pero de repente lanzó un grito. ¡No tenía ya el collar en torno al cuello!

Su marido, ya medio desvestido, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella se volvió hacia él, como loca:

—Ya no tengo…, no tengo el collar de la señora Forestier.

Él se enderezó, espantado:

—¿Qué?… Pero ¡cómo!… ¡No es posible!

Buscaron entre los pliegues del vestido, en los del abrigo, en los bolsillos, por todas partes. No lo encontraron.

Él preguntó:

—¿Estás segura de que lo llevabas aún al dejar el baile?

—Sí, me lo he tocado en el vestíbulo del Ministerio.

—Pero, de haberlo perdido en la calle, lo habríamos oído caer. Debe de estar en el coche.

—Sí. Es probable. ¿Tienes el número?

—No. ¿Y tú, tú te has fijado en él?

—No.

Se miraron aterrados. Finalmente Loisel se volvió a vestir.

—Voy —dijo— a rehacer todo el trayecto que hemos hecho a pie para ver si lo encuentro.

Y salió. Ella se quedó con el traje de baile puesto, sin tener fuerzas para irse a la cama, abatida en una silla, con el fuego apagado, la mente en blanco.

El marido volvió hacia las siete. No había encontrado nada.

Se dirigió a la prefectura de policía, a los periódicos, para prometer una recompensa, a las compañías de pequeños coches, en fin, a todas partes donde le empujaba una mínima esperanza.

Ella esperó todo el día, en el mismo estado de extravío ante ese espantoso desastre.

Loisel regresó por la noche, con el rostro demacrado, pálido; no había descubierto nada.

—Tienes que escribirle a tu amiga —dijo— para explicarle que se te rompió el cierre de su collar y que lo has llevado a arreglar. Con eso ganaremos tiempo para pensar alguna cosa.

Ella escribió a su dictado.

Al cabo de una semana, habían perdido toda esperanza.

Y Loisel, envejecido cinco años, declaró:

—Habrá que pensar en sustituirlo por otra joya.

Al día siguiente cogieron el estuche y fueron a ver al joyero cuyo nombre figuraba escrito en el interior. Éste consultó el registro.

—No, señora, este collar no lo vendimos nosotros. Sólo el estuche es nuestro.

Fueron de un joyero a otro, buscando un collar idéntico al primero, tratando de hacer memoria, ambos agotados de tristeza y de angustia.

En una joyería del Palais Royal encontraron una gargantilla de brillantes que les pareció idéntica a la que buscaban. Valía cuarenta mil francos; se la dejarían por treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que no la vendiera antes de tres días. Y pusieron como condición que se la recomprarían por treinta y cuatro mil francos, si encontraban el otro antes de finales de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil francos que le había dejado su padre. El resto lo pediría prestado.

Pidió mil francos a éste, quinientos a otro, cinco luises aquí, tres luises allá. Firmó letras de cambio, se empeñó de forma ruinosa, tuvo que vérselas con usureros y toda clase de prestamistas. Comprometió todo cuanto le quedaba de vida, arriesgó su firma sin saber siquiera si podría salir airoso y, angustiado por la idea del futuro, por la negra miseria que le iba a caer encima, por la perspectiva de las privaciones materiales y de los tormentos morales, fue a comprar el collar nuevo, depositando sobre el mostrador del joyero los treinta y seis mil francos.

Cuando la señora Loisel entregó el collar a la señora Forestier, ésta le dijo con tono seco:

—Hubieras tenido que traérmelo antes; habría podido necesitarlo…

No abrió el estuche, como Mathilde se temía. De haberse dado cuenta del cambio, ¿qué habría pensado? ¿Qué habría dicho? Habría podido tratarla de ladrona.

La señora Loisel conoció la horrible vida de los menesterosos. Por otra parte, tomó la heroica determinación, de repente, de que había que pagar aquella ingente deuda; y la pagaría. Despidieron a la criada, cambiaron de casa; alquilaron una buhardilla.

Ella conoció las duras faenas domésticas, las detestables obligaciones de la cocina. Lavó la vajilla, estropeándose las uñas rosadas con los pucheros grasientos y el fondo de las cacerolas. Lavó con jabón la ropa blanca sucia, las camisas y los trapos de cocina, que ponía a secar en una cuerda; bajó la basura a la calle cada mañana y subió el agua, parándose en cada piso para resoplar. Y, vestida como una pueblerina, fue al frutero, al droguero, al carnicero, con la cesta bajo el brazo, regateando, ultrajada, defendiendo sueldo a sueldo su miserable peculio.

Todos los meses debían pagar letras, renovar otras, ganar tiempo.

El marido trabajaba, por las tardes, llevando la contabilidad de un comerciante; y a menudo, de noche, hacía de copista, a cinco sueldos la página.

Esta vida se prolongó por espacio de diez años.

Al cabo de este tiempo lo habían devuelto todo, incluidos los intereses de los usureros y el montante de los intereses compuestos.

La señora Loisel parecía ahora una vieja. Se había convertido en la mujer fuerte, dura y ruda de las familias pobres. Mal peinada, con las faldas de medio lado y las manos enrojecidas, hablaba en voz alta, lavaba los suelos arrojándoles cubos de agua.

Pero a veces, cuando su marido estaba en la oficina, se sentaba ante la ventana y pensaba en esa velada de antaño, en ese baile, donde había estado tan bella y había sido tan agasajada.

¿Qué hubiera sido de ella de no haber perdido el aderezo? ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? ¡Qué extraña es la vida, qué mudanzas experimenta! ¡Qué poco hace falta para que uno se pierda o se salve!

Ahora bien, un domingo que había ido a dar una vuelta por los Campos Elíseos, vio de repente a una mujer que paseaba a un niño. Era la señora Forestier, todavía joven, todavía bella, todavía seductora.

La señora Loisel se sintió emocionada. ¿Le dirigiría la palabra? Por supuesto que sí. Y ahora que ella había pagado, se lo contaría todo. ¿Por qué no?

Se acercó.

—Buenos días, Jeanne.

La otra no la reconocía, asombrada de verse llamada de un modo tan familiar por esa mujer ordinaria. Balbució:

—Pero…, señora… No sé… Debe de equivocarse usted.

—No. Soy Mathilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito:

—¡Oh!…, mi pobre Mathilde, ¡qué cambiada estás!…

—Sí, he pasado por momentos muy duros, desde la última vez que nos vimos; y también he conocido muchas miserias… ¡y ello por ti!…

—¿Por mí?… ¿Cómo es posible?

—Recordarás perfectamente ese collar de brillantes que me prestaste para ir a la fiesta del Ministerio.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien, lo perdí.

—¿Cómo que lo perdiste? Pero si me lo devolviste.

—Te devolví otro muy parecido. Llevamos diez años pagándolo. Comprenderás que no ha sido fácil para nosotros que no teníamos nada… Pero por fin se acabó, y me siento muy contenta.

La señora Forestier se había parado.

—¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir al mío?

—Sí. ¿No te diste cuenta, verdad? Eran muy parecidos.

Y sonreía, con una alegría orgullosa e ingenua.

La señora Forestier, muy conmovida, le cogió las dos manos.

—¡Oh, mi pobre Mathilde! Pero si el mío era falso. ¡Valía como mucho quinientos francos!…

UNA VENTA*

Los llamados Brument (Césaire-Isidore) y Cornu (Prosper-Napoléon) comparecían ante el tribunal de la Seine-Inférieure bajo la acusación de tentativa de homicidio, por inmersión, de la señora Brument, legítima esposa del primer inculpado.

Los dos acusados están sentados uno al lado del otro en el banquillo. Son dos campesinos. El primero es menudo, gordo, de brazos y piernas cortos, la cabeza redonda, colorada, granujienta, plantada directamente sobre el torso, también redondo y corto, sin sombra de cuello. Se dedica a la cría de cerdos y vive en Cacheville-la-Goupil, cantón de Criquetot.

Cornu (Prosper-Napoléon) es flaco, de mediana estatura, con unos brazos desproporcionados. Tiene la cabeza de medio lado, la mandíbula torcida y es bizco. Un blusón azul, largo como una camisa, le llega hasta las rodillas, y sus cabellos pajizos, ralos, pegados al cráneo, confieren a su rostro un aspecto avejentado, sucio, devastado, verdaderamente horrible. Le pusieron el apodo de «el Párroco» porque sabe imitar a la perfección los cantos de iglesia e incluso el ruido del serpentín. Este talento atrae a su café, pues es cafetero en Criquetot, a una nutrida clientela que prefieren la «misa de Cornu» a la misa de Dios Nuestro Señor.

La señora Brument, sentada en el banquillo de los testigos, es una campesina delgada que parece siempre adormecida. Permanece inmóvil, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, la mirada fija, con cara de pasmarote.

El presidente continúa el interrogatorio.

—De modo que, señora Brument, entraron en su casa y la echaron dentro de un barril lleno de agua. Cuente los hechos con todo detalle. Póngase en pie.

Ella se levanta. Parece tan alta como un mástil con su gorrito coronado de un casquete blanco. Se explica con voz cansina:

—Estaba yo desgranando las judías, cuando he aquí que entran ellos. Me digo: «Pero ¿qué les pasa a estos dos? No están normales, tienen mala pinta». Me miraban de reojo, sobre todo Cornu, que es bizco. No me hace ninguna gracia verles juntos, porque siempre andan tramando alguna. Les digo: «¿Qué queréis?». No me contestan. Yo sentí un poco de desconfianza…

El inculpado Brument interrumpe bruscamente la declaración y dice:

—Estaba bebido.

Entonces Cornu, volviéndose hacia su cómplice, dice con una voz profunda como una nota de órgano:

—Querrás decir, y así no mentirás, que estábamos bebidos los dos.

EL PRESIDENTE (*con severidad*): ¿Quiere decir que estaban borrachos?

BRUMENT: Esto no se pregunta.

CORNU: Le puede pasar a cualquiera.

EL PRESIDENTE (*a la víctima*): Continúe su declaración, señora Brument.

—Así pues, Brument me dice: «¿Quieres ganarte cien sueldos?». «Pues sí», le digo yo, pues cien sueldos no se los encuentra una todos los días. Y va él y me dice: «Pues estate atenta y haz lo que yo te diga», y se fue a coger el barril desfondado que hay debajo del canalón de la esquina; lo derriba, lo hace rodar por la cocina y lo planta de pie en medio, y luego dice: «Ve a por agua hasta que esté lleno».

Y yo me voy a por agua a la fuente con dos cubos, y anda que te anda adelante y atrás con el agua durante una hora, porque ese barril es grande como una cuba, dicho sea con todo respeto, señor presidente.

Mientras tanto, Brument y Cornu se estaban tomando una copa tras otra. Y era tal su estado que les dije: «Estáis más llenos que este barril, estáis…». Y Brument me suelta: «Tú no te preocupes, dedícate a lo tuyo, que habrá también para ti, como para todos los que se lo merezcan». Pero yo no le hice caso, pues estaba como una cuba.

Cuando el barril estuvo lleno hasta los topes, digo:

«Ya lo tenéis lleno».

Entonces Cornu me da cien sueldos. No Brument, sino Cornu; fue Cornu quien me los dio. Y Brument me dice: «¿Quieres ganarte otros cien sueldos?». «¿Por qué no?», digo yo, pues no estoy acostumbrada a tales regalos. Y me dice él: «Desnúdate».

«¿Cómo que me desnude?»

«Sí, ¿no has entendido?»

«¿Y hasta dónde tengo que desnudarme?»

Y dice él: «Si te da vergüenza, puedes dejarte las enaguas, yo no tengo nada en contra».

Cien sueldos son cien sueldos, y entonces empiezo a desnudarme a pesar de que no tenía ningunas ganas de hacerlo delante de ese par de zánganos. Me quito el gorrito, luego el chaleco, la falda y los zuecos. Me dice Brument: «Las medias puedes dejártelas; somos buena gente».

Y Cornu repite: «Somos buena gente».

Y ya me tiene usted casi como Dios me trajo al mundo. Y entonces se levantan los dos, no se aguantaban de pie de tan bebidos como iban, dicho sea con todo respeto, señor presidente.

Pienso yo: «¿Qué estarán tramando?».

Dice Brument: «¿Listo?».

Cornu responde: «¡A por ella!».

Y me cogen, Brument por la cabeza y Cornu por los pies, como a una sábana limpia que se va a doblar. Y yo me pongo a dar voces.

Y Brument me dice: «Cállate, desgraciada».

Me levantan con los brazos y para dentro del barril lleno de agua, lo que me encendió la sangre e hizo que se me helaran hasta las tripas.

Pregunta Brument: «¿Así es suficiente?».

Responde Cornu: «Suficiente».

Brument dice: «Tiene la cabeza fuera, y eso no es».

A lo que contesta Cornu: «Pues métela dentro».

Y Brument me empuja la cabeza hacia abajo como si quisiera ahogarme, pues el agua me entraba por la nariz y me veía ya en el otro mundo. Y él empuja que te empuja, y yo me voy para abajo.

Luego se ve que se asustó. Me saca fuera y me dice: «Ve a secarte enseguida, costal de huesos».

Pero yo, en cambio, me escapé y me fui corriendo hacia la casa del cura, que me prestó una falda de su casera, pues iba poco menos que como Dios me trajo al mundo, y luego él fue a llamar al compadre Chicot, el guarda rural, que se marchó a Criquetot a llamar a los gendarmes, los cuales me acompañaron de vuelta a casa.

Y allí encontramos a Brument y a Cornu, que se estaban arreando de lo lindo.

Brument vociferaba: «Eso no es cierto, te digo que es un metro cúbico por lo menos. Es el sistema el que no funciona».

Cornu aullaba: «Cuatro cubos no es ni medio metro cúbico. No repliques».

El cabo les echó el guante a los dos. Y ya no sé nada más.

Se volvió a sentar. El público se reía. Los miembros del jurado se miraban asombrados. El presidente dijo:

—Acusado Cornu, parece usted el instigador de esta infame maquinación. ¡Hable!

Cornu se levanta:

—Señor presidente, estábamos bebidos…

El presidente replica, serio:

—Eso ya lo sé. ¡Prosiga!

—A ello voy. Pues bien, Brument vino a mi establecimiento a eso de las nueve, y me pidió que le pusiera dos aguardientes, diciéndome: «Uno es para ti, Cornu». Y yo me siento enfrente de él, y me lo tomo, y por educación le invito a otro. Entonces, él vuelve a pedir lo mismo, y yo otro tanto, así que copita tras copita, a eso del

mediodía, andábamos con una buena cogorza.

Entonces va Brument y se echa a llorar; yo me conmuevo. Le pregunto qué le pasa. Y me dice él: «Necesito mil francos para el jueves». Ante lo cual, yo me enfrío, como usted comprenderá. Y me propone él a bocajarro: «Te vendo a mi mujer».

Yo estaba bebido y soy viudo. Y una cosa así impresiona, como comprenderá. Yo a su mujer no la conocía; pero una mujer es una mujer, ¿no? Le pregunto: «¿Por cuánto me la vendes?».

Él se pone a pensar o eso me pareció. Cuando se está bebido, no se ven las cosas claras, y va él y me responde: «Te la vendo por un metro cúbico».

Cosa que a mí no me extrañó, bebido como iba igual que él, pues el metro cúbico es una forma de hablar en mi oficio. Eran mil litros, y me interesaba.

Quedaba por ponerse de acuerdo en cuanto al precio, pues todo depende del parné. Le digo yo: «¿A cuánto sale el metro cúbico?».

Contesta él: «A dos mil francos».

Doy un salto en la silla, pero luego pienso que una mujer no debía de alcanzar más de trescientos litros. Aun así digo: «Demasiado caro».

Él responde: «Por menos no puedo. Saldría perdiendo».

No en balde mi compadre se dedica a vender cerdos. Conoce su oficio. Pero si el vendedor de tocinos es un pícaro, yo pícaro y medio. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Y le digo: «Si estuviera por estrenar, no te digo que no, pero usada, no lo vale. Mil quinientos el metro cúbico, y ni un sueldo más. ¿Conformes?».

«Está bien —responde él—, ¡chócala!»

Nos damos la mano y nos vamos, cogidos del brazo. En esta vida la gente ha de ayudarse.

Pero me entra un temor: «¿Cómo vamos a medirla a menos que la pongamos dentro de un líquido?».

Y él me explica su idea, no sin un cierto esfuerzo, porque estaba trompa. Me dice: «Cojo un barril. Lo lleno hasta arriba de agua y la meto dentro. Calculamos toda el agua que derrame fuera y ahí tienes la cuenta».

Le digo yo: «Está bien, de acuerdo. Pero ¿cómo se hace para calcular el agua que salga así?».

Entonces él me trata de tonto, diciéndome que basta con meter de nuevo la que falta dentro del barril después de haber sacado a la mujer. Toda el agua que se vuelva a meter, ésa será la medida. Por ejemplo, diez cubos son un metro cúbico. ¡No tiene ni un pelo de tonto, el muy cabrito, ni cuando ha bebido!

Nos vamos para su casa y yo examino a la parienta. No es lo que se dice una mujer bonita; todos pueden verla, ahí está. Pero pienso: «¡Soy viejo, qué importa que sea guapa o fea, para lo que la quiero sirve igual!», ¿no es cierto, señor presidente? Y, además, veo que está seca como un palo de escoba y pienso: «Ésta no llega a los

cuatrocientos litros». Lo sé, porque trabajo con líquidos.

Por lo que hace a la operación, ya se la ha contado ella. Yo le permití que no se quitara las enaguas y la camisa, en perjuicio mío.

En cuanto hubimos terminado, veo que se larga. Digo yo: «¡Cuidado, Brument, que se las pira!».

Él me dice: «Pierde cuidado, ya habrá tiempo de recuperarla. Pronto o tarde vendrá a acostarse. Mejor que calculemos la diferencia».

Medimos. Ni cuatro cubos siquiera. ¡Ja, ja, ja!

(El acusado estalla a reír sin parar, hasta el punto de que un gendarme tiene que darle unas palmadas en la espalda. Una vez calmado, continúa:)

Entonces dice Brument: «No hay trato, no es bastante». Yo me pongo a gritar, y también él, y yo más, él me atiza, y yo se la devuelvo. Y así habríamos estado hasta el día del Juicio Final, borrachos como íbamos.

Llegan los gendarmes, nos echan el guante, nos maniatan. ¡Y, andando, para la cárcel! Exijo daños y perjuicios.

Se sienta.

Brument confirma en todos sus puntos la confesión de su compinche. Los miembros del jurado, consternados, se retiran a deliberar.

Regresan al cabo de una hora y absuelven a los acusados, con una severa admonición fundamentada en la sagrada dignidad del matrimonio, y estableciendo con precisión los límites de las transacciones comerciales.

Brument se dirige al domicilio conyugal en compañía de su esposa.

Cornu vuelve a su negocio.

LA HERENCIA*

A Catulle Mendès

I

Aunque no fueran todavía las diez, los empleados llegaban como una marea a la gran puerta del Ministerio de Marina, venidos a toda prisa de todos los rincones de París, pues se acercaba el día de Año Nuevo, época de celo y de promociones. Un ruido de pasos apresurados llenaba el vasto edificio tortuoso como un laberinto y que jalonaban inextricables pasillos, llenos de innumerables puertas que daban acceso a las oficinas.

Cada uno entraba en su subdivisión, daba la mano al colega que había llegado ya, se quitaba la chaqueta, se ponía la vieja vestimenta de trabajo y se sentaba delante de su mesa, donde le esperaban montones de papeles. Luego se iba a la caza de noticias a las oficinas contiguas. Primero se informaba uno de si el jefe había llegado ya, si estaba de buen humor, si el correo del día era voluminoso.

El oficial de entrada del «material general», el señor César Cachelin, un ex suboficial de infantería de Marina, convertido en oficial de primera por antigüedad, registraba en un gran libro todos los documentos que acababa de traer el ujier del gabinete. Enfrente de él, el escribiente, papá Savon, un viejo chocho célebre en todo el Ministerio por sus desdichas conyugales, transcribía, con mano lenta, un despacho del jefe, concentrándose, con el cuerpo ladeado, mirando de reojo, en una postura rígida de copista meticuloso.

El señor Cachelin, un gordinflón de pelo blanco que lo llevaba cortado a cepillo, hablaba mientras cumplía con su tarea diaria:

—Treinta y dos despachos de Tolón. Este puerto, por sí solo, nos manda tantos como los otros cuatro juntos. —Luego le hizo a papá Savon la pregunta que le hacía todas las mañanas—: ¿Cómo está, papá Savon, su señora?

El viejo, sin interrumpir su tarea, contestó:

—Sabe usted perfectamente, señor Cachelin, que éste es un asunto muy penoso para mí.

Y el oficial de entrada se echó a reír, como se reía todos los días, al oír esta misma frase.

Se abrió la puerta y entró el señor Maze. Era un buen mozo moreno, vestido con una elegancia exagerada, y que allí se consideraba fuera de lugar, pues estimaba su prestancia y maneras por encima de su posición. Lucía unas grandes sortijas, una gruesa leontina, un monóculo, sólo porque era *chic*, pues se lo quitaba para trabajar, y solía hacer con frecuencia con las muñecas un movimiento para exhibir sus puños de camisa adornados con unos gruesos gemelos relucientes.

Desde la puerta, preguntó:

—¿Hay mucho trabajo hoy?

El señor Cachelin respondió:

—Es siempre Tolón el que nos da que hacer. Se ve que se acerca el día de Año Nuevo; ésos se exceden en el celo.

Pero otro empleado, bromista y chistoso, el señor Pitolet, apareció a su vez y preguntó entre risas:

—¿Qué?, ¿acaso nosotros no mostramos celo?

Luego, sacándose el reloj, manifestó:

—¡Faltan siete minutos para las diez y ya todos en su sitio! ¡Caramba! ¿Cómo llamarían ustedes a esto? Apuesto a que el señor dignatario Lesable ha llegado a las nueve al mismo tiempo que nuestro ilustre jefe.

El oficial de entrada dejó de escribir, se colocó la pluma sobre la oreja y, clavando los codos sobre el pupitre, dijo:

—¡Oh!, ¡éste, por ejemplo, si no lo consigue, no será por falta de esfuerzo!

Y el señor Pitolet, sentándose en una esquina de la mesa y balanceando una pierna, respondió:

—Pero lo conseguirá, papá Cachelin, lo conseguirá, no le quepa la menor duda. Me juego veinte francos contra un sueldo a que será jefe antes de diez años.

El señor Maze, que estaba liando un pitillo mientras se calentaba los muslos cerca del fuego, manifestó:

—¡Jolín! Pues por lo que hace a mí, preferiría quedarme toda la vida con los dos mil cuatrocientos francos que partirme el pecho como él.

Pitolet giró sobre sus talones y, con tono guasón, dijo:

—Lo que no impide, amigo, que esté usted aquí, hoy día veinte de diciembre, antes de las diez.

Pero el otro se encogió de hombros con aire indiferente:

—¡Pues claro! ¡Porque tampoco quiero que todo el mundo se me adelante! Ya que vienen ustedes aquí a ver salir el sol, lo mismo hago yo, aunque deplorando su solicitud. Pero de ahí a llamar al jefe «estimado señor», como hace Lesable, salir a las seis y media, y llevarse trabajo a casa, hay un abismo. Por otra parte, yo pertenezco a

la buena sociedad y tengo otros compromisos que llevan su tiempo.

El señor Cachelin había dejado de anotar en el registro y permanecía pensativo, con la mirada perdida delante de él. Finalmente preguntó:

—¿Creen que ascenderá de nuevo este año?

Pitolet exclamó:

—Ya lo creo que ascenderá, ¡y más diez puestos que uno! ¡Menudo zorro está hecho!

Y hablaron de la eterna cuestión de las promociones y de las gratificaciones, que, desde hacía un mes, traía loco a ese enjambre de burócratas, desde la planta baja hasta la más alta.

Se sopesaban las probabilidades, se barajaban cifras, se valoraban las cualificaciones, se indignaban por adelantado previendo injusticias. Empezaban de nuevo las interminables discusiones del día anterior, que se repetirían inmutables al siguiente, con las mismas razones, los mismos argumentos y las mismas palabras.

Entró un nuevo empleado, menudo, pálido, de aspecto enfermizo, el señor Boissel, para quien la vida era como una novela de Alejandro Dumas padre. Para él todo se convertía en aventura extraordinaria, y contaba cada mañana a Pitolet, su compañero, sus extraños encuentros de la víspera por la noche, los supuestos dramas de su casa, los gritos lanzados en la calle que le habían hecho abrir la ventana a las tres y veinte de la noche. Cada día había separado a unos que se estaban pegando, conseguido detener unos caballos, salvado a unas mujeres en peligro y, aunque de una deplorable debilidad física, citaba sin cesar, con tono cansino y convencido, unas hazañas llevadas a cabo con la fuerza de sus brazos.

En cuanto hubo comprendido que se hablaba de Lesable, manifestó:

—Algún día a ese mocoso le cantaré las cuarenta; ¡y, si se me adelanta, le sacudiré de lo lindo para que se le vayan las ganas de hacerlo de nuevo!

Maze, que seguía fumando, dijo con tono burlón:

—Haría usted bien empezando hoy mismo, pues sé de buena tinta que será usted relegado este año en favor de Lesable.

Boissel alzó una mano:

—Le juro que si…

La puerta se había abierto una vez más y un joven de baja estatura, que llevaba unas patillas de oficial de Marina o de abogado, un cuello duro muy alto, y que hablaba atropelladamente como si no fuera a tener nunca tiempo de terminar todo cuanto tenía que decir, entró rápidamente con aire de preocupación. Repartió unos apretones de manos como quien no tiene tiempo que perder y, acercándose al oficial de entrada, dijo:

—Amigo Cachelin, ¿le importaría darme el expediente Chapelou, filástica, Tolón, A. T. V., mil ochocientos setenta y cinco?

El empleado se levantó, alcanzó un cartapacio por encima de su cabeza, cogió de dentro un fajo de documentos guardados en una carpeta azul, y, entregándoselo, dijo:

—Aquí tiene, señor Lesable, sabrá usted que el jefe se llevó ayer tres escritos de este expediente.

—Sí. Los tengo, gracias.

Y el joven salió con paso apresurado.

Apenas se hubo ido, Maze declaró:

—¡Eh, qué elegancias! Juraría uno que ya es jefe.

Y Pitolet replicó:

—¡Paciencia!, ¡paciencia! Lo será antes que todos nosotros.

El señor Cachelin no se había puesto a escribir de nuevo. Se hubiera dicho que un pensamiento fijo le obsesionaba. Preguntó de nuevo:

—Tiene un futuro prometedor ese muchacho, ¿no?

Y Maze murmuró con tono desdeñoso:

—Para los que consideran el Ministerio una carrera, sí. Para los otros, es poco…

Pitolet le interrumpió:

—¿Acaso tiene usted intención de ser embajador?

El otro hizo un gesto de impaciencia:

—No se trata de mí. ¡A mí me trae sin cuidado! Lo que no es óbice para que el puesto de jefe de negociado nunca será gran cosa en la vida de mundo.

Papá Savon, el escribiente, no había dejado de copiar. Pero desde hacía unos instantes, mojaba una y otra vez su pluma en el tintero, después la secaba obstinadamente en la esponja embebida en agua que rodeaba el frasquito, sin conseguir trazar una letra. El negro líquido se deslizaba a lo largo de la punta metálica y caía, en manchitas redondas, sobre el papel. El buen hombre, desconcertado y desolado, miraba la copia que tendría que volver a empezar, como tantas otras desde hacía un tiempo, y dijo en voz baja y triste:

—¡Otra vez la tinta falsificada!

Un violento estallido de risas escapó de todas las bocas. Cachelin sacudía la mesa con su panza; Maze se doblaba en dos como si fuera a entrar a reculones en la chimenea; Pitolet pateaba, tosía, agitaba su mano derecha como si la tuviera mojada, y el propio Boissel se ahogaba, por más que se tomara generalmente las cosas más por el lado trágico que por el cómico.

Pero papá Savon, secando finalmente su pluma en el faldón de su chaqueta, agregó:

—No es cosa de risa. Tengo que rehacer dos o tres veces todo el trabajo.

Sacó de su cartapacio otra hoja, la ajustó a la plantilla y empezó de nuevo el encabezamiento: «Señor Ministro y querido colega…». Ahora la pluma conservaba la tinta y trazaba con claridad las letras. Y el viejo retomó su posición oblicua y

prosiguió con su copia.

Los otros no habían dejado de reír. Se estaban ahogando. Y es que desde hacía casi seis meses le estaban haciendo la misma broma al buen hombre, que no se daba cuenta de nada. Ésta consistía en verter unas gotas de aceite en la esponja mojada con la que se limpiaban las plumas. El acero, bañado en un líquido graso, no retenía ya la tinta; y el escribiente se pasaba horas asombrándose y afligiéndose, empleaba cajas de plumas y de tinteros, para declarar finalmente que los suministros de material del negociado se habían vuelto una verdadera calamidad.

Las malas pasadas entonces se habían acabado convirtiendo en una obsesión, en un suplicio. Le mezclaban pólvora con el tabaco, le ponían drogas en su botella de agua, de la que se tomaba un vaso de vez en cuando, y le habían hecho creer que, desde la Comuna, la mayor parte de las materias de uso corriente habían sido

adulteradas por los socialistas, para así echarle la culpa al Gobierno y propiciar una revolución.

Él había concebido un odio espantoso contra los anarquistas, a quienes creía emboscados por todas partes, escondidos por doquier, y al mismo tiempo un temor misterioso a una temible mano negra.

De repente tintineó una campanilla en el pasillo. Todos conocían perfectamente ese campanilleo rabioso del jefe, el señor Torchebeuf, y todos se precipitaron hacia la puerta para volver a sus respectivos departamentos.

Cachelin se puso de nuevo a tomar nota, luego dejó otra vez su pluma y se cogió la cabeza entre las manos para reflexionar.

Maduraba una idea que le venía atormentando desde hacía un tiempo. Ex oficial de infantería de Marina, dado de baja después de haber sido herido tres veces, una en Senegal y dos en la Cochinchina, tras entrar en el Ministerio por un favor especial había tenido que soportar muchas miserias, muchas penalidades y muchos sinsabores en su larga carrera de ínfimo subordinado; por ello consideraba la autoridad, la autoridad oficial, como lo más hermoso del mundo. Un jefe de negociado le parecía un ser excepcional, que vivía en una esfera superior; y los empleados de los que oía decir: «Es un zorro, ascenderá rápido», le parecían como de otra raza, de una naturaleza distinta a la suya.

Tenía, pues, por su colega Lesable una consideración superior que llegaba a la veneración, y alimentaba el deseo secreto, el deseo obstinado de hacerle casarse con su hija.

Ella sería un día rica, muy rica. Era algo sabido por todos en el Ministerio, pues una hermana suya, la señorita Cachelin, poseía un millón, un millón en cifras redondas, líquido y sólido, adquirido mediante el amor, se decía, pero purificado por una devoción tardía.

La vieja solterona, que había llevado una vida galante, se había retirado con quinientos mil francos, que había más que doblado en dieciocho años, a fuerza de un ahorro estricto y unas costumbres de vida más que modestas. Desde hacía tiempo vivía en casa de su hermano, que se había quedado viudo con una hija pequeña, Coralie, pero no contribuía más que con una ayuda insignificante a los gastos de la casa, guardando y acumulando su oro, y repitiéndole sin cesar a Cachelin: «No te preocupes, ya que todo es para tu hija; pero haz que se case pronto porque quiero conocer a mis sobrinitos. Ella me dará la alegría de abrazar a un niño de nuestra sangre».

Lo cual era algo sabido en la administración; y no faltaban los pretendientes. Se decía que Maze mismo, el apuesto Maze, el *lion* del negociado, andaba rondando a Cachelin con unas intenciones evidentes. Pero el ex sargento, un viejo zorro que había corrido mucho mundo, quería a un joven con porvenir, que llegara a ser jefe,

cosa que haría que también tuvieran consideración por él, César, el viejo suboficial. Lesable respondía admirablemente a sus expectativas, y desde hacía tiempo buscaba una manera de atraerle a su casa.

De pronto, se levantó frotándose las manos. La había encontrado.

Conocía perfectamente el punto flaco de cada uno. No se podía coger a Lesable más que por el lado de la vanidad, la vanidad profesional. Iría a pedirle protección, como se hace con los senadores o con los diputados, como se hace con los personajes ilustres.

Dado que en cinco años no había tenido ninguna promoción, Cachelin estaba convencido de lograrla aquel año. Por tanto debía aparentar que creía que se la debía a Lesable e invitarle a cenar en muestra de agradecimiento.

Apenas hubo concebido su plan, empezó a ponerlo en práctica. Descolgó del armario su chaqueta de calle, se quitó la vieja, y, cogiendo todos los documentos registrados que eran de incumbencia de su colega, se dirigió al despacho que este empleado ocupaba él solo, por un favor especial, debido a su celo y a lo importante de sus atribuciones.

El joven estaba escribiendo en una gran mesa, en medio de unos expedientes abiertos y de papeles desparramados, numerados con tinta roja o azul.

En cuanto éste vio al oficial de entrada, preguntó, con un tono familiar que dejaba traslucir una cierta consideración:

—¿Qué, amigo, me trae usted muchos asuntos?

—Sí, no está mal. Y además quería hablar con usted.

—Siéntese, amigo, le escucho.

Cachelin tomó asiento, carraspeó, adoptó un aire intimidado y, con voz insegura, dijo:

—Lo que me trae, señor Lesable, es lo siguiente. No me andaré con rodeos. Le seré franco como un viejo soldado. Vengo a pedirle un favor.

—¿Cuál?

—En pocas palabras, necesito conseguir mi promoción este año. No tengo a ningún protector y he pensado en usted.

Lesable enrojeció ligeramente, asombrado, contento, lleno de una orgullosa confusión. Pero respondió:

—Pero si yo no pinto nada aquí, amigo. Soy mucho menos que usted, que va a llegar a ser oficial de primera. No puedo hacer nada. Créame que…

Cachelin le interrumpió con brusquedad llena de respeto:

—Vamos, vamos. El jefe a usted le escucha; y si le dice unas palabras en mi favor, la promoción es segura. Piense que dentro de dieciocho meses tendré derecho a la jubilación; y serían quinientos francos menos si no obtengo nada en enero. Sé muy bien que dicen: «Cachelin no anda apurado, pues su hermana posee un millón». Y es

cierto que mi hermana posee el millón, pero aunque este millón genera intereses, a mí no me corresponde nada. Todo irá a parar a mi hija, cosa que no es menos cierta; pero una cosa es mi hija y otra muy distinta yo. Apañado estaré, cuando mi hija y mi yerno vayan en coche por ahí, mientras que yo no tendré nada a qué hincarle el diente. Comprende mi situación, ¿no?

Lesable asintió con la cabeza:

—Lo que dice es cierto, muy cierto. Su yerno podría no comportarse con usted como es debido. Y siempre es mejor no deberle nada a nadie. Por ello le prometo que haré cuanto esté en mis manos, hablaré con el jefe, le expondré su caso, insistiré si es preciso. Puede contar conmigo.

Cachelin se levantó, le tomó las manos a su colega, se las estrechó con un apretón militar y balbució:

—Gracias, gracias, le aseguro que si nunca se presenta la ocasión…, si nunca puedo…

No terminó, al no encontrar las palabras para concluir la frase, y se fue haciendo resonar en el pasillo su paso cadencioso de viejo soldado.

Pero oyó a lo lejos una campanilla rabiosa que tintineaba, y echó a correr, pues había reconocido su timbre. Era el jefe, el señor Torchebeuf, que preguntaba por el oficial de entrada.

Ocho días más tarde, Cachelin encontró una mañana encima de su escritorio una carta lacrada que decía:

> Mi querido colega:
>
> Me es grato comunicarle que el ministro, a propuesta de nuestro director y de nuestro jefe, firmó en el día de ayer su nombramiento a oficial de primera. Mañana recibirá usted la comunicación oficial. Hasta ese momento no sabe usted nada, ¿entendido?
>
> *Lesable*

César corrió enseguida al despacho de su joven colega, le dio las gracias, se disculpó, se deshizo en expresiones de gratitud.

Al día siguiente se supo que los señores Lesable y Cachelin habían obtenido ambos la promoción. Los otros funcionarios tendrían que esperar a un año mejor y mientras tanto recibirían en compensación una gratificación que iba de los ciento cincuenta a los trescientos francos.

Boissel declaró que, una de esas noches, esperaría a Lesable, a medianoche, en la esquina de la calle donde vivía para darle una buena paliza y dejarle tieso en el sitio. Los otros funcionarios se callaron.

Al lunes siguiente, Cachelin, apenas llegar, se dirigió al despacho de su protector, entró con solemnidad y dijo con tono ceremonioso:

—Espero que me haga el honor de venir a cenar a mi casa para Reyes. Elija usted

mismo el día que le vaya bien.

El joven, un poco sorprendido, levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de su colega, luego contestó, sin apartar su mirada para leer bien en el pensamiento del otro:

—Verá, amigo, ocurre que… tengo todas mis noches comprometidas por un tiempo.

Cachelin insistió con tono bonachón:

—Vamos, vamos, no me hará el feo de negarse después del favor que me ha hecho. Se lo ruego, en nombre de mi familia y mío.

Lesable, indeciso, dudaba. Había comprendido, pero no sabía qué responder, al no darle tiempo a reflexionar y a sopesar los pros y los contras. Finalmente, pensó: «No me comprometo a nada yendo a cenar», y aceptó con aire satisfecho, eligiendo el sábado próximo. Añadió, sonriendo:

—Para no tener que levantarme demasiado pronto al día siguiente.

II

El señor Cachelin vivía en la parte alta de la rue Rochechouart, en un quinto piso, un pisito con terraza, desde donde se veía todo París. Tenía tres habitaciones, una para su hermana, otra para su hija y una para él; el comedor hacía las veces de cuarto de estar.

Durante toda la semana estuvo agitado pensando en esa cena. El menú fue largamente discutido para ofrecer al mismo tiempo una comida que fuera sencilla y refinada. Se decidieron por lo siguiente: un consomé con huevo, entremeses, gambas y salchichón, un bogavante, un hermoso pollo, guisantes en conserva, foie gras, una ensalada, helado y postre.

El foie gras fue comprado en un charcutero vecino, con el ruego de que fuera de primera calidad. La terrina costaba, por otra parte, tres francos y medio. En cuanto al vino, Cachelin se dirigió al bodeguero de la esquina que le proveía a granel del rojo brebaje que tomaba de ordinario. Razonó del siguiente modo para no ir a un gran establecimiento: «Los pequeños bodegueros tienen pocas ocasiones de vender sus buenos vinos, por lo que los conservan largo tiempo en la bodega y tienen algunos excelentes».

Aquel sábado volvió antes a casa para asegurarse de que todo estaba listo. La criada, que fue a abrirle, estaba más roja que un tomate, pues los fogones que había encendido a mediodía, por temor a que no le diera tiempo, le habían asado la cara durante toda la jornada; y también la emoción la tenía agitada.

Entró en el comedor para revisarlo todo. En medio de la pequeña estancia, la mesa redonda creaba una gran mancha blanca, bajo la viva luz de la lámpara cubierta por una pantalla verde.

Al lado de los cuatro platos, sobre los que había las servilletas dobladas en forma de mitra episcopal por la señorita Cachelin, la tía, estaban los cubiertos de plata, y delante los vasos, uno grande y otro pequeño. A César aquello no le satisfizo como presentación y llamó:

—¡Charlotte!

Se abrió la puerta de la izquierda y apareció una anciana menuda. Diez años mayor que su hermano, tenía un rostro enjuto enmarcado por unos blancos rizos que se hacía con papillotes. Su fina voz parecía muy débil para su cuerpecito encorvado, y caminaba con un paso un poco arrastrado, con torpes ademanes.

Decían de ella, en tiempos de su juventud: «¡Qué criatura más graciosa!».

Ahora era una anciana delgada, muy limpia por una vieja costumbre, cabezota, terca, de mente estrecha, meticulosa y fácilmente irritable. Tras volverse muy devota, parecía tener totalmente olvidadas las aventuras de antaño.

Ella preguntó:

—¿Qué quieres?

Él contestó:

—Mi impresión es que dos vasos no hacen gran efecto. Si servimos champán… No me costará en ningún caso más de tres o cuatro francos, y así podríamos poner también las copas altas. Cambiaría completamente el aspecto de la sala.

La señorita Charlotte prosiguió:

—No veo la utilidad de este gasto. Pero, allá tú, eres tú quien paga, es algo que no me atañe.

Él dudaba, tratando de convencerse a sí mismo:

—Te aseguro que sería mejor tal como te digo. Y, además, para el roscón de Reyes, eso animará.

Esta razón le había hecho decidirse. Cogió su sombrero y volvió a bajar la escalera, y regresó al cabo de cinco minutos con una botella que llevaba una ancha etiqueta blanca adornada con un escudo de armas enorme: «Gran vino espumoso de Champaña del conde de Chatel-Rénovau».

Y Cachelin declaró:

—No me ha costado más que tres francos y parece que es exquisito.

Él mismo cogió las copas de un armario y las colocó delante de donde se sentarían los comensales.

La puerta de la derecha se abrió. Entró su hija. Era alta, metida en carnes y sonrosada, una guapa muchacha de una raza robusta, de pelo castaño y ojos azules. Un vestido sencillo dibujaba su cintura redonda y flexible; su voz fuerte, casi una voz de hombre, tenía esas notas graves que hacen vibrar los nervios. Exclamó, batiendo palmas de una manera infantil:

—¡Dios mío! ¡Champán! ¡Qué felicidad!

Su padre le dijo:

—Sobre todo muéstrate amable con ese señor que me ha hecho muchos favores.

Ella rompió a reír con una risa sonora que quería decir: «Ya lo sé».

Sonó el timbre del vestíbulo, se abrieron y cerraron unas puertas. Apareció Lesable. Llevaba un frac negro, corbata blanca y guantes blancos. Causó sensación. Cachelin salió a su encuentro, confuso y encantado:

—Pero, amigo mío, si no era más que una cena íntima; como puede ver, yo voy con chaqueta.

El joven respondió:

—Lo sé, me lo dijo, pero tengo por costumbre vestir frac cuando salgo por la noche.

Saludaba con el sombrero de copa debajo del brazo y una flor en el ojal. César hizo las presentaciones:

—Mi hermana, la señorita Charlotte, mi hija, Coralie, a la que llamamos familiarmente Cora.

Todo el mundo se inclinó. Cachelin prosiguió:

—No tenemos salón. Es un poco incómodo, pero acaba uno por acostumbrarse.

Lesable replicó:

—¡Es encantador!

Luego le desembarazaron de su sombrero que no se quería quitar. Y enseguida se puso a descalzarse los guantes.

Se sentaron; se miraban a distancia, a través de la mesa, y no se decían ya nada. Cachelin preguntó:

—¿Se ha quedado hasta tarde el jefe? Yo me he ido pronto para ayudar a las señoras.

Lesable respondió con tono desenvuelto:

—No. Hemos salido juntos porque teníamos que hablar del asunto de las telas embreadas de Brest. Es un asunto muy complicado, que nos dará muchos quebraderos de cabeza.

Cachelin se creyó en la obligación de poner a su hermana al corriente y, volviéndose hacia ella, dijo:

—El señor Lesable es quien lleva todas las cuestiones difíciles del negociado. Se puede decir que es la persona de confianza del jefe.

La vieja solterona saludó cortésmente al declarar:

—¡Oh!, ya sé que el señor es una persona muy cualificada.

Entró la criada, empujando la puerta con la rodilla y sosteniendo en el aire, con ambas manos, una gran sopera. Entonces «el amo de casa» exclamó:

—¡Todos a la mesa! Siéntese allí, señor Lesable, entre mi hermana y mi hija. No creo que las señoras le den miedo.

Y dio comienzo la cena.

Lesable se hacía el amable, con unos pequeños aires de suficiencia, casi de condescendencia, y miraba con el rabillo del ojo a la muchacha, asombrándose de su lozanía, de su apetecible buena salud. La señorita Charlotte, conocedora de las intenciones de su hermano, hacía esfuerzos extraordinarios, y mantenía viva una conversación banal llena de todos los lugares comunes. Cachelin, radiante, hablaba alto, bromeaba, servía el vino comprado una hora antes en el bodeguero de la esquina:

—Un vaso de este modesto borgoña, señor Lesable. No le diré que sea un gran caldo, pero es bueno, envejecido en bodega y natural; eso se lo puedo asegurar. Lo hemos conseguido gracias a unos amigos que son de allí.

La muchacha no decía nada, un poco ruborizada, un poco tímida, incómoda por la proximidad de aquel hombre cuyos pensamientos se imaginaba.

Cuando apareció el bogavante, César declaró:

—Ganas tenía de vérmelas con este personaje.

Lesable, sonriendo, contó que un escritor había definido al bogavante como «el cardenal de los mares», sin saber que antes de ser cocido este animal es negro. Cachelin se echó a reír con todas sus fuerzas, repitiendo:

—¡Ja, ja, ja! Esto sí que tiene gracia.

Pero la señorita Charlotte, que se había puesto seria, se molestó:

—No veo qué relación puede haber. Ese señor no sabía lo que se decía. Admito todo género de bromas, pero no me gusta que en mi presencia se rían de los curas.

El joven, que quería resultar simpático a la vieja solterona, aprovechó la ocasión para hacer una profesión de fe católica y habló de la gente de mal gusto que trata a la ligera las grandes verdades, concluyendo:

—Yo respeto y venero la religión de mis padres, he sido educado en ella y seguiré siendo católico hasta mi muerte.

Cachelin ya no reía. Hacía bolitas de miga de pan murmurando:

—Exacto, exacto.

Luego cambió de tema de conversación, que le aburría, y, por una de esas inclinaciones naturales propias de todos aquellos que realizan cada día la misma tarea, preguntó:

—El apuesto Maze ha debido de rabiar por no haber conseguido su promoción, ¿eh?

Lesable respondió:

—¿Qué quiere? ¡A cada uno según sus obras!

Y se pusieron a hablar del Ministerio, lo que apasionaba a todo el mundo, pues las dos mujeres conocían a los empleados casi tanto como Cachelin mismo, a fuerza de oír hablar de ellos a diario. La señorita Charlotte se ocupaba mucho de Boissel, a

causa de las aventuras que contaba y de su espíritu novelesco, y la señorita Cora se interesaba en secreto por el apuesto Maze. Ellas no les habían visto nunca, por otra parte.

Lesable hablaba de ellos con un tono de superioridad, como habría podido hacerlo un ministro juzgando a su personal.

Le escuchaban:

—Maze no carece de un cierto mérito; pero cuando se quiere llegar alto, hace falta trabajar más que él. Le gusta la buena sociedad, la diversión. Todas estas cosas turban el espíritu. No llegará nunca lejos, pero por culpa suya. Tal vez llegue a ser subjefe, gracias a sus influencias, pero nada más. En cuanto a Pitolet, redacta bien, hay que reconocerlo, posee una elegancia de estilo innegable, pero le falta sustancia. Todo en él es superficial. Un hombre así no podría estar a la cabeza de un departamento importante, si bien podría ser utilizado por un jefe inteligente para allanarle el camino.

La señorita Charlotte preguntó:

—¿Y el señor Boissel?

Lesable se encogió de hombros:

—Es un pobre hombre, un pobre hombre. No ve nada en su justa medida. Se imagina historias absolutamente inverosímiles. Para nosotros es un cero a la izquierda.

Cachelin se echó a reír y declaró:

—El mejor es papá Savon.

Y todo el mundo se rió.

Luego hablaron de los teatros y de las obras de ese año. Lesable juzgaba con la misma autoridad la literatura dramática, catalogando a los autores con rotundidad, determinando el punto fuerte o flaco de cada uno de ellos con la seguridad propia de los hombres que se sienten infalibles y omniscientes.

Se habían terminado el asado. César destapaba ahora la terrina de foie gras con delicadas precauciones que permitían juzgar acerca de su contenido. Dijo:

—No sé si éste saldrá bueno. Pero por lo general son perfectos. Nos los manda un primo que vive en Estrasburgo.

Y todos comieron con respetuosa lentitud el contenido de la terrina de barro amarillo.

Cuando apareció el helado fue un desastre: era una salsa, un caldo, un líquido blancuzco que flotaba en una compotera. La criada, temiendo no saber hacerlo, le había rogado al oficial pastelero, que había venido a las siete, que lo desmoldara él mismo.

Cachelin, desolado, quería devolverlo a la cocina, pero se calmó al pensar en el roscón de Reyes, que cortó con aire de misterio, como si encerrase un gran secreto.

Todos miraban fijamente el simbólico pastel y se lo pasaron con el ruego de que cogieran una porción a ojos cerrados.

¿A quién le tocaría el haba? Una necia sonrisa asomaba a los labios. El señor Lesable lanzó un pequeño «¡ah!» de asombro y mostró entre su pulgar y su índice una gruesa judía blanca cubierta aún de pasta. Y Cachelin se puso a batir palmas, para exclamar a continuación:

—¡Elija la reina! ¡Elija la reina!

Hubo un breve momento de vacilación en la mente del rey. ¿No resultaría diplomático eligiendo a la señorita Charlotte? ¡Ella se sentiría halagada, conquistada, seducida! Luego pensó que, a fin de cuentas, había sido invitado por la señorita Cora y que pasaría por un estúpido si elegía a la tía. Por tanto se volvió hacia su joven vecina y, presentándole el haba real, dijo:

—¿Me permite, señorita, que se la ofrezca?

Se miraron a la cara por primera vez.

—¡Gracias, señor! —dijo ella recibiendo la prenda de la realeza.

Él pensaba: «Es verdaderamente bonita. ¡Tiene unos ojos magníficos, y es una real moza, ya lo creo que lo es!».

Una detonación hizo dar un brinco a las dos mujeres, Cachelin acababa de descorchar el champaña, que se escapaba con impetuosidad de la botella y manaba sobre el mantel. Luego las copas fueron llenadas de espuma, y el anfitrión declaró:

—Es de buena calidad, como puede ver.

Pero, cuando Lesable iba a beber para impedir que su copa siguiera desbordándose, César exclamó:

—¡El rey bebe! ¡El rey bebe! ¡El rey bebe!

Y la señorita Charlotte, también excitada, chilló con su voz aguda:

—¡El rey bebe! ¡El rey bebe!

Lesable vació su copa con aplomo y, dejándola sobre la mesa, dijo:

—¡Como ven, no me tiembla el pulso! —Luego, volviéndose hacia la señorita Cora, agregó—: ¡Brindemos por usted, señorita!

Ella quiso beber; pero al haber gritado todo el mundo: «¡La reina bebe! ¡La reina bebe!», enrojeció, rompió a reír y dejó la copa delante de ella.

El final de la cena fue de una alegría desbordante, el rey se mostraba solícito y galante con la reina. Luego, en el momento de los licores, Cachelin anunció:

—Ahora retiraremos la mesa para hacer sitio. Si no llueve, podemos salir un momento a la terraza.

Tenía interés en enseñar la vista, aunque fuera de noche.

Se abrió, pues, la puerta de cristales. Entró un airecillo húmedo. Fuera hacía un tiempo tibio, como en el mes de abril; y todos subieron el escalón que separaba el comedor del amplio balcón. No se veía más que un vago resplandor sobre la gran

ciudad, como esas aureolas de llamas que se pone sobre la cabeza de los santos. De trecho en trecho esta claridad parecía más viva, y Cachelin se puso a explicar:

—Mire, lo que brilla así, ahí abajo, es el Edén. Ésa es la línea de los bulevares. Se distinguen a la perfección. De día la vista desde aquí es espléndida. Por más que viaje usted, no encontrará nunca nada mejor.

Lesable estaba de codos sobre la barandilla de hierro junto a Cora, que miraba al vacío, silenciosa, distraída, embargada de improviso por una de esas melancólicas languideces que atenazan a veces el alma. La señorita Charlotte volvió adentro por temor a la humedad. Cachelin seguía hablando, con el brazo extendido, indicando en qué dirección se encontraban Les Invalides, el Trocadero, el Arco de Triunfo de l'Étoile.

Lesable preguntó a media voz:

—¿Y a usted le gusta contemplar París desde aquí arriba, señorita Cora?

Ella se sobresaltó, como despertándose, y respondió:

—¿A mí?… Sí, sobre todo de noche. Pienso en todo lo que pasa aquí, delante de nosotros. ¡Cuánta gente feliz y desgraciada hay en esas casas! ¡Si uno pudiera verlo todo, cuántas cosas aprendería!

Él se había acercado tanto que codos y hombros se tocaban:

—¡Al claro de luna debe de ser mágico!

—Ya lo creo. Se diría un grabado de Gustave Doré. ¡Qué placer sería poder dar largos paseos por los tejados!

Entonces se interesó por sus aficiones, sus sueños, sus distracciones. Y ella respondía nada cohibida, como una muchacha seria, sensata, sin pájaros en la cabeza. A él le parecía llena de cordura, pensaba que sería verdaderamente agradable poder ceñir con su brazo aquella cintura redonda y firme y besar largamente con besos lentos, igual que se bebe a sorbitos un buen aguardiente, esa mejilla lozana, cerca de la oreja, que ahora iluminaba un reflejo de luz. Se sentía atraído y turbado por la sensación de tener tan próxima a una mujer, por la sed de carne madura y virgen, por la delicada seducción de la muchacha. Tenía la impresión de que se habría quedado allí durante horas, noches, semanas, apoyado cerca de ella, sintiéndola a su lado, embargado del encanto de su contacto. Y algo que se parecía a un sentimiento poético le hacía palpitar frente al gran París que se extendía delante de él, iluminado, en la plenitud de su vida nocturna, su vida de placeres y de libertinaje. Le parecía que dominaba la enorme ciudad, que planeaba sobre ella; y sentía que sería delicioso asomarse cada noche a aquel balcón junto a una mujer, y amarse, besarse en la boca, abrazarse por encima de aquella gran ciudad, por encima de todos los amores que encerraba, por encima de todas las satisfacciones vulgares, por encima de los deseos corrientes, muy cerca de las estrellas.

Hay noches en que las almas menos apasionadas comienzan a soñar, como si les

salieran alas. Tal vez estaba un poco achispado.

Cachelin, que se había ido a buscar su pipa, volvió mientras se la encendía.

—Como sé que usted no fuma —dijo—, por eso no le he ofrecido un cigarrillo. No hay nada mejor que echarse un pitillo aquí. Yo no podría acostumbrarme a vivir en un piso bajo, si me viera obligado a hacerlo. Podríamos, porque la casa es de mi hermana, así como las dos de al lado, la de la izquierda y la de la derecha. Se saca una buena renta de ellas. Son casas que, en su día, no le salieron caras. —Volviéndose hacia el comedor, vociferó—: ¿Cuánto pagaste por estos terrenos, Charlotte?

Entonces se dejó oír la voz aguda de la solterona. Lesable no oía más que fragmentos de frase:

—… el de mil ochocientos sesenta y tres… treinta y cinco mil francos…, construido más tarde…, las tres casas…, un banquero…, revendido por lo menos en quinientos mil francos…

Daba detalles de su fortuna con la complacencia de un viejo soldado que cuenta sus campañas. Enumeraba sus compras, las propuestas que le habían hecho desde entonces, las plusvalías, etcétera.

Lesable, muy interesado, se dio la vuelta, apoyando ahora su espalda contra la barandilla de la terraza. Pero como aún no captaba más que retazos de explicación, dejó bruscamente a su joven acompañante y volvió adentro para oírlo todo; y, sentándose al lado de la señorita Charlotte, estuvo conversando largo y tendido con ella sobre el probable aumento de los alquileres y de lo que puede reportar el dinero bien invertido, en valores o en bienes inmuebles.

Se fue hacia medianoche, prometiendo volver.

Un mes más tarde, no se hablaba de otra cosa en el Ministerio que de la boda de Jacques-Léopold Lesable con la señorita Céleste-Coralie Cachelin.

III

El joven matrimonio se instaló en el mismo rellano que Cachelin y la señorita Charlotte, en un alojamiento parecido al suyo y del que echaron al inquilino.

Una inquietud, sin embargo, agitaba el espíritu de Lesable: la tía no había querido asegurar su herencia a Cora mediante ningún documento definitivo. Sin embargo, había aceptado jurar «por Dios» que su testamento estaba hecho y depositado en la notaría del señor Belhomme. Había prometido, además, que toda su fortuna iría a parar a su sobrina, pero con una condición. Presionada para que revelara cuál era dicha condición, se negó a dar explicaciones, por más que había jurado con una sonrisita benévola que no sería difícil de cumplir.

Ante tales explicaciones y la testarudez de la vieja beata, Lesable se creyó en la obligación de no insistir, y, puesto que la muchacha le gustaba mucho y su deseo era

más fuerte que la incertidumbre, se rindió a los tenaces esfuerzos de Cachelin.

Ahora era feliz, aunque acosado siempre por una duda. Y quería a su mujer, que no había defraudado en absoluto sus expectativas. Su vida discurría tranquila y monótona. En pocas semanas se había acostumbrado a su nueva situación de hombre casado y seguía mostrándose el empleado lleno de celo de siempre.

Pasó un año. Volvió el día de Año Nuevo. Para su gran sorpresa no consiguió la promoción que se esperaba. Sólo Maze y Pitolet ascendieron de categoría; y Boissel le confió confidencialmente a Cachelin que se había prometido dar una buena paliza a sus dos colegas, una de esas tardes, a la salida, enfrente de la gran puerta, delante de todo el mundo. Pero no hizo nada.

Durante ocho días, Lesable no pegó ojo de angustia por no haber sido promocionado, pese a su celo. Y, sin embargo, trabajaba como un condenado; sustituía indefinidamente al subjefe, el señor Rabot, enfermo nueve meses al año en el hospital del Val-de-Grâce; llegaba todas las mañanas a las ocho y media; se iba todas las tardes a las seis y media. ¿Qué más querían? Si no estaban contentos de semejante dedicación y esfuerzo, haría como los demás, así de claro. A cada uno según sus obras. ¿Cómo había podido el señor Torchebeuf, que le trataba como a un hijo, sacrificarle? Quería saber la verdad. Iría a ver a su jefe, para que le diera una explicación.

Así, un lunes por la mañana, antes de que llegaran sus colegas, llamó a la puerta de aquel potentado.

Una voz chillona gritó: «Adelante». Entró.

Sentado ante una gran mesa cubierta de papeluchos, menudito con una cabezota que parecía puesta sobre su cartapacio, el señor Torchebeuf estaba escribiendo. Al ver a su empleado preferido, dijo:

—Buenos días, Lesable, ¿cómo está usted?

El joven respondió:

—Buenos días, estimado señor, muy bien, ¿y usted?

El jefe dejó de escribir e hizo girar en redondo su sillón. Su delgado cuerpo, enclenque, flaco, embutido en una levita negra de rígida hechura, parecía completamente desproporcionado con respecto al asiento de respaldo de cuero. Un rosetón de oficial de la Legión de Honor enorme, llamativo, también absolutamente desproporcionado para la persona que lo llevaba, brillaba como una brasa en el estrecho pecho, aplastado bajo un cráneo notable, como si todo el individuo se hubiera desarrollado en forma de cúpula, igual que un champiñón.

Tenía la mandíbula pronunciada, las mejillas hundidas, los ojos saltones y una frente desmedida cubierta de blancos pelos peinados hacia atrás.

El señor Torchebeuf dijo:

—Tome asiento, amigo, y dígame qué le trae.

Con todos los demás empleados se mostraba de una rudeza militar, al considerarse como un capitán a bordo, pues el Ministerio representaba para él una gran nave, la nave capitana de todas las flotas francesas.

Lesable, un tanto azorado y pálido, balbució:

—Estimado señor, vengo a preguntarle si he desmerecido en algo.

—Claro que no, amigo, ¿por qué me lo pregunta?

—Es que me he quedado un tanto sorprendido por no haber sido promocionado este año igual que los últimos. Permítame explicarme por completo, estimado señor, y perdone mi atrevimiento. Sé que he obtenido de usted favores excepcionales y ventajas inesperadas. Sé que se promociona a la gente, en general, cada dos o tres años; pero permítame también hacerle observar que yo aporto al negociado un trabajo equivalente más o menos al cuádruplo del trabajo de un empleado normal, y que hago al menos el doble de horario. Si se pusieran en un platillo de la balanza el producto de mis esfuerzos y en el otro el total de mi remuneración, se vería que el segundo es muy inferior al primero.

Había preparado con cuidado su discursito, que le parecía excelente.

El señor Torchebeuf, sorprendido, buscaba algo que responder. Por fin dijo, con tono más bien frío:

—Aunque no sea admisible, en principio, discutir de estas cosas entre superior y subalterno, por esta vez quiero responderle, en atención a sus muchos méritos.

»Yo le propuse para la promoción, como los años anteriores. Pero el director descartó su nombramiento fundándose en que su matrimonio le asegura un buen porvenir, una situación más que holgada, una fortuna que nunca les cabe esperar a sus modestos colegas. ¿No es equitativo, en suma, tener en cuenta también un poco la situación de cada uno? Será usted rico, muy rico. Trescientos francos más al año no sería mayor cosa para usted, mientras que este pequeño aumento supondrá mucho para el bolsillo de los demás. Ésta es, amigo mío, la razón de que haya sido pospuesto este año.

Lesable, confuso e irritado, se retiró.

Por la noche, durante la cena, estuvo desabrido con su mujer. Ella se mostraba normalmente alegre y de un humor bastante estable, aunque testaruda; no cedía nunca cuando deseaba mucho algo. No sentía ya por ella la atracción sensual de los primeros tiempos, y aunque él siempre tuviera despierto el deseo, pues era lozana y graciosa, sentía por momentos esa desilusión tan próxima al descorazonamiento que ocasiona la vida en común de dos seres. Los mil detalles triviales o grotescos de la existencia, la descuidada indumentaria de la mañana, la bata de lana vulgar, vieja y raída, el peinador ajado, pues no eran ricos, y también el ver de muy cerca a la mujer ocupada en las tareas propias de una familia pobre, despojaba para él al matrimonio de su barniz, marchitaba esa flor de poesía que seduce, a distancia, a los prometidos.

La tía Charlotte contribuía a hacerle desagradable la casa, pues ya no salía de ella; se inmiscuía en todo, quería mandar en todo, hacía observaciones acerca de todo, y como tenían un temor horrible a herirla, le aguantaban todo con resignación, pero también con una exasperación disimulada y creciente.

Se paseaba por el piso con su paso arrastrado de vieja; y su voz estridente decía continuamente:

—Deberías hacer esto…, deberías hacer lo otro…

Cuando los dos, marido y mujer, se encontraba a solas, Lesable gritaba, irritado:

—Tu tía se está volviendo insoportable. No puedo más. ¿Comprendes? No puedo más.

Y Cora replicaba con tono pacífico:

—¿Y qué puedo hacer yo?

Entonces él espetaba:

—¡Es odioso tener una familia así!

Ella replicaba, siempre con tono calmo:

—La familia será todo lo odiosa que tú quieras, pero la herencia no está nada mal, ¿verdad? Así que no hagas el imbécil. Tanto interés tienes tú como yo en tratar bien a la tía Charlotte.

Él callaba, sin saber qué responder.

La tía les perseguía ahora sin cesar con la idea fija de que debían tener un hijo. Se llevaba a Lesable a los rincones y le susurraba en la misma cara:

—Sobrino mío, me parece a mí que debería ser usted padre antes de que yo me muera. Quiero conocer a mi heredero. No me hará creer que Cora no puede ser madre. Basta con verla. Cuando uno se casa, sobrino mío, es para crear una familia, para tener descendencia. Nuestra Santa Madre Iglesia prohíbe los matrimonios estériles. Sé muy bien que no sois ricos y que un hijo trae gastos. Pero cuando yo no esté no os faltará de nada. Quiero un pequeño Lesable, lo quiero, ¿entendido?

Como, tras quince meses de matrimonio, su deseo no se había hecho aún realidad, había concebido dudas y se había vuelto insistente; y daba en voz baja consejos a Cora, consejos prácticos de mujer que ha conocido muchas cosas, en otro tiempo, y que sabe sacarlas a colación si la ocasión lo requiere.

Pero una mañana, sintiéndose indispuesta, no pudo levantarse. Como nunca había estado enferma, Cachelin, muy preocupado, fue a llamar a la puerta de su yerno:

—Vaya corriendo a llamar al doctor Barbette, y luego dígale al jefe que hoy, dadas las circunstancias, no iré a la oficina.

Lesable pasó un día de angustias, incapaz de trabajar, de redactar y de examinar los asuntos. El señor Torchebeuf, sorprendido, le comentó:

—Parece usted hoy distraído, señor Lesable.

Y Lesable, nervioso, respondió:

—Estoy muy fatigado, señor, pues he pasado toda la noche al lado de nuestra tía cuyo estado es muy grave.

Pero el jefe prosiguió con frialdad:

—Se ha quedado el señor Cachelin para cuidarla, lo cual debería bastar. No puedo permitir que mi oficina se torne un caos por cuestiones personales de mis empleados.

Lesable había dejado su reloj encima de su mesa delante de él, y esperaba que fueran las cinco con impaciencia febril. Apenas sonó el gran reloj del patio grande, se escapó, dejando, por primera vez, la oficina en el minuto reglamentario.

Tomó incluso de vuelta un coche de punto, tan viva era su inquietud; y subió la escalera a toda prisa.

La criada fue a abrirle; él balbució:

—¿Cómo se encuentra?

—El médico dice que está muy decaída.

Empezó a palpitarle el corazón y se quedó muy impresionado:

—Ah, ¿de veras?

¿Y, si por casualidad, fuera a morir?

No se atrevía a entrar ahora en la habitación de la enferma, y mandó llamar a Cachelin, que la cuidaba.

Apareció al punto su suegro, abriendo la puerta con precaución. Llevaba puesto su batín y su gorro griego como cuando pasaba agradables veladas al amor del fuego; y susurró en voz baja:

—Está mal, muy mal. Lleva inconsciente desde las cuatro. A primeras horas de la tarde ha recibido los sacramentos.

Entonces Lesable sintió que le flaqueaban las piernas y se sentó:

—¿Dónde está mi mujer?

—Está a su lado.

—¿Qué ha dicho exactamente el médico?

—Que se trata de un ataque. Puede volver en sí, como puede morir también esta misma noche.

—¿Me necesitan para algo? Si no me necesitan, preferiría no entrar. Me afectaría mucho verla en ese estado.

—No. Váyase a su casa. Si hay alguna novedad, le mandaré llamar enseguida.

Y Lesable volvió a su casa. El piso le pareció cambiado, más grande, más luminoso. Pero, como era incapaz de estarse quieto, salió a la terraza.

Estaban a últimos de julio, y el sol de justicia que estaba por desaparecer por detrás de las dos torres del Trocadero derramaba una lluvia de llamas sobre la inmensidad de tejados.

El espacio, de un rojo brillante a sus pies, se teñía más arriba de un color de oro pálido, luego de amarillo y de verde, de un verde tenue con toques de luz, luego se

tornaba azul, de un azul puro y vivo sobre las cabezas.

Las golondrinas cruzaban como saetas, apenas visibles, trazando sobre el fondo bermejo del cielo el perfil afilado y fugitivo de sus alas. Y sobre la infinita multitud de casas, sobre el campo lejano, planeaba una nube rosa, un vapor de fuego en el que se erigían, como en una apoteosis, las puntas de los campanarios, las cúspides esbeltas de los monumentos. El Arco de Triunfo de l'Étoile aparecía enorme y negro en el incendio del horizonte y la cúpula de Les Invalides parecía otro sol caído del firmamento sobre la cubierta de un edificio.

Lesable se agarró con ambas manos a la barandilla de hierro, bebiendo el aire como si fuera vino, con ganas de saltar, de gritar, de hacer gestos violentos, a tal punto se sentía embargado de una profunda y triunfante alegría. ¡La vida le parecía radiante, el futuro lleno de felicidad! ¿Qué iba a hacer? Se puso a soñar.

Un ruido, detrás de él, le hizo estremecerse. Era su mujer. Tenía los ojos enrojecidos, las mejillas un tanto tumefactas, un aspecto de cansancio. Tras darle a besar su frente, dijo:

—Vamos a cenar a casa de papá para estar cerca de ella. La criada no la dejará mientras nosotros cenemos.

Y la siguió al piso vecino.

Cachelin estaba ya en la mesa, esperando a su hija y a su yerno. Encima del aparador había un pollo frío, una ensalada de patatas y una compotera llena de fresas, y la sopa humeaba en los platos.

Se sentaron. Cachelin declaró:

—Días así no quisiera muchos; son poco alegres.

Lo decía con tono indiferente en el acento y una especie de satisfacción en el semblante. Y se puso a devorar, como las personas de buen diente, encontrando el pollo exquisito y la ensalada de patatas muy refrescante.

En cambio, Lesable sentía encogido el estómago y el alma inquieta; apenas si comía, con el oído pendiente de la habitación de al lado, que estaba silenciosa como si no hubiera nadie. Tampoco Cora tenía apetito; emocionada y lacrimosa, se secaba de vez en cuando un ojo con el pico de su servilleta.

—¿Qué ha dicho el jefe? —preguntó Cachelin.

Lesable le dio detalles, que su suegro quería que fueran minuciosos, se los hacía repetir, insistiendo en saberlo todo como si llevara ausente del Ministerio un año.

—Habrá causado sensación, ¿no?, el saber que ella está enferma.

Y pensaba en su regreso glorioso una vez que hubiera muerto, en las caras que pondrían sus colegas; sin embargo, dijo como para responder a un remordimiento secreto:

—¡No es que yo le desee ningún mal a la pobre mujer! Bien sabe Dios que quisiera conservarla durante mucho tiempo, pero la noticia causará sensación de

todos modos. Papá Savon olvidará la Comuna.

Habían empezado a comerse las fresas cuando la puerta de la enferma se entreabrió. La impresión fue tal que los tres se pusieron en pie de golpe, espantados. Apareció la criada, siempre con su aire plácido y de lela. Dijo tan tranquila:

—Ya no respira.

Cachelin tiró la servilleta sobre el plato y se precipitó como un loco; Cora le siguió, con el corazón palpitándole; pero Lesable permaneció plantado junto a la puerta, espiando a distancia la mancha clara de la cama apenas iluminada por el día que moría. Veía la espalda de su suegro inclinado sobre el lecho, sin moverse, examinando; y de repente oyó su voz que le pareció venir de lejos, de muy lejos, de los confines del mundo, una de esas voces a las que en sueños se oye decir cosas sorprendentes. Decía: «¡Se acabó! No se oye ya nada». Vio a su mujer caer de rodillas, sollozando, con la frente sobre la sábana. Entonces se decidió a entrar y, como Cachelin se había incorporado, vio en la blancura de la almohada el rostro de la tía Charlotte, con los ojos cerrados, tan demacrado, tan rígido y descolorido que parecía de cera.

Preguntó, angustiado:

—¿Se acabó?

Cachelin, que contemplaba también a su hermana, se volvió hacia él y los dos se miraron. Luego respondió: «Sí», tratando de adoptar una expresión cariacontecida, pero los dos hombres se habían comprendido con una simple mirada y, sin pensárselo, instintivamente, se estrecharon la mano como para darse las gracias por todo lo que habían hecho el uno por el otro.

A continuación, sin pérdida de tiempo, se ocuparon de forma activa de todas las tareas que reclama un muerto.

Lesable se encargó de ir a buscar al médico y de despachar a la mayor brevedad posible las cosas más urgentes.

Cogió el sombrero y bajó la escalera a toda prisa, ansioso por encontrarse en la calle, por estar solo, respirar, pensar, disfrutar en soledad de su felicidad.

Terminados los encargos, en vez de volver a casa se fue al bulevar, movido por el deseo de ver gente, de mezclarse con el tráfago y la vida feliz del atardecer. Tenía ganas de gritarles a los viandantes: «Tengo cincuenta mil libras de renta» y, con las manos en los bolsillos, fue deteniéndose delante de los escaparates, examinando las ricas telas, las joyas, los muebles de lujo, con este alegre pensamiento: «Ahora podría pagarme esto».

De repente pasó por delante de una empresa de pompas fúnebres y le asaltó una idea: «¿Y si no estuviera muerta? ¿Si se hubieran equivocado?».

Y emprendió camino de vuelta a casa, apretando el paso, con esa duda flotando en su mente.

Al entrar preguntó:

—¿Ha venido el doctor?

Cachelin respondió:

—Sí. Ha certificado el fallecimiento, y se ha encargado él de los trámites legales.

Volvieron a entrar en la habitación de la muerta. Cora seguía llorando, sentada en un sillón. Lloraba bajito, sin pena, casi sin tristeza ahora, con esa lágrima fácil de las mujeres.

Cuando se encontraron los tres en el piso, Cachelin manifestó en voz baja:

—Ahora que la criada ha ido a acostarse, podemos mirar si hay algo escondido en los muebles.

Y los dos hombres se pusieron manos a la obra. Vaciaron los cajones, rebuscaron en los bolsillos, desplegaron los menores papeles. A medianoche, no habían encontrado nada interesante. Cora se había amodorrado, y roncaba ligera, regularmente. César preguntó:

—¿Vamos a quedarnos aquí hasta que se haga de día?

Lesable, indeciso, opinaba que era lo más conveniente. Entonces el suegro se decidió:

—Traigamos entonces dos sillones aquí.

Y fueron a buscar los otros dos silloncitos tapizados del dormitorio de los jóvenes esposos.

Una hora más tarde, los tres parientes dormían con ronquidos desiguales ante el cadáver helado en su eterna inmovilidad.

Se despertaron con el día, cuando la criada entró en la habitación. Cachelin confesó enseguida, frotándose los párpados:

—Hace una media horita que me he adormilado.

En cambio, Lesable, que no había tardado ni un minuto en recobrar el dominio de sí, afirmó:

—Ya me he dado cuenta. Yo he permanecido todo el tiempo despierto; tenía los ojos cerrados sólo para que descansaran.

Cora volvió a su piso.

Lesable entonces preguntó con fingida indiferencia:

—¿Cuándo quieren que vayamos a ver al notario para el testamento?

—Si le parece…, esta misma mañana.

—¿Es necesario que venga también Cora?

—Tal vez sea mejor, pues al fin y al cabo la heredera es ella.

—Entonces la avisaré para que se vaya preparando.

Y Lesable salió con su paso vivo.

La notaría del señor Belhomme acababa de abrir sus puertas cuando Cachelin, Lesable y su mujer se presentaron, de luto riguroso, con semblantes afligidos.

El notario les recibió enseguida, les hizo sentarse. Cachelin tomó la palabra:

—Ya me conoce usted, señor notario: soy el hermano de la señorita Charlotte Cachelin. Éstos son mi hija y mi yerno. Mi pobre hermana murió ayer; la enterraremos mañana. Como es usted el depositario de su testamento, venimos a preguntarle si expresó alguna voluntad referente a su inhumación o si tiene alguna otra comunicación que hacernos.

El notario abrió un cajón, cogió un sobre, lo desgarró, sacó un papel y dijo:

—Aquí tiene, señor, una copia de este testamento que les puedo leer enseguida. La otra copia, idéntica a ésta, debe permanecer en mi poder.

Y leyó:

«Yo, la abajo firmante, Victorine-Charlotte Cachelin, expreso aquí mis últimas voluntades:

»Dejo toda mi fortuna, que asciende a cerca de un millón ciento veinte mil francos, a los hijos que nazcan del matrimonio de mi sobrina Céleste-Coralie Cachelin, con el usufructo de las rentas a los padres hasta la mayoría de edad del primogénito.

»Las disposiciones que siguen regulan la parte correspondiente a cada uno de los hijos y la parte restante para los parientes hasta el fin de sus días.

»En el caso de que mi muerte se produjera antes de que mi sobrina tuviese un heredero, toda mi fortuna quedará en manos de mi notario, por espacio de tres años, a fin de que mi voluntad expresada más arriba pueda verse cumplida si naciera un hijo durante ese período.

»Pero en el caso de que Coralie no obtuviera del Cielo un descendiente durante los tres años siguientes a mi muerte, mi patrimonio será repartido, bajo la supervisión de mi notario, entre los pobres y las casas de beneficencia cuya lista relaciono a continuación».

Seguía una serie interminable de nombres de comunidades, de cifras, de disposiciones y de recomendaciones.

Luego el señor Belhomme entregó educadamente el papel a Cachelin, que se había quedado de piedra del pasmo.

El notario creyó que era su obligación añadir unas explicaciones.

—La señorita Cachelin —dijo—, al hacerme el honor de hablarme por primera vez de su propósito de testar en este sentido, me expresó el ferviente deseo que tenía de conocer a un heredero de su linaje. Respondió a todos mis razonamientos con la cada vez más decidida confirmación de su voluntad, basada, por otra parte, en un sentimiento religioso, porque ella consideraba que toda unión estéril es señal de una maldición celestial. No pude cambiar en nada sus intenciones. Créanme que lo siento de veras. —Luego añadió, sonriendo hacia Coralie—: No me cabe ninguna duda de que el *desideratum* de la difunta se hará pronto realidad.

Y los tres parientes se fueron, demasiado pasmados para pensar en nada.

Regresaron a su domicilio, juntos, sin decir nada, avergonzados y furiosos, como si se hubieran robado unos a otros. Incluso todo el dolor de Cora se había disipado de repente, pues la ingratitud de su tía la dispensaba de llorar. Lesable, finalmente, cuyos pálidos labios estaban fruncidos por una crispación de despecho, le dijo a su suegro:

—Deme ese documento para que pueda examinarlo *de visu*.

Cachelin le alargó la hoja y el joven se puso a leer. Se había detenido en la acera y, a pesar de los empujones de los viandantes, se quedó parado, escudriñando entre las palabras con su penetrante y práctica mirada. Los otros dos esperaban, dos pasos más adelante, sin decir esta boca es mía.

Luego le devolvió el testamento declarando:

—No hay nada que hacer. ¡Nos la ha jugado bien!

Cachelin, irritado por el derrumbe de sus esperanzas, repuso:

—¡Os correspondía a vosotros tener un hijo, por Dios! Bien sabíais que lo deseaba desde hacía mucho tiempo.

Lesable se encogió de hombros sin replicar.

Al entrar en casa, encontraron a una multitud de gente esperándoles, esa gente cuyo oficio está relacionado con los muertos. Lesable se fue a su piso, pues no quería ocuparse ya de nada, y César trató con dureza a todo el mundo, gritando que le dejaran en paz, pidiendo que terminaran cuanto antes con todo aquello, y pareciéndole que tardaban mucho en desembarazarse de aquel cadáver.

Cora, encerrada en su habitación, no hacía ningún ruido. Pero, al cabo de una hora, Cachelin fue a llamar a la puerta de su yerno:

—Vengo —dijo—, mi querido Léopold, a someter algunas reflexiones a su consideración, porque, después de todo, habrá que ponerse de acuerdo. Mi idea es que, a pesar de todo, el funeral debe ser decoroso, para no despertar sospechas en el Ministerio. Ya nos pondremos de acuerdo en cuanto a los gastos. Y, además, no hay nada perdido. No lleváis casados mucho tiempo y muy desgraciados tendrías que ser para no tener hijos. Os pondréis a ello, ¿verdad? Ahora pensemos en lo que más urge. ¿Se encarga usted de pasar cuanto antes por el Ministerio? Yo voy a escribir las direcciones para las esquelas.

Lesable tuvo que reconocer no sin acritud que a su suegro no le faltaba razón, y se sentaron frente por frente en los dos extremos de una larga mesa para escribir las direcciones de los sobres para las esquelas.

Luego almorzaron. Reapareció Cora, indiferente, como si nada de todo ello fuera con ella, y comió mucho, pues la víspera había ayunado.

Terminada la comida, volvió a su aposento. Lesable salió para ir a la Marina, y Cachelin se instaló en su balcón a fin de fumar en pipa, a horcajadas de una silla. El sol de justicia de un día de verano caía sobre la multitud de tejados, algunos de los

cuales, provistos de cristales, brillaban cual fuego, despidiendo rayos cegadores que la vista no podía soportar.

Y Cachelin, en mangas de camisa, observaba, con sus ojos parpadeantes bajo aquella tromba de luz, las verdes laderas, allá lejos, muy lejos, detrás de la gran ciudad, de las polvorientas afueras. Pensaba que el Sena corría, anchuroso, calmo y fresco, al pie de esas colinas de laderas cubiertas de árboles, y que se habría estado mucho mejor bajo aquel verdor, tendido boca abajo en la hierba, a orillas del río, escupiendo en el agua más que en el plomo abrasador de su terraza. Y le agobiaba un malestar, a causa del pensamiento obsesivo, de la dolorosa sensación de su desastre, de esta desgracia inesperada, tanto más amarga y brutal cuanto más viva y prolongada había sido la esperanza; y dijo en voz alta, como se hace en los momentos de gran trastorno mental, de obsesión por una idea fija:

—¡Mal bicho asqueroso!

Detrás de él, en la habitación, oía el trajín de los empleados de las pompas fúnebres, y el ruido continuo del martillo clavando el ataúd. No había vuelto a ver a su hermana desde su visita al notario.

Pero poco a poco la tibieza, la alegría, el encanto luminoso de aquel espléndido día de verano embargaron su carne y su alma, y pensó que no estaba todo perdido para él. ¿Por qué motivo su hija no iba a tener hijos? Su yerno parecía robusto, bien formado y con buena salud, aunque un poco menudo. ¡Claro que harían un hijo, por todos los santos! ¡Y, además, había que hacerlo!

Lesable se había introducido furtivamente en el Ministerio y entrado en su despacho. Encontró sobre la mesa un papel que decía así: «El jefe le reclama». Primero hizo un gesto de impaciencia, de rebelión contra aquel despotismo que volvería a caer sobre sus espaldas, luego le aguijoneó un súbito y violento deseo de ascender; también él sería un día jefe, y pronto; subiría más alto aún.

Sin quitarse siquiera la levita de calle, se fue a ver al señor Torchebeuf, presentándose con la expresión apesadumbrada de rigor en las circunstancias tristes, e incluso con algo más, con un signo de verdadero y profundo dolor, el involuntario abatimiento que imprimen en las facciones las grandes contrariedades.

La cabeza gorda del jefe, siempre inclinada sobre el papel, se enderezó, y le espetó con tono brusco:

—Le he necesitado a usted toda la mañana. ¿Por qué no ha venido?

Lesable respondió:

—Estimado señor, hemos tenido la desgracia de perder a mi tía, la señorita Cachelin, y precisamente venía a pedirle que asista a su inhumación, que será mañana.

El semblante del señor Torchebeuf se había serenado inmediatamente. Y respondió con un matiz de consideración:

—En ese caso, querido amigo, es otra cosa. No tiene importancia, y le dejo libre, pues debe de tener usted mucho que hacer.

Pero Lesable se empeñaba en demostrar su celo:

—Gracias, señor, todo se ha acabado ya y mi intención es quedarme aquí hasta la hora reglamentaria.

Y volvió a su despacho.

Había corrido la noticia, y venían de todas las oficinas a darle un pésame más de congratulación que de condolencia, así como para ver cuál era su actitud. Él soportaba las frases y las miradas con una máscara resignada de actor y un tacto del que la gente se asombraba. «Parece muy entero», decían unos. Y otros añadían: «Sí, pero por dentro debe de estar la mar de feliz».

Maze, el más atrevido de todos, le preguntó, con su aire desenvuelto de hombre de mundo:

—¿Sabe con exactitud a cuánto asciende la fortuna?

Lesable respondió con un tono perfecto de desinterés:

—No, no exactamente. El testamento dice que en torno al millón doscientos mil francos. Lo sé porque el notario ha tenido que comunicarnos inmediatamente determinadas cláusulas relativas al funeral.

Según la opinión general, Lesable no se iba a quedar en el Ministerio. Con sesenta mil libras de renta no se sigue haciendo de chupatintas. Se es alguien; y se puede llegar a donde se quiera. Algunos pensaban que apuntaba al Consejo de Estado; otros que quería ser diputado. El jefe se esperaba recibir su baja para transmitírsela al director.

Todo el Ministerio acudió al funeral, que fue considerado miserable. Pero corría un rumor: «Así lo ha querido la señorita Cachelin. Lo decía el testamento».

Al día siguiente, Cachelin volvió a su trabajo, y Lesable, tras una semana de indisposición, lo hizo a su vez, un poco pálido, pero asiduo y celoso como antes. Se hubiera dicho que no había ocurrido nada en su existencia. Únicamente observaron que fumaban con ostentación unos grandes puros, que hablaban de rentas, de los ferrocarriles, de los grandes valores, como las personas que poseen títulos en el bolsillo, y se supo, al cabo de un cierto tiempo, que habían alquilado una casa de campo en los alrededores de París, para ir a pasar allí el final del verano.

Pensaron: «Son avaros como la vieja; es algo que les viene de familia; tal para cual; no importa, no es *chic* seguir en el Ministerio con semejante fortuna».

Al cabo de cierto tiempo, no se pensó más en ello. Estaban catalogados y juzgados.

IV

Durante el entierro de la tía Charlotte, Lesable no hizo más que pensar en el millón, y, corroído por una rabia tanto más violenta cuanto que debía permanecer secreta, culpaba a todos de su deplorable malaventura.

También se preguntaba: «¿Por qué no he tenido un hijo después de dos años de casado?». Y el temor a ver quedar estéril su matrimonio le hacía palpitar el corazón.

Entonces, como el mozalbete que mira, en la extremidad del palo alto y reluciente de la cucaña, el tambor que hay que descolgar, y que se jura llegar a él, a fuerza de energía y de voluntad, teniendo el vigor y la tenacidad necesarios, Lesable tomó la decisión desesperada de ser padre. Tantos otros lo son, ¿por qué no iba a serlo también él? Quizá había sido negligente, despreocupado, ignorante de algo, como consecuencia de una indiferencia completa. Al no haber sentido nunca grandes ansias de tener un heredero, no había puesto nunca los cinco sentidos en lograr dicho resultado. Haría en adelante esfuerzos denodados; no descuidaría nada, y lo conseguiría porque tal era su deseo.

Pero al llegar a casa se sintió indispuesto y tuvo que meterse en cama. La decepción había sido excesiva, y acusaba sus consecuencias.

El médico consideró su estado tan serio como para prescribirle reposo absoluto y diagnosticó que necesitaría a continuación largos cuidados: temía una fiebre cerebral.

Pasados ocho días, abandonó el lecho, sin embargo, y volvió al trabajo del Ministerio.

Pero considerándose aún indispuesto, no se atrevía a acercarse al lecho conyugal. Dudaba y temblaba, como el general que se dispone a librar una batalla, una batalla de la que dependía su porvenir. Todas las noches lo dejaba para la siguiente, confiando en uno de esos momentos de salud, de bienestar y de energía, en los que uno se siente capaz de todo. Se tomaba continuamente el pulso y, como le parecía demasiado débil o agitado, tomaba reconstituyentes, comía carne cruda y antes de volver a casa hacía largas caminatas fortificantes.

Como no se sentía aún totalmente restablecido, se le ocurrió la idea de ir a pasar el final de la temporada estival a los alrededores de París. Y no tardó en convencerse de que el aire del campo tendría sobre su temperamento una influencia soberana. El campo produce efectos maravillosos, decisivos en una situación como la suya. Se tranquilizó por esa certeza del éxito próximo, y a su suegro, con sobreentendidos en la voz, le repetía:

—Cuando estemos en el campo, me sentiré mejor, y todo irá bien.

Le parecía que la palabra «campo» encerraba por sí sola un sentido misterioso.

Alquilaron, pues, una casita en el pueblo de Bezons y fueron a alojarse los tres en ella. Los dos hombres partían a pie, cada mañana, atravesando el llano, hacia la estación de Colombes, y no volvían hasta el atardecer.

Encantada de vivir así a riberas del agradable río, Cora iba a sentarse en la orilla,

cogía flores, traía grandes ramos de finas hierbas, amarillas y temblorosas.

Cada atardecer paseaban los tres por la orilla del río hasta la presa del Morue, y entraban a tomarse una botella de cerveza en el restaurante de los Tilos. El río, contenido por la larga hilera de pilotes, corría por entre las junturas, saltaba, burbujeaba, espumaba, en una amplitud de cien metros; y el estruendo de la caída hacía estremecerse el suelo, mientras un fino vapor de agua, un vapor húmedo flotaba en el aire, se alzaba de la cascada como una ligera humareda, difundiendo en los alrededores un olor a agua agitada, una sensación de fango removido.

Caía la noche. A lo lejos, enfrente, un gran resplandor indicaba París y hacía repetir cada vez a Cachelin: «¡Pero qué ciudad, a pesar de todo!». De vez en cuando, el paso de un tren por el puente de hierro que corta el extremo de la isla producía un rugido atronador y no tardaba en desaparecer, ya hacia la izquierda, ya hacia la derecha, en dirección a París o hacia el mar.

Regresaban a paso lento, contemplando cómo salía a la luna, y se sentaban en una cuneta para ver más detenidamente cómo descendía sobre el río en calma su floja y amarillenta luz que parecía correr con sus aguas, que los rizos de la corriente agitaban como un muaré de fuego. Los sapos dejaban oír su canto metálico y breve. Los reclamos de las aves nocturnas atravesaban los aires. Y a veces una gran sombra silenciosa se deslizaba por el río, perturbando su luminoso y tranquilo curso. Era una barca de pescadores furtivos que lanzaban, de improviso, el esparavel y recogían sin ruido en su barca, en la extensa y oscura red, su pesca de gobios relucientes y estremecidos, como un tesoro sacado del fondo del agua, un tesoro vivo de peces de plata.

Cora, emocionada, se apoyaba cariñosamente en el brazo de su marido cuyas intenciones había adivinado, por más que no hubieran hablado nada al respecto. Para ellos era como un nuevo noviazgo, una segunda espera de la cópula amorosa. A veces él le hacía una caricia furtiva en la punta de la oreja, en el nacimiento de la nuca, en ese delicioso rinconcito de carne tierna en el que se rizan los primeros cabellos. Ella respondía apretándole la mano; y se deseaban, pese a rechazarse aún el uno al otro, movidos y refrenados por una voluntad más enérgica, por el fantasma del millón.

Cachelin, aplacado por la esperanza que sentía en torno a sí, vivía feliz, bebía y comía mucho, sintiendo que le daban, al crepúsculo, ataques de poesía, ese ingenuo enternecimiento que se apodera de las personas obtusas ante determinadas visiones campestres: un raudal de luz entre las ramas, una puesta de sol en las lejanas laderas, con reflejos purpúreos en el río. Y afirmaba: «Yo, cuando veo estas cosas, no puedo dejar de creer en Dios. Siento un pinchazo aquí —y señalaba la boca del estómago— y todo se me trastoca. Me siento raro, como si me hubieran sumergido en un baño que me hace sentir ganas de llorar».

Lesable, sin embargo, iba mejorando, y le dominaban repentinos ardores que

tenía olvidados, la necesidad de correr como un potro, de revolcarse en la hierba, de lanzar gritos de alegría.

Consideró que había llegado el momento. Y fue una verdadera noche de bodas.

Luego tuvieron una luna de miel, llena de achuchones y de esperanzas.

Hasta que se dieron cuenta de que sus tentativas eran infructuosas y su confianza vana.

Fue una desesperación, un desastre. Pero Lesable no se desanimó, se obstinó con esfuerzos sobrehumanos. Su mujer, agitada por el mismo deseo, y temblando del mismo temor, más robusta también que él, se prestaba de buen grado a sus tentativas, reclamaba su coyunda, despertaba sin cesar su desfalleciente ardor.

Regresaron a París en los primeros días de octubre.

La vida se volvía dura para ellos. Ahora brotaban de sus labios palabras desagradables; y Cachelin, que intuía lo que estaba pasando, les convertía en el blanco de envenenadas y groseras burlas cuarteleras.

Un pensamiento incesante les perseguía, les minaba, aguijoneaba su rencor mutuo, el de la herencia inalcanzable. Cora se mostraba ahora arrogante y dura con su marido. Le trataba como a un muchachuelo, un mocoso, una nulidad. Y Cachelin repetía en todas las cenas: «Yo, si hubiera sido rico, habría tenido muchos hijos… En cambio, cuando se es pobre es preciso tener juicio». Luego, volviéndose hacia su hija, añadía: «Tú, tú debes de ser como yo, pero…». Y lanzaba a su yerno una elocuente mirada acompañada de un encogimiento de hombros lleno de desprecio.

Lesable no replicaba nada, como hombre superior que había acabado en una familia de palurdos. En el Ministerio les parecía que tenía mal aspecto. El jefe mismo, un día, le preguntó:

—¿No estará usted enfermo? Le encuentro un poco cambiado.

Él respondió:

—Por supuesto que no, estimado señor. Quizá es la fatiga. He trabajado mucho desde hace un tiempo, como usted ha podido ver.

Contaba, por supuesto, con su promoción a final de año, y había reanudado, con esta esperanza, su vida laboriosa de empleado modelo.

Recibió apenas una insignificante gratificación, menos que todos los demás. Su suegro Cachelin no tuvo ninguna.

Afectado por el golpe, Lesable fue a ver de nuevo a su jefe y, por primera vez, le llamó «señor» a secas.

—¿De qué me sirve, señor, trabajar como lo hago si no recojo fruto alguno?

La gorda cabeza del señor Torchebeuf pareció fruncir el ceño:

—Ya se lo dije, señor Lesable, que no admito discusiones de esta naturaleza entre nosotros. Le repito de nuevo que me parece inconveniente su reclamación, dado que su fortuna actual comparada con la pobreza de sus colegas…

Lesable no pudo contenerse:

—¡Pero, señor, si yo no tengo nada! Nuestra tía ha dejado su fortuna al primer hijo que nazca de nuestro matrimonio. Tanto mi suegro como yo vivimos de nuestros sueldos.

El jefe, sorprendido, replicó:

—Aunque no tenga nada hoy, será usted rico, en cualquier caso, un día de éstos. Lo que viene a ser lo mismo.

Lesable se retiró, más abatido por la promoción perdida que por la herencia inalcanzable.

Pero cuando Cachelin acababa de llegar a su oficina, unos días más tarde, el apuesto Maze entró con una sonrisa en los labios, luego apareció Pitolet, con ojos relucientes, y a continuación Boissel empujó la puerta y avanzó con aire excitado, riéndose sarcásticamente y lanzando a los demás miradas de inteligencia. Papá Savon, con la pipa de barro en la comisura de la boca, seguía copiando, sentado en su silla alta, con los dos pies en el travesaño, como hacen los niños pequeños.

Nadie decía nada. Parecían a la espera de algo, y Cachelin llevaba el registro de los documentos, anunciando en voz alta, como solía:

—Tolón. Suministros de fiambreras para la *Richelieu*. Lorient. Escafandras para el *Desaix*. Brest. Pruebas con lonas de procedencia inglesa.

Apareció Lesable. Se pasaba ahora todas las mañanas a buscar los asuntos que eran de su incumbencia, pues su suegro no se molestaba ya en hacérselos llegar por medio del ordenanza.

Mientras rebuscaba entre los papeles dispersos sobre el escritorio del oficial de entrada, Maze le miraba de reojo frotándose las manos, y Pitolet, que se estaba liando un cigarrillo, mostraba en sus labios unos leves frunces de alegría, esos signos de una alegría que resulta ya incontenible. Se volvió hacia el escribiente diciendo:

—Papá Savon, habrá aprendido usted en su vida un sinfín de cosas, ¿no?

El viejo, comprendiendo que iban a burlarse de él y a hablar de nuevo de su mujer, no respondió.

Pitolet prosiguió:

—Ha descubierto usted al menos el secreto de hacer hijos, puesto que ha tenido varios.

El buen hombre levantó la cabeza:

—Señor Pitolet, sepa usted que no me gustan las bromas sobre este asunto. Tuve la desgracia de casarme con una mujer indigna. En cuanto tuve pruebas de su infidelidad, me separé de ella.

Maze preguntó con tono indiferente, sin reírse:

—Prueba que tuvo varias veces, ¿no?

Papá Savon respondió con aire serio:

—Sí, señor.

Pitolet prosiguió:

—Ello no es óbice para que usted haya tenido varios hijos, tres o cuatro, por lo que me han dicho.

El buen hombre, tras ponerse rojo como una amapola, balbució:

—Busca usted herirme, señor Pitolet, pero no lo conseguirá. Mi mujer tuvo, en efecto, tres hijos. He de suponer que el primero fue mío, pero reniego de los otros dos.

Pitolet continuó:

—Todo el mundo dice, en efecto, que el primero es suyo. Es suficiente. Es muy bonito tener un hijo, muy bonito y un motivo de gran felicidad. Mire, apostaría a que Lesable estaría encantado de hacer uno, uno solo, como usted.

Cachelin había dejado de llevar el registro. Todo aquello no le hacía ninguna gracia, aunque papá Savon fuese su cabeza de turco normalmente y que hubiesen agotado con él la serie de bromas inconvenientes sobre el asunto de sus desdichas conyugales.

Lesable había recogido sus papeles; pero, al oír que se le atacaba, quiso quedarse, retenido por el orgullo, avergonzado e irritado, y pensando en quién podía haberles revelado su secreto. Luego se acordó de lo que le había contado a su jefe, y enseguida comprendió que tendría que mostrarse en adelante muy enérgico si no quería ser el blanco de todas las burlas del Ministerio.

Boissel andaba adelante y atrás, sin parar de reír burlonamente. Imitó la voz ronca de los vendedores callejeros y bramó:

—¡El secreto para hacer niños, a diez céntimos, dos sueldos! ¡Pidan el secreto para hacer niños, revelado por el señor Savon, con muchos horribles detalles!

Todo el mundo se echó a reír, a excepción de Lesable y de su suegro. Y Pitolet, volviéndose hacia el oficial de entrada, dijo:

—Pero ¿qué le pasa, Cachelin? No reconozco su alegría habitual. Se diría que no encuentra gracioso que papá Savon haya tenido un hijo de su mujer. A mí me parece de lo más divertido. ¡No es dado a todo el mundo!

Lesable se había puesto a revolver entre unos papeles, fingiendo leer y no oír nada; pero había palidecido.

Boissel prosiguió con el mismo tono de voz de gamberro:

—¡De la utilidad de los herederos para hacerse con las herencias, diez céntimos, dos sueldos, cómprenlo!

Entonces Maze, que consideraba de baja estofa ese tipo de ingenio y se la tenía guardada a Lesable por haberle arrebatado la esperanza de fortuna que alimentaba en el fondo de su corazón, le preguntó sin ambages:

—¿Qué le pasa, Lesable, que está tan pálido?

Lesable alzó la cabeza y miró a la cara a su colega. Dudó unos instantes, con labios temblorosos, buscando una respuesta que fuera hiriente al tiempo que ingeniosa, pero, al no encontrar nada adecuado, dijo:

—No me pasa nada. Sólo que estoy asombrado de verles hacer un semejante alarde de ingenio.

Maze, en todo momento de espaldas al fuego y levantándose con ambas manos los faldones de su levita, prosiguió entre risas:

—Se hace lo que se puede, amigo. Nosotros somos como usted, no siempre conseguimos…

Un estallido de risas le cortó la palabra. Papá Savon, estupefacto, comprendiendo vagamente que la cosa no iba ya con él, que no era de él de quien se burlaban, permanecía con la boca abierta, la pluma en suspenso. Y Cachelin esperaba, presto a propinar unos puñetazos al primero que se le pusiera delante.

Lesable balbució:

—No entiendo. ¿Qué no he conseguido?

El apuesto Maze dejó caer uno de los faldones de su levita para ensortijarse el bigote y, con tono gracioso, dijo:

—Sé que consigue usted normalmente cuanto se propone. Por ello, he cometido un error al referirme a usted. Se trataba, por otra parte, de los hijos de papá Savon, no de los suyos, puesto que no tiene ninguno. Ahora bien, como siempre logra cuanto se propone, es evidente que, si no tiene hijos, es porque no ha querido tenerlos.

Lesable preguntó con aspereza:

—¿Quién le manda meterse en camisas de once varas?

Ante ese tono provocador, Maze levantó, a su vez, la voz:

—Pero ¿qué le pasa? ¡Trate de ser educado, o tendrá que vérselas conmigo!

Pero Lesable temblaba de ira y, perdiendo toda compostura, dijo:

—Señor Maze, no soy yo, como usted, un gran fatuo, ni me las doy de guapeza. Y le ruego que a partir de ahora no me dirija nunca más la palabra. Me trae sin cuidado usted y los de su calaña.

Y dirigió una mirada retadora a Pitolet y a Boissel.

Maze había comprendido de repente que la verdadera fuerza radica en la calma y la ironía; pero, herido en lo más vivo de su vanidad, quiso asestar un golpe mortal a su enemigo, y prosiguió diciendo con un tono protector, un tono de consejero benevolente, con la rabia pintada en los ojos:

—Mi querido Lesable, se pasa usted de la raya. Comprendo, por otra parte, su despecho; sé que fastidia perder una fortuna y perderla por tan poco, por algo tan fácil, tan simple… Mire usted, si quiere, le hago ese favor, y a cambio de nada, como buen compañero. Es algo que se despacha en cinco minutos…

No había terminado de decirlo cuando recibió en pleno pecho el tintero de papá

Savon, lanzado por Lesable. Un chorretón de tinta cubrió su rostro, volviéndolo negro con sorprendente rapidez. Él se abalanzó, con los ojos en blanco, levantando la mano para golpear. Pero Cachelin cubrió a su yerno, cogiendo al alto Maze por la cintura, y, zarandeándole, sacudiéndole, moliéndole a golpes, le arrojó contra la pared. Maze se desprendió con un violento esfuerzo, abrió la puerta y gritó a los dos hombres:

—¡Tendrán ustedes noticias mías! —Y desapareció.

Pitolet y Boissel le siguieron. Boissel justificó su moderación por el temor a cargarse a uno de ellos de haber tomado parte en la trifulca.

Apenas hubieron entrado en su oficina, Maze trató en vano de limpiarse; había sido manchado con una tinta de fondo violeta, de esas indelebles e imborrables. Permanecía delante del espejo, furioso y apesadumbrado, frotándose rabiosamente el rostro con su toalla enrollada a manera de un manojo de paja. El resultado fue un negro más intenso y matizado de rojo a causa de la sangre que le afluía a la piel.

Boissel y Pitolet le habían seguido y le daban consejos. Según el primero, había que lavar el rostro con aceite de oliva puro, según el otro haría falta amoníaco. Mandaron al ordenanza a pedir consejo a un farmacéutico. Éste le trajo un líquido amarillo y una piedra pómez. No se obtuvo ningún resultado.

Maze, desalentado, se sentó y declaró:

—Ahora queda por solventar la cuestión de honor. ¿Quieren ser ustedes mis padrinos e ir a pedirle al señor Lesable que me presente las debidas excusas o una reparación por las armas?

Los dos aceptaron y se pusieron a discutir los pasos a dar. No tenían ninguna experiencia en ese tipo de asuntos, pero no querían confesarlo, y, preocupados por el deseo de ser correctos, expresaban opiniones tímidas y diversas. Se decidió que consultarían a un capitán de fragata, agregado al Ministerio para dirigir el servicio del carbón. Éste no sabía del asunto más que ellos. Pero, tras haber reflexionado, les aconsejó que fueran a ver a Lesable y le rogaran que les pusiera en contacto con dos amigos suyos.

Cuando se dirigían hacia el despacho de su colega, Boissel se detuvo de improviso:

—¿No es conveniente que nos agenciemos unos guantes?

Pitolet dudó un momento:

—Sí, tal vez sí.

Pero para conseguir unos guantes había que salir, y el jefe no bromeaba con estas cosas. Mandaron, pues, al ordenanza a buscar un surtido en una tienda. La cuestión del color les tuvo indecisos durante un buen rato. Para Boissel tenían que ser negros, en cambio Pitolet opinaba que ese color era inadecuado para la circunstancia. Los eligieron de color violeta.

Al ver entrar a los dos hombres enguantados y solemnes, Lesable levantó la

cabeza y preguntó bruscamente:

—¿Qué desean ustedes?

Respondió Pitolet:

—Señor, hemos sido encargados por nuestro amigo el señor Maze de exigirle excusas o bien una reparación por las armas por haber recurrido a las vías de hecho con él.

Pero Lesable, aún exasperado, exclamó:

—Pero ¡cómo! ¿Me ofende y encima trata de provocarme? Díganle que le desprecio y que desprecio todo cuanto pueda decir o hacer.

Con aire trágico, Boissel dio un paso adelante y dijo:

—Así nos obliga usted a publicar en los periódicos una notificación que no será de su agrado.

Pitolet añadió con malicia:

—Y que puede lesionar gravemente su honor y perjudicar sus futuras promociones.

Lesable les miraba aterrado. ¿Qué hacer? Pensó en ganar tiempo:

—Señores, dentro de diez minutos tendrán mi respuesta. ¿Quieren esperar en la oficina del señor Pitolet?

En cuanto se quedó solo, miró a su alrededor, como en busca de consejo, de protección.

¡Un duelo! ¡Iba a batirse en duelo!

Se quedó palpitando, estupefacto como alguien pacífico que no ha pensado nunca en semejante posibilidad, que no está preparado para esos riesgos, para esas emociones, ni ha fortalecido su valor en previsión de ese acontecimiento formidable. Quiso levantarse y volvió a derrumbarse en el asiento, mientras el corazón se le aceleraba y se le aflojaban las piernas. Su ira y su fuerza habían desaparecido por completo. Pero el pensar en lo que dirían en el Ministerio y el ruido que ello armaría en las oficinas despertó su desfalleciente orgullo y, sin saber a qué resolverse, se dirigió al despacho de su jefe para pedirle su opinión.

El señor Torchebeuf se quedó sorprendido y perplejo. No veía la necesidad de un lance de honor, y le parecía que todo aquello iba a crear desórdenes una vez más en el trabajo. Repetía:

—No puedo aconsejarle nada. Se trata de una cuestión de honor en la que no puedo entrar. ¿Quiere que le escriba dos palabras para el comandante Bouc? Es persona ducha en este tipo de asuntos y podrá aconsejarle.

Lesable se mostró de acuerdo y fue a ver al comandante, que aceptó incluso ser su padrino; y se llevó a un subjefe para secundarle.

Boissel y Pitolet les estaban esperando, enguantados. Habían pedido prestadas dos sillas en la oficina de al lado para tener cuatro.

Se saludaron con expresión seria y se sentaron. Pitolet tomó la palabra y expuso la situación. Tras haber escuchado, el comandante respondió:

—La cosa es seria, pero no parece irreparable, todo depende de las intenciones.

Era un viejo ladino que se divertía con aquello.

Y se entabló una larga discusión, en la que se prepararon sucesivamente cuatro borradores de carta, pues las excusas debían ser recíprocas. Si el señor Maze reconocía no haber tenido intención, en principio, de ofender al señor Lesable, éste admitiría haber obrado mal tirándole el tintero y se disculparía por su desconsiderada violencia.

Y los cuatro padrinos volvieron con sus respectivos representados.

Maze, sentado ahora delante de la mesa, agitado por la emoción del probable duelo, aunque esperando ver retroceder a su adversario, se miraba sucesivamente una y otra sus mejillas en uno de esos espejitos redondos, de estaño, que todos los empleados esconden en un cajón para arreglarse, antes de la salida de la tarde, la barba, el pelo y la corbata.

Leyó las cartas que sometieron a su consideración y declaró con visible satisfacción:

—Me parece muy honorable. Estoy dispuesto a firmar.

Por su parte, Lesable había aceptado sin discusión la redacción de sus padrinos, declarando:

—Siendo ustedes de esta opinión, yo no puedo sino mostrarme de acuerdo con ella.

Y los cuatro plenipotenciarios se reunieron de nuevo. Se intercambiaron las cartas; se saludaron con aire grave y, tras solventar el incidente, se separaron.

Un extraordinario revuelo reinaba en la administración. Los empleados iban en busca de noticias, pasaban de una oficina a otra, se abordaban en los pasillos.

Cuando se supo que el asunto se había arreglado, hubo una desilusión general. Alguien dijo: «Pero ello no basta para dar un hijo a Lesable». La ocurrencia corrió. Un empleado compuso una coplilla.

Pero precisamente, cuando parecía que el asunto estaba zanjado, surgió una dificultad, planteada por Boissel: «¿Cuál debía ser la actitud de los dos adversarios al encontrarse cara a cara? ¿Se saludarían? ¿Fingirían no conocerse?». Se decidió que se encontrarían, como por casualidad, en el despacho del jefe y que, en presencia del señor Torchebeuf, se intercambiarían unas palabras de cortesía.

De inmediato se llevó a cabo la ceremonia; y Maze, tras haber mandado pedir un coche de punto, regresó a su casa para tratar de limpiar su piel.

Lesable y Cachelin volvieron juntos a casa, en silencio, sintiendo una furia recíproca, como si todo lo sucedido hubiera sido culpa de uno o del otro. Una vez que hubo entrado, Lesable tiró violentamente su sombrero sobre la cómoda y le gritó a su

mujer:

—Ya tengo bastante de esto. ¡Ahora he de batirme en duelo por ti!

Ella le miró sorprendida y ya irritada:

—¿Un duelo? ¿Y por qué?

—Porque Maze me ha ofendido a propósito de ti.

Ella se acercó:

—¿A propósito de mí? Pero ¿qué dices?

Él se había sentado rabiosamente en un sillón. Prosiguió:

—Me ha ofendido… y basta. No tengo por qué darte más explicaciones.

Pero ella quería saber:

—Exijo que me repitas lo que ha dicho de mí.

Lesable enrojeció, luego balbució:

—Me ha dicho…, me ha dicho…, respecto a tu esterilidad…

Ella pegó un respingo; luego se enfureció, imponiéndose la brutalidad paterna a su naturaleza femenina, y estalló:

—¿Que yo…? ¿Que yo soy estéril? ¿Y qué sabe ese villano? Estéril contigo, porque no eres un hombre. Pero si me hubiera casado con otro, con cualquier otro, oye lo que te digo, habría tenido hijos. ¡Habla, habla si te atreves! ¡Menudo precio he pagado por casarme con un débil de carácter como tú!… ¿Y tú qué le has respondido a ese asqueroso?

Lesable, como loco ante semejante chaparrón, balbució:

—Le he… abofeteado.

Ella le miró, asombrada:

—¿Y qué ha hecho él?

—Me ha mandado unos padrinos. ¡Ya ves!

Ella estaba ahora interesada por el asunto, atraída, como todas las mujeres, por las aventuras dramáticas, y preguntó, dulcificada de repente, no sin dejar de sentir cierta estima por ese hombre que iba a arriesgar su vida:

—¿Cuándo os batiréis?

Él respondió tan tranquilo:

—No nos batiremos; la cosa ha sido arreglada por los padrinos. Maze me ha presentado sus disculpas.

Ella le miró de arriba abajo llena de desprecio:

—¡Qué bonito! Me ofenden delante de ti, tú les dejas hablar y ni siquiera te bates en duelo. ¡Lo único que te faltaba era ser un cobarde!

Él se rebeló:

—Te ordeno que te calles. Sé mejor que tú lo que concierne a mi honor. Y aquí tienes, además, la carta del señor Maze. Lee y verás.

Ella cogió el papel, lo leyó por encima, lo comprendió todo y, con una risa

sarcástica, dijo:

—También tú has escrito una carta, ¿verdad? Os habéis tenido miedo mutuamente. ¡Menudos cobardes son los hombres! En vuestro lugar, nosotras… En fin, la ofendida en este asunto he sido yo, tu mujer, ¡y tú te contentas con esto! No me extraña nada que no seas capaz de tener un hijo. Eres tan… flojo con las mujeres como con los hombres. ¡Ah, sí, vaya ricura que me ha tocado en suerte!

Había adoptado de repente la voz y los ademanes de Cachelin, unos ademanes vulgares de viejo soldado y una entonación varonil.

Plantada delante de él, en jarras, alta, robusta, vigorosa, con el pecho turgente, el rostro encendido, la voz profunda y vibrante, la sangre que coloreaba sus lozanas mejillas de real hembra, miraba, sentado delante de ella, a ese hombrecillo pálido, un poco calvo, afeitado, con sus cortas patillas de abogado. Ganas tenía de estrangularle, de aplastarle.

Y repetía:

—Eres incapaz de nada, de nada. ¡Dejas incluso que todo el mundo se te adelante como empleado!

Se abrió la puerta y apareció Cachelin, atraído por el ruido de voces, y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Ella se volvió:

—¡Nada, que le estoy cantando las cuarenta a este payaso!

Y Lesable, alzando los ojos, se dio cuenta de cuánto se parecían. Tuvo la impresión de que se hubiera descorrido un velo que le permitía ver tal como eran, tanto el padre como la hija, de la misma sangre, de la misma casta común y grosera. Se sintió perdido, condenado, a vivir entre los dos y para siempre.

Cachelin declaró:

—Si al menos la gente pudiera divorciarse. No debe de ser nada agradable estar casada con un capón.

Lesable se puso en pie de un salto, temblando de furia al oír aquella palabra. Se fue hacia su suegro balbuceando:

—¡Fuera de aquí!… ¡Fuera!… Está en mi casa, no lo olvide… Le echo…

Y cogió de encima de la cómoda una botella llena de agua sedativa blandiéndola como si fuera una maza.

Cachelin, intimidado, salió andando hacia atrás y murmurando:

—Pero ¿qué le ha dado ahora?

Pero la ira de Lesable no se aplacó; habían rebasado toda medida. Se volvió hacia su mujer, que le seguía mirando, un tanto asombrada por su violencia, y él gritó, tras haber dejado su botella sobre el mueble:

—En cuanto a ti…, en cuanto a ti…

Pero como no encontraba nada que decir, ni tenía ningún argumento que aducir,

se quedó delante de ella con el rostro alterado, la voz demudada.

Ella se echó a reír.

Ante aquella alegría que era una nueva ofensa, él enloqueció y se abalanzó para agarrarla del cuello con la mano izquierda, mientras que con la derecha la abofeteaba furiosamente. Ella retrocedía, trastornada, ahogándose. Tropezó con la cama y se dejó caer encima de espaldas. Él no la soltaba y seguía golpeándola. De repente se levantó, jadeante, extenuado y, avergonzándose de golpe de su brutalidad, balbució:

—Esto es lo que pasa…, esto es lo que pasa.

Ella no se movía, como si la hubiera matado. Permanecía tumbada de espaldas, al borde de la cama, ocultando ahora su rostro entre las manos. Él se acercó, incómodo, preguntándose qué iba a ocurrir a continuación y esperando que descubriera el rostro para poder ver qué tenía. Al cabo de unos instantes, sintiendo aumentar su angustia, murmuró:

—Cora…, Cora…, escucha.

Ella no respondía ni se movía. Pero ¿qué tenía? ¿Qué estaba haciendo? Y, sobre todo, ¿qué haría?

Pasada la rabia, disipada tan rápidamente como se había originado, se sentía odioso, poco menos que un criminal. Había pegado a una mujer, a su mujer, él, un hombre cuerdo y frío, un hombre educado y siempre razonable. Y en el enternecimiento de la reacción, tenía ganas de pedir perdón, de ponerse de rodillas, de besar esa mejilla herida y enrojecida. Con la yema de los dedos tocó suavemente una de las manos extendidas sobre ese rostro invisible. Pareció que no sintiera nada. La tocó con dulzura, la acarició como se hace con un perro después de haberle pegado unos gritos. Tampoco pareció que lo notara. Le repitió:

—Cora, escúchame. Cora, he cometido un error, escúchame…

Ella parecía muerta. Trató de retirarle una mano. Ésta se separó fácilmente y vio un ojo abierto que le miraba, un ojo de mirada fija, extraña, inquietante.

Continuó:

—Oye, Cora, me he dejado llevar por la ira. Ha sido tu padre quien me ha sacado de quicio. No se insulta así a un hombre.

Ella no respondió nada, como si no oyera. Él no sabía qué decir, qué hacer. La besó cerca de la oreja, y, al levantarse, vio una lágrima en la comisura del ojo, una gran lágrima que se desprendió y rodó rápidamente por la mejilla; y el párpado se agitaba, se cerraba una vez tras otra.

Le dominó una gran tristeza, embargado de emoción, y, abriendo los brazos, se tumbó sobre su mujer; apartó con los labios la otra mano y besándola en todo el rostro le suplicaba:

—Mi pobre Cora, perdóname, perdóname…

Ella seguía llorando, en silencio, sin sollozar, como se llora en los momentos de

honda tristeza.

Él la tenía apretada contra sí, acariciándola y susurrándole al oído todas las tiernas palabras que conseguía encontrar. Pero ella permanecía insensible. Sin embargo, dejó de llorar. Se quedaron así durante bastante rato, tumbados y abrazados.

Caía la noche, llenando de sombra el cuartito; y cuando estuvo completamente a oscuras él se volvió más atrevido y pidió perdón de tal modo que reavivó sus esperanzas.

Cuando se levantaron, él había recobrado su voz y su aspecto normales, como si nada hubiera pasado. Ella parecía, por el contrario, enternecida, hablaba con un tono más dulce que de costumbre, miraba a su marido con mirada sumisa, casi acariciante, como si este inesperado correctivo le hubiera relajado los nervios y ablandado el corazón. Él dijo tranquilamente:

—Tu padre debe de estar aburriéndose, solo en su casa. Deberías llamarle. Por otra parte, debe de ser hora de cenar.

Ella salió.

Eran las siete, en efecto, y la criada anunció que la sopa estaba en la mesa. Luego Cachelin, tranquilo y sonriente, reapareció con su hija. Se sentaron a la mesa y charlaron, aquella noche, más cordialmente de lo que lo habían hecho en mucho tiempo, como si hubiera ocurrido algo afortunado para todos.

V

Pero sus esperanzas, siempre alimentadas y renovadas, nunca conducían a nada. Defraudadas mes tras mes las expectativas, a pesar de la persistencia de Lesable y la buena voluntad de su compañera, les mantenían en un estado de angustia febril. Se reprochaban mutuamente sin cesar su fracaso y el marido, desesperado, enflaquecido y cansado, tenía que soportar de modo especial la grosería de Cachelin, que ahora ya, en su intimidad guerrera, no le llamaba de otro modo que «señor Gallito», en recuerdo sin duda del día en que había estado a punto de recibir un botellazo en el rostro por haber pronunciado la palabra «capón».

Padre e hija, unidos por instinto, rabiosos por la constante idea del patrimonio tan próximo e imposible de aferrar, no sabían ya qué inventar para vejar y atormentar a aquel impotente, causa de su desventura.

Al sentarse a la mesa, Cora repetía cada día:

—No hay gran cosa para cenar. Si fuéramos ricos, sería distinto. Pero no es culpa mía.

Cuando Lesable salía para ir a la oficina ella le gritaba desde el fondo de la habitación:

—Coge el paraguas, pues si no volverás a casa sucio como una rueda de ómnibus.

No es culpa mía que tengas que seguir haciendo de chupatintas.

Cuando ella iba a salir, no dejaba nunca de exclamar:

—Pensar que si me hubiera casado con otro hombre tendría un coche para mí.

En todo momento y ocasión, no pensaba en otra cosa, pinchaba al marido con un reproche, le escarnecía con una injuria, le hacía a él el único culpable y responsable de la pérdida de ese dinero que hubiera tenido que ser suyo.

Finalmente, una tarde, perdiendo de nuevo la paciencia, él exclamó:

—Por todos los diablos, ¿quieres acabar con esto? Escúchame, si no tenemos hijos es por culpa tuya, sólo tuya, porque yo tengo un hijo…

Mentía, prefiriendo cualquier cosa al eterno reproche y a la vergüenza de pasar por impotente.

Ella le miró, primero sorprendida, buscando en sus ojos la verdad de lo que decía, luego, tras haber comprendido, llena de desprecio, dijo:

—¿Tú tienes un hijo?

Él respondió con descaro:

—Sí, un hijo natural que he hecho criar en Asnières.

Ella prosiguió tan tranquila:

—Mañana iremos a verle para que pueda conocerlo.

Pero él enrojeció hasta las cejas y dijo balbuceando:

—Como quieras.

Ella se levantó, al día siguiente, a las siete, y como se mostrara asombrada:

—Pero ¿no vamos a ver a tu hijo? Me lo prometiste ayer por la noche. ¿Acaso hoy por casualidad ya no lo tienes?

Él saltó bruscamente de la cama:

—No iremos a ver a mi hijo, sino a un médico que te dirá lo que te mereces.

Ella respondió, como mujer segura de sí:

—No deseo otra cosa.

Cachelin se encargó de anunciar en el Ministerio que su yerno estaba enfermo; y el matrimonio Lesable, siguiendo una indicación de un farmacéutico vecino suyo, llamaba a la hora fijada a la puerta del doctor Lefilleul, autor de varias obras sobre higiene de la procreación.

Entraron en un blanco salón decorado con unas molduras doradas, mal amueblado, que parecía desnudo y no habitado a pesar de sus numerosos asientos. Se sentaron. Lesable se sentía preocupado, tembloroso y también avergonzado. Cuando les llegó la vez, entraron en una especie de despacho donde les recibió un hombre gordo de pequeña estatura, ceremonioso y frío.

Esperó que se explicasen, pero Lesable, rojo como la grana, no se atrevía. Entonces su mujer se decidió, y, con voz serena, como persona decidida a todo para lograr su deseo, dijo:

—Señor, venimos a verle porque no tenemos hijos. Y hay de por medio una gran fortuna.

La consulta fue larga, minuciosa y penosa. Sólo Cora no parecía en absoluto incómoda, prestándose al examen atento del médico como una mujer a la que anima y sostiene un más elevado interés.

Tras haber explorado durante cerca de una hora a los dos esposos, el facultativo no se pronunció.

—No encuentro nada —dijo—, nada anormal ni especial. Por otra parte, es un caso muy frecuente. Sucede con los cuerpos como con los caracteres. Vemos muchos matrimonios fracasados por incompatibilidad de caracteres, y tampoco es extraño ver otros estériles por incompatibilidad física. La señora parece particularmente bien formada y apta para la procreación. El señor, en cambio, aunque de constitución normal, parece debilitado, tal vez debido en parte a su excesivo deseo de ser padre. ¿Me permiten auscultarles?

Lesable, inquieto, se quitó el chaleco y el doctor permaneció largo rato con el oído pegado al tórax y a la espalda del empleado y le dio repetidamente unos golpecitos con los dedos, desde el estómago hasta el cuello y desde los riñones hasta la nuca.

Le encontró una ligera alteración en el ritmo cardíaco e incluso un problema en el pecho.

—Tiene que cuidarse, señor, cuidarse y mucho. Se trata de una anemia, de agotamiento, de nada más. Pero estas pequeñas alteraciones, insignificantes por el momento, pueden volverse a no mucho tardar incurables.

Lesable, pálido de angustia, pidió una prescripción facultativa. Se le recetó un régimen complicado. Hierro, carnes rojas, caldo durante el día, ejercicio, reposo y una estancia en el campo durante el verano. Luego el doctor les dio unos consejos para el momento en que él estuviera mejor. Les indicó prácticas inusitadas en su caso y generalmente exitosas.

La consulta costó cuarenta francos.

Cuando estuvieron en la calle, Cora dijo, llena de sorda cólera y previendo el porvenir:

—¡Estoy apañada!

Él no respondió. Caminaba devorado por los temores, recordando y sopesando cada palabra del médico. ¿No le había engañado? ¿No le había considerado un caso perdido? ¡No pensaba en absoluto en la herencia, ahora, ni en el hijo! ¡Se trataba de su vida!

Le parecía oír un silbido en sus pulmones y sentir latir aceleradamente su corazón. Al pasar por las Tullerías, tuvo un desfallecimiento y quiso sentarse. Exasperada, su mujer permaneció de pie cerca de él para humillarle, mirándole de

arriba abajo con una compasión despectiva. Él respiraba con esfuerzo, exagerando el resoplido resultado de su emoción; y, con los dedos de la mano izquierda en el pulso de la muñeca derecha, contaba las pulsaciones de la arteria.

Cora, que pataleaba de la impaciencia, preguntó:

—¿Has acabado con tus dengues? ¿Hasta cuándo habrá que esperar?

Él se levantó, como se levantan las víctimas, y se puso de nuevo en camino sin pronunciar palabra.

Cuando Cachelin supo el resultado de la consulta, no moderó su furor. Vociferaba: «¡Aviados estamos, ah! ¡Sí, aviados de verdad!». Y miraba a su yerno con mirada feroz, como si se lo quisiera comer vivo.

Lesable no escuchaba, no oía, pensando únicamente en su salud, en su existencia amenazada. Ya podían gritar, padre e hija, pues ellos no se encontraban en su pellejo, y él quería salvar su pellejo.

Comenzaron a alinearse en la mesa, delante de su sitio, los frascos de farmacia, y él preparaba a cada comida las dosis de los medicamentos, ante las sonrisas de su mujer y las risotadas de su suegro. Se miraba en el espejo en todo momento, se llevaba a cada instante la mano al corazón para contar sus latidos, y se mandó hacer una cama en un cuarto oscuro que servía de guardarropa, pues no quería tener ya contacto carnal con Cora.

Ahora sentía por ella un odio temeroso, mezclado de desprecio y de repugnancia. Todas las mujeres, por otra parte, le parecían ahora una especie de monstruos, bestias peligrosas, que tenían por misión matar a los hombres; y no pensaba ya en el testamento de la tía Charlotte sino como se piensa en un accidente pasado en el que se ha estado a punto de perder la vida.

Pasaron algunos meses más. Sólo quedaba un año para que venciera el plazo.

Cachelin había colgado en el comedor un enorme calendario en el que tachaba un día cada mañana, y la exasperación de su impotencia, la desesperación de sentir de semana en semana escapársele esa fortuna, la rabia de pensar que tendría que seguir deslomándose en la oficina y vivir luego con una pensión de dos mil francos hasta su muerte, le empujaban a una violencia verbal que, por una nimiedad, podía degenerar en actos violentos.

Ya no podía mirar a Lesable sin estremecerse de una necesidad furiosa de pegarle, aplastarle, pisotearle. Le odiaba con un odio irracional. Cada vez que le veía abrir la puerta y entrar, le parecía que entrase un ladrón, que le hubiera despojado de un bien sagrado, de una herencia de familia. Le odiaba más que a un enemigo mortal al tiempo que le despreciaba por su debilidad y, sobre todo, por su cobardía, desde que había renunciado a perseguir la esperanza común por temor a su salud.

En efecto, Lesable vivía más separado de su mujer que si no les hubiera unido lazo alguno. Ya no se le acercaba, ni la tocaba, evitaba incluso su mirada, tanto por

vergüenza como por temor.

Cachelin preguntaba cada día a su hija:

—¿Qué?, ¿se ha decidido tu marido?

Ella respondía:

—No, papá.

Cada noche, en la mesa, tenían lugar escenas lamentables. Cachelin repetía sin cesar:

—Cuando uno no es hombre, mejor sería palmarla para dejar el sitio a otro.

Y Cora añadía:

—La verdad es que hay gente muy inútil y molesta. No sé muy bien qué hacen en la tierra como no sea ser una carga para todo.

Lesable tomaba sus drogas y no respondía. Hasta que, finalmente, un día su suegro le dijo a gritos:

—¡Sepa que, si no cambia usted de actitud, ahora que está mejor, sé muy bien lo que hará mi hija!…

El yerno alzó la vista, presintiendo un nuevo ultraje, con mirada interrogativa. Cachelin prosiguió:

—¡Se buscará a otro en su lugar, por Dios! Y me extraña que no lo haya hecho ya. Cuando una mujer se casa con un baldragas como usted, todo está permitido.

Lesable, lívido, respondió:

—No soy yo quien le impide seguir sus buenos consejos.

Cora había bajado los ojos. Y Cachelin, consciente vagamente de que acababa de decir una enormidad, se quedó un poco confuso.

VI

En el Ministerio, los dos hombres parecían llevarse bastante bien. Se había establecido una especie de pacto entre ellos para disimular a sus colegas la guerra de su vida privada. Se llamaban «mi querido Cachelin» y «mi querido Lesable», y fingían incluso reír juntos, estar felices y contentos, satisfechos de su vida en común.

Lesable y Maze, por su parte, se comportaban el uno respecto al otro con la cortesía ceremoniosa de unos adversarios que han estado a punto de batirse. El duelo frustrado, cuyo escalofrío habían conocido, había establecido entre ellos una cortesía exagerada, una consideración más marcada, y acaso un secreto deseo de aproximación, nacido del confuso temor a una nueva complicación. Su comportamiento de hombres de mundo que han tenido un lance de honor era respetado y aprobado por la gente.

Se saludaban a distancia, con una rígida seriedad, con un sombrerazo de gran dignidad.

No cruzaban palabra, ninguno de los dos quería o se atrevía a ser el primero en hacerlo.

Pero un día, Lesable, a quien reclamaba su jefe con urgencia, echó a correr para demostrar su celo, y, al doblar el pasillo, fue a darse de bruces en su impulso contra el estómago de un empleado que llegaba en sentido contrario. Era Maze. Retrocedieron los dos, y Lesable preguntó con una solicitud incómoda y cortés:

—¿No le habré hecho daño, señor?

El otro respondió:

—En absoluto, señor.

A partir de ese momento, consideraron conveniente intercambiar algunas palabras al encontrarse. Luego se inició entre ellos una pugna de cortesías y de atenciones de la que nació una cierta familiaridad, seguida de una intimidad mitigada por la reserva, esa intimidad de las personas que se habían conocido mal con anterioridad, pero cuyo impulso de acercamiento se ve frenado por una cierta reserva temerosa; luego, a fuerza de cortesías y de intercambio de visitas a los respectivos negociados, surgió entre ellos una amistad.

Ahora charlaban a menudo cuando iban a oír las novedades en la oficina del oficial de entrada. Lesable había abandonado su arrogancia de empleado seguro de llegar alto. Maze había dejado de lado sus modales de hombre de mundo, mientras Cachelin se inmiscuía en la conversación y parecía ver con buenos ojos su amistad. A veces, cuando había salido el apuesto empleado, con el busto erguido, rozando con la cabeza el dintel de la puerta, le susurraba a su yerno:

—¡Ése sí que es un tiarrón!

Una mañana, mientras estaban los cuatro juntos, pues papá Savon no dejaba nunca sus copias, la silla del pobre, sin duda serrada por algún gracioso, se desvencijó bajo su peso, y el buen hombre rodó por el parqué lanzando un grito de espanto.

Los otros tres corrieron hacia él. El oficial de entrada atribuyó esta maquinación a los partidarios de la Comuna y Maze quería ver a toda costa dónde se había hecho daño. Cachelin y él trataron incluso de quitarle la ropa al viejo para curarle, decían. Pero él se resistía desesperadamente, gritando que no tenía nada.

Calmada la alegría, Cachelin exclamó de repente:

—Oiga usted, señor Maze, ahora que existe un buen entendimiento entre nosotros, ¿por qué no se viene el domingo a cenar a casa? Nos encantaría a todos; a mi yerno, a mí y también a mi hija, que le conoce mucho de oídas, pues hablamos a menudo de la oficina. ¿Qué me dice?

Lesable se sumó a los ruegos de su suegro, pero con un tono más frío:

—Venga. Será para nosotros un gran placer.

Maze dudaba, incómodo y sonriente al pensar en todos los rumores que corrían.

Cachelin insistía:

—Vamos, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo, acepto!

Cuando su padre le dijo al entrar en casa: «¿Sabes que el domingo viene a cenar el señor Maze?», Cora farfulló sorprendida:

—¿El señor Maze? ¡Vaya!

Y se le subió el pavo, sin saber por qué. Había oído hablar tan a menudo de él, de sus modales, de sus conquistas —porque en el Ministerio tenía fama de ser atrevido con las mujeres e irresistible—, que desde hacía bastante tiempo tenía ganas de conocerlo.

Chachelin añadió frotándose las manos:

—¡Ya verás, es un tío con toda la barba, y un buen mozo! ¡Es alto como un carabinero, ése no se parece a tu marido!

Ella no respondió, confusa como si se hubiera podido adivinar que había soñado con él.

La cena fue preparada con el mismo esmero que la de Lesable mucho tiempo antes. Cachelin discutía los platos, quería que todo estuviera bien, y, como si una confianza inconfesada, aún vaga, hubiera surgido en su corazón, parecía más alegre, tranquilizado por alguna previsión secreta y segura.

Durante todo el domingo, supervisó los preparativos en un estado de agitación, mientras Lesable despachaba un trabajo urgente que se había traído de la oficina. Era la primera semana de noviembre y se acercaba el Año Nuevo.

A las siete, llegó Maze, rebosante de buen humor. Entró como si estuviera en su casa y ofreció, con un cumplido, un gran ramo de rosas a Cora. Añadió, con ese tono familiar de la gente habituada al gran mundo:

—Me parece, señora, conocerla un poco desde que era una niña, pues hace muchos años que su padre me habla de usted.

Al ver las flores, Cachelin exclamó:

—Esto sí que es todo un detalle.

Y su hija se acordó de que Lesable, cuando vino a conocerla, no le había traído nada. El apuesto empleado parecía encantado, reía como un tipo campechano que va por primera vez a casa de unos viejos amigos, y le susurraba a Cora cumplidos discretos que le hacían enrojecer las mejillas.

A él le pareció muy atractiva; ella le juzgó muy seductor. Cuando se hubo ido, Cachelin exclamó:

—¡Qué tipo más simpático, y qué pinta debe de estar hecho! ¡Dicen que lleva de calle a todas las mujeres!

Pero Cora, menos expansiva, confesó que le parecía «amable y no tan postinero como había creído».

Lesable, que parecía menos cansado y triste que de costumbre, convino en que

«se había equivocado respecto a él» en los primeros tiempos.

Maze volvió primero con comedimiento, luego más a menudo. Era del agrado de todo el mundo. Le atraían, le cuidaban. Cora le preparaba platos de su gusto. Y la intimidad de los tres hombres no tardó en ser tan grande que ya eran inseparables. El nuevo amigo llevaba a la familia al teatro, a los palcos que conseguía gracias a los periódicos.

Volvían a pie, por la noche, por las calles llenas de gente, hasta la puerta del matrimonio Lesable. Maze y Cora caminaban delante, al mismo paso, cadera con cadera, balanceados por un mismo movimiento, un mismo ritmo, como dos seres nacidos para caminar juntos en la vida. Hablaban a media voz, pues se entendían de maravilla, riendo con una risa ahogada; y la joven se volvía a veces para echar tras de sí un vistazo a su padre y a su marido.

Cachelin les acariciaba con una mirada benévola y, a menudo, sin pensar que hablaba con su yerno, declaraba:

—Hacen una buena pareja, da gusto verles juntos.

Lesable respondía tan tranquilo: «Son casi de la misma altura», y feliz de sentir que el corazón le latía menos aceleradamente, que se ahogaba menos cuando caminaba deprisa y que en general se sentía más airoso, dejaba esfumarse poco a poco su rencor contra su suegro cuyas malvadas pullas habían cesado, por otra parte, desde hacía algún tiempo.

El día de Año Nuevo fue nombrado oficial de primera. Sintió una alegría tan irrefrenable, que al entrar abrazó a su mujer por primera vez desde hacía seis meses. Ella le pareció muy azorada, incómoda como si hubiera hecho algo inconveniente; y miró a Maze, que había venido para presentarle, con ocasión del Año Nuevo, sus respetos y sus felicitaciones. También él pareció incómodo y se volvió hacia la ventana, como para no ver.

Cachelin no tardó en volver a mostrarse irritable y malvado, y empezó a acosar de nuevo a su yerno con bromas. A veces incluso atacaba a Maze, como si estuviera también resentido con él por la catástrofe que se cernía sobre ellos y cuya fecha inevitable se acercaba a cada minuto.

Sólo Cora parecía totalmente tranquila, totalmente feliz, totalmente radiante. Había olvidado, según parecía, el término amenazador y tan próximo.

Llegó marzo. Toda esperanza parecía perdida, pues pronto haría tres años, el 20 de julio, que la tía Charlotte había fallecido.

Una primavera precoz hacía germinar la tierra; y Maze propuso a sus amigos dar un paseo por las orillas del Sena, un domingo, para coger unas violetas entre los matorrales.

Tomaron un tren de la mañana y fueron hasta Maisons-Laffitte. Un airecillo invernal agitaba aún las ramas desnudas, pero la hierba reverdecida, lustrosa, estaba

salpicada ya de flores blancas y azules; y los árboles frutales en las laderas parecían enguirnaldados de rosas, con sus delgados brazos cubiertos de yemas abiertas.

El Sena, caudaloso, discurría, triste y fangoso por las lluvias últimas, entre sus márgenes comidas por las crecidas invernales; y toda la campiña anegada de agua, que parecía salir de un baño, exhalaba un regusto a ligera humedad en la tibieza de los primeros días de sol.

Se perdieron por el parque. Cachelin, taciturno, golpeaba con el bastón los terrones, más abatido que de costumbre, pensando más amargamente, ese día, en su desventura, que pronto sería completa. Lesable, también sombrío, temía mojarse los pies en la hierba, mientras que su mujer y Maze trataban de hacer un ramillete. Cora, desde hacía unos días, parecía indispuesta, fatigada y pálida.

Se cansó enseguida y quiso que volvieran para comer. Llegaron a un pequeño restaurante adosado a un viejo molino ruinoso; y no tardaron en servirles la comida tradicional de los parisinos en sus salidas al campo bajo el emparrado, en una mesa de madera con dos manteles, muy cerca del río.

Se habían zampado unos gobios fritos, buey con patatas, y se estaban pasando la ensaladera llena de hojas verdes, cuando Cora se levantó bruscamente y echó a correr hacia la orilla, sujetando con las dos manos su servilleta en la boca.

Lesable, inquieto, preguntó:

—¿Qué le pasa?

Maze, turbado, enrojeció y balbució:

—Pues… no sé… ¡estaba tan bien hasta ahora! —Y Cachelin se quedó desconcertado, con el tenedor en suspenso con una hoja de lechuga en la punta.

Se levantó, buscando a su hija con la vista. Inclinándose, vio su cabeza apoyada en un árbol, indispuesta. Una rápida sospecha hizo que se le aflojaran las piernas y se derrumbó sobre su silla, lanzando unas miradas estupefactas a los dos hombres que ahora parecían tan confundidos el uno como el otro. Los escrutaba con su mirada ansiosa, sin atreverse ya a decir nada, loco de angustia y de esperanza.

Pasó un cuarto de hora en medio de un hondo silencio. Y reapareció Cora, un tanto pálida, andando con esfuerzo. Nadie la interrogó de manera precisa; todos parecían intuir un acontecimiento feliz, al que era difícil aludir, ansiosos de saberlo y temerosos de enterarse. Sólo Cachelin le preguntó:

—¿Estás mejor?

Ella respondió:

—Sí, gracias, no era nada. Pero regresemos pronto, tengo un poco de jaqueca.

Y de vuelta tomó del brazo a su marido como si quisiera indicar algo misterioso que no se atrevía aún a confesar.

Se separaron en la Gare Saint-Lazare. Maze, pretextando un asunto del que acababa de acordarse, se fue después de haberse despedido y dado un apretón de

manos a todos.

Una vez que Cachelin estuvo a solas con su hija y su yerno, preguntó:

—¿Qué te ha pasado durante la comida?

Pero Cora no respondió de entrada; luego, tras un momento de vacilación, dijo:

—No era nada. Náuseas nada más.

Caminaba con paso lánguido, con una sonrisa en los labios. Lesable, incómodo, hecho un lío, asaltado por ideas confusas, contradictorias, lleno de ansias de lujo, de sorda cólera, de vergüenza inconfesable, de cobardía celosa, hacía como esos dormilones que cierran los ojos a la mañana para no ver el rayo de luz que se filtra por entre las cortinas y cruza sus camas con una franja brillante.

Ya en casa, habló de un trabajo que tenía que terminar y se encerró.

Entonces Cachelin, poniendo sus dos manos sobre los hombros de su hija, le preguntó:

—Estás embarazada, ¿eh?

Ella balbució:

—Sí, eso creo. Desde hace dos meses.

No había terminado de decirlo cuando él dio un salto de alegría; luego se puso a bailar en torno a ella un cancán de baile público, recuerdo de sus tiempos de vida de cuartel. Levantaba una pierna, saltaba a pesar de su panza, sacudía el piso entero. Los muebles se meneaban, los vasos chocaban en el aparador, la lámpara oscilaba y vibraba como el fanal de un barco.

Luego cogió entre sus brazos a su querida hija y la besó con frenesí; acto seguido, dándole familiarmente una palmadita en la barriga, le dijo:

—¡Ah, lo tenemos, por fin! ¿Se lo has dicho a tu marido?

Ella murmuró, intimidada de repente:

—No…, aún no…, esperaba a que…

Pero Cachelin exclamó:

—Bueno, está bien. Sé que te resulta incómodo. ¡Espera, ya voy a decírselo yo!

Y se fue a toda prisa al piso de su yerno. Al verle entrar, Lesable, que no estaba haciendo nada, se levantó. Pero el otro no le dio tiempo de recobrarse:

—¿Sabe que su mujer está en estado?

El marido, cortado, perdió el dominio de sí, y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—¿Qué? Pero ¡cómo! ¿Cora? ¿Lo dice en serio?

—Digo que está en estado, ¿entendido? ¡Menuda suerte!

Y, en su alegría, le cogió las manos, se las estrechó, se las sacudió, como para felicitarle, darle las gracias; repetía:

—Ah, por fin, lo hemos conseguido. ¡Está bien! ¡Está bien! Piense que la fortuna es nuestra.

Y, no pudiendo aguantarse más, le estrechó entre sus brazos.

Exclamó:

—¡Más de un millón, imagínese, más de un millón! —Se puso de nuevo a bailar —. Pero venga, hombre, ella le espera. ¡Vaya a darle un beso al menos! —Y, cogiéndole por la cintura, le empujó delante de él, proyectándole como una bala hacia la sala donde se había quedado Cora, de pie, inquieta, escuchando.

En cuanto vio a su marido, ella retrocedió, abrumada por una repentina emoción. Permanecía delante de él, pálida y atormentada. Él tenía un aspecto de juez y ella de culpable.

Finalmente dijo:

—Parece que estás en estado.

Ella balbució con voz temblorosa:

—Eso parece.

Pero Cachelin les agarró a los dos del cuello y les pegó el uno contra el otro, nariz con nariz, gritando:

—¡Besaos, demonio! Bien vale la pena.

Y, cuando les hubo soltado, declaró, desbordando de loca alegría:

—¡Por fin, la partida está ganada! Mira, Léopold, vamos a comprar enseguida una propiedad en el campo. Allí, al menos, podría recuperar su salud.

Ante esta idea, Lesable se estremeció. Su suegro continuó:

—Invitaremos al señor Torchebeuf con su señora a venir a visitarnos, y como al subjefe no le queda para mucho podría usted ocupar su puesto. Eso para empezar.

A medida que hablaba Cachelin, Lesable fantaseaba; se veía recibiendo a su jefe, delante de una bonita propiedad blanca, a orillas del río, con una chaqueta de dril y tocado con un sombrero panamá.

Aquella esperanza embargaba su corazón de un no sé qué de agradable, de tibio y suave que parecía disolverse dentro de él y volverle ligero, haciéndole sentirse ya mejor.

Sonrió sin responder.

Cachelin, ebrio de esperanzas, dejándose llevar por los sueños, continuaba:

—¿Quién sabe? Podremos volvernos influyentes en la región. Quizá hasta sea usted diputado. En cualquier caso, podremos frecuentar la buena sociedad del lugar y permitirnos ciertos lujos. Tendrá usted su caballo y su calesín para ir cada día a la estación.

Imágenes de lujo, de elegancia y de bienestar cruzaban por la mente de Lesable. Pensar que conduciría él mismo un encantador calesín, como esas gentes ricas cuya suerte tan a menudo había envidiado, determinó su satisfacción. No pudo dejar de decir:

—¡Ah!, eso, sí que es algo encantador, por ejemplo.

Cora, al verle conquistado, también sonreía, enternecida y agradecida; y Cachelin,

que no veía ya ningún obstáculo, declaró:

—¡Vamos a cenar a un restaurante, qué diantre! Nos correremos una juerga.

Los tres estaban un poco achispados de vuelta a casa, y Lesable, que veía doble y a quien le bailaban las ideas en la cabeza, no pudo llegar a su cuartito oscuro. Tal vez por distracción o bien por olvido, lo cierto es que se metió en la cama aún vacía en la que iba a acostarse su mujer. Y durante toda la noche le pareció que su lecho oscilaba como un barco, cabeceaba, se balanceaba y zozobraba. Hasta se sintió un poco mareado.

Se quedó muy sorprendido, al despertar, de encontrarse a Cora entre sus brazos.

Ella abrió los ojos, sonrió y le abrazó con un súbito arrebato, lleno de gratitud y de afecto. Luego dijo, con esa dulce voz que ponen las mujeres en sus carantoñas:

—Hoy ten la gentileza de no ir al Ministerio. Ya no es necesario que seas tan puntual, ahora que estamos a punto de ser muy ricos. Saldremos de nuevo al campo, nosotros dos solos.

Él se sentía descansado, embargado de ese lánguido bienestar que sigue al agotamiento de una fiesta, entumecido en la tibieza de la cama. Tenía unas enormes ganas de quedarse allí largo rato, no hacer nada más que vivir tranquilo en la molicie. Una necesidad de indolencia desconocida y poderosa paralizaba su alma y embargaba su cuerpo. Y un vago pensamiento, feliz y continuo, bailaba en su mente: «Iba a ser rico, independiente…».

Pero de repente le dominó un temor, y preguntó en voz baja, como si temiera que sus palabras fueran a ser oídas por las paredes:

—¿Al menos estás segura de estar embarazada?

Ella le tranquilizó enseguida:

—Oh, sí, vamos. No me equivoco.

Y él, un poco inquieto aún, se puso a palparla suavemente. Recorría con la mano su vientre hinchado. Declaró:

—Sí, es cierto, pero no darás a luz antes de la fecha. Tal vez se discuta nuestro derecho.

Ante esa suposición, a ella la dominó la ira. ¡Ah, ahora no se trataba de buscarle tres pies al gato, tras tantas miserias, penas y esfuerzos, ah, no! Se había sentado, trastornada por la indignación.

—Vamos enseguida a ver al notario —dijo ella.

Pero él opinó que primero había que conseguir un certificado médico. Volvieron, pues, a la consulta del doctor Lefilleul.

Éste les reconoció enseguida y preguntó:

—Bien, ¿lo han conseguido?

Se sonrojaron los dos hasta las cejas, y Cora, perdiendo un poco el dominio de sí, balbució:

—Yo creo que sí, señor.

El médico se frotaba las manos:

—Me lo esperaba, me lo esperaba. El recurso que les indiqué no falla nunca, a no ser por incapacidad total de uno de los cónyuges.

Cuando hubo examinado a la mujer declaró:

—¡Bravo, es cosa hecha!

Y escribió en una hoja de papel: «El abajo firmante, doctor en medicina de la Facultad de París, certifica que la señora Léopold Lesable, de soltera Cachelin, presenta todos los síntomas de un embarazo de unos tres meses».

Luego, volviéndose hacia Lesable, dijo:

—¿Y usted? ¿Cómo anda de ese pecho y de ese corazón?

Le auscultó y le encontró totalmente curado.

Se fueron del bracete, felices y contentos, a paso ligero. Pero por el camino, Léopold tuvo una idea:

—Quizá harías bien, antes de ir al notario, en ponerte un par de toallas en torno a la cintura, así se verá a simple vista, lo cual será mejor. No pensará que queremos ganar tiempo.

Volvieron a casa y él mismo le quitó la ropa a su mujer para preparar un falso vientre. Diez veces seguidas cambió las toallas de sitio, y se alejaba unos pasos para comprobar el efecto, tratando de lograr una verosimilitud absoluta.

Cuando quedó contento del resultado, se marcharon, y en la calle parecía orgulloso de llevar de paseo a aquella panza prominente que atestiguaba su virilidad.

El notario les recibió con benevolencia. Escuchó sus explicaciones, leyó por encima el certificado y, como Lesable insistía, diciendo: «Por lo demás, señor, basta con verla», lanzó una mirada convencida a la cintura engrosada y abultada de la joven.

Ellos esperaban, ansiosos; el hombre de leyes declaró:

—Perfecto. Nacido o por nacer, el niño existe y vive. Por tanto suspenderemos la ejecución del testamento hasta que la señora haya dado a luz.

Estaban tan contentos que, apenas hubieron salido de la consulta, se besaron por la escalera.

VII

Después de este feliz descubrimiento, los tres parientes vivían en perfecta armonía. Estaban de un humor alegre, estable y plácido. Cachelin había recuperado la jovialidad de otro tiempo y Cora estaba llena de atenciones para con su marido. También Lesable parecía otro, siempre contento y amable como no lo había sido nunca.

Maze iba menos a menudo y parecía incómodo en la familia; le recibían siempre bien, aunque con una cierta frialdad, porque la felicidad es egoísta y no quiere extraños.

Cachelin mismo parecía alimentar una cierta hostilidad secreta contra el apuesto empleado al que, meses antes, había acogido en casa con tantas atenciones. Fue él quien le anunció a su amigo el embarazo de Coralie; se lo dijo de sopetón:

—¿Sabe que mi hija está embarazada?

Maze, fingiendo sorpresa, respondió:

—Ah, debe de estar usted muy feliz.

Cachelin repuso:

—¡Cómo no!

Y observó que su colega, por el contrario, no parecía encantado de ello. A los hombres no les gusta ver en ese estado, ya sea por culpa suya o no, a las mujeres que frecuentan con asiduidad.

De todas formas, Maze seguía yendo a cenar a su casa todos los domingos. Pero las veladas se hacían difíciles de pasar juntos, por más que no hubiera surgido ningún desacuerdo grave entre ellos; y esa extraña incomodidad aumentaba de semana en semana. Una noche incluso, cuando acababa de salir, Cachelin declaró con aire furioso:

—¡Este tipo comienza a aburrirme!

Y Lesable respondió:

—Ciertamente no gana mucho cuando se le conoce muy de cerca.

Cora había bajado la vista. No daba su opinión. Parecía siempre incómoda en presencia del alto Maze, que, por su parte, parecía casi avergonzado a su lado, no la miraba ya sonriendo como antes, ni les invitaba a veladas en el teatro, y parecía sobrellevar, como una carga necesaria, esa intimidad en otro tiempo tan cordial.

Pero un jueves, a la hora de la cena, cuando su marido volvió de la oficina, Cora le besó en las patillas más mimosamente que de costumbre, y le murmuró al oído:

—Tal vez me riñas.

—¿Por qué lo dices?

—Es que… hace un rato ha venido a verme el señor Maze. Y yo, que no quiero que corran hablillas sobre mí, le he rogado que no venga más cuando tú no estés. ¡Y él pareció haberse picado un poco!

Lesable preguntó, sorprendido:

—¿Y él qué ha dicho?

—Oh, no gran cosa, sólo que no le ha gustado y yo entonces le he rogado que interrumpa totalmente sus visitas. Ya sabes que fuisteis papá y tú quienes le trajisteis aquí, yo no tuve nada que ver. Y por eso temía disgustarte cerrándole la puerta.

Una alegría agradecida embargaba el corazón de Lesable:

—Has hecho bien, muy bien. Es más, te lo agradezco.

Ella prosiguió, para salvar la relación entre ambos hombres, que había decidido de antemano:

—Tú en la oficina finge no saber nada, trátale como siempre. Pero aquí no pondrá más los pies.

Y Lesable, tomando con ternura a su mujer en sus brazos, cubrió de besitos sus ojos y sus mejillas, repitiendo:

—¡Eres un ángel…, eres un ángel!

Y sentía contra su vientre la hinchazón del niño ya crecido.

VIII

Nada nuevo ocurrió hasta el final del embarazo.

Cora dio a luz una niña en los últimos días de septiembre. Le pusieron por nombre Désirée; pero, como querían celebrar un bautismo solemne, decidieron que no tendría lugar hasta el verano siguiente, en la propiedad que iban a comprar.

La eligieron en Asnières, en la colina que domina el Sena.

Durante el invierno habían tenido lugar grandes acontecimientos. Apenas recibida la herencia, Cachelin había pedido la jubilación, que le había sido concedida, y había dejado la oficina. Ocupaba su tiempo libre en cortar, con una sierra de dientes finos, tapas de cajas de puros. Fabricaba con ellas relojes, arquillas, jardineras, toda clase de pequeños muebles extraños. Se había apasionado por esos trabajillos, cuyo gusto le había entrado al ver a un vendedor ambulante trabajar así esas chapas de madera en la avenida de la Ópera. Y todo el mundo tenía que admirar cada día sus nuevos diseños, de una complicación rebuscada y pueril.

Él mismo, maravillado ante su obra, repetía sin cesar:

—¡Es asombroso lo que llega uno a hacer!

Tras haber muerto finalmente el subjefe, el señor Rabot, Lesable desempeñaba las funciones de su cargo, aun sin ser titular, dado que no tenía la necesaria antigüedad desde su última promoción.

Cora se había convertido de inmediato en otra mujer, más reservada y elegante, tras haber comprendido, intuido y olido todos los cambios que exige la riqueza.

Con ocasión del Año Nuevo, hizo una visita a la mujer del jefe, una gorda mujer que seguía siendo una provinciana después de treinta y cinco años de vivir en París, y supo rogarle con tanta gracia y seducción que fuese la madrina de su hija, que la señora Torchebeuf aceptó. El padrino fue su abuelo Cachelin.

La ceremonia se celebró un domingo resplandeciente de junio. Invitaron a todos los de la oficina, excepto al apuesto Maze, con quien ya no se veían.

A las nueve Lesable esperaba delante de la estación el tren de París, mientras un

groom en librea de grandes botones dorados sujetaba de la brida un poney bien cebado delante de un pequeño carruaje totalmente nuevo.

La locomotora pitó a lo lejos, luego apareció, arrastrando su rosario de coches de los que salió a escape una marea de viajeros.

El señor Torchebeuf salió de un vagón de primera clase, con su mujer ataviada ostentosamente, mientras que, de un vagón de segunda, se apeaban Pitolet y Boissel. No se habían atrevido a invitar a papá Savon, pero se había decidido que propiciarían un encuentro fortuito por la tarde y le harían quedarse a cenar, con el consentimiento del jefe.

Lesable fue al encuentro de su superior, que avanzaba minúsculo con su levita adornada con su gran condecoración que parecía una rosa roja abierta. Su cráneo enorme, coronado de un sombrero de alas anchas, aplastaba su cuerpo enclenque, le daba el aspecto de un fenómeno; y su mujer, alzándose un poquito de puntillas, podía mirar sin esfuerzo por encima de su cabeza.

Radiante, Léopold hacía inclinaciones, daba las gracias. Les hizo montar en el calesín, luego, corriendo hacia sus dos colegas que venían modestamente detrás, les dio un apretón de manos disculpándose de paso por no poder llevarles también a ellos por ser su coche demasiado pequeño:

—Sigan el muelle, llegarán ante la puerta de mi casa: Villa Désirée, la cuarta después del recodo. Dense prisa.

Y, tras montar en su calesín, cogió las riendas y partió, mientras el *groom* saltaba ágilmente sobre el pequeño asiento trasero.

La ceremonia fue muy lucida. Luego volvieron a casa para comer. Cada uno encontró, debajo de la servilleta, un regalo proporcionado a su importancia. La madrina recibió un brazalete de oro macizo, su marido un alfiler de corbata con rubíes, Boissel una cartera de cuero de Rusia y Pitolet una magnífica pipa de espuma. Era Désirée, decían, quien hacía esos regalos a sus nuevos amigos.

La señora Torchebeuf, roja de emoción y de placer, se puso en su grueso brazo la brillante pulsera, y, como la delgada corbata negra del jefe no podía llevar alfiler, se prendió el dije en la solapa de su levita, por debajo de la Legión de Honor, como otra cruz de orden inferior.

Se divisaba por la ventana la gran cinta del río, que bajaba hasta Suresnes, entre las riberas plantadas de árboles. La luz del sol caía a raudales sobre el agua, transformándola en un río de fuego. Al comienzo reinaba la seriedad, por la presencia del señor y de la señora Torchebeuf. Pero luego la cosa se alegró. Cachelin soltaba sus bromas de mal gusto, que él consideraba que, siendo rico, le estaban permitidas; y todos se reían.

De haber provenido de Pitolet o de Boissel, habrían sido consideradas sin duda inconvenientes.

A los postres, trajeron a la niña, a la que besaron todos los invitados. Inundada bajo la blancura de los encajes, miraba a toda aquella gente con sus ojos azules, de mirada desconcertada y en blanco, y volvía ligeramente su gruesa cabeza hacia allí donde parecía despertarse un asomo de atención.

Pitolet, en medio del ruido de voces, dejó caer en el oído de su vecino Boissel:

—Parece una pequeña Maze.

La frase corrió a la mañana siguiente por el Ministerio.

Mientras tanto acababan de sonar las dos; habían tomado los licores, y Cachelin propuso visitar la propiedad e ir luego a dar una vuelta por las orillas del Sena.

Los invitados, en procesión, circularon de habitación en habitación, desde la bodega hasta el desván, luego recorrieron el jardín, de árbol en árbol, para dividirse seguidamente en dos grupos para el paseo.

Cachelin, que se sentía un poco incómodo al lado de las mujeres, se llevó a Boissel y a Pitolet a los cafés de la ribera, mientras que las señoras Torchebeuf y Lesable, con sus maridos, remontaron la orilla en dirección opuesta, dado que las señoras honestas no podían mezclarse con los domingueros descamisados.

Iban con lentitud, por el camino de sirga, seguidas por los dos hombres que charlaban con aire serio de la oficina.

Pasaban por el río unas yolas, empujadas por los grandes golpes de remo de los mocetones de brazos desnudos cuyos músculos se marcaban bajo la piel tostada. Tumbados sobre pieles de animales negras o blancas, los remeros maniobraban el timón, adormecidos por el sol, mientras tenían abiertos sobre su cabeza, cual flores enormes flotando en el agua, unos parasoles de seda roja, amarilla o azul. Se cruzaban gritos de una barca a otra, llamadas y broncas; y un ruido lejano de voces humanas, confuso y continuo, indicaba, allá a lo lejos, la multitud hormigueante de los días de fiesta.

Filas de pescadores con caña permanecían inmóviles a lo largo de la ribera, mientras unos nadadores casi desnudos, de pie en unas pesadas embarcaciones de pescador, se zambullían de cabeza, volviendo a subir a sus barcas y a saltar de nuevo dentro de la corriente.

La señora Torchebeuf, sorprendida, miraba. Cora le decía:

—Todos los domingos es lo mismo. Para mí estropean este lugar que es encantador.

Una canoa se acercaba despacio. Dos mujeres, remando, llevaban a dos mocetones tumbados en la popa. Una de ellas gritó hacia la orilla:

—¡Eh, señoras decentes! Tengo un hombre para vender, no es caro, ¿lo quieren?

Cora, volviéndose con desprecio, cogió del brazo a su invitada:

—No podemos quedarnos aquí, vamos. ¡Qué criaturas más infames!

Y volvieron atrás. El señor Torchebeuf estaba diciéndole a Lesable:

—Estará arreglado para el uno de enero. El director me lo ha prometido formalmente.

Y Lesable respondía:

—No sé cómo agradecérselo, estimado señor.

Por el camino se encontraron a Cachelin, Pitolet y Boissel, que lloraban de la risa mientras llevaban casi en volandas a papá Savon, al que habían encontrado en la orilla con una mujer galante, afirmaban en plan de broma.

El viejo, azorado, repetía:

—Eso no es cierto; no, eso no es cierto. ¡No está bien decir semejantes cosas, señor Cachelin, no está bien!

Y Cachelin, sofocándose, gritaba:

—¡Ah, viejo zorro! ¡La llamaba «mi plumita de oca adorada»! ¡Te hemos pillado, picarón!

También las señoras rompieron a reír, tan desconcertado se sentía el buen hombre.

Cachelin añadió:

—Con permiso del señor Torchebeuf, de castigo le retendremos prisionero y le haremos cenar con nosotros.

El jefe aceptó con benevolencia. Y siguieron adelante riéndose de la dama abandonada por el viejo que seguía protestando, desolado por aquella broma pesada.

Y hasta por la noche ello fue tema de inagotables ocurrencias, que se volvían cada vez más licenciosas.

Cora y la señora Torchebeuf, sentadas bajo el toldo de la escalinata, contemplaban los reflejos del ocaso. El sol lanzaba sobre las hojas un polvo de púrpura. Ningún airecillo agitaba las ramas; una paz serena, infinita, descendía del cielo flamígero y sereno.

Seguían pasando algunas embarcaciones, más lentas, volviendo a la dársena.

Cora preguntó:

—¡Parece que ese pobre del señor Savon se casó con una pelandusca!

La señora Torchebeuf, al corriente de todas las cosas de la oficina, respondió:

—Sí, una huérfana quizá demasiado joven, que le engañó con un mal sujeto y que acabó largándose con él. —Luego la gorda mujer añadió—: Digo mal sujeto, pero yo nada sé al respecto. Se comenta que se querían mucho. De todas formas, papá Savon no es seductor.

La señora Lesable prosiguió con aire serio:

—Eso no es excusa. El pobre hombre es muy de compadecer. Nuestro vecino de al lado, el señor Barbou, está en las mismas. Su mujer se prendó de un pintamonas que pasaba los veranos aquí y se largó con él al extranjero. No me cabe en la cabeza que una mujer sucumba hasta ese punto. Yo creo que debería haber un castigo especial para semejantes miserables que hacen caer la vergüenza sobre una familia.

Por un extremo de la alameda apareció la nodriza trayendo a Désirée envuelta en sus encajes. La niña venía hacia las dos señoras, toda rosa en medio de la nube de oro rojizo del atardecer. Miraba el cielo de fuego con esa mirada pálida, asombrada y vaga que paseaba por los rostros.

Todos los hombres, que charlaban más lejos, se acercaron; y Cachelin, cogiendo a su nietecita, la levantó en el extremo de sus brazos como si hubiera querido alzarla hasta el firmamento. Ella se perfilaba sobre el fondo brillante del horizonte con su largo vestidito blanco que llegaba hasta el suelo.

Y el abuelo exclamó:

—Esto es lo mejor que hay en el mundo, ¿no, papá Savon?

Y el viejo no respondió, no teniendo nada que decir, o, acaso, pensando en demasiadas cosas.

Un criado abrió la puerta que daba a la escalinata, anunciando:

—¡Señora, la cena está servida!

LA PATRONA*

Al doctor Baraduc

Vivía yo por aquel entonces, dijo Georges Kervelen, en una habitación amueblada de la rue des Saints-Pères.

Cuando mis padres decidieron que iría a estudiar leyes a París, hubo largas discusiones para regularlo todo. La cifra de mi mantenimiento fue fijada primeramente en dos mil quinientos francos, pero a mi pobre madre le entró un temor que le expuso a mi padre: «Si malgastase todo ese dinero sin alimentarse bien, su salud se resentiría mucho. Estos jóvenes son capaces de todo».

Se decidió entonces que me buscarían una pensión, una pensión modesta y confortable, y que mi familia pagaría directamente el coste de la misma cada mes.

Yo no había salido nunca de Quimper. Deseaba todo cuanto puede desearse a esa edad y estaba dispuesto a vivir alegremente de todas las maneras posibles.

Unos vecinos, a quienes se pidió consejo, nos dieron el nombre de una paisana suya, la señora Kergaran, que admitía huéspedes. Mi padre trató, pues, por carta con ese personaje respetable, a cuya casa llegué yo, una tarde, acompañado de mi baúl.

La señora Kergaran tenía unos cuarenta años. Era gruesa, muy gruesa, hablaba con una voz de capitán instructor y decidía todas las cuestiones con frases tajantes y rotundas. Su casa, muy estrecha, con una sola ventana a la calle por piso, se hubiera dicho una escalera con ventanas, o mejor dicho, una rebanada de casa emparedada entre otras dos.

La patrona ocupaba el primero con su criada; en el segundo se cocinaba y se comía, y cuatro huéspedes bretones se hospedaban en el tercero y el cuarto. Y yo me instalé en las dos habitaciones del quinto.

Una escalerilla oscura, retorcida como un tirabuzón, conducía a esas dos buhardillas. Durante todo el día la señora Kergaran subía y bajaba, sin parar, esa espiral, atareada en esa cajonera como un capitán en su barco. Entraba diez veces seguidas en cada habitación, lo supervisaba todo con un asombroso cacareo, miraba si estaban bien hechas las camas, bien cepillados los trajes y si el servicio no dejaba nada que desear. En fin, cuidaba a sus huéspedes como una madre, mejor que una

madre.

No tardé en conocer a mis cuatro paisanos. Dos de ellos estudiaban medicina y los otros dos leyes, pero todos padecían el yugo despótico de la patrona. La temían como un cazador furtivo teme a un guarda rural.

En cuanto a mí, sentí enseguida un deseo de independencia, pues soy rebelde por naturaleza. Declaré de entrada que quería volver a la hora que se me antojara, pues la señora Kergaran había fijado medianoche como hora límite. Ante esta pretensión mía me clavó por un momento sus ojos claros encima y acto seguido dijo:

—Es imposible. No puedo tolerar que se despierte a Annette a cualquier hora de la noche. Y además, a partir de determinada hora, usted no tiene nada que hacer fuera.

Yo respondí con firmeza:

—De acuerdo con la ley, señora, está usted obligada a abrirme a cualquier hora. Si se niega, daré cuenta de ello a los alguaciles e iré a pasar la noche en un hotel a su costa, como es mi derecho. Se verá obligada a abrirme o a despedirme. La puerta o el adiós. Elija.

Yo me le reía en la cara poniéndole estas condiciones. Tras un primer momento de estupor, quiso parlamentar, pero yo me mostré inflexible y ella cedió. Acordamos que yo dispondría de una llave, pero con la condición inexcusable de que nadie se enterara.

Mi energía causó en ella una impresión positiva y en adelante me trató con señalado favor. Tenía atenciones, pequeños detalles, delicadezas conmigo, e incluso un cierto afecto brusco que no me desagradaba. Algunas veces, en mis momentos de alegría, yo le daba un beso sólo por recibir la fuerte bofetada que ella me propinaba acto seguido. Cuando llegaba a besarla muy rápido en la cabeza, su mano me pasaba por encima rápida como una bala, y yo escapaba entre risas como un loco para ponerme a salvo, mientras ella gritaba:

—¡Ah! ¡El muy canalla! ¡Me las pagará!

Nos habíamos hecho buenos amigos.

Pero he aquí que yo conocí, por la calle, a una jovencita empleada en una tienda de modas.

Ya sabéis lo que son esos amoríos de París. Un buen día, yendo a la Universidad, te encuentras a una joven sin sombrero paseando cogida del brazo con una amiga antes de volver al trabajo. Intercambias una mirada, y sientes en tu interior esa pequeña conmoción que produce la mirada de determinadas mujeres. Es una de las cosas encantadoras de la vida, esas rápidas simpatías físicas que nacen de un encuentro, la ligera y delicada seducción que sientes de golpe por el roce de un ser nacido para gustarnos y para ser amado por nosotros. Le amaremos poco o mucho, ¿eso qué importa? Forma parte de su naturaleza responder al secreto deseo de amor

de la vuestra. Desde la primera vez que veis ese rostro, esa boca, esos cabellos, esa sonrisa, sentís que su encanto penetra en vosotros con una alegría dulce y deliciosa, os sentís embargados de una especie de feliz bienestar, mientras que el nacimiento imprevisto de un afecto aún confuso os empuja hacia esa mujer desconocida. Se diría que uno responde a una llamada, a la atracción que os reclama; se tiene la impresión de que la conoces desde hace mucho tiempo, de haberla visto ya, de saber lo que piensa.

Al día siguiente, a la misma hora, pasas de nuevo por la misma calle. Vuelves a verla. Luego vuelves al día siguiente, y al otro. Hasta que finalmente os dirigís la palabra. Y el amorío sigue su curso, regular como una enfermedad.

Así pues, al cabo de tres semanas, estaba yo con Emma en el período que precede a la capitulación. Una capitulación que se habría producido antes de haber sabido yo en qué lugar provocarla. Mi amiga vivía con su familia y se negaba con singular energía a franquear el umbral de una habitación amueblada. Yo me devanaba los sesos para encontrar una manera, una estratagema, una oportunidad. Por último tomé una decisión desesperada y decidí hacerla subir a mi casa, una noche a eso de las once, con la excusa de tomar una taza de té. La señora Kergaran se acostaba todas las noches a las diez. Con mi llave podía entrar sin hacer ruido ni ser notado: bajaríamos del mismo modo una hora o dos más tarde.

Tras haberse hecho un poco de rogar, Emma aceptó la invitación.

Pasé un mal día. No estaba nada tranquilo. Temía complicaciones, una catástrofe, algún terrible escándalo. Llegó la noche. Salí y entré en una cervecería donde me tomé dos tazas de café y cuatro o cinco copas para cobrar ánimos. Luego me fui a dar una vuelta por el boulevard Saint-Michel. Oí dar las diez, las diez y media. Me dirigí a paso lento hacia el lugar de nuestra cita. Ella me estaba esperando ya. Me cogió del bracete con un gesto cariñoso y nos encaminamos lentamente hacia mi casa. A medida que me acercaba al portal mis temores iban en aumento. Pensaba: «Con tal de que la señora Kergaran esté acostada…».

Le dije a Emma dos o tres veces:

—Sobre todo, no hagas ruido en la escalera.

Ella se echó a reír:

—¿Acaso teme que le oigan?

—No, pero no quisiera despertar a mi vecino, que está gravemente enfermo.

Estábamos ya en la rue des Saint-Pères. Yo me acerco a mi casa con esa aprensión con la que uno va al dentista. Todas las ventanas están oscuras. Seguramente duermen. Recobro el aliento. Abro la puerta con precauciones de ladrón. Hago entrar a mi compañera, luego cierro y subo la escalera de puntillas conteniendo la respiración y enciendo unas pajuelas azufradas[1] para que la muchacha no dé un traspié.

Al pasar por delante de la habitación de la patrona oigo que mi corazón palpita aceleradamente. Por fin, henos en el segundo piso, a continuación en el tercero y luego en el quinto. Entro en mi habitación. ¡Victoria!

No me atrevía, sin embargo, a hablar sino en voz baja y me quité mis botines para no hacer ningún ruido. El té, preparado en un hornillo de alcohol, nos lo tomamos en una esquina de mi cómoda. Luego me puse insistente…, insistente… y poquito a poco, como en un juego, le quité una a una las prendas a mi amiga, que cedía resistiéndose, colorada, avergonzada, retardando en todo momento el instante fatal y delicioso.

No le quedaba, palabra de honor, más que una corta enagua blanca cuando se abrió de golpe la puerta de mi cuarto, y apareció, candela en mano, exactamente en la misma indumentaria que Emma, la señora Kergaran.

Yo había pegado un salto lejos de ella y permanecía de pie espantado, observando a las dos mujeres que se miraban de hito en hito. ¿Qué iba a pasar?

La patrona dijo en un tono altivo que no le conocía:

—No quiero mujerzuelas en mi casa, señor Kervelen.

Balbuceé:

—Pero, señora Kergaran, si la señorita no es más que una amiga mía. Venía a tomar una taza de té.

La gruesa mujer prosiguió:

—Uno no se pone en camisa para tomar una taza de té. Le ruego que haga salir inmediatamente a esta persona.

Emma, consternada, comenzaba a llorar tapándose la cara con su falda. Yo perdía la cabeza, sin saber qué hacer ni qué decir. Añadió la patrona con inapelable autoridad:

—Ayude a la señorita a vestirse de nuevo y acompáñela inmediatamente.

No había más remedio que obedecer, por lo que recogí el vestido caído sobre el parqué como un globo hinchado, se lo puse por la cabeza a la muchacha y me esforcé en abrocharle los corchetes, en ajustarlos, con un esfuerzo infinito. Ella me ayudaba, sin dejar de llorar, enloquecida, dándose prisa, cometiendo todo tipo de equivocaciones, incapaz de encontrar ya un lazo ni un ojal, mientras la señora Kergaran, impasible, permanecía erguida candela en mano, alumbrándonos en una postura rígida de justiciera.

Ahora Emma se daba más prisa, se cubría como una loca, anudaba, prendía, ataba con lazos, volvía a atar con furia, agobiada por una imperiosa necesidad de huir de allí; y, sin abotonarse siquiera los botines, pasó corriendo por delante de la patrona y se largó escalera abajo. Yo la seguía en zapatillas, a medio vestir también yo, repitiendo:

—Señorita, escuche, señorita.

Era consciente de que debía decirle algo, pero no sabía el qué. La alcancé justo en el portal y traté de cogerla por el brazo, pero ella me rechazó con violencia, murmurando en voz baja y nerviosa:

—Déjeme…, déjeme…, no me toque.

Y salió corriendo a la calle, cerrando la puerta tras su espalda.

Me volví. La señora Kergaran estaba en el rellano del primer piso mientras yo subía lentamente, esperándome cualquier cosa y dispuesto a todo.

La habitación de la señora estaba abierta, y ella me hizo entrar diciéndome con tono severo:

—Tengo que hablar con usted, señor Kervelen.

Pasé delante de ella con la cabeza gacha. Ella dejó la candela sobre la chimenea y luego cruzó los brazos sobre su generoso pecho, cubierto a duras penas por la ligera camisa de dormir blanca.

—¡Así que, señor Kervelen, ha tomado mi casa por una casa de tolerancia!

Yo no estaba orgulloso de mí. Murmuré:

—No, no, señora Kergaran. No debe usted molestarse, pues soy un hombre joven, ya sabe lo que quiero decir…

Ella respondió:

—Sepa que no quiero pelanduscas en mi casa, ¿entendido? Que haré respetar mi techo, y la reputación de mi casa, ¿entendido? Sepa…

Ella habló por lo menos durante veinte minutos, acumulando mil razones para su indignación, agobiándome sobre la honorabilidad de su *casa*, acribillándome con mordaces reproches.

Yo (el hombre es un animal singular), en vez de escucharla, la miraba. No comprendía ni una palabra, ni una, de lo que decía. Tenía la buena moza un pecho estupendo, firme, blanco y lleno, quizá un poco grande, pero apetecible hasta el punto de provocar un escalofrío en el espinazo. Nunca hubiera imaginado que se escondieran semejantes encantos debajo de la bata de lana de mi patrona. Parecía rejuvenecida diez años en deshabillé. Y he aquí que me sentía extraño…, me sentía… ¿cómo diría?…, totalmente agitado. De improviso me encontraba en la misma situación… que había sido interrumpida un cuarto de hora antes en mi cuarto.

Y miré detrás de ella, en la alcoba, su cama. Estaba entreabierta, aplastada, mostrando, por entre las sábanas abiertas, el rehundimiento hecho por el peso del cuerpo que allí había yacido. Y pensé que probablemente se estaría bien y muy calentito ahí dentro, más calentito que en cualquier otra cama. ¿Por qué más calentito? No sabría decirlo, quizá debido a la opulencia de las carnes que habían descansado en ella.

¿Hay algo más excitante y seductor que una cama deshecha? Ésa, de lejos, me embriagaba, me provocaba estremecimientos en la piel.

Ella seguía hablando, pero más bajito ahora, hablaba como una amiga dura y buena que no desea sino perdonar.

Yo balbuceaba:

—Veamos…, veamos…, señora Kergaran…, veamos…

Y, cuando ella se calló en espera de mi respuesta, yo la cogí entre mis brazos y empecé a besarla, como un hambriento, como alguien que espera ese momento quién sabe desde hace cuánto.

Ella se debatía, torciendo la cabeza, sin enojarse demasiado, repitiendo maquinalmente, como hacía siempre:

—… ah, canalla…, ah, canalla…, ah, ca…

No pudo acabar la frase porque la había levantado de un impulso y teniéndola apretada, la llevaba, abrazada contra mí. ¡En ciertos momentos uno tiene la fuerza de un león!

Me encontré al borde de la cama y me dejé caer, con ella abrazada en todo momento…

Se estaba realmente bien y calentito en aquella cama.

Una hora después, al haberse apagado la candela, la patrona se levantó para encender otra. Mientras volvía a mi lado, metiendo entre las sábanas la pierna torneada y robusta, dijo con voz acariciante, satisfecha y quizá agradecida:

—¡Ah, canalla…, ah, canalla!

CHÂLI*

A Jean Béraud

El almirante de la Vallée, que parecía adormilado en su sillón, dijo con su voz de vieja:

—Yo tuve una pequeña historia de amor, muy singular, ¿quieren que se la cuente?

Y, sin moverse, arrellanado en su ancho asiento, sin perder en sus labios fruncidos esa sonrisa que no le abandonaba nunca, esa sonrisa a lo Voltaire que hacía que le tomaran por un terrible escéptico, se puso a contar.

I

Tenía yo treinta años, y era teniente de navío, cuando recibí el encargo de una misión astronómica en la India central. El Gobierno inglés me proporcionó todos los medios necesarios para llevar a cabo mi tarea y en breve me adentré con algunos hombres en aquel extraño país, sorprendente, prodigioso.

Harían falta veinte volúmenes para contar ese viaje. Atravesé regiones increíblemente magníficas; fui recibido por príncipes de una belleza sobrehumana y que vivían con una magnificencia inimaginable. Durante dos meses me pareció que vivía dentro de un poema, que recorría un reino de cuento de hadas a lomos de elefantes imaginarios. En medio de bosques fantásticos descubría ruinas inverosímiles; en ciudades de una fantasía de ensueño, encontraba monumentos prodigiosos, refinados y tallados cual joyas, ligeros como encajes y enormes como montañas, esos monumentos, fabulosos, divinos, de una gracia tal que pueden enamorarnos por sus formas como se enamora uno de una mujer y que, al contemplarlos, producen un placer físico y sensual. En suma, como dice Víctor Hugo, caminaba con los ojos abiertos dentro de un sueño.

Finalmente llegué a la meta de mi viaje, la ciudad de Ganhara, otrora una de las más prósperas de la India central y hoy bastante venida a menos y gobernada por un príncipe opulento, despótico, violento, generoso y cruel, el rajá Maddan, un verdadero soberano de Oriente, delicado y bárbaro, afable y sanguinario, de una

gracia femenina y de una ferocidad despiadada.

La ciudad está al fondo de un valle a orillas de un pequeño lago, que rodea un pueblo de pagodas que baña sus murallas en el agua.

Vista de lejos, la ciudad es una mancha blanca, que se agranda cuando nos acercamos; poco a poco se descubren las cúpulas, las agujas, los pináculos y todas las elegantes y esbeltas cúspides de los graciosos monumentos indios.

A una hora aproximadamente de sus puertas, me encontré un elefante espléndidamente enjaezado, rodeado de una escolta de honor que el soberano me mandaba. Y fui conducido con gran pompa al palacio.

Hubiera querido tomarme mi tiempo para vestirme lujosamente, pero la impaciencia real no me lo permitió. Primero me quería conocer, saber qué cabía esperar de mí en cuanto a distracción; luego ya se vería.

Fui introducido, en medio de unos soldados broncíneos como estatuas y con unos uniformes refulgentes, en una gran sala rodeada de galerías, donde había firmes unos hombres vestidos con trajes relucientes y constelados de piedras preciosas.

En un banco parecido a uno de nuestros bancos de jardín sin respaldo, pero revestido con un tapiz admirable, vi una masa fúlgida, una especie de sol sentado; era el rajá, que me esperaba, inmóvil con un traje del más puro amarillo canario. Llevaba encima diez o quince millones de diamantes, y, en su frente, brillaba nada menos que la famosa estrella de Delhi que perteneciera siempre a la ilustre dinastía de Parihara de Mundore, de la que era descendiente mi anfitrión.

Era un joven de unos veinticinco años, que parecía tener sangre negra en las venas, por más que perteneciera a la más pura raza hindú. Tenía unos ojos grandes, de mirada fija, un tanto vagarosos, los pómulos marcados, los labios carnosos, la barba rizada, la frente baja y unos dientes deslumbrantes, aguzados, que enseñaba a menudo en una sonrisa maquinal.

Se levantó y vino a darme la mano, a la inglesa, luego me hizo sentar a su lado en un banco tan alto que mis pies apenas si tocaban el suelo. Me sentía incomodísimo allí arriba.

Y me propuso enseguida una partida de caza del tigre para el día siguiente. La caza y la lucha eran sus grandes ocupaciones y no comprendía en absoluto que pudiera ocuparse uno de otra cosa. Estaba evidentemente convencido de que no había venido yo de tan lejos sino para distraerle un poco y acompañarle en sus placeres.

Como tenía una gran necesidad de él, traté de halagar sus inclinaciones. Quedó tan satisfecho de mi actitud que quiso mostrarme inmediatamente un combate de luchadores, y me llevó a una especie de arena situada en el interior del palacio.

A una orden suya, aparecieron dos hombres desnudos, de piel cobriza, las manos armadas con unas garras de acero; y se atacaron de inmediato, tratando de herirse con esa arma cortante que trazaba sobre su piel cetrina largas desgarraduras de las que

brotaba la sangre.

La lucha duró un largo rato. Aunque los cuerpos estaban ya cubiertos de heridas, los combatientes seguían arrancándose las carnes con esa especie de rastrillo de hojas afiladas. Uno de ellos tenía una mejilla hecha jirones, el otro una oreja cortada en tres pedazos.

Y el príncipe miraba aquello con una alegría feroz y apasionada. Se estremecía de felicidad, lanzaba gruñidos de placer e imitaba con gestos inconscientes todos los movimientos de los luchadores, gritando sin cesar: «Golpea, vamos, golpea».

Uno de ellos se desplomó sin conocimiento; fue preciso llevárselo de la arena tinta en sangre, y el rajá dejó escapar un largo suspiro de pesar, de tristeza de que aquello se hubiera terminado.

Luego se volvió hacia mí para conocer mi opinión. Yo estaba indignado, pero le felicité vivamente; y él ordenó al punto que me llevaran al Couch-Mahal (palacio del placer) donde me alojaría.

Atravesé los increíbles jardines que se encuentran en esos lugares y llegué a mi residencia.

Ese palacio, una verdadera joya situada en el extremo del parque real, sumerge totalmente en el lago sagrado de Vihara uno de los lados de sus muros. Era cuadrado, presentando en sus cuatro fachadas tres órdenes superpuestos de galerías columnadas divinamente trabajadas. En cada uno de sus ángulos se alzaban unas torrecillas ligeras, altas o bajas, exentas o geminadas, de altura desigual y aspecto distinto, que se asemejaban mucho a unas flores naturales que hubieran crecido en esa graciosa planta de arquitectura oriental. Todas estaban rematadas de unos tejados extraños, parecidos a coquetos tocados.

En el centro del edificio, se elevaba una imponente cúpula coronada de un delicioso y delgado campanario calado, cuya forma alargada y redondeada semejaba un pecho de mármol blanco proyectado hacia el cielo.

Y todo el monumento, de arriba abajo, estaba recubierto de esculturas, exquisitos arabescos que embriagaban la mirada, inmóviles procesiones de delicados personajes que con sus actitudes y gestos pétreos narraban usos y costumbres de la India.

Las habitaciones recibían luz de las ventanas de arcos denticulados, que daban a los jardines. Ónices, lapislázulis y ágatas formaban graciosos ramilletes de flores en el suelo de mármol.

Apenas si había tenido tiempo de acabar de asearme cuando un dignatario de la corte, Haribadada, encargado especialmente de las comunicaciones entre el príncipe y yo, me anunció la visita de su soberano.

Y apareció el rajá de color azafranado, me estrechó de nuevo la mano y se puso a contarme mil cosas, preguntándome sin cesar mi opinión, lo cual me creaba mucha incomodidad. Luego quiso enseñarme las ruinas del palacio antiguo, en el otro

extremo de los jardines.

Era éste un verdadero bosque de piedras, que habitaba un pueblo de grandes simios. Al acercarnos, los machos se echaron a correr por sobre los muros haciéndonos horribles muecas, y las hembras se largaban, mostrando su trasero pelado y llevándose a sus crías en brazos. El rey reía como loco, dándome pellizcos en un hombro para testimoniarme su disfrute, y se sentó en medio de los escombros, mientras, a nuestro alrededor, agazapados en lo alto de las murallas, encaramados en todos los salientes, una pequeña multitud de animales de grises patillas nos sacaban la lengua y nos enseñaban el puño.

Cuando se hubo cansado de tal espectáculo, el soberano de amarillo se levantó y se puso de nuevo en camino con aire serio, llevándome en todo momento a su lado, feliz de haberme mostrado semejantes cosas el mismo día de mi llegada, y recordándome que al día siguiente tendría lugar una gran partida de caza del tigre en mi honor.

Fui a aquella partida de caza, y a una segunda, a una tercera, a diez, a veinte seguidas. Cazamos alternativamente todas las especies de animales que existen en aquel país: la pantera, el oso, el elefante, el antílope, el hipopótamo, el cocodrilo, qué sé yo, al menos la mitad de los animales de la Creación. Estaba agotado, asqueado de ver correr tanta sangre, cansado de esas diversiones siempre las mismas.

Por fin el entusiasmo del príncipe se aplacó y, tras insistentes ruegos, me dejó un poco de tiempo para trabajar. Ahora se limitaba a cubrirme de regalos. Me mandaba joyas, telas preciosas, animales amaestrados, que Haribadada me ofrecía aparentemente con un gran respeto, como si yo hubiera sido el mismo sol, por más que en el fondo sintiera un gran desprecio por mí.

Cada día un desfile de servidores me traía en bandejas tapadas una ración de cada unos de los manjares de la comida real; y cada día debía yo aparecer y sentir un inmenso placer en la nueva diversión organizada en mi honor: danzas de bayaderas, juegos malabares, revistas militares, todo lo que podía ocurrírsele a ese rajá hospitalario, pero agobiante, para mostrarme su maravillosa patria en toda su fascinación y en todo su esplendor.

En cuanto me dejaba un poco solo, yo trabajaba, o me iba a ver a los monos, cuya compañía me gustaba muchísimo más que la del rey.

Una noche, de vuelta de mi paseo, me encontré al solemne Haribadada ante la puerta de mi palacio; con frases misteriosas me anunció que me esperaba en mi habitación un regalo del soberano y me presentó excusas de su amo por no haber pensado antes en ofrecerme algo de lo que debía sentirme yo privado.

Tras este oscuro discurso, el embajador hizo una reverencia y desapareció.

Entré y vi, alineadas contra la pared por orden de estatura, a seis chiquillas juntas, inmóviles, semejantes a una sarta de eperlanos. Tendría la mayor a lo sumo ocho años

y la más joven seis. Al principio no comprendí muy bien qué hacía aquel colegio instalado en mis aposentos, pero luego intuí la atención delicada del príncipe: era un harén lo que me regalaba. Por un exceso de celo lo había escogido muy joven. Pues cuanto más verde es la fruta, más apreciada es allí.

Hecho un mar de confusión, incomodidad y vergüenza, permanecí delante de todas aquellas niñas que tenían puestos en mí sus ojazos de mirada seria y que ya parecían saber lo que yo podía exigir de ellas.

Yo no sabía qué decirles. Hubiera querido devolverlas, pero no se puede devolver un presente real: hubiera sido una ofensa mortal. Debía por tanto conservar conmigo e instalar en mi palacio a aquel rebaño de niñas.

No se movían, sin dejar de mirarme un solo instante, esperando una orden mía, tratando de leer en mi mirada lo que pensaba. ¡Oh!, el maldito regalo. ¡Qué incordio! Por fin, sintiéndome ridículo, pregunté a la mayor de ellas:

—¿Cómo te llamas?

Ella respondió:

—Châli.

Aquella niña de piel tan bonita, algo amarillenta, como de marfil, era una maravilla, una estatua, con su rostro de facciones alargadas y acusadas.

Dije yo entonces para ver qué podía ella responder, acaso para incomodarla:

—¿Qué haces aquí?

Me dijo con su voz dulce y armoniosa:

—He venido para hacer lo que te plazca exigir de mí, mi señor.

La chiquilla estaba bien enseñada.

Y le hice la misma pregunta a la más pequeña, que articuló claramente con su voz más frágil:

—Estoy aquí para lo que gustes mandar, mi señor.

Tenía un aspecto de ratoncillo y era absolutamente encantadora. La alcé en mis brazos y le di un beso. Las otras hicieron un amago como de retirarse, pensando sin duda que acababa de indicar cuál era mi elección, pero les ordené que se quedaran, y, sentándome a la india, les hice sentarse a su vez, en círculo, en torno a mí, y luego me puse a contarles una historia de genios, pues hablaba pasablemente su lengua.

Ellas escuchaban con la máxima atención, estremeciéndose con los detalles maravillosos, temblando de angustia, agitando sus manos. Las pobres pequeñas ya no pensaban en el motivo que las había traído allí.

En cuanto hube terminado mi cuento, llamé a mi servidor de confianza, Latchmân, y le hice traer golosinas, mermeladas y dulces, que ellas se comieron hasta ponerse enfermas; y luego, como empezaba a encontrar divertida aquella aventura, me inventé varios juegos para divertir a mis mujeres.

Una sobre todo de estas diversiones tuvo un enorme éxito. Abierto de piernas,

hacía yo el puente y ellas pasaban por debajo a la carrera, con la más pequeña abriendo la marcha y la mayor golpeándome siempre un poco, porque no agachaba lo suficiente la cabeza, lo cual provocaba en ellas carcajadas ensordecedoras, y sus voces ruidosas, resonando bajo las bóvedas bajas de mi suntuoso palacio, lo despertaban, lo llenaban de una alegría infantil, lo poblaban de vida.

Luego me tomé mucho interés en acomodarlas en el dormitorio común, donde se acostarían mis inocentes concubinas. Por último las encerré dentro, bajo la custodia de las cuatro doncellas que me había mandado el príncipe para que se ocupasen de mis sultanas.

Durante ocho días me divertí muchísimo haciendo de papá de aquellas muñecas. Nos lo pasábamos en grande jugando al escondite, al pillapilla y al adivina quién te dio, juegos que las hacían delirar de felicidad, pues yo cada día les descubría uno de esos juegos desconocidos, tan llenos de interés.

Mi morada se había convertido en una escuela. Y mis amiguitas, vestidas con sedas preciosas, telas recamadas de oro y de plata, corrían como bestezuelas humanas a través de las largas galerías y los tranquilos salones adonde llegaba, a través de los arcos, una tenue luz.

Luego, una noche, no sé cómo ocurrió, la mayor de ellas, la llamada Châli y que se parecía a una estatuilla de viejo marfil, se convirtió en mi mujer de verdad.

Era una adorable criaturita, dulce, tímida y alegre, que pronto me amó con un afecto ardiente y a la que yo amé, extrañamente, con vergüenza e indecisión, con una especie de temor a la justicia europea, con reservas y escrúpulos y, sin embargo, con una apasionada ternura sensual. La quería como un padre y la acariciaba como un hombre.

Dicho sea con perdón, señoras.

Las otras continuaban jugando en aquel palacio, parecidas a una cuadrilla de jóvenes gatitas.

Châli no me dejaba ya, salvo cuando iba yo al palacio del príncipe.

Pasábamos juntos horas deliciosas en las ruinas del viejo palacio, en medio de los monos que se habían convertido en nuestros amigos.

Ella se recostaba en mis rodillas y se quedaba inmóvil rumiando quién sabe qué pensamientos en su cabecita de esfinge, o acaso sin pensar en nada, pero siempre en la hermosa y seductora actitud de esos pueblos nobles y soñadores, la actitud hierática de las estatuas sagradas.

Yo había traído en una gran bandeja de cobre provisiones, pasteles, fruta. Y las monas se acercaban poquito a poco, seguidas de sus crías más tímidas, para sentarse a continuación en círculo en torno a nosotros, sin atreverse a acercarse más, en espera de que hiciera yo el reparto de las golosinas.

Entonces, casi siempre, un macho más atrevido venía hacia mí poniendo la mano

como un mendigo; y yo le daba algún bocado que él llevaba enseguida a su hembra. Y todas las demás monas empezaban a lanzar chillidos furiosos, de celos y de ira, y no me quedaba más remedio que dar a cada una su parte para que cesara aquel endiablado alboroto.

Como me encontraba muy bien en aquellas ruinas, me llevé allí mis útiles de trabajo. Pero apenas vieron los monos el cobre de los aparatos de precisión creyeron que se trataba de unos instrumentos mortíferos y huyeron por todas partes chillando como condenados.

También pasaba a menudo mis veladas con Châli en una de las galerías exteriores que dominaba el lago de Vihara. Contemplábamos, sin despegar los labios, la refulgente luna que alumbraba en lo alto del cielo lanzando sobre el agua un trémulo manto de plata y, allá, en la orilla opuesta, la fila de pequeñas pagodas, semejantes a graciosas setas que hubieran crecido al borde del agua. Y tomando entre mis manos la carita seria de mi jovencísima amante, besaba lenta, largamente, su frente tersa, sus ojos colmados del secreto de aquella tierra antigua y fabulosa, y sus labios calmos que se abrían a mi caricia. Y sentía una sensación confusa, intensa y sobre todo poética, la sensación de poseer, en aquella chiquilla, a toda una raza, la bella raza misteriosa de la que se dice han salido todas las demás.

Mientras tanto el príncipe seguía colmándome de presentes.

Un día me mandó un objeto insólito, que provocó la admiración apasionada de Châli. No era más que una cajita de conchas, una de esas cajitas de cartón recubiertas de conchas que en Francia habría podido costar a lo sumo cuarenta sueldos, mientras que allí era algo de un valor inapreciable. Sin duda, era la primera de aquel tipo que había entrado en el reino.

La puse sobre un mueble y allí la dejé, sonriéndome de la importancia que se daba a aquella fea chuchería de bazar.

Pero Châli no se cansaba de examinarla, de admirarla, llena de respeto y de éxtasis. Me preguntaba de vez en cuando: «¿Me permites que la toque?». Y, cuando le autorizaba a hacerlo, levantaba la tapa, la volvía a cerrar con grandes precauciones, acariciaba con sus finos dedos, muy suavemente, el recubrimiento de conchitas, y parecía sentir, gracias a ese contacto, un goce delicioso que la conmovía.

Pero yo había terminado mis trabajos y tenía que regresar. Me costó mucho tiempo decidirme, retenido ahora por mi cariño hacia mi joven amiga. Finalmente, tuve que tomar una determinación.

El príncipe, desconsolado, organizó nuevas partidas de caza, nuevos combates de luchadores; pero, tras quince días de estas diversiones, declaré que no podía seguir quedándome por más tiempo, y él me dejó en libertad.

La despedida de Châli fue desgarradora. Ella lloraba, recostada sobre mí, con la cabeza en mi pecho, totalmente sacudida por la tristeza. Yo no sabía qué hacer para

consolarla, mis besos no servían de nada.

De repente, tuve una idea, y, levantándome, fui a buscar la cajita de las conchas, que puse en sus manos. «Es para ti. Tuya es.»

La vi entonces sonreír de nuevo. Todo su rostro se iluminaba de una alegría interior, de esa honda alegría de los sueños imposibles hechos de repente realidad.

Y ella me besó apasionadamente.

No importa, lloró mucho no obstante en el momento del último adiós.

Repartí besos de padre y dulces a todo el resto de mis mujeres, y partí.

II

Pasaron dos años, luego los azares del servicio en la Marina me llevaron de nuevo a Bombay. Como consecuencia de una serie de circunstancias imprevistas, me fue confiada otra misión, dado mi conocimiento del país y de su lengua.

Terminé mis trabajos lo más rápidamente posible y, como todavía tenía tres meses por delante, quise ir a hacer una corta visita a mi amigo, el rey de Ganhara, y a mi querida mujercita Châli, a la que sin duda encontraría muy cambiada.

El rajá Maddan me recibió con muestras de frenética alegría. Hizo degollar delante de mí a tres gladiadores, y no me dejó solo ni un segundo durante el primer día de mi vuelta.

Finalmente, por la noche, encontrándome libre, mandé llamar a Haribadada y, tras muchas preguntas de diversa índole, para confundir su perspicacia, le pregunté:

—¿Qué ha sido de la pequeña Châli que me regaló el rajá?

Puso cara triste, de fastidio, y respondió con gran incomodidad:

—¡Mejor no hablar de ella!

—¿Y eso por qué? Era una mujercita amable.

—Tomó un mal camino, señor.

—Pero ¡cómo! ¿Châli? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Quiero decir que acabó mal.

—¿Que acabó mal? ¿Ha muerto?

—Sí, señor, cometió una fea acción.

Yo estaba muy agitado, me palpitaba con fuerza el corazón y sentía un nudo de angustia en la garganta.

Continué:

—¿Una fea acción? ¿Qué fue lo que hizo? ¿Qué le pasó?

Él, cada vez más incómodo, murmuró:

—Es mejor que no me lo pregunte.

—Sí, quiero saberlo.

—Era una ladrona.

—Pero ¡cómo! ¿Y qué robó?

—A usted, señor.

—¿A mí? ¿Y de qué modo?

—El mismo día de su partida le cogió la cajita que le había regalado el príncipe. La encontramos en su poder.

—¿Qué cajita?

—La cajita de las conchas.

—¡Pero si yo mismo se la regalé!

El indio levantó hacia mí unos ojos de mirada estupefacta y respondió:

—Sí, eso juró ella por lo más sagrado, que se la había dado usted. Pero no podíamos creer que hubiera dado a una esclava un presente del rey, por lo que el rey mandó castigarla.

—Castigarla, ¿cómo? ¿Qué le hicieron?

—Se la metió en un saco y fue arrojada al lago por esta ventana, señor, por la ventana de la habitación en que ahora nos encontramos, donde había cometido el hurto.

Me sentía embargado por el más atroz de los dolores que haya sentido nunca e hice una seña a Haribadada de que se fuera para que no me viera llorar.

Pasé la noche en la galería que domina el lago, en la galería donde tantas veces había tenido en mis rodillas a la pobre niña.

Y pensaba que el esqueleto de su hermoso cuerpecito descompuesto se encontraba allí abajo, dentro de un saco de tela atado con una cuerda, en el fondo de aquellas aguas negras que en otro tiempo contemplamos juntos.

Volví a partir al día siguiente, no obstante los ruegos y el gran disgusto del rajá.

Ahora estoy convencido de que nunca he amado a otra mujer, excepto a Châli.

EL BORRACHO*

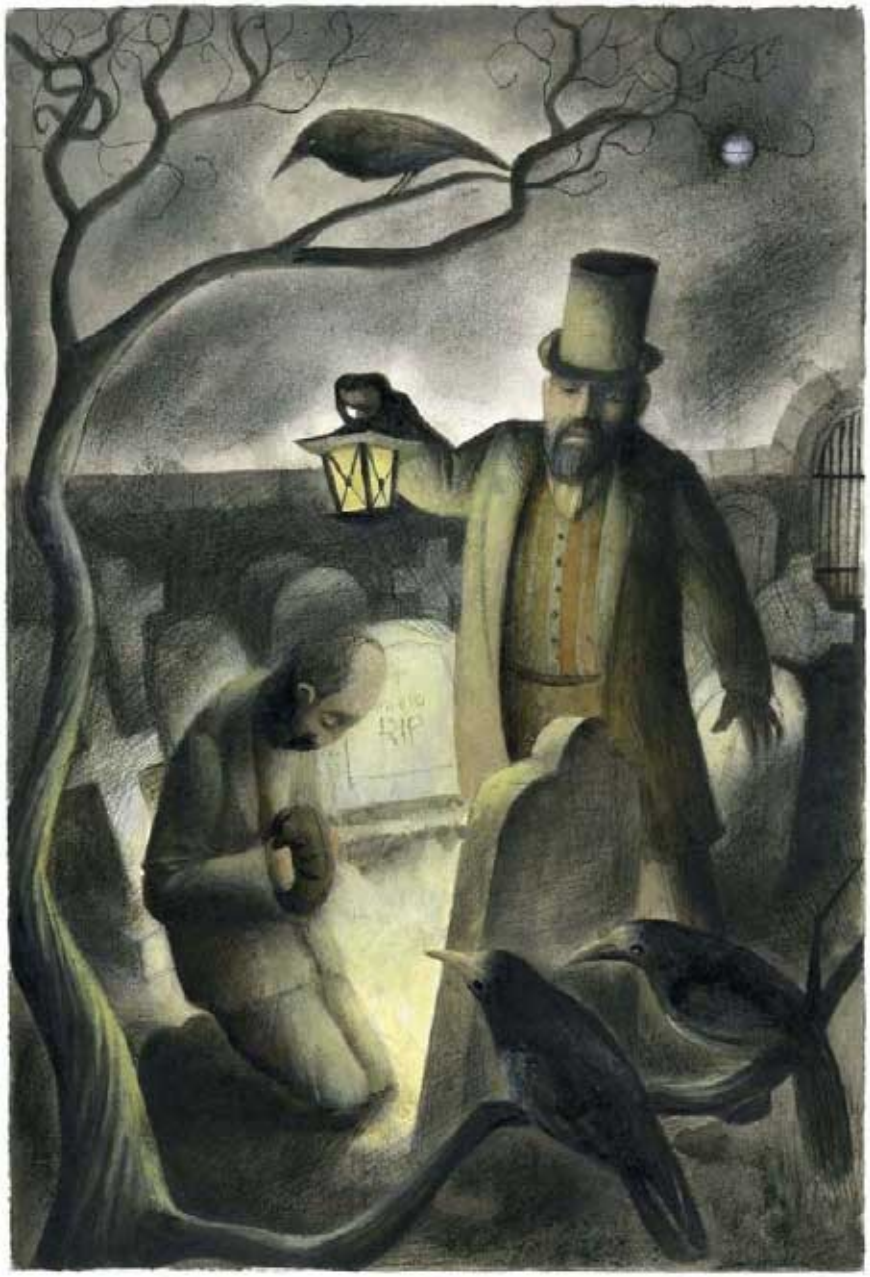
I

Soplaba un viento tempestuoso del norte que empujaba por el cielo unos nubarrones de invierno, pesados y negros, que descargaban a su paso sobre la tierra fuertes chaparrones.

El mar embravecido rugía y azotaba la costa, lanzando sobre la orilla unas enormes olas lentas y babosas que rompían con detonaciones de artillería. Llegaban muy despacio, una tras otra, altas como montañas, esparciendo por los aires, a rachas, la blanca espuma de sus frentes así como un sudor de monstruos.

El huracán se introducía en el pequeño valle de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo postigos, abatiendo chimeneas, desencadenando por las calles tales ventoleras que era imposible caminar si no era sujetándose a las paredes, y a los niños se los habrían llevado como si fueran hojas lanzándolos a los campos, más allá de las casas.

Las barcas de pesca habían sido jaladas hasta tierra por temor a que el mar fuera a barrer la playa durante la marea alta, y algunos marineros, ocultos tras la redonda panza de las embarcaciones tumbadas de costado, contemplaban esta ira del cielo y del agua.



Luego se iban yendo poco a poco, pues la noche caía sobre la tempestad, envolviendo de sombras el océano enloquecido y el estruendo de los elementos desencadenados.

Quedaban aún allí dos hombres, con las manos en los bolsillos, la espalda encorvada ante las ráfagas, la gorra de lana calada hasta los ojos, dos corpulentos pescadores normandos, con una hirsuta barba en collar, la piel tostada por las ráfagas salinas de la alta mar, de ojos azules picados de un puntito negro en medio, esos ojos penetrantes de los marinos capaces de ver hasta el confín del horizonte, como un ave de presa.

Uno de ellos decía:

—Vamos, larguémonos, Jérémie. Vayamos a matar el tiempo jugando una partida de dominó. Te invito.

El otro seguía dudando, tentado por el juego y el aguardiente, sabiendo

perfectamente que se emborracharía de nuevo si entraba en el café de Paumelle, y retenido también al pensar en su mujer, que se había quedado completamente sola en su tugurio.

Preguntó:

—Cualquiera diría que has apostado algo para emborracharme todas las noches. Dime, ¿qué sacas tú pagando siempre?

Y se reía al solo recuerdo de todo el aguardiente que se había tomado a costa del otro; se reía con esa risa satisfecha del normando que sabe aprovecharse.

Mathurin, su colega, le seguía tirando de un brazo.

—Vamos, Jérémie. No es una noche para volver sin algo caliente en el estómago. ¿Qué temes? ¿Es que no te calentará tu mujer la cama?

Jérémie respondió:

—La otra noche no conseguía encontrar la puerta. ¡Casi tuvieron que sacarme del arroyo de delante de casa!

Todavía le hacía reír aquel recuerdo de borracho, mientras iba despacito hacia el café de Paumelle, en cuyos cristales de las ventanas se veía luz; iba, tirado por Mathurin y empujado por el viento, incapaz de resistirse a aquellas dos fuerzas.

La sala baja estaba llena de pescadores, de humo y de gritos. Todos aquellos hombres, vestidos de lana, acodados en las mesas, vociferaban para hacerse oír. Cuantos más parroquianos entraban, más había que gritar en medio del vocerío y del golpear de fichas de dominó contra el mármol para hacer más ruido aún.

Jérémie y Mathurin fueron a sentarse en un rincón y dieron comienzo a la partida, y las copas desaparecían, una tras otra, en el fondo de sus gaznates.

Jugaron a continuación otras partidas, sin dejar de tomar más copas. Mathurin seguía llenándolas, mientras le guiñaba el ojo al cafetero, un gordo rojo como el fuego que se lo pasaba en grande, como si sólo él estuviera en el secreto de quién sabe qué broma; y Jérémie seguía empinando el codo, balanceaba la cabeza, lanzaba risas parecidas a rugidos mientras miraba a su compadre con aire idiotizado y contento.

Todos los parroquianos se iban yendo. Y, cada vez que uno abría la puerta de salida para irse, entraba en el café tal ventolera que hacía arremolinarse el denso humo de las pipas, oscilar las luces suspendidas de unas cadenillas y vacilar sus llamas; y de repente se oía la honda acometida de una ola que rompía y el bramido de la ventolina.

Con el cuello desabrochado, Jérémie adoptaba posturas de borracho, con una pierna estirada y un brazo pendulón; y con la otra mano sujetaba las fichas del dominó.

Ya no quedaban más que ellos dos con el cafetero, que se había acercado, lleno de interés.

Preguntó:

—¿Qué?, Jérémie, ¿cómo va por dentro? ¿Has conseguido refrescarte de tanto trincar?

Y Jérémie farfulló:

—¡Qué va, cuanto más baja, más seco tengo el gaznate!

El cafetero miraba a Mathurin con aire de astucia y le dijo:

—Mathurin, ¿dónde está tu hermano a estas horas?

El pescador rió silenciosamente:

—Calentito está él, pierde cuidado…

Los dos miraron a Jérémie, que, con aire triunfal, colocaba el seis doble, diciendo:

—Cierro.

Acabada la partida, el cafetero declaró:

—Muchachos, yo ya tengo ganas de meterme en el sobre. Os dejo una lámpara encendida y también la botella. Os costará veinte sueldos. Cierra la puerta de entrada, Mathurin, y deja la llave debajo del tejadillo, como la otra noche.

—Tú tranquilo. Entendido.

Paumelle chocó la mano a sus dos clientes rezagados y subió pesadamente la escalera de madera. Durante unos minutos, su paso pesado resonó en la casita; luego un fuerte crujido reveló que acababa de meterse en la cama.

Los dos hombres siguieron jugando; de vez en cuando, una rabiosa acometida del huracán sacudía la puerta, haciendo temblar las paredes, y los dos parroquianos alzaban la cabeza como si fuera a entrar alguien. Mathurin cogía acto seguido la botella y llenaba la copa de Jérémie. Pero de repente, el reloj suspendido sobre el mostrador dio las doce de la noche. Su ronco timbre hacía pensar en un choque de cacerolas, y sus toques vibraban largamente con una sonoridad de chatarra.

Enseguida Mathurin se levantó, como un marinero que ha terminado su turno de guardia.

—Vamos, Jérémie, hay que retirarse.

El otro se movió con más esfuerzo y recobró el equilibrio apoyándose en la mesa; luego llegó a la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la luz.

Cuando estuvieron en la calle, Mathurin cerró el establecimiento y dijo:

—Vamos, buenas noches, hasta mañana.

Y desapareció en las tinieblas.

II

Jérémie dio tres pasos, luego se tambaleó, extendió las manos, encontró una pared que le sostuvo de pie y echó a andar de nuevo trastabillando. A ratos, una ventolina, introduciéndose en el estrecho callejón, le lanzaba hacia delante, haciéndole correr

unos pasos; luego, cuando cesaba la violencia de la ráfaga, al no tener ya quien le empujase, se paraba en seco y empezaba a tambalearse de nuevo sobre sus caprichosas piernas de borracho.

Iba, instintivamente, hacia su casa, como los pájaros van a su nido. Por fin reconoció su puerta y buscó a tientas la cerradura para meter la llave. Pero no encontraba el ojo y juraba a media voz. Entonces se puso a llamar a su mujer dando fuertes puñetazos contra la puerta para que viniera en su ayuda.

—¡Mélina! ¡Eh, Mélina!

Como se apoyaba contra la hoja para no caerse, ésta cedió, se abrió, y Jérémie, perdiendo su apoyo, entró cayéndose, yendo a darse de bruces en medio de su casa, y sintió que algo pesado le pasaba por encima del cuerpo, perdiéndose luego en la noche.

Ya no se movía, atontado por el miedo, como loco, asustado por el diablo, por los aparecidos, por todas las cosas misteriosas que pueblan las tinieblas, y esperó largo rato sin osar moverse. Pero, como vio que nada se movía ya, recobró un poco la razón, la turbia razón de beodo.

Y se sentó lentamente. Esperó de nuevo un largo rato y, atreviéndose al fin, dijo:

—¡Mélina!

Su mujer no respondió.

Entonces, de repente, cruzó por su mente nublada una duda, una duda imprecisa, una vaga sospecha. No se movía; seguía allí, sentado en el suelo, en la oscuridad, buscando sus ideas, aferrándose a reflexiones incompletas y trastabilleantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

—¡Dime quién era, Mélina! ¡Dime quién era! ¡Que no te haré nada!

Esperó. No llegó de la oscuridad voz alguna. Entonces se puso a razonar en voz alta.

—¡Estoy bebido, verdaderamente bebido! ¡Ha sido él quien me ha puesto en este estado, ese granuja, ha sido él, para no dejarme volver! ¡Estoy bebido!

Y repetía:

—¡Dime quién era, Mélina, o haré una tontería!

Tras haber esperado de nuevo, continuaba, con una lógica lenta y obstinada de borracho:

—Ha sido él, ese zángano de Paumelle, quien me ha retenido en el café, lo mismo que las otras noches para no dejarme volver. Es su cómplice. ¡Ah, maldito!

Lentamente se puso de rodillas. Por dentro le crecía una ira sombría, mezclándose con los efluvios del aguardiente.

Repitió:

—¡Dime quién era, Mélina, o te atizo, estás avisada!

Ahora estaba de pie, temblando de una ira fulminante, como si el alcohol que tenía en el cuerpo se hubiera encendido en sus venas. Dio un paso, se golpeó contra una silla, la cogió, caminó de nuevo, encontró la cama, la palpó y sintió dentro el cuerpo caliente de su mujer.

Entonces, loco de rabia, gruñó:

—¡Ah, así que estás aquí, asquerosa, y no respondías!

Levantando la silla que sujetaba con sus robustas manos de marinero, la dejó caer con furia exasperada. Salió de la cama un grito desaforado, desgarrador. Entonces él comenzó a golpear como un trillador de cereales con una vara. Al cabo de poco no se movió ya nada. La silla estaba hecha pedazos, pero le quedaba en la mano una pata y con ella seguía golpeando, mientras jadeaba.

De repente se paró y preguntó:

—¿Me quieres decir ahora quién era?

Mélina no respondió.

Entonces, muerto de cansancio y anonadado por su violencia, se dejó caer en el suelo, se tumbó y se durmió.

Cuando se hizo de día un vecino, al ver la puerta abierta, entró. Vio a Jérémie roncando en el suelo, por donde había esparcidos los restos de una silla y, en la cama, una papilla de carne y de sangre.

LO HORRIBLE*

La noche tibia caía lentamente.

Las mujeres se habían quedado en el salón de la quinta. Los hombres, sentados o a horcajadas de las sillas del jardín, fumaban delante de la puerta, en torno a una mesa redonda llena de tazas y de copitas.

Sus puros brillaban cual ojos en la oscuridad que se adensaba minuto a minuto. Hablaban de una terrible desgracia ocurrida el día antes: dos hombres y tres mujeres se habían ahogado ante los ojos de los invitados, allí delante mismo, en el río.

El general de G*** dijo:

*

Sí, estas cosas son conmovedoras, pero no horribles.

Lo horrible, esa vieja palabra, quiere decir mucho más que terrible. Un accidente espantoso como éste conmueve, turba y trastorna, pero no hace perder la cabeza. Para alcanzar el horror no bastan las conmociones anímicas o el espectáculo de la muerte atroz; hace falta un escalofrío de misterio o bien una sensación de espanto anormal, contranatural. Un hombre que muere aunque sea del modo más dramático no causa horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre tampoco; es raro que los más viles delitos sean horribles.

Les pondré dos ejemplos personales que me permitieron comprender qué puede entenderse por «horror».

Fue durante la guerra de 1870. Nos estábamos retirando hacia Pont-Audemer, después de haber atravesado Ruán. El ejército, en torno a unos veinte mil hombres, veinte mil hombres en fuga, en desbandada, desmoralizados, agotados, se estaba replegando hacia Le Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Caía la noche. No habíamos comido nada desde la víspera. La gente huía rápido, pues los prusianos no estaban lejos.

Toda la campiña normanda, de un color cárdeno, manchada de las sombras de los árboles que rodeaban las alquerías, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

No se oía nada más, en el mortecino resplandor del crepúsculo, que un ruido confuso, impreciso y sin embargo desmedido de ganado en marcha, un pisotear sin límites, mezclado con un vago entrechocar de escudillas o de sables. Los hombres, encorvados, cargados de espaldas, sucios, a menudo incluso harapientos se arrastraban, se apresuraban en la nieve, con zancadas extenuadas.

La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas, pues helaba espantosamente aquella noche. A menudo se veía a un joven soldado de infantería quitarse sus botas para ir descalzo, de tanto como sufría calzado; y dejaba en cada huella un rastro de sangre. Al cabo de un poco se sentaba en el suelo para descansar unos momentos, y ya no volvía a levantarse. Cada hombre sentado era un hombre muerto.

¡A cuántos de nosotros habíamos dejado atrás, de esos pobres soldados agotados, que pensaban volver a partir inmediatamente después de haber estirado un poco sus rígidas piernas! Bastaba con que dejaran de moverse y de hacer circular por sus carnes gélidas su sangre casi inerte, para que un entorpecimiento invencible los inmovilizase, los clavase al suelo, cerrase sus ojos y, en un instante, paralizase aquella maquinaria humana agotada. Inclinaban apenas la frente sobre las rodillas, pero sin caer del todo, porque sus lomos y sus miembros se volvían rígidos, duros como madera, sin poder ya doblarse o enderezarse.

Los pocos robustos de entre nosotros seguíamos andando, ateridos hasta los tuétanos, avanzando por la fuerza de la inercia, en aquella noche, en aquella nieve, en aquella campiña helada y mortal, abrumados por la tristeza, la derrota, la desesperación y, sobre todo, agobiados por la espantosa sensación del abandono, del fin, de la muerte, de la nada.

Vi a dos gendarmes que sostenían por los brazos a un extraño hombrecillo, viejo, sin barba, de aspecto verdaderamente sorprendente.

Buscaban a un oficial, pues creían haber apresado a un espía.

La palabra «espía» corrió enseguida entre los rezagados, que formaron un corro en torno al prisionero. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarlo!». Y todos aquellos soldados que se caían del agotamiento, que se mantenían de pie sólo porque se apoyaban en sus fusiles, sintieron de repente ese estremecimiento de ira furiosa y bestial que empuja a las multitudes a la masacre.

Yo quise decir algo. Era por aquel entonces comandante de batallón; pero los jefes no eran ya reconocidos y me habrían fusilado también a mí.

Uno de los gendarmes me dijo:

«Hace tres días que nos viene detrás. Pedía a todos información sobre la artillería».

Traté de interrogar a aquel ser:

«¿Qué hace? ¿Qué quiere? ¿Por qué sigue al ejército?».

Él barbotó algunas palabras en un dialecto incomprensible.

Era en verdad un tipo extraño, estrecho de hombros, de mirar hipócrita y se le veía tan trastornado delante de mí que no dudé ya realmente de que se trataba de un espía. Parecía de edad avanzada y débil. Me miraba desde abajo, con aire humilde, estúpido y astuto.

Los hombres gritaban a nuestro alrededor:

«¡Al paredón!, ¡al paredón!».

Yo dije a los gendarmes:

«Ustedes son los responsables del prisionero…».

No había terminado de decirlo cuando un terrible empujón me derribó, y vi, en cuestión de segundos, a los enfurecidos soldados coger al hombre, tirarle al suelo, golpearle, arrastrarle hasta el borde del camino y echarlo contra un árbol. Cayó en la nieve, ya casi muerto.

Lo fusilaron enseguida, los soldados dispararon contra él, recargaban los fusiles para hacer fuego de nuevo con brutal encarnizamiento. Se peleaban para poder disparar, desfilaban por delante del cadáver sin dejar de tirotearle, como se desfila por delante de un ataúd para asperjar el agua bendita.

De pronto corrió una voz:

«¡Los prusianos!, ¡los prusianos!».

Y oí, en torno a mí, el inmenso ruido del ejército espantado, a la carrera.

El pánico, causado por esos disparos sobre el vagabundo, había aterrado a los mismos justicieros, los cuales, ignorantes de ser la causa del miedo, emprendieron la huida, desapareciendo en la oscuridad.

Yo me quedé solo delante del cuerpo con los dos gendarmes, a quienes el sentido del deber había retenido cerca de mí.

Levantaron aquella carne martirizada, molida y sanguinolenta.

«Hay que registrarlo», les dije.

Y les alargué una caja de cerillas que tenía en el bolsillo. Uno de los soldados alumbraba al otro. Yo estaba de pie entre ellos dos.

El soldado que sostenía el cuerpo dijo:

«Lleva una blusa azul, una camisa blanca, pantalón, un par de zapatos».

La primera cerilla se apagó; se encendió la segunda. El hombre siguió vaciando los bolsillos:

«Un cuchillo con el mango de cuerno, un pañuelo a cuadros, una tabaquera, un cordel, un mendrugo».

La segunda cerilla se apagó. Encendieron la tercera. Tras haber palpado un buen rato el cadáver, el gendarme declaró:

«Eso es todo».

Yo dije:

«Desvístanlo. Quizá encontremos algo adherido a su piel».

Y, para que los dos soldados pudieran actuar simultáneamente, me puse yo mismo a alumbrarlos. Les veía al súbito y fugaz resplandor de la cerilla quitar las prendas una a una, poner al descubierto esa masa sangrante de carne aún caliente y muerta.

Y de repente uno de ellos balbució:

«¡Por todos los santos, mi comandante, pero si es una mujer!».

No sabría deciros qué extraña y aguda sensación de angustia me encogió el corazón. No conseguía creérmelo y doblé la rodilla en la nieve, delante de esa informe papilla, para ver bien: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, estupefactos y desmoralizados, esperaban que yo diera una opinión.

Pero yo no sabía qué pensar, qué suponer.

Entonces el cabo dijo parsimoniosamente:

«Quizá venía buscando a su hijo que era soldado de artillería y del que no tenía noticias».

Y el otro respondió:

«Quizá sea eso».

Y yo, que había visto tantas cosas tremendas, me eché a llorar. Y delante de aquella muerta, en aquella noche glacial, en medio de aquella llanura negra, delante de aquel misterio, delante de aquella desconocida asesinada, comprendí qué quiere decir la palabra «horror».

La misma sensación la tuve el año pasado hablando con uno de los supervivientes de la expedición Flatters,[1] un fusilero argelino.

Ya conocen ustedes los detalles de ese drama atroz; pero quizá hay uno que ignoran.

El coronel andaba por el Sudán atravesando el desierto, en el inmenso territorio de los tuaregs, que son, en todo ese océano de arena que abarca del Atlántico a Egipto y del Sudán a Argelia, semejantes a piratas, comparables a quienes en otros tiempos asolaban los mares.

Los guías de la expedición eran de la tribu de los chambaa, de Uargla.

Ahora bien, un día se plantó el campamento en pleno desierto, y los árabes declararon que, estando la fuente aún un poco lejos, irían a buscar agua con todos los camellos.

Sólo un hombre previno al coronel de que sería traicionado; pero Flatters no se lo creyó y acompañó al convoy con los ingenieros, los médicos y casi todos sus oficiales.

Fueron masacrados en torno a la fuente, y todos los camellos capturados.

El capitán del puesto árabe de Uargla, que se había quedado en el campamento, asumió el mando de los supervivientes, *spahis*[2] y fusileros, y emprendieron la

retirada, abandonando bagajes y víveres, a falta de camellos para llevarlos.

Se pusieron, pues, en camino en esa soledad sin sombra y sin fin, bajo un sol implacable que los abrasaba de la mañana a la noche.

Una tribu vino a hacer acto de sumisión y trajo unos dátiles. Estaban envenenados. Casi todos los franceses murieron y, entre ellos, el último oficial.

No quedaban más que algunos *spahis*, entre quienes estaba el sargento Pobéguin, más unos fusileros indígenas de la tribu de los chambaa. Tenían aún dos camellos. Desaparecieron una noche con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que de ahí a poco tendrían que devorarse unos a otros y, tras haber descubierto la fuga de los dos hombres con las dos bestias, los restantes se separaron y comenzaron a caminar en fila por la blanda arena, bajo la intensa flama del cielo, a más de un tiro de fusil el uno del otro.

Avanzaban de este modo durante toda la jornada y, cuando llegaban a una fuente, se acercaban a beber uno por vez, tan pronto como el más cercano se había alejado a la misma distancia. Andaban así todo el día, levantando, en la árida y llana extensión, esas nubecillas de polvo que indican a distancia a aquellos que caminan por el desierto.

Pero una mañana uno de los viajeros cambió de improviso de dirección, yendo hacia su vecino. Todos se pararon a mirar.

El que veía venir a su encuentro al soldado hambriento no huyó; pero, echando cuerpo a tierra, le apuntó. Cuando le pareció que lo tenía a tiro, hizo fuego. El otro no fue alcanzado y siguió avanzando, luego alzó a su vez el fusil y mató de un disparo a su compañero.

Entonces, de toda la línea del horizonte, acudieron todos en busca de su parte. Y el que había matado, tras despedazar al muerto, lo distribuyó.

Se diseminaron de nuevo, esos aliados irreconciliables, hasta el próximo asesinato que los acercaría.

Durante dos días vivieron de esta carne humana compartida. Luego volvió el hambre, y el que había matado el primero mató de nuevo. Y de nuevo, como un carnicero, cortó el cadáver y se lo ofreció a sus compañeros, reservándose sólo una porción para él.

Y así continuó esta retirada de antropófagos.

El último francés, Pobéguin, fue masacrado al borde de un pozo, la víspera del día en que llegaron los socorros.

¿Comprenden ahora lo que yo entiendo por lo Horrible?

*

He aquí lo que nos contó, la otra noche, el general de G***.

LA CAMA 29*

Cuando el capitán Épivent pasaba por la calle, todas las mujeres volvían la cabeza. Tenía verdaderamente la estampa del apuesto oficial de húsares. Se daba siempre postín y se pavoneaba sin cesar, orgulloso y preocupado por sus muslos, su talle y su bigote. Magníficos eran, en efecto, su bigote, su talle y sus muslos. El primero era rubio, muy recio, y le caía marcialmente sobre el labio, formando un bonito abultamiento color trigueño, pero fino, cuidadosamente enrollado y que descendía a continuación por los lados de la boca en dos grandes chorros de pelos chulescos. Su talle era delgado como si llevara un corsé, y se ensanchaba en un vigoroso pecho viril, salido y modelado. Sus muslos eran admirables, unos muslos de gimnasta, de bailarín, cuya carne musculada dibujaba todos los movimientos bajo el ceñido paño del pantalón rojo.

Caminaba tensando las corvas y separando pies y brazos, con ese paso ligeramente balanceado de los jinetes, adecuado para dar resalte a piernas y torso, de tanto efecto para quien va de uniforme como insignificante para quien va de paisano.

Como muchos oficiales, el capitán Épivent no sabía llevar el traje de paisano. Con un traje de tela negra o gris parecía el dependiente de una tienda. Pero, en uniforme, triunfaba. Tenía, por otra parte, una hermosa cabeza, la nariz delgada y aquilina, los ojos azules, la frente estrecha. Por desgracia, era calvo, sin que nunca hubiera podido comprender por qué se le había caído el cabello. Pero se consolaba al comprobar que, con unos grandes bigotes, un cráneo un poco pelón no estaba nada mal.

Menospreciaba a todo el mundo en general, pero en su desprecio había muchos grados.

En primer lugar, los burgueses no existían para él. Les miraba, tal como se mira a los animales, sin concederles más atención de la que se concede a los jilgueros o a las gallinas. Sólo los oficiales contaban en el mundo, pero no tenía en la misma estima a todos ellos. En suma, no respetaba más que a los hombres de buena planta, pues la verdadera, la única cualidad del militar debía ser la prestancia. Un soldado era un buen mozo, ¡qué diablos!, un buen mozo de verdad nacido para hacer la guerra y el amor, un hombre de voluntad férrea, de pelo en pecho, nada más. Clasificaba a los generales del ejército francés en razón de su estatura, de su uniforme y del aspecto

poco atractivo de su rostro. Bourbaki[1] le parecía el más grande hombre de guerra de los tiempos modernos.

Se reía mucho de los oficiales de infantería que son retacos y resoplan al andar, pero tenía sobre todo una invencible falta de estima rayana en la repugnancia por los pobres alfeñiques salidos de la academia militar, esos hombrecillos enjutos con gafas, torpes y desmañados, que parecen tan hechos para el uniforme como un conejo para decir misa, afirmaba. Se indignaba cuando se toleraba en el ejército a esos abortos de piernas enclenques que andan como cangrejos, que no beben, que comen poco y que parecen preferir las ecuaciones a las buenas mozas.

El capitán Épivent tenía éxitos constantes, triunfos con el bello sexo.

Cuantas veces cenaba en compañía de una mujer, daba por descontado que acabarían la noche en la intimidad, sobre el mismo colchón, y, si unos obstáculos insuperables impedían su victoria la misma noche, estaba seguro al menos de la «siguiente». Sus camaradas no gustaban de presentarle a sus amantes, y los comerciantes, que tenían guapas mujeres en el mostrador de sus tiendas, le conocían, le temían y le odiaban de todo corazón.

Cuando pasaba, la mujer del tendero intercambiaba con él, a pesar suyo, una mirada a través de los cristales del escaparate; una de esas miradas que valen más que las palabras tiernas, que llevan en sí una llamada y una respuesta, un deseo y una confesión. Y el marido, advertido por una especie de instinto, se daba la vuelta de golpe, echaba una mirada furiosa hacia la figura orgullosa y modelada del oficial. Y una vez que había pasado el capitán, sonriendo y contento de su efecto, el comerciante, desplazando con mano nerviosa los objetos expuestos delante de él, manifestaba:

—Ahí tenéis a un gran pavo real. ¿Cuándo dejarán de alimentar a todos estos inútiles que no hacen sino arrastrar su chatarrería por las calles? Yo prefiero mil veces un carnicero a un soldado. Si tiene sangre en su mandil, al menos es sangre de animal, y sirve para algo; y el cuchillo que lleva no está destinado a matar a ningún hombre. No entiendo cómo se tolera que estos asesinos públicos exhiban sus instrumentos de muerte por los paseos. Ya sé que son necesarios, pero podrían al menos esconderlos, y que no los vistieran como para una mascarada con esos pantalones rojos y esas casacas azules. No hay que vestir a un verdugo de general, ¿o no?

La mujer, sin responder, se encogía imperceptiblemente de hombros, mientras el marido, adivinando el gesto sin verlo, exclamaba:

—Hay que ser necio para ir a ver pavonearse a semejantes presuntuosos.

La reputación de conquistador del capitán Épivent estaba, por otra parte, establecida en todo el ejército francés.

Ahora bien, en 1868, su regimiento, el 102.º de húsares, fue de guarnición a Ruán.

Pronto fue conocido en la ciudad. Aparecía todas las tardes, a eso de las cinco, en el paseo Boieldieu, para tomar un ajenjo en el Café de la Comédie, pero, antes de entrar en el establecimiento, procuraba darse una vuelta por el paseo para exhibir sus muslos, su talle y su bigote.

Los comerciantes ruaneses que también se paseaban con las manos tras la espalda, preocupados por sus negocios y hablando de las subidas y bajadas de los precios, le echaban sin embargo una mirada y murmuraban:

—Caramba, qué buena planta tiene este hombre…

Luego, cuando supieron quién era, añadían:

—¡Vaya, pero si es el capitán Épivent! ¡Es cierto que es un buen mozo!

Las mujeres, al encontrárselo, hacían un curioso movimiento de cabeza, una especie de estremecimiento de pudor, como si se hubieran sentido débiles o desnudas ante él. Bajaban un poco la cabeza con una sombra de sonrisa en los labios, un deseo de que las encontrara fascinantes y de recibir una mirada suya. Cuando se paseaba con un camarada, éste no dejaba nunca de murmurar con unos envidiosos celos, cada vez que veía repetirse el mismo flirteo:

—¡Menuda suerte que tiene, diablos, este Épivent!

Había, entre las mantenidas de la ciudad, una pugna, una competencia, para ver quién se lo llevaba. Iban todas, a las cinco, la hora de los oficiales, al paseo Boieldieu, arrastrando sus faldas, de dos en dos, de un extremo al otro del paseo, mientras, también de dos en dos, tenientes, capitanes y comandantes arrastraban sus sables por la acera antes de entrar en el café.

Ahora bien, una tarde, la bella Irma, la amante, decían, del señor Templier-Papon, el rico industrial, hizo parar su coche enfrente de la Comédie, y, tras bajar, fingió ir a comprar papel o a encargar unas tarjetas de visita al impresor, el señor Paulard, para pasar por delante de las mesitas de los oficiales y lanzar al capitán Épivent una mirada que significaba: «Cuando usted quiera…», de un modo tan inequívoco que el coronel Prune, que estaba tomándose un licor verde con su teniente coronel, no pudo dejar de rezongar:

—¡Qué condenado! ¡Menuda suerte que tiene este bribón!

La frase del coronel fue repetida; y el capitán Épivent, emocionado por esta aprobación superior, pasó al día siguiente, en uniforme de gala, y varias veces seguidas, por debajo de las ventanas de la hermosa.

Ella lo vio, se mostró, sonrió.

Esa misma noche era su amante.

Se exhibieron, dieron el espectáculo, se comprometieron mutuamente, orgullosos ambos de semejante aventura.

Mucho se comentaban en la ciudad los amores de la bella Irma con el oficial. Sólo el señor Templier-Papon los ignoraba.

El capitán estaba radiante de gloria; y repetía en todo momento: «Irma acaba de decirme…», «Irma me decía esta noche…», «Ayer, cenando con Irma…».

Durante más de un año, paseó, ostentó, desplegó en Ruán este amor, como una bandera arrebatada al enemigo. Se sentía crecido por esta conquista, envidiado, más seguro del porvenir, más seguro de la cruz tan deseada, pues todo el mundo tenía los ojos puestos en él, y basta con estar en primer plano de la actualidad para no ser olvidado.

Pero he aquí que estalló la guerra y el regimiento del capitán fue uno de los primeros en ser mandado a la frontera. La despedida fue penosa. Duró una noche entera.

Sable, pantalón rojo, quepis, dormán caídos del respaldo de una silla al suelo; las faldas, las enaguas, las medias de seda desparramadas, también caídas, mezcladas con el uniforme, sobre la alfombra, la habitación puesta patas arriba como después de una batalla. Irma, enloquecida, con los cabellos alborotados, echaba desesperada los brazos al cuello del oficial, estrechándole y luego dejándole para rodar por el suelo, derribando muebles, arrancando los galones de los sillones, mordiendo sus patas, mientras que el capitán, muy conmovido, pero torpe para el consuelo, repetía:

—Irma, mi pequeña Irma, no hay nada que hacer, es mi deber.

Y de vez en cuando, con la yema del dedo, se secaba una lágrima que le había asomado en un ojo.

Se separaron al despuntar el día. Ella siguió en coche a su amante hasta la primera parada. Y, en el momento de la separación, le besó casi delante del mismo regimiento, lo que fue juzgado muy delicado, muy decoroso y muy apropiado, y sus compañeros fueron a darle la mano al capitán diciéndole:

—Dichoso de ti, esa pequeña tenía corazón.

Se veía en ello hasta algo de patriótico.

Durante la campaña, el regimiento fue sometido a dura prueba. El capitán tuvo un comportamiento heroico, recibió finalmente la cruz y, una vez terminada la guerra, volvió a la guarnición de Ruán.

Apenas hubo llegado, pidió noticias de Irma, pero nadie supo darle razón de ella.

Según algunos, se había entregado a una vida alegre con el Estado Mayor prusiano.

Según otros, había vuelto con sus padres, campesinos de la zona de Yvetot.

Mandó incluso a su ordenanza al pueblo para consultar el registro de defunciones: el nombre de su amante no figuraba en él.

Sintió una gran tristeza que exhibía. Atribuía su desventura al enemigo, culpando a los prusianos que habían ocupado Ruán de la desaparición de la joven, y decía:

—En la próxima guerra, esos bribones me las pagarán.

Ahora bien, una mañana, cuando entraba en el comedor de oficiales a la hora de

comer, un recadero, un viejo con blusón, tocado con una gorra de tela encerada, le entregó un sobre. Él lo abrió y leyó:

> Querido mío:
> Estoy en el hospital, muy enferma, pero que muy enferma. ¿No vendrías a verme? ¡Me gustaría tanto!
>
> *Irma*

El capitán se puso pálido, y declaró apiadado:

—Dios mío, la pobre. Voy a ir a verla inmediatamente después de comer.

Y durante todo el rato contó en la mesa de oficiales que Irma estaba en el hospital; pero que él la sacaría de allí, como que hay Dios. Todo era culpa de esos malditos prusianos. Debía de encontrarse sola, sin un centavo, hundida en la miseria, porque sin duda debían de haber saqueado su casa.

—¡Ah, los muy cerdos!

Todo el mundo estaba emocionado escuchándole.

Apenas hubo metido su servilleta enrollada en la anilla del servilletero, se levantó y, tras descolgar su sable del perchero, sacando pecho para parecer más delgado, se ciñó el cinturón y se encaminó a paso ligero hacia el hospital civil.

Pero en la puerta del edificio donde esperaba entrar inmediatamente se le impidió tajantemente el paso y hasta tuvo que ir a ver a su coronel, a quien le explicó su caso y del que consiguió unas palabras por escrito para el director.

Éste, tras haber hecho hacer antesala un buen rato al apuesto capitán, le entregó finalmente una autorización con un saludo frío y desaprobador.

Desde la misma puerta se sintió incómodo en aquel asilo de miseria, sufrimiento y muerte. Un mozo de servicio le guió.

Iba de puntillas, para no hacer ruido, por los largos corredores en los que flotaba un poco agradable olor a moho, a enfermedad y a medicamentos. Sólo un murmullo de voces turbaba a ratos el gran silencio del hospital.

A veces, por una puerta abierta, el capitán percibía un dormitorio común, una fila de camas con las sábanas realzadas por las formas de los cuerpos. Algunas convalecientes, sentadas en sillas a los pies de la cama, vestidas con un uniforme de tela gris y una cofia blanca, estaban cosiendo.

Su guía se detuvo de repente delante de una de esas galerías llenas de enfermos. Sobre la puerta se leía, en grandes caracteres: «Sifilíticas». Una enfermera estaba preparando un medicamento en una mesita de madera en la entrada.

—Lo llevaré —dijo ella—, está en la cama veintinueve.

Y echó a andar delante del oficial.

Luego le indicó una yacija.

—Allí es.

No se veía nada más que el abultamiento de las mantas. La cabeza misma estaba

escondida debajo de la sábana.

Por todas partes se alzaban de las camas rostros pálidos y asombrados que miraban el uniforme, rostros de mujeres jóvenes y viejas que parecían todas feas y vulgares en su modesta camisa del hospital.

El capitán, agitadísimo, llevando en una mano el sable y en la otra el quepis, murmuró:

—Irma…

Hubo un gran rebullicio en la cama y asomó el rostro de su amante, pero tan cambiado, fatigado y demacrado que no la reconocía.

Jadeando, con la respiración entrecortada por la emoción, dijo ella:

—¡Albert!… ¡Albert!… ¡Eres tú!… ¡Oh, qué bien…, qué bien!

Y se le inundaron de lágrimas los ojos.

La enfermera trajo una silla:

—Siéntese, señor…

Él se sentó y miró el rostro pálido, tan mísero de aquella joven a la que había dejado tan lozana y hermosa.

Dijo:

—¿Qué has tenido?

Ella respondió toda llorosa:

—Ya has visto lo que dice en la puerta.

Y ocultó sus ojos con el orillo de su sábana.

Él prosiguió, confuso y avergonzado:

—¿Cómo cogiste eso, mi pobre niña?

Ella murmuró:

—Fueron esos cerdos de los prusianos. Me forzaron y me contagiaron.

No encontraba nada más que añadir. Él la miraba y daba vueltas a su quepis sobre sus rodillas.

Las otras enfermas le miraban y él creía sentir un olor a podredumbre, olor a carne pasada y a infamia en aquel dormitorio común lleno de muchachas contagiadas por la innoble y terrible enfermedad.

Ella murmuraba:

—No creo que me salve. El médico dice que es muy grave.

Luego, viendo la cruz en el pecho del oficial, exclamó:

—¡Oh, te han condecorado, cuánto me alegro! ¡Cuánto me alegro! ¡Oh! ¡Si pudiera besarte!

Un escalofrío de miedo y de repugnancia recorrió la piel del capitán sólo de pensar en aquel beso.

Ahora tenía ganas de irse, de estar al aire libre, de no volver a ver a esa mujer. Sin embargo, permanecía allí, sin saber cómo hacer para levantarse, para decirle adiós.

Balbució:

—No te cuidaste.

Una llama cruzó por los ojos de Irma:

—¡No, quise vengarme, aun a costa de palmarla! Y también les contagié, a todos, a todos, a todos los que pude. Mientras estuvieron en Ruán no me cuidé.

Él declaró, con tono incómodo, en el que se traslucía un poco de alegría:

—En eso hiciste bien.

Ella dijo, animándose, con las mejillas encendidas:

—Oh, sí, morirá más de uno por mi culpa. Puedo decir que me vengué.

Él repitió:

—Hiciste bien.

Luego, levantándose, añadió:

—Ahora tengo que irme, porque a las cuatro tengo que ver al coronel.

Ella sintió una gran emoción:

—¿Ya, ya me dejas? ¡Oh, pero si acabas de llegar!…

Pero él quería irse a toda costa. Dijo:

—Ya ves que me he presentado enseguida; pero tengo que estar sin falta con el coronel a las cuatro.

Ella preguntó:

—¿Sigue siendo el coronel Prune?

—Sigue siendo él. Ha sido herido dos veces.

Ella prosiguió:

—¿Y ha habido muertos entre tus camaradas?

—Sí. Saint-Timon, Savagnat, Poli, Sapreval, Robert, De Courson, Pasafil, Santal, Caravan y Poivrin han muerto. Sahel ha perdido un brazo y Courvoisin ha acabado con una pierna rota, Paquet ha perdido el ojo derecho.

Ella escuchaba, llena de interés. Luego de repente balbució:

—Si quieres darme un beso, antes de dejarme, la señora Langlois no anda por aquí.

Y, a pesar del asco que le subía a los labios, los posó en aquella frente pálida, mientras ella, rodeándole con sus brazos, lanzaba besos enloquecidos sobre el paño azul de su dormán.

Ella prosiguió:

—Dime que volverás, que volverás. Prométeme que volverás.

—Sí, te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿Puedes el jueves?

—Sí, el jueves.

—El jueves a las dos.

—Sí, el jueves a las dos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Adiós, querido mío.

—Adiós.

Y se fue, avergonzado, ante las miradas de todo el dormitorio común, curvando su alta estatura para empequeñecerse; y cuando estuvo en la calle respiró.

Por la noche, sus camaradas le preguntaron:

—¿Cómo está Irma?

Él respondió con tono incómodo:

—Ha tenido una congestión pulmonar, está muy mal.

Pero un joven teniente, oliéndose algo en su expresión, fue a informarse y, al día siguiente, al entrar el capitán en el comedor de oficiales, fue recibido con una rechifla. Por fin se vengaban.

Además, se enteraron de que Irma se había ido de picos pardos como una loca con el Estado Mayor prusiano, que había recorrido la región a caballo con un coronel de húsares azules y también con muchos otros, y que, en Ruán, era conocida como la «mujer de los prusianos».

Durante ocho días el capitán fue la víctima del regimiento. Recibía, por la posta, notas reveladoras, prescripciones facultativas, indicaciones de médicos especialistas, incluso medicamentos cuya naturaleza venía escrita en el paquete.

Y el coronel, puesto al corriente de ello, declaró con tono severo:

—Bien, bien, el capitán tenía a una conocida de armas tomar. Le felicitaré por ello.

Al cabo de unos doce días fue llamado mediante una nueva carta de Irma. La abrió con rabia, y no le dio respuesta.

Ocho días más tarde, ella le escribió de nuevo que estaba muy mal y que quería decirle adiós.

Él tampoco le dio respuesta.

Tras unos días más, recibió la visita del capellán del hospital.

La joven Irma Pavolin, en su lecho de muerte, le suplicaba que fuese.

Él no se atrevió a negarse a seguir al capellán, pero entró en el hospital con el corazón henchido de un malvado rencor, de vanidad herida, de orgullo humillado.

Apenas si la encontró cambiada y pensó que se había burlado de él.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Quería decirte adiós. Parece que estoy en las últimas.

Él no le creyó.

—Escucha, has hecho que sea el hazmerreír del regimiento y no quiero que esto continúe.

Ella preguntó:

—¿Qué te he hecho yo?

Él se irritó de no tener nada que responder.

—¡No cuentes con que vuelva de nuevo aquí para que todo el mundo se mofe de mí!

Ella le miró con sus ojos de mirada apagada en los que se encendía un destello de cólera y repitió:

—¿Qué te he hecho yo? ¿Acaso no he sido amable contigo? ¿Acaso en alguna ocasión te he pedido algo? De no haber existido tú, me habría quedado con el señor Templier-Papon y hoy no me encontraría aquí. No sé si ves que si alguien tiene reproches que hacer, no eres tú precisamente.

Él prosiguió con tono vibrante:

—No te hago ningún reproche, pero no puedo seguir viniendo a verte, porque tu conducta con los prusianos fue la vergüenza de toda la ciudad.

Ella se sentó, de un impulso, en su cama:

—¿Mi conducta con los prusianos? Pero ya te dije que me forzaron y que si no me cuidé fue porque quise contagiarlos. De haber querido curarme, no habría sido difícil, ¡pues claro!, ¡pero quería matarlos y he matado a muchos!

Él permanecía de pie:

—De todos modos, es algo vergonzoso —dijo.

Ella tuvo una especie de ahogo, luego prosiguió:

—¿Qué es vergonzoso?, ¿el dejarme morir para exterminarlos? Di. ¡No hablabas así cuando venías a mi casa, a la rue Jeanne-d'Arc! ¡Ah, es algo vergonzoso! ¡No habrías hecho tú tanto con tu cruz de honor! ¡Más mérito tengo yo, pues, que tú, y he matado a más prusianos que tú!…

Él permanecía estupefacto delante de ella, temblando de indignación.

—¡Ah calla la boca…, ¿sabes?…, calla la boca…, porque… esas cosas… no permito… que se toquen…

Pero ella no le escuchaba:

—Y además, ¿qué daño les habéis hecho vosotros a los prusianos? ¡No habría ocurrido nada de todo esto si vosotros no les hubierais dejado entrar en Ruán! ¡Era vuestro deber pararles los pies, el vuestro! Y he hecho más yo, contra ellos, que tú, sí, he hecho más yo porque ahora estoy a punto de morir, mientras que tú te paseas luciendo tipo para engatusar a las mujeres…

En cada cama se había levantado una cabeza y todos los ojos miraban a aquel hombre en uniforme que balbuceaba:

—Calla la boca…, ¿sabes?…, calla la boca…

Pero ella no se callaba. Gritaba:

—¡Ah!, sí, eres un picaflor. Te conozco bien. Te conozco. Y te digo que les hice más daño yo que tú, y que maté más yo que todo tu regimiento junto…, vete, pues…,

¡capón!

Y él se fue, en efecto, huyendo, a grandes zancadas, pasando por entre las dos filas de camas donde se agitaban las sifilíticas. Y oía la voz jadeante, silbante de Irma, que le perseguía:

—Más que tú, sí, yo he matado más que tú, más que tú…

Bajó los escalones de cuatro en cuatro y corrió a encerrarse en su cuartel.

Al día siguiente, supo que ella había muerto.

LA DECLARACIÓN*

El sol de mediodía cae a plomo sobre los campos, que se extienden, ondulantes, entre los sotillos de las alquerías, y las distintas cosechas, el centeno en sazón y el trigo amarillento, la avena de un verde claro, el trébol de un verde oscuro, despliegan un gran manto estriado, movedizo y tierno sobre el vientre desnudo de la tierra.

En el fondo, en lo alto de una ondulación, alineada como unos soldados, una interminable sucesión de vacas, unas echadas, otras de pie, parpadean con sus grandes ojos bajo la luz abrasadora, rumian y pacen en un campo de trébol grande como un lago.

Y dos mujeres, madre e hija, van, contoneándose una delante de la otra, por un estrecho sendero encajonado entre las cosechas, hacia ese regimiento de animales.

Cada una lleva dos cubos de cinc mantenidos lejos del cuerpo por un aro de barrica; y el metal, a cada uno de sus pasos, despide una llama blanca y centelleante bajo el sol que lo hiere.

No hablan. Van a ordeñar las vacas. Llegan, dejan un cubo en el suelo y se acercan a las dos primeras bestias, haciéndolas levantarse de un puntapié dado con su zueco en un costado. El animal se endereza lentamente primero sobre sus patas delanteras, luego alza con más esfuerzo su ancha grupa, que parece entorpecida por la enorme ubre de carne rubia y colgante.

Y las dos Malivoire, madre e hija, de rodillas bajo el vientre de la vaca, tiran con un vivo movimiento manual del hinchado pezón, que arroja, a cada presión, un fino hilillo de leche dentro del cubo. La espuma algo amarillenta sube hasta los bordes y las mujeres van de animal en animal hasta el final de la larga fila.

Una vez que han terminado de ordeñar una, la desplazan, poniéndola a pacer en un trozo de hierba intacta.

Luego emprenden el camino de vuelta, más lentamente, más pesadas por la carga de leche, la madre delante, la hija detrás.

Pero ésta se para bruscamente, deja su carga, se sienta y se echa a llorar.

Malivoire madre, al no oírla ya caminar, vuelve la cabeza y se queda estupefacta.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

Y su hija, Céleste, una alta pelirroja de cabellos castigados por el sol, mejillas

tostadas, salpicadas de pecas como si, un día que se peinaba al sol, le hubiesen caído unas gotas de fuego en el rostro, murmuró lloriqueando como un niño castigado:

—¡No puedo llevar mi leche!

La madre la miraba con aire de sospecha. Repitió:

—¿Qué te pasa?

Céleste prosiguió, desfondada en el suelo entre sus dos cubos y escondiendo los ojos con su delantal:

—Me pesa demasiado. No puedo.

La madre, por tercera vez, prosiguió:

—Pero ¿qué te pasa?

Y la hija gimió:

—Creo que estoy preñada.

Y se puso a sollozar.

La vieja dejó a su vez su carga en el suelo, tan desconcertada que no sabía qué decir. Finalmente balbució:

—¿Que estás…, estás… preñada, desvergonzada?… ¿Y cómo es eso?

Los Malivoire eran granjeros ricos, gente pudiente, respetada, astuta y poderosa.

Céleste balbució:

—Mucho me temo que sí.

La madre, espantada, miraba a la hija postrada delante de ella y bañada en lágrimas. Al cabo de unos instantes, gritó:

—¡Así que estás preñada! ¡Así que estás preñada! ¿Y dónde fue, pelandusca?

Y Céleste, totalmente sacudida por la emoción, murmuró:

—Mucho me temo que fue en el coche de Polyte.

La vieja trataba de comprender, trataba de adivinar, trataba de saber quién había podido causar semejante desgracia a su hija. Si era un muchacho rico y de buena presencia, se vería de arreglar. Sería una desgracia, pero sólo hasta cierto punto, pues no era Céleste la primera a la que le ocurría una cosa así. Pero no por eso dejaba de estar contrariada, por el qué dirán y su posición.

Prosiguió:

—¿Y quién ha sido el que te lo ha hecho, pelandusca?

Céleste, decidida ya a hablar, balbució:

—Creo que fue Polyte.

Entonces Malivoire madre, loca de ira, se lanzó sobre su hija golpeándola con tanta furia que su toca salió volando.

Le propinaba grandes puñetazos en la cabeza, en la espalda, por todas partes; y Céleste, tumbada entre los dos cubos que la protegían un poco, se limitaba a cubrirse el rostro con las manos.

Todas las vacas, sorprendidas, habían dejado de pastar y se habían vuelto para

mirar con sus grandes ojos. La última mugió, con el morro apuntando hacia las dos mujeres.

Tras haberle pegado hasta quedar sin aliento, Malivoire madre paró, jadeando, y, tras calmarse un poco, quiso hacerse una idea precisa de lo sucedido:

—¡Polyte! ¡No es posible, Dios mío! ¿Cómo has podido con ese cochero de diligencia? ¿Es que perdiste la cabeza? ¡Debe de haberte echado mal de ojo, a buen seguro que sí, ese zopenco!

Y Céleste, que seguía tumbada en el suelo, murmuró en el polvo:

—¡No pagaba la carrera!

Y la vieja normanda comprendió.

*

Todas las semanas, los miércoles y los sábados, Céleste iba a llevar al pueblo los productos de la granja, la volatería, la nata y los huevos.

Salía a las siete con sus dos grandes cestas en los brazos, los productos lácteos en una, los pollos en la otra; e iba a esperar en la carretera general el coche de posta de Yvetot.

Dejaba en el suelo su mercancía y se sentaba en la cuneta, mientras los pollos de pico corto y puntiagudo, y los patos de pico largo y chato, pasando la cabeza por entre los mimbres, miraban con sus ojos redondos de mirada estúpida y sorprendida.

Pronto llegaba la galera, especie de cofre amarillo cubierto con una capota de cuero negro, sacudiendo su trasera al trote brusco de una yegua blanca.

Y el cochero Polyte, un gordo muchacho jovial, panzudo pese a su juventud, y tan cocido por el sol, tostado por el viento, calado por los chaparrones y colorado por el aguardiente, que tenía el cuello y la cara de color ladrillo, gritaba de lejos, haciendo restallar el látigo:

—Buenos días, señorita Céleste, ¿cómo estamos?

Ella le alargaba, una tras otra, sus cestas que él colocaba ordenadamente en la imperial; luego subía levantando alto la pierna para alcanzar el estribo, enseñando una robusta pantorrilla embutida en una media azul.

Y cada vez Polyte repetía la misma broma:

—¡Caramba, no ha adelgazado usted!

Y ella reía, encontrándolo gracioso.

Luego él lanzaba un «vamos, bonita», que ponía de nuevo en marcha a su jamelgo. En ese momento Céleste, cogiendo el monedero de dentro de su bolsillo, sacaba calmosamente diez sueldos, seis sueldos por ella y cuatro por las cestas, y se los entregaba a Polyte por encima del hombro. Él los cogía diciendo:

—Entonces, ¿tampoco hoy hay revolcón?

Y se reía alegremente, volviéndose para mirarla mejor.

Mucho le costaba tener que soltar cada vez ese medio franco por tres kilómetros de camino. Y cuando no tenía suelto ni un sueldo, sufría aún más, costándole horrores entregar una pieza de plata.

Hasta que un día, al ir a pagar, ella dijo:

—A una buena clienta como yo, no debería cobrarle más que seis sueldos.

Él se echó a reír:

—Bonita, vale usted más de seis sueldos, eso sin duda.

Ella insistía:

—Eso supone por lo menos dos francos al mes.

Él exclamó al tiempo que daba un zurriagazo a su yegua:

—Bueno, seré comprensivo: viaje gratis a cambio de un revolcón.

Ella preguntó con aire ingenuo:

—¿Qué dice usted?

Él se divertía tanto que tosía a fuerza de reír.

—Un revolcón es un revolcón, ¡por Dios!, darse un meneo entre un hombre y una mujer, tracatrá pero sin música.

Ella comprendió, enrojeció y declaró:

—Yo no me dedico a estos juegos, señor Polyte.

Pero él no se intimidó y, cada vez más divertido, repetía:

—¡Ya vería, guapetona, lo bien que se lo iba a pasar con un revolcón!

Y, desde entonces, cada vez que ella le pagaba, él solía preguntar:

—¿Todavía no hay revolcón?

Ahora ella bromeaba también sobre el particular y respondía:

—¡Hoy no, señor Polyte, pero el sábado seguro!

Y él exclamaba sin dejar de reír:

—Conforme, para el sábado, pues, bonita.

Pero ella había calculado que, en los dos años transcurridos, le había pagado a Polyte nada menos que cuarenta y ocho francos, y en el campo cuarenta y ocho francos son muchos francos. Luego había calculado también que en otros dos años llegaría casi a los cien francos.

El hecho es que un día, un día de primavera en que estaban solos, cuando él le preguntó como de costumbre:

—Entonces, ¿para cuándo ese revolcón?

Ella respondió:

—Cuando usted quiera, señor Polyte.

Él no se asombró en absoluto y, abatiendo el asiento trasero al tiempo que murmuraba feliz, dijo:

—Ya era hora… Ya sabía que llegaríamos a esto.

Y el viejo caballo blanco se puso a trotar con paso tan suave que parecía bailar en el sitio, sordo a la voz que gritaba a veces desde el fondo del coche:

—Vamos, muñeca, vamos.

Tres meses más tarde Céleste se dio cuenta de que estaba preñada.

*

Así se lo contó a su madre, con voz lloriqueante; y la vieja, pálida de furor, preguntó:

—¿Cuánto le sacaste en total?

Céleste respondió:

—En cuatro meses… son ocho francos.

Entonces la rabia de la campesina se desencadenó sin freno y, abalanzándose de nuevo sobre su hija, la volvió a golpear hasta quedar sin aliento. Luego, incorporándose, dijo:

—¿Le has dicho que estás preñada?

—¡Por supuesto que no!

—¿Por qué no se lo has dicho?

—¡Porque si no ése me habría hecho pagar de nuevo!

La vieja se quedó pensativa, luego, volviendo a coger los cubos, dijo:

—Vamos, levántate y trata de moverte.

Tras una pausa añadió:

—¡Y ni se te ocurra decir nada hasta que él no se dé cuenta; por lo menos ganaremos seis u ocho meses!

Céleste se levantó, bañada todavía en lágrimas, despeinada e hinchada, y reanudó el camino con paso pesado, murmurando:

—Por supuesto que no le diré nada.

LA DOTE*

Nadie se asombró de la boda del licenciado Simon Lebrument con la señorita Jeanne Cordier. El licenciado Lebrument acababa de comprar el despacho notarial del licenciado Papillon; hacía falta, por supuesto, dinero para pagarlo; y la señorita Jeanne Cordier contaba con trescientosmil francos líquidos, en billetes de banco y en títulos al portador.

El licenciado Lebrument era un buen mozo, que tenía estilo, un estilo notarial, un estilo de provincias, pero estilo al fin y al cabo, lo que era raro en Boutigny-le-Rebours.

La señorita Cordier tenía gracia y lozanía, una gracia un tanto torpe y una lozanía un tanto desaliñada; pero era, en definitiva, una buena moza apetecible y digna de ser galanteada.

La boda puso patas arriba a Boutigny.

Los recién casados, personas muy admiradas, fueron a ocultar su felicidad en el domicilio conyugal, después de haber decidido hacer simplemente un corto viaje a París al cabo de unos pocos días de intimidad.

Fue una intimidad deliciosa. El licenciado Lebrument había sabido comportarse, en los primeros momentos de la relación con su mujer, con una habilidad, una delicadeza, un tacto notables. Había adoptado por divisa: «Las cosas de palacio van despacio». Supo ser al mismo tiempo paciente y enérgico. El éxito fue rápido y rotundo.

Al cabo de cuatro días, la señora Lebrument adoraba a su marido. No podía ya pasar sin él, tenía que tenerlo todo el santo día a su lado para acariciarlo y besarlo, para sobarle las manos, la barba, la nariz, etcétera. Se sentaba sobre sus rodillas, y, tomándole por las orejas, decía: «Abre la boca y cierra los ojos». Él abría la boca confiado, cerraba los ojos a medias y recibía un gran beso largo y cariñoso que le provocaba un escalofrío en el espinazo. Y por su parte él no tenía caricias suficientes, ni labios ni manos bastantes, ni bastante con toda su persona para festejar a su mujer de la mañana a la noche y de la noche a la mañana.

Pasada la primera semana, le dijo a su joven compañera:

—Si quieres, nos iremos a París el martes próximo. Haremos como los enamorados que no están casados, iremos a restaurantes, al teatro, a los cafés cantantes, a todas partes, a todas.

Ella daba saltos de alegría.

—¡Oh, sí, sí! Vayamos cuanto antes.

Él continuó:

—Y luego, como no hay que olvidar nada, avisa a tu padre para que tenga preparada la dote; me la llevaré y le pagaré de paso al licenciado Papillon.

Ella dijo:

—Ya se lo digo yo mañana por la mañana.

Y él la cogió entre sus brazos para volver a empezar sus juegos amorosos que tanto le gustaban a ella desde hacía ocho días.

El martes siguiente, los suegros acompañaron a la estación a su hija y a su yerno que partían para la capital.

El suegro decía:

—Os juro que es una imprudencia llevar tanto dinero encima.

Y el joven notario sonreía.

—No se preocupe, suegro, pues estoy acostumbrado a estas cosas. Como comprenderá, en mi profesión, tengo a veces que llevar encima cerca de un millón. Así nos evitamos un montón de formalidades y de demoras. No se preocupe por nada.

El empleado exclamaba:

—¡Viajeros a París, a sus coches!

Se precipitaron dentro del vagón donde se encontraban dos ancianas señoras.

Lebrument murmuró al oído de su mujer:

—Vaya incordio, no voy a poder fumar.

Ella respondió bajito:

—También a mí me fastidia, pero no debido a tu puro.

El tren pitó y partió. El trayecto duró una hora, durante la cual no dijeron gran cosa, pues las dos ancianas no dormían.

Apenas estuvieron en el vestíbulo de la Gare Saint-Lazare, Lebrument le dijo a su mujer:

—Si estás de acuerdo, antes iremos a comer a un bulevar y luego volveremos aquí con toda calma y cogeremos el equipaje para llevarlo al hotel.

Ella se mostró enseguida de acuerdo.

—Sí, vamos al restaurante. ¿Es lejos?

Él prosiguió:

—Sí, un poco, pero tomaremos el ómnibus.

Ella se asombró:

—¿Y por qué no cogemos un coche?

Él se puso a regañarla sonriendo:

—¿Es así como tú ahorras? Un coche por cinco minutos de carrera, a seis sueldos el minuto, no quieres privarte de nada.

—Es cierto —dijo ella un tanto avergonzada.

Pasaba un ómnibus, al trote de tres caballos. Lebrument exclamó:

—¡Conductor! ¡Eh, conductor!

El pesado vehículo se detuvo. Y el joven notario, empujando a su mujer, le dijo muy rápido:

—Sube dentro, que yo me voy arriba a fumarme al menos un puro antes de comer.

A ella no le dio tiempo ni de responder. El conductor, que la había cogido del brazo para ayudarla a subir al estribo, la precipitó hacia el interior del coche, y ella cayó, espantada, sobre una banqueta, viendo con asombro, por el cristal trasero, los pies de su marido que trepaba a la imperial.

Y ella permaneció inmóvil entre un señor gordo que olía a tabaco de pipa y una anciana que olía a perro.

Todos los demás viajeros, alineados y mudos —el dependiente de una tienda de comestibles, una obrera, un sargento de infantería, un señor con lentes de oro tocado con un sombrero de seda de alas enormes y levantadas como canalones, dos señoras de aspecto importante y cascarrabias, que parecían decir con su actitud: «Aunque estamos aquí, valemos más que todo esto», dos monjas, una muchacha sin sombrero y un enterrador—, tenían el aspecto de una colección de caricaturas, de un museo de figuras grotescas, de una serie de ridiculizaciones de rostros humanos semejantes a esas filas de cómicos fantoches que, en las ferias, se abaten con bala.

El traqueteo del coche hacía bambolearse un poco sus cabezas, las sacudía, hacía temblequear la piel fláccida de las mejillas; y, atontados por la trepidación de las ruedas, parecían idiotas y adormilados.

La joven permanecía inerte.

«¿Por qué no ha venido conmigo?», se decía. Una vaga tristeza la oprimía. Habría podido privarse perfectamente de ese puro.

Las monjas hicieron seña de bajarse, luego salieron una delante de la otra, difundiendo un desagradable olor a faldas viejas.

Volvieron a partir, luego se pararon de nuevo. Y subió una cocinera, colorada, jadeante. Se sentó y posó sobre sus rodillas su cesto de provisiones. Un fuerte olor a agua de fregar se expandió por el ómnibus.

«Está más lejos de lo que yo hubiera creído», pensó Jeanne.

El enterrador se bajó y fue reemplazado por un cochero que apestaba a establo. La muchacha sin sombrero tuvo por sucesor a un comisario cuyos pies exhalaban el aroma de sus comisiones.

La mujer del notario se sentía incómoda, hastiada, presta a llorar sin saber el porqué.

Se apearon otras personas, subieron nuevas. El ómnibus seguía avanzando por unas calles interminables, se detenía en las paradas, se ponía de nuevo en camino.

«¡Qué lejos está! —se decía Jeanne—. ¡A no ser que haya tenido una distracción, que se haya adormilado! Está muy cansado desde hace unos días.»

Poco a poco todos los viajeros se bajaban. Ella se quedó sola, completamente sola. El conductor exclamó:

—¡Vaugirard!

Como ella no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Ella le miró comprendiendo que esa palabra iba dirigida a ella, puesto que no había nadie más. El hombre dijo por tercera vez:

—¡Vaugirard!

Entonces ella preguntó:

—¿Dónde estamos?

Él respondió con tono desabrido:

—Estamos en Vaugirard, ¡caramba!, ya lo he dicho veinte veces.

—¿Está lejos del bulevar? —preguntó ella.

—¿Qué bulevar?

—Pues del bulevard des Italiens.

—¡Hace rato que lo hemos pasado!

—¡Ah! ¿Quiere avisar a mi marido?

—¿Su marido? ¿Dónde está?

—Pues en la imperial.

—¡En la imperial! Hace rato que no hay nadie allí.

Ella hizo un gesto de terror.

—Pero ¡cómo! No es posible. Ha subido conmigo. ¡Mire bien; tiene que estar!

El conductor se estaba poniendo grosero:

—Vamos, pequeña, no discutamos tanto, por un hombre perdido, diez encontrados. Vamos, desaloje. Encontrará a otro por el camino.

Con lágrimas en los ojos, ella insistió:

—Señor, se confunde usted, se lo aseguro. Llevaba una gran cartera bajo el brazo.

El empleado se echó a reír:

—Una gran cartera. Ah, sí, se bajó en la Madeleine. ¡Da lo mismo, la ha plantado a usted, ja, ja, ja!…

El coche se había parado. Ella salió y miró, a pesar suyo, con un movimiento instintivo de los ojos, en el tejadillo del ómnibus. Estaba totalmente desierto.

Entonces ella se echó a llorar y, en voz alta, sin pensar que la escuchaban y miraban,

dijo:

—¿Qué va a ser de mí?

Se acercó el revisor:

—¿Qué sucede?

El conductor respondió con tono burlón:

—Es una señora a la que ha plantado el marido a mitad de trayecto.

El otro dijo:

—Bueno, no es nada, ocúpese de su servicio.

Y se dio media vuelta.

Entonces, ella echó a andar hacia delante, demasiado espantada y asustada para darse cuenta de lo que sucedía. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Qué le había pasado a él? ¿Cómo podía haberse producido un error semejante, un olvido semejante, una confusión de aquel tipo, una distracción tan increíble?

Tenía dos francos en el bolsillo. ¿A quién podía dirigirse? De improviso le vino a la mente su primo Barral, subjefe de negociado en el Ministerio de Marina.

Tenía sólo el dinero suficiente para pagarse un coche. Se hizo llevar a su casa. Lo encontró a punto de salir para el Ministerio. También él, como Lebrument, llevaba una gran cartera bajo el brazo.

Ella se lanzó fuera del coche.

—¡Henry! —exclamó ella.

Él se detuvo estupefacto.

—¿Jeanne!… ¿Tú por aquí?… ¿Sola?… ¿Qué haces, de dónde sales?

Ella balbució con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi marido se ha perdido hace poco.

—Perdido, ¿dónde?

—En un ómnibus.

—¿En un ómnibus?… ¡Oh!…

Y ella le contó llorando su aventura.

Él escuchaba, reflexionando. Preguntó:

—¿Estaba esta mañana en su sano juicio?

—Sí.

—Bien. ¿Llevaba mucho dinero encima?

—Sí, llevaba mi dote.

—¿Tu dote?…, ¿toda?

—Toda…, para pagar su despacho notarial.

—Pues bien, querida prima, tu marido, a estas horas, debe de estar camino de Bélgica.

Ella seguía sin comprender. Balbució:

—¿Dices que… mi marido…?

—Digo que ha arramblado con tu… tu capital…, eso es todo.

Ella permanecía de pie, sofocada, murmurando:

—¡Entonces es…, es…, es un miserable!…

Luego, desfalleciendo de emoción, cayó sobre el chaleco de su primo, entre sollozos.

Como la gente se paraba para mirarles, él la empujó suavemente hacia el portal de su casa y, sosteniéndola por la cintura, la hizo subir la escalera y, cuando su criada desconcertada abría la puerta, ordenó:

—Sophie, corre al restaurante a buscar un almuerzo para dos personas. Hoy no iré al Ministerio.

EL ARMARIO*

Después de la cena estábamos hablando de mujeres de vida alegre, pues ¿de qué queréis que se hable entre hombres?

Uno de nosotros dijo:

—Sí, a este respecto a mí me ocurrió una buena.

Y la contó.

*

Una noche del pasado invierno, me dominó repentinamente uno de esos hastíos acongojantes y abrumadores que atenazan el alma y el cuerpo ocasionalmente. Estaba yo en mi casa, completamente solo, y sentí que si me quedaba así iba a tener una espantosa crisis de tristeza, una de esas tristezas que deben de conducir al suicidio cuando se repiten con frecuencia.

Me puse el gabán, y salí sin saber exactamente lo que iba a hacer. Tras ir hasta los bulevares, me puse a pajarear por los cafés casi vacíos, pues llovía, caía una de esas lloviznas que mojan el espíritu tanto como la ropa, no uno de esos chubascos torrenciales que obligan a los viandantes sin aliento a resguardarse en las puertas cocheras, sino una de esas lluvias menudas cuyas gotas apenas si se notan, una de esas lluvias que mojan depositando incesantemente sobre uno imperceptibles gotitas y cubriendo pronto las ropas de una espuma de agua helada que cala.

¿Qué hacer? Iba yo adelante y atrás, buscando dónde pasar dos horas, y descubriendo por primera vez que, en París, no había un lugar en el que distraerse por la noche. Finalmente, decidí entrar en el Folies-Bergère, ese divertido mercado de chicas alegres.

Había poca gente en la gran sala. En el largo pasillo en herradura no se veía más que individuos de baja calaña, cuya raza común se traslucía en el porte, en la vestimenta, en el corte del pelo y de la barba, en el sombrero y en la tez. Apenas si se veía de vez en cuando un hombre que se adivinara aseado, perfectamente aseado, y vestido conjuntadamente. En cuanto a las chicas, siempre las mismas, las espantosas chicas que ya conocéis, feas, fatigadas, fláccidas, iban con su paso de caza, con ese

aire que adoptan, no sé por qué, de desprecio imbécil.

Me decía que ninguna de esas pandorgas, sebosas más que gordas, hinchadas de aquí y delgadas de allá, con unos barrigones de canónigo y unas piernas zambas de ave zancuda, valía realmente el luis que conseguía con gran esfuerzo después de haber pedido cinco.

Pero de repente reparé en una pequeña que me pareció mona, no muy joven, pero sí lozana, graciosilla y provocativa aún. La paré y neciamente, sin pensármelo dos veces, le pedí precio para pasar la noche con ella. No quería volver a mi casa, solo, completamente solo; prefería la compañía y el abrazo de esa mujerzuela.

Y la seguí. Vivía en un edificio enorme, en la rue des Martyrs. El mechero de gas estaba ya apagado en la escalera. Subí lentamente, encendiendo de vez en cuando una pajuela azufrada, tropezando con los escalones, dando traspiés y descontento, tras la falda cuyo susurro oía delante de mí.

Ella se detuvo en el cuarto piso y, tras cerrar la puerta de entrada, preguntó:

«Entonces, ¿te quedas aquí hasta mañana?».

«Pues sí. Ya sabes que así lo hemos acordado.»

«Está bien, gatito mío, lo decía sólo para saber. Espérame aquí un minutito, vuelvo enseguida.»

Y me dejó en la oscuridad. Oí que cerraba dos puertas, luego me pareció que hablaba. Me quedé sorprendido, inquieto. Me asaltó la idea de un rufián. Pero tengo unos buenos puños y un par de bigotes. «Veremos», pensé.

Yo escuchaba con el oído y la mente aguzados. Se oía moverse, andar de puntillas, con gran precaución. Abrieron otra puerta, me pareció volver a oír que hablaban, en voz muy baja.

Ella volvió con una vela encendida.

«Puedes entrar», me dijo.

Ese tuteo significaba posesión. Entré y, tras haber atravesado un comedor donde saltaba a la vista que no se comía nunca, entré en la habitación de todas las mujerzuelas, habitación amueblada, con las cortinas de reps, y edredón de seda punzó atigrado de manchas sospechosas.

Ella prosiguió:

«Ponte cómodo, gatito mío».

Yo inspeccionaba el piso con mirada recelosa. Nada, sin embargo, me parecía inquietante.

Ella se desvistió tan rápido que estuvo en la cama antes de que yo me hubiera quitado el gabán. Se echó a reír:

«Bueno, ¿qué te pasa? ¿Te has convertido en una estatua de sal? Vamos, date prisa».

La imité y me reuní con ella.

Cinco minutos después tenía unas ganas locas de volver a vestirme y de largarme. Pero ese hastío abrumador que se había apoderado de mí en mi casa me retenía, me quitaba toda fuerza de moverme y me quedé a pesar del asco que sentía en esa cama pública. El encanto sensual que había creído ver en esa criatura, allí, bajo las arañas del teatro, había desaparecido entre mis brazos, y ya no tenía contra mí, carne con carne, más que a la mujerzuela vulgar, semejante a todas, cuyos besos indiferentes y complacientes tenían un regusto a ajo.

Me puse a hablar con ella.

«¿Hace mucho que vives aquí?», le pregunté.

«El quince de enero hizo seis meses.»

«Y antes, ¿dónde estabas?»

«Estaba en la rue Clauzel. Pero la portera me creaba problemas y me largué.»

Y se puso a contarme una historia interminable sobre esa portera y sobre sus chismorreos respecto a ella.

Pero de repente oí moverse algo muy cerca de nosotros. Había sido primero un suspiro, luego un ruido ligero, pero claro, como si alguien se hubiera dado la vuelta en una silla.

Yo me senté bruscamente en la cama y pregunté:

«¿Qué es ese ruido?».

Ella respondió con aplomo y tranquilidad:

«No te preocupes, gatito mío, es la vecina. El tabique es tan delgado que se oye como si estuviera aquí. Estas casas dan asco, son de cartón».

Tanta era mi indolencia que me hundí de nuevo bajo las sábanas. Y seguimos charlando. Acicateado por la necia curiosidad que incita a todos los hombres a interrogar a esas criaturas sobre su primera aventura, queriendo descorrer el velo de su primer error, como para encontrar en ellas una huella lejana de inocencia, para amarlas acaso en el recuerdo rápido, evocado por una frase sincera, de su pasado candor y pudor, le hice muchas preguntas sobre sus primeros amantes.

Sabía que me mentiría; pero ¿qué me importaba? Entre tantas mentiras quizá descubriría algo de sincero, de conmovedor.

«Vamos, dime quién fue.»

«Fue un remero, gatito mío.»

«¡Ah! Cuéntame. ¿Dónde estabais?»

«Yo estaba en Argenteuil.»

«¿Qué hacías allí?»

«Era moza en un restaurante.»

«¿Qué restaurante?»

«En el Marin d’eau douce. ¿Lo conoces?»

«Cómo no, en casa de Bonanfan.»

«Sí, eso es.»

«¿Y cómo te hizo la corte ese remero?»

«Mientras yo estaba haciendo su cama. Me forzó.»

Pero bruscamente me acordé de la teoría del médico de unos amigos míos, un médico observador y filósofo a quien el servicio permanente en un gran hospital pone en contacto diario con madres solteras y mujeres públicas, con todas las vergüenzas y las miserias de las mujeres, de las pobres mujeres convertidas en presa desgraciada del macho que vaga con dinero en el bolsillo.

«Una muchacha es siempre desflorada —me decía— por un hombre de su clase y condición. He reunido volúmenes de observaciones al respecto. Se acusa a los ricos de coger la flor de la inocencia de las hijas del pueblo. Lo cual no es cierto. ¡Los ricos pagan flores ya cogidas! Cogen también, pero en la segunda floración; no son nunca los primeros en cortarlas.»

Entonces, volviéndome hacia mi compañera, me eché a reír.

«Me conozco bien tu historia. ¡No fue el remero el primero!»

«Oh, sí, gatito mío, te lo juro.»

«Mientes, gatita mía.»

«¡No, no, te lo prometo!»

«Mientes. Vamos, cuéntamelo todo.»

Ella parecía vacilar, asombrada.

Continué:

«Soy hechicero, guapina, soy hipnotizador. Si no me dices la verdad, te dormiré y la sabré igual».

Ella tuvo miedo, estúpida como todas las de su especie. Balbució:

«¿Cómo lo has adivinado?».

Proseguí:

«Vamos, cuenta».

«¡Oh!, la primera vez no fue casi nada. Fue durante las fiestas del pueblo. Habían traído a un cocinero forastero, el señor Alexandre. En cuanto él llegó, hizo todo cuanto quiso en la casa. Mandaba a todo el mundo, al amo y al ama, como si él fuera el rey… Era un hombre alto y bien plantado que no paraba nunca quieto delante de los fogones y que no cesaba de gritar: “Marchando una de mantequilla, huevos, un madeira”, y había que traérselo enseguida a todo correr, o bien se enfadaba y te decía cosas de hacerte sonrojar hasta debajo de las faldas.

»Terminada la jornada, se puso a fumar en pipa delante de la puerta. Y cuando yo pasaba por delante de él con una pila de platos me dijo: “Eh, moza, ¿quieres venir conmigo hasta el río para enseñarme el paisaje?” . Y yo, como una estúpida, fui; y, apenas hubimos llegado a la orilla, él me forzó tan deprisa que ni siquiera me di cuenta de lo que hacía. Se fue en el tren de las nueve y no le volví a ver más.

Le pregunté:

«¿Nada más?».

Ella susurró:

«Creo que Florentin es suyo…».

«¿Quién es Florentin?»

«Mi hijo.»

«¡Ah!, muy bien. Y tú le hiciste creer al remero que el padre era él, ¿no?»

«¡Ya lo creo!»

«¿Tenía dinero el remero?»

«Sí, me dejó una renta de trescientos francos a nombre de Florentin.»

Empezaba a divertirme. Proseguí:

«Muy bien, muchacha, muy bien. Sois todas menos tontas de lo que uno se cree. ¿Y qué edad tiene ahora Florentin?».

Ella continuó:

«Ya tiene doce años. Hará su primera comunión en primavera».

«Perfecto. Así tú te dedicarás a tu oficio con la conciencia tranquila, ¿no?»

Ella suspiró, resignada:

«Se hace lo que se puede…».

Pero un gran ruido procedente de la misma habitación me hizo saltar fuera de la cama de un brinco, el ruido de un cuerpo que cae y vuelve a levantarse tanteando las paredes.

Yo había cogido la vela y miraba a mi alrededor, espantado y furioso. Ella también se había levantado, tratando de retenerme, de pararme murmurando:

«Eso no es nada, gatito mío, te aseguro que no es nada».

Pero había descubierto de qué lado había salido el extraño ruido. Me fui directo hacia una puerta secreta que había a la cabecera de nuestra cama y la abrí bruscamente… y vi, temblando, a un pobre chiquillo pálido y delgado sentado al lado de una gran silla de paja, de la que acababa de caerse.

En cuanto me vio, se echó a llorar y, abriendo los brazos hacia su madre, dijo:

«No es culpa mía, mamá, no es culpa mía. Me había dormido y me he caído. No me riñas, no es culpa mía».

Yo me volví hacia la mujer. Y dije:

«¿Qué quiere decir esto?».

Ella parecía avergonzada y desconsolada. Articuló con voz entrecortada:

«¿Qué quieres? ¡No gano lo bastante como para meterle en un colegio! He de tenerle conmigo y no me llega con lo que gano para pagar otra habitación. Cuando no hay nadie duerme conmigo; y cuando vienen para una hora o dos le hago meterse en el armario. Dentro de él está tranquilo, pues está acostumbrado. Pero cuando se quedan toda la noche, como tú, se cansa, el pobre, de dormir en la silla. No es culpa

suya; ya me gustaría verte a ti en su lugar…, dormir toda la noche en una silla. Me gustaría saber qué dirías…».

Se estaba enfadando, encendida, gritaba.

El niño seguía llorando. Un pobre muchacho, enclenque y tímido, era precisamente el chiquillo del armario, del armario oscuro y frío, el niño que de vez en cuando volvía a calentarse a la cama de su madre, a la cama momentáneamente vacía.

También yo tenía ganas de llorar.

Y me fui a dormir a mi casa.

TOINE*

I

Era conocido en diez leguas a la redonda como el compadre Toine, el gordinflón Toine, Toine Aguardiente, Antoine Mâcheblé, llamado el Copichuela, el tabernero de Tournevent.

Había hecho famosa a aquella aldea hundida en un repliegue del valle que descendía hacia el mar, mísera aldea campesina compuesta de diez casas normandas rodeadas de regueras y de árboles.

Aquellas casas estaban como acurrucadas en el fondo de esa barranca cubierta de hierba y de juncos, pasada la curva que había dado al pueblo el nombre de Tournevent. Parecía que hubieran buscado guarecerse en ese agujero como los pájaros se esconden en los surcos los días de ventolera, un abrigo contra el gran viento marino, el viento de alta mar, fuerte y salino, que ruge y abrasa como el fuego, deseca y destruye como las heladas invernales.

Pero la aldea entera parecía ser propiedad de Antoine Mâcheblé, llamado el Copichuela, conocido también en otras partes frecuentemente como Toine y Toine Aguardiente, por una frase que empleaba sin cesar:

—Mi aguardiente es el primero de Francia.

Su aguardiente no era otro que su coñac, claro está.

Desde hacía veinte años regaba la región con su coñac y sus aguardientes, pues cada vez que le preguntaban: «¿Qué vamos a tomar, compadre Toine?», él respondía invariablemente: «Un aguardiente, yerno mío, calienta el estómago y despeja la mente; no hay cosa mejor para el cuerpo».

Asimismo tenía la costumbre de llamar a todo el mundo «yerno mío», por más que nunca hubiera tenido una hija casada o casadera.

Ah, sí, bien que le conocían a ese Toine el Copichuela, el mayor gordinflón del cantón e incluso del distrito. Su casita parecía ridículamente estrecha y baja para contenerle y cuando se le veía erguido delante de la puerta, donde pasaba días enteros, uno se preguntaba cómo se las arreglaba para entrar en su casa. Pero volvía a entrar en ella cada vez que llegaba un cliente, porque Toine el Copichuela era

invitado por derecho propio a descontar su copita de todo lo que se bebía en su local.

Su café tenía por enseña: «Lugar de Encuentro de los Amigos», y era cierto que el compadre Toine era el amigo de toda la comarca. Venían de Fécamp y de Montivilliers para verle y para pasárselo en grande escuchándole, pues aquel gordinflón habría hecho partirse de risa hasta a una lápida sepulcral. Tenía una manera de bromear con la gente sin ofenderla, de guiñar el ojo para expresar lo que no decía, de darse palmadas en el muslo en sus ataques de alegría que hacía que uno, aun sin ganas, siempre se desternillara de risa. Y era ya todo un espectáculo, además, el simple hecho de verle beber. Bebía tanto como le invitaban, y de todo, con una chispa de alegría en su mirada maliciosa, una alegría que nacía de su doble placer, el placer primero de regalarse y luego el placer de amasar sus buenos dineros por su francachela.

Los bromistas del lugar le preguntaban:

—¿Por qué no te bebes también el mar, compadre Toine?

Él respondía:

—¡Hay dos impedimentos: en primer lugar, que es salado y, en segundo lugar, que tendría que embotellarlo porque mi tripa no se puede doblar para beber de ese recipiente!

¡Y había también que oírle discutir con su mujer! Era tal la comedia que de buena gana habría pagado uno una localidad. Llevaban treinta años casados, a bronca diaria. Pero mientras que Toine se guaseaba, su mujer se enojaba. Era ésta una campesina alta que caminaba con grandes pasos de zancuda, y con el cuerpo flaco y plano rematado de una cabeza de autillo enfurruñado. Pasaba su tiempo criando pollos en un corralito, detrás del café, y se había ganado fama de saber engordar sus aves.

Para que una comida fuera celebrada, cuando se organizaba una cena en casa de la gente de respeto de Fécamp, había que servir en la mesa un ave de corral de la señora Toine.

Pero ella había nacido con cara de viernes y había continuado descontenta de todo. Enojada con el mundo, la tenía tomada especialmente con su marido. Le fastidiaban su alegría, su fama, su salud y su gordura. Le trataba de zángano, porque se ganaba el dinero sin hacer nada, de gordo asqueroso porque comía y bebía como diez personas normales juntas, y no pasaba día sin que le dijera, exasperada:

—Más le valdría a un tocino como éste estar en una pocilga. Toda esa grasa da ganas de vomitar.

Y le gritaba a la cara:

—¡Espera, tú espera un poco, veremos qué pasa, ya veremos! ¡Este barrigón reventará como una vejiga!

Toine se reía con ganas y golpeándose la barriga respondía:

—Eh, comadre Gallina, prueba, plana como tú estás, de engordar tus pollos como

yo… Prueba para que veas…

Y, arremangándose la manga sobre su enorme brazo, añadía:

—Esto sí que es un ala, vaya que si lo es, un ala de verdad.

Los parroquianos descargaban puñetazos sobre la mesa retorciéndose de risa, pateaban en el suelo y escupían en pleno delirio de alegría.

La vieja, furibunda, continuaba:

—Espera, tú espera un poco…, veremos qué pasa…, reventarás como una vejiga…

Y se iba, furiosa, entre las carcajadas de los clientes.

Era, en efecto, sorprendente de ver cómo se había puesto Toine, tan grueso y gordo, colorado y jadeante. Era uno de esos seres enormes con los que la muerte parece divertirse, con astucias, alegrías y perfidias de bufón, volviendo irresistiblemente cómico su lento trabajo de destrucción. Pero la Parca, en vez de mostrarse como hacía con los demás, mediante cabellos blancos, flacura, arrugas y ese decaimiento creciente que hace decir con un estremecimiento: «¡Caramba, qué cambiado está!», disfrutaba en cambio engordándole, haciéndole cada vez más monstruoso y ridículo, sonrosándole la tez, hinchándole, dándole un aire de salud sobrehumana; y las deformaciones que inflige a los demás seres eran en él risibles, chuscas, divertidas, en vez de ser siniestras y lamentables.

—Espera, tú espera un poco —repetía la mujer—, veremos qué pasa.

II

Pasó que Toine tuvo un ataque y quedó paralítico. Acostaron a aquel coloso en el cuartito trasero al tabique del café, a fin de que pudiera oír cuanto se decía allí al lado, y charlar con los amigos, pues su cabeza había salido indemne, mientras que su cuerpo, un cuerpo enorme, imposible de mover, de levantar, había quedado inmovilizado. Esperaban, en los primeros tiempos, que sus gruesas piernas recuperaran cierta energía, pero muy pronto se esfumó dicha esperanza, y Toine el Copichuela pasó sus días y sus noches en su cama que no se hacía más que una vez por semana, con la ayuda de cuatro vecinos que levantaban al tabernero cogiéndole de sus cuatro miembros mientras se daba la vuelta al colchón.

Seguía estando, sin embargo, alegre, aunque de una alegría distinta, más tímida, más modesta, con temores de niño pequeño delante de su mujer que gritaba todo el santo día:

—¡Pero mira al asqueroso gordinflón, mira al zángano, al gordo borrachín! ¡Buena la he hecho! ¡Estoy apañada!

Él ya no contestaba. Se limitaba a guiñar el ojo a espaldas de la vieja y se daba la vuelta en la cama, único movimiento que le era aún posible. Llamaba a este ejercicio

hacer un «frente al norte» o un «frente al sur».

Su gran distracción consistía ahora en escuchar las conversaciones del café y dialogar a través de la pared cuando reconocía la voz de los amigos. Gritaba:

—Eh, yerno mío, ¿eres Célestin?

Y Célestin Maloisel respondía:

—Sí, soy yo, compadre Toine. ¿Has vuelto a correr, gordo conejo?

Toine el Copichuela decía:

—Correr, lo que se dice correr, aún no. Pues no he adelgazado nada, pero el chasis es bueno.

No tardó en hacer venir a los más íntimos a su habitación y le hacían compañía, aunque él se entristecía de ver que mojaban el gañote sin él. Repetía:

—Es lo que más siento, yerno mío, no poder probar mi aguardiente, ¡demonios! Todo lo demás me importa un pimiento, pero no pimplar me entristece.

Y la cabeza de autillo de la comadre Toine asomaba en la ventana. Gritaba:

—¡Miradle, miradle al muy zángano, al que hay que alimentar, lavar y limpiar como a un cerdo!

Y cuando la vieja se iba, saltaba a veces sobre la ventana un gallo de rojo plumaje, echaba en redondo una mirada de curiosidad y dejaba oír su canto sonoro; y a veces volaban también un par de gallinas hasta los pies de la cama, buscando migas por el suelo.

Los amigos de Toine el Copichuela no tardaron en desertar de la sala del café, para ir, cada tarde, a echar un rato de palique en torno a la cama del gordinflón. Aun acostado como estaba, el muy bromista de Toine todavía les divertía. Habría hecho reír al mismísimo diablo, el muy bribón. Eran tres los que aparecían por allí todos los días: Célestin Maloisel, un desgalichado algo torcido como un tronco de manzano; Prosper Horslaville, un pequeñajo enjuto con una nariz de hurón, malicioso, astuto como un zorro, y Césaire Paumelle, que no abría nunca el pico, pero que se divertía igual.

Traían una tabla del patio, la colocaban sobre el borde de la cama y jugaban al dominó, naturalmente, haciendo grandes partidas, desde las dos hasta las seis.

Pero la mujer de Toine no tardó en ponerse insoportable. No podía tolerar que el gordo zángano de su marido siguiera distrayéndose, jugando al dominó, en su cama; y cada vez que veía empezada una partida, se presentaba corriendo hecha una furia, echaba patas arriba la tabla, se quedaba con las fichas de juego y, tras devolverlas al café, declaraba que era ya bastante con alimentar a ese gordinflón que no hacía nada, para verle encima divertirse como si quisiera mofarse de la pobre gente que trabaja todo el santo día.

Célestin Maloisel y Césaire Paumelle agachaban la cabeza, pero Prosper Horslaville excitaba a la vieja, divirtiéndose con sus ataques de cólera.

Al verla un día más irritada que de costumbre, le dijo:

—Ah, comadre, ¿sabe qué haría yo que usted?

Ella esperó a que se explicase, mirándole con sus ojos de lechuza.

Le dijo:

—Su marido, de tanto estar en la cama, está caliente como un horno. Por lo que yo le haría incubar los huevos.

Ella se quedó mirándole estupefacta, pensando que se burlaba de ella, mientras examinaba su rostro cenceño y astuto de campesino, quien continuó:

—Le pondría cinco debajo de un brazo y cinco debajo del otro el mismo día que la clueca comienza a incubar, y así nacerían al mismo tiempo. Y, una vez abiertos, le llevaría a la clueca los pollitos de su marido para que los críe. ¡Y vería usted, comadre, la de pollos que tendría!

La vieja, sorprendida, preguntó:

—¿Se puede hacer?

—¿Que si se puede? —prosiguió el hombre—. ¿Y por qué no se iba a poder? Si se pueden poner los huevos dentro de una caja caliente, bien pueden ponerse a incubar en una cama.

Ella se quedó impresionada por aquel argumento y se fue, pensativa y calmada.

Ocho días después, volvió a la habitación de Toine con su delantal lleno de huevos. Y dijo:

—Acabo de poner la clueca en el nido con diez huevos. Y traigo diez para ti. Trata de no romperlos.

Toine, desconcertado, preguntó:

—Pero ¿qué quieres?

Ella respondió:

—Quiero que los incubes, so zángano.

De entrada él se lo tomó a risa; pero luego, como ella insistía, se molestó, se resistió, se negó resueltamente a dejar que metiera debajo de sus gruesos brazos aquel montón de huevos que su calor haría eclosionar.

Pero la vieja, furiosa, declaró:

—Como no los cojas, olvídate de las sopas. Ya veremos qué será de ti.

Toine, inquieto, no respondió nada.

Cuando oyó sonar las doce, llamó:

—Eh, mujer, ¿están listas las sopas?

La vieja vociferó desde la cocina:

—No hay sopas para ti, so zángano.

Él creyó que bromeaba y esperó, luego rogó, suplicó, juró, hizo «frentes al norte y frentes al sur» desesperados, aporreó en la pared con los puños, pero tuvo que resignarse a dejar introducir en su cama cinco huevos pegados a su costado izquierdo.

Tras lo cual recibió sus sopas.

Cuando llegaron sus amigos, creyeron que se encontraba muy mal, tan extraño e incómodo parecía.

A continuación empezaron a jugar la partida de todos los días. Pero Toine no parecía sentir ningún gusto en hacerlo y no avanzaba la mano si no era con una lentitud y una precaución infinitas.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes atado el brazo? —preguntaba Horslaville.

Toine respondió:

—Siento como un peso en el hombro.

De repente, se oyó entrar a alguien en el café. Los jugadores guardaron silencio. Era el alcalde con su vicealcalde. Pidieron dos aguardientes y se pusieron a charlar de los asuntos del lugar. Como hablaban en voz baja, Toine el Copichuela quiso pegar el oído a la pared, y, olvidando los huevos, realizó un brusco «frente al norte» que hizo que se acostara sobre una tortilla.

Al juramento que lanzó, acudió la comadre Toine, quien intuyó el desastre, el cual descubrió dando un tirón a las mantas. Primero se quedó inmóvil, indignada, demasiado sofocada para hablar delante del cataplasma amarillo pegado al costado de su marido.

Luego, estremeciéndose de furor, se abalanzó sobre el paralítico y se puso a propinarle grandes golpes en la panza, como cuando hacía su colada en la orilla de la charca. Sus manos caían una tras otra con un ruido sordo, rápidas como las patas de un conejo batiendo un tambor.

Los tres amigos de Toine se partían de risa, carraspeaban, estornudaban, lanzaban gritos, y el asustado gordinflón paraba los ataques de su mujer con prudencia, para no romper los otros cinco huevos que tenía en el otro costado.

III

Toine fue vencido. Tuvo que incubar, tuvo que renunciar a las partidas de dominó, renunciar a todo movimiento, pues la vieja, feroz, le privaba de comida cada vez que rompía un huevo.

Se estaba tumbado, con la mirada clavada en el techo, inmóvil, los brazos levantados como si fueran alas, calentando debajo de sí los gérmenes de pollos encerrados en sus blancos cascarones.

Hablaba siempre en voz baja, como si temiera el ruido tanto como el movimiento, y se inquietaba por la gallina clueca que hacía, en el gallinero, el mismo trabajo que él.

Le preguntaba a su mujer:

—¿Ha comido esta noche la gallina?

La vieja iba del gallinero al lado del marido y del lado del marido al gallinero, obsesionada, poseída por la preocupación de los pollitos que maduraban en la cama y en el nido.

La gente del lugar que conocía la historia se acercaba, llena de curiosidad y de seriedad, para tener noticias de Toine. Entraban a paso ligero como se entra a ver a los enfermos y preguntaban con interés:

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa?

Toine respondía:

—Ir va, pero me pica, de tanto calor como me dan, y me parece tener un hormiguero en la piel.

Una mañana la mujer entró muy agitada y dijo:

—La clueca tiene siete; tres huevos estaban en mal estado.

Toine sintió palpitar su corazón.

—¿Será pronto? —dijo con la angustia de la mujer que va a dar a luz.

La vieja respondió con tono furioso, torturada por el temor a un fracaso:

—¡Ya sería hora!

Esperaron. Los amigos, avisados de que se acercaba el momento, no tardaron en llegar, también ellos preocupados.

Se cotilleaba acerca de ello en las casas. Se pedían noticias de puerta a puerta.

Hacia las tres, Toine se adormiló. Dormía ahora la mitad de los días. Fue despertado de repente por un inusitado cosquilleo debajo del brazo derecho. Enseguida se llevó la mano izquierda allí y cogió a un pequeñuelo cubierto de plumón amarillo, que se agitaba en sus dedos.

Tan grande fue su emoción que empezó a dar gritos y soltó el pollito, que se puso a correr por su pecho. El café estaba lleno de bote en bote. Los parroquianos se precipitaron, invadieron la habitación, formaron corro como alrededor de un saltimbanqui, y llegó la vieja, que cogió con precaución el polluelo acurrucado debajo de la barba de su marido.

Nadie hablaba ya. Era un día caluroso de abril. Por la ventana abierta se oía cloquear a la llueca llamando a sus recién nacidos.

Toine, que sudaba de emoción, de angustia y de inquietud, murmuró:

—Hay otro debajo del brazo izquierdo en este momento.

La mujer metió su seca manaza dentro de la cama y con un experto movimiento de comadrona sacó otro pollito.

Los vecinos quisieron verlo. Se lo pasaron observándolo con atención, como si hubiera sido un fenómeno.

Durante veinte minutos no nacieron más, pero luego salieron de sus cascarones al mismo tiempo otros cuatro.

Se armó un gran alboroto entre los presentes. Toine sonrió, feliz de su éxito,

comenzando a sentirse orgulloso por aquella extraña paternidad. No se veía con frecuencia gente como él. ¡Era realmente un hombre sorprendente!

Afirmó:

—Son seis. Por todos los diablos, ¡menudo bautismo!

Y estalló entre el público una risotada. Nuevas personas llenaban el café. Más todavía esperaban delante de la puerta. Preguntaban:

—¿Cuántos son?

—Ya van seis.

La comadre Toine llevaba a la llueca esa nueva familia y la gallina cloqueaba como loca, erizando sus plumas, abría sus grandes alas para albergar a la tropa creciente de sus crías.

—¡Otro más! —exclamó Toine.

¡Se había equivocado, había tres! ¡Fue todo un triunfo! El último rompió su cascarón a las siete de la tarde. ¡Todos los huevos eran buenos! Y Toine, loco de alegría, liberado, glorioso, besó en el dorso al frágil polluelo, a punto de ahogarle con sus labios. A aquel quiso guardarlo en su cama hasta el día siguiente, embargado de una ternura maternal por ese ser tan chiquitito que había traído al mundo; pero la vieja se lo llevó igual que a los demás haciendo caso omiso de las súplicas de su marido.

Los presentes, encantados, se fueron comentando lo sucedido, y Horslaville, que se había quedado el último, preguntó:

—Dime, compadre Toine, supongo que me invitarás a comer al primero que se guise, ¿no?

Ante esta idea del guiso, el rostro de Toine se iluminó, y el gordinflón respondió:

—Claro que te invitaré, yerno mío.

EL BAUTISMO*

—Vamos, doctor, un poquito de coñac.

—Con mucho gusto.

Y el viejo médico de Marina, tras haber alargado su copita, miró cómo subía hasta los bordes el bonito líquido de reflejos dorados.

Luego lo levantó hasta la altura de sus ojos, lo miró al trasluz, sorbió unas gotas que paladeó largo rato en su lengua y en la húmeda y delicada carne del paladar, para decir acto seguido:

*

¡Oh! ¡El encantador veneno! ¡O, mejor dicho, el seductor homicida, el delicioso destructor de los pueblos!

No lo conocen ustedes. Han leído, eso sí, ese admirable libro titulado *La taberna*, pero no han visto, como he visto yo, cómo el alcohol exterminaba a una tribu de salvajes, a un pequeño reino de negros, el alcohol traído en pequeños barriles que desembarcaban con aire plácido unos marineros ingleses de barba pelirroja.

Pero sepan que yo presencié, con mis propios ojos, un drama del alcohol muy extraño y sobrecogedor, y muy cerca de aquí, por cierto, en Bretaña, en un pueblecito de los alrededores de Pont-l'Abbé.

Vivía yo por aquel entonces, durante un permiso de un año, en una casa de campo que me había dejado mi padre. Ya conocen ustedes esa costa llana en la que silba el viento, día y noche, entre los juncos, donde se ve a trechos, de pie o tumbadas, esas enormes piedras que fueron dioses y que han conservado algo inquietante en su posición, aspecto y forma. Siempre tengo la impresión de que van a animarse y que yo voy a verlas partir por los campos, con paso lento y pesado, con su paso de colosos de granito, o levantar el vuelo con unas alas inmensas, alas de piedra, hacia el paraíso de los druidas.

El mar encierra y domina el horizonte, el mar encrespado, lleno de escollos de negras cúspides, siempre rodeados de espumarajos, semejantes a perros que esperasen a los pescadores.

Y ellos, los hombres, van por ese mar terrible que hace zozobrar sus barcas con una simple sacudida de su lomo verduzco y se las traga como si fueran píldoras. Se van con sus pequeñas embarcaciones, por el día y por la noche, atrevidos, inquietos y ebrios. Ebrios lo están con harta frecuencia. «Cuando la botella está llena —dicen—, se ve el escollo; pero cuando está vacía, ya no se ve.»

Entrad en esos tugurios. Nunca encontraréis al padre. Y si le preguntáis a la mujer qué ha sido de su hombre, ella extenderá los brazos hacia el oscuro mar que brama y escupe su blanca saliva a lo largo de la orilla. Se quedó allí dentro un atardecer que había bebido un poco más de la cuenta. Y también el hijo mayor. Aún le quedan cuatro muchachos, cuatro mocetones rubios y fuertes. No tardará mucho en tocarles el turno también a ellos.

Vivía yo, pues, en una casa de campo cerca de Pont-l'Abbé. Estaba allí, solo con mi criado, un viejo marinero, y una familia bretona que guardaba la propiedad en mi ausencia. Ésta estaba formada de tres personas, dos hermanas y un hombre, que se había casado con una de ellas y cultivaba mi jardín.

Ahora bien, aquel año, por Navidad, la mujer de mi jardinero dio a luz un niño.

El marido vino a pedirme que fuera el padrino. Yo no podía decir que no, y me pidió prestados diez francos para los gastos de la iglesia, decía.

La ceremonia se fijó para el 2 de enero. Desde hacía ocho días la tierra estaba cubierta de nieve, de una inmensa alfombra lívida y dura que parecía no tener fin en esa región llana y baja. El mar parecía negro, a lo lejos, detrás de la blanca planicie; y lo veíamos agitarse, enarcar su lomo, hacer rodar sus olas, como si hubiera querido arrojarse sobre su pálida vecina, que parecía muerta, de tan calmada, taciturna y fría como estaba.

A las nueve de la mañana, el compadre Kérandec se presentó ante mi puerta con su cuñada, la alta Kermagan, y la guardesa que llevaba al niño envuelto en una manta.

Y nos pusimos en camino hacia la iglesia. Hacía un frío de romper los dólmenes, uno de esos fríos de perros que agrietan la piel y hacen sufrir horriblemente por su gélida picazón. Yo pensaba en la pobre criaturita que llevaban delante de nosotros, y me decía que esa raza bretona era, verdaderamente, de hierro para que sus hijos fueran capaces, desde la cuna, de soportar semejantes paseos.

Llegamos delante de la iglesia, pero la puerta se hallaba cerrada. El señor cura llevaba retraso.

Entonces la guardesa, tras haberse sentado en uno de los guardacantones, cerca de la puerta, se puso a desvestir al niño. En un principio creía que había mojado los pañales, pero vi que exponían desnudo, totalmente desnudo, al pobre miserable, totalmente desnudo, al aire helado. Me adelanté, indignado por tal imprudencia.

«¡Pero está usted loca! ¡Le va a matar!»

La mujer respondió tan tranquila:

«Oh, no, señor, tiene que esperar a Dios Nuestro Señor totalmente desnudo».

El padre y la tía miraban aquello con tranquilidad. Era la costumbre. De no haberla seguido, habría caído la desgracia sobre el pequeño.

Yo me enojé, insulté al hombre, amenacé con irme, quise cubrir a la fuerza a la endeble criatura. Pero fue en vano. La guardesa salió corriendo por la nieve ante mis narices, y el cuerpo del chiquillo se iba amoratando.

Iba yo a dejar a esos brutos cuando vi llegar al cura por los campos seguido del sacristán y de un chaval del lugar.

Corrí hacia él y le hice saber, con vehemencia, mi indignación. Él no mostró la menor sorpresa, ni apretó el paso, ni hizo gesto alguno. Respondió:

«¿Qué quiere usted hacerle, señor? Es la costumbre. Lo hacen todos, no podemos impedirlo».

«Pero al menos dese usted prisa», exclamé yo.

Él prosiguió:

«No podría ir más deprisa ni aunque quisiera».

Y entró en la sacristía, mientras nosotros permanecíamos en la puerta de la iglesia donde yo sufría, ciertamente, más que el pobre pequeño que berreaba a causa del punzante frío.

Por fin se abrió la puerta. Entramos. Pero el niño debía permanecer desnudo durante toda la ceremonia.

Ésta fue interminable. El cura murmuraba las sílabas latinas que salían de su boca dichas a despropósito. Se movía con lentitud, con una lentitud de tortuga sagrada; y su roquete blanco me helaba el corazón, como otra nieve con la que se hubiera envuelto para hacer sufrir, en nombre de un Dios inclemente y bárbaro, a esa larva humana torturada por el frío.

Finalmente, acabó el bautismo según los ritos, y vi a la guardesa envolver de nuevo en la larga manta al niño helado que gemía con una voz aguda y doliente.

El cura me dijo:

«¿Quiere usted firmar en el registro?».

Yo me volví hacia mi jardinero:

«Ahora vuelva a casa enseguida y haga entrar en calor a ese niño inmediatamente».

Y le di unos consejos para evitar, si es que se estaba aún a tiempo, que cogiera una congestión pulmonar.

El hombre prometió cumplir mis recomendaciones y se fue con su cuñada y la guardesa. Yo seguí al sacerdote a la sacristía.

Una vez que hube firmado, me reclamó cinco francos por los gastos.

Habiendo dado diez francos al padre, me negué a pagar de nuevo. El cura

amenazó con romper la hoja y anular la ceremonia. Yo le amenacé a mi vez con denunciarle al fiscal de Estado.

La disputa fue larga y acabé pagando.

Apenas hube llegado a mi casa, quise saber si había habido algún problema. Corrí hacia la casa de Kérandec, pero el padre, la cuñada y la guardesa todavía no habían regresado.

La recién parida, que se había quedado completamente sola, tiritaba de frío en su cama, y tenía hambre, pues no había comido nada desde la víspera.

«¿Dónde diablos han ido?», pregunté yo.

Ella respondió sin asombrarse ni tampoco irritarse:

«Habrán ido a tomar algo para celebrarlo».

Era la costumbre. Entonces pensé en mis diez francos, que hubieran tenido que servir para pagar el servicio religioso y que lo que pagarían sería, sin duda, el alcohol.

Hice mandar un poco de caldo a la madre y ordené que se hiciera un buen fuego en su chimenea. Estaba desasosegado y furioso, prometiendo que echaría a esos brutos y preguntándome con terror lo que iba a ser de la miserable criatura.

A la seis de la tarde, todavía no habían regresado.

Ordené a mi criado que les esperara, y yo me acosté.

No tardé en dormirme, pues duermo como un tronco.

Fui despertado, al amanecer, por mi sirviente, que me trajo agua caliente para el afeitado de mi barba.

Apenas abrí los ojos, pregunté:

«¿Y Kérandec?».

El hombre vacilaba, luego balbució:

«¡Oh! Volvió, señor, pasada medianoche, y tan borracho que no podía andar, y también la alta Kermagan, e incluso la guardesa. Creo que pasaron la noche en una cuneta, de manera que el pequeño ha muerto sin que se dieran siquiera cuenta».

Yo me levanté de un salto gritando:

«¿Ha muerto el niño?».

«Sí, señor. Se lo han traído a la comadre Kérandec. Ella, al verlo, se ha echado a llorar; entonces la han hecho beber para consolarla.»

«Pero ¿cómo que la han hecho beber?»

«Sí, señor. Pero yo no me he enterado hasta esta mañana, hace un rato. Como Kérandec ya no tenía aguardiente ni le quedaba un céntimo, ha cogido el alcohol de la lámpara que le dio el señor y se lo han bebido entre los cuatro, tanto como quedaba en la botella. La comadre Kérandec está muy mal.»

Me había puesto mis ropas a toda prisa y, cogiendo un bastón, decidido a darles una somanta de palos a todas esas bestias humanas, corrí a casa del jardinero.

La recién parida agonizaba, borracha de alcohol mineral, junto al cadáver

amoratado de su hijo.

Kérandec, la guardesa y la alta Kermagan roncaban en el suelo.

Yo tuve que cuidarme de la mujer, que murió hacia el mediodía.

*

El viejo médico se había callado. Volvió a coger la botella de aguardiente, se sirvió una nueva copita y, tras haber hecho correr otra vez a través del rubio licor la luz de las lámparas que parecía crear en su copa el efecto de un jugo claro de topacios fundidos, se mandó al coleto el líquido pérfido y caliente de un trago.

EL JOVEN SOLDADO*

Todos los domingos, tan pronto como estaban libres, los dos jóvenes soldados se ponían en camino.

Al salir del cuartel torcían a la derecha, atravesaban Courbevoie a grandes pasos rápidos, como si hicieran un paseo militar; luego, en cuanto habían dejado atrás las casas, seguían, con un andar más tranquilo, la carretera general polvorienta y desnuda que lleva a Bezons.

Eran menudos, flacos, como invisibles bajo sus capotes demasiado anchos, demasiado largos, cuyas mangas cubrían sus manos, incómodos en sus pantalones rojos, holgados en exceso, que les obligaban a abrir las piernas para ir deprisa. Y bajo el chacó rígido y alto, sus caras casi no se veían, dos pobres caras chupadas de bretones, ingenuas, de una ingenuidad casi animal, con unos ojos azules de dulce y tranquilo mirar.

De camino no hablaban nunca, avanzaban enfrascados en la misma idea que suplía la conversación, porque habían encontrado, a la entrada del bosquecillo de Champioux, un lugar que les recordaba su tierra natal, y sólo se sentían bien allí.

En el cruce de caminos de Colombes y de Chatou, apenas habían llegado bajo los árboles, se quitaban los morriones que les pesaban en la cabeza y se secaban la frente.

Se paraban siempre un momento en el puente de Bezons para contemplar el Sena. Se estaban allí dos o tres minutos, doblados, inclinados sobre el pretil; o bien observaban la cuenca de Argenteuil, por donde pasaban raudas las velas blancas e inclinadas de los clippers, que, quizá, les recordaban el mar bretón, el puerto de Vannes, próximo a su casa, y las barcas de pesca que cruzaban por Morbihan rumbo a alta mar.

Una vez pasado el Sena, compraban sus provisiones en la charcutería, la panadería y la taberna del pueblo. Un trozo de morcilla, cuatro sueldos de pan y un litro de vino peleón constituían sus víveres, que se llevaban envueltos en sus pañuelos. Pero, no bien salían del pueblo, se ponían a caminar a paso muy lento y a hablar.

Delante de ellos, una planicie yerma, salpicada de sotillos, llevaba al bosque, al bosquecillo que les había parecido semejante al de Kermarivan. Los campos de trigo

y de avena bordeaban el estrecho camino que se perdía entre el verde tierno de las mieses, y Jean Kerderen le decía cada vez a Luc Le Ganidec:

—Es igualito a los alrededores de Plounivon.

—Sí, exactamente igual.

Se iban lado a lado, llena la mente de vagos recuerdos de su tierra natal, llena de imágenes despertadas, de imágenes ingenuas como las estampitas coloreadas de a un sueldo. Volvían a ver un trozo de tierra, un seto, un fragmento de páramo, un cruce de caminos, una cruz de granito.

Se paraban también cada vez junto a una piedra que señalaba el límite de una propiedad, pues les recordaba vagamente el dolmen de Locneuven.

Todos los domingos, al llegar al primer sotillo, Luc Le Ganidec cogía una ramita, una varita de avellano; y se ponía a pelarla mientras pensaba en la gente de su tierra.

Jean Kerderen llevaba las provisiones.

De vez en cuando, Luc aludía a un nombre, recordaba un hecho de su infancia, unas pocas palabras que le hacían fantasear largo rato. Y poco a poco, su tierra natal, su lejana y querida tierra natal se volvía a posesionar de ellos, les invadía, les mandaba a través del espacio sus formas, sus rumores, sus horizontes familiares, el olor de la verde landa recorrida por el aire marino.

Ya no sentían las exhalaciones del estercolero parisino que abona los terrenos de la periferia, sino el aroma de los juncos floridos, que recoge y se lleva el viento salino de alta mar. Y las velas de los remeros que se avistaban desde la orilla eran para ellos las velas de los buques costeros entrevistas al fondo de la extensa llanura que llegaba en su tierra hasta el borde de las olas.

Luc Le Ganidec y Jean Kerderen andaban a pasitos cortos, contentos y tristes, embargados de una dulce tristeza, una tristeza morosa y penetrante de animal enjaulado que recuerda.

Y cuando Luc había terminado de pelar la varita de su corteza, llegaban al lugar del bosque donde comían todos los domingos.

Volvían a encontrar los dos ladrillos que habían escondido dentro de un matorral y encendían un pequeño fuego de ramas para asar las morcillas en la punta del cuchillo.

Y una vez que habían almorzado, comido su pan hasta la última miga y bebido su vino hasta la última gota, se quedaban sentados en la hierba, uno al lado del otro, sin decirse nada, mirando a lo lejos, con los párpados pesados, los dedos entrelazados como en misa, sus piernas rojas estiradas junto a las amapolas del campo; y el cuero de sus chacós y el cobre de sus botones relucían al sol abrasador, hacían pararse a las alondras que cantaban mientras revoloteaban sobre sus cabezas.

Hacia mediodía comenzaban a dirigir, de vez en cuando, sus miradas hacia el pueblo de Bezons, porque estaba a punto de pasar la muchacha de la vaca.

Pasaba por delante de ellos todos los domingos para ir a ordeñar y llevar su vaca al establo, la única vaca del pueblo que era llevada a comer hierba, paciendo en un estrecho prado en la linde del bosque, más lejos.

No tardaban en ver llegar a la moza, único ser humano que atravesaba los campos, y se sentían regocijados por los reflejos brillantes que despedía el cubo de hojalata al ser herido por los rayos del sol. Nunca hablaban de ella. Tan sólo se sentían contentos al verla, sin comprender el porqué.

Era una alta muchacha fornida, pelirroja y tostada por el sol abrasador de los días claros, una alta muchacha atrevida del campo de París.

En una ocasión, viéndoles sentados en el mismo lugar, les dijo:

—Buenos días…, vienen ustedes siempre aquí, por lo que veo.

Luc Le Ganidec, más osado, balbució:

—Sí, venimos a descansar.

Eso fue todo. Pero, al domingo siguiente, ella se sonrió al verlos, se sonrió con una benevolencia protectora de mujer despabilada que intuía su timidez, y preguntó:

—¿Qué hacen ahí? ¿Ver crecer la hierba?

Luc, divertido, también sonrió:

—Tal vez sí.

Ella continuó:

—Eh, pues no crece muy deprisa.

Él replicó sin dejar de sonreír:

—Pues la verdad es que no.

Ella se fue. Pero al volver con el cubo lleno de leche se detuvo de nuevo delante de ellos y les preguntó:

—¿No quieren un sorbito? Les hará recordar su tierra.

Con su instinto de persona de la misma raza, quizá también ella alejada de su casa, había comprendido y visto con acierto.

Se quedaron los dos muy emocionados. Entonces ella, no sin esfuerzo, vertió un poco de leche por el gollete de la botella de cristal en que traían su vino; y Luc bebió el primero, a sorbitos, parándose a cada momento para mirar de no excederse de su parte. Luego le pasó la botella a Jean.

Ella permanecía en jarras de pie delante de ellos, con el cubo en el suelo a sus pies, contenta del gusto que les daba.

Luego se fue exclamando:

—¡Bueno, adiós; hasta el domingo!

Y ellos siguieron con la vista, mientras pudieron, su alta silueta que se iba, disminuía y parecía perderse entre el verdor de las plantas del terreno.

Cuando dejaron el cuartel, a la semana siguiente, Jean le dijo a Luc:

—¿No deberíamos comprarle alguna cosa buena?

Se vieron en un gran aprieto ante el problema de qué golosina elegir para la muchacha de la vaca.

Luc proponía un pedazo de salchicha, pero Jean, que era goloso, prefería unos caramelos. Se acabó imponiendo su opinión y compraron, en una tienda de comestibles, por dos sueldos, unos caramelos blancos y rojos.

Comieron más deprisa que de costumbre, inquietos por la espera.

Jean la vio primero:

—Ahí va —dijo.

Luc apostilló:

—Sí. Ahí va.

Ella reía de lejos al verles y exclamó:

—¿Anda todo bien?

Ellos respondieron a la vez:

—¿Y usted qué tal?

Entonces ella se puso a charlar, habló de cosas sencillas que les interesaban, del tiempo, de la cosecha y de sus amos.

Ellos no se atrevían a regalarle los caramelos que se fundían poquito a poco en el bolsillo de Jean.

Finalmente, Luc se atrevió y murmuró:

—Le hemos traído una cosa.

Ella preguntó:

—¿Qué es?

Entonces Jean, rojo como un tomate, cogió el delgado cucurucho de papel y se lo alargó.

Ella se puso a chupar los dulces que se pasaba de una mejilla a la otra y que formaban unas protuberancias debajo de la carne. Los dos soldados, sentados delante de ella, la miraban, emocionados y embelesados.

Luego ella se fue a ordeñar su vaca y les dio de nuevo leche a su vuelta.

Pensaron en la moza toda la semana, y hablaron de ella varias veces. Al domingo siguiente, ella fue a sentarse a su lado para charlar más rato, y los tres juntos, uno al lado del otro, la mirada perdida en la distancia y las rodillas abrazadas por sus manos cruzadas, contaron pequeños sucesos y detalles de sus respectivos pueblos natales, mientras la vaca, a lo lejos, viendo parada a la moza en el camino, volvía hacia ella su pesada cabeza de húmedos ollares y mugía largamente para llamarla.

La muchacha no tardó en aceptar tomar un bocado con ellos y un vasito de vino. A menudo les traía ciruelas en el bolsillo, pues era la temporada. Su presencia espabilaba a los dos jóvenes soldados bretones que hablaban como cotorras.

Ahora bien, un martes, Luc Le Ganidec pidió un permiso, cosa que nunca hacía, y no regresó hasta las diez de la noche.

Jean, inquieto, se preguntaba por qué razón había podido salir así su compañero.

Al viernes siguiente, Luc, tras haber pedido prestados diez sueldos a su vecino de cama, pidió de nuevo y obtuvo una autorización para ausentarse durante unas horas.

Y cuando se puso en camino con Jean para el paseo del domingo, tenía un aire extraño, estaba muy agitado y cambiado. Kerderen no comprendía qué le pasaba, aunque tenía alguna vaga sospecha, sin acabar de adivinar de qué podía tratarse.

No cruzaron palabra hasta llegar a su lugar de costumbre, cuya hierba habían aplastado a fuerza de sentarse en el mismo sitio; y comieron con calma. No tenían hambre ni uno ni otro.

No tardó en aparecer la muchacha. La miraban acercarse como hacían todos los domingos. Cuando estuvo muy cerca, Luc se levantó y dio dos pasos. Ella dejó su cubo en el suelo y le dio un beso. Le besó fogosamente, echándole los brazos al cuello, sin preocuparse de Jean, sin pensar que estaba allí, sin reparar en él.

Y él, el pobre Jean, permanecía desconcertado, a tal punto que no comprendía el porqué, trastornada el alma y destrozado el corazón, sin conciencia aún de ello.

Luego la muchacha se sentó al lado de Luc y se pusieron a charlar.

Jean no les miraba, pues ahora intuía por qué había salido su compañero dos veces durante la semana y sentía en su interior una humillante tristeza, una especie de herida, ese desgarro que producen las traiciones.

Luc y la muchacha se levantaron para ir juntos a buscar la vaca.

Jean los siguió con la mirada. Los vio alejarse uno al lado del otro. El pantalón rojo de su compañero creaba una mancha resplandeciente en el camino. Fue Luc quien cogió el mazo y golpeó en la estaca que retenía al animal.

La muchacha se agachó para ordeñarla, mientras con una mano distraída acariciaba el lomo afilado del animal. Luego dejaron el cubo sobre la hierba y se perdieron dentro del bosque.

Jean no veía más que la cortina de hojas por la que habían penetrado; y se sentía tan turbado que, de haber tratado de levantarse, seguramente se habría desplomado.

Permanecía inmóvil, anonadado de asombro y de dolor, de un dolor ingenuo y profundo. Tenía ganas de llorar, de largarse, de esconderse, de no ver nunca más a nadie.

De pronto los vio salir del bosquecillo. Volvían tranquilamente cogidos de la mano, como hacen los novios en los pueblos. Era Luc quien llevaba el cubo.

Se besaron de nuevo antes de separarse, y la muchacha se fue tras haberle soltado a Jean un buenas tardes amigable y dirigirle una sonrisa de inteligencia. Aquel día no pensó en invitarle a un poco de leche.

Los dos jóvenes soldados se quedaron el uno al lado del otro, inmóviles como siempre, silenciosos y serenos, sin que la placidez de su rostro dejara traslucir nada de cuanto turbaba su corazón. El sol caía sobre ellos. La vaca mugía, a veces,

mirándoles a distancia.

A la hora de costumbre, se levantaron para volver.

Luc pelaba una varita, Jean llevaba la botella vacía. La dejó en la bodega de Bezons. Luego tomaron por el puente, y, como cada domingo, se pararon en medio para contemplar unos instantes el discurrir del agua.

Jean se inclinaba, se inclinaba más y más sobre la barandilla de hierro, como si hubiera visto en la corriente algo que le atraía. Luc le dijo: «¿Es que quieres beber un trago?». Cuando pronunció la última palabra, la cabeza de Jean hizo bascular el resto, las piernas levantadas describieron un círculo en el aire y el joven soldado azul y grana cayó como un pedrusco, entró y desapareció en el agua.

Con un nudo de angustia en la garganta, Luc trataba en vano de gritar. Vio más lejos moverse algo; luego la cabeza de su compañero emergió a la superficie del río, para volver a desaparecer enseguida.

Más lejos aún, percibió, de nuevo, una mano, una sola mano que asomaba del río, y volvía a zambullirse en él. Eso fue todo.

Los marineros que acudieron no encontraron el cuerpo aquel día.

Luc regresó solo al cuartel, a todo correr, trastocada la cabeza, y contó el accidente con los ojos y la voz bañados en lágrimas y sonándose a cada momento:

—Se inclinó…, se inclinó… tanto…, tanto que la cabeza se le venció… y…, y… se cayó…, se cayó…

Estrangulado por la emoción no consiguió decir más que:

—De haberlo él sabido…

UN LOCO*

Cuando murió era presidente de un alto tribunal, magistrado íntegro cuya vida irreprochable era citada en todos los juzgados de Francia. Los abogados, los jóvenes consejeros, los jueces saludaban con una inclinación hasta el suelo, en muestra de profundo respeto, su gran rostro blanco y delgado que iluminaban dos ojos brillantes de mirada penetrante.

Se había pasado la vida persiguiendo el crimen y protegiendo a los débiles. Timadores y asesinos no tenían enemigo más temible, pues parecía leer, en el fondo de sus almas, sus secretos pensamientos, y descubrir, de una simple mirada, todos los misterios de sus intenciones.

Había muerto a la edad de ochenta y dos años, cubierto de homenajes y seguido por el pesar de todo un pueblo. Unos soldados en pantalón rojo le habían escoltado hasta la tumba, y unos hombres con corbata blanca habían pronunciado ante su féretro palabras llenas de sentimiento y derramado lágrimas que parecían sinceras.

Ahora bien, he aquí el extraño escrito que el notario, espantado, descubrió en el secreter donde solía guardar bajo llave los expedientes de los grandes criminales.

Se titulaba:

¿POR QUÉ?

20 de junio de 1851. Salgo de la sesión. ¡He condenado a Blondel a muerte! ¿Por qué mató ese hombre a sus cinco hijos? ¿Por qué? A menudo se encuentran personas para las que acabar con una vida es un placer. Sí, debe de ser un placer, quizá el mayor de todos, pues ¿no es matar lo que más se asemeja a crear? ¡Hacer y destruir! ¡Estas dos palabras encierran la historia del universo, toda la historia de los mundos, todo cuanto existe, todo! ¿Por qué es embriagador matar?

25 de junio. Y pensar que un ser vive, camina, corre… ¿Un ser? ¿Qué es un ser? ¡Esa cosa animada, que lleva en sí el principio del movimiento y una voluntad reguladora de ese movimiento! Y esta cosa no está apegada a nada. Sus pies no están arraigados en el suelo. Es una pequeña partícula de vida que se mueve sobre la tierra; y esta partícula, llegada de no se sabe dónde, puede eliminarse como se quiera.

Entonces, nada, ya nada. Se pudre, se acabó.

26 de junio. ¿Por qué, pues, es un crimen matar? Sí, ¿por qué? Por el contrario, es la ley de la naturaleza. Todo ser tiene por misión matar: mata para vivir y mata por matar. Matar es algo inherente a nuestro temperamento; ¡hay que matar! La bestia mata sin cesar, todo el día, en todo momento de su existencia. El hombre mata sin cesar para alimentarse, pero, como tiene necesidad también de matar por placer, ¡ha inventado la caza! El niño mata a los insectos que encuentra, a los pajarillos, a todos los animalitos que caen en sus manos. Pero ello no bastaba para satisfacer la irresistible necesidad de cometer estragos que sentimos. No basta con matar al animal, necesitamos matar también al hombre. En otros tiempos, esta necesidad se veía satisfecha con los sacrificios humanos. Hoy, la necesidad de vivir en sociedad ha hecho del asesinato un delito: ¡el asesino es condenado y castigado! Pero, como no conseguimos vivir sin satisfacer este imperioso y natural instinto de muerte, nos desahogamos, de vez en cuando, con las guerras en las que un pueblo entero degüella a otro. Es entonces una orgía de sangre, una orgía que hace enloquecer a los ejércitos, y que exalta también a los burgueses, a las mujeres y a los niños que leen por la noche, junto a la lámpara, el relato exaltado de las masacres.

¡Y podría pensarse que se desprecia a quienes están destinados a ejecutar tales carnicerías de hombres! Pues no. ¡Se les abruma de honores! Se les reviste con entorchados y ropas relucientes; llevan plumas en la cabeza, adornos en el pecho; y se les conceden cruces, recompensas, títulos de todo género. ¡Ellos están orgullosos, son respetados, queridos por las mujeres, aclamados por la multitud, ¡únicamente porque tienen por misión derramar sangre humana! Arrastran por las calles sus instrumentos de muerte que el paseante vestido de negro mira con ojos de envidia. ¡Pues matar es la gran ley establecida por la naturaleza en el corazón del ser! ¡No hay nada más hermoso ni más honorable que matar!

30 de junio. Matar es la ley; porque la naturaleza ama la eterna juventud. Parece gritar en todos sus actos inconscientes: «¡Rápido, rápido, rápido!». Cuanto más destruye, más se renueva.

2 de julio. El ser, ¿qué es el ser? Todo y nada. Gracias al pensamiento es el reflejo de todo. Gracias a la memoria y la ciencia es un compendio del mundo, cuya historia encierra. ¡Espejo de las cosas y espejo de los hechos, cada ser humano se convierte en un pequeño universo dentro del universo!

¡Viajad, observad el hervidero de razas, y veréis que el hombre ya no es nada!, ¡nada de nada! Subid en una barca y alejaos de la orilla llena de gente, y no tardaréis en divisar nada más que la costa. El ser imperceptible desaparece, de tan pequeño e insignificante como es. Atravesad Europa en un tren rápido, y mirad por la ventanilla.

Hombres, hombres, siempre hombres, innumerables, desconocidos, que hormiguean en los campos, que hormiguean en las calles; estúpidos campesinos que apenas si saben arar la tierra; mujeres horrendas que apenas si saben preparar las sopas al varón y engendrar hijos. Id a la India, id a la China y veréis también pulular miles de millones de seres que nacen, viven y mueren sin dejar más huella que una hormiga aplastada en el camino. Id a los países de los negros, que viven en chozas de barro, a los países de los árabes blancos, cobijados en tiendas de color pardo que oscilan al viento, y comprenderéis que el ser aislado, individual, no es nada, absolutamente nada. ¿Acaso la raza lo es todo? ¿Qué es el ser, un ser cualquiera de una tribu errante por el desierto? Y esas personas, que son cuerdas, no se preocupan de la muerte. El hombre no cuenta para ellos. Se mata al enemigo: es la guerra. Así también se hacía en otros tiempos, de un castillo a otro, de una provincia a otra.

Sí, recorred el mundo y observad el hervidero de seres humanos innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Ah! ¡He aquí el quid de la cuestión! ¡Matar es un crimen porque hemos cuantificado a los seres! Cuando nacen, se les inscribe, se les da un nombre, se les bautiza. ¡La ley les hace suyos! ¡Eso es! El ser que no está registrado no cuenta: ¡matadle en un páramo o en un desierto, matadle en una montaña o en el llano, qué más da! ¡La naturaleza ama la muerte; ella no castiga!

¡Lo sagrado, por ejemplo, es el Registro Civil! ¡Eso es! Es él el que defiende al hombre. ¡El ser es sagrado porque está inscrito en el Registro Civil! Respeto, pues, al Registro Civil, al Dios legal. ¡Postraos de rodillas!

El Estado puede matar, porque tiene derecho a modificar el Registro Civil. Cuando ha hecho degollar a doscientos mil hombres en una guerra, los tacha de su Registro Civil, los suprime por medio de sus escribanos. Se acabó. Pero nosotros, que no podemos modificar los documentos de los ayuntamientos, debemos respetar la vida. Registro Civil, gloriosa Divinidad que reinas en los templos de las municipalidades, yo te saludo. Puedes más que la naturaleza. ¡Ja, ja!

3 de julio. ¡Matar debe de ser un placer extraño y sabroso, encontrarse delante a un ser vivo, pensante, y hacerle un orificio, nada más que un orificio, y ver brotar esa cosa roja que es la sangre, que es la vida, y no tener ya delante más que un montón de carne fofa, fría, inerte, vacía de pensamiento!

5 de agosto. Yo me he pasado la vida juzgando, condenando, matando con unas simples palabras, matando con la guillotina a quienes habían matado con el cuchillo, yo, si hiciera como todos los asesinos a los que he castigado, ¿quién lo sabría?

10 de agosto. ¿Quién lo sabría jamás? ¿Sospecharían de mí, sobre todo si eligiera a un ser que no tengo ningún interés en eliminar?

15 de agosto. ¡La tentación! Sí, ha entrado en mí como un gusano que roe. Roe y avanza; se pasea por mi cuerpo entero, por mi espíritu, que no piensa ya sino en esto: matar; en mis ojos, que tienen necesidad de observar la sangre, de ver morir; en mis oídos, por donde pasa sin cesar algo desconocido, horrible, desgarrador y enloquecedor, como el último grito de un ser; en mis piernas, que se estremecen del deseo de ir, de ir al lugar donde ello ocurrirá; en mis manos, que tiemblan de la necesidad de matar. ¡Qué hermoso debe de ser, raro, digno de un hombre libre, por encima de los demás, amo y señor de su corazón y que busca sensaciones refinadas!

22 de agosto. No podía ya resistirme. He matado a un animalito, para probar, para empezar.

Jean, mi criado, tenía un jilguero en una jaula colgada en la ventana de la antecocina. Le he mandado a hacer un encargo, y he cogido al pajarillo en mi mano, en mi mano en la que sentía latir su corazón. Él tenía calor. He subido a mi habitación. Cada vez lo apretaba con más fuerza; su corazón latía más rápido; era algo atroz y delicioso. Casi lo he ahogado. Pero no hubiera visto sangre.

Entonces he cogido unas tijeras, unas tijeras cortas para las uñas, y le he hecho tres cortes, muy suavemente, en la garganta. Él abría el pico, hacía esfuerzos por escapárseme, pero yo lo sujetaba, ¡oh, cómo lo sujetaba!; ¡habría sido capaz de tener cogido a un dogo, y he visto correr la sangre! Tenía ganas de bebérmela. ¡He mojado la punta de mi lengua en ella! Es buena. ¡Pero tenía tan poca ese pobre pajarillo! No me ha dado tiempo de disfrutar de esta visión como me hubiera gustado. Debe de ser algo magnífico ver sangrar a un toro.

Y luego he hecho como los asesinos, como los de verdad. He lavado las tijeras, me he lavado las manos, he tirado el agua y he llevado el cuerpo, el cadáver, al jardín para enterrarlo. Lo he escondido debajo de un fresal. No lo encontrarán nunca. Yo me comeré todos los días una fresa de esa planta. La verdad, ¡cómo puede disfrutarse de la vida cuando se sabe hacerlo!

Mi criado ha llorado; cree que su pájaro se ha escapado. ¿Cómo podría sospechar de mí? ¡Ja, ja!

25 de agosto. ¡He de matar a un hombre! He de hacerlo.

30 de agosto. Lo hice. ¡Qué poca cosa es!

Había ido a pasearme por el bosque de Vernes. No pensaba en nada, no, en nada. Veo a un niño en el camino, un chiquillo que se estaba comiendo una rebanada de pan con mantequilla.

Se detiene para verme pasar y dice:

—Buenos días, señor presidente.

Y me ha venido el pensamiento a la cabeza: «¿Y si lo matara?».

Respondo:

—¿Estás solo, chaval?

—Sí, señor.

—¿Totalmente solo en el bosque?

—Sí, señor.

Las ganas de matar me embriagaban como el alcohol. Me acerqué muy despacio, convencido de que iba a escaparse. Y he aquí que le cogí de la garganta… ¡Se la apreté, se la apreté con todas mis fuerzas! ¡Él me miraba con unos ojos aterradores! ¡Qué ojos! ¡Totalmente redondos, profundos, cristalinos, terribles! ¡Nunca había sentido una emoción tan brutal…, pero tan breve! Él asía mis muñecas con sus manitas, y su cuerpo se retorcía como una pluma en el fuego. Luego dejó de agitarse.

El corazón me latía aceleradamente, ¡ah, el corazón del pajarillo! Arrojé el cuerpo a la cuneta, luego lo cubrí de hierba.

Regresé, cené bien. ¡Qué poco cuesta! Por la noche estaba muy alegre, ligero, rejuvenecido, pasé la velada en casa del prefecto. Le parecí de lo más ingenioso.

¡Pero no he visto la sangre! Estoy tranquilo.

30 de agosto. Se ha descubierto el cadáver. Se busca al asesino. ¡Ja, ja!

1 de septiembre. Se ha detenido a dos merodeadores. No hay pruebas.

2 de septiembre. Los padres han venido a verme. ¡Han llorado! ¡Ja, ja!

6 de octubre. No se ha descubierto nada. Habrá sido obra de algún vagabundo de paso. ¡Si hubiera visto correr la sangre, creo que ahora estaría tranquilo!

10 de octubre. Siento en los tuétanos las ganas de matar. Es algo comparable a los desvaríos del amor que le torturan a uno a los veinte años.

20 de octubre. Otro más. Iba por la orilla del río, después de comer. Y vi, bajo un sauce, a un pescador adormilado. Era mediodía. En un patatal próximo, había una azada que parecía dejada allí expresamente para mí.

La cogí, volví atrás; la levanté como una maza y, de un solo golpe, con el filo, le partí la cabeza al pescador. ¡Oh! ¡Éste sangró! ¡Una sangre roja, mezclada con cerebro! ¡Iba a parar al agua, muy despacio! Me fui con paso serio. ¡Si me hubieran visto! ¡Ja, ja! Habría hecho el papel de un excelente asesino.

25 de octubre. El caso del pescador arma un gran revuelo. Se acusa del asesinato a su sobrino, que pescaba con él.

26 de octubre. El juez de instrucción afirma que el sobrino es culpable. Todo el

mundo así lo cree en la ciudad. ¡Ja, ja!

27 de octubre. El sobrino hace de sí una pésima defensa. Afirma que había ido al pueblo a comprar pan y queso. Jura que mataron a su tío en su ausencia. ¿Quién le creerá?

28 de octubre. El sobrino ha estado a punto de confesar, de tanto como le han hecho perder la cabeza. ¡Ja, ja, la justicia!

15 de noviembre. Existen pruebas aplastantes contra el sobrino, que tenía que heredar de su tío. Yo presidiré la audiencia.

25 de enero. ¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte! ¡Le he hecho condenar a muerte! ¡Ja, ja! ¡El fiscal ha hablado como un ángel! ¡Ja, ja! Otro más. ¡Iré a verle ejecutar!

10 de marzo. Se acabó. Ha sido guillotinado esta mañana. ¡Está muerto, pero que bien muerto! ¡Eso me ha gustado! ¡Qué hermosa cosa es verle cortar la cabeza a un hombre! ¡La sangre ha brotado como una oleada, como una oleada! ¡Oh! De haber podido, me habría gustado bañarme en ella. ¡Qué ebriedad tumbarse debajo, recibirla en mi pelo y en mi rostro, e incorporarme todo rojo, todo rojo! ¡Ah, si la gente supiera!

Ahora esperaré, puedo esperar. Bastaría tan poco para dejarme sorprender.

.....

El manuscrito contenía muchas páginas más, pero sin relatar ningún crimen nuevo.

Los médicos alienistas a quienes les fue entregado afirman que en el mundo existen muchos locos desconocidos, tan hábiles y temibles como ese monstruoso demente.

EL SEÑOR PARENT*

I

El pequeño Georges, a gatas por la alameda, hacía montañitas de arena. Las acumulaba con sus dos manos, las elevaba en forma de pirámide y luego plantaba sobre ellas una hoja de castaño.

Su padre, sentado en una silla de hierro, le contemplaba con reconcentrada y amorosa atención, sólo tenía ojos para él en aquel pequeño parque público lleno de gente.

A todo lo largo del vial que circunda el estanque y pasa por delante de la iglesia de la Trinité para volver bordeando el césped, había otros niños ocupados también en sus jueguecitos infantiles de bestezuelas, mientras las niñeras, indiferentes, miraban al aire con sus ojos inexpresivos, o las madres charlaban entre sí, vigilando a la chiquillería sin quitarles ojo de encima.

Unas nodrizas se paseaban, de dos en dos, con aire grave, dejando flotar tras de sí los largos cintajos llamativos de sus gorritos y llevando en brazos algo blanco envuelto en encajes, mientras unas chiquillas, con faldilla y las piernas desnudas, hablaban entre sí muy serias entre una y otra carrera en pos de los aros, y el vigilante del parque, con guerrera verde, vagaba por entre toda aquella multitud de chavales, desviándose continuamente para no derribar construcciones, aplastar manos y entorpecer el trabajo de hormigas de aquellos graciosos renacuajos humanos.

El sol estaba a punto de desaparecer tras los tejados de la rue Saint-Lazare y lanzaba sus grandes rayos oblicuos sobre aquella muchedumbre infantil y engalanada. Los castaños se iluminaban de resplandores amarillos, y las tres cascadas, delante del alto pórtico de la iglesia, parecían de plata líquida.

El señor Parent miraba a su hijo acuclillado en el polvo: seguía cariñosamente sus menores gestos, parecía mandar besos con la punta de los labios a todos los movimientos de Georges.

Pero, tras haber alzado la vista hacia el reloj del campanario, cayó en la cuenta de que llevaba un retraso de cinco minutos. Entonces se levantó, cogió al pequeño del brazo, sacudió su ropa llena de tierra, secó sus manos y se lo llevó hacia la rue

Blanche. Apretaba el paso para no llegar a casa después de su mujer; y el crío, que no podía seguirle, caminaba muy deprisa a su lado a pasitos cortos.

Entonces el padre le cogió en brazos y, apretando más aún el paso, se puso a resoplar de cansancio mientras subía por la acera en cuesta. Era un hombre de unos cuarenta años, de pelo ya entrecano, un tanto gordo, que llevaba con aire inquieto una buena panza de mozo regalón al que los acontecimientos habían vuelto apocado.

Se había casado, unos años antes, con una joven por la que sentía un gran cariño, la cual le trataba ahora con la aspereza y la prepotencia de un déspota todopoderoso. Le reñía continuamente por todo lo que hacía y por todo lo que no hacía, reprochándole con acritud hasta sus menores acciones, sus hábitos, sus simples gustos, sus aficiones, sus trazas, sus ademanes, su voluminosa panza y la plácida entonación de su voz.

Pese a ello, él la seguía queriendo, pero a quien quería sobre todo era al hijo que había tenido de ella, Georges, de tres años ya de edad, que se había convertido en la mayor alegría y en la mayor preocupación de su corazón. Rentista modesto, vivía sin empleo con sus veinte mil francos de renta; y su mujer, casada sin dote, se indignaba sin cesar por la falta de actividad de su marido.

Por fin llegó a su casa, depositó al niño en el primer peldaño de la escalera, se secó la frente y comenzó a subir.

Al llegar al segundo piso, llamó.

Una vieja criada que lo había criado, una de esas sirvientas mandonas que son los tiranos de las familias, salió a abrir; y él preguntó con angustia:

—¿Ha vuelto la señora?

La criada se encogió de hombros:

—Pero ¿desde cuándo ha visto el señor volver a la señora a las seis y media?

Él respondió con tono molesto:

—Está bien, mejor, pues así me dará tiempo de cambiarme, ya que estoy muy acalorado.

La sirvienta lo miraba con irritada y despectiva compasión. Gruñó:

—Ya veo, está sudando a mares; el señor ha corrido, quizá ha cogido al niño en brazos, y todo ello para esperar a la señora hasta las siete y media. Soy yo la que ya no se preocupa de tenerlo todo listo para la hora. Preparo la cena para las ocho, y si hay que esperar, ¡peor para ustedes, ya que el asado no debe estar quemado!

El señor Parent fingía no oír; murmuró:

—Está bien, está bien. Hay que lavarle las manos a Georges, que ha estado haciendo masilla con la arena. Yo voy a cambiarme. Dígale a la doncella que asee bien al niño.

Y se fue a su aposento. Apenas hubo entrado, echó el pestillo para estar solo, solo del todo, absolutamente solo. Estaba, ahora, tan acostumbrado a verse traído a mal

traer y tratado duramente que no se consideraba seguro si no era con la protección de la cerradura. Ya no se atrevía siquiera a pensar, a reflexionar, a razonar consigo mismo, si no se sentía protegido por una vuelta de llave contra las miradas y las suposiciones. Tras dejarse caer en una silla, para descansar un poco antes de cambiarse, pensó que Julie estaba volviéndose otro peligro en casa. Saltaba a la vista que odiaba a su mujer; y sobre todo odiaba a Paul Limousin, quien, tras haber sido el compañero inseparable en su vida de soltero, se había convertido, cosa rara, en el amigo íntimo de la familia. Limousin hacía de amortiguador entre Henriette y él y la defendía, incluso viva y severamente, de los reproches inmerecidos, de las escenas tormentosas, de todas las miserias diarias de su vida.

Pero he aquí que, pronto haría seis meses, Julie se permitía continuas observaciones y críticas malévolas sobre su ama. La juzgaba sin cesar y repetía veinte veces al día: «Yo que usted no me dejaría manejar como un títere. Pero en fin, en fin…, allá cada uno con su carácter».

Un día se había mostrado incluso insolente con Henriette, que se había limitado a decirle, por la noche, a su marido: «¿Sabes? A la próxima insolencia, la echo». Sin embargo, ella, que parecía no arredrarse ante nada, temía a la vieja criada, lo cual Parent atribuía a la consideración que le tenía por haberle criado a él y haber cerrado los ojos a su madre.

Pero ahora ya no era así, las cosas no podían seguir de aquel modo por más tiempo; y él temblaba sólo de pensar lo que podía suceder. ¿Qué haría? Despedir a Julie se le antojaba una decisión tan temible que ni siquiera se atrevía a tomarla en consideración. Darle la razón en contra de su mujer era algo también impensable; y estaba convencido de que antes de un mes la situación se volvería insostenible entre las dos mujeres.

Permanecía sentado, con los brazos colgándole, pensando vagamente en cómo conciliarlo todo y sin ocurrírsele nada. Entonces murmuró:

—Afortunadamente, tengo a Georges… Sin él, sería muy desgraciado.

Luego se le ocurrió ir a consultar a Limousin; se decidió a hacerlo; pero enseguida el recuerdo de la enemistad surgida entre su criada y su amigo le hizo temer que éste le aconsejara su despido; y nuevamente se perdió en sus angustias e incertidumbres.

El reloj dio las siete. Tuvo un sobresalto. ¡Las siete, y todavía no se había cambiado de ropa! Entonces, espantado, sofocado, se desvistió, se lavó, se puso una camisa blanca y volvió a vestirse precipitadamente, como si le esperasen en el cuarto de al lado para un acontecimiento de suma importancia.

A continuación entró en el salón, feliz de no tener ya nada que temer.

Hojeó un poco el periódico, fue a mirar a la calle, volvió a sentarse en el canapé; pero se abrió una puerta y entró su hijo, aseado, peinado, sonriente. Parent le cogió en

brazos y lo besó con pasión. Lo besó primero en el pelo, luego en los ojos, a continuación en las mejillas, en la boca y en las manos. Luego lo hizo saltar por los aires, lo lanzó hasta el techo sujetándole de las muñecas. Acto seguido se sentó, fatigado por el esfuerzo; y, tomando a Georges sobre una rodilla, le hizo hacer «el caballito».

El niño reía encantado, agitaba los brazos, lanzaba grititos de placer y también el padre reía y gritaba de contento, sacudiendo su grueso vientre, divirtiéndose más aún que el propio pequeño.

Le quería con todo su buen corazón de débil, de resignado, de martirizado. Le quería con unos impulsos locos, con unas grandes caricias arrebatadas, con todo el cariño vergonzoso que se guardaba para sí, que nunca había tenido posibilidad de expresión, de expansión, ni siquiera en los primeros tiempos de matrimonio, al haberse mostrado siempre su mujer seca y reservada.

Julie apareció en la puerta, el rostro pálido, la mirada reluciente y anunció con voz trémula de la exasperación:

—Son las siete y media, señor.

Parent lanzó una mirada inquieta y resignada al reloj y murmuró:

—En efecto, son las siete y media.

—Tengo la cena ya lista.

Presintiendo el chaparrón, se esforzó en evitarlo:

—¿No me ha dicho, a mi vuelta, que la tendría preparada para las ocho?

—¡Para las ocho! ¡Ni pensarlo, por supuesto! ¿No querrá hacer comer ahora al niño a las ocho? Y si lo dije, era una manera de hablar. Pero le aseguro que hacer comer al pequeño a las ocho le estropearía el estómago. ¡Claro que si fuera por su madre! ¡Ella no se ocupa en absoluto de su hijo! La verdad sea dicha: ¡ésta sí que es una madre de verdad! ¿No es una pena ver madres así?

Parent, temblando de la inquietud, comprendió que tenía que cortar aquella peligrosa escena.

—Julie —dijo—, no te permito que hables así de tu ama. ¿Te ha quedado claro? ¡Pues no lo olvides para el futuro!

La vieja criada, abochornada del asombro, le dio la espalda y salió dando un portazo con tal fuerza que hizo tintinear los cristales de la araña. Durante unos segundos, hubo como un ligero y vago repique de campanillas invisibles que ondeó por el aire silencioso del salón.

Georges, primero sorprendido, se puso a dar palmas del contento, e, hinchando sus carrillos, lanzó un gran «bum» con toda la fuerza de sus pulmones para imitar el ruido de la puerta.

Entonces su padre le contó unas historias; pero la preocupación le hacía perder en todo momento el hilo de su relato; y el pequeño, sin comprender ya nada, ponía unos

ojos como platos del asombro.

Parent no apartaba la mirada del reloj. Le parecía ver avanzar la manecilla. Hubiera querido detener la hora, detener el tiempo hasta la vuelta de su mujer. No estaba enfadado con Henriette porque volviera con retraso, pero tenía miedo, miedo de ella y de Julie, miedo de todo cuanto podía suceder. Diez minutos de más bastarían para provocar una irreparable catástrofe, explicaciones y agresiones que no se atrevía siquiera a imaginar. Sólo de pensar en la discusión, en los gritos, en los insultos cruzando el aire como balas, en las dos mujeres cara a cara mirándose de hito en hito y lanzándose hirientes improperios, le hacía palpitar el corazón, le secaba la boca como una caminata a pleno sol, le dejaba para el arrastre, a tal punto que era incapaz siquiera de levantar al niño y de hacerle saltar sobre su rodilla.

Dieron las ocho; se volvió a abrir la puerta y reapareció Julie. No tenía ya su aire irritado, sino un aire de resolución malvada y fría, más temible aún.

—¡Señor —dijo—, serví a su madre hasta el último día, le he cuidado también a usted desde su cuna hasta el día de hoy! Creo que se puede decir que me he consagrado a la familia…

Ella esperó una respuesta.

Parent balbució:

—Es cierto, mi querida Julie.

Ella prosiguió:

—Sabe perfectamente que no he hecho nunca nada por interés material, sino siempre en interés de usted; que nunca le he engañado ni mentido; que nunca ha tenido nada que reprocharme…

—Es cierto, mi querida Julie.

—Pues bien, señor, las cosas no pueden seguir así. Es por afecto hacia usted por lo que le he tenido a oscuras. Pero las cosas se pasan ya de castaño oscuro, y todos se burlan de usted en el barrio. Haga lo que le parezca, pero todos lo saben y es preciso que yo se lo diga, aunque ello no vaya a beneficiarme en nada. Si la señora hace estos horarios de puro capricho es porque hace cosas horribles.

Él permanecía espantado, sin comprender. No pudo más que balbucear:

—Cállate… Sabes que te he prohibido…

Ella le cortó la palabra con una decisión irrevocable.

—No, señor, he de contárselo todo ahora. Hace tiempo que la señora le traiciona con el señor Limousin. Yo les he visto más de veinte veces besarse detrás de las puertas. ¡Oh, si el señor Limousin hubiera sido rico, la señora no se habría casado sin duda con usted! Si recuerda cómo se concertó la boda, lo comprenderá todo de pe a pa…

Parent se había levantado, lívido, balbuceando:

—Cállate…, cállate… o…

Ella continuó:

—No, se lo contaré todo. La señora se casó con el señor por interés; y le engañó desde el primer día. Existía un acuerdo entre ellos, ¡ya lo creo que existía! Basta con pensar un poco para darse cuenta. Así pues, no contenta la señora con haberse casado con usted sin quererle, le ha puesto las cosas difíciles, tan difíciles que me ha destrozado el corazón a mí que lo veía…

Él dio dos pasos, con los puños apretados, repitiendo: «¡Cállate…, cállate!» porque no sabía qué replicar.

La vieja criada no se echó atrás; parecía decidida a todo.

Pero Georges, primero estupefacto, luego espantado por aquellas voces amenazadoras, se puso a chillar. De pie detrás de su padre, con el rostro contraído y la boca abierta, berreaba.

El clamor de su hijo exasperó a Parent, le llenó de valor y de furor. Se abalanzó sobre Julie, con los dos brazos levantados, dispuesto a golpearle con las manos, y gritando:

—¡Ah, miserable! ¡Espantas al pequeño!

Estaba a punto de pegarle cuando ella le soltó a la cara:

—Puede pegarme el señor si le place. A mí que le he criado… ¡Lo que no quita que su mujer le traicione y que ese niño no sea de usted!…

Él se detuvo de golpe, dejando caer los brazos; y permanecía delante de ella tan desconcertado que no comprendía ya nada.

Ella añadió:

—¡Basta con ver al pequeño para reconocer al padre, naturalmente! Es el vivo retrato del señor Limousin. Sólo hay que ver sus ojos y su frente. Se daría cuenta hasta un ciego…

Pero él la había cogido por los hombros zarandeándola con todas sus fuerzas y balbuceando:

—¡Víbora…, más que víbora! ¡Fuera de aquí, víbora!… ¡Vete o te mato!… ¡Vete! ¡Vete!…

Y con un esfuerzo desesperado le dio un empellón que la lanzó hacia la estancia contigua. Ella fue a parar sobre la mesa puesta, haciendo caer los vasos, que se rompieron. Luego, tras levantarse y correr hacia el otro lado de la mesa para que el amo que la perseguía no la cogiera, siguió espetándole a la cara palabras terribles:

—¡Sólo tiene el señor que salir…, esta noche…, después de cenar… y volver luego enseguida…., y lo verá!…, ¡verá si miento!… Pruebe el señor… y ya verá.

Ella había alcanzado la puerta de la cocina y escapó. Él corrió detrás de ella, subió la escalera de servicio hasta el cuarto de la criada, donde ésta se había encerrado, y llamó a la puerta:

—Vas a dejar la casa ahora mismo.

Ella respondió a través de la hoja:

—Puede el señor contar con ello. Dentro de una hora no estaré ya aquí.

Entonces él volvió a bajar lentamente agarrándose al pasamano para no caerse; y regresó al salón, donde Georges lloraba, sentado en el suelo.

Parent se derrumbó sobre una silla y miró al niño como un lelo. No comprendía ya nada; no sabía ya nada; se sentía aturdido, anonadado, loco, como si acabara de darse un golpe en la cabeza; apenas si recordaba las cosas horribles que le había dicho su criada. Luego, poco a poco, su razón, como un agua turbia, se calmó y se aclaró; y la horrible revelación comenzó a atormentar su corazón.

Julie había hablado tan claro, con tal vehemencia, seguridad y sinceridad que ya no dudó de su buena fe, pero él se obstinaba en poner en duda su clarividencia. Podía haberse equivocado, cegada por su abnegación hacia él, movida por un odio inconsciente contra Henriette. Pero, a medida que trataba de tranquilizarse y de convencerse, mil pequeños hechos se despertaban en su recuerdo, palabras de su mujer, miradas de Limousin, un montón de nimiedades inobservadas, casi imperceptibles, de salidas a hora tardía, de ausencias simultáneas e incluso de gestos casi insignificantes pero extraños, que no había sabido ver ni comprender y que ahora adquirían para él suma importancia, establecían una relación entre ellos. Todo cuanto había pasado desde su noviazgo surgía bruscamente en su memoria sobreexcitada por la angustia. Lo recordaba todo, inflexiones especiales, actitudes sospechosas; y su pobre espíritu de hombre tranquilo y bueno, corroído por las dudas, le mostraba ahora, como certezas, lo que habrían podido ser aún nada más que sospechas.

Buceaba con una obstinación encarnizada en sus cinco años de matrimonio, tratando de recordarlo todo, mes por mes, día por día; y cada cosa inquietante que descubría le punzaba en el corazón como un aguijón de avispa.

Ya no pensaba en Georges, que ahora se estaba callado, sentado en la alfombra. Pero, al ver que no se ocupaba de él, el crío rompió de nuevo a llorar.

Su padre se le acercó, lo cogió en sus brazos y le cubrió la cabeza de besos. ¡Al menos le quedaba su hijo! ¿Qué importaba todo lo demás? Le sostenía, le estrechaba, con la boca en su pelo rubio, aliviado, consolado, balbuciendo: «Georges…, mi pequeño Georges, mi querido pequeño Georges…». Pero de repente recordó lo que le había dicho Julie… Sí, había dicho que su hijo era de Limousin… ¡Oh, eso no era posible, bajo ningún concepto! No, no podía creerlo, no podía dudarlo siquiera un segundo. ¡Ésa era una de esas odiosas infamias que germinan en las almas innobles de la servidumbre! Repetía: «Georges…, mi querido Georges». La criatura, acariciada, se había callado de nuevo.

Parent sentía el calor de su pechito penetrar en el suyo a través de las telas. Le llenaba de amor, de coraje, de alegría; ese dulce calor de niño le acariciaba, le fortificaba, le salvaba.

Entonces separó un poco de él la linda cabecita de pelo rizado para mirarla con pasión. La contemplaba ávidamente, como loco, embriagándose de verla y repitiendo en todo momento:

—¡Oh!, ¡mi pequeño…, mi pequeño Georges!…

Pensó de repente: «¡Y, sin embargo, si se pareciera a Limousin!…».

Tuvo una sensación extraña, atroz, una punzante y violenta sensación de frío en todo el cuerpo, en cada uno de sus miembros, como si de golpe sus huesos se hubieran vuelto de hielo. ¡Oh!, si se pareciera a Limousin…, y seguía mirando a Georges, que ahora reía. Le observaba con mirada perdida, turbia, huraña. Y buscaba en la frente, en la nariz, en la boca, en las mejillas, tratando de encontrar algo de la frente, de la nariz, de la boca y de las mejillas de Limousin.

Su pensamiento se extraviaba, como cuando se está a punto de enloquecer, y el rostro del niño se transformaba bajo su mirada, adquiría extraños aspectos, parecidos inverosímiles.

Julie había dicho: «Hasta un ciego se daría cuenta». ¡Había, pues, algo de patente, algo de innegable! Pero ¿el qué? ¿La frente? ¡Tal vez sí! ¡Sin embargo, Limousin tenía la frente más estrecha! Entonces, ¿la boca? ¡Pero si Limousin llevaba barba! ¿Cómo establecer una relación entre la gordita barbilla del niño y la barbilla peluda de aquel hombre?

Parent pensaba: «No consigo ver…, no consigo encontrar…, estoy demasiado agitado… ahora no sabría reconocer nada… ¡Tengo que esperar! Mañana por la mañana, al levantarme, tendré que observarlo bien».

Luego pensó: «¡Pero si se pareciera a mí estaría salvado!, ¡salvado!».

Y atravesó el salón de dos zancadas para ir a examinar en el espejo la cara de su hijo al lado de la suya.

Mantenía a Georges sentado en su brazo, a fin de que sus rostros estuvieran muy cerca, y hablaba en voz alta, tanto era su extravío… «Sí…, tenemos la misma nariz…, la misma nariz…, quizá…, no es seguro…, y la misma mirada… Pero no, él tiene los ojos azules… Entonces…, ¡oh, Dios mío!…, ¡Dios mío!…, ¡Dios mío!…, ¡me estoy volviendo loco!… ¡No quiero ver más…, me estoy volviendo loco!…»

Se fue lejos del espejo, al otro extremo del salón, se dejó caer en un sillón, depositó al pequeño en otro y rompió a llorar. Lloraba con grandes sollozos desesperados. Georges, espantado de oír gemir a su padre, comenzó enseguida a berrear.

Sonó el timbre de la entrada. Parent dio un salto, como si le hubiera atravesado una bala. Dijo:

—Ahí está… ¿qué voy a hacer?…

Y corrió a encerrarse en su habitación para tener tiempo al menos de secarse los ojos. Pero, tras unos segundos, un nuevo timbrazo le hizo estremecerse de nuevo;

luego recordó que Julie se había ido sin que la doncella hubiera sido avisada de ello. Así pues, ¿nadie iría a abrir? ¿Qué hacer? Fue él.

He aquí que de repente se sentía valiente, decidido, dispuesto al disimulo y a la lucha. La espantosa impresión le había hecho madurar en unos instantes. Y además quería saber; lo quería con un furor de tímido y una tenacidad de bonachón fuera de sus casillas.

¡Sin embargo, temblaba! ¿Era de miedo? Sí… ¿Acaso tenía miedo aún de ella? ¡Quién sabe cuánta cobardía espoleada se esconde en la audacia!

Tras llegar a la puerta de puntillas, se detuvo a escuchar. El corazón le latía aceleradamente; sólo oía este ruido: unas grandes palpitaciones en el pecho y la vocecita aguda de Georges que seguía berreando en el salón.

De repente, el sonido del timbre que estalló sobre su cabeza le sacudió como si fuera una explosión; entonces acercó la mano a la cerradura, y, jadeando, desfalleciente, dio vuelta a la llave y tiró de la hoja.

Su mujer y Limousin estaban de pie delante de él en la escalera.

Ella dijo con un aire de asombro que dejaba traslucir cierta irritación:

—¿Así que ahora eres tú quien abre? ¿Dónde está, pues, Julie?

Él tenía un nudo en la garganta, la respiración fatigosa; y se esforzaba en responder, pero sin poder pronunciar una palabra.

Ella prosiguió:

—¿Te has vuelto mudo? He preguntado que dónde está Julie.

Entonces él balbució:

—Se… ha…, se… ha… ido…

Su mujer comenzaba a enfadarse:

—¿Cómo que se ha ido? ¿Dónde? ¿Y por qué?

Él iba recobrando poco a poco su aplomo y sentía nacer dentro de sí un odio mordaz contra esa mujer insolente que estaba de pie delante de él.

—Sí, se ha ido definitivamente… La he despedido.

—¿Que has despedido a Julie?… Pero ¿es que te has vuelto loco?

—Sí, la he despedido porque se ha puesto insolente… y ha maltratado al niño.

—¿Julie?

—Sí…, Julie.

—¿Y en qué se ha mostrado insolente?

—Sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí…, porque se le había quemado la cena y tú no volvías.

—Pero ¿qué ha dicho?

—Ha dicho… cosas descorteses de ti… y que yo no debía…, no podía escuchar…

—¿Qué cosas?

—Es inútil repetirlas.

—Quiero saberlas.

—Pues ha dicho que es una gran desgracia para un hombre como yo haberse casado con una mujer como tú, impuntual, de vida desordenada, despreocupada, mala ama de casa, mala madre y mala esposa…

La joven había entrado en la antesala, seguida de Limousin, que no decía esta boca es mía ante aquella situación inesperada. Ella cerró bruscamente la puerta, tiró su abrigo sobre una silla y se fue hacia su marido balbuceando, exasperada:

—¿Dices…, dices… que yo soy…?

Él estaba muy pálido, muy sereno. Respondió:

—Yo no digo nada, querida; simplemente te repito las palabras de Julie, que tú has querido saber; y quisiera hacerte observar que yo la he puesto de patitas en la calle justamente por estas palabras.

Ella se estremecía de unas ganas locas de arrancarle la barba y las mejillas con sus uñas. Notaba la rebelión en la voz de él, en su tonillo y en la forma de hablarle, aunque ella no pudiera replicar nada; y trataba de retomar la ofensiva mediante alguna palabra directa e hiriente.

—¿Has cenado? —preguntó ella.

—No, he esperado.

Ella se encogió de hombros con impaciencia.

—Es estúpido esperar después de las siete y media. Hubieras tenido que comprender que me he visto retenida, que tenía algunos asuntos que despachar, ir de compras.

Y de repente sintió necesidad de explicarle lo que había hecho, y le contó, con breves y arrogantes palabras, que había tenido que ir a elegir unos objetos de decoración, lejos, muy lejos, a la rue de Rennes, y de vuelta se había encontrado con Limousin a las siete pasadas, en el boulevard Saint-Germain, y le había pedido que la acompañara a comer algo, porque estaba muerta de hambre y no se atrevía a entrar sola en un restaurante. He aquí que había cenado con Limousin, si se podía llamar cenar a eso, porque no habían tomado más que un caldo y medio pollo por las prisas de volver.

Parent se limitó a responder:

—Has hecho bien. No te lo reprocho.

Limousin, que hasta ese momento había permanecido en silencio, casi escondido detrás de Henriette, se adelantó y le tendió la mano murmurando:

—¿Todo bien?

Parent estrechó blandamente la mano que le tendían:

—Sí, todo bien.

Pero la joven había captado una palabra en la última frase de su marido.

—Reproches… ¿Por qué hablas de reproches?… Se diría que quieres hacerme alguno.

Él se excusó:

—No, en absoluto. Sólo quería decirte que no estaba preocupado por tu retraso y que no te acusaba de nada.

Ella reaccionó con arrogancia, buscando un pretexto de disputa.

—¿Mi retraso?… Cualquiera diría que es la una de la mañana y que me paso las noches fuera…

—No, querida. He dicho «retraso» porque no encuentro otra palabra. Tenías que volver a las seis y media y has llegado a las ocho y media. ¡Si esto no es retraso! Lo comprendo perfectamente. No…, no…, tampoco me asombro. Pero…, pero… no consigo dar con otra palabra.

—Lo dices en un tono como si hubiera dormido fuera de casa…

—Pues no…, no…

Ella comprendió que él cedería siempre y estaba a punto de entrar en la habitación cuando finalmente se dio cuenta de que Georges berreaba. Entonces preguntó con el rostro demudado:

—¿Qué le pasa al niño?

—Te he dicho que Julie le había maltratado un poco.

—¿Qué ha hecho esa asquerosa?

—Casi nada…, le ha dado un empujón y se ha caído.

Ella quiso ir a verle y se fue corriendo al comedor, deteniéndose de golpe delante de la mesa con el vino derramado, las botellas y los vasos rotos, los saleros volcados.

—¿Qué es todo este desastre?

—Ha sido Julie que…

Furiosa, ella le cortó la palabra:

—¡Esto es demasiado! Julie me trata de desvergonzada, pega a mi hijo, rompe mi vajilla, pone la casa patas arriba y parece que tú encuentras todo esto de lo más normal.

—No…, puesto que la he despedido.

—¡La verdad!… ¡La has despedido!… Pero hubieras tenido que hacerla detener.

¡En estos casos, es al comisario de policía a quien se llama!

Él balbució:

—Pero… querida…, no podía…, no se justificaba… La verdad, era muy difícil…

Ella se encogió de hombros con un infinito desprecio.

—Siempre serás un pendejo, un pobre hombre, un desgraciado carente de voluntad, firmeza y energía. ¡Ah, debe de haberte dicho cosas duras, tu Julie, para que decidieras echarla! Me hubiera gustado estar aquí aunque sólo fuera un minuto, un minuto nada más.

Después de haber abierto la puerta del salón, corrió hacia Georges, le levantó, le estrechó en sus brazos:

—Georget, ¿qué te pasa, gatito mío, tesoro mío, mi amor?

Acariciado por su madre, se calló. Ella repitió:

—¿Qué te pasa?

Él respondió, sin haber visto bien con sus ojos de niño asustado:

—Zulie ha pegado a papá.

Primero asombrada, Henriette se volvió hacia su marido. Pero luego se despertaron unas ganas locas de reír en su mirada, cruzaron como un temblor por sus tersas mejillas, alzaron su labio superior, encogieron las aletas de su nariz y por último brotaron de su boca en un chorro cristalino de gozo, en una cascada de alegría, sonora y viva como un gorgorito pajaril. Ella repetía, con grititos malvados que salían por entre sus dientes blancos y desgarraban a Parent como si fueran mordiscos:

—¡Ja, ja, ja, ja!… Te ha… pegado… ¡Ja, ja, ja!… Tiene gracia…, tiene gracia… Ya ves, Limousin. Julie le ha pegado…, pegado… Julie ha pegado a mi marido… ¡Ja, ja, ja!…, ¡tiene gracia!…

Parent balbuceaba:

—No…, no…, eso no es cierto…, no es cierto… Al contrario, he sido yo quien la ha empujado hacia el comedor con tal fuerza que ha derribado la mesa. El niño no lo ha visto bien. ¡He sido yo quien le ha atizado!

Henriette decía a su hijo:

—Repite, cariñito. ¡Ha sido Julie quien ha pegado a papá!

Él respondió:

—Sí, ha sido Zulie.

Luego, pasando de repente a otra idea, prosiguió:

—Pero ¿no ha cenado este niño? ¿No has comido nada, querido?

—No, mamá…

Entonces ella se volvió, furibunda, hacia su marido:

—¡Estás loco, loco de atar! ¡Son las ocho y media y Georges sin cenar!

Él se excusó, azorado por la escena y la explicación, aplastado bajo ese hundimiento de su vida.

—Pero, querida, si te estábamos esperando. No quería cenar sin ti. Como todos los días vuelves con retraso, pensaba que llegarías de un momento a otro.

Ella tiró el sombrero, que llevaba puesto hasta ese momento, sobre el sillón y dijo con voz nerviosa:

—Es realmente insoportable tener que arreglárselas con personas que no entienden nada, que no se dan cuenta de nada, que no saben hacer nada por sí mismas. ¡Así, si hubiera vuelto a medianoche, el niño no habría cenado nada! ¡Como si fueras incapaz de comprender que, pasadas las siete y media, existía algún impedimento, un retraso o algún contratiempo!…

Parent temblaba, sintiendo que le dominaba la ira; pero Limousin se interpuso y, volviéndose hacia la joven, dijo:

—Es usted muy injusta, mi querida amiga. Parent no podía adivinar que volvería usted tan tarde, lo que no sucede nunca; y además, ¿cómo quiere que se las apañara completamente solo, tras haber despedido a Julie?

Pero Henriette, fuera de sí, respondió:

—Pues tendrá que apañárselas como pueda, porque yo no pienso ayudarle. ¡Que espabile!

Y entró precipitadamente en su habitación, habiéndose olvidado ya de que su hijo no había cenado.

Entonces Limousin se desvivió, de repente, por ayudar a su amigo. Recogió y se llevó los vasos rotos que cubrían la mesa, volvió a poner los cubiertos y sentó al niño en su trona de largas patas, mientras Parent fue a buscar a la doncella para que les sirviera.

Ésta llegó con cara de pasmo, pues no había oído nada desde el cuarto de Georges, donde estaba trabajando.

Trajo la sopa, la pierna de cordero quemada y luego puré de patata.

Parent se había sentado al lado de su hijo, lleno de zozobra, trastornada la mente por aquella catástrofe. Hacía comer al pequeño, trataba de comer también él, trinchaba la carne, la masticaba y la engullía no sin esfuerzo, como si su garganta hubiera estado paralizada.

Entonces, se fue despertando poco a poco en su alma un deseo loco de mirar a Limousin, que estaba sentado enfrente de él y hacía bolitas con migas de pan. Quería ver si se parecía a Georges. Pero no se atrevía a levantar los ojos. Hasta que finalmente se decidió, echando una rápida mirada a aquel rostro que conocía bien, tratando de reconocer las menores líneas, los menores rasgos, las menores expresiones; y luego miraba a continuación a su hijo fingiendo hacerle comer.

Dos palabras resonaban en sus oídos: «¡Su padre! ¡Su padre! ¡Su padre!». Zumbaban en sus sienes con cada latido de su corazón. Sí, ese hombre, ese hombre tranquilo, sentado al otro lado de la mesa, era quizá el padre de su hijo, de Georges,

de su pequeño Georges. Parent dejó de comer, no podía más. Un dolor atroz, uno de esos dolores que hacen gritar, tirarse por los suelos, morder las esquinas de los muebles, le desgarraba las entrañas. Ganas le dieron de coger su cuchillo y hundírselo en el estómago. Eso le hubiera aliviado, le hubiera salvado; se habría acabado todo.

Pues ¿podría seguir viviendo a partir de ahora? ¿Podría vivir, levantarse por la mañana, comer en la mesa, salir a la calle, irse a la cama por la noche y dormir con ese pensamiento clavado en su cabeza: «¡Limousin, el padre de Georges!…»? ¡No, no iba a tener ya fuerzas para dar un paso, para vestirse, para pensar en nada, para hablar con nadie! Cada día, a cada hora, a cada segundo, se preguntaría eso, trataría de saber, de adivinar, de sorprender ese horrible secreto. Y al pequeño, a su querido pequeño, no podría ya verle sin sufrir el tremendo dolor de la duda, sin sentirse desgarrado hasta las entrañas, torturado hasta la médula. Y tenía que seguir allí, quedarse en aquella casa al lado de aquel niño al que amaría y odiaría. Sí, acabaría seguramente por odiarle. ¡Qué suplicio! Si conseguía tener la certeza de que Limousin era el padre, quizá podría aplacarse, adormecerse en su desgracia, en su dolor… ¡Pero no saber era algo insoportable!

No saber, buscar siempre, sufrir siempre y abrazar continuamente a aquel niño, hijo de otro, llevarle de paseo, cogerle en brazos, sentir en los labios la caricia de su pelo tan fino, adorarle y pensar sin cesar: «Tal vez no es hijo mío…». ¿No sería mejor no verle más, abandonarle, dejar que se perdiera en la calle, o bien huir él, tan lejos que no oyera ya hablar de nada de todo ello?

Se sobresaltó al oír abrirse la puerta. Era su mujer.

—Tengo hambre —dijo—, ¿y usted, Limousin?

Limousin respondió, dudando:

—Para ser sinceros, también yo.

Y ella mandó traer la pierna de cordero.

Parent se preguntaba: «¿Han cenado? ¿O bien se han retrasado por una cita de amor?».

Ahora comían los dos con gran apetito. Henriette, tranquila, reía y bromeaba. Su marido también la espiaba a ella con miradas rápidas, que desviaba enseguida. Llevaba una bata rosa guarnecida de encajes blancos; y su cabeza rubia, su cuello lozano, sus manos regordetas surgían de aquella bonita indumentaria coquetona y perfumada, como de una concha orlada de espuma. ¿Qué había hecho durante todo el día con ese hombre? ¡Parent los veía abrazados, balbuciendo palabras apasionadas! ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado de nada, que no hubiera intuido nada viéndoles así el uno al lado de la otra, enfrente suyo?

¡Cómo debían de burlarse de él, si había sido engañado desde el primer día! ¿Era posible mofarse así de un hombre, de un buen hombre, porque su padre le había dejado un poco de dinero? ¿Por qué no se podía leer todo esto en el alma? ¿Cómo era

posible que nada revelara a los corazones rectos los fraudes de los corazones infames, que la voz fuera la misma para mentir que para adorar, y la mirada astuta que engaña semejante a la mirada sincera?

Los observaba, esperando un gesto, una palabra, una inflexión. De repente pensó: «Quiero sorprenderles esta noche». Y dijo:

—Querida, ya que he despedido a Julie, he de pensar en sustituirla enseguida. Salgo ahora mismo para conseguir una criada para mañana por la mañana. Regresaré quizá un poco tarde.

Ella respondió:

—Ve, no me moveré de aquí. Limousin me hará compañía. Te esperaremos.

Luego, volviéndose hacia la doncella, añadió:

—Vaya a acostar a Georges, luego recoja la mesa y suba a su habitación.

Parent se había levantado. Se tambaleaba sobre sus piernas, aturdido, tropezando. Murmuró: «Hasta ahora» y se dirigió hacia la salida apoyándose en la pared, pues el parqué se movía como una barca.

Georges se había ido en brazos de su nodriza. Henriette y Limousin pasaron al salón. En cuanto se cerró la puerta, él dijo:

—Pero ¿es que te has vuelto loca acosando así a tu marido?

Ella replicó:

—¡Ah!, ¿sabes?, comienza a molestarme esta actitud tuya de un tiempo a esta parte de presentar a Parent como un mártir.

Limousin se dejó caer en un sillón y, cruzando las piernas, dijo:

—Yo no lo presento en absoluto como un mártir, pero me parece que es ridículo, en nuestra situación, desafiar a ese hombre de la mañana a la noche.

Ella cogió un cigarrillo de la repisa de la chimenea, lo encendió y respondió:

—Pero si no lo desafío, muy al contrario; sólo que me irrita por su estupidez… y lo trato como se merece.

Limousin prosiguió con voz impaciente:

—¡Es de tontos lo que haces! Por lo demás, todas las mujeres sois iguales. Pero ¡cómo! Tenemos que vérnoslas con un buen hombre, demasiado bueno, idiotizado por la confianza y por la bondad, que no nos crea molestia alguna, que no sospecha de nosotros ni por un momento, que nos deja tan libres y tranquilos como queramos, y tú haces todo lo posible para hacerle rabiar y arruinarle la vida.

Ella se volvió hacia él:

—Escucha, ¡me resultas cargante! ¡Eres un cobarde, como todos los hombres! ¡Le temes a ese cretino!

Él se levantó rápidamente y, furioso, dijo:

—¡Ah!, ya me gustaría saber a mí qué te ha hecho para que estés tan resentida con él. ¿Acaso te hace desgraciada? ¿Te pega? ¿Te engaña? No, tiene delito hacer

sufrir a ese hombre sólo porque es demasiado bueno, y detestarle sólo porque tú le engañas.

Ella se acercó a Limousin y, mirándole fijamente, dijo:

—¿Eres tú, precisamente tú, quien me reprocha que le engaño? ¡Qué corazón más malvado tienes!

Él se defendió, un tanto avergonzado:

—Yo no te reprocho nada, querida, sólo te pido que trates un poco mejor a tu marido, porque los dos tenemos necesidad de su confianza. Me parece que deberías entenderlo.

Estaban muy cerca el uno del otro, él alto, moreno, con unas largas patillas, el aspecto vulgarote de un buen mozo satisfecho de sí mismo; ella graciosa, sonrosada y rubia, una joven parisina medio mujer galante, medio burguesa, nacida en una trastienda, educada en la puerta de un comercio para captar clientes con una mirada, y casada, precisamente gracias a estas miradas, con el ingenuo viandante que se había enamorado de ella por verla todos los días, al salir por la mañana y al volver por la tarde, delante de dicha puerta.

Y ella decía:

—Pero ¿es que no comprendes, so bobo, que precisamente le detesto porque me he casado con él, porque me compró, porque todo cuanto dice, todo cuanto hace, todo cuanto piensa me ataca los nervios? Me irrita continuamente por su estupidez que tú llamas bondad, por su zopenquería que tú llamas confianza, y luego, sobre todo, porque es mi marido, él, y no tú? Le noto entre nosotros dos, aunque no nos moleste en absoluto. ¿Y qué más?…, ¿qué más quieres? ¡No, es demasiado idiota por no sospechar nada después de tanto tiempo! Quisiera que estuviera un poco celoso al menos. Hay momentos en que me dan ganas de gritarle: «Pero ¿es que no ves nada, gran idiota, no comprendes que Paul es mi amante?».

Limousin se echó a reír:

—Mientras tanto, harás bien en morderte la lengua y no perturbar nuestra existencia.

—¡Oh!, no temas, no la perturbaré. Con ese imbécil no hay nada que temer. No, pero es increíble que no comprendas lo odioso que me resulta, lo nerviosa que me pone. Tú siempre has dado la impresión de apreciarle, de darle la mano con franqueza. Los hombres son sorprendentes a veces.

—Hay que saber disimular, querida.

—No se trata de disimulo, querido, sino de sentimientos. Cuando vosotros engañáis a un hombre, se diría que lo queréis por eso más, mientras que nosotras lo odiamos desde el mismo momento en que le hemos engañado.

—No veo por qué hay que odiar a un buen hombre al que se le quita la mujer.

—¿Es que no lo ves?… ¿Es que no lo ves?… ¡Es una delicadeza que a todos

vosotros os falta! ¿Cómo puedo explicártelo? Hay cosas que se sienten y no pueden expresarse con palabras. Y, según tú, ¿no se debe hacer?… ¡No, no conseguirás comprenderlo nunca, es inútil! Los hombres carecéis de sutileza.

Y sonriendo, con un afectuoso desprecio de lagarta, puso las manos sobre los hombros de él al tiempo que le ofrecía los labios. Él inclinó la cabeza hacia ella abrazándola, y sus labios se encontraron. Y como estaban de pie delante del espejo de la chimenea, otra pareja idéntica a ellos se besaba detrás del reloj.

No habían oído nada, ni el ruido de la llave, ni el chirrido de la puerta. Pero de pronto Henriette, soltando un agudo grito, rechazó con los brazos a Limousin, y vieron a Parent que les estaba mirando, lívido, con los puños apretados, enseñando los dientes y el sombrero puesto.

Y les miraba, a uno y a otra, con un movimiento rápido de los ojos, sin mover la cabeza. Parecía enloquecido. Luego, sin decir palabra, se abalanzó sobre Limousin, lo ciñó con los brazos como para ahogarlo, lo empujó hacia un rincón del salón con un empellón tan fuerte que el otro perdió el equilibrio y, agitando en el aire las manos, fue a dar violentamente con su cabeza contra la pared.

Pero Henriette, al comprender que su marido iba a matar a su amante, se arrojó sobre Parent, lo cogió del cuello y, hundiendo en su carne sus diez dedos finos y sonrosados, lo apretó tan fuerte, con sus nervios de mujer trastornada, que brotó la sangre bajo sus uñas. Y le mordía un hombro como si quisiera desgarrarlo con sus dientes. Parent, estrangulado, sofocado, soltó a Limousin, para sacudir a su mujer que le había agarrado del cuello a él; y, tras haberla cogido de la cintura, la estampó, de un solo empellón, contra el otro lado del salón.

Luego, una vez disipada la breve cólera propia de los bonachones, esa violencia sin reciedumbre de los débiles, se quedó en medio de los dos, jadeando, agotado, sin saber ya lo que debía hacer. Su furor brutal se había agotado en ese esfuerzo, como la espuma de un vino descorchado; y su insólita energía terminaba en un jadeo.

Tan pronto como pudo hablar, balbució:

—¡Fuera de aquí…, los dos…, inmediatamente…, fuera de aquí!

Limousin permanecía inmóvil en su rincón, pegado a la pared, demasiado despavorido para comprender nada aún, demasiado asustado para mover un solo dedo. Henriette, con las manos apoyadas en el velador, la cabeza inclinada hacia delante, despeinada, el corpiño abierto, el pecho desnudo, esperaba, semejante a una bestia que se dispone a saltar.

Parent prosiguió con voz más fuerte:

—¡Fuera de aquí inmediatamente!… ¡Fuera de aquí!

Al ver aplacada su exasperación del primer momento, su mujer se envalentonó, se irguió, dio dos pasos hacia él y, casi con insolencia, dijo:

—¿Es que has perdido la cabeza?… ¿Se puede saber qué te ha dado?… ¿A qué

viene esta vergonzosa agresión?

Él se volvió hacia ella, alzó el puño para matarla y, balbuceando, dijo:

—¡Oh!…, ¡oh!…, ¡es demasiado!…, ¡es demasiado!…, ¡lo he… lo he… oído todo!…, ¡todo!…, ¡todo!…, ¿comprendes?…, ¡todo!…, ¡miserable!…, ¡miserable! …, ¡Sois dos miserables!… ¡Fuera de aquí!…, ¡los dos!…, ¡inmediatamente!… ¡Os mataré!… ¡Fuera de aquí!…

Ella comprendió que no había nada que hacer, que él lo sabía, que no iba a poder alegar inocencia y que era preciso ceder. Pero le había vuelto toda su impudicia y todo su odio contra aquel hombre, incontenible ahora, la empujaba a la audacia, despertaba en ella una necesidad de desafío, una necesidad de provocación.

Dijo con voz clara:

—Vamos, Limousin. Ya que nos echa, me voy a su casa.

Pero Limousin no se movía. Parent, a quien dominaba de nuevo la ira, se puso a gritar:

—¡Fuera de aquí, pues!…, ¡fuera de aquí!…, ¡miserables!… ¡De lo contrario!…, ¡de lo contrario!…

Cogió una silla, que hizo voltear sobre su cabeza.

Entonces Henriette cruzó el salón con paso rápido, cogió a su amante del brazo, le arrancó de la pared donde parecía empotrado y se lo llevó hacia la puerta, repitiendo:

—Vamos, amigo mío, vamos… Ya ve que este hombre está loco… ¡Vamos!…

En el momento en que iban a salir, ella se volvió hacia su marido, pensando en lo que podía hacer, en lo que podía inventar para herirle en lo más vivo al abandonar esa casa. Y se le ocurrió una idea, una de esas ideas venenosas, mortales, en las que fermenta toda la perfidia de las mujeres.

Ella dijo, decidida:

—Quiero llevarme a mi hijo.

Parent, asombrado, balbució:

—¿Tu…, tu… hijo? ¿Tienes el valor de hablar de tu hijo?… ¿Te atreves…, te atreves a pedir a tu hijo…, después de que…, después de que…? ¡Oh, oh, oh!, ¡esto es demasiado! ¿Cómo te atreves? ¡Vete, asquerosa!… ¡Vete!…

Ella volvió hacia él, casi sonriente, sintiéndose casi vengada ya, y provocándole, muy cerca, cara a cara, le dijo:

—Quiero a mi hijo… y tú no tienes derecho a quedártelo porque no es tuyo…, ¿entiendes?, ¿entiendes bien?… No es tuyo…, es de Limousin.

Parent, trastornado, gritó:

—¡Mientes…, mientes…, miserable!

Pero ella prosiguió:

—¡Imbécil! Todo el mundo lo sabe, excepto tú. Te digo que aquí tienes a su padre. Pero si basta con mirarle para darse cuenta…

Parent retrocedía, trastabillando, delante de ella. Luego se volvió de repente, cogió una vela y se lanzó hacia la habitación contigua.

Volvió casi al instante, trayendo en sus brazos al pequeño Georges envuelto en las mantas de su cama. El niño, despertado de sobresalto, espantado, lloraba. Parent lo arrojó en las manos de su mujer, y luego, sin añadir palabra, la empujó con rudeza hacia fuera, hacia la escalera, donde Limousin esperaba por prudencia.

Luego él cerró la puerta, dio dos vueltas a la llave y echó el cerrojo. Apenas hubo regresado al salón, se desplomó de bruces sobre el parqué.

II

Parent vivió solo, completamente solo. Durante las primeras semanas subsiguientes a la separación, el asombro de su nueva vida le impidió pensar mucho. Había retomado su vida de soltero, su costumbre de callejear y comía en restaurantes, como antaño. Como quería evitar todo escándalo, pasaba a su mujer una pensión formalizada notarialmente. Pero, poco a poco, el recuerdo del niño comenzó a obsesionarle. A menudo, cuando estaba solo en casa, por la noche, se imaginaba de pronto que oía a Georges gritar «papá». Su corazón comenzaba al punto a palpitar y se levantaba rápido para abrir la puerta de la escalera y ver si, por casualidad, el pequeño había vuelto. Sí, habría podido volver como vuelven los perros y las palomas. ¿Por qué un niño había de tener menos instinto que un animal?

Tras haber reconocido su error, volvía a sentarse en su sillón, y pensaba en el pequeño. Pensaba durante horas enteras, días enteros en él. No sólo era una obsesión moral, sino también, y más aún, una obsesión física, una necesidad sensual, nerviosa de abrazarlo, de sostenerlo, de tocarlo, de tenerlo sobre sus rodillas, de alzarlo y hacerle hacer cabriolas. Se irritaba al solo recuerdo embriagador de las caricias pasadas. Sentía sus bracitos estrechando su cuello, su boquita depositando un gran beso en su barba, sus cortos cabellos cosquilleando su mejilla. Las ganas que sentía de esos dulces mimos perdidos, de la piel tersa, cálida y bonita ofrecida a sus labios, le enloquecían como el deseo de una mujer amada que ha desaparecido.

En la calle se ponía a llorar repentinamente al pensar que podría tener, caminando deprisa a su lado a pasitos cortos con sus piececitos, a su gordito Georget, como en otro tiempo, cuando le sacaba de paseo. Entonces regresaba a casa; y, con la cabeza entre las manos, sollozaba hasta la noche.

Luego, veinte, cien veces en un día se hacía esta pregunta: «¿Era o no el padre de Georges?». Pero sobre todo era por la noche cuando se entregaba a razonamientos interminables sobre esa idea. Apenas acostado, volvía a empezar, cada noche, la misma serie de argumentaciones desesperadas.

Tras la marcha de su mujer, al principio no había tenido dudas: el hijo era,

ciertamente, de Limousin. Pero luego poco a poco le entraron de nuevo. Evidentemente, no podía darse ningún crédito a la afirmación de Henriette. Lo había dicho para provocarle, tratando de desesperarle. Sopesando fríamente los pros y los contras, existían muchas probabilidades de que ella hubiera mentido.

Tal vez sólo Limousin hubiera podido decirle la verdad. Pero ¿cómo saber, cómo preguntarle, cómo hacerle confesar?

Y a veces Parent se levantaba en plena noche, decidido a ir a ver a Limousin, a rogarle, a ofrecerle todo lo que quisiera para poner fin a esa terrible angustia. Luego volvía a acostarse desesperado, tras haberse dicho que también el amante mentiría sin duda. Seguro que mentiría para impedir al verdadero padre recuperar a su hijo.

Entonces, ¿qué podía hacer? ¡Nada!

Y se sentía afligido por haber forzado los acontecimientos de aquel modo, por no haber pensado y haber perdido la paciencia, por no haber sido capaz de esperar y de fingir durante uno o dos meses, para poder comprobarlo así con sus propios ojos. Hubiera tenido que disimular sus sospechas y dejar que ellos se delataran poquito a poco. Le habría bastado con ver al otro abrazar al niño para comprenderlo. Un amigo no abraza como un padre. Hubiera tenido que espiarlos desde detrás de las puertas. ¿Cómo no se le había ocurrido? Si Limousin, al quedarse a solas con Georges, no le hubiera cogido enseguida, estrechado entre sus brazos, besado con pasión, si le hubiera dejado jugar con indiferencia, sin ocuparse de él, entonces no habría cabido ninguna duda: en ese caso ni era, ni se creía, ni se sentía su padre.

De ese modo él, Parent, echando a la madre, habría conservado a su hijo y habría sido feliz, muy feliz.

Revolviéndose en la cama, sudoroso y atormentado, trataba de recordar cómo era Limousin con el niño. Pero no le venía nada a la cabeza, absolutamente nada, ni un gesto, ni una palabra, ni una caricia sospechosa. Tampoco, por lo demás, la madre se ocupaba de su hijo. De haber sido del amante, sin duda le habría querido más.

Por tanto le habían separado de su hijo por simple venganza, por crueldad, para castigarle por haberlos sorprendido.

Y estaba decidido a ir, apenas se hiciera de día, al juzgado, para que le devolvieran a Georget.

Pero, acto seguido de haber tomado esta decisión, se convencía de lo contrario. Si Limousin había sido, desde el primer día, el amante de Henriette, el amante querido, tenía que haberse entregado a él con ese arrebato, esa naturalidad, ese ardor que hacen madres a las mujeres. La fría reserva que ella siempre había mostrado en sus relaciones íntimas con él, Parent, ¿no era acaso también un obstáculo para concebir un hijo suyo?

En ese caso, reclamaría, recuperaría, se quedaría para siempre y cuidaría al hijo de otro. No podría mirarle, abrazarle, oírle decir «papá» sin sentirse corroído y

desgarrado por este pensamiento: «No es hijo mío». ¡Se condenaría a ese suplicio a cada momento, a una vida desgraciada! ¡No! Era preferible quedarse solo, vivir solo, envejecer solo y morir solo.

Y cada día, cada noche se reanudaban esas atroces dudas y los tormentos que nadie podía aplacar o ahuyentar. Temía sobre todo, al caer la noche, la oscuridad, la tristeza del crepúsculo. Descendía a su corazón, con las tinieblas, una lluvia de dolor, se desataba un huracán de desesperación que le ahogaba y trastornaba. Temía sus pensamientos como si fueran malhechores, huía delante de ellos como un animal acosado. Pero sobre todo tenía miedo de su casa vacía, tan oscura y terrible, así como de las calles desiertas, donde uno brilla, a trechos, más que un mechero de gas, donde el viandante solitario que se oye a lo lejos nos parece un delincuente y hace aminorar o acelerar el paso, según si viene a nuestro encuentro o nos sigue.

Así Parent, a pesar suyo, por instinto, se dirigía hacia las grandes calles iluminadas y llenas de gente. Le atraían, le distraían, le aturdían la luz y la multitud. Luego, cuando se cansaba de dar vueltas, de vagabundear entre los remolinos de gente, cuando veía escasear los paseantes y más despejadas las aceras, el terror a la soledad y al silencio le empujaba hacia un gran café, lleno de parroquianos y de luz. Iba allí como los insectos van hacia la llama, se sentaba delante de un velador redondo y pedía una caña. Se la bebía despacio, preocupado cada vez que alguien se levantaba para irse. Hubiera querido cogerle de un brazo, retenerle, rogarle que se quedara un poco más, pues tanto era su temor al momento en que el camarero, de pie delante de él, le diría con tono furioso: «¡Venga, señor, vamos a cerrar!».

Porque era siempre el último, noche tras noche. Veía meter dentro las mesitas, apagar, uno a uno, los mecheros de gas, salvo dos, el suyo y el del mostrador. Observaba con mirada afligida a la cajera contar el dinero y guardarlo en la caja, y se iba, empujado afuera por los camareros que murmuraban: «¡Menudo zopenco! Se diría que no sabe dónde dar con sus huesos».

Y en cuanto volvía a encontrarse en la calle oscura, se ponía a pensar de nuevo en Georget y a devanarse los sesos, a torturarse la mente para descubrir si era o no el padre del niño.

Adquirió así la costumbre del café, donde el continuo codearse con los parroquianos hace que esté uno cerca de gente familiar y silenciosa, donde el humo denso de las pipas adormece las inquietudes, y la cerveza fuerte embota el espíritu y aplaca el corazón.

Se estableció allí. En cuanto se levantaba, iba a buscar en el café la proximidad de unas personas en las que ocupar su mirada y su pensamiento. Luego, por pereza de moverse, no tardó en empezar a comer también allí. Hacia mediodía golpeaba con un platito en el mármol del velador y el camarero le traía inmediatamente un plato, un vaso, una servilleta y el menú del día. Cuando terminaba de comer, se tomaba a

sorbitos el café, con la mirada fija en la botella de aguardiente, que, dentro de poco, le proporcionaría una hora de aturdimiento. Primero se mojaba los labios con el coñac, como para saborearlo, tomándole gusto únicamente con la punta de la lengua. Luego se lo echaba en la boca gota a gota, inclinando la cabeza hacia atrás, se hacía pasar lentamente el fuerte licor por el paladar, por las encías, por toda la mucosa de las mejillas, mezclándolo con la saliva clara que hacía segregar ese contacto. Acto seguido, rebajado por esta mezcla, se lo tragaba con concentración, sintiéndolo descender por el gaznate hasta dentro del estómago.

Después de cada comida, se tomaba así a sorbitos, durante más de una hora, tres o cuatro copitas que le atontaban poco a poco. Entonces inclinaba la cabeza sobre su panza, cerraba los ojos y dormitaba. Se despertaba hacia media tarde y alargaba enseguida la mano hacia la caña que el mozo le había puesto delante mientras descabezaba un sueño; luego, tras haber bebido, se levantaba del asiento de terciopelo rojo, se ajustaba el pantalón, se estiraba el chaleco hacia abajo para tapar la raya blanca que se veía entre ambos, sacudía el cuello de su chaqueta, sacaba los puños de su camisa fuera de las mangas y a continuación volvía a coger los periódicos que ya había leído por la mañana.

Los volvía a empezar de la primera a la última línea, incluida la publicidad, las demandas de empleo, los anuncios, la cotización de la Bolsa y la cartelera de espectáculos.

Entre las cuatro y las seis, se iba a dar una vuelta por los bulevares, para que le diera el aire, decía; luego volvía a sentarse en el sitio que le habían reservado y pedía su ajenjo.

Entonces charlaba con los parroquianos con quienes había entablado relación. Comentaban las noticias del día, los sucesos y los acontecimientos políticos: ello lo tenía ocupado hasta la hora de la cena. La noche transcurría igual que la tarde hasta el momento del cierre. Éste era para él el momento terrible, el momento en que tenía que volver a casa de noche, a su cuarto vacío, lleno de recuerdos espantosos, de pensamientos horribles y de angustias. Ya no veía a ninguno de sus viejos amigos, a ninguno de sus parientes, a nadie que pudiera recordarle su vida pasada.

Pero como su piso se volvía un infierno para él, tomó una habitación en un gran hotel, una bonita habitación del entresuelo para poder ver a los transeúntes. Ya no estaba solo en ese vasto establecimiento público; sentía un hervidero de gente a su alrededor; oía voces detrás de los tabiques; y cuando sus antiguos sufrimientos le acosaban demasiado cruelmente delante de su cama entreabierta y de su fuego solitario, salía a los amplios pasillos y se paseaba como un centinela, a lo largo de todas las puertas cerradas, mirando con tristeza los zapatos colocados delante de cada una de ellas, los encantadores botines de mujer acurrucados al lado de unos recios botines de hombre; y pensaba que toda esa gente era, sin duda, feliz y que dormían

amorosamente, uno al lado del otro o abrazados, en el calor de su cama.

Pasaron cinco años así; cinco años mortecinos, sin otros acontecimientos que unos amores de un par de horas, a dos luises, de vez en cuando.

Ahora bien, un buen día, en que estaba haciendo su paseo habitual entre la Madeleine y la rue Drouot, vio de repente a una mujer cuyo porte le llamó la atención. Un señor alto y un niño la acompañaban. Iban los tres delante de él. Se preguntaba: «¿Dónde he visto a estas personas?», y, de repente, reconoció el gesto de una mano: era su mujer, su mujer con Limousin y con su hijo, su pequeño Georges.

Aunque su corazón palpitaba hasta ahogarle, no se detuvo; quería verles; y les siguió. Se hubiera dicho un matrimonio, un matrimonio feliz de buenos burgueses. Henriette se apoyaba en el brazo de Paul, le hablaba dulcemente mientras le miraba a veces de refilón. Parent la veía entonces de perfil, reconocía la fisonomía graciosa de su rostro, los movimientos de su boca, su sonrisa y su mirada acariciante. Se sentía interesado sobre todo por el niño. ¡Qué alto y fuerte estaba! Parent no podía ver su cara, sino sólo el largo y rubio pelo rizado que le llegaba hasta el cuello. Era Georges ese muchacho alto de piernas desnudas, que iba, como un caballerete, al lado de su madre.

Al pararse delante de una tienda de modas, les vio de repente a los tres. Limousin había encanecido, estaba envejecido, había adelgazado; su mujer, por el contrario, más lozana que nunca, había engordado más bien; Georges estaba irreconocible, ¡tan distinto de otros tiempos!

Reanudaron su camino. Parent les siguió de nuevo, luego les adelantó a grandes pasos para volver atrás y mirarles a la cara de cerca. Cuando pasó junto al niño, le dieron ganas, unas ganas locas de cogerle en sus brazos y llevárselo. Le tocó, como por casualidad. El pequeño volvió la cabeza y miró a aquel torpe con cara de desagrado. Entonces Parent se fue a escape, conmocionado, perseguido, herido por esa mirada. Salió huyendo como un ladrón, dominado por el miedo horrible a haber sido visto y reconocido por su mujer y su amante. Se fue a todo correr hacia la cervecería, y se dejó caer, jadeante, en su asiento.

Esa tarde se tomó tres ajenjos.

Durante cuatro meses, guardó en su corazón la herida de ese encuentro. Todas las noches volvía a verles a los tres, felices y tranquilos, padre, madre e hijo, paseándose por el bulevar antes de volver a casa para cenar. Esa nueva visión borraba la antigua. Era otra cosa, otra alucinación ahora, y también otro dolor. ¡El pequeño Georges, su pequeño Georges, aquel al que tanto había querido y besado en otro tiempo, desaparecía en un pasado remoto y concluido, y él veía uno nuevo, como un hermano del primero, ¡un muchachito de pantorrillas desnudas, que no le conocía! Sufría espantosamente ante esta idea. El amor del pequeño estaba muerto; no existía ya ningún lazo entre ellos; el niño nunca ya le tendería los brazos al verle. Incluso le

había lanzado una mirada malvada.

Luego, poco a poco, su espíritu se serenó de nuevo; sus tormentos mentales se apaciguaron; la imagen que aparecía ante sus ojos y obsesionaba sus noches se tornó imprecisa, más rara. Se puso a vivir de nuevo más o menos como todo el mundo, como todos los ociosos que se toman cañas en mesas de mármol y gastan el fondo de sus pantalones contra el terciopelo raído de los asientos.

Envejeció en medio del humo de las pipas, perdió el pelo bajo la llama de las luces de gas, consideró como auténticos acontecimientos el baño semanal, el corte del pelo quincenal, la compra de una prenda nueva o de un sombrero. Cuando llegaba a la cervecería tocado con un nuevo cubrecabeza, se contemplaba largo rato en el espejo antes de sentarse, se lo ponía y se lo quitaba varias veces seguidas, se lo colocaba de diferentes maneras y le preguntaba finalmente a su amiga, la señora del mostrador, que le miraba con interés: «¿Le parece que me sienta bien?».

Iba al teatro dos o tres veces por año; y, en verano, pasaba algunas de sus veladas en un café concierto de los Campos Elíseos. Se traía de él melodías que resonaban durante varias semanas en su memoria y que incluso tarareaba, llevando el ritmo con el pie, sentado delante de su caña.

Los años pasaban lentos, monótonos y cortos porque estaban vacíos.

No sentía que pasaran para él. Se encaminaba hacia la muerte sin moverse, sin agitarse, sentado enfrente de un velador de cervecería; y sólo el gran espejo en el que apoyaba su cabeza cada día más calva reflejaba los estragos del tiempo que pasa y huye devorando a los hombres, a los pobres hombres.

Ya no pensaba sino raramente en el horrendo drama que había arruinado su vida, pues habían pasado veinte años desde la espantosa velada.

Pero la vida que había llevado desde entonces lo había estropeado, debilitado, agotado; y con frecuencia el dueño de la cervecería, el sexto desde que él era cliente, le decía: «Debería usted moverse un poco, señor Parent, debería tomar el aire, salir al campo. Le aseguro que al cabo de unos meses se sentiría como nuevo».

Y cuando su cliente acababa de salir, el dueño comunicaba sus reflexiones a la cajera:

—El pobre señor Parent no hace bien no saliendo nunca de París. Convénzale de que vaya a las afueras a tomarse un buen plato de pescado frito de vez en cuando, pues con usted tiene confianza. Tenemos encima el verano, eso le restablecerá.

La cajera, llena de compasión y de simpatía por aquel obstinado cliente, no hacía sino repetirle a Parent:

—¡Vamos, señor, decídase a ir a tomar el aire! ¡Es tan bonito el campo cuando hace buen tiempo! ¡Oh, si yo pudiera, me pasaría la vida en él!

Y le contaba sus sueños, los sueños poéticos y sencillos de todas las pobres muchachas encerradas desde principios hasta finales de año detrás de los cristales de

una tienda, viendo pasar la vida artificial y ruidosa de la calle, pensando en la vida tranquila y agradable del campo, en la vida bajo los árboles, bajo el sol radiante que inunda con su luz los pastos, los grandes bosques, los ríos de aguas cristalinas, las vacas echadas en la hierba y toda la diversidad de flores, todas las flores libres, azules, rojas, amarillas, violetas, lilas, rosas, blancas, tan hermosas, tan tiernas, tan fragantes, todas las flores de la naturaleza que se cogen mientras se pasea y con las que se hacen grandes ramos.

Disfrutaba hablando sin cesar de su deseo eterno, irrealizado e irrealizable; y él, pobre viejo sin esperanzas, disfrutaba escuchándola. Iba a sentarse ahora al lado del mostrador para charlar con la señorita Zoé y hablar con ella del campo. Así, poco a poco, le entraron unas ciertas ganas de ir a ver, por una vez, si se estaba realmente tan bien como decía ella fuera de la gran ciudad.

Una mañana le preguntó:

—¿Sabe usted dónde se puede comer bien en los alrededores de París?

Ella respondió:

—Vaya a la Terrasse de Saint-Germain. ¡Es tan bonita!...

Él se había paseado por allí en otro tiempo durante su noviazgo. Se decidió a volver.

Eligió un domingo, sin una razón especial, tan sólo porque es costumbre salir ese día, incluso cuando no se hace nada durante la semana.

Partió, pues, un domingo por la mañana para Saint-Germain.

Era a principios de julio, un día espléndido y caluroso. Apoyado en la puerta del compartimiento, miraba desfilar los árboles y las extrañas casitas de los alrededores de París. Se sentía triste, descontento de haber cedido a aquel deseo nuevo, que interrumpía sus costumbres. El paisaje cambiante y siempre igual le cansaba. Tenía sed; con gusto se habría bajado a cada parada para sentarse en el café entrevisto detrás de la estación, tomarse una caña o dos y volver a partir con el primer tren a París. Y el viaje le parecía largo, larguísimo. Podía permanecer sentado durante días enteros, a condición de tener siempre ante los ojos las mismas cosas inmóviles, pero le parecía enervante y fatigoso permanecer sentado mientras cambiaba de lugar, ver todo el territorio en movimiento mientras él permanecía inmóvil.

Sin embargo, el Sena le interesó cada vez que lo atravesaba. Bajo el puente de Chatou vio pasar algunas yolas empujadas por unos remeros de brazos desnudos que bogaban a todo trapo, y pensó: «¡Estos mocetones no deben, sin duda, aburrirse!».

La larga cinta del río que se desenrollaba bajo el puente de Le Pecq despertó en el fondo de su corazón un vago deseo de pasear por las orillas; pero ya el tren se introdujo en el túnel que precede a la Gare de Saint-Germain para detenerse al cabo de poco en la estación de destino.

Parent se apeó, y, pesado por el cansancio, se fue, con las manos tras la espalda,

hacia la Terrasse. Luego, tras llegar a la barandilla de hierro, se detuvo para contemplar el horizonte. La llanura inmensa se extendía enfrente de él, vasta como el mar, toda verde y poblada de grandes pueblos, populosos como ciudades. Blancas carreteras atravesaban aquel vasto territorio, salpicado a trechos de bosquecillos, los embalses del Vésinet brillaban como láminas de plata, y los lejanos collados de Sannois y de Argenteuil se dibujaban bajo una bruma ligera y azulina que apenas dejaba adivinarlos. El sol bañaba con sus raudales de cálida luz el gran paisaje ligeramente velado por los vapores matutinos, por la exudación de la tierra recalentada que se alzaba en una fina niebla, y por las húmedas emanaciones del Sena, que se desanudaba como una serpiente sin fin a través de las planicies, contorneaba los pueblos y bordeaba las colinas.

Una brisa húmeda, olorosa a vegetación y a savia, acariciaba la piel, penetraba en el fondo del pecho, parecía rejuvenecer el corazón, aligerar el espíritu, vivificar la sangre.

Sorprendido, Parent la respiraba a pleno pulmón, con los ojos deslumbrados por la vastedad del paisaje; y murmuró:

—Vaya, se está bien aquí.

Luego dio unos pasos más y se detuvo otra vez a mirar. Creía descubrir cosas desconocidas y nuevas, no las cosas que veía su mirada, sino cosas que presentía su alma, acontecimientos ignorados, felicidades entrevistas, alegrías inexploradas, todo un horizonte de vida que nunca había sospechado y que se presentaba de repente ante él, enfrente de ese panorama de campiña ilimitada.

Toda la espantosa tristeza de su existencia se le reveló iluminada por la intensa claridad que inundaba la tierra. Vio sus veinticinco años de café, lúgubres, monótonos, lamentables. Habría podido viajar como otros, ir allá lejos, allá lejos, a pueblos extranjeros, a tierras poco conocidas, allende los mares, interesarse por todo cuanto apasiona a los demás hombres, como las artes, las ciencias, amar la vida bajo sus mil formas, la vida misteriosa, encantadora o hiriente, siempre cambiante, siempre inexplicable y curiosa.

Ahora era demasiado tarde. Iría de caña en caña hasta su muerte, sin familia, sin amigos, sin esperanzas, sin curiosidad por nada. ¡Le invadió un desconsuelo infinito, y unas grandes ganas de largarse, de ocultarse, de regresar a París, a su cervecería y a su aturdimiento! Todos los pensamientos, sueños y deseos dormidos en la indolencia de los corazones estancados se habían despertado, reavivados por aquel rayo de sol sobre los llanos.

Sintió que si permanecía solo por más tiempo en aquel lugar, iba a perder la cabeza, y se dirigió enseguida hacia el Pabellón Henri IV para comer, aturdirse con vino y licores y hablar al menos con alguien.

Ocupó una mesita en los sotillos desde donde se domina toda la campiña, escogió

su menú y rogó que le sirvieran enseguida.

Otros paseantes llegaban, se sentaban a las mesas vecinas. Se sentía mejor; no estaba ya solo.

En un cenador, estaban comiendo tres personas. Las había mirado varias veces sin fijarse en ellas, como se mira a los indiferentes.

De repente, una voz de mujer le produjo uno de esos estremecimientos que sacuden hasta los tuétanos.

Había dicho esa voz: «Georges, tú trincha el pollo».

Y otra voz había respondido: «Sí, mamá». Parent alzó la vista; ¡e inmediatamente comprendió, adivinó quién era esa gente! Ciertamente, no les habría reconocido. Su mujer había encanecido por completo, se había vuelto muy corpulenta, una vieja señora seria y respetable; y comía adelantando la cabeza por temor a mancharse, pese a que se había cubierto el pecho con una servilleta. Georges estaba hecho un hombre. Gastaba barba, una de esas barbas desiguales y casi descoloridas que se ensortijan ligeramente en las mejillas de los adolescentes. Llevaba sombrero de copa alta, chaleco de dril blanco y monóculo, para parecer sin duda elegante. ¡Parent le miraba estupefacto! ¿Era ese Georges su hijo? No, no conocía a ese joven; no podía haber nada en común entre ellos.

Limousin estaba vuelto de espaldas y comía, los hombros algo encorvados.

Aquellas tres personas parecían felices y contentas: salían a comer al campo, a un restaurante conocido. Llevaban una vida cómoda y tranquila, una vida familiar en una bonita casa caldeada y llena de todas esas pequeñas cosas que hacen grata la vida, de toda la dulzura del amor, de todas las palabras cariñosas que se dicen de continuo cuando la gente se quiere. ¡Habían vivido así gracias a él, gracias a su dinero, tras haberle engañado, robado, arruinado! ¡Le habían condenado a él, el inocente, el ingenuo, el inofensivo, a todas las tristezas de la soledad, a la vida horrible que había llevado entre una acera y un mostrador de bar, a todos los tormentos morales y a todas las miserias físicas! Habían hecho de él un ser inútil, perdido, extraviado en el mundo, un pobre anciano sin alegría posible, sin expectativas, que no esperaba ya nada de nada ni de nadie. Para él la tierra estaba vacía, porque no amaba nada sobre la faz de la tierra. Ya podía recorrer pueblos o calles, entrar en todas las casas de París, abrir todas las habitaciones, que no encontraría, detrás de ninguna puerta, el rostro buscado, querido, un rostro de mujer o de niño, que sonriera al verle. Y sobre todo era esta idea la que le atenazaba, la idea de la puerta que se abre para encontrar y abrazar a alguien que hay detrás.

¡Y todo ello por culpa de esos tres miserables! Por culpa de esa mujer indigna, de ese amigo infame y de ese mocetón rubio que se daba tono.

¡Ahora estaba tan resentido con el niño como con los otros dos! ¿No era hijo de Limousin? ¿Acaso Limousin le habría mantenido, querido, en caso contrario? ¿Acaso

Limousin no habría abandonado al poco a la madre y al niño de no saber que el hijo era suyo, totalmente suyo? ¿Acaso cría uno a los hijos de los demás?

Así pues, estaban allí, muy cerca, esos tres maleantes que tanto le habían hecho sufrir.

Parent les miraba, irritándose, exaltándose al solo recuerdo de todos sus dolores, de todas sus angustias, de todas sus desesperaciones. Lo que más le exasperaba era su aspecto apacible y satisfecho. Tenía ganas de matarles, de tirarles el sifón de agua de Seltz, de partirle la cabeza a Limousin, al que veía, a cada instante, volcarse sobre su plato para acto seguido alzarse de nuevo.

Y continuarían viviendo así, sin preocupaciones ni inquietudes de ningún tipo. No, no. ¡Eso era demasiado! Se vengaría; iba a vengarse inmediatamente, ya que les tenía al alcance de la mano. Pero ¿cómo? Buscaba, pensaba en cosas espantosas como las que pasan en los folletines, pero no se le ocurría nada práctico. Y bebía, una copa tras otra, para excitarse, para cobrar valor, para no dejar escapar una oportunidad semejante, que no volvería a tener sin duda jamás.

De pronto, tuvo una idea, una idea terrible; y dejó de beber para madurarla. Una sonrisa fruncía sus labios; murmuraba: «Ya les tengo. Ya les tengo. Van a ver. Van a ver».

Un mozo le preguntó:

—¿Desea algo más el señor?

—No, nada. Un café y un coñac, del mejor que tenga.

Y les miraba mientras bebían a sorbitos de sus copas. Había demasiada gente en el restaurante para lo que pretendía hacer; así que esperaría, les seguiría; pues sin duda irían a dar un paseo por la terraza o por el bosque. Cuando se hubieran alejado un poco, les alcanzaría, ¡y entonces se vengaría, sí, se vengaría! Por otra parte, no es que fuera demasiado pronto, después de veintitrés años de sufrimientos. ¡Ah!, no sospechaban en absoluto lo que les iba a suceder.

Estaban terminando de comer lentamente, charlando con calma. Parent no podía oír lo que decían, pero veía sus gestos reposados. Sobre todo le irritaba el rostro de su mujer. Había adquirido un aire altanero, un aire de devota carnosa, de devota inabordable, pertrechada de principios, blindada de virtud.

Luego pagaron la cuenta y se levantaron. Entonces vio a Limousin. Se hubiera dicho un diplomático retirado, de lo importante que parecía con sus bonitas patillas suaves y canas cuyas puntas le llegaban hasta la solapa de la levita.

Salieron. Georges se fumaba un cigarro y llevaba el sombrero ladeado sobre una oreja. Parent les siguió de inmediato.

Dieron primero una vuelta por la terraza y admiraron plácidamente el paisaje, como admira la gente ahíta, luego se adentraron en el bosque.

Parent se frotaba las manos, y no dejaba de seguirles, a distancia, escondiéndose

para no llamar su atención demasiado pronto.

Andaban a paso lento, dándose un baño de verdor y de aire tibio. Henriette se apoyaba en el brazo de Limousin y caminaba, erguida, a su lado, como una esposa segura y orgullosa de sí misma. Georges tronchaba las hojas con su junquillo, y a veces salvaba los hoyos del camino con un salto ligero de potrillo brioso presto a perderse entre el follaje.

Poco a poco Parent se acercaba, jadeando de la emoción y de la fatiga, pues ya no caminaba nunca. No tardó en alcanzarles, pero le había dominado un miedo, un miedo confuso, inexplicable, y les adelantó, para volver hacia ellos y abordarles de frente.

Caminaba con el corazón palpitándole, sintiéndoles ahora detrás, y se repetía: «Vamos, éste es el momento: ¡audacia…, audacia!… ¡Éste es el momento!».

Se volvió. Los tres se habían sentado en la hierba, a los pies de un gran árbol; y seguían charlando.

Entonces se decidió y volvió atrás a paso ligero. Deteniéndose delante de ellos, de pie en medio del camino, balbució con voz seca, rota por la emoción:

—¡Soy yo! ¡Aquí me tenéis! No me esperabais, ¿eh?

Los tres miraron a aquel hombre que les parecía un loco.

Él continuó:

—Se diría que no me habéis reconocido. Pero ¡miradme! Soy Parent, Henri Parent. No me esperabais, ¿eh? Pensabais que todo se había terminado, ¿verdad?, terminado para siempre, que no me volveríais a ver nunca más. En cambio, no, ¡aquí me tenéis! Y ahora tendremos, por fin, una explicación.

Henriette, espantada, se cubrió el rostro con las manos, murmurando:

—¡Oh, Dios mío!

Al ver a aquel desconocido que parecía amenazar a su madre, Georges se había levantado, dispuesto a cogerle del cuello.

Aterrado, Limousin miraba con ojos de espanto a aquel aparecido, que, tras haber resoplado durante unos segundos, continuó diciendo:

—Ahora vamos a tener una explicación. ¡Ha llegado el momento! Vosotros me engañasteis, me obligasteis a una vida de galeote, ¿y creíais que no me desquitaría?

Pero el joven le cogió de los hombros, empujándole:

—¿Está usted loco? ¿Qué es lo que pretende? ¡Siga su camino o le atizo!

Parent respondió:

—¿Que qué pretendo? Pretendo hacerte saber lo que son esta gente.

Pero Georges, exasperado, le sacudía, iba a golpearle. El otro prosiguió:

—Suéltame. Soy tu padre… ¡Vamos, mira si me reconocen ahora estos miserables!

Espantado, el joven abrió las manos y se volvió hacia su madre.

Parent, liberado, avanzó hacia ella:

—¿Eh?, ¡dígale quién soy! ¡Dígale que me llamo Henri Parent, y que soy su padre, puesto que su nombre es Georges Parent, puesto que usted es mi mujer y viven los tres de mi dinero, de la pensión de diez mil francos que les paso desde que la eché de mi casa! Dígale también por qué la eché de mi casa. ¡Porque la sorprendí con este asqueroso, este infame, con su amante! Dígale lo que era yo, un buen hombre, que usted se casó conmigo por mi fortuna y me engañó desde el primer día. Dígale quién es usted y quién soy yo…

Balbucía, jadeaba, movido por la ira.

La mujer gritó con una voz desgarradora:

—¡Paul, Paul, impídeselo; que se calle, que se calle, impídele que diga eso delante de mi hijo!

Limousin se había levantado a su vez. Murmuró en voz muy baja:

—Cállese. Cállese. Dese cuenta de lo que está haciendo.

Parent prosiguió con arrebato:

—Sé perfectamente lo que hago. Pero eso no es todo. Hay una cosa que quiero saber, una cosa que me tortura desde hace veinte años.

Luego, volviéndose hacia Georges, fuera de sí, que estaba apoyado en un árbol, le dijo:

—Tú escúchame. Cuando ella se fue de mi casa, pensó que no era suficiente con haberme traicionado; quiso además desesperarme. Tú eras todo mi consuelo; pues bien, ella se te llevó jurándome que yo no era tu padre, ¡sino que tu padre era él! ¿Mintió? No lo sé. Desde hace veinte años me lo pregunto.

Él avanzó hasta muy cerca de ella, con aire trágico, terrible, y, arrancándole la mano con la que se tapaba el rostro, dijo:

—Pues bien, la conmino hoy a que me diga quien de nosotros dos es el padre de este joven: él o yo; su marido o su amante. ¡Vamos, vamos, dígalo!

Limousin se arrojó sobre él. Parent le rechazó y, riéndose sarcásticamente con furor, dijo:

—¡Ah!, qué valiente eres hoy; más valiente que el día que te largaste escalera abajo porque iba a matarte. Pues bien, si ella no responde, hazlo tú. Debes de saberlo tan bien como ella. Di, ¿eres tú el padre de este muchacho? ¡Vamos, vamos, habla!

Él se volvió hacia su mujer.

—Si no queréis decírmelo a mí, decídselo al menos a vuestro hijo. Es ya hombre. Tiene derecho a saber quién es su padre. ¡Yo no lo sé, nunca lo he sabido, nunca, nunca! Yo no puedo decírtelo, muchacho.

Estaba perdiendo la cabeza, su voz adquiría un tono agudo. Y agitaba sus brazos como un epiléptico.

—Sí…, sí… Responded… Ella no lo sabe… Apuesto a que no lo sabe… No…,

ella no lo sabe…, ¡por Dios!…, ¡se acostaba con los dos!…, ¡ja, ja, ja!…!, nadie lo sabe…, nadie. ¿Acaso se saben estas cosas?… Tampoco tú lo sabrás, muchacho, no lo sabrás, igual que yo…, nunca… Vamos, pregúntale…, pregúntale…, verás como ella no lo sabe. Tampoco yo…, él tampoco…, tú tampoco…, nadie lo sabe… Puedes elegir…, sí…, puedes elegir…, él o yo… Elige… Buenas tardes…, se acabó… Si ella se decide a decírtelo, ven a hacérmelo saber al Hôtel des Continents, ¿eh?… Me gustará mucho saberlo… Buenas tardes… Que lo pasen bien…

Y se fue gesticulando, mientras seguía hablando solo, bajo los grandes árboles, en al aire vacío y fresco, oloroso a savia. No volvió la cabeza atrás para verles. Seguía adelante, empujado por el furor, dominado por la excitación, absorto en su idea fija.

De repente, se encontró delante de la estación. Salía un tren. Subió a él. Durante el trayecto, su cólera se aplacó, recobró la razón y regresó a París, estupefacto de su audacia.

Se sentía roto como si le hubieran molido los huesos. Fue, sin embargo, a tomarse una caña a su local.

Al verle entrar, la señorita Zoé, sorprendida, le preguntó:

—¿Ya de vuelta? ¿Está cansado?

Él respondió:

—Sí…, sí…, muy cansado…, cansadísimo… ¡Comprenderá usted… que cuando no se tiene la costumbre de salir! Se acabó, no volveré al campo. Hubiera hecho mejor quedándome aquí. A partir de ahora, ya no me moveré más.

Y ella no consiguió hacerle contar nada de su paseo, a pesar de las ganas que tenía.

Por primera vez en su vida acabó completamente borracho esa noche y hubo que llevarle a casa.

LA PEQUEÑA ROQUE*

I

El cartero Médéric Rompel, al que la gente del lugar llamaba familiarmente Médéri, salió a la hora habitual de la oficina de correos de Roüy-le-Tors. Tras haber atravesado la pequeña ciudad con su paso largo de veterano, atajó primero por los prados de Villaumes para ganar la orilla del Brindille, que le llevaba, siguiendo el curso del río, al pueblo de Carvelin, donde daba comienzo a su reparto.

Iba deprisa por la estrecha orilla que espumaba, murmuraba, burbujeaba y discurría por su cauce herboso, bajo una bóveda de sauces. Los pedruscos, deteniendo la corriente, tenían en torno a sí un anillo de agua, una especie de corbata terminada en un nudo de espuma. A trechos, había pequeñas cascadas de un pie de altura, a menudo invisibles, que hacían bajo las hojas, los bejucos y una techumbre de vegetación un gran ruido colérico y agradable; luego, más adelante, donde se ensanchaban las márgenes, había un remanso donde nadaban las truchas entre toda aquella verde cabellera ondeante en el fondo de los calmos arroyuelos.

Médéric seguía adelante, sin fijarse en nada y sin otro pensamiento que éste: «Mi primera carta es para los Poivron, luego tengo otra para el señor Renardet; así pues, tengo que atravesar el oquedal».

Su blusón azul ceñido a la cintura con un cinturón de cuero negro pasaba con un movimiento rápido y regular a lo largo del seto verde de sauces; y su bastón, un recio bastón de acebo, caminaba a su lado al mismo compás que sus piernas.

Así pues, cruzó el Brindille por un puente hecho con un solo árbol, tendido de una a otra orilla y que tenía como único pasamano una cuerda sujeta por dos estacas hincadas en ambas márgenes.

El oquedal, propiedad del señor Renardet, alcalde de Carvelin, y el terrateniente más importante del lugar, era una especie de bosque de árboles añosos, enormes, enhiestos cual columnas, y que se extendía por espacio de una media legua por la ribera izquierda del arroyo que señalaba el límite de esa inmensa bóveda de follaje. A lo largo del curso de agua habían crecido grandes arbustos al calor del sol; pero debajo del oquedal no había nada más que musgo, un musgo espeso, suave y mullido,

que expandía en el aire estancado un ligero olor a moho y a ramas muertas.

Médéric demoró el paso, se quitó el negro quepis adornado con un galón rojo y se secó la frente, pues hacía ya calor en los prados, aunque no fueran aún las ocho de la mañana.

Acababa de cubrirse de nuevo y de recuperar su paso apresurado cuando vio, al pie de un árbol, una navaja, una navajita de niño. Al recogerla, descubrió también un dedal y luego un estuche con agujas dos pasos más lejos.

Tras haber recogido estos objetos, pensó: «Se los entregaré al señor alcalde»; y reanudó su camino; pero ahora caminaba con cien ojos, esperando en todo momento encontrar otra cosa.

De repente, se detuvo en seco, como si hubiera tropezado contra una barra de madera; pues, a unos diez pasos delante de él, yacía, tendido de espaldas, sobre el musgo, un cuerpo infantil totalmente desnudo. Era una chiquilla de unos doce años. Tenía los brazos abiertos, las piernas separadas y la cara cubierta con un pañuelo. Un poco de sangre manchaba sus muslos.

Médéric empezó a avanzar de puntillas, como si hubiera temido hacer ruido o la existencia de algún peligro; y ponía unos ojos como platos.

¿Qué era aquello? Sin duda, dormía. Luego pensó que no se duerme totalmente desnudo, a las siete y media de la mañana, en medio del fresco de los árboles. Estaba por tanto muerta; y él se encontraba en presencia de un crimen. Ante esta idea, un escalofrío recorrió su espinazo, por más que fuera un viejo soldado. Y era además algo tan raro un asesinato en aquel lugar, y por si fuera poco el asesinato de una niña, que no daba crédito a lo que veían sus ojos. Pero no mostraba herida alguna, nada más que esa sangre coagulada en una pierna. ¿Cómo la habían matado, pues?

Se había parado muy cerca de ella; y la miraba, apoyado en su bastón. Seguramente debía de conocerla, pues conocía a todos los habitantes de la comarca; pero, al no poder ver su rostro, era imposible adivinar su nombre. Se inclinó para quitar el pañuelo que le cubría la cara; pero luego se detuvo, con la mano alargada, frenado por una reflexión.

¿Tenía derecho a alterar nada del estado del cadáver antes de la intervención de la justicia? Se imaginaba a ésta como una especie de general al que nada se le escapa y que concede tanta importancia a un botón perdido como a un navajazo en el estómago. Debajo de aquel pañuelo quizá se encontraría una prueba capital; era, en definitiva, una pieza de convicción que podía dejar de ser válida si la tocaba una mano inhábil.

Entonces se incorporó para ir corriendo a casa del señor alcalde; pero le retuvo de nuevo otro pensamiento. Si por casualidad la chiquilla estaba todavía viva, no podía abandonarla en aquel estado. Se puso de rodillas, muy despacito, a cierta distancia de ella por prudencia, y alargó una mano hacia su pie. Éste estaba frío, helado, de ese

frío terrible que vuelve espantosa la carne muerta y que no deja margen a la duda. A aquel contacto, el cartero sintió que se le revolvían las tripas, como dijo más tarde, y se le secó la saliva en la boca. Levantándose precipitadamente, se puso a correr por el oquedal hacia la casa del señor Renardet.

Iba a paso gimnástico, con su bastón bajo el brazo, los puños apretados, la cabeza hacia delante; y su saca de cuero, repleta de cartas y de periódicos, le golpeaba en el lomo cadenciosamente.

La casa del alcalde se hallaba en un extremo del bosque que le servía de parque y sumergía todo un ángulo de sus muros en un pequeño estanque que formaba en aquel punto el Brindille.

Era una gran construcción cuadrada de piedra gris, antiquísima, que sufriera asedios en otro tiempo, y rematada de una torre enorme, de veinte metros de altura, levantada en el agua.

Desde lo alto de esta ciudadela, se vigilaba antaño todo el territorio. Era conocida como la torre del Zorro sin que se supiera exactamente el porqué; un apelativo del que venía sin duda el nombre de Renardet[1] que llevaban los terratenientes de aquel feudo que, según se decía, era propiedad de la misma familia desde hacía más de doscientos años. Pues los Renardet formaban parte de esa burguesía casi noble que proliferaba en provincias antes de la Revolución.

El cartero entró como una tromba en la cocina donde estaban desayunando los criados y exclamó:

—¿Se ha levantado el señor alcalde? Tengo que hablar con él inmediatamente.

Tenían a Médéric por un hombre serio y de autoridad, y enseguida comprendieron que había pasado algo grave.

Avisado, el señor Renardet, ordenó que le hicieran entrar. El cartero, pálido y jadeante, con el quepis en la mano, encontró al alcalde sentado tras una ancha mesa cubierta de papeles desparramados.

Era éste un hombre alto y gordo, pesado y colorado, fornido como un buey, y muy querido en el pueblo, aunque era violento en exceso. De unos cuarenta años de edad y viudo desde hacía seis meses, vivía en sus tierras como un hidalgo campesino. Su temperamento fogoso le había acarreado a menudo graves problemas de los que le sacaban siempre los magistrados de Roüy-le-Tors, que eran amigos indulgentes y discretos. Un día había tirado desde lo alto de su pescante al cochero de la diligencia porque había estado a punto de aplastar a su perro de muestra Micmac. Otro día le había molido las costillas a un guardamonte que decía pestes de él, porque pasaba, fusil al brazo, por unas tierras propiedad del vecino. Incluso había cogido del cuello al subprefecto que se había parado en el pueblo durante una visita administrativa calificada por el señor Renardet de gira electoral; pues éste, por tradición familiar, hacía de oposición al Gobierno.

El alcalde preguntó:

—¿Qué pasa, Médéric?

—He encontrado a una chiquilla muerta en su oquedal.

Renardet se enderezó con el semblante de color ladrillo:

—¿Qué dice usted? ¿Una chiquilla?

—¡Sí, señor, una chiquilla, totalmente desnuda, tendida de espaldas, ensangrentada, muerta, bien muerta!

El alcalde soltó un juramento:

—¡Maldita sea! Apuesto a que es la pequeña Roque. Acaban de venir a avisarme de que ayer por la noche no volvió a casa de su madre. ¿En qué lugar la ha encontrado?

El cartero explicó la ubicación exacta del lugar, dio detalles, se brindó a llevar hasta allí al alcalde.

Pero Renardet se mostró brusco:

—No. No le necesito. Mande venir inmediatamente al guarda rural, al secretario del Ayuntamiento y al médico, y continúe usted con su trabajo. Vamos, deprisa, deprisa, y dígales que se reúnan conmigo en el oquedal.

El cartero, un hombre habituado a las consignas, obedeció y se retiró, furioso y apenado de no poder asistir a las indagaciones.

El alcalde salió a su vez, cogió su sombrero, un gran sombrero flexible, de fieltro gris, de alas muy anchas, y se detuvo unos segundos en la puerta de su casa. Delante de él se extendía un vasto césped en el que brillaban tres grandes manchas, una roja, otra azul y la tercera blanca, tres anchas jardineras de flores abiertas, una enfrente de casa y las otras a los lados. Más lejos, se alzaban hasta el cielo los primeros árboles del oquedal, mientras que, a la izquierda, más arriba del Brindille ensanchado en estanque, se veían unas extensas praderas, toda una región verde y llana, surcada por regueras y setos de sauces semejantes a monstruos, enanos achaparrados, siempre escamondados, luciendo en lo alto de un tronco enorme y corto un plumero temblón de ramas delgadas.

A la derecha, detrás de las caballerizas y de las cocheras, de todos los edificios dependientes de la propiedad, comenzaba el pueblo, rico, poblado de criadores de ganado vacuno.

Renardet bajó lentamente los escalones de la escalinata, y, torciendo a la izquierda, se dirigió a la orilla del agua que siguió a paso lento, con las manos tras la espalda. Iba con la cabeza inclinada; y de vez en cuando miraba a su alrededor para ver si veía a las personas que había mandado llamar.

En cuanto hubo llegado a los árboles, se detuvo, se descubrió y se secó la frente tal como había hecho Médéric, pues el calor abrasador de julio caía como una lluvia de fuego sobre la tierra. Luego el alcalde reanudó su camino, se detuvo nuevamente,

volvió sobre sus pasos. De repente, bajando, mojó su pañuelo en el riachuelo que se deslizaba a sus pies y se lo extendió sobre la cabeza, debajo del sombrero. Unas gotas de agua corrían por sus sienes, por las orejas siempre moradas, por su cuello ancho y colorado y penetraban, una tras otra, por debajo del cuello blanco de su camisa.

Como todavía no aparecía nadie, se puso a patalear de impaciencia y luego llamó:

—¡Eh!, ¡eh!

Una voz respondió a su derecha:

—¡Eh!, ¡eh!

Y asomó el médico bajo los árboles. Era éste un hombrecillo delgado, ex cirujano militar, con fama de profesional muy capaz en los contornos. Renqueaba, tras haber sido herido en el servicio, y se ayudaba de un bastón para andar.

Luego aparecieron el guarda rural y el secretario del Ayuntamiento, que, avisados al mismo tiempo, llegaban juntos. Tenían unos rostros de espanto y acudían resoplando, caminando y correteando alternativamente para ir más deprisa, y agitando con tal fuerza los brazos que parecían ayudarse más de éstos que de sus piernas.

Renardet le dijo al médico:

—¿Sabe de qué se trata?

—Sí, de una niña muerta encontrada en el bosque por Médéric.

—Está bien. Vamos.

Se pusieron a caminar lado a lado, y seguidos de los otros dos hombres. Sus pasos no hacían ningún ruido sobre el musgo; sus ojos buscaban delante de sí, a lo lejos.

De repente el doctor Labarbe extendió un brazo:

—¡Ahí está!

Muy lejos, bajo los árboles, se percibía una cosa clara. De no haber sabido de qué se trataba, no lo habrían adivinado. Relucía y era tan blanco que se hubiera creído una sábana caída en el suelo; pues un rayo de sol que se filtraba por entre las ramas iluminaba la carne pálida con una gran raya oblicua a través del vientre. Al acercarse, distinguían poco a poco la forma, la cabeza velada, vuelta hacia el agua y los dos brazos abiertos como para una crucifixión.

—Tengo muchísimo calor —dijo el alcalde.

Y, bajando hacia el Brindille, remojó otra vez el pañuelo que se colocó de nuevo sobre la frente.

El médico apretaba el paso, interesado por el descubrimiento. Apenas estuvo junto al cadáver, se inclinó para examinarlo, sin tocarlo. Se había calado unos quevedos como cuando se mira un objeto curioso, y daba vueltas alrededor muy lentamente.

Dijo sin enderezarse:

—Estupro y asesinato que vamos a constatar dentro de poco. Esta chiquilla es,

por otra parte, casi una mujer, vea su pecho.

Los dos senos, bastante desarrollados ya, le caían a ambos lados del pecho, fláccidos debido a la muerte.

El médico retiró ligeramente el pañuelo que cubría la cara. Ésta apareció negra, espantosa, con la lengua fuera y los ojos saltones. Prosiguió:

—Por Dios, ha sido estrangulada después de haber abusado de ella.

Palpaba el cuello:

—Estrangulada con las manos sin dejar, por otra parte, ninguna huella especial, ni tampoco marca de uñas ni huellas dactilares. Muy bien. Es la pequeña Roque, en efecto.

Volvió a colocar delicadamente el pañuelo:

—Yo no puedo hacer nada; lleva muerta doce horas por lo menos. Hay que dar aviso a las autoridades judiciales.

Renardet, de pie, con las manos tras la espalda, observaba con mirada fija el cuerpecito tendido sobre la hierba. Murmuró:

—¡Qué miserable! ¡Habría que encontrar las ropas!

El médico palpaba las manos, los brazos, las piernas. Dijo:

—Sin duda acababa de tomarse un baño. Deben de estar cerca del agua.

El alcalde ordenó:

—Tú, Principe (era el secretario del Ayuntamiento), ponte a buscar las prendas a lo largo del riachuelo. Tú, Maxime (era el guarda rural), ve corriendo a Roüy-le-Tors y tráeme al juez de instrucción con los gendarmes. Tienen que estar aquí dentro de una hora. ¿Entendido?

Los dos hombres se alejaron a paso vivo; y Renardet le dijo al doctor:

—¿Qué bribón ha podido hacer algo así en este lugar?

El médico murmuró:

—¿Quién sabe? Todo el mundo es capaz de hacer una cosa así. Todos en particular y nadie en general. No importa, habrá sido algún merodeador, algún obrero desocupado. Desde que tenemos la República, no se encuentra sino cosas así por los caminos.

Los dos eran bonapartistas.

El alcalde prosiguió:

—Sí, puede haber sido un forastero, un caminante, un vagabundo sin casa ni hogar…

El médico añadió con un asomo de sonrisa:

—Y sin mujer. Cuando no se tiene una buena cena ni una buena cama, uno se las consigue por su cuenta. ¡Quién sabe cuántos hombres hay sobre la tierra capaces de cometer un crimen en determinados momentos! ¿Sabía usted que la pequeña había desaparecido?

Con la contera del bastón tocaba uno tras otro los dedos rígidos de la muerta, apretándolos como si fueran las teclas de un piano.

—Sí. Su madre vino ayer a verme, a eso de las nueve de la noche, al no haber vuelto su hija a las siete para cenar. La estuvimos llamando por los caminos hasta medianoche; pero no pensamos en el oquedal. Tenía que ser de día, por lo demás, para poder realizar una búsqueda que diera realmente resultado.

—¿Quiere un cigarro? —preguntó el médico.

—Gracias, no tengo ganas de fumar. Me revuelve el estómago ver esto.

Permanecían los dos de pie enfrente de aquel endeble cuerpo de adolescente, tan pálido, sobre el musgo oscuro. Un moscardón de vientre azul que se paseaba a lo largo de un muslo se detuvo sobre las manchas de sangre, reanudó su marcha, sin dejar de subir, recorriendo el costado con su paso vivo y sincopado, trepó sobre un pecho, luego volvió a bajar para explorar el otro costado, buscando algo con que apagar su sed en aquella muerta. Los dos hombres miraban ese punto negro errante.

El médico dijo:

—¡Qué bonita es una mosca en la piel! No les faltaba razón a las damas del siglo pasado al ponerse una en la cara. ¿Por qué se ha perdido esta costumbre?[2]

Parecía que el alcalde, enfrascado en sus pensamientos, no le oyera.

Pero de repente se volvió, pues le había sorprendido un ruido; una mujer tocada con un gorro y con un delantal azul acudía corriendo bajo los árboles. Era la madre, la Roque. En cuanto vio a Renardet, se puso a chillar: «Mi pequeña, ¿dónde está mi pequeña?», tan enloquecida que no miraba al suelo. De golpe la vio, se detuvo en seco, juntó las manos y alzó sus dos brazos lanzando un grito agudo y desgarrador, un aullido de bestia mutilada.

Luego se lanzó hacia el cuerpo, cayó de rodillas y levantó, como si lo arrancara, el pañuelo que cubría su cara. Al ver aquel rostro espantoso, negro y convulsionado, se enderezó de golpe, luego se desplomó, de bruces contra el suelo, lanzando en la espesura del musgo unos gritos espantosos y continuos.

Su flaco corpachón, que sus ropas ceñían, palpitaba, sacudido por las convulsiones. Se veían temblar horriblemente sus tobillos huesudos y sus secas pantorrillas embutidas en unas gruesas medias azules; y arañaba el suelo con sus dedos ganchudos como si quisiera hacer un hoyo para esconderse.

El médico, conmovido, murmuró:

—¡Pobre vieja!

El vientre de Renardet produjo un extraño ruido; luego lanzó una especie de estornudo ruidoso que le salió al mismo tiempo por la nariz y por la boca; y, sacándose el pañuelo de bolsillo, se puso a llorar en él, carraspeando, sollozando y sonándose ruidosamente. Balbucía:

—Condenado…, condenado, condenado cerdo que ha hecho esto… Quisiera…,

quisiera verle guillotinado…

Pero reapareció Principe cariacontecido y con las manos vacías. Murmuró:

—No encuentro nada, señor alcalde, nada de nada en ninguna parte.

El otro, despavorido, respondió con voz gruesa, ahogada en las lágrimas:

—¿Qué es lo que no encuentras?

—La ropa de la pequeña.

—Bien…, bien…, sigue buscando… y…, y… encuéntrala… o… te las tendrás que ver conmigo.

El hombre, sabiendo que era mejor no contradecir al alcalde, volvió a irse con paso desalentado mientras lanzaba al cadáver una temerosa mirada de reojo.

Unas voces lejanas se alzaban bajo los árboles, un ruido confuso, ruido de gentío acercándose; pues Médéric, en su vuelta para hacer el reparto, había hecho correr la noticia de puerta en puerta. La gente del lugar, en un primer momento estupefacta, había hablado de ello en la calle, de un umbral a otro; luego se habían reunido; habían cotilleado, discutido, comentado el acontecimiento durante unos minutos; y ahora venían a ver.

Llegaban en grupos, un poco dubitativos e inquietos, por temor a la primera emoción. Cuando vieron el cuerpo, se detuvieron, sin atreverse a avanzar más y hablando bajo. Luego se envalentonaron, dieron unos pasos, se pararon otra vez, avanzaron de nuevo y no tardaron en formar en torno a la muerta, a su madre, al médico y a Renardet, un nutrido corro, agitado y ruidoso que se apretujaba por los empujones súbitos de los recién llegados. Pronto tocaron el cadáver. Algunos incluso se agacharon para palparlo. El médico les apartó. Pero el alcalde, saliendo de repente de su sopor, se puso hecho una furia y, cogiendo el bastón del doctor Labarbe, se arrojó sobre sus administrados balbuciendo:

—¡Fuera de aquí…, fuera de aquí…, hatajo de bestias…, fuera de aquí!

En un segundo el cordón de curiosos se ensanchó unos doscientos metros.

La Roque se había levantado, vuelto y sentado, y ahora lloraba tapándose la cara con las manos juntas.

Entre la multitud se discutía la cosa; y unos ojos ávidos de chicos escrutaban aquel joven cuerpo descubierto. Renardet se percató de ello y, quitándose bruscamente la chaqueta de tela, la echó sobre la chiquilla, que desapareció completamente bajo la amplia prenda.

Los curiosos se acercaban de nuevo despacio; el oquedal se iba llenando de gente; un rumor continuo de voces ascendía bajo el follaje frondoso de los grandes árboles.

El alcalde, en mangas de camisa, permanecía de pie, bastón en mano, en posición de combate. Parecía exasperado por esa curiosidad del pueblo y repetía:

—Si uno de vosotros se acerca, le rompo la cabeza como a un perro.

Los campesinos le tenían pavor; se mantuvieron a distancia. El doctor Labarbe,

que fumaba, se sentó al lado de la Roque, y le habló, tratando de distraerla. La anciana se quitó enseguida las manos de la cara y respondió con un torrente de frases lacrimógenas, verborrea que era un desahogo de su dolor. Contó toda su vida, su matrimonio, la muerte de su marido, un boyero, muerto de una cornada, la infancia de su hija, su vida miserable de viuda sin recursos con la pequeña. No tenía a nadie más que a ella, a la pequeña Louise; y se la habían matado, se la habían matado en ese bosque. De repente quiso volver a verla, y, arrastrándose de rodillas hasta el cadáver, levantó por un extremo la chaqueta que lo cubría; luego la dejó caer de nuevo y se puso otra vez a dar alaridos. El gentío guardaba silencio, mientras observaba ávidamente todos los gestos de la madre.

Pero, de repente, se produjo un gran rebullicio; gritaron:

—¡Los gendarmes, los gendarmes!

Dos gendarmes asomaban a los lejos, llegando al trote, escoltando a su capitán y a un señor bajito de patillas rojizas, que bailaba como un simio sobre una alta yegua blanca.

El guarda rural había encontrado al señor Putoin, el juez de instrucción, justo en el momento en que éste montaba sobre su caballo para ir a dar su paseo diario, pues se las daba de apuesto jinete, para gran regocijo de los oficiales.

Puso pie a tierra junto con el capitán, y dio un apretón de manos al alcalde y al doctor, echando una mirada de garduña a la chaqueta de tela que henchía el cuerpo que yacía debajo.

Cuando estuvo al corriente de los hechos, hizo apartar primero al público que los gendarmes echaron del oquedal, pero que no tardó en reaparecer en el prado, y formó un seto, un gran seto de cabezas excitadas e inquietas a lo largo del Brindille, del otro lado del riachuelo.

El médico, a su vez, dio explicaciones que Renardet anotaba a lápiz en su agenda. Tras haber realizado, registrado y comentado todas las comprobaciones posibles, éstas no condujeron a nada nuevo. También Principe había vuelto sin haber encontrado ni rastro de las ropas.

Esta desaparición tenía sorprendido a todo el mundo, al no poder explicársela nadie si no era por un robo; y, como esos andrajos no valían ni veinte sueldos, el robo resultaba incomprensible.

El juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el doctor se habían puesto ellos mismos a buscar en parejas, apartando las menores piedras a lo largo del agua.

Renardet le decía al juez:

—¿Cómo puede ser que ese infame haya escondido o se haya llevado las ropas, dejando el cuerpo de este modo, ante las miradas de todos?

El otro, burlón y perspicaz, repuso:

—Eh, eh… Tal vez es una artimaña. Este delito ha sido cometido por un bruto o

por un tipo astuto. En cualquier caso, no tardaremos en descubrirlo.

El rodar de un vehículo les hizo volver la cabeza. Eran el fiscal, el médico y el secretario del juzgado que llegaban a su vez. Se reinició la búsqueda mientras hablaban animadamente.

Renardet dijo de repente:

—¿Saben qué les digo? Que se queden a comer en mi casa.

Todos aceptaron con grandes sonrisas y el juez instructor, pensando que por aquel día ya se habían ocupado incluso demasiado de la pequeña Roque, se volvió hacia el alcalde:

—¿Puedo hacer llevar el cuerpo a su casa? Supongo que tendrá usted una habitación para poder tenerla a buen recaudo hasta esta noche.

El otro se turbó, balbuciendo:

—Sí, no…, no… La verdad, prefiero que no entre en mi casa…, debido…, debido a mis criados… que… ya me hablan de aparecidos en… en mi torre, en la torre del Zorro… Ya sabe qué pasa… Se me irían todos… No… Prefiero no tenerlo en mi casa.

El magistrado se echó a reír:

—Bueno… Haré que lo lleven enseguida a Roüy para la autopsia. —Y, volviéndose hacia el fiscal, agregó—: Puedo utilizar su coche, ¿no?

—Sí, por supuesto.

Todo el mundo volvió hacia donde estaba el cadáver. La Roque, ahora, sentada al lado de su hija, le sostenía una mano y miraba delante de sí con mirada vaga y estúpida.

Los dos hombres trataron de llevársela para que no viera el levantamiento del cadáver de la pequeña; pero enseguida comprendió lo que iban a hacer, y, arrojándose sobre el cuerpo, la aferró con un abrazo. Recostada encima, gritaba:

—¡No la tendrán ustedes, es mía, ahora es mía! ¡Me la han matado; quiero conservarla, no la tendrán!

Todos los hombres, turbados e indecisos, permanecían de pie en torno a ella. Renardet se puso de rodillas para hablarle:

—Escuche, la Roque, es necesario, para saber quién la ha matado; sin eso no se podría saber; hay que buscarle para castigarle. Se la devolverán una vez que se le haya encontrado, se lo prometo.

Este argumento hizo vacilar a la mujer y encenderse de odio su mirada perdida:

—Entonces, ¿le cogerán? —preguntó ella.

—Sí, se lo prometo.

Ella se incorporó, decidida a dejar hacer a esa gente; pero, tras haber murmurado el capitán: «Es sorprendente que no se encuentren sus ropas», una nueva idea, que no se le había pasado aún por la cabeza, asaltó de repente su cerebro de campesina, y

preguntó:

—¿Dónde están sus ropas? Son mías, las quiero. ¿Dónde las han puesto?

Le explicaron que no conseguían encontrarlas, pero ella las reclamaba, llorando y gimiendo con desesperada obstinación:

—Son mías, las quiero, ¿dónde están? Las quiero.

Cuanto más trataban de calmarla, más sollozaba ella y se empecinaba. No quería ya el cuerpo, sino las ropas, las ropas de su hija, quizá tanto por una inconsciente codicia de miserable, para quien una moneda de plata representa todo un capital, como por cariño materno.

Y cuando el cuerpecito, envuelto en unas mantas traídas de casa de Renardet, desapareció dentro del coche, la vieja, de pie bajo los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritó:

—Ya no tengo nada, nada, nada en el mundo, ni siquiera su gorrito, su gorrito; ya no tengo nada, nada de nada, ni siquiera su gorrito.

Había llegado el párroco, un joven sacerdote ya gordo. Se encargó de llevarse a la Roque, y los dos se fueron juntos para el pueblo. El dolor de la madre se aplacaba con las piadosas palabras del sacerdote, que le prometía mil recompensas. Pero ella no paraba de repetir: «Si al menos tuviera su gorrito…», obstinándose en esa idea que predominaba ahora sobre todas las demás.

De lejos, Renardet gritó:

—Venga a comer con nosotros, señor cura. Dentro de una hora.

El sacerdote volvió la cabeza y respondió:

—Con mucho gusto, señor alcalde. Estaré en su casa a mediodía.

Y se dirigieron todos hacia la casa cuya fachada gris y gran torre levantada al borde del Brindille se veían a través de las ramas.

La comida se prolongó durante largas horas; se habló del crimen y todos convinieron en que había sido cometido por algún vagabundo que pasaba casualmente por allí mientras la pequeña se bañaba.

Luego los magistrados regresaron a Roüy anunciando que volverían al día siguiente, por la mañana temprano; el médico y el cura se fueron a sus casas, mientras que Renardet, tras una larga caminata por los campos, volvió al bosque, donde se quedó paseando lentamente, con las manos tras la espalda, hasta la noche.

Se fue pronto a la cama y a la mañana siguiente, al entrar el juez instructor en su habitación, todavía dormía. Frotándose las manos con expresión alegre, éste le dijo:

—¡Ja, ja, duerme usted aún! Pero nosotros tenemos novedades esta mañana…

El alcalde se había sentado en la cama:

—¿Cuáles?

—¡Oh! Algo singular. Recordará usted que la madre reclamaba, ayer, un recuerdo de su hija, sobre todo su gorrito. Pues bien, al abrir su puerta, esta mañana, ha

encontrado, en el umbral, los dos pequeños zuecos de su hija. Ello demuestra que el crimen ha sido cometido por alguien del lugar, por alguien que se ha compadecido de ella. Además, el cartero Médéric me ha traído el dedal, la navajita y el estuche de las agujas de la muerta. Por tanto al culpable, al llevarse las ropas para esconderlas, se le cayó lo que había en el bolsillo. Me parece a mí que sobre todo es importante lo que se refiere a los zuecos, pues indica que el asesino tiene una cierta sensibilidad moral y una relativa capacidad de emoción. Por eso ahora, si no le importa, pasaremos revista a los principales vecinos de su pueblo.

El alcalde se había levantado. Llamó para que le trajeran agua caliente para el afeitado. Dijo:

—Con mucho gusto, pero nos llevará tiempo, así que podemos empezar inmediatamente.

Putoin se había sentado a horcajadas en una silla, siguiendo así, también en las casas, su manía de la equitación.

Renardet se cubrió la barbilla de blanca espuma mientras se miraba en el espejo; luego afiló la navaja en el suavizador y prosiguió:

—El principal vecino de Carvelin se llama Joseph Renardet, alcalde, rico terrateniente, persona de malas pulgas que apaliza a los guardas y a los cocheros…

El juez de instrucción se echó a reír:

—Es suficiente, pasemos al siguiente…

—El segundo en importancia es el señor Pelledent, vicealcalde, criador de bueyes, también él rico terrateniente, campesino astuto, muy socarrón, muy marrullero en todo lo que se refiere al dinero, pero incapaz, en mi opinión, de haber cometido esta fechoría…

El señor Putoin dijo:

—Pasemos a otro.

Entonces, mientras se afeitaba y se lavaba, Renardet continuó el examen moral de todos los vecinos de Carvelin. Al cabo de dos horas de pasar revista a los sospechosos, se centraron en tres individuos bastante equívocos: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y de cangrejos de río de nombre Paquet, y un boyero llamado Clovis.

II

Las investigaciones duraron todo el verano; no se descubrió al criminal. Los sospechosos, tras ser detenidos, demostraron fácilmente su inocencia, y el tribunal tuvo que renunciar a perseguir al culpable.

Pero aquel asesinato parecía haber conmovido a toda la región de modo muy especial. Había quedado, en el ánimo de los lugareños, una inquietud, un vago temor,

una sensación de pavor misterioso, originado no sólo por la imposibilidad de descubrir ninguna huella, sino también y sobre todo por ese extraño hallazgo de los zuecos, al día siguiente, ante la puerta de la Roque. La certeza de que el asesino había asistido a las pesquisas, de que seguía viviendo en el pueblo, estaba, sin duda, en la mente de todos, obsesionaba a todo el mundo, parecía cernirse sobre el lugar como una continua amenaza.

El oquedal se había convertido, por otra parte, en un lugar temido, evitado, que se creía encantado. En otro tiempo, los vecinos iban allí a pasear todos los domingos por la tarde. Se sentaban en el musgo al pie de los altos y enormes árboles, o bien iban por la orilla del agua mirando las truchas que se movían bajo las hierbas. Los chicos jugaban a las bochas, a los bolos, a las chapas, a la pelota, en determinados lugares en los que habían limpiado, aplanado y batido el suelo; y las chicas, en filas de cuatro o de cinco, paseaban cogidas del brazo, cantando con sus voces agudas unas romanzas desapacibles, cuyas notas en falsete agitaban el aire calmo y daban dentera como las gotas de vinagre. Ahora, en cambio, nadie iba ya bajo la tupida y alta bóveda, como si temieran encontrar cada vez algún cadáver tendido.

Llegó el otoño, cayeron las hojas. Caían día y noche, descendían revoloteando, abarquilladas y livianas, a lo largo de los grandes troncos; y comenzaba a verse el cielo a través de las ramas. A veces, cuando una racha de viento rozaba las copas, aquella lluvia lenta y continua se volvía de repente más recia, se transformaba en un aguacero vagamente ruidoso que cubría el musgo de una espesa alfombra amarilla, un poco crujiente bajo los pies. Y el susurro casi inaudible, el susurro flotante, incesante, suave y triste de esta caída, semejaba un lamento, y las hojas que seguían cayendo parecían lágrimas, lagrimones derramados por los altos árboles tristes que lloraban día y noche por el final del año, por el final de las auroras tibias y de los dulces crepúsculos, por el final de las brisas cálidas y de los soles luminosos, y quizá también por el crimen que habían visto cometer a su sombra, por la niña violada y asesinada a su pie. Lloraban en el silencio del bosque desierto y vacío, del bosque abandonado y temido, por donde debía de andar errante, sola, el alma, la almita de la pequeña muerta.

El Brindille, engrosado por las tormentas, fluía raudo, amarillo y colérico, entre sus secas riberas, entre dos setos de delgados y desnudos sauces.

Y he aquí que Renardet volvió, de repente, a pasearse por el oquedal. Todos los días, al caer la noche, salía de su casa, bajaba a paso lento la escalinata y se iba bajo los árboles con aire pensativo, las manos en los bolsillos. Caminaba un buen rato por el musgo húmedo y mullido, mientras una bandada de cuervos, que habían acudido de todo el vecindario para pasar la noche en las grandes copas, se desplegaban en el espacio como un inmenso velo de luto ondeante al viento, lanzando agudos y siniestros graznidos.

Algunas veces se posaban, punteando de negras manchas las ramas entrelazadas que se recortaban contra el cielo rojo, contra el cielo color sangre de los crepúsculos otoñales. Luego, de repente, volvían a irse graznando espantosamente y desplegando de nuevo por encima del bosque el largo festón oscuro de su vuelo.

Finalmente, se abatían sobre las copas más altas y poco a poco cesaban sus ruidos, mientras la noche creciente mezclaba sus plumas negras con la negrura del espacio.

Renardet seguía vagando al pie de los árboles, lentamente; luego, cuando las opacas tinieblas no le permitían ya caminar, regresaba a casa, se desplomaba como una mole en su sillón, delante de la chimenea luminosa, alargando hacia el hogar sus pies húmedos que humeaban largamente contra las llamas.

Ahora bien, una mañana, corrió una gran noticia por el pueblo: el alcalde hacía talar el oquedal.

Veinte leñadores estaban trabajando ya en ello. Habían comenzado por el ángulo más próximo a la casa y avanzaban rápido en presencia del amo.

En primer lugar, los podadores trepaban por el tronco.

Sujetos mediante un lazo de cuerda a él, se agarran primero al tronco con los brazos y acto seguido, levantando una pierna, le dan un fuerte golpe con la espiga acerada fija en las suelas. La punta penetra en la madera y queda clavada, y el hombre se alza como sobre un escalón, golpea con la punta que lleva en el otro pie, sosteniéndose sobre ella para golpear de nuevo y así sucesivamente.

Y, a cada ascensión, levanta también el lazo de cuerda que le sujeta al árbol; pende y brilla, en un costado, el hacha de acero. Sigue trepando despacio como un parásito atacando a un gigante, sube pesadamente a lo largo de la inmensa columna, abrazándola y aguijoneándola con el propósito de decapitarla.

Llegado a las ramas más bajas, se detiene, desprende de su costado la afilada podadera y golpea. Golpea despacio, metódicamente, cortando el miembro muy cerca del tronco; y, de repente, la rama cruje, se doblega, se separa, se desprende y cae rozando en su caída los árboles vecinos. Tras caer al suelo con un gran estrépito de madera rota, todas sus ramitas siguen palpitando un buen rato.

El suelo se cubría de ramiza que otros hombres cortaban a su vez, ataban en haces y apilaban en montones, mientras los árboles que quedaban todavía en pie parecían postes desmesurados, gigantescas estacas amputadas y escamondadas por el acero cortante de las podaderas.

Y, una vez que el podador había terminado su tarea, dejaba en lo alto del enhiesto y fino tronco el lazo de cuerda que había traído, volvía a bajar a golpes de espuela por el tronco desmochado que entonces los leñadores atacaban por su base con grandes hachazos que resonaban en todo el resto del oquedal.

Cuando la herida del pie se juzgaba lo bastante profunda, algunos hombres

tiraban de la cuerda atada en lo alto, soltando un grito cadencioso, y de repente el inmenso tronco se quebraba y abatía con el sordo ruido y el retumbo de un cañonazo lejano.

Y el bosque disminuía cada día, perdiendo sus árboles talados como un ejército pierde a sus soldados.

Renardet ya no se iba de allí; se estaba de la mañana a la noche, contemplando, inmóvil, con las manos tras la espalda, la lenta muerte de su bosque. Una vez caído un árbol, posaba su pie sobre él, como sobre un cadáver. Luego levantaba la vista hacia el siguiente con una especie de impaciencia secreta y serena, como si hubiera esperado, ilusionado, algo al final de aquella masacre.

Mientras tanto se estaban acercando al lugar donde había sido encontrada la pequeña Roque. Llegaron a él, por fin, una tarde, a la puesta del sol.

Como ya oscurecía, y el cielo estaba cubierto, los leñadores quisieron parar su trabajo, dejando para el día siguiente la tala de un haya enorme, pero el amo se opuso a ello y exigió que se cortaran en el acto las ramas y se talara aquel coloso que había dado sombra al crimen.

Una vez desnudada por el podador, terminado su aseo de condenado y socavada su base por los leñadores, cinco hombres comenzaron a tirar de la cuerda atada a su extremidad.

El árbol resistía; su grueso tronco, aunque cortado hasta la mitad, era rígido como el hierro. Todos los trabajadores a la vez, con una especie de salto acompasado, tiraban de la cuerda hasta acostarse en el suelo, al tiempo que lanzaban un grito acompañado de un resoplido que revelaba y regulaba su esfuerzo.

Dos leñadores, de pie junto al gigante, permanecían con el hacha empuñada, semejantes a dos verdugos prestos a seguir golpeando, y Renardet, inmóvil, con la mano apoyada en la corteza, esperaba la caída con inquieta y nerviosa emoción.

Uno de los hombres le dijo:

—Está usted demasiado cerca, señor alcalde; cuando caiga, podría hacerle daño.

Él no respondió y no retrocedió; parecía dispuesto a coger él mismo de una brazada el haya para derribarla al suelo como un luchador.

Pero, de pronto, en la base del alto fuste de madera, se produjo una desgarradura que pareció recorrerlo, como una sacudida dolorosa, hasta lo alto; y se dobló ligeramente, como para caer, pero resistiendo aún. Los hombres, excitados, tensaron los brazos, aumentaron su esfuerzo y, mientras el árbol cortado, se desplomaba, Renardet dio de improviso un paso adelante y se detuvo, con los hombros alzados para recibir el golpe irresistible, el golpe mortal que le aplastaría contra el suelo.

Pero el haya, desviándose un poco, apenas si le rozó la espalda, desplazándole cinco metros más allá, de bruces contra el suelo.

Los leñadores se precipitaron para levantarle; pero ya él mismo se había puesto de

rodillas, aturdido, con la mirada perdida y pasándose la mano por la frente, como si despertara de un ataque de locura.

Una vez que se hubo puesto en pie, los hombres, sorprendidos, le preguntaron, sin comprender lo que había hecho. Él respondió, balbuceando, que había tenido un momento de extravío, o, más bien, unos segundos de retorno a la infancia, que se había imaginado que le daba tiempo a pasar por debajo del árbol, como los chiquillos que pasan corriendo por delante de los coches que van al trote, que había jugado con el peligro, que, desde hacía ocho días, sentía crecer dentro de sí esas fuertes ganas, preguntándose, cada vez que un árbol crujía para caer, si se podía pasar por debajo sin que le tocara. Era una tontería, lo confesaba; pero todo el mundo tiene en algún momento esos minutos de insania y esas tentaciones de una estupidez pueril.

Se explicaba lentamente, buscando las palabras, con sorda voz; luego se fue de allí diciendo:

—Hasta mañana, amigos, hasta mañana.

Tan pronto como hubo entrado en su habitación, se sentó delante de su mesa, que su lámpara con pantalla iluminaba vivamente, y, cogiéndose la cabeza entre las manos, rompió a llorar.

Lloró largo rato, y luego, secándose los ojos, levantó la cabeza y miró al reloj de pared. No eran aún las seis. Pensó: «Todavía tengo tiempo antes de cenar», y fue a cerrar la puerta con llave. Entonces volvió a sentarse delante de la mesa; abrió el cajón central, sacó un revólver y lo dejó sobre sus papeles, bien a la vista. El acero del arma relucía, desprendía reflejos de fuego.

Renardet lo contempló un rato con los ojos turbios de un hombre ebrio; luego se levantó y se puso a andar.

Iba de un extremo al otro del cuarto, y de vez en cuando se detenía para volver a echar a andar de nuevo enseguida. De repente, abrió la puerta de su cuarto de aseo, empapó una toalla en el cántaro de agua y se mojó la frente, como había hecho la mañana del crimen. A continuación se puso a andar de nuevo. Cada vez que pasaba por delante de su mesa, el arma reluciente atraía su mirada, solicitaba su mano; pero él echaba una mirada al reloj y pensaba: «Todavía tengo tiempo».

Dieron las seis y media. Entonces cogió el revólver, abrió la boca de par en par con una espantosa mueca y hundió el cañón dentro como si hubiera querido tragárselo. Permaneció así unos segundos, inmóvil, con el dedo en el gatillo, pero luego, bruscamente sacudido por un escalofrío de horror, tiró la pistola sobre la alfombra.

Y volvió a derrumbarse sobre su sillón sollozando:

—No puedo. ¡No me atrevo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer para tener el valor de matarme?

Llamaron a la puerta; se enderezó, enloquecido. Un criado decía:

—El señor ya tiene lista la cena.

Él respondió:

—Está bien. Ahora bajo.

Entonces recogió el arma, la guardó bajo llave de nuevo en el cajón y se miró seguidamente en el espejo de la chimenea para ver si su rostro no le parecía demasiado convulso. Estaba colorado, como siempre, quizá un poco más. Eso era todo. Bajó y se sentó a la mesa.

Comió despacio, como quien quiere hacer durar la comida para no encontrarse a solas consigo mismo. Luego se fumó varias pipas en la sala mientras retiraban la mesa. A continuación volvió a subir a su habitación.

Apenas se hubo encerrado, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, exploró todos los rincones, rebuscó dentro de todos los muebles. A continuación encendió las velas de la chimenea y, girando varias veces sobre sí mismo, recorrió con la mirada toda la habitación con una angustia espantosa que crispaba su rostro, pues sabía que iba a ver, como todas las noches, a la pequeña Roque, a la chiquilla que había violado y luego estrangulado.

Todas las noches, se reiniciaba la odiosa visión. Era primero en sus oídos una especie de ronquido como el ruido de un batán o el paso lejano de un tren por un puente. Entonces comenzaba a jadear, a sentir ahogos, y se veía obligado a desabrocharse el cuello de la camisa y el cinturón. Caminaba para que le circulara la sangre, trataba de leer, intentaba cantar; pero todo era en vano: su pensamiento, a pesar suyo, volvía al día del asesinato, y le hacía revivir la escena con sus detalles más secretos, con todas sus emociones más intensas desde el primer minuto hasta el último.

Había sentido al levantarse aquella mañana, la mañana del día horrible, un cierto aturdimiento y algo de jaqueca que él atribuyó al calor, de suerte que se había quedado en su habitación hasta que le llamaron a comer. Tras la comida, se había echado una siesta; luego había salido al final de la tarde para respirar la fresca y calmante brisa bajo los árboles de su oquedal.

Pero, en cuanto estuvo fuera, el aire pesado y abrasador de la llanura no hizo sino aumentar aún más su opresión. El sol, alto todavía en el cielo, derramaba sobre la tierra calcinada, seca y sedienta, raudales de ardiente luz. Ningún soplo de aire agitaba las hojas. Todos los animales, las aves, los saltamontes mismos guardaban silencio. Renardet se dirigió hacia los grandes árboles y se puso a caminar por el musgo donde el Brindille evaporaba un poco de frescor bajo la inmensa techumbre de ramas. Pero se sentía incómodo. Le parecía que una mano desconocida, invisible, le apretaba el cuello; y no pensaba casi en nada, él que tenía de ordinario ya pocas ideas en la cabeza. Sólo un vago pensamiento le acosaba desde hacía tres meses, el pensamiento de volver a casarse. Sufría de vivir solo, sufría moral y físicamente.

Acostumbrado desde hacía diez años a sentir una mujer a su lado, acostumbrado a su presencia en todo momento, a su abrazo diario, tenía necesidad, una necesidad imperiosa y confusa de su contacto incesante y de su cohabitación habitual. Desde la muerte de la señora Renardet, sufría continuamente sin comprender muy bien el porqué, sufría por no sentir su falda rozar sus piernas todo el día, y por no poder ya calmarse y sobre todo abandonarse en sus brazos. Era viudo desde hacía apenas seis meses y buscaba ya en los alrededores a alguna joven o alguna viuda con la que poder casarse una vez terminado su luto.

Tenía un alma casta, pero albergada en un cuerpo hercúleo, y unas imágenes carnales comenzaban a turbar su sueño y sus vigilias. Él las ahuyentaba; retornaban; y murmuraba a veces sonriendo para sus adentros: «Estoy hecho un san Antonio».

Tras haber tenido aquella mañana varias de esas visiones obsesivas, le dieron de repente ganas de darse un chapuzón en el Brindille para refrescarse y apaciguar el ardor de su sangre.

Conocía algo más lejos un sitio ancho y profundo donde los lugareños iban a remojarse a veces en verano. Y para allí se fue.

Unos tupidos sauces ocultaban aquella poza de aguas cristalinas donde la corriente se remansaba, dormitaba un poco antes de volver a fluir. Al acercarse, Renardet creyó oír un leve ruido, un débil chapaleo que no era el del arroyo en las orillas. Apartó despacito las hojas y miró. Una chiquilla, totalmente desnuda, totalmente blanca a través de las ondas transparentes, chapoteaba en el agua, como si danzara dentro girando sobre sí misma con graciosos ademanes. No era ya una niña, pero tampoco una mujer; estaba gordita y formada, aunque conservando un aire de chiquilla precoz que ha crecido rápido, casi madura. Él no se movía ya, estupefacto de la sorpresa, de la angustia, el aliento entrecortado por una extraña y punzante emoción. Permanecía allí, latiéndole el corazón como si uno de sus sueños sensuales acabara de hacerse realidad, como si un hada impura hubiera hecho aparecer delante de él a ese ser turbador y demasiado joven, a esa pequeña Venus rústica, nacida entre los remolinos del riachuelo, como la otra, la mayor, entre las olas del mar.

De repente la niña salió del baño, y, sin verlo, avanzó hacia donde estaba él para buscar sus ropas y volver a vestirse. A medida que se acercaba a pasitos titubeantes, por temor a los cortantes guijarros, él se sentía empujado hacia ella por una fuerza irresistible, por un arrebato bestial que sublevaba toda su carne, enloquecía su alma y le hacía temblar de pies a cabeza.

Ella permaneció de pie, unos segundos, detrás del sauce que la ocultaba. Entonces, perdiendo la cabeza, él abrió las ramas, se abalanzó sobre ella y la atrapó entre sus brazos. Ella cayó, demasiado aterrada para resistirse, demasiado espantada para pedir auxilio, y él la poseyó sin comprender lo que hacía.

Se despertó de su crimen como quien despierta de una pesadilla. La niña

comenzaba a llorar.

Él dijo:

—Cállate, cállate. Te daré dinero.

Pero ella no le prestaba oídos; sollozaba.

Él prosiguió:

—¿Quieres callarte? Cállate. Cállate.

Ella se puso a dar alaridos, retorciéndose, para escapar de él.

De repente comprendió que estaba perdido; y la cogió del cuello para detener en su boca esos gritos desgarradores y terribles. Como continuaba debatiéndose con la fuerza exasperada de un ser que quiere escapar a la muerte, él apretó sus manos de coloso sobre la pequeña garganta henchida de gritos; y la estranguló en unos segundos, tal era la furia con la que apretaba, sin pensar en matarla, sino sólo para hacerla callar.

Luego se enderezó, lleno de horror.

Ella yacía delante de él, sangrando y con la cara negra. Iba a largarse, cuando surgió en su alma trastornada el instinto misterioso y confuso que guía a todos los seres en peligro.

Estuvo a punto de arrojar el cuerpo al agua; pero otro impulso le llevó hacia los andrajos, con los que hizo un bulto. Entonces, como llevaba un cordel en el bolsillo, lo ató y lo escondió en un hoyo profundo del río, debajo de un tronco de árbol cuyo pie se bañaba en el Brindille.

A continuación se fue a grandes pasos, ganó los prados, dio una inmensa vuelta para mostrarse ante unos campesinos que vivían muy lejos de allí, en el otro extremo del pueblo, y volvió para cenar a la hora habitual, contándoles a sus criados todo el recorrido de su paseo.

Esa noche, sin embargo, durmió; durmió con un sueño pesado de bruto, como deben de dormir a veces los condenados a muerte. No abrió los ojos hasta los primeros rayos de sol, y esperó, torturado por el temor a que se descubriera su fechoría, la hora normal de su despertar.

Luego tuvo que asistir a todas las pesquisas. Lo hizo como los sonámbulos, sumido en una alucinación que le mostraba las cosas y los hombres a través de una especie de sueño, en una nube de embriaguez, en esa duda de irrealidad que turba el ánimo en el momento de las grandes catástrofes.

Sólo el grito desgarrador de la Roque traspasó su corazón. Estuvo a punto en ese momento de echarse a los pies de la anciana gritando: «He sido yo». Pero se contuvo. Fue, sin embargo, durante la noche, a recuperar los zuecos de la muerta, para dejarlos en el umbral de la casa de la madre.

Mientras duró la investigación, mientras tuvo que guiar y desviar la atención de la justicia, se mostró tranquilo, dueño de sí, astuto y sonriente. Discutía tranquilamente

con los magistrados cualquier conjetura que a éstos se les ocurriese, refutaba sus opiniones, demolía sus razonamientos. Incluso sentía un cierto placer acre y doloroso en poner trabas a sus indagaciones, en liar sus ideas, en convertir en inocentes a los sospechosos.

Pero a partir del día en que se abandonaron las investigaciones, se fue poniendo paulatinamente nervioso, más excitable aún que en otro tiempo, por más que dominara sus ataques de cólera. Los ruidos repentinos le hacían sobresaltarse de miedo; se estremecía por cualquier nimiedad, a veces temblaba de pies a cabeza cuando una mosca se posaba en su frente. Entonces le invadió una necesidad imperiosa de movimiento, le obligó a hacer caminatas prodigiosas, le tuvo levantado noches enteras, andando por su habitación.

No es que le atormentaran los remordimientos: su naturaleza brutal no era dada a matices sentimentales o a temores morales. Persona enérgica e incluso violenta, nacida para la guerra, para saquear los países conquistados y masacrar a los vencidos, con instintos salvajes de cazador y de luchador, la vida humana no contaba nada para él. Pese a respetar a la Iglesia, por política, no creía ni en Dios ni en el diablo y no esperaba, por tanto, en otra vida castigo o recompensa alguna por cuanto hiciera en ésta. Toda su fe consistía en una confusa filosofía basada en las ideas de los enciclopedistas del siglo pasado; consideraba la Religión como una consecuencia moral de la Ley, una y otra inventadas por los hombres para regular las relaciones sociales.

Matar a alguien en un duelo, o en la guerra, o en una discusión, o accidentalmente, o por venganza, o incluso por chulería, le hubiera parecido algo divertido y propio de valentones, y no hubiera dejado más huella en su espíritu que un disparo de rifle contra una liebre; pero se había sentido profundamente turbado por el asesinato de aquella niña. Lo había cometido en primer lugar en la ceguera de una embriaguez irresistible, en una especie de tempestad de sensualidad que le había trastornado la razón. Y le había quedado, en el corazón, en la carne, en los labios y hasta en sus dedos de asesino, una especie de amor bestial, al tiempo que un horror temeroso por aquella chiquilla sorprendida por él y asesinada vilmente. En todo momento su pensamiento volvía a esa escena horrible; y aunque se esforzaba en ahuyentar esa imagen, haciéndola a un lado con terror y asco, sentía que le rondaba por la cabeza, que daba vueltas en torno a él, esperando siempre la ocasión de reaparecer.

Entonces comenzó a temer la noche, la oscuridad que descendía a su alrededor. No comprendía aún por qué las tinieblas le espantaban, pero las temía instintivamente, las sentía llenas de terror. La luz del día no se presta al miedo: las cosas y las personas se ven, y se encuentran únicamente cosas y seres naturales que pueden mostrarse a la luz. Pero la noche, la noche oscura, más espesa que una

muralla, y vacía, la noche infinita, tan vasta y negra, en la que pueden rozarse cosas espantosas, la noche en que se siente errar y merodear el terror misterioso, le parecía que escondía un peligro desconocido, próximo y amenazante. ¿Cuál?

Lo supo bien pronto. Una noche, a hora tardía, mientras estaba en su sillón porque no conseguía conciliar el sueño, le pareció ver moverse la cortina de la ventana. Esperó, inquieto, con el corazón palpitante; la tela ya no se movía; pero luego, de golpe, se agitó de nuevo, o al menos eso le pareció. No se atrevía a levantarse y tampoco a respirar; y, sin embargo, era valiente; se había batido a menudo y le hubiera gustado descubrir en su casa a unos ladrones.

¿Se movía realmente la cortina? Se lo preguntó, temiendo que los ojos le hubieran engañado. No era apenas nada, por otra parte, un ligero estremecimiento de la tela, una especie de temblor de los pliegues, un fluctuar mínimo, como el provocado por el viento. Renardet permanecía con los ojos fijos, el cuello tenso; y de repente se levantó, avergonzado de su miedo, dio cuatro pasos, cogió la colgadura con ambas manos y la abrió completamente. Primero no vio nada más que los cristales negros, negros como manchas de tinta reluciente. La noche, la gran noche impenetrable se extendía detrás de ellos hasta el horizonte invisible. Permanecía de pie enfrente de esa sombra ilimitada; y de golpe percibió un resplandor, un resplandor movedizo, que parecía lejano. Entonces acercó su rostro al cristal de la ventana, pensando que se trataba de un pescador de cangrejos que estaba pescando furtivamente en el Brindille, pues era medianoche pasada, y aquel resplandor se deslizaba por la orilla del agua, bajo el oquedal. Al no conseguir distinguir todavía nada, Renardet encerró sus ojos entre las manos; y de repente aquel resplandor se transformó en claridad, y vio a la pequeña Roque desnuda y ensangrentada en el musgo.

Retrocedió crispado de horror, tropezó con su sillón y cayó de espaldas. Permaneció allí unos minutos con el alma llena de angustia, luego se sentó y se puso a reflexionar. Había tenido una alucinación, eso era todo; una alucinación provocada por un pescador furtivo que andaba de noche por la orilla del río con su farol. Y además no había nada de extraño en el hecho de que el recuerdo de su crimen hiciera nacer de vez en cuando la visión de la muerta.

Volvió a levantarse, se tomó un vaso de agua y se sentó. Pensaba: «¿Qué hacer si retorna la visión?». Y sabía, estaba seguro, de que retornaría. Ya la ventana incitaba su mirada, la llamaba, la atraía. Para no verla más, hizo girar su asiento; luego cogió un libro y trató de leer; pero pronto le pareció oír agitarse algo detrás de él, e hizo bruscamente girar sobre una pata su sillón. La cortina se seguía moviendo; cierto, esta vez se había movido; no podía ya dudarlo; se abalanzó y la asió tan brutalmente con una mano que la hizo venirse abajo junto con el riel; luego pegó ávidamente su cara contra el cristal. No vio nada. Todo estaba oscuro en el exterior, y él respiró con la misma alegría del hombre al que acaban de salvar la vida.

Se volvió a sentar; pero casi de inmediato le dominó el deseo de mirar de nuevo por la ventana. Desde que había caído la cortina, creaba una especie de agujero negro atrayente, temible, sobre la campiña oscura. Para no ceder a esta peligrosa tentación, se desvistió, apagó las luces, se acostó y cerró los ojos.

Inmóvil, tendido de espaldas, con la piel encendida y sudorosa, esperaba el sueño. De repente una intensa luz traspasó sus párpados. Los abrió, creyendo que se había prendido fuego a la casa. Estaba todo a oscuras, y él se incorporó sobre un codo para tratar de distinguir la ventana, que seguía atrayéndole irresistiblemente. A fuerza de escrutar con la mirada, vio alguna que otra estrella; se levantó, atravesó la habitación a tientas, encontró los cristales con los brazos extendidos, apoyó la frente en ellos. ¡Allí al fondo, bajo los árboles, el cuerpo de la muchacha resplandecía cual fósforo, iluminando la oscuridad circundante!

Renardet lanzó un grito y corrió hacia la cama, donde se quedó hasta la madrugada, con la cabeza escondida bajo la almohada.

A partir de aquel momento su vida se volvió insoportable. Se pasaba los días aterrado por sus noches; y cada noche se reanudaba la visión. Apenas se encerraba en su habitación, trataba de luchar, pero en vano. Una fuerza irresistible le hacía levantarse y le empujaba hacia el cristal, como para llamar al fantasma y enseguida lo veía, tendido primero en el lugar del crimen, tendido con los brazos y las piernas abiertos, tal como había sido encontrado el cuerpo. Luego la muerta se levantaba y venía, a pequeños pasos, tal como había hecho la niña al salir del río. Venía, despacito, directamente cruzando el césped y pasando junto a la jardinera de flores marchitas; luego se elevaba en el aire, hacia la ventana de Renardet. Venía hacia él, como había venido el día del crimen, hacia el asesino. Y el hombre retrocedía ante la aparición, reculaba hasta su cama y se dejaba caer en ella, a sabiendas de que la pequeña había entrado y que permanecía ahora detrás de la cortina que no tardaría en moverse. Y hasta que se hacía de día miraba esa cortina, la miraba fijamente, esperando sin cesar ver salir de ella a su víctima. Pero ella no se mostraba ya; permanecía allí, tras la tela agitada a veces por un temblor. Y Renardet, con los dedos crispados sobre las sábanas, los apretaba tal como había apretado la garganta de la pequeña Roque. Escuchaba dar las horas; oía golpear en medio del silencio la péndola de su reloj de pared y los profundos latidos de su corazón. Y sufría, el miserable, más que ningún otro hombre haya sufrido jamás.

Luego, no bien aparecía una línea blanca en el techo, anunciando el cercano día, se sentía liberado, solo, por fin, solo en su cuarto; y volvía a acostarse. Entonces dormía unas horas, con un sueño inquieto y febril, en el que se reanudaba a menudo en sueños la visión espantosa de sus vigilias.

Cuando más tarde bajaba a comer, se sentía lleno de agujetas como después de un gran esfuerzo; y apenas si comía, perseguido siempre por el temor de aquella a la que

volvería a ver a la noche siguiente.

Bien sabía, sin embargo, que no se trataba de una aparición, que los muertos no retornan a la vida, y que su alma enferma, su alma obsesionada por un único pensamiento, por un recuerdo inolvidable, era la única causa de su suplicio, la única evocadora de la muerta resucitada por ella, llamada por ella y levantada también por ella ante sus ojos, en los que quedaba grabada su imagen imborrable. Pero también sabía que no se curaría, que no escaparía nunca a la persecución salvaje de su memoria; y decidió quitarse la vida antes que soportar por más tiempo tales tormentos.

Entonces pensó en la manera de matarse. Quería algo sencillo y natural, que no hiciera pensar en un suicidio. Pues le preocupaba su reputación, el buen nombre legado por sus padres; y si se sospechaba la causa de su muerte, pensarían sin duda en el crimen inexplicado, en el asesino imposible de encontrar, y no tardarían en acusarle de la fechoría.

Se le había ocurrido una extraña idea, como era hacerse aplastar por el árbol al pie del cual había asesinado a la pequeña Roque. Decidió, pues, hacer talar su oquedal y simular un accidente. Pero el haya se negó a aplastarle los riñones.

Tras volver a casa, presa de una loca desesperación, había cogido su revólver y luego no se había atrevido a descerrajarse un tiro.

Sonó la hora de la cena; tras haber comido, volvió a subir. Y no sabía lo que iba a hacer. Se sentía cobarde, ahora que había escapado una primera vez. Poco antes estaba preparado, firme, decidido, dueño de su valor y de su resolución; ahora se sentía débil y le temía a la muerte, tanto como a la muerta.

Balbuceaba: «Ya no tendré el valor…, ya no tendré el valor…» y miraba aterrado ya el arma sobre la mesa, ya la cortina que ocultaba la ventana. ¡También le parecía que ocurriría algo tremendo tan pronto como su vida se hubiera acabado! ¿El qué? ¿El qué? ¿Acaso su reencuentro? Ella le acechaba, le esperaba, le llamaba, y era para atraparle a su vez, para atraerle a su venganza y convencerle de quitarse la vida por lo que ella se mostraba así todas las noches.

Se puso a llorar como un niño repitiendo: «Ya no tendré el valor, ya no tendré el valor». Luego se dejó caer de rodillas y balbució: «Dios mío, Dios mío». Sin creer en Dios, sin embargo. Y ya no se atrevía, en efecto, a mirar hacia su ventana donde sabía que estaba agazapada la aparición, ni hacia su mesa donde relucía su revólver.

Cuando se hubo levantado de nuevo, dijo en voz alta: «Las cosas no pueden seguir así, hay que poner fin a esto».

El sonido de su voz en la habitación silenciosa hizo que un estremecimiento de miedo le recorriera todos los miembros; pero como no se decidía a tomar ninguna decisión; como sentía que el dedo de su mano se negaría siempre a apretar el gatillo del arma, volvió a esconder su cabeza debajo de las sábanas de su cama y reflexionó.

Tenía que encontrar algo que le forzara a morir, inventarse una astucia contra sí mismo que no le permitiera ya ninguna posible vacilación, ninguna dilación, ningún lamento. Envidiaba a los condenados a los que se lleva al cadalso flanqueados por unos soldados. ¡Oh, de haber podido rogarle a alguien que le disparara; de haber podido, confesando el estado de su alma, confesando el delito a un amigo de confianza que nunca lo revelase, conseguir que éste le diera muerte! Pero ¿a quién pedir tamaño favor? ¿A quién? Buscó entre las personas que conocía. ¿El doctor? No, lo contaría todo después… De repente se le ocurrió una extraña idea. Le escribiría al juez instructor, a quien conocía íntimamente, para denunciarse a sí mismo. En esa carta, se lo contaría todo, el crimen, los tormentos que soportaba y su resolución de morir, sus vacilaciones y el medio que empleaba para forzar su valor desfalleciente. Le suplicaría en nombre de su vieja amistad que destruyera su carta en cuanto supiera que el culpable se había hecho justicia. Renardet podía contar con ese magistrado, sabía que era de fiar, discreto, incapaz incluso de decir una palabra ligera. Era uno de esos hombres que tienen una conciencia inflexible gobernada, dirigida, regida por su sola razón.

Apenas hubo concebido este plan, una extraña alegría embargó su corazón. Ahora se sentía tranquilo. Iba a escribir su carta, con calma, y apenas se hiciera de día la echaría al buzón que colgaba de la pared de la alquería, luego subiría a su torre para ver llegar al cartero y, cuando el hombre con el blusón azul se fuera, se arrojaría de cabeza sobre las rocas que hacían de cimientos. Procuraría que primero le vieran los obreros que talaban su bosque, luego subiría al alto escalón que sostenía el asta de la bandera desplegada en los días de fiesta. Rompería el asta de una sacudida y se precipitaría con ella. ¿Cómo dudar de que se tratara de un accidente? Y se mataría de golpe, teniendo en cuenta su peso y la altura de la torre.

Salió enseguida de su cama, se acercó a la mesa y se puso a escribir; no olvidó nada, ni un detalle del crimen, ni un detalle de su vida de angustias, ni un detalle de los tormentos de su corazón y concluyó anunciando que se había condenado él mismo, que iba a ejecutar al criminal, y rogándole a su amigo, a su viejo amigo, que velara de que nunca se acusase a su memoria.

Al acabar su carta, reparó en que se había hecho de día. La cerró, la selló, escribió la dirección y acto seguido bajó a paso ligero, corrió hasta el blanco buzón colgado de la pared, en un ángulo de la alquería, y cuando hubo echado dentro ese papel que enervaba su mano, volvió deprisa, echó el cerrojo al portalón y subió a su torre para esperar el paso del cartero que se llevaría su condena de muerte.

¡Ahora se sentía tranquilo, liberado, salvado!

Un viento frío, seco, un viento helado acariciaba su cara. Él lo aspiraba ávidamente, con la boca abierta, bebiendo su gélida caricia. El cielo estaba rojo, de un rojo encendido, de un rojo invernal, y la llanura entera, blanca de escarcha,

brillaba a los primeros rayos del sol, como si estuviera cubierta de polvillo de vidrio. Renardet, erguido, con la cabeza descubierta, miraba el vasto paisaje, los prados a la izquierda y a la derecha el pueblo cuyas chimeneas comenzaban a humear para el almuerzo.

Veía discurrir a sus pies el Brindille, entre las rocas contra las que se aplastaría dentro de poco. Se sentía renacer en aquella hermosa aurora helada, y lleno de fuerza, rebosante de vida. La luz le bañaba, le rodeaba, le penetraba como una esperanza. Le asaltaban mil recuerdos, recuerdos de mañanas parecidas, de marcha rápida por la tierra dura que resonaba bajo sus pasos, de partidas de caza felices al borde de los embalses donde duermen los patos salvajes. Todas las cosas buenas que le gustaban, las cosas buenas de la existencia acudían a su recuerdo, le aguijoneaban de deseos nuevos, despertaban todos los apetitos vigorosos de su cuerpo activo y robusto.

¿E iba a morir? ¿Por qué iba a quitarse la vida estúpidamente? ¿Por qué le temía a una sombra? ¿Miedo de nada? ¡Era rico y joven aún! ¡Qué locura! ¡Pero si le bastaría con una distracción, una ausencia, un viaje para olvidar! Esa misma noche, no había visto a la niña, porque su pensamiento, preocupado, estaba distraído en otra cosa. ¿Acaso no volvería a verla más? ¡Y si ella le seguía acosando en esa casa, sin duda no le seguiría a otras partes! ¡Ancho era el mundo y largo el porvenir! ¿Por qué morir?

Su mirada se paseaba por los prados, y percibió una mancha azul en el sendero que seguía el curso del Brindille. Era Médéric, que venía a traer las cartas de la ciudad y a llevarse las del pueblo.

Renardet tuvo un sobresalto, la sensación de que le atravesaba un dolor, y se lanzó escalera de caracol abajo para recuperar su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba que le vieran ahora; corría a través de la hierba en la que resaltaba la leve helada de las noches, y llegó ante el buzón, en el ángulo de la alquería, justo al mismo tiempo que el cartero.

El hombre había abierto la puertecita de madera y retiraba algunos papeles allí depositados por los vecinos del pueblo.

Renardet le dijo:

—Buenos días, Médéric.

—Buenos días, señor alcalde.

—Mire, Médéric, he echado al buzón una carta que necesito. Vengo a pedirle que me la devuelva.

—Está bien, señor alcalde, se la daré.

Y el cartero levantó los ojos. Se quedó estupefacto ante el semblante de Renardet; tenía las mejillas moradas, los ojos turbios, ribeteados de negro, como rehundidos, el pelo alborotado, la barba enmarañada, la corbata deshecha. Era evidente que no se había acostado.

El hombre preguntó:

—¿Está usted enfermo, señor alcalde?

El otro, comprendiendo de repente que su aspecto debía de ser extraño, perdió el dominio de sí, balbució:

—¡Qué va!…, ¡qué va!… Sólo que he saltado de la cama para venir a pedirte esta carta… Dormía… ¿Comprende?…

Una vaga sospecha cruzó por la mente del antiguo soldado.

Prosiguió:

—¿Qué carta?

—La que va a devolverme.

Ahora, Médéric dudaba, no le parecía natural la actitud del alcalde. Acaso esa carta encerraba un secreto, un secreto de política. Sabía que Renardet no era republicano, y conocía todas las artimañas y todos los engaños que se emplean en las elecciones.

Preguntó:

—¿A quién iba dirigida esa carta?

—¡Al señor Putoin, el juez de instrucción; ya sabe, al señor Putoin, que es amigo mío!

El cartero buscó entre los papeles y encontró la carta que le reclamaban. Entonces se puso a mirarla, dándole la vuelta varias veces entre sus dedos, muy perplejo, muy turbado por temor a cometer una falta grave o a ganarse la enemistad del alcalde.

Viendo su duda, Renardet hizo un movimiento para coger la carta y arrancársela de las manos. Este brusco gesto convenció a Médéric de que se trataba de un misterio importante y le hizo decidirse a cumplir con su deber, al precio que fuese.

Metió el sobre dentro de su saca y la volvió a cerrar, respondiendo:

—No, no puedo, señor alcalde. En vista de que iba dirigida al juez, no puedo.

Una angustia espantosa encogió el corazón de Renardet, que balbució:

—Pero me conoce usted perfectamente. Puede reconocer incluso mi letra. Le digo que necesito esa carta.

—No puedo.

—Veamos, Médéric, sabe que soy incapaz de engañarle, le digo que la necesito.

—No. No puedo.

Un estremecimiento de cólera agitó el alma violenta de Renardet.

—¡Rediez!, ándese usted con cuidado. Sabe que no bromeo y que puedo hacerle perder su empleo, buen hombre, y bien pronto. Y además soy el alcalde del pueblo; y le ordeno que ahora mismo me devuelva la carta.

El cartero respondió con firmeza:

—¡No, no puedo, señor alcalde!

Entonces Renardet, perdiendo la cabeza, le cogió de los brazos para quitarle su saca; pero el hombre se liberó de una sacudida y, retrocediendo, alzó su grueso bastón

de acebo. Dijo, sin perder la calma en ningún momento:

—¡Eh, no me toque, señor alcalde, o le doy! Ándese con cuidado. ¡Yo cumplo con mi deber!

Sintiéndose perdido, Renardet adoptó de repente una actitud humilde, suave, implorante como un niño que llora.

—Vamos, vamos, amigo, devuélvame esa carta, le recompensaré, le daré dinero, tenga, tenga, le daré cien francos, ¿entendido?, cien francos.

El hombre se dio media vuelta y echó a andar.

Renardet le seguía, jadeante, balbuciendo:

—Médéric, Médéric, escuche, le daré mil francos, ¿entendido?, mil francos.

El otro seguía adelante, sin responder. Renardet prosiguió:

—Le haré rico…, ¿entendido?, lo que usted quiera… Cincuenta mil francos… Cincuenta mil francos por esa carta… ¿A usted qué le importa? ¿No quiere?… Pues bien, cien mil…, diga…, cien mil francos…, ¿entendido?…, cien mil francos…, cien mil francos.

El cartero se volvió, con una expresión dura y mirada severa:

—Basta ya, o daré cuenta a la justicia de todo lo que acaba de decirme.

Renardet se detuvo en seco. Estaba acabado. No tenía ya esperanza. Se dio la vuelta y se largó hacia su casa, corriendo como un animal en fuga.

Entonces Médéric se detuvo a su vez y observó esa huida con estupefacción. Vio regresar al alcalde a su casa, y siguió esperando como si no pudiera dejar de ocurrir algo sorprendente.

Pronto, en efecto, apareció Renardet cuan alto era arriba en la torre del Zorro. Corría en torno a la plataforma como un loco; luego cogió el asta de la bandera y la sacudió con furor sin conseguir romperla, y a continuación, a modo de un nadador que se lanza de cabeza, se tiró de súbito al vacío con las dos manos por delante.

Médéric se precipitó para socorrerle. Al atravesar el parque, vio a los leñadores que iban al trabajo. Les llamó a voces para avisarles del accidente; y ellos encontraron al pie de los muros un cuerpo ensangrentado cuya cabeza se había aplastado contra una roca. El Brindille le rodeaba, y en sus aguas, en aquel punto anchurosas, cristalinas y tranquilas, se veía fluir un largo hilillo rosa de cerebro y de sangre mezclados.

EL PECIO*

Ayer fue 31 de diciembre.

Acababa yo de desayunar con mi viejo amigo Georges Garin. El criado le trajo una carta repleta de sellos y de timbres extranjeros.

Georges me dijo:

—¿Me permites?

—Por supuesto.

Y se puso a leer ocho páginas escritas en inglés con una letra grande, trazada en todas direcciones. Las leía lentamente, con seria atención, con ese interés que se pone en las cosas que le conmueven a uno.

Luego dejó la carta en una esquina de la chimenea y dijo:

*

Mira, ésta es una curiosa historia que no te he contado nunca, una historia sentimental, ¡que me sucedió precisamente a mí! Fue en verdad una extraña Nochevieja la de aquel año. ¡Hará de ello ya veinte años… pues yo tenía treinta, y ahora tengo ya cincuenta!…

Era yo por aquel entonces inspector de la Compañía de Seguros Marítimos, que actualmente dirijo. Me disponía a pasar en París la festividad de Año Nuevo, puesto que se ha convenido en hacer de este día un día festivo, cuando recibí una carta del director en la que me ordenaba partir de inmediato hacia la isla de Ré, donde acababa de encallar un buque de tres palos de Saint-Nazaire, asegurado por nosotros. En ese momento eran las ocho de la mañana. Llegué a la Compañía a las diez para recibir instrucciones; y, esa misma tarde, tomaba el expreso que me dejaba en La Rochelle al día siguiente, 31 de diciembre.

Disponía de dos horas antes de subir a bordo del barco que hacía la travesía a Ré, el *Jean-Guiton*. Di una vuelta por la ciudad. La Rochelle es una ciudad extraña, con carácter, con sus calles enredadas como un laberinto y cuyas aceras corren bajo unas galerías sin fin, galerías con arcadas como las de la rue de Rivoli, pero bajas, esas galerías y esas arcadas rebajadas, misteriosas, que se dirían construidas, y luego

conservadas, como un decorado de conspiradores, el decorado antiguo y sorprendente de las guerras de antaño, de las guerras de religión heroicas y salvajes. Es la vieja ciudad hugonote, grave, discreta, sin ninguno de esos admirables monumentos que hacen tan magnífica a Ruán, pero notable por su severa fisonomía, un tanto burlona también, una ciudad de guerreros empecinados, donde deben de proliferar los fanatismos, la ciudad donde se exaltó la fe de los calvinistas y donde se tramó la conjura de los cuatro sargentos.[1]

Tras haber vagado un rato por esas calles singulares, subí a bordo de un pequeño buque de vapor, negro y panzudo, que había de llevarme a la isla de Ré. Zarpó resoplando, con aire colérico, pasó por entre las dos torres antiguas que guardan el puerto, atravesó la rada, salió del dique construido por Richelieu y cuyas enormes piedras se ven a flor de agua, piedras que encierran la ciudad como un inmenso collar; luego dobló a la derecha.

Era uno de esos días tristes que oprimen, aplastan el ánimo, encogen el corazón, extinguen en nosotros toda fuerza y energía; un día gris, glacial, enmugrecido por una pesada bruma, húmeda como de lluvia, fría como escarcha, fétida como las emanaciones de un albañal.

Bajo ese techo de niebla baja y siniestra, la mar amarilla, la mar poco profunda y arenosa de esas playas infinitas, permanecía sin un rizo, sin un movimiento, sin vida, un mar de agua turbia, de agua oleosa, de agua estancada. El *Jean-Guiton* la surcaba balanceándose ligeramente, por costumbre, hendiendo esa extensión opaca y tersa, dejando luego tras de sí algunas olas, algún chapaleo, alguna ondulación que no tardaban en calmarse.

Yo me puse a charlar con el capitán, un hombrecillo casi sin piernas, tan rechoncho como su barco y bamboleante como él. Quería conocer algunos detalles acerca del siniestro que iba a comprobar. Un gran buque cuadrado de tres palos de Saint-Nazaire, el *Marie-Joseph*, había encallado, durante una noche de huracán, en las arenas de la isla de Ré.

La tempestad había lanzado tan lejos a dicha embarcación, escribía el armador, que había sido imposible reflotarla y habían tenido que llevarse lo más rápidamente posible todo cuanto podía ser desprendido. Iba a tener, pues, que comprobar la situación del pecio, apreciar cuál debía de ser su estado antes del naufragio, juzgar si se habían hecho todos los esfuerzos posibles para reflotarlo. Iba yo como agente de la Compañía para, si fuera preciso, ser posteriormente testigo de cargo durante el proceso.

A la recepción de mi informe, el director tomaría las medidas que considerara oportunas para salvaguardar nuestros intereses.

El capitán del *Jean-Guiton* conocía perfectamente el asunto, tras haber sido llamado a tomar parte, con su navío, en los intentos de salvamento.

Me contó el siniestro, muy simple por otra parte. El *Marie-Joseph*, empujado por una furiosa ventolera, perdido en la noche, navegando al azar por un mar espumoso —«un mar de sopa de leche», como decía el capitán—, había acabado encallando en esos inmensos bancos de arena que convierten las costas de esa región, en las horas de marea baja, en verdaderos Saharas ilimitados.

Mientras hablábamos, yo miré alrededor y delante de mí. Entre el océano y el cielo plomizo había un espacio libre en el que la mirada alcanzaba lejos. Estábamos costeando una zona de tierra. Pregunté:

«¿Es la isla de Ré?».

«Sí, señor.»

De improviso el capitán, alargando la mano derecha delante de nosotros, me indicó, en pleno mar, una cosa casi imperceptible, y me dijo:

«¡Ahí tiene su barco!».

«¿El *Marie-Joseph*?…»

«Sí.»

Yo estaba estupefacto. Ese punto negro, casi invisible, que habría tomado por un escollo, me parecía situado a tres kilómetros como mínimo de la costa.

Proseguí:

«Pero, capitán, ¡el lugar que me indica parece de una profundidad de por lo menos cien brazas!».

Él se echó a reír.

«¿Cien brazas, amigo?… ¡Ni dos brazas, se lo aseguro!…»

Era un bordelés. Continuó:

«Tenemos marea alta, son las nueve y cuarenta minutos. Después de haber comido en el Hotel del Delfín, vaya por la playa con las manos en los bolsillos y le garantizo que, a las dos y cincuenta minutos o, a lo más tardar, a las tres, llegará al pecio con los pies secos, amigo, y dispondrá de una hora y tres cuartos a dos horas para permanecer en él, no más, porque de lo contrario sería una trampa. Cuanto más lejos se va el mar, más deprisa vuelve. ¡Esta costa es llana como una mesa! Regrese a las cinco menos diez, hágame caso; y a las siete y media embarque de nuevo en el *Jean-Guiton* que le llevará de vuelta esta misma noche al puerto de La Rochelle».

Yo le di las gracias al capitán y fui a sentarme en la proa del vapor, para observar la pequeña ciudad de Saint-Martin, a la que nos acercábamos rápidamente.

Se parecía a todos los puertos en miniatura que hacen de capital de todas las islitas diseminadas a lo largo de los continentes. Era un gran pueblo de pescadores, con un pie en el agua y otro en tierra, que vivía de la pesca y de las aves de corral, de las verduras y de los moluscos, de los rábanos y de los mejillones. La isla es muy baja, está poco cultivada, y parece no obstante muy poblada; pero yo no me adentré en ella.

Tras haber comido, superé un pequeño promontorio; a continuación, como el mar descendía rápidamente, me dirigí, a través de la arena, hacia una especie de roca negra que divisaba por encima del agua, a lo lejos, a lo lejos.

Iba deprisa por esa extensión llana, amarilla, elástica como si fuera carne y que parecía sudar bajo mis pies. Momentos antes estaba allí el mar, y ahora lo veía huir lejos, hasta donde se perdía la vista, y ya no distinguía la línea que separaba la arena del océano. Me parecía asistir a un gigantesco espectáculo, mágico y sobrenatural. Hacía un rato tenía delante de mí el Atlántico, y luego éste había desaparecido en la arena, como los escenarios teatrales en los escotillones, y ahora caminaba en medio de un desierto. Sólo me quedaba la sensación, el aliento del agua salada. Percibía el olor a algas, el olor a olas, el olor áspero y saludable de las costas. Iba deprisa, no tenía frío: miraba el pecio que se agrandaba a medida que avanzaba y ahora parecía una enorme ballena naufragada.

Parecía brotar del suelo y, en aquella inmensa extensión llana y amarilla, adquiría proporciones extraordinarias. Llegué al cabo de una hora de caminata. Yacía sobre un costado, reventado, quebrado, mostrando, como el costillar de una bestia, sus huesos rotos, sus huesos de madera embreada, horadados por unos clavos enormes. Lo había invadido ya la arena, que había penetrado por todas las hendiduras, y lo sujetaba, lo poseía, no lo dejaría ya, como si hubiera echado raíces. La proa se había adentrado profundamente en esa playa suave y pérfida, mientras que la popa, levantada, parecía arrojar hacia el cielo, como un grito de llamada desesperada, esas dos palabras blancas en la borda negra: *Marie-Joseph*.

Escalé ese cadáver de navío por su lado más bajo; luego, tras llegar a la cubierta, penetré en su interior. La luz, que entraba por las escotillas hundidas y por las rendijas de los costados, iluminaba tristemente esa suerte de bodegas alargadas y oscuras, recubiertas de maderas destrozadas. No había allí dentro más que arena que servía de suelo a ese subterráneo de tablas.

Me puse a tomar notas sobre el estado de la embarcación. Me había sentado sobre un barril vacío y roto, y escribía al resplandor de una ancha abertura por donde podía ver la extensión ilimitada de la playa. Un singular estremecimiento de frío y de soledad recorría mi piel de tanto en tanto; y a ratos dejaba de escribir para escuchar el ruido vago y misterioso del pecio: un ruido de cangrejos que raspaban el revestimiento con sus ganchudas pinzas, el ruido de los mil pobladores del mar instalados ya dentro de aquel cadáver y también el ruido tenue y regular de la taraza que roe sin cesar, con su chirrido de tijera, todos los viejos maderámenes, que agujerea y devora.

Y, de pronto, oí unas voces humanas muy cerca de mí. Di un salto como ante una aparición. Creí realmente, durante un segundo, que iba a ver levantarse, del fondo de la siniestra cala, a dos ahogados que me contarían su muerte. No tardé mucho, en

verdad, en trepar a la cubierta a fuerza de brazos: y vi de pie, en la proa del navío, a un señor alto con tres muchachas, o más bien, a un inglés alto con tres *misses*. Sintieron, seguramente, más miedo aún ellos que yo al ver surgir rápidamente a ese ser sobre el buque de tres palos abandonado. La más joven de las muchachas echó a correr; las otras dos se cogieron a su padre de una brazada; en cuanto a él, se quedó con la boca abierta; fue el único signo que dejó traslucir su emoción.

Luego, tras unos segundos, dijo:

«Ooh, señor, ¿ser usted el propietario de esta embarcación?».

«Sí, señor.»

«¿Poder visitarla?»

«Sí, señor.»

Entonces pronunció una larga frase inglesa de la que sólo capté esta palabra: *gracious*, repetida varias veces.

Como buscaba un lugar por el que trepar, le indiqué el mejor y le tendí la mano. Subió; luego ayudamos a las tres chicas, tranquilizadas. ¡Eran encantadoras, sobre todo la mayor, una rubiecita de unos dieciocho años, lozana como una flor, y tan fina, tan graciosa! Es cierto que las inglesas bonitas tienen aspecto de tiernos frutos de mar. Se hubiera dicho que ésta acababa de salir de la arena y que sus cabellos habían conservado su matiz. Hacen pensar, con su exquisita lozanía, en los delicados colores de las conchas rosáceas y en las perlas nacaradas, raras, misteriosas, abiertas en las profundidades ignotas de los océanos.

Hablaba un poco mejor que su padre; y nos hizo de intérprete. Hubo que contar con todo pormenor el naufragio, que me inventé, como si hubiera asistido a la catástrofe. Luego, la familia al completo descendió al interior del pecio. Una vez que hubieron penetrado en esa sombría galería, apenas iluminada, lanzaron unos gritos de asombro y de admiración; y de repente el padre y las tres hijas tenían en sus manos unos cuadernos, que llevaban escondidos sin duda dentro de sus grandes ropas impermeables, y comenzaron al mismo tiempo cuatro croquis a lápiz de aquel lugar triste y extraño.

Se habían sentado, unos al lado de los otros, sobre una viga que sobresalía, y los cuatro cuadernos, sobre las ocho rodillas, se cubrían de pequeñas líneas negras que debían de representar el vientre entreabierto del *Marie-Joseph*.

Mientras trabajaban, la mayor de las muchachas charlaba conmigo, que seguía inspeccionando el esqueleto del navío.

Me enteré de que pasaban el invierno en Biarritz y que habían venido expresamente a la isla de Ré para contemplar ese buque de tres palos embarrancado. Esa gente no tenía nada de la altivez inglesa; eran sencillos y honestos chiflados, de esos eternos seres errabundos de los que Inglaterra llena el mundo. El padre alto, enjuto, con el semblante colorado enmarcado por unas patillas canosas, verdadero

sándwich viviente, una loncha de jamón cortada a modo de cabeza humana entre dos cojinetes de pelos; las hijas, talluditas, pequeñas zancudas en fase de crecimiento, también enjutas, salvo la primogénita, y las tres amables, pero sobre todo la mayor.

Tenía ésta una manera tan graciosa de hablar, de contar, de reír, de comprender y de no comprender, de levantar la mirada para preguntarme, unos ojos azules como el agua profunda, de dejar de dibujar para imaginar, de ponerse de nuevo al trabajo y de decir *yes* o *no*, que me habría quedado un tiempo indefinido escuchándola y mirándola.

De repente, murmuró:

«Yo sentir un pequeño movimiento en el barco».

Presté oídos; y enseguida distinguí un ligero ruido, singular, continuo. ¿Qué era? Me levanté para ir a mirar por la abertura, y lancé un fuerte grito. ¡El mar nos había alcanzado; iba a rodearnos!

Nos fuimos inmediatamente a cubierta. Era demasiado tarde. El agua nos rodeaba, y corría hacia la costa con una rapidez prodigiosa. No, correr no corría, se deslizaba, se arrastraba, se extendía como una mancha desmesurada. Apenas unos centímetros de agua cubrían la arena; pero ya no se veía la línea fugitiva del imperceptible oleaje.

El inglés quiso lanzarse al agua; yo le retuve; la huida era imposible, a causa de las marismas profundas que habíamos tenido que circundar a la ida y en las que caeríamos a la vuelta.

Hubo, en nuestros corazones, un minuto de horrible angustia. Luego la pequeña inglesa se puso a sonreír y murmuró:

«¡Nosotros ser los náufragos!».

Me dieron ganas de reír; pero me oprimía el miedo, un miedo cobarde, espantoso, ruin y solapado como ese oleaje. Todos los peligros que corríamos se me representaron al mismo tiempo. Tenía ganas de gritar: «¡Socorro!». Pero ¿a quién?

Las dos jóvenes inglesas estaban acurrucadas contra su padre, que miraba, con ojos consternados, el mar desmesurado en torno a nosotros.

Y caía la noche, tan rápida como el océano ascendente, una noche plomiza, húmeda, helada.

Dije:

«No queda más remedio que quedarse en este barco».

El inglés respondió:

«Oh, yes!»

Y allí nos quedamos un cuarto de hora, una media hora, no sé, la verdad, cuánto tiempo mirando, a nuestro alrededor, esa agua amarilla que se adensaba, remolineaba, parecía burbujear, parecía jugar sobre la inmensa playa reconquistada.

Una de las muchachas tuvo frío, y se nos ocurrió la idea de volver a bajar para

ponernos al abrigo de la brisa ligera, pero helada, que nos rozaba y nos punzaba la piel.

Me incliné sobre la escotilla. El navío estaba lleno de agua. Entonces tuvimos que acurrucarnos contra la borda de popa, que nos servía un poco de resguardo.

Ahora nos envolvían las tinieblas, y permanecimos apretados los unos contra los otros, rodeados de sombra y de agua. Yo sentía temblar, contra mi hombro, el de la pequeña inglesa, cuyos dientes castañeteaban a ratos; pero también sentía el dulce calor de su cuerpo a través de las telas, y este calor me resultaba delicioso como un beso. No hablábamos ya; permanecíamos inmóviles, mudos, agazapados como bestias dentro de una zanja en las horas de huracán. Y, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de la noche, a pesar del peligro terrible y creciente, yo comenzaba a sentirme feliz de estar allí, feliz del frío y del peligro, feliz de esas largas horas de sombra y de angustia que había que pasar sobre aquella tablazón tan cerca de esa linda y graciosa muchacha.

Me preguntaba por qué me embargaba esa extraña sensación de bienestar y de alegría.

¿Por qué? ¿Quién sabe? ¿Porque ella estaba allí? ¿Quién era ella? ¿Una joven inglesa desconocida? ¡No la amaba, ni siquiera la conocía, y sin embargo me sentía enternecido, conquistado! ¡Me hubiera gustado salvarla, consagrarme a ella, hacer mil locuras! ¡Qué cosa más extraña! ¿Cómo es posible que la presencia de una mujer nos trastorne de tal modo? ¿Acaso es el poder de su gracia que nos envuelve? ¿La seducción de la preciosura y de la juventud que nos embriaga como lo haría el vino?

¿No es más bien una especie de contacto del amor, del amor misterioso, que busca sin descanso unir a los seres, que pone a prueba su poder apenas ha puesto frente a frente al hombre y a la mujer, llenándoles de emoción, de una emoción confusa, secreta, profunda, tal como se riega la tierra para que broten las flores?

Pero el silencio de las tinieblas se tornaba pavoroso, el silencio del cielo, pues oíamos en torno a nosotros, incierto, un ligero, infinito rumor, el rumor vago del mar que subía y el chapaleo monótono de la corriente contra el barco.

De repente, oí unos sollozos. La más pequeña de las inglesas lloraba. Entonces su padre quiso consolarla, y se pusieron a hablar en su lengua, que yo no comprendía. Adiviné que intentaba tranquilizarla y que ella seguía teniendo miedo.

Le pregunté a mi vecina:

«¿Tiene usted frío, *miss*?».

«¡Oh, sí! Tener frío mucho.»

Quise dejarle mi abrigo, pero ella rehusó; pero yo me lo había quitado ya; la cubrí con él a pesar suyo. En la breve lucha, toqué su mano, lo cual me provocó un estremecimiento agradabilísimo en todo el cuerpo.

Desde hacía unos minutos, el aire se estaba volviendo más impetuoso, el chapaleo

del agua más fuerte contra los costados del navío. Me enderecé; un gran soplo rozó mi rostro. ¡Se estaba levantando el viento!

El inglés se dio cuenta de ello al mismo tiempo que yo, y se limitó a decir:

«No pintar nada bien esto para nosotros…».

Seguramente no pintaba nada bien, era la muerte segura si unas olas, aunque fuesen unas olas débiles, venían a batir y sacudir el pecio, tan roto y desencajado que la primera ola algo fuerte lo haría papilla.

Entonces nuestra angustia fue en aumento segundo a segundo con las ráfagas cada vez más fuertes. Ahora, la mar rompía un poco, y yo veía en las tinieblas unas líneas blancas aparecer y desaparecer, líneas de espuma, mientras que cada ola golpeaba la quilla del *Marie-Joseph*, la agitaba con un breve estremecimiento que nos llegaba hasta el corazón.

La inglesa temblaba; yo la sentía estremecerse contra mí, y tenía unas ganas locas de cogerla entre mis brazos.

Allá lejos, delante de nosotros, a derecha e izquierda, y también detrás, brillaban unos faros en la costa, unos faros blancos, amarillos, rojos, giratorios, semejantes a unos ojos enormes, a unos ojos de gigante que nos miraban, nos acechaban, esperaban ávidamente que desapareciéramos. Uno de ellos sobre todo me irritaba. Se apagaba cada treinta segundos para volver a encenderse a continuación; era exactamente como un ojo con su párpado que bajaba sin cesar sobre su mirada de fuego.

De rato en rato, el inglés encendía una cerilla para consultar la hora; luego volvía a guardarse su reloj en el bolsillo. De repente, me dijo, por encima de las cabezas de sus hijas, con una soberana seriedad:

«Señor, le deseo buen año».

Era medianoche. Yo le tendí la mano, que él apretó; luego pronunció una frase en inglés, y de repente sus hijas y él se pusieron a cantar el *God save the Queen*, que ascendió por la negrura del aire, por el aire mudo, y se evaporó a través del espacio.

Primero me dieron ganas de reír; pero luego me embargó una emoción intensa y extraña.

Era algo siniestro y soberbio ese canto de náufragos, de condenados, algo como una oración, y también algo más grande, comparable al antiguo y sublime *Ave, Caesar, morituri te salutant*.

Cuando hubieron terminado, pedí a mi vecina que cantara sola una balada, una leyenda, lo que ella quisiera, para hacernos olvidar nuestras angustias. Ella aceptó y enseguida su voz clara y joven voló en la noche. Cantaba algo triste sin duda, pues las notas se prolongaban largamente, salían lentas de su boca y revoloteaban, como pájaros malheridos, por encima de las olas.

El mar crecía, batía ahora nuestro pecio. Yo y a no pensaba más que en esa voz. Y

también en las sirenas. Si hubiera pasado una barca cerca de nosotros, ¿qué habrían dicho los marineros? ¡Mi espíritu atormentado se extraviaba en el sueño! ¡Una sirena! ¿No era, en efecto, una sirena, esa hija de los mares, la que me había retenido en ese navío carcomido y que, dentro de un rato, iba a hundirse conmigo entre las olas?…

Pero de repente rodamos los cinco por la cubierta, pues el *Marie-Joseph* se había asentado sobre su costado derecho. La inglesita me había caído encima y yo, locamente, sin saber ni comprender, convencido de que había llegado mi última hora, la besaba con ardor en la mejilla, en la sien, en los cabellos. El barco no se movía ya, así como tampoco nosotros.

El padre dijo: «¡Kate!». La que yo sujetaba respondió *yes*, e hizo un movimiento para desprenderse. Cierto que en ese momento hubiera querido que el barco se hubiera partido en dos para caer en el agua con ella.

El inglés prosiguió:

«Un pequeño balanceo, no ser nada. Yo tener a mis tres hijas a salvo».

¡Inicialmente, al no ver ya a la mayor, había creído que la había perdido!

Yo me levanté lentamente, y percibí, de repente, una luz en el mar, muy cerca de nosotros. Grité; respondieron. Era una barca que nos buscaba, al haber previsto el director del hotel nuestra imprudencia.

Estábamos salvados. ¡Yo me sentía desolado! Nos recogieron de dentro de nuestra balsa y nos llevaron a Saint-Martin.

El inglés, ahora, se frotaba las manos y murmuraba:

«¡Buena cena!, ¡buena cena!».

Cenamos, en efecto. Yo no estuve alegre, echaba de menos el *Marie-Joseph*.

Hubo que separarse, al día siguiente, tras muchos abrazos y promesas de escribirse. Ellos partieron para Biarritz. Poco faltó para que yo les siguiera.

Estaba enamorado perdido; a punto estuve de pedir la mano de esa muchacha. ¡Cierto que, de haber pasado ocho días juntos, me habría casado con ella! ¡Qué débil e incomprensible es, a veces, el hombre!

Pasaron dos años sin que tuviera noticias de ellos; luego recibí una carta de Nueva York. Ella se había casado, y me lo comunicaba. Y, desde entonces, nos escribimos cada año el uno de enero. Ella me cuenta su vida, me habla de sus hijos, de sus hermanas, ¡nunca de su marido! ¿Por qué? ¡Ah!, ¿por qué?… Y yo no le hablo sino del *Marie-Joseph*… Quizá sea la única mujer a la que he amado…, no…, a la que habría amado… ¡Ah!…, eso es…, ¿saben?… Los acontecimientos nos arrastran… Y luego… y luego… todo pasa. Ella debe de ser actualmente vieja…, no la reconocería… ¡Ah!, ¡la de otro tiempo…, la del pecio…, qué criatura… divina! Me escribe que ya tiene todos los cabellos canos… ¡Ah!, ¡sus rubios cabellos!… No, la mía ya no existe… ¡Qué triste es… todo esto!…

ROSALIE PRUDENT*

Había verdaderamente en aquel caso un misterio que ni los propios miembros del jurado ni el presidente, ni tampoco el mismo fiscal, conseguían comprender.

La joven Prudent (Rosalie), criada en casa de los Varambot, en Mantes, tras quedarse embarazada sin que sus amos lo supieran, había dado a luz, de noche, en su buhardilla, matando y enterrando luego a su hijo en el huerto.

Era uno de tantos infanticidios perpetrados por las sirvientas. Pero un hecho seguía siendo inexplicable. El registro practicado en el cuarto de la joven Prudent había llevado a descubrir un ajuar completo de niño, realizado por la propia Rosalie, que se había pasado las noches cortándolo y cosiéndolo por espacio de tres meses. El tendero al que había comprado las velas, que ella había pagado con su salario para hacer ese largo trabajo, había ido a testificar. Además, había sido probado asimismo que la comadrona del pueblo, a la que había informado de su estado, le había dado todas las indicaciones y todos los consejos prácticos por si tenía un parto prematuro en un momento en que no fuera posible prestarle ayuda alguna. Le había buscado además una colocación en Poissy, en previsión de su despido, pues el matrimonio Varambot no bromeaba con cuestiones de moral.

Estaban allí, asistiendo a las sesiones, el hombre y la mujer, pequeños rentistas de provincias, furiosos contra aquella pelandusca que había mancillado su casa. Hubieran querido verla guillotinada en el acto, sin juicio siquiera, y hacían declaraciones venenosas contra ella que se convertían en su boca en acusaciones.

La culpable, una guapa y alta joven de la baja Normandía, bastante instruida para su condición, lloraba sin parar y no respondía nada.

Como todo parecía indicar que esperaba conservar y criar a su hijo, se suponía que había cometido su bárbara acción en un momento de desesperación y de locura.

El presidente trató una vez más de hacerla hablar, de conseguir una confesión y, tras habérselo pedido con gran dulzura, le hizo comprender finalmente que todos los hombres allí reunidos para juzgarla no querían su muerte y que incluso podían compadecerse de ella.

Entonces ella se decidió.

Él preguntó:

—Veamos, díganos en primer lugar quién es el padre de la criatura.

Hasta ese momento lo había ocultado con obstinación.

Respondió de repente, mirando a sus amos que acababan de calumniarla con rabia.

—Es el señor Joseph, el sobrino del señor Varambot.

El matrimonio tuvo un sobresalto y exclamaron al unísono:

—¡Eso es falso! Miente. Es una infamia.

El presidente les hizo callar y prosiguió:

—Continúe, por favor, y díganos cómo ocurrió.

Entonces ella se puso a hablar atropelladamente, aliviando su cerrado corazón, su pobre corazón solitario y destrozado, desahogando ahora su tristeza, toda su tristeza delante de aquellos hombres severos a los que había tomado hasta ese momento por unos enemigos y unos jueces inflexibles.

—Sí, fue el señor Joseph Varambot, cuando vino de vacaciones el año pasado.

—¿Qué es lo que hizo el señor Joseph Varambot?

—Es suboficial de artillería, señor. Se quedó dos meses en casa. Dos meses de verano. Yo no desconfié cuando él empezó a mirarme y luego a decirme halagos y ternezas durante todo el día. Y yo me lo acabé creyendo, señor. Y él no paraba de repetirme lo guapa, lo agradable que yo era y que le gustaba… También él a mí me gustaba, por supuesto… ¿Qué quieren…? Cuando se está sola se presta oídos a estas cosas…, cuando se está sola, sin nadie…, como lo estaba yo. Yo estoy sola en el mundo, señor…, no tengo a nadie con quién hablar, nadie a quien contarle mis problemas… Ya no tengo ni padre ni madre, ni hermanos ni hermanas…, ¡nadie! Y para mí fue como si hubiera recuperado a un hermano cuando empezó a hablar conmigo. Luego, una tarde, me pidió que fuera con él a la orilla del río, para charlar sin dar que hablar. Y yo fui… ¿Qué sé yo?… ¿Quién podía pensar en lo que sucedería después?… Él me cogía de la cintura… Yo no quería, claro que no…, no…, no… Pero no pude… Yo estaba al borde de las lágrimas por el tiempo delicioso que hacía… Había un claro de luna… No pude… No…, se lo juro…, no pude…, él hizo conmigo lo que quiso… Y la cosa siguió tres semanas más, todo el tiempo que él se quedó… Yo le hubiera seguido a los confines del mundo…, pero él se fue… ¡Yo no sabía que estaba embarazada!… No lo supe hasta el mes siguiente…

Rompió a llorar tan ruidosamente que hubo que dejarla un rato para que se recuperara.

Luego el presidente prosiguió con el tono de un sacerdote en el confesionario:

—Vamos, continúe.

Ella siguió diciendo:

—Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, avisé a la señora Boudin, la comadrona, quien puede confirmarlo. Y le pregunté qué debía hacer si me ponía de

parto sin que ella estuviera presente. Y luego, todas las noches hasta la una, estuve preparando el ajuar; y me busqué otra colocación, porque estaba segura de que me despedirían, pero yo quería quedarme hasta el final en esa casa con el fin de ahorrar, pues tengo poco dinero y me hacía falta para el pequeño…

—Por tanto, ¿no quería usted matarle?

—¡Por supuesto que no, señor!

—Y, entonces, ¿por qué le mató?

—Les contaré cómo fue. Me puse de parto antes de lo que yo creía. Fue en la cocina, cuando estaba terminando de fregar los platos.

»Los señores Varambot estaban ya acostados; subo, no sin esfuerzo, agarrándome al pasamano, luego me tumbo en el suelo, para no manchar la cama. Y me estuve así quizá una hora, o quizá dos, o tres; no lo sé exactamente, ¡pues era tanto el dolor que sentía! Pero yo empujaba con todas mis fuerzas, sentí que salía y lo recogí.

»¡Ah, qué contenta estaba, de verdad! ¡Hice todo lo que me había indicado la señora Boudin, todo! ¡Y luego lo puse sobre mi cama! Pero he aquí que me vuelven los dolores, pero ¡qué dolores! ¡Si ustedes supieran lo que son esos dolores, no harían tantos hijos, se lo aseguro! ¡Me caí de rodillas, luego de espaldas, en el suelo; y entonces me empieza de nuevo, quizá una hora, o dos, allí completamente sola… y luego sale otro…, otro pequeñín…, dos…, sí…, dos…, ¡como les digo! Lo recogí como al primero, y lo puse sobre la cama, al lado del otro, dos. Díganme ustedes, ¿cómo es posible? ¡Dos niños! ¡Yo que gano veinte francos al mes! Dígame…, ¿cómo es posible? Uno, sí, puede una con él, a base de privaciones… ¡pero dos no! Perdí la cabeza. ¿Qué podía hacer? ¿Qué otra elección me quedaba?

»¿Qué podía hacer? ¡Me parecía haber llegado al final de mis días! Sin darme cuenta, les puse la almohada encima…, no podía quedarme con los dos… y me tumbé encima. Luego me quedé retorciéndome y llorando hasta que vi por la ventana que se hacía de día; habían muerto los dos debajo de la almohada, por supuesto. Entonces les cogí en mis brazos, bajé por la escalera, me fui al huerto, cogí la azada del hortelano y los enterré bajo tierra, lo más hondo que pude, uno aquí y otro allá, pero no juntos, para que no hablasen entre sí de su madre, si es que los pequeños muertos hablan. ¿Qué sé yo?

»Y luego, en la cama, me sentí tan mal que no conseguí levantarme. Llamé al médico, que lo comprendió todo. Ésta es la pura verdad, señor juez. Haga usted lo que quiera, estoy preparada para todo.

La mitad de los miembros del jurado se sonaban una vez tras otra para no llorar. Unas mujeres sollozaban entre los asistentes.

El presidente preguntó:

—¿En qué lugar enterró usted al otro?

Ella preguntó:

—¿Cuál encontraron ustedes?
—Pues… el… el que estaba entre las alcachofas.
—Pues el otro está entre los fresales, junto al pozo.
Y ella se puso a sollozar tan fuerte que sus gemidos partían el alma.
La joven Rosalie Prudent fue absuelta.

VIAJE DE SALUD*

El señor Panard era un hombre prudente temeroso de todo en la vida. Le temía a las tejas, a las caídas, a los coches de punto, a los ferrocarriles, a todos los accidentes posibles, pero sobre todo a las enfermedades.

Había comprendido, con suma previsión, cuán amenazada está sin cesar nuestra vida por todo cuanto nos rodea. Al ver un escalón pensaba en una torcedura, en el riesgo de romperse un brazo o una pierna; al ver una ventana, en las horrendas heridas que podía producir el cristal; al ver un gato, en que podía sacarle los ojos; y vivía con una prudencia meticulosa, una prudencia reflexiva, paciente, absoluta.

Le decía a su mujer, una buena mujer que transigía con sus manías: «Piensa, querida, lo poco que hace falta para lisiar o para acabar con la vida de un hombre. Sólo de pensarlo da espanto. Sale uno de casa con buena salud, cruza la calle y le aplasta un coche; o bien se para durante cinco minutos debajo de un portal para charlar con un amigo y no nota la pequeña corriente de aire que le roza la espalda y pesca una congestión pulmonar. Y basta con esto. Se acabó».

Se interesaba de modo especial por la sección *Salud pública* de los diarios; conocía la cifra media de defunciones en los períodos normales, según las estaciones, la evolución y los cambios imprevisibles de las epidemias, sus síntomas, su probable duración, la manera de prevenirlas, de evitarlas, de curarlas. Contaba con toda una biblioteca médica que reunía todas las obras relativas a los tratamientos puestos al alcance del público por los médicos vulgarizadores y prácticos.

Había creído en Raspail, en la homeopatía, en la medicina dosimétrica, en la metaloterapia, en la electricidad, en el masaje, en todos los sistemas considerados infalibles, durante seis meses, contra todos los males.[1] Pero ahora había perdido parte de su confianza y pensaba sensatamente que la mejor manera de evitar las enfermedades consistía en huir de ellas.

Hacia principios del invierno pasado, el señor Panard se enteró por su diario de que en París se había extendido una ligera epidemia de tifus. El desasosiego que enseguida le dominó no tardó en convertirse en obsesión. Todas las mañanas compraba dos o tres periódicos para sacar un promedio con sus informaciones

contradictorias; y pronto quedó convencido de que en su barrio estaba particularmente expuesto.

Entonces fue a ver a su médico para pedirle consejo. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarse o irse? Ante las respuestas evasivas del médico, el señor Panard llegó a la conclusión de que el peligro existía y decidió irse. Volvió, pues, a su casa para deliberar con su mujer. ¿Adónde irían?

Preguntaba:

—¿Tú crees, querida, que Pau es lo que nos conviene?

Ella tenía ganas de ver Niza y respondió:

—Dicen que hace bastante frío por estar cerca de los Pirineos. Cannes debe de ser más salubre, pues van los príncipes de Orleans.

Este razonamiento convenció a su marido; sin embargo, aún estaba un poco dubitativo:

—Sí, pero en el Mediterráneo hay cólera desde hace dos años.

—¡Ah!, querido, no se declara nunca durante el invierno. Piensa que todo el mundo se cita en esa costa.

—Es cierto. De todas formas, no dejes de llevarte unos desinfectantes y ocúpate de completar mi farmacopea de viaje.

Partieron un lunes por la mañana. Al llegar a la estación, la señora Panard entregó a su marido su maletín personal:

—Toma —dijo ella—, aquí tienes en orden todas tus cosas para la salud.

—Gracias, querida.

Y subieron al tren.

Tras haber leído muchas obras sobre los balnearios del Mediterráneo, obras escritas por los médicos de cada ciudad del litoral, en las que cada uno de ellos exaltaba su playa en detrimento de las ajenas, el señor Panard, que había pasado por las mayores perplejidades, acababa por fin de decidirse por Saint-Raphaël, por la sola razón de que, entre los nombres de los principales propietarios, había visto los de varios profesores de la Facultad de Medicina de París.

Si residían allí era seguramente porque el lugar era saludable.

Así pues, se apeó en Saint-Raphaël y se dirigió inmediatamente a un hotel cuyo nombre había leído en la guía Sarty,[2] que es el Conty[3] de las estaciones invernales de esa costa.

Pero le asaltaban ya nuevas preocupaciones. ¿Qué hay menos seguro que un hotel, sobre todo en esa zona frecuentada por los tísicos? ¿Cuántos enfermos, y qué enfermos, han dormido en esos colchones, entre esas mantas, con esas almohadas, dejando en la lana, en el plumón, en las telas, mil imperceptibles gérmenes provenientes de su piel, de su aliento, de sus fiebres? ¿Cómo atreverse a tumbarse en esas camas sospechosas, a dormir con la pesadilla de un agonizante en la misma

yacija unos días antes?

Entonces se le ocurrió una idea: pediría una habitación que diera al norte, completamente al norte, sin nada de sol, convencido de que ningún enfermo habría podido hospedarse allí.

Le abrieron una gran habitación glacial, que él juzgó, a primera vista, que presentaba una seguridad total y absoluta, de tan fría e inhóspita como parecía.

Hizo encender la chimenea. Luego subió su equipaje.

Se paseaba a paso rápido, a lo largo y a lo ancho, un tanto inquieto por la idea de un posible reuma, y le decía a su mujer:

—¿Ves, querida? El peligro de este tipo de sitios es tener que vivir en aposentos frescos que raramente se ocupan. Pueden entrarte dolores. ¿Te importaría deshacer tú las maletas?

Ella había empezado, en efecto, a vaciar las maletas y a llenar los armarios y la cómoda cuando el señor Panard se detuvo de sopetón en su paseo y se puso a olisquear tenazmente como un perro que huele la presa.

Prosiguió, turbado de repente:

—Pero se nota aquí…, se nota la enfermedad…, se nota el olor a medicamentos…, estoy seguro de que se nota el olor a medicamentos…, sin duda, ha habido un…, un… enfermo del pecho en esta habitación. Dime, ¿tú no lo notas, querida?

La señora Panard olfateaba a su vez. Respondió:

—Sí, se nota un poco el…, el…, no reconozco muy bien el olor, pero huele a remedio.

Él se abalanzó hacia el timbre, llamó; y al aparecer el mozo dijo:

—Haga venir enseguida al director, por favor.

El director acudió casi al instante, saludando, con una sonrisa en los labios.

El señor Panard, mirándole de hito en hito, le preguntó bruscamente:

—¿Quién fue el último cliente que se hospedó aquí?

El director del hotel, sorprendido de entrada, trataba de comprender la intención, la idea, o la sospecha de su cliente; luego, como era preciso dar una respuesta y nadie se había hospedado en aquella habitación desde hacía varios meses, dijo:

—Fue el señor conde de La Roche-Limonière.

—¡Ah!, ¿un francés?

—No, señor, un…, un belga.

—¡Ah!, ¿y se encontraba bien?

—Sí, es decir, no, padecía mucho al llegar aquí; pero se fue totalmente restablecido.

—¡Ah! ¿Y de qué padecía?

—De dolores.

—¿Qué tipo de dolores?

—De dolores…, de dolores de hígado.

—Muy bien, señor, le doy las gracias. Pensaba quedarme algún tiempo aquí; pero acabo de cambiar de idea. Me iré inmediatamente con la señora Panard.

—Pero… señor…

—Es inútil, señor, nos vamos. Mándeme la cuenta, ómnibus, habitación y servicio.

El dueño, desconcertado, se retiró, mientras el señor Panard le decía a su mujer:

—¿Has visto, querida, cómo le he pillado? ¿Has visto cómo dudaba?…, dolores…, dolores…, dolores de hígado…, ¡yo sí que le daré a ése dolores de hígado!

El señor y la señora Panard llegaron a Cannes por la noche, cenaron y se acostaron enseguida.

Pero apenas estuvieron en la cama, cuando el señor Panard exclamó:

—Eh, el olor, ¿no lo notas esta vez? Pero…, pero si es ácido fénico, querida…, han desinfectado este aposento.

Y salió precipitadamente de la cama, volvió a vestirse rápidamente, y, como era demasiado tarde para llamar a nadie, decidió enseguida pasar la noche en un sillón. La señora Panard, a pesar de las exhortaciones de su marido, se negó a imitarle y permaneció en la cama donde durmió felizmente, mientras él murmuraba con los riñones rotos:

—¡Pero qué país!, ¡qué espanto de país! No hay más que enfermos en todos estos hoteles.

Al alba mandó llamar al director del hotel.

—¿Quién fue el último cliente que pasó la noche en este aposento?

—El gran duque de Bade y Magdeburgo, señor, un primo del emperador de…, de… Rusia.

—¡Ah!, ¿y se encontraba bien?

—Muy bien, señor.

—¿Completamente bien?

—Completamente bien.

—Es suficiente, señor director, la señora y yo nos iremos para Niza a mediodía.

—Como usted guste, señor.

Y el director, furioso, se retiró, mientras el señor Panard le decía a su señora:

—¿Eh?, ¡menudo farsante! ¡Se ha negado incluso a confesar que su cliente estaba enfermo! ¡Enfermo! ¡Ah, sí, enfermo! ¡Te garantizo yo que ése ahora está muerto! Dime, ¿no notas tú el ácido fénico, no lo notas?

—¡Sí, querido!

—¡Qué caraduras son estos directores de hotel! ¡No estaba ni enfermo, ni siquiera

enfermo, ese fiambre! Pero ¡qué caraduras!

Tomaron el tren de la una y media. El olor les persiguió en el vagón.

Muy inquieto, el señor Panard murmuraba:

—Lo sigo notando. Debe de ser una medida higiénica generalizada en la región. Es probable que rocíen las calles, los entarimados y los vagones con fenol por orden de los médicos y de los ayuntamientos.

Pero cuando estuvieron en el hotel de Niza, el olor se volvió insoportable.

Panard, aterrado, daba vueltas por la habitación, abriendo los cajones, hurgando en los rincones oscuros, buscando dentro de los muebles. En el armario de luna descubrió un viejo periódico, le echó una ojeada al azar y leyó: «Los rumores malintencionados difundidos sobre la situación higiénica de nuestra ciudad carecen de fundamento. Ningún caso de cólera ha sido comprobado en Niza o en los alrededores…».

Dio un salto y exclamó:

—Señora Panard…, señora Panard…, es el cólera…, el cólera…, estoy seguro… No deshaga las maletas…, regresamos a París de inmediato…, de inmediato.

Una hora más tarde, volvían a tomar el rápido, envueltos en un olor asfixiante a fenol.

Apenas entraron en su casa, Panard consideró conveniente tomar algunas gotas de un anticolérico enérgico y abrió el maletín que contenía sus medicamentos. Un vapor sofocante se escapó de él. Su frasco de ácido fénico se había roto y el líquido derramado había quemado todo el forro.

Entonces su mujer, presa de un ataque de risa loca, exclamó:

—¡Ja, ja, ja…, querido…, aquí tienes…, aquí tienes tu cólera!…

LA SEÑA*

La joven marquesa de Rennedon dormía aún, en su alcoba cerrada y perfumada, en su gran cama agradable y baja, entre sus sábanas de batista ligera, finas como un encaje, acariciantes como un beso; dormía sola, tranquila, con el feliz y profundo sueño de las divorciadas.

La despertaron unas voces que hablaban animadamente en el saloncito azul. Reconoció a su querida amiga, la joven baronesa de Grangerie, que estaba discutiendo porque quería entrar con la doncella que defendía la puerta de su ama.

Entonces la joven marquesa se levantó, descorrió el pestillo, dio vuelta a la llave, levantó la cortina y asomó la cabeza, nada más que su rubia cabeza, oculta bajo una nube de cabellos.

—¿A qué se debe —preguntó— el que hayas venido tan temprano? No son todavía las nueve.

La joven baronesa, muy pálida, nerviosa, afiebrada, respondió:

—Tengo que hablar contigo. Me ha ocurrido una cosa horrible.

—Entra, querida.

Entró, se besaron; y la joven marquesa volvió a acostarse mientras la doncella abría las ventanas para que entrara el aire y la luz. Luego, cuando la criada se hubo ido, la señora de Rennedon prosiguió:

—Vamos, cuenta.

La señora de Grangerie se echó a llorar, derramando esas bonitas lágrimas claras que vuelven más encantadoras a las mujeres, y balbució sin secarse los ojos para no enrojecerlos:

—Oh, querida, es algo horrible, horrible, lo que me pasa. No he dormido en toda la noche, pero ni un minuto; ¿comprendes?, ni un minuto. Mira, toca mi corazón para que veas cómo late.

Y, tomando la mano de su amiga, se la posó sobre el pecho, sobre ese revestimiento redondo y firme del corazón de las mujeres, que a los hombres les basta a menudo y les impide buscar nada debajo. Su corazón latía fuerte, en efecto.

Continuó:

*

Me sucedió durante el día de ayer…, hacia las cuatro… o las cuatro y media. No lo sé con exactitud. Ya conoces mi piso, sabes que mi saloncito, ese en el que estoy siempre, da a la rue Saint-Lazare, en el primer piso; y que tengo la manía de ponerme en la ventana para ver pasar a la gente. Es tan alegre ese barrio de la estación, tan animado y lleno de vida… En fin, ¡es algo que me gusta! Pues bien, estaba ayer sentada en la silla baja que me hice instalar en el hueco de mi ventana; esa ventana estaba abierta, y yo no pensaba en nada: respiraba el aire azul. ¿Te acuerdas de que ayer hacía un día precioso?

De pronto, observo que, en el otro lado de la calle, había también una mujer en la ventana, una mujer vestida de rojo; yo iba de lila, ya sabes, mi bonito vestido lila. No conocía a esa mujer, una nueva inquilina, instalada allí desde hacía un mes; y como lleva un mes lloviendo, todavía no la había visto. Pero enseguida me di cuenta de que era una mujer vulgar. Primero me sentí muy disgustada y herida por el hecho de que estuviera ella como yo en la ventana; y luego, poco a poco, me pareció divertido observarla. Estaba de codos, y acechaba a los hombres, y los hombres también la miraban a ella, todos o casi todos. Se hubiera dicho que advertían algo al acercarse a la casa, que la olían como los perros huelen la caza, pues levantaban de repente la cabeza e intercambiaban muy rápidamente una mirada con ella, una mirada de inteligencia. La suya decía: «¿Quiere?».

La de ellos le respondía: «No tengo tiempo» o bien: «Otra vez será» o: «No tengo dinero» o: «¡Quieres esconderte, miserable!». Eran los ojos de los padres de familia los que decían esta última frase.

No te imaginas lo divertido que era verla dedicarse a sus tejemanejes o, más bien, a su oficio.

A veces ella cerraba de repente la ventana y yo veía a un señor entrar por su portal. Le había echado el anzuelo como un pescador coge con la caña un gobio. Yo me ponía entonces a mirar mi reloj. Se quedaban de doce a veinte minutos, nunca más. La verdad, esa especie de araña me tenía fascinada, después de todo. Y, además, no era fea la muchacha.

Me preguntaba: «¿Cómo hace para hacerse entender tan bien, tan rápido y sin equívocos? ¿Acompañaba su mirada con un signo de la cabeza o con un movimiento de la mano?».

Y cogí mi anteojo de teatro para darme cuenta de su forma de proceder. ¡Oh!, era muy sencillo: primero un guiño, luego una sonrisa y acto seguido un pequeño gesto de la cabeza que quería decir: «¿Sube?». Pero tan ligero, tan vago, tan discreto, que hacía falta realmente mucho estilo para conseguir hacerlo como ella.

Y me preguntaba: «¿Podría hacerlo yo igual de bien ese pequeño vaivén de abajo arriba, atrevido y gracioso?». Pues era realmente un gesto gracioso.

Y me fui a ensayarlo delante del espejo. ¡Querida, yo lo hacía mejor que ella,

mucho mejor! Estaba encantada; y volví a ponerme en la ventana.

Pero ahora la pobre no pescaba ya a nadie, lo que se dice a nadie. La verdad, no tenía suerte. Qué horrible debe de ser ganarse la vida de ese modo, terrible y divertido a veces, porque en el fondo alguno de esos hombres pescados por la calle no está nada mal.

Ahora pasaban todos por mi acera, y ninguno por la suya. Habían cambiado las tornas. Llegaban uno tras otro, jóvenes, viejos, morenos, rubios, entrecanos, con el pelo blanco.

Los había guapos, pero realmente guapos, querida, bastante más que mi marido, y que el tuyo, que tu ex marido en vista de que estás divorciada. Ahora tú puedes elegir.

Pensaba: «Si les hiciera la seña, ¿me entenderían también a mí, que soy una mujer respetable?». Y he aquí que me entraron unas ganas locas de hacer esa seña, pero unas ganas, unas ganas de mujer embarazada…, unas ganas terribles, unas de esas ganas…, ya sabes… ¡a las que una no puede resistirse! Algunas veces las he sentido… ¡Qué tontas son estas cosas! Creo que nosotras las mujeres tenemos almas de simio. Por lo demás, me han dicho (me lo dijo un médico) que el cerebro de los simios se parece mucho al nuestro. Siempre tenemos que imitar a alguien. Imitamos a nuestros maridos, cuando les queremos, en el primer mes de casados, luego a nuestros amantes, a nuestras amigas, a nuestros confesores, cuando son como Dios manda. Adoptamos su manera de pensar, de expresarse, sus palabras, sus gestos, todo. Es realmente algo estúpido.

Pero yo, cuando tengo muchas ganas de hacer algo, no dejo de hacerlo nunca.

Y pensé: «Vamos, ¿por qué no probar con uno, uno solo, para ver qué pasa? ¿Qué podía pasarme? ¡Nada! Intercambiaremos una sonrisa y se acabó, no volveré a verle nunca más; y, si le vuelvo a ver, no me reconocerá y, si me reconoce, lo negaré, por supuesto».

Empecé, pues, a elegir. Quería a uno que estuviera bien, muy bien. De repente veo venir a un rubio esbelto, muy buen mozo. A mí me gustan los rubios, ya sabes.

Le miro. Él me mira. Sonrío; él sonríe; le hago el gesto; ¡oh!, apenas, apenas; responde él con un «sí» con la cabeza y ¡hele aquí que entra, querida! Entra por el portal de mi casa.

¡No te puedes imaginar lo que se me pasó por la cabeza en ese momento! Creí que iba a volverme loca. ¡Oh! ¡Qué miedo! ¡Imagínate, hablaría con los criados! ¡Con Joseph, que es devotísimo de mi marido! Joseph creería sin duda que yo conocía a ese señor desde hacía tiempo.

¿Qué hacer? Dime tú, ¿qué hacer? E iba a llamar, de un momento a otro, en cuestión de segundos. ¿Qué hacer? Pensé que lo mejor era salir corriendo a su encuentro, decirle que se equivocaba, suplicarle que se fuera. ¡Se apiadaría de una mujer, de una pobre mujer! Me precipito, pues, a la puerta y abro justo en el

momento en que él echaba mano al timbre.

Balbuceé, loca por completo:

«Váyase, señor, váyase, se equivoca usted, yo soy una mujer decente, una mujer casada. Ha sido un error, un lamentable error; le he tomado por uno de mis amigos al que se parece usted mucho. Compadézcase de mí, señor».

Y he aquí que él se echa a reír, querida, y responde:

«Buenos días, gatita mía. ¿Sabes?, me conozco ya tu historia. Si estás casada, son dos luises en vez de uno. Los tendrás. Vamos, indícame el camino».

Y me empuja; cierra la puerta, y como yo permanecía, espantada, delante de él, me abraza, me coge de la cintura y me hace entrar en el salón que había quedado abierto.

Y luego se pone a mirarlo todo como un perito tasador; y prosigue:

«Caramba, ¡qué bonita es tu casa, muy elegante! ¡Tienes que estar pasando ahora por muchos apuros para ponerte a trabajar en la ventana!».

Entonces yo comienzo de nuevo a suplicarle:

«¡Oh, señor, váyase usted!, ¡váyase! ¡Mi marido está a punto de llegar! ¡Llegará de un momento a otro, es su hora de llegada! ¡Le juro que está usted en un error!».

Y me responde él tan tranquilo:

«Vamos, hermosa, déjate de melindres. Si vuelve tu marido, le daré cien sueldos para que se vaya a tomar algo enfrente».

Al ver sobre la chimenea la fotografía de Raoul, me pregunta:

«¿Es… tu marido?».

«Sí, es él.»

«Pues tiene una bonita jeta… ¿Y ésta, ésta quién es, una amiga tuya?»

Era una fotografía tuya, ya sabes, esa en que llevas un vestido de gala. Yo no sabía ya lo que me decía. Balbucí:

«Sí, es una de mis amigas…».

«Guapa de verdad. Ya me la presentarás.»

¡Y he aquí que el reloj empieza a dar las cinco; y Raoul vuelve todos los días a las cinco y media! ¡Si se presentaba antes de que el otro se hubiera ido, imagínate! Entonces…, entonces…, perdí la cabeza… completamente…, pensé…, pensé… que… lo mejor… era… quitarme de encima a ese hombre… cuanto antes… Cuanto antes se terminara…, ¿comprendes?…, y… y he aquí… he aquí…, dado que era preciso… y lo era, querida…, pues no se iría sin eso… Así que yo…, yo… eché el pestillo a la puerta del salón… Y eso fue todo.

*

La joven marquesa de Rennedon se había echado a reír, pero a reír como una loca, la

cabeza contra la almohada, sacudiendo la cama por completo.

Cuando se hubo calmado un poco, preguntó:

«¿Y… y… era buen mozo…?».

«Sí.»

«¿Y te quejas?»

«Pues…, pues… verás, querida, es que… dijo… que volvería mañana…, a la misma hora…, y yo tengo…, tengo un miedo atroz… No puedes hacerte una idea de lo tenaz… e impositivo… ¿Qué puedo hacer?…, dime…, ¿qué puedo hacer?»

La joven marquesa se sentó en su cama para reflexionar, luego declaró de repente:

«Manda que lo detengan».

La joven baronesa se quedó estupefacta. Balbució:

—Pero ¡cómo! ¿Qué dices? ¡Qué cosas se te ocurren! ¿Hacer que le detengan? ¿Bajo qué pretexto?

—Oh, es muy sencillo. Ve a la comisaría; diles que un señor te sigue desde hace tres meses; que tuvo la insolencia de subir a tu casa ayer; que te amenaza con una nueva visita mañana, y que pides la protección de la autoridad. Pondrán a tu disposición a dos agentes que le detendrán.

—Pero, querida, si cuenta…

—No le creerán, tonta, toda vez que le habrás contado tu historia al comisario. Y te creerán a ti, que eres una mujer de mundo irreprochable.

—Oh, no me atreveré nunca.

—Tienes que atreverte, o bien estás perdida.

—Piensa que va…, que va a insultarme… cuando lo detengan.

—Pues bien, tendrás testigos y harás que lo condenen.

—¿Condenen a qué?

—A pagar una reparación por el daño moral. ¡En estos casos, hay que ser implacable!

—¡Ah!, a propósito de reparación…, hay una cosa que me incomoda mucho…, pero que mucho… Me dejó… dos luises… sobre la chimenea.

—¿Dos luises?

—Sí.

—¿Tan sólo?

—Tan sólo.

—Es poco. Ves, a mí eso me habría humillado. ¿Y bien?

—¿Y qué debo hacer con este dinero?

La joven marquesa dudó unos segundos, luego respondió con tono serio:

—Querida… Tienes…, tienes… que hacerle un regalito a tu marido…, es de estricta justicia.

EN EL BOSQUE*

Se disponía el alcalde a sentarse a la mesa para comer cuando le avisaron de que un guardia rural le esperaba en el Ayuntamiento con dos detenidos.

Se dirigió hacia allí inmediatamente y vio, en efecto, que su guarda rural, el compadre Hochedur, estaba de pie y vigilando con aire severo a una pareja de burgueses entrados en años.

El hombre, un hombre gordo, de roja nariz y pelo cano, parecía abochornado, mientras que la mujer, una mujerona endomingada, muy redonda, gordinflona, de mejillas relucientes, miraba con cara de desafío al agente de la autoridad que les había aprehendido.

El alcalde preguntó:

—¿Qué sucede, compadre Hochedur?

El guarda rural hizo su deposición.

Había salido por la mañana, a la hora habitual, para hacer su ronda por la parte de los bosques Champioux hasta la linde de Argenteuil. No había observado nada raro en los campos, salvo que hacía buen tiempo y que el trigo crecía bien, cuando el hijo de los Bredel, que estaba escardando su viña, gritó:

—Eh, compadre Hochedur, vaya a ver a la linde del bosque, en el primer soto, y encontrará allí a una pareja de pichoncitos que entre los dos suman ciento treinta años.

Se había ido en la dirección indicada; y al penetrar en la espesura había oído unas palabras y unos suspiros que le hicieron suponer que se trataba de un flagrante atentado contra las buenas costumbres.

Así pues, avanzando a gatas como si quisiera sorprender a un cazador furtivo, aprehendió a la pareja que allí estaba en el momento en que se entregaba a sus bajos instintos.

El alcalde, estupefacto, observó a los culpables. El hombre contaba ya sesenta años y la mujer por lo menos cincuenta y cinco.

Se puso a interrogarles, empezando por el varón, que respondía con voz tan débil que apenas si se le oía.

—¿Su nombre?

—Nicolas Beaurain.

—¿Profesión?

—Mercero de la rue des Martyrs, en París.

—¿Qué hacían ustedes en ese bosque?

El mercero permaneció mudo, los ojos gachos mirando su gruesa barriga, las manos planas sobre sus muslos.

El alcalde prosiguió:

—¿Niega usted lo que afirma el agente de la autoridad municipal?

—No, señor.

—Entonces, ¿lo confiesa?

—Sí, señor.

—¿Qué tiene que alegar en su defensa?

—Nada, señor.

—¿Dónde conoció usted a su cómplice?

—Es mi mujer, señor.

—¿Su mujer?

—Sí, señor.

—Entonces…, entonces…, ¿no viven ustedes juntos… en París?

—¡Perdón, señor, sí que vivimos juntos!

—Pero…, entonces… están ustedes locos, locos de atar, mi querido señor, por dejarse coger así, en pleno campo, a las diez de la mañana.

El mercero parecía a punto de romper a llorar de la vergüenza. Murmuró:

—¡Ha sido ella quien lo ha querido! Pues yo ya le decía que era una estupidez. Pero cuando a una mujer se le mete algo en la cabeza…, ya sabe…, no hay quien se lo quite.

El alcalde, que apreciaba el ingenio picante, sonrió y contestó:

—Pues, en su caso, hubiera tenido que ser al contrario. Y ahora no estarían aquí de haberlo tenido sólo ella en la cabeza.

Entonces Beaurain montó en cólera y, volviéndose hacia su mujer, dijo:

—¿Ves a qué nos ha llevado tu maldita poesía? ¿Eh, dónde estamos? ¡Y ahora, a nuestra edad, nos veremos ante los tribunales por atentado contra las buenas costumbres! ¡Y habrá que cerrar la tienda, traspasarla y cambiar de barrio! ¿Ves adónde hemos ido a parar?

La señora Beaurain se levantó y, sin mirar a su marido, se explicó sin embarazo, sin falsos pudores, casi sin vacilación.

—Dios mío, señor alcalde, soy consciente de lo ridículos que resultamos. ¿Me permite defender mi causa como si fuera mi propio abogado, o mejor dicho, como la pobre mujer que soy? Y espero que luego nos deje irnos a casa, ahorrándonos la

vergüenza de la denuncia.

»Cuando yo era joven conocí al señor Beaurain precisamente en este pueblo, un domingo. Él trabajaba en una mercería y yo era empleada en un taller de confección. Lo recuerdo como si fuera ayer. Yo venía a pasar de vez en cuando los domingos aquí con una amiga mía, Rose Levêque, con quien vivía en la rue Pigalle. Rose tenía un enamorado, y yo no. Fue él quien nos trajo aquí. Un sábado, me anunció, entre risas, que se traería a un compañero al día siguiente. Yo entendí perfectamente cuáles eran sus intenciones; pero respondí que era inútil. Yo era una persona sensata, señor.

»Al día siguiente, pues, pasamos a recoger por la estación al señor Beaurain. En esa época era un joven bien parecido. Pero yo estaba decidida a no ceder, y no cedí en absoluto.

»Llegamos a Bézons. Hacía un día espléndido, uno de esos que te cosquillean el corazón. Y yo, cuando hace buen tiempo, hoy como ayer, me pongo tierna, y cuando estoy en el campo pierdo la cabeza. ¡El verdor, los pájaros que cantan, los trigos que se mecen al viento, las golondrinas que vuelan tan rápido, el olor de la hierba, las amapolas, las margaritas, todo eso me vuelve loca! ¡Es como el champán cuando no se está acostumbrado!

»Así pues, hacía un tiempo magnífico, agradable y claro, que a una le entra en el cuerpo por los ojos al mirar y por la boca al respirar. ¡Rose y Simon se besaban a cada minuto! Verles me producía un cierto efecto. Beaurain y yo caminábamos detrás de ellos, sin hablar. Cuando la gente no se conoce, no sabe qué decirse. Ese muchacho parecía muy tímido, y me gustaba verle azorado. Llegamos al bosquecillo. Se estaba tan fresco allí como en un baño, y nos sentamos todos en la hierba. Rose y su amigo bromeaban conmigo por mi cara seria; como comprenderá usted, no podía ser de otro modo. Y he aquí que se ponen de nuevo a darse besos sin preocuparles que estuviéramos nosotros presentes; y a continuación se dicen algo muy bajito, se levantan y se pierden entre el follaje sin decir ni pío. Figúrese cómo me sentía yo delante de aquel joven al que veía por primera vez. Estaba tan turbada al verles irse de ese modo, que ello me infundió valor y me puse a hablar. Le pregunté a qué se dedicaba: era empleado en una mercería, como le he dicho antes. Hablamos un poco y ello le volvió atrevido, tanto que quiso tomarse confianzas, pero yo le puse en su sitio sin cumplidos. ¿O no es así, señor Beaurain?

El señor Beaurain, que se miraba los pies, avergonzado, no respondió.

Ella prosiguió:

—Entonces el chico comprendió que yo era prudente, y se puso a hacerme la corte caballerosamente, como una persona decente. A partir de ese día volvió a venir todos los domingos. Él estaba muy enamorado de mí, señor. Y también yo le quería mucho, pero ¡que muchísimo!, pues era un buen mozo, en otros tiempos.

»En resumidas cuentas, me casé con él en septiembre y abrimos nuestro negocio

en la rue des Martyrs.

»Durante unos años fue duro, señor. El negocio no marchaba; y no nos podíamos permitir hacer salidas al campo. Y luego perdimos la costumbre de hacerlo. Teníamos otras cosas en la cabeza; en el mundo del comercio, piensa uno más en la caja que en las florecillas. Fuimos envejeciendo, poco a poco, sin darnos cuenta, como la gente de vida tranquila que no piensa ya en absoluto en el amor. No se echa algo de menos hasta que no se da cuenta uno de que le falta.

»¡Y luego, señor, nos fue yendo mejor el negocio y nos tranquilizamos respecto al futuro! Mire, entonces no sé muy bien qué me pasó por dentro, no, ¡la verdad, no lo sé!

»Sí, me puse a soñar de nuevo como una colegiala. El ver los carritos de flores de los que tiran por las calles me hacía asomar las lágrimas a los ojos. ¡El olor de las violetas llegaba hasta mi asiento detrás de la caja y me hacía latir el corazón! Entonces me levantaba y me acercaba a la puerta de la calle para mirar el azul del cielo entre los tejados. Cuando se contempla el cielo en una calle, éste toma el aspecto de un río, de un largo río que desciende serpenteando sobre París; y las golondrinas lo atraviesan como si fueran peces. ¡Todo esto son auténticas tonterías a mi edad! ¿Qué quiere, señor? Cuando se ha trabajado toda la vida, llega un momento en que te das cuenta de que hubieras podido hacer otra cosa, y, entonces, sientes añoranza, ¡oh, sí, sientes añoranza! Piense que, durante veinte años, habría podido ir en busca de besos a los bosques, como todas las demás mujeres. Yo pensaba en lo bonito que era estarse tumbada bajo los árboles con alguien que te quiere. Y pensaba en ello día y noche, soñaba con claros de luna sobre las aguas hasta sentir ganas de ahogarme.

»Al principio, no me atrevía a decirle nada de todo eso al señor Beaurain. ¡Sabía perfectamente que él se burlaría de mí y que me mandaría a vender agujas e hilo! Y además, para decir la verdad, el señor Beaurain ya no me decía gran cosa; pero, cuando yo me miraba al espejo, comprendía que tampoco yo le decía ya nada a nadie.

»Así pues, me decidí y le propuse una salida al campo para ir al lugar donde nos habíamos conocido. Él aceptó sin ninguna desconfianza y hemos llegado, esta mañana, hacia las nueve.

»Al meterme entre los trigales me he sentido totalmente trastornada. ¡El corazón de las mujeres no envejece jamás! ¡Y, la verdad, no veía a mi marido tal como es ahora, sino como era en otro tiempo! Se lo juro, señor. Es la pura verdad, estaba embriagada. Me he puesto a besarle; él estaba más asombrado que si hubiera querido asesinarle. Me repetía:“Pero te has vuelto loca. Esta mañana te has vuelto completamente loca. Pero ¿qué te pasa…?”. Pero yo no le hacía caso, no escuchaba más que a mi corazón. Y le he hecho entrar en el bosque… ¡Y eso es todo!…, lo que le he contado es la verdad, señor alcalde, la pura verdad.

El alcalde era un hombre agudo. Se levantó, sonrió y dijo:
—Puede irse tranquila, señora, y no peque más… bajo el follaje.

UNA FAMILIA*

Iba a volver ver a mi amigo Simon Radevin, a quien no veía desde hacía quince años.

En otro tiempo era mi mejor amigo, mi amigo del alma, aquel con el que se pasan largas veladas tranquilas y alegres, a quien se hacen las confidencias más íntimas, a quien se expresan, en agradable charla, las ideas extravagantes, sutiles, ingeniosas, delicadas, nacidas de la afinidad que excita el espíritu y le hace sentir a sus anchas.

Durante muchos años no nos habíamos separado casi nunca. Habíamos vivido, viajado, soñado, fantaseado juntos, amando las mismas cosas con el mismo amor, admirando los mismos libros, estudiando las mismas obras, vibrando con las mismas sensaciones y riéndonos de las mismas personas tan a menudo, que nos entendíamos a la perfección con una simple mirada.

Luego él se casó. Se casó de buenas a primeras con una jovencita de provincias llegada a París a la caza de marido. ¿Cómo se las había ingeniado aquella joven rubia, flaca, con unas manos feas, unos ojos claros e inexpresivos, una voz sin calor humano y de boba, parecida a otras cien mil muñecas en edad de merecer, para pescar a ese muchacho inteligente y fino? Son cosas incomprensibles. Él había esperado encontrar sin duda la felicidad, la felicidad sencilla, dulce y larga entre los brazos de una buena mujer, cariñosa y fiel; y había entrevisto todo ello en la mirada transparente de esa pilluela de pálidos cabellos.

No se le había ocurrido pensar que el hombre activo, animado y vibrante se cansa de todo apenas se da cuenta de lo estúpida que es la realidad, a menos que se embrutezca hasta el punto de no entender ya nada.

¿Cómo le encontraría? ¿Siempre animoso, ingenioso, risueño y entusiasta, o bien adormecido por la vida de provincias? ¡Un hombre puede cambiar en quince años!

El tren se detuvo en un apeadero. Cuando bajé del vagón, un hombre gordo, gordísimo, de mejillas coloradas, panza redonda, se precipitó hacia mí con los brazos abiertos, exclamando: «Georges». Yo le abracé, pero no le había reconocido. Luego murmuré, estupefacto: «Caramba, no has adelgazado». Él respondió entre risas: «¿Qué quieres? ¡La buena vida! ¡La buena mesa! ¡Los felices sueños! ¡Comer y dormir, ésta es mi vida!».

Yo le contemplaba, tratando de encontrar en esa cara abultada los rasgos queridos. Sólo sus ojos no habían cambiado; pero no reconocía ya su mirada y me decía: «Si es cierto que la mirada es el reflejo del pensamiento, el pensamiento de esta cabeza ya no es el de otros tiempos, el que yo conocía tan bien».

Sin embargo, sus ojos brillaban de alegría y de amistad; pero no tenían ya esa lucidez que expresa, tanto como la palabra, la valía de un espíritu.

De repente, Simon me dijo:

—Mira, aquí tienes a mis dos hijos mayores.

Una jovencita de catorce años, hecha casi una mujer, y un muchacho de trece, vestido de colegial, avanzaron con aire tímido y azarado.

Yo murmuré:

—¿Son tuyos?

Él respondió entre risas:

—Pues sí.

—¿Cuántos tienes?

—¡Cinco! ¡Los otros tres se han quedado en casa!

Lo había dicho con un aire de orgullo, contento, casi triunfante; y yo me sentía dominado por una profunda compasión, mezclada de un vago desprecio, hacia ese reproductor orgulloso e ingenuo que se pasaba las noches haciendo hijos entre un sueño y otro, en su casa de provincias, como un conejo en su jaula.

Subí a un coche que conducía él mismo y atravesamos la ciudad, una ciudad triste, soñolienta y aburrida, sin nada de vida en las calles, salvo algún que otro perro y dos o tres criadas. De vez en cuando, un tendero, en su puerta, se quitaba el sombrero; Simon devolvía el saludo y me decía cómo se llamaba para demostrarme sin duda que conocía a todos los habitantes por su nombre. Se me ocurrió pensar que se proponía presentarse a diputado, ese sueño de todos los enterrados en provincias.

Atravesamos deprisa la ciudad y el coche entró en un jardín con pretensiones de parque, luego se detuvo delante de una casa con unas torrecillas que trataba de pasar por un castillo.

—Éste es mi agujero —dijo Simon para obtener un cumplido.

Yo respondí:

—Es delicioso.

En la escalinata, apareció una dama, engalanada para la visita, tocada para la visita, con el repertorio de frases hechas para la visita. Ya no era la mocita rubia y sosa que había visto en la iglesia quince años atrás, sino una rolliza señora emperifollada y con rizos, una de esas damas sin edad, sin carácter, sin elegancia, sin ingenio, sin nada de cuanto constituye una mujer. Era una madre, en fin, una obesa madre banal, la ponedora, la yegua de vientre humana, la máquina de carne que procrea sin otra inquietud espiritual que sus hijos y su libro de cocina.

Me daba la bienvenida y entré en el vestíbulo donde tres mocosos alineados por orden de estatura parecían puestos allí para pasar revista como los bomberos delante del alcalde.

Dije:

—¡Ajá, ajá!, ¿así que éstos son los otros?

Simon, radiante, los nombró:

—Jean, Sophie y Gontran.

La puerta del salón estaba abierta. Entré y vi arrellanado en un sillón algo que temblaba, un hombre, un anciano temblón.

La señora Radevin se adelantó:

—Es mi abuelo, señor. Tiene ochenta y siete años.

Luego exclamó al oído del anciano trepidante:

—Es un amigo de Simon, papá.

El abuelo hizo un esfuerzo para desearme los buenos días y dijo en una especie de vagido: «Ua, ua, ua», agitando su mano. Yo respondí: «Es usted muy amable, señor», y me dejé caer en una silla.

Simon acababa de entrar; reía:

—¡Ja, ja! Has conocido al abuelo. Este viejo es impagable; es la distracción de los niños. Es tan glotón, amigo mío, que casi está a punto de espicharla cada vez que come. No te puedes hacer una idea de lo que se comería si se le diera carta blanca. Pero ya verás, ya verás. Les guiña el ojo a los dulces como si de señoritas se tratara. Te aseguro que no has visto nunca nada más divertido, ya verás dentro de un rato…

Me llevaron a mi habitación para que me aseara, pues era ya casi la hora de la cena. En la escalera oí un gran ruido de pasos y me di la vuelta. Todos los niños me seguían en procesión, detrás de su padre, sin duda para hacerme los honores.

Mi habitación daba al llano, un llano sin fin, totalmente desnudo, un océano de hierba, de trigo y de avena, sin un sotillo ni una colina, imagen sobrecogedora y triste de la vida que debía de llevarse en aquella casa.

Sonó una campanilla. Avisaba de que era la hora de la cena. Bajé.

La señora Radevin me cogió del brazo con un aire ceremonioso y pasamos al comedor. Un criado empujaba el sillón del anciano, que, apenas colocado delante de su plato, paseó una mirada ávida y de curiosidad por los postres, moviendo con esfuerzo la cabeza temblona de un plato a otro.

Entonces Simon se frotó las manos:

—Te divertirás —me dijo.

Y todos los niños, comprendiendo que iban a ofrecerme el espectáculo del abuelo glotón, rompieron a reír al unísono, mientras su madre se limitaba a sonreír con un encogimiento de hombros.

Radevin se puso a vociferarle al anciano haciendo bocina con las manos:

—Esta noche tenemos arroz con leche.

La cara arrugada del abuelo se iluminó y tembló más fuerte, de arriba abajo, para indicar que había comprendido y que estaba contento.

Dio comienzo la cena.

—Tú observa —murmuró Simon.

Al abuelo no le gustaba la sopa y se negaba a tomársela. Se le forzaba a hacerlo por su salud; y el criado le hundía a la fuerza en la boca la cuchara llena mientras él soplaba con energía para no tragarse el caldo, que era espurreado así sobre la mesa y sobre las personas que tenía a los lados.

Los nietos se retorcían de risa, mientras su padre, muy contento, repetía:

—¿No tiene gracia este viejo?

Y durante toda la cena no se ocuparon sino de él. Él se comía con los ojos los platos puestos sobre la mesa; y con su mano locamente agitada trataba de cogerlos y de acercárselos. Se los ponían casi a su alcance para ver sus inútiles esfuerzos, su impulso temblequeante hacia ellos, la atracción desolada de todo su ser, de su mirada, de su boca, de su nariz que los olía. Y babeaba de las ganas en su servilleta mientras lanzaba gruñidos inarticulados. Y toda la familia se alegraba de este suplicio odioso y grotesco.

Luego le servían en su plato una pequeña porción, que él se zampaba con febril glotonería para que le pusieran enseguida otra.

Cuando llegó al arroz con leche, sufrió casi una convulsión. Gemía de deseo.

Gontran le gritó:

—Ha comido usted ya demasiado, así que no le vamos a dar postre.

Y fingieron no servírselo.

Entonces él rompió a llorar. Lloraba temblando más que antes, mientras todos los niños se reían.

Por fin le dieron su parte, una porción pequeñísima, y él, tras engullir el primer bocado, dejó escapar de su garganta un cómico ruido de avidez e hizo un movimiento con el cuello semejante al de un pato cuando se traga un pedazo demasiado grande.

Cuando se lo hubo terminado, se puso a patalear para que le sirvieran más.

Compadecido ante la tortura de aquel Tántalo entristecedor y ridículo, imploré por él:

—Vamos, dale un poco más de arroz con leche.

Simon respondió:

—Oh, no, amigo, si comiera demasiado a su edad, podría sentarle mal.

Yo me callé ante aquella frase. ¡Qué moral, qué lógica, qué sabiduría! ¡A su edad! Le privaban del único placer que le quedaba, ¡por razones de salud! ¡La salud! ¿De qué le servía a aquella ruina humana inerte y temblorosa? Alargaban sus días, ¿no se dice así? ¿Sus días? ¿Cuántos días, diez, veinte, cincuenta o cien? ¿Para qué? ¿Por él

o por conservar en la familia durante más tiempo el espectáculo de aquella impotente glotonería?

Ya no tenía nada que hacer en la vida, nada. Sólo le quedaba un deseo, una única alegría. ¿Por qué no dársela toda esa postrera alegría, dársela hasta que se muriera?

Luego, tras una larga partida de cartas, subí a la habitación para acostarme; ¡estaba triste, triste, triste!

Me asomé a la ventana. No se oía nada, salvo el ligerísimo, delicioso, bellísimo gorjeo de un pájaro en un árbol, en alguna parte. Ese pájaro debía de cantar así, en voz baja, en la noche, para acunar a su hembra dormida sobre sus huevos.

Y pensé en los cinco hijos de mi pobre amigo, que debía de estar roncando ahora al lado del coco de su mujer.

EL ALBERGUE*

Como todas las hospederías de madera que se encuentran en los Hautes-Alpes, al pie de los glaciares, en esos rocosos y desnudos pasadizos que cortan las blancas cimas de las montañas, el albergue de Schwarenbach sirve de refugio a los viajeros que siguen el paso de la Gemmi.

Permanece abierto durante seis meses, habitado por la familia de Jean Hauser; luego, cuando se acumulan las nieves, llenando el valle y haciendo impracticable el descenso a Loëche, las mujeres, el padre y los tres hijos se marchan, y dejan para guardar la casa al viejo guía Gaspard Hari con el joven guía Ulrich Kunsi, y Sam, el perrazo montañés.

Los dos hombres y el animal permanecen hasta la primavera en esa cárcel de nieve, sin tener ante los ojos más que la inmensa y blanca pendiente del Balmhorn, rodeados de cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, enterrados bajo la nieve que asciende en torno a ellos, envuelve, aprisiona, aplasta la casita, se amontona sobre la techumbre, llega hasta las ventanas y tapia la puerta.

Aquél era el día en que la familia Hauser iba a regresar a Loëche, pues tenían el invierno encima y el descenso se volvía peligroso.

Tres mulos partieron por delante, cargados de hatos de ropa y de equipajes y conducidos por los tres hijos. Luego la madre, Jeanne Hauser, y su hija Louise se montaron en el cuarto mulo, y se pusieron a su vez en camino.

El padre les seguía acompañado de dos guardas que tenían que escoltar a la familia hasta lo alto de la pendiente.

Primero bordearon la laguna, helada ahora al fondo de la gran hondonada de rocas que se extiende delante del albergue, luego siguieron el valle blanco como una sábana y dominado por todas partes por las cumbres nevadas.

Inundaba el sol aquel albo desierto refulgente y helado, encendiéndolo de una llama cegadora y fría; ningún signo de vida aparecía en aquel océano montañoso; ningún movimiento en aquella inmensa soledad; ningún ruido que turbara el profundo silencio.

Poco a poco, el joven guía Ulrich Kunsi, un suizo alto de esbeltas piernas, dejó atrás a Hauser padre y al viejo Gaspard Hari para alcanzar al mulo que llevaba a las

dos mujeres.

La más joven le miraba llegar, parecía llamarle con su triste mirada. Era una joven campesina rubia, cuyas mejillas lechosas y pálidos cabellos parecían descoloridos por su larga permanencia en medio de los hielos.

Una vez que hubo alcanzado a la bestia que la llevaba, apoyó una mano sobre la grupa y demoró el paso. La madre se puso a hablar con él, enumerando con infinitos detalles todas las recomendaciones que había que tener en cuenta en la hibernación. Era la primera vez que se quedaba allá arriba, mientras que el viejo Hari había pasado ya catorce inviernos bajo la nieve en el albergue de Schwarenbach.

Ulrich Kunsi escuchaba, sin dar la impresión de entender, y miraba sin cesar a la muchacha. De vez en cuando respondía: «Sí, señora Hauser». Pero parecía ausente y su sereno rostro permanecía impasible.

Llegaron al lago de Daube, cuya vasta superficie helada se extendía, totalmente llana, al fondo del valle. A la derecha, el Daubenhorn mostraba sus negras rocas que se alzaban verticales al lado de las enormes morrenas del glaciar de Lœmmern que dominaba el Wildstrubel.

Cuando se acercaban al puerto de la Gemmi, donde comienza la bajada a Loëche, descubrieron de repente el inmenso horizonte de los Alpes del Valais, de los que los separaba el profundo y amplio valle del Ródano.

Había, a lo lejos, una multitud de blancas cumbres, desiguales, chatas o puntiagudas y relucientes bajo el sol: el Mischabel, con sus dos cuernos, el imponente macizo del Wissehorn, el amazacotado Brunnegghorn, la alta y temible pirámide del Cervin, ese asesino de hombres, y el Dent-Blanche, esa monstruosa coqueta.

Luego, por debajo de ellos, en un inmenso pozo, al fondo de una sima pavorosa, vieron Loëche, cuyas casas parecían granitos de arena arrojados en esa grieta enorme que limita y cierra la Gemmi, y que se abre, allí abajo, al Ródano.

El mulo se detuvo al borde del sendero que va, serpenteando con continuas vueltas y revueltas, fantástico y maravilloso, a lo largo de la montaña cortada a pico, hasta ese pueblecito casi invisible, a su pie. Las mujeres saltaron a la nieve.

Los dos viejos les habían dado alcance.

—Vamos —dijo Hauser padre—, adiós y ánimo, hasta el año que viene, amigos.

Gaspard Hari repitió:

—Hasta el año que viene.

Se abrazaron. Luego la señora Hauser presentó, a su vez, las mejillas; y la muchacha hizo otro tanto.

Cuando le llegó la vez a Ulrich Kunsi, murmuró al oído de Louise:

—No olvidéis a los de ahí arriba.

Ella respondió un «no» tan quedo que él lo intuyó sin oírlo.

—Bueno, adiós —repitió Jean Hauser— y cuidaos mucho.

Y, pasando por delante de las mujeres, inició el descenso.

No tardaron en desaparecer los tres en el primer recodo del camino.

Y los dos hombres iniciaron el regreso hacia el albergue de Schawarenbach.

Caminaban despacio, cuesta tras cuesta, sin decirse nada. Se había acabado, se quedarían solos, cara a cara, cuatro o cinco meses.

Luego Gaspard Hari se puso a contar su vida durante el invierno anterior. Se había quedado con Michel Canol, demasiado mayor ya para empezar de nuevo, pues durante esa larga soledad puede producirse algún accidente. No se habían aburrido, por lo demás; todo consistía en verle el lado bueno desde el primer día; y uno terminaba por inventarse distracciones, juegos, muchos pasatiempos.

Ulrich Kunsi le escuchaba, con la mirada gacha, siguiendo en su imaginación a los que descendían hacia el pueblo por todas las recortaduras de la Gemmi.

No tardaron en divisar el albergue, apenas visible, tan diminuto, un punto negro al pie de la monstruosa ola de nieve.

Cuando abrieron, Sam, el perrazo de rizada pelambre, se puso a dar saltos en torno a ellos.

—Vamos, hijo —dijo el viejo Gaspard—, ahora ya no tenemos a las mujeres y hay que preparar la cena, así que pela tú las patatas.

Y los dos, sentándose en unos taburetes de madera, comenzaron a echar caldo a las sopas.

La mañana del día siguiente le pareció larga a Ulrich Kunsi. El viejo Hari fumaba y escupía dentro del hogar, mientras el joven miraba por la ventana la deslumbrante montaña que había enfrente de la casa.

Salió por la tarde y, rehaciendo el trayecto de la víspera, buscaba en el suelo el rastro de los cascos del mulo que había llevado a las dos mujeres. Luego, tras llegar al puerto de la Gemmi, se tumbó boca abajo al borde del abismo y contempló Loëche.

No estaba aún el pueblo, en su pozo rocoso, sepultado por la nieve, por más que estuviera ya muy cerca, pero detenida en seco por los bosques de abetos que protegían los alrededores. Sus casas bajas parecían, desde allí arriba, piedras en un prado.

La joven de los Hauser se encontraba, en aquel momento, en una de esas casas grises. ¿Cuál? Ulrich Kunsi estaba demasiado lejos para distinguir unas de otras. ¡Cuánto le hubiera gustado bajar mientras ello era aún posible!

Pero el sol había desaparecido ya tras la gran cima del Wildstrubel; y el joven regresó. Gaspard Hari estaba fumando. Al ver de vuelta a su compañero, le propuso jugar una partida a las cartas; y se sentaron uno enfrente del otro a ambos lados de la mesa.

Jugaron largo rato a un sencillo juego llamado la brisca, y luego, tras haber cenado, se acostaron.

Los días siguientes fueron parecidos al primero, claros y fríos, sin nieve nueva. El viejo Gaspard se pasaba las tardes observando las águilas y las raras aves que se aventuran por aquellas cimas heladas, mientras que Ulrich volvía habitualmente al puerto de la Gemmi para contemplar el pueblo. Luego jugaban a las cartas, a los dados, al dominó, ganaban y perdían pequeños objetos para dar aliciente a la partida.

Una mañana, Hari, tras levantarse el primero, llamó a su compañero. Una blanca nube algodonosa, movediza, enorme y ligera, se abatía sobre ellos, en torno a ellos, sin ruido, los sepultaba poco a poco bajo un tupido y sordo colchón de espuma. Ello duró cuatro días y cuatro noches. Fue preciso liberar puerta y ventanas, abrir un pasillo y hacer unos escalones para salir de entre aquel polvo de hielo que doce horas de helada había vuelto más duro que el granito de las morrenas.

Entonces vivieron como prisioneros, sin aventurarse ya casi nunca fuera de su morada. Se habían repartido las tareas domésticas que cumplían regularmente. Ulrich Kunsi se ocupaba de la limpieza, de la colada, de todos los cuidados y de todos los trabajos de saneamiento. Era también quien cortaba la leña, mientras que Gaspard Hari se encargaba de la cocina y mantenía vivo el fuego. Sus labores, regulares y monótonas, se veían interrumpidas por las largas partidas de cartas o de dados. Nunca se peleaban, eran los dos tranquilos y plácidos. Tampoco nunca mostraban impaciencia, mal humor, ni soltaban palabras agrias, pues habían hecho provisión de resignación para esa hibernación en las cumbres.

A veces, el viejo Gaspard cogía su rifle y se iba en busca de gamuzas; mataba alguna de tanto en tanto. Había entonces fiesta en el albergue de Schwarenbach y un gran festín de carne fresca.

Una mañana, partió así. El termómetro del exterior marcaba dieciocho grados bajo cero. No había salido aún el sol, el cazador esperaba sorprender a los animales en las inmediaciones del Wildstrubel.

Tras quedarse solo, Ulrich permaneció acostado hasta las diez. Era un dormilón nato; pero no se hubiera atrevido a entregarse de aquel modo a su inclinación en presencia del viejo guía siempre muy activo y madrugador.

Desayunó sin prisas con Sam, que pasaba también sus días y sus noches dormitando delante del fuego; luego se sintió triste, incluso asustado de la soledad, y dominado por la necesidad de la diaria partida de cartas, como se está dominado por el deseo de un hábito invencible.

Entonces salió para ir al encuentro de su compañero, que tenía que regresar a las cuatro.

La nieve había nivelado todo el profundo valle, colmando las grietas, borrando los dos lagos, acolchando las rocas, formando, entre las altísimas cimas, una vastísima cuenca blanca regular, deslumbrante y helada.

Hacía tres semanas que Ulrich no había vuelto al borde del abismo desde donde

contemplaba el pueblo. Quiso volver allí antes de subir las pendientes que llevaban al Wildstrubel. Ahora también Loëche estaba bajo la nieve y resultaban ya irreconocibles las casas, enterradas bajo el pálido manto.

Luego, torciendo a la derecha, llegó al glaciar de Lœmmern. Caminaba con su paso largo de montañero, golpeando con su bastón herrado la nieve tan dura como la piedra. Y buscaba con su mirada penetrante el puntito negro y móvil, a lo lejos, sobre aquel inmenso manto.

Cuando estuvo al borde del glaciar, se detuvo, preguntándose si el viejo había tomado ese camino; luego echó a andar a lo largo de las morrenas con paso más rápido y más inquieto.

Disminuía la luz; la nieve se volvía rosácea; soplaba un viento seco y helado en bruscas ráfagas sobre su superficie de cristal. Ulrich lanzó un grito de llamada agudo, vibrante, prolongado. La voz voló en el silencio sepulcral en que dormían las montañas; corrió a lo lejos, sobre las olas inmóviles y profundas de algodón helado, como un grito de ave sobre las olas del mar; luego se apagó y nadie le respondió.

Echó a andar de nuevo. El sol se había puesto, allá lejos, tras las cimas que los reflejos del cielo empurpuraban aún; pero las profundidades del valle se tornaban grises. Y el joven tuvo de repente miedo. Le pareció que el silencio, el frío, la soledad, la muerte invernal de esos montes penetraban en él, iban a detener y helar su sangre, a enrigidecer sus miembros, a hacer de él un ser inmóvil y helado. Y echó a correr, huyendo hacia su morada. El viejo, pensaba, habría vuelto durante su ausencia. Debía de haber tomado otro camino; estaría sentado delante del fuego con una gamuza muerta a sus pies.

No tardó en ver el albergue. No salía nada de humo de él. Ulrich corrió más rápido, abrió la puerta. Sam se precipitó hacia él para hacerle fiestas, pero Gaspard Hari no había vuelto.

Espantado, Kunsi daba vueltas sobre sí mismo, como esperando descubrir a su compañero escondido en algún rincón. Luego encendió el fuego e hizo las sopas, esperando en todo momento ver volver al anciano.

De vez en cuando, salía para mirar si aparecía. Había caído la noche, la noche macilenta de las montañas, la noche pálida, la noche lívida que iluminaba, al borde del horizonte, una media luna amarilla y fina presta a desaparecer tras las cumbres.

Luego el joven volvía adentro, se sentaba, se calentaba los pies y las manos pensando en los posibles accidentes.

Gaspard había podido romperse una pierna, caer en un hoyo, dar un paso en falso que le habría torcido el tobillo. Y permanecería tendido en la nieve, apresado, rígido por el frío, el alma llena de angustia, perdido, pidiendo quizá auxilio a gritos, llamando con toda la fuerza de su garganta en medio del silencio de la noche.

Pero ¿dónde? La montaña era tan vasta, tan escabrosa, tan peligrosa en los

alrededores, sobre todo en esa estación, que habrían hecho falta diez o veinte guías y caminar durante ocho días en todas direcciones para dar con un hombre en esa inmensidad.

Ulrich Kunsi, sin embargo, se decidió a partir con Sam si Gaspard Hari no volvía entre medianoche y la una de la mañana.

E hizo los preparativos.

Metió víveres para dos días en una alforja, cogió sus botas con crampones, enrolló en torno a su cintura una larga cuerda, delgada y resistente, comprobó el estado de su bastón alpino y del pico que sirve para hacer escalones en el hielo. Luego esperó. El fuego ardía en el hogar; el perrazo roncaba ante la claridad de la llama; el reloj latía como un corazón con sus golpes regulares en su caja de madera sonora.

Esperaba, aguzando el oído a los ruidos lejanos, estremeciéndose cuando un ligero viento rozaba la techumbre y los muros.

Cuando el reloj dejó oír el tintineo de la una, se puso en pie, despertó a Sam, abrió la puerta y marchó en dirección al Wildstrubel. Durante cinco horas, subió, escalando rocas con la ayuda de sus crampones, cortando el hielo, avanzando siempre y a veces jalando, con el cabo de su cuerda, al perro que había quedado abajo de una escarpadura demasiado empinada. Serían en torno a las seis cuando alcanzó una de las cumbres adonde el viejo Gaspard iba a menudo en busca de gamuzas.

Y esperó a que se hiciera de día.

El cielo palidecía sobre su cabeza; y de repente un extraño resplandor, surgido de quién sabe dónde, iluminó de súbito el inmenso océano de las cimas pálidas que se extendían a cien leguas en torno a él. Se hubiera dicho que aquella vaga claridad surgía de la nieve misma para expandirse por el espacio. Las cumbres lejanas más altas se volvieron todas poco a poco de un rosa suave como el de la carne, y el rojo sol apareció detrás de los pesados gigantes de los Alpes berneses.

Ulrich Kunsi reanudó su camino. Iba como un cazador, encorvado, observando los rastros, diciéndole a su perro:

—Busca, gordinflón, busca.

Ahora volvía a bajar la montaña, escrutando con la mirada las simas y a veces llamando, lanzando un grito prolongado, que no tardaba en morir en la muda inmensidad. Entonces pegaba el oído al suelo para escuchar; creía distinguir una voz, echaba a correr, llamaba de nuevo, no oía ya nada y se sentaba, agotado, desesperado. Hacia mediodía, desayunó y dio de comer a Sam, que estaba tan cansado como él. Luego reanudó su búsqueda.

Cuando llegó la tarde, aún seguía caminando, tras haber recorrido cincuenta kilómetros de montaña. Como se encontraba demasiado lejos de su casa para regresar a ella, y demasiado fatigado para seguir andando por más tiempo, abrió un hoyo en la

nieve y se acurrucó dentro de él con su perro, bajo una manta que se había traído. Y se acostaron el uno contra el otro, hombre y animal, calentando mutuamente sus cuerpos, pero, no obstante, helados hasta los tuétanos.

Ulrich apenas si durmió, la mente asaltada por visiones, los miembros recorridos por escalofríos.

Se estaba haciendo de día cuando se levantó. Tenía las piernas rígidas como barras de hierro, la moral baja como para gritar de angustia, el corazón palpitándole casi hasta el punto de hacerle desvanecerse de la emoción apenas le parecía que oía un ruido cualquiera.

De repente pensó que también él moriría de frío en aquella soledad, y el miedo a una muerte semejante, acicateando su energía, despertó su vigor.

Ahora descendía hacia el albergue, cayendo, levantándose, seguido de lejos por Sam, que cojeaba sobre tres patas.

No llegaron a Schwarenbach hasta las cuatro de la tarde. La casa estaba vacía. El joven encendió el fuego, comió y se durmió, tan agotado que no pensaba ya en nada.

Durmió largas horas con un sueño invencible. Pero de repente una voz, un grito, un nombre: «Ulrich», sacudió su profundo sopor y le hizo levantarse. ¿Había soñado? ¿Era una de esas extrañas llamadas que cruzan por los sueños de las almas inquietas? No, oía aún ese grito vibrante, que había penetrado en su oído y se había quedado en su carne hasta en la yema de sus dedos nerviosos. Sin duda, habían gritado; habían llamado: «¡Ulrich!». Había alguien allí, cerca de la casa. No cabía duda. Abrió, pues, la puerta y gritó: «¿Eres tú, Gaspard?» con toda la potencia de su garganta.

Nadie respondió; ningún sonido, ningún murmullo, ningún gemido, nada. Era de noche. La nieve estaba muy pálida.

Se había levantado viento, el viento helado que quiebra las piedras y no deja nada vivo en esas alturas abandonadas. Pasaba con bruscos soplos más desecadores y mortales que el viento de fuego del desierto. Ulrich gritó de nuevo:

—¡Gaspard! ¡Gaspard! ¡Gaspard!

Luego esperó. ¡Todo permaneció mudo en la montaña! Entonces, el espanto le hizo estremecerse hasta los huesos. Entró de un salto en el albergue, cerró la puerta y echó el cerrojo; luego cayó tiritando sobre una silla, convencido de que acababa de ser llamado por su compañero en el momento en que entregaba su espíritu.

Estaba seguro de ello, como se está seguro de estar vivo o de comer pan. El viejo Gaspard Hari había agonizado durante dos días y tres noches en alguna parte, en un hoyo, en una de esas profundas barrancas inmaculadas cuya blancura es más siniestra que las tinieblas de los sótanos. Había agonizado durante dos días y tres noches, y acababa de morir hacía poco pensando en su compañero. Y su alma, apenas liberada, había volado hacia el albergue donde Ulrich dormía, y le había llamado merced a esa facultad misteriosa y terrible que poseen las almas de los muertos de perseguir a los

vivos. Había gritado, esa alma sin voz, en el alma abrumada del durmiente; había gritado su último adiós, o su reproche, o su maldición sobre el hombre que no le había buscado lo bastante.

Y Ulrich la notaba allí cerca, detrás del muro, detrás de la puerta que acababa de cerrar. Rodaba, como un ave nocturna que roza con su plumaje una ventana iluminada; y el joven extraviado estaba a punto de aullar de horror. Quería escapar y no se atrevía a salir; no se atrevía y ya no se atrevería, pues el fantasma permanecería allí, día y noche, en torno al albergue, mientras el cuerpo del viejo guía no fuera reencontrado y descansara en la tierra bendecida de un cementerio.

Se hizo de día y Kunsi recuperó un poco de seguridad con el retorno luminoso del sol. Se preparó su comida, hizo unas sopas para el perro y a continuación se quedó sentado en una silla, inmóvil, el corazón torturado, pensando en el viejo tendido en la nieve.

Luego, en cuanto la noche cubrió la montaña con sus sombras, le asaltaron nuevos terrores. Ahora andaba por la cocina oscura, apenas iluminada por la llama de una candela, andaba de un extremo al otro de la estancia, a grandes pasos, escuchando, escuchando si el grito espantoso de la noche pasada se escucharía de nuevo en el silencio lúgubre del exterior. ¡Y se sentía solo, el pobre miserable, como hombre alguno lo ha estado jamás! ¡Estaba solo en ese inmenso desierto de nieve, solo a dos mil metros por encima de la tierra habitada, por encima de toda morada humana, por encima de la vida que se agita, murmura y palpita, solo bajo el cielo helado! Le dominaban unas ganas locas de largarse donde fuera y como fuera, de bajar a Loëche arrojándose al abismo; pero ni siquiera se atrevía a abrir la puerta, convencido de que el otro, el muerto, le impediría el paso, para no quedarse tampoco él solo allá arriba.

Hacia medianoche, cansado de andar, abrumado de angustia y de miedo, se amodorró finalmente en una silla, pues temía su cama como se teme un lugar encantado.

Y de repente el grito estridente de la noche pasada le desgarró los oídos, tan sobreagudo que Ulrich extendió los brazos para rechazar al aparecido y cayó de espaldas con su asiento.

Sam, despertado por el ruido, se puso a aullar como aúllan los perros espantados, y daba vueltas por la habitación buscando de dónde venía el peligro. Al llegar cerca de la puerta, olfateó por debajo, resoplando y aspirando con fuerza, la pelambre erizada, el rabo derecho y gruñendo.

Kunsi, despavorido, se había levantado y, sujetando por una pata su silla, exclamó: «No entres, no entres, no entres o te mato». Y el perro, excitado por esta amenaza, ladraba furioso contra el enemigo invisible que desafiaba la voz de su amo.

Poco a poco, Sam se calmó y volvió a extenderse cerca del hogar, pero

permanecía inquieto, la cabeza levantada, los ojos relucientes y gañendo entre sus patas.

Ulrich, a su vez, recobró la razón, pero como se sentía desfallecer de terror, fue a buscar una botella de aguardiente en el aparador, y se tomó, una tras otra, varias copas. Sus ideas se volvían vagas; su valor se hacía más firme; una fiebre de fuego corría por sus venas.

Apenas si probó bocado al día siguiente, limitándose a tomar alcohol. Y durante varios días seguidos vivió en un estado continuo de embriaguez, como un bruto. Apenas volvía a su mente el pensamiento de Gaspard Hari, empezaba a beber de nuevo hasta el momento en que se caía al suelo, abatido por la borrachera. Y allí se quedaba, con la cara contra el suelo, borracho perdido, los miembros molidos, roncando, de bruces. Pero apenas había digerido el líquido enloquecedor y abrasador, cuando el grito siempre el mismo «¡Ulrich!» le despertaba como una bala que atravesara su cráneo; y se enderezaba tambaleándose aún, extendiendo las manos para no caer, llamando en su ayuda a Sam. Y el perro, que parecía estar volviéndose loco como su amo, se precipitaba contra la puerta, la arañaba con sus uñas, la roía con sus largos colmillos blancos, mientras el joven, con el cuello doblado y la cabeza echada hacia atrás, se mandaba al coleto a grandes sorbos, como si fuera agua fresca tras una carrera, el aguardiente que no tardaría en volver a adormecer su mente, sus recuerdos y su miedo loco.

En tres semanas dio buena cuenta de toda su provisión de alcohol. Pero esta borrachera continua no hacía sino amodorrar su espanto, que se despertó más furioso tan pronto como le fue imposible calmarlo. Entonces la idea fija, exasperada durante un mes de embriaguez, y creciendo sin cesar en la absoluta soledad, se hundía en él a la manera de una barrena. Y ahora andaba por su morada igual que una bestia por su jaula, pegando el oído a la puerta para escuchar si el otro estaba allí y desafiándole a través de la pared.

Luego, en cuanto se amodorraba, vencido por la fatiga, oía la voz que le hacía ponerse en pie de un salto.

Una noche, por fin, como los cobardes en las situaciones límites, se precipitó hacia la puerta y la abrió para ver al que le llamaba y obligarle a callarse.

Recibió en pleno rostro un aire frío que le heló hasta los tuétanos, volvió a cerrar la hoja y echó el cerrojo, sin ver que Sam se había lanzado afuera. Luego, temblando, echó leña al fuego y se sentó delante para calentarse, pero de repente se estremeció, porque alguien arañaba la pared llorando.

Gritó despavorido: «Vete». Le respondió un lamento, prolongado y doliente.

Entonces lo que le quedaba de razón sucumbió ante el pavor. Repetía «Vete» girando sobre sí mismo para dar con un rincón en el que esconderse. El otro, llorando en todo momento, pasaba a lo largo de la casa frotándose contra el muro. Ulrich se

lanzó hacia el aparador de roble lleno de vajilla y de provisiones, y, levantándolo con una fuerza sobrehumana, lo arrastró hasta la puerta para hacer con él una barricada. Luego, amontonando uno sobre otro todos los muebles, los colchones, los somieres, las sillas, clausuró la ventana como se hace cuando asedia el enemigo.

Pero el del exterior lanzaba ahora grandes gemidos lúgubres a los que el joven se puso a responder mediante gemidos parecidos.

Y pasaron días y noches sin que dejaran de aullar uno y otro. El uno daba vueltas sin cesar alrededor de la casa y hurgaba con tal fuerza al pie de la pared con sus uñas que parecía querer demolerla; el otro, dentro, seguía todos sus movimientos, encorvado, el oído pegado contra la piedra, y respondía a todas sus llamadas con gritos espantosos.

Una tarde, Ulrich no oyó ya nada; y se sentó tan roto de cansancio que no tardó en dormirse.

Se despertó sin un recuerdo, sin un pensamiento, como si toda su cabeza se hubiera vaciado durante ese sueño extenuado. Tenía hambre y comió.

Había terminado el invierno. El paso de la Gemmi resultaba practicable de nuevo; y la familia Hauser se puso en camino para volver a su albergue.

Tan pronto como hubieron alcanzado la parte alta de la subida, las mujeres se montaron en su mulo y se pusieron a hablar de los dos hombres con los que iban a reencontrarse dentro de poco.

Estaban extrañadas de que uno de ellos no hubiera bajado algunos días antes, tan pronto como el camino se había vuelto practicable, para dar noticias de su larga hibernación.

Por fin divisaron el albergue cubierto y acolchado aún de nieve. La puerta y la ventana estaban cerradas; un humillo salía del tejado, lo cual tranquilizó a Hauser padre. Pero, al acercarse, vio en el umbral un esqueleto de animal despedazado por las águilas, un gran esqueleto que yacía de costado.

Todos lo examinaron.

—Debe de ser Sam —dijo la madre. Y llamó—: Eh, Gaspard.

Un grito respondió en el interior, un grito agudo, que se hubiera dicho lanzado por una bestia. Hauser padre repitió:

—Eh, Gaspard.

Se dejó oír otro grito semejante al primero.

Entonces, los tres hombres, el padre y los dos hijos, trataron de abrir la puerta. Ésta resistió. Cogieron del establo vacío una larga viga a modo de ariete y la lanzaron con gran ímpetu. La madera crujió, cedió, las tablas volaron hechas pedazos; luego un gran ruido estremeció la casa y vieron dentro, detrás del aparador derribado, a un hombre de pie, con unos cabellos que le llegaban hasta los hombros, una barba hasta el pecho, unos ojos brillantes y unos harapos sobre el cuerpo.

No le reconocían, pero Louise Hauser exclamó:

—Es Ulrich, mamá.

Y la madre comprobó que era Ulrich, aunque sus cabellos fueran blancos.

Él les dejó acercarse; se dejó tocar; pero no respondió nada a las preguntas que le hicieron; y hubo que llevarle a Loëche, donde los médicos constataron que se había vuelto loco.

Y nadie supo jamás qué se había hecho de su compañero.

La joven Hauser estuvo a punto de morir ese verano de una enfermedad de languidez que atribuyeron al frío de la montaña.

EL MARQUÉS DE FUMEROL*

Roger de Tourneville, en medio del corro de sus amigos, hablaba, a horcajadas de una silla, sosteniendo un cigarro en la mano, y, de vez en cuando, aspiraba y soplaba una pequeña nube de humo.

*

… Estábamos a la mesa cuando trajeron una carta. Papá la abrió. Ya conocen ustedes perfectamente a papá, que está convencido de hacer las veces del rey en Francia. Yo le llamo don Quijote, porque durante doce años ha luchado contra los molinos de viento de la República sin saber si lo hacía en nombre de los Borbones o de los Orleans. Actualmente sólo rompe una lanza por los Orleans, pues ya no existen más que ellos.[1] En cualquier caso, papá se cree el primer gentilhombre de Francia, el más conocido, el más influyente, considera a los reyes de los países de nuestro entorno como tronos poco seguros.

En cuanto a mamá, es el alma de papá, es el alma de la monarquía y de la religión, el brazo derecho de Dios en la tierra y el azote de los malpensantes.

Así pues, trajeron una carta mientras estábamos en la mesa. Papá la abrió y la leyó; luego miró a mamá y le dijo: «Tu hermano está in *articulo mortis*». Mamá palideció. Casi nunca se hablaba de mi tío en casa. Yo no le conocía en absoluto. Solamente sabía por la vox pópuli que había llevado y llevaba una vida de juerguista. Tras haberse comido su fortuna con un número incalculable de mujeres, no había conservado más que dos amantes, con las que vivía en un pisito de la rue des Martyrs.

Antiguo par de Francia, ex coronel de caballería, no creía, según se decía, ni en Dios ni en el diablo. Dudando, pues, de la vida futura, había abusado, bajo todas sus formas, de la vida presente; y se había convertido en la llaga viva del corazón de mamá.

Ella dijo:

«Deme esa carta, Paul».

Cuando ella hubo terminado de leerla, se la pedí a mi vez. Decía lo siguiente:

Señor conde: Creo que es mi deber hacerle saber que su hermano el marqués de Fumerol va a morir. Tal vez desee usted tomar algunas disposiciones, y no olvide que le he avisado.

Su segura servidora,

Mélanie

Papá murmuró:

«Hay que pensar en lo que conviene hacer. En mi situación, debo ir a velar los últimos momentos de su hermano».

Mamá prosiguió:

«Mandaré llamar al reverendo Poivron y le pediré consejo. Luego iré a ver a mi hermano con el reverendo y Roger. Usted, Paul, quédese aquí. No debe comprometerse. Estas cosas puede y debe hacerlas una mujer. Pero para un político en su situación es otra cosa. Pues a un adversario le sería fácil utilizar en su contra su acción más meritoria».

«Tiene razón —dijo mi padre—. Actúe según su inspiración, querida.»

Un cuarto de hora después, el reverendo Poivron entraba en el salón, y se le expuso la situación, que se analizó y se discutió desde todos los puntos de vista.

Si el marqués de Fumerol, uno de los grandes nombres de Francia, moría sin el auxilio de la religión, el golpe sería seguramente tremendo para la nobleza en general y para el conde de Tourneville en particular. Los librepensadores triunfarían. Los malvados periódicos cantarían victoria durante seis meses; el nombre de mi madre se vería enlodado por la prosa de los diarios socialistas; el de mi padre mancillado. No se podía permitir que ocurriera algo semejante.

Así pues, se decidió inmediatamente una cruzada que sería capitaneada por el reverendo Poivron, un cura menudo, gordo y pulcro, vagamente perfumado, un verdadero vicario de parroquia grande en un barrio noble y rico.

Se enganchó un landó y partimos los tres, mamá, el párroco y yo, para administrar los sacramentos a mi tío.

Se había decidido que veríamos primero a la señora Mélanie, quien había escrito la carta y que debía de ser la portera o la sirvienta de mi tío.

Me apeé en calidad de explorador delante de una casa, de siete plantas, y entré en un pasillo oscuro donde me costó encontrar el agujero oscuro del portero. Ese hombre me miró de arriba abajo con desconfianza.

Pregunté:

«¿La señora Mélanie, por favor?».

«¡No la conozco!»

«Pero si he recibido una carta suya.»

«Es posible, pero yo no la conozco. ¿Pregunta usted por una mantenida?»

«No, probablemente una criada. Me escribió para una colocación.»

«¿Una criada?… ¿Una criada?… Puede ser la del marqués. Vaya a ver, quinto

piso a la izquierda.»

Dado que no preguntaba por una mantenida, se había vuelto más amable y me acompañó hasta el pasillo. Era un larguirucho con unas patillas blancas, aire de bedel y gestos majestuosos.

Subí a toda prisa por una larga escalera de caracol polvorienta cuyo pasamano no me atrevía a tocar y llamé con tres golpes discretos a la puerta de la izquierda del quinto piso.

Se abrió enseguida; y me encontré delante a una mujer desaliñada, enorme, impidiéndome el paso con sus brazos abiertos que se apoyaban en las dos jambas.

Gruñó:

«¿Por quién pregunta?».

«¿Es usted la señora Mélanie?»

«Sí.»

«Soy el vizconde de Tourneville.»

«Ah, bien. Entre.»

«Es que… mamá está abajo con un sacerdote.»

«Ah, bien… Vaya a buscarles. Pero tenga cuidado con el portero.»

Bajé y volví a subir con mamá, a quien seguía el reverendo. Me pareció que oía otros pasos detrás de nosotros.

En cuanto estuvimos en la cocina, Mélanie nos ofreció unas sillas y nos sentamos los cuatro para deliberar.

«¿Está mal?», preguntó mamá.

«Oh, sí, señora, no durará mucho.»

«¿Cree que está dispuesto a recibir la visita de un sacerdote?»

«Oh…, no creo.»

«¿Puedo verle?»

«Pues… sí…, señora…, sólo que…, sólo que… hay unas señoritas con él.»

«¿Qué señoritas?»

«Pues…, pues… sus amiguitas.»

«¡Ah!»

Mamá se había puesto como la grana.

El reverendo Poivron había bajado los ojos.

La situación comenzaba a divertirme y dije:

«¿Y si entro yo primero? Veré cómo me recibe y tal vez pueda preparar su corazón».

Mamá, que no captó la malicia, respondió:

«Sí, hijo mío.»

Pero se abrió una puerta en alguna parte y una voz, una voz de mujer, exclamó:

«¡Mélanie!».

La gordinflona criada se precipitó y respondió:

«¿Qué necesita, señorita Claire?».

«La tortilla, rápido.»

«En un minuto, señorita.»

Y, volviendo a donde estábamos nosotros, dio una explicación a esa llamada:

«Es una tortilla de queso que me encargaron para las dos como colación».

E inmediatamente rompió los huevos dentro de un cuenco y se puso a batir con energía.

Yo salí a la escalera y tiré de la campanilla a fin de anunciar mi llegada oficial.

Mélanie me abrió, me hizo tomar asiento en una antesala, fue a decirle a mi tío que estaba allí y luego regresó para rogarme que entrara.

El padre se escondió detrás de la puerta para aparecer a la primera seña.

No cabe duda de que me llevé una sorpresa al ver a mi tío. Ese viejo vividor era muy apuesto, muy solemne, muy elegante.

Sentado, casi acostado en un gran sillón, con las piernas envueltas en una manta, las manos, unas largas manos pálidas, colgantes sobre los brazos del asiento, esperaba la muerte con una dignidad bíblica. Su barba blanca caía sobre su pecho, y sus cabellos, también totalmente blancos, le llegaban a las mejillas.

De pie, detrás de su sillón, como para defenderle contra mí, dos jóvenes, dos gordas jóvenes, me miraban con los ojos de mirada atrevida de las mujerzuelas. En falda y bata, los brazos desnudos, con unos cabellos negros que les caían de cualquier modo sobre la nuca, calzadas con babuchas orientales con bordados de oro que dejaban ver los tobillos y las medias de seda, tenían el aspecto, junto a aquel moribundo, de las figuras inmorales de una pintura simbólica. Entre el sillón y la cama, una mesita cubierta con un mantel, con dos platos, dos vasos, dos tenedores y dos cuchillos, esperaba la tortilla de queso encargada hacía un rato a Mélanie.

Mi tío dijo con una voz débil, sin aliento, pero clara:

«Buenos días, hijo mío. Es tarde para venir a verme. No nos conoceremos por mucho tiempo».

Balbucí:

«Tío, no es por culpa mía…»

Respondió:

«No. Lo sé. Es por culpa de tu padre y de tu madre más que tuya… ¿Cómo están?».

«No están mal, gracias. Cuando han sabido que estaba enfermo, me han mandado para tener noticias de usted.»

«¡Ah! ¿Por qué no han venido también ellos?»

Yo levanté los ojos hacia las dos muchachas y dije bajito:

«No es culpa suya el que no hayan podido venir, tío. Pero sería difícil para mi

padre e imposible para mi madre entrar aquí…».

El anciano no respondió nada, pero levantó su mano hacia la mía. Yo cogí esa mano pálida y fría y la mantuve en la mía.

Se abrió la puerta: entró Mélanie con la tortilla y la dejó sobre la mesa. Las dos mujeres se sentaron enseguida delante de sus platos y se pusieron a comer sin apartar los ojos de mí.

Dije:

«Tío, sería una gran alegría para mi madre darle un abrazo».

Murmuró:

«También a mí… me gustaría…».

Y se calló. No encontraba nada que proponerle, y ya no oía más que el ruido de los tenedores sobre la porcelana y ese vago movimiento de las bocas que mastican.

Ahora bien, el reverendo, que escuchaba detrás de la puerta, viendo nuestro embarazo y creyendo ganada la partida, juzgó llegado el momento de intervenir, y se mostró.

Mi tío se quedó tan estupefacto por esta aparición que permaneció primero inmóvil; luego abrió la boca como si quisiera tragarse al cura; a continuación gritó con voz fuerte, profunda y furiosa:

«¿Qué viene a hacer usted aquí?».

El reverendo, acostumbrado a las situaciones difíciles, seguía avanzando mientras murmuraba:

«Vengo de parte de su hermana, señor marqués. Es ella quien me manda… Se sentiría tan dichosa, señor marqués…».

Pero el marqués no escuchaba. Alzando una mano que señalaba la puerta con un gesto trágico y soberbio, decía irritado, jadeando:

«¡Salga de aquí…, salga de aquí…, ladrón de almas!… ¡Salga de aquí, violador de conciencias!… ¡Salga de aquí, forzador de puertas de moribundos!».

Y el reverendo retrocedía, y también yo lo hacía en dirección a la puerta, batiéndome en retirada con mi clérigo; y, vengadas, las dos jovencitas se habían levantado, dejando su tortilla a medio comer, y se habían colocado a ambos lados del sillón de mi tío, posando sus manos sobre sus brazos para calmarle, para protegerle contra las empresas criminales de la Familia y de la Religión.

El reverendo y yo nos reunimos con mamá en la cocina. Y Mélanie de nuevo nos ofreció unas sillas.

«Sabía perfectamente que no sería fácil —decía—. Hay que pensar en otra cosa, de lo contrario se nos escapará de las manos.»

Y empezamos a deliberar de nuevo. Mamá era de una opinión, el reverendo de otra. Yo proponía otra cosa.

Departíamos en voz baja desde hacía quizá una media hora cuando un gran ruido

de muebles removidos y de gritos lanzados por mi tío, todavía más vehementes y terribles que los primeros, nos hicieron levantar a los cuatro.

Escuchamos a través de las puertas y los tabiques:

«Fuera de aquí…, fuera de aquí…, patanes…, groseros…, fuera de aquí bribones…, fuera…, fuera».

Mélanie acudió corriendo, luego regresó enseguida para pedirme ayuda. Yo acudí. Delante de mi tío levantado por la cólera, casi de pie y vociferando, dos hombres, uno detrás del otro, parecían esperar que se muriera del ataque de furia.

En su larga levita ridícula, en sus largos zapatos ingleses, en su aire de maestro de escuela sin empleo, en su cuello recto y en su corbata blanca, en sus cabellos lisos, en su semblante humilde de falso sacerdote de una religión bastarda, reconocí enseguida en el primero a un pastor protestante.

El segundo era el portero de la casa, que, seguidor del culto reformado, había venido detrás de nosotros, había asistido a nuestra derrota y corrido a llamar a su pastor con la esperanza de tener más suerte.

¡Mi tío parecía loco de la rabia! Si el ver al sacerdote católico, al sacerdote de sus antepasados, había irritado al marqués de Fumerol vuelto librepensador, el aspecto del pastor de su portero le había sacado completamente de sus casillas.

Yo cogí del brazo a los dos hombres y los eché fuera tan bruscamente que se abrazaron con violencia dos veces seguidas al pasar por las dos puertas que conducían a la escalera.

Luego desaparecí a mi vez y volví a la cocina, nuestro cuartel general, a fin de recibir consejo de mi madre y del reverendo.

Pero Mélanie, espantada, volvió a entrar gimiendo:

«Se muere…, se muere…, vengan rápido…, se muere…».

Mi madre salió corriendo. Mi tío se había caído al suelo, cuan largo era sobre el parqué, y ya no se movía. Creo que estaba ya muerto.

¡Mamá estuvo soberbia en ese momento! Se fue directa hacia las dos mujerzuelas arrodilladas junto al cuerpo y que trataban de levantarle. Y, señalándoles la puerta con una autoridad, una dignidad y una majestad irresistibles, dijo:

«Ahora os corresponde salir a vosotras».

Y ellas salieron, sin protestar, sin decir una palabra. Hay que añadir que yo me disponía a expulsarlas con la misma energía que al pastor y al portero.

Entonces el reverendo Poivron administró los sacramentos a mi tío con todas las oraciones de rigor, y le absolvió de sus pecados.

Mamá sollozaba, prosternada cerca de su hermano.

De pronto exclamó:

«Me ha reconocido. Me ha apretado la mano. ¡Estoy segura de que me ha reconocido… y que me ha dado las gracias! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué alegría!».

¡Pobre mamá! ¡Si hubiera comprendido o adivinado a quién y a qué debía ir dirigido ese agradecimiento!

Acostaron al tío en su cama. Estaba muerto de verdad esta vez.

«Señora —dijo Mélanie—, no tenemos sábanas para enterrarlo. Toda la ropa de cama pertenece a esas señoritas.»

Yo miré la tortilla que ellas no habían terminado de comerse, y tenía ganas de llorar y de reír a un tiempo. ¡En la vida hay, a veces, momentos y sensaciones graciosos de verdad!

Ahora bien, organizamos a mi tío un funeral magnífico, con cinco discursos en la tumba. El senador y barón de Croisselles probó, en palabras admirables, que Dios siempre logra la victoria en las almas de raza que se han extraviado momentáneamente. Todos los miembros del partido monárquico y católico seguían el cortejo con un entusiasmo de triunfadores, hablando de esa hermosa muerte tras una vida un tanto turbulenta.

*

El vizconde Roger se había callado. La gente reía a su alrededor. Alguien dijo:

—¡Bah! Ésta es la historia de todas las conversiones *in extremis*.

EL APARCERO*

El barón René du Treilles me había dicho:

—¿Quiere venir conmigo al levantamiento de la veda en mi finca de Marinville? Me encantaría que lo hiciera, amigo. Por otra parte, estoy completamente solo. La caza es de un acceso tan difícil y la casa donde paso la noche tan primitiva que no puedo invitar más que a los amigos muy íntimos.

Acepté.

Partimos, pues, el sábado en tren, tomando la línea férrea de Normandía. Nos apeamos en la estación de Alvimare, y el barón René, señalándome una galera enganchada a un asustadizo caballo, sujeto por un alto campesino de blancos cabellos, me dijo:

—Aquí tiene nuestro carruaje, amigo.

El hombre le dio la mano a su amo, y el barón se la estrechó con fuerza al tiempo que preguntaba:

—¿Qué?, compadre Lebrument, ¿cómo anda todo?

—Como siempre, señor barón.

Montamos en esa especie de gallinero suspendido y sacudido sobre dos enormes ruedas. Y el joven caballo, tras una violenta reparada, partió al galope haciéndonos saltar por los aires como balas, y cada recaída en el asiento de madera me hacía un daño horrible.

El campesino repetía con su voz calma y monótona:

—Vamos, vamos, tranquilo, Moutard, tranquilo.

Pero Moutard no hacía ningún caso y daba saltos como un cabrito.

Nuestros dos perros, detrás de nosotros, en la parte vacía de la caja, se habían enderezado y olisqueaban el aire de los llanos por los que cruzaba el olor de la caza.

El barón miraba a lo lejos, con ojos tristes, la gran campiña normanda, ondulante y melancólica, semejante a un inmenso parque inglés, a un parque desmesurado, donde los patios de las alquerías rodeados de dos o cuatro hileras de árboles, con manzanos achaparrados que vuelven invisibles las casas, dibujan hasta donde se pierde la vista unas perspectivas de sotos, de bosquecillos y de macizos que persiguen los jardineros artistas al diseñar las propiedades principescas. Y René du Treilles

murmuró de repente:

—Me gusta esta tierra; aquí tengo mis raíces.

Era un normando de pura cepa, alto y fornido, un poco panzón, de la vieja casta de los aventureros que iban a fundar reinos en las riberas de todos los océanos. Tenía unos cincuenta años, diez años menos quizá que el aparcero que nos llevaba. Éste era un tipo flaco, un campesino que era un costal de huesos cubiertos de piel sin carne, uno de esos hombres que viven un siglo.

Tras dos horas de marcha por unos caminos pedregosos, a través de aquella verde planicie siempre igual, la galera entró en uno de esos patios con manzanos y se detuvo delante de un viejo edificio ruinoso en el que una vieja sirvienta esperaba al lado de un mozo que cogió el caballo.

Entramos en la alquería. La cocina ahumada era alta y espaciosa. Los objetos de cobre y las lozas brillaban, iluminados por los reflejos del hogar. Un gato dormitaba sobre una silla; un perro dormía debajo de la mesa. Olía, allí dentro, a leche, a manzana, a humo y a ese olor innombrable de las viejas casas de campo, olor a suelo, a paredes, a muebles, olor a viejas sopas derramadas, a viejos fregados y a viejos moradores, olor a bestias y a personas mezcladas, a cosas y a seres, olor del tiempo, del tiempo pasado.

Volví a echar un vistazo al patio. Éste era muy grande, lleno de manzanos añosos, chaparros y retorcidos, y cubiertos de frutos, que caían en la hierba, en derredor de ellos. En aquel patio, el aroma normando a manzana era tan intenso como el de los naranjos floridos en las riberas del Sur.

Cuatro ringleras de hayas rodeaban este recinto. Eran tan altas que parecían alcanzar las nubes a esa hora del ocaso, y sus copas, por entre las que pasaba el viento del atardecer, se agitaban y dejaban escapar un lamento interminable y triste.

Volví adentro. El barón se estaba calentando los pies y escuchaba a su aparcero hablar de las cosas del lugar. Hablaba de matrimonios, de nacimientos, de muertos y luego de la baja de los precios de los cereales y de las noticias relativas al ganado. La Veularde (una vaca comprada en Veules) había tenido su becerro a mediados de junio. La producción de sidra no había sido gran cosa el año anterior. Las manzanas reinetas continuaban desapareciendo en la comarca.

Luego cenamos. Fue una buena cena campestre, sencilla y abundante, larga y tranquila. Y, mientras duró la cena, observé la especie de particular familiaridad amistosa que me había sorprendido de entrada entre el barón y el campesino.

Fuera, las hayas seguían gimiendo bajo el empuje de las ventoleras nocturnas, y nuestros dos perros, encerrados en un establo, plañían y ladraban de un modo siniestro. El fuego se apagó en la gran chimenea. La sirvienta había ido a acostarse. El compadre Lebrument dijo a su vez:

—Si me permite, señor barón, iré a acostarme. No tengo costumbre de recogerme

tarde.

El barón le dio la mano y le dijo:

—Vaya, amigo —con un tono tan cordial que le pregunté cuando hubo desaparecido el hombre:

—Le es fiel ese aparcero, ¿no?

—Más que eso, amigo, es un drama, un viejo drama muy sencillo y muy triste el que me une a él. Le contaré la historia…

*

Ya sabe usted que mi padre fue coronel de caballería. Había tenido de ordenanza a este mozo, hoy un anciano, hijo de un aparcero. Luego, al retirarse mi padre, tomó como criado a ese soldado que contaba unos cuarenta años. Yo tenía treinta. Vivíamos entonces en nuestro castillo de Valrenne, cerca de Caudebec-en-Caux.

En aquel tiempo, la doncella de mi madre era una de las más bonitas que imaginarse pueda, rubia, espabilada, animosa, delgada, una verdadera doncella, la antigua doncella hoy día desaparecida. Actualmente, estas criaturas no tardan en convertirse en mujerzuelas. París, merced a los ferrocarriles, las atrae, las llama, se apodera de ellas no bien florecen, esas reales mozas que antaño seguían siendo simples sirvientas. Cualquier hombre de paso, como en otro tiempo los sargentos reclutadores buscaban quien se alistara, se las camela y corrompe, y no nos quedan ya como criadas más que los desechos de la raza femenina, todo cuanto es tosco, vulgar, ordinario, deforme, demasiado feo para la galantería.

Así pues, esta muchacha era encantadora, y yo la besaba algunas veces en los rincones oscuros. Nada más; oh, nada más, se lo juro. Ella era decente, por otra parte; y yo respetaba la casa de mamá, cosa que ya no hacen los granujas de hoy día.

Ahora bien, sucedió que el ayuda de cámara de papá, el antiguo veterano, el viejo aparcero que acaba usted de ver, se enamoró perdidamente de esta muchacha, pero enamorado de una manera inconcebible. Al principio, notaron que se olvidaba de todo, que no pensaba ya en nada.

Mi padre le repetía sin cesar:

«Vamos, Jean, pero ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?».

Él respondía:

«No, no, señor barón. No me pasa nada».

Adelgazó; luego rompió vasos mientras servía la mesa y dejó caer platos. Pensaron que estaba aquejado de una enfermedad nerviosa y se hizo venir al médico, que creyó observar los síntomas de una afección de la médula espinal. Entonces mi padre, lleno de solicitud para con su servidor, se decidió a mandarle a una casa de salud. El hombre, ante esta noticia, confesó.

Eligió una mañana mientras su amo se afeitaba y con voz tímida dijo:

«Señor barón…».

«Sí, mozo.»

«Lo que yo necesitaría, ¿sabe?, no son medicamentos…»

«Ah, ¿qué, pues?»

«Casarme.»

Mi padre, estupefacto, se dio la vuelta:

«Pero ¿qué dices? ¿Qué dices?…, ¿eh?«

«Casarme.»

«¿Casarte? Entonces, ¿estás… enamorado…, pillo?»

«Así es, señor barón.»

Y mi padre rompió a reír con tal falta de moderación, que mi madre gritó desde el otro lado de la pared:

«¿Qué te pasa, Gontran?».

Él respondió:

«Ven aquí, Catherine».

Y cuando ella hubo entrado, le contó, con los ojos inundados de lágrimas de alegría, que el tontaina de su ayuda de cámara estaba simplemente enfermo de amor.

En lugar de reír, mamá se enterneció.

«¿A quién quieres así, mozo?»

Él declaró sin vacilar:

«A Louise, señora baronesa».

Y mamá prosiguió con semblante serio:

«Vamos a tratar de arreglarlo del mejor modo posible».

Se llamó, pues, a Louise, que fue sondeada por mi madre; y ella respondió que conocía perfectamente la pasión de Jean, que éste se le había declarado varias veces, pero que ella no le quería. Se negó a decir el porqué.

Y pasaron dos meses, durante los cuales papá y mamá no dejaron de presionar a la muchacha para que se casara con Jean. Como ella juraba que no amaba a ningún otro, no podía aducir ninguna razón seria en favor de su negativa. Papá venció, finalmente, su resistencia gracias a un gran regalo en dinero, y se acordó establecerlos, como aparceros, en las tierras en que hoy nos encontramos. Dejaron el castillo, y no los volví a ver por espacio de tres años.

Al cabo de tres años, supe que Louise había muerto del pecho. Pero mi padre y mi madre murieron a su vez, y pasaron otros dos años sin que volviera a ver a Jean.

Finalmente, un otoño, hacia finales de octubre, se me ocurrió venir a cazar a esta propiedad, mantenida con esmero, y que mi aparcero afirmaba era muy abundante en caza.

Llegué, pues, una tarde, una tarde de lluvia, a esta casa. Me quedé estupefacto al

encontrar al antiguo soldado de mi padre totalmente canoso, por más que no tuviera más que cuarenta y cinco o cuarenta y seis años.

Le hice cenar enfrente de mí, en esta misma mesa donde nos encontramos ahora. Llovía a cántaros. Se oía percutir el agua sobre el tejado, los muros y los cristales, caer en forma de diluvio en el patio, y mi perro ladraba en el establo, como hacen los nuestros esta noche.

De repente, después de que la sirvienta se hubiera ido a acostarse, el hombre murmuró:

«Señor barón…».

«¿Qué, compadre Jean?»

«Tengo una cosa que decirle.»

«Di, Jean.»

«Es que es… difícil.»

«Habla igualmente.»

«Recordará usted a Louise, mi mujer.»

«Por supuesto que la recuerdo.»

«Pues bien, me encargó una cosa para usted.»

«¿Qué cosa?»

«Una…, una…, ¿cómo diría?, una confesión…»

«¡Ah!…, ¿el qué, pues?»

«Es…, es…, me gustaría no tener que decírselo a pesar de todo…, pero tengo que hacerlo…, tengo que hacerlo…, en fin…, ella no murió de mal de pecho…, sino…, sino… de disgusto… Eso es, ahora se lo explico mejor.

»Desde que vinimos aquí empezó a adelgazar; cambió, después de seis meses estaba irreconocible, señor barón. Estaba como yo antes de casarme con ella, sólo que a la inversa, completamente a la inversa.

»Llamé al médico. Éste dijo que ella estaba enferma del hígado, que tenía una…, una hepatitis. Entonces yo compré medicamentos y más medicamentos por valor de unos trescientos francos. Pero ella no quería tomárselos, no quería en modo alguno; decía: “No vale la pena, mi pobre Jean. No van a servir de nada”.

»Yo veía que tenía un mal dentro. En una ocasión me la encontré llorando y no sabía qué hacer, no lo sabía. Le compré cofias, vestidos, pomadas para el cabello, pendientes. No sirvió de nada. Comprendí que iba a morir.

»Una noche de finales de noviembre, una noche en que nevaba, en que ella no se había levantado de la cama durante todo el día, me dijo que fuera a llamar al cura. Fui.

»Apenas hubo llegado, me dijo:“Jean, escucha”, me dijo,“quiero hacerte una confesión. Te la debo. Escucha, Jean. Nunca te he engañado, nunca. Ni antes ni después de casarnos, nunca. El señor cura aquí presente puede decírtelo, él que

conoce mi alma. Pues bien, escucha. Jean, si yo me muero es porque no he podido consolarme de no seguir en el castillo… porque… tenía…, sentía mucha amistad por el señor barón René. Mucha amistad, quiero decir que nada más que amistad. Por esto me muero. Cuando dejé de verle, sentí que me moría. De haber podido verle, no me habría muerto. Verle solamente, nada más. Debes decírselo algún día, una vez que yo ya no esté. Díselo. Júramelo…, júramelo… Jean, delante del señor cura. Es un consuelo saber que un día lo sabrá, que habré muerto por esto… Sí…, júramelo…”.

»Se lo prometí, señor barón. Y he mantenido la palabra dada.

Calló, con los ojos fijos en los míos.

¡Por Cristo bendito!, amigo, no puede hacerse una idea de la conmoción que me produjo oír a ese pobre diablo, a cuya mujer yo había matado sin saberlo, contármelo así, en esa noche de lluvia y en esta cocina.

Balbuceé:

«¡Mi pobre Jean!, ¡mi pobre Jean!».

Él murmuró:

«Así son las cosas, señor barón. No podemos hacer nada, ni uno… ni otro… Eso es lo que sucedió…».

Yo le cogí las manos a través de la mesa y me eché a llorar.

Él preguntó:

«¿Quiere venir a la tumba?».

Yo asentí con la cabeza, pues ya no podía hablar.

Él se levantó, encendió un farol, y partimos en medio de la lluvia, cuyas gotas oblicuas, rápidas como flechas, iluminaba bruscamente nuestra luz.

Abrió una puerta y vi unas cruces de madera negra.

Dijo de repente: «Ahí está», delante de una lápida de mármol, y colocó encima su farol para que yo pudiera leer la inscripción:

A LOUISE HORTENSE MARINET
Esposa de Jean-François Lebrument
hacendado
FUE UNA FIEL ESPOSA. ¡QUE DIOS LA TENGA EN SU GLORIA!

Estábamos de rodillas en el barro, él y yo, con el farol entre nosotros, y yo miraba cómo percutía la lluvia sobre el mármol blanco, rebotaba en forma de polvillo de agua y luego chorreaba por los cuatro bordes de la piedra impenetrable y fría. Y pensé en el corazón de la que había muerto. ¡Oh, pobre corazón!, ¡pobre corazón!…

*

Desde entonces, vuelvo aquí todos los años. Y, no sé por qué, me siento turbado

como un culpable delante de ese hombre que tiene siempre el aire de perdonarme.

EL HORLA*

(*Primera versión*)

El doctor Marrande, el más ilustre y eminente de los alienistas, les había rogado a tres de sus colegas y a cuatro sabios, que se ocupaban de las ciencias naturales, que fueran a pasar una hora a la casa de salud que él dirigía, porque quería que conocieran a uno de sus enfermos.

Tan pronto como sus amigos se hubieron reunido, les dijo:

—Voy a someterles el caso más extraño e inquietante con el que me he topado nunca. Por otra parte, no tengo nada que decirles de mi cliente. Él mismo les hablará.

Entonces el doctor llamó. Un criado hizo entrar a un hombre. Era muy flaco, de una flaqueza cadavérica, como son flacos algunos locos a los que corroe un pensamiento, pues el pensamiento enfermo devora la carne del cuerpo más que la fiebre o la tisis.

Tras haber saludado y haber tomado asiento, dijo:

*

Señores, sé por qué están ustedes aquí reunidos, y estoy dispuesto a contarles mi historia, como me lo ha pedido mi amigo el doctor Marrande. Durante mucho tiempo, me tuvo por loco. Actualmente tiene sus dudas. Dentro de un rato sabrán todos ustedes que tengo una mente tan sana, lúcida y clarividente como las suyas, por desgracia para mí, para ustedes y para la Humanidad entera.

Pero quisiera empezar por los propios hechos, simplemente por los hechos. Éstos son:

Tengo cuarenta y dos años. No estoy casado, mi fortuna me basta para vivir con un cierto lujo. Así pues, vivía en una propiedad a orillas del Sena, en Biessard, cerca de Ruán. Me gusta la caza y la pesca. Ahora bien, tenía detrás de mi casa, por encima de las grandes peñas que la dominaban, uno de los bosques más bonitos de Francia, el de Roumare, y delante uno de los más bellos ríos del mundo.

Mi casa es espaciosa, pintada exteriormente de blanco, bonita, antigua, en medio

de un gran jardín, lleno de espléndidos árboles, que sube hasta el bosque, escalando las enormes peñas a las que me acabo de referir.

Mi personal se compone, o mejor dicho, se componía de un cochero, un jardinero, un ayuda de cámara, una cocinera y una costurera, que era al propio tiempo una especie de mujer de servicio. Llevaban todos en mi casa de diez a dieciséis años, me conocían, conocían la vivienda, el lugar y todo lo referente a mi vida. Eran servidores buenos y pacíficos. Esto es importante para lo que voy a contar.

Añadiré que el Sena, que bordea mi jardín, es navegable hasta Ruán, como sin duda ya saben ustedes; y que todos los días veía pasar grandes barcos de vela o de vapor, procedentes de todas partes del mundo.

Así pues, en el otoño del año pasado, empecé a sentir de repente unos extraños e inexplicables malestares. Se iniciaron con una especie de inquietud nerviosa que me tenía despierto durante noches enteras, un frenesí que me hacía estremecerme al mínimo ruido. Mi humor se agrió. Sufría súbitos ataques de cólera inexplicables. Llamé a un médico, que me prescribió bromuro de potasio y tomar duchas.

Empecé, pues, a tomar duchas mañana y tarde, y a tomarme también el bromuro. No tardé, en efecto, en dormir de nuevo, pero con un sueño más terrible que el insomnio. Apenas me acostaba, cerraba los ojos y me quedaba aniquilado. Sí, caía en la nada, en una nada absoluta, en una muerte del ser entero del que me veía sacado brusca y horriblemente por la espantosa sensación de un peso que me aplastaba el pecho y de una boca que me devoraba la vida, sobre mi boca. ¡Oh! ¡Esas conmociones! No conozco nada más espantoso.

Imagínense un hombre que es asesinado mientras duerme, que se despierta con un cuchillo en la garganta y que está, con los estertores de la agonía, cubierto de sangre, y que ya no puede respirar, y que se va a morir, y que no comprende lo que le pasa, ¡eso es!

Yo adelgazaba de manera inquietante, continua y de repente me di cuenta de que mi cochero, que era muy gordo, comenzaba a enflaquecer igual que yo.

Le pregunté finalmente:

«¿Qué le pasa, Jean? Está usted enfermo».

Él respondió:

«Creo que he contraído la misma enfermedad que el señor. Mis noches hacen que mis días sean insoportables».

Pensé, pues, que había en la casa una calentura debida a la cercanía del río e iba a irme para dos o tres meses, por más que estábamos en plena temporada de caza, cuando un pequeño hecho muy extraño, observado por casualidad, me llevó a una serie tal de descubrimientos increíbles, fantásticos, aterradores, que me quedé.

Una noche que tenía sed, me tomé medio vaso de agua y observé que mi botella, puesta sobre la cómoda enfrente de mi cama, estaba llena hasta el tapón de cristal.

Durante la noche, tuve uno de esos despertares espantosos a los que acabo de aludir. Encendí mi bujía, presa de una terrible angustia, y, cuando quise beber de nuevo, me percaté con asombro de que mi botella estaba vacía. No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. O bien alguien había entrado en mi habitación, o bien yo era un sonámbulo.

A la noche siguiente, quise hacer la misma prueba. Cerré, pues, mi puerta con llave para estar seguro de que nadie podría entrar en mi cuarto. Me dormí y me desperté como cada noche. *Se habían* bebido toda el agua que yo había visto dos horas antes.

¿*Quién* se había bebido esa agua? Yo, sin duda, y sin embargo creía estar seguro, absolutamente seguro, de no haberme movido durante mi sueño profundo y doloroso.

Entonces recurrí a una astucia para convencerme de que no era yo quien llevaba a cabo tales actos inconscientes. Puse una noche al lado de la botella, una botella de viejo burdeos, una taza de leche que detesto y unos pasteles de chocolate que me encantan.

El vino y los pasteles permanecieron intactos. La leche y el agua habían desaparecido. Entonces, cada día, cambié el tipo de bebidas y de alimentos. Nunca *tocaron* las cosas sólidas, compactas, y, en cuanto a los líquidos, sólo *se bebieron* la leche fresca y sobre todo el agua.

Pero quedaba una acuciante duda en mi espíritu. ¿No podía ser que yo me levantaba, sin tener conciencia de ello, e incluso me bebía lo que detestaba porque mis sentidos, entorpecidos por el sueño de sonámbulo, habían cambiado, habían perdido ciertas repulsiones y adquirido nuevos gustos?

Entonces recurrí a una nueva astucia contra mí mismo. Envolví todos los objetos que era inevitable tocar con unas telas de muselina blanca y los recubrí también con un lienzo de batista.

Luego, en el momento de meterme en la cama, me embadurné las manos, los labios y los bigotes con grafito.

Al despertar, todos los objetos habían permanecido inmaculados, si bien habían sido tocados porque el lienzo no estaba como yo la había puesto y, además, se habían bebido la leche y el agua. Y, sin embargo, la puerta, cerrada con una llave de seguridad, y mis postigos cerrados con cadenas por una cuestión de prudencia, no habían podido dejar penetrar a nadie.

Entonces, me hice esta temible pregunta: ¿Quién estaba allí, pues, todas las noches, cerca de mí?

Tengo la impresión, señores, de que les cuento todo esto demasiado deprisa. Se sonríen ustedes, tienen formada ya su opinión: «Es un loco». Hubiera tenido que describir largamente esa emoción de un hombre que, encerrado en su casa, sano de mente, mira, a través del cristal de la botella, un poco de agua desaparecida mientras

dormía. Hubiera tenido que hacerles comprender ese tormento, renovado cada noche y cada mañana, y ese invencible sueño y esos despertares todavía más espantosos.

Pero continúo.

De repente, cesó el prodigio. *Ya no* tocaban nada en mi habitación. La cosa se había acabado. Me sentía mejor, por lo demás. Estaba recuperando la alegría cuando me enteré de que uno de mis vecinos, el señor Legite, se encontraba exactamente en el estado en que yo mismo me había visto. Creí de nuevo que había una especie de calentura en aquel lugar. Mi cochero me había dejado desde hacía un mes, muy enfermo.

Había pasado el invierno, comenzaba la primavera. Ahora bien, una mañana, mientras paseaba cerca de mi arriate de rosales, vi, vi claramente romperse, muy cerca de mí, el tallo de una de las más bellas rosas como si una mano invisible la hubiera cogido; luego la flor siguió la curva que hubiera descrito un brazo llevándosela hacia una boca, y permaneció suspendida en el aire diáfano, totalmente sola, inmóvil, espantosa, a tres pasos de mis ojos.

Presa de una espantosa locura, me lancé sobre ella para cogerla. No encontré nada. Había desaparecido. Entonces, me entró una ira furiosa contra mí mismo. ¡No le está permitido a un hombre razonable y serio tener semejantes alucinaciones!

Pero ¿era una alucinación? Busqué el tallo. Lo encontré inmediatamente sobre el arbusto, acabado de romper, entre otras dos rosas que habían permanecido en la rama; pues eran tres que yo había visto perfectamente.

Entonces volví a mi casa con el alma trastornada. Señores, escúchenme, soy una persona tranquila; no creía en lo sobrenatural, y ni siquiera creo hoy; pero, desde ese momento, estuve seguro, seguro como de que hay día y hay noche, de que existía cerca de mí un ser invisible que me había perseguido, luego me había dejado y que retornaba.

Un poco más tarde tuve la prueba de ello.

Empezaron a estallar entre mis criados furiosas disputas por mil causas en apariencia fútiles, pero llenas de sentido para mí ahora.

Un jarrón, un bonito jarrón veneciano se rompió solo en el aparador de mi comedor, en pleno día.

Mi ayuda de cámara acusó de ello a la cocinera, quien acusó a su vez a la costurera, que acusó a no sé quién.

Unas puertas cerradas por la noche estaban abiertas por la mañana. Robaban leche, cada noche, en la antecocina. ¡Ay!

¿Quién era? ¿De qué naturaleza? Una curiosidad irritada, mezcla de cólera y de espanto, me mantenía día y noche en un estado de extrema agitación.

Pero en la casa volvió a reinar la calma una vez más; y yo creía de nuevo que no se trataba más que de sueños cuando pasó lo siguiente:

Fue el 20 de julio, a las nueve de la noche. Hacía mucho calor; había dejado yo mi ventana abierta de par en par, mi lámpara encendida sobre mi mesa, iluminando un libro de Musset abierto por la página de *La noche de mayo*; y me había tumbado en un gran sillón en el que me dormí.

Ahora bien, tras haber dormido cerca de cuarenta minutos, volví a abrir los ojos, sin moverme, despertado por no sé qué confusa y extraña turbación. Primero no vi nada, pero luego me pareció de golpe que una página del libro acababa de volverse sola. Por la ventana no había entrado ningún soplo de aire. Me quedé sorprendido; y esperé. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, sí, vi, señores, con mis propios ojos que se levantaba otra página y caía sobre la anterior como si la hubiera vuelto un dedo. Mi sillón parecía vacío, pero comprendí que ¡*él*! estaba allí. De un bote me planté en el otro extremo de la habitación para atraparle, para palparle, para estrecharle, si ello era posible… Pero, antes de que yo le hubiera dado alcance, se derribó mi sillón como si alguien hubiera huido; también mi lámpara se cayó y se apagó, rompiéndose el cristal; y la ventana golpeó bruscamente, como si un ladrón la hubiera empujado en su huida… ¡Ay!

Me lancé hacia el timbre y lo pulsé. Cuando apareció el criado le dije:

«He derribado y roto todo. Tráigame otra luz».

No pegué ojo aquella noche. Y, sin embargo, podía haber sido otra vez víctima de una ilusión. Al despertar los sentidos siguen todavía alterados. ¿No había sido yo quien había derribado mi sillón y mi luz al precipitarme como un loco?

¡No, no era yo! Tenía el pleno convencimiento de ello. Y, sin embargo, quería creerlo.

Ahí estaba. ¡Él! ¿Cómo llamarle? El Invisible. No, no es suficiente. Lo bauticé el Horla.[1] ¿Por qué? No lo sé. Así pues, el Horla no me dejaba un solo momento. Tenía día y noche la sensación, la certeza de la presencia de ese inasible vecino, así como el convencimiento de que se adueñaba de mi vida, hora tras hora, minuto tras minuto.

La imposibilidad de verle me irritaba y yo encendía todas las luces de la habitación como si, multiplicando la claridad, pudiera descubrirle.

Al final le vi.

No me creerán. Sin embargo, le vi.

Estaba yo sentado delante de un libro, el que fuere, sin leer, pero acechando con todos mis sentidos sobreexcitados, espiándole a él, al que sentía cerca. Sí, estaba allí. Pero ¿dónde? ¿Qué hacía? ¿Cómo echarle el guante?

Enfrente de mí mi cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha, mi chimenea. A la izquierda, mi puerta que yo había cerrado con cuidado. Detrás de mí, un gran armario de luna que me servía cada día para afeitarme, para vestirme, en el que tenía la costumbre de mirarme de pies a cabeza cada vez que pasaba por delante de él.

Así pues, fingía estar leyendo para engañarle, porque también él me espiaba; y de hecho lo sentí, estaba seguro de que estaba leyendo sobre mi espalda, rozándome el oído.

Me levanté, dándome la vuelta tan rápidamente que estuve a punto de caerme. Pues bien… Se veía como en pleno día… ¡y yo no me vi en mi espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Mi imagen no se veía en él… Y yo estaba enfrente… ¡Veía la gran luna, cristalina de arriba abajo! Y yo miraba aquello con ojos de loco, y no me atrevía a avanzar, notando perfectamente que él se encontraba entre nosotros, él, y que se me escaparía de nuevo, pero que su cuerpo imperceptible había absorbido mi reflejo.

¡Qué miedo pasé! Luego, he aquí que de golpe empecé a percibirme envuelto en una bruma en el fondo del espejo, en una bruma vista como a través de una capa de agua; y me parecía que aquella agua se desplazaba lentamente de derecha a izquierda, volviendo más precisa mi imagen segundo tras segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me ocultaba no parecía poseer unos contornos claramente definidos, sino más bien una especie de transparencia opaca que se iba aclarando poquito a poco.

Finalmente, pude verme por completo, como cada día cuando me miro al espejo.

Lo había visto. Me quedó en el cuerpo un espanto que todavía me produce escalofríos.

Al día siguiente estaba aquí, donde rogué que me mantuvieran encerrado.

Concluyo ya, señores.

El doctor Marrande, tras haber dudado largamente, decidió hacer solo un viaje a mi región.

Hoy, tres de mis vecinos están en afectados por lo mismo que sufrí yo. ¿No es cierto?

El médico respondió:

—Lo es.

—Usted les aconsejó que dejaran cada noche en la habitación leche y agua para ver si estos líquidos desaparecían. Ellos así lo hicieron, ¿y no desaparecieron la leche y el agua como en mi caso?

El médico respondió con solemne gravedad:

—Desaparecieron.

Por tanto, señores, un Ser, un Ser nuevo acaba de aparecer sobre la faz de la tierra, que en breve se multiplicará como lo hemos hecho nosotros.

¡Ah, se sonríen! ¿Por qué? ¿Por qué este Ser es invisible? Pero nuestros ojos, señores, son unos órganos tan elementales que a duras penas si son capaces de distinguir lo que es indispensable a nuestra vida. Se les escapa lo demasiado pequeño, se les escapa lo demasiado grande, se les escapa lo demasiado lejano. Ignoran los

miles de millones de seres que viven en una gota de agua. Ignoran los habitantes, las plantas y el suelo de las estrellas vecinas; no ven siquiera lo que es transparente.

Pónganles delante un cristal sin el estaño que hace que sea un espejo y no lo verán, haciendo que nos golpeemos contra él como el pájaro encerrado dentro de una casa se rompe la cabeza contra los cristales. Por tanto, no ven los cuerpos sólidos y transparentes que existen; no ven el aire del que nos alimentamos, no ven el viento que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba a los hombres, abate los edificios, arranca los árboles de raíz, hace alzarse el mar en montañas de agua que destruyen los acantilados de granito.

¿Qué tiene de extraño que no vean un cuerpo nuevo, a quien falta sin duda la propiedad de ser opaco ante la luz?

¿Pueden ver la electricidad? ¡Y, sin embargo, existe!

Este ser, que he llamado el Horla, también existe.

¿Quién es? ¡El que la tierra espera después del hombre! ¡El que viene a destronarnos, a someternos, a sojuzgarnos, a alimentarse de nosotros quizá, como nosotros nos alimentamos de los bueyes y de los jabalíes.

¡Desde hace siglos, se le presiente, se le teme y se le anuncia! El miedo a lo Invisible persiguió siempre a nuestros padres.

Ha venido.

Todas las leyendas sobre las hadas, los gnomos, los maléficos e inasibles pobladores del aire, hablaban de él, de él, presentido por el hombre que tiembla ya de miedo.

¡Y todo cuanto ustedes mismos, señores, hacen desde hace algunos años, lo que denominan el hipnotismo, la sugestión, el magnetismo, es a él a quien anuncian, a quien profetizan!

Les digo que ha venido. Merodea inquieto también él igual que los primeros hombres, ignorante aún de su fuerza y de su poder, de los que no tardará en tener conciencia, demasiado pronto.

Y he aquí, señores, para terminar, un fragmento de periódico que cayó en mis manos y que proviene de Río de Janeiro. Leo: «Una especie de epidemia de locura parece hacer estragos desde hace algún tiempo en la provincia de São Paulo. Los habitantes de varios pueblos han huido abandonando sus tierras y sus casas, afirmando que son perseguidos y devorados por unos vampiros invisibles que se nutren de su respiración mientras ellos duermen y que sólo beben agua y a veces leche».

Añado: «Algunos días antes del primer ataque de la enfermedad que casi me llevó a la tumba, recuerdo perfectamente haber visto pasar entre los árboles un gran buque de tres palos brasileño con su pabellón desplegado… Ya les he dicho que mi casa está a orillas del agua…, pintada totalmente de blanco… Iba escondido sin duda en ese

barco…».

No tengo nada más que añadir, señores.

*

El doctor Marrande se levantó y murmuró:

—Tampoco yo. No sé si este hombre está loco o si lo estamos los dos…, o si…, si nuestro sucesor ha llegado realmente.

LA POZA*

Por golpes y heridas causantes de la muerte. Tal era el cargo de acusación por el que comparecía ante la Sala de lo Criminal el señor Léopold Renard, tapicero de profesión.

En torno a él, los testigos principales, la señora Flamèche, viuda de la víctima, Louis Ladureau, ebanista, y Jean Durdent, fontanero.

Cerca del acusado, su mujer, toda de negro, menuda, fea, especie de adefesio vestido de señora.

Y he aquí como Renard (Léopold) cuenta el drama:

*

¡Dios mío!, fue una desgracia cuya primera víctima fui yo y totalmente ajena a mi voluntad. Los hechos hablan por sí solos, señor presidente. Yo soy una persona honrada, trabajadora, un tapicero que llevo dieciséis años en la misma calle, conocido, querido, respetado y gozo de la consideración general, como han atestiguado mis vecinos, hasta la portera que gasta casi siempre muy malas pulgas. Me gusta el trabajo, el ahorro, las personas honradas y las diversiones decentes. Esto es lo que me perdió, para desdicha mía; y como todo ello fue ajeno a mi voluntad, sigo teniéndome por una persona respetable.

Así pues, todos los domingos, mi mujer aquí presente y yo vamos desde hace cinco años a pasar el día a Poissy. Así tomamos el aire, para no hablar de que nos gusta pescar con caña, ¡oh!, eso nos gusta con locura. Fue la muy bruja de Mélie la que me pegó esta pasión, pues ella es más fanática que yo, la muy arpía, y la culpable de todo lo que pasó, como verán seguidamente.

Yo, aunque fuerte, soy bonachón, nada malo. Pero ella, en cambio, ¡ay, ella!, parece una mosquita muerta, porque es pequeñaja y flacucha…, pero es más mala que la tiña. No niego que tenga sus cualidades, que las tiene, e importantes para una comerciante. Pero ¡qué carácter! Pregunte a la gente de nuestro alrededor e incluso a la portera que hace un momento me ha exculpado… y oirán cosas gordas.

Todos los días me reprochaba que yo era demasiado bueno. «¡Yo no permitiría

que me hicieran eso! ¡Yo no permitiría que me hicieran lo otro!» De haberle hecho caso, señor presidente, habría tenido por lo menos dos o tres combates de boxeo al mes…

La señora Renard le interrumpió:

—Paparruchas, paparruchas… Quien ríe el último ríe mejor.

Él se dio la vuelta hacia ella con candor:

—Puedo meterme contigo porque no eres tú la que estás sentada en el banquillo de los acusados…

Luego, volviéndose de nuevo hacia el presidente, dijo:

Continúo. Íbamos, pues, a Poissy todos los sábados por la tarde para pescar desde el amanecer del día siguiente. Es para nosotros una costumbre que ha acabado por convertirse en una segunda naturaleza, como se dice. Yo había descubierto, hará ya tres años este verano, un sitio, pero ¡qué sitio! ¡Oh, a la sombra, de una profundidad por lo menos de unos ocho pies, o tal vez de diez, una poza, con escondrijos debajo de la orilla, una verdadera madriguera de peces, un paraíso para el pescador. Esa poza, señor presidente, podía considerarla como algo mío, porque era su Cristóbal Colón. Todos lo sabían, todos sin discusión. Decían: «Es el sitio de Renard»; y a nadie se le habría pasado por la cabeza ir allí, ni siquiera al señor Plumeau, que es conocido, dicho sea sin ánimo de ofender, por birlarles los sitios a los demás.

Así pues, seguro de mi sitio, volvía yo allí como un propietario. No bien llegaba, el sábado, subía a bordo del *Dalila*, con mi esposa. El *Dalila* es mi bote, una embarcación que me hice construir por Fournaise, ligera y segura. Decía que nos subíamos a bordo del *Dalila*, y nos íbamos a preparar los cebos. Poniendo cebos, no hay otro como yo, y mis compañeros bien que lo saben. Me preguntará usted con qué cebo yo. Pero no puedo contestarle, porque ello no tiene nada que ver con el accidente; y tampoco puedo hacerlo porque es mi secreto. Son ya más de doscientos los que me lo han preguntado. ¡Me han invitado a copas, a fritadas y a calderetas para hacerme hablar! Pero mucho van a tener que esperar para que piquen los mújoles. Ah, sí, me han puesto a prueba para que cantase, para conocer mi secreto… Pero sólo mi mujer lo conoce… ¡y tampoco ella dirá nada, como yo! ¿Verdad, Mélie?…

El presidente le interrumpió:

—Al grano cuanto antes.

El acusado prosiguió:

Ya voy, ya voy. El sábado, pues, 8 de julio, tras salir en el tren de las cinco y veinticinco, fuimos, antes de cenar, a preparar los cebos como todos los sábados. Se anunciaba buen tiempo. Yo le decía a Mélie: «¡Qué bien, qué bien, para mañana!». Y

ella respondía: «Esto promete». No hablamos de otra cosa cuando estamos juntos.

Y luego nos volvimos para cenar. Yo estaba contento y tenía sed. Y he aquí la causa de todo, señor presidente. Le digo a Mélie: «Oye, Mélie, se está bien aquí, voy a descorchar una botella *de casque à mèche*».[1] Es un vino blanco joven al que nosotros bautizamos así, porque, si tomas demasiado se te sube a la cabeza y sustituye al gorro de dormir. Ya me entiende usted.

Ella me responde: «Haz lo que te parezca, pero a ver si mañana te sientes mal y no te levantas». Lo que me decía era cierto, sensato, prudente, perspicaz, lo confieso. Pero, pese a todo, yo no fui capaz de contenerme; y me tomé la botella. Todo vino de ahí.

Así pues, no pude pegar ojo. ¡Cristo bendito! Hasta las dos de la noche me duró la cogorza. Y luego paf, me duermo con un sueño que no hubiera oído ni la trompeta del ángel del Juicio Final.

En resumen, me despierta mi mujer a las seis. Yo salto de la cama, me pongo rápidamente el pantalón y la marinera; me remojo un poco la cara y ya nos tiene a bordo del *Dalila*. Demasiado tarde. Cuando llego a mi poza, ¡estaba ocupada! ¡Era algo que no me había ocurrido nunca, señor presidente, pero nunca desde hacía tres años! Me causó el mismo efecto que si me hubieran robado ante mis propios ojos. Dije: «¡Caramba, caramba, caramba!». Y mi mujer empieza a pincharme. «¡Ah, tu mala cabeza! Borrachín, ¿estás contento ahora, tonto más que tonto?»

Yo no rechistaba; tenía más razón que un santo.

Desembarco a pesar de todo cerca del sitio para tratar de aprovechar las sobras. ¿Quién sabe? Tal vez ése no pescaría nada y se largaría…

Era un tipo pequeñajo y flacucho, con un traje de dril blanco y un gran sombrero de paja. También estaba su mujer, una gorda que hacía calceta detrás de él.

Al ver ella que nos instalábamos cerca del sitio, va y murmura:

«¿Es que no hay otro sitio en el río?».

Y la mía, que estaba rabiosa, responde:

«La gente que sabe comportarse se informa de las costumbres del lugar antes de ocupar los sitios reservados».

Como yo no quería historias, le dije:

«Estate calladita, Mélie, déjalo estar, déjalo estar. Ya veremos qué pasa».

Así, dejamos el *Dalila* bajo los árboles, bajamos y Mélie y yo nos pusimos a pescar, codo con codo con esos dos.

En este punto, señor presidente, es preciso que entre en detalles.

Llevábamos allí menos de cinco minutos cuando el sedal de mi vecino se sumerge dos, tres veces; ¡y he aquí que luego saca un mújol grande como mi muslo, o quizá un poco menos, pero casi! A mí me palpitaba el corazón; me sudaban las sienes, y Mélie va y me dice: «Eh, borrachín, ¿has visto tú eso?».

En esto, el señor Bru, el mercero de Poissy, que es un gran aficionado a pescar gobios, pasa por allí en barca y me grita: «¿Así que les han cogido el sitio, señor Renard?». Y yo le respondo: «Sí, señor Bru, hay gente en este mundo tan poco delicada que hace caso omiso de las costumbres».

¡El pequeñajo del traje de dril que tenía a mi lado fingía no oír, lo mismo que su mujer, su rolliza mujer, esa vaca!

El presidente interrumpió una segunda vez:

—¡Mida sus palabras! Ofende usted a la señora viuda Flamèche, aquí presente.

Renard se disculpó:

—Perdón, perdón, es que me dejo llevar por la pasión.

Así pues, no había pasado un cuarto de hora cuando el pequeñajo del dril pescó otro mújol, y casi al poco otro, y uno más a los cinco minutos.

Yo estaba a punto de echarme a llorar. Y notaba además que mi señora estaba que trinaba; no paraba de pincharme: «¡Ah, maldita sea! ¿No crees que te roba tu pesca? ¿No crees? No pescarás nada, ni una rana, nada de nada, nada. Vamos, me arden las manos sólo de pensarlo».

Yo me decía: «Esperemos a mediodía. Este pescador furtivo seguro que se va a comer, y entonces recuperaré mi sitio». Pues yo, señor presidente, como en el lugar todos los domingos. Nos traemos las provisiones en el *Dalila*.

¡Ah, pero qué va! ¡Dan las doce! Él llevaba un pollo envuelto en un periódico, el muy pícaro, y mientras se lo come, ¡he aquí que pesca otro mújol!

Mélie y yo nos tomamos también un bocado, poca cosa, porque no nos pasaba.

Entonces, para hacer la digestión, cojo mi periódico. Pues todos los domingos me leo el *Gil Blas*, a la sombra, a orillas del río. Es el día de Colombine, como usted debe de saber, Colombine, que escribe artículos en el *Gil Blas*.[2] Yo tenía por costumbre hacer rabiar a mi señora afirmando que conocía a esa Colombine. Pero no es cierto, no la conozco, ni la he visto nunca, pero eso no importa, escribe bien; y escribe además cosas que tienen mucha miga para ser una mujer. A mí me gusta, no hay muchas como ella.

Entonces me pongo a chinchar a mi mujer, que se enfada enseguida, pero mucho esta vez. Así que me callo.

Fue en ese momento cuando aparecieron al otro lado del río nuestros dos testigos aquí presentes, el señor Ladureau y el señor Durdent. Nos conocíamos de vista.

El pequeñajo se había puesto a pescar de nuevo. Pescaba tanto que me hacía temblar. Y su mujer se pone a decir: «¡Es un sitio realmente bueno, volveremos siempre aquí, Désiré!».

Yo siento que un escalofrío me recorre el espinazo. Y mi señora repetía: «No eres hombre, no eres hombre. Debes de tener la sangre de horchata».

Yo le digo de repente: «Vayámonos, prefiero irme antes que hacer una tontería».

Y va ella y me suelta, como si me hubiera puesto un hierro candente debajo de la nariz: «No eres hombre. ¡Mira que huir ahora y dejar tu sitio! ¡Vamos, Bazaine!».[3]

Esto me hirió, aunque no dije nada.

Pero justo en ese momento el otro saca una brema, ¡oh!, como no había visto nunca otra igual. ¡Nunca!

Y entonces mi mujer se pone a hablar como si pensara en voz alta. Eso le dará la medida de su malicia. Decía: «A esto se puede llamar robar la pesca, pues hemos sido nosotros los que pusimos los cebos. Deberían devolvernos al menos el dinero que nos han costado».

Entonces, la gorda del pequeñajo del traje de dril se puso a decir a su vez: «¿Acaso la tiene tomada con nosotros, señora?».

«Con quien la tengo tomada es con quienes se dedican a robar la pesca ajena aprovechándose del dinero gastado por el prójimo.»

«¿Acaso nos está llamando ladrones?»

Así comenzaron con las explicaciones hasta llegar a las palabrotas. ¡Cristo bendito, menudo par de deslenguadas, cuántas se sabían y cómo las soltaban! Daban tales gritos que nuestros dos testigos, que estaban en la otra orilla, se pusieron a gritar en son de broma: «¡Eh, las de ahí, un poco de silencio! Que no van a dejar pescar a sus maridos».

El caso es que el pequeñajo del traje de dril y yo nos estábamos quietos como postes. Permanecimos allí, mirando el agua, como si no oyéramos.

Pero, ¡maldita sea!, bien que oíamos: «¡Embustera! ¡Perdida! ¡Suripanta! ¡Buscona!». Y así sucesivamente. Un marinero no conoce más.

De repente oigo un ruido detrás de mí. Me doy la vuelta. Era la otra, la gorda, que se abalanzaba sobre mi mujer a paraguazo limpio. ¡Pam, pam! Mélie se llevó dos. Pero he aquí que Mélie se enrabia y, cuando Mélie se enrabia, arrea duro. Cogió a la gorda por los pelos y toma, toma y toma, las tortas llovían que daba gusto.

Yo las habría dejado que se las apañaran. Las mujeres por un lado y los hombres por el otro. No hay que mezclar las bofetadas. Pero el pequeñajo del traje de dril se levanta como un demonio y quiere saltar sobre mi mujer. ¡Ah!, ¡eso sí que no!, ni hablar, amigo. Y le propino un puñetazo a ese pájaro. Un porrazo y otro. Uno en la nariz, otro en el estómago. Él levanta los brazos, luego una pierna y se cae hacia atrás dentro del río, justo en la poza.

Seguro que le habría repescado, señor presidente, de haberme dado tiempo a hacerlo enseguida. Pero, para colmo de males, la gorda llevaba las de ganar y le atizaba a Mélie de lo lindo. Ahora me doy cuenta de que no hubiera tenido que prestarle ayuda mientras ese otro estaba tragando agua. Pero no pensé que se ahogaría; lo único que pensé fue: «Así se refrescará un poco».

Acudo corriendo donde estaban las dos mujeres para separarlas, y me gano unos cuantos puñetazos, arañazos y mordiscos. ¡Demonios, menudo par de malas brujas!

Me vuelvo. Y nada. El agua estaba en calma como un lago. Y esos otros, en la otra orilla, que gritaban: «¡Repéscalo, repéscalo!».

Es fácil decirlo, pero yo no sé nadar, y menos aún zambullirme, ¡se lo aseguro!

Por fin llegaron los de la presa y dos señores más con unos bicheros, y tuvieron que emplearse un buen cuarto de hora. ¡Estaba en el fondo de la poza, debajo de ocho pies de agua, como he dicho antes, allí estaba el pequeñajo del traje de dril!

Éstos son los hechos tal como ocurrieron, se lo juro. Soy inocente, palabra de honor.

*

Tras haber declarado los testigos en el mismo sentido, el acusado fue absuelto.

EL VAGABUNDO*

Llevaba caminando, en busca de trabajo por todas partes, desde hacía cuatro días. Había dejado su tierra, Ville-Avaray, en la Manche, porque allí no lo había. Carpintero de obra, de veintisiete años, buena persona, trabajador, se había quedado durante dos meses a cargo de su familia, él, el primogénito, teniendo que estarse de brazos cruzados por el paro general. En casa comenzaba a faltar el pan; las dos hermanas iban al jornal, pero ganaban poco; y él, Jacques Randel, el más fuerte, no hacía nada porque no tenía nada que hacer, y comía la sopa de los demás.

Entonces se informó en el Ayuntamiento; y el secretario le dijo que se encontraba trabajo en el centro de Francia.

Se había ido, pues, provisto de documentos y certificados, con siete francos en el bolsillo y, al hombro, en un pañuelo azul atado en la punta de su bastón, un par de zapatos de recambio, unos pantalones y una camisa.

Había caminado sin descanso, día y noche, por las interminables carreteras, bajo el sol y la lluvia, sin llegar nunca a ese lugar misterioso donde los obreros encontraban trabajo.

Primero se empecinó en la idea de que tenía que hacer sólo trabajos de carpintería, porque tal era su oficio. Pero en todos los astilleros en que se presentó le respondieron que habían tenido que despedir a parte del personal por falta de encargos, y entonces se decidió, ya sin un céntimo en el bolsillo, a aceptar cualquier trabajo que encontrara por el camino.

Hizo, pues, de jornalero en los desmontes, de mozo de cuadra, de picapedrero; cortó leña, podó árboles, abrió un pozo, mezcló mortero, ató gavillas, guardó cabras en el monte, todo ello por un mísero jornal, pues no conseguía más que, ocasionalmente, dos o tres días de trabajo ofreciéndose a un precio ínfimo para tentar la avaricia de patronos y campesinos.

Y, desde hacía una semana, ya no encontraba nada, ya no tenía nada, y comía un poco de pan gracias a la caridad de las mujeres a las que imploraba en el umbral de las puertas, a su paso por las carreteras.

Caía la noche, y Jacques Randel, agotado, con las piernas molidas, el estómago vacío, el ánimo dominado por el desaliento, caminaba descalzo por la hierba del

borde del camino, para no gastar su último par de zapatos, pues el otro ya no existía desde hacía tiempo. Era un sábado, hacia finales de otoño. Las nubes grises corrían, pesadas y raudas, por el cielo, empujadas por las ráfagas de viento que soplaban entre los árboles. Amenazaba lluvia. El campo estaba desierto en aquel final de día, víspera de un domingo. A trechos se alzaban en los campos, semejantes a monstruosas setas amarillas, unos almiares; y las tierras, sembradas ya para el año siguiente, parecían desnudas.

Randel tenía hambre, un hambre canina, una de esas hambres que hacen lanzarse a los lobos sobre los hombres. Extenuado, alargaba las piernas para dar menos pasos y, con la cabeza pesada, la sangre pulsándole en las sienes, los ojos enrojecidos, la boca seca, apretaba en su mano el bastón con un vago deseo de golpear con toda su fuerza al primer caminante que encontrara de vuelta a su casa para tomarse las sopas.

Miraba a ambos lados de la carretera con la imagen en la mente de las patatas que habían quedado en la tierra removida. De haber encontrado alguna, habría recogido un poco de madera seca y hecho un pequeño fuego en la cuneta, y así habría cenado estupendamente con el tubérculo caliente y redondo, manteniéndolo primero, abrasador, entre sus manos frías.

Pero ya no era la temporada y tendría que contentarse, como la noche anterior, con roer una remolacha cruda, arrancada de un surco.

Hablaba solo desde hacía dos días y apretaba el paso obsesionado por sus ideas. No se había parado hasta entonces apenas a pensar, pues concentraba toda su energía mental, todas sus simples facultades, en sus tareas profesionales. Pero he aquí que la fatiga, esa búsqueda encarnizada de un trabajo inencontrable, el rechazo, los desaires, las noches pasadas en la hierba, el ayuno, el visible desprecio de los sedentarios por el vagabundo, esa pregunta que le hacían cada día: «¿Por qué no se ha quedado usted en su casa?», la tristeza de no poder hacer uso de sus brazos vigorosos que sentía llenos de energía, el recuerdo de sus padres que se habían quedado en casa y que tampoco tenían dinero, le iban cargando de una ira paulatina, acumulada día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto y que se le escapaba involuntariamente de la boca en frases breves y amenazantes.

Al tropezar con las piedras que rodaban bajo sus pies desnudos, refunfuñaba: «¡Por una miseria…, una miseria…, hatajo de cerdos…, mira que dejar morir de hambre a un hombre…, a un carpintero…, hatajo de cerdos…, ni cuatro cuartos…, ni cuatro cuartos…, y ahora se pone a llover…, hatajo de cerdos!…».

Se indignaba por lo injusto de su sino y la emprendía con los hombres, con todos los hombres, porque la naturaleza, la gran madre ciega, es inicua, feroz y pérfida.

Repetía con los dientes apretados: «Hatajo de cerdos» mientras miraba el delgado hilo de humo gris que salía de los tejados, a esa hora de la cena. Y, sin pensar en esa otra injusticia, ésta humana, llamada violencia y hurto, ganas le daban de entrar en

una de esas casas, matar a sus habitantes y sentarse a la mesa en su lugar.

Decía: «¡Ahora no tengo derecho a vivir…, pues dejan que me muera de hambre… y yo no pido más que trabajar…, hatajo de cerdos!». Y el dolor de sus miembros, el dolor de estómago, el dolor de su alma se le subían a la cabeza como una borrachera peligrosa y engendraban en su mente esta simple idea: «Tengo derecho a vivir, puesto que respiro y el aire es de todos. ¡No tienen derecho, por tanto, a dejarme sin pan!».

Caía una lluvia fina, recia, helada. Se detuvo y murmuró: «Pobre de mí…, aún me queda un mes de camino antes de llegar a mi casa…». Regresaba, en efecto, ahora a su hogar, tras comprender que le sería más fácil encontrar una ocupación en su ciudad natal, donde le conocían, haciendo cualquier cosa, que en las carreteras generales donde todo el mundo sospechaba de él.

Si no podía hacer de carpintero, haría de peón, de amasador, de terraplenador, de picapedrero. Aunque no ganara más que veinte sueldos diarios, siempre tendría para comer.

Se anudó en torno al cuello lo que le quedaba del último pañuelo, a fin de impedir que el agua le resbalara por la espalda y el pecho. Pero no tardó en sentir que calaba ya la fina tela de sus ropas y echó una mirada de angustia a su alrededor, de ser perdido que ya no sabe dónde guarecer su cuerpo, dónde reposar su cabeza, que no tiene un amparo en el mundo.

Caía la noche, cubriendo los campos de sombra. A lo lejos, en un prado, vio una mancha oscura en la hierba, era una vaca. Salvó la cuneta del camino y se dirigió hacia ella, sin saber muy bien lo que hacía.

Cuando estuvo cerca, y ella levantó la testuz hacia él, pensó: «Si al menos tuviera un cuenco, podría beber un poco de leche».

Miraba a la vaca; y la vaca le miraba a él. De golpe le soltó un puntapié en el costado:

—¡De pie! —dijo.

La bestia se enderezó lentamente, dejando pender debajo de ella su pesada ubre; entonces el hombre se tumbó de espaldas, entre las patas del animal, y bebió largamente, apretando con ambas manos la ubre henchida, cálida y olorosa a establo. Bebió hasta que ya no quedó leche en esa fuente viva.

Pero la lluvia helada arreciaba, y la llanura entera era una extensión sin refugio alguno. Tenía frío; y miraba una luz que brillaba entre los árboles, en la ventana de una casa.

La vaca se había vuelto a echar pesadamente. Él se sentó a su lado, acariciándole la cabeza, agradecido por haberle alimentado. El profuso y fuerte aliento de la bestia, saliendo de sus ollares como dos chorros de vapor en el aire del atardecer, rozaba la cara del obrero, que empezó a decir:

—Tú no tienes frío por dentro.

Ahora le pasaba las manos por el pecho, por las patas, en busca de calor. Entonces se le ocurrió tumbarse y pasar la noche al arrimo de aquella panza tibia. Trató de acomodarse y reposó la cabeza justo sobre la imponente ubre que poco antes le había dado de beber. Muerto de cansancio como estaba, se durmió de inmediato.

Pero se despertó varias veces, con la espalda o el vientre helados, según que pegara la una o el otro contra el costado del animal; entonces se daba la vuelta para calentarse de nuevo y secar la parte de su cuerpo que había quedado expuesta al aire de la noche; y no tardaba en volver a dormirse con un sueño pesado.

El canto de un gallo le puso en pie. Era casi el alba, ya no llovía, el cielo estaba despejado.

La vaca reposaba con el morro en tierra. Él se agachó, apoyándose en sus manos para besar ese gran hocico de carne húmeda y dijo:

—Adiós, hermosa…, hasta la próxima…, eres un animal bueno… Adiós…

Se puso los zapatos y se fue.

Caminó recto durante dos horas, siguiendo en todo momento el mismo camino; luego le dominó un cansancio tan intenso que se sentó en la hierba.

Se había hecho de día; repicaban las campanas de las iglesias, hombres en blusón azul, mujeres con gorritos blancos, a pie o montadas en carretas, comenzaban a transitar los caminos, yendo a los pueblos vecinos a festejar el domingo en casa de amigos o parientes.

Apareció un campesino gordo, acicateando delante de él a una veintena de corderos inquietos y baladores que un perro veloz mantenía agrupados en rebaño.

Randel se levantó y saludó:

—¿No tendría usted trabajo para un obrero que se muere de hambre? —preguntó.

El otro respondió lanzando al vagabundo una mirada malvada:

—Yo no tengo trabajo para la gente que encuentro por los caminos.

Y el carpintero volvió a sentarse en la cuneta.

Esperó largo rato, mientras miraba desfilar delante de él a los campesinos, y tratando de encontrar un rostro bondadoso, un rostro compasivo para volver a hacer su petición.

Eligió a una especie de burgués enlevitado, con la panza adornada con una cadena de oro.

—Busco trabajo desde hace dos meses —dijo—. No encuentro nada; y no tengo ya un céntimo en el bolsillo.

El señorón replicó:

—Hubiera tenido que leer usted el aviso que hay colgado a la entrada del pueblo. La mendicidad está prohibida en este término municipal. Sepa que yo soy el alcalde, y, si no se larga pronto de aquí, haré que le encierren.

Randel, a quien ganaba la cólera, murmuró:

—Hágame encarcelar si usted quiere, lo preferiría a esto, al menos así no me moriría de hambre.

Y volvió a sentarse en la cuneta.

Al cabo de un cuarto de hora, en efecto, aparecieron dos gendarmes en la carretera. Caminaban despacio, lado a lado, bien a la vista, relucientes al sol con sus sombreros acharolados, sus correajes amarillos y sus botones metálicos, como si quisieran espantar a los maleantes y ponerles en fuga de lejos, de muy lejos.

El carpintero comprendió enseguida que venían a por él; pero no se movió, presa de repente de unas sordas ganas de enfrentarse a ellos, de que le prendieran y de vengarse después.

Se acercaban sin dar la impresión de haber reparado en su presencia, andando con su paso militar, pesado y balanceado como los andares de las ocas. Pero de pronto, al pasar por delante de él, fingieron descubrirle, se detuvieron y se pusieron a mirarle de arriba abajo con mirada amenazadora y furiosa.

Y el cabo se adelantó preguntando:

—¿Qué hace usted aquí?

El hombre repuso tan tranquilo:

—Descanso.

—¿De dónde viene?

—Si tuviera que decir todos los pueblos por los que he pasado, no tendría bastante con una hora.

—¿Adónde va?

—A Ville-Avaray.

—¿Dónde está eso?

—En la Manche.

—¿Es su pueblo?

—Sí, lo es.

—¿Por qué se fue?

—Para buscar trabajo.

El cabo se volvió hacia el gendarme y, con el tono rabioso de la persona irritada por el consabido truco, dijo:

—Todos los tipos como él dicen lo mismo. Pero ya me los conozco.

Luego prosiguió:

—¿Tiene la documentación?

—Sí, por supuesto.

—Enséñemela.

Randel se sacó del bolsillo sus documentos, sus certificados, unos pobres papeles manoseados y sucios que se deshacían en pedazos, y se los alargó al agente.

El otro los hojeó deletreando y, tras haber visto que estaban en orden, se los devolvió con el aire descontento de quien se ha visto burlado por alguien más listo que él.

Tras haber reflexionado durante unos instantes, volvió a preguntar:

—¿Tiene dinero?

—No.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Ni un céntimo?

—Ni un céntimo.

—¿Cómo se las apaña para sobrevivir?

—Vivo con lo que me dan.

—Entonces, ¿pide limosna?

Randel respondió con decisión:

—Sí, cuando puedo.

Pero el gendarme declaró:

—Le he cogido en flagrante delito de vagabundaje y de mendicidad, sin recursos y sin profesión, por el camino, y le ordeno que me siga.

—Como usted quiera —dijo.

Y, colocándose entre los dos agentes antes incluso de recibir la orden, añadió:

—Vamos, métanme en chirona. Al menos así tendré un techo bajo el que guarecerme cuando llueva.

Y se encaminaron hacia el pueblo, cuyos tejados se veían a través de los árboles desnudos, a un kilómetro aproximadamente.

Era la hora de misa cuando cruzaron el pueblo. La plaza estaba llena de gente y no tardó en formarse dos filas para ver pasar al malhechor, a quien seguía una cuadrilla de niños excitados. Campesinos y campesinas miraban a aquel detenido, entre dos gendarmes, con los ojos encendidos de odio, y ganas de tirarle piedras, de arrancarle la piel con sus uñas, de aplastarle bajo sus pies. Se preguntaban si había robado y si había matado. El carnicero, antiguo *spahi*, afirmó: «Es un desertor». El estanquero le reconoció como la persona que, esa misma mañana, le había endilgado una moneda falsa de cincuenta céntimos y el ferretero vio en él sin ningún tipo de dudas al inencontrable asesino de la viuda Malet, que la policía andaba buscando desde hacía seis meses.

En la sala de juntas del Ayuntamiento, donde sus guardianes le hicieron entrar, Randel se encontró de nuevo con el alcalde, sentado delante de la mesa de deliberaciones y flanqueado por el maestro.

—¡Ajá, ajá! —exclamó el magistrado—, usted de nuevo, jovenzuelo. Ya le dije que le metería en chirona. Vamos a ver, cabo, ¿de qué se trata?

El cabo respondió:

—Un vagabundo sin casa ni hogar, señor alcalde, sin recursos ni dinero encima, por lo que afirma, detenido en estado de mendicidad y de vagabundaje, provisto de unos certificados válidos y de papeles en regla.

—Enséñeme esos papeles —dijo el alcalde. Los cogió, los leyó, los releyó, se los devolvió y luego ordenó—: Regístrenle.

Registraron a Randel; no le encontraron nada.

El alcalde parecía perplejo. Preguntó al obrero:

—¿Qué hacía usted, esta mañana, por la carretera?

—Buscaba trabajo.

—¿Trabajo?… ¿En la carretera general?

—¿Cómo quiere que lo encuentre? ¿Escondido en los bosques?

Se miraron los dos con un odio de bestias pertenecientes a razas enemigas. El magistrado prosiguió:

—Voy a dejarle en libertad, pero ¡que no le vuelva a coger!

El carpintero respondió:

—Preferiría que me detuviera. Ya estoy harto de recorrer caminos.

El alcalde adoptó un aire severo:

—Cállese.

Luego ordenó a los gendarmes:

—Conduzcan a este hombre a doscientos metros fuera del pueblo, y déjenle que siga su camino.

El obrero dijo:

—Mande que me den al menos de comer.

El otro se indignó:

—¡Sólo faltaría que tuviéramos que alimentarle! ¡Ja, ja, ja! ¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

Pero Randel prosiguió con firmeza:

—Si deja que continúe muriéndome de hambre, me obligará a cometer una fechoría. Será peor para ustedes, la gente pudiente.

El alcalde se había levantado y repitió:

—Llévenselo cuanto antes, porque acabaré por cabrearme.

Los dos gendarmes cogieron, pues, al carpintero de los brazos y se lo llevaron. Él no opuso resistencia, volvió a cruzar el pueblo, se encontró nuevamente en la carretera; y tras haberle conducido los dos hombres a doscientos metros del mojón kilométrico, el cabo declaró:

—Vamos, largo de aquí y que no vuelva a verle por estos lugares, pues tendrá noticias mías.

Y Randel se puso en camino sin responder nada y sin saber adónde se dirigía.

Siguió camino adelante un cuarto de hora o veinte minutos, tan anonadado que no pensaba ya en nada.

Pero de pronto, al pasar por delante de una casita que tenía la ventana entreabierta, un olor a puchero penetró en su pecho y le hizo detenerse en seco delante de la vivienda.

Y, enseguida, el hambre, un hambre canina, devoradora, enloquecedora, le hizo sublevarse y estuvo a punto de lanzarse como un bruto contra las paredes de aquella casa.

Dijo, en voz alta, con tono amenazante:

—¡Por Dios, esta vez tienen que darme un poco de comida! —Y se puso a llamar con grandes bastonazos en la puerta. Nadie respondió; llamó más fuerte, vociferando —: ¡Eh, eh, los de ahí dentro! ¡Abran!

No hubo ningún movimiento en el interior; entonces, acercándose a la ventana, la empujó con la mano y el aire cerrado de la cocina, el aire tibio, oloroso a caldo caliente, a carne cocida y a col escapó hacia el aire frío del exterior.

El carpintero se plantó de un salto dentro de la estancia. Estaba la mesa puesta con dos cubiertos. Los propietarios, que habían ido sin duda a misa, habían dejado la comida en el fuego, el buen cocido de los domingos, con la sopa de puchero de verduras.

Un pan recién sacado del horno esperaba en la chimenea, entre dos botellas que parecían llenas.

Randel se lanzó primero sobre el pan, lo rompió con tanta fuerza como si hubiera estrangulado a un hombre, luego empezó a comérselo con voracidad, a grandes bocados que engullía rápido. Pero el olor de la carne le atrajo casi enseguida hacia la chimenea, y, tras haber destapado la olla, introdujo dentro un tenedor y sacó un gran pedazo de buey bridado. Luego cogió también unas coles, zanahorias, cebollas, hasta que estuvo su plato lleno y, tras haberlo puesto sobre la mesa, se sentó delante de él, trinchó la carne en cuatro partes y comió como si hubiera estado en su casa. Una vez que hubo devorado el trozo casi entero, más una buena cantidad de verdura, se sintió sediento y fue a por una de las botellas que había en la repisa de la chimenea.

Apenas vio el líquido en su vaso, reconoció que era aguardiente. Mejor, así le haría entrar en calor, le encendería la sangre, lo que no le vendría mal, tras el mucho frío que había pasado; y bebió.

Lo encontró, efectivamente, bueno, pues había perdido la costumbre; llenó de nuevo su vaso, que se mandó al coleto de un par de tragos. Y, casi enseguida, se sintió alegre, regocijado por el alcohol como si una gran felicidad hubiera descendido a su estómago.

Siguió comiendo, pero menos deprisa, masticando despacio y mojando su pan en el caldo. Toda la piel de su cuerpo abrasaba y sobre todo la frente, en la que le

pulsaba la sangre.

Pero, de repente, sonó una campana a lo lejos. Indicaba el final de misa; y más un instinto que un temor, el instinto de la prudencia que guía y vuelve perspicaces a todos los seres en peligro, hizo enderezarse al carpintero, que se metió en un bolsillo el resto del pan y en el otro la botella de aguardiente y se dirigió, sigilosamente, hacia la ventana y miró a la carretera.

Ésta estaba todavía completamente desierta. Saltó y echó a andar; pero, en vez de seguir la carretera general, huyó a campo traviesa hacia un bosque que divisó.

Se sentía vivo, fuerte, alegre, contento de lo que había hecho y tan ágil que saltaba los vallados de los campos, a pie juntillas, de un solo brinco.

Una vez que se encontró bajo los árboles, se sacó de nuevo la botella del bolsillo, y se puso a beber, a lingotazos, mientras caminaba. Entonces se le confundieron las ideas, sus ojos se volvieron turbios, sus piernas elásticas como resortes.

Cantaba la vieja tonadilla popular:

Ah! qu'il fait donc bon
qu'il fait donc bon
cueillir la fraise.[1]

Ahora caminaba sobre un musgo espeso, húmedo y fresco, y aquella alfombra suave bajo sus pies despertó en él unas ganas locas de pegar una cabriola, como un niño.

Tomó impulso, dio una voltereta, volvió a levantarse, y empezó de nuevo. Y, entre una pirueta y otra, se ponía a cantar:

Ah! qu'il fait donc bon
qu'il fait donc bon
cueillir la fraise.

De repente se encontró al borde de un camino encajonado y divisó, al fondo, a una muchacha alta, una sirvienta que regresaba al pueblo, llevando en las manos dos cubos de leche, separados del cuerpo por un aro de barrica.

La acechaba, agachado, con los ojos encendidos como los de un perro que ve una codorniz.

Ella le descubrió, levantó la cabeza, se echó a reír y exclamó:

—¿Es usted quien cantaba así?

Él no respondió y saltó a la hondonada, aunque el ribazo fuera de seis pies de alto por lo menos.

Ella dijo, al verle de repente de pie delante de ella:

—¡Dios santo, me ha dado usted miedo!

Pero él no la oía, pues estaba borracho, enloquecido, trastornado por otra rabia más devoradora que el hambre, febril por el alcohol, por la irresistible furia de un

hombre falto de todo, desde hacía dos meses, y que está ebrio, y es joven, ardiente, encendido por todos los apetitos que la naturaleza despierta en la carne vigorosa de los varones.

La muchacha retrocedía delante de él, aterrada por su expresión, por sus ojos, por su boca entreabierta, por sus manos extendidas.

La cogió por los hombros, y, sin decir palabra, la tumbó boca arriba en el camino.

Ella dejó caer sus cubos que rodaron con gran ruido derramándose la leche que contenían, a continuación se puso a dar alaridos y, comprendiendo que no le serviría de nada clamar en aquel desierto, y viendo ahora claramente que no quería quitarle la vida, cedió, sin oponer demasiada resistencia, no muy molesta, pues era un joven robusto y no demasiado brutal.

Cuando se hubo levantado, la idea de sus cubos derramados la hizo montar de repente en cólera y, quitándose un zueco de un pie, se arrojó a su vez sobre el hombre para romperle la cabeza si no le pagaba la leche.

Pero él, malinterpretando aquel violento ataque, un poco desembriagado ya, enloquecido y espantado por lo que había hecho, escapó a todo correr mientras ella le lanzaba piedras, algunas de las cuales le alcanzaron en la espalda.

Corrió largo rato, y luego se sintió cansado como no lo había estado nunca. Le flaqueaban tanto las piernas que ya no le sostenían; tenía una gran confusión mental, no recordaba ya nada, ni conseguía pensar en nada.

Se sentó al pie de un árbol.

Al cabo de cinco minutos dormía.

Le despertó un gran golpe y, al abrir los ojos, vio dos tricornios acharolados inclinados sobre él y a los dos gendarmes de la mañana que le maniataban.

—Estaba seguro de que te cogería de nuevo —dijo el cabo con tono burlón.

Randel se levantó sin decir palabra. Los dos lo zarandeaban, dispuestos a maltratarlo al mínimo gesto, porque ahora era su presa, se había convertido en carne de prisión, apresado por los cazadores de criminales que ya no lo soltarían.

—¡En marcha! —ordenó el cabo.

Partieron. Caía la noche, extendiendo sobre la tierra un crepúsculo de otoño, pesado y siniestro.

Al cabo de media hora, llegaron al pueblo.

Todas las puertas estaban abiertas, pues la gente estaba al corriente de los acontecimientos. Campesinos y campesinas sublevados de ira, como si cada uno de ellos hubiera sido robado, como si cada una de ellas hubiera sido violada, querían ver entrar en el pueblo al miserable para soltarle sus insultos.

Se produjo un griterío que comenzó en la primera casa para terminar en el Ayuntamiento, donde el alcalde también esperaba, vengado él mismo de aquel vagabundo.

En cuanto le vio, exclamó de lejos:
—¡Ah, pájaro! Ya te tenemos.
Y se frotaba las manos, contento como lo estaba pocas veces.
Prosiguió:
—Ya lo dije yo, ya lo dije yo, apenas lo vi en la carretera.
Luego, con redoblada alegría, agregó:
—¡Ah, granuja, granuja asqueroso, nadie te va a quitar veinte años a la sombra!

LA SEÑORA HERMET*

Los locos me atraen. Son personas que viven en un mundo misterioso de sueños extraños, en esa nube impenetrable de la demencia donde todo lo que han visto sobre la tierra, todo lo que han amado, todo lo que han hecho vuelve a empezar para ellos en una existencia imaginada al margen de todas las leyes que gobiernan las cosas y rigen el pensamiento humano.

Para ellos lo imposible ya no existe, lo inverosímil desaparece, lo mágico se convierte en constante y lo sobrenatural, en familiar. Esa vieja barrera, la lógica, esa vieja muralla, la razón, ese viejo baluarte de las ideas, el buen sentido, se rompen, se derrumban, se vienen abajo ante su imaginación dejada en libertad, escapada al país ilimitado de la fantasía, y que avanza a saltos de gigante sin que nadie la pare. Para ellos todo sucede y todo puede suceder. No se esfuerzan en absoluto en superar los acontecimientos, en vencer las resistencias, en derribar los obstáculos. ¡Basta con un capricho de su voluntad que los ilusiona para que sean príncipes, emperadores o dioses, para que posean todas las riquezas del mundo, todas las delicias de la vida, disfruten de todos los placeres, para que sean siempre fuertes, siempre hermosos, siempre jóvenes, siempre amados! Sólo ellos pueden ser felices en la tierra, puesto que la Realidad ya no existe para ellos. Me gusta asomarme a su mente errática, como se asoma uno a un abismo sin fondo en el que bulle un torrente desconocido, que no se sabe de dónde viene ni adónde va.

Pero de nada sirve asomarse a estas simas, porque nunca se conseguirá saber de dónde viene esa agua ni adónde va. A fin de cuentas, es un agua semejante a la que corre a la luz del día y verla no nos diría gran cosa.

De nada sirve tampoco asomarse al espíritu de los locos, pues sus ideas más extravagantes no son, en suma, sino ideas ya conocidas, extrañas únicamente por no estar ya eslabonadas por la Razón. Su fuente caprichosa nos sorprende y nos confunde porque no la vemos brotar. Pero, ha bastado, sin duda, con una simple piedrecilla caída en su curso para producir todo ese rebullir.

Sin embargo, los locos siempre me han atraído, y siempre vuelvo a ellos, llamado a mi pesar por ese misterio banal de la demencia.

Así pues, un día en que visitaba uno de sus asilos, el médico que me acompañaba

me dijo:

—Venga, voy a mostrarle un caso interesante.

E hizo abrir una celda en la que una mujer de unos cuarenta años, bella todavía, sentada en un gran sillón, se miraba persistentemente el rostro en un espejito de mano.

En cuanto nos vio, se levantó, corrió al fondo del cuarto a buscar un velo echado sobre una silla, se envolvió el rostro con gran cuidado, luego regresó, respondiendo con un cabeceo a nuestros saludos.

—Bien —dijo el doctor—, ¿cómo se encuentra esta mañana?

Ella dejó escapar un profundo suspiro:

—Oh, mal, muy mal, señor, las marcas aumentan cada día.

Él respondió con aire convencido:

—No, no, le aseguro que se equivoca.

Ella se acercó a él para murmurar:

—No. Estoy segura de ello. He contado diez hoyos más esta mañana, tres en la mejilla derecha, cuatro en la mejilla izquierda y tres en la frente. ¡Es espantoso, espantoso! ¡No tengo valor para dejar que me vea nadie, ni siquiera mi hijo, no, ni siquiera él! Estoy perdida, estoy desfigurada para siempre.

Se derrumbó sobre su sillón y rompió a sollozar.

El médico cogió una silla, se sentó a su lado y con dulce y consoladora voz dijo:

—Veamos, enséñemelo, le aseguro que no es nada. Con una pequeña cauterización haré que desaparezca todo.

Ella denegó con la cabeza, sin decir una palabra. Él quiso tocar su velo, pero ella lo aferró con tal fuerza con ambas manos que sus dedos lo atravesaron.

Él se puso a exhortarla de nuevo y a tranquilizarla.

—Vamos, sabe perfectamente que le quito todas las veces esos feos hoyos y que ya no se ven en absoluto cuando le aplico el tratamiento. Si no me los enseña, no podré curárselos.

Ella murmuró:

—A usted sí, pero a ese señor que le acompaña no lo conozco.

—También es médico, capaz de curarlos mejor que yo.

Entonces aceptó descubrir su rostro, pero el miedo, la turbación, la vergüenza de que la vieran la habían hecho sonrojarse hasta el cuello. Bajaba los ojos, volvía el rostro a derecha e izquierda para evitar nuestras miradas y balbuceaba:

—¡Oh! Sufro terriblemente dejando que me vean así. ¡Es horrible, la verdad, es horrible!

La observaba pasmado porque en su rostro no había nada, ni una marca, ni una mácula, ni una cicatriz.

Se volvió hacia mí, con los ojos gachos en todo momento y me dijo:

—Fue por cuidar a mi hijo, señor, por lo que contraje esta terrible enfermedad. Le salvé, pero yo estoy desfigurada. Sacrifiqué mi belleza a mi pobre hijo. A fin de cuentas, cumplí con mi deber y tengo la conciencia tranquila. Lo que yo sufro, sólo Dios lo sabe.

El doctor había sacado de su bolsillo un delgado pincel de acuarelista.

—Permítame —dijo—, voy a arreglarle todo esto.

Ella presentó su mejilla derecha y comenzó a tocarla con ligeros golpecitos, como si hubiera posado encima unos puntitos de color. Hizo otro tanto con la mejilla izquierda, luego con la barbilla y seguidamente con la frente; luego exclamó:

—¡Mire, ya no tiene nada, nada en absoluto!

Ella cogió el espejo, se contempló largo rato con profunda atención, una atención exhaustiva, con un esfuerzo mental intenso, para descubrir algo, luego suspiró:

—No. No se ve ya mucho. Se lo agradezco infinitamente.

El médico se había levantado. Se despidió, me hizo salir y luego me siguió; y, una vez cerrada la puerta, manifestó:

—Le contaré la historia atroz de esta pobre desgraciada.

*

Se llamaba señora Hermet. Había sido muy bella, muy coqueta, muy amada y muy feliz en su vida.

Era una de esas mujeres de mundo que tienen su belleza y su deseo de agradar como único sostén, como única guía o único consuelo en su existencia. La preocupación constante por su lozanía, los cuidados del rostro, de las manos, de los dientes, de todas las partes de su cuerpo que podía mostrar, ocupaban todas sus horas y su exclusiva atención.

Quedó viuda, con un hijo. El niño fue criado como todos los niños de mujeres de mundo muy admiradas. Ella lo quiso, sin embargo.

Él creció y ella envejeció. Si ella vio llegar la crisis fatal, no lo sé. ¿Se observó ella, como tantas otras, cada mañana durante horas y horas la piel antaño tan tersa, tan transparente y clara, que comenzaba a tener patas de gallo, a arrugarse con mil frunces imperceptibles aún, pero que se irían acentuando día tras día, mes tras mes? ¿Vio también agrandarse, sin cesar, de manera lenta pero segura las largas arrugas de la frente, esas delgadas sierpes a las que nada detiene? ¿Sufrió el tormento, el abominable tormento del espejo, del espejito de mango de plata que no se puede volver a dejar sobre la mesa, y que luego se rechaza con rabia para volver a cogerlo enseguida, para volver a ver, de cerca, de más cerca, la odiosa y tranquila devastación de la ya cercana vejez? ¿Se encerró diez, veinte veces al día, dejando sin motivo el salón donde charlan unos amigos, para volver a subir a su alcoba y, protegida por

pestillos y cerraduras, mirar de nuevo la labor de destrucción de la carne madura que se marchita, para comprobar con desesperación el ligero avance del mal que, aunque nadie parece advertir aún, ella conoce perfectamente? Ella sabe dónde están las agresiones más serias, el deterioro más profundo de la edad. Y el espejo, el espejito redondo en su marco de plata cincelada, le dice cosas horribles, pues parece que hable, que ría, que se ría burlonamente y le anuncie todo cuanto está por llegar, todas sus miserias físicas, y el atroz suplicio de su pensamiento hasta el día de su muerte, que será el de su liberación.

¿Habrá llorado, espantada, arrodillada con la frente en tierra, y rezado, rezado, rezado a Aquel que mata así a sus criaturas, concediéndoles la juventud sólo para hacer más dura la vejez, concediéndoles la belleza para arrebatársela bien pronto? ¿Le habrá rezado, suplicado que haga por ella lo que no ha hecho nunca por nadie: dejarle hasta el último día la seducción, la lozanía, la gracia?

Sin duda sufrió estos tormentos. Pues, he aquí, en efecto, lo que sucedió.

Un día (contaba ella treinta y cinco años) su hijo, de quince, cayó enfermo.

Éste guardó cama sin que se pudiera determinar de entrada la causa y la naturaleza de su mal.

Un sacerdote, que era su preceptor, le velaba sin dejarle nunca, mientras la señora Hermet iba mañana y tarde a informarse sobre su estado.

Entraba por la mañana, en bata, sonriente, toda perfumada ya, y preguntaba desde la puerta:

«Eh, Georget, ¿estamos mejor?».

El adolescente, colorado, con el rostro hinchado y minado por la fiebre, respondía:

«Sí, querida mamá, un poco mejor».

Ella se quedaba unos instantes en la habitación, miraba los frascos de medicamentos haciendo «puaf» con la punta de los labios, para exclamar luego de repente: «¡Ah!, me olvidaba de una cosa muy urgente»; y se iba corriendo, dejando tras de sí unos finos olores de tocador.

Por la noche comparecía con trajes escotados, con más prisas aún, porque siempre llevaba retraso; y apenas si tenía tiempo de preguntar:

«¿Qué ha dicho el doctor?».

El sacerdote respondía:

«No ha hecho aún un diagnóstico».

Pero una tarde le respondió:

«Señora, el chico tiene la viruela».

Ella profirió un gran grito de miedo y se fue.

Cuando la doncella entró en su habitación al día siguiente, sintió primero en la habitación un fuerte olor a azúcar quemado, y encontró a su ama, con los ojos

abiertos, el semblante pálido por el insomnio y temblando de angustia en la cama.

Una vez que fueron abiertas las contraventanas, la señora Hermet preguntó:

«¿Cómo está Georges?».

«¡Oh! No se encuentra nada bien hoy, señora.»

Ella no se levantó hasta mediodía, se comió dos huevos y se tomó una taza de té, como si ella misma estuviera enferma, luego salió y se informó en una botica acerca de los métodos que preservaban contra el contagio de la viruela.

No regresó hasta la hora de la cena, cargada de frascos, y se encerró enseguida en su habitación, donde se impregnó de desinfectantes.

El sacerdote esperaba en el comedor.

Tan pronto como lo vio, exclamó con un tono de voz lleno de emoción:

«¿Qué?».

«No está mejor. El doctor está muy preocupado.»

Rompió a llorar y, de tan agitada como estaba, no consiguió hacerse pasar bocado.

Al día siguiente, al amanecer, mandó a pedir noticias, que no fueron en absoluto mejores, y se pasó el día en su habitación, donde ardían unos braserillos que difundían fuertes olores.

Su criada afirmó, además, que se la oyó gemir durante toda la noche.

Pasó toda una semana así sin que ella hiciera otra cosa que salir una hora o dos para tomar el aire, a media tarde.

Ahora pedía noticias cada hora, y sollozaba cuando éstas eran peores. El undécimo día por la mañana, el sacerdote, tras hacerse anunciar, entró en su habitación con el rostro serio y pálido, y le dijo, rehusando el asiento que ella le ofrecía:

«Señora, su hijo está muy mal y desea verla».

Ella se arrodilló exclamando:

«¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡No me atreveré nunca! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socórreme!».

El sacerdote prosiguió:

«¡El médico tiene pocas esperanzas, señora, y Georges la espera!».

Luego salió.

Dos horas después, como el joven, sintiéndose morir, reclamaba de nuevo la presencia de su madre, el sacerdote regresó a su habitación y la encontró todavía de rodillas, llorando y repitiendo:

«No puedo…, no puedo… Tengo demasiado miedo…, no puedo».

Él trató de hacerla decidirse, de infundirle fuerzas, de llevársela. Pero lo único que consiguió fue provocarle una crisis de nervios que duró largo rato y le hizo dar alaridos.

Tras haber vuelto el médico por la noche, fue informado de esta cobardía, y declaró que la llevaría hasta él de buen grado o a la fuerza.

Pero, tras haberlo intentado con todo tipo de argumentos, cuando la levantaba por la cintura para llevarla al lado de su hijo, ella se agarró a la puerta, aferrándose a ella con tal fuerza que no pudieron sacarla de la habitación.

Luego, cuando la dejaron, se prosternó a los pies del médico, pidiendo perdón, acusándose de ser una miserable. Y exclamaba: «¡Oh! No se morirá, dígame que no se morirá, se lo ruego, dígale que le quiero, que le adoro…».

El joven agonizaba. Al verse en las últimas, suplicó que hicieran decidirse a su madre para que viniera a decirle adiós.

Con esa especie de presentimiento que tienen a veces los moribundos, él lo había comprendido todo, intuido todo y decía: «Si ella no se atreve a entrar, ruéguenle tan sólo que venga por el balcón hasta mi ventana para que yo la vea al menos, para que pueda decirle adiós con una mirada, puesto que no puedo besarla».

El médico y el sacerdote volvieron de nuevo a donde estaba la mujer: «No corre usted riesgo alguno —afirmaban—, pues habrá un cristal entre él y usted».

Ella aceptó, se cubrió la cara, tomó un frasco de sales, dio tres pasos por el balcón, luego de repente, llevándose las manos al rostro, gimió: «No…, no…, no me atreveré nunca a verle…, nunca…, siento demasiada vergüenza…, tengo demasiado miedo…, no, no puedo».

Quisieron arrastrarla, pero ella se sujetaba con ambas manos a los barrotes y soltaba tales lamentos que los viandantes, en la calle, levantaban la cabeza.

Y el moribundo esperaba, con los ojos vueltos hacia esa ventana, esperaba, para morir, a haber visto por última vez el rostro dulce y querido, el rostro sagrado de su madre.

Esperó largo rato, y se hizo de noche. Entonces se volvió hacia la pared y no pronunció ya una palabra.

Cuando se hizo de día, había muerto.

Al día siguiente, ella enloqueció.

LA PUERTA*

—¡Ah! —exclamó Karl Massouligny—, ¡esta de los maridos complacientes es un asunto peliagudo! Sí, los he conocido de todo pelaje, pero no sabría emitir un juicio sobre ninguno de ellos. A menudo he tratado de determinar si son ciegos, perspicaces o débiles. Creo que los hay de estas tres categorías.

Pasemos por alto a los ciegos. No puede decirse, en puridad, que sean complacientes, ya que no lo saben, sino más bien bonachones que nunca ven más allá de sus narices. Por otra parte, es curioso e interesante observar con qué facilidad los hombres, todos los hombres, y también las mujeres, todas las mujeres, se dejan engañar. Caemos en la trampa de las menores astucias de quienes tenemos a nuestro alrededor: hijos, amigos, criados, proveedores. La humanidad es crédula; y nosotros, para sospechar, descubrir y desbaratar las artimañas ajenas, no recurrimos ni a la décima parte de la agudeza que empleamos cuando a nuestra vez queremos engañar a alguien.

Los maridos perspicaces son de tres tipos. Los que tienen interés, por razones de dinero, de ambición o por cualquier otro motivo, en que su mujer tenga uno o más amantes. Sólo piden que se respeten, más o menos, las apariencias, y en lo demás están satisfechos.

Los que montan en cólera. Sobre éstos podría escribirse una bonita novela.

Y, por último, los débiles, los que temen un escándalo.

Están también los impotentes, o mejor dicho, los cansados, que evitan el lecho conyugal por temor a una ataxia o a una apoplejía, y se resignan a ver exponerse a este peligro a un amigo.

Por lo que a mí respecta, conocí a un marido de una raza rarísima, que se defendió de la común desgracia de modo ingenioso e insólito.

Había conocido yo en París a una pareja elegante, mundana, muy introducida. La mujer, una inquieta, alta, espigada, muy cortejada, se decía que había tenido sus aventuras. Me gustó por su ingenio y creo que yo también le gusté. Le hice la corte, una corte a la que ella correspondió con claras provocaciones. No tardamos en llegar a las miradas lánguidas, a los apretones de mano y a todas las pequeñas galanterías que preceden al gran ataque.

Sin embargo, yo dudaba. Estoy convencido de que la mayor parte de las

relaciones mundanas, incluso las muy breves, no valen el esfuerzo que nos cuestan ni todas las molestias que pueden acarrearnos. Estaba sopesando mentalmente los atractivos y los inconvenientes que cabía esperar y temer, cuando me pareció advertir que el marido sospechaba de mí y me vigilaba.

Una noche, durante un baile, mientras susurraba dulces palabras a la joven en un saloncito contiguo a los grandes salones donde se bailaba, de repente descubrí en un espejo el reflejo de un rostro que nos espiaba. Era él. Nuestras miradas se cruzaron y acto seguido, en el mismo espejo, vi que volvía la cabeza y se iba.

Murmuré:

«Su marido nos espía».

Ella pareció asombrada.

«¿Mi marido?»

«Sí, nos está observando desde hace un tiempo.»

«Pero ¿qué dice? ¿Está seguro?»

«Segurísimo.»

«Es muy extraño. Normalmente es muy gentil con mis amigos.»

«¡Tal vez ha comprendido que la amo!»

«Pero ¿qué dice? No es usted el primero en hacerme la corte. Cualquier mujer que llame un poco la atención siempre tiene detrás a un rebaño de pretendientes.»

«Sí. Pero yo la amo apasionadamente.»

«Admitiendo que ello sea cierto, ¿cuándo adivina un marido estas cosas?»

«Entonces, ¿no es celoso?»

«No…, no…»

Ella reflexionó unos instantes y luego prosiguió:

«No… Nunca he advertido que fuera celoso».

«¿Nunca la ha… vigilado?»

«No, como le decía, es muy gentil con mis amigos.»

A partir de aquel día, hice una corte más habitual. No es que la mujer me gustara más, pero los probables celos del marido eran un excitante muy tentador.

En cuanto a ella, me puse a juzgarla con frialdad y lucidez. Poseía un cierto encanto mundano que le venía de un ingenio vivo, alegre, amable y superficial, pero ninguna seducción real y profunda. Era, como ya le he dicho, una inquieta, pura exterioridad, de una elegancia un tanto chillona. ¿Cómo explicároslo bien? Era…, era un decorado…, no una verdadera construcción.

Ahora bien, he aquí que un día que había cenado en su casa, su marido, en el momento de retirarme, me dijo:

«Amigo mío (me trataba de amigo desde hacía algún tiempo), saldremos pronto para el campo. Pues bien, es, para mi mujer y para mí, un gran placer recibir allí a la gente que apreciamos. ¿Aceptaría venir a pasar un mes con nosotros? Sería muy

amable por su parte».

Yo me quedé estupefacto, pero acepté.

Así pues, un mes más tarde, llegué a su casa en sus posesiones de Vertcresson, en la Turena.

Me esperaban en la estación, a cinco kilómetros del castillo. Eran tres, ella, el marido y un señor desconocido, el conde de Morterade, a quien fui presentado. Éste parecía encantado de conocerme; y se me pasaron por la cabeza las ideas más peregrinas mientras avanzábamos a trote largo por un bonito camino encajonado, entre dos setos de vegetación. Me decía: «Veamos, ¿qué quiere decir esto? He aquí un marido que puede temer que su mujer y yo tengamos un romance, y me invita a su casa, me recibe como a un íntimo, con aire de decirme:"¡Vamos, vamos, amigo, tiene usted vía libre!".

»Luego me presenta a un señor de lo más respetable, ya instalado en su casa, el cual… tal vez trataba de conseguir salir de ésta y parece no menos contento que el marido de mi llegada.

»¿Se trata acaso de un ex que quiere retirarse? Es lo que parece. ¿Y entonces qué? ¿Es posible que los dos hombres estén de acuerdo, tácitamente, unidos por uno de esos pactos infames tan frecuentes entre la gente del gran mundo? Y me proponen, sin decirme nada, formar parte de su sociedad, sucediéndoles. Me tienden las manos, me abren los brazos. Me abren todas las puertas y todos los corazones.

»¿Y ella? Un enigma. No debe ni puede ignorar nada de todo esto. Y sin embargo…, y sin embargo… ¡No entiendo nada!».

La cena fue muy alegre y cordial. Cuando nos levantamos de la mesa, el marido y su amigo se pusieron a jugar a las cartas mientras la señora y yo nos fuimos hasta la escalinata para contemplar el claro de luna. Ella parecía emocionadísima por la naturaleza y yo pensé que el momento de mi felicidad estaba muy cerca. Aquella noche me pareció verdaderamente seductora. El campo la había enternecido, o mejor dicho, puesto lánguida. Su esbelto talle resultaba hermoso en la escalinata de piedra, al lado del gran jarrón con una planta. Tenía ganas de llevarla bajo los árboles y echarme a sus pies murmurándole palabras de amor.

La voz del marido llamó:

«¿Louise?».

«Sí, querido.»

«Te olvidas del té.»

«Ya voy, querido.»

Volvimos adentro y ella sirvió el té. Los dos hombres, una vez terminada la partida de cartas, parecían visiblemente soñolientos. Era hora de subir a nuestras habitaciones. Me costó conciliar el sueño y dormí muy mal.

Al día siguiente, por la tarde, decidimos hacer una excursión, y partimos en coche

descubierto para ir a visitar unas ruinas. En el coche, ella y yo nos sentamos en el asiento de atrás y teníamos a los otros dos enfrente, de espaldas al cochero.

Hablábamos animadamente, con simpatía, con confianza. Yo soy huérfano, y me parecía que acababa de encontrar a mi familia, pues me sentía con ellos como en mi casa.

De repente, tras estirar ella un pie entre las piernas de su marido, éste murmuró con aire de reproche:

«Louise, por favor, no use sus viejos zapatos. No hay razón para cuidarse más en París que en el campo».

Yo bajé la mirada. Ella llevaba, en efecto, unos viejos botines echados a perder y advertí que tenía las medias aflojadas.

Ella se había sonrojado y retirado su pie debajo de su falda. El amigo miraba a lo lejos con aire indiferente y ajeno a todo.

El marido me ofreció un cigarro que yo acepté. Durante varios días, me fue imposible quedarme a solas con ella ni dos minutos, tanto nos seguía él a todas partes. Se mostraba muy gentil conmigo, por otra parte.

Ahora bien, una mañana, en que había venido a buscarme para dar un paseo a pie antes de la comida, nos pusimos a hablar del matrimonio. Yo le dije algunas frases sobre la soledad y algunas otras sobre la vida en común, vuelta encantadora por el afecto de una mujer. Él me interrumpió bruscamente:

«Amigo mío, no hable de lo que no conoce. Una mujer que no tenga ya interés en amarle no tardará en dejar de hacerlo. Todas esas coqueterías que las hacen deliciosas cuando ellas no son nuestras para siempre, se acaban cuando se vuelven nuestras. Y además… las mujeres honestas, o sea las nuestras… son…, no son…, no tienen…, en fin, no conocen lo bastante su oficio de mujer. Sí… y sé lo que me digo».

No añadió nada más, y no conseguí comprender con claridad lo que quería decir.

Dos días después de esta conversación me llamó a su habitación, muy temprano, para enseñarme una colección de grabados.

Me senté en un sillón, delante de la gran puerta que separaba su habitación de la de su mujer, y oía andar, moverse detrás de la puerta, y no pensaba en absoluto en los grabados, pese a exclamar: «¡Oh, delicioso! ¡Estupendo! ¡Estupendo!».

De repente me dijo:

«¡Oh!, pero si aquí al lado tengo una maravilla. Voy a buscarla».

Se precipitó hacia la puerta y se abrieron las dos hojas de par en par como por un efecto teatral.

En una gran alcoba desordenada, entre faldas, cuellos de encaje, blusas que cubrían el suelo, una gran criatura enjuta, despeinada, con la parte inferior del cuerpo cubierta por una vieja falda de seda deslucida que ceñía sus flacos costados, se estaba peinando delante del espejo sus cabellos rubios, cortos y ralos.

Sus brazos formaban dos ángulos agudos; y, en el momento en que se dio la vuelta espantada, pude ver, debajo de una camisa de tela vulgar, un cementerio de costillas disimuladas en público por unos falsos pechos de algodón.

El marido profirió un grito muy espontáneo, volvió tras cerrar la puerta y, con aire desconsolado, dijo:

«¡Oh, Dios mío, qué estúpido soy! ¡Oh, realmente un idiota! ¡Es un error que mi mujer no me perdonará jamás!»

Yo tenía ganas de darle las gracias.

Partí tres días más tarde, tras haber estrechado enérgicamente las manos de los dos hombres y besado la de la mujer, que se despidió de mí fríamente.

*

Karl Massouligny se calló.

Le dijeron:

—Pero ¿y el amigo quién era?

—No lo sé… Pero…, pero no parecía muy contento de verme partir tan pronto…

EL HORLA*

8 de mayo. ¡Qué espléndido día! Me he pasado toda la mañana tumbado en la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la abriga y le da sombra por completo. Me gusta este lugar, y me gusta vivir en él porque aquí tengo mis raíces, esas raíces profundas y delicadas que vinculan a una persona a la tierra en que han nacido y muerto sus antepasados, que la vinculan a lo que allí se piensa y se come, tanto a las costumbres como a los alimentos, a los giros locales, a las inflexiones de los campesinos, a los olores de la tierra, de las ciudades y del mismo aire.

Me gusta mi casa donde yo crecí. Desde mis ventanas, veo correr el Sena a lo largo de mi jardín, detrás de la carretera, casi por dentro de casa, el Sena grande y anchuroso, que va de Ruán a Le Havre, cubierto de barcos que pasan.

A la izquierda, al fondo, Ruán, la vasta ciudad de tejados azules, bajo la multitud puntiaguda de campanarios góticos. Éstos son innumerables, anchos o estrechos, dominados por la aguja de hierro colado de la catedral, y llenos de campanas que suenan en el aire azul de las hermosas mañanas, haciendo llegar hasta mí su dulce y lejano tañido de hierro, su canto broncíneo que me trae la brisa, unas veces más fuerte y otras más debilitado, según que se desencadene o amaine.

¡Qué bonita mañana hacía!

Hacia las once, desfiló por delante de mi verja un largo tren de navíos, arrastrados por un remolcador, del tamaño de un *bateau-mouche*, que gruñía por el esfuerzo mientras vomitaba un denso humo.

Detrás de dos goletas inglesas, cuyo pabellón rojo ondeaba en el cielo, venía un magnífico buque de tres palos brasileño, todo blanco, admirablemente limpio y reluciente. Le hice un saludo, no sé por qué, de tanto como me gustó verlo.

12 de mayo. Desde hace unos días tengo unas décimas de fiebre; no me siento bien, o mejor dicho, me siento triste.

Pero ¿de dónde vienen estas influencias misteriosas que mudan nuestra felicidad en desaliento y nuestra confianza en desesperación? Se diría que el aire invisible está lleno de Potencias incognoscibles cuya misteriosa proximidad acusamos. Me despierto lleno de alegría, con ganas de cantar. ¿Por qué? Sigo el curso del agua; y de

repente, tras un corto paseo, vuelvo afligido como si en casa me esperase una desgracia. ¿Por qué? ¿Acaso un escalofrío, al rozarme la piel, me ha alterado los nervios y entristecido el alma? ¿Acaso es la forma de las nubes, o el color de la luz, el color de las cosas, tan variable, que, al pasar a través de mis ojos, me ha turbado la mente? ¡Quién sabe! ¿Acaso todo cuanto nos rodea, todo cuanto vemos sin mirar, todo cuanto rozamos sin conocerlo, todo cuanto tocamos sin palparlo, todo cuanto encontramos sin distinguirlo, produce en nosotros, en nuestros órganos y en nuestras ideas, incluso en nuestro corazón, efectos inmediatos, sorprendentes e inexplicables?

¡Qué profundo el misterio de lo Invisible! No conseguimos verlo con nuestros pobres sentidos, con nuestros ojos que son incapaces de percibir lo demasiado pequeño, lo demasiado grande, lo demasiado próximo o lo demasiado lejano, los habitantes de una estrella, ni tampoco los de una gota de agua…, con nuestros oídos engañosos, pues nos transmiten las vibraciones del aire en notas sonoras. ¡Son como hadas que obran el milagro de trocar en ruido ese movimiento y mediante esta metamorfosis dan nacimiento a la música, que torna cantarina la muda agitación de la naturaleza…, con nuestro olfato, más débil que el del perro… con nuestro gusto, que apenas si puede discernir la edad de un vino!

¡Ah, si tuviéramos otros órganos que obrasen en nuestro favor otros milagros, cuántas cosas podríamos aún descubrir a nuestro alrededor!

16 de mayo. ¡Estoy sin duda enfermo! ¡Me sentía tan bien el mes pasado! ¡Tengo fiebre, una fiebre terrible, o mejor dicho, un enervamiento febril que aflige tanto mi alma como mi cuerpo! Tengo de forma permanente esa sensación espantosa de un peligro amenazador, esa percepción de una desgracia o de la muerte próximas, ese presentimiento que es sin duda efecto de un mal todavía desconocido, que germina en la sangre y en la carne.

18 de mayo. Acabo de ir a consultar a mi médico, pues no conseguía ya dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, las pupilas dilatadas, los nervios alterados, pero ningún síntoma preocupante. Tendré que tomar duchas y beber bromuro de potasio.

25 de mayo. ¡Ningún cambio! Mi estado es en verdad extraño. A medida que se acerca la noche, me invade una inquietud incomprensible, como si la noche escondiera para mí una amenaza terrible. Ceno deprisa, luego trato de leer; pero no comprendo las palabras; a duras penas si distingo las letras. Comienzo a pasear adelante y atrás por el salón, oprimido por un vago e invencible temor: el temor al sueño y a la cama.

Hacia las diez subo a mi cuarto. Apenas entrar, doy una doble vuelta de llave, y echo el pestillo; tengo miedo…, ¿de qué?… No temía nada hasta ahora…, abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho…, escucho…, ¿el qué?… ¿No es extraño

que un simple malestar, quizá un trastorno circulatorio, la irritación de una fibra nerviosa, una ligera congestión, una mínima perturbación en el funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestro mecanismo vital, puedan transformar en melancólico al hombre más alegre, en cobarde al más valiente? Luego me meto en la cama y espero el sueño, como si esperase al verdugo. Lo espero y tiemblo por su llegada, me palpita el corazón y me tiemblan las piernas; y todo mi cuerpo se sobresalta entre el calor de las sábanas, hasta que de repente me caigo de sueño, como si cayera para ahogarme dentro de un pozo de agua estancada. No lo siento llegar, como antes, a ese pérfido sueño, oculto cerca de mí, que me espía, que va a cogerme de la cabeza, a cerrarme los ojos, a aniquilarme.

Duermo —bastante— dos o tres horas —luego sueño— no —una pesadilla me atenaza. Percibo perfectamente que estoy acostado y que duermo…, lo siento y lo sé…, y siento también que alguien se acerca a mí, me mira, me palpa, sube a mi cama, se arrodilla sobre mi pecho, me coge del cuello con sus manos y aprieta…, aprieta…, con todas sus fuerzas para estrangularme.

¡Me debato, presa de esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños; quiero gritar, pero no puedo; trato de moverme, pero no puedo; trato, con esfuerzos tremendos, jadeando, de darme la vuelta, de rechazar a ese ser que me aplasta y me ahoga, pero no puedo!

De golpe me despierto, aterrado, sudoroso. Enciendo una vela. No hay nadie.

Tras esta crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilo hasta el amanecer.

2 de junio. He empeorado. ¿Qué tengo, pues? El bromuro no me hace nada, ni tampoco las duchas. Hace un rato, para cansarme un poco, aunque estoy ya agotado, me he ido a dar una vuelta por el bosque de Roumare. Al principio me ha parecido que el aire fresco, suave y ligero, oloroso a hierbas y a hojas, me devolvía una sangre nueva a las venas, nueva energía al corazón. He tomado por una gran pista de caza, luego he torcido hacia La Bouille, por un sendero entre dos ejércitos de árboles altísimos que formaban una techumbre verde, tupida, casi negra, entre el cielo y yo.

De repente me he sentido estremecer, no por el frío, sino por una extraña angustia.

He apretado el paso, turbado por hallarme solo en el bosque, atemorizado, sin motivo y neciamente, por esa profunda soledad. De pronto me ha parecido que alguien me seguía, que alguien me pisaba los talones, cerca, tan cerca de mí que hubiera podido tocarme.

Me he dado la vuelta bruscamente. No había nadie. Detrás de mí, no he visto más que la recta y ancha alameda, desierta, alta, temiblemente desierta; y del otro lado también se extendía hasta donde se perdía la vista, toda igual, aterradora.

He cerrado los ojos. ¿Por qué? Y he empezado a girar sobre un talón, muy rápido,

como una peonza. A punto he estado de caer; he abierto de nuevo los ojos; los árboles bailaban, la tierra flotaba; he tenido que sentarme. Y luego, ¡ay!, ¡ya no sabía por dónde había venido! ¡Extraña idea! ¡Extraña! ¡Extraña idea! No había manera de saberlo. He tomado hacia el lado de la derecha, y he vuelto a la alameda que me había llevado al interior del bosque.

3 junio. La noche ha sido horrible. Voy a ausentarme por unas semanas. Un corto viaje, sin duda, hará que me restablezca.

2 de julio. De vuelta en casa. Estoy curado. He hecho, por otra parte, una excursión encantadora. He visitado el monte Saint-Michel, que no conocía.

¡Qué vista, cuando llega uno, como yo, a Avranches, hacia el final del día! La ciudad está sobre una colina; y me llevaron al parque público, al fondo del casco antiguo. Solté un grito de asombro. Delante de mí se extendía hasta donde se pierde la vista una inmensa bahía, entre dos amplias costas que se perdían a lo lejos entre las brumas; y en medio de esa inmensa bahía amarilla, bajo un cielo de oro y de luz, se alzaba, entre la arena, un extraño monte oscuro y puntiagudo. El sol acababa de ponerse, y en el horizonte llameante aún se dibujaba el perfil de esa roca fantástica rematada en su cima por un monumento fantástico.

Tan pronto como amaneció me fui hacia él. La mar estaba baja, como la noche antes, y veía alzarse delante de mí, a medida que me acercaba a ella, la sorprendente abadía. Tras varias horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedras en que se asienta la pequeña ciudad dominada por su gran iglesia. Después de haber trepado la calle estrecha y muy empinada, entré en la más admirable morada gótica construida por Dios en la tierra, vasta como una ciudad, llena de salas bajas que parecen aplastadas por unas bóvedas y unas altas galerías que sostienen frágiles columnas. Entré en esa gigantesca joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos campaniles, por donde ascienden escaleras tortuosas, y que proyectan en el cielo azul del día, y en el cielo negro de la noche, sus extrañas cabezas erizadas de quimeras, de diablos, de animales fantásticos, de flores monstruosas, unidas entre sí por unos finos arcos labrados.

Cuando estuve en lo alto, le dije al fraile que me acompañaba: «Padre, ¡qué bien debe de encontrarse aquí!».

Él me respondió: «Hace mucho viento, señor»; y nos pusimos a charlar mientras mirábamos cómo subía la marea, que se deslizaba por la arena y la cubría de una coraza de acero.

Y el fraile me contó historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, siempre leyendas.

Una de ellas me causó gran impresión. Afirma la gente del pueblo, los montañeses, que de noche se oye hablar en el arenal y balar a dos cabras, una con un

timbre sonoro, la otra con uno débil. Dicen los incrédulos que se trata de gritos de las aves marinas, semejantes unas veces a balidos, otras a quejidos humanos; pero los pescadores que regresan a hora tardía juran haber encontrado, vagando por las dunas, entre una y otra marea, en torno a la pequeña ciudad construida fuera del mundo, a un viejo pastor con la cabeza siempre cubierta por su capote, que lleva tras de sí un cabrito con rostro de hombre y una cabra con rostro de mujer, ambos de largos cabellos blancos, que hablan sin descanso, discutiendo en una lengua desconocida, y que de repente dejan de gritar para ponerse a balar con todas sus fuerzas.

Le pregunté al fraile: «¿Y usted se lo cree?».

Él murmuró: «No lo sé».

Yo proseguí: «Si de verdad existieran otros seres en la tierra, ¿cómo es posible que no los conozcamos desde hace mucho tiempo? ¿Es posible que no los hayamos visto ni usted ni yo?».

Respondió: «¿Acaso conseguimos ver la cienmilésima parte de lo que existe? Piense en el viento, la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba a los hombres, abate los edificios, arranca de raíz los árboles, hace alzarse el mar en montañas de agua, destruye los acantilados, hace pedazos los barcos; el viento que mata, que silba, que gime, que ruge. ¿Acaso lo ha visto alguna vez?, ¿puede verlo? Y, sin embargo, existe».

Me callé ante aquel simple argumento. Aquel hombre era un sabio, o tal vez un necio. No habría sabido decirlo a ciencia cierta; pero me callé. Lo que él decía yo lo había pensado con frecuencia.

3 de julio. He dormido mal, debido sin duda a una especie de calentura, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Al volver ayer a casa, observé su singular palidez. Le pregunté:

«¿Qué le pasa, Jean?»

«No puedo descansar, señor, mis noches vuelven mis días horribles. Desde que el señor se fue, ha sido como un maleficio».

Los otros criados están bien sin embargo, pero yo tengo un gran miedo de que vuelva a cogerme.

4 de julio. Decididamente, me ha cogido otra vez. Retornan las viejas pesadillas. Esta noche he sentido que alguien estaba echado sobre mí, y que, con su boca sobre la mía, me succionaba la vida entre los labios. Sí, me la succionaba en la garganta, como habría hecho una sanguijuela. Luego se ha levantado, ya saciado, y yo me he despertado tan postrado, hecho polvo, aniquilado, que ya no era capaz de moverme. Si esto dura unos pocos días más, me tendré que ir de nuevo.

5 de julio. ¿He perdido la razón? ¡Lo que ha pasado, lo que he visto la noche

pasada es tan extraño, que desbarro cuando pienso en ello!

Como hago ahora cada noche, había cerrado mi puerta con llave; luego, como tenía sed, me tomé medio vaso de agua y observé por casualidad que mi botella estaba llena hasta el tapón de cristal.

A continuación me acosté y caí en unos de mis sueños espantosos, del que me sacó al cabo de unas dos horas una sacudida más tremenda aún.

Imaginaos a un hombre dormido que se ve asaltado en sueños y se despierta con un cuchillo clavado en los pulmones y que agoniza cubierto de sangre y no puede ya respirar, y va a morir, sin comprender nada. Ha sido algo así.

Tras haber recobrado la razón, sentí sed de nuevo; encendí una vela y me fui hacia la mesa donde tenía la botella. La levanté inclinándola sobre mi vaso; no salió nada. ¡Estaba vacía! ¡Totalmente vacía! ¡Al principio, no entendí nada; luego, de repente, sentí una emoción tan terrible que tuve que sentarme, o más bien, me derrumbé sobre una silla! ¡Luego me enderecé de un salto para mirar a mi alrededor! ¡A continuación me volví a sentar, loco de asombro y de miedo delante del cristal transparente! Lo contemplé con la mirada fija, tratando de adivinar. ¡Me temblaban las manos! ¡Se habían bebido el agua! ¿Quién? ¿Yo? ¡Yo, sin duda! ¡No podía ser otro que yo! Entonces, era un sonámbulo, vivía, sin saberlo, esa doble vida misteriosa que hace dudar de si no hay dos seres en nosotros, o si un ser extraño, incognoscible e invisible, anima, a veces, cuando nuestro espíritu está amodorrado, nuestro cuerpo prisionero que obedece a este otro igual que a nosotros, e incluso más.

¿Quién podrá comprender mi espantosa angustia? ¿Quién podrá comprender la emoción de una persona sana de mente, totalmente despierta, en pleno uso de su razón, que mira aterrorizada, a través del cristal de la botella, un poco de agua desaparecida mientras dormía? Me quedé así hasta el amanecer, sin tener el valor de volver a la cama.

6 de julio. Estoy enloqueciendo. Esta noche se han bebido de nuevo el agua de la botella, mejor dicho, me la he bebido.

¿Soy yo? ¿Yo? ¿O quién si no? ¡Dios mío! ¿Estoy enloqueciendo? ¿Quién me salvará?

10 de julio. Acabo de hacer unas pruebas sorprendentes.

¡Estoy decididamente loco! ¡Y sin embargo!…

El 6 de julio, antes de acostarme, puse sobre mi mesa vino, leche, agua, pan y unas fresas.

Se bebieron, me bebí, toda el agua y un poco de leche. No tocaron ni el vino, ni el pan, ni las fresas.

El 7 de julio repetí la misma prueba, que dio el mismo resultado.

El 8 de julio suprimí el agua y la leche. No tocaron nada.

El 9 de julio, finalmente, puse de nuevo únicamente sobre mi mesa agua y leche, procurando envolver las botellas con unas telas de muselina blanca y atar los tapones con un cordel. Luego me froté los labios, la barba, las manos con grafito y me acosté.

Me dominó el mismo sueño invencible, seguido al cabo de poco del mismo atroz despertar. Yo no me había movido; mis sábanas no mostraban mancha alguna. Me fui hacia la mesa. Las telas que encerraban las botellas habían permanecido inmaculadas. Desaté los nudos, palpitando de miedo. ¡Se habían bebido toda el agua! ¡Se habían bebido toda la leche! ¡Ah! ¡Dios mío!…

Partiré hoy mismo hacia París.

12 de julio. París. ¡Había perdido la cabeza en los últimos días! Me he convertido en el juguete de mi fantasía sobreexcitada, o bien seré realmente un sonámbulo, habré sido víctima de esos influjos verificados, pero inexplicables por el momento, llamados sugestiones. En cualquier caso, mi enloquecimiento estaba llegando a la demencia, y veinticuatro horas en París han bastado para devolverme la seguridad en mí mismo.

Ayer, después de ir de compras y de hacer unas visitas, que fueron como una bocanada de aire fresco y vivificador, acabé la velada en el Théâtre-Français. Representaban una obra de Alejandro Dumas hijo; y ese espíritu alerta y poderoso ha acabado de curarme. Ciertamente, la soledad es peligrosa para las inteligencias que trabajan. Necesitamos a nuestro alrededor hombres que piensen y que hablen. Cuando estamos solos largo tiempo, poblamos el vacío de fantasmas.

He vuelto muy alegre por los bulevares al hotel. Iba pensando, no sin ironía, al rozarme con la multitud, en mis terrores, en mis suposiciones de la semana pasada, pues llegué a creer, sí, llegué a creer que un ser invisible habitaba bajo mi tejado. ¡Qué débil es nuestra cabeza y cómo se asusta, no tarda en extraviarse, tan pronto como nos impresiona un hecho cualquiera incomprensible!

En vez de llegar a esta simple conclusión: «No comprendo por qué se me escapa la causa», enseguida nos imaginamos unos misterios espantosos y unas potencias sobrenaturales.

14 de julio. Fiesta de la República. Me he paseado por las calles. Los petardos y las banderas me divirtieron como a un niño. Sin embargo, es una gran necedad gozar a fecha fija, por decreto del Gobierno. El pueblo es un rebaño imbécil, unas veces estúpidamente paciente y otras ferozmente rebelde. Se le dice: «Diviértete». Y él se divierte. Se le dice: «Vota por el Emperador». Y vota por el Emperador. Luego se le dice: «Vota por la República». Y vota por la República.

Y no menos necios son quienes lo dirigen; pero en vez de obedecer a unos hombres, lo hacen a unos principios, los cuales no pueden ser sino estúpidos, estériles y falsos, por el hecho mismo de ser principios, es decir, ideas reputadas como ciertas

e inmutables, en este mundo en que no se está seguro de nada, pues la luz es una ilusión, así como también el ruido.

16 de julio. Ayer vi cosas que me perturbaron mucho.

Cené en casa de una prima mía, la señora Sablé, cuyo marido está al mando del 76.º de Cazadores en Limoges. Me encontraba yo en su casa con unas jóvenes, una de las cuales está casada con un médico, el doctor Parent, especializado en enfermedades nerviosas y que se interesa por las manifestaciones extraordinarias a las que dan lugar actualmente las experiencias sobre la hipnosis y la sugestión.

Durante un buen rato nos estuvo contando los prodigiosos resultados obtenidos por unos sabios ingleses y por los médicos de la escuela de Nancy.[1]

Se refirió a unos hechos que me parecieron tan extraños que le confesé mi absoluta incredulidad.

«Estamos —afirmaba— a punto de descubrir uno de los más importantes secretos de la naturaleza, quiero decir, uno de sus secretos más importantes en esta tierra, porque ciertamente habrá otros igual de importantes en los cielos, en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que consigue expresar y escribir su pensamiento, se siente rozar por un misterio que sus groseros e imperfectos sentidos no consiguen penetrar, por lo que trata de suplir la impotencia de sus órganos mediante los esfuerzos de su inteligencia. Cuando esta inteligencia permanecía aún en estado rudimentario, la obsesión por los fenómenos invisibles adquirió formas estúpidamente espantosas. Ellas dieron origen a las creencias populares en lo sobrenatural, a las leyendas de los espíritus que merodean en torno a nosotros, de las hadas, de los gnomos, de los fantasmas y también a la leyenda de Dios, porque nuestra concepción del Sumo Hacedor, provenga de la religión que provenga, es la invención más mediocre, más estúpida e inadmisible nacida del cerebro asustado de los seres humanos. No hay nada más cierto que esta frase de Voltaire: “Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, pero el hombre le ha pagado con la misma moneda”.

»Y he aquí que, desde hace poco más de un siglo, parece que se presenta el acontecimiento de algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos han situado en un camino impredecible y, sobre todo desde hace cuatro o cinco años, hemos logrado unos resultados extraordinarios».

Mi prima, también ella muy incrédula, se sonreía. El doctor Parent le dijo: «¿Quiere que trate de dormirla, señora?».

«Sí, no tengo inconveniente.»

Ella se sentó en un sillón y él se puso a mirarla fijamente fascinándola. Yo me sentí de repente un tanto turbado, con el corazón palpitándome y un nudo en la garganta. Veía entornarse los ojos de la señora Sablé, crisparse su boca y jadear su pecho.

Al cabo de diez minutos, estaba dormida.

«Póngase detrás de ella», dijo el médico.

Y yo me senté detrás de ella. Le puso en las manos una tarjeta de visita diciéndole: «Esto es un espejo; ¿qué ve en él?».

Ella respondió:

«Veo a mi primo».

«¿Qué está haciendo?»

«Retorcerse el bigote.»

«¿Y ahora?»

«Se saca una fotografía del bolsillo.»

«¿Qué fotografía es ésa?»

«Un retrato suyo.»

¡Era cierto! Y esa fotografía acababa de serme entregada, esa misma tarde, en el hotel.

«¿Cómo está en ese retrato?»

«De pie, con el sombrero en la mano.»

Así pues, veía en esa tarjeta, en esa cartulina blanca, como hubiera visto en un espejo.

Las jóvenes, espantadas, decían: «¡Ya basta! ¡Ya basta! ¡Ya basta!».

Pero el doctor ordenó: «Se levantará usted mañana a las ocho; luego irá a ver a su primo al hotel, y le suplicará que le preste cinco mil francos que le ha pedido su marido y que él le reclamará en su próximo viaje».

Luego la despertó.

Mientras volvía al hotel, me puse a pensar en esa curiosa sesión y me asaltaron dudas, no sobre la absoluta, la incuestionable buena fe de mi prima, a la que conocía como a una hermana desde mi infancia, sino sobre una posible superchería del doctor. ¿No disimularía en su mano un espejo que mostraba a la joven dormida, al mismo tiempo que su tarjeta de visita?

Volví, pues, y me acosté.

Ahora bien, esa mañana, hacia las ocho y media, mi ayuda de cámara me despertó y me dijo:

«Es la señora Sablé, quien pide hablar enseguida con el señor».

Me vestí a toda prisa y la recibí.

Ella se sentó muy alterada, con los ojos gachos, y, sin levantarse el velo, me dijo:

«Querido primo, tengo que pedirle un gran favor».

«¿Cuál, prima?»

«Me incomoda mucho decírselo, pero tengo que hacerlo. Necesito, imperiosamente, cinco mil francos.»

«Pero ¡cómo! ¿Usted?»

«Sí, yo, o mejor dicho, mi marido, que me ha encargado que viniera a verle.»

Yo estaba tan estupefacto que balbuceé mis respuestas. Me preguntaba si realmente no se estaba burlando de mí en complicidad con el doctor Parent, si no era aquello una simple broma preparada de antemano y muy bien representada.

Pero, al mirarla con atención, se disiparon todas mis dudas. Ella temblaba de angustia, tan dolorosa le resultaba la gestión, y comprendí que estaba a punto de ponerse a sollozar.

Yo sabía que era muy rica y proseguí:

«Pero ¡cómo! ¡Su marido no puede disponer de cinco mil francos! Vamos, reflexione. ¿Está segura de que le ha encargado que me los pida a mí?».

Ella dudó unos segundos como si hubiera hecho un gran esfuerzo por buscar en su memoria, luego respondió:

«Sí…, sí…, estoy segura».

«¿Le ha escrito?»

Ella dudó de nuevo, reflexionando. Intuí el esfuerzo torturador de su pensamiento. No lo sabía. Lo único que sabía era que tenía que pedirme prestados cinco mil francos para su marido. Así pues, se atrevió a mentir.

«Sí, me ha escrito.»

«¿Cuándo? Ayer no me dijo nada de ello.»

«He recibido una carta esta mañana.»

«¿Puede enseñármela?»

«No…, no…, no…, contenía cosas íntimas…, demasiado personales…, la he…, la he quemado.»

«Entonces, es que su marido tiene deudas.»

Ella dudó de nuevo, luego murmuró:

«No lo sé».

Yo manifesté bruscamente:

«Es que yo no puedo disponer de cinco mil francos en estos momentos, querida prima».

Ella lanzó una especie de grito de dolor.

«¡Oh!, ¡oh!, se lo suplico, encuéntrelos…»

¡Se exaltaba, juntaba las manos en ademán de súplica! La oía cambiar de tono su voz; lloraba y farfullaba, acosada, dominada por la orden irresistible que había recibido.

«¡Oh!, ¡oh!, se lo suplico…, si supiera cuánto sufro…, los necesito para hoy.»

Sentí lástima de ella.

«Los tendrá dentro de un rato, se lo juro.»

Ella exclamó:

«¡Oh!, ¡gracias, gracias! Qué bueno es usted».

Yo proseguí: «¿Recuerda lo que pasó ayer por la tarde en su casa?».

«Sí.»

«¿Recuerda que el doctor Parent la durmió?»

«Sí.»

«Pues bien, le ordenó que viniera a pedirme prestados esta mañana cinco mil francos, y usted obedece en este momento a esa sugestión.»

Ella reflexionó unos segundos y repuso:

«Es mi marido quien los pide».

Durante una hora, traté de convencerla, pero sin conseguirlo.

Cuando se hubo ido, corrí a casa del doctor. Él se disponía a salir, y me escuchó con una sonrisa. Luego dijo:

«¿Está convencido ahora?».

«Sí, me rindo a la evidencia.»

«Vayamos a casa de su pariente.»

Ella dormitaba en una tumbona, derrengada de cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró un rato, con una mano levantada hacia sus ojos que ella fue cerrando poco a poco ante el esfuerzo insostenible de esa potencia magnética.

Una vez que ella estuvo dormida, dijo:

«Su marido no necesita cinco mil francos. Olvidará, pues, que le ha rogado a su primo que se los preste, y, si él le habla de ellos, no entenderá nada».

Luego la despertó. Yo me saqué el billetero del bolsillo:

«Aquí tiene, querida prima, lo que me pidió esta mañana».

Ella se quedó tan sorprendida que no me atreví a insistir. Traté, sin embargo, de refrescarle la memoria, pero negó con energía, creyó que me burlaba de ella, y poco faltó para que se ofendiese.

¡Heme aquí! Acabo de volver al hotel; y no he podido comer, de tanto como me ha trastornado esa experiencia.

19 de julio. Muchas personas a las que les he contado esta aventura se han burlado de mí. Ya no sé qué pensar. El prudente dice: «Tal vez».

21 de julio. Fui a cenar a Bougival, luego he pasado la velada en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende de los lugares y de los ambientes. Creer en lo sobrenatural, en la isla de la Grenouillère, sería el colmo de la locura…, pero ¿y en la cima del Mont Saint-Michel?…, ¿y en las Indias? Acusamos horriblemente la influencia de lo que nos rodea. Volveré a mi casa la próxima semana.

30 de julio. Regresé a casa ayer. Todo va bien.

2 de agosto. Nada nuevo; hace un tiempo magnífico. Paso mis días viendo correr

el Sena.

4 de agosto. Disputas entre mis criados. Afirman que, por la noche, se rompen los vasos en los armarios. El ayuda de cámara acusa a la cocinera, que a su vez acusa a la costurera, quien acusa a los otros dos. ¿Quién es el culpable? Felicidades a quien lo adivine.

6 de agosto. Esta vez no estoy loco. ¡Pues he visto…, he visto…, he visto!… No puedo ya dudar… ¡He visto!… ¡Todavía me dura el frío hasta en las uñas…, todavía tengo el miedo hasta en los tuétanos…, pues he visto!…

Me paseaba a las dos, a pleno sol, por mi arriate de rosales…, por la rosaleda de otoño que comienzan a florecer.

Al pararme a contemplar un *géant des batailles*,[2] que tenía tres hermosísimas flores, ¡vi, vi claramente, muy cerca de mí, doblarse el tallo de una de estas rosas, como si una mano lo hubiera torcido, luego romperse como si esta mano hubiera cogido la flor! Luego ésta se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevársela a la boca, y permaneció suspendida en el aire diáfano, totalmente sola, inmóvil, espantosa mancha roja a tres pasos de mis ojos.

Fuera de mí, ¡me arrojé sobre ella para cogerla! Pero no encontré nada; había desaparecido. Entonces, me entró una ira furiosa contra mí mismo, pues no le está permitido a un hombre razonable y serio tener semejantes alucinaciones.

Pero ¿era una alucinación? Me volví para buscar el tallo, y lo encontré de inmediato sobre el arbusto, acabado de romper, entre las otras dos rosas que habían quedado en la rama.

Entonces, me volví a casa con la mente trastornada; pues estoy seguro, ahora, seguro como de la alternancia de los días y de las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se nutre de leche y de agua, que puede tocar las cosas, cogerlas y cambiarlas de sitio, dotado por consiguiente de una naturaleza material, aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita, como yo, bajo mi techo…

7 de agosto. He dormido tranquilo. Ha bebido agua de mi botella, pero no ha turbado mi sueño.

Me pregunto si no estaré loco. Al pasear hace un rato a pleno sol a lo largo del río, me han entrado dudas sobre mi razón, no ya vagas dudas como las tenía hasta ahora, sino dudas concretas, absolutas. He visto locos; he conocido a algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos, incluso clarividentes respecto a todas las cosas de la vida, salvo en un punto. Hablaban de todo con lucidez, con soltura, con profundidad, y de repente su pensamiento, al topar con el escollo de su locura, se rompía contra él hecho pedazos, disgregándose y hundiéndose en ese océano espantoso y furioso, lleno de olas saltarinas, de brumas, de borrascas, llamado

«demencia».

Me creería sin duda loco, totalmente loco, si no fuera consciente, si no conociera perfectamente mi estado, si no lo sondeara analizándolo con absoluta lucidez. En suma, no sería, pues, más que un alucinado razonador. Podría haberse producido en mi cerebro un desorden desconocido, uno de esos desórdenes que los fisiólogos tratan actualmente de descubrir y de esclarecer; y este desorden habría provocado en mi mente, en el orden y en la lógica de mis ideas, una grieta profunda. Fenómenos similares ocurren en los sueños, cuando nos movemos entre las más increíbles fantasmagorías sin sorprendernos, porque el aparato de verificación, porque el sentido del control está adormecido, mientras que la imaginación vela y trabaja. ¿No podría ser que una minúscula tecla de mi teclado cerebral se hubiera paralizado? Hay personas que, tras un accidente, pierden la memoria de los nombres propios, de los verbos o de los números, o sólo de las fechas. Hoy se ha demostrado la posición de cada una de las partículas del pensamiento. ¡No sería, por tanto, nada extraño que mi capacidad de comprobar la irrealidad de ciertas alucinaciones en este momento se viera paralizada en mí!

Pensaba en todo esto mientras seguía la orilla del río. El sol cubría de luz el agua, volvía deliciosa la tierra, llenaba mi mirada de amor por la vida, por las golondrinas, cuya agilidad es una alegría para mis ojos, por la hierba de la orilla, cuyo estremecimiento es un motivo de felicidad para mis oídos.

Poco a poco, sin embargo, me empezó a invadir un inexplicable malestar. Me parecía que una fuerza, una fuerza secreta me entorpecía, me paraba, me impedía seguir más lejos, me impulsaba a retroceder. Sentía esa necesidad dolorosa de volver a casa que nos oprime cuando se ha dejado allí a un enfermo querido y se tiene el presentimiento de que se ha agravado su mal.

Así pues, he vuelto a pesar mío, convencido de que me encontraría, en mi casa, una mala noticia, una carta o un telegrama. No había nada de ello; y me he quedado más sorprendido y turbado que si hubiera tenido alguna otra fantástica visión.

8 de agosto. Ayer pasé una velada horrible. Él ya no se muestra, pero presiento que se halla cerca, me espía, me mira, entra dentro de mí, me domina, más temible, al esconderse así, que si revelara su presencia invisible y permanente por medio de fenómenos sobrenaturales.

A pesar de ello, he dormido.

9 de agosto. Nada, pero tengo miedo.

10 de agosto. Nada; ¿qué sucederá mañana?

11 de agosto. Nada todavía; pero no puedo seguir en mi casa con este

pensamiento y este temor que me han entrado en el alma. Partiré.

12 de agosto, diez de la noche. Durante todo el día he tratado de irme, pero no he podido. Hubiera querido llevar a cabo ese gesto de libertad tan fácil y simple que es salir y subir a mi coche para ir a Ruán. Pero no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto. Cuando se padecen ciertas enfermedades parece que todos los resortes del ser físico se hayan roto, todas las energías anulado, todos los músculos aflojado, los huesos vueltos como carne y la carne licuado como agua. Siento esto en mi ser moral, de un modo extraño y desolador. No tengo ya ninguna fuerza ni valor, ni dominio de mí mismo, ni siquiera la capacidad de activar mi voluntad. No consigo ya querer; pero hay alguien que quiere por mí, y yo obedezco.

14 de agosto. ¡Estoy perdido! ¡Alguien posee y gobierna mi alma! Alguien manda sobre todas mis acciones, todos mis movimientos, todos mis pensamientos. Yo no soy ya nada en mí mismo, salvo un espectador esclavo y aterrado de cuanto hago. Quiero salir pero no puedo. Él no quiere; y permanezco, espantado y tembloroso, en el sillón donde me obliga a estar sentado. Sólo quisiera levantarme, alzarme, para creer que sigo siendo dueño de mí mismo. Pero no lo consigo. Estoy como anclado en el sillón, y éste está pegado al suelo, de modo que ninguna fuerza podría levantarnos.

Luego, de golpe, se impone en mí la necesidad de ir al fondo del huerto para coger unas pocas fresas y comérmelas. Voy. Cojo las fresas y me las como. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Existe un Dios? ¡Si existe, que me libere, que me salve, que me socorra! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Clemencia! ¡Sálvame! ¡Qué sufrimiento! ¡Qué tormento! ¡Qué horror!

15 de agosto. Ahora comprendo cómo estaba poseída, dominada, mi pobre prima, cuando vino a pedirme cinco mil francos prestados. Estaba poseída por una voluntad extraña que había entrado en ella, como otra alma, como otra alma parásita y dominadora. ¿Acaso se acerca el fin del mundo?

Pero ¿quién es el que me gobierna a mí?, ¿quién es ese invisible, ese incognoscible, ese merodeador de una raza sobrenatural?

¡Por tanto los Invisibles existen! ¿Por qué, entonces, desde el principio del mundo no se habían manifestado todavía de forma concreta, como hacen conmigo? Nunca he leído nada parecido a lo sucedido en mi casa. ¡Oh!, si pudiera irme, si pudiera escapar y ya no volver. Estaría salvado. Pero no puedo.

16 de agosto. Hoy he conseguido escapar durante un par de horas, como un prisionero que encuentra abierta por casualidad la puerta de su celda. De repente me he dado cuenta de que estaba liberado y que él se hallaba lejos. He ordenado que engancharan rápido y me he dirigido a Ruán. ¡Oh! ¡Qué alegría poder decirle a un

hombre que obedece: «¡A Ruán!»!

He mandado parar delante de la biblioteca y he pedido prestado el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Luego, a la hora de volver a montar en mi cupé, ganas tenía de decir: «¡A la estación!» y he exclamado —no lo he dicho, sino exclamado— con una voz tan fuerte que los viandantes han vuelto la cabeza: «A casa», y he caído, enloquecido de angustia, sobre el cojín de mi coche. Él me había vuelto a encontrar y se había enseñoreado de mí otra vez.

17 de agosto. ¡Ah! ¡Qué noche! Y, sin embargo, me parece que debería alegrarme. ¡Me quedé leyendo hasta la una de la noche! Hermann Herestauss, doctor en filosofía y teogonía, ha escrito la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean en torno al hombre o son producto de su imaginación. Describe sus orígenes, su dominio, su poder. Pero ninguno de ellos se parece al que me acosa a mí. Se diría que el hombre, desde que piensa, ha presentido y temido un ser nuevo, más fuerte que él, su sucesor en este mundo, y que al sentirle cerca y no poder prever la naturaleza de este amo, ha creado, en su terror, todo el pueblo fantástico de los seres ocultos, fantasmas fruto del miedo.

Así pues, tras haber leído hasta la una de la noche, fui a sentarme a continuación frente a mi ventana abierta para refrescar mi frente y mi pensamiento con el viento calmo de la oscuridad.

¡Hacía bueno, el aire era tibio! ¡Cómo me habría gustado una noche así en otro tiempo!

No había luna. En lo alto del cielo negro las estrellas despedían unos centelleos estremecedores. ¿Quién habita esos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivos, qué animales, qué plantas hay ahí? Quienes piensan, en esos universos lejanos, ¿qué saben más que nosotros? ¿Qué pueden más que nosotros? ¿Qué ven que nosotros no conozcamos en absoluto? Un día u otro, ¿acaso uno de ellos, atravesando el espacio, no aparecerá en la Tierra para conquistarla, como en los tiempos pasados los normandos atravesaban los mares para subyugar a los pueblos más débiles?

¡Somos tan débiles, tan inermes, ignorantes y pequeños, nosotros que vivimos en esta partícula de barro que gira disuelta en una gota de agua!

Me amodorré fantaseando de este modo al fresco viento de la noche.

Pues bien, después de haber dormido alrededor de cuarenta minutos, volví a abrir los ojos sin hacer un movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada, luego, de repente, me pareció que una página del libro que había quedado abierta sobre mi mesa acababa de volverse sola. Por la ventana no había entrado soplo alguno de aire. Me quedé sorprendido y esperé. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, sí, vi con mis propios ojos otra página levantarse y

caer sobre la anterior, como si un dedo la hubiera pasado. Mi sillón estaba vacío, parecía vacío; pero comprendí que él estaba allí, sentado en mi lugar, y que leía. ¡De un salto furioso, de un salto de bestia enfurecida, que va a desgarrar a su domador, crucé mi habitación para atraparle, para alcanzarle, para matarle!… Pero mi asiento, antes de que yo lo hubiera alcanzado, fue derribado como si alguien hubiera huido delante de mí…, mi mesa se tambaleó, mi lámpara cayó y se apagó, y mi ventana se cerró como si un ladrón sorprendido se hubiera lanzado a la noche, cerrando tras de sí los postigos.

¡Así pues, había huido; él había tenido miedo, miedo de mí!

¡Entonces…, entonces…, mañana… o más tarde… el día que fuera, podría apresarle con mis manos y aplastarle contra el suelo! ¿No ocurre que los perros, a veces, muerden y estrangulan a sus amos?

18 de agosto. He meditado durante todo el día. Sí, sí, voy a obedecerle, a seguir sus impulsos, haré todo lo que él quiera, seré humilde, sumiso, cobarde. Él es más fuerte. Pero llegará un momento en que…

19 de agosto. ¡Lo sé…, lo sé…, lo sé todo! He aquí lo que acabo de leer en la *Revue du Monde Scientifique*: «Nos llega una noticia bastante curiosa de Río de Janeiro. Una locura, una epidemia de locura, comparable a las demencias contagiosas que afectaron a los pueblos de Europa en la Edad Media, hace estragos actualmente en la provincia de São Paulo. Los habitantes, espantados, dejan sus hogares, desertan de sus pueblos, abandonan sus cultivos, se dicen perseguidos, poseídos, gobernados como un ganado humano por unos seres invisibles aunque tangibles, especie de vampiros que se alimentan de su vida, durante su sueño, y que además beben agua y leche sin parecer tocar ningún otro alimento.

»El señor profesor don Pedro Henriquez, acompañado de varios sabios médicos, ha partido para la provincia de São Paulo, a fin de estudiar sobre el terreno los orígenes y las manifestaciones de esta sorprendente locura, y proponer al emperador las medidas que considere más oportunas para hacer recuperar la razón a estas poblaciones en estado de delirio».

¡Ah! ¡Ah!, ¡me acuerdo del buque de tres palos brasileño que pasó por debajo de mis ventanas remontando el Sena el 8 de mayo último! ¡Me pareció tan bonito, tan blanco, tan alegre! ¡El Ser iba en él, venía de allí, donde nació su raza! ¡Me vio! Y vio mi casa, también blanca. Saltó del barco a la orilla. ¡Oh! ¡Dios mío!

Ahora lo sé, comprendo. El reinado del hombre ha tocado a su fin.

Ha llegado Aquel que temían los primeros terrores de los pueblos crédulos,Aquel que los inquietos sacerdotes exorcizaban, que los brujos evocaban en las noches oscuras sin verle aparecer todavía, Aquel a quien los presentimientos de los dueños y señores provisionales del mundo han atribuido las formas monstruosas o graciosas de

los gnomos, de los elfos, de los genios, de las hadas, de los duendes. Tras las burdas concepciones del terror primitivo, hombres más sagaces lo han percibido con mayor lucidez. Mesmer lo había intuido, y, desde hace ya diez años, los médicos han descubierto con precisión la naturaleza de su poder antes incluso de que lo ejerciera. Se han divertido con el arma del nuevo Señor, el dominio de una misteriosa voluntad sobre el alma humana convertida en esclava. La han llamado magnetismo, hipnotismo, sugestión…, ¿qué sé yo? ¡Les he visto jugar como niños imprudentes con ese horrendo poder! ¡Ay de nosotros! ¡Ay del hombre! Ha llegado el… el… como se llame…, me parece que me está gritando su nombre y yo no lo comprendo…, el…, sí…, lo grita… Escucho…, no consigo…, repite… el Horla… Entendido… El Horla… es él… ¡El Horla… ha venido!…

¡Ah!, el buitre se ha comido a la paloma, el lobo se ha comido a la oveja; el león ha devorado al búfalo de afilados cuernos; el hombre ha matado al león con la flecha, con la espada, con el rifle. Ahora el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos hecho con el caballo y con el buey: algo suyo, su criado y su alimento, con el solo poder de su voluntad. ¡Ay de nosotros!

Y, sin embargo, a veces el animal se rebela y mata a quien lo ha domado… ¡También yo quiero hacerlo…, podría…, pero debo conocerlo, tocarlo, verlo! Los científicos dicen que el ojo del animal, tan distinto del nuestro, no ve como nosotros… Así mi ojo no consigue distinguir al recién llegado que me oprime.

¿Por qué? ¡Ah!, ahora me acuerdo de las palabras del fraile de Mont Saint-Michel: «¿Acaso conseguimos ver la cienmilésima parte de lo que existe? Piense en el viento, la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba a los hombres, abate los edificios, arranca de raíz los árboles, hace alzarse el mar en montañas de agua, destruye los acantilados, hace pedazos los grandes barcos; el viento que mata, que silba, que gime, que ruge. ¿Acaso lo ha visto alguna vez?, ¿puede verlo? Y, sin embargo, existe».

Seguía pensando: mi ojo es tan débil, tan imperfecto, que no consigue distinguir siquiera cuerpos duros cuando son transparente como el cristal. Basta con que un espejo sin azogue se interponga en mi camino para que yo me golpee contra él, como el pájaro que ha entrado en una habitación se rompe la cabeza contra el cristal. ¡Otras mil cosas engañan a la vista y la extravían! ¿Cómo asombrarse, pues, de que no consiga ver un cuerpo nuevo que la luz atraviesa?

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? ¡Sin duda tenía que venir! ¿Por qué íbamos a ser nosotros los últimos? ¿Que no conseguimos verlo, como a todos los demás seres creados antes que nosotros? Ello se debe a que su naturaleza es más perfecta, su cuerpo más sutil y evolucionado que el nuestro, el nuestro que es tan mediocre, tan torpemente concebido, lleno de órganos siempre fatigados, siempre forzados, como mecanismos demasiado complicados; el nuestro que vive como una planta y como un

animal, nutriéndose a duras penas de aire, hierba y carne, máquina animal víctima de enfermedades, de deformaciones, de putrefacciones, que se ahoga, mal regulada, ingenua y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra grosera y delicada, esbozo de un ser que podría volverse inteligente y magnífico.

Desde la ostra hasta el hombre, somos pocos, muy pocos en este mundo. ¿Por qué no uno más, una vez cumplido el período que separa las apariciones sucesivas de todas las diversas especies?

¿Por qué no uno más? ¿Por qué no otros árboles de flores inmensas y lustrosas que aromaticen regiones enteras? ¿Por qué no otros elementos aparte del fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Son cuatro, nada más que cuatro, esos padres nutricios de los seres! ¡Qué lástima! ¡Porque no son cuarenta, cuatrocientos, cuatro mil! ¡Qué pobre, mezquino, miserable, es todo, dado con avaricia, inventado con mediocridad, hecho con pesadez! ¡Ah, el elefante, el hipopótamo, cuánta gracia tienen! ¡El camello, qué elegancia!

Pero, diréis vosotros, ¡la mariposa! ¡Una flor que vuela! Yo he soñado con una que sería grande como cien universos, con unas alas de una belleza, un color y un movimiento indescriptibles. Pero la veo…, va de una estrella a otra, refrigerándolas y embalsamándolas con el leve y armonioso aire de su vuelo… ¡Y los pueblos de las alturas la miran pasar, extasiados y embelesados!…

.....

¿Qué me pasa? ¡Es él, el Horla, que me atormenta y me hace pensar en estas locuras! Está dentro de mí, se está convirtiendo en mi espíritu. ¡Le mataré!

19 de agosto. Le mataré. ¡Le he visto! Ayer por la noche me senté a mi mesa, fingiendo que escribía con una gran atención. ¡Sabía que vendría a merodear en torno a mí, muy cerca, tan cerca que quizá podría tocarle, apresarle! ¡Y entonces…!, entonces tendría la fuerza de los desesperados; tendría mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente, mis dientes para estrangularle, aplastarle, morderle, desgarrarle.

Y yo le acechaba con todos mis órganos sobreexcitados.

Había encendido dos lámparas y las ocho velas de la chimenea, como si hubiera podido descubrirle con esa claridad.

Enfrente de mí, mi cama, una vieja cama de roble con columnas; a la derecha, mi chimenea; a la izquierda, mi puerta cerrada con cuidado, tras haberla dejado largo rato abierta, a fin de atraerle; detrás de mí, un armario de luna altísimo, que cada día me servía para afeitarme y vestirme, y en el que tenía costumbre de mirarme, de pies a cabeza, cada vez que pasaba por delante.

Así pues, aparentaba estar escribiendo, para engañarle, pues también él me estaba espiando; y de repente, sentí, estoy seguro, que leía por encima de mi hombro, que

estaba allí, rozando mi oreja.

Me incorporé, con las manos extendidas, dándome la vuelta tan rápido que a punto estuve de caer. Pues… se veía como en pleno día, ¡y no me vi en el espejo!… ¡Estaba vacío, luminoso, profundo, lleno de luz! ¡Mi imagen no estaba en él… y yo me hallaba delante! Veía la gran luna nítida de arriba abajo. Y la miraba con unos ojos de loco; y ya no me atrevía a avanzar, ya no me atrevía a hacer un movimiento, aunque sentía perfectamente que él estaba allí, pero que se me iba a escapar de nuevo, él cuyo cuerpo imperceptible había devorado mi reflejo.

¡Qué miedo pasé! Luego, de repente, comencé a percibirme en medio de una bruma, en el fondo del espejo, de una bruma como vista a través de una capa de agua; y me parecía que esta agua se desplazaba de izquierda a derecha, despacio, volviendo más precisa mi imagen segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me escondía no parecía tener perfiles claramente definidos, sino una especie de transparencia opaca, que se aclaraba poco a poco.

Finalmente, pude distinguirme por completo, tal como lo hago cada día, al mirarme a la luz del día.

¡Le había visto! Me ha quedado el espanto, que todavía me hace estremecer.

20 de agosto. Matarlo, pero ¿cómo? Puesto que no puedo apresarlo. ¿El veneno? Pero él me vería mezclarlo con agua; y ¿tendrían nuestros venenos, por otra parte, un efecto seguro sobre su cuerpo imperceptible? No…, no…, sin ninguna duda… Pues, ¿entonces?…, ¿entonces qué?…

21 de agosto. He hecho venir a un cerrajero de Ruán, y le he mandado hacer para mi habitación unas persianas metálicas, como tienen en la planta baja algunas casas particulares en París, por temor a los ladrones. Me hará, además, una puerta similar. ¡He pasado por un cobarde, pero me importa un comino!…

.....

10 de septiembre. Ruán, hotel Continental. Está hecho…, está hecho…, pero ¿ha muerto? Tengo trastornado el espíritu por lo que he visto.

Ayer, tras haber instalado el cerrajero la persiana y la puerta de hierro, lo dejé todo completamente abierto hasta medianoche, aunque comenzaba a hacer frío.

De repente, sentí que estaba allí, y me dominó una alegría, una alegría loca. Me levanté lentamente, y estuve andando de un lado a otro largo rato para que él no intuyera nada; luego me quité los botines y me puse desganadamente las zapatillas; acto seguido cerré la ventana de hierro y, yendo tranquilamente hacia la puerta, cerré también la puerta con doble vuelta de llave. Tras volver entonces hacia la ventana, la fijé con un candado, guardándome la llave en el bolsillo.

De pronto comprendí que se estaba agitando en torno a mí, que tenía miedo a su

vez, que me ordenaba abrirle. A punto estuve de ceder; pero no lo hice, sino que, pegándome contra la puerta, la entreabrí lo justo para pasar yo andando hacia atrás; y como soy muy alto mi cabeza rozaba el dintel. Yo estaba seguro de que no se había podido escapar y lo encerré, totalmente solo, totalmente solo. ¡Qué alegría! ¡Le tenía cogido! Entonces, bajé corriendo; cogí en mi salón, que está debajo de mi habitación, mis dos lámparas y derramé todo el aceite sobre la alfombra, sobre los muebles, por todas partes; luego les prendí fuego, y me largué, tras haber cerrado bien, con doble vuelta, el portón de entrada.

Y fui a esconderme al fondo de mi jardín, entre un macizo de laureles. ¡Qué largo se me hizo! ¡Pero qué largo! Todo estaba oscuro, mudo, inmóvil; ni un soplo de aire, ni una estrella, aborregamientos de nubes que no se veían pero que me pesaban en el alma mucho, muchísimo.

Miraba mi casa, y esperaba. ¡Qué largo se me hizo! Ya creía que el fuego se había apagado solo, o que lo había apagado, Él, cuando una de las ventanas de abajo estalló ante el arreciar del incendio, y una llama, una gran llama roja y amarilla, larga, indolente, acariciante, subió por la blanca pared y la besó hasta el tejado. Se propagó un resplandor entre los árboles, entre las ramas, entre las hojas, y también un estremecimiento, un estremecimiento de miedo. Los pájaros se despertaban; un perro se puso a ladrar; ¡me pareció que empezaba a despuntar el día! Se iluminaron otras dos ventanas y vi que toda la planta baja de la casa se había convertido en un espantoso brasero. Pero un grito, un grito horrible, sobreagudo, desgarrador, un grito de mujer resonó en la noche, ¡y se abrieron dos buhardillas! ¡Me había olvidado de mis criados! ¡Vi sus caras enloquecidas, y sus brazos que se agitaban!…

Entonces, loco de horror, me puse a correr hacia el pueblo dando gritos: «¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Fuego! ¡Fuego!». ¡Me encontré con gente que ya venía y me volví con ellos para ver!

¡La casa, ahora, no era más que una hoguera horrible y magnífica, una hoguera monstruosa, que iluminaba la tierra entera, una hoguera en la que ardían unos hombres, y donde también ardía Él, mi prisionero, el Ser nuevo, el nuevo señor, el Horla!

De repente el tejado entero se hundió entre los muros, y un volcán de llamas brotó hasta el cielo. Por todas las ventanas que se abrían sobre aquel horno veía la pira de fuego, y pensaba que él estaba allí, dentro de aquel horno, muerto…

¿Muerto? ¿Era posible?… ¿Su cuerpo, el cuerpo que podía ser atravesado por la luz, podía destruirse con los medios que matan a los nuestros?

¿Y si no estaba muerto? Tal vez sólo el tiempo pueda algo contra este Ser Invisible y Temible. ¿Por qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo incognoscible, ese cuerpo espiritual, habría de temer también él las enfermedades, las heridas, los achaques, un final prematuro?

¿Un final prematuro? De él nace todo el miedo del hombre. Después del hombre, el Horla. ¡Después de aquel que puede morir cada día, a cada hora, a cada momento, por cualquier accidente, ha llegado aquel que no morirá hasta que haya llegado su día, su hora y su momento, por haber tocado a su fin su existencia!

¡No…, no…, sin duda…, no ha muerto… Entonces, entonces… tendré que matarme yo!…

LA MUERTA*

¡Yo la había querido locamente! ¿Por qué se ama? ¿No es algo extraño no ver ya en el mundo más que a un ser, no tener en la mente más que un pensamiento, en el corazón más que un deseo, y en la boca más que un nombre: un nombre que sube sin cesar, que sube, como el agua de un manantial, de lo profundo del alma, que sube a los labios, y que se dice, se repite, se murmura sin descanso, por todas partes, como una plegaria?

No contaré nuestra historia. El amor no tiene más que una, que es siempre la misma. La había conocido y querido. Eso es todo. Y durante un año viví en su afecto, entre sus brazos, en sus caricias, en su mirada, en sus trajes, en sus palabras, envuelto, atado, aprisionado por todo cuanto venía de ella, de un modo tan completo que no sabía ya si era de día o de noche, si estaba vivo o muerto, si estaba en nuestra vieja Tierra o en otra parte.

Y he aquí que se murió. ¿Cómo? No lo sé, ya no lo sé.

Volvió a casa empapada, una noche de lluvia, y al día siguiente tosía. Tosió durante una semana aproximadamente y guardó cama.

¿Qué pasó? Ya no lo sé.

Los médicos venían, extendían recetas, se iban. Traían medicinas; una mujer se las hacía tomar. Tenía las manos calientes, la frente ardiente y húmeda, los ojos relucientes y tristes. Yo le hablaba, ella me respondía. ¿Qué nos dijimos? Ya no lo sé. ¡Lo he olvidado todo, todo! Se murió, recuerdo perfectamente ese ligero resuello, ese ligero resuello tan débil, el último. La enfermera dijo: «¡Ah!». ¡Lo comprendí, lo comprendí!

No supe nada más. Nada más. Vi a un sacerdote que pronunció estas palabras: «Su amante». Me pareció que la ofendía. Una vez muerta ella nadie tenía derecho a enterarse de eso. Lo eché con cajas destempladas. Se presentó otro, que fue muy bueno y amable. Lloré cuando me habló de ella.

Me consultaron mil cosas sobre el entierro. Ya no sé qué. Pero sí recuerdo perfectamente el ataúd, el ruido del martillear cuando la clavaban dentro. ¡Ah! ¡Dios mío!

¡Fue enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel hoyo! Vinieron algunas personas,

amigas. Yo me largué. Me fui corriendo. Anduve largo rato por las calles. Luego volví a mi casa. Al día siguiente emprendí un viaje.

Ayer regresé a París.

Cuando volví a ver mi habitación, nuestra habitación, nuestra cama, nuestros muebles, toda esa casa donde había quedado lo que queda de la vida de una persona después de su muerte, tuve una recaída en la tristeza tan fuerte que poco faltó para que abriera la ventana y me tirara a la calle. Al no poder ya permanecer entre aquellas cosas, aquellas paredes que la habían encerrado, resguardado, y que debían de guardar en sus imperceptibles grietas mil átomos de ella, de su carne y de su aliento, cogí mi sombrero para salir huyendo de allí. Pero de repente, cuando llegaba a la puerta, pasé por delante del gran espejo del vestíbulo que ella había hecho colocar allí para verse, de cuerpo entero, cada día, al salir, para ver si le sentaba bien su atavío, si era correcto y bonito, de los botines al peinado.

Y me detuve en seco enfrente de aquel espejo que la había reflejado tan a menudo. Tan a menudo, tanto, que debía de haber conservado también su imagen.

Yo estaba allí de pie, temblando, con la mirada fija en el cristal, en el cristal plano, profundo, vacío, pero que la había contenido a ella por completo, la había poseído tanto como yo, tanto como mi mirada apasionada. ¡Me pareció que quería a ese espejo —lo toqué—, estaba frío! ¡Oh! ¡El recuerdo! ¡El recuerdo! ¡Espejo doloroso, espejo abrasador, espejo viviente, espejo horrible, que hace sufrir todas las torturas! ¡Dichosos los hombres cuyo corazón, como un espejo en el que resbalan los reflejos y se borran, olvida todo cuanto lo ha llenado, todo cuanto ha pasado por delante de él, todo cuanto se ha contemplado y observado en su afecto, en su amor! ¡Qué doloroso!

Salí y, a mi pesar, involuntaria, inconscientemente, me dirigí hacia el cementerio. Encontré su tumba, muy sencilla, una cruz de mármol con estas palabras: «Amó, fue amada y murió».

¡Ella estaba allí, allí debajo, podrida! ¡Qué horror! Me puse a sollozar con la frente en tierra.

Me quedé así un largo rato, un largo rato. Luego me di cuenta de que se acercaba la noche. Entonces un deseo extraño, loco, un deseo de amante desesperado se apoderó de mí. Quise pasar la noche cerca de ella, la última noche, llorando sobre su tumba. Pero me verían y me echarían. ¿Qué podía hacer? Fui listo. Me puse en pie y comencé a vagar por esa ciudad de desaparecidos. Andaba y andaba. ¡Qué pequeña es esa ciudad en comparación con la otra, esa donde se vive! Y, sin embargo, cuánto más numerosos que los vivos son los muertos. Nosotros necesitamos casas altas, calles, mucho espacio, para las cuatro generaciones que miran la luz del día al mismo tiempo, que se beben el agua de las fuentes, el vino de las viñas y se comen el pan de los llanos.

Y para todas las generaciones de muertos, para toda la cadena humana que llega hasta nosotros, casi nada, un simple campo, casi nada. La tierra se los reapropia, el olvido los borra. ¡Adiós!

Al fondo del cementerio habitado, vi de repente el cementerio abandonado, aquel donde los antiguos difuntos acaban por mezclarse con la tierra, donde hasta las cruces se pudren, donde mañana se colocará a los recién llegados. Está lleno de rosas silvestres, de negros y vigorosos cipreses, un jardín triste y hermosísimo, alimentado de carne humana.

Yo estaba solo, totalmente solo. Me agazapé contra un árbol verde. Me escondí totalmente detrás de él, entre esas ramas recias y oscuras.

Esperé, agarrado al tronco como un náufrago a un pecio.

Cuando fue noche oscura, muy oscura, dejé mi refugio y eché a andar despacio, a paso lento, con sigilo, por la superficie de aquella tierra llena de muertos.

Anduve errante mucho rato, mucho, mucho. No la encontraba. Con los brazos extendidos, los ojos abiertos, topándome con las tumbas con las manos, con los pies, con las rodillas, con el pecho, incluso con la cabeza, andaba sin encontrarla. ¡Toqué, palpé como un ciego que busca su camino, palpé piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de cristal, coronas de flores marchitas! Yo leía los nombres con mis dedos, paseándolos por encima de las letras. ¡Qué noche! ¡Pero qué noche! ¡No la encontraba!

¡No había luna! ¡Qué noche! ¡Tenía miedo, un miedo espantoso en esos estrechos senderos, entre dos filas de tumbas! ¡Tumbas, tumbas y más tumbas! ¡Siempre tumbas! ¡A derecha e izquierda, delante de mí, a mi alrededor, por todas partes, tumbas! Me senté encima de una de ellas, pues ya no podía andar de tanto como se me aflojaban las rodillas. ¡Oía latir mi corazón! ¡También oía otra cosa! ¿Qué? ¡Un ruido confuso indecible! ¿Estaba en mi cabeza enloquecida, en la noche impenetrable, o bajo la tierra misteriosa, bajo la tierra sembrada de cadáveres humanos, ese ruido? ¡Miraba alrededor de mí!

¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Estaba paralizado por el terror, estaba ebrio de espanto, presto a gritar, presto a morir.

Y de repente me pareció que la lápida de mármol sobre la que me hallaba sentado se movía. Indudablemente se movía, como si la hubieran levantado. De un salto me lancé sobre la tumba vecina, y vi, sí, vi la losa que acababa de abandonar alzarse toda derecha; y apareció el muerto, un esqueleto desnudo que, con su espalda encorvada, la empujaba. Veía, veía perfectamente, aunque fuera noche cerrada. Pude leer en la cruz:

«Aquí yace Jacques Olivant, muerto a la edad de cincuenta y un años. Quería a los suyos, fue honesto y bueno, y murió en la paz del Señor».

Ahora también el muerto leía lo que había escrito en su tumba. Luego cogió una

piedra del camino, una piedrecilla cortante, y se puso a raspar con cuidado las letras. Las borró por completo, lentamente, mientras miraba con sus ojos vacuos el lugar en que hacía un momento estaban grabadas; y con la punta del hueso que había sido su dedo índice escribió con letras luminosas como esas líneas que se trazan en las paredes con el cabo de una cerilla:

«Aquí yace Jacques Olivant, muerto a la edad de cincuenta y un años. Con sus duras palabras apresuró la muerte de su padre, de quien quería heredar, torturó a su mujer, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, robó cuanto pudo y murió en la miseria».

Cuando hubo terminado de escribir, el muerto, inmóvil, contempló su obra. Y, dándome la vuelta, me di cuenta de que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los cadáveres habían salido de ellas, que todos habían borrado, para restablecer la verdad, las mentiras inscritas por los parientes en la lápida sepulcral.

Y veía que todos habían sido los verdugos de sus allegados, odiosos, deshonestos, hipócritas, embusteros, pérfidos, maldicientes, envidiosos, que habían robado, engañado, llevado a cabo todo tipo de actos vergonzosos, todo tipo de actos abominables, esos buenos padres, esas esposas fieles, esos hijos abnegados, esas muchachas castas, esos comerciantes probos, esos hombres y esas mujeres irreprochables.

Escribían todos al mismo tiempo, en el umbral de su morada eterna, la cruel, terrible y santa verdad que todo el mundo ignora o finge ignorar sobre la tierra.

Pensé que también *ella* debía de haberla escrito sobre su tumba. Y ahora ya sin temor, corriendo en medio de los féretros entreabiertos, en medio de los cadáveres, en medio de los esqueletos, fui hacia ella, seguro de encontrarla enseguida.

La reconocí de lejos, sin ver el rostro envuelto por el sudario.

Y en la cruz de mármol, donde hacía poco decía:

«Amó, fue amada y murió».

Leí:

«Tras haber salido un día para engañar a su amante, cogió frío bajo la lluvia y se murió».

Al parecer, me recogieron, desvanecido, al despuntar el día, junto a una tumba.

LA NOCHE*

Pesadilla

Me gusta la noche con pasión. Me gusta como nos gusta nuestra tierra natal o nuestra amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. Me gusta con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan su silencio, con toda mi carne que es acariciada por las tinieblas. Las golondrinas cantan al sol, en el aire azul, en el aire cálido, en el aire ligero de las claras madrugadas. El búho huye en la noche, mancha negra que pasa a través del negro espacio, y, regocijado, emborrachado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me cansa y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto con desgana, salgo con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me fatiga como si levantara un fardo aplastante.

Pero cuando se pone el sol, me invade una confusa alegría, una alegría de todo el cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que aumenta la sombra, me siento completamente otro, más joven, más vigoroso, más activo y más feliz. Miro cómo se espesa esa gran sombra agradable descendida del cielo: inunda la ciudad, como una ola inasible e impenetrable, oculta, borra, elimina los colores, las formas, abraza las casas, los seres, los monumentos con su tacto imperceptible.

Entonces me dan ganas de gritar de gusto como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos; y un impetuoso e invencible deseo de amar corre por mis venas.

Camino y vago por los suburbios oscuros o por los bosques de alrededor de París, por donde oigo merodear a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Lo que amamos con más apasionamiento siempre acaba por destruirnos. Pero ¿cómo podría explicar lo que me sucede? ¿Cómo hacer comprender incluso que pueda contarlo? No lo sé, ya no lo sé, lo único que sé es que es así. Eso es todo.

Así pues, ayer —¿era ayer?—, sí, sin duda, a menos que fuera antes, otro día, otro mes, otro año, no lo sé. Debió de ser ayer, sin embargo, porque no amaneció, porque

el sol no salió. Pero ¿cuánto hace que dura la noche? ¿Cuánto?… ¿Quién sabe? ¿Quién lo sabrá jamás?

Así pues, ayer, salí como hago todas las noches, después de cenar. Hacía muy buen tiempo, un tiempo muy agradable, muy cálido. Al dirigirme hacia los bulevares, miré por encima de mi cabeza el río negro y lleno de estrellas que se recortaba en el cielo merced a los tejados de la calle que torcía y hacía ondular como un verdadero río ese móvil arroyo de los astros.

Todo era claro en el aire ligero, desde los planetas hasta los mecheros de gas. Allá en lo alto y en la ciudad brillaban tantas luces que las tinieblas parecían resplandecer por ello. Las noches luminosas son más alegres que los días de mucho sol.

En el bulevar, los cafés refulgían; la gente reía, pasaba, bebía. Entré en el teatro unos momentos; ¿en qué teatro? Ya no lo sé. Había tanta luz que me entristeció y salí con el corazón algo apesadumbrado por ese impacto de luz brutal sobre los dorados del piso principal, por el centelleo artificial de la enorme araña de cristal, por la barrera de luces de las candilejas, por la melancolía de esa claridad falsa y violenta. Llegué a los Campos Elíseos, donde los cafés concierto parecían focos de incendio entre el follaje. Parecía que los castaños hubiesen sido frotados con luz amarilla, pintados, como árboles fosforescentes. Y los globos eléctricos, parecidos a lunas resplandecientes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a monstruosas perlas vivas, hacían palidecer con su claridad nacarada, misteriosa y regia, los hilos de gas, el horrible y sucio gas, y las guirnaldas de vidrios de colores.

Me detuve debajo del Arco de Triunfo para contemplar la avenida, ¡la larga y admirable avenida estrellada, que va hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros! Los astros allá arriba, los astros desconocidos lanzados al azar en la inmensidad, donde dibujan esas figuras extrañas, que hacen soñar y pensar tanto.

Entré en el Bois de Boulogne y me quedé allí largo rato. Me había dominado un estremecimiento curioso, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación de mi pensamiento rayana en la locura.

Anduve largo, largo rato. Luego regresé.

¿Qué hora era cuando volví a pasar por debajo del Arco de Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía, y unas nubes, unos negros nubarrones se extendían lentamente por el cielo.

Por primera vez, sentí que iba a suceder algo extraño, algo nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi amada noche se tornaba pesada en mi corazón. La avenida estaba ahora desierta. Dos alguaciles se paseaban, solos, junto a la parada de coches de plaza, y, en la calzada apenas iluminada por los mecheros de gas que parecían moribundos, una fila de carros de verduras se dirigía hacia Les Halles. Avanzaban lentos, cargados de zanahorias, de nabos y de coles. Los conductores dormían, invisibles, los caballos andaban al mismo paso, siguiendo al

vehículo de delante, sin hacer ruido, por el pavimento de madera. Delante de cada luz de la acera, las zanahorias se encendían de rojo, los nabos se iluminaban de blanco, las coles se iluminaban de verde; y pasaban uno detrás de otro esos vehículos rojos, de un rojo de fuego, blancos de un blanco de plata, verdes de un verde de esmeralda. Los seguí, luego doblé por la rue Royale y volví a los bulevares. No había ya nadie, ni luz en los cafés, sólo algunos rezagados que se apresuraban. Nunca había visto París tan muerto, tan desértico. Saqué mi reloj. Eran las dos.

Me impulsaba una fuerza, una necesidad de caminar. Fui, pues, hasta la Bastilla. Allí me di cuenta de que no había visto jamás una noche tan oscura, pues ni siquiera distinguía la Columna de Julio, con su ángel de oro perdido en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, densa como la inmensidad, había sumergido las estrellas y parecía descender sobre la tierra para aniquilarla.

Volví atrás. Ya no había nadie a mi alrededor. Y, sin embargo, en la place du Château-d'Eau, a punto estuvo un borracho de tropezarse conmigo y luego desapareció. Continué oyendo su paso desigual y resonante durante unos momentos. Caminaba. A la altura del faubourg Montmartre pasó un coche que bajaba hacia el Sena. Le llamé, pero el cochero no respondió. Una mujer merodeaba cerca de la rue Drouot: «Oiga, señor». Yo apresuré el paso para evitar su mano tendida. Luego ya nada. Delante del Vaudeville, un trapero rebuscaba en el arroyo. Su farolillo flotaba a ras del suelo. Le pregunté: «¿Qué hora es, buen hombre?».

Él rezongó: «¡Cómo voy a saberlo! No tengo reloj».

Entonces, me di cuenta de repente de que los mecheros de gas estaban apagados. Sé que se apagan temprano, antes de que amanezca, en esta estación, para economizar; pero ¡faltaba mucho aún para que se hiciera de día, pero que mucho!

«Iré a Les Halles —pensé—, al menos allí encontraré vida.»

Me puse en camino, pero veía tan poco que no conseguía orientarme. Avanzaba lentamente, como se hace en un bosque, y reconocía las calles contándolas.

Delante del Crédit Lyonnais, gruñó un perro. Torcí por la rue de Grammont, me perdí; anduve errante, luego reconocí la Bolsa con sus enrejados de hierro que la rodean. París entero dormía, con un sueño profundo, que daba miedo. A lo lejos, sin embargo, circulaba un coche de plaza, un solo coche, tal vez el que había pasado por delante de mí hacía un rato. Traté de alcanzarle, yendo hacia donde se oía el ruido de sus ruedas, a través de las calles solitarias y negras, negras, negras como la muerte.

Me volví a perder. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ni un viandante, ni un rezagado, ni un vagabundo, ni un maullido de gato en celo. Nada.

¿Dónde, pues, estaban los alguaciles? Me dije:

«Gritaré y se presentarán». Grité. Nadie respondió.

Llamé más fuerte. Mi voz voló, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por esa noche impenetrable.

Vociferé: «¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Socorro!».

Mi llamada desesperada quedó sin respuesta. ¿Qué hora sería? Me saqué el reloj, pero no tenía cerillas. Escuché el ligero tictac del pequeño mecanismo con una alegría desconocida y extraña. Parecía tener vida. Estaba menos solo. ¡Qué misterio! Me puse de nuevo en camino como un ciego, tanteando las paredes con mi bastón, y alzaba en todo momento los ojos hacia el cielo, en espera de que el día fuera a aparecer por fin; pero el espacio estaba negro, totalmente negro, más profundamente negro que la ciudad.

¿Qué hora podía ser? Anduve, me parece, un tiempo infinito, pues mis piernas se me aflojaban, mi pecho jadeaba y tenía un hambre canina.

Me decidí a llamar a la primera puerta cochera. Pulsé el botón de cobre, y el timbre sonó en la resonante casa; sonó extrañamente como si ese ruido vibrante fuera lo único que existía en aquella casa.

Esperé, no respondieron, no abrieron la puerta. Llamé de nuevo; seguí esperando, ¡nada!

¡Sentí miedo! Corrí a la casa siguiente, y veinte veces seguidas hice sonar el timbre en el pasillo oscuro donde debía de dormir el portero. Pero éste no se despertó, y yo me fui más lejos, tirando con todas mis fuerzas de las anillas o pulsando los timbres, golpeando con mis pies, con mi bastón y con mis manos las puertas obstinadamente cerradas.

Y de repente me di cuenta de que llegaba a Les Halles. Les Halles estaban desiertas, sin un ruido, sin un movimiento, sin un vehículo, sin un hombre, sin un manojo de verdura o de flores. ¡Estaban vacías, inmóviles, abandonadas, muertas!

Me dominó un espanto horrible. ¿Qué estaba pasando? ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué estaba pasando?

Volví a ponerme en camino. Pero ¿y la hora? ¿La hora? ¿Quién me diría la hora? Ningún reloj sonaba en los campanarios o en los monumentos. Pensé: «Abriré la esfera de mi reloj y palparé la aguja con mis dedos». Saqué el reloj…, ya no latía…, se había parado. Ya nada, nada, ni un estremecimiento en la ciudad, ni un resplandor, ni un roce de sonido en el aire. ¡Nada! ¡Ya nada! ¡Ni siquiera el rodar lejano del coche de plaza, ya nada!

Estaba en los muelles, y un frescor glacial subía del río.

¿Seguía corriendo aún el Sena?

Quise saber, encontré la escalera, bajé… No oía borbotear la corriente bajo los arcos del puente… Unos escalones más…, luego arena…, cieno…, luego agua…, empapé mi brazo en ella…, corría…, corría… fría…, fría…, fría…, casi helada…, casi agotada…, casi muerta.

Y sentía perfectamente que no tendría ya nunca fuerzas para volver a subir… y que iba a morir allí… también yo, de hambre, de fatiga y de frío.

EL ORDENANZA*

El cementerio, lleno de oficiales, parecía un campo florido. Los quepis y los pantalones rojos, los galones y los botones dorados, los sables, los cordones de los oficiales del Estado Mayor, los alamares de los cazadores y de los húsares pasaban por entre las tumbas, sobre las que las cruces blancas o negras abrían sus brazos lastimeros, sus brazos de hierro, de mármol o de madera sobre la desaparecida población de los muertos.

Acababan de enterrar a la mujer del coronel de Limousin. Se había ahogado dos días antes, mientras se daba un chapuzón.

La ceremonia había terminado, los representantes del clero se habían ido, pero el coronel, sostenido por dos oficiales, permanecía de pie delante de la fosa en cuyo fondo se podía ver todavía la caja de madera que escondía, ya descompuesto, el cuerpo de su joven mujer.

Él era casi un anciano, un larguirucho de canos bigotes que se había casado, tres años antes, con la hija de un camarada, que se había quedado huérfana tras la muerte de su padre, el coronel Sortis.

El capitán y el teniente en los que se apoyaba su jefe trataban de llevárselo de allí. Él se resistía, con los ojos anegados de lágrimas que no dejaba brotar por heroísmo, y, murmurando muy bajito: «No, no, un poco más», se obstinaba en permanecer allí, con las piernas que se le doblaban, al borde de esa hoya, que le parecía sin fondo, un abismo en el que habían caído su corazón y su vida, todo cuanto le quedaba sobre la tierra.

De repente el general Ormont se acercó, cogió del brazo al coronel y, llevándoselo casi a la fuerza, dijo: «Vamos, vamos, mi viejo camarada, no hay que quedarse aquí». Entonces el coronel obedeció, y regresó a su casa.

En el momento en que abría la puerta de su gabinete, vio una carta sobre su mesa de trabajo. Tras haberla cogido, estuvo a punto de desplomarse de la sorpresa y de la emoción. Había reconocido la escritura de su mujer. Y la carta llevaba el timbre de correos con fecha de ese mismo día. Desgarró el sobre y leyó.

Querido padre:

Permítame llamarle una vez más padre, como en otro tiempo. Cuando reciba esta carta, estaré muerta y bajo tierra. Entonces tal vez pueda perdonarme.

No es mi intención tratar de conmoverle ni de atenuar mi culpa. Sólo quisiera contar, con toda la sinceridad de una mujer que va a quitarse la vida dentro de una hora, toda la verdad.

Cuando se casó conmigo, por generosidad, me entregué a usted por gratitud y le quise con todo mi corazón de muchacha. Le quise como quise a mi papá, casi tanto; y un día, en que me tenía sobre sus rodillas, y me besaba usted, le llamé «padre», a mi pesar. Fue un grito del corazón, instintivo, espontáneo. La verdad, usted era para mí un padre, nada más que un padre. Usted se rió y me dijo: «Llámame siempre así, hija mía, pues me gusta».

Vinimos a esta ciudad y —perdóneme, padre— me enamoré. ¡Oh!, me resistí a ello por mucho tiempo, casi dos años, ha leído bien, casi dos años, y luego cedí, me convertí en culpable, me convertí en una perdida.

Quién era él no conseguirá adivinarlo. Estoy muy tranquila a este respecto, pues eran doce los oficiales que siempre tenía a mi alrededor y conmigo, a los que usted llamaba mis doce constelaciones.

Padre, no trate de averiguar quién es y no le odie. Él hizo lo que habría hecho cualquier otro en su lugar, y además estoy segura de que me quería también de todo corazón.

Pero, escuche, un día, teníamos una cita en la isla de las Bécasses, ya sabe a qué islita me refiero, pasado el molino. Tenía yo que llegar allí a nado, y él tenía que esperarme entre la maleza, donde luego se quedaría hasta la noche para no ser visto. Apenas acabábamos de encontrarnos, cuando las ramas se abren y veo a Philippe, su ordenanza, que nos había sorprendido. Me di cuenta de que estábamos perdidos y lancé un gran grito; entonces me dijo —¡él, mi amigo!—: «Váyase a nado, poquito a poco, querida, y déjeme con este hombre».

Yo me fui, tan conmocionada que a punto estuve de ahogarme, y volví con usted, esperándome algo espantoso.

Una hora después, Philippe me decía, en voz baja, en el pasillo del salón donde me lo encontré: «Estoy a las órdenes de la señora, si tiene alguna carta que darme». Entonces comprendí que se había vendido, y que mi amigo le había comprado.

Le di unas cartas, en efecto, todas mis cartas. Él las llevaba y me traía las respuestas.

Esto se prolongó por espacio de unos dos meses. Teníamos confianza en él, como la tenía también usted.

Ahora bien, padre, he aquí lo que sucedió. Un día, en la misma isla a la que había ido a nado, pero, sola, esta vez, me encontré a su ordenanza. Este hombre me estaba esperando y me avisó de que iba a denunciarnos a usted y a entregarle unas cartas que tenía en su poder, robadas, si no cedía a sus deseos.

¡Oh!, padre, padre mío, sentí miedo, un miedo cobarde, indigno, miedo a usted sobre todo, a usted que tan bueno es, y al que yo había engañado, miedo también por él —usted le hubiera matado—, y quizá también a mí, ¿qué sé yo?, y estaba enloquecida, fuera de mí, creí comprarle una vez más a ese miserable que también me amaba, ¡qué vergüenza!

Somos tan débiles, nosotras las mujeres, que perdemos la cabeza con mucha mayor frecuencia que los hombres. Y además, una vez que hemos caído, caemos cada vez más bajo, más bajo. Yo no sabía ya lo que me hacía. De lo único que era consciente era de que uno de ustedes dos y yo moriríamos, y entonces me entregué a ese bruto.

Como puede ver, padre, no trato de justificarme.

Desde entonces —cosa que hubiera tenido que prever— me poseyó cuantas veces quiso, aterrándome. Fue también mi amante, como el otro, todos los días. ¿No es abominable? Y qué castigo, padre mío…

Entonces tomé la decisión de morir. En vida no me habría atrevido a confesarle un crimen semejante. Una vez muerta puedo atreverme a todo. No podía hacer otra cosa que morir; nada habría podido lavar mi ignominia, pues era una mancilla demasiado grande. Ya no podía amar, ni ser amada; me parecía que ensuciaba a todo el mundo con el simple hecho de dar la mano.

Dentro de poco iré a darme un chapuzón y no volveré.

Esta carta para usted será enviada a casa de mi amante. La recibirá después de mi muerte y, sin comprender nada, se la hará llegar, cumpliendo mi último deseo. Y usted la leerá al volver del cementerio.

Adiós, padre, no tengo nada más que decirle. Haga lo que quiera, y perdóneme.

El coronel se secó la frente perlada de sudor. Su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla le había vuelto de golpe.

Llamó.

Apareció un criado.

—Mande venir a Philippe —dijo.

Luego entreabrió el cajón de su mesa.

El hombre entró casi enseguida, un soldado alto, de bigotes pelirrojos, aspecto de tunante y mirada falsa.

El coronel le miró directamente a los ojos.

—Quiero que me digas el nombre del amante de mi mujer.

—Pero, mi coronel…

El oficial cogió su revólver del cajón entreabierto.

—Vamos, y rápido, sabes que no bromeo.

—Bien…, mi coronel… Es el capitán Saint-Albert.

Apenas hubo pronunciado aquel nombre, cuando una llama le abrasó los ojos y se desplomó hacia delante con la frente traspasada por una bala.

MOIRON*

Como se estaba hablando aún de Pranzini,[1] el señor Maloureau que había sido fiscal general bajo el Imperio, nos dijo:

—¡Oh!, yo tuve que encargarme, en otro tiempo, de un caso bien curioso, curioso desde varios puntos de vista, como verán.

*

Era yo en ese momento fiscal imperial en provincias, y estaba muy bien considerado en la corte gracias a mi padre, presidente primero en París. Tomé parte en un proceso que se hizo célebre como «el caso del maestro Moiron».

El señor Moiron, maestro de primaria en el norte de Francia, gozaba, en toda la región, de una excelente reputación. Hombre inteligente, razonable, muy religioso, un poco taciturno, se había casado en el municipio de Boislinot, donde ejercía su profesión. Había tenido tres hijos, muertos uno tras otro del pecho. A partir de ese momento, pareció volcar en la chiquillería que había sido confiada a su cuidado todo el afecto que guardaba en su corazón. Compraba, con dinero de su bolsillo, juguetes para sus mejores alumnos, para los más juiciosos y amables; organizaba para ellos meriendas, atiborrándoles de dulces, de golosinas y de pasteles. Todo el mundo quería y alababa a ese buen hombre, a ese buen corazón, cuando, uno tras otro, cinco de sus alumnos fueron muriendo en extrañas circunstancias. Se creyó que había sido una epidemia causada por el agua corrompida por la sequía, se buscaron las causas sin descubrirlas, tanto más cuanto que los síntomas parecían de lo más extraños. Los niños parecían aquejados de languidez, dejaban de comer, tenían dolores de estómago, tiraban durante algún tiempo, para luego expirar en medio de terribles sufrimientos.

Se hizo la autopsia del último fallecido sin encontrar nada. Las entrañas enviadas a París fueron analizadas y no revelaron la presencia de sustancia tóxica alguna.

Durante un año, no pasó nada más, luego dos chiquillos, los mejores de la clase, los predilectos de Moiron, murieron en cuatro días. Se prescribió de nuevo el examen de los cuerpos, descubriéndose, tanto en uno como en otro, trocitos de cristal

triturado incrustados en los órganos. Se llegó a la conclusión de que esos dos chiquillos debían de haber comido imprudentemente algún alimento no bien lavado. Habría sido suficiente con la rotura de un vaso sobre un tazón de leche para provocar ese horrible accidente. Las cosas no habrían pasado de aquí, si mientras tanto la criada de Moiron no hubiera caído enferma. Tras llamarse al médico, éste constató los mismos síntomas detectados en los niños, la interrogó y consiguió que confesara que había robado y comido de los dulces comprados por el maestro para sus alumnos.

Por orden del tribunal, se realizó un registro en la escuela y se descubrió un armario lleno de juguetes y de golosinas destinados a los niños. Ahora bien, casi todos estos dulces contenían trocitos de cristal o de agujas rotas.

Detenido inmediatamente, Moiron se mostró tan indignado y asombrado por las sospechas que recaían sobre él que estuvieron a punto de soltarle. Y, sin embargo, los indicios de su culpabilidad eran evidentes y pugnaban en mí contra mi primer convencimiento fundado en su excelente reputación, en su vida entera y en lo inverosímil y en la absoluta falta de móvil para un crimen semejante.

¿Por qué aquel buen hombre, sencillo, religioso, habría matado a unos niños, y precisamente a aquellos a los que tenía más apego, que cubría de regalos y atiborraba de golosinas, por los que gastaba en juguetes y caramelos la mitad de su sueldo?

¡Para admitir semejante modo de actuar había que concluir que estaba loco! Ahora bien, Moiron parecía tan razonable, tan sereno, tan coherente y equilibrado, que la locura parecía imposible de demostrar en su caso.

¡Y, sin embargo, las pruebas se acumulaban! Se comprobó que caramelos, pasteles, melcochas y otros dulces comprados a los proveedores habituales del maestro de escuela contenían algunos ingredientes sospechosos.

Entonces Moiron sostuvo que algún enemigo suyo desconocido debía de haber abierto su armario con una llave falsa para introducir el cristal y las agujas en las golosinas. Y se inventó toda una historia sobre una herencia supeditada a la muerte de un niño, decidida y perpetrada por algún campesino que obtendría aquélla en la medida en que consiguiera hacer recaer las sospechas sobre él. A aquel monstruo, dijo, no le había preocupado que fueran a morir también otros pobres niños.

Era posible. El hombre parecía tan seguro de sí y apenado que le habría dejado en libertad sin lugar a dudas, a pesar de los cargos contra él, de no haberse hecho, uno tras otro, dos descubrimientos irrefutables.

El primero, una tabaquera llena de cristal triturado, ¡su tabaquera!, en el interior de un cajón secreto del escritorio donde guardaba el dinero.

De nuevo encontró una explicación para justificar el hallazgo de forma más o menos plausible, como una última astucia del verdadero culpable desconocido, cuando un mercero de Saint-Marlouf se presentó ante el juez de instrucción para contar que un señor había comprado en su tienda unas agujas, en varias ocasiones, las

agujas más finas que había podido encontrar, rompiéndolas para ver si eran las que le convenían.

El mercero, tras realizar una rueda de reconocimiento de una docena de personas, identificó sin vacilar a Moiron. Y la investigación reveló que el maestro, en efecto, había ido a Saint-Marlouf en los días indicados por el comerciante.

Paso por alto las terribles declaraciones de los niños sobre la elección de las golosinas y el cuidado que ponía Moiron en que se las comieran en presencia suya y en hacer desaparecer los menores restos.

La opinión pública, enfurecida, pedía la pena capital con una vehemencia que el horror no hacía sino aumentar, venciendo toda resistencia o vacilación.

Moiron fue condenado a muerte. La apelación fue rechazada; sólo le quedaba la petición de gracia. Por mi padre me enteré de que el Emperador no la concedería.

Una mañana que estaba trabajando en mi gabinete, se me anunció la visita del capellán de la cárcel.

Era un anciano sacerdote con un gran conocimiento de los hombres y acostumbrado a tratar con criminales. Parecía turbado, incómodo, inquieto. Tras haber charlado algunos minutos de todo un poco, me dijo de sopetón mientras se levantaba:

«Si Moiron es decapitado, señor fiscal imperial, habrá dejado ejecutar usted a un inocente».

Luego, sin saludar, salió, dejándome con la profunda impresión de estas palabras. Las había pronunciado de forma conmovedora y solemne, entreabriendo, para salvar una vida, sus labios cerrados y sellados por el secreto de confesión.

Una hora después partía yo para París, y mi padre, al que había dado aviso, solicitó inmediatamente una audiencia al Emperador.

Se me recibió al día siguiente. Su Majestad estaba trabajando en un pequeño salón cuando se nos introdujo. Yo expuse todo el caso hasta la visita del sacerdote, y estaba contando ésta cuando se abrió una puerta situada detrás del sillón del soberano, y apareció la emperatriz, creyendo que estaba solo. Su Majestad Napoleón la consultó. Tan pronto como estuvo al corriente de los hechos, exclamó:

«Hay que conceder el perdón a este hombre. ¡Hay que hacerlo, puesto que es inocente!

¿Cómo era posible que la repentina convicción de una mujer tan piadosa despertara en mí una terrible duda?

Yo había ardido en deseos hasta ese momento de que se conmutara la pena. Pero de pronto me sentí la víctima, el juguete de un astuto criminal que había utilizado a un sacerdote y la confesión como último recurso de defensa.

Expuse mis dudas a Sus Majestades. El emperador estaba indeciso, incitado por su bondad natural y refrenado por el temor a verse burlado por un ser despreciable.

En cambio, la emperatriz, convencida de que el sacerdote había obedecido a una instancia divina, repetía: «¡Pero qué importa! ¡Siempre es preferible perdonar la vida a un culpable que dar muerte a un inocente!». Su opinión se impuso y la pena de muerte fue conmutada por la de trabajos forzados.

Unos años después supe que Moiron, cuyo comportamiento ejemplar en la penitenciaría de Toulon había sido señalado nuevamente al Emperador, se había convertido en criado del director de la cárcel.

Tras lo cual no volví a oír hablar por mucho tiempo de ese hombre.

Hará un par de años, mientras estaba pasando el verano en Lille, en casa de mi primo de Larielle, una noche, justo cuando nos disponíamos a sentarnos a la mesa para cenar, me avisaron de que un joven sacerdote deseaba hablar conmigo.

Dije que le hicieran entrar; me suplicó que fuera con él a ver a un moribundo que quería hablar conmigo a toda costa. En mi larga carrera de magistrado me había visto en varias ocasiones en semejantes tesituras y, aunque relegado por la República, de vez en cuando todavía me llamaban en análogas circunstancias.

Seguí, pues, al sacerdote, que me hizo subir hasta un miserable alojamiento, en lo alto de una casa de obreros.

En un jergón de paja vi a un extraño agonizante, sentado, con la espalda apoyada en la pared para poder respirar.

Era una especie de esqueleto gesticulante, con unos ojos profundos y brillantes.

Apenas verme, murmuró:

«Me reconoce usted, ¿no?»

«Pues no».

«Soy Moiron».

Tuve un sobresalto y pregunté:

«¿El maestro de escuela?»

«Sí».

«¿Y qué hace aquí?»

«Sería demasiado largo de contar. No tengo tiempo… Voy a morir…, me han traído a este cura… y como sabía que estaba usted aquí, le he mandado llamar… Es a usted a quien quiero confesarme…, ya que me salvó la vida… en otro tiempo».

Apretaba con sus manos crispadas la paja de su jergón a través de la tela. Y prosiguió con una voz ronca, enérgica y queda:

«Mire…, le debo la verdad… a usted…, pues es preciso que se la cuente a alguien antes de dejar este mundo.

»Fui yo quien mató a los niños…, a todos… Fui yo… ¡por venganza!

»Escuche. Era yo un hombre honrado, honradísimo…, honradísimo…, muy puro, que adoraba a Dios, a ese Dios bueno, el Dios que nos enseñan a querer, y no al Dios falso, al verdugo, al ladrón, al asesino que gobierna la tierra. No había hecho nunca

mal alguno, ni cometido nunca ninguna mala acción. Era yo puro como no se es, señor.

»Cuando me casé, tuve hijos y los quise como nunca ningún padre o madre han querido a los suyos. No vivía más que para ellos. Estaba loco por ellos. ¡Se me murieron los tres! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo? Me rebelé, pero con una rebelión furiosa; y de repente abrí los ojos como cuando uno se despierta; y comprendí que Dios es malvado. ¿Por qué había matado a mis hijos? Me quité la venda de los ojos y vi que le gusta matar. Es lo único que le gusta, señor. ¡Da vida con el solo fin de destruir! Dios, señor, es un exterminador. Todos los días necesita muertos. Y los mata de todas las maneras posibles por mera diversión. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para entretenerse durante meses y años; y luego, cuando se aburre, tiene las epidemias, la peste, el cólera, las anginas, las viruelas; ¡y qué sé yo cuántas cosas más ha inventado ese monstruo! Pero ¡como no tenía bastante, porque todos esos males se parecen, entonces se regala ocasionalmente con alguna guerra, para ver doscientos mil soldados caídos, amontonados en medio de la sangre y del barro, reventados, con los brazos y las piernas hechos pedazos, la cabeza rota por las balas como los huevos que se caen al suelo.

»Y esto no es todo. Ha hecho que los hombres se coman entre sí. Y además, como los hombres se volvían mejores que él, creó a las bestias para ver cómo los hombres las cazan, las degüellan y se las comen. Pero no acaba aquí la cosa. Creó a los insectos que viven un día, a las moscas que mueren a millares en una hora, a las hormigas que aplastamos y a otros seres, tantos como no podemos imaginarnos. Y todos se matan entre sí, se dan caza, se devoran y mueren de continuo. Y el buen Dios mira y se divierte, porque los ve a todos, a los más grandes y a los más pequeños, a los que viven en una gota de agua y a los de los otros astros. Los observa y se divierte. ¡Ah, qué canalla!

»Entonces, yo, señor, también maté niños. ¡Se la jugué bien jugada! Ésos no se los llevó él; me los llevé yo. ¡Y a cuántos más habría matado si no me hubiera descubierto usted!

»Iba a morir guillotinado. ¡Yo! ¡Cómo se hubiera reído el muy miserable! Entonces solicité la presencia de un sacerdote y le mentí. Me confesé. Mentí, y así salvé mi vida.

»Ahora se acabó, ya no puedo escapar de él. Pero no le tengo miedo, pues le desprecio demasiado…».

Era horrendo ver a aquel miserable que jadeaba, hablaba con hipidos, abría la boca de par en par para vomitar unas palabras apenas audibles, y que agonizaba, arrancaba la tela de su jergón y, bajo una manta casi negra, agitaba las piernas como para escapar.

¡Qué ser más espantoso, y qué horrible recuerdo!

Le pregunté:

«¿No tiene nada más que decir?»

«No, señor».

«Entonces, adiós».

«Adiós, señor, un día u otro…»

Me volví hacia el sacerdote, el cual, lívido, alzaba contra la pared su figura alta y oscura, y le pregunté:

«¿Usted se queda, reverendo?»

«Sí, me quedo».

Entonces el moribundo dijo sarcásticamente:

«Sí, sí, manda a sus cuervos a por los cadáveres».

Yo ya tenía bastante; abrí la puerta y me largué.

EL AHOGADO*

I

Todo el mundo, en Fécamp, conocía la historia de la tía Patin. Es cierto que la tía Patin no había sido feliz con su hombre, pues éste la golpeaba, en vida, como se golpea el trigo en la era.

Él era patrón de una barca de pesca, y se había casado con ella, en otro tiempo, porque era graciosa, aunque fuera pobre.

Patin, buen marinero, pero brutal, frecuentaba la taberna del compadre Auban, donde se tomaba, los días de cada día, cuatro o cinco copas de aguardiente y, en los que había habido una buena pesca, ocho o diez, e incluso más, si se lo pedía el cuerpo, decía.

El aguardiente era servido a los clientes por la hija del compadre Auban, una morena de buen ver y que atraía a la gente al local únicamente por su buena presencia, pues nunca había dado que hablar.

A Patin, cuando entraba en la taberna, le gustaba mirársela y le hablaba con cortesía, diciéndole cosas en tono tranquilo de mozo formal. Pero cuando se había tomado la primera copa, ya la encontraba más graciosa; a la segunda, le guiñaba el ojo; a la tercera, decía: «Si usted quisiera, señorita Désirée…», sin acabar nunca su frase; a la cuarta, trataba de retenerla por la falda para besarla; y, cuando llevaba ya diez copas, era el compadre Auban quien le servía las demás.

El viejo tabernero, que podía poner cátedra en astucias, hacía circular a Désirée por entre las mesas para aumentar así las consumiciones; y Désirée, que no por nada era la hija del compadre Auban, paseaba su falda en torno a los parroquianos, y bromeaba con ellos, con una sonrisa en los labios y una mirada maliciosa.

A fuerza de tomarse copas de aguardiente, Patin se acostumbró tanto al rostro de Désirée, que pensaba en él incluso en el mar, cuando largaba sus redes, mar adentro, durante las noches de viento o las noches de mar calma, durante las noches de luna o las noches de tinieblas. Pensaba en ella mientras estaba al timón, en la popa de la barca, mientras sus cuatro compañeros dormitaban con la cabeza recostada en sus brazos. La veía siempre sonreírle, servirle el aguardiente amarillento con un

movimiento del hombro, y luego irse diciendo:

—¿Qué? ¿Contento?

A fuerza de tener siempre sus ojos puestos en ella y de tenerla en su pensamiento, le entraron tales ganas de tomarla por esposa, que, no pudiendo aguantarse más, pidió su mano.

Él era rico, propietario de su embarcación, de sus redes y de una casa al pie de la cuesta de la Retenue, mientras que el compadre Auban no tenía nada. Por lo que su petición fue aceptada inmediatamente y la boda se celebró lo más pronto posible, teniendo ambas partes prisa por cerrar el asunto por diferentes motivos.

Pero, tres días después de celebrada la boda, Patin ya no comprendía en absoluto cómo podía haber creído que Désirée era distinta del resto de las mujeres. Muy embobado tenía que estar, en verdad, para liarse con una pobretona que seguro que le había engatusado con el aguardiente, un aguardiente en el que había puesto alguna asquerosa droga.

Y, cada vez que salía a pescar, juraba todo el tiempo, rompía la pipa con los dientes, maltrataba a la tripulación y, tras haber maldecido a voz en grito con todas las expresiones habituales y contra todo bicho viviente, desembuchaba cuanto le quedaba en el cuerpo contra los peces y los bogavantes que iba sacando uno por uno de las redes y no los tiraba ya dentro de las cestas sin acompañar su gesto de insultos y palabrotas.

Luego, de vuelta a casa, teniendo al alcance de su boca y de su mano a su mujer, la hija del compadre Auban, no tardó en tratarla como a un estropajo. Como además ella le escuchaba resignada, acostumbrada como estaba a la violencia paterna, él se irritó por su pachorra; y, una noche, la maltrató. A partir de entonces, la vida se volvió horrible en su casa.

Durante diez años no se habló en la Retenue de otra cosa que de las palizas que Patin propinaba a su mujer y de su manera de blasfemar, con cualquier pretexto, cuando le dirigía la palabra. En efecto, blasfemaba de un modo especial, con una riqueza de léxico y una sonoridad vocal que nadie más tenía en Fécamp. Apenas aparecía su barca en la bocana del puerto, de regreso de la pesca, la gente esperaba la primera andanada que lanzaría, desde la cubierta al malecón, no bien hubiera visto el gorrito blanco de su compañera.

De pie, en popa, maniobraba, en los días de mar gruesa, con la mirada hacia proa y la vela, y, pese al cuidado que exigía el paso estrecho y difícil, pese a las olas de fondo que entraban como montañas en el estrecho canal, trataba de reconocer, en medio del mujerío que esperaba a los marineros, ante la espuma de las olas, a la suya, a la hija del compadre Auban, ¡la pordiosera!

Entonces, apenas verla, no obstante el ruido de las olas y del viento, le echaba tal bronca, con semejante vozarrón, que todo el mundo rompía a reír, pese a no dejar de

compadecerla mucho. Luego, llegada la barca al muelle, su forma de soltar el lastre de galanterías, como él decía, mientras desembarcaba el pescado, atraía en torno a sus amarras a todos los granujas y a todos los desocupados del puerto.

A veces los improperios salían de su boca como cañonazos, terribles y breves, otras como rugientes truenos de cinco minutos, era un huracán tal de palabrotas que parecía que guardara en sus pulmones todas las tormentas de Dios Padre.

Luego, cuando había dejado la barca y se encontraba delante de ella en medio de los curiosos y de las vendedoras de arenques, sacaba del fondo de la bodega todo un nuevo cargamento de maldiciones y de duras palabras, y así se iban para casa, ella delante y él detrás, ella llorosa y él gritón.

Entonces, a solas con ella, a puerta cerrada, le arreaba al menor pretexto. Cualquier excusa era buena para levantarle la mano y, una vez que había empezado, ya no paraba, vomitándole entonces a la cara los verdaderos motivos de su odio. A cada bofetada, a cada mamporrazo, vociferaba: «¡Ah, la zarrapastrosa, la pobretona, la muerta de hambre, buena la hice el día que mojé el gaznate con el matarratas del fullero de tu padre!».

La pobre mujer vivía ahora presa de un espanto incesante, en un temblor continuo de alma y de cuerpo, en una espera pavorosa de insultos y de bastonazos.

Y esto duró diez años. Estaba tan amedrentada que palidecía al hablar con cualquiera, y no pensaba ya en nada más que en los golpes que la amenazaban y en que se había vuelto más delgada, amarilla y seca que un arenque ahumado.

II

Una noche en que su hombre se hallaba faenando en el mar, fue despertada de repente por ese gruñido de bestia que hace el viento cuando llega como un perro suelto. Se sentó en su cama, alterada, luego, al no oír ya nada, volvió a acostarse; pero, casi de inmediato, se oyó en la chimenea un mugido que sacudía la casa por entero, el cual se extendió por todo el cielo como si un rebaño de animales furioso hubiera atravesado el espacio bufando y bramando.

Entonces se levantó y corrió hacia el puerto. De todas partes llegaban otras mujeres con faroles. Los hombres acudían corriendo y todos miraban cómo se encendía en la noche, en el mar, la espuma en lo alto de las olas.

La tempestad duró quince horas. Once marineros no regresaron, y Patin fue uno de ellos.

Encontraron, en la costa de Dieppe, restos de la *Jeune-Amélie*, su barca. Recogieron, hacia Saint-Valéry, los cuerpos de sus marineros, pero nunca se encontró el suyo. Como el casco de la embarcación parecía haberse partido en dos, su mujer esperó y temió su vuelta durante mucho tiempo, pues, de haberse producido un

abordaje, era posible que el barco abordador le hubiera recogido, a él solo, y llevado lejos.

Luego, poco a poco, se acostumbró a la idea de que era viuda, sin dejar de estremecerse cada vez que una vecina, que un pobre o que un vendedor ambulante entraban repentinamente en su casa.

Ahora bien, una tarde, unos cuatro años después de la desaparición de su hombre, ella se detuvo, siguiendo la calle de los judíos, delante de la casa de un viejo capitán, muerto recientemente, cuyo mobiliario era sacado a la venta.

Justo en ese momento estaban subastando un papagayo verde de cabeza azul, que miraba a todos con aire descontento e inquieto.

—¡Tres francos! —exclamaba el vendedor—; ¡un pájaro que habla como un sacamuelas, tres francos!

Una amiga de la Patin le dio con el codo:

—Debería usted comprarlo, rica como es —le dijo—. Le haría compañía; vale más de treinta francos ese pájaro. ¡Siempre puede revenderlo por veinte o veinticinco!

—¡Cuatro francos, señoras, cuatro francos! —repetía el hombre—. Canta vísperas y predica como el señor cura. ¡Es un fenómeno…, un prodigio!

La Patin añadió cincuenta céntimos y le entregaron, dentro de una jaulita, el pájaro de pico encorvado, que ella se llevó.

Luego lo instaló en su casa y, cuando abría la puerta de tela metálica para dar de beber al ave, recibió un picotazo en el dedo que le desgarró la piel y la hizo sangrar.

—¡Ah, qué mala bestia! —exclamó.

No obstante, le dio cañamón y maíz, y luego dejó que se alisara el plumaje mientras miraba con aire burlón su nueva casa y a su nueva ama.

Al día siguiente, al amanecer, la Patin oyó con gran claridad una fuerte voz, sonora y vibrante, la voz de Patin que gritaba:

—¿Quieres levantarte, golfa?

Fue tal su espanto que escondió la cabeza debajo de las sábanas, pues, todas las mañanas, en otro tiempo, apenas había abierto los ojos, su difunto marido le gritaba al oído estas tres palabras que ella se conocía a la perfección.

Temblando, ovillada, con la espalda ofrecida a la paliza que ya esperaba, murmuraba, el rostro escondido en la cama:

—¡Santo Dios, ahí está! ¡Santo Dios, ahí está! ¡Ha vuelto, santo Dios!

Pasaban los minutos; ningún ruido turbaba ya el silencio de la habitación. Entonces, estremeciéndose, asomó la cabeza fuera de la cama, segura de que estaba allí, acechando, dispuesto a darle una azotaina.

Ella no vio nada, nada más que un rayo de sol que se filtraba por la ventana y pensó: «Está escondido, seguro».

Esperó largo rato, luego, algo tranquilizada, pensó: «Hay que creer que lo he soñado, pues no aparece».

Volvió a cerrar los ojos, más calmada, cuando estalló, muy cerca, la voz furiosa, la voz tonante del ahogado que vociferaba:

—¡Rediós, rediós, rediós, pero quieres levantarte, c…!

Ella saltó de la cama, levantada por la obediencia, por su pasiva obediencia de mujer molida a golpes, que se acuerda aún de ellos después de cuatro años y que se acordará siempre y que siempre obedecerá a esa voz. Y dijo:

—Aquí me tienes, Patin. ¿Qué quieres?

Pero Patin no respondió.

Entonces, enloquecida, miró a su alrededor, luego buscó por todas partes, dentro de los armarios, en la chimenea, debajo de la cama, sin encontrar a nadie, y por último se derrumbó sobre una silla, loca de angustia, convencida de que era el alma de Patin la que estaba allí, a su lado y que había vuelto para torturarla.

De pronto, le vino a la mente el desván, al que se podía acceder exteriormente por una escalera. Seguro que se había escondido allí para sorprenderla. Los salvajes debían de haberle tenido prisionero en alguna parte de la costa y él, que no había conseguido escapar hasta entonces, había vuelto ahora más malo que nunca. No cabía duda con sólo oír el timbre de su voz.

Con la cabeza levantada hacia el techo preguntó:

—¿Estás ahí, Patin?

Patin no respondió.

Entonces salió, sacudida por un terrible miedo, subió la escalera, abrió el ventanillo, miró, no vio nada, entró, buscó y no le encontró.

Sentada sobre un haz de paja, rompió a llorar y mientras sollozaba, embargada de un terror lacerante y sobrenatural, oyó, en su habitación, justo debajo de donde estaba, a Patin que estaba contando algo. Ahora parecía menos rabioso, más tranquilo, decía:

—¡Qué tiempo de perros! ¡Fuerte viento! ¡Un tiempo de perros! ¡No he comido nada, rediós!

Ella gritó desde el desván:

—Ya voy, ya voy, Patin. Ahora te preparo las sopas, no te enojes.

Volvió a bajar a toda prisa.

Pero abajo no había nadie.

Se sintió desfallecer como si la Muerte la tocara, y estaba a punto de escapar para pedir socorro a los vecinos, cuando la voz, muy cerca de su oído, exclamó:

—¡No he desayunado, rediós!

Y el papagayo, en su jaula, la miraba con su mirada de ojos redondos, burlones y malvados.

También ella lo miró, enloquecida, murmurando:

—¡Ah, eres tú!

Y el papagayo prosiguió, meneando la cabeza:

—¡Espera, espera, espera, ya te enseñaré yo a holgazanear!

¿Qué pasó dentro de ella? Sintió, comprendió que era precisamente él, el muerto, que había vuelto, que se había escondido dentro del plumaje de aquella bestia para empezar a atormentarla de nuevo, que iba a jurar, como en otro tiempo, todo el santo día, y a atacarla, a gritarle insultos para que los oyeran los vecinos y hacerles reír. Entonces se precipitó, abrió la jaula, cogió al pájaro que se defendía, arrancándole la piel con el pico y las zarpas. Pero ella lo sujetaba fuerte con ambas manos y, echándose al suelo, rodó por encima de él con un frenesí de posesa, lo aplastó, hizo de él un pingajo de carne, una cosita blanda, verde, que ya no se movía, que ya no hablaba y que colgaba; luego, tras haberlo envuelto con un trapo de cocina como si fuera un lienzo, salió, en camisa, descalza como iba, atravesó el muelle, que el mar azotaba con cortas olas y, sacudiendo el hato, dejó caer en el agua aquella cosita muerta que parecía un manojo de hierba; luego volvió a su casa, se postró de rodillas delante de la jaula vacía, y, trastornada por lo que había hecho, pidió perdón a Dios, sollozando, como si acabara de cometer un horrible crimen.

HAUTOT PADRE E HIJO*

I

Delante de la puerta de la casa, medio alquería, medio casa de campo, una de esas viviendas rurales mixtas que fueron casi señoriales y que ocupan hoy grandes terratenientes, los perros, atados a los manzanos del patio, ladraban y aullaban al ver los morrales que traían el guarda y unos chiquillos. En la gran sala que hacía las veces de cocina comedor, Hautot padre, Hautot hijo, el señor Bermont, el recaudador, y el señor Mondaru, el notario, estaban tomando un bocado y un vaso de vino antes de ir de caza, pues era el día que se levantaba la veda.

Hautot padre, orgulloso de cuanto poseía, ponderaba por adelantado la caza que encontrarían sus invitados en sus tierras. Era un normando alto, uno de esos hombres imponentes, sanguíneos, huesudos, que cargan sobre sus hombros carretadas de manzanas. Medio campesino, medio señor, rico, respetado, influyente, autoritario, había hecho cursar estudios, hasta tercero, a su hijo César Hautot, a fin de que recibiera instrucción, y había hecho que los interrumpiera entonces por temor a que se convirtiese en un señor indiferente a la tierra.

César Hautot, casi tan alto como su padre, pero más delgado, era un buen hijo, dócil, siempre contento de todo, lleno de admiración, respeto y deferencia a la voluntad y a las opiniones de Hautot padre.

El señor Bermont, el recaudador, un hombre achaparrado que mostraba en sus rojas mejillas una fina trama de venillas moradas semejantes a los afluentes y a los cursos tortuosos de los ríos en los mapas de geografía, preguntó:

—Y liebres, ¿las hay?…

Hautot padre respondió:

—Tantas como usted quiera, sobre todo en los terrenos bajos del Puysatier.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó el notario, un notario regalón, gordo y pálido, así como tripudo y embutido en un traje de caza recién estrenado, comprado la semana anterior en Ruán.

—Pues por ahí, por los terrenos bajos. Ojearemos a las perdices hasta el llano y luego caeremos sobre ellas.

Y Hautot padre se levantó. Todos le imitaron, cogieron sus escopetas de los rincones, examinaron el mecanismo, patearon en el suelo para ajustarse bien las botas algo duras, que no habían sido aún ablandadas por el calor de la sangre; luego salieron, y los perros, alzándose en el extremo de sus cadenas, lanzaron ladridos agudos mientras azotaban el aire con sus patas.

Se pusieron en camino hacia los terrenos bajos. Era un vallecito, o mejor dicho, una gran ondulación de tierras de mala calidad, que habían quedado yermas por esta razón, surcadas por torrenteras, cubiertas de helechos, excelente reserva de caza.

Los cazadores se espaciaron, Hautot padre por la derecha, Hautot hijo por la izquierda, y los dos invitados por en medio. El guarda y los que llevaban los morrales les seguían. Era el momento solemne en que se espera el primer escopetazo, en que el corazón golpetea un poco, mientras el dedo nervioso palpa en todo momento el gatillo.

De súbito, ¡se oyó un disparo! Hautot padre había hecho fuego. Todos se pararon y vieron una perdiz que, separándose del grupo que huía con raudo vuelo, caía en una hondonada dentro de una maleza espesa. El cazador, excitado, echó a correr, pasando por encima y arrancando las zarzas que le retenían, y desapareció a su vez en la espesura en busca de la pieza cobrada.

Casi al punto se oyó un segundo disparo.

—¡Ja, ja!, el muy tunante —exclamó el señor Bermont—, habrá levantado una liebre ahí abajo.

Todos esperaban con los ojos clavados en aquel montón de ramas impenetrables a la mirada.

El notario, haciendo bocina con las manos, vociferó: «¿Las tiene?». Pero Hautot padre no respondió; entonces, César, volviéndose hacia el guarda, le dijo:

—Vaya usted a echarle una mano, Joseph. Hay que caminar en línea. Nosotros esperaremos.

Y Joseph, un viejo tronco de hombre seco, nudoso, con todas las articulaciones llenas de protuberancias, se fue con paso tranquilo y bajó a la hondonada, buscando los boquetes practicables con precauciones de zorro. Luego, de inmediato, exclamó:

—Oh, vengan, vengan, ha ocurrido una desgracia.

Acudieron todos y se metieron por entre las zarzas. Hautot padre, caído de costado, desvanecido, se aguantaba con ambas manos el vientre del que brotaban a través de su chaqueta de tela desgarrada por el plomo unos largos hilillos de sangre sobre la hierba. Al dejar su escopeta para coger la perdiz muerta al alcance de su mano, había dejado caer el arma cuyo segundo disparo, saliendo por el impacto contra el suelo, le había reventado las entrañas. Le sacaron del hoyo, le desvistieron, y vieron una herida espantosa por la que se le salían las tripas. Entonces, tras hacerle una ligadura como pudieron, le llevaron a su casa y esperaron al médico al que se

había mandado llamar, con un sacerdote.

En cuanto llegó el doctor, éste meneó la cabeza con aire grave y, volviéndose hacia Hautot hijo que sollozaba en una silla, le dijo:

—Mi pobre muchacho, esto no pinta nada bien.

Pero cuando hubieron terminado de vendarle, el herido movió los dedos, abrió la boca, luego los ojos, lanzó delante de sí unas miradas turbias, extraviadas, y a continuación pareció hurgar en su memoria, acordarse, comprender y murmuró:

—¡Rediós, esto se acabó!

El médico le sostenía la mano.

—No, no, unos pocos días de reposo y no será nada.

Hautot prosiguió:

—¡Se acabó! ¡Tengo el estómago reventado! Bien lo sé.

Luego de repente agregó:

—Quisiera hablar con mi hijo, si me da tiempo.

Hautot hijo, a su pesar, lloriqueaba y repetía como un niño pequeño:

—¡Papá, papá, pobre papá!

Pero el padre, con un tono más firme, dijo:

—Vamos, deja de llorar, no es éste el momento. Tengo que hablar contigo. Ponte aquí, muy cerca, acabaremos pronto, y yo me sentiré más tranquilo. Ustedes, déjennos un minuto, por favor.

Todos salieron dejando al hijo enfrente del padre.

Una vez que estuvieron solos, el padre dijo:

—Escucha, hijo, ya tienes veinticuatro años, y se te pueden decir las cosas. Y, además, en este tipo de asuntos el misterio somos nosotros quienes lo añadimos. Sabes que tu madre murió hace siete años, ¿no es cierto?, y que yo tengo actualmente cuarenta y cinco, pues me casé a los diecinueve. ¿No es así?

El hijo balbució:

—Sí, así es.

—Así pues, tu madre murió hace siete años y yo me quedé viudo. Pues bien, un hombre como yo no puede permanecer viudo a los treinta y siete años, ¿no es así?

El hijo respondió:

—Sí, así es.

El padre, jadeando, todo pálido y con el rostro crispado, continuó:

—¡Dios, cómo me duele! Lo comprendes, pues. No está el hombre hecho para vivir solo, pero yo no quería tomar otra mujer porque así se lo prometí a tu madre. Entonces…, ¿comprendes?

—Sí, padre.

—Así que tomé a una jovencita de Ruán, de la rue de l’Éperlan, número dieciocho, tercero, segunda puerta. Te doy esta información, no la olvides. Pero una

jovencita que ha sido sumamente amable conmigo, amorosa, abnegada, una mujer de verdad. ¿Comprendes, muchacho?

—Sí, padre.

—Por tanto, si ha llegado mi hora, le debo algo, pero algo como Dios manda que la libere de la penuria, ¿entendido?

—Sí, padre.

—Te digo que es una buena chica, buena de verdad, y que de no haber sido por ti y por la memoria de tu madre, así como por la casa donde hemos vivido los tres juntos, me la habría traído aquí, y luego me habría casado con ella, seguro…, escucha…, escucha…, hijo mío…, habría podido hacer testamento…, pero no lo he hecho. No he querido…, porque estas cosas no deben ponerse por escrito…, estas cosas…, pues perjudican demasiado a los legítimos… y todo se complica además…, ¡y no es bueno para nadie! ¿Sabes?, olvídate del papel timbrado, no sirve para nada, no lo emplees jamás. Si yo soy rico es porque durante toda mi vida no lo he usado nunca. ¿Comprendes, hijo?

—Sí, padre.

—Escucha…, escúchame bien… Así que no he hecho testamento…, no he querido. Porque, además, te conozco, sé que tienes buen corazón, que no eres ni tacaño ni mezquino. Me dije que, al final de mis días, te lo contaría todo y te rogaría que no olvidaras a la pequeña: Caroline Donet, rue de l'Éperlan, número dieciocho, tercero, segunda puerta, no lo olvides. Y escucha también lo que te voy a decir. Ve enseguida apenas yo haya dejado este mundo y actúa de forma que no tenga un mal recuerdo de mí. Tú tienes lo suficiente. Puedes hacerlo, pues te dejo bastante… Escucha…, durante la semana no está nunca, porque trabaja con la señora Moreau, en la rue Beauvoisine. Ve un jueves. Es el día que me espera. Es mi día desde hace seis años. ¡Pobre pequeña, cuánto va a llorar!… Si te cuento todo esto es porque te conozco bien, hijo mío. No son cosas que se cuenten a la gente, ni al notario ni al cura. Se hacen, todos lo saben, pero que no se cuentan, salvo que sea necesario. Por eso no quiero que ningún extraño esté en el secreto, nadie que no sea de la familia, porque la familia son todos en uno, ¿entendido?

—Sí, padre.

—¿Me lo prometes?

—Sí, padre.

—¿Lo juras?

—Sí, padre.

—Hijo, te lo ruego, te lo suplico, no lo olvides. Es de suma importancia para mí.

—No, padre.

—Irás tú mismo. Quiero que te asegures de todo.

—Sí, padre.

—Y luego verás…, verás lo que ella te explica. Nada más puedo añadir. Lo has jurado.

—Sí, padre.

—Está bien, hijo mío. Dame un beso. Adiós. Voy a palmarla, estoy seguro. Diles a los otros que entren.

Hautot hijo dio un beso a su padre entre gemidos, luego, siempre dócil, abrió la puerta y apareció el cura, en roquete blanco, trayendo los sagrados óleos.

Pero el moribundo había cerrado los ojos y se negó a volver a abrirlos, se negó a responder, se negó a demostrar, mediante un signo siquiera, que comprendía.

Mucho había hablado aquel hombre, y no podía más. Se sentía, por otra parte, ahora con el corazón tranquilo, quería morir en paz. ¿Qué necesidad tenía de confesarse al delegado de Dios en la tierra, puesto que acababa de confesarse con su hijo, que era de la familia?

Recibió los sacramentos, fue purificado y absuelto en medio de sus amigos y de sus servidores postrados de rodillas, sin que un solo movimiento de su rostro revelase que seguía todavía con vida.

Murió hacia medianoche, tras cuatro horas de estremecimientos que indicaban unos dolores atroces.

II

Le enterraron el martes, tras haberse levantado la veda el domingo. Después de volver a su casa, una vez que había acompañado a su padre al cementerio, César Hautot se pasó el resto de la jornada llorando. Apenas si durmió a la noche siguiente y se sintió tan triste al despertar que se preguntaba cómo iba a poder seguir viviendo.

De todos modos, pensó hasta la noche una y otra vez que, si quería respetar las últimas voluntades de su padre, tenía que ir a ver al día siguiente a Ruán a esa muchacha Caroline Donet, que vivía en la rue de l’Éperlan, número 18, tercero, segunda puerta. Había repetido, muy bajito, como se murmura una oración, ese nombre y esa dirección un número incalculable de veces, a fin de no olvidarlos, y acabó por balbucearlos indefinidamente, sin poder parar o pensar en nada, de tanto como su lengua y su mente estaban poseídas por esta frase.

Así pues, al día siguiente hacia las ocho, ordenó enganchar a Graindorge al tílburi y partió al trote largo del pesado caballo normando por la carretera general de Ainville a Ruán. Llevaba puesta su levita negra y sus pantalones con trabillas e iba tocado con un gran sombrero de seda, y no había querido, dadas las circunstancias, ponerse encima de su bonito traje el sobretodo azul que se hincha al viento, protege la tela del polvo y de las manchas y se quita rápidamente a la llegada, tan pronto como se ha saltado del coche.

Entró en Ruán cuando daban las diez, se apeó como siempre en el Hôtel des Bons-Enfants de la rue des Trois-Mares, soportó los grandes abrazos del director, de su mujer y de sus cinco hijos, pues conocían la triste noticia; luego tuvo que dar detalles sobre el accidente, lo cual le hizo llorar, rehusar los servicios de toda esa gente, solícita porque sabían que era rico, y rechazar hasta su invitación a comer, cosa que les picó.

Tras haber quitado el polvo de su sombrero, cepillado la chaqueta y lustrado sus botines, se puso a buscar la rue de l'Éperlan, sin atreverse a preguntarle a nadie por temor a ser reconocido y a despertar sospechas.

Finalmente, como no daba con ella, al ver a un cura, fiándose de la discreción profesional de todo eclesiástico, le preguntó a él.

La tenía a sólo cien pasos, era justo la segunda calle a la derecha.

Entonces, vaciló. Hasta ese momento había obedecido como un manso cordero a la voluntad de su difunto padre. Pero ahora se sentía totalmente agitado, avergonzado, humillado ante la idea de encontrarse, él, el hijo, delante de esa mujer que había sido la amante de su padre. Toda la moral que subyace en nosotros, acumulada en el fondo de nuestros sentimientos durante siglos de enseñanza hereditaria, todo cuanto había aprendido desde el catecismo sobre las mujeres de mala vida, el desprecio instintivo que todo hombre siente por ellas, incluso si se casa con una, toda su honestidad estrecha de campesino, todo ello se agitaba en su interior, le retenía, le hacía avergonzarse y enrojecer.

Pero pensó: «Se lo prometí a mi padre. No puedo dejar de hacerlo». Entonces empujó la puerta entreabierta de la casa señalada con el número 18, descubrió una escalera oscura, subió tres pisos, vio una puerta, luego una segunda, encontró un cordón de campanilla y tiró de él.

El ding dong que resonó en la habitación vecina le provocó un estremecimiento. La puerta se abrió y se encontró delante de una joven señora muy bien vestida, morena, de tez colorada, que le miraba con ojos de pasmo.

No sabía qué decirle, y ella, que no sospechaba nada, y que esperaba al otro, no le invitaba a entrar. Se contemplaron así durante cerca de medio minuto. Finalmente ella preguntó:

—¿Qué desea, señor?

Él murmuró:

—Soy Hautot hijo.

Ella tuvo un sobresalto, palideció y balbució como si le conociera desde hacía tiempo:

—¿El señor César?

—Sí…

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar con usted de parte de mi padre.

Ella dijo:

—¡Oh, Dios mío! —Y retrocedió para que entrase. Él cerró la puerta y la siguió.

Entonces vio a un niño pequeño de unos cuatro o cinco años, que estaba jugando con un gato, sentado en el suelo delante de un horno del que subía un humo de platos mantenidos calientes.

—Siéntese —dijo ella.

Y se sentó… Ella preguntó:

—¿Y bien?

Él no se atrevía a hablar, con los ojos clavados en la mesa puesta en medio del piso y en la que había tres cubiertos, uno de ellos para un niño. Miraba la silla vuelta de espaldas al fuego, el plato, la servilleta, los vasos, la botella de vino tinto empezada y la botella de vino blanco intacta. ¡Era el lugar de su padre, de espaldas al fuego! Le esperaban. Era su pan el que veía, que reconocía al lado del tenedor, pues le habían quitado la corteza debido a los malos dientes de Hautot. Luego, alzando la vista, vio, en la pared, su retrato, la gran fotografía hecha en París el año de la Exposición, la misma que colgaba encima de la cabecera en el dormitorio de Ainville.

La joven prosiguió:

—¿Y bien, señor César?

Él la miró. La angustia la había hecho ponerse lívida y esperaba con las manos temblándole de miedo.

Entonces él se atrevió.

—Pues bien, señorita, papá murió el domingo, mientras cazaba.

Ella se sintió tan trastornada que se quedó inmóvil. Tras unos instantes de silencio, murmuró con voz casi inaudible:

—¡Oh, no es posible!

Luego, de repente, asomaron unas lágrimas a sus ojos, y levantando sus manos se cubrió el rostro y empezó a sollozar.

Entonces, el pequeño volvió la cabeza y, al ver derramar unas lágrimas a su madre, se puso a berrear. Pero luego, comprendiendo que esa tristeza repentina tenía por causa a ese desconocido, se abalanzó sobre César, asió con una mano su pantalón y con la otra le pegó en el muslo con todas sus fuerzas. Y César se quedó desconcertado, emocionado, entre aquella mujer que lloraba a su padre y ese niño que defendía a su madre. Él mismo se sentía dominado por la emoción, con los ojos henchidos de lágrimas por la tristeza; y, para recobrar el dominio de sí, comenzó a hablar.

—Sí —dijo—, la desgracia ocurrió el domingo por la mañana, a eso de las ocho… —Y contó, como si ella escuchara, sin olvidar ningún detalle, refiriendo las más pequeñas cosas con una minuciosidad de campesino. Y el pequeño le seguía

pegando, propinándole ahora puntapiés en los tobillos.

Cuando llegó al momento en que Hautot padre le había hablado de ella, oyó su nombre, descubrió su rostro y preguntó:

—Perdón, no le seguía, quisiera saber… Si no le importa volver a empezar.

Él volvió a empezar con los mismos términos: «La desgracia ocurrió el domingo por la mañana a eso de las ocho…».

Lo contó todo, detenidamente, con interrupciones, recapitulaciones, ocasionales reflexiones propias. Ella le escuchaba con avidez, percibiendo con su sensibilidad nerviosa de mujer todas las peripecias que contaba y estremeciéndose de horror, mientras decía a veces: «¡Oh, Dios mío!». El pequeño, creyendo que se había calmado, había dejado de pegarle a César para coger la mano de su madre, y también escuchaba, como si hubiera comprendido.

Terminado el relato, Hautot hijo prosiguió:

—Ahora, vamos a arreglar las cosas entre usted y yo, de acuerdo con su deseo. Escuche, yo tengo una posición desahogada, me ha dejado un cierto patrimonio. No quiero que tenga usted motivos de queja…

Pero ella le interrumpió vivamente.

—Oh, señor César, señor César, hoy no. Tengo el corazón destrozado… Otro día será, otro día… No, hoy no… Si lo acepto, sepa… que no es por mí…, no, no, no, se lo juro, sino por este pequeño. Por lo demás, lo pondremos a su nombre.

Entonces César, aterrado, intuyó y dijo entre balbuceos:

—Así pues…, ¿el pequeño… es de él?

—Sí —dijo ella.

Y Hautot hijo miró a su hermanito con una emoción confusa, intensa y penosa.

Tras un largo silencio, pues ella lloraba de nuevo, César, muy incómodo, prosiguió:

—Bien, pues entonces, señorita Donet, voy a irme. Cuando usted quiera hablaremos del asunto.

Ella exclamó:

—¡Oh, no, no se vaya, no se vaya, no me deje completamente sola con Émile! Me moriría de tristeza. Ahora no tengo a nadie más que a mi pequeño. ¡Oh, qué triste vida, qué triste vida, señor César! Venga, siéntese. Siga hablándome. Cuénteme qué hacía él, allí, durante toda la semana.

Y César se sentó, acostumbrado como estaba a obedecer.

Ella acercó, para sí, otra silla a la suya, delante del horno donde los platos seguían calentándose, cogió a Émile sobre sus rodillas y le preguntó a César mil cosas sobre su padre, cosas íntimas que dejaban entrever lo mucho que había querido a Hautot con todo su pobre corazón de mujer.

Él, por una concatenación natural de sus ideas, más bien escasas, volvió al

accidente y empezó a contarlo de nuevo con los mismos detalles.

Cuando dijo: «Tenía un agujero tan grande en el estómago que habrían cabido las dos manos», ella soltó una especie de grito y de nuevo los sollozos le hicieron brotar las lágrimas de los ojos. Contagiado, también César rompió a llorar, y dado que las lágrimas tocan siempre la fibra sensible, se inclinó hacia Émile cuya frente tenía al alcance de la boca y le dio un beso.

La madre, recobrando el aliento, murmuró:

—Pobre niño, ahora es huérfano…

—También yo —dijo César.

No dijeron nada más.

Pero de repente, el instinto práctico del ama de casa, habituada a pensar en todo, se despertó en la joven.

—Tal vez no ha tomado nada desde la mañana, señor César.

—No, señorita.

—¡Oh!, debe de tener hambre. Tomará usted un bocado.

—Gracias —dijo—, pero no tengo hambre, estoy demasiado apenado.

Ella prosiguió:

—¡A pesar de la pena, la vida sigue, y no puede decirme usted que no! Y luego se quedará un ratito más. Cuando se vaya, no sé lo que será de mí.

Él cedió, tras cierta resistencia aún, y, sentándose de espaldas al fuego, enfrente de ella, se comió un plato de callos que crepitaban en el horno y se tomó un vaso de vino tinto. Pero no permitió que descorchara el blanco.

Repetidas veces él le limpió la boca al pequeño, que se había manchado de salsa toda la barbilla.

Cuando se levantaba para irse, preguntó:

—¿Cuándo quiere que vuelva para hablar del asunto, señorita Donet?

—Si no tiene inconveniente, el próximo jueves, señor César. Así no perderé tiempo. Tengo siempre los jueves libres.

—El jueves próximo me va bien.

—Vendrá usted a comer, ¿no?

—¡Oh!, en cuanto a eso, no puedo prometérselo.

—Es que se charla mejor comiendo. Se dispone además de más tiempo.

—Bien, de acuerdo. Hasta mediodía, entonces.

Y se fue después de haber besado otra vez al pequeño Émile y estrechado la mano de la señorita Donet.

III

La semana se le hizo larga a César Hautot. Nunca se había encontrado solo y el

aislamiento le parecía insoportable. Hasta entonces, vivía al lado de su padre, como si fuera su sombra, le seguía a los campos, vigilaba el cumplimiento de sus órdenes y, cuando se había separado de él durante largas horas, volvía a verle para cenar. Pasaban las veladas fumando con sus pipas el uno enfrente del otro, charlando de caballos, de vacas y de corderos; y el apretón de manos que se daban al despertar parecía el intercambio de un afecto familiar y profundo.

Ahora César estaba solo. Vagaba por las tierras labrantías del otoño, esperando siempre ver alzarse en el extremo de un llano la gran silueta gesticulante de su padre. Para matar el tiempo, entraba en casa de los vecinos, contaba el accidente a todos los que todavía no lo habían oído contar, lo repetía a veces a los demás. Luego, sin tener ya nada que hacer ni en que pensar, se sentaba a la vera de un camino preguntándose si aquella vida iba a durar por mucho tiempo.

Pensó a menudo en la señorita Donet. Le había gustado. Le había parecido una persona formal, dulce y buena muchacha, como había dicho su padre. Sí, una buena muchacha de verdad. Había decidido hacer las cosas a lo grande y concederle dos mil francos de renta, poniendo el capital a nombre del niño. Sentía incluso un cierto placer en pensar que el jueves siguiente volvería a verla y solventarían las cosas conjuntamente. Y, además, la idea de aquel hermanito, de aquel niño de cinco años, que era hijo de su padre, le atormentaba, no dejaba de causarle una cierta incomodidad, pero al mismo tiempo le infundía calor humano. Aquel hijo clandestino que nunca se llamaría Hautot era para él como una familia, una familia que podía coger o dejar, a su antojo, pero que le recordaba a su padre.

Así, el jueves por la mañana, al verse de camino a Ruán, llevado por el trote resonante de Graindorge, sentía más ligero y apaciguado su corazón de lo que lo había sentido desde su desgracia.

Al entrar en el piso de la señorita Donet, vio la mesa puesta como el jueves anterior, con la sola diferencia de que al pan no le había sido quitada la corteza.

Estrechó la mano de la joven, besó a Émile en las mejillas y se sentó, un poco como si estuviera en su casa, aunque con el corazón algo oprimido. Encontró a la señorita Donet ligeramente más delgada y un tanto pálida. Debía de haber llorado mucho. Tenía ahora ante él un aire de incomodidad como si hubiera comprendido lo que no había sentido la semana anterior ante la primera impresión de su desgracia, y le trataba con excesivos miramientos, con una humildad penosa y unas atenciones conmovedoras como para pagarle en deferencias y abnegación las bondades que tenía con ella. La comida se prolongó durante largas horas, hablando del asunto que motivaba la visita. Ella no quería tanto dinero. Era demasiado, demasiado. Ganaba lo suficiente para vivir, y únicamente deseaba que Émile se encontrara con un poco de dinero cuando fuera mayor. César se resistió a ello, y añadió también un regalo de mil francos para ella, para el luto.

Después del café, ella preguntó:

—¿Fuma usted?

—Sí…, tengo mi pipa.

Se rebuscó en el bolsillo. ¡Canastos, la había olvidado! Empezaba a sentirse contrariado, cuando ella le ofreció una pipa de su padre que guardaba en un armario. Él aceptó el ofrecimiento, la cogió, la reconoció, la olfateó, proclamó su calidad con voz emocionada, la rellenó de tabaco y la encendió. A continuación puso a Émile a horcajadas sobre una de sus piernas y le hizo jugar al caballito mientras ella recogía la mesa y guardaba, en la parte baja del aparador, la vajilla sucia para lavarla después, cuando él se hubiera ido.

Hacia las tres, él se levantó a su pesar, disgustado por la idea de tener que irse.

—Bien, señorita Donet —dijo—, que tenga un buen día, ha sido un placer conocerla.

Ella permanecía delante de él, colorada, muy emocionada, y le miraba pensando en el otro.

—¿No volveremos a vernos más? —preguntó ella.

Él se limitó a responder:

—Sí, señorita, si usted gusta.

—Por supuesto, señor César. Entonces, el jueves próximo, ¿le iría bien?

—Sí, señorita Donet.

—¿Le parece bien venir a comer?

—Pues… si usted quiere, no digo que no.

—De acuerdo, señor César, el próximo jueves a mediodía, como hoy.

—¡Hasta el próximo jueves a mediodía, señorita Donet!

BOITELLE*

A Robert Pinchon

El compadre Boitelle (Antoine) estaba especializado, en toda la región, en tareas de limpiar inmundicias. Cada vez que había que limpiar una zanja, un estercolero, un pozo negro, una cloaca, un hoyo fangoso era a él a quien llamaban.

Llegaba con sus útiles de pocero y sus zuecos mugrientos, y se ponía a la tarea sin dejar de quejarse de su oficio. Cuando le preguntaban por qué, pues, se dedicaba a aquel trabajo repugnante, él respondía con resignación:

—¿Por qué va a ser? Por mis hijos a los que tengo que dar de comer. Con esto se gana más que con otra cosa.

Tenía, en efecto, catorce hijos. Si le preguntaban qué había sido de ellos, respondía con tono indiferente:

—En casa no quedan más que ocho. Uno está en el servicio y cinco se han casado.

Si le preguntaban si se habían casado bien, añadía con vehemencia:

—Yo no me he opuesto. No me he opuesto a nada. Se han casado con quien ellos han querido. No hay que oponerse a las inclinaciones de cada uno, pues si no la cosa acaba mal. Si yo soy un limpiamierdas es porque mis padres se opusieron a mis inclinaciones. De lo contrario, habría sido un obrero como los demás.

He aquí en qué sus padres no habían accedido a sus inclinaciones.

Soldado a la sazón, prestaba servicio en Le Havre, ni más tonto ni más listo que cualquier otro, pero, eso sí, un poco simplón. Durante las horas de salida, su mayor placer consistía en pasear por el muelle, a lo largo de los puestos de los pajareros. Unas veces solo, otras con un paisano, pasaba despacio por delante de las jaulas donde los papagayos de dorso verde y cabeza amarilla de la Amazonia, los papagayos de dorso gris y cabeza roja del Senegal, los enormes guacamayos con su aspecto de aves criadas en cautividad, con su plumaje florido, sus penachos y copetes, las cotorras de todo tamaño, que se dirían coloreadas con minucioso cuidado por un Dios miniaturista, y las pequeñas, pequeñísimas avecillas saltarinas, rojas, amarillas,

azules y de colores abigarrados, mezclando sus chillidos al ruido del muelle, añaden al estruendo de los barcos descargados, de los paseantes y de los carruajes, una algarabía estridente, aguda, chillona, ensordecedora, de bosque lejano y sobrenatural.

Boitelle se paraba, con ojos como platos y la boca abierta, sonriente y embelesado, enseñando sus dientes a las cacatúas prisioneras que saludaban con su copete blanco o amarillo al rojo resplandeciente de su pantalón y al cobre de su cinturón. Cuando daba con un pájaro parlero, le hacía preguntas; y si el ave estaba ese día dispuesta a responder y a dialogar con él, se sentía feliz y contento hasta la noche. También le divertía muchísimo mirar a los monos, siendo para él el mayor lujo de un hombre rico tener uno de esos animales, lo mismo que se tienen perros y gatos. Aquel gusto, el gusto por lo exótico, lo llevaba en la sangre como se lleva el de la caza, de la medicina o del sacerdocio. Cada vez que se abrían las puertas del cuartel, no podía dejar de volver al muelle como arrastrado por un fuerte deseo.

Pues bien, en una ocasión, tras haberse detenido casi en éxtasis delante de una arara monstruosa que ahuecaba su plumaje, se inclinaba, se enderezaba, parecía hacer reverencias cortesanas del país de los papagayos, vio abrirse la puerta de un cafetín contiguo a la pajarería, y apareció una joven negra, tocada con un pañuelo rojo, que barría hacia la calle corchos y arenilla del establecimiento.

La atención de Boitelle se vio al punto dividida entre el pájaro y la mujer, y no habría sabido decir realmente a cuál de estos dos seres contemplaba con más asombro y placer.

La negra, tras haber echado fuera las barreduras del café, alzó la vista y quedó a su vez deslumbrada por el uniforme del soldado. Permanecía de pie, enfrente de él, con su escoba en las manos como si sostuviera un fusil, mientras que la arara continuaba con sus inclinaciones. Ahora bien, al cabo de unos instantes el soldado se sintió incómodo por aquella atención y se fue andando despacio para no dar la impresión de que se batía en retirada.

Pero volvió. Pasó casi a diario por delante del Café des Colonies, y vio a menudo a través de los cristales a la moza de negra piel que servía cañas o aguardiente a los marineros del puerto. Tampoco era raro que ella saliera al verle; y pronto, sin haber cruzado nunca una palabra, se sonreían como verdaderos conocidos; y Boitelle sentía que se le aceleraba el corazón al ver relucir de repente, entre los oscuros labios de la muchacha, la hilera resplandeciente de sus dientes. Hasta que, un buen día, entró por fin, y se quedó muy sorprendido al comprobar que hablaba francés como todo el mundo. La botella de limonada, de la que ella aceptó tomarse un vaso, quedó grabada, en la memoria del soldado, como algo memorablemente delicioso; y adquirió así la costumbre de ir a sorber, en aquel cafetín del puerto, todos los líquidos dulces que le permitía su bolsillo.

Era para él una fiesta, un motivo de felicidad en el que pensaba sin cesar, mirar la

mano negra de la moza sirviéndole algo en su vaso, mientras los dientes reían, más claros que los ojos. Al cabo de dos meses de frecuentación, se hicieron buenos amigos, y Boitelle, tras la primera sorpresa de ver que las ideas de aquella negra no diferían de las buenas ideas de las chicas del lugar, que sentía respeto por el ahorro, el trabajo, la religión y la buena conducta, la quiso más por ello, enamorándose hasta el punto de querer hacerla su esposa.

Él le comunicó sus planes, cosa que la hizo bailar de alegría. Por lo demás, ella contaba con algún dinero, dinero que le había dejado una vendedora de ostras que la había recogido al ser abandonada en el muelle de Le Havre por un capitán americano. Dicho capitán la había conocido a la edad de aproximadamente seis años, acurrucada sobre unas balas de algodón en la bodega de su barco, unas horas después de zarpar de Nueva York. Al recalar en Le Havre, dejó a los cuidados de esa ostrera compasiva a aquella bestezuela negra escondida a bordo, no sabía por quién ni cómo. Tras morir la vendedora de ostras, la moza se había convertido en camarera del Café des Colonies.

Antoine Boitelle añadió:

—Así se hará siempre y cuando mis padres no se opongan a ello. ¡Has de saber que nunca haré nada que ellos no quieran, nunca! La próxima vez que vaya al pueblo les hablaré del asunto.

A la semana siguiente, tras obtener un permiso de veinticuatro horas, se fue a ver a su familia, que cultivaba una pequeña hacienda en Tourteville, cerca de Yvetot.

Esperó al final de la comida, al momento en que el café, bautizado con aguardiente, volvía más abiertos los corazones, para informar a sus ascendientes de que había encontrado a una muchacha que respondía tan plenamente a sus expectativas, a todas, que no podía haber sobre la faz de la tierra otra que le conviniera tanto como ella.

Al oír esto, los viejos adoptaron enseguida una actitud circunspecta y pidieron explicaciones. Él no ocultó nada, por lo demás, salvo el color de su piel.

Era una criada, sin muchos posibles, pero hacendosa, ahorradora, aseada, de buena conducta y juiciosa. Cosas todas ellas que valían mucho más que el dinero que pudiera tener una mala ama de casa. Tenía algún dinero por lo demás, dinero que le había dejado la mujer que la había criado, una buena suma, casi una pequeña dote, mil quinientos francos en la caja de ahorros. Los viejos, conquistados por sus palabras, confiando por lo demás en su buen juicio, iban cediendo poco a poco, cuando llegó al punto delicado. Riendo con una risa un poco forzada, dijo:

—Sólo hay una cosa que podría contrariaros. Es que no es ni pizca blanca.

Como ellos no comprendían, tuvo que explicarles largamente con mil precauciones, para no ponerles a la defensiva, que pertenecía a la raza negra cuyas muestras sólo habían visto en las estampas populares.

Entonces ellos se mostraron inquietos, perplejos, temerosos, como si les hubiera propuesto una unión con el mismísimo diablo.

La madre decía:

—¿Negra? Pero ¿cómo de negra? ¿Del todo?

Él respondía:

—Por supuesto: ¡del todo, como tú eres blanca del todo!

El padre proseguía:

—¿Negra? ¿Negra como el carbón?

El hijo respondía:

—¡Tal vez un poquito menos! Es negra, aunque no de un negro que resulte desagradable. La sotana del señor cura bien negra que es, pero no por ello es más fea que un roquete blanco.

El padre decía:

—En su país, ¿las hay más negras que ella?

El hijo, convencido, respondía:

—¡Seguro que las hay!

El viejo meneaba la cabeza:

—Debe de ser desagradable.

A lo que replicaba el hijo:

—No es más desagradable que cualquier otra cosa, porque te acostumbras enseguida.

La madre preguntaba:

—¿No ensucian esas pieles la ropa blanca más que las demás?

—No más que la tuya, ya que es su color.

Así pues, tras muchas preguntas más, convinieron en que los padres conocerían a esa muchacha antes de tomar una decisión, y que él, que iba a terminar el servicio militar dentro de un mes, la traería a casa para que pudieran examinarla y decidir, charlando con ella, si no era demasiado negra para entrar a formar parte de la familia de los Boitelle.

Entonces Antoine anunció que el domingo 22 de mayo, día de su licenciamiento, partiría para Tourteville con su enamorada.

Ella se había puesto para aquel viaje a casa de los padres de su enamorado sus mejores y más llamativas galas, en las que dominaban el amarillo, el rojo y el azul, de suerte que tenía el aspecto de haberse engalanado para una fiesta nacional.

En la estación, a la salida de Le Havre, la gente no le quitó los ojos de encima, y Boitelle estaba orgulloso de dar el brazo a una persona que llamaba tanto la atención. Luego, en el vagón de tercera clase, donde ella ocupó un asiento a su lado, fue tal la sorpresa que causó a los campesinos, que los de los compartimientos contiguos se subieron a sus asientos para examinarla por encima del tabique de madera que dividía

la caja rodante. Ante su aspecto, un niño se puso a berrear del miedo, otro escondió el rostro en el delantal de su madre.

Todo discurrió a pedir de boca, sin embargo, hasta la estación de llegada. Pero cuando el tren demoró su marcha al acercarse a Yvetot, Antoine se sintió incómodo, como en el momento de una inspección cuando no se sabía la teórica. Luego, asomándose a la ventanilla, reconoció a lo lejos a su padre, que sujetaba de la brida al caballo enganchado al carricoche, y a su madre, que se había acercado hasta la reja que contenía a los curiosos.

Él bajó el primero, tendió la mano a su enamorada, y, erguido, como si escoltara a un general, se fue en dirección a su familia.

Al ver llegar a aquella dama negra y abigarrada en compañía de su hijo, la madre se quedó tan atónita que era incapaz de abrir la boca, y el padre apenas si conseguía sujetar al caballo al que hacían encabritarse alternativamente la locomotora o la negra. Pero Antoine, dominado de pronto por la sincera alegría de volver a ver a sus padres, se lanzó con los brazos abiertos, besó a su madre, besó a su padre a pesar del espanto del rocín y luego, volviéndose hacia su compañera, que los viandantes, embobados, se paraban a mirar, se explicó:

—¡Aquí la tenéis! Ya os dije que resultaba a primera vista una pizca defraudante, pero en cuanto se la conoce, de veras, no hay nada más encantador sobre la tierra. Saludadla, para que no se sienta violenta.

Entonces la señora Boitelle, intimidada hasta el punto de perder la razón, hizo una especie de reverencia, mientras el padre se quitaba la gorra murmurando: «Le deseo que pase un buen día». Luego, sin pérdida de tiempo, subieron al carricoche, las dos mujeres en el fondo en unas sillas que las hacían saltar por los aires a cada bache que encontraba la rueda, y los dos hombres delante, en la banqueta.

Nadie decía nada. Antoine, inquieto, silbaba una canción cuartelera, el padre fustigaba a la jaca, y la madre miraba de reojo, lanzando ojeadas de garduña a la negra, cuya frente y pómulos relucían bajo el sol como zapatos bien lustrados.

Queriendo romper el hielo, Antoine se volvió.

—Bien —dijo—, ¿no se charla?

—Se requiere tiempo —respondió la vieja.

Él prosiguió:

—Vamos, cuenta la anécdota de tu gallina de los ocho huevos.

Era una bufonada célebre en la familia. Pero como su madre seguía callada, paralizada por la emoción, tomó él mismo la palabra y contó, entre muchas risas, la memorable aventura. El padre, que se la sabía de memoria, desfrunció el ceño a las primeras palabras; su mujer no tardó en seguir su ejemplo, y la propia negra, en el momento más gracioso, estalló de súbito en una carcajada tan ruidosa, contagiosa y torrencial, que el excitado caballo emprendió por unos momentos el galope.

Habían entablado relación. Charlaron.

Una vez que hubieron llegado y se hubieron apeado todos, y Antoine hubo llevado a su enamorada a la habitación para que se quitara el vestido que podía mancharse cocinando una de sus especialidades destinada a ganarse a los viejos por el estómago, se llevó a sus padres delante de la puerta y les preguntó con el corazón palpitándole:

—Bien, ¿qué os parece?

El padre guardó silencio. La madre, más atrevida, manifestó:

—¡Es demasiado negra! Sí, la verdad, lo es demasiado. Me ha helado la sangre.

—Os acostumbraréis —dijo Antoine.

—Es posible, pero no por el momento.

Entraron y la buena de la mujer se emocionó al ver cocinar a la negra. Entonces ella la ayudó, arremangándose la falda, activa pese a sus años.

La comida fue buena, larga, alegre. Cuando fueron a dar todos juntos un paseo, Antoine hizo un aparte con su padre:

—Entonces, papá, ¿qué me dices?

El campesino no se comprometía nunca.

—Yo no digo nada. Pregúntale a tu madre.

Entonces Antoine se acercó a su madre, haciendo un aparte con ella:

—¿Qué, madre? ¿Qué te parece?

—Pobre muchacho, la verdad es que es demasiado negra. Si lo fuera un poquito menos, no me opondría, pero lo es demasiado. ¡Si parece el mismísimo demonio!

Él no insistió, sabiendo que la vieja no daba nunca su brazo a torcer, pero sentía su corazón embargado de una tempestad de tristeza. Pensaba qué podía hacer, qué podía inventarse, sorprendido, por otra parte, por el hecho de que ella no les hubiera conquistado lo mismo que le había conquistado a él. Y andaban los cuatro a paso lento por entre los trigales, habiendo vuelto poco a poco a caer en el silencio. Cuando bordeaban un vallado, los campesinos se acercaban a la cancela, los niños trepaban a los ribazos, todo el mundo corría hacia el camino para ver pasar a la «negra» que se había traído el hijo de los Boitelle. A lo lejos se veía correr gente campo a traviesa, como se acude cuando bate el tambor anunciando los fenómenos de feria. El padre y la madre Boitelle, espantados por esta curiosidad que iban sembrando por los campos a medida que se acercaban, apresuraban el paso, lado a lado, precediendo de lejos a su hijo, a quien su compañera preguntaba qué pensaban sus padres de ella.

Él respondió, vacilando, que todavía no habían tomado una decisión.

Pero en la plaza del pueblo se produjo una salida en masa de todas las casas con gran agitación, y, ante aquella aglomeración creciente, los viejos Boitelle emprendieron la huida y se dirigieron a su casa, mientras Antoine, airado, cogido del brazo de su enamorada, avanzaba con andares majestuosos ante los ojos desorbitados

por el pasmo.

Comprendía que todo se había acabado, que no había ya esperanza, que no se casaría con su negra; también ella lo comprendía; y los dos se echaron a llorar al acercarse a la alquería. En cuanto hubieron entrado, ella se quitó de nuevo el vestido para ayudar a la vieja a hacer las tareas domésticas, siguiéndola a todas partes, a la bodega, al establo, al gallinero, realizando la parte más pesada de todas ellas, sin dejar de repetir: «Deje que lo haga yo, señora Boitelle», hasta el punto de que por la noche la vieja, conmovida e inexorable, le dijo a su hijo:

—Es una buena chica, lástima que sea tan negra. La verdad es que lo es demasiado. No conseguiría acostumbrarme nunca, tiene que irse, pues es demasiado negra.

Boitelle hijo le dijo a su enamorada:

—No es que la tenga tomada contigo, pero dice que eres demasiado negra. Tienes que irte. Te acompañaré a la estación. Pero no te preocupes, hablaré con ellos una vez que tú te hayas ido.

Él la llevó a la estación dándole de nuevo esperanzas y, tras besarla, la hizo subir al tren, que vio alejarse con los ojos henchidos de lágrimas.

Por más que imploró a los viejos, éstos no dieron nunca su consentimiento.

Y tras haber contado esta historia, que todo el pueblo conocía, Antoine Boitelle añadía siempre:

—A partir de aquel día perdí el gusto por todo, por todo. No me gustaba ningún oficio y me convertí en lo que soy, un limpiamierdas.

Le decían:

—Pero usted se casó.

—Sí, y no puedo decir que mi mujer no me gustara, pues he tenido catorce hijos con ella, pero no es como la otra, ¡oh!, la verdad es que no. Esa otra, mi negra, bastaba con que me mirase para que me sintiera volar…

EL PUERTO*

I

Tras salir de Le Havre, el 3 de mayo de 1882, para un viaje por los mares de la China, el buque de tres palos de velas cuadradas *Notre-Dame-des-Vents* entró en el puerto de Marsella el 8 de agosto de 1886, tras cuatro años de travesías. Tras descargar su primer cargamento en el puerto chino al que se dirigía, encontró en el acto un nuevo flete para Buenos Aires, donde cargó otras mercancías para el Brasil.

Otras travesías, nuevas averías, reparaciones, calmas chichas de varios meses, los vendavales que hacen perder el rumbo, todos los accidentes, aventuras y desventuras del mar, en fin, habían mantenido lejos de su patria a aquel buque de tres palos normando que volvía a Marsella con la panza llena de latitas de latón conteniendo conservas de América.

A su partida, iban a bordo, aparte del capitán y del segundo, catorce marineros, ocho normandos y seis bretones. A la vuelta no quedaban más que cinco bretones y cuatro normandos, el bretón había muerto en plena navegación, y los cuatro normandos desaparecidos en distintas circunstancias habían sido reemplazados por dos americanos, un negro y un noruego reclutado, una noche, en una taberna de Singapur.

El gran navío, de velas cargadas, vergas de cruz en su arboladura, tirado por un remolcador marsellés que resoplaba delante de él, moviéndose sobre un resto de marejada que la calma sobrevenida dejaba morir paulatinamente, pasó por delante del castillo de If, luego bajo todas las rocas grises de la rada que el sol poniente cubría de un vaho dorado, y entró en el viejo puerto donde se amontonan, uno al costado de otro, a lo largo de los muelles, todos los navíos del mundo, en desorden, grandes y pequeños, de toda forma y aparejo, inmersos como una bullabesa de barcos en esa dársena en exceso estrecha, llena de agua pútrida donde los cascos se rozan, se frotan, parecen dejados en remojo en un jugo de flota.

El *Notre-Dame-des-Vents* ocupó su lugar, entre un brick italiano y una goleta inglesa que se apartaron para dejar paso a su compañero; luego, una vez cumplidas todas las formalidades aduaneras y portuarias, el capitán autorizó a los dos tercios de

su tripulación a pasar la noche fuera.

Anochecía. Marsella se iluminaba. En el calor de aquel atardecer estival, un aroma a cocina a base de ajo flotaba sobre la ruidosa ciudad, llena de voces, de ruido de ruedas, de palmas, de alegría meridional.

Apenas se vieron en el puerto, los diez hombres que el mar llevaba de aquí para allá desde hacía meses echaron a andar despacio, con una indecisión propia de forasteros, desacostumbrados a las ciudades, de dos en dos, en procesión.

Vacilaban, se orientaban, se olían las callejuelas que iban a dar al puerto, excitados por un hambre de amor que les había crecido en el cuerpo durante los últimos sesenta y seis días de vida marinera. Los normandos andaban a la cabeza, guiados por Célestin Duclos, un mocetón alto y malicioso que se erigía en capitán de los demás cada vez que desembarcaban. Él intuía los buenos lugares, se ingeniaba bromas pesadas y no se aventuraba demasiado en las grescas tan frecuentes entre marineros en los puertos. Pero cuando se veía en medio de una no le temía a nadie.

Tras dudar un poco entre todas las calles oscuras que descienden hacia el mar como cloacas y de las que salen unos olores viciados, una especie de aliento a tugurio, Célestin se decidió por una especie de pasadizo tortuoso donde brillaban, por encima de las puertas, unos faroles en saledizo que ostentaban unos números enormes en sus cristales deslustrados y coloreados. Bajo la estrecha bovedilla de las entradas, las mujeres en delantal, semejantes a criadas, sentadas en sillas de paja, se levantaban al verles venir, daban tres pasos hasta el arroyo que dividía la calle en dos y cortaban el camino a aquella fila de hombres que avanzaban despacio, canturreando y riendo sarcásticamente, encendidos ya por la proximidad de aquellas cárceles de prostitutas.

A veces aparecía, en el fondo de un vestíbulo, detrás de una segunda puerta revestida de cuero pardo que se abría repentinamente, una mujerzuela gorda desvestida, cuyos muslos pesados y pantorrillas gruesas se dibujaban bruscamente bajo un basto maillot de algodón blanco. Su faldilla semejaba una cintura hinchada; y la carne fofa de su pecho, de sus hombros y brazos, creaba una mancha rosa sobre un corsé de terciopelo negro bordado con un galón dorado. Les llamaba de lejos: «¿Venís, buenos mozos?», y a veces salía ella misma para echarle el guante a alguno de ellos y atraerlo hacia su puerta con todas sus fuerzas, prendida a él como una araña que arrastra a una bestia más gruesa que ella. El hombre, excitado por aquel contacto, se resistía blandamente, y los demás se paraban a mirar, dudando entre las ganas de entrar enseguida y las de seguir prolongando aquel apetecible paseo. Luego, cuando la mujer, tras encarnizados esfuerzos, había atraído al marinero hasta el umbral de su habitáculo, donde toda la banda iba a introducirse detrás de él, Célestin Duclos, que era ducho en estas lides, gritaba: «No entres, Marchand, que éste no es el sitio adecuado».

Entonces el hombre, obedeciendo a esta voz, se desprendía de una sacudida brutal

y los amigos volvían a reunirse en cuadrilla, perseguidos por los insultos inmundos de la mujerzuela exasperada, mientras otras mujeres, a lo largo de toda la callejuela, delante de ellos, salían de sus puertas, atraídas por el ruido, y lanzaban con voces enronquecidas llamadas llenas de promesas. Iban, pues, cada vez más encendidos, entre las zalamerías y las seducciones anunciadas por el coro de porteras del amor de toda la parte alta de la calle, y las innobles maldiciones lanzadas contra ellos por el coro de las de abajo, por el coro despreciado de las mujerzuelas defraudadas. De vez en cuando se encontraban con otra pandilla, soldados que caminaban con un golpeteo metálico contra las piernas, otros marineros, burgueses solitarios, empleados de comercio. Por todas partes se abrían nuevas calles estrechas, consteladas de faroles equívocos. No paraban de andar por ese laberinto de tugurios, por esos empedrados pringosos donde rezumaban aguas pútridas, entre aquellos muros llenos de carne de mujer.

Finalmente, Duclos se decidió y, deteniéndose delante de una casa de bastante bonita apariencia, hizo entrar a toda su gente.

II

¡La fiesta salió redonda! Durante cuatro horas, los diez marineros se cebaron de amor y de vino. Volaron seis meses de paga.

Se habían instalado como dueños y señores en la gran sala del café, mirando con ojos maliciosos a los clientes habituales que se acomodaban en las mesitas, en los rincones, donde alguna de las muchachas que habían quedado libres, vestida como un *baby* gordinflón o como una cantante de café concierto, corría a servirles, para sentarse luego con ellos.

Cada hombre, al llegar, había elegido a su compañera, que conservó durante toda la velada, pues la gente de pueblo no es dada a cambiar. Habían juntado tres mesas y, tras el primer gran trago, el redoblado desfile, acrecido por tantas mujeres como lobos de mar había, había vuelto a formarse en la escalera. Los cuatro pies de cada pareja sonaron largo rato en los escalones de madera, mientras esa larga fila de enamorados enfilaba la puerta estrecha que conducía a las habitaciones.

Luego volvieron a bajar para beber, subieron otra vez y bajaron de nuevo.

¡Ahora, casi borrachos, vociferaban! Cada uno, con los ojos enrojecidos y su favorita sobre las rodillas, cantaba o gritaba, descargaba puñetazos sobre la mesa, se mandaba al coleto un vaso de vino, daba rienda suelta a la brutalidad humana. En medio de ellos, Célestin Duclos, estrechando contra sí a una moza alta de mejillas coloradas, a horcajadas de sus piernas, la miraba con ardor. Menos borracho que los otros, no es que hubiera bebido menos, sino que le movían otros pensamientos, y, más afectuoso, trataba de charlar. Sus ideas eran un poco erráticas, iban y venían y

desaparecían sin ser capaz de acordarse con exactitud de lo que había querido decir.

Reía, repitiendo:

—Así que…, así que… llevas aquí bastante.

—Unos seis meses —respondió la muchacha.

Se alegró por ella, como si hubiera sido una prueba de buena conducta, y agregó:

—¿Te gusta esta vida?

Ella dudó, luego, con tono resignado, dijo:

—Una se acostumbra. No es peor que cualquier otra cosa. Hacer de criada o hacer de puta es siempre un oficio asqueroso.

De nuevo pareció que él aprobase ese razonamiento.

—¿No eres de aquí? —preguntó.

Ella denegó con la cabeza, sin responder.

—¿Eres de lejos?

Ella asintió de igual modo.

—¿De dónde?

Pareció que ella pensase, haciendo acopio de sus recuerdos, luego murmuró:

—De Perpiñán.

De nuevo él pareció muy satisfecho y dijo:

—Ah, ¿sí?

A su vez ella preguntó:

—¿Tú eres marinero?

—Sí, guapa.

—¿Vienes de lejos?

—¡Ah, pues sí! He visto países, puertos y de todo.

—¿Acaso has dado la vuelta al mundo?

—Ya lo creo, y no una, sino dos veces.

De nuevo ella pareció dudar, buscar mentalmente una cosa olvidada, luego, con un tono de voz un poco diferente, más serio, dijo:

—¿Te has encontrado con muchos barcos en tus viajes?

—Ya lo creo, guapa.

—Por casualidad, ¿no habrás visto al *Notre-Dame-des-Vents*?

Él se rió burlonamente:

—No hace ni una semana.

Ella palideció, retirándosele toda la sangre de las mejillas, y preguntó:

—¿De veras? ¿Lo dices de veras?

—Tan cierto como que te estoy hablando.

—¿No me engañas?

Él levantó la mano.

—¡Lo juro por Dios! —dijo.

—Pues, entonces, dime si Célestin Duclos iba en él.

Sorprendido y turbado, antes de responder quiso saber más:

—¿Le conoces?

Ahora fue ella quien se mostró desconfiada.

—¡No, yo no! Hay una mujer que le conoce.

—¿Una mujer de aquí?

—No, de aquí cerca.

—¿De esta calle?

—No, de otra.

—¿Qué mujer?

—Bah…, una mujer, una como yo.

—¿Y qué quiere esa mujer de él?

—¿Qué quieres que sepa yo? Será una paisana.

Se miraron fijamente, para escrutarse, presintiendo, intuyendo que algo serio iba a surgir entre ellos.

Él dijo:

—¿Puedo ver a esa mujer?

—¿Para decirle qué?

—Que…, que… he visto a Célestin Duclos.

—¿Estaba bien al menos?

—Como tú y como yo…, ¡ése es un fortachón!

Ella se calló de nuevo, haciendo acopio de sus ideas, luego dijo pausadamente:

—¿Adónde iba el *Notre-Dame-des-Vents*?

—Pues a Marsella.

Ella no pudo reprimir un sobresalto.

—¿Lo dices en serio?

—¡Completamente en serio!

—¿Le conoces tú a Duclos?

—Sí, le conozco.

Ella dudó de nuevo, luego dijo muy quedo:

—Bueno. ¡Está bien!

—¿Qué quieres de él?

—Escucha, ¡le dirás…, no, nada!

Él la miraba cada vez más incómodo. Finalmente quiso saber:

—Pero ¿tú le conoces?

—No —dijo ella.

—Pues ¿qué quieres de él?

Ella tomó de súbito una resolución, se levantó, corrió al mostrador donde dominaba la figura de la *madame*, cogió un limón que partió y cuyo jugo exprimió

dentro de un vaso, luego lo llenó de agua pura y, trayéndolo, dijo:

—¡Bébete esto!

—¿Por qué?

—Para que se te pase la curda. Luego hablaré contigo.

Él se lo tomó dócilmente, se secó los labios con el dorso de la mano y acto seguido anunció:

—Ya está, te escucho.

—Tienes que prometerme que no vas a contarle que me has visto, ni que sabes lo que voy a decirte. Tienes que jurármelo.

Él levantó la mano, burlón.

—Sí, lo juro.

—¿Por Dios?

—Por Dios.

—Pues bien, le dirás que su padre murió, y también su madre y su hermano, los tres en un mes, de tifus, en enero de mil ochocientos ochenta y tres, hace tres años y medio.

Él sintió a su vez que se le helaba la sangre en las venas, y durante unos instantes se quedó tan conmocionado que era incapaz de responder nada; luego dudó y preguntó:

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—¿Quién te lo ha dicho?

Ella puso las manos sobre sus hombros y, mirándole de hito en hito, dijo:

—Has jurado no irte de la lengua.

—Lo juro.

—¡Yo soy su hermana!

Él dejó escapar este nombre, a su pesar:

—¿Françoise?

Ella le miró de nuevo fijamente, luego, trastornada por un loco espanto, por un profundo horror, murmuró quedamente, casi en su boca:

—Oh, oh, ¿tú eres Célestin?

No se movieron ya, mirándose fijamente.

En torno a ellos, los compañeros seguían gritando. El ruido de los vasos, de los puñetazos, de los talones llevando el ritmo de las tonadillas y los gritos agudos de las mujeres se mezclaban con la vocinglería de los cánticos.

¡Él sentía contra él, enlazada a él, cálida y aterrada, a su hermana! Entonces, bajito, por miedo a que alguien le escuchara, tan bajito que ella misma apenas si le oyó, exclamó:

—¡Maldición! ¡Buena la hemos hecho!

En un segundo, los ojos de ella se inundaron de lágrimas y balbució:

—¿Es por culpa mía?

Pero él de repente dijo:

—Entonces, ¿han muerto?

—Han muerto.

—¿Papá, mamá y nuestro hermano?

—Los tres en un mes, como te he dicho. Yo me quedé sola, sin nada excepto lo puesto, pues le debíamos al farmacéutico, al médico y también el entierro de los tres difuntos, que pagué con los muebles.

«Entonces entré a servir en casa del compadre Cacheux, ¿sabes?, el cojo. Yo tenía quince años recién cumplidos, pues cuando tú partiste yo no había cumplido aún los catorce. Cometí mi primer error con él. Cuando se es joven se es muy estúpido. Luego pasé a servir en casa de un notario que también me corrompió y me llevó a Le Havre a una habitación. Pronto él no volvió. Entonces pasé tres días sin comer y luego, como no conseguía encontrar trabajo, entré en una casa, como hacen tantas otras. ¡Y cuántas vueltas he dado, y qué feos lugares he conocido! Ruán, Évreux, Lille, Burdeos, Perpiñán, Niza y luego Marsella, ¡y aquí me tienes!

Las lágrimas brotaban de sus ojos y de su nariz, mojaban sus mejillas y se deslizaban en su boca.

Luego prosiguió:

—Creía que también tú habías muerto, mi pobre Célestin.

Él dijo:

—Sin duda no te habría reconocido, eras tan pequeña en esa época, y ahora ¡qué grande te has vuelto! Pero ¿cómo es posible que no me hayas reconocido?

Ella hizo un gesto desesperado:

—¡Veo a tantos hombres que me parecen todos iguales!

Él seguía mirándola fijamente, presa de una emoción confusa y tan intensa que le venían ganas de gritar como un niño al que se da unos azotes. La sostenía aún entre los brazos, a horcajadas sobre la pierna, con las manos abiertas sobre la espalda de la muchacha, y a fuerza de mirarla al final la reconoció, la hermanita dejada en el pueblo con todos aquellos que ella había visto morir, mientras él andaba por los mares. Entonces, cogiendo de repente entre sus manazas de marinero aquel rostro reencontrado, se puso a besarla como se besa la carne fraterna. Luego le subieron a la garganta unos grandes sollozos de hombre, largos como olas, semejantes a hipos de embriaguez.

Balbuceaba:

—Aquí estás, aquí estás otra vez, Françoise, mi pequeña Françoise…

Luego se levantó de golpe y se puso a blasfemar con voz espantosa, descargando sobre la mesa tal puñetazo que los vasos se volcaron, rompiéndose. Luego dio tres

pasos, se tambaleó, extendió los brazos y se desplomó de bruces. Se revolvía por los suelos gritando, golpeando el suelo con manos y pies y soltando gemidos que parecían los estertores de la agonía.

Todos sus compañeros le miraban riendo.

—Está como una cuba —dijo uno.

—Hay que meterlo en la cama —dijo otro—, si sale así acabará en el trullo.

Entonces, puesto que tenía dinero en el bolsillo, la *madame* ofreció una cama y los compañeros, también tan borrachos que no se aguantaban de pie, le llevaron por la estrecha escalera a la habitación de la mujer con la que había estado antes, y que se quedó en una silla, a los pies de la cama criminal, llorando como él, hasta el amanecer.

ALEXANDRE*

Aquel día, a las cuatro, como a diario, Alexandre condujo hasta delante de la puerta de la casita del matrimonio Maramballe la silla de paralítico de tres ruedas con la que llevaba de paseo hasta las seis, siguiendo la prescripción del médico, a su vieja e inválida ama.

Después de haber arrimado aquel vehículo ligero al escalón, en el punto en que podía hacer subir fácilmente a la obesa señora, entró de nuevo en la casa y no tardó en oírse en el interior la voz furiosa, una voz bronca de viejo militar, que vociferaba juramentos; era la del amo, el ex capitán de infantería retirado Joseph Maramballe. Luego se oyó ruido de portazos, de sillas apartadas violentamente, de pasos apresurados, seguidamente un silencio y, al poco, apareció Alexandre en el umbral, sosteniendo con todas las fuerzas a la señora Maramballe extenuada por haber bajado la escalera. Una vez acomodada, no sin esfuerzo, en la silla de ruedas, Alexandre se colocó detrás, cogió la pieza encorvada que servía para empujarla y se encaminó hacia la orilla del río.

Cruzaban la pequeña ciudad todos los días, entre los saludos respetuosos que iban dirigidos tal vez tanto al servidor como al ama, porque aunque ella era muy querida y apreciada por todos, él, aquel viejo soldado de barba blanca, una verdadera barba de patriarca, era considerado el criado modelo.

El sol de julio caía a plomo sobre la calle, inundando las casas bajas bajo su luz triste a fuerza de ser abrasadora y directa. Algunos perros dormían en las aceras, en la franja de sombra que arrojaban las paredes, y Alexandre, jadeando ligeramente, apretaba el paso para llegar más deprisa a la avenida que lleva al río.

La señora Maramballe ya dormitaba bajo su sombrilla blanca cuya contera abandonada acababa a veces apoyándose en el rostro impasible del hombre. Una vez que hubieron llegado a la Alameda de los Tilos, a la sombra de los árboles, ella se despertó por completo y dijo con voz benévola:

—Vaya más despacito, mi pobre muchacho, pues con este calor va a acabar agotado.

La buena de la señora no pensaba, en su ingenuo egoísmo, que si ahora deseaba andar menos deprisa era precisamente porque había llegado al abrigo del follaje.

Cerca de aquel camino cubierto por los viejos tilos recortados en forma de bóveda, el Navette discurría por un lecho tortuoso entre dos setos de sauces. Los gluglús de los remolinos, de los saltos sobre las rocas, de los bruscos giros de la corriente, difundían, a lo largo de todo aquel paseo, una dulce canción de agua y un frescor de vapor acuoso.

Tras haber aspirado y saboreado largo rato el encanto húmedo del lugar, la señora Maramballe murmuró:

—Vamos, ahora se está mejor. Pero él hoy no se levantó con buen pie.

Alexandre respondió:

—Oh, no, señora.

Desde hacía treinta y cinco años estaba al servicio de aquel matrimonio, primero como ordenanza del oficial, luego como simple criado que no ha querido dejar a sus amos; y desde hacía seis años, sacaba cada tarde a su ama a pasear por los estrechos caminos de alrededor de la ciudad.

De ese largo servicio abnegado, de ese diario estar a solas, había nacido entre la vieja señora y el viejo servidor una cierta familiaridad, afectuosa por parte de ella, deferente por parte de él.

Hablaban de los asuntos de casa como se hace entre iguales. Por otra parte, su tema principal de conversación y de preocupación era el mal carácter del capitán, avinagrado por una larga carrera comenzada de modo brillante, pasada sin promociones y concluida sin gloria.

La señora Maramballe siguió diciendo:

—No cabe duda de que hoy se ha levantado con mal pie. Pero eso le pasa demasiado a menudo desde que dejó el servicio.

Y Alexandre, con un suspiro, completó el pensamiento de su ama.

—¡Oh!, debería decir la señora que eso le pasa todos los días y que también le pasaba antes de haber dejado el ejército.

—Es cierto. Pero hay que reconocer que no tuvo fortuna. Comenzó con un acto de valor que le hizo ganar una condecoración a los veinte años, y luego, de los veinte a los cincuenta, no pudo ascender más que a capitán, cuando él contaba al comienzo con retirarse al menos como coronel.

—También podría decir la señora que fue, al fin y al cabo, por culpa suya. Si no hubiera sido siempre rígido como una fusta, sus jefes le habrían querido y protegido más. No sirve de nada ser duro, hay que gustar a la gente para estar bien visto.

—Es culpa nuestra que nos trate así, pues decidimos quedarnos con él; pero para los demás es distinto.

La señora Maramballe reflexionaba. ¡Oh! Desde cuántos años hacía que pensaba a diario en la brutalidad de su marido con el que se había casado hacía tanto, tanto tiempo, porque era un apuesto oficial, condecorado muy joven y con un gran futuro,

por lo que decían. ¡Cómo se equivoca uno en la vida!

Murmuró:

—Paremos un momento, mi pobre Alexandre, y descanse un poco en su banco.

Era un banquito de madera medio podrido colocado en la curva de la alameda para los que van de paseo los domingos. Todas las veces que llegaban a aquel sitio Alexandre tenía la costumbre de pararse y de recuperar el aliento.

Se sentó, se cogió con ambas manos, con gesto habitual y complacido, su bonita barba blanca abierta en abanico, la estrechó entre los dedos alisándosela hasta la punta, que retuvo unos instantes en la boca del estómago como para fijarla allí y comprobar una vez más la gran extensión de aquella vegetación.

La señora prosiguió:

—¡Yo me casé con él y, por tanto, es justo y natural que tenga que aguantar sus injusticias, pero lo que no comprendo es que también usted, mi buen Alexandre, las haya aguantado!

Él hizo un leve encogimiento de hombros y se limitó a decir:

—¡Oh!, yo…, señora.

Ella continuó:

—He pensado a menudo en ello. Era usted su ordenanza cuando él se casó conmigo, y tenía que aguantarlo a la fuerza. Pero después, ¿por qué se quedó con nosotros, que le pagamos tan poco y le tratamos tan mal, en vez de hacer como hace todo el mundo, buscarse una colocación, casarse, tener hijos, formar una familia?

Él repitió:

—Para mí, señora, es otra cosa.

No dijo nada más; y se tiraba de la barba como si tocase una campana que le resonaba dentro, como si quisiera arrancársela, y miraba a su alrededor con mirada perdida de persona que se siente incómoda.

La señora Maramballe seguía con sus pensamientos:

—No es usted un campesino. Es una persona instruida…

Él la interrumpió, orgulloso:

—Estudié para perito agrimensor, señora.

—Pues, entonces, ¿por qué se quedó con nosotros, arruinando su vida?

Él balbuceó:

—¡Así es! ¡Así es! Es por culpa de mi forma de ser.

—¿Cómo que su forma de ser?

—Sí, cuando me apego a algo, me apego y se acabó.

Ella se echó a reír.

—Vamos, no querrá hacerme creer que los buenos modales y la dulzura de Maramballe le han hecho apegarse a él de por vida.

Él se agitaba en su banco, la cabeza visiblemente trastornada, y farfulló entre los

largos pelos de sus bigotes:

—No es a él…, sino a usted.

La vieja señora, que tenía un rostro dulcísimo, coronado entre la frente y el tocado de una línea nívea de cabellos rizados cuidadosamente a diario con papillotes y relucientes como plumas de cisne, hizo un movimiento en su silla de ruedas y contempló a su criado con ojos de gran sorpresa.

—¿A mí, mi pobre Alexandre? ¿Cómo es eso?

Él se puso a mirar al aire, luego a un lado, seguidamente a lo lejos, volviendo la cabeza, como hacen los tímidos que se ven obligados a confesar secretos vergonzosos. Acto seguido declaró con un valor de soldado al que se ordena enfrentarse al fuego enemigo:

—Así es. La primera vez que le llevé a la señorita una carta del teniente y que la señorita me dio veinte sueldos con una sonrisa, la cosa estuvo clara para mí.

Ella insistió, sin comprender muy bien.

—Vamos, explíquese.

Entonces él soltó con el espanto de un pobre miserable que confiesa un crimen y que se pierde:

—Empecé a sentir algo por la señora. ¡Eso es todo!

Ella no respondió, dejó de mirarle, bajó la cabeza y se quedó pensativa. Era buena, toda rectitud, dulzura, juicio y sensibilidad. En un instante consideró la inmensa devoción de aquel pobre hombre que había renunciado a todo por vivir a su lado, sin decir nunca nada. Y le vinieron ganas de llorar.

Luego, adoptando una expresión seria, pero no ofendida, dijo:

—Volvamos a casa.

Él se levantó, se colocó detrás de la silla de ruedas y comenzó a empujar de nuevo.

Mientras se acercaban al pueblo, vieron en medio de la calle al capitán Maramballe que venía hacia ellos.

Tan pronto como les hubo alcanzado preguntó a su mujer con la clara intención de enfadarse:

—¿Qué hay para cenar?

—Un pequeño pollo y judías pochas.

Él se enfureció.

—¡Pollo, otra vez pollo, siempre pollo, maldita sea! Estoy harto de tu pollo. ¿Es posible que no seas capaz de pensar en otra cosa? ¡Me haces comer siempre lo mismo!

Ella respondió con resignación.

—Pero, querido, sabes que te lo ha ordenado el médico. Es también lo mejor para tu estómago. Si no tuvieras problemas de estómago, te daría de comer muchas cosas

que no me atrevo a servirte.

Entonces él, fuera de sí, se plantó delante de Alexandre.

—Es culpa de esta mala bestia si estoy enfermo del estómago. Hace treinta y cinco años que me envenena con su asquerosa comida.

La señora Maramballe volvió de repente la cabeza hacia atrás para mirar al viejo criado. Sus ojos se encontraron y se dijeron mutuamente, en esa sola mirada: «Gracias».

LA ADORMECEDORA*

El Sena se extendía delante de mi casa, sin un rizo, y centelleante por el sol de la mañana. Era una bonita, ancha, lenta y larga corriente argentada, teñida aquí y allá de púrpura; y del otro lado del río, unos grandes árboles alineados formaban en toda la orilla una inmensa cortina de vegetación.

La sensación de vida que vuelve a empezar cada día, de vida recién estrenada, alegre, enamorada, tremolaba entre las hojas, palpitaba en el aire, espejeaba en el agua.

Me dieron los periódicos que acababa de traer el cartero y me fui con paso tranquilo a leerlos a la orilla.

En el primero que abrí leí estas palabras: «Estadística de suicidios» y me enteré de que ese año más de ocho mil quinientos seres humanos se habían quitado la vida.

¡Inmediatamente los vi! Vi esa carnicería, horrenda y voluntaria, de los desesperados cansados de vivir. Vi personas ensangrentadas, con la mandíbula rota, el cráneo hundido, el pecho traspasado por una bala, que agonizaban lentamente, solos en una habitación de hotel, pensando no en sus heridas sino en su desventura.

Vi a otros con la garganta abierta o el vientre rajado, que sostenían aún en la mano el cuchillo de cocina o la navaja de afeitar.

Vi a otros, sentados unos delante de un vaso con fósforos en remojo, otros delante de un frasquito con una etiqueta roja.

Miraban aquello fijamente, sin moverse; luego bebían y esperaban: una mueca deformaba sus mejillas, crispaba sus labios; un espanto extraviaba sus ojos, pues no sabían que se sufre tanto antes del fin.

Se levantaban, se paraban, caían y, con ambas manos sobre el estómago, sentían sus órganos abrasados, sus entrañas corroídas por el fuego del líquido, antes de que su pensamiento empezara a opacarse.

Vi a otros colgados de un clavo de la pared, de la falleba de la ventana, de un gancho del techo, de una viga del desván, de la rama de un árbol, bajo la lluvia de la noche. E intuí todo lo que habían hecho antes de permanecer así, con la lengua fuera, inmóviles. Intuí la angustia de su corazón, sus dudas últimas, sus movimientos para atar la cuerda, comprobar que aguantaba bien, pasársela por el cuello y dejarse caer.

Vi a otros acostados en camas miserables, a madres con sus hijos pequeños, a ancianos muriéndose de hambre, a muchachas desgarradas por cuitas de amor, todos rígidos, ahogados, asfixiados, mientras en medio de la habitación humeaba aún el calientapiés de carbón.

Y vi a algunos que se paseaban en la noche sobre unos puentes desiertos. Eran los más siniestros. El agua corría bajo los arcos con un blando ruido. ¡No la veían…, la adivinaban aspirando su olor frío! Tenían ganas, pero también miedo. ¡No se atrevían! Sin embargo, tenían que hacerlo. A lo lejos, en algún campanario, sonaba la hora y de repente, en el vasto silencio de las tinieblas, se oían, pronto ahogados, el ruido de un cuerpo caído en el río, algún grito, un chapaleo de agua golpeada con las manos. A veces se oía tan sólo la zambullida de su caída, si se habían maniatado o atado una piedra a los pies.

¡Oh, pobres, pobres, pobres gentes, cómo he sentido sus angustias, cómo he muerto de su muerte! He pasado por todas sus miserias, he sufrido, en una hora, todas sus torturas. He conocido todos los dolores que las han llevado a ese extremo; porque yo siento la infamia falaz de la vida más que cualquier otra persona en el mundo.

Cómo he comprendido a esos que, débiles, atormentados por la desventura, por haber perdido a sus seres queridos, despertados del sueño de una recompensa futura, de la ilusión de otra vida en la que finalmente Dios, tras haber sido feroz, se muestra justo, y desengañados de los espejismos de la felicidad, ya no pueden más y quieren poner punto final a ese drama sin tregua o a esa vergonzosa comedia.

¡El suicidio! ¡Pues es la fuerza de los que ya no tienen ninguna, es la esperanza de los que ya no creen, es el sublime valor de los vencidos! Sí, existe en esta vida al menos una puerta que nosotros podemos abrir para pasar al otro lado. La naturaleza ha tenido una forma de piedad; no nos ha aprisionado. ¡Gracias en nombre de los desesperados!

En cuanto a los simples desilusionados, que sigan adelante con el alma libre y el corazón tranquilo. Nada tienen que temer, puesto que pueden irse, puesto que detrás de ellos siempre hay esa puerta que ni siquiera pueden cerrar los dioses soñados.

Pensaba yo en esa multitud de muertos voluntarios: más de ocho mil quinientos en un año. Y me parecía que se habían reunido para dirigirle al mundo una plegaria, para gritar un deseo, para pedir algo, realizable más tarde, cuando se comprenda mejor. Me parecía que todos esos supliciados, esos degollados, esos envenenados, esos ahorcados, esos ahogados, venían, horda espantosa, como ciudadanos que votan, a decirle a la sociedad: «¡Concedednos al menos una muerte dulce, ayudadnos a morir, vosotros que no nos habéis ayudado a vivir! Ved, somos muchos, tenemos derecho a hablar, en esta época de libertad, de independencia filosófica y de sufragio universal. Dad a los que renuncian a vivir la limosna de una muerte que no sea repugnante o espantosa».

Me puse a fantasear, dejando vagar mi pensamiento sobre este asunto en ensoñaciones extrañas y misteriosas.

Me vi en un momento determinado en una hermosa ciudad. Era París: pero ¿en qué período? Iba por las calles, mirando las casas, los teatros, los edificios públicos, y he aquí que en una plaza descubrí un gran edificio, muy elegante, coquetón y bonito.

Me quedé sorprendido, pues en la fachada se podía leer en letras doradas: «Obra de la muerte voluntaria». ¡Oh, extrañeza de los sueños despiertos en los que el espíritu emprende el vuelo hacia un mundo irreal y posible! Nada asombra en él; nada resulta chocante; y la fantasía desatada no distingue ya lo cómico de lo lúgubre.

Me acerqué a ese edificio, donde unos criados en calzón corto estaban sentados en un vestíbulo, delante de un guardarropa, como en la entrada de un círculo.

Entré para ver. Uno de ellos, levantándose, me dijo:

—¿Qué desea el señor?

—Deseo saber qué es este lugar.

—¿Nada más?

—Pues no.

—Entonces, señor, ¿quiere que le lleve a ver al secretario de la Obra?

Yo dudaba, por lo que seguí preguntando:

—¿No será una molestia?

—Oh, no, señor, está aquí para recibir a las personas que desean informarse.

—Vamos, le sigo.

Me hizo atravesar unos pasillos en los que algunos viejos señores charlaban; luego fui introducido en un bonito gabinete, un poco oscuro, todo amueblado de madera negra. Un joven, gordo, barrigudo, estaba escribiendo una carta mientras se fumaba un puro cuyo aroma me reveló su calidad superior.

Se levantó. Nos saludamos y, cuando el criado se hubo ido, preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Señor —le respondí—, perdone mi indiscreción. Nunca había visto este establecimiento. Esas pocas palabras inscritas en la fachada me han sorprendido mucho y desearía saber qué se hace aquí.

Él sonrió antes de responder, luego, a media voz, con un aire de satisfacción, dijo:

—Dios mío, señor, pues se mata limpia y suavemente, no me atrevería a decir agradablemente, a la gente que desea morir.

Ello no me conmovió en exceso, ya que me pareció de lo más natural y justo. Estaba sobre todo asombrado de que se hubiera podido, en este planeta de bajas ideas, utilitarias, humanitarias, egoístas y coercitivas de toda libertad real, osar una empresa semejante, digna de una humanidad emancipada.

Proseguí:

—¿Cómo se les ocurrió semejante cosa?

Él respondió:

—Señor, la cifra de suicidios ha aumentado tanto durante los cinco años siguientes a la Exposición Universal de mil ochocientos ochenta y nueve que era urgente tomar medidas al respecto. La gente se mataba en las calles, en las fiestas, en los restaurantes, en el teatro, en los vagones, en las recepciones del presidente de la República, por todas partes.

»No sólo era un feo espectáculo para quienes les gusta vivir como a mí, sino también un mal ejemplo para la infancia. De modo que se hizo necesario centralizar los suicidios.

—¿Qué ha provocado esta recrudescencia?

—No lo sé. Pero creo que, en el fondo, el mundo está envejeciendo. Se comienza a ver claro, y la gente no se resigna. Hoy sucede con el destino lo mismo que con el gobierno; sabemos de qué se trata; comprobamos que se nos engaña por todas partes, y dejamos este mundo. Cuando tomamos conciencia de que la Providencia miente, engaña, roba, estafa a los humanos como un diputado cualquiera hace con sus electores, nos enfurecemos y, dado que no nos es posible elegir otra cada tres meses, como hacemos con nuestros representantes, uno abandona este mundo que es decididamente horrendo.

—¿De veras?

—¡Oh, yo no me quejo!

—¿Le importaría decirme cómo funciona su Obra?

—Con mucho gusto. Por otra parte, puede usted entrar a formar parte de ella cuando quiera. Es un círculo.

—¡Un círculo!

—Sí, señor, fundado por las personalidades más eminentes del país, por sus mejores mentes, por las inteligencias más preclaras.

Añadió, riendo con ganas:

—Y le garantizo que se está muy bien.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—Me asombra usted.

—Santo cielo, se está bien porque los miembros del círculo no le tienen ese miedo a la muerte que es el mayor aguafiestas sobre la tierra.

—Pero ¿por qué son miembros del círculo si no se matan?

—Uno puede ser miembro del círculo sin estar obligado a matarse.

—Pero ¿entonces?

—Me explico. Ante el número desmesuradamente creciente de suicidios, ante los espectáculos horrendos que nos daban, se creó una sociedad de pura beneficencia, protectora de los desesperados, que ha puesto a su disposición una muerte tranquila e

insensible, si no imprevista.

—¿Quién ha podido autorizar semejante obra?

—El general Boulanger, durante su breve paso por el poder. Era incapaz de negar nada. Sólo hizo eso de bueno, por lo demás. Así pues, se creó una sociedad de hombres clarividentes, desengañados, escépticos, que han querido levantar en pleno París una especie de templo del desprecio por la muerte. Al principio esta casa fue un lugar temido, al que nadie se acercaba. Entonces los fundadores, que se reunían aquí, organizaron una gran velada de inauguración con las señoras Sarah Bernhardt, Judic, Théo, Granier y otras veinte; los señores Reszké, Coquelin, Mounet-Sully, Paulus, etcétera; luego conciertos, comedias de Dumas, de Meilhac, de Halévy, de Sardou. Sólo hubo un fracaso, una pieza del señor Becque, que fue juzgada triste, pero que tuvo a continuación un éxito enorme en la Comédie-Française. En fin, vino todo París. Y la cosa fue dada a conocer.

—¡En medio de fiestas! ¡Qué broma más macabra!

—En absoluto. La muerte no tiene por qué ser triste, es preciso que sea indiferente. Nosotros hemos alegrado la muerte, la hemos hecho florecer, la hemos perfumado, la hemos vuelto fácil. Se aprende a ayudar a los demás dando ejemplo; puede verse que no es nada.

—Comprendo perfectamente que la gente viniera por las fiestas, pero ¿ha venido luego por… Ella?

—No de inmediato, pues desconfiaba.

—¿Y más tarde?

—Ha venido.

—¿Mucha?

—En masa. Tenemos más de cuarenta por día. Ya casi no se encuentra ahogados en el Sena.

—¿Quién fue el que empezó?

—Un miembro del círculo.

—¿Un abnegado?

—No lo creo. Un entrampado, un arruinado, que había tenido enormes pérdidas durante tres meses en el juego del bacará.

—¿De veras?

—El segundo fue un inglés, un excéntrico. Entonces hicimos publicidad en los periódicos, contamos nuestro procedimiento, nos inventamos muertes capaces de atraer. Pero el gran impulso lo dio la gente humilde.

—¿Cómo proceden ustedes?

—¿Quiere hacer una visita? Así se lo explicaré mientras se lo enseño.

—Con mucho gusto.

Tomó su sombrero, abrió la puerta, me hizo pasar y luego entrar en una sala de

juego donde unos hombres estaban jugando como se juega en todos los garitos. Cruzamos seguidamente varios salones. Se charlaba animadamente en ellos, alegremente. Yo raras veces había visto un círculo tan lleno de vida, tan animado, tan risueño.

Como mostré mi asombro, el secretario prosiguió:

—¡Oh!, la Obra goza de un favor inaudito. Todo el mundo distinguido del universo entero forma parte de ella para aparentar que desprecia la muerte. Luego, una vez que están aquí, se creen obligados a estar alegres para no parecer aterrados. Así que bromean, ríen, cuentan chistes, hacen gala de ingenio y aprenden a tenerlo. Es cierto que hoy es el lugar más frecuentado y divertido de París. Las mujeres mismas se ocupan en estos momentos de crear un anexo para ellas.

—Y a pesar de ello, ¿tienen muchos suicidios en la casa?

—Como le he dicho, en torno a cuarenta o cincuenta por día.

»La gente de mundo escasea; pero los pobres diablos abundan. La clase media también aporta mucho.

—¿Y cómo… lo hacen?

—Se asfixian… muy lentamente.

—¿Por medio de qué procedimiento?

—Un gas de nuestra invención. Tenemos una patente. En la otra parte del edificio están las puertas del público. Tres pequeñas puertas dan a unas callejuelas. Cuando se presentan un hombre o una mujer, se empieza por interrogarles; luego se les presta socorro, ayuda, protección. Si el cliente acepta, se hacen averiguaciones y a menudo les hemos salvado.

—¿De dónde sacan el dinero?

—Tenemos mucho. La cotización de los miembros es muy elevada. Además, es de buen tono hacer donaciones a la Obra. Los nombres de todos los donantes se imprimen en el *Figaro*. Por otra parte, todo suicidio de un hombre rico cuesta mil francos. Y mueren posando. Los de los pobres son gratuitos.

—¿Cómo reconocen a los pobres?

—¡Oh, oh, señor, eso se intuye! Y tienen además que aportar un certificado de indigencia del comisario de policía de su barrio. ¡Si supiera lo siniestro que es verles entrar! He visitado sólo en una ocasión esa parte de nuestro establecimiento, y no volveré a hacerlo nunca más. Las instalaciones son bonitas como ésta, casi tan lujosas y cómodas, pero ellos… ¡Oh, ellos! Si les viera llegar, a viejas harapientas que vienen a morir, gente que se muere de hambre desde hace meses, a los que se arroja un mendrugo de pan en las esquinas de las calles, como a los perros callejeros; mujeres andrajosas y descarnadas, que están enfermas, paralizadas, incapaces de ganarse el pan y que dicen, tras haber contado su historia: «Como ve, no puedo seguir así, no consigo ya trabajar ni ganar nada».

»Vino una que tenía ochenta y siete años, se le habían muerto todos los hijos y nietos, y desde hacía seis semanas dormía al sereno. Me puse enfermo de la pena.

»Pero tenemos casos de todo tipo, para no hablar de los que no dicen nada y se limitan a preguntar:“¿Dónde se hace?”. A éstos se les hace entrar y se acaba enseguida.

Repetí con el corazón encogido:

—¿Y… dónde se hace?

—Aquí.

Abrió una puerta, añadiendo:

—Entre, es la parte reservada a los socios del círculo, la que funciona menos. Tan sólo ha habido once aniquilamientos.

—¡Ah!, ¿ahora los llama… aniquilamientos?

—Sí, señor. Pero entre.

Dudaba, pero entré: era una galería deliciosa, una especie de invernadero que unas vidrieras azul pálido, rosa suave y verde claro circundaban poéticamente de paisajes de tapiz. Había, en aquel bonito salón, divanes, palmeras magníficas, flores, sobre todo rosas aromáticas, libros sobre las mesas, la *Revue des Deux Mondes*, cigarros en cajas de la Tabacalera y, cosa que me sorprendió, pastillas de Vichy dentro de una bombonera.

Como mostré mi asombro, dijo mi guía:

—¡Oh! La gente viene a menudo aquí a charlar.

Y prosiguió:

—Aunque las salas del público son parecidas, están más sencillamente amuebladas.

Yo pregunté:

—¿Cómo se lleva a cabo?

Él señaló con el dedo una tumbona, cubierta de crespón de China de color crema, con bordados blancos, bajo un gran arbusto desconocido, a cuyo pie había un redondo arriate de reseda.[1]

El secretario añadió con un tono de voz más bajo:

—Se cambia a voluntad la flor y el aroma, pues nuestro gas, completamente imperceptible, da a la muerte el olor de la flor que más nos guste. Se la volatiliza con unas esencias. ¿Quiere que se la haga aspirar un segundo?

—Gracias —le dije vivamente—, aún no…

Y se echó a reír.

—¡Oh!, señor, no corre ningún peligro. Yo mismo lo he probado varias veces.

Tuve miedo de pasar por un cobarde. Proseguí:

—Con mucho gusto.

—Túmbese en la adormecedora.[2]

Un poco inquieto, me senté en la silla baja de crespón de China, luego me estiré, y casi enseguida me vi envuelto por un delicioso olor a reseda. Abrí la boca para beberlo mejor, pues mi espíritu se había amodorrado, olvidaba, saboreaba, en la primera turbación de la asfixia, la embrujadora ebriedad de un opio encantador y fulminante.

Fui sacudido por un brazo.

—¡Oh!, oh señor —decía riendo el secretario—, me parece que le está tomando usted gusto.

*

Pero una voz, una verdadera voz, y no ya la de las ensoñaciones, me saludaba con un timbre aldeano:

—Buenos días, señor. ¿Qué tal va?

Mi sueño se desvaneció. Vi el Sena claro bajo el sol, y, llegando por un sendero, al guarda rural del pueblo, que tocaba con su mano derecha su quepis negro galoneado de plata. Respondí:

—Buenos días, Marinel. ¿Adónde va?

—Voy a hacer el atestado de un ahogado que han sacado de las aguas cerca de Morillons. Otro que se ha tirado al río. Se quitó hasta los pantalones para atarse las piernas con ellos.

EL OLIVAR*

I

Cuando los hombres del puerto, del pequeño puerto provenzal de Garandou, al fondo de la bahía de Pisca, entre Marsella y Toulon, vieron la barca del reverendo Vilbois que volvía de pescar, bajaron a la playa para ayudarle a ponerla en seco.

El reverendo iba solo en ella y remaba como un verdadero marinero, con una rara energía pese a sus cincuenta y ocho años. Con las mangas arremangadas sobre sus brazos musculosos, la sotana recogida y apretada entre sus rodillas, algo desabrochada en el pecho, el bonete dejado sobre el asiento a su lado, y tocado con un sombrero chambergo de corcho recubierto de tela blanca, parecía un robusto e insólito sacerdote de países cálidos, con un aspecto más para vivir aventuras que para decir misa.

De vez en cuando echaba una mirada atrás para reconocer bien el punto de atraque, volviendo luego a remar con ritmo, método y vigor, para demostrar, una vez más, a esos malos marineros del Sur cómo saben navegar los hombres del Norte.

La barca, lanzada, tocó la arena, deslizándose sobre ella como si fuera a atravesar, hundiendo la quilla, toda la playa; se paró de golpe y los cinco hombres que estaban viendo llegar al párroco se acercaron a él afables, contentos y alegres.

—¿Qué? —dijo uno con su marcado acento provenzal—, ¿ha habido buena pesca, señor cura?

El reverendo Vilbois metió dentro los remos, se quitó el sombrero chambergo para cubrirse con el bonete, se desarremangó las mangas, se volvió a abotonar la sotana y acto seguido, tras recobrar el porte y la prestancia de cura de pueblo, respondió con orgullo:

—Sí, sí, muy buena, tres lubinas, dos murenas y unos cuantos budiones.

Los cinco pescadores se habían acercado a la barca e, inclinados por encima de la borda, examinaban con aire de expertos los peces muertos, las gruesas lubinas, las murenas de cabeza chata, horrendas serpientes marinas, y los budiones violeta con estrías en zigzag de franjas doradas del color de las pieles de naranja.

Uno de ellos dijo:

—Se los llevo hasta su casita, señor cura.

—Gracias, hijo.

Tras haber estrechado las manos, el cura echó a andar, seguido de un hombre y dejando a los otros ocupados en su embarcación.

Caminaba a grandes pasos lentos, con aire de fuerza y de dignidad. Acalorado aún por haber remado con tanto vigor, se descubría a veces al pasar por debajo de la débil sombra de los olivos, para presentar al aire del atardecer, tibio aún pero mitigado por una ligera brisa de alta mar, su frente cuadrada, cubierta de blancos cabellos cortos y tiesos, una frente de oficial más que de sacerdote. El pueblo se alzaba sobre un cerro, en medio de un amplio valle que descendía en llana pendiente hacia el mar.

Era una tarde de julio. El sol deslumbrador, a punto de alcanzar la cresta dentada de unas colinas lejanas, proyectaba transversalmente sobre la blanca carretera, sepultada bajo un sudario de polvo, la sombra interminable del eclesiástico cuyo desproporcionado bonete paseaba por el campo vecino una gran mancha oscura que se hubiera dicho que jugaba a trepar rápidamente por todos los troncos de los olivos que encontraba, para volver a caer acto seguido por tierra, donde reptaba entre los árboles.

Bajo los pies del reverendo Vilbois, una nube de fino polvo, de esa impalpable harina que en verano cubre los caminos provenzales, se alzaba, humeando en torno a su sotana, velándola y cubriéndola, en la parte baja, de un color gris cada vez más claro. Avanzaba, ya refrescado, las manos en los bolsillos, con el lento y poderoso andar del montañés que lleva a cabo una ascensión. Con su mirar sereno contemplaba el pueblo, su pueblo, del que era párroco desde hacía veinte años, que él había elegido y que había obtenido como un gran favor, y donde esperaba morir. La iglesia, su iglesia, coronaba el gran cono de casas aglomeradas en torno a ella, con sus dos campanarios de piedra parda, desiguales y cuadrados, que alzaban en aquel hermoso valle meridional sus siluetas antiguas más parecidas a bastiones de fortaleza que a campanarios de monumento sagrado.

El reverendo estaba contento, pues había pescado tres lubinas, dos murenas y unos cuantos budiones.

Una vez más obtendría un pequeño triunfo entre sus parroquianos, él, que era respetado sobre todo por ser, quizá, y a pesar de sus años, el hombre más musculoso del pueblo. Aquellas pequeñas vanidades inocentes eran su mayor placer. Era capaz de cortar el tallo de las flores de un disparo de pistola, a veces practicaba la esgrima con su vecino el tabaquero, ex maestro armero, y nadaba mejor que nadie de la costa.

Había sido, por otra parte, una vieja personalidad del gran mundo, muy conocido en su tiempo, muy elegante, el barón de Vilbois, que a los treinta y dos años se había hecho sacerdote por un desengaño amoroso.

Nacido en el seno de una vieja familia picarda, monárquica y religiosa, que desde

hacía varios siglos consagraba sus hijos al ejército, a la magistratura o al clero, pensó primero en entrar en religión por consejo de su madre, pero luego a instancias de su padre se decidió por ir simplemente a París, estudiar leyes y conseguir a continuación algún empleo importante en la Corte Suprema.

Pero mientras terminaba sus estudios, su padre sucumbió a una neumonía contraída por cazar en los pantanos, y su madre, presa de la tristeza, murió al poco. Así pues, tras haber heredado de repente una gran fortuna, renunció a todo plan de hacer una carrera para limitarse a llevar la vida de un ricachón.

Buen mozo, inteligente, aunque de mente estrecha debido a las creencias, tradiciones y principios heredados al igual que sus músculos de nobilucho picardo, gustó, tuvo éxito en la buena sociedad y gozó de la vida como hombre joven, rígido, opulento y considerado que era.

Pero he aquí que, a raíz de algunos encuentros en casa de un amigo, se enamoró de una joven actriz, de una joven alumna del Conservatorio, que hacía su debut de forma brillante en el Odéon.

Se enamoró perdidamente y con todo el arrebato de un hombre nacido para creer en las ideas absolutas. Se enamoró al verla en el papel novelesco que consiguió, el mismo día en que ella hacía su aparición por primera vez en público, un gran éxito.

Era linda, de natural perverso, con un aire de niña ingenua que él calificaba de aire angelical. Supo conquistarlo completamente, le transformó en uno de esos locos furiosos, uno de esos dementes extasiados a quienes una mirada o unas faldas de mujer hacen arder en la pira de las Pasiones Mortales. Se convirtió en su amante, la hizo dejar el teatro y durante cuatro años la amó con una pasión creciente. Y ciertamente, pese a su nombre y a las tradiciones de honor de su familia, se habría casado finalmente con ella si un día no hubiera descubierto que desde hacía tiempo le traicionaba precisamente con el amigo que se la había presentado.

El drama fue tanto más terrible cuanto que ella estaba embarazada y esperaba el nacimiento del hijo para decidirse a casarse con ella.

Cuando él tuvo las pruebas en su poder, unas cartas, descubiertas en una gaveta, le reprochó su infidelidad, su perfidia, su ignominia con toda la brutalidad del semisalvaje que era.

Pero ella, hija de la calle de París, tan descarada como impúdica, segura del otro hombre como de éste, atrevida, por otra parte, como esas hijas del pueblo que suben a las barricadas por simple bravuconería, le desafió e insultó; y, en el momento en que él le levantaba la mano, le enseñó la tripa.

Él se detuvo, palideciendo, pensó que ahí dentro, en esa carne deshonrada, en ese cuerpo vil, en esa criatura inmunda, había un descendiente suyo, ¡un hijo suyo! Y se abalanzó sobre ella para aplastarles a ambos, para aniquilar aquella doble ignominia. Ella, sintiéndose perdida, tuvo miedo y, caída al suelo por los puñetazos, vio su pie a

punto de patear el flanco hinchado en el que vivía ya un embrión humano, y le gritó con los brazos extendidos para parar los golpes:

—No me mates. No es tuyo, es de él.

Él dio un salto hacia atrás, tan estupefacto, tan trastornado que su furor quedó en suspenso como su talón, y balbució:

—Pero ¿qué dices?

Ella, loca de repente de miedo ante la muerte entrevista en los ojos y en el gesto aterradores de aquel hombre, repitió:

—No es tuyo, es de él.

Él murmuró, con los dientes apretados, anonadado:

—¿El hijo?

—Sí.

—¡Mientes!

Y, de nuevo, hizo un amago con el pie de aplastar a alguien, mientras su amante, incorporada de rodillas, trataba de retroceder, sin dejar de balbucir:

—Te digo que es de él. Si fuera tuyo, hace tiempo que lo habría tenido.

Este argumento le impresionó como la verdad misma. En uno de esos pensamientos fulgurantes en que todos los razonamientos aparecen al mismo tiempo con esclarecedora lucidez, precisos, irrefutables, concluyentes, irresistibles, se convenció, no le cupo duda de que no era el padre del miserable niño que aquella zarrapastrosa llevaba en su seno; y, aliviado, liberado, casi apaciguado de súbito, renunció a acabar con aquel infame ser.

Entonces él dijo con un tono de voz más calmo:

—Levántate y vete, y que no te vuelva a ver nunca más.

Ella obedeció, vencida, y se fue.

Y no la volvió a ver nunca más.

Él se fue por su lado. Bajó al Sur, hacia el sol, y se detuvo en un pueblo que se alzaba en medio de un valle, ribereño del Mediterráneo. Le gustó una posada con vistas al mar. Tomó una habitación y se instaló en ella. Y allí se quedó dieciocho meses, sumido en la tristeza, en la desesperación, en un aislamiento absoluto. Vivió con el recuerdo devastador de la mujer traicionera, de su encanto, de su embeleso, de su hechizo inconfesable, y con la nostalgia de su presencia y de sus caricias.

Andaba errante por los valles provenzales, paseando al sol tamizado por las grisáceas hojitas de los olivos, su pobre cabeza enferma donde anidaba una obsesión.

Pero sus antiguas ideas piadosas, el ardor algo apaciguado de su fe primera volvieron poco a poco a su corazón en aquella soledad dolorosa. La religión, que le había parecido en otro tiempo como un refugio contra la vida desconocida, se le antojaba ahora como un refugio contra la vida falaz y atormentadora. Había conservado la costumbre de rezar. Y en su tristeza se apegó a ella, y fue a menudo, a

la hora de la puesta del sol, a arrodillarse en la iglesia oscurecida donde no brillaba, al fondo del coro, más que el foco de luz de la lámpara, guardiana sagrada del sagrario, símbolo de la presencia divina.

Confió su pena a ese Dios, a su Dios, y le contó toda su miseria. Le pedía consejo, compasión, auxilio, protección, consuelo y, en su oración repetida cada día de forma más ferviente, ponía cada vez una emoción más intensa.

Su corazón malherido, corroído por el amor de una mujer, permanecía abierto y palpitante, ávido siempre de afecto; y poco a poco, a fuerza de orar, de vivir como un ermitaño con unas costumbres piadosas que no hacían sino crecer, de entregarse a esa comunicación secreta de las almas devotas con el Salvador que consuela y atrae a los miserables, el amor místico de Dios entró en él y ganó al otro.

Entonces retomó sus primeros planes y decidió ofrecer a la Iglesia una vida rota que había estado a punto de ofrecerle virgen.

Y así se hizo sacerdote. Gracias a su familia y a sus relaciones consiguió ser nombrado cura párroco de aquel pueblo provenzal al que le había llevado el azar, y, tras haber consagrado a obras de beneficencia gran parte de su fortuna, sin guardar para sí más que lo que le permitiera seguir siendo hasta su muerte útil y beneficioso para los pobres, se refugió en una vida tranquila de prácticas piadosas y de dedicación a sus semejantes.

Fue un sacerdote de miras estrechas, pero bueno, una especie de guía religioso con temperamento de soldado, un guía eclesiástico que conducía a la fuerza por el recto camino a la humanidad descaminada, ciega, perdida en esa selva de la vida donde todos nuestros instintos, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, son senderos que extravían. Pero mucho del hombre de antaño pervivía en él. No dejaron de gustarle los ejercicios violentos, los deportes nobles, las armas, y detestaba a las mujeres, a todas, con un temor pueril ante un misterioso peligro.

II

El marinero que seguía al sacerdote sentía unas ganas muy meridionales de darle a la sinhueso. Pero no se atrevía, pues el párroco infundía mucho respeto a su grey. Al final se aventuró.

—Señor cura —dijo—, ¿se encuentra a gusto en su casita de campo?

Aquella casita de campo era una de esas casas minúsculas en las que los provenzales de ciudad y de pueblo van a refugiarse en verano para tomar el aire. El párroco había alquilado aquel chamizo en medio de un campo, a cinco minutos de la rectoría, que era demasiado pequeña y estaba aprisionada en el centro de la parroquia, adosada a la iglesia.

No vivía habitualmente, ni siquiera en verano, en el campo; sólo iba a pasar allí

algunos días de vez en cuando para vivir en plena naturaleza y disparar con su pistola.

—Sí, amigo —dijo el sacerdote—, estoy muy bien en ella.

Aquella vivienda baja había sido construida en medio de los árboles, pintada de color rosa, y se la veía rayada de líneas cruzadas, entrecortada, dividida en pequeños fragmentos por las ramas y hojas de los olivos de que estaba plantado el campo sin cercado en el que parecía haber crecido como una seta de Provenza.

También se veía una mujerona que circulaba por delante de la puerta preparando una mesita para la cena en la que dejaba cada vez que volvía, con metódica lentitud, un solo cubierto, un plato, una servilleta, un trozo de pan, un vaso. Iba tocada con un gorrito de arlesiana, un cono puntiagudo de seda o de terciopelo negro en el que florece un hongo blanco.

Cuando la tuvo al alcance de la voz, el sacerdote le gritó:

—¡Eh, Marguerite!

Ella se detuvo para mirar y, al reconocer a su amo, dijo:

—¿Es usted, señor cura?

—Sí. Le traigo una buena pesca, prepáreme enseguida una lubina, una lubina con mantequilla, nada más que mantequilla, ¿entendido?

La sirvienta, que había ido al encuentro de los hombres, miró con ojo experto el pescado traído por el marinero.

—Es que ya tenemos pollo con arroz —dijo ella.

—No importa, el pescado no es tan bueno al día siguiente como acabado de pescar. Me daré un banquete de glotón, cosa que no sucede todos los días; y, además, no se trata de un pescado grande.

La mujer escogió la lubina y, mientras se iba con ella, se volvió:

—¡Ah!, señor cura, ha venido por tres veces un hombre preguntando por usted.

Él inquirió con tono indiferente:

—¿Un hombre? ¿Qué tipo de hombre?

—Yo diría que uno de esos que no inspiran mucha confianza…

—Pero ¡cómo! ¿Un mendigo?

—Quizá, puede ser. Pero yo diría más bien un *maoufatan*.

Don Vilbois se echó a reír por aquel término provenzal que significa malhechor, vagabundo, conociendo la índole temerosa de Marguerite, que no podía estar en la casita sin imaginarse todo el santo día, y sobre todo de noche, que iban a ser asesinados.

Dio unas pocas monedas al marinero, que se fue, y, cuando decía, pues había conservado todas sus costumbres de aseo personal y de indumentaria de cuando era persona de mundo: «Voy a lavarme un poco la cara y las manos», Marguerite le gritó desde la cocina, donde estaba raspando a contrapelo, con un cuchillo, el dorso del

pescado, cuyas escamas, algo manchadas de sangre, se separaban como moneditas de plata:

—¡Mírelo, ahí lo tiene!

El sacerdote se dio la vuelta hacia la carretera y vio, en efecto, a un hombre que, de lejos, le pareció bastante mal vestido y que se dirigía pasito a paso hacia la casa. Se quedó allí a esperarle, sonriéndose aún del terror de la criada y pensando: «Pues no le falta razón, tiene pinta de *maoufatan*».

El desconocido se acercaba con las manos en los bolsillos y los ojos clavados en el párroco, sin prisas. Era joven, llevaba una larga barba rubia totalmente rizada; y unos mechones de pelo en forma de bucles se le escapaban de un sombrero de fieltro blando, tan mugriento y abollado que nadie hubiera podido adivinar su color y forma primitivos. Llevaba un largo gabán pardo, pantalones desflecados en torno a los tobillos y calzaba alpargatas, lo cual imprimía a sus andares un ritmo pausado, silencioso, inquietante, con un paso imperceptible de merodeador.

Cuando estuvo a sólo unos metros del eclesiástico se quitó el andrajo que cubría su frente, descubriéndose con un gesto un tanto teatral y mostrando una cabeza marchita, algo crapulosa y hermosa, que empezaba a clarear en la coronilla, indicio de cansancio o de intemperancias precoces, pues aquel hombre tenía a lo sumo veinticinco años.

También el sacerdote se descubrió enseguida, intuyendo y presintiendo que no se trataba de un vagabundo cualquiera, del obrero desocupado o del apercibido por la justicia que anda de prisión en prisión y no conoce más lenguaje que el misterioso de la cárcel.

—Buenos días, señor cura —dijo el hombre.

El sacerdote se limitó a responder: «Buenos días nos dé Dios», ya que no quería llamar «señor» a aquel caminante sospechoso y andrajoso. Se miraban fijamente y el reverendo Vilbois, ante la mirada de aquel merodeador, se sentía turbado, emocionado como ante un enemigo desconocido, invadido por una de esas inquietudes extrañas que penetran en la carne y en la sangre haciéndolas estremecerse.

Al final, el vagabundo prosiguió:

—Bien, ¿me reconoce?

El sacerdote, muy asombrado, respondió:

—Pues no, no le conozco en absoluto.

—Ah, no me conoce. ¡Míreme mejor!

—Por más que le mire, no le he visto jamás.

—Eso es cierto —prosiguió el otro, irónico—, pero voy a enseñarle a alguien que conoce mejor que a mí.

Volvió a ponerse el sombrero y se desabrochó el gabán. Debajo había un torso

desnudo. Un cinturón rojo, atado en torno a su flaco vientre, sujetaba su pantalón por encima de las caderas.

Sacó de su bolsillo un sobre, uno de esos increíbles sobres jaspeados de todas las manchas posibles, uno de esos sobres que sirven para guardar, en los forros de las ropas de los pordioseros errabundos, los papeles, verdaderos o falsos, robados o legítimos, que son los preciosos defensores de la libertad contra el gendarme que puede salir al paso. Sacó de él una fotografía, una de ésas en formato de cartulina bastante corrientes en otro tiempo, amarillenta, gastada, llevada largo tiempo a todas partes, calentada por el contacto con la carne de aquel hombre y desvaída por su calor.

Entonces, poniéndola a la altura de su rostro, preguntó:

—¿Y a éste le conoce?

El reverendo dio dos pasos para ver mejor y se quedó pálido, trastornado, pues era su propio retrato, hecho por Ella en la época lejana de su amor.

No respondía nada, sin entender.

El vagabundo repitió:

—¿A éste le reconoce?

Y el sacerdote balbució:

—Sí.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Está seguro de que es usted?

—Pues sí.

—Bien, mírenos a los dos ahora, a su retrato y a mí.

Había visto ya al miserable hombre, había visto que aquellos dos seres, el de la cartulina y el que reía a su lado, se parecían igual que dos hermanos, pero seguía sin entender, y farfulló:

—¿Qué quiere usted de mí, a fin de cuentas?

Entonces, el pordiosero, con voz malvada, dijo:

—Quiero ante todo que usted me reconozca.

—¿Quién es usted, pues?

—¿Que quién soy? Pregúntele a cualquiera que pase por el camino, pregúntele a su criada, vayamos a preguntárselo al alcalde del pueblo si quiere, enseñándole esto; y bien que se va a reír, ya se lo digo yo. ¡Ah!, ¿no quiere usted reconocer que soy su hijo, papá cura?

Entonces, el anciano, levantando sus brazos en un gesto bíblico y desesperado, gimió:

—No es cierto.

El hombre se acercó a él, casi cara a cara:

—¡Ah!, así que no es cierto. ¡Ah!, reverendo, tiene que dejar de mentir, ¿entendido?

Tenía una expresión amenazadora y los puños apretados, y hablaba con un convencimiento tan vehemente que el sacerdote, retrocediendo en todo momento, se preguntaba cuál de los dos estaba equivocado en ese momento.

Una vez más, sin embargo, afirmó:

—Yo no he tenido ningún hijo.

El otro rebatió:

—¿Y acaso tampoco ninguna amante?

El anciano pronunció resueltamente una sola palabra, una orgullosa confesión:

—Sí.

—¿Y esa amante no estaba embarazada cuando usted la echó?

De repente, la vieja ira, ahogada veinticinco años antes, ahogada no, sino contenida en el fondo del corazón del amante, rompió las esclusas de la fe, de la devoción resignada, de la renuncia a todo, que había construido sobre ella, y, fuera de sí, exclamó:

—La eché porque me engañó y llevaba en su seno al hijo de otro, sin lo cual la habría matado, señor, y a usted con ella.

El joven dudó, sorprendido a su vez por el arrebato sincero del párroco; luego replicó más suavemente:

—¿Quién le dijo que yo era hijo de otro?

—Pues ella, ella misma, en actitud de desafío.

Entonces, el vagabundo, sin responder a esta afirmación, concluyó con un tono indiferente de granuja que juzga una causa:

—Pues bien, mamá se equivocó al decírselo cuando le provocó, eso es todo.

Al haber recuperado un cierto dominio de sí, tras aquel arranque de furia, el reverendo preguntó a su vez:

—¿Y quién le ha dicho a usted que es hijo mío?

—Ella, al morir, señor cura… ¡y luego esto!

Y alargó, ante los ojos del sacerdote, la pequeña fotografía.

El anciano la cogió, y lenta, largamente, con el corazón embargado de angustia, comparó a aquel ser errátil desconocido con su antigua imagen, y ya no le cupo ninguna duda de que era su hijo.

Una sensación de angustia embargó su alma, una emoción inexplicable, terriblemente penosa, como el remordimiento de un antiguo crimen. Comprendía un poco, intuía el resto, volvía a ver la escena brutal de la separación. Había sido con el fin de salvar su vida, amenazada por el hombre ultrajado, por lo que la mujer, la traicionera y pérfida hembra, le había soltado aquella mentira. Y la mentira había logrado su propósito. Y un hijo suyo había nacido, crecido y se había convertido en

aquel sórdido correcaminos, que olía a vicio como un chivo huele a bestia.

Murmuró:

—¿Quiere andar un poco conmigo para explicarnos mejor?

El otro se echó a reír sarcásticamente.

—Por Dios, si he venido precisamente para eso.

Se fueron juntos, lado a lado, por el olivar. El sol se había puesto. El gran fresco de los crepúsculos del Sur extendía sobre los campos un frío manto invisible. El reverendo se estremecía y, alzando de repente la vista, en un impulso habitual de celebrante, vio por todas partes en torno a sí, temblando contra el cielo, el pequeño follaje grisáceo del árbol sagrado que había albergado bajo su débil sombra el mayor de los dolores, el único desfallecimiento de Cristo.

Una súplica brotó de sus adentros, breve y desesperada, pronunciada con esa voz interior que no rebasa la boca y con la que los creyentes imploran al Señor: «¡Dios mío, auxíliame!».

Luego, volviéndose hacia su hijo, manifestó:

—¿Así que su madre ha muerto?

Una nueva pena se despertó en él, encogiéndole el corazón, mientras pronunciaba las palabras: «Su madre ha muerto» y una extraña miseria de la carne del hombre que nunca ha olvidado del todo, y un cruel eco del tormento sufrido, pero más aún quizá, puesto que ella había muerto, un estremecimiento de esa delirante y breve felicidad juvenil de la que ahora no quedaba nada más que la herida de su recuerdo.

El joven respondió:

—Sí, señor cura, mi madre ha muerto.

—¿Hace mucho?

—Sí, hará ya tres años.

Una nueva duda asaltó al sacerdote.

—¿Y cómo es que no vino a verme antes?

El otro dudó.

—No pude. Me surgieron impedimentos… Pero, perdone que interrumpa estas confidencias que ya le haré más tarde, todo lo detalladas que usted quiera, para decirle que no he comido nada desde ayer por la mañana.

Un repentino sentimiento compasivo se apoderó del anciano, y, tendiendo de repente las dos manos, exclamó:

—¡Oh!, pobre hijo mío.

El joven recibió esas grandes manos tendidas, que envolvieron sus dedos, más delgados, tibios y febriles.

Luego respondió con ese aire bromista que ya no abandonaba nunca sus labios:

—Pues bien, la verdad, empiezo a creer que acabaremos por entendernos.

El párroco echó a andar.

—Vamos a cenar —dijo.

Y de súbito pensó, en un impulso de alegría instintiva, confusa y extraña, en el bonito pez que había pescado, que, junto con el pollo con arroz, sería una comida excelente para aquel joven desventurado.

La arlesiana, preocupada, estaba ya refunfuñando, esperando delante de la puerta.

—Marguerite —exclamó el sacerdote—, retira la mesa y llévala a la sala, pero rápido, y prepárala para dos, pero rápido.

La criada estaba espantada sólo de pensar que su amo comería con aquel maleante.

Entonces, el reverendo Vilbois se puso él mismo a retirar la mesa y a trasladar, a la única estancia de la planta baja, el cubierto preparado para él.

Cinco minutos después estaba sentado enfrente del vagabundo, delante de la sopera llena de sopa de col, que desprendía, entre los dos rostros, una nubecilla de hirviente vapor.

III

Una vez llenos los platos, el vagabundo empezó a zamparse la sopa ávidamente con rápidas cucharadas. El reverendo no tenía ya hambre, y sorbía con lentitud tan sólo el sabroso caldo de col, dejando el pan en el fondo del plato.

De repente preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

El hombre rió, satisfecho de poder saciar su hambre.

—Padre desconocido —dijo—, sin otro apellido que el de mi madre, que probablemente no ha olvidado aún. En cambio, tengo dos nombres, que, dicho sea entre paréntesis, no cuadran en absoluto conmigo, Philippe-Auguste.

El sacerdote palideció y preguntó con un nudo en la garganta:

—¿Por qué le pusieron estos dos nombres?

El vagabundo se encogió de hombros.

—Debería usted adivinarlo. Después de haber dejado a mamá, le quiso hacer creer a su rival que yo era hijo suyo y él se lo creyó, más o menos, hasta que cumplí los quince años. A esa edad empecé a parecerme demasiado a usted y él, ese canalla, renegó de mí. Me habían puesto sus dos nombres de pila, Philippe-Auguste; y si hubiera tenido la fortuna de no parecerme a nadie, o bien la de ser hijo de un tercer seductor que no se hubiera dado a conocer, hoy sería el vizconde Philippe-Auguste de Pravallon, hijo reconocido tardíamente del conde del mismo nombre, senador. Por eso yo me puse el apodo de Malafortuna.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

—Porque él tuvo, por supuesto, unas explicaciones conmigo, y unas duras

explicaciones, no se vaya a creer. Ay, de esas que te enseñan lo que es la vida…

El sacerdote se sentía oprimido por algo que era más penoso y atormentador que lo que había sentido y sufrido desde hacía media hora. Era como una especie de ahogo que empezaba, iba a ir en aumento y acabaría finalmente con él, provocado, no tanto por las cosas que oía, sino por la manera en que éstas eran dichas y por el rostro de crápula del granuja que las pronunciaba. Entre aquel hombre y él, entre su hijo y él, empezaba ahora a percibir ese sumidero de inmundicias morales que son, para algunas almas, venenos letales. ¿Era ése su hijo? Todavía no podía creerlo. Quería todas las pruebas, todas; saberlo todo, oírlo todo, escucharlo todo, sufrirlo todo. Pensó de nuevo en los olivos que rodeaban su casita de campo y murmuró por segunda vez: «¡Oh, Dios mío, auxíliame!».

Philippe-Auguste se había acabado la sopa. Preguntó:

—¿No hay nada más para comer, reverendo?

Como la cocina se hallaba en el exterior de la casa, en un edificio anejo, y Marguerite no podía oír la voz de su cura, la llamaba dando unos golpecitos en un gong chino colgado de la pared que tenía a sus espaldas.

Cogió la maza de cuero y golpeó varias veces la redonda placa metálica. Primero se oyó un sonido débil, luego aumentó, se acentuó, vibrante, agudo, sobreagudo, desgarrador, horrible lamento de cobre herido.

Apareció la criada. Tenía un semblante crispado y lanzaba miradas furiosas al *maoufatan* como si hubiera comprendido con su instinto de perro fiel el drama que se le había venido encima a su amo. Sostenía en sus manos la lubina asada que desprendía un sabroso olor a mantequilla derretida. El reverendo hendió el pescado con una cuchara de un extremo al otro y, tras ofrecer el filete del lomo al hijo de su juventud, dijo con un resabio de orgullo que aún le quedaba en medio de su desazón:

—La he pescado yo hace un rato.

Marguerite no se iba.

El sacerdote prosiguió:

—Tráigame vino del bueno, vino blanco de Cabo Corso.

Ella hizo una especie de gesto de rebeldía y él tuvo que repetirle con aire severo: «Coja dos botellas». Porque cuando ofrecía vino a alguien, raro placer, se regalaba también él con una botella.

Philippe-Auguste, radiante, murmuró:

—Excelente. Buena idea. Hacía mucho tiempo que no comía así.

La criada volvió al cabo de un par de minutos que al sacerdote le parecieron dos eternidades, porque ahora una necesidad de saber le abrasaba la sangre, devorándole como un fuego infernal.

Aunque habían sido descorchadas las botellas, la criada no se iba, con los ojos fijos en el hombre.

—Déjenos —dijo el párroco.

Ella fingió no haber oído.

Él dijo casi con rudeza:

—Le he dicho que nos deje solos.

Entonces se fue.

Philippe-Auguste se comía el pescado ávidamente; y su padre le miraba, cada vez más sorprendido y disgustado por la bajeza que descubría en aquel rostro que tanto se le parecía. Los pequeños bocados que el reverendo Vilbois se llevaba a los labios se le quedaban en la boca, porque la encogida garganta se negaba a dejarlos pasar, y masticaba despacio, buscando, entre todas las preguntas que le venían a la mente, aquellas cuya respuesta le urgía.

Al final murmuró:

—¿De qué murió?

—De mal de pecho.

—¿Estuvo enferma mucho tiempo?

—Unos dieciocho meses más o menos.

—¿Cómo contrajo la enfermedad?

—No se sabe.

Guardaron silencio. El reverendo estaba pensativo. Muchas eran las cosas opresivas que le hubiera gustado saber, pues, desde el día de la ruptura, desde aquel día en que había estado a punto de matarla, no había vuelto a saber nada de ella. Verdad es que tampoco había querido saber nada, que la había echado resueltamente en una fosa de olvido, a ella y a sus días felices; pero ahora que estaba muerta sentía nacer en su interior un ardiente deseo de saber, un deseo celoso, casi un deseo de amante.

Prosiguió:

—¿No estaba sola, verdad?

—No, seguía viviendo con él.

El viejo se estremeció:

—¿Con él? ¿Con Pravallon?

—Pues sí.

El hombre antaño traicionado calculó que la mujer que le había engañado había permanecido más de treinta años con su rival.

Balbució casi a su pesar:

—¿Fueron felices juntos?

Riendo sarcásticamente, el joven respondió:

—¡Pues sí, con altibajos! Les habría ido mucho mejor sin mí. Yo siempre lo estropeé todo.

—¿Cómo y por qué? —preguntó el sacerdote.

—Ya se lo he contado. Porque él creyó que yo era hijo suyo hasta que cumplí los quince años. Pero el viejo no era tonto, y descubrió por sí solo el parecido, y entonces hubo escenas. Yo escuchaba detrás de las puertas. Él acusaba a mamá de haberle engañado. Mamá respondía: «¿Acaso es culpa mía? Sabías perfectamente, cuando me aceptaste, que yo era la amante del otro». El otro era usted.

—¡Ah!, ¿hablaban de mí en alguna ocasión?

—Pues sí, pero sin mencionarle nunca delante de mí, salvo al final, muy al final, en los últimos días, cuando mamá se sintió perdida. No se fiaban.

—¿Y usted…, usted supo pronto que su madre estaba en una situación irregular?

—¡Por Dios! No soy un alma cándida, y nunca lo he sido. Uno intuye enseguida estas cosas, tan pronto como se comienza a conocer el mundo.

Philippe-Auguste se ponía de beber una vez tras otra. Sus ojos se encendían, haciendo que, a causa de su largo ayuno, se emborrachara enseguida.

El sacerdote se dio cuenta; estuvo a punto de pararle, pero luego se le ocurrió pensar que la embriaguez le volvía imprudente y charlatán, y, tomando la botella, llenó de nuevo el vaso del joven.

Marguerite trajo el pollo con arroz. Después de haberlo dejado sobre la mesa, clavó de nuevo los ojos en el vagabundo y acto seguido le dijo a su amo con aire indignado:

—Pero mire lo borracho que está, señor cura.

—Déjanos tranquilos —prosiguió el sacerdote— y vete.

Ella salió dando un portazo.

Él preguntó:

—¿Qué decía su madre de mí?

—Pues lo que se acostumbra a decir de un hombre al que se ha dejado: que no era usted fácil de llevar, que tenía un carácter difícil para una mujer y que con sus ideas le habría creado siempre problemas.

—¿Lo decía a menudo?

—Sí, a veces con subterfugios, para que yo no comprendiera, pero lo entendía todo.

—¿Y cómo le trataban en esa casa?

—¿A mí? Al principio muy bien, pero después muy mal. Cuando mamá vio que yo arruinaba su relación, me echó a la calle.

—Pero ¡cómo!

—¿Que cómo? Muy sencillo. Yo hice algunas barrabasadas a los dieciséis años; entonces los muy granujas me metieron en un correccional para quitárseme de encima.

Clavó los codos sobre la mesa, apoyó las mejillas en sus manos y, completamente ebrio, la mente trastornada por el vino, le entró de repente una de esas ganas

irresistibles de hablar de sí mismo que hacen divagar a los borrachos con fantásticas jactancias.

Y sonreía plácidamente, con una gracia femenina en los labios, una gracia perversa que el sacerdote no pudo dejar de reconocer. No sólo la reconoció, sino que sintió, odiosa y acariciante, esa gracia que le había conquistado y perdido a él en otro tiempo. Era a su madre a quien su hijo se parecía más ahora, no por los rasgos del rostro, sino por la mirada cautivadora e hipócrita y sobre todo por la seducción de la falaz sonrisa que parecía abrir la puerta de la boca a todas las infamias del interior.

Philippe-Auguste contó:

—¡Ja, ja, ja! Menuda vida la mía desde que salí del correccional, una vida realmente agitada por la que un gran novelista pagaría mucho dinero. La verdad, Dumas padre, con su *Conde de Montecristo*, no ha inventado cosas más chuscas que las que me han ocurrido a mí.

Se calló con la filosófica seriedad del hombre ebrio que reflexiona, pero luego dijo hablando despacio:

—Si se quiere que un muchacho no acabe mal, no se le debería encerrar nunca en un correccional, sea lo que sea lo que haya hecho, debido a la gente que se conoce allí dentro. Se me ocurrió una buena, pero acabó mal. Una noche, hacia las nueve, yendo de paseo con tres compañeros, los cuatro un poco alegres, por la carretera general que pasa cerca del vado de Folac, vemos un vehículo en el que estaban todos durmiendo, el cochero y su familia, una gente de Martinon que volvían de cenar de la ciudad. Cojo el caballo de la brida, lo hago subir a la chalana que cruza el río y empujo ésta dentro de la corriente. Como ello arma ruido, el cochero se despierta y, al no ver nada, da un latigazo. El caballo parte y se hunde en el agua con el carruaje. ¡Todos ahogados! Mis compañeros me denunciaron. Y eso que al principio se rieron con ganas al verme gastar la broma. Lo cierto es que no pensamos que la cosa acabaría tan mal. Creíamos que se darían sólo un remojón, para reírnos un rato.

»Tras esto, he hecho cosas peores para vengarme de la primera, pues no merecía el correccional, palabra de honor. Pero no vale la pena contarlas. Le contaré la última nada más, porque ésa seguro que le hará gracia. Le vengué, papá.

El reverendo miraba a su hijo con ojos aterrados y ya no comía nada.

Philippe-Auguste se disponía a hablar de nuevo.

—No —dijo el sacerdote—, ahora no, un poco más tarde.

Volviéndose, golpeó e hizo sonar el estridente címbalo chino.

Marguerite no tardó en entrar.

Y su amo mandó, con una voz tan ruda que ella bajó la cabeza, espantada y dócil:

—Tráenos la lámpara y todo cuanto tengas que traer aún a la mesa, y luego no vuelvas a aparecer más hasta que yo haga sonar de nuevo el gong.

Ella salió, volvió y dejó sobre el mantel una lámpara de porcelana blanca,

cubierta con una pantalla verde, un grueso pedazo de queso, fruta, y se fue.

El sacerdote dijo con tono resuelto:

—Ahora le escucho.

Philippe-Auguste se llenó tranquilamente el plato y el vaso. La segunda botella estaba casi vacía, por más que el párroco no la hubiera tocado.

El joven siguió hablando entre balbuceos, la boca llena de comida y de embriaguez:

*

He aquí la última. Es realmente fuerte. Había vuelto a casa…, seguía allí a pesar de ellos porque sabía que me temían…, me temían… ¡Ah!, no es buena cosa fastidiarme…, pues soy capaz de todo cuando me fastidian… ¿Sabe?…, ellos vivían medio juntos. Él tenía dos domicilios, uno de senador y otro de amante. Pero estaba más a menudo en casa de mamá que en la suya, porque no podía prescindir de ella. ¡Ay, no era astuta ni nada, y fuerte…, mamá…, sabía cómo tener cogido a un hombre! Le tenía atrapado en cuerpo y alma, y lo conservó hasta el final. ¡Menudos necios son los hombres! Así pues, yo había vuelto y les tenía dominados por el miedo. Sé ser listo cuando es preciso, y en cuanto a malicia, artimañas y también los puños, no le temo a nadie. He aquí que mamá cae enferma y él la instala en una bonita propiedad próxima a Meulan, en medio de un parque grande como un bosque. Como le he dicho…, siguió así por espacio de unos dieciocho meses. Luego nos dimos cuenta de que el final estaba cerca. Él venía todos los días de París y se le veía sufrir, pero de verdad.

Así pues, una mañana, habían estado hablando casi una hora y yo me preguntaba de qué podían charlar tanto rato, cuando me llaman. Y mamá me dice:

«Estoy a punto de morir y hay una cosa que quisiera revelarte, en contra de la opinión del conde». Ella le llamaba siempre «el conde» al referirse a él. «Es el nombre de tu padre, que todavía vive.»

Yo se lo había preguntado más de cien veces…, más de cien veces…, el nombre de mi padre…, más de cien veces… y ella siempre se había negado a decirlo… Creo incluso que un día le di unas bofetadas para hacerla hablar, pero no sirvió de nada. Y luego, para quitárseme de encima, me anunció que usted había muerto sin un céntimo, que era usted un don nadie, un error de juventud, un paso en falso de virgen. Supo contármelo tan bien lo de su muerte que yo me lo tragué totalmente.

Así pues, ella me dijo:

«Es el nombre de tu padre».

El otro, que estaba sentado en un sillón, replica lo siguiente tres veces:

«Comete un error, comete un error, comete un error, Rosette».

Mamá se sienta en su cama. La veo aún con sus pómulos colorados y sus ojos brillosos, pues me quería mucho a pesar de todo; y va y le dice:

«¡Pues entonces haga algo por él, Philippe!»

Al dirigirse a él le llamaba «Philippe» y a mí «Auguste».

Y él se puso a gritar como un condenado:

«¡Por este crápula, nunca!, por este golfo, por este maleante, este…, este…, este…»

Y se le ocurrieron otros mil nombres para calificarme como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Yo estaba a punto de amoscarme, cuando mamá me mandó callar y luego le dijo:

«Pues, entonces, quiere que se muera de hambre, ya que yo no poseo nada».

Él replicó sin inmutarse:

«Rosette, le he dado treinta y cinco mil francos por año, desde hace treinta, lo cual asciende a más de un millón. Ha vivido usted gracias a mí como una mujer rica, como una mujer amada y, me atrevería a decir, como una mujer feliz. Yo no le debo nada a este pordiosero que ha arruinado nuestros últimos años; y no tendrá nada de mí. Es inútil insistir. Dígale el nombre del otro, si quiere. Lo siento, pero yo me lavo las manos».

Entonces, mamá se vuelve hacia mí. Yo me decía entre mí: «Bueno…, al menos conoceré a mi verdadero padre…, y si tiene cuartos, estoy salvado…».

Ella continuó:

«Tu padre, el barón de Vilbois, se llama actualmente el reverendo Vilbois, cura de Garandou, cerca de Toulon. Era mi amante cuando le dejé por éste».

Y he aquí que ella me lo cuenta todo, excepto que le engañó respecto a su embarazo. Pero las mujeres, como ve, no dicen nunca la verdad.

Se reía sarcásticamente, dando rienda suelta a toda su abyección. Bebió de nuevo y, con el semblante en todo momento risueño, continuó:

Mamá murió dos días…, dos días más tarde. Habíamos acompañado su ataúd hasta el cementerio, él y yo…, tiene gracia… ¿no?…, él y yo… y tres criados…, eso es todo… Él lloraba a moco tendido…, estábamos uno al lado del otro…, se hubiera dicho papá y el hijo de papá.

Luego regresamos a casa. Nada más que nosotros dos. Yo me decía: «Tengo que largarme, sin un céntimo». No tenía más que cincuenta francos. ¿Qué podía hacer para vengarme?

Él me toca el brazo y me dice:

«Tengo que hablar con usted».

Le seguí a su gabinete. Se sentó a su mesa, y luego, barbotando entre lágrimas, me dice que no quiere ser tan malo conmigo como le decía a mamá; me ruega que no

le moleste a usted… «Es algo entre usted y yo…» Y me ofrece un billete de mil…, mil…, mil…, ¿qué podía hacer yo con mil francos?…, yo…, un hombre como yo. Vi que tenía más en el cajón, un verdadero montón. Al ver todo aquel papel moneda me dieron ganas de acuchillarle. Alargo la mano para coger el que me ofrecía, pero, en vez de recibir su limosna, le salto encima, le arrojo al suelo y le aprieto la garganta hasta hacerle revirar los ojos; luego, cuando vi que iba a palmarla, le amordazo, le ato, le desnudo, le doy la vuelta y luego… ¡ja, ja, ja!…, ¡le vengué a usted a base de bien!…

Philippe-Auguste tosía, atosigándose de la alegría, y, en el labio alzado en un rictus feroz y alegre, el reverendo Vilbois descubría de nuevo la vieja sonrisa de la mujer que le había hecho perder la cabeza.

—¿Y después qué? —preguntó.

Después…. ¡Ja, ja, ja!… Había un gran fuego en la chimenea, era diciembre…, por el frío… había muerto…, mamá…, un gran fuego de carbón… Cojo el atizador…, lo pongo al rojo vivo… y le hago unas cruces en la espalda, ocho, diez, no sé ya cuántas, luego le doy la vuelta y le hago otras tantas en el vientre. ¡Tiene gracia, ¿eh?, papá! Así es como se marcaba a los forzados en otros tiempos. Él se retorcía igual que una anguila…, pero yo le había amordazado bien y no podía gritar. A continuación cogí los billetes, doce, que con el mío hacían trece… Lo cual no me trajo suerte. Y me largué diciéndoles a los criados que no molestaran al señor conde hasta la hora de la cena porque dormía.

Pensé que no diría nada por temor a armar un escándalo, puesto que es senador… Pero me equivoqué. Cuatro días después me pescaban en un restaurante de París. Estuve tres años en prisión. Por eso no pude venir a conocerle antes.

*

Bebió de nuevo, y dijo, ahora farfullando a duras penas las palabras:

—Ahora…, papá…, ¡papá cura!… ¡Es gracioso tener por padre a un cura!… ¡Ja, ja, ja! Tiene que ser bueno, muy bueno con el menda, porque el menda no es una persona corriente… y le hizo una buena…, de veras…, una buena… al viejo…

La misma cólera que había enloquecido en otro tiempo al reverendo Vilbois ante la amante traicionera le hacía sublevarse ahora ante aquel ser abominable.

Él, que tanto había perdonado, en nombre de Dios, los secretos infames bisbiseados en el misterio del confesionario, se sentía incapaz de piedad y de clemencia, en su propio nombre, y en ese momento no se dirigía ya para que le auxiliase a ese Dios caritativo y misericordioso, porque comprendía que ninguna protección celestial o terrenal puede salvar en este mundo a quienes sufren

semejantes desgracias.

Todo el ardor de su corazón apasionado y de su sangre violenta, apagada por el sacerdocio, se despertaba en una irrefrenable rebeldía contra aquel miserable que era su hijo, contra aquel parecido con él, y también contra la madre, la indigna madre que lo había engendrado semejante a ella, y contra la fatalidad que ataba a aquel pordiosero a su pie paterno, como la bola al pie del galeote.

Veía y preveía todo con súbita lucidez, despertado por aquella sacudida de sus veinticinco años de tranquilidad y de piadoso sueño.

Convencido de repente de que era necesario hablar de forma enérgica y clara para que aquel delincuente le temiera y aterrorizarle de entrada, le dijo con los dientes apretados por la furia, sin pensar que estaba borracho:

—Ahora que me lo ha contado todo, escúcheme. Partirá usted mañana. Se irá a un pueblo que le diré y que no dejará nunca sin una orden mía. Le pasaré una pensión suficiente para vivir, pero pequeña, porque no tengo dinero. Si desobedece una sola vez, se acabó y tendrá que vérselas conmigo…

Aunque aturdido por el vino, Philippe-Auguste captó la amenaza y el criminal que había dentro de él se despertó de improviso. Desembuchó estas palabras, entre hipos:

—¡Ah!, papá, no debes hacerme una jugada… Tú eres párroco…, te tengo cogido…, y te someterás, igual que los demás.

El sacerdote se sobresaltó; y en sus músculos de antiguo hércules nació una necesidad invencible de coger a aquel monstruo, de doblarlo como una caña para hacerle comprender que debía ceder.

Le gritó, sacudiendo la mesa y empujándola contra su pecho:

—¡Ah!, ten cuidado, ten cuidado…, que yo no le temo a nadie…

El borracho, perdiendo el equilibrio, se tambaleaba en su silla. Al ver que iba a caerse y que estaba a merced del sacerdote, alargó la mano, con mirada asesina, hacia uno de los cuchillos que había sobre el mantel. El reverendo Vilbois vio el gesto, y dio tal empellón a la mesa que su hijo se cayó de espaldas y acabó por los suelos. La lámpara se volcó y se apagó.

Durante unos segundos, se dejó oír en la sombra un ligero tintineo de vasos que entrechocan; luego se oyó como el arrastrarse de un cuerpo blando por el suelo, luego ya nada.

Rota la lámpara, una súbita noche se había extendido sobre ellos tan rápida, inesperada y profunda que quedaron estupefactos como ante un acontecimiento aterrador. El borracho, acurrucado contra la pared, ya no se movía; y el sacerdote permanecía en su silla, sumido en aquellas tinieblas, que ahogaban su cólera. Aquel velo oscuro arrojado sobre él, deteniendo su arrebato, inmovilizó también el impulso furioso de su alma; y le asaltaron otras ideas, negras y tristes como la oscuridad.

Se hizo el silencio, un silencio denso de tumba cerrada, en el que ya nada parecía vivir y respirar. Tampoco llegaba nada del exterior, ni el paso de un carruaje en la lejanía, ni el ladrar de algún perro, ni el susurro entre las ramas o contra las paredes de un ligero soplo de viento.

Aquello duró largo rato, mucho rato, quizá una hora. Luego, ¡de repente resonó el gong! Resonó percutido por un solo golpe duro, seco y fuerte, al que siguió un gran ruido extraño de caída y de silla derribada.

Marguerite, que estaba al acecho, acudió presurosa; pero apenas hubo abierto la puerta, retrocedió espantada ante la sombra impenetrable. Luego, temblando, el corazón acelerado y la voz jadeante y baja, llamó:

—¡Señor cura, señor cura!

Nadie respondió, nada se movió.

«Dios mío, Dios mío —pensó—, ¿qué han hecho?, ¿qué ha pasado?»

No se atrevía a avanzar ni a darse la vuelta para ir a buscar una luz; y le dominaron unas ganas locas de ponerse a salvo, de huir y de gritar, por más que sintiera flaquear sus piernas rotas hasta el punto casi de desplomarse al suelo. Repetía:

—Señor cura, señor cura, soy yo, Marguerite.

Pero de súbito, pese a su miedo, un deseo instintivo de socorrer a su amo y una de esas valentías de las mujeres que las hacen a veces heroicas invadieron su alma de una audacia aterrada, y, tras correr hacia la cocina, trajo su quinqué.

Se detuvo ante la puerta de la sala. Primero vio al vagabundo, tumbado contra la pared, y que dormía o fingía dormir, luego la lámpara rota, y a continuación, debajo de la mesa, los dos pies negros y las piernas con los calcetines negros del reverendo Vilbois, que debía de haberse caído de espaldas golpeándose la cabeza contra el gong.

Palpitando de terror, las manos temblorosas, repetía:

—Dios mío, Dios mío, pero ¿qué es esto?

Y cuando avanzaba a pequeños pasos, con lentitud, pisó algo grasiento y estuvo a punto de caerse.

Entonces, tras haberse inclinado, vio que, por el suelo rojo, manaba un líquido asimismo rojo, que se extendía en torno a sus pies y corría rápido hacia la puerta. Intuyó que era sangre.

Enloquecida, salió huyendo, tirando su luz para no ver ya nada, y se precipitó campo traviesa hacia el pueblo. Iba, topándose contra los árboles, con los ojos fijos en las luces lejanas y dando alaridos.

Su voz aguda asaeteaba la noche como un siniestro grito de lechuza y clamaba sin interrupción:

—*¡El maoufatan…, el maoufatan…, el maoufatan!…*

Cuando llegó a las primeras casas, salieron unos hombres asustados y la rodearon,

pero ella se debatía sin responder, fuera de sí.

Al final comprendieron que había ocurrido una desgracia en el olivar del párroco, y un grupo se armó para correr en su ayuda.

En medio del olivar, la casita pintada de rosa resultaba invisible y negra en la noche profunda y silenciosa. Desde que la única claridad de la ventana iluminada se había apagado como un ojo cerrado, permanecía sumida en la oscuridad, perdida en las tinieblas, ilocalizable para cualquiera que no fuese del lugar.

Pronto corrieron unas luces a ras de tierra, a través de los árboles, dirigiéndose hacia ella. Se paseaban por la hierba seca unas grandes franjas de luz amarillenta; y, con los errátiles resplandores, los troncos atormentados de los olivos semejaban a veces monstruos, serpientes infernales entrelazadas y retorcidas. Los reflejos proyectados a lo lejos hicieron surgir de súbito en la oscuridad una cosa blancuzca y vaga, y pronto el muro bajo y cuadrado de la casita se tornó de nuevo de color rosa delante de las linternas. Las llevaban algunos campesinos, escoltando a dos gendarmes, pistola en mano, al guarda rural, al alcalde y a una Marguerite desfalleciente a la que sostenían unos hombres.

Delante de la puerta abierta, aterradora, hubo un momento de vacilación. Pero el cabo cogió un farol y entró seguido de los demás.

La criada no había mentido. La sangre, ya coagulada, cubría el suelo como una alfombra. Había manado hasta donde estaba el vagabundo, mojando una de sus piernas y una de sus manos.

Padre e hijo dormían, uno con la garganta cortada, el sueño eterno; el otro, el sueño de los borrachos. Los dos gendarmes se abalanzaron sobre este último y, antes de que se hubiera despertado, tenía esposadas las muñecas. Se frotó los ojos, estupefacto, anonadado por el vino; y cuando vio el cadáver del sacerdote, adoptó una expresión aterrada y de no entender nada.

—Pero ¿cómo no se ha largado? —preguntó el alcalde.

—Estaba demasiado borracho —replicó el cabo.

Y todo el mundo fue de su misma opinión, pues a nadie se le habría pasado por la cabeza la idea de que el reverendo Vilbois quizá podía haberse quitado la vida.

¿QUIÉN SABE?*

I

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Por fin voy a escribir lo que me sucedió! Pero ¿seré capaz? ¿Me atreveré? ¡Pues es algo tan extraño, tan inexplicable, tan incomprensible, tan loco!

Si no estuviera seguro de lo que vi, seguro de que no hubo ningún desfallecimiento, ningún fallo en mis razonamientos, en mis constataciones, ninguna laguna en el inflexible encadenamiento de mis observaciones, me creería un simple alucinado, el juguete de una extraña visión. Después de todo, ¿quién sabe?

Actualmente me encuentro en una casa de salud; pero ¡ingresé en ella por propia voluntad, por prudencia, por temor! Sólo una persona conoce mi historia. El médico de aquí. Voy a escribirla. No sé muy bien por qué. Para liberarme de ella, pues la siento en mí como una insoportable pesadilla.

Hela aquí:

Yo he sido siempre un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, bondadoso, contento con poco, sin acritud hacia los hombres y sin rencor contra el cielo. He vivido solo, ininterrumpidamente, por una especie de incomodidad que me provoca la presencia de los demás. ¿Cómo explicarlo? No sabría hacerlo. No me niego a ver gente, a hablar, a cenar con amigos, pero cuando los siento demasiado tiempo cerca de mí, incluso a los más íntimos, me cansan, me fatigan, me enervan, me ponen nervioso, y me entran unas enormes ganas, obsesivas, de verles marcharse o de irme, de estar solo.

Estas ganas son más que una necesidad, son una necesidad irresistible. Y si la presencia de las personas con las que me encuentro se prolongase, si tuviera, no ya que escuchar, sino seguir oyendo largo rato sus conversaciones, estoy seguro de que me daría algo. ¿El qué? ¿Quién sabe? ¿Un simple síncope, tal vez? ¡Sí, probablemente!

Me gusta tanto estar solo que no puedo soportar siquiera la cercanía de otras personas durmiendo bajo mi techo; no puedo vivir en París porque es para mí una agonía continua. Me siento morir moralmente, y también martirizado física y

anímicamente por esa inmensa multitud hormigueante que vive a mi alrededor, incluso cuando duerme. ¡Ay, el sueño ajeno me hace sufrir aún más que sus palabras! Nunca consigo encontrar el descanso cuando sé, cuando siento que, detrás de la pared, hay unas existencias interrumpidas por esos eclipses regulares de la razón.

¿Por qué soy así? ¿Quién sabe? Tal vez la causa sea muy sencilla; me canso enseguida de todo cuanto no sucede dentro de mí. Y hay muchas personas en mi situación.

Hay dos razas sobre la tierra. La de aquellos que necesitan a los demás, a los que los otros distraen, tienen ocupados, les sirven de descanso, y a quienes la soledad abruma, agota, aniquila, como la ascensión de un terrible glaciar o la travesía de un desierto, y la de aquellos a los que, por el contrario, los otros cansan, aburren, molestan, fatigan, mientras que el aislamiento les calma, sumiéndoles en el reposo merced a la independencia y a la fantasía de su pensamiento.

Se trata, en suma, de un fenómeno psíquico normal. Los unos están dotados para vivir hacia fuera, los otros para vivir hacia dentro. En cuanto a mí, mi atención hacia el exterior es de corta duración y no tarda en agotarse y, tan pronto como llega al límite, noto en todo mi cuerpo y en toda mi mente un malestar insoportable.

Ello hace que me apegue, que me hubiera apegado mucho a los objetos inanimados que adquieren, para mí, una importancia de seres, y que mi casa se haya convertido, se hubiera convertido, en un mundo en el que llevaba una vida solitaria y activa, en medio de cosas, de muebles, de chucherías familiares, simpáticas a mis ojos como si fueran rostros. La había llenado poco a poco, la había alhajado, y me sentía, dentro de ella, contento, satisfecho, muy feliz como entre los brazos de una mujer amorosa cuyas caricias habituales se han vuelto una calma y grata necesidad.

Había hecho construir esa casa en un bello jardín que la aislaba de todo camino, y a escasa distancia de una ciudad donde podía encontrar, llegado el caso, esos recursos de compañía de los que sentía a veces deseos. Todos mis criados dormían en un edificio distante, al fondo del huerto, circundado por un alto muro. Las noches envolventes y oscuras, en el silencio de mi casa retirada, escondida, inundada por las hojas de los altos árboles, eran para mí tan gratas y restauradoras que cada noche demoraba varias horas el meterme en la cama para saborearlas más largamente.

Aquel día habían representado *Sigurd*[1] en el teatro de la ciudad. Era la primera vez que escuchaba aquel bello drama musical y mágico, y me había gustado mucho.

Volví a pie, a paso alegre, la cabeza llena de frases sonoras y los ojos de hermosas imágenes. Era noche cerrada, tanto que apenas si distinguía la carretera general y en más de un momento estuve a punto de acabar en la cuneta. Del fielato a mi casa hay cerca de un kilómetro, quizá un poco más, o sea, veinte minutos yendo sin prisas. Era la una de la noche, la una o la una y media. El cielo se iluminó un poco delante de mí y asomó la hoz de la luna, la triste hoz del cuarto menguante. La del cuarto creciente,

que aparece a las cuatro o las cinco de la tarde, es clara, alegre, argentada, pero la que se alza después de medianoche es rojiza, tétrica, inquietante: la verdadera hoz del *sabbat*. Todos los noctámbulos deben de haberlo observado. La primera, aunque sea más fina que un hilo, despide una tenue luz alegre que regocija el corazón y traza en la tierra nítidas sombras; la última apenas si difunde un destello moribundo, tan mortecino que casi no da sombra.

Descubrí a lo lejos la masa oscura de mi jardín y no sé de dónde me vino una especie de malestar ante la idea de entrar allí dentro. Demoré el paso. Hacía muy buen tiempo. El gran hacinamiento de árboles parecía una tumba en la que mi casa estuviera enterrada.

Abrí la cancela y entré en la larga alameda de sicómoros que, arqueada a manera de bóveda como un alto túnel, lleva a la casa, atravesando macizos opacos y bordeando céspedes en los que los arriates floridos formaban, en las pálidas tinieblas, manchas ovales de matices indistintos.

Al acercarme a la casa me dominó una extraña turbación. Me detuve. No se oía nada. Ni siquiera un soplo de aire entre las hojas. «¿Qué me pasa?», pensé. Desde hacía diez años volvía tarde, sin que nunca me hubiera perturbado la más mínima inquietud. No tenía miedo. No he tenido nunca miedo a la noche. De haber visto a un hombre, a un vagabundo, a un ladrón me habría enfurecido y le habría saltado encima sin vacilar. Y, por otra parte, iba armado; tenía mi revólver. Pero no lo toqué, porque quería resistir a ese principio de temor que nacía dentro de mí.

¿Qué era? ¿Un presentimiento? ¿Ese misterioso presentimiento que se apodera de los sentidos de los hombres cuando están a punto de ver lo inexplicable? Tal vez. ¿Quién sabe?

Conforme avanzaba, sentí que me recorrían la piel unos estremecimientos, y cuando estuve delante de la fachada de mi vasta morada, con todos los postigos cerrados, sentí que tendría que esperar unos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Entonces me senté en un banco, bajo las ventanas del salón y así me quedé, un poco tenso, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos abiertos a la sombra del follaje. De entrada no noté nada de insólito en torno a mí. Sentía unos zumbidos en los oídos; pero es algo que me sucede a menudo. A veces me parece oír pasar trenes, o repicar campanas, o una multitud que camina.

Pero luego aquellos zumbidos se volvieron más claros, más precisos, más reconocibles. Me había equivocado. No era el acostumbrado ruido de mis arterias el que traía a mis oídos aquellos rumores, sino un ruido muy particular, muy confuso sin embargo, proveniente, sin lugar a dudas, del interior de la casa.

Ese ruido continuo lo distinguía a través del muro, más una agitación que un ruido, el vago movimiento de un montón de cosas, como si poco a poco zarandearan, desplazaran, arrastraran despacio todos mis muebles.

¡Oh!, durante un buen rato no di crédito a mis oídos. Pero tras haber pegado la oreja contra un postigo para percibir mejor la extraña agitación de mi casa, me convencí, sin que me cupiera la menor duda, de que dentro estaba sucediendo algo anormal e incomprensible. No tenía miedo, pero estaba…, ¿cómo decirlo?…? espantado de asombro. No amartillé el revólver, intuyendo perfectamente que no había necesidad de hacerlo. Esperé.

Esperé largo rato, incapaz de decidirme a nada, con la mente lúcida, pero terriblemente agitado. Esperé, de pie, mientras seguía escuchando aquel ruido creciente y que a veces era de una violenta intensidad, y que parecía volverse un rugido de impaciencia, de cólera, de misterioso tumulto.

De súbito, avergonzándome de mi cobardía, cogí el mazo de las llaves, elegí la que necesitaba, la introduje en la cerradura, di dos vueltas y, empujando la puerta con todas mis fuerzas, la estampé contra la pared.

El golpe resonó como un escopetazo, y he aquí que a aquel ruido de explosión respondió, de arriba abajo de la casa, un formidable estruendo. Éste fue tan súbito, tan terrible, tan ensordecedor, que retrocedí unos pasos y, pese a seguir pareciéndome innecesario, saqué el revólver de la funda.

Seguí esperando, ¡oh!, pero no mucho. Ahora distinguía un extraordinario pisoteo por los peldaños de la escalera, por los entarimados, por las alfombras, pero no un pisoteo de calzado, de zapatos humanos, sino de muletas, muletas de madera y muletas de hierro que vibraban como címbalos. Y de pronto vi en el umbral un sillón, mi gran sillón de lectura, que salía contoneándose y se dirigía hacia el jardín. Le siguieron otros, los del salón, luego los canapés bajos que se arrastraban como cocodrilos sobre sus patas cortas, luego todas mis sillas, con saltos de carnero, y los taburetes que correteaban como conejos.

¡Oh, qué emoción! Me acurruqué en un macizo para contemplar este desfile de mis muebles que se estaban yendo todos, uno tras otro, garbosos o lentos, según su tamaño y peso. El piano, mi gran piano de cola, pasó con un galope como de caballo desbocado y acompañado de un murmullo musical, los menores objetos se deslizaban sobre la arena como hormigas: cepillos, cristales, copas, que el claro de luna volvía fosforescentes como luciérnagas. Las telas reptaban, extendiéndose cual pulpos. Vi venir mi escritorio, pieza rara de la pasada centuria que contenía todas las cartas que yo había recibido, toda mi historia sentimental, una vieja historia que me había hecho sufrir mucho. Y dentro había también fotografías.

De pronto perdí el miedo, y me lancé sobre él, aferrándolo como se aferra a un ladrón o a una mujer que huye; pero su carrera era irrefrenable y, a pesar de mis esfuerzos y de mi cólera, ni siquiera conseguí hacerle demorar la marcha. Como yo resistía como un condenado a aquella fuerza espantosa, me caí al suelo luchando con él. Entonces me hizo rodar, me arrastró por la arena y los muebles que le seguían

comenzaron a venírseme encima, pisándome las piernas y produciéndome morados; luego, cuando finalmente lo solté, los otros pasaron sobre mi cuerpo como una carga de caballería sobre un soldado desarzonado.

Finalmente, muerto de miedo, conseguí arrastrarme fuera de la gran alameda y esconderme de nuevo entre los árboles para ver irse hasta el más ínfimo objeto, los más pequeños, los más modestos, los más desconocidos incluso para mí, pero que me habían pertenecido.

Luego oí también, a lo lejos, en mi alojamiento vuelto resonante como todas las casas vacías, un ruido muy fuerte de puertas que se cierran. Golpearon en toda la casa, de arriba abajo, y hasta la del vestíbulo, que yo mismo, insensato de mí, había abierto para aquella marcha, se cerró, la última.

También yo huí, corriendo hacia la ciudad, y no me calmé hasta que empecé a encontrar a los últimos rezagados por las calles. Fui a llamar a un hotel donde me conocían. Me había sacudido el traje con las manos para quitarle el polvo, y conté que había perdido las llaves, incluida la del huerto, donde descansaban mis criados en una casa apartada, detrás del muro que protegía mis árboles frutales y mis verduras de las visitas de los ladronzuelos.

Me metí en la cama tapándome hasta los ojos, pero no pude pegar ojo y esperé a que se hiciera de día escuchando los latidos de mi corazón. Había ordenado que mi servidumbre fuera avisada al amanecer, y a las siete mi ayuda de cámara llamó a mi puerta.

Parecía trastornado.

—Señor, esta noche ha sucedido una gran desgracia —dijo.

—¿El qué?

—Han robado todos los muebles del señor, todos, hasta los más pequeños objetos.

Aquella noticia fue de mi agrado. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Me sentía muy dueño de mí, seguro de saber disimular, de no decir nada a nadie de lo que había visto y de ocultarlo, enterrarlo en mi conciencia como un espantoso secreto. Respondí:

—Seguro que son las mismas personas que me han robado las llaves. Hay que avisar enseguida a la policía. Ahora me levanto y me reúno con vosotros.

La investigación se prolongó por espacio de cinco meses. No se descubrió nada, no se encontró ni la más mínima chuchería ni el menor rastro de los ladrones. ¡Diantre! De haber dicho lo que sabía…, de haberlo dicho…, habrían encerrado no a los ladrones, sino a mí, a la persona que había visto una cosa semejante.

¡Oh!, supe callarme. Pero no volví a amueblar la casa. Era inútil. La cosa se habría reiniciado siempre. Yo no quería volver a ella más. No volví. No he vuelto a verla nunca más.

Fui a París, a un hotel, y consulté a unos médicos sobre el estado de mis nervios, que me preocupaba mucho después de aquella lamentable noche.

Me aconsejaron viajar. Seguí su consejo.

II

Empecé con un viaje a Italia. El sol me sentó bien. Durante seis meses, vagué de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Luego recorrí Sicilia, tierra admirable por su naturaleza y sus monumentos, reliquias dejadas por los griegos y los normandos. Crucé a África, atravesé sin incidentes ese gran desierto amarillo y calmo, por donde andan errantes camellos, gacelas y árabes nómadas, donde, en el aire ligero y diáfano, no flota obsesión alguna, ni de día ni de noche.

Regresé a Francia por Marsella, y pese a la alegría provenzal, la luz atenuada del cielo me entristeció. Sentí, al volver al continente, la extraña impresión de un enfermo que se cree curado y al que un sordo dolor avisa de que el foco infeccioso no se ha extinguido.

Luego regresé a París. Al cabo de un mes, me aburría. Era otoño, y quise hacer, antes del invierno, una excursión a Normandía, que no conocía.

Naturalmente, empecé por Ruán, y durante ocho días, anduve distraído, encantado, entusiasmado en esa ciudad medieval, en ese sorprendente museo de extraordinarios monumentos góticos.

Ahora bien, una tarde, a eso de las cuatro, cuando tomaba por una calle increíble, por donde corre un río negro como la tinta llamado «Eau de Robec», mi atención, completamente centrada en el extraño y antiguo aspecto de las casas, se vio atraída de repente por una serie de tiendas de chamarileros que se sucedían de puerta en puerta.

¡Ah! ¡Cómo habían sabido elegir su lugar, esos sórdidos traficantes de antiguallas, en aquella fantástica callejuela, por encima de ese curso de agua siniestro, bajo esos tejados puntiagudos de tejas y de pizarras en los que rechinaban todavía las veletas del pasado!

Al fondo de esos oscuros almacenes, se veía amontonados arcones tallados, lozas de Ruán, de Nevers, de Moustiers, esculturas policromadas, otras de roble, Cristos, Vírgenes, santos, paramentos sacerdotales, casullas, capas pluviales, incluso objetos litúrgicos y un viejo tabernáculo de madera dorada que Dios ya no ocupaba. ¡Oh, qué extrañas covachas en aquellas casas altas, en aquellas casonas, llenas, desde el sótano hasta el desván, de objetos de todo tipo cuya existencia parecía acabada, que sobrevivían a sus propietarios naturales, a su siglo, a su tiempo, a sus modas, para ser adquiridos como curiosidades por las nuevas generaciones.

Mi afición por los objetos artísticos se despertaba en esa ciudad de anticuarios. Iba de tienda en tienda, cruzando, de dos zancadas, los puentes hechos con cuatro tablas podridas tendidas sobre la corriente nauseabunda del Eau de Robec.

¡Misericordia! ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando uno de mis armarios más bonitos se me apareció al borde de una bóveda atestada de objetos y que parecía la entrada de las catacumbas de un cementerio de muebles antiguos! Me acerqué temblando de pies a cabeza, temblando a tal punto que no me atrevía a tocarlo. Adelanté la mano, vacilé. Era él, sin embargo: un armario Luis XIII único, reconocible para cualquiera que lo hubiera visto una sola vez. Alzando luego la vista un poco más lejos, hacia las profundidades más sombrías de aquella galería, vi tres de mis sillones con una tapicería de *petit point*, luego, un poco más allá, mis dos mesas Enrique II, tan raras que la gente venía de París para verlas.

¡Podéis imaginaros en qué estado de ánimo me hallaba!

Y avancé, con un nudo en la garganta, abrumado por la emoción, pero avancé, porque soy valiente, avancé como un caballero de las edades oscuras que penetrara en una mansión llena de sortilegios. Encontraba a cada paso todo lo que me había pertenecido: mis arañas, mis libros, mis cuadros, mis telas, mis armas, todo, excepto el escritorio lleno de cartas mías, que no vi.

Iba descendiendo a unas oscuras galerías para volver a subir a continuación a los pisos superiores. Estaba solo. Llamé, no respondieron. Estaba solo; no había nadie en aquella casa vasta y tortuosa como un laberinto.

Se hizo de noche, y tuve que sentarme, en las tinieblas, en una de mis sillas, pues no quería irme de aquel lugar.

Debía de llevar allí, sin duda, más de una hora cuando oí unos pasos, unos pasos afelpados, lentos, no sé dónde. Estuve a punto de salir huyendo, pero, manteniéndome firme, llamé de nuevo, y percibí un resplandor en la habitación de al lado.

—¿Quién hay ahí? —preguntó una voz.

Contesté:

—Un comprador.

Respondieron:

—Es muy tarde para entrar así en las tiendas.

Proseguí yo:

—Llevo esperando desde hace más de una hora.

—Puede volver usted mañana.

—Mañana tengo que irme de Ruán.

No me atrevía a avanzar más, y él no venía. Seguía viendo el resplandor de su luz iluminando un tapiz en el que dos ángeles volaban por encima de los muertos de un campo de batalla. También era propiedad mía. Dije:

—Pues bien, ¿viene?

Él respondió:

—Le espero.

Me levanté y fui hacia él.

En medio de una gran estancia había un hombrecillo, menudo y gordinflón, gordinflón como un fenómeno, un fenómeno repugnante.

Llevaba una barba rala, de pelos desiguales, escasos y amarillentos, ¡y ni un pelo en la cabeza! ¡Ni uno! Cuando sostenía alzada la vela con el brazo para verme, su cráneo me pareció como una pequeña luna en aquella enorme estancia llena de cachivaches. Tenía el semblante arrugado y abotargado, los ojos imperceptibles.

Regateé por tres sillas que habían sido mías, y le pagué a tocateja una bonita suma, limitándome a dar el número de mi habitación de hotel. Tenían que ser entregadas al día siguiente antes de las nueve.

Luego salí. Me acompañó hasta la puerta con suma cortesía.

Me dirigí de inmediato a ver al comisario de policía, a quien le conté el robo de mi mobiliario y el descubrimiento que acababa de hacer.

Él solicitó enseguida información por telégrafo a las autoridades judiciales que habían llevado el caso de aquel robo, rogándome que esperase la respuesta. Una hora después llegaba ésta, totalmente satisfactoria para mí.

—Haré detener inmediatamente a ese hombre para interrogarle —me dijo—, porque podría haber sospechado algo y hacer desaparecer cuanto le pertenece. ¿Quiere ir a cenar y volver dentro de un par de horas? Haré que le traigan aquí y le interrogaré de nuevo en su presencia.

—Con mucho gusto, señor. Mis más sinceras gracias.

Me fui a cenar al hotel y comí mejor de lo que había pensado. Estaba bastante contento, a pesar de todo. Ya le tenían.

Dos horas después volví a ver al comisario de policía, que me estaba esperando.

—Pues bien, señor —me dijo al verme—, no se ha encontrado a ese hombre. Mis agentes no han conseguido echarle el guante.

¡Ay! Me sentí desfallecer.

—Pero… ¿han dado con su casa? —pregunté.

—Sin problemas. Va a ser incluso vigilada y custodiada hasta que vuelva. En cuanto a él, ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Desaparecido. Normalmente pasa sus veladas en casa de su vecina, también chamarilera, una especie de bruja, la viuda Bidoin. No le ha visto esta noche y no puede dar ninguna información sobre él. Habrá que esperar a mañana.

Me fui. ¡Ay! Las calles de Ruán me parecieron siniestras, inquietantes, hechizadas.

Dormí muy mal, con un sueño poblado de pesadillas.

Como no quería dar la impresión de que estaba demasiado inquieto o ansioso, esperé hasta las diez, al día siguiente, para dirigirme a la comisaría.

El comerciante no había reaparecido. Su tienda permanecía cerrada.

El comisario me dijo:

—He hecho todas las gestiones necesarias. Las autoridades judiciales están al corriente del asunto; vamos a ir juntos a esa tienda y hacerla abrir, y usted me indicará todo lo que es suyo.

Un cupé nos llevó hasta allí. Delante de la puerta de la tienda, unos agentes, con un cerrajero, nos estaban aguardando. La puerta fue abierta.

Al entrar no vi ni mi armario, ni mis sillones, ni mis mesas, ni nada, nada de todo lo que alhajaba mi casa, pero lo que se dice nada de nada, mientras que la tarde anterior no conseguía dar un paso sin tropezar con algo mío.

El comisario, sorprendido, me miró de entrada con desconfianza.

—Dios mío —le dije—, la desaparición de los muebles coincide extrañamente con la del vendedor.

Él sonrió.

—Es cierto. Ayer se equivocó usted comprando y pagando cosas suyas. Pues esto le puso la mosca tras la oreja.

Proseguí:

—Pero ¿cómo es posible que el sitio que ocupaban ayer mis muebles esté ocupado ahora por otros muebles?

—¡Oh! —repuso el comisario—, ha tenido toda la noche de tiempo y cuenta sin duda con cómplices. Esta casa debe de comunicarse con las casas vecinas. Pero no tema, señor, me ocuparé sin pérdida de tiempo de este asunto. Este malhechor no escapará por mucho tiempo, ya que tenemos vigilada su guarida.

¡Ah, mi corazón, mi corazón, mi pobre corazón, cómo latía!

Permanecí quince días en Ruán. El hombre no volvió. ¡Caramba! ¡Caramba! ¿Quién sería capaz de poner en un aprieto o sorprender a un hombre como aquél?

Pues bien, dieciséis días más tarde, por la mañana, recibí de mi jardinero, guardián de mi casa saqueada y que había quedado vacía, la extraña carta que transcribo:

> Estimado señor:
>
> Tengo el honor de hacerle saber que la noche pasada ocurrió algo que nadie comprende, y tampoco la policía. Todos los muebles han vuelto, todos sin excepción, todos, hasta los más pequeños objetos. La casa está ahora tal como estaba la víspera del robo. Es como para perder la cabeza. Esto ocurrió la noche del viernes al sábado. Las vías de acceso están llenas de socavones como si lo hubieran arrastrado todo desde la cancela hasta la puerta. Así estaban también el día de su desaparición.
>
> En espera de la llegada del señor, le saluda su humilde servidor,
>
> *Philippe Raudin*

¡Ah, no! ¡No, no! ¡No regresaré allí!

Le llevé la carta al comisario de Ruán.

—Es una restitución, muy hábil por cierto —dijo—. Hagamos como si no nos hubiéramos enterado. Cogeremos a ese hombre uno de estos días.

Pero no le cogieron. No. No le han cogido, y yo le temo, ahora, como si fuera una bestia feroz que hubieran soltado detrás de mí.

¡En paradero desconocido! ¡Ese monstruo de cabeza de luna está en paradero desconocido! No le cogerán nunca. No volverá a su casa. ¿Qué le importa a él? Sólo yo puedo dar con él, y no quiero.

¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y aunque volviera, aunque volviera a su tienda, ¿quién podría probar que mis muebles estaban en su casa? No hay contra él más que mi testimonio; y soy consciente de que empieza a resultar sospechoso.

¡Ah, no! Una existencia semejante no era ya posible. Y no podía guardar el secreto de lo que había visto. No podía seguir viviendo como todo el mundo con el temor a que se reiniciaran semejantes cosas.

Me vine a ver al médico que dirige esta casa de salud, y se lo conté todo.

Tras haberme hecho muchas preguntas, me dijo:

—¿Aceptaría usted, señor, quedarse algún tiempo aquí?

—Con mucho gusto, señor.

—¿Cuenta usted con medios?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted una habitación individual?

—Sí, señor.

—¿Querrá recibir amigos?

—No, señor, no, a nadie. El hombre de Ruán podría atreverse, por venganza, a perseguirme hasta aquí.

Y aquí estoy solo, completamente solo, desde hace tres meses. Estoy más o menos tranquilo. Sólo tengo un miedo… Si el anticuario se volviera loco… y si le trajeran a esta casa de salud… Ni siquiera las cárceles son seguras.

LAS SEPULCRALES*

Los cinco amigos, cinco hombres de la buena sociedad, maduros, ricos, tres de ellos casados y dos que se habían quedado solteros, estaban acabando de cenar. Se reunían todos los meses, en recuerdo de su juventud, y, tras la cena, charlaban hasta las dos de la noche. Seguían siendo íntimos amigos que se encontraban bien juntos, pasaban de aquel modo las que eran quizá las mejores veladas de su vida. Conversaban de todo, de todo cuanto ocupa y divierte a los parisinos; y se producía entre ellos, como en la mayoría de los salones por lo demás, una especie de prolongación verbal de la lectura de los periódicos de la mañana.

Uno de los más alegres era Joseph de Bardon, un soltero que vivía la vida parisina intensamente y siguiendo el capricho de su fantasía. No era un libertino ni un depravado, sino un simple curioso, un gozador joven todavía, pues no había cumplido aún los cuarenta años. Hombre de mundo en el sentido más lato y benévolo que pueda darse a esta palabra, dotado de un gran ingenio sin gran profundidad, de una cultura variada sin verdadera erudición, de una mente ágil sin una seria penetración, extraía de sus observaciones, de sus aventuras, de todo cuanto veía, conocía y encontraba, anécdotas de novela cómica y filosófica a la par, y observaciones humorísticas que le habían hecho ganarse una gran fama de inteligente en la ciudad.

Era el orador de las cenas. Tenía preparada cada vez su historia, con la que se contaba. Se puso a relatarla sin necesidad de que se lo hubieran pedido.

Fumando, de codos sobre la mesa, con una copa de coñac medio llena delante de su plato, amodorrado en una atmósfera de tabaco aromatizado por el café caliente, parecía sentirse como en su casa, como algunas personas se sienten en la suya en determinados lugares y momentos, como una devota en una capilla o un pez rojo en su pecera.

Dijo entre dos bocanadas de humo:

—Hace un tiempo me ocurrió una singular aventura.

Todas las bocas pidieron casi al unísono:

—Cuente.

Él prosiguió:

*

Con mucho gusto. Ya saben que me paseo mucho por París, como los compradores de chucherías que andan buscando en los escaparates. Yo ando al acecho de los espectáculos, de la gente, de todo lo que pasa, y de todo lo que acontece.

Pues bien, hacia mediados de septiembre, hacía muy buen tiempo en esos días, salí de mi casa, una tarde, sin saber adónde iría. Tenemos siempre un vago deseo de ir a ver a alguna bonita mujer. Elegimos entre las de nuestra colección, establecemos mentalmente comparaciones, sopesamos el interés que nos inspiran, la atracción que sentimos y, al final, decidimos según la inspiración del momento. Pero cuando luce un bonito sol y el aire es tibio, se le van a uno a menudo las ganas de tales visitas.

Lucía un bonito sol y el aire era tibio; me encendí un puro y me fui pasito a paso hacia el bulevar exterior. Y mientras callejeaba, se me ocurrió la idea de acercarme hasta el cementerio de Montmartre y entrar allí.

Me gustan mucho los cementerios, pues me dan una sensación de quietud y de melancolía que me es necesaria. Y además hay allí buenos amigos, aquellos a los que no se va a volver a ver; y yo, de vez en cuando, voy allí.

Y precisamente en ese cementerio de Montmartre tenía yo una historia de amor, una amante que me había tenido muy cautivado, muy inflamado, una encantadora mujercita cuyo recuerdo, al tiempo que me apena enormemente, me hace sentir añoranza…, toda clase de añoranzas… Y yo voy a su tumba a soñar… Para ella se acabó.

Y los cementerios me gustan también porque son ciudades monstruosas, enormemente pobladas. Piensen en la de muertos que hay en ese reducido espacio, en todas las generaciones de parisinos alojados allí para siempre, trogloditas establecidos definitivamente, encerrados en sus pequeños panteones, en sus pequeños hoyos cubiertos con una losa o indicados con una cruz, mientras que los vivos ocupan tanto espacio y hacen tanto ruido, los muy imbéciles.

Y, además, en los cementerios, hay monumentos casi tan interesantes como en los museos. La tumba de Cavaignac me hizo pensar, lo confieso, sin ánimo de comparación, en esa obra maestra de Jean Goujon: el cuerpo de Louis de Brézé, que reposa en la capilla subterránea de la catedral de Ruán; todo el arte llamado moderno y realista viene de ahí, señores. Ese muerto, Louis de Brézé, es más verdadero, más terrible, más hecho de carne inanimada, convulsa aún por la agonía, que todos los cadáveres atormentados a los que hacen retorcerse hoy sobre las tumbas.

Pero en el cementerio de Montmartre se puede admirar también el monumento de Baudin, que tiene su grandeza; el de Gautier, el de Mürger, donde vi el otro día una sola pobre corona de siemprevivas amarillas, ¿traída por quién? ¿Acaso por la más ínfima de las modistillas, muy anciana ya, y portera en los alrededores? Se trata de una bonita estatuilla de Millet, pero que destruyen el abandono y la suciedad.

¡Cántale a la juventud, oh Mürger!

He ahí, pues, que entraba en el cementerio de Montmartre y de pronto me sentí embargado de tristeza, de una tristeza que no hacía sufrir mucho, por otra parte, de una de esas tristezas que hacen pensar, cuando se está bien: «No es éste un lugar muy alegre, pero no ha llegado aún mi hora…».

La impresión del otoño, de esa tibia humedad olorosa a hojas muertas y a sol debilitado, cansado, anémico, acrecentaba, poetizándola, la sensación de soledad y de fin definitivo que flota en aquel lugar, que huele a muerte de los hombres.

Iba yo pasito a paso por esas calles de tumbas, donde los vecinos no se tratan, no se acuestan ya juntos y no leen los periódicos. Y me puse a leer los epitafios, lo cual es la cosa más divertida del mundo. Nunca Labiche ni Meilhac me han hecho reír tanto como la comicidad de la prosa sepulcral. ¡Ah, qué libros superiores a los de Paul de Kock para provocar la risa son esas placas de mármol y esas cruces en las que los parientes de los muertos han desahogado su añoranza, hecho sus votos por la felicidad del desaparecido en el otro mundo y expresado su esperanza de reunirse con él, menudos bromistas!

Pero lo que sobre todo me encanta, en ese cementerio, es la parte abandonada, solitaria, llena de grandes tejos y de cipreses, viejo lugar de descanso de los antiguos muertos que no tardará en convertirse en una morada nueva, cuyos verdes árboles serán talados, alimentados de cadáveres humanos, para alinear a los difuntos recientes bajo pequeñas lápidas de mármol.

Una vez que hube vagado por allí el tiempo suficiente para descansar mi espíritu, comprendí que me iba a aburrir y que lo mejor sería ir a llevar al último lecho de mi amiguita el homenaje fiel de mi recuerdo. Se me encogía el corazón conforme me acercaba a su tumba. Pobre querida, era tan graciosa, tan amorosa, tan blanca, tan lozana… y ahora… si hubieran abierto eso…

Inclinado sobre la verja de hierro, le hice saber en voz baja mi dolor, que sin duda no oyó, y me disponía a irme cuando vi a una mujer vestida de negro, de luto riguroso, arrodillarse ante la tumba vecina. Su velo de gasa alzado dejaba ver una linda cabeza rubia, cuyos cabellos en bandós parecían iluminados por una luz auroral bajo la noche de su tocado. Me quedé.

Debía de sufrir, con toda seguridad, de un profundo dolor. Había ocultado su mirada entre las manos, y, rígida, en una actitud meditativa de estatua, sumida en sus cuitas, desgranando en la sombra de sus ojos ocultos y cerrados el rosario atormentador de los recuerdos, parecía ser ella misma una muerta que pensara en un muerto. Luego intuí de repente que iba a ponerse a llorar, lo intuí por un pequeño estremecimiento de la espalda parecido a un temblor de viento en un sauce. Lloró primero quedamente, luego más fuerte, con rápidos movimientos del cuello y de los hombros. De repente descubrió sus ojos. Estaban inundados de lágrimas y de encanto,

unos ojos de loca que paseó en torno a sí, en una especie de despertar de pesadilla. Vio que yo la miraba, pareció avergonzada y ocultó nuevamente todo su rostro entre sus manos. Entonces sus sollozos se volvieron convulsos y su cabeza se inclinó lentamente hacia el mármol. Recostó su frente en él, y su velo, extendiéndose a su alrededor, cubrió las blancas esquinas de la amada sepultura, como un nuevo duelo. La oí gemir, luego se postró, con la mejilla contra la losa, y permaneció inmóvil, sin conocimiento.

Yo me precipité hacia ella, le di unos golpecitos en las manos, soplé sobre sus párpados, mientras leía el sencillísimo epitafio: «Aquí yace Louis-Théodore Carrel, capitán de infantería de Marina, muerto por el enemigo en Tonkín. Rogad por su alma».

Esta muerte se remontaba a unos meses atrás. Me emocioné hasta las lágrimas, y redoblé mis atenciones. Éstas dieron resultado; ella volvió en sí. Tenía yo aspecto de alguien muy afectado, aunque no soy mal parecido, pues no tengo aún cuarenta años. A su primera mirada comprendí que se mostraría cortés y agradecida. Y así lo hizo, en medio de nuevas lágrimas, contándome su historia, que surgía a borbotones de su pecho jadeante, la muerte del oficial caído en Tonkín tras un año de matrimonio, un matrimonio por amor, porque ella, huérfana de padre y de madre, justo podía contar con la dote reglamentaria.

La consolé, la reconforté, la levanté y la ayudé a incorporarse. Luego le dije:

«No se quede aquí. Venga».

Ella murmuró:

«Me siento incapaz de caminar».

«Yo la sostendré».

«Gracias, señor, es usted muy bueno. ¿Viene aquí también a llorar a alguien?»

«Sí, señora».

«¿A una muerta?»

«Sí, señora».

«¿Su mujer?»

«Una amiga».

«Se puede querer a una amiga tanto como a la propia mujer, pues la pasión no conoce ley».

«Sí, señora».

Y nos fuimos juntos, ella apoyada en mí, yo llevándola casi en volandas por los caminos del cementerio. Una vez que estuvimos fuera, ella murmuró, desfallecida:

«Creo que voy a sentirme mal».

«¿Quiere usted que entremos en algún sitio a tomar algo?»

«Sí, señor».

Vi un restaurante, uno de esos restaurantes en los que los amigos de los muertos

van a festejar el final de la pesadez del entierro. Entramos allí. Y le hice tomar una taza de té muy caliente que pareció reanimarla. Una vaga sonrisa asomó a sus labios. Y me habló de ella. Estaba tan triste, tan triste de estar completamente sola en la vida, completamente sola en su casa, noche y día, de no tener ya a nadie a quien dar su cariño, su confianza, su intimidad.

Parecían palabras sinceras y dulces en su boca. Me enternecí. Era muy joven, unos veinte años tal vez. Le dije algunos cumplidos que acogió de buen grado. Luego, como pasaba el tiempo, le propuse acompañarla de vuelta a casa en un coche. Ella aceptó y, en el interior, estábamos tan apretados el uno contra el otro, hombro con hombro, que nuestro calor corporal se mezclaba a través de los trajes, y no hay nada más turbador en este mundo.

Cuando el coche se detuvo en su casa, ella murmuró: «No me siento capaz de subir sola la escalera, vivo en el cuarto. Ya que ha sido tan gentil conmigo, ¿le importaría darme el brazo hasta mi piso?».

Acepté solícito. Ella subió despacio, no sin un gran esfuerzo. Luego, delante de su puerta, añadió:

«Entre un momentito para que se lo pueda agradecer».

Y entré, caramba que si entré.

Era una casa modesta, incluso tirando a pobre, pero sencilla y bien arreglada.

Nos sentamos uno al lado del otro en un pequeño canapé, y ella me habló de nuevo de su soledad.

Llamó a su criada para que me ofreciera algo de beber. La criada no se presentó. Yo me sentí encantado suponiendo que la tal criada no debía de estar más que por las mañanas: lo que se llama una mujer de la limpieza.

Ella se había quitado el sombrero. Estaba en verdad graciosa con sus ojos claros clavados en mí, tan clavados y tan claros que sentí una tentación terrible y sucumbí. La cogí entre mis brazos, y en sus párpados que se cerraron de repente, deposité besos…, besos…, besos… y más besos.

Ella se debatía rechazándome y repetía:

«Acabe usted…, acabe…, acabe».

Pero ¿qué sentido daba ella a esa palabra? En tales situaciones, «acabar» puede tener por lo menos dos. Para hacerla callar pasé de los ojos a la boca y di a la palabra «acabar» la conclusión que yo prefería. Ella no se resistió demasiado, y cuando nos miramos de nuevo, tras aquel ultraje a la memoria del capitán muerto en Tonkín, tenía un aire lánguido, tierno, resignado, que disipó mis inquietudes.

Entonces, me mostré galante, obsequioso y agradecido. Y tras una nueva charla de una hora aproximadamente, le pregunté:

«¿Dónde cena usted?»

«En un pequeño restaurante de los alrededores».

«¿Sola?»

«Pues sí».

«¿Querría cenar conmigo?»

«¿Dónde?»

«En un buen restaurante del bulevar».

Ella se resistió un poco. Insistí: cedió, dándose a sí misma este argumento: «Me aburro tanto…, tanto»; luego agregó: «Es preciso que me ponga un traje menos oscuro».

Y entró en su dormitorio.

Cuando salió vestía de medio luto, estaba encantadora, fina y esbelta en un bonito traje gris muy sencillo. Evidentemente tenía un traje de cementerio y un traje de calle.

La cena fue muy cordial. Tomó champaña, se encendió, se animó y volví a su casa con ella.

Esta relación estrechada entre las tumbas duró por espacio de cerca de tres semanas. Pero uno se cansa de todo y principalmente de las mujeres. La dejé con la excusa de un viaje improrrogable. Fui muy generoso al despedirme y ella me estuvo muy agradecida. Me hizo prometer, me hizo jurar que daría señales de vida a mi vuelta, pues parecía en verdad que sintiera un cierto apego por mí.

Yo corrí detrás de otros afectos, y pasó alrededor de un mes sin que la idea de volver a ver a esa joven enamorada funeraria fuera lo bastante fuerte como para que sucumbiera a ella. Sin embargo, no la olvidaba… Su recuerdo me perseguía como un misterio, como un problema de psicología, como una de esas cuestiones inexplicables cuya solución nos atormenta.

No sé por qué, un buen día me imaginé que me la volvería a encontrar en el cementerio de Montmartre y para allí me fui.

Llevaba un buen rato paseando sin encontrar a otras personas que a los visitantes habituales de ese lugar, los que no han roto todavía toda relación con sus muertos. La tumba del capitán muerto en Tonkín no tenía plañidera en su mármol, ni flores, ni coronas.

Pero mientras me perdía en otra zona de aquella gran ciudad de difuntos, vi de pronto, en el extremo de una estrecha avenida de cruces, viniendo hacia mí, a una pareja de luto riguroso, el hombre y la mujer. ¡Oh estupor! Cuando se acercaron, la reconocí. ¡Era ella!

Me vio, se sonrojó y, cuando me rocé con ella al cruzarnos, me hizo una pequeña señal, una miradita que quería decir: «No me reconozca»; pero que parecía decir también: «Venga a verme, querido mío».

El hombre era de buena presencia, distinguido, elegante, oficial de la Legión de Honor, de unos cincuenta años de edad.

Y la sostenía como la había sostenido también yo al abandonar el cementerio.

Yo me fui estupefacto, haciendo cábalas sobre lo que acababa de ver, preguntándome a qué raza de gente pertenecía aquella cazadora sepulcral. ¿Era una simple mujerzuela, una prostituta inspirada que iba a pescar junto a las tumbas a los hombres tristes, obsesionados por una mujer, esposa o querida, y turbados aún por el recuerdo de las caricias esfumadas? ¿Era la única? ¿Son varias? ¿Es una profesión? ¿Trabajan en el cementerio lo mismo que hacen la calle? ¡Las sepulcrales! ¿O bien sólo ella había tenido esa idea admirable, de una filosofía profunda, de explotar las penas de amor que se reavivan en esos fúnebres lugares?

Y también me hubiera gustado saber de quién había enviudado aquel día.

CRÓNICA*

¡Por fin! ¡Por fin! Honor a la justicia de nuestro país; resulta casi asombrosa. En quince días, ha practicado dos detenciones sorprendentes.

Ha condenado a un año de cárcel a una joven furia que había desfigurado con vitriolo el rostro de su rival.

Luego, ocho días después, aplicó idéntico castigo a un marido, primero complaciente, luego celoso, que había alojado una bala de revólver en el vientre de su feliz competidor.

Esta nueva forma de apreciar este tipo de delitos es seguramente preferible a la antigua. Pero deja aún que desear.

En el primer caso, un médico, que hacía la corte a dos mujeres, es la causa de esta espantosa venganza, peor que la misma muerte. Una pobre muchacha, desfigurada, vuelta repulsiva, llevará hasta el final de sus días las marcas horribles de la infidelidad perfectamente excusable de un hombre.

¿Quién es, por tanto, el culpable, si es que lo hay? ¡Seguro que el hombre!

Viene, como testigo, a deponer sobre los hechos.

Pues bien, la única, la verdadera condenada, la gran castigada, es la inocente.

Un año de cárcel, muy bien. No es nada. Por un año de cárcel, se puede privar de nariz y orejas y abrasar los ojos a una rival cuya belleza os molesta. ¿Acaso la única forma de castigar esta confusión en la elección de la víctima y este error sobre el culpable no sería condenar a una reparación pecuniaria, la única a la que se muestra profundamente sensible la Humanidad? ¿No debería ordenarse que, durante diez, veinte años, hasta la muerte, ya que las atroces heridas duran hasta la descomposición final, que, hasta la muerte, la que ha mutilado así a su rival, en vez de castigar al amante, le pague una pensión, le pase una renta, le dé, si es una trabajadora, la mitad de lo que gana y, si es rica, una suma considerable?

La otra podría donarlo a los pobres, si tal es su deseo.

En el segundo caso, el marido, un obrero, había tolerado todas las aventuras de su mujer. Diez veces la recuperó y diez veces volvió ella a irse. Llevó su complacencia hasta el punto de decirle al abrir la puerta: «Te concedo ocho días, no más. En ocho días, tienes tiempo de satisfacer tu capricho. Luego debes volver y portarte con

sensatez».

Ella respondió: «Sí, mi querido ogro». Hizo su petate para una semana, y luego se puso en camino, muy contenta, porque él había confiado en la palabra dada.

Al entrar en casa de su amigo, ella le dijo sin duda: «¿Sabes?, dispongo de ocho días».

El otro debió de responder: «¡Vaya, pues muy bien! Tu marido es muy amable. Le invitaré a una copa la próxima vez que le vea».

También ese hombre dormía tranquilo. Ahora bien, una mañana, se topa con el marido. Va a su encuentro, le da la mano, para proponerle que entren en la taberna de enfrente. ¿Qué podía temerse? ¡Aún tenía tres días por delante!

Pero el marido, faltando a su palabra, violando el acuerdo al que había llegado con su mujer, traidor como un general que, durante el armisticio, mientras ondea la bandera blanca sobre las murallas, dispara contra el enemigo confiado e inerme, el marido le dio la mano, pero la mano armada con un revólver e hizo fuego.

Veamos, ¿es esto honesto y leal?

Y la culpable, la única, la verdadera culpable, la esposa infiel, vuelve tan tranquila al domicilio conyugal. ¡Por si fuera poco, va a tener un año de libertad! ¡Los señores miembros del jurado acaban, finalmente, por recompensarla! ¡El marido le concedía ocho días, ellos le conceden un año! ¡Pero, en tales condiciones, todo son ventajas al engañar al marido! Cuántas mujeres conozco que reflexionarán… y tal vez…

No conviene olvidar, sin embargo, que, desde hace seis meses, la moral ha cambiado en Francia. Las jóvenes que recurren al vitriolo y los maridos que recurren a la pistola están expuestos actualmente a ir a dormir durante un tiempo sobre la paja húmeda de una mazmorra. ¡Bueno, mejor así!

¿Quién sabe? Tal vez, dentro de un año, se les condene a trabajos forzados, y, dentro de cinco, al no estar ya el señor Grévy, se les guillotine.

De modo que lo que era perfectamente excusable hace poco, ya no lo es. Mejor no caer jamás bajo las garras de la justicia, hermanos.

Lo que resultaría interesante, por ejemplo, es saber cómo actuarían, ante los mismos casos y en las mismas circunstancias, los jueces de los principales pueblos del mundo.

¿Cómo sería tratado ese marido veleidoso e imprevisible por un tribunal inglés, por un tribunal español, por los tribunales italianos, alemanes, rusos, musulmanes, daneses o escandinavos?

Apostaría ciento contra uno a que el mismo hombre, por ese idéntico crimen, sería condenado a muerte aquí, puesto en libertad allá, simplemente apercibido en tal latitud y felicitado en tal otra.

La acción es la misma, pero la manera de juzgar difiere tanto, por tantas razones,

según los lugares y las costumbres, que el Judío Errante, por ejemplo, no debe de saber nunca si ha hecho algo bueno o malo, si merece ser alentado o bien castigado.

Recuerdo haber leído un día el relato de un crimen espantoso, de un crimen contra natura, cometido en Italia, y se me ocurrió pensar, mientras leía los horribles detalles, que era un delito muy italiano, el fruto que puede dar la herencia de una raza.

Un criminal inglés, un criminal francés, no menos feroces, pero diferentes, éste con un escepticismo insolente, aquél con un cinismo sombrío, no habrían tenido esa suerte de fanatismo supersticioso, esa crueldad convencida.

Me dirigía yo de Génova a Marsella, solo en mi vagón. Era en primavera, hacía calor. Los deliciosos aromas de los naranjos, de los limoneros y de los rosales de que está cubierta esa costa, entraban, adormecedores y embriagadores, por las ventanillas bajadas.

Dos señoras, que se habían apeado en Bordighera, habían dejado en el asiento un viejo periódico desgarrado, un periódico italiano, del mes de agosto de 1882.

Lo cogí, sin ninguna intención, y me puse a hojearlo. Y he aquí que encontré este artículo de la crónica negra:

En los alrededores de San Remo vivía una viuda con su único hijo. La mujer era una persona de edad, de condición humilde, y quería a su pequeño como a lo único que tenía en este mundo.

Cayó enfermo, de una enfermedad desconocida, que los médicos fueron incapaces de diagnosticar. Se desmejoraba, cada día más pálido y débil. Se moría.

Finalmente, fue declarado incurable, desahuciado sin esperanza. La madre, loca de dolor, había llamado a todos los curanderos de la región, rezado a todas las Vírgenes, dicho rosarios en todas las capillas.

Por último, fue a ver a una especie de brujo, un anciano temido que echaba suertes, practicaba la magia negra y la medicina, prestaba clandestinamente a la gente todas las ayudas perseguidas por la ley, y que conocía, decían, remedios secretos maravillosos.

Ella le suplicó que fuera con ella, prometiéndole que si curaba a su pobre hijo, le daría todo cuanto le pidiera, todo, incluso su vida, prodigando las más exaltadas promesas, tan fáciles de hacer en los momentos de enloquecimiento, y, por otra parte, tan propias del amable pueblo italiano, que recurre en toda ocasión a los adjetivos calificativos más expresivos.

El brujo la siguió. Y, ya sea porque fue más clarividente que los médicos, ya porque tuvo la suerte de cara, lo cierto es que el niño se curó, gracias a sus cuidados o, quizá, a pesar de ellos.

Cuando ella le vio de nuevo levantarse, caminar, correr y alegre como en otro tiempo, la madre, delirando de alegría, volvió a ver al salvador: «Vengo a mantener mi promesa —dijo—; ¿qué quiere que le dé?».

Él exigió todo cuanto poseía, todo. Campo, huerto, casa, mobiliario, dinero, todo, excepto lo que llevaban puesto la mujer y su chiquillo.

Ella se quedó aterrada ante aquella imprevista y terrible pretensión.

«¡Pero todo no puedo dárselo! Pues soy vieja y no puedo trabajar. Él es demasiado joven aún para hacer nada. ¿Es que vamos a tener que mendigar?»

Ella le suplicó, le demostró que para ellos suponía la muerte: para ella debilitada, para su hijo recién curado; que no podía llevárselo así por los caminos, pidiendo, sin un techo para pasar la noche, sin una silla para sentarse, sin una mesa para comer.

Ella le ofreció la mitad de sus bienes, las tres cuartas partes, reservándose tan sólo lo imprescindible para vivir durante unos años, hasta que el pequeño fuera mayor.

El hombre, obstinado, inflexible, se negó y la echó amenazándola con su próxima venganza, «que la haría llorar sangre», decía.

Y ella regresó a su casa espantada.

Algunos días más tarde, le trajeron a su hijo agonizante, retorciéndose de unos dolores espantosos. Murió tras haber balbuceado que el brujo, habiéndole encontrado por la calle, le había hecho ingerir unas grageas.

El hombre fue detenido. Confesó su crimen con aplomo, con orgullo.

«Sí —dijo—, le envenené. Me pertenecía, puesto que yo le había salvado. ¿Qué pueden reprocharme? La madre no mantuvo su promesa: por lo que yo deshice lo que había hecho, le arrebaté la vida de su hijo que ella me debía. Estaba en mi derecho.»

Trataron de hacerle comprender la horrible, la monstruosa acción que había cometido.

Permaneció inconmovible en su razonamiento.

«El niño me pertenecía, puesto que yo le había salvado.»

No sé cuál fue el fallo al haber aplazado el tribunal para ocho días más tarde la sentencia.

Una causa similar se habría convertido, en Francia, en una causa célebre, como la de La Pommerais o la de la señora Lafarge. En Italia pasó inadvertida. Entre nosotros, este hombre habría sido sin duda condenado a muerte. Allí, quizá ha sido condenado a un año de cárcel como lo han sido aquí este mes la mujer del vitriolo o el marido armado.

NOTAS

(1) Perfume a base de flores de azahar, rosa, sándalo, lavanda, verbena, más bergamota, clavel, canela y otras esencias, que se decía era parecido al olor de la piel humana. (*N. del T.*)

(2) La línea París-Lyon-Marsella, construida entre 1842 y 1852. (*N. del T.*)

(*) «Boitelle», *L'Écho de Paris*, 22 de enero de 1889; incluido en *La main gauche* (1889).

(*) «Boule de suif», aparecido en el volumen colectivo *Les Soirées de Médan* (1880).

(1) Juego de palabras con el doble sentido equívoco de Loiseau (*l'oiseau*, «el pájaro») y *voler* («volar» y «robar»). (*N. del T.*)

(2) Día de la proclamación de la República. (*N. del T.*)

(3) Badinguet es el nombre de un albañil que, en 1846, cedió al futuro emperador Napoleón III, prisionero a la sazón en Ham, el traje que le permitió evadirse. (*N. del T.*)

(4) Como ya ha hecho con los nombres de Cornudet (especie de diminutivo de «cornudo») y de Loiseau, Maupassant bromea con el nombre del hotelero. Follenvie equivale a «Ganas locas». (*N. del T.*)

(*) «Châli», *Gil Blas*, 15 de abril de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Les soeurs Rondoli* (1884).

(*) «Coco», *Le Gaulois*, 21 de enero de 1884; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «Confessions d’une femme», *Gil Blas*, 28 de junio de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «Conflits pour rire», *Gil Blas*, 1 de mayo de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido por primera vez en la edición Forestier.

(1) Ernest Pinard (1822-1909), fue ministro del Interior y de una gran intransigencia con la prensa. Jacques Bétolaud (1828-1925), uno de los más brillantes abogados de finales de siglo. (*N. del T.*)

(*) «Chronique», *Le Gaulois*, 14 de abril de 1884; incluido por primera vez en la edición Forrestier.

(*) «En voyage», *Gil Blas*, 10 de mayo de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en apéndice de la edición Conard de *Clair de lune* (1888).

(*) «Denis», *Le Gaulois*, 28 de junio de 1883; incluido en *Miss Harriet* (1884).

(1) Esencia de alquitrán usada como antiséptico y desinfectante. (*N. del T.*)

(*) «Deux amis», *Gil Blas*, 5 de febrero de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi* (1883).

(*) «Le noyé», *Le Gaulois*, 16 de agosto de 1888; incluido en *L'Inutile Beauté* (1890).

(*) «L'auberge», *Les Lettres et les arts*, 1 de septiembre de 1886; incluido en *Le Horla* (1887).

(*) «L'ami Joseph», *Le Gaulois*, 3 de junio de 1883; incluido en *Le père Milon* (1899).

(1) En la división administrativa francesa, persona que gobierna varios pueblos de un mismo cantón. (*N. del T.*)

(2) Todos periódicos republicanos. (*N. del T.*)

(3) Radical y socialista. (*N. del T.*)

(4) Henri Rochefort (1831-1913), condenado por la Comuna, fundador de *L'Intransigeant*, violento y polemista. (*N. del T.*)

(5) Dos periódicos monárquicos. (*N. del T.*)

(*) «Le fermier», *Le Gaulois*, 11 de octubre de 1886; incluido en el volumen póstumo *Le colporteur* (1900).

(*) «L’armoire», *Gil Blas*, 16 de diciembre de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Toine* (1886).

(*) «Le baptême», *Gil Blas*, 13 de enero de 1885; incluido en *Monsieur Parent* (1885).

(*) «L'ivrogne», *Le Gaulois*, 20 de abril de 1884; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «Le cas de Mme. Luneau», *Gil Blas*, 21 de agosto de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Les soeurs Rondoli* (1884).

(*) «Le verrou», *Gil Blas*, 25 de julio de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en *Les soeurs Rondoli* (1884).

(1) Dispositivo situado a la entrada de los hospicios de niños encontrados para acoger a los que se quería abandonar sin darse a conocer. (*N. del T.*)

(2) La mujer, ¡criatura enferma y doce veces impura! (*N. del T.*)

(*) «L'aveugle», *Le Gaulois*, 31 de marzo de 1882; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «La parure», *Le Gaulois*, 17 de febrero de 1884; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «Le père Milon», *Le Gaulois*, 22 de mayo de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Les soeurs Rondoli* (1884).

(*) «La ficelle», *Le Gaulois*, 25 de noviembre de 1883; incluido en *Miss Harriet* (1884).

(*) «Le Horla», *Gil Blas*, 26 de octubre de 1886; incluido por primera vez en la edición Conard en apéndice a *Le Horla*.

(1) Nombre inventado, que M.-C. Banquart considera formado «a partir del alemán *Her[r]*, «señor», «amo», y *aus*, «fuera». Herestauss es el *Horla*, el que «viene de fuera». Pero esta etimología, como recuerda L. Forestier, es discutible.(*N. del T.*)

(*) «Le Horla» da título a la colección publicada por la editorial Ollendorf en mayo de 1887.

(1) La escuela de Nancy había sido fundada en 1866 por A. Liébeaut y continuada, en tiempos de Maupassant, por H. Beaunis y por H. Bernheim. Los médicos de esta escuela se oponían, en la definición y en la práctica del hipnotismo, a Charcot, que en la Salpêtrière practicaba el *grand hypnotisme*. (*N. del T.*)

(2) Variedad de laurel también conocido como «comandante Barthélemy». Da flores rojas perfumadas, a veces listadas de blanco. (*N. del T.*)

(*) «L'orphelin», *Le Gaulois*, 15 de junio de 1883; incluido en *Le père Milon* (1899).

(*) «Petit soldat», *Le Figaro*, 13 de abril de 1885; incluido en *Monsieur Parent* (1885).

(*) «Le loup», *Le Gaulois*, 14 de noviembre de 1882; incluido en *Clair de lune* (1884).

(1) La festividad de este santo, patrón de los cazadores. (*N. del T.*)

(2) El toque de acoso, que anuncia la inminente captura, y por tanto la muerte, del animal cazado. (*N. del T.*)

(3) Trampa formada con losas pequeñas. (*N. del T.*)

(*) «Le marquis de Fumerol», *Gil Blas*, 5 de octubre de 1886; incluido en *Le Horla* (1887).

(1) El último de los Borbones, el conde de Chambord, había muerto, sin descendencia, en 1883. Desde ese momento, había quedado como pretendiente al trono de Francia la rama de los Orleans, con el conde de París. (*N. del T.*)

(*) «La peur», *Le Gaulois*, 23 de octubre de 1882; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Le champ d'oliviers», *Le Figaro*, del 19 al 23 de febrero de 1890; incluido en *L'Inutile Beauté* (1890).

(*) «L'ordonnance», *Gil Blas*, 23 de agosto de 1887; incluido en *La main gauche* (1889).

(*) «Le papa de Simon», *La Réforme politique et littéraire*, 1 de diciembre de 1879; incluido en *La Maison Tellier* (1881).

(*) «Le gâteau», *Gil Blas*, 19 de enero de 1882; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «L'épave», *Le Gaulois*, 1 de enero de 1886; incluido en *La petite Roque* (1886).

(1) Referencia a cuatro soldados franceses afiliados al carbonarismo, que, tras haber participado en 1822 en las tentativas de derrocar la monarquía, ese mismo año fueron condenados a muerte. (*N. del T.*)

(*) «Le pardon», *Le Gaulois*, 16 de octubre de 1882; incluido en *Clair de lune* (1884).

(*) «Le protecteur», *Gil Blas*, 5 de febrero de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Toine* (1886).

(1) Nombres ridículos por su falta de eufonía, como Lerepère, o por su sentido, como Savon («jabón»), Petitpas («pasito») y, más adelante, Ceinture («cintura»). (*N. del T.*)

(*) «Le port», *L'Écho de Paris*, 15 de marzo de 1889; incluido en *La main gauche* (1889).

(*) «Le Saut du berger», *Gil Blas*, 9 de marzo de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «Monsieur Parent» da título a la colección publicada por la casa editora Ollendorff. La fecha del depósito legal (18 de febrero de 1886) no concuerda con la aparición en librerías del volumen, atestiguada en la prensa desde diciembre de 1885.

(*) «Le testament», *Gil Blas*, 7 de noviembre de 1882; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Le vagabond», *La Nouvelle Revue*, 1 de enero de 1887; incluido en *Le Horla* (1887).

(1) ¡Ah, qué placentero, qué placentero es recoger fresas! (*N. del T.*)

(*) «La veillée», *Gil Blas*, 7 de junio de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «Le vengeur», *Gil Blas*, 6 de noviembre de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le colporteur* (1900).

(*) «Au bois», *Gil Blas*, 22 de junio de 1886; incluido en *Le Horla* (1887).

(*) «Aux champs», *Le Gaulois*, 31 de octubre de 1882; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «En mer», *Gil Blas*, 12 de febrero de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(1) La gangrena. (*N. del T.*)

(*) «En famille», *La Nouvelle Revue*, 15 de febrero de 1881; incluido en *La Maison Tellier* (1881).

(1) Existían en la época los periódicos de opinión, más minoritarios, y los periódicos de gran tirada (*feuilles d'un sou*), que tiraban 500.000 ejemplares. Maupassant indica con el precio, pues, una cierta categoría social. (*N. del T.*)

(2) Juego muy en boga consistente en una bola de madera agujereada y sostenida con una cuerda a un mango puntiagudo; la bola lanzada al aire debe insertarse en el mango. (*N. del T.*)

(*) «Ce cochon de Morin», *Gil Blas*, 21 de noviembre de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(1) Para la cabal comprensión de la situación, hay que tener presente que los trenes de la época, al ser de vagones separados, no podían recorrerse en un sentido longitudinal, pues sólo se podía acceder a los compartimientos desde el andén. (*N. del T.*)

(*) «Hautot père et fils», *L'Écho de Paris*, 5 de enero de 1889; incluido en *La main gauche* (1889).

(*) «Histoire d'une fille de ferme», *Revue politique et littéraire*, 26 de marzo de 1881; incluido en *La Maison Tellier* (1881).

(*) «Idylle», *Gil Blas*, 12 de febrero de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Miss Harriet* (1884).

(*) «L'enfant», *Gil Blas*, 18 de septiembre de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en apéndice en la edición Conard de *Clair de lune* (1888).

(1) Catalina la Grande, emperatriz de Rusia (1729-1796). (*N. del T.*)

(*) «L'endormeuse», *L'Écho de Paris*, 16 de septiembre de 1889; incluido por primera vez en la edición Conard, en apéndice a *La main gauche*.

(1) La reseda es una planta sedativa, como revela su nombre, que viene del latín *resedare*. (*N. del T.*)

(2) El término *endormeuse* encierra un juego de palabras. En francés tiene una doble acepción: persona que es hábil en adormecer, como un hipnotizador, o que engaña, como un charlatán. Además, la palabra *endormeuse* contiene el término *dormeuse* con el que se designaba una silla o tumbona destinada al descanso diurno en el siglo XVIII. Ambas acepciones se funden en el término elegido por el autor como título de su relato. (*N. del T.*)

(*) «L'aventure de Walter Schnaffs», *Le Gaulois*, 11 de abril de 1883; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Le lit 29», *Gil Blas*, 8 de julio de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Toine* (1886).

(1) Charles Bourbaki (1816-1897) se había dado a conocer por sus hazañas durante la guerra de Crimea. En enero de 1871, como jefe del ejército del Este, había tenido que refugiarse en Suiza. Por el deshonor, había intentado suicidarse. (*N. del T.*)

(*) «La Maison Tellier», publicado por primera vez en 1881 en la colección homónima.

(1) En aquellos años había entrado en el argot *pompes* con el significado de «zapatos»; pero aquí, naturalmente, es una alusión obscena. (*N. del T.*)

(2) El himno de la Marina. (*N. del T.*)

(3) Se trata del instructor, que, en la enseñanza laica, impuesta en la III República, acompañaba a los niños en los oficios religiosos. (*N. del T.*)

(4) Habiendo bebido mi abuela, el día de su santo, dos dedos de vino, meneando la cabeza decía: «¡Cuántos pretendientes tuve en mis tiempos! ¡Cómo echo de menos mis brazos rollizos, mis piernas bien hechas y el tiempo perdido!». (*N. del T.*)

(5) «Pero cómo, mamá, ¿no era usted buena?» «¡No, ésa es la verdad! Pues a los quince años aprendí por mí misma a hacer uso de mis encantos, y me pasaba las noches en blanco.» (*N. del T.*)

(6) En argot, *pompier* tiene la acepción de gran bebedor. (*N. del T.*)

(*) «La femme de Paul», incluido directamente en *La Maison Tellier* (1881).

(*) La más conocida prisión de mujeres de París. (*N. del T.*)

(*) «La confession», *Le Gaulois*, 21 de octubre de 1883; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «La confession de Théodule Sabot», *Gil Blas*, 9 de octubre de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Toine* (1886).

(1) Como aclara Louis Forestier, en la edición de la Pléiade, «lo que es aquí una impropiedad es, al mismo tiempo, una palabra pertinente; pues, en efecto, si Théodule Sabot siguiera “sin aceptar la religión”, sería un acto redhibitorio respecto al encargo de carpintero que podría hacerle el padre Maritime». (*N. del T.*)

(*) «L’aveu», *Gil Blas*, 22 de julio de 1884; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «La dot», *Gil Blas*, 9 de septiembre de 1884; incluido en *Toine* (1886).

(*) «Le mal d'André», *Gil Blas*, 24 de julio de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Les soeurs Rondoli* (1884).

(*) «L'héritage», *La Vie militaire*, publicado por entregas desde el 15 de marzo hasta el 26 de abril de 1884; incluido en *Miss Harriet* (1884).

(*) «*La rouille*», *Gil Blas*, 14 de septiembre de 1882, con el título de *M. de Coutelier*, firmado Maufrigneuse; incluido en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi* (1883).

(*) «La légende du Mont Saint-Michel», *Gil Blas*, 19 de diciembre de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en *Clair de lune* (1884).

(1) Voltaire, *Le sottisier*, XXXII: «Si Dieu nous a fait à son image, nous le lui avons bien rendu». (*N. del T.*)

(*) «La folle», *Le Gaulois*, 5 de diciembre de 1882; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «La mère aux monstres», *Gil Blas*, 12 de junio de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Toine* (1886).

(*) «La main», *Le Gaulois*, 23 de diciembre de 1883; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(1) El afeitado completo del rostro caracterizaba a los sacerdotes, a los magistrados y también a los actores cómicos. (*N. del T.*)

(*) «La morte», *Gil Blas*, 31 de mayo de 1887; incluido en *La main gauche* (1889).

(*) «La nuit», *Gil Blas*, 14 de junio de 1887; incluido en *Clair de lune* (1888).

(*) «La patronne», *Gil Blas*, 1 de abril de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Les soeurs Rondoli* (1884).

(1) El precedente de las actuales cerillas, también llamado «eslabones químicos», que consistían en una mezcla de clorato potásico y de azúcar o de polvos de licopodio aglutinados en una disolución de goma arábiga y puestos en el extremo de un trocito de pasta impregnada de azufre; la inflamación se obtenía introduciendo el extremo de la pajuela en un frasquito de amianto impregnado de ácido sulfúrico. (*N. del T.*)

(*) «La petite Roque», *Gil Blas*, del 18 al 23 de diciembre de 1885; da título a la colección homónima publicada por Havard en mayo de 1886.

(1) De *renard*, «zorro» en francés. (*N. del T.*)

(2) «Mosca» (*mouche*) es aquí un lunar, pedacito de tafetán negro preparado que las mujeres se ponían en el rostro para realzar su belleza. (*N. del T.*)

(*) «Le trou», *Gil Blas*, 9 de noviembre de 1886; incluido en *Le Horla* (1887).

(1) Es el gorro de dormir, de ahí el nombre del vino que puede subirse a la cabeza. (*N. del T.*)

(2) Alias de Henry Fouquier (1838-1901), autor de una crónica dominical en el *Gil Blas* sobre temas de actualidad. (*N. del T.*)

(3) Referencia al mariscal Bazaine, el gran derrotado de Sedán. (*N. del T.*)

(*) «La porte», *Gil Blas*, 3 de mayo de 1887; incluido en *Clair de lune* (1888).

(*) «La relique», *Gil Blas*, 17 de octubre de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi* (1883).

(*) «Le signe», *Gil Blas*, 27 de abril de 1886; incluido en *Le Horla* (1887).

(*) «Madame Baptiste», *Gil Blas*, 28 de noviembre de 1882; incluido en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi* (1883).

(*) «Madame Hermet», *Gil Blas*, 18 de enero de 1887; incluido por primera vez en la edición Conard, en apéndice a *La main gauche*.

(*) «Mademoiselle Cocotte», *Gil Blas*, 20 de marzo de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Clair de lune* (1884).

(*) «La rempailleuse», *Le Gaulois*, 17 de septiembre de 1882; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «La toux», *Panurge*, 28 de enero de 1883; incluido por primera vez en la edición Forestier.

(1) «La tos en cuestión no proviene precisamente de la garganta.» (*N. del T.*)

(*) «Les bijoux», *Gil Blas*, 27 de marzo de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Clair de lune* (1884).

(*) «Les tombales», *Gil Blas*, 9 de enero de 1891; incluido en *La Maison Tellier* (1891).

(*) «L'horrible», *Le Gaulois*, 18 de mayo de 1884; incluido por primera vez en el volumen póstumo *Le colporteur* (1900).

(1) La expedición al mando del coronel Paul Flatters enviada a África, a finales de 1880, que tuvo un trágico final, con la masacre por parte de los tuaregs de casi todos sus integrantes. Flatters mismo perdió la vida. (*N. del T.*)

(2) Originariamente, este término designaba a un jinete turco. Pero, en el siglo XIX, se refiere a un soldado de los cuerpos de caballería indígenas organizados por el ejército francés del Norte de África. (*N. del T.*)

(*) «Fou?», *Gil Blas*, 23 de agosto de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi* (1883).

(*) «Les sabots», *Gil Blas*, 21 de enero de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(1) En Normandía, *mêler ses sabots* es una expresión para indicar acostarse con una mujer. (*N. del T.*)

(*) «Mademoiselle Fifi», *Gil Blas*, 23 de marzo de 1882, firmado Maufrigneuse. Dio título a la colección aparecida en 1882.

(1) Interjección para expresar repugnancia o desagrado. (*N. del T.*)

(2) De la dinastía Qing (1736-1796). (*N. del T.*)

(3) Durante la guerra franco-prusiana, las ciudades alsacianas de Estrasburgo y Belfort resistieron al asedio. (*N. del T.*)

(*) «La Martine», *Gil Blas*, 11 de septiembre de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Le rosier de Mme. Husson* (1888).

(*) «Ma femme», *Gil Blas*, 5 de diciembre de 1882; firmado Maufrigneuse; incluido en apéndice, en la edición Conard, a *La Maison Tellier*.

(*) «Miss Harriet», *Le Gaulois*, 9 de julio de 1883; incluido en el volumen del mismo título (1884).

(1) El duque de Richelieu (1696-1788), sobrino del famoso cardenal, personificó en su larga y aventurera vida el alma galante del siglo XVIII. (*N. del T.*)

(2) Especie de telégrafo establecido sobre las costas marítimas. (*N. del T.*)

(*) «Moiron», *Gil Blas*, 27 de septiembre de 1887; incluido en *Clair de lune* (1888).

(1) Pranzini había sido condenado a muerte por el triple asesinato de Marie Regnault, una joven de ligeras costumbres, conocida con el nombre de Régine de Montille, de su doncella y de la hija de ésta. La ejecución había tenido lugar el 3 de septiembre de 1887. (*N. del T.*)

(*) «Autres temps», *Gil Blas*, 14 de junio de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido por primera vez en la edición Schmidt.

(1) Cita reducida de un célebre versículo de los Salmos (2, 10): «Ahora, pues, ¡oh reyes!, obrad prudentemente, dejaos persuadir, rectores todos de la tierra». (*N. del T.*)

(*) «Pierrot», *Le Gaulois*, 9 de octubre de 1882; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Qui sait?», *L'Écho de Paris*, 6 de abril de 1890; incluido en *L'Inutile Beauté* (1890).

(1) Ópera de Reyer (1823-1909), compositor francés. Es el ejemplo mejor de wagnerismo en Francia. (*N. del T.*)

(*) «Rosalie Prudent», *Gil Blas*, 2 de marzo de 1886; incluido en *La petite Roque* (1886).

(*) «Rose», *Gil Blas*, 29 de enero de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «Saint-Antoine», *Gil Blas*, 3 de abril de 1883, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Toine», *Gil Blas*, 6 de enero de 1885, firmado Maufrigneuse. Da título a la colección aparecida en enero de 1886 en la casa editora Marpon y Flammarion.

(*) «Un bandit corse», *Gil Blas*, 25 de mayo de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «Un duel», *Le Gaulois*, 14 de agosto de 1883; incluido en el volumen póstumo *Le colporteur* (1900).

(*) «Un coq chanta», *Gil Blas*, 5 de julio de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en los *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Un coup d’État», publicado por primera vez en *Clair de lune* (1884).

(*) «Un fils», *Gil Blas*, 19 de abril de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(*) «Un fou», *Le Gaulois*, 2 de septiembre de 1885; incluido en *Monsieur Parent* (1885).

(*) «Un normand», *Gil Blas*, 10 de octubre de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(1) Cierta medida de capacidad en Normandía y en Flandes, equivalente a medio hectolitro. (*N. del T.*)

(*) «Un parricide», *Le Gaulois*, 25 de septiembre de 1882; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(1) Léon Gambetta (1838-1882) fue líder de la izquierda republicana y uno de los fundadores de la III República. (*N. del T.*)

(2) Jules Grévy (1807-1891), presidente de la República (1879-1887), había obligado a dimitir al Gobierno de Gambetta. (*N. del T.*)

(3) Por las consecuencias del movimiento revolucionario que, tras la derrota de Sedán, trastornó París durante setenta días, con miles de muertos. (*N. del T.*)

(*) «Une ruse», *Gil Blas*, 25 de septiembre de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi* (1883).

(1) Adaptación de una máxima de Chamfort: «El amor, tal como existe en sociedad, no es más que un intercambio de dos fantasías y el contacto de dos epidermis». (*N. del T.*)

(2) Fundada en 1798, la perfumería Lubin, todavía hoy en activo, producía agua olorosa llamada simplemente Lubin. (*N. del T.*)

(*) «Une aventure parisienne», *Gil Blas*, 22 de diciembre de 1881, firmado Maufrigneuse; incluido en *Mademoiselle Fifi* (1882).

(*) «Farce normande», *Gil Blas*, 8 de agosto de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en *Contes de la bécasse* (1883).

(1) El *trou normand* es el aguardiente que se toma entre dos platos para estimular el apetito. (*N. del T.*)

(2) Localidad del distrito normando de Calvados, que en el contexto toma una connotación burlescamente licenciosa. (*N. del T.*)

(*) «Une famille», *Gil Blas*, 3 de agosto de 1886; incluido en *Le Horla* (1887).

(*) «Une partie de campagne», *La Vie moderne*, 2 y 9 de abril de 1881; incluido en *La Maison Tellier* (1881).

(1) *Dames*, cuya traducción española sería «escálamos» o «toletes». (*N. del T.*)

(*) «Une passion», *Gil Blas*, 22 de agosto de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «Rouerie», *Gil Blas*, 12 de diciembre de 1882, firmado Maufrigneuse; incluido en el volumen póstumo *Le père Milon* (1899).

(*) «Une vendetta», *Le Gaulois*, 14 de octubre de 1883; incluido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

(*) «Une vente», *Gil Blas*, 22 de febrero de 1884, firmado Maufrigneuse; incluido en *Le rosier de Mme. Husson* (1888).

(*) «Voyage de santé», suplemento del *Petit Journal*, 18 de abril de 1886; incluido por primera vez en la edición Schmidt.

(1) El químico François Vincent Raspail (1794-1878), conocido por su actividad política, había preparado una cura a base de alcanfor. La homeopatía, fundada por Hahnemann a finales del siglo XVIII, no era aún muy practicada en la época de Maupassant. La dosimetría, que consistía en la utilización de la única sustancia activa, de acuerdo con una dosificación matemática, de los productos, en particular de los alcaloides, databa de 1870. El doctor Burq dirigía, al servicio de Charcot en la Salpêtrière, experimentos de metaloterapia: se trataba de aplicar sobre el cuerpo metales específicos. En cuanto a las curas con electricidad estaban en pleno desarrollo, mientras que los médicos comenzaban entonces a ocuparse también de los masajes. (*N. del T.*)

(2) Las guías Léon Sarty (seudónimo de Mme. Z. De Sauteyron de Saint-Clément) se publicaban en Niza con el título de *Stations de la Méditerranée et environs*. (*N. del T.*)

(3) Henry-A. de Conty había publicado una serie de «guías prácticas» para viajar por Europa. (*N. del T.*)

(*) «Alexandre», *L'Écho de Paris*, 2 de septiembre de 1889; incluido por primera vez en la edición Conard, en apéndice a *L'Inutile Beauté*.

(*) «Notes d’un voyageur», *Le Gaulois*, 4 de febrero de 1884; incluido en la edición Conard, en apéndice a *Contes de la bécasse*.